ALBERTO FALCIONELLI

HISTORIA
DE LA
RUSIA SOVIETICA

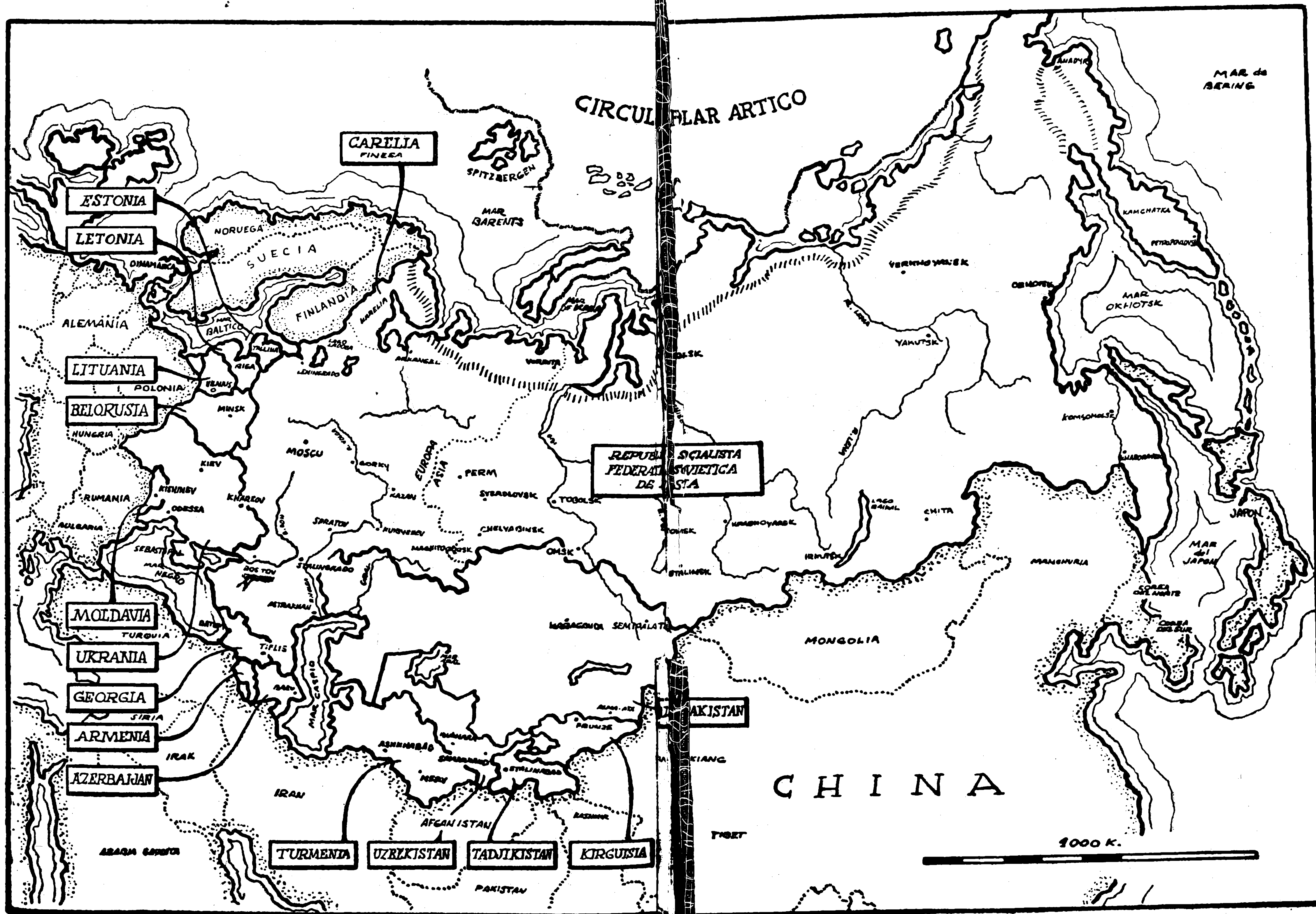
(1917 - 1957)

[Cuarenta años de experimento comunista]

EDICIONES ACIES
MADRID

Depósito Legal M. 9.170-58

Taller Gráfico CIES - Hermosilla, 141 - Madrid



CIRCUL LAR ARTICO
MAR de BERING
CARELIA
SPITZBERGEN
MAR BARENTS
ESTONIA
LETONIA
NORUEGA
SUECIA
DINAMARCA
FINLANDIA
KARELIA
ALEMANIA
MAR BALTICO
TALLINN
LAGO LADOGA
LENINGRADO
ARKANGEL
LITUANIA
POLONIA
RIGA
BELORUSIA
MINSK
HUNGRIA
MOSCU
GORKY
EUROPA
ASIA
PERM
KIEV
KHARKOV
KISHINEV
RUMANIA
ODESSA
BULGARIA
KAZAN
SVERDLOVSK
TOBOLSK
SARATOV
KUIBYSHEV
CHELYABINSK
MAGNITOGORSK
OMSK
STALINGRADO
SEBASTOPOL
MAR NEGRO
ASTRAKHAN
MOLDAVIA
TURQUIA
UKRANIA
TIFLIS
GEORGIA
SIRIA
ARMENIA
IRAK
AZERBAIJAN
IRAN
MAR CASPIO
BAKU
ASHKHABAD
SAMARKAND
MERV
STALINABAD
AFGANISTAN
TURMENIA
UZBEKISTAN
TADJIKISTAN
KIRGUISIA
ARABIA SAUDITA
PAKISTAN
KASHMIR
TIBET
FRUNZE
ALMA-ATA
AKISTAN
KIANG
CHINA
MONGOLIA
MANCHURIA
SEMIPALATINSK
KARAGANDA
STALINSK
TOMSK
KRASNOYARSK
IRKUTSK
LAGO BAIKAL
CHITA
YAKUTSK
VERKHOYANSK
OKHOTSK
MAR OKHOTSK
KAMCHATKA
PETROPAVLOVSK
ANADYR
KOMSOMOLSK
KHABAROVSK
COREA DEL NORTE
COREA DEL SUR
MAR del JAPON
JAPON
REPUBL SOCIALISTA FEDERAT SOVIETICA DE USIA
1000 K.

Detrás del comunismo está Moscú, potencia oscura, siniestra, diabólica, aparecida ahora en el mundo, una verdadera pandilla de conspiradores. Esta pandilla de conspiradores realiza esfuerzos inmensos para contaminar a todos los países civilizados.

WINSTON CHURCHILL,
11 de diciembre de 1925.

En Europa oriental se encuentra el inmenso poderío de Rusia, país cuya forma de gobierno detesto, pero que, de todos modos, no intenta asaltar con las armas a sus vecinos.

WINSTON CHURCHILL,
8 de mayo de 1939.

BREVE NOTA SOBRE GRAFIA RUSA

En el presente trabajo he intentado reducir al mínimo las dificultades de transcripción del alfabeto cirílico al alfabeto castellano. Con todo, subsisten algunas obscuridades que quiero aclarar aquí para que el lector no se desconcierte ante el método empleado por mí. Frente a los nombres rusos, en los países de habla hispánica nos hemos acostumbrado a seguir la grafía empleada por los alemanes, los franceses, los italianos y los ingleses, que tienen una tradición eslavista más antigua que la nuestra, pero cuya pronunciación básica difiere fundamentalmente de la española, de suerte que seguir adoptando sus métodos de transcripción constituye una servidumbre llena de inconvenientes y solamente capaz de hacernos cometer equívocos repetidos.

Para las letras, grupos y signos particulares de la lengua rusa que puedan ofrecer dificultades me ha parecido conveniente adoptar la transcripción siguiente:

Ц : TS — Ejemplo: **Царевич**, *tsarévich*, el zarevích.
Ч : CH — Ejemplo: **Часто**, *chasto*, a menudo.
Ш : SH — Ejemplo: **Шляпа**, *shliápa*, sombrero.
Щ : SHCH — Ejemplo: **Щи**, *shchi*, sopa de coles.
Ж : ZH — Ejemplo: **Жуков**, *Zhukov* (el mariscal). Esta letra se pronuncia exactamente como la *j* francesa en la palabra *journal*.
Х : J — Ejemplo: **Хрущов**, *Jrushchov* (el actual primer secretario del PC de la URSS).

No me ha parecido necesario buscar soluciones —que no hubieran tenido sentido— para los signos blando y duro, **Ь, Ъ**, para los que no hay transcripción posible, como tampoco para los varios sonidos con que el idioma ruso modela la letra I (**И, Й, Ы, І**). A éstos doy simplemente la transcripción *I*, salvo en lo que hace al final de ciertos nombre propios (**И Й**), que adapto con el grupo *IY* para transcribir lo más correctamente posible el sonido largo breve de dicho final. Ejemplo: **Троцкий**, *Trotskiy*

Para terminar, visto que el ciudadano Nikita Serguéievich Jrushchov, pri-

mer secretario del PC de la URSS y candidato a la dignidad de Jefe Genial del Pueblo Trabajador, parece destinado a ejercer alguna beligerancia en los años venideros, lo mejor será escribir y pronunciar correctamente su apellido. Los ingleses y los franceses escriben *Khrushchev* o *Krushchev*, los italianos *Kruscev*, lo que, en cierta medida, es explicable, puesto que ninguno de ellos posee un sonido que corresponda a nuestra jota, que, por su parte, los rusos efectúan con su *X*, primera letra del mentado apellido. Pero no lo es en absoluto si consideramos que la desinencia de ese mismo apellido, que ellos transcriben con *EV*, debe transcribirse por el grupo *OV* ligeramente iotizado, lo que hace JRUSHCHOV. Puesto que, contrariamente a sus predecesores —el licenciado en jurisprudencia, Vladímir Ilich Ulianov, que se hacía llamar *Lenin*, y Ióssif Vissariónovich Dzhugashvili, que se hacía llamar *Stalin*—, este personaje considera oportuno conservar su verdadera identidad, lo menos que podemos hacer es respetar su voluntad —únicamente en este caso, por supuesto— llamándole como él prefiere que se le llame.

INTRODUCCION

Desde sus albores, Rusia es una dura lección.

Esta dura lección la proporciona la geografía en primer lugar. Al constreñir al hombre a un doloroso e inevitable contacto con dos elementos que se conjugan contra él en proporciones excesivas —clima inexorable, distancias invencibles— lo condena a la soledad y al silencio. Ahora bien, en el mundo, nadie como el ruso desea tan ardientemente comunicarse con los demás.

Cuando, en la segunda mitad del siglo IX, Rusia dió sus primeros pasos en la historia, el Occidente estaba enteramente cristianizado. En las décadas anteriores, Carlomagno había cumplido con su tarea de restaurador del Imperio y, en esta empresa grandiosa, había contado con una materia prima humana que, durante cuatro siglos, había vivido en la añoranza de la paz romana destruída por los bárbaros. Mientras el Occidente se hacía y deshacía de esta manera con la participación de todos los pueblos en pugna, del Escalda a Sicilia, en la gran llanura oriental sólo había adoradores de ídolos crueles, cuyo único lazo con el pasado era el abominable lastre de los terrores primigenios que seguían alimentándose en los impenetrables espacios infinitos poblados por el oso y por el lobo.

Allí, a partir de los legendarios variegos, las ciudades se edificaron lentamente, de destrucción en destrucción, ignorándose unas a otras. Centros administrativos para la percepción del impuesto sobre los clanes semisalvajes del bosque y de la estepa, etapas en el camino —el mortal camino ruso de las viejas crónicas—, refugios contra los depredadores que surgían constantemente del este, no eran, como en Occidente, fruto de la tendencia de las capas más activas de la población a agruparse en organizaciones concebidas como base de actividades comerciales, políticas, espirituales, irradiantes a la vez que receptivas.

En ningún momento de su historia, Rusia logró ser una nación en el sentido clásico de la palabra. Casi de inmediato, fué un Estado obligado a poner el acento en su papel de administrador todopoderoso, de centralizador sin matices, de vigilante omnímodo que, si quería evitar que la distancia desintegrara su autoridad, tenía que revestir a sus delegados, por ínfimos que fueran, de atribuciones ilimitadas. De suerte que, contrariamente a lo que sucedía en el resto de Europa, donde la autoridad aminoraba sus efectos a medida que se alejaba del centro,

en Rusia, el poder se explayó siempre con un rigor idénticamente calibrado por doquier.

En este inmenso espacio librado a las tempestades de la naturaleza y de la guerra, el hombre era un ser angustiado, salvado de la desesperación únicamente por su fe en Cristo, por sus sacerdotes y sus monjes que le enseñaban, no por cierto la sumisión ciega ante los poderosos y los prepotentes, sino la esperanza en un inminente reino de Dios. "El reino de Dios está por llegar", dicen las viejas canciones, y el mal saldrá de este mundo. Pero el reino de Dios tardaba en instaurarse, y el mal seguía imponiendo su presencia. Entonces, cuando sus sufrimientos se hacían insoportables, el hombre ruso huía. Si era sumiso y piadoso, buscaba en tierras más hospitalarias la protección de señores temerosos de la ley divina, o, al amparo inviolable de la Iglesia, iban a desbrozar las malezas del norte. Si tenía alma rebelde, se deslizaba hacia el sur, seguía el curso del Dnieper o del Don y se agregaba a alguna gavilla de piratas de la estepa. Se hacía cosaco y, desde ese momento, era un hombre libre que conciliaba sed de aventuras y fe ortodoxa, atacando a los polacos papistas y a los tártaros paganos de Astraján.

Cuando, después del siglo XIV, el gran ducado de Moscú empezó a ensamblar la tierra rusa, los príncipes se vieron en la obligación de poner freno a ese nomadismo que, en ciertas épocas, vaciaba provincias enteras. La necesidad de una agricultura cuyos productos pagaran los gastos de las guerras que, en los siglos XVI y XVII, Moscú tuvo que sostener casi sin interrupción contra vecinos hambrientos de tierras ajenas, como los suecos y los caballeros livonianos, los lituanos y los polacos, llevó a la extensión de la servidumbre. El siervo de la gleba se afincó en Rusia cuando estaba desapareciendo del resto de Europa. A lo largo del siglo XVIII, en el momento en que Pedro y Catalina, puestos ante el imperativo de imponer a la nación un rendimiento que le permitiera alcanzar sus "límites naturales" a expensas de los suecos, de los turcos y de los polacos, hicieron de esta institución la base inconmovible de su organización estatal, los habitantes de las demás naciones del continente empezaban a enfocar con autonomía de criterio sus relaciones con las jerarquías tradicionales. En Francia, en Austria, en la Italia habsburguesa, en Nápoles, en España y en Portugal, con modalidades distintas, nacía el Estado laico que sigue dando su configuración, a través de las revoluciones políticas y sociales de los dos últimos siglos, al mundo en que vivimos a la espera de catástrofes mayores. Los gobiernos se separaban de la Iglesia y, forma habitual de esa clase de operación, la sometían a fiscalizaciones más o menos radicales, según la audacia y el apetito de los reformadores que, del mar del Norte al Mediterráneo, se habían consagrado a la tarea.

Pedro el Grande quiso realizar esta operación, pero a partir de supuestos prácticos muy diferentes, esto es, sin la mínima referencia a la ley natural, sin dejarse seducir por la tentación panjurista que estaba trastornando al mundo.

Mientras en Occidente se hablaba de libertad —no para todos los hombres, por supuesto, sino para los elegidos, miembros de las categorías sociales en plena ascensión económica—una libertad codificada en sus derechos, que legalizara la pretensión de sus corifeos a considerarse, no ya como objetos pasivos de la acción de los gobiernos, sino como sujetos políticos autónomos dotados de facultades de control sobre el Estado, Pedro sólo quería modelar a Rusia con vistas a un mayor rendimiento industrial y militar. Con su organización colegial, preanuncio de la estratificación staliniana, el hombre ruso se transformaba en objeto más pasivo aún que en el pasado en el juego de los intereses del Estado. Este se hacía empresario fabril, organizador agrícola, explotador de bosques y de minas, armador, exportador, fabricante de armas y de municiones. Para lograr rápidamente sus objetivos, tenía que asentar en bases inconmovibles su sistema fiscal y, para ello, explotar racionalmente todos los beneficios de una agricultura que era el fundamento único de las finanzas estatales; borrar, pues, los últimos rastros de nomadismo, "fijar" a los campesinos a la tierra por decreto, organizar la administración en una escala inmutable donde todo movimiento estuviera previsto hasta en sus más nimios pormenores. En suma, había que conseguir de una vez por todas la sumisión del campesino y de la aristocracia tradicional.

La servidumbre, solamente la Iglesia podía ayudar eficazmente a su establecimiento, pero una Iglesia domesticada. De allí, la supresión del Patriarcado y su substitución por el Santo Sínodo. Demasiados patriarcas habían entrado en conflicto con el poder civil en nombre de la ley de Dios para que Pedro aceptara correr el riesgo de ver su política de reformas amenazada por sacudidas de inspiración religiosa.

En cuanto a la aristocracia tradicional, Iván el Terrible ya había empezado a diezmarla con su siniestra Oprichnina, *prefiguración pasmosa de los "destacamentos de hierro" de la* chekà. *A los que quedaban, se les obligó a pasar toda su vida en el servicio activo del Estado, si querían conservar sus antiguos privilegios. Como, de todos modos, eran pocos y el Estado necesitaba ejércitos de funcionarios, la función pública se abrió de par en par para todos los súbditos de la Corona. Con esta nueva burocracia dividida en catorce clases, cualquier ruso capaz de mojar su pluma en un tintero estatal se transformó en funcionario, que empezaba su carrera como registrador de colegio (clase XIV) y podía llegar a Canciller de Estado (clase I) adquiriendo en el camino la nobleza personal (clase IX) y la hereditaria (clase IV), por poco que su dedicación al servicio se conjugara con la suerte y el favor de sus superiores. Así, un cierto Iliá Ulianov, hijo de un sastre misérrimo, alcanzó la nobleza hereditaria, que transmitió a su hijo Vladímir, personaje que, con el seudónimo de Lenin, se dió un día a conocer como "inventor" del bolchevismo.*

Ya estaba encontrada para Rusia la forma del Estado moderno. Se trataba, por

supuesto, de un Estado cuyo modernismo podía dejar escépticos a los viajeros occidentales (sin embargo, entusiasmó a Diderot y a Voltaire, admiradores incondicionales —y beneficiarios— de la filósofa coronada, Catalina la Grande, a la que llamaban la "Semíramis del Norte"). Moderno sólo en sus formas, el Estado ruso no por ello se reveló menos eficaz, puesto que, con su estructura basada en el imperativo del rendimiento utilitario, en pocas décadas se transformó en potencia militar de primer plano. En 1759, los nietos de los lamentables soldados que, en el tiempo de Alejo y de Fiodor, huían al primer choque con los suecos y los polacos, derrotaban a Federico II en Kusnesdorf, y, tres años más tarde, hacían su primera entrada en Berlín. Rusia era ya un Estado totalitario. Otra prefiguración entre las muchas que la Rusia de entonces ofrece con la de hoy. Recordemos que el totalitarismo no es sino la adecuación de todos los recursos, individuales y colectivos, de una nación a las exigencias de su expansión militar.

Si alguno entre los mitos que empezaban a mover a los hombres de Occidente estaba excluído de esta organización totalitaria, no era por cierto el de igualdad. Para Catalina, como para Pedro, todo ruso, por elevada que fuese su posición social, no era más que un número colocado en su debido lugar, entre treinta millones de otros números, en el fichero estatal. Como dice Kliuchevskiy, el más grande de los historiadores rusos, con las reformas de Pedro, "el Estado se hinchó, el pueblo se hizo minúsculo". Un pueblo que, para Pedro, como para Catalina, iba del Canciller de Estado al muzhik, *pasando por el coronel de la Guardia, el archimandrita, el Mariscal de la Corte y el registrador de colegio. Aquello que estaba excluído de esta organización no era el ideal de igualdad, sino el de libertad.*

* * *

Algunos historiadores definen los primeros años del reinado de Alejandro I como los de su "sarampión liberal". De las lecciones de La Harpe, el joven monarca había retenido una muy noble —y muy vaga— pasión por la libertad, una libertad que podríamos calificar de tolstoiana avant la lettre. *Entonces Alejandro se dirigía a Thomas Jefferson para pedirle consejos acerca de una constitución que quería otorgar a su pueblo, constitución que su primer ministro, el conde Miguel Spéranskiy, hijo de cura aldeano llegado a la clase primera del* chin, *se encargaría de redactar.*

Al enterarse de semejante proyecto, Joseph de Maistre escribía al rey de Cerdeña, a quien representaba en San Petersburgo: "La libertad hará sobre todos esos temperamentos el mismo efecto que un vino generoso sobre quien no está acostumbrado a beberlo. Si algún Pugachov de universidad lograse un día ponerse a la cabeza de un partido, si alguna vez el pueblo se pusiese en movimiento y empezase una revolución de tipo europeo, no encuentro expresión para deciros qué es lo que podría temer..."

Lo que se podía temer estuvo a punto de producirse con la agresión napoleónica. La situación lamentable del ejército, el potencial inagotable de "disponibilidad" en que, entonces como ahora, se encontraban las masas rusas, el sentimiento de un cataclismo universal difuso en todos los miembros de la sociedad hasta la cabeza misma del Estado, hacían posible el estallido de los moldes sociales existentes. De haberse decidido Napoleón, ello hubiera transformado la historia del mundo. Hubiera bastado que proclamara el final de la servidumbre y la participación del latifundio entre los campesinos para que éstos —el 95 por 100 del pueblo ruso— hiciesen añicos estos moldes y a sus beneficiarios. A su vuelta de Rusia, Napoleón lo reconocía al explicar ante el Senado en los términos siguientes las razones de su fracaso: "Hubiera podido armar a la mayor parte de la población contra sí misma, proclamando la libertad de los esclavos. Un gran número de aldeas me lo pidieron. Pero cuando comprobé el estado de embrutecimiento de esa clase numerosa del pueblo ruso, me negué a tomar una medida que hubiera conducido a la muerte y a los suplicios más horribles a demasiadas familias."

Es decir, que ciento veintinueve años antes de Hitler —si bien por razones muy diversas en su inspiración política y moral— Napoleón, como ese mismo Hitler, dejó escapar una victoria que el pueblo ruso le brindaba. En ambas circunstancias el invasor se negó a destruir la organización existente. En ambas circunstancias el pueblo ruso se volcó contra el invasor cuando comprobó que una esclavitud extranjera iba a reemplazar la esclavitud nacional. ¿Quién ha dicho que la historia no se repite?

Los motivos que hubieran podido alimentar esta rebelión fracasada antes de producirse pertenecían a la tradición anárquica del hombre eslavo. En verdad, en el pasado, éste había seguido con tanto entusiasmo a Steñka Razin y a Pugachov, porque, en esas empresas, buscaba algo que no era por cierto libertad política, sino facultad ilimitada para saquear y degollar, para hacer cantar el krasniy petuj, *el gallo rojo, que destruye con sus columnas de fuego las cosechas y los castillos.*

Pero todo cambia con el triunfo sobre Napoleón. Entonces las masas ya no son las que sueñan con la revolución, sino la élite *intelectual y social.*

Entonces es cuando aparece en embrión esa superclase —a la que mejor sería llamar interclase, *porque no ha de tardar en sacar a sus miembros de todas las capas de la sociedad rusa— que la historia registra con el nombre de* intelliguentsiia. *Este embrión se forma en la aristocracia de servicio, esa extensa clase media creada por Pedro, cuyos miembros más dinámicos, al fundirse con los remanentes de la aristocracia histórica, han acabado por olvidar la modestia de sus orígenes. Una vez mezclados en las filas de la milicia y de la administración, vecinos en el campo y parientes por el matrimonio, descendientes de boyardos y* dvorianie *constituyen una fuerza que, durante mucho tiempo*

se ignora y se limita a asesinar a soberanos demasiado reformistas, como Pedro III y Pablo I. Una fuerza que, finalmente, se descubre a sí misma durante las campañas contra Napoleón.

En 1815, y por dos veces, sus representantes más inquietos han liberado a Europa del íncubo revolucionario encarnado por el corso; pero en Francia, han entrado en contacto con los remanentes del jacobinismo y del babuvismo que les han descrito, con el furor contenido del doctrinario fanático, las glorias igualitarias del Comité de Salud Pública, las virtudes del Incorruptible, la pasión y la muerte del jefe de los Iguales. Con Benjamín Constant los menos subversivos se han persuadido de las excelencias del constitucionalismo, de la ley natural y del derecho universal. Todos han vuelto trastornados en su intelecto y desatados en su sensibilidad.

En San Petersburgo, en Moscú, en Saratov, hacen comparaciones entre la aburrida realidad nacional y los brillantes horizontes que, algunos meses antes, les han sido abiertos por los supervivientes de la Convención. Se reúnen para cotejar sus impresiones y, pronto, para conspirar.

Fundado en normas cuidadosamente exploradas de organización administrativa y de rendimiento militar, era muy difícil que el Estado autocrático se decidiera a tomar medidas drásticas contra jóvenes utopistas de los que se sabía que su influencia era nula en la nación. Además, la crisis mística que embargó los últimos años del reinado de Alejandro I le quitaba todo deseo de oponerse a su propio destino, un destino marcado por su participación involuntaria, pero real, en el asesinato de su padre. De suerte que siempre se negó a hacer nada contra esa juventud excitada.

Su desaparición —anunciada el 19 de noviembre / 1 de diciembre de 1825— pareció ofrecer a los conjurados la oportunidad que esperaban desde hacía diez años. Agrupados en dos asociaciones— la Liga del Norte, dirigida por el coronel Muraviov-Apóstol y por el príncipe Trubetskoi, y la del Mediodía, puesta bajo el mando del coronel Pablo Péstel, hijo del gobernador general de Siberia—, pensaron que las complicaciones aportadas a la sucesión por el deseo del heredero, gran duque Constantino, hermano de Alejandro, de rechazar el trono, y por los escrúpulos del tercer hermano, gran duque Nicolás, en aceptarlo antes de que Constantino, que residía en Varsovia, le notificara por escrito su renuncia, constituían una oportunidad que no volvería a presentarse. Como, de hecho, no se repitió hasta febrero de 1917.

Muraviov quería una monarquía constitucional a la inglesa, con cámara baja electiva y cámara alta selectiva. En sus planes, nada debía hacerse fuera de la voluntad del pueblo (¿qué pueblo, en verdad?), que sería llamado a nombrar una asamblea constituyente. En cuanto a Péstel, verdadero inspirador de la conspiración, era más radical, tan radical que se parece de modo bastante singular a un Lenin ante litteram. *Para él, la república, y sólamente la república,*

tenía que instaurarse de inmediato por todos los medios, en el interés del pueblo, naturalmente; pero, llegado el caso, contra su voluntad. Los miembros de su Liga se dividían en tres categorías, según su grado de iniciación y de responsabilidad: una categoría superior reducida, que era la única en conocer todos los secretos de la conspiración; una segunda categoría, más extensa, que sólo conocía parte de los secretos y transmitía las consignas de los "Supremos" a la categoría subalterna, que aseguraba su difusión a través del país. Se trataba, en suma, de aquello que Lenin realizó a partir de 1917 en materia de organización: un Politburó *reducido, en el que se concentraba la totalidad del poder de la dictadura del proletariado; un Comité Central, más amplio en su reclutamiento, pero muy limitado en sus prerrogativas, que transmitía las decisiones del* Politburó *a los miembros de la base del PC, que se encargaban —y se encargan— de su ejecución en todos los sectores de la sociedad soviética.*

El emperador y todos sus familiares debían ser ejecutados para quitar al pueblo ruso todo pretexto para mantenérsele fiel. Inicialmente, se instauraría una dictadura militar de diez años que, liberando a los siervos para conquistar su consenso, aboliendo las distinciones de clase y dividiendo la tierra en dos porciones iguales —una, propiedad comunal *de los campesinos; otra, del Estado, que la utilizaría para sus fines propios—, transformaría a Rusia en república centralizada con un consejo popular legislativo y un consejo ejecutivo de cinco miembros. ¿Qué diferencias fundamentales entre esa organización proyectada y la que Lenin y Stalin han impuesto a Rusia a partir de la degollina imperial, con sus* koljozi *y* sovjozi, *con su Soviet Supremo legislativo (?) y con la dictadura de su* Politburó *ejecutivo?*

El golpe fracasó porque las tropas se negaron a levantarse cuando se enteraron de que el grito de "¡Viva la Constitución!", que sus oficiales les hacían proferir, no se refería a la esposa polaca del gran duque Constantino, sino al pretexto utilizado por Péstel y sus amigos para degollar al soberano legítimo y sus parientes. Después de un largo proceso, los cinco Supremos —Péstel, Bestúzhev-Riumin, Muraviov-Apóstol, Riléiev y Kajovskiy, todos pertenecientes a la aristocracia más encumbrada—, fueron ahorcados en la explanada de la fortaleza de los Santos Pedro y Pablo. Los miembros de la segunda categoría, enviados a Siberia; los demás, absueltos o confinados en sus fincas campestres.

El golpe había fracasado, pero sirvió de modelo y de faro para todos los conspiradores que se sucedieron, generación tras generación, hasta 1917. De Péstel a Lenin no hay solución de continuidad. Solamente hay perfeccionamientos constantes en la preparación ideológica, en la predicación subversiva, en la metodología del complot.

Bien pudo el Estado reformarse a sí mismo, dulcificando hasta su desaparición total las obligaciones del servicio, liberando a los siervos con bastante anticipación sobre la liberación de los esclavos norteamericanos y dándoles,

además de la libertad, la propiedad de la tierra que labraban, contrariamente a Abraham Lincoln que, en su declaración de 1863, otorgaba esa misma libertad a los negros, pero no los medios para salvaguardarla. Bien pudo la justicia humanizarse hasta dotarse del jurado popular bastante antes que muchas naciones occidentales. Bien pudo organizarse la administración provincial y municipal sobre bases electivas, racionalizarse la economía, aliviarse constantemente la fiscalización. Bien pudo la monarquía otorgar leyes fundamentales que, mucho más rápidamente de lo que se afirma por lo general, estaban transformando a la autocracia, ya limpiada de sus asperezas del tiempo de Pedro, en un sistema paternalista con base representativa. La élite seguía haciendo votos ardientes para la destrucción del imperio.

Las transformaciones aportadas a la sociedad por el Estado, lejos de satisfacerla, la incitaban a actuar contra el Estado, aunque únicamente fuera porque, antes de 1917, siempre se volvía de Siberia gozando de buena salud. A esta élite, formada originariamente por elementos provenientes de la aristrocracia tradicional y de la nobleza de servicio, se agregaban poco a poco espíritus inquietos venidos de todas las capas sociales, maestros de escuela, médicos, veterinarios, ingenieros, hijos de cura, técnicos, estudiantes, semiintelectuales, a quienes su condición, todavía rústica, no habilitaba para imponerse en la sociedad, para ocupar en el Estado, en las profesiones liberales, en las letras, la posición de primer plano, a la que, en su mente de advenedizos, creían tener derecho sin necesidad de someterse al penoso cursus honorum *que toda sociedad racionalmente organizada impone a sus servidores; sin querer amoldarse al período de prueba que toda selección intelectual exige a quienes pretenden formar parte de ella. Así nació el nihilismo.*

* * *

El 9 de mayo de 1884, tres años después del asesinato de Alejandro II, el Zar libertador, por un grupo de intelliguenti, *entre quienes no faltaban aristócratas, estudiantes y semiintelectuales de toda proveniencia social, Bismarck, profundo conocedor de las cosas rusas, subrayaba ante el Reichstag: "La expresión más característica del nihilismo y de las capas de las que arrancó, podéis encontrarla en el proceso de Viéra Zásulich*[1]*, en el que los más altos funcionarios rusos, que figuraban entre los asistentes, aplaudieron la absolución de una*

[1] *Viéra Zásulich, que pertenecía a la más alta aristocracia, había apuñalado en 1878 al general de gendarmería Trepov, a quien reprochaba su severidad en el cumplimiento de sus funciones de jefe de la policía de San Petersburgo. Formaba parte entonces —antes de fundar con Plejánov, Axelrod, Ignátov y otros Deutsch, el partido socialdemócrata ruso de inspiración marxista— de la asociación terrorista* Naródnaia Volia, *que, el 13 de marzo de 1881, hizo asesinar al emperador Alejandro II por un grupo de afiliados, puestos bajo el mando del estudiante Jeliabov y de su amante Sofía Pie-*

homicida determinada. Semejante manera de concebir la civilización, ostentada por personajes de alto rango, es la fuente primera de la depravación de la opinión pública rusa."

Pero el nihilismo no es sino el aspecto escandalosamente visible de un problema mucho más amplio. Es la resultante —una entre muchas otras— de un estado de ánimo que iba difundiéndose desde el comienzo del siglo y que, con las reformas de 1861, empezó a precisar su temática, no porque dichas reformas fueran pocas y superficiales, sino, por el contrario, porque habían sido numerosas y estaban actuando a lo hondo del cuerpo social.

Con el final de la servidumbre, buena parte de la aristocracia terrateniente —la de los viejos tiempos y la de Pedro, que habían acabado por compenetrarse— había visto desaparecer el fundamento de su preeminencia social. Las reformas de Pedro ya le habían hecho perder muchas de sus características y casi todas sus prerrogativas de casta oligárquica con las que, hasta entonces, había competido con el poder del Estado, imponiéndosele no pocas veces. Pero Pedro y sus sucesores habían mantenido y aún asegurado su importancia económica basada en la propiedad de la tierra y de las riquezas mineras, explotadas con el sistema de la servidumbre. Aunque reducido al papel de servidor del Estado en lo político, el noble seguía siendo el gozne de la sociedad en lo social y en lo económico. Ello había durado hasta 1861, momento a partir del cual vió reducirse su importancia al ámbito estrecho y pasivo de la función pública. Seguía ocupando altos empleos, gobernando provincias, mandando ejércitos, dirigiendo misiones diplomáticas, ocupando cargos ministeriales, pero sólo como emanación de un Estado que entendía reservarse la exclusividad de la dirección y de la inspiración de los negocios públicos. Con la pérdida de su poder territorial —poder a la vez político, económico y judicial— el noble, de pequeño potentado local, se volvía igual a los demás. Tan igual, sit venia verbo, *que, en adelante, el hijo de siervo liberado iba a poder alcanzar los mismos niveles que él en el servicio del Estado. Hijo de un siervo, Deníkin llegará al grado de general de ejército; Kolchak, hijo de artesano, al de almirante de escuadra; Makárov, hijo de campesino, al de contraalmirante; Vitte, modesto empleado ferroviario en sus comienzos, a la función de primer ministro y, luego, de Director general del Banco del Imperio; todo ello implicaba a la*

---

róvskaia, hija del general conde Pieróvskiy, gobernador general de San Petersburgo. Los demás conjurados eran el estudiante Risakov, el ingeniero Grinievitskiy, el hijo del pope Chibatsich, el campesino Mijáilov y la hebrea Essia Helfman. Menos esta última —que se salvó por estar embarazada— todos fueron ahorcados. Por su parte, Viéra Zásulich había sido absuelta, en las condiciones escandalosas señaladas por Bismarck, a consecuencia del veredicto negativo emitido por un jurado compuesto por miembros de la nobleza, cuyos descendientes fueron tratados algo más brutalmente por Lenin, hijo espiritual, si me atrevo a decir, de la aristocrática degolladora.

nobleza hereditaria o por promoción. Así, en el medio siglo largo que precede a la revolución, Rusia —la Rusia imperial— se transforma en el país de Europa en que, mejor que en la liberal (y oligárquica) Inglaterra y en la democrática (y plutocrática) Francia, la "igualdad de condiciones a la salida" constituye una concreta realidad social.

Para contrarrestar esta transformación que amenaza con anularlos, los elementos menos resignados de la aristocracia, a partir de 1861, empiezan a actuar con decisión en el ciclo revolucionario que ha de cerrarse, para ellos, el 25 de octubre de 1917. Ante un estado de cosas que, con las reformas de Alejandro, los obliga a bajar de la cima de la pirámide, empiezan a actuar en todo movimiento de descontento, orientándolo en sentido antidinástico, porque la dinastía ha anulado su poder oligárquico y que, de su ruina, depende su propia restauración.

Se olvida demasiado que el ciclo revolucionario ruso extrae del descontento auténticamente reaccionario, muchas de sus fuentes de inspiración de aquellos elementos de las clases dirigentes que, por no haber sabido, o querido, adaptarse a la evolución suscitada desde arriba, habían perdido toda importancia real en el Estado; descontento cuya primera manifestación orgánica había sido la intentona de 1825. Ya en el momento de la muerte de Pedro, cien años antes, los descendientes de boyardos habían empezado a conspirar para recuperar su antiguo poder a expensas de la Corona y situarlo de nuevo por encima de los intereses generales de la nación. El reinado de las emperatrices Catalina I, Ana, Isabel, Catalina II, es la crónica de las hazañas antidinásticas y, casi diría, antisociales, de esta categoría de la que Pedro había decretado el desahucio en nombre precisamente de esos intereses generales. El asesinato de Pedro III, en 1762, como el de Pablo I, en 1801, obedecen sin duda alguna a motivos muy distintos que la locura de ambos soberanos, pretexto invocado —no inmediatamente, por lo demás— para hacer "pasar" ese doble regicidio ante las Cortes europeas que, bueno es recordarlo, no se equivocaron en lo más mínimo acerca de los móviles reales de la conjuración: necesidad urgente de salir al paso de la amenaza de liberación de los siervos formulada por las víctimas de Orlov y de Pahlen. No puede resultar casual que Catalina II, planificadora y beneficiaria del primer regicidio, y Alejandro I, aprovechador resignado del segundo, sancionaran e, incluso, agravaran el estatuto de la servidumbre y aceptaran que los miembros de la aristocracia rompiesen las más penosas de sus obligaciones de servicio con el Estado. Asimismo, cuando este movimiento de oposición latente contra el poder, al encontrar alientos ideológicos con el jacobinismo francés, se transformó de esporádico en sistemático y preparó, como hemos visto, una subversión general de la sociedad rusa con vistas a su reestructuración totalitaria sobre bases oligárquicas; pues quienes asumieron la dirección del movimiento de diciembre de 1825 fueron miembros

de las dos aristocracias, finalmente coaligadas, en nombre de intereses y de despechos comunes, empezando por el príncipe Trubetskoi, dictador preconizado. Aquel príncipe Trubetskoi, cuyo antepasado, aprovechando el azote de los Tiempos Turbios, había desempeñado papeles tan antisociales al intentar aprovechar la desintegración del Estado para imponer los intereses de su clan por encima de la vida misma de la nación. Aquel mismo príncipe Trubetskoi, cuyos descendientes actuarán con tanto empeño en el campo del desorden en 1905 y en febrero de 1917.

En lo que hace a los siglos XIX y XX, comprobamos que, con constancia impresionante los jefes de la subversión siempre provienen de las clases dirigentes: aristocracia, burguesía financiera e intelectual, hasta que venga a ponerlos a todos de acuerdo un tal Vladímir Ilich Ulianov (a) Lenin, noble de nucimiento y licenciado en jurisprudencia, esto es, el "Pugachov de universidad" más perfecto que Joseph de Maistre hubiera podido imaginar.

Para esta acción antidinástica, que, lo repito, asume su sentido concreto a partir de 1861, hay pretextos aparentes y motivos ocultos. Los primeros se nutren en la referencia constante al tema constitucionalista: la Constitución —una Constitución a la inglesa o a la francesa— considerada como el mejor vehículo de recuperación de la preponderancia política, arrancada a las capas superiores por las reformas de Pedro y de Alejandro. Pero como este tema en ningún momento se revela capaz de provocar remolinos eficaces en la opinión pública, los motivos ocultos ya mencionados pueden suplir magníficamente esta laguna. Estos móviles son de inspiración esencialmente económica y financiera.

Cuando empezó a industrializarse en gran escala —a partir de los años noventa de la pasada centuria— con vistas a alcanzar el nivel de las demás grandes potencias, Rusia se vió en la necesidad de encontrar fuera de sus fronteras los capitales líquidos abundantes que su economía, esencialmente agrícola, y dotada, por ende, de escasos márgenes de beneficios en numerario, no podía proporcionarle. Los encontró en Francia, en Bélgica, en Alemania, en Inglaterra (Estados Unidos vendrá más tarde, pero no por ello con apetito menos devorador). Lejos de poder utilizarse libremente en provecho de quienes los invertían, estos capitales tenían un empleo estrictamente planeado por el gobierno imperial: a) *en el momento de su radicación en Rusia, tenían que emplearse en aquellos sectores que dicho gobierno quería desarrollar en función de los intereses generales del Estado, que era el único en interpretarlos;* b) *en cuanto a los beneficios realizados, los inversores podían explotarlos solamente en una proporción nunca superior al 50 por 100, por tener que movilizar el resto en nuevas inversiones en la misma Rusia; finalmente, un plazo fijo (30 años en la mayoría de los casos, 40 y 50 en algunas circunstancias excepcionales) había sido previsto para su amortización. Con mucha prudencia, el gobierno imperial había estimado este plazo necesario para que la polí-*

tica de industrialización sistemática —aplicada sobre una legislación del trabajo, que tenía en cuenta cuidadosamente todos los aspectos de una posible "explotación capitalista"— surtiera el efecto deseado por Alejandro III y Sergio Vitte: creación de una estructura industrial perfeccionada, a partir de la cual Rusia estaría en condiciones de desenvolverse sin necesidad de capitales extranjeros.

Una gran parte de los capitales invertidos debían amortizarse, pues, entre 1920 y 1930. Ya en 1910, el economista Tugán-Baranovskiy, a quien Trostkiy, confirmando sus conclusiones, llama "el Sombart ruso", reconocía, pese a su filiación socialdemocrática de entonces, que, en menos de veinte años, Rusia se había dotado, si bien en escala todavía reducida con respecto a Francia, Inglaterra y Alemania, de los equipos industriales más modernos de Europa. Los historiadores serios de la economía rusa —y muchos de ellos provienen de las filas del marxismo, como Baykov, Schwartz, Miller, Krasnovskiy, Prokopovicz— son unánimes en admitir que, en 1914 todos los centros de explotación minera, siderúrgica, petrolera, y que Stalin desarrollaría monstruosamente a partir de 1927, estaban enteramente explorados, y que, sin las revoluciones de febrero y de octubre, Rusia hubiera alcanzado su actual alto nivel de industrialización entre 1925 y 1935. Con esta diferencia con respecto a las realizaciones soviéticas que, para alcanzar este nivel, el gobierno imperial no había incluído en sus planes, ni deportaciones en masa de la población campesina, ni legislación coactiva del trabajo con pena de muerte para los huelguistas, ni mano de obra esclava, ni política de bajos salarios y de subproducción de bienes de consumo. Pero esas dos revoluciones tuvieron lugar, la segunda, consecuencia necesaria de la primera, indefectiblemente.

Incluso quienes no nos dejamos influir por supuestos ideológicos anticapitalistas, hemos aprendido también que el apetito del plutócrata es insaciable. A partir de esta comprobación, no cuesta ningún trabajo aprehender las causas reales de la revolución de febrero. Esa revolución fué preparada con toda frialdad por los gobiernos de Londres y de París, protectores naturales de los grupos financieros que tenían que retirarse de Rusia a partir de 1920 a consecuencia de la amortización de sus inversiones. Pero, para triunfar, una revolución preparada desde fuera necesita agentes locales, cuyo premio es justamente la ocupación del poder.

Los agentes rusos de la revolución de febrero —preparada en plena guerra por Inglaterra y Francia a expensas de su aliado más fiel, el cual, con su sacrificio de Tannenberg y de los Lagos Masurianos había hecho posible la victoria del Marne, e impedido en 1916, con su ofensiva de Galitsia, que la presión ejercida por los austrogermánicos en Verdún y Asiago, llevara al derrumbamiento definitivo del frente occidental— pertenecían a las capas más elevadas de la sociedad rusa, cuya interpretación acabamos de analizar: aristocracia, burguesía comercial y financiera, intelectualidad, profesiones liberales. Ello no

quiere decir, empero, que todos los nobles, todos los financieros e industriales, todos los catedráticos, todos los médicos, abogados e ingenieros se hayan volcado en esa oportunidad contra la dinastía después de tres siglos de fidelidad. Significa solamente que los elementos de dichas categorías sociales, que no se habían resignado a la pérdida de su poder político tradicional, consecutiva a las reformas de 1861; y, que, desde entonces, se habían lanzado en la oposición antidinástica, proclamándose constitucionalistas y liberales, pero aplaudiendo los crímenes de los nihilistas, y que, a partir de los años noventa, se habían puesto al servicio del capital extranjero, descubrieron en la guerra una oportunidad que supieron aprovechar. Para ello, sus leaders *(el príncipe Lvov, presidente de la Asociación de los* Zemstva*; el profesor Miliúkov, presidente del partido Constitucional Democrático; el abogado Maklakov, estrella de primera magnitud del foro petrogradense; el plutócrata Tréshchenko, "dueño" del azúcar ucraniano, etc., etc.) no tuvieron más que acatar celosamente las consignas a ellos impartidas por Sir George Buchanan, embajador de Inglaterra, y Maurice Peléologue, embajador de Francia, sin olvidar a su colega norteamericano, ya que —conviene recordarlo—, el presidente Wilson y los grupos financieros yanquis encarnados en su persona habían puesto como condición para la entrada de su país en la guerra, la eliminación de la dinastía romanoviana*[2]*. Miembros de los consejos de administración de las sociedades financieras e industriales creadas con capital extranjero, los personajes más arriba citados y algunas decenas más, fueron los servidores natos de este capital, incluso al precio de la traición más caracterizada.*

La preocupación militar en que, a partir de agosto de 1914, el gobierno imperial había centrado toda su actividad, les proporcionó los medios para actuar más eficazmente que en los años que van de 1861 al estallido del conflicto. A partir de la dirección general de la Asociación de los Zemstva*, encargada, mientras durase la guerra, de todas las cuestiones relativas al abastecimiento de la población, y que, bajo la presidencia del príncipe Lvov, no había tardado en transformarse en una verdadera oficina de sabotaje, organizaron cuidadosamente la carestía en las grandes ciudades. Al fomentar el descontento popular, suscitado por la falta de alimentos que ellos mismos habían planificado (en los días consecutivos a la abdicación, se descubrieron enormes cantidades de harina, de patatas, de carne, en los depósitos de Petrogrado puestos bajo su administración), determinaron una paralización general de los medios represivos y la caída del zarismo.*

Tal es la realidad de la revolución de febrero, en la que —a menos de ser tozudamente ingenuo— es imposible descubrir el mínimo motivo idealista. Un

---

[2] La abdicación de Nicolás II es del 16 de marzo; la declaración de guerra de Estados Unidos a los Imperios Centrales, del 2 de abril.

puro engendro, incubado en los apetitos más mezquinos, fertilizados por el oro extranjero, se impuso durante seis meses y veintiún días a diez siglos de historia gloriosa. Este lapso de tiempo le fué suficiente para abrir de par en par la puerta a la anarquía y a la miseria, para transformar la primera potencia cristiana del mundo en la central de los crímenes más horripilantes, la ciudadela del orden social en la base de partida de la barbarie más bestial...

Los agentes principales del golpe —con tanta honradez planeado por los embajadores de Inglaterra, de Francia y de los Estados Unidos, al abrigo de su incolumidad diplomática— habían sido los ya nombrados príncipe Lvov, profesor Miliúkov, abogado Maklakov, ingeniero Teréshchenko, a los que conviene sumar, en el interior del gobierno provisional, a los diputados del llamado "bloque progresista", Konovalov, Shingarev, Nekrasov, Guchkov, etcétera; fuera del gabinete, a personajes de primer plano como el economista Rodzianko, los generales Ruzskiy, Danílov, Evert, Brusílov, y, en la misma familia imperial, los grandes duques Nicolás Nikoláievich y Nicolás Mijáilovich, apodado este último en los salones "Nicolás-Igualdad" en razón de su "progresismo" y de sus ambiciones. Todos esos personajes eran los comensales cotidianos de Sir George Buchanan y de M. Paléologue y los agentes magníficamente rentados de las sociedades financieras de las que hemos hablado más arriba [3].

El golpe había triunfado y sus agentes recibieron la recompensa convenida, el gobierno, y, de inmediato, se empeñaron en modelar a Rusia en el sentido deseado por sus mandantes, esto es, iniciándola a los encantos de la explotación extranjera ilimitada en el tiempo y en el espacio. Lvov y sus colegas estaban perfectamente tranquilos. La historia enseña —enseñaba— que los amigos de Inglaterra— trátese de un potentado hindú, de un rey africano, de un presidente sudamericano— disponen de largos años para realizar sus planes, que, por supuesto, son los de Su Graciosa majestad. Y, en efecto, ninguno de los nuevos dirigentes rusos pareció alimentar dudas acerca de la perennidad de su triunfo. ¿Cómo es posible, pues, que hayan durado solamente seis meses y veintiún días en el poder?

Con toda evidencia, se trataba de los hombres más cultos de Rusia y de los más influyentes en su esfera social, y quizás algunos figuren entre los rusos más inteligentes de aquella época, si por inteligencia se entiende facultad de discurrir con sutileza extrema acerca de lo que debería ser. Pero la crónica co-

---

[3] *Todos los pormenores de esta operación «ejemplar», en la que se entremezclan aristócratas y burgueses incubados en las logias y los consejos de administración de la Saint-Gobain y de la Vickers, militares despechados por una remoción debida a su ineptitud, abogados y catedráticos con vocación política, figuran en los caps. XIV, XV y XVI de nuestra* Historia de la Rusia contemporánea (1825-1917). Mendoza, 1954.

tidiana de su actuación de gobernantes nos muestra que, desde el primer día, ninguno de ellos se reveló capaz de adecuar "lo que hubiere debido ser" a lo que realmente "era" en la Rusia de esos meses. En que lo que hubiera debido ser era pura construcción abstracta de mentes nutridas en el culto de lo occidental, pero únicamente en la medida en que lo occidental les permitía negar drásticamente lo ruso. Como miembros de una élite que, en medio siglo, había ido desrusificándose; como hombres de cultura, formados en la Sorbona, en Oxford o en Jena, sin el mínimo contacto con la substancia espiritual de su tierra; como políticos progresistas, para quienes las palabras Rusia *y* Progreso *sólo podían ser antinómicas; despreciaban a su patria y, en verdad, todo aquello que creían tener derecho a reprochar a Alejandro II, a Alejandro III y a Nicolás II puede resumirse en que se trataba de soberanos demasiado rusos, quienes, en toda su política, no habían hecho más que pensar en el interés del pueblo ruso.*

Este pueblo ruso lo comprendió claramente, demasiado claramente incluso, y no perdió tiempo en discutir con ellos acerca de la legitimidad de su instalación en el poder. Lvov y sus amigos, para realizar su maniobra, habían contado con el apoyo de la alta finanza británica, francesa y norteamericana, pero en ningún momento con el del pueblo ruso, del que estaban seguros que los seguiría pasivamente, del mismo modo que, de 1613 a 1917, había seguido a los Románov. Ahora bien, el pueblo ruso, con unanimidad verdaderamente monolítica, se negó a seguirles ni siquiera veinticuatro horas. Puesto que el zar había desaparecido, ¿qué necesidad de intermediarios entre el pueblo y la felicidad? Por de pronto ¿para qué seguir guerreando en las fronteras cuando en Rusia había tierra abundante que quitar a los señores? Los señores habían echado al zar porque les quitaba sus latifundios para repartirlos entre los campesinos. Ello quería decir que ya no habría nuevas entregas, y que, pronto, los señores volverían a poner en tela de juicio aquéllas que, a consecuencia de la "reforma Stolipin", en pocos años habían transformado a dos millones de peones rurales en pequeños propietarios. En la mente del muzhik, *sencilla hasta la torpeza, este temor se abrió paso muy rápidamente. Para él, durante siglos, el zar había sido un protector atento contra la prepotencia del señor. Ahora que el señor quedaba solo, ¿quién iba a proteger al* muzhik? *Tanto para defender a sus padres contra esta amenaza obscura como para tomar parte en la operación mucho más concreta del reparto de las tierras señoriales, los soldados empezaron a abandonar sus cuarteles y sus puestos de combate en un movimiento de migración nunca visto desde los Tiempos Turbios, y las incautaciones, ya a fines de marzo, estaban operándose según el principio del primer ocupante, al que tres años de combates habían enseñado el manejo de las armas y el arte de la emboscada.*

Un mes bastó para que el gobierno de profesores, de financieros y de abo-

gados, jubilosamente instalado en el palacio de Táurida, revelara su impotencia para hacerse oír fuera de Petrogrado y, en la misma capital, más allá de los barrios centrales. En los suburbios la única autoridad reconocida era la del soviet *de los obreros y de los soldados, que los mencheviques habían organizado con vistas a dirigir, como decía Kérenskiy, "los caminos gloriosos del pueblo hacia la república y la democracia". Sostenido por obreros, convencidos de que su camino glorioso pasaba por el abandono del trabajo, y por soldados dispuestos a todo salvo a ir al frente, ese* soviet, *para empezar, había publicado el famoso* Prikaz núm. 1, *con el que todo "ciudadano" ruso vestido con uniforme militar recibía el derecho de desobedecer a sus oficiales y a beneficiarse directamente en el gran reparto. Y, el 16 de abril de 1917, esto es, al término justo del primer mes de vida del nuevo régimen, Lenin y sus colaboradores directos habían vuelto de Suiza en un "vagón precintado" puesto graciosamente a su disposición por el general Erich Ludendorff y el Dr. Walther Rathenau, dictadores virtuales del esfuerzo de guerra germánico. Tal había sido la respuesta de la alta finanza alemana a la caballería de San Jorge.*

Este breve lapso de tiempo había sido más que suficiente para que, con su impotencia congénita para coordinar pensamiento y acción, los genios constitucionalistas tan caros a Sir George Buchanan hubiesen dejado crearse las condiciones que, magistralmente utilizadas por el Pugachov de universidad, iban a entregarle el poder en menos de seis meses.

Apenas llegado, había pronunciado sus famosas "Tesis de abril". Lucha contra el gobierno capitalista de Lvov, paz inmediata, todo el poder a los obreros y campesinos pobres, supresión del ejército, de la policía y de la burocracia, expropiación de la propiedad territorial; tal era el mensaje que Lenin había madurado durante su viaje a través de Alemania, por cuenta del Comando Supremo alemán. Pues nadie será tan ingenuo como para creer que hombres precavidos como Lundendorff y Rathenau habían permitido la vuelta de Lenin a Rusia a título gratuíto; sino para iniciar inmediatamente la batalla contra los agentes de Londres y de París instalados en el poder, batalla que los Imperios Centrales, ya enteramente agotados, necesitaban para torcer el destino de la guerra.

En el momento de la revolución de febrero, la fracción bolchevique contaba solamente con 10.000 afiliados, y ésta es la razón por la que Vladímir Ilich no reivindicaba —aún— todo el poder para los sovieti. *En los* sovieti, *los suyos eran una ínfima minoría. Pero los seis meses siguientes le fueron más que suficientes, con el apoyo de estos diez mil "revolucionarios profesionales" —a los que él mismo llamaba "bacterias de la revolución"— para anular todas las mayorías democráticas mencheviques o social revolucionarias, obligándolas a afrontar contradicciones insolubles; paralizar el gobierno y extender la anarquía a*

través del país, utilizando los lemas sencillos de la paz inmediata, del pan abundante, del odio a los ricos y de la tierra para los campesinos.

Estos eran precisamente los lemas que las masas anarquizadas por el golpe de febrero esperaban, aun cuando, en el comienzo, no se los hubiesen formulado muy claramente.

El resto es solamente táctica revolucionaria, táctica utilizada de modo genial para permitir que la pequeña tropa de los comienzos logre hacerse tan indispensable que no tendrá siquiera que esforzarse mayormente para substituir, cuando llegue el momento, a la solemne asamblea de catedráticos idealistas, de financieros filobritánicos, de abogados progresistas que tan inesperadamente habían recibido el poder sin haber hecho nada para merecerlo.

El momento se dió el 25 de octubre, esto es, cuando Lenin y Trotskiy comprobaron que su tarea de disolución se había cumplido a las mil maravillas, y que, para ellos, había llegado la hora de restaurar el sistema autocrático que Rusia necesitaba.

Más tarde, más adentrados que ningún otro pueblo en la liza ideológica, no les costó mucho trabajo a los rusos, tras un siglo de adaptación acelerada de su intelliguentsiia *progresista a las corrientes radicales laicizantes del Occidente, para encontrar en su propio seno recursos capaces de permitirles tomar parte en la competición revolucionaria con armas muy eficaces. Mientras, en Francia, todo movimiento anarquizante —como tantos se habían dado en la primera mitad del siglo XIX— había acabado por diluirse, tras la sangrienta represión de la Comuna, en las arenas prudentemente pisadas de la reforma social por vía parlamentaria; mientras, en Inglaterra, el socialismo, huérfano de supuestos doctrinarios de un Keir Hardie, había sido absorbido sin dificultades por el cauto fabianismo de los primeros dirigentes laboristas; mientras, en Alemania, Meca de la Segunda Internacional, el reformismo de un Bernstein había descartado toda posibilidad de choques irreparables entre burguesía y proletariado; en Rusia, numerosos movimientos de agitación social se habían desarrollado, cada uno como una capilla esotérica reservada a pocos iniciados, en direcciones muy contradictorias, sin otra coincidencia entre sí fuera del deseo de "cambiarlo todo". Populistas, socialistas revolucionarios, anarquistas, social demócratas, hasta el comienzo del siglo habían gozado de poca importancia y, reducidos a masticar su resentimiento por la indiferencia del pueblo, se transformaron en reuniones de fanáticos, cuyo pensamiento, a fuerza de comprimirse sobre sí mismo, volvía posibles los estallidos más espeluznantes, del asesinato individual de los funcionarios altos y pequeños, ajusticiados sin odio pero por necesidad filosófica, a la liquidación en masa de capas enteras de la población. Incluso después de 1900, cuando la prédica de los socialistas revolucionarios empezó a obtener algún éxito entre los campesinos y que la escisión bolchevique dió un sentido más preciso a la acción revolucionaria en las filas del pro-*

letariado industrial, nadie de aquellos que querían «cambiarlo todo» hubiera sido capaz de decir con precisión qué clase de sociedad entendía realizar después del gran cambio. Nadie, salvo Lenin, por supuesto, que, en cuanto a él, sabía perfectamente lo que quería, pero evitaba decirlo demasiado claramente para no perder a sus últimos partidarios. Y ésta es la razón por la que, entre abril y octubre de 1917, su anábasis se efectuó con tanta cautela, pues, para alcanzar sus objetivos, esto es, para instalarse en el poder, necesitaba utilizar la materia prima del anarquismo de los rusos, que es lo único que tenían en común los "soldados de la revolución" que, sin saber nada de sus proyectos reales, lo instalaron en el poder el 25 de octubre en la creencia de que iba a destruirlo todo.

Para captar el sentido real de este fondo común a todos los movimientos de subversión, cuya falta de programa, cuyo odio por todo programa, permitió la conquista del Estado por el único que, en Rusia, tuviera un programa muy preciso, nada más eficaz que el estudio del pensamiento de León Tolstoi. En él se juntan, en efecto, todas las corrientes de desintegración espiritual e intelectual que, no sólo hicieron posible el fracaso de la experiencia febrerista y el triunfo de la intentona de octubre, sino que se encuentran en la base, irremplazablemente, del régimen soviético a lo largo de todo su recorrido.

Tolstoi es un Rousseau eslavo, pero no un discípulo del ginebrino, sino un verdadero Rousseau suficiente a sí mismo que se forja por sí solo las herramientas que le permiten actuar sobre las mismas vías, pero descubiertas por él sin necesidad de ninguna guía; las instancias de corazón sistematizadas o, si se prefiere, un radicalismo desenfrenado del sentimiento.

Idéntico punto de salida en ambos reformadores, cultura conseguida al azar de las lecturas y visión del mundo oscilando al ritmo de las emociones que estas mismas lecturas despiertan. Idéntico punto de llegada, discípulos más consecuentes que ellos, es decir, más lógicos en la aplicación de su fanatismo. Idénticas perspectivas infinitas, entre esta partida y este término, una racionalización no siempre consciente y a menudo inconsciente de una especie de inmanentismo místico de la vida y del hombre, edificado a partir de un sentimentalismo, de una dictadura del sentimiento, cada vez más voraz, que busca sus justificaciones en apariencias de lógica racional y moral.

Arrancando de un culto nebuloso de lo natural, descubre y proclama la necesidad ética de desconfiar de la cultura y del tiempo en que vive, porque ello le parece el medio mejor para fundamentar su repulsa a todas las conveniencias que, evidentemente, por las exigencias de una ley muy constante, anidan en la base y acompañan el desenvolvimiento de toda sociedad y de toda cultura. Su sistema —si se puede dar este nombre a las embestidas incoherentes que catapultan su pensamiento hacia las direcciones más contradictorias— es esencialmente anárquico y, por consiguiente, antinatural, pese a sus pretensiones a lo

natural. Irracional en la formulación de sus implicaciones morales, es nebuloso y artificial en su predicación de una sociedad perfecta.

Partiendo de tales fundamentos, tan movedizos que cualquier candidato a la subversión ha podido encontrar en ellos móviles de acción, Tolstoi ha sido más completamente determinante que los demás críticos reunidos contra la cultura y la sociedad de su tiempo. Es innegable, por ejemplo, que los viejos populistas no querían destruir la sociedad en que vivían. Sólo querían cambiarla, "humanizarla". Muestras de ello son la ingenuidad de su apego al mir, *que reprochan al zarismo de destruir con su fomento de la propiedad rural privada, y su insistencia, tan vocinglera como gratuita, en subrayar la superioridad de lo ruso sobre lo occidental, en considerar como una ventaja que Rusia no haya conocido aún el "infierno capitalista", lo que, según ellos, ha de facilitar el tránsito a una sociedad comunitaria perfecta por cuanto edificada sobre cimientos genuinamente rusos. En la disconformidad de los populistas de los años sesenta, radicaba un deseo profundo de comunión con la tierra rusa por la participación activa en el "rescate" del hombre ruso, y es muy significativo que los herederos más auténticos de esos primeros populistas, los socialrevolucionarios del grupo de Nicolás Mijailovskiy, hayan llamado* Tesoro Ruso *a la más importante de sus revistas.*

Tolstoi, por el contrario, no manifiesta su disconformidad para con su tiempo y su ambiente porque ello le es necesario moralmente para pagar su "deuda hacia el pueblo", para hacerse perdonar, él, miembro de la clase dirigente, el abandono en que ese pueblo ha sido dejado tanto tiempo. Tolstoi está disconforme únicamente porque quiere destruir todo aquello que existe en Rusia y que, por el mero hecho de existir, se le opone, para que la sociedad del porvenir —su *sociedad— se amolde estrictamente a* sus *ideas, con exclusión de toda otra idea. Habla sin cesar del campesino ruso, de quien admira todas las virtudes. pero no como las admiran Dostoievskiy y el mismo Bakúnin, sino del mismo modo exactamente con que Rousseau ofrecía el ejemplo del buen salvaje del Caribe a los franceses corrompidos por la civilización. Admiración de forma simplemente y que sólo sirve para levantar un telón de fondo, porque, como escribe esa lengua viperina de Maxim Gorkiy, "para él, el campesino quizás no sea más que un mal olor, cuya presencia constante lo obliga a hablar de él por amor o por fuerza".*

Toda su predicación tiende al anulamiento de la individualidad, tanto su predicación teológica, que lo lleva a negar la inmortalidad del alma fuera de la del alma colectiva de la humanidad; como su predicación "filosófica", que considera injustificable toda existencia individual; como su predicación social que lo impulsó a escribir al primer ministro Stolipin para convencerlo de renunciar a su reforma agraria basada en la extensión de la pequeña propiedad y de ensanchar, por el contrario, hasta lograr una colectivización concebida en escala

nacional, el viejo sistema de la comunidad aldeana. Razón por la cual, su doctrina, esencialmente antipersonalista, encontrará su realización concreta en el colectivismo soviético.

Que no hubiera previsto que sus discípulos —o, mejor dicho, quienes se pretendieran tales para justificar su sed de poderío— torcerían de este modo su pensamiento, no demuestra la habilidad de sus teorías. Tampoco Rousseau había pensado en los posibles excesos del jacobismo, que estaban implícitos en su doctrina, como los del colectivismo en la de Tolstoi. Pero, como Robespierre y Saint-Just con respecto al "filósofo de Ginebra", Lenin y Stalin comprendieron perfectamente qué partido podían sacar del "moralista de Iásnaia Poliana". Mientras aquéllos fundamentaban su terrorismo con referencias constantes al Contrato social, *éstos comprendieron desde el primer día la utilidad del autor de* El Reino de Dios está en vosotros. *En efecto, cuando el ciudadano Dzhugashvili se creyó en la obligación de buscar fundamento y garantía en el pasado ruso, del mismo modo que se dirigió directamente a Pedro el Grande para justificar su experiencia de transformación económica y social, y a Iván el Terrible para insertar sus crueldades en una tradición histórica muy forzada por lo demás, ¿dónde mejor podía encontrar referencias morales para su colectivismo si no en el impersonalismo de la moral y de la filosofía de la historia tolstoiana?*

Ningún pensador podía proporcionarle tan buenos pretextos. Por ello, de todos los escritores del maravilloso siglo de Oro ruso, León Tolstoi es el único al que el régimen soviético haya honrado de modo tan constante, sin la menor alternativa en un culto en el que estamos acostumbrados a ver cómo aparecen y se reducen los motivos de admiración estética. No hablemos de Dostoievskiy que, hasta marzo de 1956, fué considerado como un reaccionario dañino y al que, desde esta fecha, los rusos pueden leer solamente en antologías cuidadosamente elaboradas por el Gosizdat. *Ni siquiera el mismo Biélinskiy, ni Herzen, ni Chernishevskiy, podían ser tan eficaces para el comunismo en acción como León Tolstoi.*

Si aquí se pretende que Tolstoi no debe nada a nadie, no se quiere decir que el moralista de la no resistencia haya nacido por generación espontánea. Desde la rebelión decembrista, muchos pregonaban en Rusia soluciones revolucionarias totales y, bajo muchos aspectos, el mismo misticismo ortodoxo podía llevar a ciertas formas de anarquismo social, por cuanto, en vez de predicar la resistencia activa al mal, aconsejaba la huída ante él hacia bosques impenetrables. Así, al tiempo que es lógico atribuir inspiraciones occidentales mal digeridas a los movimientos que, finalmente, causaron la disgregación espiritual de la nación rusa, forzoso es tener presente que estas inspiraciones son, esencialmente, superestructuras recientes que sólo sirvieron para dar salida a las corrientes subterráneas existentes en Rusia y dotadas de una poderosa carga explosiva propia. Estas corrientes, liberadas por el occidentalismo de una intelliguentsiia *cada vez más*

radicalizada con su voluntad de "cambiarlo todo", encontraron su punto de fusión en el pensamiento incoherente de León Tolstoi. En todo esto, la aportación occidental no fué más, sit venia verbo, *que un abono importado que sirvió para que afloraran bruscamente a la superficie los gérmenes de subversión yacentes en el terruño ruso.*

Es probable que su utilización por hombres decididos a hacer estallar los moldes existentes, como Biélinskiy y Herzen, Bakúnin y Lavrov, los pirotécnicos de la Naródnaia Volia y los populistas, no hubiera sido suficiente para determinar el derrumbamiento total de 1917. En efecto, es fácil comprobar que, con una constancia que impresiona, todos esos movimientos se anularon, más por la impotencia de sus dirigentes en determinar en las masas una toma de conciencia revolucionaria, que por la acción de la gendarmería imperial. Y es que todos tendían demasiado a la organización, incluso el bakunismo, cuando, para conquistar a las masas, eran necesarios ingredientes que, al mismo tiempo que aprovecharan el impulso occidental, se desembarazaran de todo rastro de occidentalismo, de toda referencia a un orden jurídico por somera que fuera su formulación, e injertasen, sin preocupación ética de ninguna especie, la empresa de subversión en el anarquismo latente de las corrientes subterráneas para permitirles brotar con la fuerza demoledora de un aluvión. Algo que no fuera más que retorno puro y simple al viejo nomadismo de los cuerpos y de las almas, único caldo de cultivo capaz de engendrar al Pugachov de universidad entrevisto por Joseph de Maistre. Este algo, únicamente León Tolstoi pudo proporcionarlo a la conciencia obscura de quienes no querían nada fuera de la destrucción de todo orden social y de toda tradición.

Mientras duró, la institución monárquica logró aislar cuidadosamente estos gérmenes. Aun cuando, a partir de los años noventa, la prédica tolstoiana les permitiese irrumpir hasta en los círculos más elevados de la sociedad, sus proyecciones, más intelectuales que políticas, no podían surtir efectos peligrosos en tanto una situación de fluidez política no los hiciese expandirse libremente a través del cuerpo social. Esta situación, creada por ciertas condiciones del desarrollo del conflicto, hizo posible la conjunción de esas corrientes subterráneas con el apetito político y financiero de la alta burguesía progresista, cuya acción combinada con la de la alta finanza extranjera acabamos de delinear. Fenómeno de precipitación social que solamente podía resolverse en una alienación total en manos de Lenin y de los suyos.

* * *

Cuarenta años han pasado. Que el comunismo haya edificado un nuevo tipo de organización social es tan evidente que nadie se atreve ya a negarlo. El contraste empieza cuando se quiere considerar el valor que este tipo de organización puede entrañar, es decir, cuando lo enfrentamos con el concepto mismo

de civilización, y llega a hacerse agudo en extremo cuando se pretende darle las características de una nueva civilización dotada de todos los atributos que el término implica [4].

Toda civilización naciente tiende a apuntalarse en conceptos de vida cuyo conjunto, al imponerse, constituye una moral. El espectáculo que, a este respecto, nos ofrece la experiencia soviética es desconsolador. Resulta improbable, por lo demás, que en un futuro todavía conjetural, los elementos constitutivos de la moral comunista —terror policial, liquidación de los contrincantes, mentira y calumnia como base de la convivencia social e internacional, violación repetida de los compromisos más solemnes, delación como elemento fundamental del derecho público y privado, etc.— desaparezcan en beneficio de una moral superior. Toda moral, así como toda civilización que se sustenta en ella, no es sino la resultante de las líneas fundamentales que señalaron su nacimiento. Ahora bien, aquello que sabemos de la llamada civilización comunista, aplicación práctica del humanismo marxista, revela una tendencia, cada vez más afirmada, a la negación de lo que, para nosotros, se sitúa en la base, no digamos ya de una moral trascendente, sino solamente de la moral más escuetamente natural.

Uno de los elementos necesarios para que una moral pueda considerarse como tal moral radica en el apego a la verdad, cuyo corolario es una postura de respeto frente al pensamiento y a los derechos de los demás. Que, demasiado a menudo, individuos y Estados den la espalda a este amor y a este respeto con el designio de satisfacer sus intereses, ello es cierto, mas no quiere decir que dichos individuos y Estados lo hagan con conciencia feliz y que, para ellos, este fundamento no siga siendo, idealmente, tal fundamento. Hasta la implantación de la moral comunista, ningún individuo o Estado jamás pretendió abiertamente hacer de la mentira y de la calumnia un sistema de afirmación moral, si bien, reiteradas veces, muchos hayan utilizado este medio para imponerse. Ahora bien, la característica inconmovible de la moral comunista consiste en acusar al adversario de todo aquello que el comunismo está realizando, tanto en su polé-

---

[4] *Se ha intentado hacerlo muy a menudo. Dejaremos de lado las aproximaciones debidas a los sociólogos de la escuela marxista que, a la gente seria, no pueden demostrar nada fuera de una debilidad dialéctica y cultural irremediable. La tentativa más célebre en campo burgués es la obra de* SIDNEY *y* BEATRIZ WEBB: Soviet Communism; a New Civilisation? (*Prim. ed., Londres, 1935; seg. ed., Londres, 1942, esta última puesta al día por Beatriz Webb, con las notas dejadas por su marido). En esta obra, cuyo título mismo implica que la acción de Lenin y de Stalin «realizó» una sociedad justa y racional, los autores —teóricos del fabianismo más puro, conocidos también como lord y lady Passfield en razón del título a ellos concedido por el rey Jorge V— han querido presentar a sus compatriotas la organización lenin-staliniana como una realización casi perfecta, como un ejemplo digno de seguirse, como portador de maravillosas promesas de armonía social.*

mica contra los individuos como en su acción contra las naciones. Nada, aquí tampoco, nos autoriza a creer que ello haya de terminar pronto. Con este método, el Kremlín cosechó demasiados triunfos, desde la revolución de octubre hasta el lanzamiento de la luna artificial, pasando por la política de seguridad colectiva, el pacto con Hitler, las conferencias de Teherán y de Yalta y la ocupación de los países satélites, para que se resigne algún día a elegir caminos, digamos, más burgueses. Ya que, además que sus procedimientos públicos y privados encuentren su punto de apoyo en el cinismo, la mentira y la mixtificación, no impide que cinismo, mentira y mixtificación sean considerados por sus ocupantes y quienes los siguen en Rusia y fuera de Rusia, como manifestaciones de la más auténtica honradez. Para los hombres del Kremlín, en efecto, la moral siempre se confunde con la táctica, y la táctica con la civilización.

Que, si hemos de creer en las estadísticas oficiales, el analfabetismo haya desaparecido enteramente de la tierra rusa; que, allí, se haya realizado una obra de adaptación —original en muchos aspectos— a los progresos técnicos de nuestro tiempo, tampoco impide que, de ahí a considerar estos resultados como prueba de la presencia de una nueva civilización superior, queda mucho camino por recorrer. Al mismo tiempo que "tiene" fábricas, universidades, hospitales, centrales eléctricas, plantas atómicas, lunas artificiales, jardines de infancia, etc., el pueblo ruso está segregado, material y espiritualmente, del resto de la humanidad y ha perdido su última oportunidad para razonar, comparar y pensar libremente.

Del resto del mundo, el hombre ruso sólo recibe noticias truncas —aun en plena primavera antistaliniana—, informaciones hábilmente deformadas. De la historia del mundo, incluída la de su propio país, no "debe" conocer más que las caricaturas lastimosas que la Academia Soviética de Ciencias elabora a partir de consignas tendentes a hacerle odiar a sus semejantes del otro lado de la cortina. Así vemos cómo un pueblo que siempre se caracterizó por su amor al prójimo es amaestrado, con todas las insidias que una mente depravada puede excogitar, con vistas a volverlo más apto para la lucha contra lo que queda en el mundo de verdadera civilización, en nombre de una revolución que sólo puede merecer su odio y bajo la bandera de dirigentes a quienes desprecia.

En 1789, el mundo entró en la era de las revoluciones permanentes. Babeuf lo afirmaba cuando, al elaborar los planes de su conspiración por la Igualdad, subrayaba la necesidad para la empresa de extenderse cada día más lejos de sus bases de partida para seguir alimentándose a sí misma. Si los beneficiarios burgueses de la Revolución francesa interrumpieron algún tiempo esta tendencia, Marx supo revitalizarla y dar al concepto el fundamento ideológico que Rusia se empeña en concretar desde 1917.

Todos los revolucionarios pretenden actuar con vistas al establecimiento de la justicia social y de la felicidad en el mundo. Pero, puesto que ninguna revo-

lución hasta ahora logró realizar este propósito, cada una deja a la siguiente la misión de conseguirlo. Ello significa que la humanidad no debe contentarse con los laureles conquistados, y, por el contrario, tiene que someterse a una perpetua tensión revolucionaria, hasta que la justicia y la felicidad queden aseguradas para siempre. De ahí el concepto de revolución permanente. Hay algo más. Como la historia parece enseñarnos que nunca podremos alcanzar este estado de perfecto bienestar, revolución significa, pues, batalla sin fin contra un enemigo que siempre resurge, condena de las generaciones presentes y futuras al estado de sitio y de la dictadura revolucionaria.

El tipo contemporáneo de revolución permanente es el comunismo que, gracias a la derrota de sus adversarios fascistas y nacionalsocialistas, logró multiplicar su potencial expansionista hasta hacer sentir su presión al universo de modo tanto más aplastante cuanto que esa derrota le permite enfrentarse directamente con las formas políticas demoliberales, cuya esencia es la inmovilidad.

Desde el comienzo, el comunismo ruso sufrió una grave contradicción. Mientras el mesianismo marxista, portador infalible de desarrollos históricos y económicos levantados sobre una serie de fatalidades dialécticas, dejaba al hombre una parte extremadamente pasiva, Lenin quiso realizar el socialismo antes de que las condiciones previstas por Marx hubiesen madurado, inyectándole elementos de voluntarismo que, desde el primer día, lo hicieron chocar con una realidad que no quería dejarse plasmar. No obstante esta contradicción estridente, los corifeos de la experiencia soviética siguen afirmando que la victoria es "fatal" porque la dialéctica materialista, en su juego entre los opuestos —tesis-antítesis, burguesía-proletariado, capitalismo-colectivismo— la garantiza.

Pero mientras la dialéctica marxista —la de Marx— quería señalar el proceso normal de la evolución histórica, la interpretación leninstaliniana, que no ha sido desautorizada en lo más mínimo después de la muerte del ciudadano Dzhugashvili pese a todas las destalinizaciones efectuadas, tiende a ser la marca de una anormalidad que se hace permanente.

Ello salta a la vista en el terreno de los hechos, donde la fórmula "revolución permanente" expresa más claramente el contraste insuperable entre la idea y su realización. Y aquí es donde civilización y moral vuelven a surgir.

Toda revolución empieza por ser un régimen de ilegalidad, una dictadura demagógica, y conserva esta forma mientras permanece revolucionaria, condición de su supervivencia, impuesta por la necesidad de luchar contra grupos, intereses, instituciones, hábitos, cuyas "contradicciones" o injusticias motivaron su estallido. Entonces aparece la necesidad para las dictaduras de prolongar la fase revolucionaria de su experiencia a fin de mantenerse en el poder. Revolución permanente significa, en substancia, dictadura permanente.

Así es cómo la idea de táctica se insinúa en el proceso ideológico. Táctica implica sacrificio momentáneo de los principios iniciales hasta que sean reunidas

las condiciones de su realización. Aquí también la dialéctica hegeliana representa su papel: para llegar a la abolición del Estado —meta de la dictadura marxista— se hace necesario ensanchar el poder del Estado y el absolutismo de sus prerrogativas; para preparar la futura libertad, se hace necesario crear una policía rigurosa dotada de poderes hasta entonces desconocidos; para alcanzar la anhelada igualdad, se hace necesario, no ya solamente destruir las viejas clases pudientes, sino reemplazarlas por una superclase burocrática dotada de bienes y de privilegios; medidas sin las cuales no se podría gobernar ni "preparar" el fin —la extinción del Estado mediante la instauración de una sociedad sin clases, es decir, sin conflictos de clase— y que sirven solamente *para imponer esta preparación a los recalcitrantes que siempre resurgen de sus cenizas y cuyas cenizas siempre engendran a nuevos recalcitrantes. Singular, si bien no inesperado, efecto de la metafísica de la contradicción. Y espero no escandalizar a nadie opinando que semejante metafísica, para hablar claramente, más que concluyente me parece desconcertante. Todo individuo de formación racional, amigo de las argumentaciones lógicas, cuando se encuentra en presencia de dos afirmaciones contradictorias, obedece al reflejo de examinarlas una y otra; retendrá aquella que el estudio de los hechos señala como valedera, o las rechazará a ambas si ninguna resiste a esta prueba. Pero ello es salirse de la cuestión...*

Es digno de notarse que los jefes y los teóricos del comunismo aplicado nunca dejaron de proclamar su fidelidad a los ideales marxistas, pese al desmentido constantemente formulado por los hechos, y ello aun y sobre todo cuando los contradecían mayormente con sus evoluciones tácticas. Mas como estas afirmaciones de fidelidad no alcanzan a aminorar la violencia de los choques con la realidad, para superar las contradicciones —no dialécticas esta vez— engendradas por la coyuntura, se invoca la doctrina del fin que justifica los medios, doctrina que, en el drama ruso, se expresaría mejor por la de los medios que devoran el fin. En efecto, cada día más, en Rusia, el Estado, en vez de empezar a "extinguirse", empeña mayores fuerzas en su propia vigorización, y el fin revolucionario, consecuentemente, se hace contradictorio para con la realidad histórica presente, que es el medio utilizado en vista del fin. Poco a poco —y cuarenta años constituyen un largo plazo, cuyo lastre resultaría imposible eliminar—, el Estado *se identifica con el* Estado *que es y se aleja del* Estado *que pretendía ser, el que preparaba su propio fin. De este modo, sus formas y sus métodos están determinados por la presión de los acontecimientos, no por la ideología prerrevolucionaria; por los medios, no por el fin. De todo esto, se deduce que el vacío dejado por el alejamiento del fin no ha tardado en ser ocupado por los medios, y que el Estado, al cristalizarse en una forma que, en el comienzo, afirmábase transitoria, se ha separado irrevocablemente del modelo que la revolución habíase trazado en su fase preparatoria.*

Tal es el drama del comunismo a los cuarenta años de su triunfo en Rusia.

Sus realizaciones constituyen la versión invertida de las predicaciones socialistas de hace cien años y de la misma enseñanza leniniana del período anterior a la revolución. Aquí no estamos frente a un Estado que prepara la extinción del Estado o que, mientras las condiciones exteriores no permitan tal extinción, realiza el socialismo o, por lo menos, ciertas formas de socialismo en el interior de sus fronteras. Estamos, muy simplemente, ante un Estado deificado y que sigue deificándose con el propósito, ni siquiera velado, de ensancharse a la escala del universo. Porque es evidente que para realizar, en el interior de sus fronteras, el socialismo o ciertas formas de socialismo, nunca la Unión Soviética conoció mejores condiciones que las que le brindaron sus victorias de 1945 y la admiración, casi diríamos servil, de sus aliados del bando antifascista. Tan sólo un mentecato incurable —los hay, por cierto, y en muy grandes cantidades— puede creer que, una vez derrotados los alemanes y los japoneses, los anglosajones habrían asaltado a Rusia si el Estado "transitorio" staliniano no la hubiese dotado de defensas inasequibles. Entonces Gran Bretaña y los Estados Unidos estaban muy dispuestos a ayudar a la Unión Soviética a realizar el socialismo. Pero semejante realización implicaba la desaparición de la presión estatal sobre los ciudadanos y, por consiguiente, el desahucio a breve plazo, por obra de los mismos rusos, de los ocupantes del Kremlín. Esta es la razón por la que dichos ocupantes no podían pensar en semejante experiencia. Pero un ejemplo de que era perfectamente posible llevarla a cabo, lo ofrece el Estado de Israel, que, pese a un ambiente hostil, está realizando justamente desde 1948 "ciertas formas de socialismo". ¿Qué comparación es posible entre esta minúscula nación constantemente sometida al asalto de sus vecinos, abandonada incluso por quien la apadrinó el día de su creación, y la Rusia de 1945, poderosa por sus victorias y por la admiración de sus aliados en la cruzada de las democracias contra el fascismo?

Ello significa que, en el caso de una victoria del comunismo —el lanzamiento del spútnik *número 1 y del* spútnik *número 2 con perrita "pavlovizada" vuelve lógicas todas las conjeturas— asistiríamos, no a la supresión del Estado totalitario, sino a la instauración sobre las ruinas del "mundo antiguo", de un superestado, cuyo poderío estaría asegurado por un aparato policial y burocrático multiplicado a la escala universal igualmente.*

A través de las manipulaciones efectuadas por el que fué "padre de los pueblos", el comunismo perdió todo contenido doctrinal. De éste sólo quedan algunos esquemas formales que se utilizan como justificación moral para una empresa de conquista, cuyas exigencias estratégicas determinan —y excusan— las variaciones tácticas. Stalin mató al marxismo —y a los marxistas a los que pudo alcanzar— cuando comprobó que el marxismo se revelaba inutilizable para este fin, ya que resultaba contradictorio para con las necesidades reales de la empresa.

Había que substituirlo por otros mitos, quizá menos originales desde el punto de vista metafísico, pero infinitamente más eficaces desde el punto de vista político; mitos no ya abstractos, sino fáciles de proyectar en lo concreto pese a su irracionalidad, como el de la Tercera Roma, al que bastaba desacralizar, y desproveer de su carácter sacro.

Ello se hizo en pocos meses. Iósif Vissariónivich Dzhugashvili, seminarista laicizado, demostró que ésta era una empresa que podía cumplirse con relativa comodidad.

En 1475, desde su monasterio de Pskov, el archimandrita Filoteo había escrito a Iván III: "La Iglesia de la antigua Roma cayó a consecuencia de las supersticiones de la herejía apolinaria. Los nietos de Agar rompieron con su hacha y su maza las puertas de los santuarios de la segunda Roma, Constantinopla. Pero, ahora, la Santa Iglesia Universal y Apostólica es la tercera y nueva Roma de tu imperio. Brilla más que el sol, por encima de todo aquello que está bajo el cielo, para llevar a todos los lugares habitados de la tierra la verdadera fe de Cristo. Ve y advierte, oh Príncipe lleno del temor de Dios, cómo todos los imperios cristianos se reunieron en el tuyo, ve cómo dos Romas cayeron ya. Pero la tercera permanece en pie, y no habrá cuarta."

Sabemos cuántos fermentos aportó este vaticinio, tan ingenuo como gratuito, a la doctrina eslavófila. Sabemos también que, desviados de su fuente religiosa, estos fermentos sirvieron de vehículo al nacionalismo paneslavista a partir del último cuarto del siglo XIX. Pero se ignora en general que el mito de la Tercera Roma agitó igualmente el espíritu de los occidentalistas, aunque esta vez se tratara de un mito enteramente trasladado del cielo sobre la tierra, como nos permiten descubrirlo las líneas siguientes, escritas por el socialista Biélinskiy en el proemio de su Almanaque de 1840: *"Envidiamos a los hijos de nuestros hijos que están destinados a ver en 1940 a Rusia encabezando al mundo civil, dictando leyes a las Ciencias y a las Artes y recibiendo el tributo reverente de la más ilustrada humanidad"...*

Los hombres en cuyas manos cayó Rusia en 1917 no son utopistas ingenuos, ni menos aún mesiánicos nebulosos. Mucho más sencillamente, son imperialistas despiadados que quieren conquistar el mundo, no para recibir el tributo reverente de la más ilustrada humanidad, sino para explotar sus recursos. De suerte que, mientras Biélinskiy, al substituir al monje Filoteo, creía cumplir en la ingenuidad de su alma sincera una acción patriótica que le permitía colocar su tierra natal a la cabeza de las naciones, los hombres del Kremlín —del licenciado Ulianov al plomero Jrushchov, pasando por el seminarista Dzhugashvili y el ingeniero electrotécnico Malenkov— utilizan esquemas místicos solamente en la medida en que les sirven para hacer más impenetrable la careta con que ocultan sus verdaderos designios. De suerte que cuando, el 10 de septiembre de 1947, Stalin, en ocasión del VIII centenario de la fundación de Moscú, la llamaba

"modelo de todas las capitales del mundo, la capital por excelencia, la Ciudad Elegida", podemos adivinar el sentido exacto de este vuelo lírico. En su mente, Moscú había sido elegida, en efecto, como capital de la futura Unión Universal de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, porque era la Cuarta Roma, negada por el obscurantista Filoteo.

* * *

Lo extraordinario no es que, en los cuarenta años que corren desde la revolución de octubre —que se hizo con el propósito, proclamado altamente, de recorrer sin descanso las etapas necesarias hasta eliminar la idea misma de Estado—, Rusia haya podido transformarse en la mayor empresa de esclavización que la historia recuerde desde los tiempos de la Horda de Oro. Lo extraordinario es que, fuera de Rusia y de su imperio, millares de intelectuales —encarnación contemporánea de la canaille écrivante, cabalante et convulsionnaire *de Voltaire— sigan empeñando su pluma en la empresa de instauración del super Estado policial y, a la espera de su advenimiento, actúen abiertamente en vista de la destrucción de la sociedad en que viven y que les permite conspirar contra ella. El motivo de tan insólito comportamiento —que nos muestra a individuos aparentemente cultivados actuando contra un mal menor, el Estado "burgués" actual, en beneficio de un mal mayor, el Estado comunista universal, y no en vista de algo mejor, un Estado dotado, por ejemplo, de menores poderes— no tiene nada que ver evidentemente con el razonamiento empírico, y debe buscarse en el subsconsciente, o inconsciente, emotivo. Sería demasiado somero hablar de mala fe intelectual o de corrupción moral, por lo menos en la mayoría de los casos, porque los factores emotivos inconscientes actúan casi siempre sobre el sujeto fuera de su propio control. Para mayor comodidad de los dirigentes de la empresa, esos candidatos a súbditos del super Estado están sometidos, de modo constante, a* shocks *calculados que impresionan su emotividad, nunca su racionalidad, según métodos espuriamente escolásticos que no tardan en transformarlos en cotorras convencidas y satisfechas. Así es cómo Rusia, en estos cuarenta años, ha llegado a disponer en las cinco partes del mundo, de dialécticos apasionados a los que ningún razonamiento, ningún hecho, ninguna experiencia son capaces de conmover.*

Es que, a través de doscientos años de esquematizaciones racionalistas, aquello que Wladimir Weidlé llama el "obscurantismo racionalista" —todos nuestros modos de vivir fueron violentados con el propósito de imponernos modos de pensar concebidos en negación de la historia y de la tradición—. Ahora bien, la historia es el modo de vivir de las sociedades y la tradición el modo de pensar por el que los hombres aceptan seguir viviendo en ellas. La historia, hecha por los hombres, no hace sino registrar aquello que diferencia y, por lo tanto, otorga su autenticidad a la vida de las sociedades. La tradición, armazón espiritual de

las naciones, no hace sino confirmar los derechos del hombre social, codificando sus libertades al limitarlas por los deberes que la vida en sociedad le impone. Así, la historia del mundo está hecha con la historia de las sociedades, es decir, de las tradiciones y de los usos y de las costumbres de cada grupo social compuesto por personas sostenidas por pilares religiosos, políticos, jurídicos de un mismo origen. Tradiciones, usos y costumbres que deben transmitirse de miembro de una sociedad, esto es, en el interior de las naciones, pero no pueden amalgamarse de nación a nación, sino solamente conciliarse. Por estar compuesta la humanidad no sólo por los hombres vivientes en un momento dado, sino también por aquellos que ya murieron y por quienes han de nacer todavía, esta conciliación entre naciones no puede obtenerse por la eliminación de las tradiciones particulares a cada una de ellas, sino, por el contrario, por el mantenimiento de la fisonomía particular —alma y cuerpo— de cada nación. La conciliación es obra del tiempo y de la inteligencia, de una inteligencia que sabe aceptar las lecciones del tiempo, vale decir, de un empirismo organizador. Por el contrario, la agrupación de la humanidad —ente abstracto— en un super Estado mundial con que sueñan los emotivos inconscientes de que acabo de hablar, víctimas del espejismo devorador de espacios y de sociedades, proyectado en nuestro horizonte desde Moscú; este tipo de agrupación niveladora sólo puede ser obra de la fuerza y con el andar del tiempo está destinado al fracaso.

En verdad, la llamada decadencia de Occidente no es tal decadencia sino en la medida en que nos revelamos impotentes para concebir cómo los nuevos bárbaros, al captar nuestras técnicas y al llevar hasta sus últimas consecuencias las enseñanzas de nuestro padre común Juan Jacobo Rousseau, han subsistido la edad de oro, un poco a la ligera vaticinada por el "filósofo" de Ginebra, los "mañanas que cantan", que nos reserva la oligarquía más siniestramente oscurantista que la historia jamás haya conocido. Solamente ahora empezamos a intuir que, del Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres a una política de planes quinquenales que se ciernen sobre nosotros en escala universal, el camino es directo y no admite desviaciones.

Inaugurada por el triunfo de la burguesía ilustrada que, dos siglos ha, se empeñó en hacer saltar los moldes tradicionales de nuestra sociedad, la era actual ha desembocado en el fracaso y la impotencia, no de la civilización occidental, pero sí de esa misma burguesía, a la que es necesario, urgentemente necesario, hacer volver a su cauce natural para que la sociedad occidental vuelva a vivir con el vigor de antaño.

Marx podía estar en lo cierto cuando afirmaba que el comunismo es inconcebible mientras la sociedad no haya pasado por la fase capitalista de la economía. Tras él pueden haberlo estado Lenin y Stalin. Y puede estarlo el XX Congreso del PC de la URSS. Sin embargo, todos —Marx y Lenin, Stalin y Jrushchov— se equivocan de punta a cabo cuando consideran esa doble expe-

riencia como necesaria para el progreso de la humanidad. El espectáculo ofrecido por los dos últimos siglos nos revela, en efecto, que sin las revoluciones políticas de 1688 y de 1789, la revolución industrial se hubiera desarrollado de muy distinta manera.

El mercantilismo —¿quién piensa en negarlo?— contenía muchos de los gérmenes que, al madurar, dieron nacimiento al capitalismo. Pero, ¿quién puede negar también que el mercantilismo aseguró correctamente la protección de los grupos sociales menos aventajados mientras el espíritu ilimitado de especulación, efecto más palpable del materialismo dieciochesco, no vino a desvirtuarlo; es decir, mientras las viejas reglamentaciones profesionales, en pleno proceso de modernización en el siglo XVIII, pudieron seguir frenando este espíritu de lucro? De no haberse producido las dos revoluciones políticas mencionadas, ello no hubiere impedido, por supuesto, que el capitalismo o, mejor dicho, el industrialismo, substituyera finalmente al mercantilismo. Pero las condiciones de su afirmación hubieran sido diversas y hubiese podido darse un sistema industrial limpio de aquello que los comunistas siguen empeñados en llamar "contradicciones internas del capitalismo", que, en rigor de tal palo, tal astilla, son también las "contradicciones internas del colectivismo". Esas contradicciones, bien visbles desde el comienzo mismo de la era capitalista, fueron el fruto, no de la transformación industrial de la sociedad como tal, sino de la descomposición moral aportada simultáneamente por el materialismo del sector más dinámico y audaz de la ilustración. Con ello se quiere decir que el industrialismo hubiera podido revelarse beneficioso desde el comienzo, del mismo modo exactamente que su adulteración capitalista fué dañina durante tanto tiempo y sigue siéndolo en no pocos lugares del mundo. El industrialismo, función económica, no era ni malo ni bueno en sí: todo ha dependido del uso político que se ha hecho de él.

Pero, puesto que hubo revolución, todo aquello que hemos visto de su triunfo—y ello vale incluso para la revolución rusa— nos muestra que el triunfo de la contrarrevolución, sin duda alguna, hubiera permitido más paz, relaciones internacionales más sinceras y cordiales, una evolución general mejor controlada por las ideas y, por consiguiente, más alejada de las leyes de la fuerza, una convivencia social más armoniosa y confiada, una comunicación más viviente y fructífera entre las clases. Sin las revoluciones políticas de Inglaterra y de Francia —sobre todo sin esta última, que desató los elementos más aventureros e impacientes de las nuevas corrientes de pensamiento— nuestra sociedad occidental se hubiera desarrollado con todos los atributos técnicos del industrialismo, pero sin las taras que la desfiguran. Sus rasgos fundamentales no hubieran sido el individualismo inhumano del capitalismo en su fase ascendente, ni la anulación de la persona en el rebaño, que es el rasgo horripilante del colectivismo, sino la cooperación entre las distintas categorías de productores, régimen en que la

libre iniciativa se encuentra fomentada y protegida al mismo tiempo que encauzada desde arriba. Así hubieran sido, si no evitados, por lo menos reducidos pronto a proporciones inocuas, los "vicios inherentes" al capitalismo y al colectivismo.

Comprendo perfectamente que aquí no han de faltar quienes me acusen de querer rehacer la historia. Pues bien, ¿la historia no se rehace? Pero, ante todo, se aprende. Luego se comprende. Y para comprenderla, nada mejor que preguntarse: ¿qué hubiera sucedido si tal o cual causa hubiese actuado de distinta manera? Para el historiador, éste es un ejercicio saludable, quizás el más saludable de los ejercicios. Si no se quiere hacerlo, es decir, si nos negamos a remontarnos de los efectos a las causas y, a partir de éstas, a buscar las direcciones en que, más racionalmente, hubieran podido actuar, sería más lógico y honesto renunciar, de una vez por todas, al estudio de la historia. En fin de cuentas, los grupos de intereses que han ido fundándose e imponiéndose en el mundo moderno para iniciar a los hombres en el culto del Progreso por el falseamiento del conocimiento histórico, no pueden alimentar otro designio mientras en nuestro Occidente no se reúnan las condiciones policiales que permitan transformar este conocimiento de modo fundamental, como se ha hecho en Rusia soviética, en el sentido exigido por la comodidad de los dirigentes políticos. Semejante falseamiento, lejos de ser accidental o casual —nada puede serlo en un plan de estudios universitarios, en la temática de una escuela de investigadores, en la "plataforma" cultural de una asociación académica— responde a una voluntad sistemática de "opiomanización" de los intelectuales, paso necesario para su "satelización". Aquí la relación es exactamente la misma que en el proceso capitalismo-colectivismo, tal por lo menos como lo conciben los marxistas y sus spútniki *de este lado...*

A quien tiene por sistema conceder a sus observaciones un mínimo de rigor, no dejan de causar impresión la ceguera teórica y la inconsciencia práctica con que, de este lado de la cortina precisamente, se estudian los problemas de toda índole suscitados por el más vasto problema ruso. Los historiadores, los sociólogos, los economistas, los diplomáticos, los políticos —entiendo hablar de los pocos políticos del mundo occidental aparentemente dotados de ideas generales—, casi siempre se dejan desviar por uno de los aspectos de la cuestión. Los hay que creen haber resuelto el problema al afirmar que todo proviene de Pedro el Grande, y otros de Iván el Terrible; algunos consideran al zarismo como portador de las semillas del leninstalismo; para otros, la cuestión agraria ocupa el primer plano; y abundan quienes siguen acogiéndose al único patrón de la configuración geográfica, sin que se pueda dejar de mencionar a los partidarios, no necesariamente marxistas, de la interpretación económica.

Todos estos aspectos son muy importantes, pero ninguno basta por sí solo para despejar la incógnita. Existe una cuestión rusa, complicada por la cuestión

del comunismo teórico y práctico, que resulta tanto más ardua de resolver cuanto que las dificultades aumentan a medida que se aprehenden sus partes.

En las circunstancias actuales, el núcleo del problema radica en las relaciones de Rusia con el resto del mundo, mucho más que en un "nosotros" y "ellos". Lo único que cabe preguntarse es cómo "ellos" enfocan sus relaciones con "nosotros" esto es, si "ellos" entienden vivir en paz con "nosotros" o integrarnos en su sistema, ya sea por la fuerza de sus armas, ya por el derrumbamiento, fatal como afirman, de nuestras defensas. Fuera de esto, todo es literatura, y mala literatura.

Nadie piensa negar que aquello que sucede en Rusia tiene que interesarnos profundamente por el solo hecho de suceder. Pero quiero subrayar que, más allá de toda preocupación teórica, este interés obedece a una relación de ansiedad condicionada por el problema de las intenciones rusas para con nosotros, problema que, para los rusos mismos, depende de factores históricos, geográficos, demográficos, económicos y espirituales, cuyo curso ellos tampoco pueden ya dominar libremente, porque es muy reducido el margen que a ellos también les queda ante su destino.

El destino de un pueblo de 220 millones de almas, que extiende sus límites desde los hielos del Círculo Polar a las arenas ardientes del Kara-Kum, de las aguas sombrías del Báltico a las ondas cristalinas del Pacífico, semejante destino sólo puede ser grandioso y tiene que repercutir muy hondamente en el nuestro. Y ¿cómo pensar que un pueblo cuyo horizonte es tan ilimitado, podría dejar de aspirar a la embriagadora aventura de la universalidad?

Someramente, todo parece resumirse en la alternativa "Comunismo-Capitalismo". Para los comunistas, la aventura del dominio mundial sólo puede realizarse mediante la destrucción de un sistema cuyos propios desaciertos anuncian el desmoronamiento. Tal es el sentido que debería asumir la relación "ellos-nosotros" de que acabo de hablar.

Sin embargo, el problema es mucho más complejo que lo que esta antinomia elemental permite pensar a primera vista, aunque sólo sea porque la relación "Comunismo-Capitalismo" no responde ya a ninguna realidad evidente, salvo en la esfera de la propaganda para masas embrutecidas.

En la base de dicha antinomia anidan errores de interpretación muy visibles, esta vez en el campo del anticomunismo.

El primero radica en la aceptación por muchos intelectuales de Occidente de la tesis marxista relativa a la fatalidad del tránsito de la sociedad burguesa a la sociedad colectivista; el segundo, en la aceptación por los mismos intelectuales de la tesis igualmente marxista, según la cual el proletariado es el portador único de los llamados "desarrollos fatales de la Historia".

El fenómeno de desmoronamiento ideológico que, desde la muerte del vozhd, *está registrándose a través del imperio comunista y cuyas últimas manifesta-*

ciones son el levantamiento de Budapest en octubre y noviembre de 1956, el secesionismo polaco en la misma época, la defenestración en julio de 1957 de Mólotov, Kaganóvich, Malenkov y demás compañeros en la lucha por la sucesión, y la remoción, a finales de octubre del mismo año, del mariscal Zhukov, conmilitón y última esperanza del presidente Eisenhower, este fenómeno basta para señalarnos el alcance preciso de este doble error.

Es evidente que, con Stalin, mucho más que con Lenin y el mismo Marx, el tema de la liberación universal del proletariado había logrado imponerse a una cierta burguesía "progresista" y a los numerosos intelectuales de los que hemos hablado más arriba, que pretendían haber descubierto en la clase obrera la encarnación única de la historia, y en el comunismo ruso la encarnación única de la clase obrera, porque ese mismo Stalin había vulgarizado el tema con el argumento incontrovertible de sus victorias militares.

Al permanecer en el plano de la pura especulación filosófica, las profecías de Marx no produjeron ningún impacto profundo hasta que, con su triunfo del 25 de octubre de 1917, Lenin hizo pasar la propiedad de las fuentes de producción de las manos de la burguesía a las del proletariado. Ello no excedía, por supuesto, el peculiar ámbito ruso, esto es, las fronteras de una realidad mucho menos hermosa que la que los proletarios franceses, alemanes o italianos podían imaginar, pero, en el plano de la propaganda ideológica, constituía un medio poderosamente concreto: el proletariado ruso, encarnado en los jefes del PC ruso, ya no estaba sometido a la ley burguesa de la plus valía. Entonces es cuando el proletariado mundial empezó a hablar de sí mismo con mayúscula y a considerar al proletariado de la URSS, es decir, a Lenin, como su guía providencial. Los acontecimientos que transformaron el mundo a partir de Stalingrado, brindaron a esta pretensión el sostén de las conquistas espectaculares que iban realizándose en Europa y en Asia. Es innegable, por lo demás, que, para este proletariado y sus portavoces intelectuales, semejantes conquistas se habían hecho posibles únicamente gracias a la organización staliniana sustentada en la tesis marxista de la rendición fatal de los trabajadores de todos los países "alienados" por el capitalismo, trabajadores a los que únicamente el comunismo interpretado por el ciudadano Dzhugashvili se revelaba capaz de desalienar.

Esta pretensión del PC de la URSS a encarnar la historia, esto es, las esperanzas de desalienación del proletariado universal, es justamente aquello que el nuevo curso soviético —tal como se expresa a través de la muy complicada condena del pensamiento y de la acción stalinianas— está poniendo en tela de juicio a ojos vistas. La táctica y la moral, los medios y el fin, por haberse cuajado durante demasiado tiempo en fórmulas inmutables —e intercambiables unas por otras según la voluntad de los amos de la línea general— acaban revelando su incompatibilidad. El Proletariado, como único vehículo legítimo de la

Historia, es una idea muerta, tan muerta como la misma burguesía considerada como encarnación única del Progreso.

Iré más lejos: la idea de la burguesía así considerada ha muerto precisamente en la medida en que la organización soviética, al trasladarla del ámbito originario del capitalismo a la patria del proletariado, ha invertido completamente los términos del problema.

Ante todo, es necesario ponerse de acuerdo sobre el sentido preciso de la palabra burguesía.

Se ha hecho obvio que las definiciones menos satisfactorias son aquellas que pretenden hacer de la burguesía una clase contenida por doquiera en los mismos moldes fijos, una capa social uniforme dotada de conscientes virtualidades propias, de propósitos bien definidos, de una forma mental unitaria y nítidamente particularizada en todos sus rasgos, un como clan igual a sí mismo de Nueva York a Johannesburg y de Estocolmo a Buenos Aires y separado de modo categórico de los demás grupos sociales. Si bien es cierto que, en momentos determinados y, por ello mismo transitorios, la burguesía pudo reconocerse claramente en una clase que, una vez alcanzado el poder gracias al triunfo combinado de la revolución política y de la revolución industrial, llegó a controlar los movimientos de la nación en que actuaba hasta considerarse a sí misma como su única expresión política legítima, es igualmente cierto que tal metamorfosis política no se produjo del mismo modo en los varios conjuntos nacionales afectados por dicho fenómeno.

Puesto que, desde hace cuarenta años, el tránsito de Rusia al sistema colectivista cambió fundamentalmente los términos del problema, intentaré definir este concepto a través de una fraseología que, desde hace bastante tiempo ya, no tiene nada que ver con la fraseología marxista auténtica, es decir, ni con la del mismo Marx ni con la de sus discípulos de la época prerrevolucionaria.

Es evidente, en efecto, que aquellos a quienes los exponentes del comunismo soviético llaman burgueses no son los mismos que el Manifiesto *y Plejánov, por ejemplo, consideraban como tales. En el espíritu de los marxistas de la primera hornada, burgués era todo aquel que no pertenecía, o no aceptaba pertenecer a la condición proletaria o a las categorías sociales en vías de proletarización a consecuencia del triunfo de la revolución industrial: tales como el gran tiburón del capitalismo maquinista y financiero, el empleado, el funcionario, el profesional, el rentista, el campesino independiente, el militar de carrera, etc. El primero era un enemigo del proletariado; los demás, traidores a la clase obrera. Además del capitalista consciente y organizado, burgués era, pues, todo miembro de las clases medias o inferiores que se ponía, voluntariamente o no, "al servicio del capital". Esta argumentación, algo somera en verdad, se mantuvo en vigor hasta el triunfo de Stalin, no sólo en Rusia, sino en los PC del resto del mundo.*

Quien tenía edad de razón en los años veinte —como es el caso del que escribe estas líneas— pudo asistir de esta suerte a extraños juegos dialécticos. Para los "propagandistas ante la base" el razonamiento era sencillo: puesto que el señor Rockefeller, o Sir Henry Deterding, o el señor Gubelkian, controlaba parte de la producción mundial de petróleo y que todo dueño de motocicleta tenía que comprar gasolina para salir de paseo, la conclusión resultaba evidente entre aquel plutócrata y este turista, por modesta que fuera su posición en la escala social. Pese a la mezquindad de sus medios, pese, incluso, a la inconsciencia de su actuación, detentaba una responsabilidad evidente para los comunistas de la época heroica, claro está, en la "siniestra empresa capitalista"; cuyas virtualidades dialécticas, conformes a las disquisiciones talmúdicas de los pensadores barbudos de los primeros tiempos, como puede verse, eran infinitas. Y no se crea que exagero.

Tengo muy presente en la memoria que, llevado un día por mi padre a una manifestación comunista que se celebraba en el suburbio parisino donde vivíamos, mis catorce años se impresionaron hondamente por las invectivas lanzadas por el agitprop *de turno contra un trabajador del barrio —amigo y mentor mío en materia de motorización ligera— que había preferido a dicho acto el turismo motociclista. Lo tengo muy presente porque, en aquel ya lejano 1924, mis anhelos se habían fijado en la adquisición de una motocicleta expuesta en las proximidades de nuestro domicilio. Hasta entonces, no había caído en la cuenta de que, de satisfacer alguna vez estos anhelos, me transformaría automáticamente en enemigo de la clase obrera, por la que no probaba sino simpatía en razón de la gentileza de mi aludido mentor. Mi padre —que asistía de cuando en cuando a las reuniones de los proletarios conscientes para recuperar algo del buen humor que la política genial del llamado* Cartel des Gauches *se empeñaba sistemáticamente en quitarle— tuvo que argumentar largo y tendido para tranquilizarme. Señalo que, motociclista empedernido desde la edad consentida por los reglamentos prefectorales, nunca logré sentirme por ello copartícipe en la "siniestra empresa capitalista"; caso evidente de cinismo pequeñoburgués.*

Es lamentable que, con la política de los Planes Quinquenales, con la que Rusia descubrió la "necesidad" de las diferenciaciones sociales, los oradores del partido hayan renunciado a esta clase de predicación que, por lo menos, ofrecía la ventaja de trazar con precisión el límite entre proletariado y burguesía, entre justos y apestados. Hasta 1930, más o menos, quien quería salvarse no compraba motocicleta y se contentaba con vivir, a la espera de la "gran noche", en aquel estado feliz que Saint-Just había pregonado al hablar de la "hermosa miseria de las chozas de Atenas".

Desgraciadamente, desde entonces todo cambió. Todo cambió con Stalin y, hasta ahora, ninguno de sus sucesores parece haberse escandalizado por ello.

Desde hace más de un cuarto de siglo, pero, con mayor decisión en el enunciado de los términos, desde el final de la segunda guerra mundial, cualquier capitalista, incluso el más rapaz propietario de cuchitriles inmundos en que se hacinan miríadas de militantes de la base con sus demacrados hijos, incluso el más despiadado de los prestamistas, incluso el especulador más equívoco, puede salvarse a condición de quererlo. Si no se siente tan audaz como para adherirse al partido comunista por respeto, por ejemplo, a los prejuicios de su piadosa esposa o por temor a perder a sus clientes reaccionarios que, por lo general, son mejores pagadores que los mandarines del PC y no piden descuentos en nombre de la ideología común, le será suficiente hacerse compañero de camino y compensar su prudente abstención pública por contribuciones voluntarias frecuentes. A partir de este momento, puede considerarse tranquilo como cangrejo en marea alta. Nadie se atrevería ya a llamarle burgués o sanguijuela capitalista, porque, gracias a la exegética dzhugashviliana —que los herederos no han repudiado en lo más mínimo pese a todas las destalinizaciones— burgués, o fascista, o imperialista, o belicista, o colonialista (los términos se emplean indistintamente) es solamente el no comunista, sea cual sea su posición en la escala social.

Desde el punto de vista revolucionario, estas nuevas categorías "éticas" resultan infinitamente más flexibles —más eficaces es otro cantar— que las categorías económicas de los tiempos pasados, puesto que pueden aplicarse a todo aquel que se opone, por débiles que sean sus medios, al avance del expansionismo soviético. Trátese de un obispo o de un peón de albañil...

Con lo cual, y a través de las manipulaciones impuestas a la doctrina por el stalinismo, nos resultará fácil descubrir que los burgueses no están solamente allí donde el Manifiesto, *Plejánov, y el mismo Lenin durante un cierto tiempo, los situaban. Para hablar claramente, se encuentran en las así llamadas "instancias supremas" del aparato comunista y en la inconmensurable burocracia del capitalismo de Estado planificado en Moscú. Los grandes metalúrgicos e hilanderos tan cruelmente estigmatizados por Marx y su Engels han sido superados por los magnates del plan Quinquenal, y los "perros de guardia de las cajas fuertes del capitalismo", objeto de los escarnios primigenios de los economistas dialécticos, ladran también en los inagotables ejércitos de la Unión Soviética, cuya presencia permite al Kremlin realizar no ya la desalienación del proletariado, sino la explotación del hombre por el Estado, no ya, pues, la extinción del Estado, sino su deificación. Otro efecto, no menos importante que los anteriores, de la metafísica de la contradicción.*

* * *

Generalmente, en la sociedad soviética, todo es contradicción. Allí, los campesinos están en contradicción con las ciudades y con el Estado, con las coope-

rativas y consigo mismos. Los obreros están en contradicción con los técnicos que fijan sus normas de trabajo, y con los dirigentes sindicales que fijan sus salarios. Las amas de casa están en contradicción con los responsables del abastecimiento que —pese a la primavera jrushchoviana— no les dan carne, patatas ni pescado. Los inquilinos están en contradicción con el jefe de manzana, que toma nota de todos sus movimientos, y con sus vecinos, que no los dejan usar como quieren la cocina y el retrete. Los marineros están en contradicción con el sindicato de la pesca, que les fija cuotas imposibles, y con el mismo pescado, que no se deja atrapar. Y, por encima de todo y de todos, los miembros del Praesidium *del PC de la URSS están en contradicción entre sí. Esta cadena de contradicciones, que hace de la vida social rusa una especie de gallinero enloquecido, se perpetúa inexorablemente y se agrava año tras año, a causa, precisamente, de la metafísica de la contradicción que se sitúa en la base de toda vida política, económica, intelectual y que, multiplicándose por sí misma y en función de sí misma, puesto que constituye el fundamento irreemplazable de la ideología comunista, no puede sino sustituir una contradicción existente por otra nueva que la absorba hasta ser absorbida por otra.*

Tal es el proceso dialéctico de la sociedad comunista que, después de cuarenta años de planificaciones sistemáticas, se nos presenta como la burda caricatura del proceso dialéctico de la sociedad burguesa.

La contradicción existe, por supuesto, en el mundo burgués. Se puede incluso decir que, en las sociedades no comunistas, existe de modo dinámico y permanente. Pero, fuera de Rusia, lejos de constituir una metafísica que lo cubre todo y todo lo determina hasta paralizarlo en formas que se hacen permanentes, se resuelve en movimiento y en progreso, es fuente siempre renovada de riqueza para los Estados y de bienestar para los individuos, causa y, a la vez, efecto de la libertad.

Si, a las contradicciones internas en que la sociedad soviética anula lo mejor de sus recursos, agregamos las que surgen, día a día, de modo más visible, entre chinos y rusos, rusos y polacos, polacos y alemanes orientales, alemanes orientales y checos, checos y húngaros, húngaros y rumanos, rumanos y búlgaros y entre toda esta gente y los mismos rusos; si, además, tenemos presente que cada grupo nacional tomado separadamente está en contradicción con sus propios dirigentes, sus técnicos, sus sindicatos, sus jefes de manzana, etc.; el panorama del imperio comunista resulta aterrador. Llegado a semejantes alturas, el problema de las tesis y de las antítesis ya no puede resolverse por la síntesis staliniana del tiro en la nuca. Para los rusos y sus allegados el problema es insoluble...

Esta, justamente, es la razón por la que los dirigentes soviéticos tienen que afrontar sus contradicciones particulares con aquellas que —con cínico desparpajo— siguen llamando "contradicciones del capitalismo". En la URSS, cada

vez que la suma de las contradicciones particulares está por desembocar en una contradicción mayor que las engloba a todas, siempre se vuelve a hablar de amenazas exteriores, de peligro inminente de agresión por obra del imperialismo de los occidentales. Como cada uno sabe, por poco que haya frecuentado los contradictorios textos de la secta, este imperialismo es la fase suprema de la contradicción capitalista.

En el cuadragésimo cumpleaños de la revolución de octubre, tan alegremente celebrado en medio de los fogonazos provocados por la contradicción Zhukov-Jrushchov, ello sólo puede significar que la Rusia destalinizada de hoy es tan insegura y peligrosa para nosotros como la Rusia staliniana de ayer.

* * *

En la contradicción general de la lucha por la sucesión consecutiva a la desaparición del forajido de Tiflis, se insertan contradicciones inextricablemente mezcladas que ninguna medida de orden interno bastaría para desentrañar. Bien puede haberse sustituído a la contradicción Beriia-Malenkov una contradicción Jrushchov-Mólotov que, sin tardar, ha cedido el lugar a una contradicción Zhukov-Jrushchov. De ello, a la espera de nuevas contradicciones en cadena, nos será permitido deducir que el ciudadano Nikita Serguéievich Jrushchov, por haberse afirmado, con su presencia a lo largo de este extraño proceso, como el más contradictorio de los dirigentes rusos, expresa en su persona toda la filosofía marxista, mientras otro candidato, más contradictorio que él, no venga a quitarlo —filosóficamente— del camino, siempre con vistas a resolver, claro está, la contradicción capitalismo-comunismo.

Esta es la única realidad que, para nosotros, debe contar.

Frente a nosotros que variamos continuamente porque no sabemos qué es lo que queremos, ellos permanecen inmutables en sus propósitos. Siempre vuelven allí de donde se los echó.

Cuando Carlomagno empezaba a reunir las tierras occidentales en su tentativa de restauración imperial, el río Elba se llamaba Laba, nombre eslavo, y separaba a los eslavos del resto de Europa. Inicialmente, Hamburgo fué una fortaleza levantada como avanzada de Occidente frente al empuje eslavo, y Prusia, conocida como Borusia, era tierra lituana. La ciudad de Breslau, a la que los polacos han impuesto el nombre de Wroclaw, entró en la Historia como Breslavl, y era ciudad eslava, así como Dresden y Leipzig. Ahora bien, después de mil años, los rusos han vuelto, directamente o por intermedio del comodín pseudojurídico de las repúblicas populares a empalmar con los orígenes: controlan gran parte del curso del Elba, ocupan de nuevo a la antigua Borusia después de haber eliminado a sus viejos moradores, están en Breslau, en Dresden y en Leipzig, y Hamburgo es otra vez la avanzada de la civilización. ¿Quién se atrevería a decirles que tienen que marcharse? Y, por

lo demás ¿quién cree sinceramente que hayan de marcharse algún día, si no al precio de un cataclismo universal? La respuesta a esta doble pregunta puede proporcionarla muy claramente el siguiente dato demográfico: en el momento de la Gran Exposición Universal de 1900, un europeo de cada siete era ruso. Hoy en día, en el espacio comprendido entre Gibraltar y el Ural —esto es, en el conjunto geográfico formado por la Europa libre, los países satélites y la parte de Rusia sitiada al este de Siberia— un hombre de cada dos vive bajo la jurisdicción moscovita. Esto debe bastar para convencernos de que, sea cual fuere el personaje que, mañana, asuma la dirección de la contradicción comunista, ésta para nosotros sólo puede significar temor de nuevas catástrofes.

Con las armas termonucleares, los proyectiles teledirigidos y otros artefactos intercontinentales, estos temores han asumido de golpe un sentido de inminencia y de totalidad. Cuando a la perrita esquimal instalada por el ciudadano Jrushchov en el spútnik n.° 2, *el taller del Dr. Kápitsa sustituya una carga explosiva sufiente para pulverizar nuestros centros de defensa, el destino del mundo estará certificado, si los talleres de los sabios occidentales no descubren nada mejor.*

No es tarea simpática ni consoladora la de descorazonar a los optimistas. Pero quienes se mecen en la ilusión de que la magnitud del peligro implica nuestra salvación, pues, según ellos, nadie podría usar medios tan devastadores sin correr el riesgo de inferirse golpes mortales, fijen su atención en el horrible tema de la "guerra de los escitas", a la que algunos tratadistas modernos llaman táctica de la tierra quemada.

Este es el eterno recurso de la Gran Llanura. Constantemente empleado —por Stalin contra Hitler, por Alejandro contra Napoleón, por Pedro el Grande contra los suecos— siempre permitió que los rusos aniquilasen a sus invasores y saliesen vencedores de las guerras más desfavorablemente para ellos empezadas. Ya en 514 a. J. C., al invadir Darío el Grande a Rusia meridional por el Ponto, los escitas huyeron tierra adentro, degollaron al ganado, incendiaron las cosechas y los bosques, envenenaron las fuentes y los pozos y destruyeron al enemigo después de haberlo encerrado en el círculo inexorable de la tierra quemada. ¿Quién, en conciencia, estaría dispuesto a creer que los desorbitados calculadores del Kremlín retrocederían mañana ante una apuesta que, mediante la destrucción de sus antagonistas, les entregaría el dominio incontrastado del mundo, aun cuando algunos millones de rusos tuvieran que desaparecer en la aventura?

Tal es el precio que Occidente —el cual, cuarenta años ha, tanto se alegró ante la desaparición de una dinastía que se oponía a sus insaciables sueños plutocráticos— tiene que pagar por su complicidad. Nada es fatal en historia, pero todo crimen, todo error aún, contiene el germen de su castigo en el momento mismo en que se comete. La conquista de Berlín por los blindados de Zhukov,

fué la respuesta de la historia al vagón precintado puesto a disposición de Lenin veintiocho años antes. No han sido acaso crímenes mayores aquellos que, año tras año después de 1917, las potencias cometieron con tanta empeño, con el abandono vergonzoso del movimiento blanco, el reconocimiento del sistema soviético, el forcejeo para comerciar con él, su entusiasmo para admitir en el ámbito de las naciones civiles, las tradiciones del pacto Hitler-Stalin y de los coloquios de Yalta y de Teherán, los compromisos sobre el cuerpo de las pequeñas naciones, la indiferencia ante los sufrimientos de millones de almas entregadas como combustible para los grandes negocios y, último pero no menos escalofriante en la lista, el haberse dejado arrebatar, después de tanta soberbia científica, el margen de adelanto técnico tras el cual se pretendía escudar o encubrir las pequeñas vergüenzas occidentales.

A los cuarenta años de la revolución de octubre, entre Rusia y nosotros, la alternativa dejó de ser misteriosa aun para los optimistas compañeros de ruta del neutralismo. Con la aparición de los satélites artificiales hemos entrado sin escapatorias ya en el terreno de la fuerza.

Mendoza, noviembre de 1957.
ALBERTO FALCIONELLI

Línea 6, léase *traiciones* en lugar de *tradiciones*.

CAPÍTULO PRIMERO

EL ESTADO Y LA REVOLUCION

Un punto de vista de Nicolás Berdiáiev acerca del hecho revolucionario ruso — Transformaciones y fases del socialismo ruso, de Petrachevskiy a Stalin — Las oscilaciones del péndulo revolucionario ruso entre Oriente y Occidente — Lenin y las tesis de Tkachiov sobre las minorías revolucionarias — La Comuna de París como precedente dialéctico de la revolución de Octubre: Marx, Proudhon, Bismark y Blanqui — *De la guerra civil en Francia al Estado y la revolución* — De la desintegración a la deificación del Estado

Lo que maravilla más que ningún otro hecho al observador es la facilidad con que, el 25 de octubre de 1917, una pequeña tropa de bolcheviques —en divorcio con el resto de la nación— pudo enfrentarse con una mayoría de social-revolucionarios, de mencheviques y de moderados —por no decir nada de los «reaccionarios» momentáneamente reducidos al silencio— y desencadenar un movimiento que, en pocas horas y de manera casi incruenta, le entregó todas las palancas del poder. Movimiento que, en este caso preciso, no puede calificarse de subversivo en sí, puesto que, en verdad, tendía a llenar un vacío. No se había tratado para Lenin de arrebatar el mando a nadie, ya que nadie mandaba, sino de crear un mando allí donde no existía o, mejor dicho, de interrumpir la solución de continuidad creada por los fantasmas de gobierno que se sucedían en el Estado ruso, en Petrogrado desde el mes de febrero. Su papel consistió, en efecto, en asegurar la continuidad de un destino histórico interrumpido por el colapso del zarismo. Rusia no podía quedar sin gobierno, alguien debía restaurar la noción de soberanía, y esta soberanía no podía encarnarse sino en el Estado ruso.

Políticamente, el Estado leninista se situaba en el polo opuesto del Estado zarista; ello no impide que fuera el heredero, legitimado por los hechos en el momento exacto en que tomaba conciencia de sí mismo, del Estado ruso instaurado tres siglos antes por los Románov.

Si lo tenemos en cuenta, comprenderemos quizá por qué Lvov, Miliúkov, Kérenskiy y los demás jefes liberales se dejaron arrojar tan fácilmente del poder por un grupo reducido de revolucionarios sin más responsabilidad aparente que la que se habían arrogado, pero con la responsabilidad bien real que pertenece a quienes habían sabido, en el silencio, plasmar su pensamiento sobre el «positivo» autocrático durante tantos siglos aceptado por la nación.

Llevados por las masas a las que su predicación casi secular había persuadido de la «necesidad» de un cambio fundamental, los liberales habían alcanzado un poder que, en las semanas anteriores a la revolución de febrero, se declaraban dispuestos a aceptar de las manos mismas del autócrata —o de su reemplazante— pero que no tuvieron el valor ni la fuerza, una vez revestidos «milagrosamente» de la autoridad suprema, de mantener ni de salvar. Estas mismas masas, envalentonadas por un éxito en el cual, durante decenios no habían creído, se cansaron pronto de no ver realizarse la bellas promesas que, desde las tribunas parlamentarias, se les había hecho con la intención, secreta pero firme, de no mantenerlas nunca. Cuando repararon que el lenguaje de aquellos abogados, profesores y revolucionarios burgueses, no era subversivo sino académicamente [1], llegaron a la conclusión de que, usurpación por usurpación, siempre sería mejor dejar ocupar el poder por quienes lo merecían por su audacia, por quienes estaban dispuestos a permitirles saquear, comer y vivir sin trabajar. Esta conclusión se la insinuaron Lenin y Trotskiy arrastrando a los miembros del *soviet* de Petrogrado. Una vez convencidos, *soviet* y muchedumbre, echaron del poder a aquellos que lo ocupaban tan ilegalmente como cualquier usurpador, pero sin ninguno de los derechos que dan la audacia, el valor y el talento.

---

[1] Lenin era un gran lector de los discursos de Robespierre. Quizá su apreciación de los hombres de la «república democrática» le haya sido, en gran parte, inspirada por la filípica que el Incorruptible pronunció el 7 de mayo de 1794: «La más importante y la más ilustre (secta) era aquella que fué conocida con el nombre de enciclopedistas; en ella había algunos hombres estimables y un número mayor de charlatanes ambiciosos; varios de sus jefes habían llegado a ser ciudadanos importantes en el Estado. Quien ignorara su influencia y su política no tendría una idea completa del prefacio de nuestra Revolución. Esta secta, en materia política, permaneció siempre por debajo de los derechos del pueblo; en materia moral, fué mucho más allá de los prejuicios religiosos. Sus corifeos declamaban a veces contra el despotismo, y estaban pensionados por los déspotas; hacían lo mismo libros contra la corte, que dedicatorias a los reyes, discursos para los cortesanos y madrigales para las cortesanas; orgullosos de sus escritos, se arrastraban en las antecámaras. Esta secta propagó con gran celo la opinión del materialismo que prevaleció contra los grandes y contra los hombres de ingenio. Se le debe, en gran parte, esa especie de filosofía práctica que, al reducir el egoísmo a un sistema, considera la sociedad humana como una guerra de astucia, el buen éxito como la regla de lo justo y de lo injusto, la probidad como un asunto de gusto o de decoro, el mundo como el patrimonio de los egoístas hábiles.» Citado por PAUL HAZARD en *La pensée européenne au XVII^e siécle*; París, 1946.

Lo que viene a completar este cuadro dándole su suprema pincelada, no es ya la cobardía y la falta de talento de los señores Lvov, Miliúkov, Kérenskiy y Teréshchenko, sino la presencia a la cabeza del otro bando de dos hombres satánicamente geniales que supieron aprovechar, tanto esta cobardía y esta ineptitud, como el desconcierto de todos aquellos que, si bien no se atrevían a hablar ya de coaliciones gubernamentales con los elementos burgueses, no estaban preparados para la conquista del Estado. Supieron explotar todos estos factores negativos y encauzarlos en un movimiento dinámico de las masas revolucionarias que, inspiradas por ellos, los llevaron al poder.

Lenin y Trotskiy se completan admirablemente; el primero es el frío estratega de la revolución que trabaja en el secreto, el segundo el táctico que sabe comunicar su fiebre a las muchedumbres. Se complementan de manera tan perfecta que, el 25 de octubre, parecen formar un solo hombre de guerra que apronta todas sus energías para vencer la mayor batalla de nuestro tiempo. Victoria dialéctica en vista de la cual todos los elementos de la praxis son aprovechados con el sentido verdaderamente revolucionario de una situación que es menester seguir en su transformación sincopada, segundo tras segundo, y en la cual todo cambia constantemente de manera imprevista más allá de las voluntades y por encima de todos los cálculos. Estos dramáticos cambios de ruta saben explotarlos Lenin y Trotskiy con una ciencia maniobrera que los sitúa de golpe por encima de sus maestros Marx y Clausewitz, del mismo modo que los guerrilleros de 1812 habían superado con su instintiva acción despiadada las ambiciones más exageradas de Kutúzov y de Alejandro I.

Durante este día —uno de los momentos que cambian de modo fundamental la vida de la humanidad— Lenin y Trotskiy, ya fuera de toda solicitud exegética de los textos, descubren la verdadera esencia de lo único viviente en la filosofía marxista al poner en íntimo contacto al hombre con la historia más cotidiana y, en apariencia, más intranscendente; filosofía de la revolución que, fugazmente, ha hecho del hombre el creador de sí mismo. Reconoce Marx en su *Deutsche Ideologie* —obra que ambos agitadores no podían conocer porque fué descubierta solamente varios años después de la revolución de octubre— que el hombre con su voluntad transforma y plasma libremente aquello que ha recibido de las generaciones anteriores, lo que es contrario en su esencia al conjunto del determinismo marxista; en efecto, la acción desencadenada el 25 de octubre por Lenin y por Trotskiy, demuestra que, en el instante en que la historia hace oír sus llamamientos más solemnes, dicho determinismo es un peso inútil, ya que, fuera de toda fatalidad «científica», el único secreto para transformar la historia y formar el destino reside en la voluntad de los hombres de acción. Desplazada y violentada por el oportunismo staliniano, la filosofía del hombre de Tréveris ha podido engendrar la extraña dialéctica materialista que todos conocemos demasiado bien, la tesis que él quería aplicar a la humani-

dad entera revélase provechosa tan sólo para una ínfima minoría, lo que vaticinaba en lo económico transformarse en una utopía política irrealizable; le queda, sin embargo, el haber entregado a sus dos discípulos el frágil instrumento revolucionario que les ha permitido apresar una sexta parte del globo y doscientos millones de seres humanos que, luego, ellos y sus sucesores han podido plasmar y modelar sin tener en cuenta más de lo necesario —es decir, muy poco, puesto que se trata de espíritus desprovistos de todo prejuicio ético— ni la estricta ortodoxia marxista, ni las normas más elementales de humanidad.

Se ha escrito mucho acerca del marxismo con el propósito de demostrar que constituye un sistema filosófico y político erróneo. Se ha escrito más aún acerca del bolchevismo leninista-stalinista para demostrar que constituye una traición constante para este sistema. Y, en verdad, nada de esto es muy importante porque ahí no está la cuestión.

Nicolás Berdiáiev recuerda que si bien «todas las grandes revoluciones tienen su simbología propia y prenden fuertemente en alguna ideología», sin embargo, «no hay que tomar muy en serio las teorías que se enlazan a una simbología revolucionaria» [2]. En efecto, fatalmente estas teorías se modifican bajo la presión de las circunstancias de tiempo y de lugar y se revelarán tanto menos eficaces en los casos particulares cuanto hayan sido concebidas —éste es el caso del marxismo— en función de toda la humanidad y a la escala de todas las naciones. La revolución inglesa se cumplió bajo el signo de la Biblia, y sabemos cómo Cromwell y sus puritanos interpretaron y utilizaron los Libros Sagrados; la revolución francesa se hizo bajo el signo del *Contrato social*, y sabemos en qué clase de voluntad general el abogado Robespierre, el comisario político Saint-Just y sus amigos del Comité de Salud Pública se sustentaron ante la nación francesa. Asimismo, la revolución rusa tuvo lugar —y sigue desarrollándose de modo formal— bajo el signo de las profecías marxistas; pero pronto veremos que si se hizo en nombre de Marx, no se realizó en lo más mínimo según Marx, y que lo realizado en Rusia por Lenin, Trotskiy y Stalin nos ofrece el antagonismo más chocante que se pueda concebir para con la doctrina originaria. Pero lo que tiene importancia no es comprobar este antagonismo, sino descubrir las causas de la transformación denunciada por él [3].

Durante el siglo XIX y los primeros años del XX, no pocos pensadores rusos a partir de Herzen, sostuvieron la tesis de que el imperio de los zares debía evitar el proceso capitalista occidental, si no quería conocer las condiciones catastróficas en que el resto de Europa se había hundido a causa de la industria-

[2] N. BERDIÁIEV: *La transformation du marxisme en Russie*. En la revista *Esprit*; París, agosto de 1948.

[3] La historia de este pensamiento sobre Rusia figura, debidamente ilustrada, en mi trabajo (caps. 2 y 4) *Historia de la Rusia contemporánea, 1825-1917*; Mendoza, 1954.

lización. En un principio, esta tesis la sostenían tanto los grupos de derechas —los nacionalistas esclavófilos—, como los pensadores reformistas, desde los occidentalistas moderados hasta los socialistas y los anarquistas. Unos y otros consideraban la ausencia de todo sistema industrial orgánico y, por ende, de la clase de los proletarios en la sociedad rusa como una ventaja susceptible de proporcionar mayor libertad de movimiento para el desarrollo político social futuro. Y aquí se hace necesario señalar que, fuera del grupo Pobiedonóstsev, las tendencias más características del pensamiento político ruso, derechista o izquierdista, fueron comunitarias, según modalidades diversas y a menudo antagónicas evidentemente. De modo que, llegados al momento en que empieza la experiencia soviética, podemos emprender un breve retorno hacia la mitad del siglo décimonono.

Existen cuatro fases bien distintas en la historia del socialismo ruso: la del socialismo utópico, que recibe la influencia de Saint-Simon, de Fourier y de... George Sand, y que agrupa a no pocos miembros de la inquieta *intelliguentsiia* y, además, un número bastante elevado de ricos terratenientes; aquella en que el socialismo se desoccidentaliza, y, por consiguiente, se rusifica y da nacimiento al populismo; aquella que asiste a la entrada en juego del socialismo científico o marxismo que, contrariamente a las corrientes anteriores, proclama la necesidad del proceso capitalista para la implantación de las condiciones económico-sociales, únicas capaces de determinar la revolución socialista; finalmente, la fase en que el bolchevismo o comunismo leninista-stalinista triunfa y se afianza por la adopción de la mayor parte de los elementos constitutivos del antiguo populismo.

La fase utópica encuentra su mayor exponente en Petrachevskiy, cuyos círculos de propaganda no tuvieron ningún resultado práctico fuera del de convencer a Dostoievskiy —a través de las terribles penalidades sufridas por haberse dejado seducir un tiempo por estas ideas— de lo pernicioso de las ideas occidentales y de la excelencia, por el contrario, de las concepciones del eslavismo apoyado en los pilares de la ortodoxia y de la autocracia. Si Petrachevskiy, cuya sinceridad auténtica no era servida por una inteligencia correspondiente, quiso dar el ejemplo creando un falansterio en sus propiedades, el único resultado fué un levantamiento de sus propios campesinos que incendiaron la casa de su libertador.

El maestro del pupulismo fué Alejandro Herzen, hombre culto, rico y desinteresado, que emigró en 1847 y, pronto desengañado por el utopismo de los occidentales, creyó encontrar en la comunidad campesina, en la cooperación artesana y en las organizaciones patriarcales de su tierra natal la clave para un futuro mejor, sin que supiera ni siquiera explorar a aquellas que pretendían derribar. Y por ello escribía, llegado al término de una vida rica en sufrimientos y en decepciones: «...Nosotros no edificamos; nosotros destruímos; no hace-

mos nuevas revelaciones; renegamos de la vieja mentira. El hombre de hoy... puede tan sólo tender el puente; otro que surgirá mañana, lo cruzará»[4]. Herzen es tan solo un irradiador de ideas; no es un teorizador sistemático como quiso serlo su discípulo Chernishevskiy, quien, en los años sesenta, intentó sentar doctrinalmente las bases del populismo. Entonces es cuando los componentes de la *intelliguentsiia,* en el deseo místico de pagar aquello que consideraban una deuda secular, quieren entrar en comunión con el pueblo. Pero este populismo sigue obedeciendo a tendencias anárquicas en las que domina una religiosidad, intensa aunque enemiga de toda Iglesia, y su falta de contacto con la realidad histórica le condena al fracaso.

No así el de Tkachiov quien, si bien no rompe —después de 1870— con estas tendencias, recibe de forma decisiva el influjo de las ideas de Babeuf, tales como se las da a conocer la obra de Buonarroti la *Conspiración por la igualdad,* que estudia con detalle en su periódico, el *Nabat*[5].

Vivamente impresionado por el ejemplo de la Comuna de París, proclama la necesidad de la conquista del Estado en vista de la instauración de la dictadura revolucionaria; es decir, que para él las tesis del economismo puro, que eran las de Herzen y de Chernishevskiy, pasan a segundo plano y son reemplazadas por una preocupación fundamentalmente política. Estima, en efecto, que sólo una minoría políticamente catequizada podrá realizar la revolución. No sólo es antidemocrático; es partidario de un poder intensamente centralizado y totalitario, en todos sus aspectos; pero, en contra de lo que se cree generalmente, no intenta occidentalizar el socialismo, puesto que, de acuerdo con los populistas, proclama que el marxismo no puede aplicarse en Rusia según las modalidades establecidas por los doctores de la escuela: frente al Occidente capitalista y burgués, Rusia representa un caso aparte por su falta de gran industria y de proletariado urbano; particularidad evidente que va a permitir el paso directo a la dictadura socialista sin previa experiencia burguesa. En esta tesis como en la del Estado intensamente centralizado, Tkachiov, es pues, un populista disidente y se nos presenta asimismo como un precursor genuino de Lenin y de Stalin.

---

[4] A. HERZEN: *Biloie i dumi* (pasado y pensamientos), 3 vols.; Moscú-Leningrado, 1934. Existe una traducción italiana con el título *Passato e pensieri;* Turín, 1949.

[5] *El toque de alarma.* Es preciso tener presente que en los primeros años de existencia de la Rusia soviética, los de la dictadura de Lenin, el babuvismo encontró dos historiadores notables en E. V. TARLÉ, con su obra *La clase obrera en Francia durante la época de la Revolución,* y en V. P. VOLGUIN, con sus *Esbozos de historia del socialismo,* en los cuales un capítulo está consagrado a «La herencia ideológica del babuvismo». El interés por el babuvismo nunca dejó de manifestarse en la URSS. Durante el período staliniano, este fenómeno ha sido objeto de numerosos trabajos, sobre todo en el sector universitario.

Sin embargo, así como las masas campesinas no habían respondido a los llamamientos de Chernishevskiy, ninguna minoría suficientemente dinámica como para intentar apoderarse del Estado se agrupó alrededor de Tkachiov, lo que le incitó a preconizar la liquidación física de todos sus compatriotas mayores de veinticinco años por considerarlos completamente insensibles a la propaganda revolucionaria; concepto que más adelante volveremos a encontrar cuando tratemos del propósito de los dirigentes de la Rusia soviética, referente a los «procesos y liquidaciones» contra los llamados «enemigos de clase». Propósito y hechos, ya vislumbrados, por otra parte, en esta declaración de Tkachiov. En tales condiciones fué cuando el populismo se sintetizó en la asociación terrorista *Naródnaia Volia,* cuya principal hazaña fué el asesinato del Zar Libertador. Pero el terrorismo tampoco fué suficiente para desencadenar la revolución. Y el marxismo que, a partir de 1870, algunos emigrados intentaban introducir en Rusia, conoció entonces su primer desarrollo al proclamar la necesidad de una clase proletaria, conscientemente revolucionaria, mediante una poderosa industrialización del país. Pero este incipiente marxismo ruso obtiene alguna resonancia solamente cuando, en los años noventa, Vitte, con sus fábricas, sus minas, sus ferrocarriles y sus empresas financieras, transforma a Rusia de modo tan radical y urgente, que se ha podido decir de él que fué el primer agente reclutador del socialismo.

Plejánov fué quien reveló el marxismo a Rusia. Lo que hay que indicar aquí es que, en lo que atañe a la ortodoxia de esta ideología, Plejánov fué para su país lo que Bernstein para Alemania, un partidario de la tesis de la progresión fatal y sin saltos hacia la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista, es decir, para el caso ruso, un occidentalista auténtico para quien el marxismo debe aceptarse tal como es, fuera de toda idea de rusificación [6].

---

[6] Esto nos proporciona un ejemplo suplementario de las contradicciones de la escuela marxista. En efecto, a finales de 1877, Marx escribía a un corresponsal ruso: «Para poder estar autorizado a estimar el desarrollo económico actual de Rusia estudié el ruso y luego estudié durante muchos años las publicaciones, oficiales y otras, vinculadas a este asunto. Llegué a esta conclusión: si Rusia sigue por el camino que ha seguido desde 1861, perderá la mejor oportunidad (de evitar el desarrollo capitalista) que le haya ofrecido jamás la historia a una nación y sufrirá todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista..., ya que, si Rusia tiende a transformarse en una nación capitalista a ejemplo de los países de la Europa Occidental —y por cierto que en los últimos años ha estado muy agitada por seguir esta dirección—, no lo logrará sin transformar primero en proletarios a una buena parte de sus campesinos; y en consecuencia, una vez llegada al corazón del régimen capitalista, experimentará sus despiadadas leyes, como las experimentaron otros pueblos profanos.» K. Marx y F. Engels: *Correspondencia,* Carta 167.

Por el contrario, Friedrich Engels escribía el 23 de abril de 1885 a Viera Zásulich, que le había informado de los primeros pasos del socialismo científico en Rusia, singu-

Así, el movimiento de péndulo del pensamiento revolucionario ruso entre Occidente y Oriente sigue realizándose sin excepción alguna como la constante de una ley física y sus oscilaciones pueden llamarse occidentalismo utópico de Petrachevskiy; populismo a la rusa de Herzen y de Chernishevskiy con el co-

---

larmente a través de los escritos de Plejánov: «Ante todo, le repito a usted que estoy orgulloso de saber que en la juventud rusa hay un partido que acepta francamente y sin ambigüedades las grandes teorías económicas e históricas de Marx, y que ha roto resueltamente con todas las tradiciones anarquistas y levemente eslavófilas de sus predecesores... Para mí, la teoría histórica de Marx es la condición fundamental de toda crítica *razonada* y coherente; para descubrir esta táctica sólo es preciso aplicar la teoría a las condiciones económicas y políticas del país en cuestión...

»Lo que sé o creo de la situación rusa me conduce a la opinión de que los rusos se acercan a su 1789. La revolución *debe* estallar ahí dentro de un tiempo; *puede* estallar cualquier día. En esas circunstancias, el país es como una bomba cargada que sólo necesita se le ponga una espoleta. Especialmente desde el 13 de marzo (día del asesinato de Alejandro II). Este es uno de esos casos excepcionales en que a un puñado de gente le es posible *hacer* una revolución, es decir, hacer que con un pequeño empujón se derrumbe todo un sistema que (para emplear una metáfora de Plejánov) está en un equilibrio más que inestable, liberando así, de un golpe en sí insignificante, fuerzas explosivas incontrolables. Porque si alguna vez el blanquismo —la fantasía de revolucionar toda una sociedad por acción de una pequeña conspiración— ha tenido cierta justificación, es, por cierto, en el caso de Petersburgo. Una vez que la chispa inflama la pólvora, una vez que han sido puestas en libertad las fuerzas y que la energía nacional ha sido transformada de potencial en cinética (otra imagen favorita de Plejánov y muy buena), la gente que acercó la chispa a la bomba será barrida por la explosión, que será mil veces más fuerte que esa gente y se abrirá camino por donde pueda, según lo determinen las fuerzas y resistencias económicas.

»Y suponiendo que esa gente imagine que puede tomar el poder, ¿qué importa? Siempre que hagan el agujero que haga estallar el dique, la propia avalancha los despojará de sus ilusiones. Pero si por casualidad estas ilusiones tuviesen por resultado una fuerza superior de voluntad, ¿por qué quejarse? La gente que alardeaba de haber *hecho* una revolución se veía siempre, al día siguiente, que no tenía idea de lo que estaba haciendo, que la revolución *hecha* no se parecía en absoluto a la que les hubiera gustado hacer. Eso es lo que Hegel llama la ironía de la historia, ironía a la que escapan pocas personalidades históricas...

»Para mí, lo más importante es que en Rusia debiera darse el impulso para que estalle la revolución. Sea esta o aquella fracción la que dé la señal, ocurra ello bajo esta o aquella bandera, poco me preocupa. Si fuese una conspiración palaciega, sería barrida al día siguiente. Allí donde la situación es tan tirante, donde los elementos revolucionarios se han acumulado en un grado tal, donde la situación económica de la enorme mayoría de la población se hace cada día más imposible, donde figuran todas las etapas del desarrollo social, desde la comuna primitiva hasta la industrialización moderna, en gran escala, y las más altas finanzas, donde estas contradicciones son violentamente mantenidas juntas por un despotismo imprecedente, despotismo que se vuelve cada vez más insoportable a la juventud en que se unen el valor y la inteligencia nacionales: allí, una vez brotado un 1789, no tardará en seguirle un 1793.» MARX y ENGELS: *Correspondencia*, carta 194.

rolario del totalitarismo de Tkachiov, occidental si se quiere por su inspiración babuvista pero con una concepción precisa del hecho ruso que hace de este sistema un retorno dialéctico a los antiguos postulados del partido; marxismo a la occidental de Plejánov; y, a partir de 1917, leninismo-stalinismo que constituye la última oscilación hacia Oriente del péndulo socialista ruso.

Desde un principio, la postura occidentalista de Plejánov suscitó ásperas polémicas, primero con Tkachiov, y, a partir del Congreso de Bruselas-Londres de 1903, con Vladímir Ilich, si bien, hasta la revolución de febrero, este último venía luchando contra el fundador de la social democracia rusa, sobre todo para desplazarlo de su posición de ideólogo oficial del partido. Berdiáiev está en lo cierto cuando indica que, frente al menchevismo, el bolchevismo es, más que cualquier otra cosa, el símbolo de una corriente «más audaz y más totalitaria» [7]; ya que, para contrarrestar una tesis cuya base reside enteramente en la primacía del hecho económico, desarrolla una acción basada en la explotación de la coyuntura política, en la cual el hecho económico no representa más que un papel secundario. Esta vuelta a las preocupaciones políticas, reconocidas como primordiales para la determinación de la actividad revolucionaria, se realiza en el sentido de una rusificación del marxismo con referencia constante a las tesis de los populistas y de Tkachiov, el cual, mucho mejor que Marx, revela Bebeuf a Lenin, y le abre la posibilidad de explotar dialécticamente el precedente de la Comuna [8]. Lenin asegura que en Rusia se puede edificar la sociedad socialista sin pasar por la fase burguesa, utilizando a una minoría conscientemente revolucionaria. Pero Rusia es un país retrógrado porque es esencialmente agrícola y está casi enteramente desprovisto de proletariado: habrá, pues, que crear dicho proletariado después del triunfo de la revolución, y, para ello, imponer a Rusia un proceso acelerado de industrialización. Por el momento, como indica tan justamente Berdiáiev, se trata esencialmente de empujar a la minoría revolucionaria al asalto del Estado no en nombre de un proletariado inexistente, sino

---

[7] N. BERDIÁIEV: *Op. cit.*

[8] Escribe JULES MONNEROT: «Lenin había recibido la influencia de las ideas de Tkachiov y de las de Necháiev también. Este último preconizaba una subordinación absoluta (que podía ir hasta el derecho de vida y de muerte) de los revolucionarios de «tercera o de segunda zona» a los «elementos» más indispensables para la obra emprendida. Con ello, Necháiep planteaba el problema de la organización revolucionaria y lo resolvía en el sentido, a la vez, más autoritario y más violento. En efecto, ¿cómo asegurar esta subordinación? El famoso mensaje (redactado por Marx) del consejo central a los miembros de la liga de los comunistas *(marzo de 1850)*, donde la concepción de la *revolución permanente* se expresa por primera vez, preconizaba ya una «organización autónoma secreta y pública» que, «aliándose» con los «demócratas burgueses», *los destruiría al mismo tiempo*. Tan sólo una organización de este tipo puede vigilar y atar a los «aliados» que considera como el ambiente irreemplazable a expensas del cual debe crecer el gran organismo revolucionario.» *Sociologie du Communisme*. París, 1949.

en el de la «idea del proletariado» [9]. Y, puesto que la tentativa de 1905 fracasó porque el reducido proletariado ruso —compuesto en su gran mayoría de campesinos que habían transplantado sus hábitos aldeanos del campo a la ciudad— no encontró entonces el apoyo de los soldados que son campesinos armados, la propaganda bolchevique, tanto como a los proletarios, se dirigía, a partir de entonces, a los soldados. Esto constituye una desviación fundamental para con las tesis marxistas, y los rivales de Lenin —los marxistas occidentalistas— se lo echarían en cara en todas las oportunidades. Para contrarrestar los efectos de una crítica tanto más efectiva cuanto que encuentra su argumentación en la obra contradictoria del maestro, resulta necesario edificar un cuerpo de doctrina sacado de Marx y de Engels que constituirá el dogma del marxismo leninista (stalinista luego); la famosa «línea general» fuera de la cual no hay salvación y a la cual, por consiguiente, es necesario plegarse sin discusión. El leninismo, como concepto político, está estrechamente ligado, pues, a una concepción filosófica totalitaria del mundo, cuyos artículos, que deben ser aceptados en bloque, religiosamente, son —en su esencia— una negación de la libertad [10].

---

[9] Esta idea está muy claramente expresada por JULES MONNEROT cuando escribe: «La Empresa, ello es verdad, se reconoce deberes hacia el Proletariado. Pero el Proletariado es la entidad superior, el ser mítico cuya voluntad tiene la Empresa la misión de interpretar, formular y hacer reinar. Es así como la Empresa tiene el derecho de engañar incluso al Proletariado en nombre del Proletariado, de engañar y explotar económica y políticamente a los proletarios reales en nombre de la Idea de Proletariado. Idea de que ella únicamente detenta la verdad (ésta es una creencia constitutiva de la Empresa misma). A partir de esto, todo aquello que en los diarios se llama «maquiavelismo» y «política realista» es fatal. Hay que admirar, empero, hasta qué punto esta religión secular y la voluntad de poderío de una *élite* están hechas una para otra hasta identificarse perfectamente en la acción y no poder ser distinguidas una de otra más que con el análisis»; *Op. cit.*

[10] Escribe C. MALAPARTE: «El drama de la libertad en Rusia pertenece más a la naturaleza que a la política. Este pueblo sumiso y paciente, dócil y apasionado de libertad, inquieto y atormentado, que de la tierra se hace una imagen infantil, ingenua, religiosa... y de la vida una imagen sombría, iluminada por el sentido del pecado, el temor de la culpa y de la expiación; este pueblo que constantemente quisiera huir de su sombra, escaparse del círculo de su historia, romper el horizonte; este pueblo, suave en sus afectos y terrible en su cólera, que no tiene el sentido de la propiedad y vive en el continuo temor de sentirse ladrón, intruso en su propia casa, extraño en medio de los suyos, es entre todos los pueblos el que más ama la libertad y mejor se resigna a la esclavitud. Los rusos temen la soledad, no saben vivir solos. Desde el trabajo en común, en la forma primitiva del *mir*, el instinto de asociarse en las empresas, en los dolores y en la alegría, aun en el suicidio colectivo, hasta la facilidad de morir juntos, en filas apretadas sobre los campos de batalla o en silenciosas muchedumbres en las plazas, los aspectos característicos de la versión de los rusos por la soledad son los aspectos y las formas de su sed de libertad y de su resignación a la esclavitud.

»Un pueblo que teme la soledad no puede concebir la libertad sino colectiva: la li-

De todo el cuerpo de doctrina que nos ofrece el marxismo rusificado por Lenin y Stalin deducimos ahora una comprobación, extremadamente importante porque responde al carácter fundamental de los movimientos revolucionarios rusos: su constitución como epifenómeno religioso que obedece a una necesidad vital del alma rusa. Lo que, en verdad, contiene de todo, menos el mínimo rastro del marxismo ortodoxo.

Aquí se hace necesario precisar más: frente a este carácter de epifenómeno religioso que es el de la experiencia soviética, no se debe ir a buscar fuentes de inspiración en el llamado «mesianismo eslavo» que es una invención —noble cuanto se quiera, pero artificial— de los intelectuales del siglo décimonono. El alma rusa se caracteriza principalmente por una pasividad que la hace tanto más impermeable a todo aquello que no es ella misma. En verdad, si el alma rusa ha aceptado el comunismo, ello se debe tan sólo al hecho, nunca bastante subrayado, de que es fundamentalmente comunitaria en razón de la especial formación cristiana que ha recibido en diez siglos de misticismo bizantino, cuyo aspecto básico es el monaquismo.

El pensamiento occidental tiende a transportar los mitos religiosos desde el Cosmos sobre la tierra, a secularizarlos. El pensamiento eslavo sigue el camino inverso: ensancha los sistemas humanos más racionalistas a la medida del Cosmos, hace trascendental lo inmanente hasta otorgarle un papel despótico sobre sí mismo y sobre el universo. Por ello, el aspecto religioso asume pronto la primacía sobre todo aspecto científico y, en el caso de la revolución soviética, tanto más fácilmente cuanto que Marx ofrece un sistema filosófico cuyo materialismo llega a veces a ser muy relativo.

Esta mezcla de «materialismo relativo» —que constituye el fondo teorético que el marxismo rusificado invoca para justificarse dialécticamente— con un ideal

---

bertad individual no pertenece a su lógica. Pero una libertad colectiva en la cual la conciencia individual no toma parte, es muy parecida a la esclavitud, es una especie de esclavitud libremente aceptada. Hasta en los días de rebelión y de matanza, la muchedumbre rusa tiene el aspecto de un rebaño: obedece ciegamente a algunos cabecillas...

»Nunca Lenin peleó por la libertad..., sino por el poder, nada más que por el poder. Durante sus años de exilio, desde la primera *Iskra* hasta su vuelta a Rusia, la palabra «libertad» en su boca articula un sonido falso. Es una de aquellas palabras que pronuncia sonriendo y entornando los ojos. A las hordas de soldados que abandonan las trincheras para volcarse sobre Petrogrado... Lenin no promete la libertad, sino la venganza y la paz. A los muzhiks que hacen retumbar en las campiñas el *canto del gallo rojo*... Lenin no promete la libertad, sino la venganza y la tierra. A los obreros que se aprietan alrededor de los oradores rojos en los patios de las fábricas..., Lenin no promete la libertad, sino la venganza y el poder. Las palabras que lanza... a los obreros y a los desertores, retumban, rojas y sonoras, de calle en calle, de aldea en aldea, hasta el fondo de Asia...» *Le bon homme Lénine*, cap. VII, *passim*. París, 1932.

místico, cuya presencia condiciona de modo absoluto el triunfo del sistema comunista, explica por qué el Estado soviético ha podido tronsformarse, de manera tan chocante para los militantes occidentales al mismo tiempo que tan natural para los rusos, en Estado patriótico cuando se ha tratado —para él— de rechazar al invasor alemán. Sin que podamos dejar de lado otro rasgo sumamente importante de la fisonomía rusa contemporánea: que todos los aspectos negativos del problema ruso desde la revolución de octubre tienen que relacionarse con la idea ajena, impuesta por encima y más allá de toda realidad auténticamente rusa, del materialismo dialéctico, que quiere imponer por la fueza el mito de la fraternidad universal a todos los pueblos de la tierra, negando su libertad espiritual, y que constituye la superestructura dogmática impuesta a Rusia para hacer combinar aquello que allí se realiza con aquello que «debería» ser [11].

Contrariamente a Trotskiy, el cual buscaba en el contacto directo con la muchedumbre la chispa que lo impulsara a la acción revolucionaria, Lenin

---

[11] Es evidente que estas fases del socialismo ruso que, de Biélinsky a Stalin, se suceden imbricándose, no constituyen en su fluir una evolución armónica, en la cual cada elemento es la consecuencia, lógicamente mejorada, de la precedente. Se puede comprobar, por el contrario, que fase tras fase, hay degradación muy neta. Del socialismo utópico de los comienzos, en el cual siguen presentes, con todo su peso, muchas instancias que pertenecen al cristianismo, al socialismo científico, tal como lo realiza el leninismo-stalinismo con todas sus implicaciones terroristas y tecnicistas, se extiende la vasta zona desértica que es la que separa una religión de salvación de una religión de la Especie.

A este respecto, JULES MONNEROT escribe muy justamente: «El marxismo comunista es la agresiva irrisión de una Religión de la Especie. *Condena* cada día millares de hombres, significándoles con las palabras de un verdugo que fuera pedante, que ya no tienen significación ni valor, sino negativos, porque han sido abandonados por el «proceso histórico»: aquéllos de los campos de concentración, aquéllos que, prósperos hoy, irán mañana a reunirse con ellos, aquéllos que habrán de «reducir» o «liquidar» de un modo o de otro: las «clases» opuestas, las generaciones que ya no pueden comprender, finalmente los comunistas demasiado propensos a las desviaciones...

»Se percibe aquí, por contraste con el cristianismo naciente, la miseria radical del comunismo. Un hombre, para el cristiano, es el prójimo, es un alma que hay que salvar. Para el comunista, a menudo, *el hombre* —contrariamente a la palabra de Nietzsche— *es algo que hay que apocar*. El cristianismo se había dirigido a cada hombre: «*De te res agitur.*» No le pedía que se transformase en estiércol de la «Historia». Con incomparable espíritu de decisión hacía suya la voluntad universal e individual de vencer la muerte; y no por una grave victoria anónima que será obtenida gracias a nosotros por individuos que no conocemos, para individuos que no conocemos. Aquéllos que creen ser los paladines de una religión y de una civilización de la Especie, por el momento, no nos presentan de ellas sino una irrisión sangrienta. En definitiva, su ejemplo no merece pasar al debate que, en el futuro, quizá oponga las religiones de la persona a las religiones de la especie»; *Op. cit.*

necesitaba la paz y la serenidad doméstica para trazar sus planes, porque, tan sistemático como fanático, desconfiaba de toda suerte de improvisaciones, y consideraba el azar como su más peligroso enemigo. Toda su vida, a partir de su primera instalación en el extranjero, no es sino una huída constante ante la agitación que le impide pensar en sus planes, que le obliga a descuidar detalles que, si bien parecen secundarios a los «estúpidos agitadores» de los congresos, resultan a menudo más importantes que todo aquello que los románticos del socialismo consideran esencial.

Esta actitud explica su repugnancia ante la revolución de 1905, en cuyo triunfo nunca creyó, ya que, para él, su comienzo anárquico y su progresión por estallidos espontáneos no podían engendrar más que derrotas aplastantes. En julio de 1917, cuando sus tropas pretendieron ir más aprisa que él, probó un sentimiento parecido, y no es atrevido pensar que su huída de Petrogrado a consecuencia de un fracaso, que había previsto, debió presentársele como una oportunidad providencial, puesto que le permitía tomar las distancias necesarias para una fría apreciación de los hechos. Su instalación en Finlandia, si bien fué interpretada por sus enemigos como una prueba de miedo o, cuando menos, de prudencia excesiva, le resultó, en fin de cuentas, muy provechosa, porque le puso en condiciones de medir el alcance de sus posibilidades de triunfo y de comprobar que, desaparecida «milagrosamente» —pero sólo por poco tiempo— la amenaza de las fuerzas reaccionarias, entre él y el poder no se levantaba más que el tambaleante Kérenskiy, y que era necesario aprovechar esta doble coyuntura favorable para ocupar el Estado. Oportunidad tan extraordinaria que nunca más se le ofrecería y ante la cual bien podía dejar un momento de lado las advertencias «científicas» del tandem Kámenev-Zinóviev —encarnación viviente de las tesis de *El Capital*—, tanto más cuanto que aprovechar dicha oportunidad podía justificarse por otro momento, fugaz y poco sistemático, es verdad, del pensamiento de Marx [12], o sea, por su actitud frente a la Comuna de París. Ya que, tanto para Lenin como para el profeta de Tréveris, no se trataba sino de solicitar los textos o, si se prefiere, de acoplar los acontecimientos a la propia medida, lo que es en verdad la esencia del materialismo dialéctico.

Se sabe que si dos pueblos fueron blanco del desprecio de Marx en lo que atañe a su potencialidad revolucionaria, estos fueron el francés y el ruso: el primero —tal era el pretexto oficialmente invocado— porque su proletariado figuraba como una especie de aristrocracia en el conjunto del mundo del trabajo, pero, en realidad, porque en dicho proletariado dominaban los conceptos proudhonianos que a Marx y a Engels resultaban absolutamente «anticientíficos», aunque no fuera más que por su móvil hondamente moral; el ruso,

---

[12] En *La guerra civil en Francia*, y en el prefacio para la reedición de 1872 del *Manifiesto comunista.*

porque no disponía de ningún proletariado consciente y estaba formado por una masa de campesinos analfabetos y conservadores. Y, sin embargo, uno y otro pueblo fueron quienes dieron al cientificismo marxista el mentís revolucionario más rotundo. En efecto, si en vida de Marx los parisinos de la Comuna le demostraron que se podía intentar una revolución partiendo precisamente de aquellas «superestructuras ideológicas», cuyo valor había negado para el caso específico de la conquista del poder, los rusos de la revolución de octubre —Lenin de modo consciente, sus secuaces sin casi saberlo— opusieron a su doctrina, medio siglo largo más tarde, un desmentido más drástico aún al aplicar a su acción revolucionaria el ejemplo dado por aquellos proudhonianos tan despreciados.

Hasta la víspera del levantamiento parisino Marx había considerado al socialismo francés con un recelo muy próximo al odio, razón por la cual, al estallar la guerra franco-prusiana, había vaticinado con todos sus votos la victoria de los ejércitos bismarckianos. En eso no se debe ver —como muchos de sus enemigos cometieron la torpeza de hacerlo— el menor asomo de nacionalismo alemán: Marx temía solamente que una victoria francesa diera a la central socialista de París, embebida por las ideas proudhonianas, un predominio indiscutible desde el punto de vista doctrinal sobre aquella que él pretendía afianzar, partiendo del socialismo alemán, controlado por él desde Londres. La victoria prusiana de sus sueños debía permitir, merced al triunfo de Bismarck —científicamente, ello no podía más que acelerar el proceso de desintegración del capitalismo— el del socialismo germánico que así, arrebataría su primacía al francés; significaría pues, al mismo tiempo que el desplazamiento de la central socialista de París a Berlín, el triunfo de sus propias tesis sobre las de Proudhon, su rival desaparecido. Y, para demostrar la necesidad científica de la victoria apetecida, se entregó a toda clase de juicios de valor sobre los obreros franceses, hablando de su «desvirilización», llamándolos «proletarios de lujo», que habían merecido una paliza por su entusiasmo ante los «absurdos» proudhonianos, etc... Para él, únicamente los proletarios alemanes tenían conciencia de clase suficiente para poder emprender la conquista del Estado burgués al llegar el capitalismo a su punto máximo de podredumbre, y para instaurar, por consiguiente, la sociedad sin clases prevista por el *Manifiesto*. Marx sostuvo estas tesis con la mayor convicción y sin el menor desfallecimiento hasta marzo de 1871 [13].

---

[13] K. MARX y F. ENGELS: *Correspondencia*, seleccionada por el Instituto Marx-Engels-Lenin (edición argentina, Buenos Aires, 1947). Carta 143 de Marx a Engels: «... Los franceses necesitan una paliza. Si ganan los prusianos, la centralización del poder estatal será útil para la centralización de la clase obrera alemana. El predominio alemán transferiría también el centro de gravedad del movimiento obrero de la

Pero, el 18 de aquel mes, París se levantaba contra el gobierno Thiers en un movimiento desesperado que intentaba instaurar la dictadura del proletariado.

Sin volver a hacer la crónica de esta insurrección extremadamente anárquica, y, más aún, sangrienta en su desarrollo y en su represión despiadada por parte del gobierno de Versalles, se puede indicar aquí que los postulados doctrinales que la inspiraban eran esencialmente proudhonianos, derivando de la *Filosofía de la miseria*; que sus conceptos tácticos eran blanquistas, particularmente en lo que concierne a la dictadura del proletariado como método transitorio para llegar a la supresión de las clases, sin que le faltaran por lo demás poderosos móviles nacionalistas engendrados por las derrotas recientes y por la «traición» de Thiers al poner término a la guerra por el reconocimiento de la derrota francesa. En suma, nada de lo que, hasta entonces, venía siendo la base de la doctrina marxista.

Sin embargo, los hábitos dialécticos de Marx le permitían adaptarse de modo fulminante a cualquier desmentido ofrecido a su doctrina por los hechos —no por los hombres a quienes consideraba como insensatos o como agentes provocadores cuando se permitían no coincidir con él— y desvirtuar estos hechos hasta entremezclarlos con sus propias tesis. Tarea, en verdad, relativamente fácil puesto que en esta doctrina pululan las contradicciones. Tan es así, que, en este caso determinado, durante los años anteriores no dejó de poner su dramático acento sobre la fatalidad de la evolución de la sociedad capitalista hasta su transformación en sociedad proletaria, y el 17 de abril de 1871 escribe, esto es, cuatro semanas después del estallido parisino: «En el último capítulo de mi *18 de Brumario* señalo, como verás, si vuelves a leerlo, que la próxima tentativa de la revolución en Francia deberá consistir, no ya en hacer pasar la máquina burocrático-militar a otras manos, como sucedió hasta ahora, sino en destruirla. Esta es la condición primera de toda revolución verdaderamente popular en el continente. Es también lo que han intentado *nuestros heroicos camaradas* de París. ¡De cuánta habilidad, de qué iniciativa histórica, de qué facultad de sacrificio están dotados estos parisinos! Reducidos al hambre y arrui-

Europa occidental, de Francia a Alemania, y basta comparar el movimiento en los dos países, de 1866 hasta la fecha, para ver que la clase obrera alemana es superior a la francesa, tanto teóricamente como en organización. Este predominio sobre los franceses en el escenario mundial significaría también el predominio de *nuestra* teoría sobre las de Proudhon, etc...» (carta fechada 20 de julio de 1870).

Y el 1.º de septiembre siguiente, Marx escribía a Sorge: «El miserable comportamiento de París durante la guerra —todavía se deja gobernar por los mamelucos de Luis Bonaparte y de la aventurera española Eugenia después de esas espantosas derrotas— muestra cuánto necesitan los franceses una lección trágica a fin de recobrar su virilidad» (carta 147).

nados durante seis meses por la traición interior más aún que por el enemigo, se levantan bajo las bayonetas prusianas como si jamás hubiese habido guerra entre Francia y Alemania, como si el extranjero no se encontrara todavía a las puertas de París. La historia no conoce ejemplo más sublime. Si sucumben, ello será debido solamente a su carácter *bon garçon*. Hubieran debido marchar inmediatamente contra Versalles cuando Vinoy, primero, y los elementos reaccionarios de la guardia nacional, después, habían dejado el campo libre. Por escrúpulo de conciencia, se dejó pasar el momento favorable. No se quiso *empezar la guerra civil* como si ese *mischievous avorton* de Thiers no la hubiese empezado ya al intentar desarmar a París. Segundo error: el Comité central abandonó demasiado temprano sus funciones para dejar el lugar a la Comuna. Esto también por un escrúpulo de honor demasiado grande. Sea lo que sea, la insurrección parisina, aun si llega a ser reducida por los lobos, los cerdos, los perros de la vieja sociedad, es la hazaña más gloriosa de *nuestro partido* [14] desde la insurrección parisina de junio (de 1848)...» [15].

Y así, desde un principio, el movimiento esencialmente anárquico de la Comuna de París era utilizado por Marx y puesto, gracias a una extraña operación dialéctica, al servicio de tesis que, desde hacía más de veinte años y salvo la excepción del *18 de Brumario*, eran concebidas en función de una teoría muy totalitaria del Estado.

Ahora bien, a partir de julio de 1917, las condiciones de la Rusia revolucionaria se presentan ante la mente de Lenin como hechos en correspondencia evidente y precisa a los del París de la Comuna. Por consiguiente, no puede tratarse para él de perder tiempo en dejarse convencer por Kámenev y por Zinóviev, de que tales condiciones anárquicas, puesto que no corresponden a los dogmas de *El Capital*, no posibilitan para la conquista del Estado. Se trata de demostrarles que existen condiciones excepcionales —el ectoplasma de dictadura, al cual Kérenskiy no alcanza a dar cuerpo, y la derrota *momentánea* de las fuerzas «reaccionarias»— que es menester utilizar, ya que encuentran en la Comuna un precedente tanto más valioso cuanto que Marx ha creído poder explotarlo en una situación determinada que constituye el reflejo anticipado de la situación rusa actual. Esta voluntad de convencer a sus segundos, conjugada con la necesidad de utilizar dialécticamente la coyuntura inapreciable que se ofrece

---

[14] Soy yo quien subraya *nuestros heroicos camaradas* y *nuestro partido*.

[15] K. Marx y F. Engels: *Correspondencia*: Carta 152, de Marx a Kugelmann. Me parece útil señalar que exactamente seis meses antes, Marx escribía a E. S. Beesly, profesor en la Universidad de Londres, a propósito de la tentativa comunalista de Lyon, que, en esta oportunidad, «se tomó durante un corto tiempo el Hôtel de Ville; se lanzó un decreto loco sobre la *abolition de l'Etat* y disparates parecidos». Carta 150, 19 de octubre de 1870.

a los bolcheviques, va a permitirle escribir durante su retiro en Helsingfors su obra menos marxista, científicamente hablando, y a la vez menos leninista si tenemos presente su actividad intelectual y revolucionaria anterior y su acción política posterior a la revolución de octubre: *El Estado y la revolución*[16].

En esta obra, Vladímir Ilich no intenta en lo más mínimo establecer un plan de gobierno. Busca tan sólo en Marx y en Engels precedentes que permitan la instauración de la dictadura del proletariado a través de la destrucción del Estado burgués, considerada posible una sola vez en toda su vida por estos dos papas del socialismo científico, a pesar precisamente de todos sus postulados científicos. Y tanto es así, que interrumpirá la redacción de *El Estado y la revolución* después del sexto capítulo porque —con su humorismo trágico— comprobará, cuando se le haga necesario edificar una teoría del Estado, que «resulta más agradable y más provechoso vivir la experiencia de la revolución que escribir acerca de ella»[17].

Si todo ello era explotar dialécticamente los hechos, era asimismo actualizar vigorosamente los textos de Marx y de Engels, puesto que, después del fracaso de la Comuna, éstos habían vuelto a su evolucionismo anterior y declarado —y escrito con frecuencia— que la forma republicana *democrática* era la forma específica de la dictadura del proletariado[18].

---

[16] Reproducido íntegramente en las *Obras escogidas*, de LENIN, t. III.

[17] Palabras puestas por el autor al final de la obra con fecha de la primera edición: Petrogrado, 30 de noviembre de 1917.

[18] Esta vuelta de Marx y de Engels a su evolucionismo de siempre se cumplió del modo más natural, sin necesidad de desarrollar el mínimo esfuerzo dialéctico, y ello demuestra que el entusiasmo marxista de los días de la Comuna no había sido más que un movimiento artificial o, si se prefiere, había encontrado su fuente de inspiración en la necesidad política de aprovechar una coyuntura que, hasta entonces, no había pertenecido al campo de las previsiones de los dos padres de la I Internacional. Tanto es así que, *el 23 de noviembre de 1871*, Marx escribía al norteamericano Bolte, miembro del Consejo Federal de la Internacional ya instalado en Nueva York: «N. Bolte *sobre el movimiento político*: El movimiento político de la clase obrera tiene como objetivo, desde luego, la conquista del poder político por la clase obrera, y para esto es naturalmente necesario que previamente se haya desarrollado hasta cierto punto una organización de la clase obrera surgida a su vez de las luchas económicas de la misma.

»Pero, por otra parte, todo movimiento en que la clase obrera se presente *como clase*, en contra de las clases dominantes, e intente imponérseles por presión exterior, es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa en una fábrica particular o aun en una industria particular, de obligar a los capitalistas a que establezcan una jornada de trabajo más corta, mediante huelgas, etc., es un movimiento puramente económico. En cambio, el movimiento que se dirige a conquistar una *ley* de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento *político*. Y de esta manera, a partir de los distintos movimientos económicos de los obreros, crece en todas partes un movimiento *político*, es decir, un movimiento de la *clase*, que tiene por objeto imponer sus intereses en forma

Durante la revolución de 1905, Lenin, con su tradición intelectual —jacobina por una parte, marxista por otra— había sostenido la tesis de una dictadura de los partidos democráticos, apoyados en una asamblea constituyente, mientras Trotskiy, único entre los jefes revolucionarios, preconizaba la táctica —que había sido la de Babeuf, de Blanqui y de Tkachiov— de la revolución permanente, en la cual las minorías revolucionarias (encarnadas en los *sovieti*) debían ser los órganos de la dictadura *revolucionaria* del proletariado [19].

Ahora bien, a partir de las «Tesis de abril», vemos que el punto de vista leniniano se ha transformado hasta fundirse con la tesis de Trotskiy, y que, al concepto de gobierno democrático de todos los partidos democráticos, le substituye el de «todo el poder a los *sovieti* de diputados, de obreros, soldados y campesinos»; lo que tiene por efecto excluir a mencheviques, socialrevolucionarios y radicales, puesto que ya sabemos que los leninistas se las arreglan solos para detentar la mayoría en el *soviet* de Petrogrado.

¿Qué ha sucedido entre tanto para permitir un tal cambio de frente? Dos hechos importantísimos: 1) la actuación de los *sovieti*, lejos de obedecer a postulados marxistas centrípetos, se deja inspirar, en razón de las peculiaridades sociales rusas, por tendencias anarquizantes que no quieren transformar el Estado existente en Estado proletario, sino luchar contra su autoridad hasta destruirlo; 2) el Estado existente quiere realizar el socialismo no por etapas, sino por evolución ordenada y con la colaboración de partidos democráticos, cuyo punto de contacto con él será el mantenimiento de la centralización estatal. Si quiere conquistar el Estado, Lenin tiene pues que luchar contra dicha centralización y encauzar hacia la destrucción de dicho Estado las aspiraciones anárquicas de las masas. En otras palabras, se trata, para él, de utilizar las fuerzas heterogéneas antiestatales para llevarlas de su anarquismo centrífugo a la ins-

---

general, en una forma que posee una fuerza social de compulsión general. Si estos movimientos presuponen cierto grado de organización, son a su vez un medio para el desarrollo de esta organización.» K. MARX y F. ENGELS: *Correspondencia*, carta núm. 156.

Esta carta significa, pues, que para Marx la conquista del Estado por parte de la clase obrera no puede realizarse sino mediante un movimiento jurídico, es decir, mediante la conquista de leyes sociales, arrancadas a la organización capitalista; conquista lenta efectuada por una clase organizada que, poco a poco, ley tras ley, llegará a paralizar el Estado capitalista hasta transformarlo, por evolución de la ley burguesa hacia la ley proletaria y, posiblemente, sin otra violencia fuera de la del «empujón» final, en Estado socialista y, de ahí, en sociedad comunista.

[19] Esto puede parecer audaz; sin embargo, los conceptos de revolución permanente, de minorías revolucionarias, de dictadura del proletariado e, incluso, la interpretación materialista de la historia, se encuentran *in nuce*, pero claramente expresados, en los artículos publicados por Babeuf en su *Tribun du Peuple* durante los meses que precedieron a su arresto y su ejecución. Para más detalles, remito a mi ensayo: *La Ilustración ante la historia, o decadencia de la libertad* (Mendoza, 1951).

tauración de la dictadura del proletariado, tal como la encarnan las nuevas tendencias inspiradas por él y por Trotskiy al *soviet* de Petrogrado, y de impedir que la fuerza virtual representada por los demás consejos —que, por doquier pero sin correlación entre sí, han instaurado gobiernos autónomos que desconocen la existencia del gobierno central— lleve a Rusia a un punto de anarquía que haga posible el resurgir de las fuerzas conservadoras —Kornílov, hoy; Miliúkov, aliado con otro general, o con un gran duque cualquiera, mañana— y el triunfo de la contrarrevolución.

La Comuna de París fracasó —según Marx, Engels y Lenin, que no han querido ver más que la superficialidad de los acontecimientos históricos— porque Bismarck, vencedor de Napoleón III, permitió a los regimientos franceses prisioneros en Alemania volver a Francia y ayudar a Thiers en la reconquista de París. Tal circunstancia puede volver a producirse mañana, bien porque los aliados —siempre deseosos de mantener a Rusia en el conflicto— decidan intervenir a favor de los demócratas del Gobierno Provisional, bien porque ante esta eventualidad los alemanes lo hagan por cuenta suya, en nombre de una solidaridad dinástica que, para el caso, puede presentárseles como una oportunidad útil de explotar.

El mapa político-social de la Rusia revolucionaria ofrecía, por cierto, al observador superficial, el aspecto de un mosaico de comunas casi independientes, en las cuales muchos han querido encontrar —y ello es ir demasiado lejos— rasgos de íntimo parentesco con la Comuna de París [20]. Pero es evidente que la apariencia formal existía. La explotación de esta apariencia formal constituye el fondo dialéctico de los seis capítulos de *El Estado y la revolución.*

Llegados a esta altura, un análisis detallado de esta obra se hace necesario porque nos permitirá descubrir, en primer lugar, hasta qué punto su autor se vió obligado a adaptarse a las aspiraciones de las masas para poder realizar su empresa revolucionaria; luego, qué enorme distancia separa estas aspiraciones de lo que ha sido realizado en Rusia por Lenin primero, por Stalin después, a partir del triunfo de esta empresa. Distancia que se ha querido colmar disfra-

---

[20] Los franceses, según su tradición, habían legalizado la insurrección del 18 de marzo por el sufragio universal, y aun por una especie de Constitución. Las comunas rusas, cuya fuente se encontraría en el *mir* primitivo como en las anticipaciones de un Bakúnin y de un Necháiev, animados por sólidos resentimientos, practicaban «*la recuperación directa* y un desprecio perfecto del derecho», escribe MICHEL COLLINET en su *Marx et la dictature du prolétariat* (revista *La Nef*, París, junio-julio, 1950). En cuanto al sufragio universal inspirador de la Comuna de París, no resulta inútil recordar que en las elecciones posteriores al 18 de marzo nos encontramos con las cifras siguientes: 481.000 electores inscritos; elecciones del 26 de marzo, 224.000 votantes; elecciones complementarias del 18 de abril, 55.000.

zando bajo el nombre de gobierno soviético a un régimen que desde su comienzo destruyó los *sovieti* sobre los cuales se había apoyado.

Obra nada improvisada, como lo demuestra el enorme aparato de citas y de referencias, sacadas de Marx y de Engels, que hacen tan penosa su lectura, *El Estado y la revolución*, a través de una dialéctica aplastante, busca afanosamente los medios teóricos susceptibles de fundamentar científicamente la empresa de destrucción del Estado.

El Estado no existió siempre —afirma Engels— y no está situado por encima de la sociedad que lo produce en un momento determinado de su desarrollo económico correspondiente a su escisión en clases distintas e «irreconciliablemente hostiles» [21]. De ello Lenin deduce que «el Estado es el producto y la manifestación del *carácter irreconciliable* de las contradicciones de clase. El Estado surge en el lugar, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase no pueden, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables».

Basado en la explotación de la masa del pueblo por una minoría aventajada, el Estado encuentra los elementos fundamentales de su fuerza en el ejército permanente y en la policía, «instaurados sobre la sociedad y divorciados de ella». Pero el ejército permanente y la policía, si bien protegen al Estado contra el pueblo oprimido, no son suficientes para darle vida, ya que «para mantener un poder político aparte, entronizado sobre la sociedad, son necesarios los impuestos y las deudas del Estado». Así, como afirma Engels, «los funcionarios, semiidentificados con el poder público y con el derecho a cobrar impuestos, existen como órganos de la sociedad por encima de la sociedad» [22], y forman la clase conocida con el nombre de burocracia. Ciertas formas de gobierno, como la monarquía absoluta en una cierta época, han podido situarse por encima de las fuerzas en lucha hasta representar un papel de mediación, pero la república democrática —Francia, Norteamérica, la Rusia de Kérenskiy— significa la emancipación absoluta del Estado bajo el control de la burguesía administradora de las fuentes de riqueza: «La omnipotencia de la riqueza es más segura en las repúblicas democráticas porque no depende de la incierta envoltura política del capitalismo. La república democrática es la mejor envoltura política de que puede revestirse el capitalismo, y por lo tanto el capital, al dominar... esta envoltura que es la mejor de todas, cimenta su poder de un modo tan seguro, tan firme, que ningún cambio de personas, de instituciones, ni de partidos, dentro de la república democrática burguesa, haría vacilar este poder.»

La división de la sociedad en clases antagónicas fué la causa necesaria que presidió a la formación del Estado. Pero Engels ha dicho que nos acercamos

---

[21] F. ENGELS: *Los orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado.*
[22] F. ENGELS: *Op. cit.*

velozmente a una fase de desarrollo de la producción en que la existencia de estas clases se transforma en obstáculo directo y en que la desaparición de las clases significará la «extinción» del Estado. Estas palabras han sido mal interpretadas por los oportunistas del marxismo, quienes han pretendido ver en esta «extinción» del Estado solamente «un cambio lento, paulatino, gradual, sin saltos ni tormentas, sin revoluciones», a pesar de que —Lenin lo asegura— «Engels habla... de la *destrucción* del Estado de la *burguesía* por la revolución proletaria, mientras que las palabras relativas a la *extinción* del Estado se refieren a los restos del Estado *proletario,* después de la revolución socialista. El Estado burgués no se *extingue,* según Engels, sino que es *destruído* por el proletariado en la revolución. El que se extingue después de esta revolución es el Estado o semi-Estado proletario».

Los socialdemócratas en cuestión son partidarios del «Estado libre del pueblo» que presupone una evolución paulatina, contraria a las tesis de Engels: «Nosotros somos partidarios de la república democrática, como la mejor forma de Estado para el proletariado bajo el capitalismo, pero no tenemos ninguna base para olvidar que la esclavitud asalariada es el destino reservado al pueblo, incluso bajo la república burguesa más democrática. Más aún: todo Estado es una *fuerza especial para la represión* de la clase oprimida. Por eso todo Estado es un Estado ni libre ni popular.» Por vía de consecuencia, «la substitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La supresión del Estado proletario, es decir, la supresión de todo Estado, sólo es posible por medio de un proceso de extinción» [23].

Si el proletariado necesita un Estado, no puede tratarse sino de un Estado que se extingue, es decir, de un Estado en el cual el proletariado está *organizado como clase dominante,* ya que «los trabajadores sólo necesitan el Estado para aplastar la resistencia de los explotadores, y este aplastamiento sólo puede dirigirlo, sólo puede llevarlo a la práctica el proletariado como la única clase consecuentemente revolucionaria, como la única clase capaz de unir a todos los trabajadores y explotados en la lucha contra la burguesía, por la completa eliminación de ésta». Esta eliminación no puede realizarse más que por la violencia, la cual, necesariamente, presupone la destrucción de «aquella máquina estatal creada para sí por la burguesía».

Al establecer el balance de la revolución de 1848, Marx ha descubierto que «todas las revoluciones tendían a perfeccionar esta máquina en vez de destrozarla» [24], ya que todos los partidos que luchaban por la dominación considera-

---

[23] Todas estas citas de Lenin están sacadas del capítulo primero de la obra aquí examinada.

[24] K. MARX: *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte.*

ban al Estado como el botín principal del vencedor, mientras que «lo que hace falta es romper, destruir» esta máquina.

Puesto que las dos instituciones más características del poder estatal centralizado por la burguesía son la burocracia, la policía y el ejército permanente, el aplastamiento de la máquina estatal no puede realizarse sin la destrucción de estas instituciones. ¿Pero con qué substituir esta máquina y sus instituciones ejecutivas? «La Comuna de París nos suministra los materiales más instructivos a este respecto» [25].

En su obra *La guerra civil en Francia,* publicada después de la Comuna, Marx indica que la destrucción de la máquina burocrático-militar del Estado «es condición previa de toda revolución verdaderamente popular», puesto que responde a «los intereses de los obreros y campesinos, los une, plantea ante ellos la misión común de suprimir al *parásito* (burocrático-militar) y substituírlo por algo nuevo». Este «algo nuevo» lo realizó la Comuna cuando «... substituyó la máquina estatal destruída, por una democracia que, aparentemente, *sólo* se diferenciaba de la otra en que era más completa: supresión del ejército permanente y completa elegibilidad y amovilidad de todos los funcionarios. Pero, en realidad, este *sólo* representa el cambio gigantesco de unas instituciones por otras de tipo fundamentalmente distinto. Aquí estamos precisamente ante uno de esos casos de transformación de la cantidad en calidad: la democracia llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado —fuerza especial para la represión de una determinada clase— en algo que ya no es un Estado propiamente dicho». Ello ha sido posible porque «desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime por sí misma a los opresores, ya es innecesaria una fuerza especial de represión. En este sentido, el Estado comienza a extinguirse».

«La Comuna —escribía Marx— debía ser una corporación de trabajo, una corporación ejecutiva y legislativa al mismo tiempo, y no un organismo parlamentario» [26]. En efecto —comenta Lenin—, «la Comuna substituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de crítica y de examen no degenera en engaño; pues aquí los parlamentarios tienen que trabajar ellos mismos, tienen que ejecutar ellos mismos sus leyes, tienen que comprobar ellos mismos los resultados, tienen que responder directamente ante sus electores. Las instituciones representativas continúan, pero desaparece el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada para los diputa-

[25] Las citas anteriores provienen del capítulo segundo de la obra de Lenin aquí examinada.

[26] K. MARX: *La guerra civil en Francia.*

dos. Sin instituciones representativas no puede concebirse la democracia, ni aun la democracia proletaria...»

Sería utópico hablar de supresión repentina de la burocracia, «pero el destruir de golpe la antigua máquina burocrática y comenzar a construir inmediatamente otra nueva capaz de ir haciendo gradualmente inútil toda burocracia, no es utopía: es la experiencia de la Comuna...»

Para preparar el advenimiento del casi-no-Estado proletario, la Comuna de París —esbozo de organización nacional— nos ofrece un ejemplo que hay que seguir necesariamente, puesto que «el proletariado y los campesinos pobres toman en sus manos el poder del Estado, se organizan de un modo absolutamente libre en comunas y unifican la acción de todas éstas para luchar contra el capital, para aplastar la resistencia de los capitalistas, para entregar a toda la nación, a toda la sociedad, la propiedad privada sobre los ferrocarriles, las fábricas, la tierra».

Esta voluntad de Lenin para puntualizar, después de Marx, conceptos centralizadores allí donde los Federales de 1871 no los habían precisado, corresponde a la necesidad de combatir, estirando textos y hechos, a los «oportunistas» encarnados por el alemán E. Bernstein, quien había dudado de la realidad de tales conceptos [27] y señalado la coincidencia, por una vez, de Marx y de Proudhon, con esta diferencia entre uno y otro: que si el segundo había establecido su teoría federalista *antes de la Comuna,* Marx descubrió la suya *después de la Comuna,* para atribuir a su partido el mérito de una revolución en la cual no había tenido la menor representación teórica y práctica.

---

[27] Al cotejar *La guerra civil en Francia* con la *Capacité politique des clases ouvrières,* de PROUDHON (cuyas ideas tuvieron tan grande influencia en el estallido del «federalismo» parisino), BERNSTEIN escribía: «Resta saber si la disolución del Estado moderno y la transformación completa de su organización como lo imaginaban Marx y Proudhon (la constitución de la asamblea nacional por los delegados de las asambleas provinciales o regionales que, a su vez, habrían estado compuestas por los delegados de las comunas) serán la primera obra de la democracia, de suerte que las representaciones nacionales, en su forma actual, desaparecerían inmediatamente. *Por mi parte lo dudo.* El desarrollo social moderno ha generado demasiadas instituciones, cuya dimensión las sustrae al control de las municipalidades y también de las regiones y de las provincias, para que se pueda hacer a menos del control de las administraciones centrales antes de la transformación de su organización; la soberanía absoluta de las comunas, etc., no es para mí nada más que un ideal... Pero aquí no se trata tanto de hacer la crítica de los puntos aislados de este programa como de hacer resaltar... cómo la organización democrática —que parte desde abajo— está señalada en él como la vía de la realización del socialismo, y cómo los antagonistas que eran Marx y Proudhon se encuentran asociados en el liberalismo»: *Las premisas del socialismo y los objetivos de la socialdemocracia:* he utilizado la versión italiana publicada sin fecha en Roma con el título *Socialismo e socialdemocrazia.*

De todos modos, prosiguiendo con sus solicitaciones exegéticas, Lenin afirma después de Marx, que «la Comuna es la forma *descubierta al fin* por la revolución proletaria, bajo la cual puede lograrse la emancipación económica del trabajo. La Comuna es el primer intento de la revolución proletaria de destruir la máquina del Estado burgués y la forma política *descubierta al fin* que puede y debe substituir a lo destruído» [28].

Después de examinar las ideas de Engels sobre el problema de la vivienda y la polémica de Marx y de su Eckermann con los anarquistas (leed a los proudhonianos), Lenin, para fundamentar su teoría del no-Estado, cita el pasaje siguiente de una carta de Engels a Bebel: «Habría que abandonar toda esa cháchara sobre el Estado, sobre todo desde la Comuna, que no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra», lo que permite decir a Vladímir Ilich: «...he aquí la afirmación más importante de Engels desde el punto de vista teórico. Después de lo que dejamos expuesto más arriba, esta afirmación es absolutamente lógica. La Comuna había dejado de ser un Estado, toda vez que su papel no era el de reprimir a la mayoría de la población, sino a la minoría (a los explotadores); había roto la máquina del Estado burgués; en vez de una fuerza especial para la represión, entró en escena el propio pueblo. Todo esto era renunciar al Estado en sentido estricto. Y si la Comuna se hubiera consolidado, habrían ido *extinguiéndose* en ella, por sí mismas, las huellas del Estado; no habría sido necesario suprimir sus instituciones, pues éstas habrían dejado de funcionar a medida que no tuviesen nada que hacer».

En su lucha contra el reformismo de los Bernstein y de los Kautsky, Lenin sigue desenterrando textos y cita la crítica del programa de Erfurt, enviada por Engels al segundo de estos «oportunistas» en 1891, crítica en la cual afirma que el capitalismo individualista de los orígenes se ha transformado en «capitalismo monopolista». Y, comenta: «conviene subrayar esto, pues el error más generalizado está en la afirmación reformista burguesa de que el capitalismo monopolista o monopolismo de Estado no es ya capitalismo sino que puede llamarse ya socialismo de Estado». Concepto al cual opone que «la cercanía de tal capitalismo al socialismo debe ser, para los verdaderos representantes del proletariado, un argumento a favor de la cercanía, de la facilidad, de la viabilidad y de la inminencia de la revolución socialista, pero en modo alguno un argumento para mantener una actitud de tolerancia ante los que nieguen esta revolución, ni para embellecer el capitalismo como hacen todos los reformistas».

Asimismo, el prefacio escrito por Engels en 1891 para la tercera edición de *La guerra civil en Francia*, constituye, según él, «la última palabra del marxismo respecto al problema» del Estado, ya que permite al amigo de Marx subra-

---

28 Estas citas de Lenin provienen del capítulo tercero de la obra examinada.

yar una vez más que «no sólo bajo la monarquía, sino también bajo la república democrática, el Estado sigue siendo Estado, es decir, conserva su rasgo característico fundamental: convertir a sus funcionarios, *servidores de la sociedad,* órganos de ella, en *señores* puestos por encima de ella». Así que toda democracia consecuente «se transforma, por una parte, en socialismo, y, por otra, reclama el socialismo» [29]. Solamente cuando haya podido superarse a sí misma, la sociedad habrá alcanzado su fase superior, es decir, la de la extinción del Estado.

Esta fase superior es fatal porque «el comunismo *brota* del capitalismo, se desarrolla históricamente arrancando de él; y es el resultado de la acción de una fuerza social engendrada por él mismo».

Marx había escrito que «...entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista, media el período de la transformación revolucionaria de la primera a la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*...». Y Engels, en su carta a Bebel: «el proletariado necesita el Estado no en interés de la libertad, sino en interés de la represión de sus adversarios, pues, cuando sea posible hablar de libertad ya no habrá Estado». Afirmaciones que Vladímir Ilich comenta en los siguientes términos: «Democracia para la mayoría gigantesca del pueblo y represión por la fuerza, es decir, exclusión de la democracia para los explotadores, para los opresores del pueblo: he ahí la modificación que sufrirá la democracia en la transición del capitalismo al comunismo».

En esta fase intermedia, la represión es ya la de una minoría de explotadores por una mayoría de explotados, y la realiza un Estado de transición que, como la Comuna, ya no es un verdadero Estado, puesto que no necesita burocracia bien mantenida, ni ejército permanente, ni policía secreta, sino «la simple *organización de las masas armadas*». Es evidente, pues, que, al ser suprimidas por las masas las causas de los excesos capitalistas, desaparecerá el Estado, y éste comenzará a extinguirse en sí mismo. No puede exigirse más lógica.

En este período de transición definido como «dictadura del proletariado», si bien reina la igualdad en el derecho, no sucede lo mismo en los hechos, y no puede decirse que todavía haya justicia, ya que semejante dictadura, para destruir el Estado burgués, debe seguir manteniendo una apariencia de Estado, es decir, de desigualdad y de injusticia. «Marx muestra el curso de desarrollo de la sociedad comunista que, en sus comienzos, se verá obligada a destruir solamente aquella injusticia que consiste en que los medios de producción sean de propiedad individual, pero que no estará en condiciones de destruir de golpe, tam-

---

[29] Citas sacadas del capítulo cuarto.

poco, la otra injusticia, consistente en la distribución de los artículos de consumo según el trabajo (y no según las necesidades)». Esto se debe a que «persiste aún la protección del derecho burgués que sanciona la desigualdad de hecho. Para que el Estado se extinga completamente, hace falta que impere el comunismo completo». Entonces tan sólo, la nueva sociedad podrá inscribir en sus banderas el lema marxista: «Dé cada uno según su capacidad; a cada uno según sus necesidades».

Que no nos pregunten cuándo podrá realizarse esto —concluye Lenin—: nosotros «...tenemos derecho a hablar sólo de la extinción inevitable del Estado, subrayando el carácter lento de este proceso, su supeditación a la rapidez con que se desarrolla la fase superior del comunismo, y dejando completamente en pie el problema de los plazos o de las formas concretas de este proceso de extinción, pues *no tenemos datos para resolver estos problemas*» [30].

Así pues, si las analogías de los *sovieti* con la Comuna de París resultan históricamente falsas; y los ejercicios dialécticos —para exprimir del pensamiento de Marx y de Engels tesis categóricas aisladas, que no habían sido concebidas por ellos, sino en función de un contexto que les quitaba todo carácter sistemá-

---

[30] Citas sacadas del capítulo quinto. Soy yo quien subraya este extraordinario «*no tenemos datos para resolver estos problemas*», porque no me parece inútil comparar esta declaración altamente científica con la que J. J. Rousseau —el antepasado en línea directa del subversivismo universal— pone en el prólogo de su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* cuando se trata para él de echar las bases de su empresa de destrucción de la sociedad tradicional. Al no poder sentar científicamente su tesis de la igualdad originaria el ginebrino escribe en efecto: «*Empecemos, pues, por descartar todos los hechos; no atañen a la cuestión.*» Es decir, que la *forma mentis* del iniciador teórico de la empresa subversiva condiciona exactamente la del que la realiza, ya que si, para Rousseau, la humanidad tiene orígenes hipotéticos, su punto de llegada, para Lenin, es igualmente oscuro, vago y conjetural.

En el mismo momento en que LENIN publicaba *El Estado y la revolución* (escrito en 1917, pero aparecido por primera vez en 1918 en la revista *Zhizñ i Znanie* —Vida y Saber—), Georges Sorel escribía lo siguiente que puede servirle de comentario: «*El gobierno por el conjunto de los ciudadanos nunca fué más que una ficción;* pero esta ficción era la última palabra de la ciencia democrática. Nunca se intentó justificar esta singular paradoja según la cual el voto de una *mayoría caótica* hace aparecer aquello que Rousseau llama la *voluntad general* que no puede errar. A menudo, los escritores socialistas, a pesar de su desprecio por los utopistas del siglo XVIII, reproducen la idea de Rousseau: dicen que el Estado no existirá más porque, al desaparecer las clases, no habrá más opresión en la sociedad y que entonces la administración pública representará verdaderamente a la colectividad. Se trata, pues, de afirmaciones sin aportación de pruebas. Rousseau, por otra parte, ponía como condición de su paradoja la desaparición de todas las intrigas y facciones: pero se trata de una hipótesis terriblemente inverosímil, ya que, de hecho, la historia es la historia de las facciones políticas que se apoderan del Estado y ejercen en él su pequeña industria depredatoria« (*Matériaux d'une théorie du prolétariat.* I-VI).

tico, en razón de las contradicciones que virtualmente las ensombrecían— son tan sólo astutas logomaquias; es menester reconocer, no obstante, que el genio político de Lenin al escribir *El Estado y la revolución* consistió en utilizar el movimiento anárquico de las comunas rusas contra la centralización estatal, defendida por sus adversarios liberales y socialistas moderados. Que una vez conquistado el Estado, lejos de destruir sus elementos esenciales para preparar su extinción, lo haya vigorizado, por el contrario, neutralizando los *sovieti* anárquicos en provecho de un Estado policial, controlado por la ínfima minoría que, en fin de cuentas, se disimula en el Comité central del partido comunista, y hecho de la dictadura del proletariado la esclavitud del proletariado, ello, para el historiador, no cambia en absoluto los hechos, aunque represente, quizás, un interesante caso de estudio para el psicólogo [31]. Y, tal vez, no sea inútil recordar, aquí precisamente, lo que Proudhon escribía unas semanas antes de las jornadas de junio, fija la mente en la actitud del intelectual Blanqui: «Cuando la nación haya devorado su resto; cuando el país esté sin producción y sin comercio; cuando los obreros, desmoralizados por la política de los clubs y por las huelgas de las fábricas, se hagan soldados para vivir..., entonces sabréis lo que es una revolución provocada por abogados, cumplida por artistas, conducida por novelistas y por poetas... ¡Despertad de vuestro sueño, montañeses, girondinos, fuldenses, cordeleros, jansenistas, babuvistas! Estáis a menos de seis semanas de los acontecimientos que os anuncio» [32].

---

[31] Escribe MICHEL COLLINET *(Op cit.)*: «La pasión revolucionaria en Lenin tenía un aspecto ambivalente: por una parte no auguraba nada mejor que el despertar la iniciativa de las masas populares; por otra, como estratega jacobino, no concebía nada fuera de la obediencia ciega de las tropas a las órdenes del Comité central. Aquél que triunfó es el segundo Lenin: hay exigencias militares y políticas con las cuales no se puede andar con astucias a partir del momento en que se desencadena la guerra civil.»

[32] P. J. PROUDHON: artículo publicado en el *Représentant du peuple* del 29 de abril de 1848. Citado por E. BERNSTEIN (nota 27 del presente capítulo).

CAPÍTULO II

EL BUEN HOMBRE LENIN

Papeletas electorales y fusiles cargados: el asunto de la Asamblea Constituyente — El hecho interior al servicio de los grandes designios internacionales: las cinco fases del primer cuadrienio — La paz: tesis contrapuestas en torno a Brest-Litovsk — Realismo de Lenin — El hambre: los obreros y los ricos, los campesinos pobres y los *kulakí* — Fundación de la *Cheká,* primera piedra del Estado policial — Los burgueses y su moral — El nuevo Patriarcado — La Constitución Lenin

En la noche del 25 al 26 de octubre, cuando el flamante Consejo de los Comisarios del Pueblo se enfrentó con la situación interior, diplomática y militar, tal como la había dejado entre sus manos el colapso del gobierno Kérenskiy, se encontró en la necesidad de dar una solución que fuera a la vez rápida y total a todos los problemas que dicha situación determinaba. Necesidad apremiante porque aquellos que habían secundado a Lenin en su conquista del poder —los soldados rebeldes y los huelguistas de Petrogrado— disponían de armas numerosas que no tenían la menor intención de deponer, ahora que quienes los habían impulsado a la acción se habían instalado en el gobierno. El entusiasmo de las tropas de la revolución, si bien es innegable, no debe hacer olvidar la presencia de otro sentimiento: el de una desconfianza latente contra todo gobierno posible; sentimiento que Lenin había interpretado en su *Estado y la Revolución,* y que había determinado el triunfo del levantamiento de octubre. Y este sentimiento no podía desaparecer de la escena política con la simple desaparición de Kérenskiy y sus amigos burgueses. Por el contrario, los soldados y los obreros armados estaban decididos, ahora más que nunca, a exigir de los usufructuarios del golpe de Estado —ya que los consideraban más como agentes suyos que como dirigentes— la ejecución de las promesas ofrecidas en las Tesis de abril: la paz, el control de las empresas y le repartición de la tierra.

Problema en verdad predominantemente político, puesto que, en aquellos días, todo estaba supeditado a un aprovechamiento rápido, por parte de estos

dirigentes, de una situación donde lo económico y lo social estaban condicionados por lo diplomático, es decir, por lo político.

La primera cuestión que el Consejo y el *Soviet* debían resolver era, pues, la de las relaciones con la *Entente* y con los Imperios Centrales, la de la paz y de la guerra, en suma, de la cual dependían todas las demás y, singularmente, el triunfo o el fracaso de la revolución.

Pero aquí no hubo unanimidad. No por haber sido relativamente incruenta, la conquista del Estado había dado a Lenin un poder indiscutido sobre toda Rusia; ya que simplemente la carencia de gobierno la había hecho posible. Por otra parte, en el seno mismo de los partidos extremos que habían actuado de febrero a octubre —mencheviques y socialrevolucionarios— se levantaron inmediatamente oposiciones violentas que, en centros importantes, como Moscú y Kiev, provocaron hechos sangrientos. Finalmente, las elecciones para la Asambiea Constituyente, convocadas por el gobierno Kérenskiy, tuvieron lugar poco tiempo después del golpe bolchevique, y se celebraron porque Lenin, que conocía perfectamente la fragilidad del poder por él arrebatado y conseguido, no se atrevió a impedir el natural desarrollo político, a pesar de su desprecio por todo aquello que llamaba democracia burguesa. Pero, mientras, por una parte, los bolcheviques proclamaban que el poder de los *sovieti* se situaba por encima del de cualquier asamblea elegida mediante sufragio universal, puesto que esta última estaba condicionada por la actuación de un cuerpo electoral, en el cual entraban también terratenientes y burgueses, es decir, enemigos del proletariado, mientras que aquéllos recibían sus consignas tan sólo de los trabajadores; por otra, esos mismos *sovieti* habían fundamentado una parte no desdeñable de su propaganda contra el gobierno anterior, sobre la base de aplazar más de la cuenta la convocatoria de dichas elecciones.

Estas tuvieron lugar el 25 de noviembre en una verdadera atmósfera de presión, porque los bolcheviques pusieron en obra todos los medios a su alcance para impedir el triunfo de sus contrincantes, de modo particular en Petrogrado y demás centros urbanos por ellos dominados. Sin embargo, los resultados no correspondieron a sus esperanzas, puesto que no obtuvieron sino el veinticinco por ciento de los votos emitidos [1], contra el sesenta y dos por ciento de los socialistas revolucionarios y socialistas moderados, y el trece por ciento de los partidos liberales.

Es importante indicar, empero, que, en período revolucionario, estas cifras

---

[1] Los socialistas revolucionarios rusos obtuvieron 16.500.000 votos; los bolcheviques, 9.023.963; los socialistas revolucionarios ucranianos, y alógenos en general, 4.400.000; los Kadetes, 1.865.639; otros grupos y partidos conservadores y de la clase media, rusos y alógenos, alrededor de 2.750.000; los socialdemócratas —mencheviques, socialistas populares, etc.—, alrededor de 1.700.000.

no significan nada cuando el derrotado está instalado en el poder y tiene la firme voluntad de no dejárselo arrebatar por los vencedores. En este caso particular, esto es muy claramente perceptible: mientras los votos de la oposición provenían de los sectores rurales, es decir, de gente desorganizada políticamente, los de los bolcheviques provenían de centros estratégicos importantes como Petrogrado y Moscú, y, sobre todo de los frentes más cercanos a la capital, y de la flota del Báltico, lo que quiere decir que, más que de votos, se trataba de fusiles cargados. Lenin lo sabía y ello le ancló en su voluntad de conservar el poder; mientras que la oposición, que tampoco podía ignorarlo, no podía hacer nada, tomando una actitud expresada únicamente en discursos y protestas. Se trataba de demócratas impenitentes, como lo demuestra el hecho de que cuando ciertos elementos socialrevolucionarios propusieron la protección de la Asamblea por los regimientos de la Guardia Semiónovskiy y Preobrazhenskiy, el Comité central del partido aceptó la idea a condición de que dicho cuerpo de protección estuviera... desarmado.

Así cuando el 18 de enero de 1918, la Asamblea constituyente abrió sus sesiones en el palacio de Táurida, su suerte estaba ya marcada. No hubo más que discursos que duraron hasta las cinco de la mañana, momento en que el marinero anarquista Zhelezniak subió a la tribuna e invitó a los diputados a retirarse «porque la guardia estaba cansada». Algunas horas más tarde, un decreto del Consejo de los Comisarios del Pueblo disolvía la Asamblea, acusándola de haberse revelado «un biombo para los esfuerzos que realizaba la contrarrevolución burguesa con vistas a suplantar el poder de los *sovieti*». Tal fué el final, tan poco brillante, del primero y último parlamento ruso, elegido mediante el sufragio universal [2].

Este mismo día 19 de enero de 1918, empezaba efectivamente lo que se ha dado en llamar dictadura del proletariado.

* * *

Al examinar los cuarenta años de historia rusa que van desde el 25 de octubre de 1917 al lanzamiento de la luna artificial, nos encontramos con fases sucesivas no tanto distintas u opuestas como aparentemente contradictorias; que solamente un examen de conjunto nos las ofrece como dirigidas, inconscientemente primero, muy conscientemente luego, y por caminos que se en-

[2] Lenin, a quien no se podrá reprochar ninguna hipocresía de tipo electoral, escribía en 1917: «El proletariado necesita del poder estatal, de la organización centralizada de la fuerza, de la organización de la violencia, ambas destinadas a aplastar la resistencia de los explotadores y a *guiar* a la masa de la población: los campesinos, los pequeños burgueses, los semiproletarios... en la labor de organizar el socialismo económico.» (*Obras completas*, tomo XXI de la segunda edición; Moscú, 1925-1932.)

trecruzan siempre, sin contradecirse nunca, a pesar de las apariencias lógicas, hacia una meta fija e invariable: la realización por todos los medios y a cualquier precio de los designios tradicionales, pero llevados hasta sus consecuencias más extremas, de dominación sobre la vasta área política y económica eurasiática a expensas del imperialismo occidental.

Podemos comprobar así que la Tercera Internacional, el *Komintern,* el *Kominform,* no son sino medios—aparentemente puestos al servicio de un ideal internacionalista—para conquistar, en los países capitalistas, sectores de la opinión pública que, en casos determinados, están llamados a ejercer su presión sobre los gobiernos democráticos de dichos países para debilitar todo aquello que en la política y en la diplomacia nacional propia se opone al libre desarrollo del expansionismo ruso. En realidad, estos medios están puestos exclusivamente al servicio de la diplomacia rusa, cuyos responsables no vacilan, cuando así lo exige el enfrentarse dicho expansionismo con el tablero internacional, en abandonar a sus agentes ideológicos para aliarse con los enemigos de la clase proletaria. Imperialismo y maquiavelismo; tales son las características esenciales de la política soviética durante estos cuarenta años. Y estas características encuentran su explicación única y valedera en la necesidad para los dirigentes rusos de adaptarse a todas las circunstancias exteriores para realizar, poco a poco, pero con seguridad y firmeza despiadadas, progreso tras progreso, en su voluntad de dominación universal.

Cuando se examina dicho período, el historiador suele establecer una división vertical entre las realizaciones internas del gobierno soviético y su política exterior, indicando que, mientras ésta tiene una apariencia contradictoria e impide por consiguiente toda previsión, aquéllas parecen obedecer a un concepto unitario, a un designio sólidamente establecido de una vez por todas y al cual se da el nombre de triunfo socialista en Rusia cuando se es partidario de la experiencia inaugurada por Lenin y proseguida por Stalin; de capitalismo de Estado cuando se juzga fríamente según el método lógico experimental. Sin embargo, esta política exterior y estas realizaciones internas no pueden ni deben ser desglosadas, analizadas separadamente, si se quiere comprender algo de lo que sucede en Rusia y, por ende, en el mundo desde octubre de 1917.

Los dirigentes soviéticos percibieron muy pronto en efecto que el triunfo de un gran designio político universal no puede alcanzarse mientras la vida interior de una nación permanezca sujeta a variaciones determinadas, ya sea por el libre juego electoral (democracia), ya sea por el libre juego de la oposición en el seno del partido (*sovieti*). No en balde Lenin era un gran lector de Clausewitz.

Esta visión totalitaria de lo que debe abarcar un gran designio político excluye naturalmente el concepto de libertad que, en tales condiciones, no es difícil bautizar de superestructura ideológica pequeño-burguesa. A partir de

este supuesto resulta fácil, por consiguiente, dedicar toda la atención al problema exterior y toda actividad interior a la solución de este problema. Y así, después del período anárquico determinado por la guerra civil, por la hambruna y por la lucha por la sucesión de Lenin, vemos cómo los responsables soviéticos camuflan la intención de sus conceptos políticos sobre la vida social, espiritual y económica del país, sujetándola a imperativos de producción industrial, en vista de la necesidad de los armamentos intensivos para la afirmación de aquello que hemos dado en llamar su gran designio político universal. El socialismo en un solo país, tesis que triunfa al mismo tiempo que Stalin sobre el concepto de revolución permanente, enunciado por Trotskiy, se nos aparece en este modo tan empeñado como éste en el triunfo de tal designio. La diferencia no es de naturaleza, puesto que para dicha tesis como para dicho concepto, se trata esencialmente de alcanzar la dominación comunista universal; es solamente gradual, ya que si Trotskiy quiere provocar revoluciones en todos los países, sin tener en cuenta el estado interior de Rusia, Stalin quiere hacerlo tan sólo a partir del momento en que Rusia se encuentre protegida por su organización interior contra las empresas de sus enemigos eventuales: el anticomunismo de las naciones capitalistas o fascistas de Occidente y Extremo Oriente. Toda su inteligencia política ha consistido, pues, en forjar esta organización interior y en jugar sobre el tablero internacional, favoreciendo los antagonismos latentes entre Estados «plutocráticos» y Estados «proletarios», es decir, entre el grupo franco-anglo-sajón por una parte, y el grupo nipo-italo-alemán, por otra; hasta provocar la desaparición del segundo y el debilitamiento del primero.

Para verlo con más claridad podemos dividir—algo artificialmente, pero de un modo que nos facilitará la comprensión de la realidad soviética—el período que va de la revolución de octubre al lanzamiento de la luna artificial en octubre de 1957, en seis fases aproximadamente iguales.

La primera ha sido definida fase del comunismo de guerra, y se extiende de 1917 al final de 1920, con evidentes prolongaciones desde los puntos de vista político y económico hasta bien entrado el año 1921. Durante esta fase, el nuevo régimen intenta crear los primeros órganos del Estado comunista, hace la paz con los Imperios Centrales, lucha contra los blancos y resiste al bloqueo organizado por las potencias de la *Entente*. Es una fase enteramente condicionada por la incoherencia anárquica de sus comienzos y por el desmoronamiento total de la economía nacional.

En la segunda, para hacer frente a la miseria extrema del país y a la espantosa hambruna de los años 1921-1922 que amenaza con paralizar definitivamente, además de la vida económica, toda la vida política —rebeliones del anarquista Majnó en Ucrania, del socialrevolucionario Antónov en el distrito de Tambóv, de los marinos de Kronstadt, flor y nata de la revolución de

octubre— y puede significar, por consiguiente, el fracaso de la experiencia leninista, el gobierno soviético practica un retroceso general con vistas a la restauración de la economía. Esta fase que va de los años 1921-1922 a los años 1927-1928 es llamada de la NEP (*Novaia Ekonomícheskaia Polítika*), vale decir de la Nueva Política Económica. Durante esta fase desaparece Vladímir Ilich.

La tercera fase es la de la reconstrucción, o del triunfo socialista en un solo país. Se caracteriza por los planes quinquenales que llevan, en la industria, a la electrificación y a la industrialización intensiva del país entero; en la agricultura, a la colectivización agraria y a la llamada liquidación de los *kulakí* como clase. Se extiende sobre el período 1928-1933, y contempla el afianzamiento del poder de Stalin sobre todas las Rusias; poder si todavía discutido, por lo menos ya sólidamente instalado.

La cuarta fase es la de la lucha emprendida sobre el plano ideológico contra los antagonistas de toda laya para hacer aceptar: 1) el carácter indiscutible de dicho poder, y 2) la «línea general», destinada a preparar los espíritus a la idea de una guerra exterior en la cual toda oposición, por leve que fuere, constituiría un peligro mortal para la vida del Estado soviético. Se la puede acotar entre los años 1934 —comienzo de la llamada represión antitrotskista— y 1939, momento en el cual Stalin considera dicha represión como terminada y firma su pacto con Hitler. Esta desaparición de una inmediata amenaza alemana significa, téngase en cuenta, un nuevo momento de respiro, antes del próximo nuevo salto hacia adelante en la empresa revolucionaria universal.

La quinta fase empieza con la firma del pacto Hitler-Stalin y acaba con la capitulación de Alemania en 1945. Es el momento en que Rusia soviética, al término de un aislamiento diplomático de más de veinte años (a pesar de su política de los pactos de seguridad colectiva que, en la fase anterior, no le han dado los resultados apetecidos), años consagrados a su restauración económica, a su militarización y a su preparación para cualquier eventualidad exterior, se estima preparada para representar un papel preponderante en el juego internacional y se lanza con voluntad definida en la contienda y decidida por los hechos, para echar los jalones de una política que, al desarrollarse luego, habrá de imponer a las demás naciones el reconocimiento de su poderío sobre la escala mundial. Inaugurada por el pacto con Berlín —central del sistema anti-Komintern— esta fase es la invasión germano-rusa de Polonia, del ataque ruso contra Finlandia, de la absorción de los países bálticos, del asalto alemán contra Rusia, de la alianza de ésta con las democracias occidentales, del aplastamiento de Alemania y del comienzo de la disidencia ruso-anglosajona. Período que puede aparecer como incoherente si le consideramos desde el punto de vista de las democracias, pero que, por el contrario, resulta enteramente con-

forme al punto de vista soviético, tal como lo revela el examen de las cuatro fases anteriores [3].

La sexta fase, que empieza con el final de la segunda guerra mundial, se encuentra todavía en pleno desarrollo político-diplomático. Aunque nos encontremos en la casi imposibilidad de prever las consecuencias de los acontecimientos que señalan su desarrollo, nos será permitido, gracias al estudio de algunos hechos fundamentales, establecer algunas previsiones valederas para un futuro inmediato.

La del comunismo de guerra es una fase sumamente complicada e incoherente en la cual se mezclan, sin posibilidad de separarlos de modo objetivo para su estudio autónomo, los acontecimientos políticos, interiores y exteriores, los hechos económicos, los choques entre las diversas tendencias de la revolución, las complicaciones provocadas por la guerra civil en su relación con el juego internacional, etc.

Nos encontramos, pues, en la necesidad de trazar un cuadro global de esta primera fase, porque éste es el único medio susceptible de permitir su estudio lógico.

Aquí no nos encontramos ante hechos normalmente concatenados, es decir provocados, aunque de manera imprevista, ya sea por tópicos apriorísticos, ya por algo parecido a lo que sería un pensamiento político hecho de cálculos y de previsiones. Nos encontramos tan sólo con acontecimientos que surgen sin participación de la voluntad de los hombres, la cual no hace sino enfrentarlos con posibilidades limitadas de dirigirlos o de dominarlos. Durante este período anárquico, el talento político se reconocerá tan sólo en la habilidad para capear los vientos imprevistos que arrastran a hombres y a cosas hacia abismos más misteriosamente peligrosos. Y pronto veremos que fué necesaria toda la genialidad de Lenin para impedir que el régimen instaurado por él se derrumbara irremediablemente.

Indica muy bien W. H. Chamberlin que casi toda la actividad de los primeros tiempos del sistema soviético tuvo, en el terreno interior, un valor

---

[3] Evidentemente, las fechas límite de estas cinco fases no son absolutas. No pueden ser sino relativas, ya que es preciso tener en cuenta que siempre corre un cierto tiempo entre el final de una fase, cuando se admite que ya no corresponde a la realidad, y el comienzo de la siguiente, que tiene que adaptarse a la nueva realidad antes de empezar a funcionar. Por ejemplo, el final del comunismo de guerra debería coincidir con la derrota de Wranguel (noviembre de 1920) y la NEP empezar inmediatamente; sin embargo, ésta empieza a surtir efectos tan sólo en 1922 porque durante un año la poderosa burocracia del partido actúa ciegamente contra toda reforma susceptible de disminuir su dictadura. Lo mismo sea dicho para la fase de la «línea general» cuya idea empezó a imponerse a Stalin cuando la llegada de Hitler al poder. Si empieza tan sólo un año más tarde, es que ha sido necesario encontrar el pretexto: el asesinato de Kírov...

más demostrativo que inmediatamente práctico. Ello corresponde exactamente al temperamento jacobino-doctrinario de Lenin, que le incita a sentar empíricamente las bases de su sistema, aun cuando este sistema se revele inaplicable por un tiempo indeterminado. Entre lo que se dictaminaba, aunque solamente fuera de modo ideal, en las esferas del Consejo de los Comisarios del Pueblo y lo que se hacía, había una gran distancia. En las fábricas —puestas nominalmente bajo el control de los trabajadores— no sólo no se producía, sino que se llegaba a sabotear la maquinaria o a trocarla por dinero o productos alimenticios; en el campo —donde la tierra y los instrumentos de producción habían sido proclamados propiedad de los campesinos—, se incendiaban las casas de los propietarios y, si se confiscaban las reservas de granos, no por ello se las entregaba a los organismos oficiales para su reparto entre los proletarios hambrientos de las ciudades: se las confiscaba en exclusivo provecho personal y se quemaba lo sobrante. En estas condiciones, el invierno 1917-1918 se dejó sentir muy cruelmente en los centros urbanos donde los bolcheviques realizaron uno de sus ideales doctrinales, el de la igualdad, aunque no se tratase más que de igualdad en el hambre. Puesto que no podían hacer nada para aliviar la miseria de las masas, «les fué posible, sin embargo, transformar las clases pudientes en las clases más miserables del pueblo, y ello tenía su importancia psicológica», comenta Chamberlin [4].

Pero, entre todas las preocupaciones que asaltaban al país, la de una paz rápida se sobreponía a las demás y Lenin comprendió muy bien que, de no hacerla efectiva, su presencia en el poder y, por consiguiente, el triunfo de sus ideas, se harían más que problemáticos, razón por la cual el 26 de noviembre de 1917 tres plenipotenciarios, entre los cuales un subteniente Shner, a quien se descubrió más tarde como antiguo agente de la policía zarista, se presentaban ante las líneas alemanas cerca de Dvinsk y, llevados al comando superior germánico de aquel frente, proponían la apertura de negociaciones inmediatas de armisticio. Se tomó cita para el 2 de diciembre en la ciudad polaca de Brest-Litovsk y las negociaciones empezaron. Debían durar hasta el 3 de marzo de 1918.

La primera delegación soviética estaba presidida por Adolfo Joffé y comprendía a los bolcheviques Kámenev-Rosenfeld y Sokólnikov-Brilliant, a los socialrevolucionarios de izquierdas (grupo que se había adherido a los hechos iniciales de la revolución de octubre) S. Mstislavskiy y señora Bitsenko, a un campesino, un obrero, un soldado y un marinero. El bolchevique Karaján hacía de secretario.

El efecto que produjo este conjunto tan heterogéneo, compuesto por judíos,

[4] CHAMBERLIN, W. H.: *The Russian Revolution*, 1917-1921, 2 vols. (New York, 1935).

agitadores y proletarios, en los delegados alemanes —expresión genuina del militarismo prusiano— presididos por el general Max Hoffmann, no ha podido ser analizado en los documentos relativos al asunto, pero es fácil imaginarlo. Lo que ha llegado hasta nosotros, nos demuestra que desde el primer día, Hoffmann contestó con sequedad a los rusos —que pretendían obtener de él, al mismo tiempo que el cese de las hostilidades, la evacuación de las islas de Dagö, de Oesel y de Moon, y el compromiso de no distraer tropas del frente oriental para enviarlas a los demás teatros de operaciones— que, para atreverse a tanto, había que ser vencedor. E impuso, por el contrario, el mantenimiento de las tropas alemanas en las islas, la libertad de movimiento para las fuerzas a sus órdenes y la conclusión de un breve armisticio, a cuyo término debían empezar rápidas negociaciones de paz. Joffé lo aceptó todo y las negociaciones propiamente dichas empezaron el 22 de diciembre.

La paz era necesaria, porque así lo querían los soldados del frente y de la retaguardia sobre cuya moral combativa —ya más que sacudida por tres años de una guerra ahora sin esperanza— diez meses de propaganda derrotista, orquestada por Lenin, habían producido efectos demoledores. Estos rebaños de desertores armados no querían nada fuera de la paz y de la repartición de la tierra, sin lo cual los bolcheviques se verían obligados a abandonar el poder. Pero, ahora que había triunfado de manera tan milagrosa, Lenin, si bien estaba decidido a satisfacer la voluntad de las masas revolucionarias, se veía en la obligación de negociar —y de negociar durante largo tiempo si fuera necesario—para limar algo de su aspereza a las pretensiones de los alemanes y de los austríacos. Sobre este punto iban a nacer contrastes agudos en el estado mayor bolchevique.

La nueva delegación rusa, siempre presidida por Joffé, comprendía, además de Kámenev, de la compañera Bitsenko y de Karaján, al historiador M. Pokrovskiy; la alemana, entre otros, al ministro de Relaciones Exteriores von Kühlmann y al general Max Hoffmann; la austro-húngara, al ministro de Relaciones Exteriores, conde Ottokar Czernin; estaban también presentes delegados turcos y búlgaros.

Joffé creyó lanzar un golpe bien dirigido cuando pidió una paz sin anexiones, y abogó por la independencia de los pueblos conquistados durante las hostilidades, del mismo modo que cuando sugirió que los demás grupos nacionales dispusiesen libremente de sí mismos mediante un referéndum objetivo, que se respetaran los derechos de las minorías nacionales, se solucionaran los problemas coloniales por la independencia de los pueblos indígenas y que las grandes naciones renunciaran a los medios de presión económica sobre las naciones débiles.

Este programa que debía ser proclamado a la faz del mundo, no cogió desprevenidos a los representantes de los Imperios Centrales. Pensando que su

aceptación favorecería en todo caso un arreglo con la *Entente,* sobre la base de una paz negociada, se declararon conformes a condición de que este programa fuese aceptado por todos los beligerantes allí reunidos. Se decidió, pues, suspender las sesiones durante diez días para permitir a estos últimos enviar sus representantes a la conferencia. Los rusos exultaban. No así los militares alemanes.

Hoffmann, durante el período de tregua, aprovechó la oportunidad de un almuerzo con Joffé para manifestarle que si algunas regiones hasta entonces pertenecientes al Imperio ruso decidiesen unirse a Alemania, ello no podría ser considerado como una anexión. Alusión evidente a Polonia y a Curlandia, entonces ocupadas por las tropas alemanas. Los rusos ante tal sugerencia hablaron de romper las negociaciones.

Sus contrincantes estaban dispuestos a afrontar esta eventualidad, como lo declaró Czernin al proponer la apertura inmediata de negociaciones de paz con la *Rada* ucraniana; problema que los rusos temían más que otra cosa.

Cuando las sesiones empezaron de nuevo, Trotskiy había substituído a Joffé y la atmósfera cambió radicalmente. En primer lugar, porque Trotskiy, contrariamente a los deseos claramente expresados por Lenin, empezaba a volverse nacionalista; luego porque los austro-alemanes habían admitido a la conferencia a los delegados ucranianos, cuyos propósitos eran netamente separatistas para con Rusia y cuyo pleito con ésta llevaba las de ganar en razón del trigo abundante de que disponían y que Alemania y Austria necesitaban más que cualquier triunfo. Razón por la cual Czernin —que con Hoffmann parece haber sido la cabeza pensante de las delegaciones centrales— escribe en su diario de guerra, con fecha 6 de enero de 1918 (la reapertura de las negociaciones de paz tuvo lugar el 9): «Es nuestro interés, o bien ganar a los ucranianos para nuestra causa, o bien cavar un foso entre ellos y los de Petersburgo» [5].

Ningún bando alimentaba seriamente la ilusión de convencer al otro acerca de su punto de vista. En efecto, la adhesión de la diplomacia germano-austríaca a la idea de una paz sin anexiones y de una devolución de las conquistas, por una parte; por otra, la insistencia con que los delegados bolcheviques pedían la organización de un referéndum en las regiones ocupadas por las tropas de los Imperios Centrales, referéndum que, según ellos, no podría realizarse libremente sin previa evacuación por parte de los ocupantes; todo ello sonaba bastante a juego de palabras, tanto más cuanto que Hoffmann no disimulaba su

[5] *Im Weltkriege,* Berlín, 1919. Y el 1.º de febrero, por prolongarse demasiado la resistencia de la delegación soviética de manera a encubrir el ataque que las bandas rojas se aprestaban a desencadenar contra Ucrania: «Mi intención es hacer actuar a los de Petersburgo y a los ucranianos unos contra otros, y llegar a la paz con una de las partes por lo menos.»

propósito —que era el propósito de Ludenforff y Rathenau— de anexionarse dichas regiones, mientras que, por su parte, los bolcheviques acababan de desencadenar una ofensiva contra la *Rada.*

Pero Trotskiy discutía a la espera del estallido fatal de una revolución proletaria en Alemania que acabaría con el imperialismo de sus contrincantes. Estos, a su vez, seguían el juego porque conocían perfectamente las condiciones en que se encontraban las fuerzas revolucionarias rusas que —más aún que ellos— necesitaban una paz rápida y a cualquier precio. En este ejerçicio de tira y afloja, los alemanes y los austro-húngaros, a pesar de estar ya seguros de que no podían ganar la guerra contra la *Entente,* llevaban inmensas ventajas. Y si fingían seguir a los rusos en el terreno de la dialéctica diplomática, ello se debía solamente a la necesidad en que se encontraban —en vista de una paz negociada con sus enemigos de Occidente— de no asumir actitudes demasiado bruscas. Pero todo tiene un límite —inclusive la paciencia de los diplomáticos— sobre todo cuando se trata de hacer frente al hambre que extendía su amenaza sobre Alemania y sobre Austria; y allí estaban los granos y las patatas de Ucrania y de Rusia blanca.

De modo que el 18 de enero, Hoffmann presentaba a Trotskiy y a sus asesores las reivindicaciones germano-austríacas en forma de un mapa sobre el cual había trazado una línea azul que coincidía con la posición de las tropas a su mando; dicha línea separaba de Rusia territorios correspondientes —salvo algunas desviaciones— a la Polonia de 1939, toda Lituania, Letonia occidental y las islas del estrecho de Moon. En cuanto a Ucrania, no se hablaba todavía de su futuro destino, pero las conversaciones llevadas por Czernin y Kühlmann con los representantes de la *Rada* indicaban bastante bien que este destino estaba ya trazado en el espíritu de los Centralistas.

Trotskiy se esperaba la jugada y pidió algunos días para comunicar con Petrogrado; pero allí estaban sucediendo cosas graves.

En el seno del *Soviet,* la cuestión de la paz había hecho nacer tres tendencias que se enfrentaban con violencia. La que podríamos llamar de capitulación total encontraba su exponente en Lenin —apoyado por Zinóviev-Apfelbaum, Kámenev-Rosenfeld, Stalin y Sokólnikov-Brilliant: abogaba por la firma de la paz en el momento mismo en que los alemanes decidiesen poner un término a las discusiones. La tendencia opuesta, que podríamos llamar «resistencialista», se expresaba por boca de Bujárin, jefe de los llamados comunistas de izquierdas, rechazaba toda idea de paz anexionista y predicaba la «guerra revolucionaria», Trotskiy y sus partidarios asumían una postura intermedia: según ellos, Rusia debía anunciar al proletariado universal su voluntad de salir del estado de guerra al mismo tiempo que su decisión de no firmar la paz en las condiciones impuestas por Alemania. Tanto Trotskiy como Bujárin

estimaban que su tesis era susceptible de desencadenar la revolución en Alemania y, rápidamente luego, en el resto del mundo.

A partir de este momento podemos comprobar que Lenin seguía siendo el único realista del estado mayor bolchevique, puesto que era el único capaz de calibrar las verdaderas condiciones en que se encontraba aquel conglomerado inverosímil, que ya iba resultando difícil apellidar ejército rojo; frente a las muy eficientes tropas alemanas, apoyadas en una retaguardia hambrienta pero decidida a resistir, y ello durante un invierno en que el hambre y el frío aparecían a todos los rusos como la única conquista auténtica de la revolución soviética.

En cuanto a Bujárin, cuyo extremismo se expresaba en las columnas del periódico *El Comunardo*, nos está permitido considerarlo como un soñador desprovisto de la menor sensatez o como un loco delirante. En lo que atañe a Trotskiy, y a su fe en la revolución universal, diremos tan sólo por el momento que se trataba de un sentimental que confundía sus sueños con la realidad, si quitamos a la palabra sentimental su sentido originario. Resulta difícil, en verdad considerar, como sentimental a quien no vacilaría en hacer degollar o dejar morir de hambre a varios millones de rusos, aunque no se puede dar otra definición de su temperamento tal como nos lo revela su íntegra actividad revolucionaria: quizá resultaría más exacto definirlo como un romántico despiadado, ya que, con sus sueños proyectados hacia la revolución universal —sueño romántico entre todos los sueños—, Trotskiy no vaciló nunca en quitar de su camino a todo aquel que se le opusiera; y ello en nombre de su amor a la humanidad.

Por su parte, Lenin estimaba que para el afianzamiento de la plataforma rusa de donde pudiera salir —llegado el momento— la revolución mundial, la razón ordenaba aceptar todas las condiciones alemanas: se sentía capaz de organizar su empresa con una Rusia reducida a la décima parte de su territorio, pero no con una Rusia ocupada de Petrogrado a Vladivostock. Porque veía claramente que, de triunfar la tesis de Bujárin, los alemanes ocuparían los territorios europeos hasta el mar Blanco, lo que incitaría a la *Entente* a tomar garantías en Extremo Oriente y en Siberia por intermedio del Japón; y todo ello acabaría definitivamente con la revolución, inclusive en el caso probable de una próxima derrota de los Imperios Centrales ante las potencias occidentales. Asimismo, no se le escapaba que, ante los proyectos de Trotskiy, los alemanes permanecerían insensibles y no retrocederían ante la idea de proseguir las hostilidades de modo unilateral hasta ocupar Petrogrado, donde instalarían un gobierno títere, con el mismo corolario que el que he indicado más arriba en lo que concierne a la reacción de Francia, de Inglaterra y de Estados Unidos. A este conjunto de opiniones encontradas, en que lo ideológico se mezclaba con lo diplomático, Lenin había decidido hacerle frente con toda su autoridad.

El 7 de enero, es decir, once días antes de la presentación de las condiciones alemanas, había expuesto su opinión en un artículo, bajo forma de veintiuna tesis «Sobre el problema de la conclusión de una paz separada y anexionista» [6].

Como en las famosas Tesis de Abril, esta actitud la expresaba Lenin con una claridad que no podía dejar lugar a dudas. Después de pronosticar la proximidad de una guerra civil, cuya violencia haría necesaria la entrada en juego de todas las fuerzas revolucionarias, señalaba que desde ese momento la resistencia de las clases pudientes se manifestaba con el sabotaje y el soborno, y proclamaba «la necesidad de disponer de cierto tiempo para el triunfo del socialismo en Rusia; tiempo, no inferior a varios meses, durante el cual el gobierno socialista debe tener las manos completamente libres para lograr la victoria sobre la burguesía...» Esta necesidad debe determinar el replanteamiento de los problemas exteriores «porque la situación internacional en el cuarto año de guerra es tal que resulta de todo punto imposible precisar el momento probable del estallido de la revolución y del derrocamiento de cualquiera de los gobiernos imperialistas de Europa (del alemán inclusive)».

Aunque no quepa duda de que la revolución estallará en Europa, «sería un error basar la táctica del gobierno socialista de Rusia en los intentos de determinar si la revolución socialista de Europa, y particularmente en Alemania, va o no va a desencadenarse en los próximos seis meses...».

En estas condiciones, Alemania está a punto de presentar un ultimátum que significa: «la prosecución de la guerra o una paz anexionista, es decir, la paz a condición de que nosotros devolvamos todos los territorios ocupados, los alemanes se queden con *todos* los territorios ocupados por ellos y nos impongan una contribución... que asciende aproximadamente a tres mil millones de rublos, a pagar en varios años».

El gobierno soviético se encuentra abocado a una única alternativa: aceptar esta paz anexionista o emprender una guerra revolucionaria. Aquellos que invocan esta última solución pretenden artificiosamente que tratar con los capitalistas es traicionar el internacionalismo proletario. Ello es falso como lo sería el mismo argumento aplicado a obreros que, por haber perdido una huelga, firman con los capitalistas un acuerdo desventajoso para ellos. Falso también es el argumento de quienes pretenden que el hecho de firmar la paz con Alemania transformaría a Rusia soviética en agente del imperialismo alemán. Cierto, hay que preparar la guerra revolucionaria, pero, por el momento, dicha guerra es imposible porque la situación del ejército es desastrosa y porque «la

[6] Publicado el 24 de febrero siguiente en *Pravda*, pero ampliamente difundido en los círculos superiores del partido inmediatamente después de su redacción, este importante artículo figura en el tomo tercero de las *Obras escogidas* de Lenin (*ut supra*).

mayoría campesina de nuestro ejército se pronunciaría con toda seguridad en favor de una paz anexionista y no en favor de una guerra revolucionaria inmediata...».

«En semejantes condiciones —concluía Vladímir Ilich— sería una táctica completamente inadmisible jugarse a una carta los destinos de la revolución socialista, que ya ha comenzado en Rusia, por el mero hecho de ver si, en un plazo cercano, brevísimo, calculado en semanas, estalla la revolución en Alemania. Semejante táctica sería una aventura. No tenemos derecho a exponernos a tamaño riesgo.»

Después de ásperas discusiones, el Comité Central. reunido el 21 y 22 de enero, rechazó las tesis leniniana y trostkiana adoptando la de la guerra revolucionaria preconizada por Bujárin [7], acontecimiento que se repitió en el curso del tercer congreso de los *sovieti* que tuvo lugar en Petrogrado del 24 al 31 de enero.

Aquí empieza a manifestarse la acción oportunista de Stalin que, en la reunión del Comité Central, asumió una postura que era la reproducción exagerada y desprovista de matices de la de Lenin. En efecto llegó a afirmar que en Occidente no existía ningún movimiento revolucionario demostrado por hechos que permitieran esperar la proximidad del estallido vaticinado por Trotskiy y por Bujárin; actitud tanto más digna de ser notada cuanto que, mientras Lenin creía que tal estallido se produciría algún día, toda la argumentación del Comisario del Pueblo a las Nacionalidades parecía edificarse sobre la convicción contraria [8].

Entre tanto —y a pesar del extremismo de Bujárin y del romanticismo de Trotskiy— Lenin seguía insistiendo por la paz, machacando sus argumentos día tras día, de suerte que, al final del congreso, obtuvo que se reanudaran las negociaciones. Así, el 30 de enero, Trotskiy volvía a Brest-Litovsk, convencido de que los Centrales suavizarían sus condiciones ante las victorias que las tropas soviéticas estaban logrando sobre las de la *Rada* ucraniana, en una guerra en la cual, por otra parte, nadie combatía. Tuvo que abandonar una vez más sus sueños dorados: el 1.° de febrero, Czernin, en nombre de las delegaciones alemana y austríaca, le anunciaba el reconocimiento de la «República Popular Ucraniana». Medida que confirmaba, el 9, la firma del tratado de paz con la *Rada* a la cual los austro-alemanes prometían su apoyo militar.

Entonces Trotskiy, dando libre curso a su teatralidad, proclamó ante todas

---

[7] La tesis de Lenin obtuvo 15 votos, la de Trotskiy 16 y la de Bujárin 32.

[8] La ascensión de Stalin hacia el poder supremo parece empezar con esta misma reunión. En efecto, a partir de este momento es como si descubriera en el utopismo de Trotskiy aquello que lo ayudará a subir cada vez más en los honores. El hecho merece ser señalado desde ahora.

las delegaciones la voluntad de su gobierno de romper las negociaciones y de considerar asimismo como terminado el estado de guerra de Rusia con los Imperios Centrales.

La historia no dice si los turcos y los búlgaros se impresionaron con esta declaración, única en los anales diplomáticos. Los hechos demuestran tan sólo que los alemanes no se dejaron conmover. El 16 de febrero, Hoffmann anunciaba que el estado de armisticio se acabaría el 18 a mediodía, hora en que sus fuerzas volverían a asumir su libertad de acción.

En la mañana de este mismo día 18, el Comité Central volvió a rechazar una propuesta de Lenin de reanudar las negociaciones. Pero todo cambió por la noche. Las noticias, en efecto, eran graves: sobre todo el frente los germano-austríacos avanzaban sin encontrar resistencia y, en el momento de su entrada en Dvinsk, que había tenido lugar sin resistencia, no habían disimulado su propósito de aislar la «infección moral bolchevique» [9]. Durante la sesión nocturna del Comité Central, Lenin obtuvo que se enviara a Berlín un mensaje telegráfico para solicitar la reapertura de las negociaciones. Estaba harto, como dijo, de «jugar a la guerra».

Los alemanes hicieron esperar su respuesta hasta el 22. Sus condiciones se habían agravado con la exigencia de la evacuación de Letonia, Estonia, Finlandia y Ucrania y de la firma inmediata de la paz entre Rusia y esta última; además había que aceptar este ultimátum dentro de las cuarenta y ocho horas, al término de las cuales un plazo de tres días precedería la firma de la paz.

De modo que, al encontrar un poderoso apoyo en la amenaza de las armas y de la diplomacia germánicas, Lenin presentó su ultimátum personal al Comité Central en el curso de la reunión bastante agitada del 23 de febrero: o aceptación de las exigencias de Brest-Litovsk o su propio retiro del Comité y del gobierno.

Trotskiy, que no quería firmar una paz tan contraria a sus principios, se hizo reemplazar por Sokólnikov, ideólogo más blando, abandonó el Comisariado de Asuntos Exteriores y, a partir de aquel momento, se dedicó a la organización del ejército rojo. Los socialrevolucionarios de izquierdas salieron del gobierno y se pasaron a la oposición.

El 3 de marzo de 1918, finalmente, la paz era firmada en las condiciones estipuladas por Hoffmann, y Ucrania evacuada hasta Odesa. Esta que Lenin calificó de «paz obscena», quitaba al gobierno soviético el control de territorios que proporcionaban a Rusia el ochenta por ciento de su producción de hierro, el noventa por ciento de su producción de carbón y de azúcar, y el setenta por ciento de su producción de cereales. Además, Rusia perdía todas las ganancias

[9] La expresión figura en la proclama dirigida a su entrada en Dvinsk por el príncipe Leopoldo de Baviera, comandante del frente oriental alemán.

territoriales realizadas desde Pedro el Grande, los países bálticos y Finlandia, la famosa «ventana sobre Europa» en suma, Polonia, y, en Transcaucasia, debía ceder a los turcos los distritos de Kars, de Batum y de Ardájan, conquistados durante la guerra de 1877. El hombre enfermo empezaba a reponerse.

Por otra parte, esta capitulación impuesta por la acción decidida de los Imperios Centrales no podía proporcionar al nuevo régimen la simpatía de la *Entente* —cuyos manejos del año 1916 habían contribuído tan poderosamente sin embargo a la caída del zarismo y al triunfo del bolchevismo— y ello tanto menos cuanto que, el 14 de marzo, al mismo tiempo que ratificaba las estipulaciones de Brest, el cuarto congreso soviético panruso redactaba un manifiesto, dirigido a todos los trabajadores del mundo, por el cual anunciaba su voluntad de preparar la revolución universal —proyecto que podía aparecer entonces como una ilusión a los ojos de los realistas dirigentes de los países burgueses— y, sobre todo, su decisión de no reconocer la deuda exterior rusa, medida mucho más grave para los plutócratas de Londres y de París. Con esta medida la actitud de muchos grupos democráticos occidentales, que habían asistido con simpatía al triunfo de octubre, y no se habían ofuscado ante las negociaciones soviético-alemanas, cambiaron radicalmente de punto de vista. A partir de este momento, se empezó a hablar de «cordón sanitario» y a buscar un medio democrático de acabar con el ex-aliado moroso, exactamente como hizo Leopoldo de Baviera cuando su entrada en Dvinsk [10].

* * *

Lenin había exigido esta paz porque la revolución necesitaba aquello que él mismo llamaba «un momento de respiro».

Evidentemente, no podía tratarse más que del momento de respiro que precede al asalto final entre dos luchadores casi exhaustos. En efecto, la guerra civil que estalló pocos meses después de Brest-Litovsk fué, según la justa apreciación de W. H. Chamberlin, «una lucha entre dos debilidades, en la cual los comunistas, en una medida importante gracias a su disciplina de partido, mantuvieron siempre un reducido, pero suficiente, margen de fuerzas en reserva» [11], mientras que las fuerzas antibolcheviques se vieron en la obligación, bien por sus condiciones internas, bien por las vacilaciones y los manejos de sus aliados occidentales, de actuar de modo esporádico y sin dirección unitaria.

El estado de guerra civil existía ya de modo latente antes de Brest-Litovsk, ello es cierto, pero se trataba de movimientos anárquicos, campesinos

[10] En este mismo congreso se decidió cambiar el nombre de partido bolchevique por el de partido comunista, al cual se agregó la sigla (*b*).

[11] CHAMBERLIN, W. H.: *Op. cit.*, cap. XIX.

en su mayor parte, que no respondían a ningún concepto ideológico, algo así como estallidos rabiosos a la Pugachov y a la Razin, pero estallidos de vía estrecha.

Y es que la Rusia no ocupada tuvo que enfrentarse desde el invierno de 1917-1918 —y más aún a partir de la primavera— con el problema del hambre y de la desocupación. Los transportes estaban totalmente paralizados y si las provincias siberianas gozaban de un exceso de productos alimenticios, en las europeas empezaba el largo período de ayuno y abstinencia que debía durar hasta bien entrada la fase de la NEP y ello, no por culpa de los «saboteadores burgueses», que no existían más que en la imaginación de Lenin, sino por la de los proletarios revolucionarios que no trabajaban y, sobre todo, por el tratado de Brest que, al arrancar a Rusia casi toda su producción de carbón, paralizaba los ferrocarriles y el transporte de los productos.

A partir de la primavera de 1918, podemos asistir a la reproducción del fenómeno ruso que caracterizó la vida interior francesa de 1793 a 1796: el hambre en las ciudades y la voluntad de los campesinos de producir sólo lo estrictamente necesario para su propio sustento; es decir, la oposición día a día, más marcada y cruel, entre la ciudad revolucionaria y la aldea conservadora. Tal fué en verdad el primer elemento de la guerra civil.

Lenin y sus colaboradores habían abordado el problema agrario con la idea de aplicarle la solución imaginada por ellos de modo sistemático en los años prerrevolucionarios. Pero comprendieron muy pronto ante los estallidos anárquicos del «gallo rojo» soltado por ellos mismos que, en las condiciones creadas por la capitulación de Brest-Litovsk, ningún sistema podría ser aplicado en Rusia durante un tiempo indefinido. Y aquí se hace necesario indicar la postura del estado mayor bolchevique frente a los intereses y a los deseos de las clases rurales.

Una vez más nos enfrentamos con algo que, a primera vista, parece contradictorio, ya que, mientras Trotskiy nunca disimula, y proclama constantemente, por el contrario, su desprecio total hacia los intereses y deseos ajenos, Lenin —y Stalin tras él— expresa a menudo su voluntad de tenerlos en cuenta. En verdad, ésta de Vladímir Ilich no era sino una postura que casi podríamos llamar electoral. Como puede descubrirse muy fácilmente por su rectilínea actitud en este aspecto [12], Lenin despreciaba al campesino como ele-

[12] Léase a este propósito la ya citada obra de MÁXIMO GORKIY: *Lenin y el campesino ruso en la Revolución de Octubre.* Y tómese en cuenta esta declaración, atribuída por Trotskiy a Vladímir Ilich: «En un primer tiempo, apoyaremos hasta el fin, con todos los medios, inclusive la confiscación, a los campesinos en general contra los terratenientes, pero más tarde —ni siquiera más tarde, contemporáneamente— nosotros apoyaremos al proletariado contra los campesinos en general»: L. TROTSKIY: *Stalin*; Milán, 1947.

mento utilizable por la revolución, aceptándolo simplemente en función de la cantidad de trigo que estaba dispuesto a entregar al gobierno. Para ello, uno y otro —Lenin y Trotskiy— descubrieron pronto un medio que, si puede calificarse de científico, marxistamente hablando, no puede considerarse únicamente como concebido en función de los intereses campesinos: fomentar el odio de éstos sin tierras o con pocas tierras no sólo contra los terratenientes y los campesinos ricos, sino también contra los campesinos medios que eran precisamente aquéllos que la reforma Stolípin y la buena voluntad de Nicolás II habían hecho salir de la miseria.

Desde los primeros momentos del nuevo régimen, los responsables —ya sea por impotencia, ya por cálculo, o por una mezcla de cálculo e impotencia a la vez— habían intentado granjearse el asentimiento de las clases rurales a cambio de la libertad para ellas de repartirse las tierras. Además, estos repartos iban, a menudo, acompañados de verdaderos actos de salvajismo que, para los dirigentes bolcheviques, tenían la ventaja de hacer desaparecer a los terratenientes y a los propietarios grandes y medios. En un principio creían que ello bastaría para que los *muzhiki,* excitados por su propaganda, entregasen a los centros locales del partido el superávit de los saqueos; razón por la cual les dejaron campo enteramente libre para sus desmanes.

Lo que sucedió, sin embargo, no respondió en lo más mínimo a ese optimismo revolucionario: se mató a los propietarios y se confiscaron sus bienes; pero se incendiaron sus casas, se destruyó la maquinaria agrícola comprada recientemente en el extranjero, se robó el ganado para venderlo a precios abusivos o para cambiarlo por gramófonos modernos o alfombras de Bujara... y se quemó el grano sobrante; y el resultado fué que, en las grandes ciudades industriales como Moscú y Petrogrado, los proletarios y los burgueses, al fin unidos, empezaron a morirse de hambre.

De tal estado de cosas se aprovecharon en la forma que les fué posible los enemigos de clase (después de Brest-Litovsk entraron en esta denominación todos los rusos disconformes, desde los oficiales monárquicos hasta los anarquistas de Kropótki, pasando por el clero, los Kadetes, los mencheviques y los socialrevolucionarios), obteniendo efectos desastrosos en el ánimo de la mayoría de los proletarios, que empezaron a considerar paradisíacos los tiempos de la desaparecida «tiranía» zarista. En esta primavera de 1918, la ración individual de pan había bajado en Petrogrado a un cuarto de libra [13], cosa nunca vista en los momentos peores de la guerra. En semejantes condiciones, un peligro tan grave como el que podían representar la oposición de las clases elevadas —en la medida en que esta oposición se atrevía a manifestarse— y el descontento de

[13] La libra rusa equivale a 410 gramos.

las clases medias y trabajadoras, venía a ser el representado por los revolucionarios extremistas. Estos elementos consideraban que el hambre y la carestía eran debidos al hecho de que no se había ido bastante lejos en la subversión y, por ello, reprochaban al gobierno soviético el no haber permitido la liquidación física de cualquier burgués encontrado por la calle. Ya en noviembre-diciembre de 1917, considerables grupos de anarquistas realizaban golpes audaces en Moscú, en Petrogrado y en provincias. Motines violentos estallaron pronto en varias regiones; casi siempre dirigidos contra las representaciones locales del partido o los miembros de la guardia roja. Los campesinos, para escapar a las requisas organizadas por los agentes del gobierno, colaboraban con estos elementos «asociales», alimentándolos y hasta encubriéndolos cuando no tomaban parte en sus empresas.

El problema del abastecimiento iba de mal en peor, y éste era un problema que había que resolver pronto, porque, además de la paz inmediata, Lenin había prometido el pan abundante. Por el momento, las medidas tomadas para subsanar este caótico estado de cosas no habían conseguido más que resultados positivos aislados, porque los funcionarios del patido, en su mayoría, ni siquiera habían captado lo más sencillo del pensamiento leniniano. Consecuencia de medidas tan extemporáneas que arrancarán a Vladímir Ilich un día no lejano la declaración de haber realizado «un paso adelante, dos pasos atrás».

Ya que, en suma, los únicos que comían, fuera de los campesinos, ricos, medios o saqueadores, eran los ya demasiado numerosos altos funcionarios del partido y los bribones del mercado clandestino, tristemente bautizado de *burzhúi* por la propaganda, cuando en realidad se trataba sobre todo de individuos de toda laya, que únicamente realizaban sus pingües negocios porque estaban en contacto directo con el ministerio de abastecimientos y con sus delegados locales.

En poco tiempo, todo esto que se conjugaba con «las manos huesudas del hambre», llegó a constituir un problema tan grave que Lenin se vió en la obligación de entrar personalmente en acción. Lo hizo en un artículo titulado *El hambre; carta a los obreros de Petrogrado,* que publicó *Pravda* del 24 de mayo de 1918 [14].

«El hambre —empezaba por afirmar Lenin— no proviene de la falta de trigo en Rusia, sino de que la burguesía y todos los ricos libran el último combate, el combate decisivo contra el dominio de los trabajadores, contra el Estado de los obreros, contra el poder soviético, en el más importante y agudo de los problemas, en el problema de los cereales.

»La burguesía hace un trabajo de zapa mediante el soborno, proseguía Lenin,

[14] Figura en el cuarto tomo de las *Obras escogidas.*

denunciando así la venalidad de los funcionarios soviéticos. Para contestarle, hay que poner en práctica el axioma: «el que no trabaja, no come» y, para ello, es necesario crear el monopolio de los cereales por el Estado, es decir, la prohibición absoluta de todo comercio privado de cereales, la entrega a precio fijo de todos los sobrantes y, por consiguiente, un control riguroso de dichos sobrantes.

»Pero, en todo eso, los anarquistas tienen tanta responsabilidad como los burgueses, ya que «basta reflexionar un poco sobre estas condiciones de la victoria sobre el hambre para darse cuenta de la profundísima estupidez de los despreciables charlatanes anarquistas que niegan la necesidad del poder estatal (poder implacablemente severo con la burguesía, implacablemente riguroso con los desorganizadores del mismo) en el tránsito del capitalismo al comunismo, para librar a los trabajadores de todo yugo, de toda explotación.

»Así pues, no queda más que una alternativa: «O vencen los obreros conscientes y de vanguardia, agrupando a su alrededor a las masas de campesinos pobres, estableciendo un orden férreo, un poder implacablemente severo, la verdadera dictadura del proletariado, forzando al *kulak* a someterse, implantando una distribución acertada de los cereales y del combustible en escala nacional; o la burguesía, ayudada por los *kulakí*, con el apoyo directo de los vacilantes y de los desorientados (anarquistas y socialrevolucionarios de izquierdas) derribará el poder soviético, entronizando a un Kornílov ruso-alemán o ruso-japonés, que traerá al pueblo la jornada de dieciséis horas de trabajo, el medio cuarterón de trigo a la semana, fusilamientos en masa de obreros, torturas en las mazmorras, como en Finlandia, como en Ucrania.

»Es necesario, pues, organizar «la gran cruzada contra los especuladores de cereales, los *kulakí*, los parásitos, desorganizadores y prevaricadores, la gran cruzada contra los violadores del orden severo impuesto por el Estado en la obra de fabricación, transporte y distribución del pan para la población y el alimento para las máquinas... la acertada distribución de los cereales y del combustible, la intensificación de su obtención, el registro riguroso y el control ejercido *por los obreros* en escala nacional: he ahí la verdadera y principal antesala del socialismo... Así, precisamente así, es como está planteada la cuestión actualmente en Rusia. Individualmente, con acciones desperdigadas, no venceremos al hambre ni al paro forzoso. Necesitamos una cruzada en masa de todos los obreros avanzados... Hacen falta diez veces más *destacamentos de hierro* del proletariado consciente y fiel sin reservas al comunismo...».

Como se ve, Vladímir Ilich, a los pocos meses de haberlas anunciado, renunciaba a las hermosas tesis de *El Estado y la Revolución* y anunciaba medidas excepcionales destinadas a hacer más dura la dictadura del proletariado. Tomarlas resultaba tanto más fácil cuanto que, desde diciembre de 1917, el gobierno soviético disponía del organismo *ad hoc*.

El 20 de aquel mes, Félix Dzerzhinskiy —noble polaco y veterano revolucionario— había constituído el cuerpo policial que en pocos meses adquirió en Rusia y en el mundo una reputación tan siniestra bajo el nombre de *Cheká* [15].

Los hechos demuestran que la solución —o por lo menos una solución— del problema del abastecimiesto hubiera consistido en entregar a los campesinos, a cambio de sus productos, cantidades proporcionales de productos manufacturados; pero tal comercio hubiera significado restablecer una cierta libertad de intercambio, que era aquello que los comunistas consideraban como la base del sistema capitalista que pretendían destruir. En vez de adoptar esta política apaciguadora [16] —difícil de organizar en cuanto a la distribución de productos industriales que nadie producía, ya que el noventa por ciento de las fábricas no rendía en razón precisamente del «revolucionarismo» consciente de los obreros, pero relativamente fácil de implantar en lo que concierne al trueque y una cierta libertad del comercio privado de los productos existentes—, el gobierno prefirió tomar medidas draconianas; ya que no se sentía lo bastante firme como para hacer sentir su mano de hierro a los obreros armados, hambrientos y desconfiados. En mayo de 1918 se publicó una ley represiva feroz que amenazaba con diez años de encarcelamiento a los campesinos culpables de no declarar sus existencias de trigo, movilizaba a todos los campesinos «sin tierra» para la lucha sin cuartel contra los *kulakí* [17], y disponía grupos armados —los famosos «destacamentos de hierro» compuestos de chekistas— a disposición del Comisariado del Pueblo para el Abastecimiento.

La *Cheká* tenía preparado un plan de acción destinado a hacer frente al «peligro interior». Ya el 12 de abril de 1918, sus fuerzas, dotadas de carros

---

[15] De las dos primeras iniciales de su título oficial: *Chrezvicháinaia Komíssiia dla borbí s kontr-revoliútsiei i sabotazhem* (Comisión extraordinaria para la lucha con la contrarrevolución y el sabotaje). Organización que a través de las denominaciones de GPU y de NKVD se llama actualmente MVD, es decir, Ministerio de Asuntos Interiores (*Ministierstvo Vnutrennij Diel*).

Llevando hasta sus últimas consecuencias las demasiado breves lecciones de sus antepasados robespierristas, Dzerzhinskiy y sus compañeros —y esto lo podemos ver tan sólo ahora después de las «liquidaciones» ejecutadas sin interrupción en Rusia desde 1917— han comprendido que el Terror es la base misma de la Revolución. Tiene perfectamente razón Thierry Maulnier cuando afirma que «el Terror es la Revolución misma, hasta el extremo de poder interpretar, no que el Terror está al servicio de la Revolución, sino que ésta está al servicio de aquél. Los revolucionarios saben bien, aunque no lo confiesen, que la Revolución se acaba al mismo tiempo que el Terror». *La face de méduse du communisme*, París, 1951. Esta obra constituye, a mi parecer, la mejor sociología del terrorismo que haya sido consagrada a un sistema, que algunos, como veremos, pretenden considerar como una «nueva civilización».

[16] Que será adoptado con la NEP.

[17] *Kulak*: campesino rico.

de asalto, se habían adiestrado reduciendo al silencio las ciudades anarquistas de Moscú, y, en las semanas siguientes, las de Saratov, de Tsáritsin, de Samara y de varios grandes centros industriales. Resultado bastante fácil de alcanzar en una ciudad donde, fuera de los mismos anarquistas, la población estaba compuesta, o bien de pequeños burgueses temerosos, desprovistos de independencia económica, o bien de obreros en su mayoría sin partido, pero que en ambos casos su descontento se puede acallar aumentando su ración de pan aunque sólo durante algunos días. No así en el campo, donde los *kulakí*, armados de escopetas y sostenidos por bandas anarquistas móviles y por ende difíciles de localizar, se las arreglaban perfectamente para mantenérselas tiesas con sus enemigos de clase y, llegado el caso, para imponer silencio a los chekistas de los «destacamentos de hierro». Resultaba mucho más fácil fabricar leyes en Petrogrado que imponerlas en provincias. Y la suerte de Lenin consistió precisamente en que la paz con Alemania le permitió discurrir, en la calma relativa de la capital, donde, una mayoría de opositores estaba atemorizada por una minoría de facinerosos, los proyectos que más tarde serían aplicados con rigor. Aunque por el momento su publicación sonara a los rusos como algo ilusorio e insensato.

Por otra parte, los campesinos «sin tierras», mucho más que combatir a los *kulakí*, hubieran deseado transformarse en pequeños propietarios y, ahora que la revolución de octubre había hecho perderse, para ellos, la posibilidad de transformarse en propietarios brindada por la «reaccionaria» ley Stolípin, miraban con recelo a los miembros de las cuadrillas gubernamentales, cuando no les hacían sufrir de manera contundente los efectos de tal decepción.

Y así quedaron dispuestas las bases para un estallido agrario, anárquico y cruel, según la tradición campesina rusa, y ello en el momento preciso en que Lenin, al contacto de la realidad política, remitía a una fecha, que no intentaba siquiera aproximar, sus planes de extinción del Estado.

Pero quedaban las ciudades y en ellas los auténticos enemigos de clase, es decir, aquellos elementos sociales que, a pesar de la cobardía general del ambiente, eran susceptibles de engendrar una minoría activa y decidida a actuar; las llamadas clases superiores, los oficiales del ex-ejército imperial, los intelectuales, los comerciantes, los miembros de los partidos liberales, el clero ortodoxo y, además, todos aquellos que, no contentos con odiar a los bolcheviques, no podían quedar inactivos ante un régimen que no disfrazaba su intención de hacerlos desaparecer. Peligro virtual, ello es cierto, pero peligro en definitiva, aunque entre ellos reinara el máximo desconcierto, ya que dichos elementos al no contar con dirigentes, estaban desprovistos del más mínimo programa de acción.

A pesar de los horrores que había provocado por doquier, la conquista del poder resultó ser más matizada en las ciudades que en el campo, debido a que

en los grandes centros los comunistas tenían ideas más precisas en materia de transición del capitalismo al socialismo. En general, el cambio sucedió con brusquedad relativa (por parte del gobierno, no por parte de los individuos irresponsables), debido mayormente a que en las ciudades industriales fueron ofrecidas estas dos alternativas: o bien los trabajadores acataban la orden del Comité Central de dejar a los antiguos dueños y técnicos la dirección de las empresas para que éstas pudiesen seguir funcionando; o bien, los dirigentes abandonaron las fábricas cuando vieron que su permanencia podía acarrearles peligros graves. De todos modos, en este primer tiempo, si comparamos los resultados de la revolución en las ciudades con los del campo, muy poca gente fué asesinada en los centros urbanos, y los bolcheviques pudieron posesionarse con relativa facilidad de los planteles industriales y del comercio privado. Es preciso señalar que, en cada uno de los casos indicados —permanencia o abandono de los antiguos dirigentes— la producción industrial bajó de repente hasta el diez por ciento de la producción prebélica, y no porque los *burzhúi* se dedicaran al sabotaje —como aseguraba la propaganda leniniana—, sino porque los obreros en su generalidad abandonaron el trabajo.

Desde el punto de vista sociológico, es un hecho bien demostrado, en efecto, que al burgués grande o pequeño le repugna la idea del sabotaje, y lo mejor que puede hacer, cuando la ideología dominante no le conviene, es decretar el lock-out si es dueño de la empresa, quedarse en su casa, si es simple empleado o técnico asalariado. Ahora bien, para que el lock-out resulte efectivo, es necesario el apoyo de las fuerzas armadas —cosa imposible en el caso que nos interesa— y la deserción de los técnicos no parece haber tenido gran peso en el descenso de la producción, porque otro hecho sociológico, comprobado de modo constante, indica que el pequeño burgués, ya sea porque no capta lo que está sucediendo, ya porque, más simplemente, necesita de su sueldo, se queda en su puesto hasta que lo echen.

Las cosas eran bastante distintas en lo que concierne a los *burzhúi* que no eran dueños de empresas o empleados de la industria o del comercio. Una gran parte de los intelectuales vaciló mucho tiempo antes de decidirse en un sentido o en otro. Y del mismo modo los miembros activos de los antiguos partidos liberales y progresistas. En cambio, es preciso no olvidar la acción oratoria que muchos mencheviques llevaron a cabo en las fábricas ante los obreros hambrientos —acción, por otra parte, generalmente estéril— y la de los socialistas revolucionarios, mucho más eficiente, en el campo. Si los primeros fracasaron, fué debido a que no tuvieron ningún dirigente capaz de transformarse en hombre de acción, mientras que los segundos cosecharon algunos resultados concretos gracias al auténtico caudillo que llegó a ser Borís Sávinkov, el único hombre merecedor de tal título, aunque hubiera pertenecido al equipo de Kérenskiy,

y cuya actuación en la tentativa de *putsch* de Kornílov conocemos; tentativa que fracasó porque el dictador de papel temía que la acción del general y de Sávinkov lo desplazara del poder. A partir de la revolución de octubre, el viejo terrorista —cuya evolución ideológica hacia el antisubversivismo es evidente— había vuelto, de acuerdo con numerosos elementos militares, a actuar en la clandestinidad; pero todo ello era todavía muy poca cosa.

Antes de llegar a lo que será el examen de la verdadera guerra civil, es decir, a la serie de acontecimientos militares y diplomáticos que, según diversos avatares, ocuparán los años 1918, 1919 y 1920, y en los cuales el papel preponderante pertenecerá, por una parte, al ejército rojo forjado por Trotskiy, por otra, a las formaciones blancas encabezadas por generales del antiguo ejército imperial, nos queda por estudiar la situación de la Iglesia ortodoxa, tal como la determinó la conquista del poder por los bolcheviques. Aunque, en verdad, esta situación se delineó desde un principio, la guerra civil no estalló a estos efectos de modo positivo, sino a partir de bien entrado el año 1918.

Como todos los organismos del Estado ruso, la Iglesia se encontró desprevenida en el momento de estallar la revolución, pero fué, quizás, la única de entre todos ellos que opuso su propia disciplina y combatió armada de su espíritu.

Ya en 1904, gracias a la acción inteligente, es decir, moderada y honesta, del príncipe Sviatopolk-Mirskiy, se consintieron medidas de amplia tolerancia por Nicolás II, sobre todo a favor de los Viejos Creyentes y de los católicos de Polonia [18], medidas que —es justo reconocerlo— fueron acogidas favorablemente por los jefes espirituales de la Iglesia oficial. En octubre de 1905, con el retiro del viejo Pobiedonóstsev, un viento más fresco vino a airear los pasillos algo polvorientos del Santo Sínodo. Bajo la presión de los acontecimientos y, singularmente, de nuevas particularidades religiosas que estudiaremos más adelante, el Zar había encargado al metropolitano Antonio de Petersburgo, la organización de una asamblea eclesiástica, destinada al estudio de la reforma de la Iglesia. Todos los obispos, menos uno, se pronunciaron por la restauración del Patriarcado y, por ende, por la desaparición del Santo Sínodo. Pero, a pesar de estas medidas importantes, la administración de la Iglesia siguió dependiendo del Estado, hasta febrero de 1917.

Todo esto viene a confirmarnos que, si bien muy poco fué alcanzado en el tereno práctico, el movimiento espiritual a que dió lugar el conjunto de disposiciones religiosas antes apuntado —particularmente en cuanto a la reforma de los seminarios y a un reclutamiento más cuidadoso del clero— ayudó a la Iglesia a reformarse profundamente, lo que le permitió sobrevivir a partir de 1917,

---

[18] Edictos del 12 de diciembre de 1904 y del 17 de abril de 1905.

pues se encontró mejor armada para hacer frente a las persecuciones y al martirio que tuvieron que sufrir un gran número de sus ministros y fieles.

El despertar religioso claramente perceptible en los ambientes populares durante la última década del siglo diecinueve, se había extendido con los años que giran alrededor de la revolución de 1905 y ahondado hasta alcanzar, a través de un alto clero, enteramente renovado desde el punto de vista doctrinal, las llamadas clases superiores. Movimiento que pudo tener sus desviaciones morbosas, como la que delata el extraño papel representado por Raspútin, pero que determinó en muchos casos, en infinitos casos, una revitalización de la mística pravoslava, puesta de manifiesto por la acción verdaderamente angelical del arcipreste Juan de Kronstadt. En esta fase del siglo XX, frente al ateísmo que iba extendiéndose en los ambientes proletarios a causa de la predicación marxista, frente a la indiferencia que arrastraban numerosos elementos de las capas superiores, merced al positivismo pregonado por la *intelliguentsiia*, frente también al misticismo depravado de las sectas que invadía, al mismo tiempo que sectores del bajo pueblo, no fácilmente localizables, círculos muy restringidos del mundo intelectual, se repetía el fonómeno que había ilustrado el reinado de Alejandro II: un florecimiento extraordinario de teólogos laicos que daban nueva e intensa vida a la doctrina ortodoxa. Baste citar aquí los nombres de Konstantin Leontiev y de I. F. Fiódorov y, sobre todo, los de Sergio Bulgákov y de Nicolás Berdiáiev, quienes, en 1907, fundaron en Petersburgo la «Sociedad para la Religión y la Filosofía», con referencia constante a la doctrina del Todo-Uno, y de la Sophia del gran Soloviov. Ni uno ni otro aceptaron adherirse como su maestro al magisterio de Roma. Por el contrario, se hicieron los paladines —aunque con muchas reservas en el caso de Berdiáiev— de la ortodoxia como única depositaria de la verdad cristiana. Y el caso es que se encuentran a la cabeza del nuevo impulso que volvió a adquirir la preocupación religiosa en círculos día a día más extensos del mundo intelectual, donde hasta entonces, dicha preocupación había sido más bien un fenómeno minoritario; reducción impuesta por la preponderancia de las teorías científicas. Después de la revolución, Berdiáiev tomó caminos que, a menudo, resulta difícil aceptar desde el punto de vista cristiano, inclusive desde el punto de vista pravoslavo, mientras Bulgákov eligió este acontecimiento para hacerse ordenar sacerdote, manifestando así su total adhesión a la palabra de Cristo, frente al ateísmo triunfante por obra de Lenin.

Con la revolución de febrero, el Santo Sínodo —lejos de desconcertarse— colocóse en el terreno de la realidad, porque para los obispos, que tenían voz relevante en sus consejos, la libertad religiosa total, proclamada por el nuevo régimen, venía a constituir una oportunidad providencial para volver a encauzar la Iglesia hacia su tradición, interrumpida por las reformas de Pedro el Gran-

de y por la política religiosa de sus sucesores. Inmediatamente, los obispos decidieron convocar un Concilio general de la Iglesia rusa a la vista de una reforma, efectiva esta vez, de la Pravoslavie [19].

El Concilio, inaugurado el 15 de agosto de 1917, duró hasta el final de septiembre de 1918, es decir, que sobrevivió a la instauración del régimen bolchevique. Se desarrolló en la catedral Uspenskiy, de Moscú, y en él tomaron parte obispos y, en número más relevante, clérigos, monjas y laicos.

Es bien evidente que con el ateísmo militante, con el cual la Iglesia tuvo que enfrentarse desde el primer día, las medidas de orden disciplinario misional y administrativo y las disposiciones relativas al culto que el Concilio podía dictaminar, estaban destinadas a permanecer inactivas. Sin embargo, un gran objetivo fué alcanzado: la restauración del Patriarcado, es decir, de la forma monárquica sin la cual toda Iglesia, o bien decae hasta transformarse en secta, o bien se hace mero instrumento del Estado. El elegido fué el arzobispo de Vilna, Monseñor Tijón.

El Patriarcado debía revelarse como el único medio capaz de mantener a la Iglesia firme en su papel de rectora espiritual, a pesar de la pérdida de su influencia en el Estado y de las defecciones que provocó en el clero y en la grey el régimen comunista hasta la víspera del segundo conflicto mundial.

Ante la nueva organización, los obispos habían renunciado, sin pesar, a representar un papel político en la nación. El episcopado, ya sea porque la larga sujeción a que había sido sometido le hubiese acostumbrado a la idea de una separación juzgada necesaria, ya porque, más clarividente que los demás organismos sociales, estimase que el cambio que se estaba verificando no era un cambio transitorio, o bien porque, por encima de toda fórmula política, considerase sobre todo, los intereses superiores de la fe, que un paso en falso frente a los nuevos amos de Rusia hubiera podido hacerle peligrar, de modo irremediable, al entregar a sus contrarios las armas que buscaban, evitó cuidadosamente manifestar su hostilidad a las formas político-sociales impuestas por el golpe de octubre.

Pero si había pensado evitar con esta prudencia —que muchos creyentes consideraron excesiva— el desencadenamiento de persecuciones antirreligiosas,

---

[19] Las obras más modernas relativas a la historia de la Iglesia ortodoxa son: *La Iglesia rusa, su historia y su dogmática*, de HILARIO GÓMEZ, Madrid, 1948, y sobre todo, la muy notable *Storia della Chiesa russa e dei paesi limitrofi*, de A. M. AMMANN, Turín, 1948. Esta última obra es la más informada y documentada que se pueda encontrar no sólo en el campo latino, sino también en el ortodoxo, y revela un profundo conocimiento y un amor nunca desmentido por el hecho religioso ruso. Se puede leer también el *Cristianesimo russo* de DIVO BARSOTTI, buen compendio histórico-doctrinal, Florencia, 1948. En cuanto al Concilio mismo, ver A. WUYTS: *Le Patriarcat russe au Concile de Moscou de 1917-1918*, en «Orientalia Christiana Analecta», Roma, 1941.

había cometido un grave error psicológico, porque toda la actitud ideológica y práctica de Lenin, actitud tan íntimamente conforme a su *forma mentis* de revolucionario fanático, anunciaba claramente que su odio a la religión, a cualquier religión, que se había expresado tan netamente en toda su existencia de teórico y de dirigente, no podía considerarse letra muerta ahora que su triunfo político le permitía señalar a sus enemigos.

Ya en la «Declaración de los Derechos de las Comunidades de Rusia», publicada diariamente del 2 al 15 de noviembre de 1917, el Consejo de los Comisarios del Pueblo suprimía todos los privilegios eclesiásticos, lo que hacía perder a la Iglesia su posición preferente en el Estado, golpe previsto, como sabemos, y que no fué muy dolorosamente sentido. Pero entre el 11 y el 24 de diciembre siguiente, el gobierno quitaba a la Iglesia el total de las escuelas eclesiásticas, y confiaba su dirección al Comisariado para la Cultura. Medida tanto más grave cuanto que su primer efecto práctico era la supresión de los seminarios y, por ende, la imposibilidad de proceder al reclutamiento sacerdotal.

Mucho más grave debía ser el golpe inferido por la constitución aprobada entre el 23 de enero y el 5 de febrero de 1918, conocida con el nombre de constitución Lenin.

Este instrumento de laicización del Estado proclamaba la separación de este último de la Iglesia, lo que era un hecho cumplido, y la libertad de conciencia, concepto a propósito del cual conviene precisar algunos extremos. Para el bolchevismo, libertad de conciencia no significaba, como en Occidente o como en la misma Rusia con anterioridad a la revolución soviética, que cada cual fuera libre de practicar el credo que más le conviniera, o de no practicar ninguno si así lo estimara conforme a su economía particular. Significaba solamente libertad para el Estado, de luchar por todos los medios contra la «superstición» sin que las jerarquías y los fieles de las Iglesias —organismo al servicio del capitalismo— tuviesen derecho a responder para defenderse. Un artículo de la constitución señalaba la posibilidad de cerrar los templos cada vez que los militantes considerasen su funcionamiento contrario al orden público; de suerte, que bastaba que un grupo de militantes —en numerosos casos, fué suficiente un militante— estimara insoportables en su aldea o en su barrio las «mascaradas» de la religión para que las autoridades locales prohibiesen, pura y simplemente, el ejercicio del culto. Asimismo, a las parroquias les quitaba la ocasión de realizar los registros del estado civil, ya que, según los términos del decreto, las asociaciones eclesiásticas y religiosas debían ser privadas de su personalidad jurídica. Finalmente, todos los bienes de la Iglesia fueron confiscados.

Lo que podía contener todavía de oscuro dicha constitución laica fué aclarado por Lenin personalmente cuando contestó a la carta por la cual el metropolitano Benjamín de Petrogrado le expuso sus reservas acerca del decreto.

Vladímir Ilich especificaba que iba a encargar a la *Chekâ* la aplicación rápida de su constitución.

El Concilio de Moscú, que ya había elegido a Monseñor Tijón como patriarca, publicaba el 27 de enero un llamamiento al pueblo, en el cual condenaba duramente la política religiosa del gobierno. Un mes más tarde, el 28 de febrero, Monseñor Tijón dictaba un decreto acerca de la actitud de los fieles en las circunstancias públicas e incitaba a los fieles a agruparse en asociaciones laicas para la defensa del patrimonio de la Iglesia. Todo ello «sucedía con el acompañamiento estridente de innumerables depredaciones, expropiaciones, delitos y asesinatos a los cuales estaban expuestos sin defensa posible sacerdotes, monjes, monjas y servidores eclesiásticos en las ciudades y en el campo... Es cierto que la situación del gobierno soviético se había hecho muy difícil... Los enemigos exteriores e interiores le proporcionaban preocupaciones siempre en aumento. Agréguese a ello las rebeliones agrarias sin número, causadas por las requisas exorbitantes con las cuales el gobierno pretendía asegurar el abastecimiento indispensable a la población. Tan sólo el odio y el celo despiadado por la propia causa podían mantenerlo en pie» [20].

Con el estallido de la guerra civil, las persecuciones contra la Iglesia ortodoxa y contra el cristianismo en general aumentarían en su saña, multiplicando su número.

---

[20] A. M. AMMANN: *Storia della Chiesa russa e dei paesi limitrofi.* Segunda parte, sección II, cap. 2: *Lo Stato sovietico, la Chiesa patriarcale nello Stato sovietico.*

Capítulo III

POR EL TERROR HACIA LA VICTORIA

Incoherencia de la guerra en general y de la guerra civil en particular — Varias formas del antibolchevismo — Aventuras de los Checos en Rusia — Trotskiy, el Ejército Rojo y los oficiales profesionales — La oposición interior — Terrorismo y Terror de Estado — Asesinato de la familia imperial — Sistematización del terror rojo — Kornílov y Deníkin

En su desarrollo la guerra obedece rara vez a los supuestos lógicos que los estrategas, cuya misión consiste en prepararla según los cánones de la ciencia política y del arte militar, han ido madurando en la serenidad de la paz. Al trazar sus planes conforme a conceptos técnicos reconocidos como infalibles por los especialistas, estiman que dichos supuestos deben llevar de modo seguro a la victoria: lo han previsto todo, los efectivos, las municiones, las reservas en hombres y en material, los recursos económicos, las posibilidades de los aliados, la mayor o menor sinceridad de los neutrales y se han preocupado por lograr un conocimiento exacto de la situación del enemigo eventual. Y, sin embargo, vemos a menudo cómo muchas guerras, cuidadosamente preparadas, se desarrollan, después de los choques iniciales, de modo inverso al que los estados mayores civiles y militares habían vaticinado, y llevan, no pocas veces, a una derrota tanto más completa cuanto la victoria había sido anunciada científicamente más segura.

La incoherencia que caracteriza el proceso bélico desde su comienzo es común a la guerra extranjera y a la guerra civil, pero la historia nos muestra que este fenómeno es más acentuado en este caso que en aquél, ya que, aquí, dicha incoherencia es precisamente el elemento que engendra las luchas civiles. Es decir, que mientras en un conflicto armado de nación a nación la incoherencia de los acontecimientos brota de la lógica sistemática de los conceptos que determinaron el desencadenamiento de las hostilidades, en un choque entre facciones de un mismo país sucede exactamente lo contrario: la lógica de los conceptos nace de la incoherencia de los hechos que llevaron al estallido revolucionario. Así, pues, si Waterloo, Sedan y Verdun fueron las consecuencias imprevistas de

las concepciones políticas sumamente lógicas que la historia llama expansionismo napoleónico en el primer caso, principio de las nacionalidades en el segundo y, en el tercero, imperialismo económico y político de las grandes potencias, por el contrario la acción revolucionaria despiadada de Cromwell, de Robespierre y de Lenin fué la consecuencia lógica de los acontecimientos caóticos engendrados por el apetito de la burguesía en el caso inglés y francés, por el curso imprevisto de la guerra y por la incapacidad práctica de los hombres del gobierno provisional en el caso ruso. Y más lógica infinitamente que la de sus predecesores fué la acción de Lenin, porque los acontecimientos que la determinaron fueron más fundamentalmente ilógicos que los que impelieron a sus modelos de los siglos XVII y XVIII.

La guerra civil que, a partir de 1918, con sus derivaciones insospechadas, dividió a Rusia en dos bandos irreductibles, representa el elemento menos asequible quizá a un examen razonado que cualquier otro de la historia de ese país en los últimos ciento cincuenta años. En ella, en efecto, se insertan complicaciones interiores y exteriores que, después de cuatro años de guerra mundial, nacen como por sí solas, sin que ninguno de los dirigentes de los países en presencia pueda hacer otra cosa que confiar ciegamente en su buena estrella y esperar en los «eternos destinos» de su patria: confianza y esperanza generalmente muy firmes o, por lo menos, muy firmemente expresadas, pero, como se sabe, muy difíciles de sentar sobre bases racionales.

En el caso que nos interesa, la incoherencia que se encuentra en el origen de las revoluciones en general, se manifesta de modo tan evidente que resulta extraño que los historiadores le hayan prestado tan poca atención. Y ello viene del hecho de que, en Rusia, la guerra civil empezó, no por la acción de los rusos, sino por la de una formación extranjera —el cuerpo de los voluntarios checos— que la desencadenó por su cuenta sin acuerdo previo, ni con los rusos antibolcheviques, ni con sus protectores de París; lo que se admitirá como colmo de la incoherencia, inclusive para una guerra civil.

De todos modos, la guerra civil era inevitable. En primer lugar, porque los bolcheviques necesitaban un pretexto que les permitiese proceder a la liquidación de los «enemigos de clase» y al endurecimiento de la dictadura del proletariado, factores esenciales de su permanencia en el poder y de la prosecución de su experiencia política. Luego, porque dichos enemigos de clase no sentían ningún deseo de dejarse liquidar como corderos y, bien por el contrario, querían, ya fuera devolver a Rusia sus instituciones tradicionales —aunque reformadas— cuando se trataba de aquellos que la historia conoce con el nombre de blancos, o proceder a su propia experiencia política cuando se trataba de los elementos que la disolución de la Asamblea Constituyente había descartado de la vida pública de modo tan poco democrático.

Un error que se comete muy comúnmente consiste, en efecto, en encerrar en la denominación de blancos a todos los sectores de la opinión pública rusa que, uno tras otro, después del empuje checo, se levantaron contra los bolcheviques: y se comete porque los blancos, es decir, los nacionalistas —no todos monárquicos, por lo menos abiertamente— llevaron sobre sus hombros el mayor peso de la lucha armada. Mientras que, entre los enemigos más o menos activos del régimen soviético, que actuaron en Rusia de 1918 a 1920, encontramos a socialistas revolucionarios, principales víctimas de la disolución de la Asamblea, a mencheviques y a kadetes a quienes la revolución de octubre había inferido un golpe mortal en cuanto que participantes del sistema que habían intentado edificar después del colapso de la monarquía. Sin que podamos olvidar a los anarquistas, que se distinguieron de los demás combatientes antisoviéticos con quienes lucharon, tanto contra estos últimos, como contra los secuaces de Lenin (a estos anarquistas ayudados por los elementos más activos de la clase campesina a veces se los llama Verdes). Grupos tan distintos como se ve en sus propósitos y en su acción, y cuyos propósitos y acción debían fracasar fatalmente porque tuvieron que enfrentarse con la acción y los propósitos unitarios que distinguieron, del principio al fin, a sus contrincantes comunistas.

A esta situación interior complicada de por sí, los antisoviéticos tuvieron que sumar el problema de sus relaciones con los ex-aliados y con los ex-enemigos del Imperio.

Podemos indicar desde ahora que si el elemento nacionalista fracasó en su tentativa desesperada de reconquistar el Estado, ello se debió mucho más a las vacilaciones de los ex-aliados, atraídos por el espejismo de una Rusia democrática —atracción que les impidió ayudar adecuadamente a los únicos elementos activos de la contrarrevolución— que al genio de los generales rojos y a la combatividad de las fuerzas soviéticas. Aquí, una vez más, el error de los hombres políticos franceses, ingleses y norteamericanos consistió en no querer ver la realidad en su autenticidad, es decir, en confiar ciegamente en aquellos rusos a quienes habían alentado durante la conspiración antidinástica de 1916 y, por consiguiente, considerar con recelo a los elementos militares que luchaban contra Lenin aunque fuera con la intención de devolver el Poder a hombres como Miliúkov o Kérenskiy, que nunca habían reflejado la realidad nacional; considerados, por otra parte, como la causa principal de las desgracias de la patria. Pero el papel de dichos hombres políticos —para entonces refugiados en el extranjero— consistió en desconcertar a los aliados, pintándoles las fuerzas vivas del nacionalismo ruso como minorías militaristas y reaccionarias, mientras que, siendo, como eran, minorías activas, hubieran sido las únicas capaces, si se las hubiese ayudado con decisión desde Londres, París y Wáshington, de derribar al todavía tambaleante régimen soviético. Y de evitar

al mundo civilizado los peligros mortales que está atravesando. Error que Londres, París y Wáshington no han acabado de purgar todavía, si bien han pagado por ello un precio bastante elevado.

Si dichas minorías eran militaristas y reaccionarias, ello no impide que solamente ellas hubieran podido levantar la clase de los campesinos, movilizarla por amor o por fuerza y encuadrarla para canalizarla hacia la contienda. ¿Que los campesinos no querían luchar bajo las órdenes de los oficiales, en quienes veían agentes de los latifundistas? Tampoco quisieron hacerlo en un principio los varios millones de hombres del campo con quienes Trotskiy, apoyado por la *Cheká,* formó el ejército rojo; gracias al cual consiguió finalmente la victoria. Un Estado —por democrático que sea— no debe pensar nunca en los sentimientos sociales del pueblo al decretar una movilización en vista de la guerra.

Los campesinos rusos, pobres y ricos, y quizá más los pobres que los ricos, si bien permanecieron generalmente pasivos en la contienda ideológica, porque rara vez el campesino mira más allá de la parcela de su vecino, eran fundamentalmente antibolcheviques, y lo manifestaron activamente a partir del momento en que la política agraria de Lenin fué puesta en práctica, y, sobre todo, cuando el ateísmo militante de los comunistas empezó a revelarse de modo activo. Pero, por falta de medios materiales y, en la mayoría de los casos, por haber sido abandonados por Londres, París y Wáshington —a quienes los emigrados liberales servían de única y parcial referencia rusa—, los blancos no pudieron armar masas suficientes como para inferir a los rojos golpes definitivos; mientras que las fuerzas bolcheviques, gracias a la conscripción por el Terror, lograron ampliar sus medios hasta conseguir una superioridad numérica aplastante. Y, finalmente, es preciso señalar que cada vez que los blancos pudieron equiparar sus propios efectivos a los de los rojos, la victoria se puso al lado de sus banderas.

Si bien los generales blancos y sus voluntarios estaban animados por una fe dinástica —que coincidía con su fe patriótica y con su fe religiosa—, se vieron siempre en la imposibilidad de intentar la restauración de la monarquía, a su vez, ya porque Lloyd George, como buen súbdito del rey de Inglaterra, enemigo tradicional de la dinastía de los Románov, Clémenceau, como buen jacobino, enemigo de toda monarquía cristiana, y Wilson, como puritano utópico que soñaba con un sistema democrático universal, no querían oír hablar de tal eventualidad, y tan sólo admitían la instauración de un régimen liberal, por el cual ningún ruso, fuera de los anglófilos y francófilos miembros de la *intelliguentsiia,* cómodamente instalados lejos de la línea de fuego, sentía íntimamente la menor necesidad. Desde el comienzo, la de los blancos fué más bien una lucha desesperada, emprendida por el honor de las banderas, que una empresa con miras a la victoria.

Los principales representantes de la Rusia blanca, a quienes es necesario ren-

dir un justo homenaje por su fidelidad y por su voluntad de salvar el honor del ejército, traicionado en Brest-Litovsk como lo había sido en los pasillos de la Duma, son los generales Alexéiev, Korníloy, Deníkin, Krasnov, Kaledín, Iúdenich, Wranguel y el almirante Kolchak. Frente a ellos podemos citar a generales improvisados, como Antónov-Ovséienko, Voroshílov, Budionniy, Frunze y algunos tránsfugas del ejército imperial como Sergio Kámenev (no confundirle con el Kámenev-Rosenfeld, compañero de Lenin), Tujachevskiy y Shaposhnikov, pero, por encima de todos, al organizador despiadado y genial del ejército rojo, León Trotskiy, que, en una gran medida, porque no dependía de aliados recelosos, supo dar a su fuerzas la dirección totalitaria, y con ella precipitar el fracaso final de los blancos.

Los campos principales de la lucha se circunscriben a la región del Don, Ucrania y, en medida menor, las provincias bálticas, la zona de Arcángel, Siberia y, finalmente, Crimea.

El primer tiro —si exceptuamos el fracaso sufrido en abril de 1918 en el Kubán por el ejército voluntario— fué descerrajado por los checos; aquí se hace necesario volver a los meses anteriores a la revolución de octubre.

Desde el comienzo del conflicto mundial, los jefes del nacionalismo checo, Tomás Masaryk y Eduardo Benés habían concebido el proyecto de agrupar en un cuerpo orgánico al mayor número posible de los checoslovacos que los rusos habían capturado en el frente de Galitsia, donde servían en el ejército imperial austríaco en su calidad de súbditos de Francisco José. Pero si Masaryk y Benés habían obtenido resultados favorables en Italia, donde numerosos checos hechos prisioneros en el Trentino fueron enrolados en unidades combatientes, sus gestiones en Petrogrado constituyeron un fracaso, porque a Nicolás II —animado hasta el final por el principio de la solidaridad dinástica— repugnaba la idea de armar contra su soberano legítimo —aunque por el momento éste fuera enemigo de Rusia— a hombres que no eran más que súbditos rebeldes. Solamente después de la revolución de febrero, Masaryk pudo hacer armar en Rusia —con las armas de los depósitos franco-ingleses de Murmansk y de Arcángel— a treinta mil prisioneros checos que tomaron parte en la ofensiva Kérenskiy. Cuando el golpe de octubre, mientras el ejército ruso se deshacía hasta la total liquidación, el cuerpo checo resistió a este fenómeno de disolución general y, por el contrario, aumentó sus efectivos en sus campamentos de los alrededores de Kiev. Se puede señalar que en los días anteriores a la firma del tratado de Brest, destacamentos checos fueron los únicos que opusieron alguna resistencia al avance germano-austríaco en Ucrania. Después del tratado, se retiraron en orden perfecto fuera de las zonas ocupadas por las tropas de los Imperios Centrales.

Aconsejado —mejor sería decir empujado— por Clémenceau, Masaryk decidió entonces trasladar este cuerpo, que ya alcanzaba un efectivo de sesenta mil

hombres, al frente occidental, por la vía de Arcángel. Pero esta base era difícil de utilizar en razón del peligro submarino y, finalmente, se eligió la vía, mucho más larga e incómoda pero infinitamente más segura, de Vladivostok y del canal de Panamá.

A partir de este momento, las relaciones de las tropas checas con las autoridades soviéticas —que, hasta entonces, habían sido excelentes— se emponzoñaron, debido a que, cuando abandonaron sus campamentos para tomar la dirección de Siberia, fueron objeto de una viva propaganda comunista, que sus oficiales, socialistas checos, por una parte, y antiguos miembros del ejército imperial austríaco, por otra, no podían ni querían admitir. Sin embargo, un acuerdo fué firmado después de largas discusiones entre checos, soviéticos y la misión militar interaliada presidida por el general francés Lavergne, acuerdo por el que en líneas generales, los rusos se comprometían a garantizar el transporte de los voluntarios a condición de que no llevaran un armamento excesivo y que lo que sobrara de los depósitos de Murmansk y de Arcángel quedara en propiedad del gobierno de Petrogrado.

Pero, en realidad, nadie quiso sinceramente acatar este acuerdo: los checos pretendían transportar todo su armamento, mientras que los rusos no ofrecían ninguna buena disposición para el transporte de estos soldados. Hubo incidentes repetidos y recriminaciones, y la evacuación siguió sin que diera ningún resultado práctico, en razón de la hostilidad de los *sovieti* locales que practicaban toda clase de ardides para desarmar a los checos.

En estas condiciones, el 2 de mayo de 1918, el Consejo Supremo Interaliado, reunido en Francia bajo la presidencia de Clémenceau, decidió que las fuerzas checas estacionadas al oeste de Omsk fueran llevadas a Francia vía Arcángel, aceptando Trotskiy este nuevo cambio de programa. Pero el 14 de mayo, a consecuencia de una reyerta entre checos y húngaros, durante la cual uno de éstos fué muerto, algunos soldados del cuerpo voluntario fueron encarcelados por orden del *soviet* de Cheliábinsk. Sus compañeros exigieron su liberación inmediata, y, como no obtenían satisfacción, invadieron la cárcel y los rescataron. Este 14 de mayo de 1918 puede ser considerado como el primer relámpago de la guerra civil rusa; aunque resulte bastante extraño que, de un choque entre húngaros y checos en una ciudad ignorada de los Urales, surgiera el incendio que no tardó en hacer arder a toda Rusia. La incoherencia estaba imperando ya.

Los soviéticos quisieron actuar con energía. Trotskiy empezó por ordenar que los checos fuesen desarmados por la fuerza y tratados como rebeldes. Pero era más fácil mandar que ser obedecido. Ya que, ante la actitud de los *sovieti* locales que cometieron el error de amenazar sin disponer de fuerzas suficientes para concretar sus propósitos, los checos reaccionaron con vigor y con medios abundantes. Después de haber tomado la decisión de no obedecer la orden de

dirigirse hacia Arcángel, optaron por concentrarse en Siberia y, para mantener la seguridad de sus comunicaciones hacia Vladivostok, por el control del Transiberiano, pasaron a la ofensiva. Evidentemente, pusieron en práctica su plan de operaciones que ya tenían preparado.

De Omsk a Cheliábinsk, las ciudades cayeron sin que sus Presidiums de guardias rojas y de chekistas intentaran siquiera oponer un mínimo de resistencia: el 26 de mayo, Novo-Nikoláievsk en Siberia central; Cheliábinsk y Penza, el 28; Tomsk, el 29; Omsk, la cuidad principal de Siberia, el 7 de junio; Samará, en el medio Volga, el 18. Triunfos tanto más fáciles cuanto que los centros en cuestión disponían de organizaciones clandestinas antisoviéticas —compuestas, las unas por socialistas revolucionarios, las otras por antiguos oficiales— que ayudaron poderosamente en su acción a los aliados que la Providencia les enviaba. Y tanto es así que ciudades como Semipalátinsk, Omsk, Krasnoiarsk cayeron antes de la llegada de los checos gracias a rebeliones dirigidas por dichas organizaciones. En Omsk, la hostilidad general de la población siberiana contra los comunistas había llegado a un grado tan agudo, que los obreros del Transiberiano hicieron volar la línea férrea para impedir la huída de los miembros del *soviet*. En Vladivostok, la organización del partido fué disuelta el 29 de junio; Ufá cayó el 4 de julio, y, el 3 de agosto, destacamentos japoneses, ingleses, italianos, franceses y norteamericanos desembarcaron en la capital de la Provincia Marítima con el vago pretexto de proteger la vida y los intereses de sus compatriotas que, es de presumir, no debían de ser muy numerosos en aquel lugar.

Quedando, así conseguida, para la *Entente* esta magnífica oportunidad con la que alcanzar dos objetivos: primero, volver a abrir un frente a espaldas de Alemania; segundo, puesto que los checoslovacos, adondequiera llegaban, contaban con el apoyo de los elementos socialrevolucionarios y liberales, derrocar el régimen soviético —que había pactado con los Imperios Centrales y rehusado reconocer las deudas exteriores del Estado ruso aprovechándose la fórmula que les hicieran volver al estado de guerra y reconocer estas deudas.

Y, en efecto, dos gobiernos democráticos rusos surgieron inmediatamente con el apoyo y la protección de los checos: el 1 de junio, en Omsk, el Comisariado de Siberia occidental, y, una semana más tarde, el Comité de los miembros de la Asamblea Constituyente, en Samará.

El primero era de tendencia conservadora y sus dirigentes pertenecían al partido kadete y a la Unión de los *Zemstva*; el segundo incluía casi exclusivamente a ex-diputados socialistas revolucionarios de la Asamblea disuelta por Lenin el 19 de enero.

Este Comité, por ser el más próximo de los territorios ocupados por los soviéticos, se manifestó más activo en una primera época. Disponía de algunas tropas mandadas por un militar de talento, el coronel Kappel, que, el 21 de

julio —en pleno acuerdo con los cosacos de los Urales—, conquistó Simbirsk, ciudad donde Lenin había nacido la segunda decena de abril de 1870; y el 6 de agosto, Kazañ, ciudad en la cual fueron encontradas las reservas de oro del gobierno imperial [1].

Al día siguiente, los obreros de la fábrica de municiones de Izhenvsk, al noroeste de Kazañ, se sublevaron contra el *soviet* y se plegaron al gobierno de Samará, publicando un manifiesto que incluía la lucha contra el bolchevismo y la repulsa al tratado de Brest-Litovsk [2]. Lo mismo sucedió en la fábrica de Votkinsk. En los dos casos, algunos cabecillas comunistas que se habían señalado por su crueldad fueron ajusticiados. «Izhevsk y Votkinsk —escribe W. H. Chamberlin— son memorables entre los poquísimos centros obreros que proporcionaron un cierto número de voluntarios a los ejércitos antibolcheviques. Estos obreros demostraron ser muy firmes en sus convicciones, puesto que, luego, siguieron combatiendo obstinadamente a favor de Kolchak, inclusive cuando su régimen llegó a un estado de disolución irremediable» [3].

El frente de combate era extremadamente complicado: cincuenta mil checos y rusos antibolcheviques se enfrentaban, a lo largo de una línea que iba de Perm, en los Urales septentrionales, a Orenburg, a la entrada de las estepas asiáticas, con sesenta y cinco mil rojos. Al sur de esta línea sumamente fluída, los cosacos de Orenburg al mando del atamán Dutov luchaban contra el ejército rojo del Turkestán del general Zinóviev [4]; al Norte, los comunistas mandados por el letón Berzín se enfrentaban con los antibolcheviques del general Voitsejovskiy y con los obreros de Izhevsk.

No obstante estos éxitos iniciales —debidos más a la poca voluntad de combatir de los rojos, cuando no a la cobardía de sus jefes, que al empuje de sus contrincantes—, la situación del gobierno de Samará no era brillante. A pesar de estar compuesto por socialistas revolucionarios —que, desde siempre, reclutaban lo mejor de sus tropas en el elemento rural—, este gobierno, en efecto, no supo hacerse aceptar ni por los campesinos, que no querían oír hablar de reanudación de la guerra y que, además, no tenían clara conciencia de sus pro-

---

[1] Resulta difícil fijar de modo preciso la cantidad a que ascendían dichas reservas. CHAMBERLIN (*op. cit.*) da la cifra de 651.500.000 rublos; GEORGE VERNADSKY (*Historia de Rusia*, Buenos Aires, 1947), la de 317 millones de dólares.

[2] No han faltado propagandistas soviéticos para asegurar con mucha seriedad «científica» que estos obreros querían la ruptura de la paz con Alemania porque el final del estado de guerra había disminuído la producción bélica y, por consiguiente, sus horas de trabajo. Nos parecen sutilezas del materialismo dialéctico...

[3] W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.*, tomo II, cap. XX.

[4] Que tampoco hay que confundir con el otro compañero de Lenin, Zinóviev-Apfelbaum.

pios intereses, ni por los elementos de derechas, oficiales y miembros de la clase media, que no miraban con simpatía su bandera roja ni su socialismo por edulcorado que se les presentase. En uno y otro caso, el gobierno de Samará no se hubiera sostenido al no ser por el decidido y valioso apoyo de las tropas checas. Por otra parte, no quiso ni supo colaborar con el gobierno de Omsk, del cual le separaban rivalidades de matiz político. Estos dos gobiernos sólo eran capaces de dirigir proclamas a Rusia y al mundo para convencerlos de su preeminencia respectiva; sin atisbar siquiera el medio de organizar, inclusive por la coacción, fuerzas armadas con las cuales hacerlos salir de los territorios controlados por ellos para llevar la guerra en dirección a Moscú y a Petrogrado.

Mientras tanto, Trotskiy organizaba sus fuerzas sin necesidad de tener en cuenta ninguna reserva de orden moral. El 10 de septiembre, el ejército rojo volvía a conquistar Kazañ. Este era el comienzo del fin para los gobiernos de Samará y de Omsk.

De nada les serviría a uno y otro, ante el despertar soviético, unirse y confiar el poder a un directorio de cinco miembros. Este directorio, compuesto por abogados, miembros de los gobiernos que se habían fusionado en él, no podía ejercer ya ningún poder efectivo porque había llegado la hora de los militares. Tan es así, que, el 21 de septiembre, el poder pasaba, gracias a un primer golpe de Estado, apoyado por los oficiales nacionalistas, y tras varias tentativas, a las manos del ministro de Finanzas, Iván Mijáilov, cuya misión consistió en esperar a que dichos oficiales encontrasen un jefe a tenor con las circunstancias, cuya acción sería más eficiente que la demostrada por los profesionales socialrevolucionarios y kadetes frente a los eficientes métodos de Lenin y de Trotskiy.

Ante este viraje hacia la derecha, los checoslovacos, cuyas simpatías estaban dirigidas a los abogados y no a los militares, al ver desparecer de nuevo a sus protegidos de la escena política, dejaron de representar, a partir de octubre de 1918, un papel activo en la contienda.

* * *

Para hacer frente al peligro de la retaguardia, los bolcheviques, que necesitaban libertad para organizar mejor sus fuerzas armadas, habían empezado a aplicar en los territorios controlados por ellos su política terrorista.

Hasta entonces, las fuerzas de la *Chekā* habían visto consolidado su poder por la llamada Guardia Roja, compuesta por voluntarios nada decididos a combatir, porque, en su mayoría, se trataba de bribones, de delincuentes comunes y de acomodados, que en la milicia no pretendían otra cosa que un sueldo elevado y una alimentación abundante. Pero el 22 de abril de 1918, el Consejo Su-

perior de Guerra [5], creado el 1 de marzo anterior, decretó la preparación militar obligatoria para todos los obreros y campesinos pobres. El ejército rojo había nacido.

En la concepción de Lenin y de Trostkiy, se trataba de un ejército de clase y no de un ejército nacional. Tanto es así, que los propietarios, los industriales, los campesinos medios y los *kulakí* estaban excluídos de sus filas. Pero, para que éstos siguieran sucumbiendo al hambre y al frío, un decreto los movilizó a su vez para que cumplieran las tareas más pesadas y sórdidas de la retaguardia, ya que como dijo Trotskiy: «Nuestros abuelos y nuestros padres sirvieron a vuestros abuelos y a vuestros padres recogiendo la inmundicia y la basura; nosotros os obligaremos a que recojáis la inmundicia». Afirmación bastante atrevida por parte de León Davídovich, cuyo padre había sido, y seguía siendo, un *kulak* de primera clase.

Una vez los enemigos del proletariado puestos, mediante este decreto, en trance de liquidación —y ésta no tardó en verificarse, en razón de las medidas inhumanas que acompañaron la aplicación del decreto—, Trotskiy se dedicó a organizar sus tropas. Empezó por abrogar los decretos acerca de la elegibilidad de los oficiales por los soldados; asimismo, comisarios políticos nombrados por el gobierno sutituyeron a los comités de soldados; la disciplina fué restaurada con todo rigor, y se estableció una escala de sanciones, inclusive la pena de muerte que había sido suprimida en 1917. En el verano se renunció definitivamente al sistema del voluntariado y se procedió a una movilización parcial en los sectores rurales y en las ciudades de provincias, que permitió al ejército en formación disponer, en agosto de 1918, de un efectivo de 330.000 hombres. En septiembre, esta cifra era ya de 550.000 hombres, y en noviembre de 800.000 [6].

El problema más serio fué el de la formación de un cuerpo de oficiales competentes. Trotskiy relata que cuando, ante las victorias checas, el Comité Central decidió formar un ejército regular, Lenin y la mayor parte de sus co-

---

[5] Compuesto esta vez por: Trotskiy, presidente; Podvóiskiy, Skliánskiy y Danishchevskiy, miembros; Bonshch-Bruévich, canciller; y varios oficiales de origen zarista en calidad de asesores técnicos.

[6] Cuando la proximidad de la caída de los Imperios Centrales le hizo vislumbrar la posibilidad de una revolución en Alemania, Lenin decidió que el ejército rojo estuviera listo para representar un papel de apoyo a esta revolución; dijo en octubre: «Habíamos decidido tener un millón de hombres bajo las armas en la próxima primavera. Ahora necesitamos un ejército de tres millones de hombres; podemos tenerlo y lo tendremos.» Citado por N. MOVSHÍN en *Komplektovanie Krásnoi Armii* (El reclutamiento del ejército rojo), Moscú, 1926.

Esta cifra de tres millones fué alcanzada en enero de 1920 y, en el curso de este mismo año, los efectivos del ejército rojo llegaron a cinco millones de hombres.

legas insistieron para que las funciones de mando —desde las más humildes hasta la de general en jefe— fueran confiadas a militantes comunistas bien probados, para que se evitara toda posibilidad de traición. Sin embargo, los hechos demostraron pronto que un ejército sin cuadros profesionales estaba destinado a sufrir derrota tras derrota, y de este modo triunfó el punto de vista del Comisario de Guerra, favorable al reclutamiento del mayor número posible de oficiales zaristas capaces. De este modo, en marzo de 1919, el ejército rojo contaba con 30.000 oficiales provenientes de las antiguas fuerzas imperiales, y el 15 de agosto de 1920, con casi 50.000. La primera cifra corresponde al setenta y cinco por ciento del cuerpo de oficiales soviético; la segunda, al treinta y cuatro por ciento, lo que significa que, mientras tanto, el porcentaje de oficiales zaristas había ido bajando, porque los elementos más activos del partido comunista, que habían recibido la formación técnica necesaria de manos de sus antiguos enemigos de clase en las academias militares y en las unidades combatientes, se habían vuelto capaces de acceder a las funciones de mando, de las cuales, anteriormente, se les había excluído por su propia ignorancia. Sobre este reclutamiento de oficiales zaristas, tan contrario a los conceptos leninianos de *El Estado y la Revolución,* Trotskiy opone las aclaraciones siguientes: «Del viejo ejército habían entrado en el ejército rojo los elementos progresistas que se aclimataron a la significación de los tiempos nuevos (y era una pequeña minoría); un vasto grupo de hombres inertes y desprovistos de talento que entraban en el ejército rojo porque no sabían dónde dar con su cabeza; y, al mismo tiempo, también numerosos contrarrevolucionarios activos que esperaban la ocasión favorable para traicionarnos... Entre los oficiales, había muchos —la mayoría quizá— que no sabían ellos mismos a qué bando pertenecían. Los verdaderos reaccionarios habían huído desde el comienzo; los más activos alcanzaron las regiones periféricas donde los frentes blancos estaban organizados. El resto vacilaba, temporizaba, no se decidía a abandonar su familia, no sabía lo que sería de él y, por su inercia, se encontró incluído en el conjunto militar-administrativo del aparato de mando del ejército rojo. El comportamiento ulterior de la mayor parte de estos hombres estaba determinado por el tratamiento que encontraban. Los comisarios inteligentes, enérgicos y llenos de tacto —pero éstos eran pocos— se granjeaban de golpe la simpatía de los oficiales... Pero si el comisario era ignorante y presuntuoso, si intentaba discutir la autoridad del especialista militar, comprometiéndolo incautamente a los ojos de los soldados del ejército rojo, la amistad se hacía imposible, y el oficial se sentía decididamente atraído por los enemigos del nuevo régimen» [7].

Lo que Trotskiy no dice es que logró la fidelidad de los oficiales de pro-

---

[7] L. TROTSKIY: *Stalin,* cap. IX.

veniencia zarista mediante un método muy sencillo y conforme a su temperamento de hombre de revolución: poner a disposición de la *Chekà*, en calidad de rehenes, a todos los familiares de los oficiales movilizados; y cuando se verificaba una deserción, dichos familiares, inclusive mujeres y niños, eran ejecutados sin contemplaciones. En su orden del día del 30 de septiembre de 1918, declaraba: «Sepan los desertores que traicionan a su propia familia, padres, madres, hermanas, hermanos, esposas e hijos. Ordeno a los comandantes de todos los ejércitos de la República y a los comisarios regionales que comuniquen telegráficamente al miembro del Consejo Militar Revolucionario, Arálov [8] las listas de todos los oficiales pasados al enemigo, con todas las informaciones relativas al estado de su familia. Ordeno asimismo al compañero Arálov que, conforme a las disposiciones vigentes, tome las medidas necesarias para el encarcelamiento de las familias de los desertores y traidores.» Porque, si era un organizador genial, Trotskiy era también un revolucionario despiadado y, a menudo, inhumano, como lo es quien pretende encarnar toda una clase y toda una ideología.

Así, cuando en agosto de 1918, momento culminante de los triunfos cosechados por los checos y sus protegidos del Comité de Samará, Trotskiy, al término de su primer viaje al frente, hizo parar su tren blindado en la pequeña ciudad de Sviazhsk, todos pudieron ver que algo fundamental se había producido a pesar de la reciente caída de Kazañ.

El verano de 1918 fué para el gobierno soviético una período terrible: Ucrania ocupada por los alemanes y los austríacos; Murmánsk y Arcángel, por los franco-ingleses; Vladivostock, por un cuerpo interaliado —en realidad por los japoneses—; las provincias bálticas perdidas; Finlandia independizada; Siberia, el Don y los Urales en manos de los checos y de sus aliados rusos; el Cáucaso en vías de secesión. Tal era el balance geográfico de la revolución soviética. La ración de pan reducida a un cuarto de libra, el campo en estado de rebelión permanente [9], las ciudades despobladas, las cárceles llenas y las fábricas vacías, el miedo y el hambre como únicos alimentos espirituales de la revolución; tal era su balance moral y material. A todo eso había que agregar, además de la amenaza que empezaba a constituir el ejército voluntario en formación, bajo el mando de los generales Denikin, Kornílov y Alexéiev, el frente interno que estaba constituyéndose en la retaguardia merced a la oposición día a día más decidida de los socialistas revolucionarios. Frente interno, cuya existencia pudo ser comprobada en ocasión de los acontecimientos que acompañaron al quinto congreso panruso de los *sovieti*, que se inauguró en Moscú el 4 de julio

---

[8] Representante de la *Chekà* en dicho organismo, uno de los mayores exponentes del terrorismo de Estado.

[9] Pues se registran 26 rebeliones campesinas en julio, 47 en agosto, 35 en septiembre.

y en el cual tomaron parte, además de 678 delegados comunistas, 269 socialistas revolucionarios, que representaban el único partido de oposición, al cual el gobierno permitía todavía una existencia legal.

Los puntos fuertes de la oposición socialrevolucionaria se concretaban en su crítica contra la política de abastecimiento del gobierno, y su voluntad de reanudar la guerra contra Alemania. El primero no podía contar con desarrollos prácticos porque no eran más que una minoría en el Congreso y tenían poca representación ante el proletariado de las ciudades; pero el segundo se reveló repleto de posibilidades peligrosas para los comunistas. En el Congreso mismo, uno de los delegados socialistas revolucionarios, un cierto Kamkov, no vaciló en insultar el conde de Mirbach, embajador de Alemania, que asistía a las sesiones, provocando así un alboroto mayúsculo, que era lo que se buscaba precisamente. Todas las sesiones se caracterizaron por una violencia extrema, y los comunistas no triunfaron en el momento de las votaciones, sino porque habían reunido, falsificando los registros de inscripción, más congresistas que sus contrincantes.

Estos, durante una sesión secreta del directorio del partido, celebrada el 24 de junio, habían decidido subrayar su acción oratoria con actos terroristas, dirigidos contra los alemanes, porque estimaban necesario «poner término, en el tiempo más breve posible, al llamado momento de respiro creado por la ratificación del tratado de Brest-Litovsk». Para lograrlo, no idearon nada mejor que el asesinato del conde de Mirbach, en Moscú, y del general Eichorn, jefe del presidium alemán de Kiev. El 6 de julio, dos chekistas miembros del partido socialista revolucionario, Jacobo Bliumkin y Nicolás Andréiev, abatían al diplomático, con pistolas y bombas de mano, en la sede de la embajada de Alemania. Algunos días más tarde, el terrorista Donskói daba muerte a Eichorn, en Kiev.

La reacción del gobierno soviético fué despiadada tanto más cuanto que estas «ejecuciones» habían sido acompañadas por una tentativa de levantamiento contrarrevolucionario y durante la cual Dzerzhinskiy, jefe de la *Chekâ,* cayó por algunas horas en manos de los amotinados. En la semana del 6 al 13, numerosos socialrevolucionarios fueron ejecutados sumariamente y, entre ellos, el general Popov, miembro eminente de la «unión para la defensa de la patria y de la libertad» de Borís Sávinkov. A partir de aquel momento, los socialistas revolucionarios dejaron de ser tolerados como partido e incluso como particulares. Empezaba el terror en vasta escala.

El mismo día que la intentona de Moscú, la ciudad de Iaroslávl, en la cuenca del Volga superior, había sido ocupada por sorpresa por elementos pertenecientes a la organización de Sávinkov, y los comunistas Zajeim y Najimson, jefes del *soviet local,* particularmente odiados en razón de sus persecuciones contra el clero de esta ciudad, muy religiosa, habían sido ejecutados. Después de una lucha violentísima, durante la cual la ciudad fué bombardeada con artillería pesada y atacada con gases, lo que provocó numerosas muertes y la des-

trucción casi total del casco urbano, las tropas rojas aplastaron la rebelión el 19 de julio; en los días siguientes ejecutaron a más de quinientos rebeldes. Varios millares de hombres y de mujeres fueron deportados. Sávinkov pudo escapar.

Por extraño que esto parezca, no había ninguna relación —fuera de la de una mera coincidencia— entre los movimientos de Moscú y de Iaroslávl. Sin embargo, existió un contacto evidente, aunque escapara al designio de los conspiradores, y este contacto estuvo a cargo del embajador francés Noulens, del general Lavergne y del cónsul Grenard, quienes mantuvieron una doble relación: con la central socialrevolucionaria, por una parte, con la organización de Sávinkov, por otra, pero sin informar a la primera de aquello que la segunda estaba tramando, y viceversa.

En esta atmósfera política cargada de electricidad revolucionaria, dos acontecimientos que tuvieron lugar en aquellos días repercutieron de muy diverso modo en la opinión mundial: la matanza de la familia imperial y la proclamación de la constitución soviética.

Nicolás II, la Zarina, el Cesárevich y las grandes duquesas, habían sido confinados, después de la abdicación de febrero, en el palacio de Krásnoie Sieló donde permanecieron hasta el 14 de agosto. Aquel día —no, como se ha dicho, para evitar que un golpe bolchevique les hiciera correr peligros graves, sino para humillarlos enviándolos a ellos también a Siberia, como a sus «víctimas» de antaño— Kérenskiy los hizo transportar a Tobols, ciudad sobre el río Irtish. Las condiciones de los prisioneros eran aceptables y su guardia, mandada por el coronel Kobílinskiy, se mostraba sumamente respetuosa.

Todo cambió con la revolución bolchevique. La familia imperial empezó a sufrir privaciones, y elementos rojos que habían reforzado la guardia, considerada a partir de entonces poco de fiar, les infligían toda clase de humillaciones y de insultos. En abril, fueron trasladados a Iekaterinburg, en los Urales, donde se les encerró en la casa de un tal Ipátiev, lugar muy reducido e incómodo. Y allí fueron confiados a la vigilancia de guardias rojos, reclutados entre los obreros más comunistas de la región. Según el historiador soviético Bikov, parece que la intención de Lenin era abrir en Iekaterinburg un proceso sensacional con Trotskiy encargado de la requisitoria [10], pero la actuación progresiva de las tropas checas impidió la realización de este propósito. El *soviet* de los Urales estaba presidido por un veterano bolchevique, Goloshchiokin, quien obtuvo de Sverdlov, presidente del Comité Ejecutivo Soviético, carta blanca para tomar las medidas que estimara necesarias. Parece, escribe el mismo Bikov, que la decisión de asesinar a los miembros de la familia imperial, con su médico y tres

---

[10] P. BIKOV: *Les derniers jours des Románov*, París, 1931.

servidores, fué tomada el 12 de julio, en el curso de una reunión del *soviet* de los Urales. Se decidió asimismo destruir los cadáveres para que no se transformasen en objeto de veneración para el pueblo. Jacobo Iurovskiy, un hebreo que, hasta la guerra, había ejercido la profesión de fotógrafo en Berlín, fué encargado de la ejecución material de la matanza.

En la noche del 16 al 17 de julio de 1918, Iurovskiy, acompañado por los guardias rojos letones —que habían reemplazado a los obreros— hizo levantar de sus camastros a los miembros de la familia imperial, obligándoles a bajar a un sótano, así como al médico Botkin, al cocinero Jarítonov, al ayudante Trupp y a la doncella Demídova. Cuando estuvieron todos reunidos, Iurovskiy abatió al Zar con su pistola dando así la señal de la matanza. Los otros verdugos, siete chekistas letones y dos rusos, abrieron el fuego, encarnizándose luego sobre sus víctimas hasta arrancarles sus pocas joyas, inclusive sus cruces de bautismo. Iurovskiy, se encargó del Césarevich. Los letones remataron a bayonetazos a aquellos que daban aún señales de vida.

Los cadáveres fueron amontonados en un automóvil y transportados a una mina de la aldea de Koptiakí, a unos cuarenta kilómetros de Iekaterinburg, y destruídos con gasolina y ácido sulfúrico. Los últimos despojos fueron tirados en un pantano situado a larga distancia de la mina, razón por la cual los blancos, después de la ocupación de Iekaterinburg, que tuvo lugar el 25 de julio, no pudieron encontrar ningún rastro de las víctimas, ya que sus búsquedas se limitaron al lugar de la destrucción [11].

El 19 de julio, *Izvestiia* [12] —órgano oficial del gobierno soviético— publicaba el comunicado siguiente: «Finalmente, el acercamiento de las bandas checoslovacas amenazaba la capital de los Urales rojos, Iekaterinburg. En la misma época fué descubierto un nuevo complot de los contrarrevolucionarios para sustraer al verdugo imperial de las manos del gobierno soviético. Al tenerlo en cuenta, la presidencia del *soviet del territorio* de los Urales, decidió hacer fusilar a Nicolás Románov, lo que fué cumplido el 16 de julio. La mujer y el hijo de Nicolás Románov han sido llevados a un lugar seguro. El comité ejecutivo soviético panruso, a través de su presidencia, aprueba la decisión del *soviet* de los Urales» [13].

---

[11] Todos los detalles de esta matanza han sido reunidos en la obra *Ubiistvo tsárskoi semii* (La matanza de la familia imperial) de N. SOKÓLOV, Berlín, 1925. Sokólov, magistrado profesional, fué encargado por los blancos de la investigación relativa a este acontecimiento y trabajó varios meses en la región de Iekaterinburg. En la obra en cuestión están reunidos todos los documentos de la instrucción. La obra ha sido traducida al francés y al italiano.

[12] *Las Noticias.*

[13] El Gran Duque Miguel, hermano del Emperador, había sido asesinado algunos días antes. El 17 de julio, en la ciudad de Alapaievsk, en los Urales septentrionales, los

En los apuntes sin redactar que los amigos de Trotskiy publicaron en suplemento a su obra sobre Stalin, encontramos las indicaciones siguientes: «Según Bessedovskiy: ... la matanza del Zar fué obra de Stalin. Lenin y Trotskiy tenían la idea de dejar a la familia imperial en Iekaterinburg, mientras que Stalin temía que, si seguía viviendo, Nicolás II atrajera a los Guardias Blancos y partidarios. El 12 de julio de 1918, Stalin se entendió con Sverdlov. El 14, reveló su plan a Goloshchiokin y, el 15, éste útimo, mandó un telegrama cifrado... que comunicaba las intenciones de Stalin al comisario Bieloboródov, encargado de la guardia de la familia del Zar. El 16 de julio, Bieloboródov telegrafió a Moscú que Iekaterinburg caería dentro de tres días. Goloshchiokin vió a Sverdlov; Sverdlov vió a Stalin. Al poner la relación de Goloshchiokin en su bolsillo, Stalin dijo: En ningún caso, el Zar debe caer entre las manos de los Guardias Blancos.» Estas palabras valían por una sentencia de muerte[14].

Ningún otro documento permite precisar hasta qué punto son verdaderas las alegaciones de Bessedovskiy y hasta qué punto asimismo puede ser admitida la tesis de una no participación directa o indirecta de Lenin y de Trotskiy en el asesinato de la familia imperial. Queda, sin embargo, que León Trotskiy nunca vaciló en reivindicar sus responsabilidades, inclusive en asuntos tan horripilantes como la organización del terror en vasta escala o la liquidación de mujeres y niños, cuya culpabilidad consistía únicamente en ser parientes —y no siempre próximos— de enemigos del régimen soviético. Esto es todo lo que el historiador —en el estado actual de la información de que dispone— puede decir de este repugnante asesinato, fuera de la alegría, apenas disimulada, que la noticia causó a Miliúkov y a los suyos.

* * *

Asegurar que los antiguos aliados de Nicolás II —inclusive sus parientes de la casa real de Windsor— sintieron profundamente su dramática desaparición, sería tan exagerado como hablar de las lágrimas de Leopoldo de Habsburgo por la ejecución de su cuñado Luis XVI. Londres y París acogieron este acontecimiento con indiferencia y no hablaron más del asunto. Las únicas Cor-

---

Grandes Duques Sergio Mijáilovich, Iván Konstantínovich, Konstantín Konstantínovich e Igor Constantínovich, la Gran Duquesa Elizaveta Fiódorovna y el príncipe V. P. Paléi habían sido igualmente asesinados. El terror rojo costó la vida a muchos otros Románov, inclusive al Gran Duque Nicolás Mijáilovich, historiador de gran talento y miembro del Instituto de Francia, que había sido apodado «Nicolas Igualdad» en razón de sus ideas y de sus... ambiciones.

[14] L. TROTSKIY: *Stalin*; suplemento II, titulado *Kinto en el poder*. Kinto era el nombre de un bandolero georgiano, que Trotskiy aplica a Stalin cada vez que examina sus dotes de hombre de Estado y quiere demostrar que no ha hecho sino transportar al poder las características despiadadas de los forajidos de su región natal.

tes que sintieron el dolor como suyo y, además, perfectamente sincero, en la persona de sus jefes, fueron las de Italia, de España y de Dinamarca. En cuanto a los rusos antibolcheviques, no escondieron su pesar e, inclusive, muchos hombres de izquierdas protestaron con indignación contra ese delito de Estado. Los campesinos, por su parte, se negaron largo tiempo a creer en la muerte del emperador. Todo eso servía perfectamente los designios del gobierno soviético.

Deseaba, en efecto, que la promulgación de la Constitución, que tuvo lugar en 10 de julio de 1918, apareciera sin provocar el mínimo rumor en Rusia y en el mundo, en razón de la naturaleza poco democrática de su contenido. Y así fué; toda Rusia acogió con indiferencia el anuncio de la constitución Lenin. Ni siquiera los partidarios del régimen comunista intentaron fingir que veían en sus conceptos algo constructivo. Menos aún podía creerlo la inmensa mayoría de los rusos, que no consideraban al régimen soviético como el mejor dotado para darles una constitución.

No se equivocaban ni los partidarios del sistema comunista, ni sus enemigos, ya que dicha constitución jamás fué aplicada y no sirvió sino para definir la importancia nominal de los organismos de gobierno y para dar a conocer su existencia al mundo.

Rusia perdía su viejo nombre y se llamaría en adelante República Socialista Federativa Soviética de Rusia, denominación un poco larga en cuyo lugar se decidió emplear la sigla «RSFSR», según la manía característica de los comunistas por las iniciales y las abreviaturas.

El Estado es la expresión de la lucha de clases y la Constitución es el instrumento jurídico de esta relación de fuerza entre las clases de la sociedad. Por lo tanto, el proletariado que ha triunfado el 25 de octubre proclama e instaura la dictadura del proletariado. Los órganos fundamentales del gobierno son los *Sovieti* que acumulan las tareas hasta entonces repartidas entre poder ejecutivo y poder legislativo, forma nueva —pero no tanto, puesto que la encontramos en el *Contrato social*— que Lenin califica como síntesis de las ventajas del parlamentarismo y de la democracia inmediata y directa.

La Constitución proclama la abolición del principio de propiedad privada de la tierra, el control de los obreros sobre las fábricas, las minas y los ferrocarriles, la anulación de las deudas del gobierno zarista, la nacionalización de los bancos, la creación del ejército rojo de los obreros y de los campesinos, el repudio de los tratados secretos. Todo el poder pertenece a los *Sovieti*.

La autoridad suprema del Estado está constituída por el Congreso panruso de los *Sovieti*. Durante los períodos de receso, el poder es ejercido por el Comité Central Ejecutivo Panruso (*Ts. I. K.*) que nombra a los miembros del Consejo de los Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*). Este Consejo comprende dieciocho Comisariados o ministerios. La misma organización se repite en las regiones federadas.

El derecho electoral está reservado a los obreros, a los soldados y a los campesinos pobres. Las demás clases no se benefician de este derecho como tampoco del de asociación ni de la libertad de opinión y de prensa.

Esta constitución tenía, sin embargo, un mérito innegable: el de mostrar que, para Lenin y sus compañeros, las posiciones estaban tomadas de modo claro y definitivo, y que el régimen de clases que estaban edificando —aunque por el momento ello se hiciera solamente *in abstracto*— excluía toda componenda; que, para él, quien no era obrero, soldado rojo o campesino pobre, estaba destinado a desaparecer de modo violento bajo las balas de la *Cheká* o lentamente por el hambre que se señalaba como su estado legal.

En aquellos días precisamente, franceses e ingleses, alentados por los triunfos fáciles de los checos y de los partidarios del gobierno fantoche de Samará, pensaron en intervenir en los asuntos rusos con el propósito de precipitar el colapso, que estimaban inevitable, del gobierno soviético. La ocupación de Murmánsk y de Arcángel, las impertinencias de todo tipo de los socialistas revolucionarios de Moscú, el asesinato del conde de Mirbach y del general Eichorn, el golpe de Iaroslávl, emprendido por Sávinkov tras las excitaciones de los agentes franceses, todo ello debe considerarse como perteneciente a un plan de conjunto.

El 30 de agosto fué un día terrible para el régimen, quizás aquel en que estuvo más próximo a la derrota. Por la mañana, un joven oficial, el teniente Kenigiesser, mataba a balazos al jefe de la *Cheká* de Petrogrado, el siniestro Moisés Uritskiy, quien había cosechado en pocos meses una reputación escalofriante; por la tarde, una agitadora socialista revolucionaria, la hebrea Fanny Kaplán, hería gravemente a Lenin con tres tiros de pistola repartidos entre el tórax y el hombro izquierdo. Durante varios días, el estado de Vladímir Ilich causó serias preocupaciones a sus médicos y a sus colaboradores [15]. El terror, hasta entonces aplicado a medida que los adversarios del régimen le proporcionaban oportunidades, iba a transformarse, de la noche a la mañana, en sistema de gobierno.

El 3 de septiembre, un comunicado anunciaba que quinientas personas habían sido ejecutadas en Petrogrado en represalia por el asesinato de Uritskiy. No será necesario señalar que ninguno de los ejecutados —inclusive los padres de Kenigiesser— habían tenido nada que ver con la preparación del atentado.

El día siguiente, *Izvestiia* publicaba una proclama del Comisario del Pueblo para el Interior, anunciando que daba comienzo legal la política sistemática de terror. Merece ser ampliamente reproducida. «El asesinato de Uritskiy, la tentativa de asesinato y las heridas inferidas al presidente del Consejo de los

---

[15] Volvió a ocupar sus funciones el 19 de septiembre.

Comisarios del Pueblo, V. I. Lenin, la matanza en masa de decenas de millares de nuestros compañeros en Finlandia, en Ucrania, y por fin, en el Don y en Checoslovaquia [16]; los continuos complots a espaldas de nuestros ejércitos combatientes; la abierta participación en ellos de los socialistas revolucionarios de derechas y de otros facinerosos contrarrevolucionarios; y, por otra parte, el número absolutamente desprovisto de trascendencia de represiones y de ejecuciones en masa de guardias blancos y de burgueses por parte de las autoridades soviéticas muestran que, a pesar de lo mucho que se habla del terror en masa contra los socialistas revolucionarios, los guardias blancos y la burguesía, este terror en realidad no existe. Hay que poner término a esta situación. Hay que terminar con las blanduras y las debilidades. Todos los socialistas revolucionarios de derechas conocidos por los *sovieti* locales deben ser inmediatamente arrestados, y se debe designar un número considerable de rehenes en la burguesía y entre los oficiales. Ejecuciones en masa deben cumplirse entre los guardias blancos a la mínima tentativa de resistencia o de rebelión. Los comités ejecutivos provinciales deben investirse de un alto espíritu de iniciativa a este respecto. Los órganos administrativos, a través de la milicia soviética y de las Comisiones extraordinarias [17], deben tomar todas las medidas necesarias para descubrir y arrestar a todos aquellos que se esconden bajo nombres y apellidos extranjeros, fusilando sin excepción a todos aquellos que estén envueltos en la actividad de los guardias blancos.

»Todas las medidas arriba indicadas serán puestas en ejecución inmediatamente. El Comisariado para el Interior debe ser informado inmediatamente de cualquier vacilación que se manifieste a este propósito en el seno de los *sovieti* locales. Las retaguardias de nuestro ejército deben limpiarse de una vez para todas de cualquier veleidad blanca y delincuencia contrarrevolucionaria, dirigidas contra el poder de la case obrera y de los campesinos más pobres. No están permitidos el mínimo titubeo ni la mínima vacilación en la aplicación del terror en masa.

»Acusad recibo del presente telegrama y trasmitidlo a los *sovieti* regionales. Firmado: Petrovskiy» [18].

* * *

Pues si quería dedicar todas sus fuerzas a la lucha contra los blancos, artificial apoyo de la *Entente* —de la cual los checoslovacos no eran más que el brazo secular, si así podemos decir— y los separatistas ucranianos, sostenidos por los alemanes, el gobierno soviético tenía necesariamente que practicar esta

[16] Se trata evidentemente de los territorios rusos apresados por los checoslovacos.

[17] *Chekú.*

[18] *Izvestiia,* 4 de septiembre de 1919.

política de odio y de terror; la única susceptible de permitirle resistir al frente interno. Ya que los frentes periféricos, en las semanas que marcan el tránsito del verano al otoño, se volvían día a día más amenazadores.

No es lícito creer que la iniciativa checoslovaca haya servido de ejemplo a los blancos. Bien por el contrario, éstos estaban aprestándose desde el invierno de 1917-18; pero, desprovistos de ayuda exterior y de armamentos suficientes porque ya habían perdido el contacto con los agentes franceses e ingleses e incluso con los dirigentes políticos de la *Entente*, tenían que enfrentarse con enormes dificultades de todo orden. Necesitaban, ante todo, reorganizar un embrión de ejército, sondear las varias regiones para proporcionar a la proyectada reacción una base de partida relativamente segura, darse un mínimo de organización de estado mayor, que había desaparecido como cuerpo por las condiciones en que rápidamente se había encontrado el ejército a consecuencia de la política del régimen de febrero; condiciones que habían empeorado incesantemente después de la revolución de octubre. Finalmente, en ese mismo momento, el fracaso de la tentativa de Kornílov —fracaso debido a las ambiciones de Kérenskiy— había provocado la dispersión del cuerpo de oficiales, cuya reagrupación no pudo empezar a llevarse a cabo, sino bastante después del golpe bolchevique.

Los primeros esfuerzos en este sentido fueron los realizados por el general Alexéiev —el ex-jefe de Estado Mayor General— quien había huído de Petrogrado y se había instalado en el territorio de los cosacos del Don, controlado por el atamán Kalédin. Este lo había ayudado, aunque secretamente porque temía la hostilidad de sus administrados que no sentían todavía la necesidad de la lucha antibolchevique, en su tentativa de reclutar un ejército de voluntarios; algunos meses más tarde, fué Kornílov, quien, aprovechando el golpe bolchevique pudo huir de la detención que le impusiera Kérenskiy, se unía a él —general Alexáiev— en la misma región; otro grupo de oficiales estaba formándose a lo largo de la frontera rumana luchando igualmente con grandes dificultades.

Así, el ejército voluntario, por todas estas razones, se constituía muy lentamente. El suicidio del atamán Kalédin —motivado por la oposición de los cosacos del Don a su política antibolchevique— estuvo a punto de volver inútiles todos estos esfuerzos. Perdido este apoyo que, aunque cauto había sido valioso, el ejército voluntario —compuesto entonces por cuatro mil hombres mal armados y peor vestidos— emprendió en pleno invierno su retirada del territorio del Don con el propósito de alcanzar los distritos dominados por los cosacos del Kubañ, los cuales parecían mostrarse más dispuestos a luchar contra el enemigo común y disponían en su capital Iekaterinodar de un gobierno conservador.

Esta marcha del ejército voluntario fué realizada en medio de extraordi-

narias dificultades, causadas por la falta inicial de abastecimientos y por las circunstancias de un invierno excepcionalmente frío. Conocida con el nombre de «marcha sobre el hielo», constituye una auténtica epopeya de heroísmo y de sufrimientos. Pero esto no suponía gran cosa comparado con lo ocurrido al llegar al Kubañ, donde los voluntarios se encontraron con una situación de auténtica sorpresa: los cosacos, como los del Don, sin diferencias concretas todavía sobre el régimen soviético, no resistieron muy decididamente a los rojos, y éstos conquistaron Iekaterinodar, instaurando su sistema en la región.

Ayudado por los dos mil cosacos del joven general Pokrovskiy, Kornílov —quien aseguraba el mando efectivo del ejército voluntario con el asesoramiento de los generales Deníkin y Alexéiev— decidió entonces atacar la capital del Kubañ. La batalla, empezada el 9 de abril, se desarrolló con una violencia extrema, por lo cual, los seis mil blancos de Kornílov tuvieron que suspender su primer asalto cuatro días más tarde. Los rojos disponían de treinta mil hombres perfectamente armados y apoyados por una buena artillería, lo que no importó a Kornílov para planear el segundo asalto para la mañana del 13. Este asalto no tuvo lugar porque, momentos antes, una granada de artillería mató a Kornílov en la sede de su cuartel general.

El mando pasó al general Deníkin, quien decidió volver hacia el Don donde el régimen bolchevique, que el suicidio de Kalédin había ayudado a instaurarse, empezaba a tambalearse porque los cosacos habían empezado a conocer los efectos del gobierno de los *sovieti*, sufriéndolos en los primeros efectos de la política de requisa y control decretada por Petrogrado, y, sobre todo, conocieron en sus personas el martirio de las persecuciones religiosas, cuya remota posibilidad no llegaron a sospechar en los primeros momentos.

Deníkin establece en los términos siguientes el balance de la primera tentativa del ejército voluntario: «El ejército estuvo en marcha durante ochenta días, de los cuales, cuarenta y cuatro empleados en combatir; cubrió una distancia de setecientas millas; contaba a su salida con cuatro mil hombres y volvió con cinco mil, porque había recibido un pequeño refuerzo de cosacos del Kubañ; sus pérdidas montaban a cuatrocientos muertos y a mil quinientos heridos» [19].

Este ejército sufrió con ello un fracaso evidente, pero en esta campaña logró entrenamiento y, sobre todo, capacidad de resistencia; de ahora en adelante constituiría el núcleo de toda empresa futura contra los rojos.

En el mismo mes de abril en que Kornílov perdía la vida en el Kubañ, la rebelión se extendía por el Don, de *stanítsa* en *stanítsa* [20], sin tener que luchar

[19] A. DENÍKIN: *Ocherki russkoi smuti* (Apuntes sobre los disturbios rusos), 5 tomos, París y Berlín, 1921-1926.

[20] Aldea cosaca concebida según el tipo de campamento militar.

ya con la indiferencia de los cosacos, porque los comunistas, con sus destacamentos de hierro compuestos por saqueadores y asesinos, habían desarrollado la mejor propaganda posible a favor de los blancos; y porque, finalmente, jefes cosacos de alguna valía, con el atamán Denísov, habían logrado agrupar efectivos suficientes, que los voluntarios del sector rumano, al mando del coronel Drozdovskiy, vinieron a reforzar. Rostov, capital del territorio del Don, caía el 8 de mayo. Inmediatamente después, el general Krasnov era elegido atamán de todo el territorio. Más enérgico y decidido que Kalédin, era asimismo un hombre de gobierno mejor dotado, como lo demuestra el hecho de que, mientras recibía armamentos abundantes de los alemanes de Ucrania, no se comprometía demasiado con ellos; como lo demuestra la permanencia de su sistema al ocurrir la caída de los Imperios Centrales; mientras que el de Skoropadskiy en Kiev, se derrumbaba para siempre.

Algunos días más tarde, empezaba la acción de los checoslovacos que, por haber conquistado a los rojos extensos territorios de Siberia y de Rusia europea, que no tardaron en caer entre las manos de los elementos nacionalistas por la incapacidad de los socialistas revolucionarios, constituye el verdadero punto de partida —aunque ello no perteneciera a los supuestos políticos de los franceses y de los ingleses— del movimiento blanco contra el régimen soviético.

Porque, en verdad, la acción desarrollada por los checos no fué sino el trampolín que utilizó este movimiento en Siberia y en Rusia europea para extenderse cuando la acción desesperada del ejército voluntario hubo alcanzado resultados morales de tal trascendencia, que no tardó en transformarse en el elemento aglutinante para todas las tendencias patrióticas de Rusia. En razón de la débil resistencia que encontraron, en razón también de la impotencia de los socialrevolucionarios de Samará y de los kadetes de Omsk, para aprovechar la oportunidad que se les había brindado, la acción de los checos resultó casi totalmente geográfica. Pero no por ello menos importante, por cuanto, durante el tiempo necesario a la preparación del movimiento blanco, esta acción logró retrasar durante mucho tiempo la dominación bolchevique de una vasta área del territorio nacional.

Después del fracaso de su ofensiva en el Kubañ, el ejército voluntario estableció su campamento en los territorios meridionales del Don, y, sin temer por algún tiempo ninguna amenaza militar inmediata, pudo reorganizarse y completar sus efectivos. Las relaciones de los generales Alexáiev y Deníkin con el atamán Krasnov no andaban en buenos términos porque este último —a cambio de promesas de armas y de alimentos— quería convencerlos de lo conveniente que sería utilizar sus cosacos en la conquista de Tsáritsin, cuya posesión le era necesaria para redondear su territorio. Mientras tanto, los voluntarios seguían mirando hacia el Kubañ, única región susceptible en aquel entonces de

proporcionarles una indicadísima base de operaciones. Por otra parte y esta era quizá la mayor causa de fricción entre cosacos y voluntarios— Krasnov, *volens nolens,* seguía manteniendo relaciones con los alemanes y los austríacos, mientras que Deníkin y Alexéiev, de tendencias aliadófilas porque creían que Francia e Inglaterra deseaban ayudarles, no quería oír hablar de los Imperios Centrales; contra los cuales, incluso, no habían perdido las esperanzas de volver a reanudar las hostilidades. Pero, por paradójico que parezca, aceptaban las armas de Krasnov; llegando esta situación a ser tan especial, que un buen día le hizo exclamar al mismo Krasnov, mitad en broma, mitad en serio: «El ejército voluntario es puro e inocente. Pero yo, atamán del Don, tomo con mis sucias manos las bombas y los cartuchos alemanes, los lavo en las aguas del plácido Don, y los entrego ya limpios al ejército voluntario» [21]. *Boutade* sincera o cínica, pero muy reveladora del estado de espíritu que reinó, hasta el final de la lucha, entre los blancos, y que refleja claramente el futuro del desenlace de común empresa.

Por el momento, puesto que sus propósitos se revelaban inconciliables con los de Krasnov, y para evitar que de estas divergencias surgiesen un día complicaciones insolubles, Deníkin decidió emprender una segunda ofensiva contra el Kubañ. La orden de partida fué dada el 22 de junio, y si bien el ejército voluntario contaba ya con ocho mil combatientes, las condiciones de esta nueva empresa no se presentaba bajo mejores auspicios que la del mes de febrero, porque el triunfo bolchevique de los meses anteriores había permitido acumular en esta rica provincia un ejército de ciento cincuenta mil hombres, debidamente equipados y con armamento en condiciones. Además, abundantes refuerzos le llegaban constantemente por el Cáucaso y por Tsáritsin; mientras que los blancos no podían contar sino con la hipotética esperanza de reclutar nuevas tropas si el éxito acompañaba sus primeros encuentros.

En el momento de su llegada a las fronteras del Kubañ, el ejército voluntario estaba compuesto por los sobrevivientes de la tentativa de febrero, los pocos elementos cosacos del general Pokrovskiy y los voluntarios del coronel Drozdovskiy, que habían representado un papel tan importante en el derrocamiento del régimen soviético en el Don.

Los orígenes sociales de los elementos que concurrían en su composición hacían de él, a pesar de lo que se ha pretendido, el espejo de la nación rusa. Cierto es que abundaban los antiguos oficiales profesionales, pero numerosos eran los voluntarios de extracción menos elevada —no faltaron, inclusive, nutridos núcleos de campesinos y de trabajadores de la industria— que, frente al ejército de clase, creado por Trotskiy, permitían a los jefes de este tan quijotesco conjunto suponer que el ejército voluntario constituía un como mi-

[21] Citado por W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.,* tomo II, cap. XXVII.

crocosmos viviente de la entera nación rusa. Para dar un solo ejemplo, el general Deníkin era hijo de un bajo oficial que había sido, antes de ser enviado al servicio militar, un humilde siervo de la gleba, que había aprendido a leer en el cuartel y había conquistado sus estrellas de oficial durante la guerra rusoturca. Los rojos del Kubañ se habían granjeado en pocas semanas el odio de sus administrados. En sus valles extraordinariamente fértiles, esta región cobijaba una población campesina rica y bien organizada, la más rica y mejor organizada de Rusia, que se había ofrecido como una presa fácil para la política soviética de control y requisa. La organización social impuesta por los cosacos ricos, a pesar de su democratismo aparente, era muy atrasada, puesto que estaba concebida en función del principio de que la tierra pertenecía exclusivamente a ellos. Es justo decir que los campesinos no cosacos —aunque aplastados políticamente por esta organización social— no conocían penurias materiales y, hasta la revolución, se habían declarado satisfechos con una suerte que muchos campesinos de Europa occidental hubieran podido envidiarles. Pero todo había cambiado con la llegada de los bolcheviques. Estos habían traído destacamentos de hierro, compuestos por campesinos sin tierra, provenientes de la región de Moscú y, por otra parte, habían dejado plena libertad a las pandillas de marineros de Kronstadt que, con métodos muy particulares, recorrían el país para imponer a los *burzhúi* las excelencias del sistema comunista. Y, en esta tarea, tomaban parte por amor o por fuerza los campesinos no cosacos, aunque no fuera más que para resarcirse de las humillaciones sufridas por parte de sus antiguos amos. Pero éstos no eran *kulakí* del tipo corriente; eran guerreros sobre todas las cosas, cuyas tradiciones les empujaban a defenderse con las armas cada vez que sus libertades seculares les parecían amenazadas, llegando en sus reacciones a rebelarse contra el mismo emperador. De modo que, en la época de la ofensiva Deníkin, los cosacos del Kubañ no esperaban más oportunidad para levantarse y que, ya antes de la salida del ejército voluntario de los territorios del Don, numerosas *stanítsi* habían hecho rápida justicia en algunos grupos comunistas. En las últimas semanas la situación se había agravado aún más por la acción de los marineros de Kronstadt, que se entregaban a toda clase de fechorías, con especial dedicación al asesinato de sacerdotes y a las mascaradas, llevadas a cabo con los ornamentos litúrgicos, todo ello, en compañía de las prostitutas que los acompañaban; espectáculos que el pueblo bautizó con el nombre de «bodas del diablo».

El 25 de junio, la conquista del nudo ferroviario de Torgóvaia —que une Jekaterinodar con Tsáritsin— constituyó el primer triunfo del ejército voluntario en esta audaz campaña [22]. El 15 de julio, la captura del nudo de Tijiréts-

[22] En esta acción caía herido mortalmente el general Markov, jefe de estado mayor de Deníkin, uno de los hombres más valiosos del ejército ruso.

kaia —que enlaza el puerto de Novorossiisk con Tsáritsin— fué una victoria más importante aún, desde el punto de vista moral, porque en ella un destacamento de dos mil blancos destrozó literalmente a los treinta mil rojos del presidium local, y desde el punto de vista geográfico y político, porque dió al ejército voluntario una ventana sobre el mar abierto. Con estas dos victorias, el Kubañ quedaba enteramente disgregado de los territorios soviéticos.

Finalmente, después de luchas enconadas, Iekaterinodar caía el 16 de agosto. Grandes sinsabores no tardarían en manifestarse entre blancos y jefes cosacos, porque, mientras Deníkin consideraba la conquista del Kubañ solamente como parte de un plan más vasto que incluía a toda Rusia, sus aliados estimaban su tarea acababa el día mismo en que el ejército voluntario les había devuelto su capital. Por otra parte, los generales blancos manifestaban una tendencia contraproducente a ocuparse de los asuntos sociales de la región.

Como hemos dicho, el sistema social estaba basado en la propiedad cosaca de la tierra, que campesinos no cosacos trabajaban por cuenta de los propietarios. Sistema que, evidentemente, abría paso a todas las explotaciones, sobre todo cuando se conoce la rudeza de las costumbres cosacas. Ahora bien, el gobierno cosaco del Kubañ se pretendía democrático, pero lo era tan sólo en lo que atañe a las relaciones de los cosacos entre sí. En cuanto a las relaciones de los cosacos con los campesinos no cosacos, no lo eran tanto, ya que su denominador común residía en una disciplina férrea, aplicada sin contemplaciones. Ya antes de la conquista de Iekaterinodar, Deníkin —que preveía que la primera tarea de sus aliados sería volver a esclavizar a los *inogorodnie* [23] y a reducirlos por el terror— había escrito a Filómonov, atamán del Kubañ, una carta enérgica recomendándole moderación y comprensión [24]; como se ve, los «reaccionarios» dirigentes del ejército voluntario que no obedecían a ningún supuesto ideológico democrático, practicaban una política de acercamiento social y, particularmente en materia agraria, de extensión sin reservas de las reformas stolipianas. Pero los cosacos no tuvieron en cuenta esta advertencia e inauguraron la caza de los *inogorodnie*; algunos hablaron de deportarlos, otros de exterminarlos. Por el momento, Deníkin, que se encontraba en la necesidad de consagrar toda su atención a las operaciones militares, se contentó con tomar medidas de protección que se revelaron suficientes para evitar daños mayores, reservando para un futuro próximo la solución, según sus ideas, de la cuestión social.

---

[23] El *inogorodnie* es aquel que no pertenece a la misma ciudad: en el caso de los territorios cosacos, la palabra se aplicaba a todos aquellos campesinos no cosacos radicados en territorio cosaco y que trabajaban por cuenta de los propietarios de la tierra.

[24] Razón por la cual Filómonov consideraba el ejército voluntario como «parte de los *inogorodnie*». Agreguemos que al poco tiempo, Deníkin disolvió la *Rada* de Iekaterinodar en razón de la política reaccionaria de los dirigentes cosacos.

Después de la caída del Kubañ, había decidido proceder a la conquista del resto del Cáucaso, empresa a primera vista más imposible aún que la anterior.

El general rojo Sorokín tenía su centro estratégico en Armavir, y sus tropas habían sido reforzadas por la llegada del ejército de Tamán que contaba con unos treinta mil hombres, todos comunistas y dotados de una sólida disciplina. A los treinta mil hombres que contaba el ejército voluntario gracias al aflujo de nuevos elementos, podía oponer doscientos cincuenta mil combatientes bien armados y sostenidos por una superioridad de fuego aplastante. Todo ello le decidió a emprender una ofensiva general, cuyo objetivo era la reconquista de Tijorétskaia que volvería a poner sus tropas en contacto con Tsáritsin y el territorio soviético. Pero Sorokín quería —si es atendible lo que aseguraban los miembros del *soviet* refugiado en Piatigorsk— instaurar su dictadura personal. De ello surgió un conflicto al término del cual el general rojo fué liquidado por los soldados del ejército de Tamán, cuyo comisario había sido fusilado por su orden. La *Cheká,* para impresionar a los blancos, hizo arrestar a doscientos *burzhúi* de Piatigorsk —entre los cuales el general Russkiy— y los hizo degollar a golpe de sable en la plaza pública. Algunos días más tarde, Piatigorsk, caía en poder de los blancos.

El 20 de noviembre, el ejército de Deníkin, al término de una batalla de tres semanas contra fuerzas cuatro veces superiores, en la cual los rojos tuvieron quince mil muertos, conquistaba Stavrópol. Este es el momento que los rojos escogieron para desencadenar su ofensiva general en dirección de la línea férrea Tsáritsin-Tijorétskaia-Novorossiisk. Pero su dispositivo fué desarticulado desde el primer día por las acometidas furiosas de la caballería blanca al mando del general Piotr Wranguel, y el 27 de diciembre el alto mando nacionalista anunciaba: «El Ejército de Tamán ha sido enteramente destruído»; sin embargo, quedaban aún en el Cáucaso más de cien mil combatientes rojos.

Los blancos lanzaron entonces una ofensiva general que consiguió el 21 de enero la ruptura total de las líneas soviéticas. La caballería, ahora mandada por Pokrovskiy, que sustituía a Wranguel, enfermo, recorrió más de doscientos cincuenta kilómetros en dos semanas, hizo cincuenta mil prisioneros —sin contar los heridos abandonados a millares por los rojos— y capturó ciento cincuenta cañones, trescientas cincuenta ametralladoras y enormes almacenes militares. Lo que quedaba del ejército rojo del Cáucaso, unos veinticinco mil hombres en completa derrota, pereció en el desierto entre Kizliar y Astraján.

«El efecto de esta derrota en el curso general de la guerra civil fué importantísimo. Con la retaguardia asegurada y sólidamente sostenida por la cadena del Cáucaso, Deníkin pudo volverse hacia el norte y perseguir su sueño de crear con las bayonetas del ejército voluntario una «Rusia grande, unida, indivisa». en sentido contrario a la obra de destrucción del régimen soviético que había

empezado en el Cáucaso. Así, de figura local, se transformó en figura nacional» [25].

En verdad, la empresa de Deníkin y de sus voluntarios es una auténtica *vandea* rusa. Como la de Charette y de la La Rochejaquelein, tuvo sus héroes y sus santos, pero también sus traidores y sus mercaderes, sus triunfos milagrosos y su amargo fracaso final; aliados que, como los ingleses de 1795, perseguían designios políticos opuestos a los suyos, su Quiberon y, finalmente, su diaspora sin consuelo ni esperanza.

---

[25] W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.*

CAPÍTULO IV

DEFENDEDNOS DE NUESTROS AMIGOS...

Propósitos y alcance de la intervención aliada — Del congreso de Iassy a la ofensiva Iudenich — Petróleo y moral política — La ascensión y caída de Kolchak — De Deníkin a Pilsudski — Wranguel — Grandezas y miserias del movimiento blanco

Es muy corriente la opinión —sincera o fingida— de que la capitulación de los Imperios Centrales en noviembre de 1918 puso a los blancos en una situación favorable que, de haber sido mejor explotada por ellos, les hubiera llevado a la victoria. Opinión errónea, sin embargo, porque un examen atento de los hechos y del mapa nos muestra precisamente que esta capitulación fué una de las principales causas —si no la causa principal— de su derrota de 1920.

Después de la firma del armisticio, los aliados, en lo que atañe a Rusia, tuvieron que enfrentarse con una serie de problemas que reclamaban una solución urgente. Consecuencias, unos y otros, de la revolución de octubre, estos problemas eran los siguientes: el ucraniano, que debía ser resuelto en función de los acontecimientos políticos, económicos y militares suscitados por la ocupación alemana; el del ejército voluntario, que debía resolverse, igualmente, en función de un mayor o menor apoyo a la empresa de Deníkin, según se quisiera o rehusara apoyar a un movimiento de esencia antidemocrática; el del movimiento antibolchevique de Siberia, en el cual, un pronunciamiento militar permitió que la fórmula Kolchak sustituyera a la de los abogados de Samará y de Omsk, y que, a su vez, había de resolverse en el mismo sentido aunque empleando una táctica distinta.

Es evidente que a estos tres problemas no podía ser dada sino una solución militar, es decir, completa, si es cierto aquello que pretendían los aliados, acerca de su propósito de poner un término a la experiencia soviética, a la que franceses, ingleses y norteamericanos consideraban como una empresa de colaboración con el enemigo. De ser sincera esta intención, una clara comprensión de los hechos implicables una ayuda militar sin restricciones a las tres variantes de

resistencia que habían surgido en varios lugares de Rusia, fueran éstas: consecuencia de la pasajera victoria alemana (gobierno nacionalista ucraniano), despertar nacionalista ruso (ejército voluntario), o un compromiso entre nacionalismo militar y elementos civiles (gobierno siberiano).

Ahora bien, resulta evidente que los aliados, lejos de intentar resolver militarmente el problema ruso, no fueron siquiera capaces —ni tuvieron intención seria— de darle una solución política, concebida con visión de largo alcance: sus tentativas militares aparecieron siempre extremadamente tímidas o, si se prefiere, astutamente dosificadas; y sus elucubraciones políticas, en vez de procurar conceptos susceptibles de soluciones de conjunto, se aferraron de modo constante a soluciones locales, determinadas por sus intereses económicos inmediatos; provocando todo ello una fragmentación del teatro militar y del frente político, lo que acabó por reducir el movimiento blanco a la impotencia.

Que la capitulación de Alemania produjera efectos desfavorables para este movimiento, lo demuestra claramente el hecho ucraniano. Los nacionalistas del grupo Deníkin —cuya política exterior se basaba en una cooperación franca con los aliados— habían esperado que la retirada de las tropas germano-austríacas no tendría mayores consecuencias estratégicas, porque estaban convencidos de que fuerzas de la *Entente* las sustituirían inmediatamente. Para ellos, esta solución era posiblemente la mejor, porque, de este modo, las tropas aliadas cubrirían su ala izquierda, dejándoles libertad de movimientos para llevar sus operaciones a los sectores controlados por el ejército rojo; y esta solución, la había ofrecido el general Berthelot, comandante del frente de Rumania, que se comprometió, además, a enviar doce divisiones francesas a Ucrania. Sin embargo, los aliados, que buscaban una solución más fácil para el problema ucraniano, se contentaron con ordenar a los mandos alemanes permanecer en su lugar; sin sospechar siquiera que, mientras un gobierno vencedor puede mantener a sus tropas bajo las armas durante algunos meses después de la victoria, un gobierno vencido es generalmente incapaz de practicar idéntica política con las suyas. Esto se vió cuando consejos de soldados —no comunistas, puesto que colaboraban con los oficiales— empezaron a formarse en el seno de las unidades alemanas con el propósito de acelerar su regreso y su desmovilización; regreso que empezó a verificarse inmediatamente después del armisticio de Rethondes, y que ningún general —por muy miembro del Herrenklub que fuera— se reveló capaz de impedir. El gobierno del atamán Skoropadskiy —títere o no de los alemanes, el hecho aún está por aclararse— se derrumbó, no tanto porque sus protectores se marchaban, sino porque los franceses no querían oír hablar de este «colaboracionista» y, por el contrario, dieron su consentimiento a la fórmula nacionalista —más anárquica que nacionalista— de Simón Petliura, la cual si tampoco duró mucho tiempo fué debido a que sus corifeos no la sostuvieron con fuertes batallones.

En verdad, lo que los aliados querían era tomar garantías territoriales que les permitieran imponer a la tendencia —bolchevique o antibolchevique que, tarde o temprano, acabaría por triunfar—, el reconocimiento de sus sacrosantos intereses económicos y pago de las deudas contraídas por el Imperio, en Francia y en Inglaterra. Su política rusa —especialmente la de Inglaterra— consistió en suscitar, a espaldas de los blancos, gobiernos regionales —más títeres que el de Skoropadskiy— que les permitieran avalar dichas garantías.

Por esta y otras razones, los ingleses, que ya poseían Murmansk y Arcángel, ocuparon los grandes centros petrolíferos de Bakú, sobre el mar Caspio, y de Batúm, sobre el mar Negro; creando las repúblicas «independientes» de Georgia y del Azerbaizhian. Y los franceses ocuparon Odesa, en virtud de «vigilar» las minas de hierro y de carbón de Ucrania; ayudando «moralmente» al nacionalista Petliura. Ahora bien, mientras vemos que los ingleses procedían en sus ocupaciones con medios suficientes para mantenerla durante casi toda la guerra civil y llegaron a apoyar a Iúdenich en su tentativa contra Petrogrado, nos encontramos con que los franceses ejecutaron la suya con una falta de medios tal que, en pocas semanas, se encontraron en la obligación de reembarcar. Tal circunstancia se puede fundamentar en que, mientras en Inglaterra, la dirección de las fuerzas armadas —y singularmente los servicios de Inteligencia— actúa independientemente de los hombres políticos del gobierno [1], en Francia los militares dependen enteramente de las autoridades civiles, las cuales, por desconfiar de las tendencias «reaccionarias» de aquellos, no les conceden ninguna posibilidad de tomar iniciativas políticas [2].

Por otra parte, la política aliada, ejecutada en semejantes condiciones, no podía imponerse largo tiempo. Si la de los ingleses, más realista, tuvo efectos más duraderos, ello se debió, sobre todo, al hecho de que los territorios controlados por Deníkin constituían una región cojinete entre su zona y la zona soviética. Y tanto es así, que se quedaron en Transcaucasia mientras el ejército voluntario pudo resistir, razón por la cual le proporcionaron una cierta ayuda y no le escatimaron los reconocimientos morales, mientras que los franceses, que no querían oír hablar de proyectos nacionalistas, les impidieron ocupar en Ucrania posiciones estratégicas suficientes, y se encontraron desde el primer día en contacto directo con las unidades rojas, que, después de derrotar a las inenarrables huestes de Petliura, las obligaron a retirarse sin gloria ni provecho.

---

[1] Winston Churchill, ministro de Guerra en el gabinete Lloyd George, por haber servido mucho tiempo en el ejército favorecía los planes de los militares a despecho de las instrucciones del Primer Ministro, que no quería intervención enérgica a favor de los blancos, y servía de escudo al ejército contra los parlamentarios.

[2] Estado de cosas que se refleja perfectamente en la siguiente *boutade* de Georges Clémenceau: «La guerra es cosa demasiado seria para que se la deje hacer a los generales.»

En fin de cuentas, franceses e ingleses no podían ignorar que, de triunfar, los blancos no permitirían la secesión de las zonas periféricas susceptibles de proporcionar las garantías económicas buscadas, ya que su lema era el de una «Rusia grande, unida, indivisa». Y que tampoco los soviéticos podían admitirla, puesto que de dichas zonas provenía lo esencial de los recursos necesarios a su economía tambaleante.

En estas condiciones, la política de ayuda franco-inglesa a los blancos no podía ser sino infinitesimal y, en verdad, se trató más bien de una ayuda de cancillería a cancillería que de una ayuda material. La ayuda así proporcionada quedó concertada, en primera línea, por el bloqueo comercial de Rusia soviética, y luego —y muy en segunda línea— por el reconocimiento *de facto* de Kolchak, de Deníkin y de Miller, que, durante breve tiempo, estuvo al frente del gobierno blanco de Arcángel. Pero este apoyo nunca fué suficiente como para permitir a sus beneficiarios alcanzar una superioridad aplastante sobre los rojos, ya que éstos supieron muy bien explotar el argumento de un posible reconocimiento de las deudas exteriores rusas, que era aquello que ingleses y franceses querían más que cualquier otra cosa.

Un estudio de las relaciones diplomáticas de los aliados con los diversos gobiernos antibolcheviques nos proporciona la explicación más clara y verosímil del fracaso final de los blancos; a condición de que el estudio de dichas relaciones abarquen la esfera del gobierno bolchevique.

Sabemos cuáles habían sido las relaciones de los principales dirigentes de la *Entente* durante el año 1916 con aquello que Maurice Paléologue —con un optimismo exagerado— llamaba oposición parlamentaria rusa; conocemos, asimismo, las ilusiones que los responsables de la política francesa e inglesa alimentaron en lo que concierne a las posibilidades y a la eficiencia del régimen de febrero, determinado en gran parte por estas relaciones. Ahora bien, desde los días que siguen a la caída de Alemania, vemos que estas relaciones se mantienen en el mismo plano de ilusión y que París y Londres esperan de la Rusia antibolchevique algo que está en la imposibilidad de proporcionarles: una contribución al concepto de democracia que, en este caso particular, les procuraría una apariencia de justificación para su conducta de 1916 y 1917. Por vía de consecuencia, este deseo de justificación, proyectado en la realidad rusa que, por el momento, es la de la lucha antibolchevique, se transforma —consciente o inconscientemente— en hostilidad contra aquello que no puede precisamente satisfacer este deseo: Rusia blanca. A partir de noviembre de 1918, los blancos representan, propiamente hablando, la mala conciencia de los aliados.

Bien se vió en las relaciones diplomáticas de los gobiernos aliados con los de la Rusia nacionalista, relaciones que encuentran su ilustración en las deliberaciones del Congreso de Iasy, en el asunto de la Conferencia de Prinkipo, en las condiciones francesas para el reconocimiento de Kolchak, en la constitución por

Inglaterra de los Estados satélites de Georgia y de Azerbaizhián y en el asunto Iúdenich.

Las fuentes históricas acerca del Congreso en el cual tomaron parte, en la ciudad rumana de Iasy, representantes de las varias tendencias antibolcheviques y que se celebró del 14 al 23 de noviembre de 1918 bajo los auspicios de los representantes diplomáticos de Francia y de Inglaterra en Bucarest, son poco numerosas y, además, carentes de fuerza convincente, porque generalmente provienen de aquellos elementos políticos de que hemos hablado al comienzo de este capítulo, y cuya buena fe puede ponerse en duda en razón de los numerosos errores políticos que sus obras históricas disfrazan cuidadosamente [3].

Desde el punto de vista del porvenir de las instituciones rusas, los congresistas no pudieron coincidir y los aliados ni siquiera intentaron convencerlos de la necesidad de un acuerdo unánime a este propósito. Quizá no sea inútil precisar que ninguna de las tendencias representadas en Iasy respondía a los movimientos que estaban actuando en Rusia, ya que, si bien algunos socialistas moderados pretendían imponer la fórmula política encarnada por el gobierno de Omsk, este gobierno fué derribado durante los trabajos mismos del Congreso por los elementos militares que dieron el poder al almirante Kolchak; asimismo, el grupo monárquico que abogaba por una designación del Gran Duque Nicolás como jefe del Estado ruso, no tenía ningún contacto firme con Rusia, como tampoco evidentemente los Kadetes, a cuyos amigos de Omsk les estaba reservada la suerte de sus colegas socialrevolucionarios. Una especie de compromiso fué alcanzado en el sentido de un gobierno presidido por Deníkin, pero a condición de que fuera vigilado por un ministerio compuesto de personalidades civiles. Huelga decir que Deníkin, que no había sido consultado, hizo caso omiso de los deseos de los congresistas y, cuando se trató para él de elegir colaboradores civiles, lo hizo naturalmente fuera del ambiente político de Iasy.

Hubo unanimidad, por el contrario, para solicitar la ayuda militar de los aliados. Pero la delegación enviada a París a estos efectos no fué recibida por Clémenceau, so pretexto que parecía compuesta por elementos sospechosos de colaboración con los alemanes —particularmente Pablo Miliúkov, de quien sabemos que no era trigo limpio a este respecto— invitándosela, inclusive, a salir inmediatamente de Francia. Un destino adverso amenazaba todas las tentativas del parlamentarismo ruso.

Los bolcheviques no permanecían inactivos. El Comisario del Pueblo para

[3] Estas fuentes históricas figuran en la obra de P. MILIÚKOV, *Russlands Zusammenbruch*; y en la de P. MARGULIES, *God Interventsii*. (El año de la intervención).

Que yo sepa, fuera de algunos artículos de revistas francesas, inglesas y alemanas, inspirados por estas obras, éstas son las dos únicas que consagran un estudio orgánico al Congreso de Iasy acerca del cual me ha sido imposible reunir más documentación.

los Asuntos Exteriores, Chicherin, ayudado por su futuro sustituto Máximo Litvínov [4], hizo llegar a los aliados, entre noviembre de 1918 y febrero de 1919, siete proposiciones preparatorias de un arreglo general. Una de ellas dejaba entrever una posibilidad para las potencias occidentales de «ayudar a Rusia... en la explotación de sus recursos naturales en provecho de todos los países que necesitan de modo tan urgente productos alimenticios y materias primas» [5].

La proposición se presentaba tentadora porque, de concretarse el ofrecimiento soviético, ello significaba fabulosos beneficios para el capital internacional. Las bolsas de Nueva York, de París y de Londres hicieron inmediatamente presión sobre los gobiernos de la *Entente* para que abrieran negociaciones del modo más urgente posible y desprovisto de prejuicios políticos para no dejar escapar semejante oportunidad. Sin embargo, después de los discursos acerca de la traición de Brest-Litovsk y de la necesidad de tender alrededor de Rusia soviética un «cordón sanitario» destinado a preservar la salud moral de los demás pueblos europeos, era muy difícil para los hombres políticos de Occidente entablar relaciones con los comunistas sin dar al mismo tiempo una apariencia de satisfacción a aquellos elementos antibolcheviques que habían sido fieles aliados y a quienes, como veremos, Inglaterra particularmente había hecho promesas muy precisas (aunque, fuera de los militares y de Winston Churchill, el gobierno de Londres no alimentó un solo instante la intención de mantenerlas). Se decidió, pues, intentar una jugada doble.

Así, el 5 de enero de 1919, Lloyd George propuso que el gobierno soviético y las varias formaciones blancas aceptaran suspender las hostilidades y enviaran delegaciones a París. Wilson lo apoyó calurosamente.

Pero en aquel momento las relaciones personales de Clémenceau con el primer ministro inglés habían llegado a uno de aquellos períodos de tensión que por crisis concurrentes condicionaron la política exterior de Francia y de Inglaterra del armisticio a la firma del tratado de paz. Por otra parte, en Francia se estaba incubando la situación que pocos meses más tarde llevaría la elección de la *Chambre bleu horizon*, y los elementos de derechas —muy animados por la victoria sobre Alemania y mantenidos alerta por las campañas de Léon Daudet y de Charles Maurras— ponían todas sus esperanzas en el mariscal Foch, quien proponía el envío de un ejército internacional contra Rusia soviética. Puesto ante el dilema de dar garantías a la opinión pública,

---

[4] Litvínov —que significa «el de Lituania»— no es más que el nombre de guerra de este diplomático soviético, fallecido en 1952. Su verdadero nombre era Wallach Meyer Finkelstein.

[5] Propuesta hecha directamente por Litvínov, desde Estocolmo, al Presidente Wilson, el 24 de diciembre de 1918.

que veía en él un nacionalista, y pensando solamente en utilizarla a la vista de la próxima elección presidencial, Clémenceau aprovechó la oportunidad que se le ofrecía para hacer una jugarreta al colega inglés y aumentar su caudal electoral. Torpedeó pues el proyecto de conferencia, negándose a apoyarlo.

Entonces Wilson corrió en socorro de Lloyd George. Ante la voluntad norteamericana, Francia e Inglaterra no podían manifestar mucho tiempo su disconformidad en razón de las deudas contraídas por ellas en Wáshington durante la guerra, y cuya devolución se les podía exigir de un momento a otro. De modo que cuando, el 21 de enero, Wilson propuso que los blancos y los rojos se reunieran con los representantes de la *Entente* en la isla de Prinkipo, Clémenceau no tuvo otro remedio que aceptar. El galés le había devuelto la jugada.

Los bolcheviques aceptaron también, pero por razones distintas: como la capitulación de Brest, la cesación de las hostilidades podía proporcionarles otro momento de respiro. Los blancos, en cambio, rehusaron sentarse a la misma mesa que «traidores, asesinos y ladrones» [6]. Aunque el origen de este fracaso deba basarse formalmente en la actitud de los blancos, es evidente que el asunto de la conferencia de Prinkipo revela la presencia de una grieta profunda en el frente común de la *Entente*, pues mientras Clémenceau afectaba, por táctica electoral, mostrarse favorable a los blancos, Wilson y Lloyd George no disimulaban su propósito de preparar un clima de arreglo con los soviéticos. Y ello dos meses después de la victoria común. Tal situación quedó acreditada de modo más evidente con la misión Bullitt.

El 14 de marzo de 1919, este diplomático norteamericano, comisionado por Wilson y Lloyd George, llegaba a Moscú, donde el gobierno soviético se había instalado definitivamente, con el sano propósito de encontrar los medios para un arreglo completo. El proyecto de que era portador proponía las bases siguientes para el establecimiento de la paz [7] entre la *Entente* y Moscú: cesación de las hostilidades en todos los frentes rusos antes del 10 de abril; cada gobierno conservaría la administración de los territorios controlados por él en el momento de la orden de cese de fuego; amnistía general de todos los delitos políticos; suspensión del bloqueo por parte de la *Entente*; reapertura de relaciones comerciales; el gobierno soviético y los gobiernos antibolcheviques así «estabilizados» debían reconocer las deudas contraídas por el Estado

---

[6] Palabras del general Miller, jefe del Gobierno antisoviético de Rusia septentrional. Miller será raptado en Francia por agentes de la GPU en vísperas de la segunda guerra mundial en razón de su actividad de jefe de las fuerzas blancas en el destierro.

[7] Resulta bastante curioso comprobar que durante todas estas negociaciones los aliados hablan siempre de paz en tanto que el estado de guerra nunca existió entre ellos y el Gobierno soviético.

zarista antes de la guerra y comprometerse a pagarlas proporcionalmente a la importancia económica de sus territorios.

Los comunistas, que estaban pasando un momento sumamente angustioso en razón del hambre que azotaba su zona [8], estaban dispuestos a aceptar cualquier condición momentáneamente porque alimentaban la intención de violar sus compromisos en toda oportunidad. En cuanto a los blancos que, esta vez como en el asunto de Prinkipo, tenían el propósito de rehusar esta invitación, Wilson y Lloyd George habían encontrado un argumento poderoso para incitarlos a someterse: la amenaza de interrumpir las entregas de material militar.

De haber llegado a realizarse, este proyecto habría transformado el mapa de Rusia en un puzzle indescifrable: el gobierno soviético habría ejercido su jurisdicción sobre casi toda la Rusia europea; Kolchak, sobre Siberia y la mayor parte de la región de los Urales; Denikin, sobre los territorios cosacos y Crimea, y Miller, sobre la zona de Arcángel; además una cantidad indeterminada de Estados de extensión limitada —pero dotados de magníficas oportunidades de explotación económica— habrían surgido en el Cáucaso y en Asia Central.

Mientras tanto, el antisovietismo de la opinión pública francesa no hacía más que aumentar y, nueva circunstancia: el gobierno británico tenía que hacer frente a una oposición conservadora cada día más violenta que encontraba un buen terreno de maniobra —alimentado secretamente por Churchill— en la voluntad de luchar contra el comunismo. Por otra parte, la formación de un gobierno rojo en Budapest, donde la agrupación encabezada por Bela Kuhn se entregaba a toda especie de asesinatos, de saqueos y de violaciones, había suscitado en Norteamérica un movimiento muy amplio de indignación, que Wilson creía sentirse obligado a tener en cuenta. Todo ello hizo que la misión Bullitt, aunque coronada por el éxito en Moscú, se diluyera finalmente en un fracaso lento.

Entonces, ante la imposibilidad en que se encontraban sus amigos —y vista la escasa voluntad de Londres y de Wáshington para resolver el problema de las relaciones de la *Entente* con Rusia blanca o roja— Clémenceau volvió a tomar la iniciativa en el Consejo Supremo Interaliado. Para satisfacer a su opinión púbica, se creyó en la necesidad de hacer algo a favor de los blancos, anunciando a sus colegas inglés, norteamericano e italiano las medidas que habían de tomarse por la *Entente* en vista de un posible reconocimiento del gobierno de Kolchak. Pero, en el momento de hablar en nombre de todos, apresuró de tal modo las condiciones, que dicho reconocimiento resultó, al ser presentado al Regidor Supremo —tal era el título que el Almirante había asumido después del golpe de Estado del 18 de noviembre— una píldora bas-

[8] Cfr. capítulo anterior.

tante amarga. En efecto, las tales condiciones, más que el anuncio de la apertura de buenas relaciones diplomáticas, eran el de una vigilancia despiadada que se ejercería en función de un prejuicio desfavorable; cuya intención no se tomaba siquiera el trabajo de disimular el primer ministro francés [9]. Establecían que el reconocimiento por parte de la *Entente* estaba supeditado a la reunión de una asamblea constituyente inmediatamente después de la caída de Moscú, a la rápida convocatoria del cuerpo electoral, al compromiso de no intentar «restaurar el régimen destruído por la revolución», al reconocimiento de la independencia de Polonia, de Finlandia, de Estonia, de Letonia, de Lituania y de los territorios caucásicos y transcaspianos, al derecho para la conferencia de la paz de proceder a la devolución de Besarabia a Rumania, bajo garantía internacional, y, para no variar, al compromiso de pagar las deudas exteriores del Estado ruso.

Kolchak, que ha dejado el recuerdo de un hombre tan poco paciente como sumamente íntegro, no quería contestar a estas condiciones draconianas, y sus colaboradores tuvieron que realizar un esfuerzo inaudito de persuasión para decidirlo a responder de modo diplomático a aquello que Chamberlin llama el catecismo político impuesto por Clémenceau al Almirante. Cuando lo hizo ya era tarde; sus tropas, por culpa del general checo Gayda, que mandaba el frente septentrional y se negaba a realizar sus operaciones de acuerdo con los comandantes rusos de los otros sectores, empezaron a sufrir una serie de fracasos que habían de llevarlos muy pronto a la desarticulación del frente blanco de Siberia.

A pesar del panorama sombrío que ya se extendía ante sus ojos, Kolchak contestó con dignidad: se empeñaba en convocar una asamblea constituyente y en remitirle sus poderes en el momento mismo de la derrota soviética; reconocía la independencia de Polonia, pero aclaraba que la cuestión de Finlandia no podía ser resuelta sino por la asamblea constituyente que debería ser elegida después de la victoria; asimismo, solamente la Sociedad de las Naciones estaba habilitada para resolver las controversias engendradas por la cuestión de las nacionalidades alógenas; concluía reconociendo que, desde el punto de vista de su gobierno, no parecía posible una vuelta al antiguo régimen.

Los aliados se contentaron con ayudar al gobierno de Omsk bajo forma de envíos limitados de material de guerra, pero no procedieron al proyectado reconocimiento diplomático; mientras que, por no ser todavía desesperada la situación del frente siberiano, una ayuda poderosa y un franco reconocimiento habrían cambiado probablemente la suerte de la guerra. Esta ayuda infinitesimal

---

[9] Fueron presentadas a Sergio Sazónov, el antiguo ministro de Relaciones Exteriores de Nicolás II, que ejercía las mismas funciones en el gobierno Kolchak, pero con residencia en París; 27 de mayo de 1919.

y este no reconocimiento proceden de causas bien distintas además de la contestación poco satisfactoria del Almirante y de su peligrosa situación militar; dichas causas pueden fundamentarse en la mala voluntad de la misión militar norteamericana que actuaba en Omsk bajo el mando del general William S. Graves, quien, dicho sea de paso, consideraba la intervención de su país en Siberia como una aventura [10]; en la oposición sistemática del jefe de la misión francesa, general Janin, quien representará un papel tan... equívoco en el vergonzoso asunto de la entrega del Almirante a los rojos; y, también, en los choques constantes que estos militares tuvieron con el general Knox, jefe de la misión británica y partidario incondicional —contra su propio gobierno— de la experiencia siberiana. Ahora bien, mientras Knox —personalidad importante del Intelligence Service— no podía hacer nada a favor de Kolchak, en razón de la decisión tomada a este propósito por su gobierno, Graves y Janin se dedicaban a aplicar estrictamente las consignas de sus gobiernos respectivos. Así asume todo su valor aquello que Pepeliáiev, último presidente del consejo de Kolchak, escribía en su diario en septiembre de 1919: «La conducta de Norteamérica es vergonzosa... El general Graves retrasa la entrega de las armas que nosotros pagamos en oro.»

Que Knox haya podido entregarse tan libremente a sus manifestaciones de simpatía sin que su gobierno lo llamara seria y urgentemente al orden, es la única explicación verosímil del hecho de que Londres —que ya no tenía nada en Extremo Oriente gracias al debilitamiento de Rusia y a la fidelidad de su perro de guardia japonés— fijaba para entonces su atención en otros sectores, vitales para su seguridad: el mar Negro, el Báltico y el Cáucaso.

La cuestión del mar Negro y, por ende, de los Estrechos, había recibido una solución conforme a los intereses británicos merced a la derrota de Turquía y a la desaparición de Rusia del mapa internacional. Los tratados serían suficientes para sancionar diplomáticamente este estado de cosas y, allí, no era necesario escudarse tras hermosos principios de moral política para asegurar la preeminencia de la posición inglesa. Pero donde el problema se hacía más arduo de resolver era en el Cáucaso y en el Báltico, porque tomar garantías territoriales en regiones pertenecientes a Rusia era violar abiertamente la soberanía de dicho país, aunque, por el momento, esta soberanía estuviera reducida a su más mínima expresión. Además, tanto en la zona báltica como en las regiones caucásicas, los ingleses podían encontrar una justificación política que la historia del siglo décimonono entero les ofrecía en todo su esplendor:

[10] Así tituló más tarde su libro de justificación acerca de su actuación en Siberia: *America's Siberian Adventure* (New York, 1931), libro que no constituye más que una torpe respuesta a las acusaciones, formuladas contra él por una parte de la opinión pública norteamericana, de haber favorecido constantemente a los rojos.

el principio de las nacionalidades. Aquello que no podía hacer directamente, la diplomacia británica podía realizarlo por intermedio de «autoridades» locales, inventadas por ella, y de este modo la moral política quedaba a salvo.

En ambos casos, la intervención inglesa obedeció a dos propósitos muy distintos: el oficial, invocado por el Foreign Office para justificarse ante el mundo, y el verdadero, puesto en obra para asegurar los intereses políticos, estratégicos y económicos de Gran Bretaña. Y en este último caso se realizaban, como veremos, extrañas alianzas.

En el Cáucaso, el propósito oficial invocaba la necesidad de ayudar a Deníkin por una parte, y por otra obedecía al deseo de ayudar a los pueblos alógenos de Georgia, de Azerbaizhián y de Armenia (este último arrancado a la tiranía turca) a ejercer el libre derecho de disponer de sí mismos. El propósito verdadero consistía, por una parte, en crear en estas zonas empapadas de petróleo pequeñas repúblicas que dependerían de la buena voluntad inglesa; por otra, en impedir que Deníkin las agregara a los territorios ya controlados por él. De este modo, en diciembre de 1918, el presidente de cuatro compañías petrolíferas del Cáucaso podía declarar en la reunión de la *Bibi-Eibat Oil Company*: «En el Cáucaso, desde Batum, sobre el mar Negro, yendo hacia el este hasta Bakú, sobre el mas Caspio, y desde Vladikavkaz, yendo hacia el sur, hasta Tíflis, el Asia Menor, la Mesopotamia y Persia, las fuerzas inglesas han hecho su aparición, siendo bien acogidas por casi todas las razas y las religiones, las cuales esperan ser liberadas por nosotros del yugo turco o del bolchevique. Nunca en toda nuestra historia se nos presentó una ocasión más favorable de extender pacíficamente la influencia y el comercio británicos, de crear una segunda India o un segundo Egipto; pero la débil voz de nuestros hombres políticos, aplastados bajo el talón de la democracia, sumerge todas estas aspiraciones... La industria petrolífera rusa, libremente financiada y bien organizada bajo los auspicios británicos, podría ser enormemente ventajosa para el Imperio» [11].

Sin embargo, la oposición imperialista, personificada por la Cámara de los Lores, por las compañías petrolíferas, por el Estado Mayor del Ejército, por Churchill y por Lord Curzon, restaba bastante eficacia al talón de la democracia. Y así la ayuda británica fué concedida al ejército voluntario, pero tan sólo en la medida en que el material de guerra que se le entregaba fuera empleado únicamente contra los territorios controlados por las autoridades soviéticas; de modo que las fuerzas de Su Majestad pudiesen trazar la línea de demarcación indicada por el hombre de negocios más arriba citado. Deníkin tenía mano libre al norte de esta línea mientras que, al sur, le estaba prohibido

[11] Citado por W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.*, cap. XXVIII: «L'intervento degli Alleati».

emprender cualquier clase de operación militar o política. Que esto fuera contrario al lema de una «Rusia grande, unida, indivisa», se vió muy claramente en mayo de 1919, cuando el ejército voluntario ocupó —sin querer escuchar las protestas inglesas, y más por el deseo de demostrar simbólicamente su postura que de proceder a una extensión territorial— la región del Daghestán; ocupación que las autoridades británicas aceptaron en fin de cuentas porque, en dicha región, no se ofrecían muchas posibilidades de explotación económica para el presidente de la *Bibi-Eibat Oil Company*.

En las regiones bálticas, la intervención inglesa obedeció, en general, a propósitos semejantes aunque, esta vez, la preocupación política apareciera en primer lugar. Allí, el general Iúdenich intentaba hacer aquello que Deníkin hacía en Rusia meridional: reagrupar los elementos blancos con el propósito de organizar una ofensiva contra Petrogrado. Había situado su base de operaciones en Estonia, donde un pequeño cuerpo de ejército de tres mil quinientos voluntarios rusos luchaban desde el final de 1918 contra los rojos, en estrecha colaboración con los estonianos del general Laidoner. El Foreign Office y el Intelligence Service intuyeron pronto qué posibilidades les ofrecía la existencia de estas tropas antibolcheviques para realizar sin gran esfuerzo su propósito tradicional: el cierre de la ventana abierta sobre Europa por Pedro el Grande y sus sucesores. Para ello había de ayudar a Iúdenich durante algún tiempo y con suficientes medios como para llegar a la formación de una serie de Estados independientes de Rusia que se extendiesen entre ésta y el mar libre. Una vez asegurada esta formación —y particularmente la de Finlandia y de Estonia, que, por su situación geográfica, bloqueaban Petrogrado y Kronstadt, las únicas bases rusas importantes— no costaría mucho trabajo abandonar a Iúdenich. Inclusive, resultaba infinitamente más provechoso para los intereses ingleses favorecer la victoria de los rojos con preferencia a la de los blancos, ya que estos últimos, de ser victoriosos, volverían a abrir la cuestión de la soberanía rusa sobre los territorios perdidos, mientras que aquéllos aparecían mucho menos peligrosos a este respecto.

Tal propósito quedó demostrado evidentemente cuando Iúdenich emprendió el 4 de octubre de 1919 su ofensiva contra Petrogrado con fuerzas compuestas por cinco mil blancos y quince mil estonianos, y con el apoyo de la flota inglesa del Báltico. En pocos días conquistó Gachina, Pavlovsk y Krásnoie Sieló y llegó, el 20 de octubre, a pocos kilómetros de Petrogrado. En este momento preciso, la armada británica dejó de bloquear Kronstadt y se retiró hacia Riga; abandonando los estonianos a Iúdenich y a sus voluntarios, quienes se vieron obligados a batirse en retirada en condiciones desastrosas.

Tal es el sentido exacto de la intervención aliada a favor de los blancos, planeada y realizada con miras marcadamente egoístas; proyectando únicamente asegurar la formación de un cordón de pequeños Estados entre Europa y

Rusia, cuya existencia reducía a la nada las ganancias territoriales obtenidas en un siglo y medio por el Imperio. Resultado no indiferente para Europa occidental y, singularmente, para Inglaterra. Más provechoso, incluso, en el caso de un afianzamiento del régimen soviético que en el de una victoria blanca; ya que ante el primer supuesto podía contar —Inglaterra— con la ventaja de haber establecido alrededor del paraíso de los proletarios el famoso «cordón sanitario», tan añorado por Clémenceau y tan necesario para que el sistema capitalista pudiera proseguir una existencia tranquila.

Intervención que, aplicada de este modo, no representa un papel indiferente en la derrota final de los ejércitos blancos y justifica plenamente a quienes hablarán un día de la acción de los aliados contra Rusia, antes, durante y después de la guerra [12].

* * *

Con el pronunciamiento efectuado el 18 de noviembre de 1918 por los elementos nacionalistas del Ejército de Siberia contra el directorio civil de Omsk —fruto él mismo del Congreso de Ufá— Kolchak había asumido al mismo tiempo que la jefatura del gobierno el título de Regidor Supremo. Este título significaba que su poder era absoluto porque concentraba en sus manos la autoridad civil y militar, pero, asimismo, limitado en el tiempo, puesto que debía caducar el día mismo de la victoria y pasar a una Asamblea Constituyente libremente elegida. Así que, desde el primer día, el gobierno dictatorial de Siberia se encontró enfermo de precariedad. Que es lo peor que puede suceder a cualquier gobierno, especialmente en período de guerra civil.

Por otra parte, este excelente marino, íntegro y valiente, considerado, dentro y fuera de Rusia, como uno de los mejores oficiales de la Armada imperial; que había sabido, gracias a su tacto y a su severidad, proteger la flota del mar Negro, mientras permaneció a sus órdenes del contagio de las ideas subversivas, era el hombre menos indicado para representar el papel político que su nueva función exigía. No tenía ninguna experiencia del mundo político, si bien alimentaba propósitos políticos muy definidos. Nada reaccionario —era hijo de un modesto ingeniero y debió todos sus ascensos a su mérito y a sus acciones de guerra— admitió en su consejo a personalidades civiles —entre las cuales algunos miembros del partido Kadete— que tenían la misma experiencia, pero no idénticos propósitos. No contaba con mucha experiencia para el mando de las grandes unidades terrestres y, en materia de operaciones militares, tuvo que contentarse con la buena voluntad de colaboradores que desgraciadamente

---

[12] GENERAL ZAIONJIKOVSKIY: *Les Alliés contre la Russie, avant, pendant et après la guerre mondiale*, Moscú, 1923.

no poseían el talento de los de Deníkin, pero con este agravante: que, cuando no eran ambiciosos incapaces como Gayda o Lébedev, desaparecían en el momento más grave como Kappel, o se les convocaba demasiado tarde, como Diederichs.

Las operaciones se desarrollaron felizmente al comienzo. Perm fué capturada en febrero de 1919 y Ufá el mes siguiente y sus fuerzas se establecieron a lo largo de una línea que pasaba por Glazov, Buzuluk, Orenburg y Uralsk. Pero en este momento Gayda, jefe del sector norte, empezó a actuar por su cuenta sin dar importancia a sus comunicaciones con los demás sectores, cuyos comandantes pretendían desencadenar operaciones conducentes a un enlace rápido con Deníkin. Para conquistarse la gloria personal, que le era necesaria para imponerse a los rusos, Gayda emprendió una acción por su cuenta con el propósito de enlazar con los ingleses del sector del mar Blanco. Error que los rojos, ya bastante bien organizados por Trotskiy, supieron aprovechar atacando el dispositivo de Kolchak por el centro y obligando así a Gayda a retroceder apresuradamente para no quedar aislado de sus líneas interiores. Las operaciones intentadas en los otros sectores, por orden del jefe de Estado Mayor Lébedev, fracasaron igualmente y únicamente consiguieron que fuera prohibida la iniciativa de las operaciones al conjunto del ejército siberiano. Aprovechando esta oportunidad, el ejército rojo pudo volverse contra Deníkin.

Este, entre mayo de 1918 y junio de 1919, había realizado progresos extraordinarios y destrozado completamente los dos ejércitos soviéticos del sector del Doniets y otros dos ejércitos que cubrían Tsáritsin. Al mismo tiempo, llevando su ofensiva en dirección de Ucrania, conquistaba Járkov. A finales de junio de 1919, no quedaban fuerzas rojas en el Don, y buena parte de Ucrania oriental y del territorio del Doniets habían sido sólidamente ocupadas.

A pesar de la opinión contraria de Wranguel, ahora jefe del ejército caucasiano, y de Sídorin, general de los cosacos del Don, que abogaban por operaciones más limitadas, Deníkin decidió entonces poner en práctica el llamado «plan de operaciones de Moscú» cuyo objetivo era la conquista de la capital milenaria. Pero, en vez de concentrar la masa de sus fuerzas a lo largo de una directriz principal, la línea Járkov-Moscú, por ejemplo, optó por una maniobra en abanico que debía desarrollarse según tres directrices de igual importancia: el centro la de Járkov-Moscú, con el general Mai-Maievskiy; al este, la de la línea del Volga con el general Wranguel; al oeste, la de Ucrania meridional, con el objetivo Jersón-Nikoláiev, con el general Brédov. Maniobra que no tardó en revelarse demasiado amplia porque diseminó las fuerzas blancas, especialmente en el sector oeste donde se extendiera —y no por culpa de Deníkin, como vamos a ver— hasta Ucrania occidental. Tanto es así que, después de la caída de Jersón, de Nikoláiev y de Odesa, el 31 de agosto, Brédov

entraba en Kiev, «La ciudad madre de Rusia», desbaratando los huestes de Petliura.

Los jefes soviéticos aquilataron perfectamente el peligro que se cernía sobre sus cabezas y entonces suspendieron sus operaciones contra Kolchak y acumularon sus efectivos, puestos al mando de Sergio Kámenev, contra el sector meridional. Inmediatamente, desencadenaron una doble ofensiva en dirección de Tsáritsin por una parte, de Járkov por otra, pero fracasaron, sobre todo porque cometieron el error de atacar en los sectores cosacos donde su influencia era nula y donde la falta de proletariado industrial y de campesinos pobres les obligó a luchar tanto contra la población civil como contra las tropas blancas. Un factor no desdeñable de su fracaso reside también en el hecho de que un cuerpo de siete mil soldados de caballería al mando del extraordinario general Mámontov efectuó un raid de ochocientos kilómetros en su retaguardia, destrozando concentraciones de tropas, destruyendo nudos ferroviarios y líneas de comunicaciones, tomando por asalto ciudades y centros de abastecimientos y sembrando el terror por la rapidez y la brutalidad de su acción.

En septiembre, Deníkin explotó su éxito defensivo con un ataque general que le permitió la conquista de Kursk, de Voronezh, de Chernigov y, el 13 de octubre, de Oriol, sobre la carretera principal de Moscú, que se encontraba así a menos de trescientos veinte kilómetros de las vanguardias blancas. Las fuerzas de Deníkin, con la captura de Oriol, habían alcanzado el punto máximo de su progresión.

Frente a los doscientos cincuenta mil combatientes que el Estado Mayor rojo podía concentrar en todo momento en el sector más amenazado del frente meridional, gracias a líneas de comunicación irradiantes, Deníkin debía vigilar una línea de combate de dos mil kilómetros con un ejército de ciento cuarenta mil hombres, para cuyo desplazamiento disponía tan sólo de vías secundarias. No le era posible, por consiguiente, proseguir su ofensiva contra Moscú sino asegurando sólidamente sus flancos, operación imposible en razón de la escasez de sus efectivos, o acortando su línea de frente, medida difícil de tomar porque consistía en abandonar al enemigo territorios ricos en trigo y en materias primas como Ucrania y el Doniets; o bien contando con la entrada en juego de un elemento nuevo. Y precisamente porque contaba con la entrada en juego de este elemento nuevo, Deníkin había tomado la decisión de extender su ofensiva en abanico en dirección oeste hasta Kiev.

En efecto, si había ordenado a Brédov efectuar la conquista de esta ciudad, no fué solo para agregar a sus territorios un centro estratégicamente inútil en razón de la presencia de elementos nacionalistas o raciales antirusos, sino porque el gobierno polaco le había prometido intervenir a su lado con todas sus fuerzas el día en que la capital de Ucrania hubiera caído entre sus manos. Esta

es la razón por la cual había extendido su maniobra hacia el oeste, pero de forma que los estrategas profesionales han encontrado contraria a todas las reglas de la guerra de movimiento; siendo, sin embargo, la única que el ejército blanco podía practicar. Pues es evidente que la entrada en acción de los polacos en el momento de la caída de Kiev y de Oriol hubiera llevado indefectiblemente al ejército voluntario a la conquista de Moscú, ya que le hubiera permitido acortar su frente de más de mil kilómetros y concentrar cincuenta mil hombres más, así liberados de su tarea de ocupación en Ucrania, en razón de la operación principal. La causa de haber alargado sus líneas hasta lo inverosímil —hecho que los estrategas le han reprochado sin pararse a considerar su prudencia habitual— reside enteramente en la promesa formal hecha por Pilsudski de intervenir cuando la captura de Kiev le hubiera proporcionado el medio de utilizar doscientos mil hombres más en la contienda.

Pero la intervención polaca no tuvo lugar porque Pilsudski —el antiguo colega en conspiración de Alejandro Uliánov— llegó a estimar, posiblemente, tras los consejos de sus protectores franceses, que no querían oír hablar de una Rusia nacionalista victoriosa —tanto más cuanto que, si Deníkin no se había declarado abiertamente monárquico, la mayor parte de sus colaboradores abogaban por una restauración— llegando a pensar, a través de algún comentario, que para realizar las aspiraciones territoriales polacas resultaba más fácil entenderse con rojos, acosados por el hambre y las derrotas, que con blancos victoriosos. De modo que, lejos de permanecer fiel a sus compromisos, el polaco no vaciló en tomar contacto con las autoridades soviéticas. Chamberlin escribe a este propósito: «Un comunista polaco, Julián Marjlewski, pudo entrar en Polonia en octubre (de 1919). Oficialmente se trataba de un representante de la Cruz Roja rusa que iba a tomar acuerdos con el Gobierno de Varsovia sobre la repatriación de los rusos que hubiera en Polonia y de los polacos existentes en Rusia. En realidad, era un agente autorizado del Comisariado de Asuntos Exteriores, y sus conversaciones con un agente confidencial del mariscal Pilsudski trataron de cuestiones políticas de mucho más vasto alcance. Parece que los argumentos llevados por Marjlewski fortalecieron la convicción personal de Pilsudski de que una victoria de los rusos blancos no sería conforme a los intereses nacionales polacos: Deníkin, dueño de Moscú y dictador panruso, reconocería probablemente la independencia polaca, pero seguramente no opinaría lo mismo respecto al trazado tan generoso como el que Pilsudski ambicionaba obtener a lo largo de la frontera oriental de Polonia y que comprendía un territorio habitado por millones de rusos blancos, ucranianos y lituanos» [13].

[13] W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.*, cap. XXXII.

Aquello que en las relaciones internacionales se ha convenido llamar realismo político —y que, salvo excepciones, no es más que satisfacción del egoísmo más inmediato— desemboca generalmente en el fracaso. Los sufrimientos de Polonia, que encuentran su origen directo en la falta de Pilsudski a su palabra para con Deníkin, lo demuestran claramente. En aquel mes de octubre de 1919, por culpa del dictador de Polonia, el curso de la guerra civil en Rusia sufrió un cambio sensacional que, a través de la derrota de los blancos, habría de llevar al afianzamiento del régimen soviético y, por ende, merced a los acontecimientos que se extienden entre los años 1939 y 1945, a la desaparición de Polonia como nación soberana. La sed de territorios no polacos que inspiró al mariscal Pilsudski su decisión de no hacer frente a sus compromisos, tuvo por resultado fatal la pérdida de la libertad polaca y la esclavización de millones de hombres, cuyos padres durante un siglo y medio habían persuadido a Europa de la justicia y de la moralidad de su causa, pero cuyos dirigentes, en la primera oportunidad que les fué ofrecida por el destino de demostrar que para ellos estos conceptos de justicia y de moralidad no eran unilaterales, no supieron sacrificar apetitos políticos desproporcionados en relación con su responsabilidad histórica.

Libres de la pesadilla polaca gracias a los compromisos de no intervención asumidos por Pilsudski, los dirigentes del ejército rojo pudieron dedicar todos sus recursos a la liquidación definitiva del frente siberiano y a la organización de una ofensiva en el sector meridional.

Acosadas por fuerzas superiores en número y en armamento —ya que por una extraña casualidad los depósitos militares abandonados por los ingleses en Rusia septentrional habían caído en manos de los bolcheviques— las tropas del ejército voluntario refluyeron hacia los puertos del mar Negro, abandonando una tras otra, pero siempre en perfecto orden y después de una defensa encarnizada, las ciudades conquistadas durante los meses anteriores. El 27 de marzo de 1920, en Novorossiisk, los restos del ejército voluntario y de los cosacos del Don y del Kuban —unos cincuenta mil hombres— terminaban las operaciones de embarque y tomaban la dirección de Crimea, único rincón de tierra europea que seguía seguro entre las manos de los blancos. Deníkin abandonaba entonces su cargo de general en jefe y lo remitía a la Asamblea de los generales antibolcheviques, que designaba inmediatamente al general Wranguel para sucederle. El general Slashchiov, encargado de la defensa del istmo de Perekop, impidió por la furia de sus contraataques que la derrota nacionalista se transformara en desbandada total y que las fuerzas rojas ocuparan la Península. En las semanas siguientes, los ingleses abandonaban sus últimos puntos de apoyo en el Cáucaso.

El frente meridional se había transformado poco a poco de principal en frente secundario para los rojos que, desde algunos meses, estaban empeñados

en la liquidación del régimen instaurado por Kolchak el 18 de noviembre de 1918. Ya el 14 de noviembre de 1919, Omsk, capital del Gobierno siberiano, había caído en poder de los bolcheviques, y el Almirante pudo tomar la dirección de Irkutsk en medio de las peores dificultades; el 5 de enero de 1920 una rebelión organizada por los socialistas revolucionarios con la participación de las tropas checas y de elementos bolcheviques, y con el beneplácito de la misión militar del general Janin, había instaurado en Irkutsk un llamado «Centro Político», cuya tarea parece haber sido la de preparar un retorno al régimen soviético. El 15 de marzo, a su llegada a Irkutsk, Kolchak, que se había puesto bajo la protección del general Janin, fué encarcelado, sin que llegara a protestar siquiera la persona que se había comprometido a asegurar su pasaje al extranjero. Dos semanas más tarde, los bolcheviques —con la aquiescencia de las tropas checas— derribaron sin esfuerzo el «Centro Político», y, el 7 de febrero de 1920, Kolchak y Pepeláiev eran fusilados por un piquete al mando del chekista Chudnovskiy.

El 16 de enero, el Consejo Supremo Interaliado había decidido suspender el bloqueo económico de Rusia soviética. Poco después las tropas británicas evacuaban Arcángel.

* * *

El período que sigue a la desaparición de Kolchak y al desmoronamiento del ejército blanco en Rusia meridional es el que eligió Pilsudski para emprender la acción militar que, algunos meses antes, hubiera sido tan útil para Deníkin en su ofensiva contra Moscú.

A primera vista, semejante decisión es inexplicable, sobre todo si consideramos los peligros que sus consecuencias inmediatas acarrearon al joven Estado polaco; peligros enteramente debidos a la imprevisión política y militar. Sin embargo, en su mismo origen, pueden encontrarse los factores psicológicos que caracterizan el odio polaco contra Rusia, entre los cuales, en este caso específico, el famoso «realismo» político, señalado más arriba, y el temperamento particular polaco no ocupan un lugar secundario.

Al considerar la situación creada por la derrota de Deníkin, Pilsudski comprendió de golpe que la indiferencia soviética en materia de delimitaciones territoriales entre los dos países —indiferencia impuesta por la rémora física y moral que acompaña generalmente a quien lucha en retirada— no tardaría en transformarse en hostilidad y que le convenía, por consiguiente, ocupar por sorpresa las regiones que ambicionaba para la realización de la Gran Polonia de sus sueños. Aquí es donde entra en juego el temperamento polaco. En el momento en que, después de decenios de luchas y de protestas, habían recuperado su independencia nacional, los polacos —su historia revela que nunca fueron capaces de limitar sus ambiciones por la razón— adquirieron la firme

convicción de su absoluta superioridad sobre los rusos, considerados como un pueblo a quien un leve empujón bastaría para liquidar. Pilsudski estimaba que había llegado el momento de colocar a Rusia ante un hecho consumado que le parecía tanto más fácil de realizar cuanto que juzgaba que el ejército rojo se encontraba totalmente agotado por la lucha sostenida contra Kolchak y Deníkin.

Olvidaba solamente que para los rusos, blancos o rojos, Polonia era un pequeño pueblo agitado e inquieto, enemigo secular de Rusia. Olvidaba igualmente que la reconstitución reciente de su patria era un «handicap» peligroso para la realización de un gran designio político, porque el fruto de dicha reconstitución no había sido un conjunto nacional armonioso: la anexión de densas minorías de alemanes, de ucranianos y de rusos blancos, en efecto, había inoculado en el cuerpo polaco un fermento activo de disgregación. Cuando consideramos que el gran propósito de Pilsudski tendía a la integración de otros elementos alógenos que, de sumarse a los ya integrados, pero no digeridos, hubieran transformado el elemento polaco en minoría, resulta incomprensible que una mente sana haya podido alimentarlo. Para volver a encerrar a Rusia entre sus límites de los Tiempos Turbios, Pilsudski no había hecho sino poner su «realismo» al servicio de su odio contra ella. En efecto, entre el grupo de Estados bálticos que se habían independizado a raíz del colapso imperial y el grupo de repúblicas autónomas, suscitadas por Inglaterra en el Cáucaso, pretendía crear una zona puesta bajo el control político de Polonia (y todo permite pensar que bajo el control económico francés), zona que debía estar formada por una república de Ucrania y por dos Estados cosacos en el Don y en el Kubañ. Así, pues, en Europa oriental, Polonia ocuparía el lugar preeminente que, hasta 1917, había pertenecido a Rusia [14].

---

[14] Proyecto que no por haber fracasado en 1920 fué abandonado por los polacos. En 1939, su propaganda volvió a hablar abiertamente del gran designio de Pilsudski. En mayo de aquel año, el autor de estas líneas recibió de un amigo residente en Varsovia un pequeño mapa —editado en forma de cartulina postal— que presentaba los límites de la futura Gran Polonia, tal como sería después de la derrota de Rusia y de Alemania, ya que a las adquisiciones a expensas de Rusia que coincidían *grosso modo* con las que Pilsudski ambicionaba, dicho mapa agregaba vastos territorios germánicos, comprendidos Sajonia, Prusia Oriental y Brandeburgo, hasta el Oder. Resulta bastante curioso que, algunos meses más tarde, las dos «víctimas» de Polonia se hayan puesto de acuerdo para despedazarla. Los propósitos aliados para con Rusia en los arreglos de 1919 no escaparon a todos los occidentales. El 10 de mayo de 1919, en vísperas de los tratados que pretendieron establecer en Europa una perenne estabilidad de fronteras y de regímenes, JACQUES BAINVILLE escribía en *L'Action Francaise* las líneas siguientes, que vienen a ilustrar por anticipado el mecanismo del pacto Hitler-Stalin: «En el Este, la paz está por hacerse, en ausencia de Rusia. No sería posible conceder a Polonia y a Rumania los límites orientales que se les otorga si existiese aún un Estado ruso y si este Estado siguiese siendo nuestro

El 25 de abril de 1920, los polacos lanzaban una violenta ofensiva contra las débiles fuerzas soviéticas que, al oeste de Zhitomir, cubrían la carretera de Kiev. Las tropas rojas, desprevenidas, no opusieron más que una débil resistencia. El 6 de mayo, Kiev caía en manos de las fuerzas de invasión que restauraban inmediatamente el gobierno «nacionalista» de... Petliura, el amigo de los franceses.

Este fué el gran error de Pilsudski, el mayor quizá de todos aquellos que cometió, uno tras otro, en ocasión de esta guerra. Nunca Petliura tuvo muchos partidarios en Ucrania, ni siquiera en la época en que la lucha era exclusivamente asunto ruso; resulta, por consiguiente, bastante extraño que el dictador de Polonia, que conocía bien su mapa de Rusia, hiciera tan a la ligera la designación de este agitador sin talento y sin tropas para dar cuerpo a sus vastos proyectos. Ya que si había rusos que tradicionalmente odiaban a los polacos, éstos eran precisamente los ucranianos que veían en ellos, desde siglos, a enemigos no sólo de su patria, sino, sobre todo, de su religión [15]. Y aquí habrá

---

aliado. Igualmente en lo que concierne a Galitsia y a los Rutenos. Sería demasiado largo entrar en el detalle de las atribuciones y de los repartos proyectados. Baste decir que se harán sin que la Rusia de Moscú, ni la de Kiev estén presentes. Tales son las condiciones en las cuales la Conferencia (de la paz) levanta la «barrera» de los nuevos Estados con los que toda una escuela quiere contar para contener a Alemania en el Este. Para contener a Alemania en la vertiente opuesta a la nuestra, son necesarias, en efecto, una gran Polonia, una gran Bohemia, una gran Rumania. Estos tres Estados no pueden tener consistencia, no pueden comunicar entre sí sino agregándose territorios rusos o habitados por poblaciones eslavas tradicionalmente sometidas a la influencia ucraniana o moscovita.

»Lo que se haga durará, pues, tanto como sea posible dejar de lado a Rusia o que Rusia siga adormecida. El establecimiento de la «barrera» postula este sueño eterno. El día en que un Estado ruso volviera a nacer y fuera capaz de alentar una política exterior, su alianza se establecería automáticamente con Alemania contra los países formados a expensas de ambos. Como en el tiempo de sus desgracias, Polonia se encontraría entre dos fuegos...».

Y, en otro artículo, publicado con fecha 28 de febrero de 1920 en el mismo periódico, el maestro de la escuela nacionalista vaticinaba: «Si es posible que Rusia se levante de nuevo sin otras crisis ni recaídas en la anarquía, si vuelve a aparecer en Europa cual potencia fuerte y honorable, todo lo que se haga mientras duerme, no lo reconocerá, o bien no lo reconocerá más que en apariencia. Se hará la aliada natural de quienes tengan interés en destruir los tratados, en trastornar la nueva distribución de los Estados y de los territorios».

[15] Para los sencillos ucranianos, los polacos católicos habían llegado a constituir todo el catolicismo, de suerte que su odio contra Roma coincidía con su odio contra ellos. Basta leer *Tarass Bulba* y *Los Cuentos de la aldea* para convencerse de que para los ucranianos, la religión católica debía ser odiada porque era la de los polacos, que, en sus numerosas invasiones del territorio ruso, siempre habían perseguido al clero ortodoxo e intentando imponer a las poblaciones invadidas el rito romano. Error que Roma intentó

que buscar una vez más la influencia de Francia que consideraba a Petliura, al mismo tiempo que como un defensor de los principios democráticos, a un hombre que, para mantenerse en el poder con el apoyo extranjero, no vacilaría ante cualquier concesión de tipo económico. Todo esto hizo que la mayor parte de los pocos partidarios que el *atamán* había tenido en su patria abandonaran su filas y colaboraran con los soviéticos en la defensa del territorio nacional.

Por otra parte, un gran número de rusos que, seguramente, no eran filosoviéticos, reaccionaron ante la agresión de un modo que los acontecimientos de los meses anteriores no hubieran permitido prever. No pocos fueron, por ejemplo, los antiguos oficiales del ejército zarista que se alistaron en las tropas rojas, y se vió al viejo general Brusílov firmar un llamamiento al pueblo ruso para pedirle que se agrupara alrededor del gobierno y lo ayudara a rechazar del territorio nacional al enemigo secular. Sin perder un instante en reuniones de estado mayor y, sobre todo, sin pedir el consentimiento del Comité Central, al que no consultó siquiera, Trotskiy hizo afluir hacia el frente ucraniano las tropas que la derrota de Kolchak y la retirada de Deníkin habían liberado, dejando tan sólo un ejército frente al istmo de Perekop.

A partir del momento en que el ejército polaco, después de la conquista de Kiev, se hubo instalado en una estrecha franja de teritorio a lo largo de la orilla izquierda del Dniepr, instalación que coincidió con el primer aflujo de los refuerzos soviéticos, la guerra empezó a tomar un giro diferente para él. La zona de operaciones se dividió en dos sectores principales, el de Blanco-Rusia, al Norte, donde se efectuó la más intensa concentración de tropas rojas a lo largo de la carretera que Napoleón había utilizado para su marcha hacia Moscú, y el de Ucrania del sur; sectores que estaban divididos por los intransitables pantanos de Polesie.

El 14 de mayo, el joven general Tujachevskiy, jefe de las fuerzas del sector norte, desencadenó una poderosa ofensiva en dirección al importante nudo ferroviario de Molodechno. Al día siguiente, el cuerpo de caballería, al mando del general Budionniy —que en el comienzo de la ofensiva polaca se encontraba en Rostov—, tomó posición en el sector de Elizavetgrad.

El 5 de junio, Budionniy rompía las líneas polacas cerca de Kazatin y ocupaba Berditsev y Zhitomir. El 12, para evitar el cerco que se les venía encima por su flanco derecho y su espalda, los polacos abandonaban Kiev y se replegaban sin poder romper el contacto, pero en orden perfecto, hacia sus líneas de partida. En el mismo momento, las tropas de Budionniy alcanzaban los suburbios de Lemberg.

---

reparar cuando ordenó que la obra misional católica en territorio ortodoxo fuera realizada en función del rito oriental, lo que provocó la indignación de los católicos polacos.

Sus victorias más sensacionales las debía cosechar el ejército rojo en el sector septentrional, donde, al término de una furiosa batalla que se desarrolló del 4 al 7 de julio, destruía el primer ejército polaco. Minsk caía el 11 de julio, y Vilna, el 14, momento que los lituanos eligieron para lanzar sus fuerzas en la contienda al lado de las de Tujachevskiy. Los polacos, a pesar de su cohesión y de su alto espíritu combativo, debieron ceder en todo este sector y seguir retirándose, primero detrás del río Bug, luego más allá del Narew, últimos obstáculos antes de Varsovia. El 1.º de agosto, Bialistok, Pinsk y Brest-Litovsk estaban en posesión de los rojos.

Una vez llegados a los límites de la Polonia lingüística, éstos decidieron transformar la guerra, que hasta entonces había sido defensiva, en guerra revolucionaria, y sus proclamas, al mismo tiempo que evitaban hablar de una destrucción de la independencia polaca, empezaron a anunciar la instauración de un gobierno comunista en Varsovia. Entonces fué cuando un grupo de comunistas polacos, radicados en Rusia, se agregó al estado mayor del ejército rojo. A su cabeza se encontraba Julián Marjlewski, el mismo que había negociado la no intervención polaca en el momento de la ofensiva Deníkin.

Pero el estallido de nacionalismo que había dificultado la invasión de Rusia por los polacos iba a repetirse en Polonia a expensas de los rusos. Allí existía un sólido sentimiento nacional que pertenecía igualmente a todas las clases sociales, y, fuera de algunos elementos hebraicos, Marjlewski no encontró ninguna adhesión entre sus compatriotas. Los obreros industriales, a los que los soviéticos esperaban ver plegarse a ellos en el instante mismo de su aparición, se alistaron en masa en el ejército nacional, fenómeno que desmoralizó considerablemente a los invasores. A la declaración de Lenin: «romper en Polonia la costra de la resistencia burguesa con las bayonetas del ejército rojo», los polacos contestaron demostrando que dicha costra era infinitamente más sólida de lo que el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo había previsto. Ya que si Pilsudski había cometido el error de aliarse con Petliura, Vladímir Ilich cometió la torpeza de enviar a Polonia no sólo a un títere ignorado como Marjlewski, sino, sobre todo, a Dzerzhinskiy, más odiado por los polacos que por los rusos, puesto que veían en él, además de un verdugo, un traidor y un renegado [16].

---

[16]. En el asunto polaco o, mejor dicho, en la segunda fase de este asunto, esto es, cuando se trató para él de extender la empresa revolucionaria que encabezaba a la joven nación polaca, Lenin, cuyo pensamiento se caracteriza por referencias constantes al de los fundadores del socialismo científico, tenía evidentemente que buscar justificaciones teóricas en los escritos de Marx y de Engels, aglutinante de su «conciencia» revolucionaria. En la *Correspondencia* de MARX y de ENGELS, seleccionada por el Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú (Edición argentina, Buenos Aires, 1947), encontramos la carta siguiente dirigida por Engels a Marx:

Lord Curzon, ministro inglés de Relaciones Exteriores, había intervenido el 12 de julio para proponer una suspensión de las hostilidades y la apertura de una conferencia en Londres, amenazando con una intervención franco-inglesa en el caso de que los rusos franqueasen el río Bug. La respuesta soviética hablaba tan sólo de la posibilidad de negociaciones directas rusopolacas, y, a pesar de las amenazas de Francia y de Inglaterra, el 1.° de agosto el ejército rojo pasaba el Bug y tomaba con decisión el camino de Varsovia. El 22 de

---

«Manchester, 23 de mayo de 1851.

«...Cuanto más pienso en el asunto, tanto más claramente se me aparece que los polacos como nación, están acabados y sólo pueden ser empleados como instrumentos hasta que la propia Rusia sea arrastrada a la revolución agraria. A partir de ese momento, Polonia no tendrá en absoluto razón de existir. Los polacos nunca han hecho otra cosa en la historia, sino jugar a la estupidez fanfarrona y camorrera. Y no se puede señalar ningún ejemplo de que Polonia haya representado exitosamente el progreso, siquiera en relación con Rusia, y que haya hecho cosa alguna de importancia histórica. En cambio, Rusia es realmente progresista en relación con el Oriente. A pesar de su bajo nivel de vida y de la roña eslava, la dominación rusa es un elemento civilizador en el Mar Negro, en el Caspio y en Asia Central y entre los bashkires y tártaros, y Rusia ha absorbido muchos más elementos civilizadores, y especialmente industriales, que los polacos, cuya naturaleza entera es la del ocioso caballero. El solo hecho de que la aristocracia rusa —desde el Zar y el Príncipe Demídov, hasta el más piojoso boyardo de la clase décimocuarta, que sólo es *blagorodno* —bien nacido—, fabrica, trafica, entrampa, se permite ser corrupto y hacer toda clase posible de negocios, cristianos o judíos, es ya una ventaja. Polonia nunca ha sido capaz de nacionalizar elementos extranjeros. Los alemanes de las ciudades son y siguen siendo alemanes. Todo germano-ruso de la segunda generación es un ejemplo viviente de la facultad rusa de rusificar alemanes y judíos. Inclusive, los judíos adquieren ahí pómulos eslavos.

»Las guerras napoleónicas de 1807 y 1812 ofrecen notables ejemplos de la «inmortalidad» de Polonia. Lo único inmortal de Polonia fué su hábito de recoger camorras infundadas. A esto se agrega que la mayor parte de Polonia, la llamada Rusia Blanca —es decir, Byelostok, Grodno, Vilna, Smolensk, Minsk, Moghilev, Volhynia y Podolia— se han dejado gobernar por los rusos tranquilamente, con pocas excepciones, desde 1772; a excepción de unos pocos ciudadanos y nobles aquí y allá, nunca se han agitado. Una cuarta parte de Polonia habla el lituano, otra cuarta parte el ruteno y una pequeña parte se entiende en semirruso, mientras que de la zona polaca propiamente dicha, una tercera parte está germanizada.

»Afortunadamente, en la *Neue Rheinische Zeitung* nunca contrajimos ninguna obligación positiva para con los polacos, excepto la inevitable de su restauración con fronteras adecuadas; y aun esto sólo con la condición de una revolución agraria. Estoy seguro de que esta revolución se llevará completamente a cabo antes en Rusia que en Polonia, debido al carácter nacional y a que los elementos burgueses están más desarrollados en Rusia. ¿Qué son Varsovia y Cracovia comparadas con Petersburgo, Moscú, Odesa, etc.?

»Conclusión: quitar todo lo posible de la Polonia occidental, ocupar con alemanes sus fortalezas, especialmente Posen, so pretexto de defensa, dejarlos que se hagan un lío, conducirlos al fuego, comerles su país, alimentarlos con esperanzas acerca de Riga y de Odesa, y, si puede lograrse que se muevan los rusos, contraer con ellos una alianza y

julio, Varsovia había pedido el armisticio. Chicherin contestó únicamente el 10 de agosto, cuando la capital polaca estaba ya directamente amenazada, exigiendo la reducción del ejército polaco a cincuenta mil hombres y la creación de una milicia compuesta por obreros industriales, la participación de delegaciones obreras en las negociaciones de paz, concesiones de tierra a los polacos mutilados de guerra, condicionando, finalmente, que los oficiales polacos prisioneros permanecerían en Rusia en situación de rehenes a canjear por los comunistas polacos. Ello equivalía a la instauración del régimen soviético en Polonia.

A partir de este momento, las condiciones de esta guerra incoherente sufrieron otro cambio sensacional. Pilsudski y su consejero militar, el general francés Maxime Weygand, acumularon sus fuerzas con todas su reservas de artillería en el campo atrincherado de Varsovia, y, aprovechando los errores del alto mando soviético, pudieron desencadenar una contraofensiva que, en pocos días, salvó la capital e hizo imposible la sovietización del país.

Tujachevskiy había reunido sus cuatro ejércitos en la región norte de Varsovia. Pero sobre su ala izquierda se extendía un vasto territorio apenas cubierto, a continuación del cual empezaba el dispositivo del sector occidental al mando del general Iegorov, sector que incluía el cuerpo de ejército de Bu-

---

obligar a los polacos a irse. Cada pulgada de límite desde Memel a Cracovia que se les conceda a los polacos, arruina por completo esta frontera ya miserablemente débil desde el punto de vista militar y expone toda la costa báltica hasta Stettin.

»Más aún: estoy convencido de que cuando ocurra la próxima pendencia, toda la insurrección polaca se limitará a los nobles de Posen y Galitzia, con unos pocos adherentes del reino, pues el país está tan espantosamente exhausto que no puede hacer nada más; y las pretensiones de esos caballeros, a menos que sean apoyadas por franceses, escandinavos, etc., y fortalecidos por una trifulca en Checoslovaquia se desplomarán a consecuencia de su miserable ejecución. Una nación que a lo sumo puede poner en pie de guerra veinte a treinta mil hombres, no cuenta. Y Polonia no puede, ciertamente, hacer mucho más que eso...».

Se notará que, a lo largo de esta carta, Engels expresa puntos de vista político-estratégicos que parecen haber dictado a la diplomacia hitleriana toda su línea de conducta para con Polonia a partir de 1933: en primer tiempo, pacto de amistad con la promesa de una extensión territorial a expensas de Rusia; luego, alianza con Rusia para la destrucción de Polonia en el sentido de una anexión por Alemania de toda Polonia occidental y por Rusia de Polonia oriental. Con la consecuencia, no prevista por el alemán Friedrich Engels, de una victoria rusa sobre Alemania y de la anexión de todos los sectores estratégicos indicados al territorio soviético, anexión cuyo efecto práctico ha sido la desaparición de Polonia del mapa político real.

En toda esta carta, no se sabe qué admirar más, si el espíritu de previsión del autor, o su cinismo despiadado. De todos modos, la lección dada por Engels, si no pudo ser aprovechada por Lenin en razón de las condiciones deficientes del sistema militar soviético, lo fué magníficamente por Stalin menos de un cuarto de siglo más tarde.

dionniy. Pilsudski y Weygand lanzaron su contraofensiva contra el sector central, que rompieron sin encontrar resistencia, y virando por sorpresa hacia la izquierda en una maniobra rápida y envolvente pusieron en peligro cierto al ejército de Tujachevskiy. Budionniy y Iegorov se negaron a abandonar su sector para socorrer a su colega; cometiendo así un acto de insubordinación, por no calificarlo de sabotaje. Una parte del ejército de Tujachevskiy tuvo que refugiarse en Prusia Oriental, donde fué internada. El resto, a partir del 16 de agosto, emprendió una retirada que pronto se transformó en huída catastrófica. Brest-Litovsk y Bialistok caían el 19 y el 23 de agosto, respectivamente, y el 27, Budionniy sufría una derrota completa en Zamoste.

En estas condiciones, el gobierno soviético no podía hablar ya de sovietizar a Polonia y aceptaba que el 12 de octubre empezaran en Riga negociaciones de paz. La paz fué firmada el 18 de marzo de 1921, y sus condiciones eran muy desfavorables para Rusia, que perdía un territorio de cien mil kilómetros cuadrados, con una población de cuatro millones y medio de rusos blancos y de ucranianos que se vieron incluídos en una frontera que permaneció invariable hasta septiembre de 1939 [17].

* * *

En razón de la utilidad que ello podía reportar a los proyectos de su protegida polaca, Francia había reconocido la administración del general Wranguel como gobierno *de facto* del sur de Rusia el 12 de agosto de 1920, a condición de que desencadenara una ofensiva que le permitiera enlazar sus fuerzas en Ucrania con las del mariscal Pilsudski. Pero las alternativas de esta extraña guerra hicieron imposible este propósito, aunque Wranguel, para cumplir las condiciones de su reconocimiento, había lanzado, antes que éste se hiciera efectivo, un ataque con unidades de desembarco en la provincia de Táurida septentrional en el mes de junio, y conquistado esta región. Otro desembarco iniciado en agosto, para conquistar el Kubañ, fracasó tras algunos éxitos iniciales. Fracaso compensado por las ocupaciones que pudo realizar en agosto y en septiembre, cuando conquistó Iekaterinoslav, Taganrog y el puerto de Mariupol.

Sin embargo, el final de las hostilidades rusopolacas permitió a Trotskiy llevar al frente blanco todas sus fuerzas disponibles. Y pronto los rojos pudieron oponer a los treinta mil combatientes exhaustos de Wranguel ciento cincuenta mil hombres en acción de guerra, dotados de artillería y armas automáticas en superioridad aplastante.

El asalto a la última ciudadela de los blancos empezó el 7 de noviembre

---

17 «...la paz de Riga que, al segregarnos de Alemania, tuvo una influencia tremenda en el desarrollo futuro de los dos países». TROTSKIY: *Stalin*, cap. X.

de 1920, y el 11 se resolvió a favor de los rojos por la ruptura de las defensas del istmo de Perekop.

A pesar de la avalancha roja, Wranguel pudo proceder en buen orden a las operaciones de embarque de sus últimos combatientes y de sus familias, y evacuó en pocos días a casi medio millón de personas que no querían vivir bajo el yugo soviético. En la noche del 13 al 14 de noviembre de 1920, la evacuación —empezada en el momento de la contraofensiva soviética en Táurida— estaba terminada.

Wranguel agrupó a sus tropas en Turquía y quiso reorganizarlas para emprender, utilizando las unidades de la flota, una nueva campaña contra la Rusia soviética. Pero, el 17 de abril de 1921, Francia le retiraba su reconocimiento, poniendo así término a la última fase de la guerra civil, ya liquidada, en realidad, con la evacuación de Crimea [18].

* * *

Lo expuesto en este largo capítulo, consagrado a la guerra civil, ha sido escrito no sólo para relatar los acontecimiento que señalaron, de 1917 a 1920, la agonía de la Rusia tradicional y cristiana, sino también para rendir un homenaje, tanto más merecido cuanto que nadie pierde ya mucho tiempo en formularlo, a quienes, con medios miserables, pero con valor indómito, escribieron para aquella patria que desaparecía una última página de honor y de gloria. Ello implica que, al mismo tiempo, había que subrayar las responsabilidades que, desde fuera, tuvieron en este final un peso tan grande. Se ha redactado sin rencor, pero también en los términos severos que la conducta de los antiguos aliados de Rusia merecían; términos que, en verdad, encuentran su justificación en los hechos de nuestros días, consecuencia auténtica de dicha conducta.

Los historiadores que han asumido la tarea de justificar la política aliada para con los blancos aventuran tesis con el propósito de encubrir las numerosas violaciones de las promesas más solemnes de que esta política se hizo responsable. Lo que quiere decir que, al tiempo que evitan extenderse sobre los pormenores de la intervención aliada (es curioso, por ejemplo, cómo se pasa rápidamente sobre la actitud de los generales Janin y Graves), afirman sin cansarse que los blancos no podían ganar porque no alimentaban ningún concepto político preciso, o porque se habían revelado incapaces de gobernar sus territorios según las normas de una buena administración. Semejante ar-

[18] Bela Kuhn, expulsado de Hungría, fué encargado de la liquidación de los sospechosos de anticomunismo. Treinta mil personas fueron asesinadas en tres semanas (doce mil en una noche), incluso los heridos sin posibilidad de evacuación, ancianos y niños de ambos sexos, los sacerdotes y las enfermeras.

gumento sería ridículo si no fuera falso, ya que, por una parte, si no pudieron proclamar sus convicciones monárquicas, ello fué debido a la interdicción de los aliados; que, por otra, la reconocida incapacidad soviética para gobernar su zona —reconocida inclusive por el mismo Lenin repetidas veces entre 1917 y 1921— no impidió que los rojos alcanzaran finalmente la victoria, y que, mientras tanto, en las regiones dominadas por los blancos, la administración fué constantemente asegurada sin que nadie, allí, sufriera hambre o frío, lo que significa un resultado verdaderamente positivo si se le compara con lo que hizo el *Zemgor* en 1916. Cuando se pretende que Deníkin, Kolchak y Wranguel no fueron más que los agentes de ejecución de las clases pudientes, se miente de manera descarada, porque con ello se pretende disimular la verdadera situación interior de la parte de Rusia dominada por ellos durante algún tiempo. Ya que si bien, finalmente, Deníkin, Kolchak y Wrenguel fueron derrotados, nunca dejaron, mientras mandaban, de llevar a cabo experiencias sociales que, cuando se las estudia, revelan que, frente al odio engendrado por los bolcheviques, los jefes blancos intentaron reformar el Estado según concepciones que se inspiraban en el imperativo de la justicia y del bien común. Para los historiadores del hecho consumado se ha hecho necesario disimular que, lejos de ser favorecidos por ellos, los terratenientes y grandes capitalistas fueron precisamente quienes tuvieron que sufrir mayormente la experiencia nacionalista, que quiso edificar un sistema de pacificación social. Es un hecho bastante revelador que el gran capital —enemigo de la experiencia soviética— nunca vaciló en sabotear la obra de los militares porque veía en su victoria el final de su propia dictadura. Ese gran capital, cuyos representantes más genuinos habían sido el príncipe Lvov, el profesor Miliúkov, el abogado Maklakov, el «azucarero» Teréshchenko...

Que Deníkin y Wranguel no obedeciesen a ideales liberales, su misma formación militar es suficiente para indicarlo, y lo mismo puede decirse de Kolchak, que, de los tres jefes blancos, fué el único que admitió en sus consejos a colaboradores de filiación socialista. El primero y el último eran de origen modesto, pero militares ante todo; el segundo pertenecía a la más alta aristocracia báltica. Y unos y otros, a pesar del lastre que, según lo que se dice, siempre deja una formación recibida en la Corte y en las fuerzas armadas, supieron inaugurar una política social generosa que enemistó contra ellos a los miembros de las clases capitalistas; y esto no autoriza a nadie a considerarlos como hombres de tendencias conservadoras.

El 5 de abril de 1919, Deníkin, asesorado por una junta consultiva, en la cual entraban hombres políticos liberales, publicó dos declaraciones, la primera acerca del problema de la tierra; la segunda sobre el problema obrero. En la base de su sistema agrario puntualizaba «la salvaguardia de los intereses de la población trabajadora, la creación y consolidación de las posesiones

pequeñas y medias a expensas de la tierra poseída por el Estado y por los particulares» [19]. El programa obrero se basaba en los puntos siguientes: «Restauración de los derechos legales de los propietarios de fábricas y defensa de los intereses de las organizaciones obreras; control estatal sobre la industria en interés de la economía nacional; desarrollo, por todos los medios, de la productividad del trabajo; jornada de ocho horas...»

Los principales puntos del programa político-social de Deníkin pueden expresarse como sigue: destrucción de la anarquía bolchevique y restauración de la ley y del orden en el país; restauración de una Rusia fuerte, unida, indivisa; convocatoria de una asamblea nacional, elegida por sufragio universal; descentralización administrativa por la institución de autonomías regionales y de amplias formas de autogobierno local; completa libertad política y de conciencia; realización inmediata de una reforma agraria para cubrir la necesidad de tierra del pueblo trabajador; aplicación inmediata de una legislación obrera para salvaguardar a las clases proletarias contra la explotación por parte del Estado y del capital privado.

La política de Wranguel fué más progresista aún, y se ha podido resumir su programa social con el lema siguiente: «Hacer una política de izquierdas con hombres de derechas.» El punto más importante de su programa lo constituía su política agraria, según la cual los campesinos adquirían la plena posesión de la mayor parte de las tierras ocupadas por ellos a consecuencia de la revolución. Durante veinticinco años debían pagar al Estado una cuota correspondiente a un quinto de la cosecha para que los propietarios pudieran ser indemnizados. Chamberlin define esta ley agraria de Wranguel —elaborada por Krivoshchein, ex-ministro de Agricultura— como «una política stolipiniana modificada por la revolución» [20].

* * *

Mientras tanto, Lenin, por no obedecer a ninguno de los imperativos morales que habían animado a Deníkin y a Wranguel, podía desarrollar libremente su política social y, una vez liquidados los «enemigos de la clase obrera», aplicar sin miramientos las doctrinas elaboradas por él en el silencio burgués de sus destierros de París y de Londres.

---

[19] La transmisión de propiedad debía realizarse bien por libre acuerdo, bien por expropiación forzosa; pero el principio de la indemnización debía ser mantenido. Entre los historiadores que se ocupan de la cuestión, este mantenimiento provoca una especie de indignación, tanto más extraña cuanto que quienes la expresan pertenecen generalmente a la escuela liberal.

[20] W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.*

Capítulo V

PERVERSIDAD Y UTILIDAD DEL CAPITALISTA

Rusia soviética, la *Entente* y la fundación de la Internacional comunista — Del principio revolucionario a la táctica de la revolución — Primeras fricciones con los PC nacionales — El sueño defraudado de la revolución mundial inmediata — Las nuevas vías del expansionismo ruso: diplomacia oficial y diplomacia clandestina — De la paz de Riga al tratado de Rapallo — Condiciones económicas de Rusia durante la fase del Comunismo de Guerra — El burgués, el obrero, el campesino y la nueva burocracia.

El embrollo diplomático que acompañó el proceso de la guerra civil revela claramente que Wilson, Lloyd George y, según modalidades distintas, Clémenceau, incluso en el momento en que proclamaban la necesidad de ayudar a los enemigos del régimen soviético, estuvieron siempre dispuestos a abrir negociaciones con este último, porque la eventualidad de una victoria roja ofrecía, a cada momento, a su «realismo» político más posibilidades de provechos inmediatos que el triunfo de sus contrincantes. Se puede comprobar también que, si bien todas sus tentativas, para entrar en contacto con los dirigentes soviéticos, fracasaron totalmente, ello fué debido, más que a la crudeza de las condiciones presentadas por ellos, a la actitud de estos dirigentes que, en ningún momento, disimularon su propósito de aprovechar la primera oportunidad para desencadenar la revolución mundial, amenaza que mantuvieron suspensa sobre Occidente mientras la situación político-social de Alemania siguió ofreciéndoles posibilidades de explotación revolucionaria. Así, cuando Lenin acepta, en el momento en que su régimen atraviesa un grave peligro a causa de las victorias de las armas blancas, la idea de las conferencias de París y de Prinkipo, ello no le impide fundar la Tercera Internacional, instrumento de revolución mundial, y, una vez pasado el peligro, opone tantos reparos a los ofrecimientos aliados que, todos los proyectos de negociación, se esfuman irremediablemente. Y es que, a partir de 1919, la situación de Alemania ofrece tales oportunidades de desarrollo revolucionario que Lenin, en la

esperanza de utilizar el trampolín germánico para llevar su empresa de subversión al resto de Europa, opone constantemente objeciones a todos los ofrecimientos, para no hacer concesiones a representantes de gobiernos que, según él, no tardarán en desaparecer. Pero, cuando estas posibilidades revolucionarias se esfuman, le vemos, por el contrario, aceptar la idea de hablar con Occidente, firmar acuerdos y acoger todas las propuestas de colaboración económica. Este cambio radical de actitud le es sugerido no porque tema que, si mantiene su rigidez, la hostilidad de las potencias le haga correr un peligro inmediato, sino porque necesita la neutralidad y, en muchos casos, la cooperación de dichas potencias para seguir dedicándose con relativa tranquilidad a su experiencia interior, puesto que sus solas fuerzas y el talento discutible de sus colaboradores no le permiten encontrar en Rusia elementos suficientes para el triunfo de dicha experiencia. A partir de este momento igualmente, la Tercera Internacional o *Komintern,* de instrumento dinámico creado esencialmente a la vista de la revolución mundial, se transforma en organización auxiliar de la diplomacia soviética, cuyos designios apoya, agitando los diversos partidos comunistas que han surgido por doquiera a partir de 1919. Así nace la llamada táctica soviética que se manifiesta, ya sea por la agitación social, ya por acuerdos pasajeros con los otros partidos democráticos, y que, para evitar la deserción de los militantes de los países todavía burgueses, se apoya en el concepto de «línea general» creado en función del precepto del fin que justifica los medios.

Importa poco que en un artículo publicado en el primer número de *Internacional Comunista* [1], Vladímir Ilich señalara que la Tercera Internacional —fundada formalmente el 10 de marzo de 1919— había nacido, en realidad, el 25 de octubre del año anterior y que llevaría fatalmente a la instauración de repúblicas soviéticas en el resto del mundo, expresión moderna y científica del concepto más auténtico de democracia. Lo que verdaderamente importa es que, desde el primer día —es decir—, el momento mismo en que todas las organizaciones revolucionarias del mundo empezaron a mirar hacia Rusia soviética, no como hacia su dirigente, sino como hacia el primer país que había realizado su ideal— el *Komintern* se presentó como una organización totalitaria, en la cual los varios grupos nacionales no pudieron contar con la menor libertad de movimientos. «Lo que Lenin quería crear de golpe y sin propaganda previa en cada país del mundo —señalan los Webb— era algo estrechamente parecido al partido bolchevique de revolucionarios profesionales, constituído con paciencia y gran esfuerzo con los rusos clandestinos y exilados, sobre los cuales pudo ejercer su influencia en los años que van de 1903 a 1914. Los partidos

[1] Organo del *Komintern,* cuya publicación empezó el 1.º de mayo de 1919.

comunistas así formados en todos los países del mundo debían, bajo la dirección del *Komintern* de Moscú, provocar aquella rápida sucesión de revoluciones, cuyo estallido se preveía en un país tras otro» [2]. Para ello, dirá Lenin, durante el IV Congreso de la Internacional, «los extranjeros deben dedicarse a realizar todo lo que hemos escrito acerca de la organización y de la construcción de los partidos comunistas, que suscribieron sin leer y sin comprender». Porque desde el comienzo surgieron divergencias de interpretación entre la central moscovita y los partidos comunistas no rusos, los cuales se encuentran al borde de uno de los mayores dramas de la Europa contemporánea: la desnacionalización del movimiento obrero [3].

El socialista italiano Ignazio Silone, a propósito de este drama, establece posiciones, que es necesario estudiar sin más dilación, ya que nos procuran la clave de la actitud soviética frente a los diversos partidos comunistas no rusos, desde

---

[2] SIDNEY Y BEATRICE WEBB: *Soviet Communism: a New Civilisation;* Londres, New-York, Toronto, 1937. Existe una traducción italiana en dos tomos bajo el título *Il comunismo sovietico: una nuova civiltá,* Turín, 1950.

[3] La creación de la Internacional Comunista por obra de los revolucionarios rusos revela un hecho muy importante, y es que Lenin y sus colaboradores rusos pretenden, con esta creación en Moscú, transformar al socialismo, de occidental que había sido hasta entonces en sus propósitos y palabras de orden, en un movimiento de inapelable dirección rusa. J. Monnerot escribe a este respecto: «Las consecuencias de esta ruptura de equilibrio, en cuanto a la historia del siglo XX, son difíciles de sobreestimar. Por su nacimiento mismo, la *intelliguentsiia* rusa había parecido señalar un progreso en la occidentalización de Rusia. Después del romanticismo europeo, después de Hegel, Marx, liquidador, ello es cierto, pero también heredero —en cuanto al *pathos*— de todo el socialismo occidental, era quien penetraba en los espíritus ávidos y maleables de los estudiantes rusos, y de los obreros que éstos podían catequizar. A partir de la toma del poder por los bolcheviques, Rusia no recibe más lecciones; las da. Los jefes rusos reniegan de sus maestros, partidarios de la «Internacional dos y medio», y los acusan de haber traicionado al socialismo que ellos, de ahora en adelante, a sus propios ojos pero también a los de todos aquellos que los siguen en las cinco partes del mundo, representan eminentemente... En el espíritu de los nuevos jefes, Rusia, en lo venidero, será la maestra de los pueblos, la iniciadora del socialismo a quien el mundo está prometido, la ejecutora testamentaria de Marx... El bolchevismo puede volver a tomar sin cambiarle una palabra la frase de Dostoievskiy en que el mesianismo ortodoxo suena como un imperialismo espiritual: «¿Qué es en efecto el poder del espíritu nacional ruso si no su tendencia, a través de las metas limitadas que se propone, a la universalidad, a la integralidad humana?» La misión del pueblo ruso y la misión del proletariado aparecen en el período que sigue como las dos fases de un expansionismo nuevo. Ya los «marxistas» de nuevo cuño que las proclamarán no se distinguen más que superficialmente. Pero el discurso sobre Pushkin proponía al pueblo ruso asimilar todo lo humano y transformarse de este modo en la sal de la tierra. Mientras que la Rusia nueva será cada vez menos receptiva a todo aquello que no viene de ella misma, y, cada vez más, tenderá a importar, como en el Japón, solamente los medios de poderío». *Sociologie du Communisme,* París, 1949.

el mismo momento en que empezó a funcionar, según preceptos totalitarios, la Tercera Internacional, controlada por Moscú. Es útil recordar que Silone se había adherido al PC italiano el mismo día de su fundación, y que su actividad clandestina contra el fascismo le valió su designación de miembro del Comité Central de dicho partido, dándole ocasión de asistir, en calidad de delegado, a varias reuniones del Ejecutivo del *Komintern* en la capital soviética. Su ruptura con el PC aconteció en 1932; de suerte que tuvo el tiempo necesario para estudiar las variaciones de la organización internacional desde su fundación hasta el afianzamiento de la dictadura staliniana [4].

Silone recuerda que los PC no rusos que se habían adherido a la Tercera Internacional «tenían en común su aversión contra la guerra imperialista y sus resultados, y también la crítica de las concesiones reformistas de la Segunda Internacional». Se sabe, en efecto, que la necesidad de una nueva agrupación había sido expresada por elementos socialdemócratas, en ocasión de los coloquios que se habían celebrado durante la guerra en las localidades suizas de Zimmerwald y de Kienthal, como señal de protesta contra la participación de los pontífices de los varios partidos socialistas en la política de guerra de sus gobiernos respectivos. Pero, fuera de esto, comenta Silone, dichos partidos comunistas no rusos «reflejaban, mal que bien, el grado de desarrollo de sus propios países.

»Notables eran, por ello, las divergencias entre el bolchevismo ruso, formado en un ambiente de inexistente libertad política, de vida social pobremente diferenciada, y los grupos de la izquierda socialista de los países occidentales. Por lo tanto, la historia de la Internacional comunista ha sido una historia de escisiones, una historia de intrigas y de insolencias del grupo dirigente ruso contra cada propósito de independencia de los otros partidos afiliados».

La razón profunda de estas insolencias, generadoras de escisiones, Silone la expone como sigue: «Aquello que más me impresionó en los comunistas rusos, inclusive en hombres verdaderamente excepcionales como Lenin y Trotskiy, era la completa incapacidad en que se encontraban de discutir leal y sinceramente toda opinión contraria a la suya. El interlocutor, por el único hecho de atreverse a contradecir, era calificado sin apelación posible de oportunista, cuando no de traidor o de sujeto vendido al enemigo. Un polemista de buena fe es inconcebible para los comunistas rusos». Y prosigue: «Además de los contrastes internos, derivados de su carácter heterogéneo, la Internacional comunista sufría la inmediata repercusión en su seno de toda dificultad sufrida por el Estado soviético. Después de la muerte de Lenin, se vió claramente que este Estado

[4] El ensayo de I. SILONE ha sido publicado en la obra colectiva *The God that Failed* (Londres, 1949) que, además de la suya, reúne las confesiones de A. Koestler, R. Wright, S. Spender, A. Gide y L. Fisher.

apenas escapaba a lo que parece ser la fatalidad de toda dictadura: la gradual, inexorable reducción de la esfera reservada a aquellos que toman parte en la dirección y en el control del poder político. El Partido comunista ruso, que había suprimido todos los partidos antagonistas y abolido toda posibilidad de discusión acerca de la política general en las asambleas soviéticas, cayó también bajo un régimen de excepción: la voluntad política de los militantes era rápidamente eclipsada por la del conjunto. A partir de este momento, toda divergencia de opinión en el seno del grupo dirigente debía encontrar su conclusión en el aniquilamiento físico de la minoría. La revolución que había logrado destruir a sus enemigos empezó a devorar a sus hijos predilectos».

Es que en verdad, con su realismo —que no tenía nada que ver con el de Pilsudski, ya que no encontraba sus móviles en sentimentalismos nacionales o personales— Lenin vió muy pronto que los proyectos de revolución mundial, que habían acompañado la fundación de la Internacional comunista, no eran realizables, por lo menos antes de que pasaran bastantes años. Pero, al mismo tiempo, y gracias a esta falta de sentimentalismo, característica de toda su actividad política, entrevió qué posibilidades ofrecía al régimen soviético la formación fuera de Rusia de partidos comunistas, dispuestos a acatar ciegamente las consignas del Kremlín. Tal es el móvil que incitó a Lenin a aplicar, primero en el seno del PC ruso, luego en el de los PC no rusos, el principio dictatorial que, en el período prerrevolucionario, había imaginado exclusivamente para lograr la transformación del Estado burgués en Estado socialista. Y esto fué realizado sin contemplaciones, primero por él, luego, y más despiadadamente, por Stalin; hasta que ningún jefe revolucionario, ruso o no, se atreviera o pudiera oponer ya objeciones a los propósitos —muy a menudo contrarios a los intereses de las varias clases obreras— mantenidos por los dirigentes soviéticos, en función exclusiva de la política rusa, concebida, muy secretamente, por Lenin, y, después de su muerte, por Stalin. Ya que, para atenernos a la argumentación de Ignazio Silone, «...el comunismo, surgido de las más profundas contradicciones de la sociedad moderna, las reproducía —las contradicciones— todas en su seno, y con una virulencia exacerbada aunque en otro marco institucional y social: bajo sus banderas, militaban rebeldes y perseguidores, héroes y sicarios, explotados y explotadores: y también periodistas que arriesgaban su vida para reivindicar una libertad ilimitada de prensa y otros que hacían la apología de la censura y de la supresión de toda prensa de oposición; acusados que habían reclamado ante los tribunales especiales del fascismo las garantías judiciales más elementales, y jueces que rehusaban a los prevenidos todo medio para demostrar su inocencia; sindicalistas que desencadenaban huelgas para la defensa de las condiciones de vida de los trabajadores, y otros sindicalistas que justifican como parte integrante del nuevo sistema económico la supresión legal del derecho de huelga y el sistema del trabajo forzoso en masa; diputados que han

combatido para un control más amplio y público de toda la acción del gobierno, y gobernantes absolutistas, prácticamente incontrolables e inamovibles, salvo en los casos, desgraciadamente frecuentes, en que eran enviados a la muerte por sus propios colegas bajo la invariable acusación de traición» [5].

Lenin no necesitó mucho tiempo para abandonar su postura ideológica primitiva, tal como la expresan las veintiuna condiciones exigidas a las organizaciones no rusas para ser admitidas en el *Komintern* [6]. El manifiesto en el que, el 10 de marzo de 1919, los miembros del primer Congreso de la Internacional comunista, proclamaban el comienzo de «una nueva era revolucionaria», determinada por la posibilidad de derribar inmediatamente el régimen capitalista en el mundo entero, era ya letra muerta. En el momento mismo en que,

---

[5] I. SILONE: *Op. cit.*

[6] He aquí las más importantes de estas condiciones tal como las reproducen S. y B. WEBB: *Op. cit.*: «Cada organización que desee adherirse a la Internacional comunista deberá regular y sistemáticamente echar a los elementos reformistas y centristas de todos los puestos de mayor o menor importancia en el movimiento obrero (en las organizaciones del partido, en los oficios editoriales, en los sindicatos, en los grupos parlamentarios, en las cooperativas y en las administraciones municipales) y substituírlos con comunistas probados, sin escandalizarse si, especialmente en el comienzo, los puestos de los oportunistas «experimentados» llegan a ser ocupados por simples trabajadores provenientes de las masas.»

«Cada Partido perteneciente a la Internacional comunista está obligado a llevar a cabo una lucha implacable contra la «internacional» de Amsterdam de los sindicatos amarillos. Debe efectuar la propaganda más enérgica entre los trabajadores organizados en sindicatos en vista de una ruptura con la Internacional de Amsterdam. Debe sostener con todos sus medios la naciente asociación internacional de los sidicatos rojos que se adhieran a la Internacional comunista.»

«Pertenece a sus obligaciones crear por doquier un sistema paralelo ilegal en vista de la organización que, en el momento decisivo, será útil al Partido para cumplir su deber para con la revolución.»

«Obligatoriamente el programa de cada Partido adherente a la Internacional comunista debe ser sancionado por el congreso regular de la Internacional comunista o por su comité ejecutivo.»

«El deber de difundir las ideas comunistas comprende la obligación especial de realizar una propaganda vigorosa y sistemática en el ejército. Allí donde esta agitación esté prohibida por leyes especiales, deberá efectuarse ilegalmente. Renunciar a tales actividades equivaldría a traicionar el deber revolucionario y sería incompatible con la asociación a la Tercera Internacional.»

«Los partidos que deseen pertenecer a la Tercera Internacional tienen la obligación de proclamar netamente su ruptura con el reformismo y con la política centrista y de difundir esta ruptura en las filas de todos sus afiliados. Sin ello, una lógica política comunista es imposible.»

«Todas las decisiones de los congresos de la Tercera Internacional, así como las decisiones de su comité ejecutivo son obligatorias para todos los Partidos pertenecientes a la Tercera Internacional.»

por el fracaso de sus armas ante Polonia, el PC ruso reconoció, no sólo la imposibilidad de provocar una revolución mundial, sino de encontrar una minoría de militantes revolucionarios suficientemente activos en una nación eslava organizada según moldes feudales, decidió abandonar la lucha internacional y consagrarse exclusivamente al desarrollo del socialismo en su país. Cierto es que, al precio de esfuerzos renovados, el ejército rojo hubiera podido volver a imponerse a Polonia; pero, contrariamente a Trotskiy, que era partidario de la prosecución de la guerra, Lenin comprendió que las condiciones político-sociales del resto de Europa no eran tales como para proporcionarle partidarios muy numerosos y que, esta vez, tendría que enfrentarse con una coalición continental, cuyo propósito —una vez formada— sería derribar el régimen soviético. Además, las minorías comunistas que habían surgido en el mundo entero, demasiado débiles para ayudarlo a la realización de sus proyectos primitivos, tampoco estaban organizadas como para representar un serio peligro para los gobiernos burgueses de Europa y de América. Estos siempre se las arreglaban para oponer las diversas organizaciones obreras unas a otras de manera a dominar siempre la situación sin tener que desarrollar mayores esfuerzos. Arthur Rosenberg, antiguo miembro del Komintern, escribe a este respecto: «La tentativa hecha por Lenin en 1919-20 para organizar la revolución en Europa fué un magnífico experimento. Sin embargo, había que superar dificultades colosales antes de que pudiera llegar a buen puerto. En la Europa occidental, la tradición de la clase trabajadora era, sin excepción alguna, democrática, en el sentido de que la política del movimiento de los trabajadores no podía decidirse sino en función del libre ejercicio del derecho de autodeterminación por parte de las masas. La conversión del proletariado de una política de reformas a una política de revolución parecía posible tan sólo a partir del momento en que las masas hubiesen cambiado sus opiniones y descubierto luego un medio idóneo para su expresión. Ahora, por el contrario, se debía provocar, con toda la rapidez posible, un procedimiento exactamente inverso. Se debía instituir en cada país un comité del Partido revolucionario, dotado de poderes dictatoriales sobre los miembros del mismo y de una indiscutida autoridad sobre las masas; este comité del Partido era quien debía hacer la revolución» [7].

Antes de que se produjera esta transformación a la vez ideológica, espiritual

---

7 A. Rosenberg: *Storia del bolscevismo da Marx ai nostri giorni*. Roma, 1945 (traducido del alemán).

Rosenberg, miembro del Comité Central del PC alemán y miembro del Reichstag, rompió con el Partido precisamente porque la dictadura estaliniana sobre el *Komintern* cometió tales errores tácticos en Alemania que la sólida organización de los sindicatos germánicos resultó enteramente destrozada bastante tiempo antes de la victoria hitleriana.

y táctica, Rusia soviética, puesto que no podía atacar al enemigo en su propia casa, debía arreglárselas para convivir con él de un modo o de otro. De no poder conquistar y utilizar los recursos técnicos de las naciones occidentales, que necesitaba no sólo para equiparse industrialmente y para adueñarse de la clase proletaria que le era tan indispensable para disponer de tropas numerosas frente a la hostilidad campesina, sino también para resistir al derrumbamiento que le amenazaba irremisible, por falta de los medios más elementales, le era necesario encontrar un *modus vivendi* con estas naciones y obtener de ellas —por elevado que fuera el precio exigido— los recursos más imprescindibles. Y Alemania era la nación que mejor podía proporcionárselos. Vencida, aislada diplomáticamente y condenada a pagar durante largos años sumas elevadísimas en concepto de reparaciones, esta nación que había sido la mayor esperanza de Rusia soviética, cuando Lenin pensaba en la revolución mundial, necesitaba tanto a Rusia como ésta la necesitaba a ella, aunque solamente fuera para obtener a buenos precios las materias primas que ayudarían a la industria soviética a recuperarse.

Por muchas razones, entre las cuales los errores de táctica de los dirigentes soviéticos no ocupan el menor lugar, Alemania había defraudado las esperanzas revolucionarias de los rusos. Si, después de la caída del imperio guillermino, millones de alemanes se habían entregado, en efecto, a los partidos de agitación social, la política exclusivista de Moscú, con su condena de todo partido o agrupación que no estuviera dispuesto a seguir ciegamente sus instrucciones, había impedido entre los grupos de izquierdas la conclusión de la alianza, única capaz de permitir la conquista del poder por los trabajadores. Por otra parte, cuando Moscú decidió favorecer esta unión, era demasiado tarde, y los grupos anteriormente excomulgados como «centristas» o «reformistas» no respondieron al llamamiento de unión que se les hacía ahora en nombre de una táctica cuyos secretos no conocían ni podían comprender. De suerte que, en Alemania, la revolución, por producirse a destiempo, fracasó. A causa de la política soviética el mundo burgués asistió con extrañeza al aplastamiento sucesivo de tres rebeliones spartakistas, debido a la mano del gobierno socialdemócrata del presidente Ebert y del enérgico ministro de Guerra Noske, aliado con el «reaccionario» estado mayor de la Reichswehr; con la anuencia para los alemanes de que su policía descubrió, en el momento más agudo del conflicto, documentos que comprometían peligrosamente al embajador soviético, Adolfo Ioffé —el primer negociador de Brest-Litovsk—, y obligaron a expulsar de su territorio al periodista Karl Radek, representante de la central moscovita ante el PC alemán. Estos documentos que, además del papel representado por Ioffé y por Radek, revelaban la existencia de un vasto plan subversivo que debía extenderse a China, Afganistán, Indias británicas, Indochina, Indias Neerlandesas, etc., sirvieron de aviso a los gobiernos europeos; e, informados de su contenido por el

propio gobierno de Berlín, les incitaron a anunciar medidas represivas inmediatas. Lo más claro del levantamiento spartakista fué la ejecución de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht, jefes del movimiento, mediante la aplicación de la ley de fugas.

Lenin, que no tardará en escribir: «Nosotros, que en tres o cuatro años hemos aprendido algo en materia de virajes bruscos, cuando es preciso un viraje de tal índole» [8], viró decididamente hacia el arreglo con las potencias capitalistas y, singularmente, con un gobierno alemán —compuesto por «social-traidores», «reformistas» y «centristas»— que acababa de aplastar, liquidando a sus más activos dirigentes, a los miembros más dinámicos de la Internacional comunista.

Se puede decir que esta organización había recibido su primer golpe de muerte, como central de la revolución universal, menos de un año después de su fundación, cuando, el 2 de febrero de 1920, por la firma de un acuerdo con Estonia, Rusia había inaugurado su serie de convenios con las nacionalidades separadas del antiguo Imperio. Al acuerdo con Estonia siguió otro con Lituania, el 2 de julio del mismo año. De estos instrumentos baste decir que si, con el primero, Estonia era reconocida como nación independiente, en pago de su abandono de Lúdenich, con el segundo, Lituania recibía el mismo reconocimiento por su participación en la guerra contra Polonia. Otros convenios con Letonia y Finlandia regularon las relaciones de estas naciones con Rusia soviética, respectivamente el 11 y el 14 de octubre de 1920.

Con estos tratados Rusia perdía más de medio millón de kilómetros cuadrados con sus ocho millones y medio de habitantes. Si, a estas pérdidas, se agrega las parcelas del imperio entregadas a Polonia por el tratado de Riga, Besarabia cedida a Rumania y el territorio armenio de Kars retrocedido a Turquía, las amputaciones geográficas al mapa ruso se elevaban a casi nueve millones de kilómetros cuadrados y sus correspondientes veintiocho millones de habitantes.

Ya antes del final de la guerra civil y, sobre todo, en razón de la «buena voluntad» de Lloyd George, el gobierno soviético había empezado a negociar con las grandes potencias que, a medida que los éxitos del ejército rojo sobre los blancos se multiplicaban, se transformaban en solicitantes. En mayo de 1920, el ingeniero Krásin, el único dirigente soviético con visos y experiencia para los grandes negocios, visitó Londres con una delegación económica; logrando iniciar negociaciones cuyo resultado fué el acuerdo comercial firmado el 16 de marzo de 1921. Antes del final del año, Rusia concluía tratados similares con Noruega, Austria, Italia y Suecia, y, en las primeras semanas del año siguiente, con Checoslovaquia.

---

[8] En *Pravda* del 18 de octubre de 1921, *Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de octubre*, en el tomo cuarto de las *Obras escogidas* de LENIN.

En estas condiciones, el Consejo Supremo Interaliado invitó al gobierno soviético a enviar delegados a la conferencia de Génova, cuyo principal propósito fué estudiar la adopción de los medios necesarios para la restauración económica de los países castigados por la guerra y que celebró sus sesiones del 10 de abril, al 17 de mayo de 1922.

La delegación rusa, encabezada por Chícherin, Comisario de Asuntos Exteriores, pudo mostrarse intransigente, porque los aliados estaban en desacuerdo —un desacuerdo que mostró que ya no eran aliados más que de nombre— sobre todo, a propósito de los bienes extranjeros en Rusia. Conforme a la tradición inaugurada durante la conferencia de la Paz, Inglaterra se mantuvo constantemente en una postura opuesta a la de Francia y de Bélgica, oportunidad que Chícherin supo aprovechar para combinar mejor un golpe sencional a sus desunidos contrincantes.

El 16 de abril de 1922, la delegación rusa, reunida secretamente en Rapallo con representantes del gobierno del Reich, firmaba con estos últimos, un tratado de arreglo general, por el cual Alemania reconocía *de jure* al gobierno soviético. Para estas negociaciones secretas, Máximo Litvínov llegó reemplazando a Chícherin que se había declarado dispuesto a un arreglo parcial en lo que concierne a las deudas exteriores. De suerte que la firma del tratado de Rapallo, seguida de una intransigencia renovada en Génova, ocasionó la interrupción de la conferencia. El acuerdo con Alemania hizo salir a los dos países de su aislamiento diplomático y, lo que para Rusia era infinitamente más importante en ese momento, iba a permitir al gobierno soviético afrontar con relativo optimismo su situación interior y proceder a su recuperación económica.

* * *

En el momento de la conquista del Estado, Lenin no tenía propósito inmediato de gobierno fuera del que revela la demagógica declaración hecha por él en vísperas del golpe de octubre: «Cuando el último de los peones o de los obreros desocupados, cuando cada cocinera, cada campesino arruinado vea que el poder proletario quita el excedente de sus bienes a los parásitos, instala por la fuerza a los sin hogar en los alojamientos de los ricos, que la tierra pasa a pertenecer a los trabajadores, que las fábricas y los bancos caen bajo el control de los obreros, que los millonarios, por haber escondido sus riquezas, son castigados con severidad, entonces millones de luchadores se levantarán y los capitalistas y los *kulakí* no tendrán fuerzas suficientes para resistir la revolución popular» [9].

[9] Un excelente estudio de la economía soviética es el que el profesor A. Baykov, de la Universidad de Birmingham, publicó en 1946 bajo el título *The Development of the Soviet Economic System* (Londres) que ha sido traducido al español con el título de *Histo-*

Esta es la razón por la cual la primera actividad práctica del gobierno soviético revela, a la vez, tan poco acatamiento a las doctrinas marxistas y un deseo febril de dar satisfacción inmediata a las masas revolucionarias que únicamente se habían movido —nótese bien— para acelerar la destrucción del aparato estatal. Fuera de todo programa de escuela, Lenin tuvo forzosamente que tener en cuenta el anarquismo de las masas desbandadas, de soldados y de obreros que le habían llevado al poder, y que, mientras no pudiera dominarlas con una organización policial suficientemente poderosa, constituirían una amenaza permanente. En semejantes condiciones, ninguna de las enseñanzas del marxismo era aplicable a la Rusia revolucionaria, pues había que actuar primeramente conforme al principio del mal necesario, abandonándose un poco a la corriente para, más adelante, canalizar tanta fuerza dispersa y conducirla hacia la dirección deseada, hacia la instauración de la dictadura del partido, es decir, de Lenin y del Comité Central.

Al conquistar el poder, el designio ideológico del partido bolchevique era provocar, en materia económica, la sustitución del sistema existente por el sistema socialista, basado en las tesis expresadas por Marx y por Engels en el *Manifiesto comunista,* tesis según las cuales en la sociedad proletaria la producción debe ser dirigida por la sociedad misma, de manera que venga a satisfacer las necesidades de todos los ciudadanos. Mas, ninguno de los postulados publicados por los fundadores del marxismo encontró realización en la Rusia de 1918 —poco industrializada y, además, anarquizada en todos los sectores de su actividad—, de modo que los nuevos dirigentes se vieron en la necesidad ineludible de utilizar las organizaciones económicas conocidas, y de buscar, exactamente igual que cuando se trató de forjar un ejército rojo, la colaboración del personal directivo y administrativo existentes. Así, el «puente» de la dictadura del proletariado, teóricamente destinado a preparar la extinción del Estado, fué abierto, en materia económica, por aquello que los historiadores soviéticos llaman «período de transición». Que, en verdad e históricamente, habrá de ser considerado como un período anárquico, durante el cual Lenin y sus colaboradores no pudieron ejercer otra función que registrar acontecimientos incontrolados.

Esto resultó tan evidente que, contrariamente a todo lo anunciado y prometido por los dirigentes, no intentaron proceder durante el tiempo que va de octubre de 1917 a la mitad de 1918, a la nacionalización inmediata de la eco-

---

ria de la Economía Soviética (México, 1948). Obra esencialmente técnica en la cual, sin embargo, el autor sale a menudo de la exposición del hecho económico para ligarlo, con gran acierto, al hecho político ruso general y enlazarlo con el hecho económico-político mundial.

nomía rusa —casi enteramente paralizada—, prefiriendo esperar el estallido «fatal» de revoluciones sociales en las otras naciones europeas. Asimismo, a partir de la mitad de 1918 y hasta el mes de marzo de 1921, se vieron obligados, bajo la presión de las circunstancias —guerra civil, bloqueo económico por parte de la *Entente*— a aceptar un sistema de producción y de distribución basado en un régimen de trueque controlado por el Estado, lo que, económicamente hablando y en razón de su primitivismo, resulta lo más opuesto a las doctrinas científicas de *El Capital*.

Según Marx, la edificación de la sociedad socialista está condicionada por un sistema capitalista llegado a su punto más alto de perfección, en el cual la concentración del capital entre pocas manos determina la acción revolucionaria que, fatalmente, corona el edificio burgués, sustituyéndole por el edificio proletario. Esta metamorfosis se verifica cuando la sociedad capitalista está organizada en cartel y en truts de tipo monopolista.

Ahora bien, en octubre de 1917, la industria rusa no se encontraba en la situación considerada por Marx como determinante de la revolución proletaria y no disponía de ningún aparato de organización que el PC pudiera aprovechar para ofrecerle su propio marco. Además, gran parte del capital operante en Rusia se encontraba en manos extranjeras —esencialmente francesas, inglesas y belgas— lo que venía a complicar singularmente el problema de una eventual nacionalización. Asimismo, durante la guerra fueron militarizadas diversas industrias, y en cantidad, a consecuencia de la producción bélica, lo que provocó el descenso correlativo de las industrias de consumo; circunstancia por la que resultaría aleatorio el principio del control obrero sobre la producción a la hora de finalizar la guerra; demostrado por la merma general de la producción precisamente allí donde fué instaurado dicho control. Finalmente, y ello debería ser suficiente para explicar la mayor parte de las incoherencias que caracterizan la vida económica de Rusia durante el «período de transición», en el momento de la conquista del poder, el gobierno soviético no había establecido ningún programa definido para llevar a cabo la nacionalización de las empresas industriales y de su reorganización sobre bases revolucionarias. Desde el primer día, en el seno del Consejo de los Comisarios del Pueblo y en las asambleas de los *sovieti*, se enfrentaron, pues, opiniones contradictorias que, aunque tendiesen todas a dicha nacionalización, tuvieron como resultado —a causa de la violencia irreductible con que chocaron entre sí— una política de requisas efectuadas brutalmente, no por el gobierno ni por el Consejo Supremo Económico, creado el 5 de diciembre de 1917, sino por organizaciones locales de inspiración sindicalista antiestatal. Para no dejarse ahogar por este sindicalismo anarquizante, el gobierno decidió proceder por su cuenta —con el decreto del 26 de junio de 1918, que daba poderes omnímodos al Consejo Supremo Económico— a la nacionalización de las industrias siderúrgica, petrolífera, textil y química. Lenin

prefería provocar el descontento de los trabajadores industriales y, por ende, un mayor descenso en la producción, antes de seguir enfrentándose con la anarquía creada por la acción sindicalista. En ese momento, disponía de dos medios de coacción que le permitirían tomar medidas que no se hubiera atrevido a decretar en octubre o noviembre de 1917: la *Cheká* y el ejército rojo. Hubo momentos peligrosos y la producción bajó aún más, pero, gracias a la utilización de estos instrumentos, creados y puestos en acción contrariamente a los más elementales preceptos de *El Estado y la Revolución*, el gobierno no tuvo que enfrentarse con otra situación revolucionaria al margen de la revolución.

En el primer momento el Consejo Económico nacionalizó solamente las industrias clave; mas, al comprobar que para los suministros dependían de las industrias menores, en diciembre se decidió aplicar dicha medida a todas las empresas privadas que ocupaban a más de cinco trabajadores.

Durante la fase del comunismo de guerra, estas medidas —que tendían a la centralización de la producción y de los suministros— no podían tener demasiados efectos prácticos. Por otro lado, aplicadas a proyectos de planificación, que surgían bajo la presión de las circunstancias, no podían responder con normal efectividad tampoco, a los propósitos sistemáticamente ideados en Moscú. Tanto es así que, en la mayor parte de los casos, los decretos de nacionalización tuvieron que amoldarse a planes determinados por las necesidades locales, y nunca ser aplicados por razones de conveniencia económica general; ya que, en un principio la guerra, y después otros inconvenientes, permitieron únicamente denunciar la poca relación existente entre el mando y los resultados. Esta falta de cohesión, en la que la oposición de los elementos comunistas regionales a los decretos del gobierno central y de sus organismos económicos representa un papel primordial —tan importante como el de la guerra civil y de sus corolarios geográficos— repercutió en la producción industrial que, en 1920, fué inferior, en la proporción de un ochenta por ciento a la de 1913.

Al abordar el problema agrario, el *Sovnarkom* —cuyos planes en materia industrial no podían rendir mayores beneficios puesto que Rusia era un país poco industrializado— tuvo que enfrentarse con una situación catastrófica. En la Rusia prerrevolucionaria el elemento campesino, que representaba el ochenta por ciento del total de la población, había revelado muy a menudo sus facultades revolucionarias. Pero siempre consideró con recelo, cuando no con abierta hostilidad, como ocurrió desde el comienzo en Ucrania, en el Don y en el Kubañ, a los bolcheviques; ya sea porque combatían a los socialistas revolucionarios, ya porque se declaraban contrarios al principio de la propiedad individual de la tierra. El subversivismo del campesino ruso no iba más allá de la lucha contra el aristócrata terrateniente —fuera éste nacionalista o progresista— y tendía sobre todo al ensanchamiento, hasta donde fuera posible, de las parcelas individuales, y al reconocimiento, por parte del Estado, de la propiedad absoluta de

dichas posesiones. Puesta en práctica la acción directa, capaz de hacer pasar las posesiones de los terratenientes y grandes propietarios a las manos de los campesinos medios y pobres, éstos se transformaban en conservadores, dispuestos a empuñar las armas para la defensa de sus bienes recién adquiridos.

Después de la reforma Stolípin, la tierra estaba dividida en 1917 entre la nobleza terrateniente, el Estado, la Corona, la Iglesia, los campesinos pequeños propietarios y los *kulakí* o campesinos ricos. Ahora bien, mientras el número de los terratenientes tendía a disminuir rápidamente o, por lo menos, a reducirse hasta no poder representar más que un papel secundario en la economía agrícola rusa, y el de los *kulakí* a estabilizarse, el de los pequeños propietarios aumentaba con ritmo constante. Al mismo tiempo, aunque de modo variable según las regiones, existía una clase de obreros agrícolas o campesinos pobres que se alquilaban como jornaleros en las grandes empresas —en Ucrania por ejemplo—, o alquilaban su parcela a los *kulakí* —en Rusia septentrional—; mientras que en regiones de explotación reciente, como Siberia, esta clase no existía prácticamente. En las regiones donde existían, el nivel de vida de los campesinos pobres era variable, soportable en Ucrania, donde las grandes empresas trigueras pagaban buenos jornales; difícil en Rusia septentrional, donde los *kulakí* y los campesinos medios se mostraban generalmente duros para con sus hermanos menos favorecidos. Sin embargo, cuando estalló la guera, la situación agraria de Rusia había mejorado considerablemente por efecto de la ley Stolípin, que había permitido a numerosos campesinos pobres transformarse en pequeños granjeros, transformación que fué interrumpida por las circunstancias bélicas, concretamente por la movilización de algunos millones de campesinos, cuya ausencia provocó un descenso peligroso en la producción agrícola; viéndose obligado el gobierno a establecer un semi-monopolio para la compra del trigo a precios fijos, al objeto de impedir el aumento del precio del pan.

A partir de 1915 el pan fué racionado en las principales ciudades; causa que es preciso señalar entre las principales del estallido de febrero. Con el régimen liberal del príncipe Lvov, la producción de cereales siguió bajando, y la ración de pan tuvo que ser reducida una vez más, factor que Lenin supo aprovechar perfectamente. Kérenskiy, por su parte, impotente para adoptar medidas eficientes, pero deseoso de mantener su influencia sobre el *soviet* de Petrogrado, que se le escapaba día tras día, no discutió otra cosa que proclamar el monopolio del Estado en materia de comercio de granos; copiando y exagerando las medidas del gobierno imperial, sin apercibirse que su falta total de autoridad hacía imposible la aplicación de dichas medidas. Pues para contar con trigo que comprar, se hacía preciso, ante todo, convencer a los campesinos de la necesidad de aumentar o de mantener cuando menos su producción. Pero esto no se lograría sino repartieno las grandes fincas del Estado y de los propietarios ausentes entre los campesinos pobres, que eran aquellos que, en todos los casos, traba-

jaban la tierra como jornaleros; medida enérgica y revolucionaria cuanto se quiera, pero única capaz, empero, de salvar la situación. Kérenskiy no pudo afrontar el problema agrario, y menos resolverle, porque sus compromisos parlamentarios lo imposibilitaban para ello, y pospuso su solución hasta la designación de un gobierno constitucional, otorgando así a los bolcheviques otro medio poderoso de propaganda.

Lenin que, durante seis meses había venido echando leña al fuego, se encontró, una vez llegado al poder, con una atmósfera de crisis provocada, en igual medida, por el descontento de los campesinos y por el descenso del suministro de alimentos a las ciudades; siendo esto la consecuencia de aquello.

Es bien evidente que durante todo el régimen de febrero los campesinos no esperaron con demasiada serenidad que el gobierno se decidiera a resolver la cuestión del reparto de las tierras. Por el contrario, se lanzaron animosos a practicar la autodeterminación; lo que los franceses llaman *reprise individuelle*; fenómeno asocial si se quiere, pero efectivo porque va generalmente acompañado de la liquidación de los legítimos propietarios. Antes de poder disponer de los medios suficientes para sistematizar esta liquidación de los enemigos del proletariado, el gobierno soviético pudo comprobar, desde el primer día, que dicha tarea estaba bastante adelantada y, aunque proclamara constantemente su odio contra toda resolución anárquica, y, puesto que no podía hacer nada para canalizarla, tampoco realizó el menor esfuerzo para impedirla. Sus primeros decretos en materia agraria, en estas condiciones, no podían más que registrar los hechos consumados. Tanto es así que, para congraciarse con los campesinos, al día siguiente de su llegada al poder decretó la liquidación legal de las grandes propiedades —los grandes propietarios estaban ya liquidados o en fuga, pero mejor era no mencionarlo a causa de la opinión exterior—, liquidación que debía efectuarse según el principio de «paz y tierra para el campesino». Toda la tierra confiscada pasaba así a las manos de los «agricultores campesinos», que ya la habían tomado sin esperar a las disposiciones. Este decreto del 26 de octubre tuvo, sin embargo, efectos no previstos por Vladímir Ilich. Como desde el comienzo, y para contradecir las tesis de *El Estado y la Revolución,* el gobierno soviético se apresuró a crear una nueva burocracia, que en pocos meses llegó a ser infinitamente más extensa y enérgica que la del «verdugo Románov», la aplicación del decreto de reparto legal de las tierras fué confiada a los *sovieti* locales. Estos, en la mayoría de los casos, los componían haraganes y tahures, ladrones de gallinas, vagos, en suma, transformados de golpe en «autoridades» de la aldea, donde todos, pobres y ricos, los despreciaban; inicialmente, estos *sovieti* se apresuraron a hacer extensiva la política de las liquidaciones físicas y materiales a los pequeños propietarios y a los campesinos pobres que no les secundaban en sus empresas. Empezaron por

transformar el edificio del *vólost* [10], bautizado por las circunstancias con el nombre de «Estado Mayor de la revolución en marcha», en lugar de francachelas, en almacén para el fruto de sus correrías y, llegado el caso, en centro de juicios populares y de ejecuciones sumarias. De suerte que, en pocos meses, casi todos los campesinos rusos —aquí se habla de aquellos que lo eran efectivamente— se volvieron contra el régimen soviético.

Tan impotente para frenar a sus partidarios como para dominar a sus enemigos, el nuevo gobierno no pudo hacer otra cosa que aumentar las medidas de terror, dejando en plena libertad a aquéllos y apoyando su acción «revolucionaria» con el envío de elementos chekistas agrupados en «destacamentos de hierro».

El 15 de junio de 1918 el Comisariado de Agricultura había vuelto a crear el monopolio para los granos, agravando las disposiciones del gobierno zarista y de Kérenskiy a este respecto con el siguiente decreto: «que toda la producción debía entregarse al Estado, salvo lo necesario para el mantenimiento de la familia y para la siembra, bajo amenaza de diez años de cárcel». La creación, al mes siguiente, de los llamados «Comités de aldea» formados con «campesinos pobres» —y sabemos a quiénes el gobierno soviético llamaba campesinos pobres— destinados a obligar a los *kulakí* a entregar su grano (y en aquella circunstancia *kulakí* eran todos los campesinos con mucha o poca tierra), no hizo sino agravar la situación porque, a la vez que el Estado no recibió más grano, los miembros de los Comtiés, a quienes se permitía conservar una parte de los productos incautados, cuando no encontraban nada, asesinaban a los sopechosos de ocultación. De suerte que la hostilidad del campo contra el partido no tardó en transformarse en estado de rebelión latente de cuyos estallidos los representantes de la «autoridad» eran las primeras víctimas.

Finalmente, la ley del 20 de octubre de 1918 creó los tristemente célebres «destacamentos de obreros y de campesinos armados» o «destacamentos de hierro» cuya misión, además de la requisa de los productos del campo, consistía en emprender la liquidación sistemática por el terror, por fin organizado según preceptos científicos, de los enemigos de clase, es decir, además de los *kulakí* y de los pequeños granjeros, de todos los partidarios del principio de propiedad. La presencia de delegados de la Cheká daba a estos destacamentos toda su eficacia.

El resultado práctico de todo ello fué que, en una atmósfera de guerra civil, la redistribución de la tierra, por una parte, el intento del gobierno de recoger y controlar los productos, por otra, realizadas ambas sin sistema alguno de organización, sino supeditándolo a la violencia originaron la creación de reser-

[10] *Vólost,* sede de la administración de distrito.

vas clandestinas por los *kulaki*, la escisión de la clase campesina en dos bandos y un descenso catastrófico de la producción [11].

El fracaso total del régimen soviético en materia de restauración industrial y agrícola se repite exactamente en materia comercial. Su propósito inicial era instaurar el control del Estado sobre las ramas clave del comercio privado. Aquí también, los elementos revolucionarios anarquizantes se revelaron más activos y eficaces que los principios revolucionarios tal como el gobierno los expresaba. A pesar de los decretos que tendían a limitar la acción de estos elementos, las autoridades locales —denominación tan vaga que en ella entran indefectiblemente los maleantes más dinámicos de las localidades donde actúan— no querían oír hablar de imposiciones gubernamentales y preferían gravar con tributos monetarios a los comerciantes que habían cometido la torpeza de quedarse en su tienda. Los asesinatos fueron numerosos porque abundaron los incautos que creyeron en la eficacia de los decretos de Moscú y, pronto, muchos negocios cerraron por falta de dependientes. Ello, junto con la huída de los capitales líquidos, provocó una rápida inflación que tuvo como consecuencia la elevación de los precios de consumo y el descenso de la producción. En estas condiciones, el gobierno tuvo que proceder a la nacionalización del comercio privado pero, por no haber sido prevista ni preparada, ésta tuvo que llevarse a cabo sin plan ni programa, a medida que surgían dificultades en una rama o en otra. De suerte que cuando, en octubre de 1918, el monopolio de Estado abarcó todos los sectores del comercio no se encontraban ya productos de consumo fuera del mercado ilegal, salvo aquellos que, en ínfima cantidad, el gobierno había confiscado a los acaparadores y vendía en sus almacenes y cooperativas de distribución, creados por el decreto del 21 de noviembre de 1918.

El primer efecto práctico del comunismo de guerra en materia de transacciones particulares fué, pues, la supresión del comercio libre impuesta por la destrucción de la red comercial existente y por la confiscación del capital privado. Como corolario, el dinero perdió su valor; cayendo el comercio en un sistema oficial de trueque que puede expresarse por la fórmula: trabajo contra raciones de productos alimenticios.

Estos eran distribuídos a los habitantes de las ciudades —aquí se habla solamente de los elementos no burgueses, puesto que los otros se encontraban en trance de ser liquidados como clase— mediante un sistema de tarjetas de racionamiento que fué mantenido hasta 1930. De estas distribuciones, los campesinos estaban excluídos, porque se pensó que los ricos eran enemigos de

[11] En relación con la producción de trigo de 1913 que fué de 3.850 millones de puds para 83 millones de desiatinas sembradas, la de 1921 fué de 1.689 millones de puds para 58 millones de desiatinas. El pud equivale a 16 kgs. 393 grs.

clase y tenían reservas, y que los pobres siempre podían hacerse entregar las llaves de dichas reservas por amor o por fuerza.

Aquí se hace necesario examinar brevemente un factor a la vez psicológico y social que determina en gran parte el desarrollo de la revolución soviética como había determinado, más de un siglo antes, el de la revolución francesa: el de las relaciones de la ciudad con el campo.

Antes de 1917, como antes de 1789, si bien es cierto que había muchos pobres en los centros urbanos, es igualmente cierto que los alimentos y los productos de uso corriente eran baratos y se mantenían baratos en razón de su abundancia. Los pobres de las ciudades —obreros y artesanos— rara vez eran proletarios hambrientos y casi nunca tenían conciencia revolucionaria, porque no aspiraban sino a transformarse en pequeños burgueses, y no se agitaban más que cuando los productos de consumo empezaban a escasear y a volverse más caros.

Ahora bien, el alza de los precios de estos productos y su difícil adquisición, con su corolario fatal, el hambre, son las características principales de la revolución rusa en sus primeros años de vida, como habían sido las de la revolución francesa, cuyo fracaso acabaron por determinar. Tanto en un caso como en otro, ello se debió al hecho de que, por haber sido suprimido por el régimen triunfante el antiguo sistema fiscal y el aparato administrativo rural, el dinero líquido y los productos del campo dejaron de afluir a las ciudades, donde no tardó en imperar una carestía y un hambre tales que, en el caso francés, determinaron el golpe de estado de Bonaparte, en el caso ruso, incitaron a los dirigentes soviéticos a extender sistemáticamente su política de terror hasta la destrucción de la clase campesina como tal.

Hasta 1917, la producción agrícola había sido más que suficiente para cubrir las necesidades de la nación entera, ya que el campesino, cuya economía doméstica le permitía fabricar la mayor parte de sus artículos de consumo, vendía sus productos a la ciudad sin acumular demasiadas reservas porque necesitaba dinero solamente para pagar sus impuestos, para procurarse productos manufacturados imprescindibles y para extender su propiedad; por otra parte, en las regiones donde subsistían cargas señoriales o eclesiásticas, cultivaba las tierras del monasterio o del castillo en pago de dichas cargas y los productos así obtenido eran vendidos en las ciudades por los beneficiarios de estos privilegios, lo que, esta vez también, hacía afluir alimentos a los centros urbanos y dinero líquido al campo. Pero cuando la revolución de febrero, los nuevos gobernantes se encontraron ante un hecho que los kadetes más gloriosos no habían previsto: los campesinos dejaron de pagar impuestos y, por ende, de vender sus productos porque el gobierno no disponía de ningún medio de coacción para convencerlos de que siguieran pagando y produciendo. Razón por la cual, desde el comienzo de la revolución rusa, nos encontramos con un

fenómeno que día a día irá afirmándose, exactamente como durante la revolución francesa: un despertar violento de la hostilidad latente entre la ciudad y el campo; fenómeno que, en el caso ruso, encuentra su expresión en la acción de los «Verdes» de Ucrania, de los cosacos del Don y del Kubáñ, de los campesinos de Siberia, y su corolario en los «Comités de campesinos pobres», en los «destacamentos de hierro» y en las expediciones punitivas organizadas por la *Cheká*; como había encontrado su expresión después de 1791 en los levantamientos de Vandea, de Bretaña, de Normandía, y su corolario en el terrorismo del Comité de Salud Pública; y que, en ambos casos, responde, por un lado, a la voluntad de las provincias de no dejarse esclavizar por un gobierno despiadadamente centralizador y, por otro, en la necesidad en que se encuentra este gobierno de buscar pan para alimentar al proletariado industrial —guardia pretoriana de la revolución— y dinero para mantener los ejércitos que luchan con la contrarrevolución.

Importa poco que aquí se termine el precedente. Que la revolución soviética haya triunfado finalmente, destruyendo la vieja estructura campesina por la liquidación física de cinco o seis millones de rurales, mientras que la revolución francesa fracasó porque no pudo realizar la misma tarea a la cual, de haberse mantenido en el poder, Robespierre y sus amigos hubieran llegado fatalmente, viene a significar nada más y nada menos que Lenin supo aprovechar la lección extraída de la revolución francesa, renunciando a los discursos sobre la libertad y la fraternidad y buscando tan sólo, sin el menor asomo de humanitarismo pequeño-burgués, la destrucción de todo aquello que, enemigo o amigo hubiera podido desviar su experiencia hacia un nuevo Termidor. Ya que, en verdad, el Terror que le sirvió para aplastar a los supervivientes del «antiguo régimen», Vladímir Ilich supo utilizarlo con igual maestría para enseñar a todos cuantos le llevaron al poder el respeto ciego por un Estado que habían creído destruir definitivamente y que, por el contrario, no tardó en aplastarlos bajo un peso tanto más inexorable cuanto que, esta vez, ningún precepto de caridad, ningún respeto por las normas jurídicas podía aliviarlos.

En efecto, si el designio del bolchevismo triunfante había sido la instauración de la dictadura del proletariado según las fórmulas cavilosamente sutiles de *El Estado y la Revolución,* las condiciones psicológicas del proletariado ruso demostraron pronto al estado mayor soviético que tenía que substituir dicha dictadura por la suya propia, hasta tiempos mejores... que no han llegado aún.

El 21 de noviembre de 1917, un decreto del *Sovnarkom* había instituído el control obrero sobre las actividades de todas las empresas en las cuales los trabajadores debían elegir «consejos de obreros y de empleados» para la producción, el suministro y la administración. Lenin, que afectaba considerar el control obrero como un paso hacia el socialismo, hizo aprobar por el consejo la legislación del trabajo más progresista del mundo: jornada de ocho horas,

prohibición del trabajo nocturno de las mujeres y de los niños, sistema de seguro obrero y de pensión a la vejez, vacaciones, pagas, etc. Pero éstas no fueron más que «aspiraciones nunca realizadas» [12].

Desde el comienzo, el control obrero —este «paso hacia el socialismo» tan caro a Lenin— condujo a una completa desorganización industrial, sobre todo en razón del antagonismo de los obreros movidos por aspiraciones anarcosindicalistas contra los representantes del «antiguo régimen», es decir, contra los técnicos a quienes, cuando aceptaban adaptarse a las nuevas condiciones, el gobierno quería mantener a la cabeza de las empresas y que, en la mayor parte de los casos, o bien fueron liquidados, o bien se liquidaron a sí mismos desapareciendo antes de que fuera demasiado tarde. Así como había provocado el descenso de la producción agrícola, la revolución fué causa de la deserción de las fábricas de suerte que, en 1921, a causa de las demoras y de las ausencias que alcanzaron el sesenta y cinco por ciento de las jornadas de trabajo, la producción bajó al veintiocho por ciento de la de 1913. Además el hambre que asoló las ciudades durante toda la fase del comunismo de guerra, provocó un retorno a la tierra de masas de trabajadores, y al final de 1920 la población urbana general se había reducido a la tercera parte de la de 1917, por cuya razón, durante todo este período, se registró una gran escasez de mano de obra a pesar del descenso de la producción industrial.

Para hacer frente a esta situación —que venía a agravar peligrosamente las condiciones imperantes en Rusia soviética a causa de la guerra civil y del bloqueo económico— en diciembre de 1918, el gobierno decretó la obligatoriedad del trabajo para todos los hombres entre los dieciséis y los sesenta años de edad, medida que fué seguida al año siguiente por la movilización de los especialistas de la agricultura, de la electricidad y de los transportes, y, en enero de 1920, por la limitación estricta del cambio de lugar de ocupación; consecuencia imprevista del nomadismo ruso tan lamentado por Dostoievskiy. El trabajo, como la industria, fué militarizado. Así ocurrió cuando dos ejércitos, liberados de sus tareas bélicas por la derrota de Kolchak y de Deníkin en vísperas de la guerra con Polonia, lejos de ser desmovilizados, fueron empleados para la ejecución, bajo la dirección de sus oficiales, de trabajos públicos, como reparación de puentes y de líneas férreas y construcción de carreteras. En realidad, en los primeros meses de 1920, se pensaba crear vastos ejércitos de trabajadores en los cuales Trotskiy que, además de las fuerzas militares, dirigía la planificación del trabajo, veía «una nueva forma de organización *permanente* del trabajo en una sociedad socialista» [13]. Porque, aun cuando se adapte perfec-

---

[12] A. BAYKOV: *Op. cit.*

[13] L. TROTSKIY: *Cours nouveau,* París, 1924. Para mayores esclarecimientos acerca del totalitarismo de Trotskiy, cfr. WOLF GIUSTI: *Il pensiero di Trotzky,* Florencia, 1949.

tamente al régimen staliniano la definición de Berdiáiev: «la revolución comunista utilizó los instintos anárquicos para llegar al punto extremo del comunismo, que es aquel en que todos los fermentos anárquicos están destrozados» [14], no pocas de las condiciones para llevar a cabo esta operación se habían dado ya en 1920.

* * *

En conclusión, durante la fase del comunismo de guerra, si bien el gobierno soviético logró el control de todas las posiciones clave de la economía, las medidas adoptadas para condicionar el necesario aumento de la producción no fueron siquiera capaces de frenar su descenso vertical. Por el contrario, contribuyeron a la ruina de la producción industrial y agrícola y al deterioro irremediable del sistema de transportes y de distribución. Podemos comprobar a este respecto que el final de la guerra civil no trajo consigo mejora alguna, ya que, contrariamente a las previsiones de Lenin y de sus colaboradores, el año 1920 señaló una aceleración en el proceso de disminución de los recursos del país [15].

---

[14] N. Berdiáiev: *The Origin of Russian Communism*, Londres, 1937.

[15] Algunas cifras que, en su frialdad, resultan más elocuentes que cualquier comentario: *Comercio exterior:* las exportaciones del año 1920 dan 1.400.000 rublos contra 1.520 millones en 1913; las importaciones dan respectivamente 28.700.000 rublos contra 1.374 millones.

Finanzas, crédito y dinero: emisión de papel moneda en miles de millones de rublos; en 1917, 16,4; 1918, 33,5; 1919, 164,2; 1920, 943,6; 1921, 16.375,3.

El año 1921 se caracteriza por las cifras siguientes: ingresos 4.139.900.000 rublos; gastos, 26.075.900.000 rublos, lo que constituye un fenómeno casi único en la historia —la otra excepción es la Alemania de 1923— de total desintegración monetaria. Como consecuencia, al final de la fase del comunismo de guerra se había llegado al hecho de que el valor real de las emisiones en billetes no cubría los gastos de impresión y que la población en materia de compra y venta de objetos y productos necesarios, había vuelto al sistema primitivo del trueque.

Volviendo a los índices más arriba señalados, la circulación fiduciaria que era de 9.950 millones de rublos en 1917 —contra 1.630 millones en julio de 1914— había alcanzado en octubre del mismo año, esto es, seis meses después de la conquista del poder por los geniales financieros que eran el príncipe Lvov y el «azucarero» Teréshchenko la cifra de 18.917 millones. Si comparamos dichas cifras con los índices mencionados, descubrimos sin dificultad el detalle de la bancarrota ocasionada por la revolución. Bancarrota cuya evidencia resalta más aún si consideramos que, en enero de 1918, el salario real correspondía al 40 por 100 del de 1913 y, en marzo de 1921, al 2 por 100.

Todas estas cifras, con los índices y los términos de comparación que las acompañan, son muy engorrosas y, en cualquier otra historia que la de la Rusia soviética, podrían

De suerte que Lenin que, desde los tiempos ya lejanos de Brest-Litovsk, había dominado constantemente a sus colegas del Comité Central y del *Sovnarkom* por el optimismo de sus previsiones y la oportunidad de sus cambios de ruta, descubrió de golpe la conveniencia de dar marcha atrás en el momento mismo en que reconoció que las medidas de orden económico, adoptadas hasta entonces, estaban a punto de impedir de modo definitivo la recuperación de la economía rusa. Rusia, ahora que la última oportunidad de revolución europea se había esfumado, no podía contar para esta recuperación sino con la colaboración del capital y de la técnica extranjera que, antes de aceptar comprometerse, exigían la vuelta a un sistema económico relativamente normal. Y esta vuelta, en verdad, sólo podía llamarse restauración del capitalismo, aun cuando dicha restauración se efectuase bajo el control del Estado.

Lenin había comprendido tan exactamente esta necesidad que, en su relación ante el X Congreso del PC ruso, que se celebró del 8 al 16 de marzo de 1921 en Moscú, declaró rotundamente que había que trazar caminos nuevos en el campo y en la industria, «inaugurando una nueva política económica *que* significa la substitución de las requisas por un impuesto sobre los víveres y un paso hacia la restauración del capitalismo en un grado no inestimable» [16].

---

dejarse de lado, porque —incluso en la Alemania de Weimar— no inciden de modo definitivo en el curso histórico. En lo que hace a Rusia, es imposible no mencionarlas, porque, sin ellas, ninguna argumentación recibe una explicación satisfactoria.

[16] He aquí el pasaje esencial de este discurso, tal como figura en el tomo XVIII de las *Obras completas* de LENIN (seg. edición):

«Estamos viviendo en condiciones tales le empobrecimiento y de ruina, de excesiva tensión y agotamiento de las fuerzas productivas de los campesinos y de los obreros, que por algún tiempo habrá que subordinarlo todo a esta consideración fundamental: aumentar a toda costa la cantidad de bienes. En el frente económico, en nuestro intento de pasar al comunismo, hemos sufrido una derrota más seria que cualqiuera de las que previamente nos habían infligido Kolchak, Deníkin o Pilsudski. La requisa forzosa en las aldeas y el modo comunista directo de abordar los problemas de la reconstrucción en las ciudades fué la política que estorbó el desarrollo de la capacidad productiva del país y resultó ser la causa principal de la profunda crisis económica y política que afrontamos en primavera de 1921. La nueva política económica significa la substitución de las requisas por un impuesto sobre los víveres, significa una transición hacia la restauración del capitalismo en un grado no indiferente. En qué grado será, no lo sabemos. Desde el punto de vista de la estrategia, la cuestión fundamental es: ¿quién será el primero en sacar ventaja de esta nueva situación? ¿Quién vencerá? ¿El capitalista a quien ahora dejamos entrar por la puerta e, incluso, por muchas puertas que nosotros mismos ignoramos que existen y que se abrirán independientemente de nosotros y contra nosotros? ¿O el poder proletario soberano?»

No existe, que yo sepa, en la historia de ningún régimen reconocimiento más rotundo del fracaso de todo un sistema que esta «confesión» de Lenin acerca de sus ideas y de sus métodos de gobierno en materia económica y financiera. Ningún gobernante jamás hizo

Es que, en las semanas que precedieron a la apertura del congreso, la agitación en las aldeas, en las fábricas, en el partido y en el ejército habían alcanzado tales extremos que, para mantenerse en el poder, Lenin se encontraba en la obligación de dar otro de los «virajes bruscos» en que se había hecho maestro «en tres o cuatro años».

---

semejante autocrítica, no tanto porque no quería hacerla o no se atrevía a hacerla, como porque no tenía ninguna razón para hacerla, puesto que, en la historia contemporánea, ningún gobernante burgués jamás acumuló tal cantidad de errores como los dirigentes comunistas de los años 1917-1921.

Capítulo VI

«UN PASO ADELANTE, DOS PASOS ATRAS»

Los propósitos y la realidad — Desarrollo de la oposición interior — ¿Democracia en el partido? — Lenin y el problema de la dictadura — Primeros destellos de la estrella staliniana — La burocracia contra los *sovieti* — Segunda salida de los anarquistas: misterios del léxico comunista — Trotskiy en contradicción consigo mismo — La rebelión de Kronstadt como expresión de una realidad que no se deja plasmar — Causas del «retroceso» y de la Nueva Política Económica — Variaciones del *Komintern*

Contrariamente a la ilusión que durante más de tres años los dirigentes soviéticos habían alimentado e intentado hacer compartir al pueblo ruso, el final de la guerra civil y el levantamiento del bloqueo económico no trajeron ninguna mejora, ni siquiera relativa, a la situación de Rusia. En razón de las penurias sufridas, la clase rural en su conjunto se había volcado contra el gobierno y sus agentes de requisa y, si bien el temperamento de sus miembros la imposibilitaba para pasar a un estado dinámico de oposición organizada —ya que no alcanzó en ningún momento a tener conciencia de sus intereses como clase y, por consiguiente, a proporcionarse un programa político por somero que fuera—, contestaba a la incoherencia de las medidas decretadas por el PC por una resistencia pasiva pronto generalizada, cuya manifestación primordial consistió en no entregar a las ciudades la carne y los cereales necesarios a su abastecimiento.

Además de la caída vertical de la producción agrícola y ganadera —cuyas causas hemos estudiado en el capítulo anterior—, la mala cosecha del año 1920 vino a agravar la situación, de suerte que el invierno siguiente se caracterizó en los centros urbanos, sobre todo en Moscú y Petrogrado, por una hambruna espantosa. «El espectro que se cernía sobre Rusia a finales de 1920 y comienzos de 1921 no era el de un derrumbamiento por obra de ejércitos extranjeros o de blancos organizados, sino el de un simple colapso interno por efecto de aquel estado de profunda desilusión que llegó a su ápice en vísperas de la proclama-

ción de la Nueva Política Económica. El país en su conjunto tenía frío y hambre, estaba enfermo, exhausto y exacerbado» [1]. Y ello engendraba un gran descontento que se manifestaba con virulencia entre los obreros de las fábricas que, hasta entonces, habían proporcionado a Lenin sus tropas más fieles y decididas. Este era un hecho peligroso porque la masa de los inscritos en el PC —que contaba entonces con seiscientos mil miembros— se había adherido después de la revolución de octubre y puesto de este modo al «orden de los revolucionarios profesionales» en situación de minoría dentro del partido. Esta cifra de seiscientos mil afiliados, proporcionada por León Trotskiy [2], revela un fenómeno en el que no se ha insistido lo suficiente generalmente: el partido comunista, minoría infinitesimal en el conjunto de la nación, tampoco gozaba de una situación más favorable en el conjunto de la clase trabajadora, puesto que, frente a él, los sindicatos, en los cuales la inscripción era obligatoria para los obreros, los empleados y los funcionarios, formaban una masa de seis millones de adherentes cuya mayoría, en este período de extremos sufrimientos, no alimentaba la menor simpatía por la ideología triunfante. Ante este ejército con su descontento por única arma, los comunistas auténticos —esto es, los inscritos anteriormente a la revolución— no podían sino estar desprovistos de fuerza ofensiva porque se encontraban ahogados entre los nuevos miembros del partido, aquellos que se habían afiliado por gregarismo y que constituían una inmensa mayoría, cuya pasividad en materia revolucionaria no tardó en revelarse claramente.

Si a ello se agrega que la oposición de los campesinos a la política de requisas se transformó en furor ciego en el momento en que comprobaron que, pese a la mala cosecha, dicha política seguía aplicándose con todo rigor y según las mismas normas, se comprenderá fácilmente hasta qué punto las condiciones de vida se habían hecho intolerables en los meses que siguen inmediatamente a la derrota de Wranguel. Ahora que la guerra civil había terminado, nada podía justificar ya la política del gobierno y cabe preguntarse por qué se tardó tanto tiempo en abandonar un camino evidentemente equivocado. La única respuesta válida la da un escritor soviético: «Durante la guerra civil no se podía pasar a la NEP, pero se podía hacerlo en 1920. Sin embargo, grande es la fuerza de la inercia. No podíamos liberarnos de golpe de los hábitos adquiridos durante el comunismo de guerra» [3]. En efecto, la burocracia del partido, como toda burocracia engendrada por la revolución, se había vuelto conservadora hasta casi adquirir las costumbres de una clase reaccionaria.

---

[1] W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.*, tomo II.

[2] L. TROTSKIY: *Stalin*, en apéndice titulado «La reacción termidoriana».

[3] A. SLIEPKOV: *Kronshtadskiy Miatezh* (*La rebelión de Kronstadt*), Moscú, 1928. Se trata de la única obra de conjunto consagrada a este dramático acontecimiento.

La situación no podía ser más catastrófica. Las estaciones ferroviarias se habían transformado en cementerios donde se desintegraban centenares de locomotoras y de vagones; ciertas líneas —particularmente las de Ucrania y de Siberia, graneros de Rusia— disponían solamente de combustible para un día, lo que provocó la pérdida en pleno campo, cuando no el pillaje por las bandas anarquistas de Majnó y de Antónov, de millares de toneladas de productos alimenticios, destinados a los grandes centros urbanos; en algunos de los cuales la ya miserable ración de pan tuvo que reducirse a una tercera parte en febrero de 1921. El colmo fué alcanzado en ese mismo mes de febrero cuando sesenta y cuatro grandes fábricas de Petrogrado, concretamente las de la empresa siderúrgica Putilov, cerraron sus puertas por falta de carbón, aumentando con ello la agitación que, desde hacía algunos meses, sacudía al mundo obrero. La ruptura se perfilaba total entre el partido y las masas trabajadoras.

Un viejo militante, revolucionario profesional, que había pasado varios años en las cárceles del zarismo y en Siberia, Arón Soltz, empezó a publicar, el 6 de febrero, en *Pravda,* una serie de artículos en los que indicaba que la responsabilidad de la situación pertenecía a los funcionarios del partido que, «por haber ejercido su poder bajo una dictadura, perdieron todo sentido de camaradería y se hicieron semejantes a los antiguos gobernantes», acusándoles además de corrupción y de amor a la vida cómoda. Entre los documentos citados por él figuraba la carta de un viejo comunista que había dimitido del partido afirmando: «No creo más en las realizaciones del comunismo porque he podido comprobar todos los privilegios de que disfrutan los comunistas que ocupan puestos de responsabilidad» [4]. Entre las masas, por estas y otras causas, se extendía la creencia de que los dirigentes del partido se habían vuelto unos aprovechados.

Si bien la dirección de los sindicatos estaba en las manos de viejos comunistas, éstos se revelaban incapaces de remediar tal estado de cosas y, en vez de proceder a reformas prácticas inmediatas, discutían semanas enteras acerca de los métodos mejores para la implantación en Rusia de un sistema económico conforme a las doctrinas del marxismo, sin caer en la cuenta de que, ante las condiciones rusas, estas doctrinas se habían revelado ya irrealizables.

Durante este invierno tan trágico, tres tendencias principales empezaron a enfrentarse con violencia en el seno del PC, tendencias que en los años sucesivos iban a determinar el curso de la vida política rusa hasta el triunfo de Stalin, a través de la enfermedad y la muerte de Lenin y de la lucha por su sucesión: la llamada tendencia «derechista» encabezada por Nikolai Bujárin que, como se ve, había recorrido bastante camino desde su revolucionarismo extremista de los tiempos de Brest-Litovsk; la «izquierdista», a la que Trotskiy,

[4] Los artículos de ARÓN SOLTZ fueron publicados en *Pravda* entre el 6 y el 13 de febrero de 1921. Nótese que *Pravda* significa, a la vez, verdad y justicia.

siempre fiel a sí mismo y a sus ideas, seguía inspirando; y la «centrista», a la que se atenía el realismo de Vladímir Ilich, y, cuya oportunista explotación, permitió a Stalin empezar a perfilarse como dirigente político. La primera se inclinaba por soluciones moderadas, considerando necesaria una fase preparatoria de la socialización mediante la concesión de una relativa libertad al principio de la oferta y la demanda en el mercado interior, porque consideraba que el desarrollo de una especie de capitalismo burgués, controlado por el gobierno, constituía una oportunidad para lograr las condiciones favorables a la instauración del Estado socialista; y, en rigor, esta tendencia era conforme a ciertas enseñanzas de Marx y de Engels, tal como las revela lo que se ha dado en llamar su economismo. Pero tampoco Trotskiy se equivocaba, cuando pretendía permanecer fiel al revolucionarismo del maestro, al querer imponer al país una colectivización inmediata, sin ningún atenuante, mediante la destrucción de toda empresa o iniciativa privada, tanto en el campo como en la ciudad, bajo el control exclusivo de los *sovieti*, o por encima del mismo PC si fuere necesario, utilizando la constitución de ejércitos de trabajadores encuadrados militarmente. En efecto, si las tesis de Bujárin pueden encontrar su punto de arranque en *El Capital* y en la *Crítica de la economía política*, las de Trotskiy no están en contradicción con las bases dialécticas proporcionadas por el *18 de Brumario* y por *La revolución en Francia*.

La tendencia centralista —la de Lenin, a la que Stalin se amoldaba religiosamente hasta parecer indispensable a los ojos del dictador— manifestábase desprovista de todo doctrinarismo apriorístico. Quería realizar el socialismo lentamente, evitando, tanto los movimientos precipitados de los izquierdistas, capaces de devolver su preponderancia a las asambleas de los *sovieti* por encima del partido, es decir, del Comité Central, como los acomodos excesivos de los derechistas con las masas de obreros sin partido y con los campesinos conservadores que podían desviar la revolución hacia un democratismo en sentido burgués. Como vamos a ver, en realidad, la tendencia centrista, más que a Lenin, obedecía a Stalin por la función de control que «Kinto» había venido ejerciendo paulatinamente sobre la masa de los funcionarios del partido.

Parece innegable que, desde los primeros días de la revolución, Lenin consideró la eventualidad de su dictadura personal, no tanto por amor al poder como porque «valorizaba altamente el poder como instrumento de acción» [5], pues el principio de la diarquía —*sovieti*, por una parte, Comité Central del partido comunista, por otra— se reveló peligrosa en el momento mismo en que estalló la guerra civil. Y adaptóse fácilmente a dicha eventualidad si tenemos pre-

[5] L. TROTSKIY: *Op. cit.* Disquisición bastante talmúdica, como se ve, que parecerá extraña a una mente no acostumbrada a las exquisiteces de la dialéctica materialista.

sente que, a finales de 1919, la tendencia hacia la dictadura se había infiltrado en todos los órganos de gobierno, inclusive en el seno del PC, porque, como indica el mismo Trotskiy, a partir de Brest-Litovsk, «el poder en el gobierno y en el partido se concentró en las manos de Lenin y de los *leaders* bolcheviques que ejecutaban sus deseos» [6]. Pero para alcanzar este resultado fué estrictamente necesario que los socialistas revolucionarios de izquierdas se pasasen a la oposición, lo que permitió la dictadura revolucionaria del PC según el principio de la ley absoluta del Estado dirigido por un partido único, y, más adelante, el tránsito del principio de democracia o libre discusión en el partido al de concentración de todos los poderes políticos y administrativos a las manos del Comité Central, es decir, a quien dominaba efectivamente este organismo por su sentido agudo de la realidad, y su apetencia de mando.

Ahora bien, este último cambio se reveló infinitamente más arduo de llevar a cabo que aquél, porque si a los bolcheviques, más dinámicos y mejor organizados que sus antiguos compañeros de camino, resultaba fácil privarse de la colaboración de aliados que no habían sido más que un peso muerto, pocos eran los viejos revolucionarios que querían abandonar aquello que consideraban como su prerrogativa fundamental, la facultad de criticar con cierta libertad las decisiones de los dirigentes. Hacía falta, pues, ejecutar un trabajo de zapa sumamente difícil y, ante todo, eran necesarios colaboradores dispuestos a arriesgarse en semejante empresa. En el comienzo, Sverdlov fué el hombre que Lenin encontró y, en efecto, el único capaz de efectuar dicha centralización con mano firme, ya que reunía en su persona las funciones de presidente del primer Comité Constitucional —o sea, de presidente de la república— y de secretario del partido. De esta suerte, el proceso de centralización se efectuó sin graves dificultades porque, a estas funciones, Sverdlov unía una extraordinaria facultad de maniobra y un inagotable espíritu de intriga. Durante el VIII Congreso del PC, que tuvo lugar en Moscú del 18 al 23 de marzo de 1919, Zinóviev que, según Trotskiy, actuaba por cuenta de Vladímir Ilich, propuso que el Comité Central delegara algunas de sus funciones a tres órganos, la Oficina Política o *Politburó*, la Oficina de Organización u *Orgburó*, y la Secretaría del partido; y que se instituyera un nuevo comisariado que se llamaría «Comisariado del Pueblo para la Inspección de los Obreros y de los Campesinos» o *Rabkrin*. Después de bastante enconadas discusiones, la propuesta fué aceptada, sobre todo porque se sabía que emanaba de Lenin, cuya autoridad no se discutía ya mucho desde Brest-Litovsk. De suerte que, poco a poco, el *Politburó* —originariamente compuesto por Lenin, Trotskiy, Stalin, Kámenev y Bujárin, a quienes se agregaron el año siguiente Preobrazhenskiy y Serebria-

---

[6] *Ibídem.*

kov— acumuló sin gran trabajo las prerrogativas del Comité Central que, ya en 1921, se reunían solamente unos días cada dos meses, y del partido, cuya conferencia general era convocada dos veces por año. Así el *Politburó* se transformó paulatinamente en órgano directivo del partido, del gobierno y de la Internacional.

La segunda creación del VIII Congreso, el *Orgburó,* se ocupaba de todo lo relativo al personal —nombramiento, promoción y destitución de los miembros del partido y distribución de los empleos— y Stalin, único miembro del *Politburó* que pertenecía a este organismo, pudo proceder por su propia cuenta al nombramiento de los secretarios provinciales del partido; factor muy importante en su ascensión ulterior, si tenemos presente que dichos secretarios asumían automáticamente la función de delegados provinciales en los congresos del PC.

En cuanto al *Rabkrin,* su dirección fué confiada, sin causa que lo justifique específicamente, al mismo Stalin, que supo aprovechar la función de control sobre la burocracia, tarea propia de este comisariado, para instalar a sus amigos y compañeros fieles en los puestos clave de las administraciones locales.

Así, sin haber brillado en lo más mínimo hasta entonces por su actividad en la política y en la guerra, el oscuro comisario de las nacionalidades pudo, llegado este momento, concentrar en sus manos un poder tanto más extenso que, entre todos los dirigentes comunistas, era el único que perteneciera al mismo tiempo a los tres organismos de mayor responsabilidad creados por el régimen. Su ascensión, favorecida por Lenin que, en aquella época, deseaba que un hombre dispuesto a ejecutar ciegamente sus órdenes se encontrara, cual delegado suyo, en los nudos vitales del sistema forjado por él, no hacía más que empezar.

El mismo VIII Congreso había tenido que reorganizar la Secretaría del partido, dejada vacante por la muerte repentina de Sverdlov, sobrevenida algunos días después del comienzo de las sesiones [7]. Se nombró a un triunvirato de viejos comunistas, Krestinskiy, Preobrazhenskiy y Serebriakov. Pero, dice Trotskiy, «se revelaron demasiado humanos y tolerantes para el trabajo de policía en el partido» [8], y fueron reemplazados casi de inmediato por Mólotov, Iaroslavskiy-Gubelman y Mijáilov, colegas de Stalin en la dirección del *Orgburó.* Desde 1917, estos tres hombres habían ligado su destino al del georgiano.

Otra institución del partido, pero ya de menor categoría, fué la Comisión Suprema de Control, cuya tarea específica consistía en «extirpar el burocratismo» y luchar contra las facciones. En esta comisión, cuatro miembros sobre

---

[7] Fué apedreado por obreros moscovitas mientras los incitaba, amenazándolos, a desarrollar la producción.

[8] TROTSKIY: *Op. cit.*

siete —Soltz, Shkiriátov, Korosteliov y Muránov— pertenecían a la misma escuela de Stalin.

Haber llegado en tan poco tiempo a ocupar —aunque con la bendición de Vladímir Ilich— posiciones estratégicas de semejante importancia demuestra, además del espíritu de intriga que Trotskiy denuncia como el único medio puesto por el destino a la disposición de Stalin, una buena dosis de inteligencia práctica y de sentido táctico y una poderosa facilidad para conquistar complicidades, ya que resultaría aventurado hablar de amistad o de camaradería en esa jungla verdaderamente tupida del estado mayor bolchevique [9].

Con lo dicho, podemos seguir con bastante facilidad el camino recorrido por Lenin desde *El Estado y la revolución*; camino que encuentra su pretexto en el fracaso día a día más visible del comunismo de guerra y desemboca en una dictadura totalitaria con la que la del proletariado no tiene ya nada que ver. El hecho de que el jefe de la revolución haya evitado asumir personalmente funciones importantes —fuera de la de presidente del *Sovnarkom*— nos muestra que, enteramente ocupado por los grandes problemas políticos, para cuya solución necesitaba una total libertad de acción, quería que semejantes funciones fueran desempeñadas por un hombre que resolviese por él todas las cuestiones de orden administrativo o de política interna que, durante largos meses, lo habían obligado a perder un tiempo precioso en lo que consideraba vulgar cocina cotidiana. Revela asimismo que esta tan deseada libertad de acción no podía conseguirse sino ahogando el menor conato de oposición interior, es decir, mediante una dictadura que, aun cuando, por el momento, permaneciese disfrazada, no tardaría en revelarse infinitamente más completa de lo que los incautos dirigentes de las varias fracciones del partido hubieran podido sospechar.

Este trabajo había sido llevado a cabo con cautela y decisión desde los primeros meses de la experiencia bolchevique —en rigor, el decreto de disolución de la Asamblea Contituyente puede considerarse como el primer paso de Lenin hacia la dictadura «antidemocrática»—, siguiendo un movimiento que había ido acelerándose a medida que las dificultades engendradas por la guerra civil obligaban a la masa de los militantes a aceptar la idea de una centralización *transitoria* del poder revolucionario, pero el congreso de 1921 fué la oportunidad elegida por Lenin, y respaldado por Stalin y los organismos burocráticos del partido, para dar su primera batalla abierta con vistas a la oficialización de su política secreta, esto es, para poner al PC ante el hecho consumado de su dictadura personal Esta es la razón por la que, en ese con-

[9] Para completar el cuadro, Stalin será elegido Secretario General único del PC por el XI Congreso (27 de marzo-2 de abril de 1922).

greso, los puntos de vista se enfrentaron con tanto encono en una atmósfera que, propiamente, puede definirse como insurreccional, ideológicamente hablando, si bien los aspirantes a insurrectos llegaron pronto a descubrir —pronto, pero demasiado tarde— que el trabajo de zapa efectuado por Stalin en pleno acuerdo con el dictador los había colocado en situación de inferioridad, logrando transformar el sector auténticamente revolucionario —poderoso todavía al comenzar el año 1919— en minoría prácticamente impotente.

El «economismo» de la tendencia derechista, por descansar en una dialéctica esencialmente técnica, no podía ser más que un hecho minoritario, es decir, asequible solamente a los pocos «intelectuales» encabezados por Bujárin, a quien la masa de los militantes consideraba, con una mezcla de respeto y de conmiseración, como el filósofo del partido. Pero dicho economismo, en razón de su estructura sistemática, representaba, al mismo tiempo, la única corriente capaz de proporcionar a la tendencia centrista sus argumentos más valederos contra Trotskiy y su tesis de la revolución sin descanso. Con el X Congrego del PC ya se dibuja la maniobra (que «Kinto» sabrá repetir con maestría extraordinaria después de la muerte de Lenin) de la alianza de un centro poderoso, pero desprovisto de bases doctrinales, con una derecha minoritaria, pero bien provista de cuerpo político; alianza concluída en vista de la eliminación de las izquierdas y que no le sobrevivirá, porque, apenas victorioso, su beneficiario se las arreglará para utilizar contra su aliado de la víspera los argumentos del vencido. Se puede comprobar, pues, que ya en 1921 Stalin realiza, con el beneplácito de Lenin, la maniobra que le servirá, pocos años más tarde, para asegurarse la sucesión del fundador a expensas de Trotskiy sin que éste pueda hacer nada válido para defenderse, pese al hecho de que, antes de morir, Lenin haya roto las relaciones con su favorito del X Congreso e intentado imponer, *in extremis*, la candidatura del revolucionario permanente. Pues es cierto que, no obstante ese demasiado tardío cambio final, Lenin fué quien forjó el instrumento que un día Stalin supo utilizar esgrimiendo —para ejecutar contra la voluntad del que le había procurado la ocasión, esa voltereta con doble salto mortal revolucionario— los argumentos «objetivos» de la dialéctica leniniana de 1921.

Desde el año anterior, Vladímir Ilich había decidido enfrentarse con Trotskiy, cuyas tesis acerca de la «democracia obrera», por la que los *sovieti* debían regular el empleo de las masas de trabajadores militarizados, le parecían capaces de hacer desviar el Estado bolchevique de la consecución de sus «objetivos fundamentales». Para él, los sindicatos eran órganos de reeducación de las masas obreras y debían utilizarse, no como medios de coacción, sino como escuela de comunismo, a la vez instrumento de defensa del obrero y medios utilizables por él para tomar parte en la defensa del Estado. Estimaba, y ello era la esencia de su argumentación, que la «democracia obrera» o «democracia de

producción», abogada por Trotskiy, en la cual el obrero no era más que instrumento pasivo, dejaba de lado los deseos de los sindicatos que querían obtener un momento de respiro para hacer frente a la intolerable situación social, y además, daba al traste con la autoridad de las altas jerarquías del partido al poner la iniciativa política y económica en manos de los *sovieti*. Mas le faltaban hechos precisos para emprender el ataque, ya que, si bien la burocratización del partido por obra de Stalin le había proporcionado ya tropas suficientes, era necesario que sus adversarios le brindasen la oportunidad para dar batalla. Muy cautamente, Trotskiy evitaba cometer la menor imprudencia, esperando que Lenin se aliara abiertamente con la «derecha» para actuar él mismo a partir de bases dialécticas bien firmes. Sabía, en efecto, que dicha alianza sería considerada como escandalosa por los viejos revolucionarios y sembraría el desconcierto en las filas de los jóvenes militantes, sobre quienes, por su parte, ejercía un poderoso ascendiente gracias a su acción durante la guerra civil; pero que no se atreverían a tomar posición contra Lenin, jefe indiscutido de la revolución, mientras no cometiera la torpeza de compromenterse con aquéllos que, a su derecha, querían dar la revolución por terminada. Por el momento, todo quedaba en el plano teórico, y si ello era altamente satisfactorio para los dirigentes, no lo resultaba tanto para las masas que morían de hambre y empezaban a considerar la experiencia soviética como definitivamente fracasada.

Una serie de acontecimientos graves iban a imponer el abandono de las posturas abstractas y hacer inevitable la adopción de soluciones tan rápidas como radicales.

En primer lugar, al lado de las académicas manifestaciones del centro, de la derecha y de la izquierda, vino a colococarse la llamada «oposición obrera» —que será calificada más tarde de anarco-sindicalista— cuyos dirigentes, los miembros de la vieja guardia, Shchliápnikov y Lutovinov, sostenidos durante un cierto tiempo por Alejandra Kollontai, la mujer elegante del partido, aspiraban a substituir la dictadura del PC por el gobierno autónomo de las masas productoras, que deberían concentrar en sus manos la administración total de la vida económica. Nadie podría ser nombrado para un cargo económico-administrativo sin la aprobación del sidicato interesado, cuya decisión resultaría inapelable. Postura tan alejada de la de Lenin —que quería dar al sindicato una parte más educativa que administrativa— como de la de Trotskiy, que quería transformarlo en mero órgano del control estatal. La «oposición obrera» cuyos dirigentes no ocupaban situaciones de primer plano en el partido—, que gozaba de muchas simpatías en el mundo obrero, desencadenó en la primera ocasión, contra los dirigentes, una viva campaña con éxito doble: la oposición campesina de Ucrania y de Siberia transformóse en rebelión armada, agravando considerablemente las dificultades de las ciudades para procurarse alimentos. Majnó y sus «Verdes» lograron levantar masas de campesinos ucra-

nianos enfurecidos y ocuparon centros importantes, como Iekaterinoslav y Alexandrovsk, donde hicieron pronta justicia con todos los miembros de los «destacamentos de hierro» que caían en sus manos. Asimismo, a partir del final de 1920, Antónov, a la cabeza de bandas, que llegaron a sumar más de quince mil armados, ocupó las provincias siberianas de Tambov, de Saratov y de Penza, y se calcula que en pocas semanas ahorcó a más de doscientos agentes de la política de requisas. Trotskiy y Dzerzhinskiy se vieron constreñidos a ocuparse personalmente del asunto, y, especialmente en Siberia, donde la rebelión había interrumpido las comunicaciones ferroviarias, emplearon métodos despiadados, como el incendio de las aldeas donde habían sido registrados hechos de sangre, la ejecución de los parientes de los sospechosos y la deportación en masa de campesinos. Estas rebeliones se prolongaron hasta la mitad de 1921 [10].

Y, finalmente, la rebelión de Kronstadt. Para los dirigentes del partido, éste fué el acontecimiento decisivo.

Decisivo en varios sentidos. En primer lugar, porque puso a Trotskiy en contradicción consigo mismo, al obligarle a aplastar, en su calidad de Comisario de Defensa, a hombres que se habían levantado invocando su propia tesis de la preeminencia de los *sovieti* sobre el PC. En segundo lugar, porque proporcionó a Lenin la oportunidad, que buscaba desde hacía un año, para reducir al silencio al único dirigente que se interponía aún entre él y la dictadura, oportunidad que supo aprovechar sin tener que esgrimir argumentos sacados de los textos fundamentales de la Escuela, sino tan sólo explotando con realismo agudo los hechos precisos que la situación política le ofrecía.

Este era el terreno que más convenía a Vladímir Ilich. Toda su actuación de jefe de la revolución demuestra, en efecto, que las discusiones teóricas, sobre todo cuando tenía que sostenerlas con un hombre de la calidad intelectual de Trotskiy, lo ponían en situación evidente de inferioridad. Basta leer su obra de teórico del marxismo para comprobar que, en ella, el insulto personal atroz y el requerimiento entusiasmado de los textos le sirvieron demasiado a menudo para encubrir una desoladora pobreza de argumentación. No hay que deducir de ello la tesis de una especie de inferioridad intelectual de Lenin, sino tan sólo la prueba de que *hacía* la revolución sin querer perder tiempo en teorizar acerca de ella; razón por la cual, mientras no queda nada válido de su

[10] Las obras de consulta sobre este levantamiento ucraniano son: 1) los recuerdos del anarquista Majnó que forman la trilogía siguiente: *Russkaia revoliutsiia na Ukraine* (La revolución rusa en Ucrania), París, 1929; *Pod udarami kontrrevoliutsii* (Bajo los embates de la contrarrevolución), París, 1936; *Ukrainskaia revoliutsiia* (La revolución en Ucrania), París, 1937. 2) P. ARSHINOV: *Istoriia Majnovskago Dbizheniia* (Historia del movimiento majnovista), Berlín, 1923. Obra que ha sido vertida al español en 1926 por los anarquistas de Buenos Aires. En cuanto a la rebelión de Antónov, no existe ninguna obra que la estudie específicamente.

obra escrita anterior al 25 de octubre de 1917, todo lo que realizó después de esta fecha se encuentra sólidamente instalado en la base misma del sistema soviético, al que ha dado su sello imborrable. Enemigo de las inacabables discusiones teóricas tan caras a los rusos, Lenin siempre logró triunfar de sus antagonistas porque, maravillosamente servido por los acontecimientos, siempre supo explotarlos fuera de todo espíritu de sistema que no fuera el de su propio módulo revolucionario, es decir, de su propia dictadura.

Así, lo hemos visto imponer su voluntad y desencadenar el golpe de octubre, pese a los reparos teoréticos de sus tenientes Kámenev y Zinóviev [11]; así también lo hemos visto, cuando las negociaciones de Brest-Litovsk, triunfar finalmente sobre la oposición de Trotskiy, de Bujárin y de los socialistas revolucionarios; así vamos a verlo triunfar, merced a la rebelión de Kronstadt, de todos aquellos que se consideraban los verdaderos intérpretes del marxismo auténtico, tanto los «economistas» bujarinianos como los «revolucionarios» encabezados por Trotskiy; utilizando para impresionar a los primeros los excesos doctrinales de los segundos y los excesos prácticos de los rebeldes, y haciendo callar a los segundos con la acusación, apenas velada, de haber permitido con sus disquisiciones teóricas dichos excesos y dicha rebelión, y, colmo de la astucia, obligándolos a asumir la responsabilidad de la represión.

Pese a los acontecimientos que se habían sucedido a un ritmo febril durante tres años y medio, los marineros de Kronstadt, que habían representado un papel primordial en el triunfo de octubre, habían conservado intacta su fisonomía de los primeros tiempos, de suerte que se puede decir que, entre todos los actores del drama, ellos eran los únicos que no habían cambiado. Fieles al espíritu anarquizante, tan hábilmente explotado por Lenin en los días fatales de la conquista del poder, seguían considerando al Estado como algo que había que destruir en la primera oportunidad para instaurar la sociedad sin trabas pregonada en *El Estado y la revolución*. Sociedad en la que la igualdad sería la única norma impuesta disciplinariamente. Numerosos eran entre ellos los elementos anarquistas que, solamente en vista del triunfo sobre la «reacción» blanca, habían aceptado obedecer a las directivas del PC durante la guerra civil. Ahora que el peligro se había desvanecido, empezaban a agitarse —en un sentido nada grato al Kremlín— a fin de que los postulados de octubre fueran realizados sin tardar y que, para empezar, desaparecieran inmediatamente las jerarquías impuestas por la guerra. Su agitación había llegado a asumir caracteres de extrema decisión, porque, día tras día, habían podido comprobar el fracaso del comunismo de guerra y de sus preceptos políticos y económicos. Como sabemos, Lenin también había comprobado este fracaso, pero, contra-

[11] Cfr., capítulo final de mi *Historia de la Rusia contemporánea*, Mendoza, 1954.

riamente a los pensamientos del jefe, los marineros kronstadtianos estimaban que la situación no podía salvarse sino mediante la restauración de la autonomía de los *sovieti* y la desaparición del partido comunista.

Los marineros estaban en contacto estrecho con los obreros de Petrogrado, cuya situación miserable se había agravado en los últimos días de febrero por el cierre de varias fábricas y la disminución de la ración de pan. Complicación suplementaria: los obreros petrogradenses que seguían trabajando habían decretado una huelga de solidaridad con los desocupados y organizado manifestaciones de protesta, que fueron disueltas a tiros por los alumnos de las academias militares. Los muertos fueron numerosos, y los manifestantes tuvieron que abandonar su propósito de seguir pidiendo satisfacción, porque el hambre y la desesperación les habían quitado todo dinamismo, inclusive el poco que sirve para obtener comida.

Todo ello influyó con efectos demoledores sobre la guarnición de Kronstadt, cuya rebelión empezó el 1.° de marzo concretamente.

Durante un comicio celebrado aquel día, 15.000 marineros y obreros de los astilleros navales votaron una resolución en la que pedían la anulación inmediata de la dictadura del PC y el retorno a la «normalidad revolucionaria». He aquí lo esencial de esta orden del día: reelección inmediata de los *sovieti* por voto secreto y libertad de propaganda entre los obreros y los campesinos; libertad de prensa, de reunión y de asociación para los obreros, los campesinos, los anarquistas y los socialistas de izquierdas; liberación de todos los detenidos socialistas y de los obreros, campesinos, soldados y marineros encarcelados por haber tomado parte en movimentos sindicales; abolición de las secciones políticas y de los comités de requisa; igualdad de las raciones alimenticias para todos, con ventaja solamente para los obreros empeñados en las tareas más fatigosas; posesión de la tierra y usufructo del ganado por los campesinos, a condición de que no realicen trabajo asalariado.

Al día siguiente, una reunión de delegados de los obreros y de los marineros de la fortaleza nombró un comité revolucionario provisional de catorce miembros que instaló su puesto de mando en el acorazado *Petropavlovsk*. Aquí es necesario indicar que dicho comité aseguró perfectamente el orden, como lo demuestra el hecho de que, mientras duró la rebelión, ninguno de los jefes comunistas sorprendidos por el acontecimiento en Kronstadt hubo de sufrir la menor violencia; no registrándose, tampoco, el menor derramamiento de sangre en la isla.

Moscú, donde empezaban a afluir los delegados al X Congreso del PC, recibió la noticia del levantamiento de Kronstadt como una bomba. De golpe, las disquisiciones bizantinas acerca de la necesidad ideológica de proseguir con la experiencia del comunismo de guerra por la puesta en acción del principio de la revolución permanente o de abandonarla para emprender la del «econo-

mismo», se interrumpieron para ceder su lugar a la acción orquestada por el realismo de Lenin y el oportunismo de Stalin.

El jefe de la revolución que, en vísperas de un congreso, cuyos resultados se presagiaban peligrosos para él, se sintió sorprendido favorablemente al considerar a Trotskiy y a sus tesis supercerebrales en franca contradicción por la realidad brutal de los hechos; encontrando el camino expedito de tal forma, que sólo tuvo que pensar en estas dos soluciones: ofrecer la ocasión de un acto conciliatorio para con los rebeldes, o bien desencadenar una acción despiadada contra los mismos. Desde el primer momento, le pareció que esta última era la solución más apropiada para asegurar definitivamente su dictadura absoluta. En efecto, al mismo tiempo que le permitía desbaratar la oposición ideológica que molestaba a su «izquierda» para la realización del proyecto de dar por terminado el comunismo de guerra, le ofrecía la ventaja de suprimir las tropas en las que dicha oposición podía intentar apoyarse en otra oportunidad; y proporcionaba a su postura centrista el sostén de la derecha bujariniana, poco numerosa, pero bien provista de doctrinarios, que era aquello que le hacía falta para dar una base teórica a sus realizaciones prácticas.

Pero, al mismo tiempo, no entendía cómo poner a Trotskiy, creador del ejército rojo y máximo artesano de la victoria sobre los blancos, en una situación insostenible ante el partido. Le bastaba por ahora con ponerlo en contradicción consigo mismo, obligándole a actuar contra los rebeldes. Es que conocía exactamente el grado de influencia que León Davídovich ejercía sobre las fuerzas armadas, instrumento necesario de la represión. Por otra parte, está permitido pensar que no le desagradaba la idea de mantener entre los miembros del estado mayor revolucionario un espíritu de antagonismo, siempre utilizable para desbaratar los planes de futuros contrincantes, de suerte que, mientras ahora Bujárin se revelaba útil contra Trotskiy, algún día éste podría ser empleado contra aquél o contra quienquiera que asumiese demasiada importancia. Stalin, por ejemplo.

Por su parte, Trotskiy estaba en condiciones de comprobar que los delegados del X Congreso —casi todos funcionarios del partido, controlados por Stalin a través del *Orgburó*— lo abandonarían si seguía atrincherándose en su papel de opositor, y que ello le haría perder su posición de segundo personaje de la revolución. Sabía muy bien, además, que los marineros de Kronstadt no se habían levantado pensando en una fórmula de gobierno encabezada por él, sino en una solución anárquica en la que el papel de los *sovieti* no era precisamente aquél que él pensaba proporcionarles en la suya. Y tampoco ignoraba que su idea de los ejércitos de trabajadores, considerados como marco social permanente para el mundo obrero, le había vuelto extraordinariamente impopular en los sindicatos. Finalmente, no podía habérsele escapado que, mientras estaba dedicándose a su tarea militar, la organización del partido se

había «montado» sin él y, muy a menudo, contra él, y que le seguiría aceptando solamente mientras ello conviniese a Lenin. No le quedaba otro remedio que el de aceptar su derrota. Que era justamente aquello que Vladímir Ilich deseaba, ahora que su teniente no podía constituir ningún obstáculo serio entre él y la dictadura.

Pero, una vez vencido ideológicamente, había que lavarlo de sus responsabilidades en el asunto. Así nació el infundio de una alianza entre los blancos del exterior y los rebeldes de la fortaleza. Los mensajes difundidos por las radios de Moscú y de Petrogrado empezaron a hablar de una vasta conjuración organizada en el extranjero, afirmando que «un general zarista y otros antiguos oficiales (intentaban)... realizar en Rusia un alzamiento con la complicidad de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios» [12].

El oficial zarista en cuestión era el general Koslovskiy, a quien Trotskiy había hecho entrar en el ejército rojo en el comienzo de la guerra civil y que se encontraba de guarnición en Kronstadt. De él, después del asunto, no se pudo decir nada fuera del hecho de que, por encontrarse en la isla en razón de sus funciones, había tenido que asistir al levantamiento sin haber tomado por lo demás la mínima parte en su organización y en su desarrollo. Pero mientras tanto había sido fusilado, fríamente sacrificado a las necesidades «objetivas» en que Lenin se había encontrado para cubrir a su teniente, igualmente con toda «objetividad», para seguir siendo el «héroe de la revolución».

El aislamiento de los rebeldes, la espontaneidad de su acción, el cerco riguroso al que fueron sometidos desde el primer día, todo esto los destinaba a un fracaso rápido, sobre todo a partir del momento en que Trotskiy —después de haber caído en la cuenta de que los hechos, hábilmente interpretados por Lenin, lo habían colocado en una situación insostenible— se decidió a actuar contra ellos con la energía despiadada, marca de su temperamento.

El 5 de marzo difundía el manifiesto siguiente: «Ultima advertencia a la guarnición de Kronstadt y de los valerosos insurrectos. El gobierno obrero y campesino ha decidido volver a poner en las manos de la República Soviética a Kronstadt y a las naves amotinadas. Que todos aquellos que han levantado la mano contra la patria socialista depongan las armas inmediatamente. Que aquellos que perseveran sean desarmados y entregados a las autoridades soviéticas. Los comisarios y otros representantes del régimen soviético que fueron arrestados deben ser puestos inmediatamente en libertad. Solamente aquellos que se entreguen sin condiciones podrán contar con la clemencia de la República Soviética. Todas las disposiciones para el aplastamiento por las armas de la rebelión y de los rebeldes han sido tomadas ya. Todas las respon-

[12] *Pravda,* 4 de marzo de 1921.

sabilidades que sufran en este caso los ciudadanos pacíficos recaerán sobre los *amotinados blancos* [13]. Esta es la última advertencia» [14].

Los rebeldes rechazaron el ultimátum, y, en la noche del 7 de marzo, la acción militar empezó con un violento duelo de artillería entre las baterías de la plaza y los cañones soviéticos de la orilla septentrional y meridional del Neva.

La resistencia se prolongó hasta el 17 de marzo; lo que significa que impuso su sello a los trabajos del X Congreso del PC que celebró sus sesiones entre el 8 y 16 de marzo. Y esto era lo que mejor podía servir los designios de Lenin, ya que le permitía volver a agrupar en un bloque sin fisuras a todos los delegados, izquierdistas o derechistas, alrededor del «centrismo» que Stalin había elaborado administrativamente en el silencio propicio del *Orgburó*.

No fué fácil conquistar la fortaleza, que estaba armada superiormente y no podía abordarse más que a través de las aguas heladas del Neva. Tres asaltos generales, en los que tomaron parte tropas del VII Ejército y de la *Cheká* y tropas seleccionadas del partido y de las escuelas militares, fueron rechazados después de varias horas de luchas sangrientas. En la noche del 16 de marzo, los alumnos de las academias y los chekistas recurrieron a una estratagema: se vistieron de blanco para evitar ser vistos caminar sobre el hielo y llegaron al contacto de las defensas exteriores sin ser advertidos. La batalla duró toda la noche y todo el día siguiente. En la madrugada del 18, la fortaleza y las naves de guerra estaban de nuevo en las manos de los comunistas.

Dzerzhinskiy no intentó emular a los insurrectos con su clemencia. Todos aquellos que no pudieron refugiarse en Finlandia —y muy pocos lo consiguieron— fueron fusilados y sus cuerpos quedaron expuestos en las calles de Kronstadt a fin de servir de escarmiento. Como los hombres del año primero, los vencedores de octubre, no habían tardado mucho tiempo en devorarse entre sí [15].

Entre las preocupaciones que agitaban la mente de Lenin, ésta no parece haberle proporcionado muchos insomnios. Su actuación durante el congreso revela más bien una especie de satisfacción por haber reducido la oposición ideológica a representar papeles secundarios, y por haberla privado de sus tropas, aunque éstas fuesen la flor y nata de la revolución de octubre. Pero si no le reveló nada, porque estaba perfectamente al tanto de lo que sucedía en el país, Kronstadt le proporcionó la oportunidad para salir airosamente del ato-

---

[13] Soy yo quien subraya este «amotinados blancos».

[14] Este manifiesto, difundido a partir del 6 de marzo por la estación radiofónica de Leningrado, fué publicado por *Pravda* el 8 de marzo de 1921.

[15] La obra de consulta sobre este siniestro asunto es la de A. SLIEPKOV, citada en la nota 3 del presente capítulo, obra, por lo demás, de evidente inspiración oficiosa.

lladero en el cual su sistema, por culpa de las incoherencias del comunismo de guerra, estaba encerrando irremediablemente al país. Para el partido, esta rebelión fué la advertencia que justificó el abandono de una política descabellada que había levantado contra él la oposición unánime de los rusos, hartos de sufrir y de tener hambre, y fué el símbolo de una profunda escisión entre jefes de la revolución y masa revolucionaria.

* * *

La rebelión de Kronstadt —unida al fracaso de la tentativa contra Polonia, cuyo objetivo había sido permitir al ejército rojo darse la mano con el partido comunista alemán con vistas a la revolución europea—, el hambre en las ciudades, las fábricas inactivas, la insurrección que se extendía en el campo, la impotencia de los repartos de la *Chekâ* para dominarla, todo ello impuso a Lenin la idea del «retroceso» y de la Nueva Política Económica [16].

Por muchos motivos, no se podía hablar ya de comunismo de guerra. En primer lugar, porque los acontecimientos que señalaron los años pasados en el ejercicio del poder habían convencido a los dirigentes soviéticos de que la realidad de un país destrozado por la guerra y la revolución no permitía llevar a cabo ninguno de los supuestos que les habían posibilitado, en los días lejanos de octubre de 1917, desencadenar su acción revolucionaria: el comunismo, tal como figuraba, abstractamente delineado, en los escritos de Marx, de Engels y del Lenin anterior a la revolución, era irrealizable por cuanto ninguna de las especulaciones previstas por éstos en una atmósfera de tranquilidad, garantizada por la odiosa policía burguesa, se encontraba reunida en Rusia [17]

---

[16] «Aquellos que se imaginaron haber hecho una revolución, siempre comprobaron al día siguiente que no sabían lo que hacían y que la revolución que habían hecho no tenía nada que ver con la que habían querido hacer», escribía Engels a Viera Zássulich el 23 de abril de 1885.

[17] Reflexiónese un poco y se descubrirá qué orden existía en la Europa de los años 1850-1914 para que Marx y Engels, en Londres, y, luego, Lenin, en París, en Londres y en Ginebra, pudiesen concebir y preparar en sus mínimos detalles el instrumento con el cual debían hacer estallar a la sociedad contemporánea. Primero, en el caso de Marx y de Engels, dos Estados —Alemania e Inglaterra— bastante convencidos de la costumbre de hacer frente a sus compromisos como para permitir al rico subversivo Federico Engels seguir explotando sus empresas industriales y mantener al subversivo Marx; en segundo lugar, una moneda estable, una moneda oro, que permitía al mismo rico subversivo proceder a sus transferencias entre Alemania e Inglaterra asegurarse y asegurar a su amigo todas las comodidades necesarias para la elaboración de *El Capital*; en tercer lugar, fronteras abiertas que les permitían a uno y a otro asistir a los congresos que, de Amsterdam a Ginebra, clamaban por la revolución y la subversión; finalmente, gobiernos bastante seguros de sí mismos y bastante respetuosos con el pensamiento ajeno para que las obras de sus enemigos fuesen editadas, difundidas y celebradas.

Por otra parte, considerando la necesidad en que Lenin se vió de proceder a la instauración de la dictadura, necesidad que lo había constreñido a apuntalar su sistema en una organización fuertemente centralizada, había surgido una nueva clase de funcionarios, jerarquizada en importancia y en ventajas económicas. La destrucción de esta clase, ahora que la guerra civil había terminado, era imposible, primero a causa de los intereses creados, luego porque ello hubiera provocado un estallido general de odio contra esa burocracia y el régimen que encarnaba; finalmente, porque solamente el afianzamiento de esta nueva clase como tal podía impedir este estallido. Había que descartar, pues, toda clase de igualdad —idea madre del comunismo de guerra— y prever la necesidad de apuntalar siempre más vigorosamente el sistema soviético, no con una vuelta a los conceptos democráticos —capaces únicamente de abrir incógnitas peligrosas—, sino fortaleciendo los poderes y los privilegios de la burocracia, de la policía y del ejército, de modo que los miembros de esta superclase se sintiesen seguros en sus intereses. Asimismo era menester transformar la minoría constituída por el proletariado industrial frente a la clase campesina en un conjunto infinitamente más extenso y ofrecerle las seguridades de que el comunismo de guerra les había hecho perder a esperanza. Era necesario, pues, industrializar intensamente el país para que, llegado el caso, los proletarios, por su número y por sus privilegios, estuviesen dispuestos a sostener al gobierno contra los campesinos.

Ahora bien: para industrializar el país eran necesarios los productos del campo, e imprescindible que los obreros comiesen de modo suficiente; habiendo demostrado la experiencia más reciente que, para ello, el beneplácito de los campesinos venía a ser la condición primordial. La política de requisas había fracasado, y si se quería industrializar a Rusia rápidamente y, por ende, crear una vasta clase proletaria, había que dar también seguridades a los hombres del campo, volver al sistema de la libre posesión de la tierra, del libre comercio de los cereales, autorizar, en suma, a los rurales a traficar y a transformarse en *kulaki*. Para ello, no quedaba otro remedio, fuera del de aban-

---

Lo mismo sea dicho en lo que hace a Lenin que, después de haber hecho editar en San Petersburgo, durante su liberal exilio siberiano, una de sus obras más revolucionarias, pudo instalarse tranquilamente en las capitales europeas más arriba indicadas y preparar, sin que nadie le molestara, la acción intelectual y política que, un día, debía llevarlo a la cabeza de la Rusia revolucionaria.

Cierto es que con todo cinismo —un cinismo que ellos llaman necesidad dialéctica de realizar el socialismo— estos subversivos no concedieron ni conceden a sus antagonistas ninguna de esas facilidades, apoyándose en la distinción especiosa entre moral burguesa y moral proletaria. Lo que hay que apuntar aquí es que esto constituye la prueba más evidente de su propia inseguridad.

donar a los campesinos pobres a su triste suerte, que el de crear un sistema que incitase a los otros —los pequeños, los medios y los ricos— a que trabajasen intensivamente sus tierras para que las ciudades recibiesen alimentos; los mineros, extrajesen carbón de su minas, y las fábricas volviesen a producir los artículos que los rurales comprarían a cambio de dinero ganado con la venta de sus productos.

Así, *volens, nolens,* Lenin se vió obligado a instaurar un sistema fundamentalmente opuesto al comunismo de guerra, esto es, un nuevo capitalismo con sus clases y sus categorías sociales, aun cuando, según él, por estar controlado por el Estado, este nuevo capitalismo constituyera un progreso con respecto al del período prerrevolucionario.

Si, desde el punto de vista interior, la NEP representa un fracaso desde el punto de vista de los tópicos revolucionarios de 1917 —un respiro político, una concesión hecha por la minoría dirigente a la mayoría, cuya hostilidad amenazaba acabar con ella—, internacionalmente señala un fracaso más completo aún, ya que constituye el reconocimiento de que los excesos y las incoherencias del sistema capitalista occidental no originaron el ambiente adecuado para la revolución universal; contrariamente a las esperanzas suscitadas por las predicciones «científicas» de Marx. La burguesía occidental, después de su desconcierto de los primeros años, ha vuelto a tomar la ofensiva: en Polonia, en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en Italia. Por consiguiente, el respiro interior se contrastará en el exterior por un aflojamiento de la acción de la Internacional comunista.

Esto había que «endulzárselo» a los delegados que los varios PC no rusos enviaron a Moscú para el tercer congreso del *Komintern,* que tuvo lugar del 26 de junio al 2 de julio de 1921, es decir, pocas semanas después de la conferencia de Génova y del tratado de Rapallo y unos meses más tarde del fracaso del último levantamiento *spartakista* de Alemania. De ello se encargó Lenin, y lo hizo tan brevemente, que su argumentación en frío fué considerada como la más sincera abjuración de las teorías emitidas ante el segundo congreso acerca de la necesidad de la ofensiva permanente del proletariado contra la burguesía de todos los países.

Su intervención, que lleva el título de *Tesis del informe sobre la táctica del partido comunista de Rusia,* empieza con una justificación de la política exterior soviética, en ella, ciertos acuerdos con las potencias occidentales son motivos suficientes de censura, promovido por los dirigentes comunistas, el abandono de las concepciones internacionalistas de los comienzos. Rusia se encuentra en una situación tal —afirma Lenin—, que de estos acuerdos «ha resultado un equilibrio, aunque extremadamente precario, extremadamente inestable, pero, al fin y al cabo, un equilibrio que hace posible, claro que no

por mucho tiempo, la existencia de la república socialista rodeada de países capitalistas» [18].

Después de proclamar que, antes de ir más lejos, es necesario afianzar el régimen proletario en el único país donde ha triunfado, Lenin asegura que, «desde el punto de vista del desarrollo de la revolución proletaria mundial, como proceso único, la importancia de la época por que atraviesa Rusia reside en que ésta ponga prácticamente a prueba y exhiba la política del proletariado que tiene en su manos el poder estatal frente a la masa pequeñoburguesa», compuesta por los campesinos y los residuos de las antiguas clases dirigentes, ahora refugiados en los empleos públicos del Estado soviético.

Para poder dominar su situación, el gobierno debe instaurar una política de compromiso entre socialismo y capitalismo; en primer lugar, con el fin de realizar una alianza entre campesinos y proletarios, mejorando la situación económica de aquéllos y las condiciones de vida de éstos; en segundo lugar, arreglándose con el capital extranjero mediante concesiones [19], ya que —y admírese con qué tono glorioso se disfraza de verdad eterna aquello que, durante cuatro años, había sido objeto de todos los escarnios—, «sin desnacionalizar el Estado obrero da en arriendo determinadas minas, bosques, yacimientos de petróleo, etc., a capitalistas extranjeros, para obtener de ellos instrumental y máquinas suplementarias que nos permitan apresurar la restauración de la gran industria soviética. Al pagar a los concesionarios una parte de productos de gran valor, el Estado obrero abona indudablemente un tributo a la burguesía mundial; sin disimularlo en lo más mínimo, debemos comprender claramente que nos conviene pagarlo con tal de apresurar la restauración de nuestra gran industria y lograr un serio mejoramiento de la situación de los obreros y campesinos» [20].

Y, sin embargo, nota Arthur Rosenberg, ninguna de las condiciones europeas que en el congreso de 1920 hicieron proclamar la proximidad de la revolución mundial había cambiado en 1921. En marzo, un levantamiento había fracasado en Alemania, pero mucho más por culpa de Lenin y de Zinóviev, jefes de la Internacional, que por la de los comunistas alemanes, que no habían

---

[18] Estas *Tesis* figuran en el tomo IV de las ya citadas «Obras escogidas».

[19] Averell Harriman, financiero norteamericano, que fué uno entre los principales colaboradores de F. D. Roosevelt y que incluso representará a su patria en Moscú, obtuvo en 1925 la concesión de las minas de manganeso de Georgia. Dicha concesión le fué atribuída tras recomendación de Israel Kulguin, primer director del *Amtorg* en Nueva York.

[20] *Ibídem.* Los compiladores de las «Obras escogidas» dan estas tesis como enunciadas el 5 de julio, mientras el tercer congreso del *Komintern* terminó sus sesiones el 2 de julio.

hecho más que aplicar la consigna de la ofensiva «en el frente anticapitalista», allí donde se ofrecía una posibilidad de transformar una agitación local en revolución generalizada. Este no era más que un fracaso, porque Alemania, país en plena crisis de producción, a consecuencia de la derrota de 1918, estaba viviendo en un estado enteramente revolucionario, como lo demuestra la tentativa derechista de Kapp, estado que los comunistas podían y debían aprovechar antes de que los elementos nacionalistas volviesen al asalto. «El carácter ambiguo y contradictorio que distingue las conclusiones del tercer congreso mundial —prosigue Rosenberg— se explica por el hecho de que Lenin y, en general, los dirigentes bolcheviques, entonces alimentaban dudas acerca del porvenir de la Internacional comunista. Si un día volviese a presentarse una poderosa corriente revolucionaria, entonces los partidos comunistas podrían, una vez renovados, emprender de nuevo la lucha. Pero, por el momento, no les quedaba otra posibilidad que la de acercarse a la socialdemocracia» [21].

Error de táctica, pues, que constituye la causa principal de la tragedia del movimiento obrero internacional, ya que nada había cambiado fundamentalmente en Europa: en Inglaterra, las perspectivas de la llegada del partido socialista al poder por vía parlamentaria no estaban descartadas, y, de hecho, en 1923, los laboristas ganarán las elecciones; en Italia, el fascismo se hacía día a día más poderoso, pero no se encontraba aún en las condiciones que, en octubre del año siguiente, le permitirían conquistar el poder, y, por el momento, las tropas marxistas eran más numerosas que las propias.

Las condiciones revolucionarias europeas no eran las que habían cambiado, sino las de Rusia. El bolchevismo burocratizado ya no era revolucionario, pues se había acomodado en el poder [22]. Aunque esto no pueda decirse de Le-

---

[21] A. Rosenberg: *Storia del bolscevismo da Marx ai nostri giorni,* Roma, 1946 (la primera edición alemana de esta obra capital es de 1932). Del mismo autor son de consulta indispensable sus *Orígenes de la república alemana* y su *Historia de la república alemana,* publicados respectivamente en 1928 y 1935.

[22] Frente a la gama de estupideces y de despropósitos que las plumas «autorizadas» de los periódicos democráticos pusieron a disposición del lector medio occidental para incitarlo a interpretar, según los deseos de la alta finanza cosmopolita, el anuncio de la NEP, Jacques Bainville formulaba lá hipótesis siguiente que la historia ha confirmado: «En cuanto a saber qué es lo que sucedió en Rusia, estamos reducidos a la mera conjetura. Las explicaciones son distintas, pero las hay que son curiosas y merecen ser retenidas porque concuerdan con la naturaleza de las cosas políticas y de las sociedades... Una explicación bastante racional de los acontecimientos referidos viene a ser la de que una nueva clase media se había formado en el interior del bolchevismo. Toda revolución no es más que un desplazamiento de fortunas. Nuevos ricos o casi ricos han surgido en el interior del bolchevismo, ocupan puestos en la burocracia roja y empiezan a

nin, que, tanto como Trotskiy, miró constantemente hacia el objetivo de la revolución mundial, esta comprobación resulta perfectamente atinada en lo que hace a la inmensa mayoría de los elementos comunistas con que podía contar para afianzar su dictadura. Pero es innegable que, puesto en la alternativa de dar la razón a Trotskiy y de buscar la revolución fuera de Rusia, corriendo el riesgo de provocar una coalición sin tener la seguridad de encontrar apoyos suficientes en los proletariados no rusos, o de dar la razón a la burocracia, que anhelaba un momento de respiro y de echar así las bases del Estado socialista, que más tarde podría volver a sus propósitos internacionalistas de los comienzos, Lenin adoptó el segundo término al precio del abandono de los revolucionarios que, fuera de Rusia, habían puesto sus esperanzas en él.

Este abandono por el jefe del comunismo del internacionalismo de los comienzos provocó numerosas deserciones y no pocas escisiones: las primeras en el seno de la Internacional comunista y, por vía de consecuencia, la expulsión de los rebeldes por parte de los dirigentes de la central moscovita. Subsecuentemente, fuera de Rusia, la Segunda Internacional volvió a representar el papel de intérprete de las aspiraciones del mundo obrero y, frente a una socialdemocracia que, entonces, podía exhibir una larga serie de triunfos en el campo económico, tanto en Alemania como en Inglaterra y los países escandinavos, el comunismo volvió a ser una vez más una minoría, sólo capaz de actuar en período revolucionario, pero enteramente desarmada en período de «retroceso», de rectificación.

Después del tercer congreso del *Komintern,* se vió claramente que los comunistas no rusos que permanecían en la organización, solamente servirían para ayudar a la república socialista a obtener mejores condiciones para sus tratados comerciales con el mundo capitalista. En aquella época, el dirigente marxista neerlandés Gorter, pudo expresar su decepción en los términos siguientes: «La revolución rusa no fué proletaria y comunista, sino en apariencia. En la realidad,

---

soportar difícilmente el régimen comunista del que provienen. Aspiran a otro orden de cosas, sacado y deducido, como ellos mismos, de la organización bolchevique.

»Si así es, y repetimos que se trata de una opinión aceptable, el bolchevismo duraría transformándose. Las ideas y el espíritu que presidieron su nacimiento no se transformarían sino en la misma medida que él. Las nuevas clases medias que un día se incautaran del poder y lo plasmaran a su propia imagen tendrían una ideología y tradiciones bolchevistas. Las aplicarían en política extranjera. Amaestradas en el odio de los países imperialistas y de las democracias burguesas, su prejuicio tardaría en ceder.» En el diario *L'Action Française,* 19 de marzo de 1921.

Quien, como yo, ha tenido la suerte de formarse intelectual y políticamente en la escuela maurrasiana, de la que Bainville fué la ilustración genial, no puede sino sonreír cuando, después de 1945, sesudos pensadores occidentales descubren acerca del comunismo ruso aquello que, con un mínimo de buen sentido, era tan fácil prever en el comienzo de los años veinte.

no fué tal cosa sino de modo ínfimo, porque, en grandísima parte, fué agrícola-democrática... De esta contradicción, disimulada durante un cierto tiempo, surgió la táctica interna de la república de los *sovieti* y del partido comunista: la dictadura de los jefes, la obediencia ciega, la supercentralización, etc.

»A la cabeza de la Tercera Internacional se encuentra un partido que debe atender más a la democracia agrícola-burguesa que al proletariado, que estará obligado a hacerlo cada día mejor, y que obliga y obligará siempre más a la Internacional a actuar del mismo modo: un partido que ayuda con una mano al capitalismo alemán e inglés, con el comercio exterior y las concesiones, y que, con la otra, alienta al proletariado de las mismas naciones. La táctica de esa Tercera Internacional, de la Internacional rusa, corresponde en todas las naciones y en todos los partidos a este doble juego. Una Tercera Internacional, pues, obligada a firmar pactos, obligada al oportunismo por la democracia rusa y por el capital mundial, para la cual la revolución se transformará en palabras que, quizás, alternen con golpes de mano» [23].

La crónica de la dictadura staliniana ha desmentido las conclusiones de Gorter en lo que hace al abandono por el PC ruso de sus propósitos de subversión universal y a la base agrícola-democrática del comunismo. Sin embargo, las ha afirmado, o confirmado, en lo que atañe a la formación de una burguesía que utiliza las formaciones afiliadas a la Internacional exclusivamente con vistas a la aprobación de la política rusa en el resto del mundo.

[23] Citado por A. ROSENBERG: *Op. cit.*

CAPÍTULO VII

EL CULTIVO DEL KULAK

La exégesis marxista o la conciencia revolucionaria al servicio de las necesidades tácticas — Restauración del capitalismo — La burguesía como instrumento del socialismo — Negocios y arreglos morales — La *smichka* y las tijeras — Utilidad y peligro de las ideas generales — «Quien dice *A*, dice *B*» — Los sindicatos entre el entusiasmo y el interés — El evangelio del santo proletario y la persecución de los intelectuales — Enfermedad del Profeta — La *troika* y el retorno de la oposición

Al reconocer la necesidad del retroceso, es decir, de una ruptura radical con todos los supuestos del comunismo de guerra, Lenin «no quería conceder la democracia a las masas pero, en compensación, quería proporcionarles pan, sacrificando inclusive la idea comunista» [1].

A condición de no cometer el error de considerarla inspirada en el más puro espíritu de beneficencia, ésta es, en efecto, una definición bastante exacta de la orientación que Vladímir Ilich impuso a su sistema en la primavera de 1921. Cambio de ruta tan completo que, para justificarlo ante los miembros del partido, duramente probados en sus convicciones por los últimos acontecimientos, se hacía necesario encontrar sin demora un pretexto que fuera a la vez ideológico y práctico. Pero este pretexto había que apoyarlo, si se quería que los militantes, aun los más obsecuentes, aceptasen seguir el nuevo camino, en una argumentación extraída de las doctrinas de la Escuela, ya que la genuina forma mental del hombre comunista —como ilustran los hechos de los últimos cuarenta años— se revela incapaz de admitir tesis que no se justifiquen con referencias copiosas a dichas doctrinas. Forma mental, que estudiamos detenidamente al examinar la tentativa de justificación de *El Estado y la revolución*, cuyo mecanismo vuelve a funcionar ahora que se trata de hacer «pasar» el viraje

[1] A. ROSENBERG: *Op. cit.*

espectacular de la Nueva Política Económica y que tiene su ilustración en otra obra de Lenin, llena de citas y de referencias a las susodichas doctrinas.

Desde ahora, es menester indicar que si esta obra resulta poco clara y, por consiguiente, endeble desde el punto de vista ideológico, no llegaría a tener mayor importancia para los militantes, ya que no se trataba tanto de convencerlos como de proporcionar a su concienca marxista el pretexto que les permitiera justificarse, más que a sus propios ojos, a los de las masas recientemente admitidas que ellos controlaban. En verdad, la maniobra ideológico-práctica que se delineaba en *El Estado y la revolución,* fué seleccionada por Lenin, no sólo con el fin de reducir al silencio a Kámenev y Zinóviev, y arrastrar a los elementos anarquistas de los *sovieti,* sino también —en medida nada desdeñable— para aprovechar el hecho de que el fracaso de la intentona bolchevique de julio de 1917 había acallado temporalmente la oposición interior, tal como la encarnaban los activistas encabezados por Trotskiy. Este fracaso había brindado a Lenin la posibilidad de actuar dictatorialmente; ya que la desaparición momentánea de estos elementos le permitió explotar sin trabas una excepcional oportunidad revolucionaria.

Ahora bien, en la primavera de 1921, los acontecimientos que señalan el final de la guerra civil —situación creada por la falta de alimentos y de combustibles, descontento de las masas, insurrecciones rurales, rebelión de Kronstadt— le proporcionan otra oportunidad excepcional que, debidamente explotada desde los puntos de vista ideológico y práctico, le permitirá poner una vez más al partido y al país ante el hecho consumado de su dictadura, tanto más cómodamente que, a su derecha, existen elementos dispuestos a entregarle la plataforma doctrinal que necesita.

La obra que responde a la necesidad de justificar este viraje, modelo 1921, se titula *Sobre el impuesto en especie* [2] y merece ser examinada detenidamente, no ya porque siga una dialéctica incontrovertible, sino porque nos ayuda a descubrir la línea de un pensamiento desarrollado —al margen de todo principio marxista auténtico— con el propósito exclusivo de proporcionar a los militantes argumentos justificativos para la NEP y, sobre todo, para ellos.

Lenin empieza por referirse a un folleto publicado por él en 1918 [3], en el cual aseguraba que, desde el punto de vista económico, «el capitalismo de Estado representaría un paso adelante» con respecto a la situación atravesada en-

---

[2] Escrito entre el 13 y el 21 de abril de 1921, este folleto fué publicado en el primer número de la revista *Krásnaia Nov* (Tierra virgen roja). Su título completo es: *Sobre el impuesto en especie. Significación de la Nueva Política Económica y sus condiciones.* Figura en el tomo IV de las «Obras escogidas».

[3] *La tarea principal de nuestros días. Sobre el infantilismo «izquierdista» y el espíritu pequeño burgués,* en tomo XXII de las «Obras completas».

tonces por Rusia soviética. Ahora bien, esta situación no ha hecho más que agravarse, de suerte que la economía soviética se encuentra en un período de transición en el cual «existen elementos, partículas y trazos *tanto* del capitalismo *como* del socialismo». Estos elementos, característicos de las formaciones sociales y económicas existentes en Rusia, son los siguientes: a) patriarcal, es decir, una economía natural en grado considerable; b) pequeña producción mercantil (comprende a la mayoría de los campesinos que venden su trigo); c) el capitalismo privado; d) el capitalismo de Estado; y e) el socialismo.

«Rusia es tan grande y abigarrada, que todos estos tipos de diferentes formaciones sociales y económicas se entrelazan en ella», pero, por ser, sobre todo, un país de pequeños campesinos, es evidente que en ella prevalece el elemento pequeño burgués, productor de mercancías y especulador, y todo demuestra que el objeto principal de las especulaciones de este elemento es el trigo. Es evidente, pues, que, aquí, «no es el capitalismo de Estado el que lucha contra el socialismo, sino que son la pequeña burguesía y el capitalismo privado los que luchan juntos, mancomunados, contra el capitalismo de Estado y también contra el socialismo». Sabemos, además, que «los millones de tentáculos de esta hidra pequeño burguesa atenazan aquí o allá a ciertos grupos aislados de obreros, que la especulación penetra a través de todos los poros de nuestra vida social económica *para sustituir al monopolio de Estado*» sobre el trigo.

Pese a todas las medidas tomadas, «el caos económico pequeño burgués y capitalista privado... realiza con subterfugios la especulación, hace frustrar el cumplimiento de los decretos de los *sovieti*». Por consiguiente, «el capitalismo de Estado representaría un paso gigantesco hacia adelante», porque, «en el sentido económico, es incomparablemente más elevado que nuestra economía actual», y que «no contiene nada perjudicial para el poder soviético, ya que el Estado soviético es un Estado en el que el poder de los obreros y campesinos pobres está asegurado».

Ahora bien, el socialismo es inconcebible sin la gran técnica capitalista, prosigue Lenin, como es inconcebible sin el dominio del proletariado en el Estado. La historia nos demuestra que, en 1918, Alemania y Rusia encarnaban «la realización material de las condiciones económicas de producción, de economia social, por un lado; las políticas, por otro, del socialismo. Una revolución proletaria victoriosa en Alemania hubiera roto de golpe con facilidad toda la cáscara del imperialismo... hubiera realizado con toda seguridad la victoria del socialismo en escala mundial». Pero ello no se produjo y, para adaptar las condiciones necesarias al triunfo del socialismo en su propio suelo, los rusos tienen que aprender de los alemanes el capitalismo de Estado y, a este fin, «no escatimar procedimientos dictatoriales con tal de acelerar el aprendizaje de lo occidental por la Rusia bárbara», porque, «en Rusia predomina, precisamente en la actualidad, el capitalismo pequeño burgués, partiendo del cual, un mismo camino conduce

tanto al gran capitalismo de Estado como al socialismo; camino, además, con una única y misma estación intermedia: *registro y control de todo el pueblo sobre la producción y distribución de los productos*».

Por otra parte, «en la década del 70 del siglo pasado, período culminante del capitalismo premonopolista», Marx, refiriéndose particularmente al caso representado por Inglaterra, estimaba que, en ciertas ocasiones, el proletariado podría tener por conveniente «rescatarse» del capitalismo comprándole la tierra, las fábricas y los medios de producción para instaurar pacíficamente el socialismo. Ahora bien, es evidente que algunas condiciones de la Rusia posrevolucionaria son del mismo tipo que «las que podrían haberse creado medio siglo antes en Inglaterra; siempre y cuando en esta nación hubiera existido la posibilidad de traducirse al socialismo». Al señalar esta coincidencia, Bujárin olvidó, empero, «las peculiaridades concretas del momento actual en Rusia, momento verdaderamente excepcional, en el que nosotros, el proletariado de Rusia, estamos *delante* de cualquier Inglaterra y de cualquier Alemania, por nuestro régimen político, por la fuerza del poder político de los obreros, y, al mismo tiempo, estamos *detrás* del Estado más rezagado de los de la Europa occidental, en lo que se refiere a la organización de un capitalismo de Estado bien montado, por nuestro nivel de cultura, por la disposición nuestra a instaurar el socialismo en el aspecto de su producción material».

Después de haber arreglado estas modestas cuentas con la derecha bujariniana, Lenin concluye la primera parte de su exposición con un asalto contra Trotskiy y sus secuaces, advirtiéndoles que «sería un craso error dar libertad a los vocingleros y fraseólogos, que se permiten entusiasmarse con el *revolucionarismo* brillante, pero son incapaces de realizar una labor revolucionaria firme, bien meditada, aquilatada y en la que deben tenerse en cuenta las etapas más difíciles».

Al abordar la parte constructiva de su folleto, reconoce que, en razón de que las condiciones de 1918 no han hecho más que confirmarse desde entonces, «los campesinos pobres (proletarios y semiproletarios) se transformaron, en un gran número de casos, en campesinos medios» y que, «a consecuencia de ello, el elemento pequeño burgués, pequeño proletario, se ha reforzado», argumento por el cual se ha hecho necesario, en la primavera de 1921, «mejorar la situación de los campesinos y elevar sus fuerzas productivas» [4].

---

[4] Recordemos que esta transformación de millones de campesinos pobres, sin tierra, en campesinos medios, propietarios, se debió a las reformas llevadas a cabo a partir de 1906 por el primer ministro P. A. Stolípin, que las aplicó por orden del emperador Nicolás II. Con lo que, una vez más, se demuestra la inutilidad —cuando no la nocividad— de las revoluciones y la perversidad de quienes, sabiendo que son inútiles y nocivas, las preparan y ejecutan a pesar de todo. Y esto valga para todos los países.

¿Por qué precisamente las de los campesinos y no las de los obreros?

«Porque para mejorar la situación de los obreros hace falta pan y combustible... y aumentar la producción y recolección de trigo, y el abastecimiento y transporte de combustible no se puede realizar de otro modo que mejorando la situación de los campesinos, elevando sus fuerzas productivas». Tan es así, que «todo proletario o representante del proletariado, que pretendiera *mediante otro procedimiento que no fuese éste* mejorar la situación de los obreros, resultaría ser en realidad un cómplice de los guardias blancos y capitalistas» [5].

«Esto no se puede hacer sin profundos cambios en la política de abastecimientos. *Un cambio semejante es la substitución del sistema de contingentación por el impuesto en especie, lo que está vinculado con la libertad de comercio,* por lo menos en las transacciones económicas locales» [6].

El impuesto en especie contribuye a sentar las bases del socialismo porque, gracias a esta reforma, «tomamos de los campesinos en calidad de impuesto el mínimo indispensable de trigo (para el ejército y para los obreros) y el resto se lo cambiamos por productos industriales».

En razón de las condiciones catastróficas en que Rusia se encuentra, no es posible restablecer de golpe la gran producción fabril y «esto quiere decir que es necesario ayudar, en cierta medida, a la restauración de la *pequeña* industria, que no exige maquinarias, que no requiere tener reservas estatales, ni grandes reservas de materias primas, de combustibles y de víveres, la cual puede prestar inmediatamente cierta ayuda a la economía campesina y elevar sus fuerzas productivas.

Frente a este desarrollo de la pequeña economía —que, en fin de cuentas, es un desarrollo capitalista— el proletariado debe tratar de no agarrotar al campesino, sino de «dirigirlo por el cauce del *capitalismo de Estado*»; ya que representa «un paso adelante en comparación con el elemento pequeño propietario (pequeño-patriarcal y pequeño-burgués)».

El ejemplo más claro de cómo el gobierno soviético dirige el desarrollo del capitalismo hacia el capitalismo de Estado, nos lo proporcionan las concesiones. Evidentemente, el concesionario es un capitalista que, durante el término de su contrato, saca ventajas capitalistas de las riquezas de la nación. Sin embargo, cuando el contrato llegue a su fin, el Estado será propietario indiscutido de numerosos medios de producción en gran escala, de suerte que «la determinación

---

[5] Subrayado por el autor. Esta condena categórica y, si consideramos la realidad soviética, escalofriante, de todo aquello que no comparte su opinión, ilustra con evidente exactitud el camino recorrido por Lenin de 1917 a 1921. Entre otras cosas, se la puede considerar como la primera enunciación sistemática del concepto de «línea general» tan a menudo puesto en aplicación desde entonces.

[6] Subrayado por el autor.

de la medida y de las condiciones en que las concesiones son convenientes y no representan peligro para nosotros, depende de la correlación de fuerzas, y se resuelve mediante la lucha; representando también las concesiones un aspecto de ésta: la continuación de la lucha de clases bajo otra forma, pero de ninguna manera la lucha de clases es reemplazada por la paz de clases» [7].

Asimismo, la cooperación de los pequeños productores «engendra inevitablemente relaciones capitalistas pequeño burguesas» que «significan libertad y derecho al capitalismo». Pero este fenómeno, determinado por las condiciones actuales de Rusia, «se asemeja al capitalismo de Estado en el sentido de que facilita, el registro, el control, la vigilancia, las relaciones contractuales entre el Estado (en este caso, el Estado soviético) y el capitalista. La cooperación como forma de comercio es más ventajosa y útil que el comercio privado, no sólo por las causas ya indicadas, sino también porque facilita la unificación, la organización de millones de habitantes y luego de la población entera, siendo esta circunstancia, a su vez, una ventaja evidente desde el punto de vista del paso ulterior del capitalismo de Estado al socialismo».

De suerte que si «la política de concesiones, en caso de éxito, nos proporciona un pequeño número de grandes empresas modelo —en comparación con las nuestras— que estén al nivel del adelantado capitalismo actual..., la política cooperativista, en caso de éxito, nos proporcionará el ascenso de la pequeña economía y facilitará su paso, en un plazo indeterminado pero seguro, a la gran producción sobre la base de la asociación voluntaria».

Rusia, no sólo está arruinada; en la mayor parte de sus territorios «reina el régimen patriarcal, la semibarbarie y la verdadera barbarie». En semejantes condiciones, el tránsito al socialismo es concebible sólo mediante la electrificación. Y la electrificación del país, condición ineludible para el paso del estado actual al socialismo, no es posible realizarla en menos de diez años, y a base de aceptar los grados de mejora realizados por el capitalismo [8].

Ahora bien, si el capitalismo es un mal en relación con el socialismo, «es

[7] Precisamente en la medida en que estas concesiones, al favorecer la transformación de Rusia en nación altamente industrializada, permitan el paso del capitalismo de Estado al socialismo, que suprimirá los últimos rastros del capitalismo privado.

[8] Si transportamos, del plano «científico materialista», en cuya función fué concebida, al plano mitológico —tan importante para captar la esencia sociológica del comunismo—, la famosa fórmula leniniana: «Sovieti + Electrificación = Comunismo», ésta deberá enunciarse, pues, como: «Barbarie + Electricidad = Civilización». Todas estas disquisiciones, aparentemente pueriles, son indispensables para captar la esencia —extremadamente primitiva— del comunismo ruso que, señalémoslo desde ahora, sigue siendo mentalmente tan primitivo con el Sr. Jrushchov como con el licenciado en jurisprudencia Vladímir Ilich, Lenin.

un bien en relación con el medievalismo, en relación con la pequeña producción, en relación con el burocratismo vinculado a la dispersión de los pequeños productores. Puesto que no tenemos aún fuerzas para realizar el paso directo de la pequeña producción al socialismo, el capitalismo será, en cierta medida, inevitable como producto espontáneo de la pequeña producción y del intercambio; debiendo aprovechar el capitalismo (dirigiéndolo especialmente por el cauce del capitalismo de Estado) como grado intermedio entre la pequeña producción y el socialismo, como recurso, camino, procedimiento o método para aumentar las fuerzas productivas».

Hablar del capitalismo como de un auxiliar del socialismo, puede parecer una paradoja, pero, «tratándose de un país de pequeños campesinos, con medios de transporte completamente arruinados, de un país que ha salido de la guerra y del bloqueo, que está dirigido políticamente por el proletariado, con los medios de transporte y la gran industria en sus manos..., se deduce de modo absolutamente inevitable la importancia primordial que tiene en estos momentos el intercambio local, en primer término, y, en segundo término, la posibilidad de que el capitalismo privado preste su ayuda al socialismo, sin hablar ya del capitalismo de Estado...».

«Para el desarrollo del intercambio entre la agricultura y la industria, a base de los excedentes, después del pago del impuesto en especie y a base de la pequeña industria, sobre todo artesana, es indispensable, por su misma esencia, una *iniciativa local independiente,* experta e inteligente». Para ello, es menester evitar las desviaciones y las arbitrariedades, fruto de los abusos «de los viejos funcionarios, terratenientes, burgueses y demás canalla, que se han infiltrado entre los comunistas», como se nos infiltraron socialrevolucionarios y mencheviques cuando la rebelión de Kronstadt. Para ello, «*se debe hacer una depuración terrorista: juzgar y fusilar en el acto, sin contemplaciones*».

Entonces solamente se podrá mejorar la suerte de los obreros y de los campesinos: «Designando fuerzas nuevas para el trabajo útil, a los sin partido, entre ellas, lo conseguiremos. El impuesto en especie y una serie de medidas relacionadas con él nos ayudarán a realizarlo; con ello cortaremos de raíz las inevitables vacilaciones económicas del pequeño productor. Y contra las vacilaciones políticas... lucharemos sin piedad».

Si he reservado tanto espacio a este escrito del profeta —escrito descabellado en su dialéctica, soporífero en su desarrollo, y escalofriante en sus conclusiones— ha sido porque, por encima del panorama de quiebra general que revela, nos expone el mecanismo de la clave mental de la nueva clase dirigente rusa, primitiva y brutal, salvaje como la estepa y embargada por la pasión tecnológica; es porque, sobre todo —a partir de estos bien fundados datos psicológicos—, nos ofrece con varios años de anticipación, el secreto de la maniobra staliniana para asentar definitivamente sobre el pueblo ruso el poder inconmen-

surable de una clase dirigente de seres enloquecidos por el odio y el miedo, que proceden a la explotación, en exclusivo provecho propio, de los recursos materiales y humanos de una nación esclavizada por el terrorismo más despiadado.

* * *

Con el X Congreso del partido comunista ruso, empieza, pues, la segunda fase del régimen soviético, fase de la Nueva Política Económica, que, más justamente, podría llamarse asentamiento definitivo de la dictadura [9].

Consecuencia de una serie de comprobaciones poco consoladoras acerca de los resultados políticos y económicos del comunismo de guerra, la NEP —como tentativa de realización de un sistema más totalitario en sus conceptos básicos, a la vez que más abierto en sus modos de aplicación— no constituye un conjunto de disposiciones apriorísticas, sistemáticamente concatenadas fuera de los tres puntos siguientes: necesidad de poner término a la crisis política caracterizada por la hostilidad de los campesinos y de la mayor parte de los obreros, crisis engendrada por las dificultades económicas; decisión de aumentar a toda costa la cantidad de productos y, por ende, la riqueza de la nación; voluntad de mantener entre las manos del Estado, es decir, del PC, todas las palancas políticas y económicas de mando y emplearlas con vistas a la regulación de la productividad nacional al objeto de asegurar la dominación del sistema sobre las fuerzas del nuevo capitalismo.

Los destrozos causados durante la guerra civil por las exacciones, por los incendios y por los saqueos, destrozos ampliados por el sistema del comunismo de guerra, no pueden calcularse ni siquiera aproximadamente, como tampoco puede calcularse el número de muertos debidos a los acontecimientos bélicos, al terrorismo y al hambre. En uno y otro caso, las cifras obtenidas no pueden corresponder a la realidad, en primer lugar, porque, en un período de revolución total, resulta prácticamente imposible llevar la cuenta de las destrucciones y de los asesinatos —pese a la manía genuinamente rusa por la estadística—; en segundo lugar, porque estas cifras se deben a cálculos equívocos, en un sentido o en otro, según provengan de los blancos o de los rojos. Sin embargo, entre todas las evaluaciones, y teniendo en cuenta estas reservas, se pueden estimar las pérdidas causadas por el comunismo de guerra y las luchas civiles en un porcentaje que oscila entre el 80 y el 85 por ciento de la riqueza nacional, calculada en 1913, en lo que hace a las instalaciones industriales, y entre el 45 y el 50 por ciento en lo referente al complejo agrícola. Una evaluación relativa-

[9] En rigor, no debería hablarse de fase, puesto que, en 1957, la dictadura de unos pocos —cuando no de uno solo— que la NEP condiciona sistematizándola, no ha desaparecido ni siquiera para fundirse en la del proletariado.

mente exacta de las pérdidas en vidas humanas nos parece la que proporciona Paul Haensel, cuando calcula, comparando las fuentes, que los dos años y medio de guerra civil causaron la muerte a siete millones de personas aproximadamente [10]. Las consecuencias morales de este estado de cosas fueron verdaderamente horripilantes, «por lo menos tan graves —aseguran con ingenuidad los esposos Webb— como el aumento de la mortandad» [11]. A este propósito, bastará citar las líneas siguientes, debidas a una mujer que vivió durante largos años en la Rusia posrevolucionaria: «Luego vinieron los años terribles de la carestía, 1921-1922, que provocaron una verdadera y propia migración de pueblos entre la población caída en un estado de extrema indigencia; familias enteras, todos los habitantes de una zona, se vieron obligados a abandonar su casa para ir a otra parte en busca de un trozo de pan... Lo que siguió, el período de la NEP, hizo aún más confuso las ideas de la gente. Mientras en los años precedentes afloraron los instintos brutales de un pueblo hambriento, posteriormente se despertaron los instintos de aquellos otros que habían amontonado dinero —que poco antes no había tenido valor alguno—, empezando así a vivir un estado de prosperidad hasta entonces ignorado en la Rusia soviética. La demanda de mujeres caídas durante los malos días aumentaba cada vez más. Los restaurantes, los cafés y las tabernas se abrieron de nuevo, mostrando hasta cierta ostentación,y se volvió a vender vino. Nada había que frenara los apetitos humanos, que, por lo menos, durante el comunismo de guerra fueron reprimidos por un régimen militar rígido. El número de los divorcios y de las trasgresiones de las leyes creció en gran escala, alcanzando hasta el sector campesino. Y así, ese *amor libre,* tan a menudo mal entendido, como fueron mal entendidas o erróneamente interpretadas algunas formas revolucionarias, comenzó a degenerar en exceso» [12].

El descenso vertiginoso de la moralidad pública y privada no constituía, por el momento, algo que preocupara mayormente a las autoridades soviéticas. Estas sólo querían hacer frente a la situación política y económica. El único medio para lograrlo consistía en armonizar las relaciones de la industria y de la agricultura, cerrando —según la fraseología que estuvo de moda en aquellos meses— las dos hojas de la «tijera», representadas por el proletariado urbano y la clase rural, en una operación que, en la jerga de los economistas soviéticos, tomó

---

[10] P. HAENSEL: *The Economic Policy of Soviet Russia,* citado por S. y B. Webb que, aunque partidarios incondicionales de la experiencia soviética, aceptan esta cifra como la más razonable y no parecen atribuir mucha importancia al fenómeno del terror organizado por el gobierno soviético por cuanto contradice su tesis del democratismo humanitario del sistema.

[11] S. y B. WEBB: *Op. cit.,* tomo II.

[12] FANNINA HALLE: *Woman in Soviet Russia,* Nueva York, 1933.

el nombre de *smichka* [13], la única que consideraban capaz de salvar al socialismo naciente en un país donde los campesinos constituían el elemento predominante de la población.

Ahora bien: como Lenin acababa de confesar, esta mayoría campesina estaba dotada de una importancia económica preponderante y rica, de una enorme fuerza política latente que, hasta entonces, había jugado constantemente a expensas del proletariado, es decir, de la industria; es decir, del socialismo y de la socialización.

Esta última se hacía más necesaria que nunca porque, pese a los optimismos descabellados de 1917, se había descubierto que el régimen no podría mantenerse y afirmarse sino mediante una sólida base industrial proletaria. Había, por consiguiente, que cerrar las tijeras, reconciliando esas dos tendencias antagónicas, para que la industria, alimentada por el campo, pudiera desarrollarse hasta alcanzar el lugar preponderante en la economía del país.

Su primera condición para reconciliar a los campesinos con el Estado, quedó, pues, condicionada a procurarles la seguridad y la propiedad de su producción, y a proporcionarles el material agrícola necesario para que pudieran hacer frente con provecho a las necesidades del cultivo. En otras palabras, había que volver a admitir el principio de la libertad de comercio entre la ciudad y el campo si se quería interesar al ochenta y cinco por ciento de la población en la idea de aumentar la producción. Para ello, no quedaba otro remedio fuera del de permitirle realizar un margen seguro de beneficios líquidos. Así, la consigna impartida a los funcionarios del PC, delegados en las ciudades y en el campo para la puesta en marcha de la NEP fué «aprended a comerciar»; consigna elaborada por los «jóvenes economistas» de la escuela bujariniana a quienes se dejó la facultad de sentar las bases inherentes a la expansión de la producción industrial y agrícola que, según el mismo Lenin, era la única capaz de permitir el establecimiento de un presupuesto sólido y la circulación de una moneda sana [14]. Notemos al pasar que, entre esos «jóvenes economistas» evidentemente huérfanos de prejuicios de escuela, empezaba a brillar, por la versatilidad de su talento, un joven

---

[13] *Smichka,* acción de cerrar y, por extensión, *modo oeconomicorum sovieticorum,* alianza. Viene del verbo *smitkat,* apretar, cerrar. La expresión entró tan hondamente en la terminología soviética que los diccionarios rusos impresos con posterioridad a la NEP, dan como ejemplo la expresión *Smichka góroda s derévnei*: alianza de la ciudad y del campo, sueño, como se sabe, aún sin realizar.

[14] «Lenin es un genio del oportunismo. Tiene un olfato maravilloso para discurrir cuándo se hace necesario cambiar de táctica. Entonces, invierte su ruta con rapidez fulminante. Pero, avance o retroceda, ataque o se retire, siempre es firme y decidido. Nunca vacila. Nunca se asusta», escribía MICHAEL FARBMAN en su *Bolshevism in Retreat,* publicado en 1921 en Londres, para ilustrar, justamente, las causas reales de la Nueva Política Económica y las condiciones políticas en que se realizaba.

revolucionario armenio, Anastasio Mikoián, del que tendremos varias oportunidades de ocuparnos a medida que transcurra el tiempo.

Hasta aquí —es decir, en el plano teórico— nos encontramos, pues, contrariamente a lo que había sucedido durante el comunismo de guerra, con ideas generales, poco numerosas, pero claras. Pero en el plano práctico seguían faltando medios correctamente ideados para la realización de este programa, razón por la cual nos será dado comprobar, año tras año, una infinidad de errores, provocados por la política de tanteo, inaugurada por economistas a menudo desprovistos de experiencia y de capacidad.

La esencia política de este período, considerado en función de los objetivos generales asignados por Lenin, radica en los problemas relativos a la regulación de los precios y al desarrollo del comercio [15].

A partir de la mitad de 1921, las restricciones comerciales empezaron a desaparecer paulatinamente llegándose casi hasta la normalización en lo concerniente al intercambio de los productos y mercancías no sólo entre particulares, sino también entre éstos y las empresas del Estado. De inmediato, el comercio privado de los productos agrícolas y de los artículos manufacturados, conoció un desarrollo intenso; lo que demuestra, en primer lugar, que, a pesar de la guerra, quedaban existencias de dichos artículos y productos; luego, que bastaba la palabra de Lenin para que la confianza volviera a reinar en el mercado comercial; hecho que merece tenerse cuidadosamente en cuenta porque revela que Lenin se había situado, a los ojos del ruso medio, por encima del odio general que caracterizaba las relaciones de los ciudadanos con los dirigentes comunistas. Este es un fenómeno que no habrá que olvidar cuando, después de la muerte de Lenin y de la derrota de la oposición, Stalin realice su viraje personal el año 1927.

Por de pronto —y éste también es un fenómeno cuyo alcance no llegó nadie a sospechar— el capitalismo privado amenazaba con reconstituirse demasiado rápidamente y con desbaratar los planes de control. Tan es así, que, para hacer frente a la abundancia de capitales que habían escapado a las requisas anteriores, el Estado, en su búsqueda de dinero líquido para la financiación de sus empresas comerciales, practicó una política de *dumping*. Maniobra que consistió esencialmente, durante todo el año 1922, en fabricar sin limitación artículos manufacturados que ponía a disposición del público por debajo del precio de coste. Por esto la primera fase de la NEP fué apellidada del «despilfarro»; fase durante la cual, en razón de la existencia de abundantes capitales privados, que permitían la acumulación de esos artículos manufacturados en manos de los parti-

[15] En lo que resta del presente capítulo, me referiré, en lo concerniente a los datos económicos, a la obra ya citada de A. BAYKOV y a las de PROKOVICZ, BETTELHEIM, H. SCHWARTZ, LYASHCHENKO, HOOVER, etc., que figuran en la bibliografía general (sección K).

culares, las empresas del Estado vendían en muchos casos, directamente, a los comerciantes libres. Como contramedida, el Gobierno creó un sistema de cooperativas destinadas al desarrollo de una red comercial controlada por él, y, para dotarlas de mayor eficacia en su técnica de ventas, concedió a estas cooperativas la propiedad absoluta de los fondos con los que operaban. Como estas medidas se revelaran insuficientes, se recurrió al sistema de la financiación bancaria. Pero con todo, frente a la ascensión vertical de las especulaciones del capital privado, el comercio cooperativo se desarrolló con lentitud.

A este semifracaso se pueden atribuir muchas causas. La principal reside seguramente en la presencia aplastante de una burocracia estatal muy complicada, cuya incoherencia corría parejas con su funcionamiento —productor, intermediarios, alza repetida de precios, etc.—, y donde no se sabe qué censurar más si su falta de preparación, su ineptitud o su escasísima afición. Por esta causa «burocrática» hemos de ver cómo, en 1923, primer año de pleno funcionamiento de la NEP, el comercio privado logró cubrir el 91 por 100 del total del sistema de distribución [16].

La fase del «despilfarro» tuvo por consecuencia, peligrosa por cierto, que estableciese notable diferencia entre los productos industriales y los de los productos agrícolas. A medida que el tiempo pasaba, entre la ciudad y el campo, las hojas de la tijera seguían abriéndose hasta una medida que nada ni nadie podía interrumpir; con la agravante de que, mientras los precios de los productos manufacturados seguían subiendo de modo vertiginoso, los de los productos agrícolas resistían con relativa firmeza a esta inflación [17]. De hecho, esta situación se reveló mucho más desfavorable para el campo que para la ciudad, puesto que, cuando se trataba de trocar los productos de la industria por los de la agricultura, los precios al por mayor contaban solamente para los de ésta, cuya nego-

[16] MICHAEL FARBMAN ofrece las cifras siguientes en relación con la situación comercial de 1924: «El número de todas las empresas comerciales —es decir, de todos los comerciantes, desde los negociantes al por mayor hasta los más pequeños minoristas de las aldeas, con exclusión de los vendedores ambulantes— era en la URSS de 460.803 contra los 935.000 de la anteguerra. Si dividimos estos 460.000 negocios según los entes propietarios, comprobamos que el Estado posee, en ciudades y aldeas, un total de 11.915 de ellos, las sociedades cooperativas 26.678 y los particulares 420.366. Si dividimos los negocios según su categoría —por mayor, por mayor-menudeo, menudeo y puestos de mercado— descubrimos que tan sólo en los comercios al por mayor el Estado ocupa el primer lugar con un porcentaje del 55 por ciento.» *After Lenin*, Londres, 1924.

[17] Mientras, en 1922, la relación entre los precios de la agricultura y los precios de la industria era casi la misma que en 1913, último año de la experiencia imperial antes del estallido de la primera guerra mundial, comprobamos que, en octubre de 1923, el índice de precios al por mayor era de 888 para los productos agrícolas y de 2.757 para los productos industriales, contra un índice general de 1.000 en 1913. Cifras proporcionadas por BAYKOV, *Op cit.*

ciación se hacía al mayoreo; frente a artículos manufacturados, ofrecidos a precios de detalle. Y a tal causa tal efecto: una crisis de ventas que llegó a ser amenazadora cuando los campesinos, al convencerse de que no se pagaban sus bienes a su debido precio, empezaron de nuevo a abstenerse de comprar productos industriales.

La causa de este desequilibrio agudo entre los precios de la granja y los de la fábrica debe buscarse en el hecho de que la agricultura había resurgido más rápidamente que la industria, debido a que la destrucción de su material básico había sido infinitamente menor. Por otra parte, la extensión de las tierras cultivadas recuperóse muy pronto, y aunque los trabajos se realizaran con medios muy a menudo rudimentarios y con maquinaria improvisada, la restauración se cumplió en condiciones generalmente satisfactorias, por cuanto la posesión de la tierra, de por sí, constituía un aliciente poderoso para los campesinos. Mientras tanto, para rehacerse, los conjuntos industriales del Estado se habían visto obligados a buscar capitales líquidos abundantes, aumentando sus precios en la medida de su propia necesidad, que llegó a ser insostenible cuando la esperanza de ver afluir capitales extranjeros se reveló ilusoria. Asimismo, durante el largo período en que las fronteras permanecieron cerradas, los productos industriales habían ido escaseando gradualmente por falta de materias primas elaboradas y por desgaste de la maquinaria; mientras que los productos del campo que, hasta 1917, habían constituído la base de los intercambios con el exterior, sobre todo en materia de importación de maquinaria industrial, se acumulaban a pesar del descenso de la producción y, por falta de salida, perdían gran parte de su valor comercial. Todo ello se verificaba en el momento mismo en que urgía aumentar el capital agrícola circulante y las existencias de artículos manufacturados de consumo durable.

La reapertura del mercado exterior, merced al levantamiento del bloqueo y la firma de acuerdos comerciales con las potencias europeas, implicaba para el Estado soviético incógnitas peligrosas: por una parte, provocar el alza de los precios de la agricultura podía menguar las exportaciones y, por ende, reducir la importación de maquinaria, tan importante para el desarrollo industrial del país; por otra parte, se corría el riesgo de ver a los *kulakí*, ya dueños indiscutidos del mercado rural, volverse más poderosos aún, no tanto a expensas de los campesinos pobres —que, pese a las hermosas declaraciones de Lenin, habían sido abandonados a su destino—, sino a las del Estado, que vería escapársele el control de una parte muy importante de la economía nacional. En estas condiciones, la escasez de capitales líquidos originaba la disminución de la producción fabril y estorbaba, en consecuencia, la política de recuperación industrial. Contra ello no existían remedios prácticos, por cuanto la falta pasmosa de experiencia de los funcionarios soviéticos hacía imposible que el comercio estatal sustituyera

al privado. Esta es la razón por la que, en el período que cubre los últimos meses de 1923 y buena parte de 1924, los dirigentes comunistas abandonaron el examen de la situación real, tal como los hechos más arriba indicados se servían exponérsela, y volvieron a entregarse a controversias de orden político general tras la piedra filosofal de principios sistemáticos, según la ya vieja costumbre soviética de «trascendentalizar» todo aquello que se revela insoluble pragmáticamente. Pronto veremos las razones por las cuales los responsables de la política rusa volvieron a engolfarse en estos ejercicios bizantinos. De momento, adelantamos que la enfermedad y la muerte de Lenin les proporcionaron para ello incentivos poderosos [18].

La necesidad de trazar la fisonomía completa de la economía soviética durante la fase de la NEP nos obliga a dejar de lado, por ahora, el examen de los acontecimientos políticos, porque los hechos económicos que caracterizan dicha fase están concatenados tan estrechamente entre sí, que es imposible tratarlos separadamente del largo período que se extiende de 1921 a 1927, puesto que los últimos son la consecuencia necesaria —aunque generalmente imprevista— de los primeros, y que la muerte de Lenin, sobrevenida en 1924, no hizo más que estrechar, agravándola, esta relación de causa a efecto.

El XIII Congreso del partido —celebrado entre el 23 y el 31 de mayo de 1924, es decir, cuatro meses después de la desaparición del dictador— nos revela en efecto que el sistema de la NEP había llegado, doctrinalmente hablando, a un punto muerto. Esta es la razón por la cual la resolución final subrayaba la necesidad de frenar el desarrollo del comercio libre y de desarrollar el comercio estatal; la de cerrar las tijeras reduciendo los precios de los productos industriales y elevando los precios autorizados por el Estado para la compra de los productos agrícolas; la de centralizar la distribución de estos productos en las manos del Estado eliminando a los intermediarios privados, etc.

A consecuencia de ello, el comercio estatal fué confiado para las ventas y las compras al menudeo a las cooperativas de gobierno, a partir de este momento aumentadas y organizadas en cadena. Asimismo, el abastecimiento de carne, granos y productos agrícolas se concentró gradualmente en las manos de estos organismos oficiales que, durante el ejercicio fiscal 1926-1927, efectuaron sin intermediarios la compra del 78 por 100 de los cereales comerciables. Para ello, a partir del ejercicio 1923-1924 se habían restringido el funcionamiento de las organizaciones privadas que comerciaban con el campo, facultándose a los sindicatos para distribuir directamente sus artículos elaborados [19].

[18] Los acontecimientos políticos que acompañaron la enfermedad y la muerte de Vladímir Ilich serán estudiados detalladamente en los capítulos IX y X.

[19] Esta política de restricción del comercio privado arroja las cifras siguientes en materia de circulación comercial (en millones de rublos): *1923*, **Comercio estatal, 512;**

No resultó fácil imponer una reducción de los precios de coste en la industria, cuyos productos, una vez puestos en venta, tendían a subir constantemente en razón de la gran demanda que la penuria de ofertas no podía cubrir. De esta suerte, hasta el final de la NEP, la situación de la agricultura se mantuvo permanentemente por debajo del nivel de preguerra, pese a las ventajas evidentes conseguidas merced al establecimiento del impuesto en especie. La causa de este fenómeno radica en el hecho de que la industria no alcanzó el nivel de producción de 1913 hasta el bienio 1927-1928, y ello únicamente en lo que hace a la cantidad, porque la calidad se mantuvo siempre a un nivel bastante inferior.

Pero esto ofrece también una causa moral que no se puede dejar de lado. Y es que la NEP —si no en la concepción leniniana, sí en sus modos de aplicación— mostraba siempre mayor inclinación a emancipar a la iniciativa privada de las trabas que la disciplina estatal quería imponerle; en tal forma, que las mismas empresas pertenecientes al Gobierno no tardaron en aprovecharse del espíritu de lucro que iba extendiéndose por el país. «Existe un dicho ruso muy popular entre los discípulos de Marx, según el cual, quien dice *A*, dice *B*», escribe Michael Farbman. Así, la sustitución de las requisas por el impuesto en especie «constituyó la *A* inocente del alfabeto del retroceso bolchevique. Pero, un mes más tarde, pareció necesario dar un estímulo análogo a los productores de la ciudad. Pronto se hizo inevitable tolerar la reaparición no clandestina, sino legal, del odiado burgués, primero como intermediario y comerciante, luego, inclusive, como oferente de trabajo. Posteriormente tuvo lugar una larga serie de concesiones, grandes o pequeñas, cada una de las cuales modificaba en el sentido individualista las relaciones económicas no sólo entre la población urbana y la rural, sino también entre ambas —en la medida en que estaban compuestas por productores— y las autoridades centrales y municipales» [20].

Así, pues, a partir del XIII Congreso del PC, el programa de regulación comercial del Estado aplicóse no ya con métodos de práctica administrativa, sino con medidas policiales de coacción. A finales de 1927 el comercio privado estaba prácticamente liquidado, y la clase de los «especuladores» que, «entre 1921 y 1927, habían abierto centenares de millares de pequeñas empresas comerciales al por mayor y al menudeo, de despachos de alimentos y de pequeñas fábricas, fueron suprimidos finalmente: algunos por la muerte, muchos por la cárcel o el destierro, y otros por la fuga al extranjero; quedando los que probablemente formaban el mayor número al pairo de un empleo asalariado, pero inscritos en

---

Comercio cooperativo, 368; Comercio privado, 2.680; o sea, un total de 3.560 millones de rublos. *1927-1928*, Comercio estatal, 2.408,800; Comercio cooperativo, 9.341,200; Comercio privado, 3.406,600. Total, 15.156,600.

[20] M. Farbman: *Op. cit.*

el censo de las clases despojadas» [21]. Lo que, pese a la indulgencia verdaderamente «progresista» de los esposos Webb, conocidos también como lord y lady Passfield en los círculos sociales londinenses, nos permite, por nuestra parte, sin correr el riesgo de equivocarnos, concluir que, en fin de cuentas, el «Gran Viraje» de 1921 no había sido más que una gran estafa. Una de las tantas que constelan el ya largo recorrido de la experiencia comunista.

* * *

El principio del monopolio estatal sobre el comercio exterior —argumento clave de la dialéctica leniniana en el momento de la conquista revolucionaria del Estado— se mantuvo íntegramente en la base de la Nueva Política Económica. Con ésta empezó a aplicarse este principio que, durante la fase anterior, no había sido más que un propósito en razón de la desaparición total, a partir de octubre de 1917, de todo contacto económico con el extranjero.

El ingeniero Leonid Krassin, a quien ya hemos visto encabezar la delegación soviética que concluyó acuerdos con Inglaterra en 1921, fué encargado de organizar ese monopolio, concibiéndole con principios de planificación aplicados en función de las necesidades siguientes: protección contra la competencia de los otros países y contra las interferencias de los precios mundiales en los precios del mercado interior ruso; regulación de las importaciones conforme al plan general de regulación industrial y arancelaria mediante el establecimiento de normas razonadas de exportaciones; supeditación de los planes de import-export a fines políticos, basados en la conveniencia de cultivar, o no, relaciones económicas con tal o cual país en función de los designios de la diplomacia soviética; eliminación de todo plan que pudiera vincular la moneda soviética a tal o cual moneda extranjera. Estos propósitos, cuya consecución nunca se abandonó, fueron confiados en 1925 a un organismo único, el Comisariado del Pueblo para el Comercio *(Narkomtorg)*, dotado de prerrogativas especiales para la importación y la exportación.

El objetivo fundamental del comercio exterior soviético no se reducía a exportar o importar para obtener ganancias, sino ayudar, mediante operaciones financieras con el exterior, al desarrollo de la economía nacional en función política. La función del plan de exportaciones tendía a suministrar, en un período determinado, la mayor cantidad posible de divisas extranjeras fuertes para pagar las importaciones necesarias de equipo industrial, aun cuando ello significase la imposibilidad de costear las exportaciones y afectase al abastecimiento del mercado interior. Propósito sistemático —y despiadado en la medida en que era sistemático— condicionado, durante toda la NEP, por el hecho de que la nece-

[21] S. y B. WEBB: *Op. cit.* (seg. parte).

sidad de importar se mantuvo constantemente por encima de los recursos disponibles para exportar y que, en línea general, la balanza comercial permaneció negativa [22].

Como hemos visto, una medida financiera —o sea, la sustitución por un impuesto en especie de la requisa forzosa— constituye el elemento básico del paso del comunismo de guerra a la NEP. Según Lenin, esta medida para ser viable debía sustentarse en una moneda sana. Tres años fueron necesarios para esta restauración monetaria.

Ya en 1921, las empresas estatales de la industria fueron excluídas del presupuesto y, en compensación, se les permitió vender y comprar directamente en el mercado para que aseguraran su propia financiación. Asimismo, algunas empresas pequeñas se arrendaron a empresarios particulares. Por otra parte, como primera medida de orden arancelario, se estableció un impuesto pagable en granos, patatas, semillas oleaginosas, tabaco y carne, que se transformó en 1923 en el llamado «impuesto agrícola consolidado», pagable, parte en productos, parte en efectivo; convirtiéndose en enteramente monetario al año siguiente. Además, se recurrió al sistema de los empréstitos en productos y en metálico; los primeros, establecidos para una cantidad determinada de *puds* de grano o de azúcar, los segundos, en moneda legal; ambos reembolsables a plazo fijo, con la particularidad de que eran obligatorios para los empresarios privados —medida que fué la causa de su desaparición— y, en proporciones menores, para las empresas estatales y las cooperativas.

La restauración del sistema de crédito fué inaugurada por la creación del Banco de Estado el 12 de octubre de 1921, mediante una subvención de tres trillones de rublos papel [23]. El Banco quedó autorizado para otorgar créditos comerciales a corto plazo y créditos para inversiones o aumento de capital a largo plazo a las empresas estatales, a las cooperativas y, durante un tiempo breve, a los productores agrícolas y a los empresarios privados. A finales de 1922 la autorización se amplió hasta llegar a emitir billetes y a operar sobre divisas nacionales y extranjeras, con la obligación, para las empresas, de depositar sus existencias en oro y monedas extranjeras en las arcas del Banco. Poco a poco, se crearon

---

[22] *1913*, exportaciones (en millones de rublos), 1.520,1; importaciones, 1.374; saldo favorable, 146,1. *1927-1928*, exportaciones, 777.800; importaciones, 945.500; saldo desfavorable, 167.700.

Antes de la revolución, los productos agrícolas exportados pagaban el costo total de las importaciones anuales de artículos manufacturados y de comestibles no producidos en Rusia, y parte del costo de los artículos semimanufacturados y de las materias primas no existentes en Rusia. Tan sólo en 1926-27, las exportaciones de productos agrícolas alcanzaron algo más de una tercera parte de las de 1913.

[23] En razón de la rápida desvalorización de la moneda, este capital subió en noviembre de 1922, a 130 trillones, 750 billones de rublos-papel.

otros bancos; a finales de 1923 existían 150 sociedades de crédito con 750 sucursales y 2.500 sociedades de ahorro. La reforma monetaria se realizó lentamente, por desvalorizaciones sucesivas, hasta la sustitución del rublo por el *chervóniets*, igual a 10 rublos-oro anteriores a la revolución y, en aquel entonces —primavera de 1924—, a una libra esterlina [24].

* * *

Al tratar de introducir la NEP en la industria, el Gobierno tuvo que enfrentarse con una situación desesperada, desde el punto de vista de la producción y de la administración.

El *Sovnarkom* decidió, pues, limitar su propia administración a ciertas ramas de la producción industrial consideradas como fundamentales y a las empresas complementarias de estas ramas; establecer para ellas presupuestos racionales; arrendar otras empresas a los particulares; clausurar las empresas no absolutamente necesarias; devolver a sus antiguos administradores las empresas aún sin nacionalizar pese a los decretos de socialización de 1917; autorizar únicamente a las grandes empresas bien equipadas y favorablemente situadas desde el punto de vista geográfico, a organizarse en *kombinat* [25], a condición de que perteneciesen, o pasasen a pertenecer, al Estado [26].

Para el Estado, este tipo de organización industrial ofrecía las ventajas siguientes: en primer lugar, por no tener que administrar directamente las pequeñas empresas, fácilmente controlables, por lo demás, por los agentes de los Comisariados económicos y, cuando fuere necesario, por los del OGPU, podía concentrar en las grandes empresas las ramas principales de la producción; así, las «altas posiciones del mando económico», enteramente dominadas por el PC,

---

[24] Esta reforma fué decidida por la décimotercera conferencia del partido —no confundir con el Congreso— que tuvo lugar en enero de 1924 y dictaminó las medidas siguientes aplicables a partir de la primavera del mismo año: abolición de los impuestos en productos, sustituyéndolos por impuestos en metálico; estabilización de los precios agrícolas y mejoramiento de la organización del comercio de los productos del campo; regulación de los impuestos no agrícolas, es decir, sobre la propiedad, las profesiones liberales, las empresas privadas.

Señalemos aquí que estas medidas arancelarias tuvieron por resultado la puesta en marcha de la fase siguiente (colectivización), de la que pueden considerarse como el movimiento premonitorio, al quitar paulatinamente la mayor parte de sus beneficios a los ciudadanos no proletarios.

[25] *Kombinat*, reducción de la palabra *kombinátsiia*, combinación, o sea, unión de fábricas combinadas.

[26] Resultados en 1927: sobre un conjunto de 165.781 empresas industriales, 13.697 pertenecían al Estado, 4.613 a las cooperativas, 144.471 (88,4 %) a los particulares. Pero éstas eran las más pequeñas y empleaban sólo el 12,4 % de los obreros.

pudieron transformarse en *trusts* de Estado según el concepto marxista de la concentración capitalista, pero trasladado al plano del capitalismo de Estado, conforme al aspecto más reciente de las evoluciones doctrinales de Lenin, que no eran más que la repetición servil de los comentarios escolásticos, escritos treinta años atrás por los odiados «reformistas pequeñoburgueses», Bernstein, Struve, Tugan-Baranovskiy.

En suma, el terreno estaba preparado para el día en que, por considerar terminada la fase de la recuperación económica, el Estado decidiera pasar a la fase siguiente: la colectivización.

La adopción de la Nueva Política Económica quedó determinada esencialmente por el estado de desesperación que, a consecuencia del comunismo de guerra, había invadido el mundo obrero, cuyas condiciones de vida habían sido agravadas por el principio del trabajo obligatorio y el sistema de pago en productos.

El código de trabajo, adoptado en 1922, establecía la jornada de ocho horas para los adultos y de seis horas para los obreros menores de edad y los trabajadores del subsuelo. El trabajo obligatorio no debía seguir aplicándose sino en caso de fuerza mayor; permitiéndose, durante algún tiempo que los sindicatos representasen efectivamente su papel natural de protectores de los obreros. Destinados en el comienzo de la NEP a proponer candidatos para el control de la industria, a fomentar la disciplina del trabajo y a denunciar los abusos de la burocracia, pronto llegaron a asumir un papel cada vez más importante en el proceso de planificación. Aquí, precisamente, reside el defecto del sistema: puesto en la disyuntiva de seguir protegiendo al mundo obrero o de organizar la producción conforme a las órdenes del partido, el sindicato acabó otorgando la preeminencia al segundo, ampliando más cada vez su actividad sindical en función del reforzamiento de la disciplina del trabajo, el aumento de la producción y el mejoramiento de los precios de costo, esto es, haciéndose el agente de la esclavización del proletariado.

La igualdad comunista de los días heroicos hubo de ser abandonada cuando se decidió remunerar a los productores según el principio de la calificación, mediante una escala muy variada de sueldos. Lenin había reconocido que el entusiasmo no bastaba para aumentar la producción, sino que era necesario acompañar dicho sentimiento con el interés personal. En pocos meses, pues, el obrero calificado llegó a ganar tres o cuatro veces más que el trabajador no especializado, y pudo alcanzar, además de premios en metálico, no pocas veces bastante elevados, ciertas distinciones honoríficas como la Orden de la Bandera Roja del Trabajo, más tarde la de Lenin y, en ciertos casos, la calificación de Héroe de la Unión soviética. Ya que, en Rusia soviética, «quien dice A, dice B».

Fuera de los pocos obreros miembros del PC —que unían a su actividad profesional una actividad política que, en la mayoría de los casos, llegaba pronto a constituir su única ocupación— la masa de los trabajadores nunca recibió salarios

satisfactorios o, por lo menos, suficientes, para cubrir necesidades que un obrero alemán, francés o americano habría considerado como elementales, singularmente en lo que hace a la alimentación y al alojamiento.

En cuanto al personal técnico, casi enteramente compuesto por individuos provenientes de las empresas industriales prerrevolucionarias, su situación durante el período de la NEP se mantuvo, por regla general, en el mismo nivel que durante el comunismo de guerra. Los esposos Webb —a pesar de la constancia con que intentan justificar los procedimientos disciplinarios soviéticos— llegan a hablar incluso de «persecución de los intelectuales» a propósito, precisamente, del trato injusto y a menudo cruel impuesto por el régimen a los ingenieros y a los dirigentes técnicos. A medida que el tiempo pasaba y que la NEP se revelaba insuficiente para la recuperación industrial, este trato se hacía más brutal, hasta desembocar en 1928 en el montaje chekista, con gran aparato judicial —en Rusia, resulta imposible separar los dos términos— conocido con el nombre de «complot contrarrevolucionario de los ingenieros del Dóniets». Proceso al que las autoridades dieron gran resonancia con el propósito de excitar a la masa contra los intelectuales, considerados como agentes de las potencias extranjeras [27]; proceso coronado por un juicio escandaloso y liquidado con un gran cortejo de destituciones en masa. Tan burdo todo ello, que a un periodista norteamericano le consintieron escribir: «Centenares de especialistas de todas clases han desaparecido el año pasado de los lugares en que trabajaban desde hacía muchos años para el gobierno soviético. Han sido, o bien simplemente destituídos porque, con el tiempo, un profesor rojo, un ingeniero rojo, un bibliotecario rojo había surgido en las filas del joven proletariado para ocupar su puesto; o bien han sido arrestados bajo una fútil acusación cualquiera» [28].

Lejos de infundir nuevas energías a los miembros de la clase intelectual, estas persecuciones —inspiradas únicamente en el odio social y la envidia más baja— anularon en ellos toda veleidad de tomar iniciativas provechosas para la economía del país. Siempre pendientes de un juicio organizado por jefes de sindicato, deseosos de hacer carrera abasteciendo con cadáveres de intelectuales al Moloc estatal, los técnicos dedicaron toda actividad a pasar desapercibidos ante los hombres del PC. Ello, como es obvio, no podía contribuir al aumento de la producción, pues, frente a los obreros miembros del partido, que solamente invocaban los principios de la disciplina del trabajo con el único fin de adaptarlos a sus de-

---

[27] Este proceso, sancionado por condenas a largos períodos de deportación, fué seguido —entre muchos otros— por el de los industriales, o proceso *Prompartí* (8 acusados de complot por cuenta de Francia: 6 penas a muerte y 2 a diez años de encarcelamiento); por el de los profesores «mencheviques» y por el de los ingenieros ingleses de la Metro-Vickers.

[28] P. SCHEFFER: *Seven Years in Soviet Russia,* Nueva York, 1932.

seos y conveniencias, los técnicos estaban completamente desarmados [29]. Ya trágica de por sí, su situación se agravó aún cuando, en ocasión del primer plan quinquenal, el gobierno soviético decidió proceder a la colectivización agraria; ensayo, cuyo primer resultado ocasionó un descenso vertiginoso de la producción agrícola y, por ende, una agravación catastrófica de la producción industrial, descenso y empeoramiento cuya responsabilidad les fué achacada una vez más. Pero esta es otra historia...

* * *

Para terminar con este cuadro de la economía rusa durante la fase de la Nueva Política Económica, nos queda por examinar la situación de la agricultura tal como quedó determinada por la institución del impuesto en especie.

Para mejorar el rendimiento agrícola de modo verdaderamente provechoso, hubiera sido necesario reducir la población rural y favorecer la acumulación de capitales productivos entre las manos de los campesinos ricos y medios. Por otra parte, la recuperación industrial parecía posible sólo a condición de mantener precios elevados para los productos manufacturados, y bajos para los de la agricultura. En efecto, a partir de 1921, los pequeños campesinos en su mayoría no vendían ningún producto agrícola esencial e, incluso, compraban los cereales y la carne necesaria a su subsistencia; y los campesinos medios, núcleo de la población rural, enviaban a los mercados tan sólo un pequeño excedente de su producción. Ante tal estado de cosas, únicamente los campesinos acomodados hubieran podido acrecentar la producción de modo sensible si se les hubiese permitido agruparse y constituir asociaciones financieras según el principio de la concentración. Ahora bien, ante esta posibilidad, que significaba evidentemente la proletarización de grupos enteros de pequeños campesinos y el debilitamiento de los campesinos medios, el dilema que se le presentaba al gobierno soviético era, o bien hacer una política agraria «reaccionaria», favoreciendo la concentración de la tierra entre los *kulakí,* o bien exponerse a entrar en litigio con ellos, manteniendo precios bajos para los productos del campo. Este dilema tenía por consecuencia, en el primer caso, el empobrecimiento definitivo de los campesinos pequeños y medios, en el otro, un descenso vertical de las entregas de cereales y de carne a los centros industriales.

Como el objetivo de la NEP era *la recuperación de la producción en vista de la socialización ulterior de toda la economía del país,* este objetivo podía alcanzarse en la agricultura únicamente dejando a los campesinos acomodados una

[29] Los Webb citan los casos de un ingeniero especialista en perforaciones que fué procesado por no haber descubierto petróleo con su primera tentativa efectuada en una región cuyo subsuelo, según él, «podía» contener dicho mineral. Fué procesado, evidentemente, bajo la acusación de sabotaje.

gran libertad de acción, y esta libertad la implicaban sin discusión posible las tesis de Lenin *sobre el impuesto en especie* ya que—pese a las amenazas de socialización para un futuro «indeterminado»—constituían muy propiamente un llamamiento angustiado a la clase campesina y, de modo particular, a los campesinos ricos, reconocidos como los únicos capaces de aliviar la situación. Pero el 26 de mayo de 1922, Lenin sufrió su primer ataque de arterioesclerosis y, hasta su muerte, que aconteció el 21 de enero de 1924, no pudo volver a ocuparse sino esporádicamente de los asuntos políticos.

Ahora bien, a partir del 16 de diciembre de 1922 —día en que sufrió su segundo ataque—su puesto de mando lo heredó el triunvirato Kámenev-Zinóviev-Stalin que, inmediatamente tuvo que enfrentarse con la oposición de derechas, siempre encabezada por Bujárin y sus «jóvenes economistas», y la de izquierdas, dirigida por Trotskiy, en nombre de sus viejos principios; a los que su desplazamiento, cautamente previsto y realizado por el triunvirato, infundía nuevo vigor. Las discusiones que, con motivo de la ausencia del dictador, volvieron a encenderse nuevamente con violencia excepcional en el seno del *Politburó*, llegaron a su ápice justamente a propósito de la cuestión agraria.

Las medidas «liberales» tomadas por Lenin provocaron, por consiguiente, tres clases distintas de reacciones: Trotskiy y su grupo las consideraban en lo social como concesiones excesivas a los *kulakí* y, en lo político, como desviaciones antimarxistas, puesto que se olvidaba la necesidad de mantener en estado de agitación revolucionaria a la clase de los campesinos pobres. La derecha, por boca de Bujárin y de Rikov, las estimaba insuficientes para elevar el nivel de la producción agrícola, y ello por las razones que acabamos de apuntar. En cuanto al triunvirato, encarnación *trifrons* de la posición centrista, las juzgaba aprovechables porque eran capaces, al precio de algunas modificaciones, de mejorar la suerte de los campesinos medios, *kulakí* en potencia, cuyo apoyo era «objetivamente» necesario a la burocracia del partido [30].

La lucha por la sucesión había empezado.

---

[30] Al finalizar la NEP, el número de las granjas campesinas había aumentado en diez millones de unidades. En este conjunto los *kulakí* formaban un bloque que ha sido evaluado en un millón de individuos. En el mismo período, el número de los campesinos pobres disminuía sensiblemente por su absorción en el proletariado industrial; igualmente, el de los campesinos medios se reducía, ya sea por la transformación de muchos de ellos (jefes de familia) en campesinos ricos, ya por fundirse muchos otros (los hijos menores) en el proletariado urbano.

Capítulo VIII

EL TIEMPO DE LAS RETIRADAS HEROICAS

Europa y la NEP — Causas internas de la nueva acción diplomática de la URSS — ¿Testamento de Pedro el Grande o imperativos ideológicos? — Coincidencia práctica de los conceptos de revolución permanente y de socialismo en un solo país — Errores de apreciación del Occidente frente al hecho soviético — La lógica de los rusos o el arte del doble juego — La táctica de los frentes unidos y las dos mitologías de la Internacional Comunista — De Londres a Shanghai — Un testimonio de Ignazio Silone

Las dificultades que hemos abordado paso a paso durante la fase del comunismo de guerra se han repetido, con ritmo más acelerado aún si es posible, en el período siguiente. Período que, llamado bastante impropiamente de la Nueva Política Económica —pues pretende encerrar en límites muy precisos algo, en realidad, muy complejo— nos ofrece, en su conjunto, una fisonomía extremadamente fragmentada, cuyas facetas resultan tanto más difíciles de ensamblar cuanto que bien pocas de entre ellas se refieren a acontecimientos o tendencias en constante mudanza. En efecto, mientras la incoherencia es el común denominador que caracteriza toda la vida rusa, surgida de la guerra civil, sobre todo en lo que se refiere al proceso político, este mismo proceso se oculta tras el misterio más tupido a partir de 1921.Esta vez, las facetas de la fisonomía política rusa están determinadas, mucho más que por factores concretos, independientes de la voluntad de los dirigentes soviéticos, por el nacimiento y confirmación de nuevos conceptos ideológicos, cuyo juego se realiza. en una primera época, de modo abstracto, para transformarse paulatinamente en choque de tendencias opuestas, que se inicia, concretamente, con ocasión de la ausencia de Lenin, determinada por su enfermedad, hasta hacerse irreconciliables a partir de su muerte.

Hasta aquí, todo resultaría bastante sencillo si a estos conceptos y acontecimientos no se agregaran factores que vienen a complicar singularmente su desarrollo, factores que por el momento podemos enunciar como sigue: desde el punto de vista interior, aparición, merced a la NEP, de nuevas condiciones en

el proceso social que gira alrededor del movimiento de retroceso y, a partir de la ausencia de Lenin, del choque de las varias corrientes ideológicas que quieren captar de modo exclusivo el Estado y sus palancas económicas; desde el punto de vista internacional, duplicidad de la acción diplomática roja, cuyo juego está determinado, de una parte, por las necesidades permanentes del Estado ruso y, de otra, por la obligación de adaptar la dinámica de la Internacional comunista a satisfacer estas necesidades; finalmente, si nos situamos en el punto en que se cruzan sistemas ideológicos y necesidades prácticas, antagonismo —tolerable hasta 1922 y estridente a partir del año siguiente— entre las tendencias personificadas por los dirigentes rusos de la Internacional y la voluntad revolucionaria de las minorías proletarias no rusas inscritas en la organización.

Este antagonismo —cuya presencia es fácil comprobar lo mismo en el interior que en el exterior e, incluso, en el plano ideológico— no resulta tan sencillo de delinear como aparecería a primera vista, porque, si bien la enfermedad de Lenin provoca su estallido, este estallido, a su vez, determina en el seno del partido una sacudida cuyas vibraciones, a menudo intensísimas, alcanzan a todas las actividades políticas y económicas del país, por un parte, y condicionan, por otra, los espectaculares cambios de rumbo, que, después de la muerte del dictador, convierten a la Nueva Política Económica en un fracaso total si seguimos considerándola en función de los conceptos que determinaron su creación. Pero aquí cabe preguntarse si estos conceptos correspondían a lo que realmente se buscaba.

En efecto, la rivalidad que levantó unas contra otras a las tendencias izquierdista, derechista y centrista, tuvo consecuencias tan complejas que, solamente ahora, podemos apreciarlas en su conjunto. Es evidente que si, a partir de 1934, la política internacional soviética pareció obedecer —como, en verdad obedeció— a designios de vasto alcance, madurados durante largo tiempo, semejante actitud no puede explicarse únicamente por la vuelta a los propósitos tradicionales de la diplomacia rusa, llevada a cabo por los dirigentes soviéticos con sistematismo despiadado. Un examen atento de los hechos nos revela que esta política exterior, si bien estuvo determinada por una idea expansionista —idea congénita a todo Estado fuerte— encuentra su causa suficiente y actuante, no en los archivos del Puente de los Cantores, sino en los mismos acontecimientos que, a través de una serie complicada de compromisos, llevaron a Stalin al poder supremo.

Quienes piensan que, al triunfar de sus adversarios en 1927, Stalin adquirió de golpe el derecho inapelable de realizar sus propios designios en materia internacional, se equivocan grandemente, porque olvidan que este triunfo, en realidad, fué el resultado de una serie de maniobras tácticas encaminadas a limitar su libertad de acción; como de hecho la limitaron en una gran medida hasta 1934. El oportunismo de haberse apoyado en la derecha bujariniana para imponer

su concepto del socialismo en un solo país, a expensas de la tesis trotskista de la revolución permanente, le permitió desbaratar los planes del estado mayor de la izquierda comunista, pero no por ello acabar con los partidarios de esa tendencia. Así, cuando quiso dar por terminados sus compromisos con sus aliados de la víspera, tuvo que adoptar los puntos de vista de los ex-secuaces de Trotskiy para lograrlo; puntos de vista aunque camuflados bajo una terminología diferente, concretados en lo de siempre: la revolución permanente y del comunismo integral. Estos principios «izquierdistas», en una medida infinitamente mayor que los designios tradicionales de la diplomacia rusa y que la «necesidad» ideológica de obedecer a los preceptos de la doctrina marxista, condicionaron en medida general su juego internacional y social; es decir: Stalin no utilizó el marxismo y la herencia imperialista rusa sino en la medida en que le sirvieron para la realización de sus compromisos con la izquierda ex-trotskista; pareciendo contradictorio solamente en la medida de indagar el problema hasta su fondo.

Quien hubiera escrito en 1939, año del pacto con Hitler, o en 1945, año del triunfo de la alianza con las democracias, que Stalin estaba aplicando las tesis de Trotskiy acerca de la necesidad de la revolución permanente, habría pasado por frívolo y aventurado. Los acontecimientos que se han acumulado a partir del final de la segunda guerra mundial nos demuestran, sin embargo, que, lejos de oponerse a la realización de dichas tesis, la del socialismo en un solo país, no ha hecho sino volver a posibilitar su puesta en acción. Voy más lejos aún y pretendo que solamente el socialismo en un solo país —es decir, la creación de un Estado poderosamente centralizado según modalidades totalitarias— ha permitido la construcción y el funcionamiento de la máquina capaz de desencadenar la revolución mundial; mientras que el triunfo a destiempo de la tesis de Trotskiy, hubiera despertado inmediatamente al mundo «burgués» y, en razón del estado de impreparación militar en que Rusia se encontraba entonces, llevado necesariamente al fracaso y, por consecuencia, a la destrucción de todo el tinglado soviético [1].

---

[1] En cuanto a saber quién tenía razón en ese tenebroso asunto de la revolución permanente y del socialismo en un solo país, baste recordar aquello que FEDERICO ENGELS proclamaba en su *Catecismo*: «No, la gran industria, al crear el mercado mundial, acercó ya tan estrechamente unos a otros los pueblos de la tierra, y singularmente a los más civilizados, que cada pueblo depende estrechamente de lo que acontece en los demás. La revolución comunista, por consiguiente, no podrá ser una revolución meramente nacional. Tendrá lugar, al mismo tiempo, en todos los países civilizados, es decir, por lo menos, en Inglaterra, en América, en Francia y en Alemania. Ejercerá igualmente sobre los demás países del globo una repercusión considerable y transformará completamente su modo de desarrollo. Será una revolución mundial y deberá, por consiguiente, tener un terreno mundial.»

Como se ve, Trotskiy, desde el punto de vista de la pura doctrina, es quien tenía

Por lo mismo, si bien está permitido seguir examinando con ojo crítico la actuación de los dirigentes moscovitas para con la Internacional comunista a partir de 1921, ya no es lícito considerarla como propicia al abandono de los planes de subversión universal. En efecto, a consecuencia de los fracasos que la organización acusó en Europa y en Extremo Oriente con la puesta en marcha de la NEP hasta 1927 —fracasos determinados por el choque de las varias tendencias ideológicas rusas—, Stalin comprendió perfectamente que estos planes tendrían que permanecer en el armario de las esperanzas mientras no se redujeran las tendencias enfrentadas en el seno de la Internacional al común denominador de la reducción operada en el seno del PC ruso. De este modo, aquello que, hasta 1939, se podía llamar «vacilaciones de la central moscovita», responde aquí también a la obligación en que se encontraba dicha central de no poner en marcha las tesis de la izquierda antes de haber sojuzgado, bajo una disciplina totalitaria, a las tropas no rusas de la revolución, inclusive al precio de una depuración capaz de reducir sus filas hasta sus límites más extremos.

Por otra parte, si la liquidación de las corrientes trotskista y bujariniana en el interior no obedece a ninguna norma marxista auténtica, esta misma operación fuera de Rusia, mediante la reducción totalitaria de la Internacional, tampoco responde a nada que figure en las doctrinas de la Escuela. En efecto, mientras Trotskiy es más auténticamente marxista que Stalin, en cuanto que Marx dedica la parte «revolucionaria» de su obra a demostrar la imposibilidad para el triunfo del socialismo —ni siquiera en un solo país— hasta que no se expanda simultáneamente en el mundo entero; y Bujárin lo es también más que él en cuanto que Marx prevé, en la parte «económica» de su obra, la posibilidad de instaurar el socialismo mediante el tránsito pacífico de la sociedad capitalista altamente concentrada a manos de *todo* el proletariado; la táctica de la conquista del mundo por obra de las minorías revolucionarias constituídas por los varios PC no rusos choca evidentemente con los conceptos del profeta de Tréveris en la medida en que, lejos de ser marxista, pertenece propiamente a la doctrina populista perfeccionada por Tkachiov, discípulo de Babeuf y de Blanqui. Como, asimismo,

---

razón, como la tenía Lenin hasta el momento en que la derrota de sus armas ante Varsovia le demostró que esta convicción, que hasta entonces había creído realista, no era sino una utopía solamente capaz de poner en peligro de muerte a la revolución rusa. Por ser toda revolución, esencialmente, la substitución de una clase dirigente por otra, Lenin y Stalin, para durar como jefes de la nueva clase, tuvieron que adaptarse a circunstancias que eran la negación de las tesis de los fundadores y lo hicieron con tal sentido de la oportunidad que anularon completamente a Trotskiy. Lo que, en otras palabras, significa que el autor de *El Estado y la revolución* y su heredero, fraudulento pero real, se revelaron verdaderos hombres de Estado, mientras Trotskiy, más brillante que ellos, se mostró incapaz de adaptarse a las circunstancias, es decir, de gobernar.

le pertenece el totalitarismo interno y externo, instrumento de la liquidación de las izquierdas y de las derechas y de la reducción de la Internacional.

Que Trotsky se haya opuesto al retroceso por considerarlo antirrevolucionario, es comprensible como lo es, igualmente, la crítica formulada por Bujárin sobre los conceptos generales de la NEP al censurar su falta de audacia en la creación de un armazón capitalista controlado por el Estado, única fórmula capaz, según él, de reunir las condiciones para la instauración del socialismo. Y lo es porque, entonces, no disponían de los elementos de apreciación que nosotros podemos utilizar ahora que, a través del afianzamiento de la dictadura staliniana y al examinar las consecuencias de la segunda guerra mundial, nos encontramos en vísperas de un tercer conflicto general que será determinado por la relación ellos-nosotros. Lo que no resulta tan comprensible es la falta de visión de los observadores y dirigentes políticos para no haber entendido entonces, al examinar el hecho ruso, que el retroceso solamente significaba un momento de respiro, y que si Lenin abandonó en 1921 la idea de empeñar a la Internacional comunista en asaltos constantes contra el mundo capitalista, ello no fué, ni podía ser, un abandono definitivo de su designio internacionalista, ya que, lejos de renunciar a este designio, Lenin y, después de él, Stalin, no hicieron más que cambiar de táctica para conseguirlo. Puesto que fuera de Rusia no disponían de masas suficientemente numerosas y disciplinadas para atacar con probabilidades de éxito las ciudadelas burguesas, no les quedaba otro remedio que dirigir el asalto por otro camino. El mismo que había logrado en Rusia tan buenos resultados antes de octubre de 1917: formar minorías que, una vez dotadas de una organización férrea, pudiesen asestar un golpe de mano cuyas probabilidades de triunfar serían tanto más fuertes cuanto más intenso hubiera sido su amaestramiento ideológico, y sostenidas, si llegaba el caso, por una intervención del ejército rojo. Entonces, las masas no conquistadas ideológicamente por el comunismo, serían reducidas por el terror, como había sucedido en Rusia [2]. Y nada de ello es marxista, sino escuetamente terrorista; blanquista, cuanto se quiera, o babuvista; en ningún caso marxista.

Se puede admitir, en rigor, que dichos observadores y dirigentes políticos no lo hayan comprendido hasta 1927, pero no a partir de este año que señala el comienzo de la política de industrialización y de colectivización, la cual, evidentemente, resulta incomprensible si se la separa de propósitos más vastos. Es bien cierto, por tanto, que una política, cuyo efecto inmediato fué la destrucción del bienestar relativo proporcionado a las masas por la NEP, resulta inútil y absurda

[2] Como lo demuestra todo aquello que ha sido realizado entre 1945 y 1950 en Alemania oriental, Bulgaria, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Corea, Indochina, pese al fracaso de Grecia y al contratiempo —cuyos datos reales quedan aún por explorar— de Yugoslavia. Como lo demuestra aquello que está sucediendo en Siria y en Egipto.

si se la considera como concebida solamente con vistas a la instauración de un sistema interior nunca probado y, por ende, dotado de posibilidades más que conjeturales; mientras, por el contrario, revela toda la claridad de su propósito si se la integra en un designio que supera los límites nacionales, es decir, si se admite que la captación por el Estado de todos los recursos nacionales tiene como objetivo la edificación de una ciudadela sin fisuras, partiendo de la cual se podrá emprender la aventura que lleve a la explotación imperialista del universo. En efecto, a partir del momento en que un imperialismo ha realizado su pleno interior, se le hace necesario buscar nuevos alimentos para subsistir. Ningún imperialismo, por estrechos que sean sus supuestos iniciales, puede tener otra explicación.

Sin la voluntad de volver a seguir algún día, próximo o lejano, el camino abierto apresuradamente el 25 de octubre de 1917, el retroceso de Lenin no tendría explicación lógica; y sabemos que Vladímir Ilich, como jefe revolucionario, era lógico fanáticamente. Sin haber estado persuadido de que Stalin era el más apto entre los posibles sucesores de Lenin para forjar el instrumento totalitario capaz de llevar al triunfo a la revolución mundial, es decir, a la dominación de los recursos del universo por la clase dirigente rusa, ningún razonamiento podría revelarnos por qué el estado mayor soviético eligió a este burócrata, sin mayores vuelos intelectuales, prefiriéndole a un agitador genial como Trotskiy, para entregarle la dirección dictatorial del Estado ruso. Y ya hemos sabido con qué lógica más despiadada dicho estado mayor sabe realizar los propósitos que se ha fijado de una vez por todas.

Que esta lógica no haya sido perceptible inmediatamente —porque Lenin no juzgó conveniente revelar la verdadera esencia de sus proyectos cuando se trató para él de establecer su dictadura sobre la pasividad de las masas rusas neutralizadas por el hambre, y porque Stalin disimuló sus intenciones ante la necesidad en que se encontró de fortalecer su poderío a precio de la no beligerancia de las potencias capitalistas — no por ello la política soviética resulta menos lógica. Una vez más hay que tener presente que, en la Rusia soviética —que es tanto la de Jrushchov y de Malenkov como fué la de Lenin y de Stalin— rara vez lo que se hace responde a lo que se dice.

• • •

En el terreno internacional, este doble juego iba a encontrarse favorecido por el desconcierto de las potencias occidentales, cuya política incoherente y falta de visión —los rasgos más salientes de la diplomacia europea entre las dos conflagraciones mundiales— empezaron a delinearse, en toda su mezquindad, durante la Conferencia de la Paz. Espectáculo bastante lastimoso, en el que resulta dificilísimo descubrir algo más meritorio que la voluntad de satisfacer los intereses

más inmediatos, revelado abiertamente cuando se trató, por dichas potencias, de resolver el problema de sus relaciones con Rusia soviética.

Durante la guerra civil, estas relaciones, a pesar de los titubeos extraños en verdad que las acompañaron, habían sido de hostilidad, aun cuando esta hostilidad se hubiese manifestado con intensidad y modos de aplicación muy variables y, en fin de cuentas, ineficaces, hasta el punto, en no pocos casos, de contribuir al triunfo final de los rojos sobre los blancos. Una vez que el régimen leniniano hubo salido triunfante de la doble prueba de la revolución y del bloqueo, se hacía preciso reconsiderar el problema de estas relaciones desde un ángulo nuevo y, ante el hecho cumplido del afianzamiento del sistema bolchevique, Francia, Inglaterra y América debían arreglárselas para encontrar un régimen de convivencia con este inquietante vecino.

Varios caminos se ofrecían a los estadistas de París, de Londres y de Wáshington. Si los rojos habían triunfado en la prueba, ésta los había dejado bastante maltrechos, circunstancia de tener muy en cuenta; bien para establecer con ellos amplias relaciones; bien para limitarlas estrictamente al mínimo indispensable. Sin embargo, para tal empresa hubiera sido necesario alimentar propósitos políticos firmes, ya que el régimen de convivencia con Rusia sólo podía resolverse políticamente. Considerado desde este ángulo, el problema ruso no ofrecía incógnitas demasiado peligrosas. En efecto, o bien se reconocía la conveniencia de ayudarla eficazmente en su labor de recuperación, o bien se adoptaba hacia ella una actitud de hostilidad decidida. Mas, tanto en un caso como en otro, era obligada una gran confianza en sí mismo, y en la justicia de la propia causa, al mismo tiempo que una indudable y firmísima seguridad interior; factores que nunca pueden pasarse por alto cuando se trata de hacer una buena política internacional, pero que, desgraciadamente, en régimen democrático, rara vez coinciden.

La situación interior de las naciones europeas, a partir de 1919, se reveló más que inquietante, considerada desde estos tres puntos de vista. Ningún gobernante podía alimentar mucha confianza en su destino político, toda vez que el juego de los partidos y de los intereses reducía su permanencia en el poder a un proceso temporal indeterminado, bastando, para ratificar nuestra exposición, las anomalías sufridas por Clemenceau, Wilson y Lloyd George y, después de ellos, por la serie precipitada de dirigentes más o menos inocuos que desfilaron en la escena, como en un vertiginoso caleidoscopio entre 1920 y 1939. En cuanto a la justicia de su propia causa ¿cómo podían creer en ella si, precisamente en el quinquenio que sigue a los tratados de paz, las naciones vencedoras experimentaron en su carne una agitación social ininterrumpida, reprimida por la fuerza y sin que los responsables políticos fueran capaces de impedir su reproducción mediante la adopción de disposiciones que se inspiraran, precisamente, en principios elemetales de justicia; si, por otra parte, esos mismos dirigentes nunca fueron más que simples fiscales para situaciones de quiebra como Poincaré, en Fran-

cia, y el mediocre Bonar Law, en Inglaterra? ¿Qué sentido de la convivencia internacional podían abrigar finalmente esos responsables que no habían sido capaces de forjar con los tratados de paz instrumentos destinados, bien a descartar por largo tiempo todo peligro de guerra por la anulación del poderío germánico, bien a asegurar relaciones aceptables entre las naciones, estableciendo una amplia política de cooperación entre vencedores y vencidos? Estos hombres, por el contrario, dejaron sin resolver una serie de problemas cuya demora en sus planteamientos contribuyó, en gran medida a multiplicar las posibilidades de conflicto; no bosquejando siquiera los proyectos destinados al desarme moral de sus enemigos de la víspera, se limitaron a provocar el descontento entre sus propios aliados.

Estos factores de incoherencia y de falta de visión política que señalan el trágico destino de las naciones occidentales a partir de los días mismos de la victoria, y constituyen la segunda edición de aquella actitud de los aliados frente a Rusia en el momento de la NEP.

Varias posibilidades se abrían entonces ante los gobiernos de Londres, de París y de Wáshington.

La de una ayuda decidida a cambio del control de todas las actividades económicas soviéticas, pero, para ello, había que seguir siendo imperialistas; circunstancia fallida, pues los errores cometidos en Versalles dieron como único resultado una conciencia equívoca entre los vencedores. A pesar de esto, las diferencias hubieran podido ser allanadas por Wáshington que, desde este punto de vista, se mantenía en una posición económica más desahogada; pero Norteamérica, que es la patria de los grandes negocios y de las grandes virtudes, se encontraba entonces en una fase de puritanismo agudo, y su opinión pública, tal como estaba encarnándola de modo bastante singular el binomio presidencial Harding-Coolidge, no quería oír hablar ya de la pecaminosa Europa ni de nada que no fuera sus grandes negocios caseros [3].

---

[3] Harding no era puritano más que electoralmente. Si creemos a JAMES TRUSLOW ADAMS, cuando Harding era senador, «había votado a favor de la Prohibición aunque fuera entonces, como siempre, un gran bebedor... Jugaba al póker, era disoluto en sus hábitos, no abandonaba a los amigos, no se preocupaba por ideas ni por ideales, y poseía una mentalidad completamente ordinaria». Pero falleció en abril de 1923 y fué reemplazado en la presidencia por su compañero de fórmula Calvin Coolidge «cuya ascensión satisfizo a la nación», en *The March of Democracy*, Nueva York, 1932. Pese a lo que escribe André Maurois, en su *Historia de los Estados Unidos*, con respecto al nuevo presidente («Tranquilizaba pensar que al presidente peor rodeado y menos moral de la historia de los Estados Unidos iba a suceder un yanqui y un puritano»), con él los grandes negocios suciamente realizados por la administración Harding, iban a cumplirse con el apoyo de grandes referencias bíblicas y siempre en función de un aislacionismo total con respecto a Europa y a los asuntos europeos. El nuevo presidente se hizo célebre con sus declaraciones lacónicas, una de las cuales, formulada a propósito de las deudas contraídas

Otra oportunidad que el aislacionismo de los yanquis hubiera podido proporcionar a Francia y a Inglaterra, con la posibilidad de habérseles unido Italia, pudo ser la de suscitar una franca lucha antisoviética, pero, para ello, había que haber trazado una línea de acción común, única solución capaz de imponerse al todavía tambaleante triunfador moscovita; al objeto de arbitrar una política interior firme y, por ende, la eliminación de las minorías comunistas. Ahora bien, el estudio de los acontecimientos de este período precario nos revela que las dos potencias nunca pensaron seriamente en emprender semejante acción, no porque vastos sectores de su mundo político se opusiesen a ello, sino porque su opinión pública —es decir, sus masas electorales— corría rápidamente hacia la izquierda como iban a demostrarlo el triunfo del *Labour Party* en 1923 y el del *Cartel des Gauches* en 1924; además de que las relaciones entre ambos países se habían enfriado considerablemente cuando, el 11 de enero de 1923, Francia ocupó militarmente la cuenca del Ruhr [4]; pues, como afirma Hitler, en *Mein Kampf*, dando del acontecimiento una interpretación bastante pérfida: «Al ocupar el Ruhr, Francia arrancó de manos de Inglaterra todo el provecho de la guerra».

En semejantes condiciones, resultaba aventurado trazar planes con vistas a una gran política internacional. Sin embargo, había que resolver de un modo o de otro la cuestión de las relaciones diplomáticas con Rusia soviética, porque el problema de las deudas zaristas quedaba pendiente y, particularmente en Francia donde dicha deuda montaba a once mil millones de francos oro, los portadores se agitaban amenazando con llevar su pleito al plano electoral.

Se eligió, pues, un término medio tendente al establecimiento de relaciones condicionadas por el reconocimiento de estas deudas por el gobierno soviético. Pero como, separadamente, ninguno de los dos gobiernos disponía de medios adecuados de presión, Moscú pudo tranquilamente burlarse de uno y de otro y obtener finalmente aquello que deseaba sin necesidad de subscribir compromiso alguno en materia financiera.

El reconocimiento por parte de Francia había sido precedido por los viajes

---

en Norteamérica durante la guerra por los países de Europa, revela claramente un estado de espíritu perfectamente impermeable con respecto al viejo mundo: «¿Han tomado dinero en préstamo, verdad?» Justo es reconocer que la indiferencia de Coolidge con respecto a Europa se manifestó con igual olímpica frialdad con respecto a Rusia soviética, con la que se negó enérgicamente a abrir relaciones diplomáticas y económicas, pese a la extraordinaria oportunidad de expansión que ese país, prácticamente destruído, ofrecía a los técnicos y banqueros norteamericanos.

[4] «... por un motivo legítimo, pero quizá algo desprovisto de amplitud: la no entrega en la fecha fijada de 55.000 esterios de leña para postes telegráficos», indica JACQUES CHASTENET en su *Vingt ans d'histoire diplomatique, 1919-1939*, Ginebra, 1945.

efectuados, en 1922, por Edouard Herriot, jefe del futuro *Cartel des Gauches* [5], y, el año siguiente, por Anatole de Monzie, uno de los más brillantes y despreocupados políticos franceses. A su retorno, ambos habían aconsejado proceder sin demora a este gesto diplomático. En Gran Bretaña, uno de los slogans de la campaña electoral del *Labour Party* lo constituyó la voluntad de entablar relaciones con Moscú; de suerte que, por una sola vez, los dos aliados de la víspera se encontraron de acuerdo, aunque el verdadero móvil de tal unión quedase reducido a adelantarse el uno al otro en la perspectiva de buenos negocios que el comienzo de la NEP había permitido entrever a los visitantes más o menos oficiales franceses e ingleses. El 1.° de febrero, Ramsay Macdonald, jefe del nuevo gobierno laborista inglés reconoció incondicionalmente a Rusia, y Edouard Herriot lo imitó el 28 de octubre siguiente. La Italia fascista había dado, por su cuenta, el mismo paso el 7 de febrero, siendo pronto imitada por la mayor parte de las demás naciones europeas.

El obstáculo más serio para estos reconocimientos en cadena pudo haber tenido su origen y fundamento en las actividades de la Tercera Internacional, si bien el gobierno soviético, con magnífico desparpajo, hubiese afirmado su total independencia con respecto a ella.

Si reflexionamos en el asunto, no nos resultará difícil comprobar que, en aquella época, los obstáculos interpuestos por la actividad de la Internacional comunista entre Rusia soviética y las potencias, tenían que proporcionar más preocupaciones a aquélla que a éstas. En efecto, después de la oleada que, a consecuencia de la revolución de octubre, había amenazado con reducir a su más simple expresión las organizaciones obreras de la Segunda Internacional, las declaraciones de Lenin ante el tercer Congreso del *Komintern* provocaron un movimiento en sentido inverso, y tan desfavorable que, a partir de 1922, los trabajadores socialistas no rusos volvieron a engrosar las filas de la socialdemocracia. Esto evidentemente en lo que hace a países democráticos como Francia e Inglaterra, donde las minorías kominternistas llegaron a ser tan esqueléticas que el gobierno más conservador no hubiera podido tomarlas en serio sin correr el riesgo de desacreditarse a los ojos de sus propios partidarios. En Italia, después de comienzos muy dinámicos, que no excluían el recurso al más crudo terrorismo, el PC se había visto reducido a luchar a la defensiva, y la victoria del movimiento fascista en octubre de 1922 no tardó en reducirlo a la impotencia; de la que, tan sólo, los acontecimientos posteriores a julio de 1943 lo ayudarán a salir. Algo parecido estaba sucediendo en Alemania donde el PKD, pese a la abundancia y a la actividad de sus tropas, estaba constantemente sacudido por rebeliones inter-

[5] En esta oportunidad, los rusos, a quienes nunca disgustó divertirse a costa de los burgueses progresistas, habían nombrado al ilustre visitante coronel (honorario) de cosacos, ocurrencia bastante singular en razón del volumen excepcional del dirigente radical.

nas, debidas a rivalidades entre sus elementos de extrema izquierda, provenientes del spartakismo, y su intelectuales conciliadores de derechas, que se agitaban con libertad tanto mayor cuanto que las directivas moscovitas se revelaban, en lo que hacía a este caso específico, absurdamente contradictorias [6]. Así, pues, si bien hasta el advenimiento de Hitler el PKD podrá seguir contando con varios millones de simpatizantes, sus disensiones internas darán por resultado ayudar al nacionalismo en su avance, paso a paso, hacia el poder, ya que los varios gobiernos democráticos se encontrarán constantemente en la necesidad de hacer concesiones a las derechas para poder vigilar mejor una extrema izquierda poderosa, cuya impotencia real se disimulaba tras declaraciones altisonantes acerca de la voluntad unánime del proletariado alemán de desencadenar la revolución comunista el día siguiente.

Todo ello demuestra que, a partir de la NEP, ningún gobierno europeo corrió peligros serios por culpa de la Internacional comunista y que, por el contrario, quien tuvo que sufrir por la existencia de esta organización fué precisamente el gobierno de Moscú.

Si se leen atentamente los últimos artículos y discursos de Lenin, se descubre, en efecto, que su mayor preocupación consistía entonces en garantizar al territorio soviético contra una intervención militar, y que, en semejantes condiciones, la política exterior rusa, si quería capear este peligro, tenía que renunciar a toda actividad de tipo internacionalista que saliera de los límites de un inocuo verbalismo proletario. Su interés más inmediato hubiera aconsejado incluso la disolución del *Komintern,* que proporcionaba a sus enemigos exteriores buenas oportunidades para crearle dificultades. Pero necesitaba ideológicamente la simpatía del mundo obrero internacional y ello lo imposibilitaba a «resignarse a semejante sacrificio». Vamos a ver en qué medida este dilema era insuperable.

Cierto es que, a partir de 1921, la mayoría de los trabajadores izquierdistas volvieron a pertenecer a la socialdemocracia, la cual no alimentaba la menor simpatía por el comunismo ruso en tanto que inspirador de los varios PC cuyo pleno se había efectuado a sus expensas. Pero es igualmente cierto que, durante la fase de la NEP, los dirigentes soviéticos ordenaron a sus quintas columnas de las principales naciones europeas que obraran en consecuencia para eliminar esta hostilidad y adoptaran la táctica del frente único con la socialdemocracia. Los pormenores de este cambio de rumbo merecen un examen detenido.

* * *

[6] Estas contradicciones soviéticas en realción con el PKD —contradicciones que tuvieron por resultado curar definitivamente al proletariado alemán de la enfermedad marxista como puede verse ahora, pese a la derrota de 1945— están estudiadas detalladamente por A. Rosenberg en su *Deutsche Republik,* cuya primera edición, agotada desde hace mucho, es de 1935, y que ha sido traducida al italiano con el título *Storia della Repubblica tedesca,* Roma, 1945.

Pese a los numerosos errores cometidos por los dirigentes de la Segunda Internacional —aquí, se habla, claro está, el lenguaje del Lenin de Zimmerwald y de la época posrevolucionaria de la polémica con Kautsky y con Rosa Luxembourg—, Moscú se reveló impotente para arrastrar el conjunto del movimiento obrero occidental con la única fuerza de su propaganda. Mientras la socialdemocracia alemana seguía gozando de un inmenso prestigio que, desde los tiempos casi míticos de la fundación de la Segunda Internacional, hizo de ella el *alma mater* del socialismo europeo, su influencia, en efecto, no pudo ser eliminada por la acción de la Internacional comunista. Aunque denunciasen con raro sentido de la inoportunidad las «conexiones imperialistas» de dicho movimiento, no fueron Lenin ni Stalin quienes lo destruyeron finalmente, sino Adolfo Hitler, después de su llegada al poder en 1933. El comunismo ruso no hizo más que aprovechar esta conyuntura, que le permitió, sin mérito alguno por su parte, presentarse un buen día como heredero legítimo de la Segunda Internacional. De suerte que aquello que los dirigentes soviéticos no pudieron conseguir entre 1918 y 1933 —esto es, hacerse reconocer como los únicos representantes del pensamiento marxista por todos los marxistas no rusos—, se lo proporcionó el triunfo de Hitler, ya que, con la eliminación de la central berlinesa de la Segunda Internacional, se abrió en el mundo internacional del trabajo un vacío que ni la SFIO ni el *British Labour Party* fueron capaces de llenar. Desde entonces, en efecto, el socialismo inglés —que seguía afirmándose marxista tan sólo de labios afuera— se contentó con orientar su evolución hacia actividades de reforma social en el marco nacional burgués existente; mientras que el socialismo francés tendió, cada año con mayor evidencia, hacia su desintegración, esto es, hacia su separación de todo movimiento obrero auténtico, hasta transformarse, después de la segunda guerra mundial, en un parásito más del Estado francés, al que ocupa «burguésmente» y cuyos beneficios comparte con los demás partidos del centro y de la izquierda radical [7].

Este fenómeno que, en nuestros días, se expresa por la pretensión del comunismo ruso de representar *toda* la herencia doctrinal del marxismo y, por ende, del socialismo, lleva naturalmente al espíritu a establecer analogías con las derivaciones que acompañaron la vida del cristianismo oriental a partir de 1453. Cuando Constantinopla cayó en poder de los turcos, los ortodoxos rusos, lejos de dirigirse de nuevo hacia Roma que, a consecuencia de la pérdida de la suprema-

[7] La misma acción llevada a cabo por los socialistas franceses cuando, a consecuencia de las elecciones de enero de 1956, asumieron la tarea de gobernar a un país agitado por la cuestión argelina, acción que desempeñaron en sentido, justo es reconocerlo, evidentemente patriótico, se encuentra muy lejos de todo supuesto ideológico socialista. Ello no hace más que confirmar la tesis del «aburguesamiento» de la SFIO y de lo que queda de la Segunda Internacional.

cía espiritual y jerárquica por el Patriarcado bizantino hasta entonces detentada por él en el Oriente cristiano, había recuperado el primer rango *de facto* en la cristiandad universal, los ortodoxos rusos, pues, se proclamaron únicos herederos legítimos de dicho Patriarcado y pretendieron situarse a la cabeza de toda la ortodoxia. De allí el nacimiento del mito de la «Tercera Roma» y el lugar cada vez más destacado que el Patriarca de Moscú logró ocupar en la jerarquía oriental hasta la reforma de Pedro el Grande [8].

Se puede decir que, de 1453, año de la caída de Constantinopla, a 1721, año en que Pedro creó el Santo Sínodo, los patriarcados de Bizancio, Jerusalén, Alejandría y Antioquía pasaron a ocupar, para con el de Moscú, el segundo lugar; al que los partidos socialistas de Gran Bretaña, Francia y países escandinavos, después de 1933, y de Italia y Alemania, después de 1945, están reducidos en el conjunto marxista; y ello a pesar de que los europeos sean quienes tienen mayores títulos doctrinales heredados de Marx; del mismo modo que los católicos romanos, contemporáneos del Abad Filoteo, inoportuno inventor del mito de la «Tercera Roma», eran, para atenernos a las conclusiones del Concilio ecuménico de Florencia, los únicos herederos de la auténtica tradición apostólica. Del mismo modo, la victoria de Hitler y la destrucción por él de la socialdemocracia alemana, pueden ocupar en nuestra analogía el papel desempeñado en la historia oriental por la conquista de Constantinopla por los Latinos de la Cuarta Cruzada, en 1204; la debilidad incurable introducida en el cuerpo de la cristiandad oriental por dicha conquista, al hacer posible la destrucción del Imperio bizantino por los turcos, y poner drásticamente término a la irradiación espiritual del Patriarcado Ecuménico, se encuentra en la fuente del mito de la «Tercera Roma», así como los acontecimientos alemanes de 1933, al permitir la «ocupación» —en el sentido militar de la palabra— de la dirección ideológica y práctica del movimiento socialista occidental por el sistema staliniano determinaron, en fin de cuentas, su rusificación casi total. Y ésta, también en fin de cuentas, es la única victoria —involuntaria, por lo demás— cosechada por los dirigentes de la Internacional comunista en aquella época.

* * *

Arthur Rosenberg descubre las causas de las veleidades rusas anteriores al triunfo de Hitler, que debían llevar al fracaso matemático de todas las empresas de la Internacional comunista y causar no pocas preocupaciones a la diplomacia soviética, en la existencia de una mitología proletaria, interpretada de modo muy distinto en Rusia y fuera de Rusia.

---

[8] De allí también la pretensión de dicho Patriarcado restaurado por gracia de Stalin, de volver a representar, a partir de 1945, su antiguo papel de *primus inter pares* en el cristianismo oriental.

Es que, tanto antes como después de Kronstadt, Lenin necesitaba una justificación proletaria para su obra revolucionaria, y esta justificación —que, en efecto, es de orden mitológico— empezó a fallarle peligrosamente a partir de 1921, aunque pretendiera, como Stalin después de él, procurársela, a toda costa, oponiendo al «antibolchevismo» de la socialdemocracia, tal como podía expresarlo la obra de un Karl Kautsky [9], una fuerza con la que pudiera contar en todo momento. Por consiguiente, «la primera condición que los bolcheviques imponían a un partido comunista extranjero era el reconocimiento del carácter proletario y socialista del poder de los *sovieti* y, por lo tanto, la Internacional comunista no debía subrayar en su propaganda la realidad del capitalismo de Estado en la Rusia soviética, con todas sus componendas, sino la mitología proletaria y revolucionaria» [10]. Razón por la cual la resolución final votada por los delegados del tercer congreso del *Komintern* denunciaba «la conducta proditoria de los partidos mencheviques que, en todos los países, con sus campañas contra la Rusia de los *sovieti* y contra la política del PC ruso, reforzaron la lucha de la reacción capitalista contra Rusia, pretendiendo retardar en el mundo entero la revolución social. El congreso mundial invita al proletariado de todos los países a situarse al lado de los obreros y de los campesinos rusos y a hacer de la revolución de octubre la realidad del mundo entero» [11].

El modo ruso de interpretar la mitología revolucionaria consistió, pues, en afirmar —a partir de 1921— que, si bien los comunistas y los socialistas no obedecían a una táctica común acerca de la meta final, el proletariado en su conjunto sí tenía que ejecutar cotidianamente una tarea común para la defensa de sus conquistas sociales y de su libertad política, y que esta tarea común debía ejecutarse en común. De ahí la táctica del frente único que fué definida como «lucha por el trozo de pan».

Tanto como el retroceso, esta táctica debía llevar a una cuasi liquidación de los PC no rusos, porque en dichos frentes ellos eran los más débiles, ya que, en esa lucha cotidiana «por el trozo de pan» se veían reducidos a propugnar una política socialdemocrática y no la política comunista. Tales resultados dimanaban de la mitología de los dirigentes.

---

[9] K. KAUTSKY: *Terrorismus und Kommunismus*, Berlín, 1919; y también, del mismo teórico socialdemócrata: *Demokratie oder Diktatur?*, publicado igualmente en Berlín en 1919.

[10] A. ROSENBERG: *Storia del Bolscevismo da Marx ai nostri giorni*, Roma, 1946.

[11] *Thèses, manifestes et résolutions adoptées par le 1er, 2ème, 3ème et 4ème Congrès de l'Internationale communiste, 1919-1925*, París, 1934.

Señalemos desde ahora que, a partir de 1925, los congresos de la Internacional, se reunieron esporádicamente y siempre a puertas cerradas y que sus resoluciones sólo se conocieron, de cuando en cuando a través de resúmenes talmúdicamente «cocinados» por el ciudadano Dzhugashvili.

En cuanto a la mitología de los militantes, el irremplazable Rosenberg la define inmejorablemente en los siguientes términos: «Aquello que, para los obreros radicales, había sido, hasta 1914, el Estado del porvenir, era ahora la Rusia de los *sovieti*. Mirar hacia ella, tal como se la imaginaban, significaba para aquellos obreros el consuelo de las duras penas de cada día, representando la esperanza de un futuro mejor. A pesar de los compromisos y de las maniobras tácticas efectuadas por la Rusia soviética y por la Internacional comunista no perdían confianza: los comunistas, pensaban, son los jefes de la revolución mundial; aquello que hacen no pueden hacerlo por oportunismo, y se debe confiar en ellos aun cuando no se logre comprender su táctica» [12].

Así, pues, en la Internacional comunista, se encontraron a partir de 1921 una tendencia a la mitología desde arriba y una tendencia a la mitología desde abajo que se alimentaban una por otra. Y ésta es la razón por la que Moscú no podía privarse del *Komintern*.

A partir de aquella época, la Internacional tercera empezó a vivir gracias a una mezcla de teorías revolucionarias populistas y de prácticas reformistas. Postura verdaderamente extravagante —nos situamos en el punto de vista del militante francés o alemán que entonces no podía disponer de los elementos de apreciación que le proporcionaron los acontecimientos posteriores a 1945— si tenemos presente que para el afiliado de aquellos años no había más que una alternativa: o pensaba que la clase obrera podía conseguir reformas sin entregarse a empresas revolucionarias, y entonces le bastaba la socialdemocracia; o tomaba en serio la fraseología oficial y debía preparar la revolución en su propio país, y entonces la táctica del frente único constituía un obstáculo insuperable para dicha empresa.

Así, merced a la ausencia de Lenin, se produjo fuera de Rusia el mismo fenómeno que en Rusia: un desmembramiento de los varios PC en tendencias de derechas y de izquierdas, que no tardaron en enfrentarse con la corriente centrista, fenómeno que incitó a los dirigentes rusos a imponer a los PC extranjeros la misma disciplina férrea que al PC ruso, con esta agravante, sin embargo, que, mientras la oposición interna pudo ser dominada finalmente en Rusia, en el exterior se produjeron escisiones que determinaron el fracaso de todas las empresas llevadas a cabo por la Internacional comunista de 1921 a 1936 en Europa y en Asia. Fracasos que es preciso examinar antes de emprender el estudio de las luchas que caracterizaron la vida interna de Rusia a consecuencia de la desaparición de Lenin y de la lucha por la sucesión.

En Rusia soviética, particularmente durante la fase final del comunismo de guerra, se había hablado mucho de tradeunionismo, siendo estudiado por

---

[12] A. ROSENBERG: *Op. cit.*

todas las corrientes neomarxistas, ya sea como manifestación típica de obrerismo o por cuanto, según Bujárin y sus «jóvenes economistas», servía para ilustrar la tesis del paso sin salto al socialismo por el camino de un capitalismo cada día mejor controlado por el proletariado; ya como una abominación, por cuanto, según Trotskiy y sus «revolucionarios», restaba toda virilidad al proletariado comprometiéndolo con el mundo patronal. En semejantes condiciones no resultó difícil a los dirigentes del *Komintern*, cuando pusieron en obra la táctica del frente común, alimentar la ilusión de que la pequeña minoría comunista, instalada en las Trade Unions inglesas, podría llegar a dominar las demás tendencias y convencerlas de emprender una acción combinada con vistas a la instauración de un «gobierno obrero» mediante una revolución, a la que dicha minoría arrastraría a los demás sindicalistas, menos revolucionarios que ella, pero, de todos modos, progresistas y radicales. Este no era más que un hermoso sueño concebido, evidentemente, por la tendencia izquierdista, capitaneada por Trotskiy y que encontraba su representante inglés en Harry Politt; sueño solamente para mientras Macdonald siguiera en el poder. Pero la desastrosa administración laborista llevó, el 29 de octubre de 1924, al triunfo de los conservadores, y si Baldwin, que sucedió en el gobierno al jefe del *Labour Party*, no ha dejado el recuerdo de un hombre brillante, sir Austen Chamberlain que lo acompañó como ministro de Relaciones Exteriores, se acreditó en su juventud como hombre dotado de extrema energía para lo que entendía representar, como lo había representado su padre en su papel de campeón del imperialismo británico. Semejante propósito implicaba la paz interior, es decir, una política de reducción de la agitación social por todos los medios. De suerte que una de las primeras medidas adoptadas por el gobierno conservador consistió en hacer allanar por la policía la central de las Trade Unions en King's Street. Allí fueron hallados documentos reveladores acerca de la actividad del *Komintern* en las fábricas inglesas de armamentos y un plan de subversión que debía extenderse a todo el imperio británico, empezando por las Indias. Resultado: condena a un año de encarcelamiento por «excitación a la rebelión» de los dirigentes del tradeunionismo extremista y la exclusión de los elementos comunistas de las organizaciones laboristas. Ello no les impidió tomar parte, en 1926, en la huelga de los ferrocarriles, la que intentaron transformar en huelga general revolucionaria. Después del fracaso de esta tentativa duramente reprimida por el gobierno, la influencia kominternista desapareció prácticamente de las Trade Unions [13]. Este fracaso, en verdad, se debió a la incoherencia de las directivas

[13] La agitación no se paró de golpe con estas medidas enérgicas. A principios de 1927 apareció evidente que la delegación comercial del gobierno soviético en Londres (*Arcos*) era una central de espionaje particularmente interesada en la defensa nacional británica. Después de una advertencia formulada por sir Austen al embajador ruso

moscovitas que, en razón de la lucha que estaba desarrollándose en aquellos meses entre los miembros de las «instancias supremas» del PC ruso, eran contradictorias y dejaban, por consiguiente, a los agitadores locales una cierta libertad de acción. Libertad de acción que aprovechaban para aplicar las consignas de la revolución permanente en el momento mismo en que Rusia precisaba que desplegaran una actividad cuidadosamente no revolucionaria.

En China, Rusia había creído encontrar un terreno favorable a su penetración gracias a la presencia a la cabeza del Estado de un partido progresista, el *Kuomintang*, presidido por el viejo revolucionario Sun Yat-sen, soñador socialistoide, que había sido elegido presidente de la república en abril de 1921. El programa de Sun y de su *brain trust*, compuesto por intelectuales cantoneses tan nebulosos como él, consistía, en primer lugar, en destruir el tinglado impuesto en el Norte por soldados de fortuna que, con sus correrías y sus depredaciones, reducían el país a la miseria; en segundo lugar, en suprimir los privilegios económicos y jurídicos, adquiridos por las potencias occidentales a partir de 1842. Tan débil como siempre, China no podía actuar contra el extranjero. Sun pensó que solamente Rusia podía proporcionarle la ayuda necesaria para la actualización de su programa, de modo que, después de haber entrado en contacto con la secretaría de Lenin en 1921, y al año siguiente con Ioffé, publicaba, el 26 de febrero de 1923, un manifiesto en el que anunciaba la firma de un tratado entre Rusia y el *Kuomintang*. Rusia se comprometía a apoyar los esfuerzos del doctor Sun tendentes a asegurar la independencia de China y su unificación. En octubre del mismo año, una misión política rusa dirigida por el comisario Borodin, y otra militar al mando del general Galents [14] se instalaban en Cantón par asesorar al partido Kuo. Inmediatamente, el PC chino, formado por un pequeño grupo de intelectuales y de estudiantes, entre los que Mao Tsë-tung ocupaba ya un lugar destacado, si bien a menudo heterodoxo, recibió puestos en la administración, oportunidad que intentó aprovechar para acelerar los tiempos de la sovietización del país. Mientras que Sun, utopista humanitario, no entendía ir más allá de un mejoramiento de las condiciones de vida de los campesinos mediante el reparto de las tierras *del Estado* entre los agricultores pobres y la institución de socorros a la vejez y a la desocupación, programa, como se ve, tan poco marxista como se pueda imaginar.

Sun falleció en marzo de 1925. Su sucesor, el coronel Chang Kai-shë, jefe del ala nacionalista del *Kuomintang*, desconfiaba de los consejeros rusos en

---

Rosengolts, Scotland Yard allanó los locales de *Arcos* el 12 de mayo de 1927 y, a consecuencia de la naturaleza de los documentos encontrados, el gobierno británico «suspendió» las relaciones diplomáticas con Moscú.

[14] El futuro mariscal Blujer, hecho fusilar por Stalin en la Gran Purga.

cuya actuación veía un peligro no sólo para los intereses de la alta burguesía financiera, personificada por los Soong y a quienes representaba en el partido, como se ha dicho, sino también, y sobre todo, para la independencia del país. El 20 de marzo de 1927, aprovechando la ausencia de Borodin y explotando un incidente local fácilmente solucionable, echaba de Cantón a los dirigentes comunistas y empezaba la reducción de sus secuaces. El 12 de diciembre siguiente, en la misma ciudad, reprimía con extrema energía una tentativa de levantamiento organizada por Galents con los alumnos de la academia militar. Decretaba inmediatamente el cierre de las agencias comerciales soviéticas y, en pocos meses, acababa con los residuos del PC [15].

* * *

Estos fracasos sucesivos pusieron en mala situación al ala izquierda del partido comunista ruso, con la agravante de que su repetición, mientras obligaba a Trotskiy y a sus partidarios a luchar en retirada, proporcionaba a Stalin armas poderosas con las que perfilaría el último toque a su empresa para la consecución del poder. Es imposible no descubrir un extraño sincronismo entre los acontecimientos de China y de Inglaterra, en los que el *Komintern* representó un papel tan lastimoso, y el derrumbamiento, por etapas, de la oposición interior. En efecto, en julio de 1926, mes del fracaso de la proyectada huelga general tradeunionista, Zinóviev era lanzado de la presidencia de la Internacional, pero ningún documento o testimonio directo nos permite afirmar que no se trata de una mera coincidencia. Sin embargo, en lo que hace al último acto del drama —el del desmoronamiento final de la oposición— sí existe cierto documento que nos permite afirmar que hubo relación de causa a efecto entre los acontecimientos de China y la desaparición de la izquierda de la escena política rusa. Este documento está constituído por el testimonio de Ignazio Silone [16], testimonio cuya exactitud ha sido reconocida por Palmiro Togliatti en el órgano oficial del PC italiano [17].

---

[15] Los pormenores de las tentativas kominternistas en Extremo Oriente y de la actuación del PC chino son estudiados —en plano universitario, es decir, desde fuera— por P. RENOUVIN en *La question d'Extreme-Orient, 1840-1940*, París, 1946. Otras obras en que la cuestión se estudia en sus líneas generales son la de RENÉ GROUSSET, *Histoire de la Chine*, París, 1942, y la de K. SCOTT LATOURETTE, *The Chinese. Their History and Culture*, Nueva York, 1934. Para ir más a lo hondo del problema resultan indispensables: C. BRANDT, B. SCHWARTZ y J. K. FAIRBANK, *A Documentary History of Chinese Communism*, Harvard Univ. Press, 1952; D. J. DALLIN, *Soviet Russia and the Far East*, Yale Univ. Press, 1948; M. D. KENNEDY, *A History of Comunism in East Asia*, Nueva York, 1957; J. MARQUES-RIVIERE, *Les Soviets et l'Asie*, en rev. «Russie et Chrétienté», París, septiembre de 1934; L. ROSINGER, *China's Crisis*, Nueva York, 1955, etc.

[16] Ya examinado en el capítulo quinto de la presente obra.

[17] Número del 6 de enero de 1950 del diario *L'Unità*.

Silone relata que en mayo de 1927 —nótese que el primer golpe anticomunista de Chang ha tenido lugar en marzo— , una sesión extraordinaria del ejecutivo del *Komintern* fué convocada en Moscú, sesión en la que él tomó parte en calidad de representante de las organizaciones clandestinas del PC italiano. El objeto de la reunión era discutir acerca de los métodos mejores para organizar la lucha «contra la inminente guerra imperialista», amenaza ya bastante improbable en aquel entonces. En realidad, comenta Silone, se trataba de «emprender la *liquidación* de Trotskiy y de Zinóviev, miembros aún del ejecutivo internacional. Como de costumbre, para evitar sorpresas, las sesiones plenarias se preparaban con anticipación en todos sus detalles en el seno del *Senior Convent* (o Comisión de los ancianos), que comprendía a los jefes de las delegaciones más importantes».

El alemán Enrst Thaelmann, que presidía la primera reunión, leyó un proyecto de resolución contra Trotskiy: Este proyecto, que debía ser presentado en sesión plenaria, condenaba con violencia extrema un texto de Trotskiy dirigido al *Politburó* del PC ruso. Circunstancia verdaderamente excepcional: en esta reunión del *Senior Convent*, la delegación rusa estaba compuesta por Stalin, Ríkov, Bujárin y Manuilskiy. Una vez terminada la lectura, Thaelmann nos preguntó si estábamos de acuerdo.»

Antes de dar su acuerdo, Togliatti y Silone pidieron comunicación del texto de Trotskiy. Thaelmann tampoco lo había leído, ni el finlandés Ottomar Kuusinen, que había pedido una condena muy severa. Ante la extrañeza de los italianos, Stalin, «el único que pareciese calmo y sereno», tomó la palabra y declaró: «La oficina política del partido ha estimado que no era oportuno traducir y distribuir el texto de Trotskiy a los delegados del ejecutivo internacional, porque contiene varias alusiones a la política del Estado soviético en China» [18]. Y como los italianos seguían afirmando que, en semejantes condiciones, no podían firmar, añadió: «Posiblemente, los compañeros italianos no estén enterados de nuestra situación interior. Propongo la suspensión de la sesión hasta mañana. Mientras tanto, uno de los presentes pasará la velada con ellos y les explicará esta situación.» El encargado de esta ingrata misión fué el búlgaro Vasil Kolarov, quien luchó durante horas para convencerlos de que, en el conflicto entre Trotskiy y Stalin, era conveniente apoyar a éste porque

---

[18] El misterioso escrito fué publicado por el mismo Trotskiy en el extranjero con el título *Problemas de la revolución china* y no traiciona, por supuesto, ningún secreto de Estado, aunque constituya una requisitoria apretada contra la política asiática de Stalin y de la Internacional. En un discurso pronunciado el 5 de abril de 1927 ante el Soviet de Moscú, Stalin había exaltado a Chang y recalcado su propia confianza en el *Kuomintang*. Se comprende, pues, que no deseara una libre discusión con los «compañeros extranjeros» acerca de su error y que buscara protección tras el cómodo velo de la razón de Estado.

representaba a la mayoría. No se dejaron convencer, de suerte que, en la sesión del día siguiente, reiteraron su punto de vista, sostenido igualmente por el francés Albert Treint y el suizo Jules-Humbert Droz. Como la unanimidad del *Senior Convent* era necesaria, Stalin tuvo que retirar el texto de condena de Trotskiy. Sin embargo, concluye Silone: «Durante el viaje de retorno leí, en Berlín, en los diarios, que el ejecutivo de la Internacional comunista había infligido a Trotskiy una severa censura por un texto de él sobre los acontecimientos de China.» Como tuvo la ingenuidad de expresar su indignación ante Thaelmann, éste les explicó que, «en caso de urgencia, el estatuto de la Internacional autorizaba a la presidencia a adoptar cualquier deliberación en lugar del ejecutivo. Se había esperado, pues, nuestra salida de Moscú para votar, en nuestro nombre, un texto que no habíamos aprobado». Hasta aquí el testimonio de Silone.

Siguiendo con el examen de las coincidencias chinosoviéticas, descubrimos que la caída de Cantón —12 de diciembre de 1927— precede en una semana a la capitulación del tándem Kámenev-Zinóviev, los cuales, el día 19, presentan ante el XV Congreso del PC ruso una humilde petición para solicitar su reintegración en el partido en calidad de miembros ordinarios (habían sido expulsados en noviembre conjuntamente con Trotskiy); descubrimos igualmente que Trotskiy, por haberse negado a semejante palinodia, recibe el 16 de enero de 1928 su orden de expulsión para Alma Atá, en Asia central, coincidencias tanto más extraordinarias cuanto que, cada vez que la oposición antistaliniana ha querido levantar la cabeza, nunca ha faltado el acontecimiento que, con mucha oportunidad, ha proporcionado al georgiano argumentos suficientes para reducirla al silencio y para arrancar al partido, controlado por él, las medidas disciplinarias que, científicamente, la aíslan poco a poco hasta arrinconar a sus dirigentes en una soledad total. Cierto es que la tesis que pretendiese situar en el origen de los fracasos más arriba indicados al siempre más poderoso Secretario General, no podría apoyarse en documento alguno. Sin embargo, el historiador no puede desechar semejante eventualidad, que se hace más verosímil cuando comprobamos que, si bien es cierto que Borodin pertenecía a la tendencia izquierdista, Karaján, embajador en Nankín, era un centrista declarado [19], y que, hasta el último momento, Stalin, por su intermedio, siguió manteniendo relaciones con Chang, cuya acción antiborodiniana le servía para liquidar al ala izquierda del *Komintern*, porque seguía esperando encontrar en él a un aliado para el día en que, una vez eliminada la oposición, pudiera reanudar, a partir de bases forjadas por él, la política de penetración rusa en Extremo Oriente con tropas finalmente disciplinadas.

Cierto es que Lenin, a causa de su enfermedad, no había podido represen-

[19] Lo que no le impedirá ser liquidado en la Gran Purga como testigo peligroso.

tar papel alguno en esta «tragedia» de la Tercera Internacional, pero los planes que, finalmente, llevaron a la derrota de la organización, habían sido establecidos, bajo su control, e impuestos directamente por él ante el tercer congreso mundial [20].

Como se ha indicado insistentemente, «la herencia de Lenin comprende, tanto el reforzamiento interno y el restablecimiento de la Rusia de los *sovieti* bajo el signo de la NEP como el ocaso y la disgregación de la Internacional comunista» [21].

---

[20] La rusificación despiadada de los propósitos, de los métodos y de los equipos dirigentes no rusos de la Internacional comunista quizás constituya la causa máxima del fracaso rotundo que sancionó entre las dos guerras todas las tentativas de revolución socialista llevadas a cabo fuera de Rusia. Con algunas variantes formales, puede decirse exactamente lo mismo en lo que atañe a la actuación del *Kominform* después del segundo conflicto mundial. Esta vez los «triunfos» de la revolución socialista fuera de Rusia se debieron de modo exclusivo al apoyo de las bayonetas rusas, lo que implica una desviación esencial para con los propósitos originarios del socialismo llamado científico. Se ha podido escribir a este respecto: «La Iglesia católica pudo subsistir aun cuando los papas hayan sido demasiado a menudo italianos; pero, en los tiempos de la preponderancia española o francesa, o del poderío habsburgués, el hecho de que el papa no fuese ni francés, ni español, ni austríaco, constituyó una ventaja, en definitiva, para el catolicismo y para el papado. Los intereses de la catolicidad no corrían el riesgo de verse absorber por los intereses de las monarquías habsburguesa o borbónica con el daño correspondiente para los súbditos católicos de las demás potencias. Aquello que sucedió con el comunismo en nuestros días se parece un poco a lo que hubiese podido suceder en los siglos XVI a XIX si el papa hubiese sido siempre francés o siempre español». JULES MONNEROT, *Sociologie du Comunisme*, París, 1949.

[21] A. ROSENBERG: *Op. cit.*

Capítulo IX

EN RUSIA, QUIEN DICE A DICE B

Apariencias y realidades rusas durante la NEP — Lenin como forjador de la dictadura staliniana — Su equivocación acerca del carácter del ciudadano Dzhugashvili — Una tesis de León Trotskiy acerca de la enfermedad de Lenin — Lenin, Trotskiy y Stalin ante el Poder — Tres hombres, tres conceptos: Lenin o el populista antirromántico — Trotskiy o el romántico despiadado. Stalin, o el oportunista triunfante — Mecanismo de la moral marxista.

«El problema fundamental de la revolución —dijo Lenin— es el problema del poder.»

Enunciado un día en que sus colaboradores del *Sovnarkom* estaban haciéndole perder el tiempo y la paciencia con sus acostumbradas discusiones bizantinas acerca de la menor o mayor atingencia de tal o cual proyecto con la genuina doctrina marxista, este axioma nos revela por sí solo el secreto del mecanismo político soviético, tal como fué juntando sus piezas, lentamente durante la guerra civil, con decisión más abierta a partir de la Nueva Política Económica, y nos ayuda a descubrir el sentido de los acontecimientos que jalonan la lucha por el poder entre Stalin y Trotskiy.

Al tenerlo constantemente presente, descubriremos asimismo el doble sentido que asume el paso del comunismo de guerra a la experiencia del capitalismo de Estado, paso que, en líneas generales, responde al reconocimiento por parte de Lenin del fracaso de todo lo realizado con anterioridad a 1921 y, por ende, a la necesidad de una rectificación interior que, al ser enfocada actualmente, adquiere dos aspectos distintos.

Corresponden al aspecto formal del problema todas las medidas de orden administrativo decretadas, según normas abstractas, no tanto para asegurar el tránsito del aparato estatal a su funcionamiento en tiempo de paz, como a la edificación de un sistema de propaganda para la Potiomkin, cuyo propósito pretendía disimular una realidad que ni Lenin ni sus colaboradores deseaban exponer al examen de las potencias occidentales. Al aspecto real corresponden

todas aquellas evoluciones tácticas que, sin tener en cuenta, en la mayoría de los casos, las medidas formales, enunciadas solemnemente, tendían a asegurar la dominación efectiva de los jefes del partido —Lenin, primero; la *troika*, luego [1], finalmente Stalin— sobre la totalidad de la estructura política y social del país. Si las medidas de orden formal hacían continuas referencias a la inminente instauración del socialismo y a la dictadura del proletariado considerada como paso previo para esta instauración, vano es decir que las medidas reales obedecían exclusivamente al propósito de afirmar el predominio incuestionable de la oligarquía del Comité Central. De modo que, mientras las primeras —como la proclamación de la nueva constitución— respondían, a la vez, al deseo de Lenin y de sus inmediatos colaboradores de impresionar favorablemente a las potencias extranjeras por la perspectiva de una Rusia al fin dotada de moldes institucionales y jurídicos, y a la necesidad de proporcionar a los militantes pasto para sus disquisiciones talmúdicas, las segundas sólo podían revelar el carácter verdadero de esas instituciones y, sobre todo, las causas profundas de los acontecimientos políticos que se sucedieron con ritmo acelerado a partir de la enfermedad y de la muerte de Lenin [2].

---

[1] *Troika*, tiro de tres caballos. Apodado despectivamente por Trotskiy al trío Kámenev-Zinóviev-Stalin, cuando se constituyó en triunvirato administrativo, a consecuencia del segundo ataque de apoplegía sufrido por Lenin.

[2] Principal acontecimiento formal —el único que quizá valga la pena mencionar durante todo ese período— es la promulgación de la nueva constitución, el 6 de julio de 1923. Con ella, la denominación RSFSR —República Federada Socialista Rusa—, que hasta entonces había designado al conjunto del territorio nacional, pasaba a designar la parte propiamente granrusiana de dicho territorio que se transformaba globalmente en Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, o URSS por un tratado firmado el 30 de diciembre del año anterior, la RSFSR y las repúblicas de Ucrania, Bielorusia y Transcaucasia, actuando como repúblicas «independientes», habían invitado a las demás regiones a adherirse a la nueva forma —URSS— creada por ellas. A partir de este momento, se verificará un movimiento incesante de integración que, en 1950, desembocará en la división de Rusia soviética en 17 repúblicas federadas: RSFSR, Ucrania, Bielorusia, Estonia, Letonia, Lituania, Moldavia, Carelia finlandesa, Armenia, Georgia, Azerbaidján, Kazajstán, Kirguizistán, Uzbekistán, Tadzhikistán, Turkmenistán. A estas 17 repúblicas federadas hay que agregar un número variable de repúblicas autónomas, de territorios, de regiones administrativas y de departamentos autónomos.

Según la constitución de 1923, los órganos legislativos son el Consejo Supremo o Soviet Supremo *(Verjovnii Soviet)*, dividido en Soviet de la Unión y Soviet de las Nacionalidades; los órganos ejecutivos son el Comité Central Ejecutivo *(Tsik)* designado por el Soviet Supremo para gobernar durante el intervalo de sus sesiones, el *Praesidium* del CC Ejecutivo, o *Politburó*, que ejerce el poder en su nombre durante sus vacaciones o clausuras, y el Consejo de los Comisarios del Pueblo *(Sovnarkom)*. Todas estas designaciones siguen en vigor en la actualidad salvo la del Consejo de los Comisarios del Pueblo que se ha transformado en Consejo de Ministros.

Más importante que las medidas de orden administrativo, estos acontecimientos nacen directamente de la táctica leniniana dirigida hacia la instauración de la dictadura, y es evidente que sobre ellos tendremos que extendernos mucho más que sobre aquéllas si queremos captar el verdadero sentido de la política interior soviética entre 1921 y 1927.

La tesis generalmente aceptada acerca de esta política interior indica que los acontecimientos que la acompañan encuentran su origen en la enfermedad y en la muerte de Lenin. Se admite casi unánimemente que el carácter repentino de dicha enfermedad no sólo imposibilitó a Vladímir Ilich para seguir ocupando el primer lugar en el estado mayor bolchevique, sino que también abrió el camino al libre juego de las ambiciones de sus tenientes más representativos, de suerte que su ausencia habría bastado para provocar el desencadenamiento de hostilidades que, a través del choque de las tendencias izquierdista, derechista y centrista, llevaron al triunfo de Stalin y de su dictadura.

Es cierto, en efecto, que, desde el punto de vista formal, la ausencia de Lenin condiciona estrictamente estos acontecimientos y ejerce, por consiguiente, un influjo directo sobre este triunfo. Pero, si se quiere ir más allá de las apariencias, no nos será difícil comprobar que los acontecimientos señalados tienen su causa necesaria y suficiente en la política seguida muy conscientemente por Lenin, a partir de la disolución de la Asamblea constituyente, con vistas a la

---

De hecho la autonomía de las varias repúblicas en el marco de la URSS nunca pasó de ser una mera ilusión, puesto que sus Comisariados o Ministerios están rigurosamente subordinados al poder central que controla el comercio interior y posee todas las grandes empresas —queda por ver a qué realidad responde la descentralización decretada por Jrushchov en 1957— distribuye los presupuestos locales y determina las modalidades del usufructo de la tierra y los principios fundamentales de la jurisprudencia, tal como aparecen en los códigos civil y criminal, y entiende de todo lo que atañe a la instrucción pública y la higiene. El gobierno central siempre puede anular cualquier medida tomada en el ámbito regional, y todos los decretos que emanan del poder central afectan automáticamente a todas las repúblicas de la Unión.

Por otra parte, bien pueden todas las nacionalidades estar representadas en el Soviet del mismo nombre, el hecho de que los granrusianos (RSFSR) —que suman el 73,5 por 100 de la población total— pertenezcan a este mismo organismo, anula prácticamente el derecho que les reconoce la constitución —se lo reconoce igualmente la constitución de 1936— a retirarse de la Unión, y ello tanto más cuanto que los juristas soviéticos se las arreglan para comentar esta cláusula de libre disposición de manera tan sibilina que toda tentativa para volverla efectiva sería considerada como manifestación de «espíritu nacionalista pequeñoburgués». De suerte que la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas es federal tan sólo en apariencia (ver al respecto el capítulo final del presente trabajo).

Las particularidades administrativas del aparato estatal soviético, con todas sus variaciones, entre 1917 y 1936, han sido estudiadas detalladamente por los esposos WEBB, en el primer tomo de su ya citada obra.

instauración de su dictadura personal no sólo sobre el país, sino también sobre el partido y los dirigentes del partido.

Sabemos ya que, para realizar este designio, Lenin edificó paulatinamente un aparato burocrático dispuesto a apoyarlo en toda oportunidad contra aquellos de sus tenientes que le parecían más peligrosos, y singularmente contra Trotskiy, que lo inquietaba con su temperamento de hombre de acción desprovisto de prejuicios; es decir, de escrúpulos, y perfectamente capaz, por consiguiente, de intentar satisfacer, utilizando a los militantes, sus ambiciones de poder; y contra Bujárin que, por ser el único teórico con talento del estado mayor bolchevique, llegó a ponerle no pocas veces en aprieto. Precisamente porque estaba cansado de los hombres de acción y de los teóricos de talento, que habían amenazado repetidamente, y podían volver a amenazar, su posición de dirigente máximo de la revolución, Lenin desarrolló ampliamente ese aparato burocrático, utilizando a Stalin, con preferencia a cualquier otro, porque le parecía dotado de las virtudes medianas —útiles y poco peligrosas— que adornan al buen administrador y, sobre todo, al funcionario consciente. Para él, en todo este asunto, Stalin no podía ser más que un servidor, un *secrétaire aux commandements*. Y si se equivocó de la manera tan rotunda que la historia ulterior ha registrado, ello debe achacarse, no a su falta de inteligencia, lo que sería un disparate —que inconscientemente cometen todos los enemigos del georgiano, empezando por Trotskiy—, sino a la falta total de sentido psicológico que caracteriza a muchos dictadores cuando se trata para ellos de elegir a sus colaboradores inmediatos y, sobre todo, a sus hombres de mano.

Ni Lenin ni nadie —inclusive su médico personal, el Dr. Guétier— había previsto que podía enfermar gravemente a los cincuenta y dos años, y enfermar de manera tan completa y definitiva. Pero esta enfermedad, completa y definitiva, no es causa suficiente para explicar los acontecimientos de los años posteriores. Para estos acontecimientos, dicha enfermedad no es un punto de partida, es un punto de llegada. El punto de partida habrá que buscarlo exclusivamente en la táctica de burocratización del partido, ideada y emprendida por Lenin en su propio provecho político. Asimismo, es ridículo afirmar, como hace Trotskiy, que Stalin, una vez instalado a la cabeza de esta burocracia obsecuente, se puso de inmediato a preparar su acceso al poder supremo. Stalin no podía prever que Lenin enfermara y desapareciera en plena madurez. Lo único que se puede aventurar sin demasiado riesgo, es que aquél supo aprovechar la oportunidad que Lenin le brindaba para hacerse indispensable a sus ojos, y transformarse en el más fiel colaborador con quien el dictador podía contar, a exclusión de cualquier otro dirigente comunista. Como prueba de esto repasemos que, mientras en los momentos cruciales de la acción revolucionaria y de la restauración del Estado, los colaboradores más antiguos de Vladímir Ilich, o bien vacilan, o bien propugnan con violencia tesis personalmente antagónicas, Stalin se sitúa

constantemente a su lado; e, inclusive, va más lejos que él, como en el momento de las negociaciones de Brest. Y, con lo que ahora hemos llegado a saber del hombre y del político, nos será permitido preguntarnos si estas torpezas no le eran inspiradas por su astucia campesina que le incitaba a disimular cuidadosamente su inteligencia a los ojos del receloso profeta.

Que, por otra parte, Stalin haya aprovechado su posición de dirigente del aparato administrativo del partido para conseguir el poder cuando lo vió escapar de las manos de Lenin, ello es evidente, pero no significa que, ya antes de la enfermedad de su amo, pensara en sucederle. Simplemente la acción que le veremos llevar a cabo *a partir de mayo de 1922* revela sencillamente una habilidad táctica extraordinaria para asegurar sus propios intereses en el juego de las ambiciones que hicieron inmediatamente su aparición en el estado mayor comunista. Pero ello no es suficiente para autorizarnos a afirmar que, antes de esta fecha, alimentara propósitos tenebrosos. Por lo menos —aunque su *curriculum* nos enseñe que se trataba, en efecto, de un hombre capaz de alimentar semejantes propósitos—, nada nos autoriza a creer que dichos propósitos hubiesen fermentado en el terreno de la práctica ya antes de la enfermedad de Lenin.

Trotskiy se contradice a sí mismo cuando asegura que el primer ataque apoplégico del dictador, si bien sorprendió a los dirigentes soviéticos, no les causó mayores inquietudes, como lo precisa este comentario: «con Lenin temporalmente enfermo, estaba sobrentendido que el Politburó habría continuado su tarea» [3]. Hasta aquí todo puede parecer normal. Pero deja de serlo cuando consideramos que un ataque apoplégico no es, en ningún caso, una «enfermedad temporal». No son necesarios muchos conocimientos médicos para saber que semejantes accidentes vuelven casi siempre a reproducirse y que, fatalmente, quien los ha sufrido debe alejarse de toda actividad normal, durante largos meses cuando menos.

Los miembros del *Politburó* no podían ignorarlo ya que —si es cierto aquello que dice Trotskiy al recordar que, «cuando Lenin sufrió su primer ataque, se hizo creer al mundo entero, incluso en Rusia soviética, que su enfermedad no era grave»— es evidente que no tomaron semejante decisión, contrariamente a lo que asegura nuestro vehemente historiador, porque tuviesen ellos también la misma convicción, sino porque creían exactamente lo contrario. Además de la insitencia en sus comunicados, anunciando el restablecimiento del enfermo, lo demuestra el hecho de que, a falta de candidato que estimasen digno de sucederle, y puestos ante la necesidad de asegurar de una u otra manera la sucesión, lejos de encargarse ellos mismos de tal tarea, permitieron la formación en el seno

[3] L. TROTSKIY: *Stalin*, cap. XI, «De la obscuridad al triunvirato».

del *Politburó* de un triunvirato compuesto por Zinóviev, Kámenev y Stalin, que asumió sin tardar todas las prerrogativas de gobierno; y al que Trotskiy —que sabía lo que ello significaba— apodó *troika,* o tiro de tres caballos.

Que nada fuera muy claro entonces en el problema de la sucesión, lo revela sencillamente el mismo Trotskiy cuando comenta que «la sucesión pasó a un triunvirato en el cual Zinóviev era el *leader,* Kámanev el asistente y Stalin el socio *junior*», y que «Zinóviev se volvió así, para lo mejor y lo peor, el sucesor de Lenin en virtud de su mayoría en el *Politburó*; asegurándose esta mayoría, no porque sus compañeros lo considerasen el más capaz y el más meritorio, sino, por el contrario, porque precisamente lo consideraban el menos capaz y el más vulnerable políticamente» [4]. Maniobra que es evidente, no hubieran concebido, hombres conocedores de las pocas horas de vida que le quedaban a Lenin, ello es, puesto que, en semejantes casos, el *Politburó* en pleno podía asegurar perfectamente la tramitación de los asuntos corrientes.

Que, en estas condiciones, el «socio junior» del tiro de tres caballos se las haya arreglado para captar en provecho propio el mayor número posible de probabilidades de sucesión, significa que, además de su habilidad táctica más arriba indicada, era más previsor que todos sus antagonistas eventuales; Trotskiy inclusive. Pero, tampoco esta vez, tal *virtud* puede ser llamada designio tenebroso. La historia misma de las instituciones democráticas occidentales gira alrededor de semejante *virtud,* sin que por ello los profesionales del juego parlamentario hayan dicho que sus adalides alimentaban las más negras intenciones [5].

* * *

Frente a Lenin que, si hemos de creer a Trotskiy, «valorizaba el poder», pero a quien «el puro amor del poder era ajeno»; frente a Trotskiy, que actuaba empujado esencialmente por ese puro amor; frente a dos hombres que, en suma, deben ser considerados como los auténticos forjadores de la república soviética —que plasmaron en todas sus facetas con el único propósito de hacer triunfar la revolución—, Stalin es un caso aparte.

Si su extraordinaria ascensión resulta casi incomprensible por cuanto no se apoya en un historial revolucionario jalonado por acciones heroicas, ni antes del golpe de octubre —a menos que se pueda considerar como heroica la «expropiación» del Banco de Tiflis— ni durante la guerra civil —desconociéndose

---

[4] *Ibídem.* Circunstancia que volverá a repetirse exactamente con la elección de Malenkov en el momento de la muerte de Stalin.

[5] Será suficiente recordar a este propósito la caída de los últimos ministerios Poincaré y Doumergue, durante el último ventenio de la Tercera República francesa, por obra del presidente Edouard Herriot, que era todo lo que se quiera menos tenebroso; pese a revestir la dignidad de coronel (honorario) de cosacos.

con exactitud cuál fué su papel real en la primera defensa de Tsáritsin, como también se ignora exactamente el alcance de su participación en el sabotaje a Budionny en la ofensiva contra Varsovia— si, además, su acción teorética de «profesional de la revolución», primero, de dirigente político, después, no llama poderosamente la atención, es evidente que su fortuna, una de las más espectaculares que la historia registra, se debe al favor y a la protección de Lenin, conjugados con su espíritu de intriga, su habilidad y su previsión. Pero es igualmente evidente que lo apuntado no basta para explicar que su triunfo en la lucha por la sucesión haya sido confirmado a lo largo de los años siguientes por una larga serie de éxitos que hicieron de él el hombre más poderoso de la historia rusa y, quizás, de la historia universal. Un mediocre puede triunfar, durante un tiempo, en un país de pronunciamientos; pero nunca excederá los límites estrechos del lugar donde actúa. Al primer choque, se derrumba y desaparece.

El triunfo de Stalin, pese a Trotskiy, no es el de un hombre mediocre. Con todas las salvedades del caso, pertenece al mismo orden que el de César, Cromwell y Napoleón. En verdad, se trata de uno de aquellos triunfos que dan otro sentido a la historia, al violentarla y empujarla hacia nuevos derroteros. Así se hace necesario reconocer que los dones de intriga, de habilidad y de previsión de los primeros tiempos no eran más que una parte de su temperamento, y que, aunque se los haya considerado como los aspectos esenciales de dicho temperamento, sólo sirvieron para disimular un profundo genio político. Que, para descubrirlo, haya sido necesario pasar por la experiencia de la segunda guerra mundial y de los acontecimientos de los años ulteriores, prueba solamente que el genio de Stalin no obedecía a los preceptos que ponemos generalmente como base de toda genialidad posible. Nos repugna profundamente reconocer semejante don en quien permanece insensible sistemáticamente ante los sufrimientos ajenos; en quien no vacila en provocar y multiplicar estos sufrimientos para satisfacer su voluntad de poderío; en quien actúa fríamente para desencadenar una guerra mundial; en quien mata a sus amigos con mayor facilidad que a sus enemigos; en quien, en suma, no cabe en un concepto moral clásico de la historia y de la civilización. Pero nada de ello impide que esta genialidad exista, aunque quien la encarna no haya sido más que el genio del mal.

Si, contrariamente a la tesis de Trotskiy —genio desahuciado que, en Stalin, no quiso ver más que a un sacristán intrigante—, admitimos que nos encontramos ante un hombre excepcional, entonces todo se vuelve claro, incluso los acontecimientos iniciales que señalaron una consecución del poder que, realizado únicamente con el favor de Lenin, resultaría incomprensible.

Es bastante curioso comprobar, por otra parte, que la mayoría de los enemigos de Stalin vayan a buscar sus argumentos *du côté de chez Trotskiy*, el cual, cuando era jefe indiscutido del ejército rojo y el sucesor más probable de

Lenin, no inspiraba sino horror y repugnancia; a los unos, porque había organizado matanzas en masa y entregado como rehenes a la *Chekâ* a familiares de los oficiales incorporados forzosamente a las tropas soviéticas; a los otros, porque había pretendido transformar el proletariado ruso en un vasto rebaño de presidiarios puestos bajo la vigilancia de los corderos de Dzerzhinskiy. Resulta perfectamente escandaloso, en efecto, que, en el momento preciso en que, una vez desterrado Trotskiy, Stalin empieza a transformar a Rusia en un inmenso campo de trabajos forzados, a liquidar sin piedad a sus rivales, a diezmar las tropas de la oposición y a hacer desaparecer a millones de individuos, calificados *kulakí* y «enemigos de clase», los observadores occidentales del hecho político staliniano extraigan su argumentación de quien había forjado la teoría de este sistema horripilante de gobierno y no empezó a reprochárselo a su rival sino cuando, al desterrarlo, le privó de la oportunidad de poner él mismo en práctica sus propias teorías.

* * *

Hemos visto que, en contra y al lado de los *sovieti* «democráticos» y antiestatales de los comienzos, no había tardado en formarse, en el seno del PC ruso, una burocracia cuya existencia era combatida por ellos como contraria al espíritu de la revolución de octubre, y que esta burocracia, a su vez, había encontrado en Stalin a un hombre útil, dotado de grandes capacidades de organización, para luchar contra los *sovieti*, esto es, contra Trotskiy que había acabado por personificarlos en el Comité Central. Poco a poco, con el consentimiento de Lenin, a cuyos propósitos dictatoriales esta infiltración subterránea sirvió magníficamente, Stalin había instalado en los puestos clave del partido y de la administración estatal y sindical a hombres dispuestos a cooperar ciegamente con él. Así, en menos de dos años, había hecho de esa inmensa burocracia, que extendía sus ramificaciones hasta los rincones más apartados del país, un instrumento poderoso a disposición de Lenin o de quien —llegado el caso— se mostrara bastante hábil para utilizarlo en provecho propio.

En el curso de los capítulos anteriores, hemos seguido las líneas generales de la lenta transformación del oscuro comisario de las nacionalidades en el funcionario más poderoso de Rusia soviética. Lo hemos visto acumular entre sus manos, además de sus funciones de miembro del *Politburó*, la dirección del *Orgburó* y del *Rabkrin* y el cargo de secretario general único del PC, cuyos dirigentes locales estaban nombrados por él y pueden considerarse como individuos enteramente a su devoción. Esta acumulación impresionante de medios efectivos de control sobre la actividad política de la nación, había encontrado su cenit con ocasión del XI Congreso del partido [6], tras recomendación de Lenin,

---

[6] Que tuvo lugar del 27 de marzo al 2 de abril de 1922 en Moscú.

eligió al georgiano para el cargo de secretario general único, con Mólotov y Kuibishev en calidad de asistentes.

El mecanismo de transformación de un partido revolucionario, lanzado al asalto del Estado burgués en nombre de principios a menudo abiertamente antiestatales, en órgano totalmente dedicado a asegurar la más despiadada presión estatal sobre el conjunto de la sociedad es bastante claro, aun cuando no se haya realizado, como hemos podido comprobar, en condiciones muy fáciles y sin suscitar oposición: en octubre-noviembre de 1917, el partido bolchevique se posesiona del poder «en nombre de los *sovieti*», esencialmente anarquizantes, de toda Rusia; luego, bajo la presión de las circunstancias bélicas y de la crisis política y económica que el comunismo de guerra no hace sino agravar, el poder se restringe hasta caer en las manos del Consejo de los Comisarios del Pueblo, ya compuesto solamente por comunistas y no por individuos provenientes de todas las tendencias socialistas como el *soviet* de los tiempos «heroicos». Así, pues, se llegó, lenta pero seguramente, a la dictadura del partido comunista, es decir, del Comité Central, es decir, de Lenin.

La liquidación de la asamblea Constituyente en enero de 1918 había constituído el primer paso hacia la dictadura del partido único y se había cumplido contra la voluntad de la mayoría revolucionaria, es decir, en violación de aquello que Lenin llamaba despectivamente «democracia formal». De esta suerte, podemos ver cómo, desde el comienzo, la minoría bolchevique se hace decididamente totalitaria y, para gobernar contra el principio de la «democracia formal», impone la consigna de la «centralización realizada con mano firme» [7], eufemismo que, bajo la pluma de Trotskiy, pudorosa por una vez, significa liquidación por todos los medios de los antiguos compañeros de camino, los socialistas revolucionarios. El segundo paso, el de la instauración de la dictadura en el partido, se dió mediante la instalación, por encima de todos los órganos vitales de la organización, de una burocracia fuertemente jerarquizada cuando, después de la desaparición de Sverdlov, basada en un motivo popular, como hemos visto [8], se crearon nuevos órganos en vista de la división del trabajo ad-

---

[7] L. TROTSKIY: *Op. cit.*

[8] Quien, en recompesa póstuma por su orden de liquidación de la familia imperial, vió su memoria honrada por la decisión del gobierno soviético de cambiar el nombre de la ciudad de Iekaterinburg, donde había tenido lugar la matanza, en el de Sverdlovsk. Rara vez tanto cinismo se manifestó más abiertamente. Contrariamente a los miembros de la Convención que, después de haber votado la muerte de Luis XVI, hicieron todo lo posible para hacer olvidar su participación en este monstruoso asesinato, los bolcheviques nunca cesaron de glorificarse por el suyo. Así cuando la revista naval de Spithead, que tuvo lugar en 1953, para celebrar la coronación de la reina de Inglaterra Isabel II, el gobierno soviético envió al crucero *Sverdlov* para rendir homenaje a la propia sobrina de Nicolás II.

ministrativo. Es digno de mencionarse que, mientras el primer secretario general había tenido por toda oficina una simple libreta de bolsillo —lo que significaría el colmo de la centralización— y que la creación de los nuevos organismos hubiera debido determinar una notable descentralización de los servicios administrativos, se produjo exactamente lo contrario. Sverdlov no atribuía demasiada importancia a sus funciones de secretario general y la libreta de bolsillo, de la que hablan todos los historiadores del PC ruso, no era más que un memorándum, de suerte que, pese a las apariencias, el partido se las arreglaba por su cuenta sin informar a la dirección central más que en los casos de extrema necesidad. Por el contrario, la creación del *Orgburó* y la nueva organización de la secretaría general sirvieron para concentrar en una única mano —la de Stalin— todas las cuestiones relativas a la vida entre camaradas y para quitar toda libertad de acción a los órganos hasta entonces autónomos. Si a esto se agrega que Stalin dirigía personalmente el *Rabkrin,* orgáno de supervisión de las actividades sindicales, se comprenderá hasta qué punto Lenin vió sus deseos realizados cuando, a comienzos de abril de 1922, su «agente de ejecución» pudo posesionarse del cargo de secretario general único.

Dos meses más tarde, el 26 de mayo, el dictador, apenas llegado al ápice de su poderío, sufrió su primer ataque de arterioesclerosis que le privó del uso de la palabra y le paralizó el brazo y la pierna derecha [9]. En aquel momento, por un juego de circunstancias extremadamente favorables, Stalin ocupaba ya una posición estratégica fortísima que solamente un Lenin, revestido de todos sus medios de acción, hubiera podido quebrantar. Pero otra circunstancia favorable para él fué que, precisamente a partir de este momento, la salud de Vladímir Ilich no hizo más que declinar, lo que le dejó entera libertad de acción para hacer su propio juego sin necesidad de tener en cuenta ya la voluntad de su protector.

* * *

La enfermedad de Lenin, la lenta y cuidadosa ascensión de Stalin, el aislamiento cada día mayor de Trotskiy y la realidad de la que estas tres circunstancias extraen su sentido histórico profundo, unido a la final consecución del poder supremo sobre toda la sociedad rusa sovietizada, nos obligan a examinar la pos-

[9] Lo que bastaría para destruir las afirmaciones de Trotskiy, que acabamos de examinar, acerca de la opinión de los miembros del *Politburó* sobre la poca gravedad del primer ataque sufrido por Vladímir Ilich. Ello, por lo menos, es suficiente para indicar que, ante la extraña ignorancia de sus colegas, Stalin fué suficientemente previsor para ponerse inmediatamente en situación de explotar la probabilidad de una pronta desaparición del dictador. Es evidente que hacía falta a Trotskiy una buena dosis de optimismo o de... ingenuidad para creer que la paralización de medio cuerpo podía ocasionar solamente una ausencia temporal.

tura ideológica de estos tres hombres en el marco de la doctrina socialista; puesto que cada uno de ellos pretendió siempre eslabonar su propia actuación y su ideología política particular al pensamiento de Marx y, sobre todo, porque, en la experiencia soviética, cada uno de ellos ha dejado un sello personal inconfundible.

De los tres, Lenin aparece indudablemente como el más ruso, porque supo enquistarse profundamente en la tradición revolucionaria populista del siglo décimonónico, al mismo tiempo que, por sus proclamaciones de fe marxista, intentó conciliar esta tradición con el pensamiento político occidental. Enemigo declarado del romanticismo revolucionario, factor esencial del populismo —pero factor ideológico más que factor de acción—, gracias a su experiencia doctrinal marxista, logró controlar fácilmente aquello que puede ser causa de excesos estériles o generador de acciones individuales anárquicas sin utilidad; no pudiendo ahogar nunca el fondo eslavo que le entregó el material necesario para su acción. De suerte que, más que como marxista auténtico, podemos considerarlo como un populista antirromántico.

Del populismo sacaba esencialmente un conocimiento profundo de las necesidades reales y de las condiciones históricas rusas —interpretadas, por supuesto, desde el ángulo de la subversión revolucionaria—, conocimiento que le permitió remediar en toda oportunidad los errores provocados por la aplicación de las abstracciones del marxismo clásico a la realidad rusa. Por esto mismo, más que asunto de laboratorio de ideas, la lucha política fué para él una tensión vital que encontraba su fuente, prácticamente, en la tradición revolucionaria populista; doctrinalmente, no en las enseñanzas de un Marx cerrado a todo impulso emotivo, sino en la «mitologización» del concepto de lucha de clases, que le había sido revelada por el francés Georges Sorel, con sus *Réflexions sur la violence*.

No resulta aventurado comprobar, en efecto, que Sorel, con su tesis de las minorías obreras en tensión revolucionaria «heroica» por el mito de la huelga general, fué quien mejor contribuyó a que Lenin volviera a encontrar la tradición rusa, representada por Tkachiov, de las *élites* conscientes que arrastran a las masas amorfas al asalto del poder; tradición que, por otra parte, busca sus fuentes en el «revolucionarismo permanente» de Babeuf y de Blanqui.

Pero si Lenin rompe decididamente con el marxismo clásico en tanto que su acción práctica —su táctica en la revolución y en el partido— niega las ecuaciones establecidas por el autor de *El Capital* para la determinación del paso de la sociedad capitalista a la sociedad socialista, porque dichas ecuaciones no responden a una realidad rusa tan particular que solamente un golpe de fuerza puede resolverla, vuelve a encontrar al padre del materialismo dialéctico en el momento que la táctica soreliana, que le ha sido de tan poderosa ayuda para la preparación del golpe de Estado, se le revela insuficiente cuando se trata de garantizar la duración de su empresa; cuando necesita, en suma, negar los impera-

tivos morales en que se fundamenta la ideología populista y la doctrina de Sorel. Para Lenin —como para Marx—, la moral no es sino una superestructura ideológica como la religión, el patriotismo, fruto de la explotación capitalista o feudal; y constituye un peso muerto del que el teórico de la revolución debe desembarazarse en el momento de enfrentarse con la realidad histórica y social.

En verdad, la única idea firme que inspira a Lenin su acción revolucionaria es el sentido de revolución que había heredado, mucho más que de Marx, de los populistas y de Sorel, del cual, previamente, había extraído todo preconcepto filosófico que no estuviera dirigido exclusivamente a la realización, por todos los medios, de esta idea. Tan claramente que su separación, o divorcio violento, de Sorel se concreta en aquello que constituye el fondo de la argumentación soreliana: los modos de aplicación del concepto de violencia.

«La violencia es la verdadera ley del marxismo», afirma Lenin teniendo bien presentes las lecciones de las *Réflexions,* y solamente ellas, puesto que jamás Marx hizo de la violencia la ley básica de su sistema. Para Marx, puede suceder que el proletariado llegue a encontrarse —en circunstancias muy particulares y que no han de producirse forzosamente, por lo demás— en la necesidad de emplear la violencia para arrancar a la clase capitalista la propiedad de los medios de producción. Pero este es un caso excepcional y, para él, de todos modos, el uso de la violencia cesa en el momento mismo en que se ha cumplido dicha expropiación. Tal es asimismo la interpretación soreliana. Lenin, por el contrario, al querer hacer de la violencia una ley, es decir, una constante del marxismo, altera fundamentalmente la doctrina de Marx, creando una confusión entre los conceptos de violencia y de terror. Para Marx, la violencia sólo puede servir para la conquista de los medios de producción, pero si sigue ejerciéndose después del triunfo revolucionario, se transforma en algo que sirve, no para vencer solamente, sino para destruir, liquidar y asegurar la duración de un régimen de coacción. Y esto ya no es marxismo ni sorelismo, es solamente blanquismo, concepción que aparece en la doctrina de Tkachiov [10].

---

[10] De tal suerte que, mientras Engels estimaba que, en 1793, «el reino del terror fué intensificado hasta alcanzar la cúspide de la insania» (K. MARX y F. ENGELS, *Correspondencia,* carta de Engels a V. Adler), LENIN escribía en su artículo *¿Puede asustar el jacobinismo a la clase obrera?,* publicado en 1917: «Los historiadores burgueses ven en jacobinismo una degradación (un «naufragio»). Los historiadores proletarios consideran al jacobinismo como la más grande expresión de una clase oprimida en su lucha por la emancipación. Los jacobinos dieron a Francia los mejores modelos de una revolución democrática; repelieron de manera ejemplar la coalición de monarcas formada contra la república. Los jacobinos no estaban destinados a obtener una victoria completa, principalmente porque la Francia del siglo XVIII estaba rodeada, en el continente, por países demasiado atrasados, y también porque Francia misma no poseía los requisitos materia-

En efecto, aquello que, en Sorel, es freno moral suficiente para impedir esta confusión entre violencia y terrorismo, aquello que, en Marx, se llama derecho y tiende exactamente hacia el mismo objetivo, no existe para Blanqui, quien había asimilado de Babeuf lo esencial de sus ideas revolucionarias, no deteniéndose ante ningún prejuicio de orden moral o jurídico, como tampoco Tkachiov, discípulo de Blanqui e inspirador de Lenin. El mismo Tkachiov que preveía que la revolución triunfante se vería obligada a proceder a la liquidación física de todos los rusos mayores de veinticinco años de edad porque, por haber sido criados en época burguesa, no podrían adaptarse voluntariamente al régimen «soñado» por él. La diferencia entre Marx y Blanqui —que es la que separa a Lenin del autor de *El Capital*—, la había descubierto Sorel por su cuenta bastante antes de la revolución soviética, ya que, en 1908, escribía esto, que puede aplicarse perfectamente a las concepciones esenciales de Vladímir Ilich: «El blanquismo, en el fondo, no es más que la rebelión de los pobres conducida por un estado mayor revolucionario. Una rebelión de este tipo puede pertenecer a cualquier época. Es independiente del régimen que la origina. Marx, por el contrario, sólo considera una revolución hecha por un proletariado de productores, que han adqui-

---

les para el socialismo, ya que no había bancos, consorcios capitalistas, industria mecanizada, ferrocarriles.

»En Europa, o en la línea límite entre Europa y Asia, el jacobinismo sería en el siglo XX la regla de la clase revolucionaria, el proletariado, que, apoyado por los campesinos más pobres y sobre la base de la existencia de las condiciones materiales para el avance hacia el socialismo, no sólo podría realizar las mismas, enormes, imborrables, inolvidables hazañas ejecutadas por los jacobinos del siglo XVIII, sino que también podría conducir a un triunfo permanente de los obreros, y en escala universal.

»Es natural que la burguesía odie al jacobinismo. Es natural que la pequeña burguesía lo tema. Los obreros con conciencia de clase tienen fe en el paso del poder a la clase oprimida revolucionaria, porque *ésta* es la esencia del jacobinismo, y es la única salida de la crisis actual, la única manera de detener la desintegración económica y la guerra».

No insistiré en los métodos, verdaderamente espeluznantes, de interpretación histórica utilizados por el profeta de Simbirsk y que, teniendo en cuenta la cultura general que verdaderamente había adquirido, resultarían inverosímiles si no cayéramos en la cuenta de que le servían para «entrar» en la cabeza de la gente inculta, que era aquella con que contaba para hacer la revolución e instalarse en el poder. Cuando chocamos con la expresión extraordinariamente torpe del pensamiento leniniano, cuando consideramos que este mismo pensamiento a menudo no pasa de ser infantil, olvidamos solamente que Lenin no se dirigía a los intelectuales ni a la gente culta —gente que no le «servía» cuando no le resultaba inútil, porque, para convencerla, era necesario situarse en su terreno, que era el de la cultura. Lenin se dirigía a los analfabetos y tal es el secreto de su éxito ante el inculto proletariado ruso y tal es, asimismo, el secreto de su fracaso fuera de Rusia, por ejemplo, ante el proletariado alemán, bien formado intelectualmente, y el proletariado tradicional francés de vieja procedencia proudhoniana. Tal es también una de las razones por las que Trotskiy, que hablaba como hombre culto, tenía que fracasar en Rusia.

rido la capacidad económica, la inteligencia del trabajo y el sentido jurídico, bajo la influencia misma de las condiciones de producción... Según Marx, de la disciplina se va a la organización, es decir, hacia a constitución jurídica. Sin constitución jurídica, no se podría decir siquiera que existe una clase plenamente desarrollada. Los pobres pueden dirigirse a los ricos para recordarles que deberían cumplir con el deber social que la filantropía y la caridad cristiana imponen a las clases superiores; pueden también sublevarse para imponer su voluntad y lanzarse sobre las cosas buenas que están fuera de su alcance; pero, en un caso o en otro, no hay ninguna idea jurídica que pueda ser incorporada a la sociedad. El porvenir depende de la buena voluntad de aquellos que tomen la dirección del movimiento. Ellos podrán guiar a sus hombres, ya sea hacia una de aquellas sociedades blandas que Renan consideraba como incapaces de aguantar el peso de una alta cultura nacional y política; ya hacia una sociedad análoga a la medieval, en la que, como dice el mismo Renan, *la voz tonante de los profetas interpretada por San Jerónimo espanta a ricos y poderosos, impide, a favor de los pobres, o supuestos tales, cualquier desarrollo industrial, científico o mundano*; ya sea, por fin, hacia alguna *jacquerie*, como temían los utopistas. Ninguna de estas hipótesis podía convenir a Marx, que nunca tuvo simpatía por la moral de la renunciación budista; veía el porvenir bajo forma de un prodigioso desarrollo industrial; en cuanto a las *jacqueries*, recuerdo con qué horror habla de los revolucionarios rusos, que querían tomar como modelo al cosaco Rázin, jefe de una insurrección contra el zar Alejo, padre de Pedro el Grande. La sociedad nueva deberá ser constituída sobre el progreso tecnológico, sobre la ciencia y *sobre el derecho*» [11].

La ausencia de todo supuesto moral o jurídico en la doctrina leniniana, causa de la confusión entre violencia y terror que ha condicionado todos los excesos del régimen soviético, ha servido, en efecto, a los neomarxistas de la línea leninstaliniana para enviar a la muerte, no sólo a los «enemigos de la clase obrera», sino a marxistas clásicos como Zinóviev, Kámenev y Bujárin [12], y sigue sirviéndoles para mantener al mundo en permanente estado de tensión.

Y es que, mientras para Marx el fin justifica los medios únicamente durante el período de tensión revolucionaria, cuyo final victorioso debe llevar a la instauración de una sociedad jurídicamente constituída, para Lenin, este axioma es permanente y debe servir a los dirigentes de movimiento revolucionario para asegurar su dictadura sobre la sociedad, perennemente. Tan es así, que la vieja

---

[11] G. Sorel: *La décomposition du marxisme*, París, 1908.

[12] Al denunciar esta confusión entre violencia y terror, Sorel escribía, a propósito de los métodos revolucionarios rusos, tal como Lenin los estaba aplicando en 1917: «Me horroriza cualquier medida que persiga al vencido bajo un disfraz judiciario.» *Lettres à Paul Delesalle*, París, 1947.

revolucionaria ruso-italo-americana Angélica Balabanoff —que, después de haber colaborado con Lenin en la conferencia de Zimmerwald, fué la primera secretaria general de la Internacional comunista— escribe que, «parafraseando (este) axioma, que Lenin había hecho suyo en la teoría y en la práctica, debería decirse de él, de su acción y de su influencia en los primeros años de la revolución, que el fin purifica los medios, aunque no los justifique, siempre que estos medios no sean deformados ni adulterados para segundos fines, los cuales, por ser segundos fines, no tienen nada que ver con el fin primero y único. El ejemplo de Rusia y, particularmente, del movimiento comunista internacional, demuestra con terrible evidencia cuán peligroso puede resultar la utilización de semejantes armas de doble filo. Confiada a un cualquiera, se convierte en arma mortífera para el designio que debe servir. El medio se convierte en fin de sí mismo, y el fin desaparece...» [13].

La autora de estas líneas, que, a pesar de todo, quisiera absolver a Lenin por la responsabilidad de haber confiado a «un cualquiera» este arma mortífera, olvida absolutamente que dicho «cualquiera» actuó de tal modo únicamente porque Lenin, el hombre más poderoso de Rusia, se lo había encomendado. Olvida también que Lenin se lo había encomendado porque ello le resultaba útil y necesario para la instauración —por todos los medios— de su dictadura personal. De suerte que la mayor responsabilidad por haber transformado el instrumento revolucionario en instrumento permanente de coacción, es decir, de terrorismo permanente, pertenece enteramente a Vladímir Ilich.

Si el francés George Sorel ejerció en el espíritu de Lenin la influencia relativa que hemos intentado delinear, otro occidental es quien, más allá de Marx, dejó su sello en el de León Trotskiy, el italiano Arturo Labriola, que, en los últimos años del siglo décimonónico, intentó borrar del marxismo todo rastro de positivismo, ayudando así al agitador judío a interpretar el concepto del materialismo histórico cuando se trató para él de expresar su visión de la revolución permanente como la afirmación integral de la conciencia y de la voluntad de pocos hombres contra la materia pasiva de las masas inconscientes. Y nótese bien desde ahora que, tanto por sus orígenes raciales, que lo hacen extranjero en Rusia el mismo día de su nacimiento, como por su formación intelectual, que le sitúan dentro del internacionalismo más completo, Trotskiy pertenece enteramente a la corriente revolucionaria occidental. Resulta imposible, en efecto, descubrir en su obra doctrinal el menor rastro de ideología populista. Completamente ajeno al hecho ruso, edifica su sistema en función del universo y nunca toma en

---

[13] A. BALABANOFF: *Ricordi di una socialista,* Roma, 1946. La confusión entre Maquiavelo y otros autores puede perdonarse a la buena señora si se tiene presente que, de confesión israelita y de formación furiosamente anticlerical, su cultura puede tener lagunas muy explicables.

consideración las necesidades nacionales cotidianas, que, de modo constante, le parecen como absurdamente regionalistas. Para él la idea revolucionaria es a la vez levadura y *Weltanschauung*. Podemos decir que Trotskiy es más marxista que Lenin en la medida en que Marx le proporciona un método —el materialismo dialéctico—, en el cual infunde, gracias a Labriola, el dinamismo de su propia visión histórica. Pudo escribir de sí mismo: «Desde el comienzo, acepté el principio del materialismo histórico, pero no en forma dogmática. La dialéctica se me manifestó no en sus formulaciones abstractas, sino en sus fuerzas vivas, que he percibido en el curso del proceso histórico» [14].

Así, cuando enfrenta su interpretación de la doctrina marxista —determinada por la tentativa historicista de Labriola, para quien los desarrollos histórico-políticos de las naciones deben condicionar sus posibilidades revolucionarias— [15] con la historia de Rusia, ésta se le aparece como paradójica, y recurre a una serie de antinomias para resolver la situación. Al lado de las formas más primitivas de vida económica, la Rusia prerrevolucionaria posee las industrias más modernas del mundo, porque su reciente adaptación técnica la permitió equiparse con los últimos adelantos, y esta situación contradictoria tuvo una consecuencia igualmente paradójica: el país más retrógrado del mundo fué el primero en realizar una revolución social; triunfando con facilidad relativa por cuanto el país estaba dotado de fuerzas revolucionarias exiguas, pero decididas y conscientes; habiendo sido posible porque, contrariamente al proletariado occidental, el joven proletariado ruso no tuvo tiempo de perder su pujanza revolucionaria desgastándose en contactos con el mundo patronal; contactos que en Alemania y Austria los sindicatos reformistas y en Inglaterra las Trade Unions consiguieron pulir el nervio a las organizaciones obreras mediante dádivas y compromisos. Pero, para subsistir haciendo de su triunfo en el ámbito nacional la verdadera victoria del proletariado, que no puede ser sino victoria universal del proletariado —aquí es donde aparece el concepto de revolución permanente como visión total de la historia— la victoriosa minoría rusa debe extender su acción revolucionaria a los países que, aunque más maduros económica y socialmente, se han reve-

---

[14] L. TROTSKIY: *Ma vie*, París, 1953.

[15] Esta discriminación entre posibilidades revolucionarias y condiciones históricas hace caer una vez más a Trotskiy en contradicción consigo mismo, puesto que semejante interpretación se revela incompatible con su concepto de la revolución permanente, en la medida en que proclama la necesidad de la extensión simultánea de la revolución a la escala del mundo, sin tener en cuenta estas posibilidades y estas condiciones que, en ciertos casos determinados, pueden muy bien no haber alcanzado aún su punto de coincidencia. Que, en realidad, es aquello que sucedía en la Rusia de 1917 cuando, para triunfar, la revolución tuvo que sustentarse en el terror permanente para crear las condiciones de su propia supervivencia.

lado incapaces de iniciativas históricas, no pudiendo realizar la revolución mientras un empuje exterior no venga a sacudirlos [16].

Este concepto de las minorías revolucionarias —actuantes en plano universal y lanzadas por un estado mayor totalitario al asalto de todas las naciones— lo encontró Trotskiy en Blanqui, adaptándolo e internacionalizándolo gracias a la concepción historicista del mundo que Labriola le había revelado, según las modalidades propias de su temperamento de desarraigado. Mientras que Lenin, que se había contentado con recogerlo en Tkachiov, no había tenido ninguna dificultad para adaptarlo al plano nacional, cuyas necesidades le parecían más claramente que a su teniente y rival en razón de su temperamento esencialmente ruso. Su interpretación de Blanqui —como la de Tkachiov un medio siglo antes— era evidentemente más limitada que la de Trotskiy, porque, para él, se trataba, ante todo, de obtener efectos prácticos, no ya de edificar sistemas valederos para todos los países. La diferencia entre Lenin y Trotskiy radica, pues, en que, mientras el primero entendía aplicar el concepto babuvista-blanquista de las minorías revolucionarias, con vistas exclusivamente a la realidad rusa —punto de vista conforme no sólo a las enseñanzas de Tkachiov que no pensaba en ninguna revolución universal [17], sino también a las de Babeuf y de Blanqui, que preveían que, después del triunfo del golpe de fuerza, Francia cerraría herméticamente sus fronteras para evitar a los ciudadanos que se dejaran tentar por el mal ejemplo exterior—, Trotskiy universalizaba dicho concepto intentando ensancharlo a la escala de su visión revolucionaria de la historia mundial.

Por lo tanto, ya se puede entrever la razón por la que, a causa de este con-

---

[16] No será inútil reproducir aquí algunos pasajes de un artículo aparecido en el «Journal de Genève» del 4 de febrero de 1918, en el que se atribuía a Georges Sorel una sensible influencia en la acción revolucionaria de Lenin y de Trotskiy: «Antes de la guerra, se había propagado en los ambientes sindicalistas una doctrina de la Fuerza que tenía un parentesco evidente con la de los imperialistas alemanes. En sus *Réflexions sur la violence*, Sorel ha predicado este nuevo evangelio... Durante su estancia en Suiza, Lenin y Trotskiy deben haber meditado ampliamente el libro de Georges Sorel. Están aplicando sus principios con la lógica más temible... Tienen necesidad de un ejército para imponer a un gran pueblo, amorfo y acostumbrado desde hace siglos a la esclavitud, la dominación tiránica de una minoría... Si quieren poner término a la guerra extranjera, es para continuar a su antojo la guerra de clases.»

WOLF GIUSTI, en su *Pensiero di Trotzky*, publicado en Florencia en 1949, estima, por su parte, que no puede haber habido ninguna influencia de Sorel sobre Lenin y Trotskiy. Estoy dispuesto a concederle que ello me parece exacto en lo que hace a este último. Pero, en lo que hace a Lenin, vuelvo a afirmar que hubo influencia de Sorel y muy evidente, aun cuando, en Lenin, dicha influencia terminó allí donde, en Sorel, empezaba la moral. Pero, como dice la sabiduría antigua, *tot homines, quot sententiae...*

[17] Aunque más no fuera porque hubiera resultado engorroso liquidar físicamente a todos los hombres del mundo mayores de veinticinco años de edad.

cepto del mundo —concepto que vuelve a coincidir, por los derroteros trazados por Labriola, con el internacionalismo marxista— Trotskiy tenía que considerar la tesis staliniana del socialismo en un solo país como un fenómeno de introversión revolucionaria de inspiración nacionalista y pequeñoburguesa. Asimismo, en este concepto es dónde debemos encontrar la causa de las discrepancias irreconciliables que levantaron, a uno contra otro, a Lenin y a Trotskiy, en ocasión de las negociaciones de Brest-Litovsk y de la interpretación de los acontecimientos que llevaron a la adopción de la Nueva Política Económica.

Pero donde Trotskiy coincide plenamente con Lenin es en su aceptación total del axioma el fin justifica los medios. Para él, como para Vladímir Ilich, todos los medios son buenos cuando se trata de hacer triunfar la revolución, y sabemos de qué modo aplicó sus concepciones en la organización del ejército rojo y, sobre todo, de la política de terror.

En período revolucionario, las violencias materiales no son más que «rasgos externos y secundarios», a condición de que su uso permanezca entre las manos del proletariado, es decir, de los amigos de Trotskiy [18]. Pero semejantes conceptos pueden tener desarrollos insospechados incluso para el mismo Trotskiy, que se vió obligado un buen día a dirigir la represión del levantamiento de Kronstadt; emprendido, precisamente, para poner en práctica su tesis acerca de la preeminencia de los *sovieti;* contradicción que inspira a uno de los más agudos observadores políticos de nuestro tiempo el comentario siguiente: «Uno de los más curiosos y brillantes efectos de la dialéctica marxista es la manera en que los valores, por los cuales la burguesía justifica su dominación, reducidos a la historicidad y a la relatividad mientras siguen entre las manos de la burguesía, están asegurados al caer entre las manos del proletariado; al recibir una nueva encarnación, siempre histórica y progresista, por cierto, pero finalmente auténtica y universal. La verdad burguesa, por ser la verdad de una clase puesta al servicio de una clase es, por consiguiente, mentira. La verdad es, igualmente, la verdad de una clase puesta a servicio de una clase, pero esta clase hace de ella la verdad verdadera, la verdad de la ciencia. La justicia burguesa es la justicia de una clase al servicio de una clase, una justicia opresora, luego es injusticia. Pero la justicia en nombre de la cual se levanta el proletariado, cuyo proletariado la hará triunfar, será la justicia para todos los hombres, luego la justicia en sí» [19].

Otra consecuencia —que era posible prever, pero que Trotskiy no previó— de esta extraña concepción de una moral situada por encima de toda apreciación moral, fué su utilización contra Trotskiy y sus partidarios por parte de Stalin cuando se trató de saber, después de la muerte de Lenin, quién de los dos, si el jefe del ejército rojo o el del ejército burocrático, tenía derecho a asumir la re-

---

[18] L. TROTSKIY: *Leur morale et la nôtre*, París, 1939.

[19] T. MAULNIER: *Le marxisme et sa morale*, revista «La Nef», núm. 40, París, 1948.

presentación, en nombre de esa moral «superior», de los intereses del proletariado oprimido.

Iósif Vissariónovich Dzhugahsvili —Stalin— aunque pertenezca a una minoría nacional específicamente antirrusa [20], aunque el odio de los georgianos contra los dominadores granrusianos haya representado en su adhesión juvenil a la socialdemocracia un papel quizá tan importante como su deseo de tomar parte en la destrucción de los moldes sociales existentes, entronca, desde los comienzos de su acción subversiva, con el fondo populista eslavo, el cual, allá por los años 1900-1905, nos lo presenta como un revolucionario activo, pero de tercer orden, y más propenso a considerar la idea de revolución desde el primitivismo del joven terrorista que desde el del estudioso de la doctrina marxista. Así, precisamente en los años en que Lenin intenta edificar un cuerpo de doctrina, capaz de desplazar a Plejánov del lugar preeminente que ocupa en el partido, en el momento mismo en que Trotskiy no sabe decidirse a elegir entre menchevismo y bolchevismo un poco por ambición, un poco porque está elaborando por su cuenta una doctrina que le permita presentarse, en el instante oportuno, ante las tropas de la revolución como un jefe posible, vemos que Stalin se contenta con ser un revolucionario profesional, una «bacteria de la revolución». Pero, al mismo tiempo que Lenin y Trotskiy llegan pronto a situaciones preponderantes en el ámbito del subversivismo ruso, Stalin no permanece encerrado en el estrecho círculo caucasiano, sino que se prepara lentamente a trepar por el camino de la acción. Lejos de arrinconarse en su situación de revolucionario profesional, que aplica pasivamente las consignas de la central, asciende lentamente a la condición de hombre de confianza; primero, de la central caucasiana de la socialdemocracia, finamente, del mismo Lenin, al cual, antes de 1914, tiene la oportunidad de conocer personalmente en Cracovia, y quien le apoya un informe suyo acerca del problema de las nacionalidades. No es todavía un teórico —en verda, nunca lo será—, pero, para Lenin, es algo mucho más precioso, un hombre leal, dispuesto a la acción y que, al mismo tiempo, es capaz de comprender la doctrina del partido, tal como él la había elaborado en su cómodo exilio helvético, y de exponerla con fidelidad en las numerosas reuniones clandestinas en las que toma parte. Y, asimismo, aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para revelar sus facultades de organizador y de administrador, sobre todo cuando se trata de volver a formar, no desde el extranjero, sino en Rusia misma, bajo los ojos de la *Ojrana*, las secciones bolcheviques constantemente di-

[20] Tal, por lo menos, es la tesis de los «historiadores» marxistas y de sus compañeros de camino occidentales. La realidad es que, ni la aristocracia, ni las masas populares eran antirrusas, actitud reservada a las clases medias y a los intelectuales o semi intelectuales que, como siempre, son quienes ocupan la escena porque son los más vocingleros.

sueltas por la acción policial. Este es un hecho que Lenin sabrá tener muy en cuenta cuando, a partir de 1918, necesite un hombre capaz de comprender a medias palabras y de ejecutar en secreto las empresas complicadas que le sugiere en los pasillos del Kremlín, fuera del alcance de los demás miembros del *Politburó*.

Ello explica por qué, frente a la orgullosa seguridad de Trotskiy, el carácter cauteloso de Stalin debía asegurarle finalmente la victoria. Aquél nunca consultaba a nadie y apenas informaba a Lenin de sus decisiones más graves —muchas de las cuales se llegaron a considerar causa de verdadero peligro para la empresa revolucionaria—, de tal suerte que el juicio que, acerca de él, emite Balabanoff, nos parece muy acertado: «Aquello que más me sorprendió en un hombre del nivel intelectual de Trotskiy —asegura la vieja agitadora— fué su excesiva confianza en sí mismo, en su porvenir, en la inquebrantabilidad de su poder y de su reputación. La idea que algo pudiera fallarle —como pueden fallar todos los atributos humanos de este género— no entraba, siquiera, en la antecámara de su cerebro» [21].

Stalin, por el contrario, era un hombre secreto, cauto, que sabía actuar en el momento oportuno y ponerse en movimiento en el instante preciso que se hacía necesario; tal fué su verdadera superioridad sobre un hombre que, como buen intelectual, permanecía extrañamente inactivo cada vez que se le presentaba la ocasión de no perder tiempo. Paralelamente, y en forma contraria a Lenin, Stalin no tenía —por lo menos en los comienzos— ambición intelectual alguna; lo que le ponía en situación de buscar entre los sistemas de pensamiento ajenos a aquél que, en un momento determinado, le permitiría presentarse como un pensador original ante los militantes, para aprovechar lo válido de las doctrinas así tomadas en préstamo. Aquí es donde podemos descubrir la fuente de su doctrina del socialismo en un solo país que, contrariamente a lo que se cree de modo general, pertenece a Lenin [22], a quien le había entregado Bujárin para permitirle fundamentar su viraje de la Nueva Política Económica. Stalin no hizo más que reco-

---

[21] A. BALABANOFF: *Op. cit.*

[22] En uno de sus últimos artículos —el último, si no me equivoco— Lenin escribía: «Lo que nos interesa no es la inevitabilidad de la victoria del socialismo. Nos interesa la táctica que, nosotros, Poder Soviético de Rusia, debemos seguir para impedir a los Estados contrarrevolucionarios de la Europa occidental que nos aplasten. Para asegurar nuestra existencia..., tenemos que seguir la táctica siguiente o adoptar para nuestra salvación la siguiente política: debemos tratar de construir un Estado en que los obreros conserven su dirección sobre los campesinos»; artículo titulado *Más vale poco y bueno* que, de por sí, es todo un programa para el socialismo en un solo país y para... la liquidación de los *kulakí* que Stalin no ha de tardar en emprender para asegurar, precisamente, la preponderancia del elemento obrero, condición *sine qua non* para que la nueva clase dirigente pudiera seguir imponiéndose.

gerla para contraponerla a la tesis trotskista de la revolución permanente, aun cuando, como buen oportunista, que recoge su bien allí donde lo encuentra, alimentara el firme propósito de crear con ella las condiciones que permitiesen algún día a Rusia lanzarse al asalto del mundo.

Stalin puede definirse, pues, un oportunista que, antes de decidirse a actuar, escucha el parecer ajeno y recoge de él aquello que le parece utilizable, reservando para el porvenir los elementos descartados temporalmente. El periodista norteamericano Louis Fischer, que vivió durante varios años en Rusia soviética, nos refiere que «las personas que lo conocen admiran su capacidad para escuchar y su habilidad en recoger las sugerencias y los proyectos de sus subordinados más inteligentes. No cabe la menor duda de que su determinación y su prudencia han representado un papel importante en las luchas de los últimos años» [23]; y Anna Louise Strong: «Es un muy experto analizador de situaciones, de personalidades, de tendencias. A través de su análisis es un maravilloso aglutinador de las voluntades más diversas» [24].

En suma, pese a su atraso intelectual comparado con Trotskiy, pese a su humildad obsecuente ante Lenin, Stalin supo, únicamente con su paciencia y su espíritu de decisión, no sólo erigirse en el dirigente indiscutido de la política rusa, sino también hacerse aceptar por el estado mayor bolchevique y por los militantes comunistas de todos los países como el único intérprete autorizado de la doctrina marxista a través de una adaptación oportunista, de las grandes tesis de la Escuela, a las necesidades históricas rusas, según las fórmulas sumamente prácticas descubiertas por Lenin.

Pese a su pasado de dirigente regional —o, quizá, gracias a este pasado que había hecho de él un conocedor expertísimo de estas realidades—, Stalin, en la trinca que forma con Lenin y Trotskiy, encarna fundamentalmente la fórmula centralizadora. Pronto veremos cómo esta fórmula no es sino la de la aplicación a Rusia de la doctrina marxista acerca de la dialéctica de fusión de los contrarios. Ya que la táctica aplicada por él para asegurar su triunfo, en la tremenda apuesta de la lucha por la sucesión, ha de revelarnos que, ante el choque de los contrarios, que fueron las izquierdas trotskistas (tesis) y las derechas bujarinianas (antítesis), él supo llevar su juego personal de manera que su postura oportunista, es decir, intermedia, representara finalmente el papel de la síntesis. Que era exactamente aquello que Marx —aleccionado por Hegel— había intentado transportar de la Idea a la praxis.

---

[23] Artículo publicado en *The Nation*, de Nueva York, el 9 de agosto de 1933.

[24] A. L. STRONG: *Dictatorship and Democracy in the Soviet Union*, Nueva York, 1934.

Capítulo X

LA REVOLUCION EN LA ENCRUCIJADA

Muerte del Profeta — La *troika* — El misterio de las relaciones de Lenin con Stalin, a propósito de una insinuación de Trotskiy — La segunda *troika* o el corcel entre los burros — Derrota y destierro de Trotskiy — 1928, año crucial — La táctica del Gran Viraje — Stalin, o el arte de acomodar los restos — Elementos químicos del socialismo en un solo país — Final de la oposición de derechas y «liquidación de los *kulakí* como clase» — El *Lumpenproletariat* en la base de la pirámide

Lenin había sufrido su primer ataque de arterioesclerosis el 26 de mayo de 1922. En octubre pudo volver a desarrollar «una cierta actividad», es decir, una actividad reducida al mínimo esfuerzo, pero, el 16 de diciembre siguiente, un segundo ataque agravó su estado de modo inquietante, provocando la parálisis total del lado derecho y poniendo así un término definitivo a su papel de jefe único de la revolución bolchevique. A partir de este momento, en efecto, Lenin no es más que un cadáver viviente, presa del terror ininterrumpido de un nuevo golpe que pueda acabar con él de un instante a otro; sus médicos no hacen sino registrar los progresos del mal, mientras sus colaboradores empiezan a actuar abiertamente para ocupar antes del desenlace las posiciones que les permitan tomar parte en la contienda por la sucesión con el mayor número posible de triunfos en las manos.

Sin embargo, antes de morir, este hombre verdaderamente extraordinario ha de proporcionar nuevas sorpresas al mundo. Un tercer ataque, que sobreviene el 9 de marzo de 1923, si bien agrava su parálisis al agregar a una inmovilidad que se extiende a la pérdida completa de la palabra, lejos de disminuir sus facultades mentales, proporciona nuevos alimentos a su voluntad de sobrevivir, asistiendo todos a la lucha desesperada que sostiene contra la muerte con todo lo que le queda de fuerzas. Durante algunos meses es como si el mal suspendiera sus embates, retrocediendo paso a paso, y, a finales de año, los médicos se atreven a descartar el temor de un próximo desenlace fatal. El doctor Guétier —que, como

todos los médicos en semejantes casos, no hace más que observar esta lucha entre vida y muerte sin poder influir en su curso— asegura a Trotskiy, de quien es amigo y cuyas inquietudes comparten: «Sus facultades mentales quedarán fundamentalmente intactas. No todas las notas, quizá, tengan la pureza de antes, pero un virtuoso siempre será un virtuoso» [1]. Consuelo relativo, ello es cierto, pero esperanza de ganar algún tiempo en la lucha con Stalin, esperanza que va tomando cuerpo porque, poco a poco, Vladímir Ilich vuelve a caminar apoyándose en un bastón y aprende a hablar de nuevo bajo la guía de su esposa y de su hermana. Ya no es cuestión de muerte próxima, e inclusive algunos miembros del Comité Central —los de la tendencia encabezada por Trotskiy—, se ilusionan con la idea de verlo volver pronto a ocupar su puesto de jefe activo de la revolución. Si Trotskiy y sus amigos alimentan esta ilusión —la cual, en este caso específico, se parece curiosamente a aquella fe en los milagros que merece todos sus escarnios cuando los cristianos son quienes la expresan—, ello es porque empiezan a ver claramente que se encuentran en una postura desairada frente a la del ciudadano Stalin. Su imaginación, al presentarle como certero el próximo restablecimiento de Lenin, permite a Trotskiy pasar por alto los obstáculos que se interponen entre él y el poder y, hundiéndolo en el quietismo propio de los intelectuales, lo mantiene mentalmente activo frente a su rival, que sigue ocupando posiciones sin dejar de lado las más insignificantes.

Nada demuestra que Stalin deseara la muerte de Lenin —ni tampoco que no la deseara—, pero se trataba de un hombre que, con su falta de imaginación, únicamente le importaba la realidad cotidiana; orientando, en aquellos meses, toda su actividad a la realización de sus planes de infiltración en el partido y en el Estado. En el secreto, y aparentando el mayor optimismo en cuanto a la inminencia del restablecimiento del jefe, seguía llenando los organismos del partido con partidarios suyos, celosamente apoyado por Dzerzhinskiy, quien alimentaba un antiguo rencor contra Lenin y Trotskiy, porque siempre se habían negado a considerarlo como a un «hombre de Estado»; reconocimiento que parece haber sido la mayor ambición de este loco sanguinario roído por la tuberculosis y los estupefacientes. Matiz digno de considerar: los partidarios de Stalin provenían casi siempre de enemigos acérrimos de León Dadídovich, lo que puede significar que se trataba más de cómplices que de verdaderos amigos. Pero ello le bastaba al futuro jefe porque no era sentimental, y su única pasión era el poder.

La actividad misteriosa que estaba llevando a cabo podía tener para él un doble resultado: en el caso —improbable— de que Lenin volviese a ocupar su puesto, siempre podría glorificarse ante él por haberle preparado un instrumento

---

[1] L. TROTSKIY: *Stalin.*

dictatorial perfecto; en el caso contrario, este instrumento funcionaría automáticamente de modo a hacer imposible el juego de Trotskiy. Y ello, en suma, era lo único que el georgiano podía hacer por el momento. Una vez más, el burócrata se revelaba más previsor que el intelectual.

Que no se equivocó pudo verse claramente cuando, en la noche del 21 de enero de 1924, se difundió la noticia de que, a las seis de la tarde, Vladímir Ilich Ulianov, que se hizo célebre con el seudónimo de Lenin, había sufrido un cuarto ataque apoplégico con hemorragia cerebral, que acabó con él en pocos minutos.

Por todo lo visto anteriormente se puede deducir el índice de la pretendida serenidad de los dirigentes soviéticos en el momento de la primera ausencia de Lenin. Esta serenidad no es más que el pretexto utilizado por Trotskiy para disimular su imprevisión y su inactividad y para ofrecernos, en su cuadro de los turbios manejos de su contrincante, una explicación demasiado cómoda que, por otra parte, no logra asentar en ninguna argumentación lógica. En verdad, lo único que aquí se puede retener no es el juego de las intrigas stalinianas a partir de 1919, como asegura el teórico de la revolución permanente, sino el proceder del oportunismo del georgiano a partir de la enfermedad del dictador, porque la táctica nacida de dicho oportunismo se desarrolla y toma amplitud tan sólo en la medida en que dicha enfermedad se agrava.

De los siete miembros del *Politburó,* Lenin estaba ausente desde la mitad de 1922, y Trotskiy no era aceptado como su sucesor eventual sino por una parte de los miembros del partido —los elementos jóvenes provenientes de la guerra civil— y por el ejército rojo, pero era odiado por los burócratas de filiación staliniana y por los inscritos anteriores a la revolución que lo consideraban como un intruso que no se había adherido a la corriente leniniana más que en el momento de inmediata preparación revolucionaria; Zinóviev, infinitamente menos representativo que León Dadídovich [2], contaba con el apoyo de Kámenev y de Bujárin sólo porque pensaban que con él disfrutarían de mayor libertad

[2] Angélica Balabanoff afirma con toda tranquilidad: «Nunca encontré a un solo individuo —digo bien, a uno solo— que tuviese por Zinóviev la menor estima o una sombra de afecto o de devoción espontánea. Esto se refiere, tanto al período anterior a la revolución, como al período en que ocupó una posición de mando en Rusia y en la Internacional. Era repugnante»; *Op. cit.* Y, en otro lugar: «Una vez alcanzada la posibilidad de emplear medios ilícitos, Zinóviev los utilizó y abusó de ellos en interés exclusivo de su persona infinitamente pequeña y de sus ambiciones mezquinas que se habían vuelto a sus ojos una finalidad en sí. Es así cómo el movimiento internacional fué corrompiéndose con una gentuza que, para servir a un amo sin escrúpulos que lo subordinaba todo y a todos a sus fines ilícitos, se puso a seguir el mismo camino», *ídem.*

Señalemos, para completar el retrato, que este personaje —que fué la causa primera de la derrota de Trotskiy, puesto que sin él Stalin no hubiera podido actuar— estaba casado con la hermana de León Davínovich.

de acción que con Trotskiy; Tomskiy, jefe de los sindicatos, era indiferente en cuanto a la persona que pudiera suceder a Lenin, porque no tenía ambiciones personales, pero desconfiaba de los planes de comunismo integral, cuya aplicación, contradictoria para con los deseos del mundo obrero, sería determinada por la llegada de Trotskiy al poder; Stalin, por su parte, aun cuando tuviera trazados en su mente planes delineados ya en sus menores detalles, se mantenía en una expectativa prudente en razón de su situación de personalidad menos saliente de la vieja guardia revolucionaria, y apoyaba a Zinóviev únicamente en la medida en que lo consideraba como a un peón utilizable contra Trotskiy durante un tiempo determinado: ya entonces aplicaba su táctica, consistente en apoyar al elemento más débil para neutralizar al más fuerte, en un primer tiempo, con el propósito de desembarazarse luego más fácilmente de un aliado que, por haber empeñado todos sus recursos en la fase inicial de la lucha, abordaba la segunda completamente desgastado. Todos consideraban, pues, a Zinóviev como a un hombre de paja al que despreciaban, y estaban dispuestos a tirarlo por la borda en el momento mismo en que su alianza no se revelase ya necesaria.

Lenin no había pensado con precisión en nadie para sucederle; en primer lugar, porque nadie cree nunca que morirá a los cincuenta y dos años; luego, porque rara vez un dictador se preocupa por descubrir en su *entourage* a una personalidad que pueda remplazarlo; finalmente, porque nadie le parece digno de semejante honor. Tal es el cúmulo de razones por las que, antes de que lograra comprender que Stalin, con su ascensión a los cargos esenciales de miembro del *Politburó*, de jefe del *Orgburó* y del *Rabkrin* y de Secretario General único, había acumulado en sus manos un poder demasiado extenso y absoluto aunque cuidadosamente disfrazado, debían transcurrir necesariamente algunos meses, que precisamente fueron aquellos en que la agravación de su estado de salud le impidió tomar las medidas necesarias para remediar este estado de cosas. Pero que, pese a esta agravación, haya descubierto finalmente el peligro que corrían las instituciones creadas por él en el hecho de que Stalin acabó por revelársele como otra cosa que el agente de ejecución modesto y obediente, elegido para la realización de sus proyectos dictatoriales, lo revela una conversación que su secretaria particular, la compañera Glásser, sostuvo el 7 de marzo de 1923 con Trotskiy. A éste llegó a revelarle la secretaria que Lenin —que se encontraba entonces en un período de mejoría— había roto toda relación de camaradería con Stalin [3]. Y

[3] A causa de la cuestión georgiana que Lenin, según parece, quería resolver mediante la integración pacífica de todos los elementos socialistas, mencheviques incluídos, que formaban una mayoría aplastante frente a los infinitesimales elementos bolcheviques, y que Stalin, ayudado por Ordzhonikidze y por Dzerzhinskiy y aprovechando la enfermedad del dictador, había resuelto por la fuerza aplastando a dichos elementos socia-

agregaba: «Ilich no se fía de Stalin. Quiere enfrentarlo abiertamente ante el partido entero. Está preparando una bomba» [4]. Se trataba probablemente de obligarlo a renunciar a su cargo de Secretario General y de aprovechar para lograrlo el XIII Congreso del PC ruso convocado para el 17 de abril de 1923. Pero, dos días después de esta conversación, Lenin sufrió su tercer ataque y Stalin pudo preparar el congreso con toda libertad. Este fué el primer congreso que tuvo lugar sin la participación de Lenin, el primero también que fué «copado» por los delegados elegidos uno por uno por el Secretario General. «Este congreso señalaba el comienzo del fin para el régimen leninista y el alba de stalinismo como nueva orientación política» [5].

Se trataba, pues, de una carrera de velocidad.

En 1923, Zinóviev, además de presidir la Internacional comunista, controlaba las organizaciones del partido en Petrogrado y Kámenev las de Moscú; pero su poder, por estar edificado en superestructura, era en realidad más aparente que real y ambos necesitaban el apoyo de Stalin, amo incontrastado de la burocracia y, por ende, de las organizaciones locales del partido, de suerte que los militantes de las dos capitales que, nominalmente, respondían a Zinóviev y Kámenev, estaban sometidos al control disciplinario del *Orgburó* que se encontraba en las manos del Secretario General. Por otra parte, Bujárin y Tomskiy eran tan necesarios a Stalin como a Zinóviev y Kámenev porque —ya sea por el grupo de los jóvenes economistas y, por consiguiente, por la nueva categoría «capitalista» engendrada por la NEP, ya por los sindicatos, que no querían oír hablar de supervisión estatal rigurosa— venían a ser los únicos capaces de ponerlos en contacto con las masas no comunistas, indispensables a su empresa común contra Trotskiy. Estas masas de obreros sin partido, de campesinos independientes y de especuladores y comerciantes que no querían nada fuera de ver asegurada su independencia económica, encuadradas por los miembros de la burocracia stalinista, eran las que, en efecto, debían proporcionar a los tres compinches las tropas que los apoyarían en su conquista del poder. Porque, frente a los militantes comunistas auténticos que, tarde o temprano, acabarían plegándose a la tendencia izquierdista, aunque sólo fuera para no dejarse arrebatar su última sombra de poder, dichas masas consideraban con repugnancia este izquierdismo, cuyo jefe no ocultaba su propósito de realizar el Estado socialista mediante la supresión del comercio privado, de la propiedad agraria y de la independencia sindical.

En todo este embrollo ruso, Stalin era quien tenía las mayores probabilidades

---

listas y creando así en su tierra natal un descontento peligroso contra el gobierno de Moscú. Sin que se pueda dejar de lado, por otra parte, los desaires que el Secretario General hacía sufrir a la entrometida Krúpskaia.

[4] L. TROTSKIY: *Op. cit.*

[5] *Ibídem.*

de vencer desde el comienzo: primero, porque disponía de cuadros burocráticos bien amaestrados que lo ponían en condiciones de explotar con relativa comodidad a esas masas, cuyo contacto le era proporcionado por Tomskiy y Bujárin; por otra parte, porque, decidido a utilizar a Zinóviev y a Kámenev solamente en tanto que determinaban la entrada en juego de los viejos afiliados, temerosos de verse desplazar por una victoria de Trotskiy, le era fácil vigilarlos estrechamente ahogando a los delegados de los *sovieti* de Petrogrado y de Moscú con el oleaje impulsado por él, de los delegados de los *sovieti* provinciales.

De esta suerte, en vísperas del XIII Congreso, podemos ver delinearse una doble maniobra staliniana: una maniobra dirigida contra Trotskiy y los elementos de izquierdas por intermedio de Zinóviev y de Kámenev, desde el punto de vista ideológico, y de Bujárin y Tomskiy, desde el punto de vista político práctico; otra maniobra dirigida contra el famoso tándem por intermedio de la burocracia que le proporciona minorías suficientes para volver innocuas las delegaciones moscovita y petrogradense, y por el de Tomskiy y de Bujárin que le procuran el apoyo de los no comunistas contra dos hombres a quienes consideran con desconfianza en la medida en que justamente son viejos comunistas doctrinarios.

Mientras tanto ¿qué hace Trotskiy? Es asombroso comprobar que este hombre, libre de prejuicios morales, no quiere o no puede, mientras Lenin sigue luchando con la muerte, representar el papel de candidato a la sucesión. La única explicación es que, como indica la Balabanoff, está tan seguro de su posición que nada le parece capaz de ponerla en tela de juicio. Mientras tanto, Zinóviev, empujado por Stalin, es quien va a representar el papel de heredero ante el XIII Congreso del PC ruso que se reúne en Moscú del 17 al 25 de abril de 1923.

Desde siempre, el discurso de inauguración en todos los congresos del PC ruso había sido pronunciado por Lenin. Esta constancia implicaba que quien pronunciara el discurso inaugural en la ausencia del jefe supremo no podía ser sino el hombre elegido por el Comité Central, más que como un portavoz ocasional, como candidato a la sucesión. Además, el hecho de que Stalin sugiriera a Zinóviev que reemplazara al dictador en la primera oportunidad en que éste se encontraba ausente y, sobre todo, el hecho de que Zinóviev aceptase pronunciar, no un discurso retórico dedicado a deplorar la ausencia del jefe, sino un discurso de programa personal, denunciaba que el orador presentaba su candidatura a la sucesión. Así lo entendió Trotskiy, sorprendido por la inverosimilitud de tanta audacia, sin poder hacer nada, por lo demás, para salir al paso de una maniobra que, por lo menos, tendría para él la ventaja de dejar solo completamente al socio mayor de la *troika*. Consuelo relativo... entre cuñados.

Stalin había tomado sus disposiciones para preparar al candidato una pésima atmósfera en los pasillos del congreso. Atmósfera, por lo demás, tan hábilmente elaborada que los congresistas reservaron al discurso inaugural una acogida gla-

cial. Así, desde el primer momento, Zinóviev se veía descartado de la sucesión, con la particularidad de que, durante mucho tiempo, creyó que ello había sido el resultado de las maniobras de Trotskiy [6].

Y puesto que Kámenev no era nadie sin Zinóviev, el triunvirato formado con Stalin para impedir la subida de Trotskiy al poder, y en el que el georgiano vino representando hasta entonces el papel de «socio junior», se transformó, a partir de este congreso de la amistad, en un órgano de gobierno dominado por el Secretario General del partido.

Así, pues, ya antes de la muerte de Lenin, Stalin detentaba efectivamente el poder en Rusia, pero seguía decidido a esperar el tiempo que fuera necesario antes de desembarazarse de sus colegas rivales que, mientras Lenin no se decidiera a desaparecer de una vez, podían resultarles útiles todavía para vigilar a Trotskiy, y porque los demás miembros de la vieja guardia no habían sido aún lo suficientemente aislados de la masa de los militantes; para permitirse volar con sus propias alas y atreverse a representar abiertamente el papel de candidato.

Esta extraña atmósfera de intereses indefinidos, que pronto han de hacerse antagónicos, ambientaba el poder en el momento de la muerte de Lenin, cimentada solamente por el odio de sus componentes contra Trotskiy y por la necesidad en que se encontraba cada uno de ellos de vigilar cuidadosamente a los demás: como aquellas asociaciones de hombres de la noche que no se atreven a perderse de vista por temor a no cobrar su parte del botín.

* * *

Durante sus últimos meses de vida —aquellos que van de marzo de 1923 a enero de 1924— vida apartada del ejercicio del poder, pero no del todo inactiva desde el punto de vista intelectual, Lenin había llegado a considerar a Trotskiy como a su único sucesor posible y a Stalin como a un personaje peligroso para el futuro de la revolución. Con todo lo que sabemos de sus relaciones anteriores con León Dadídovich, nos está permitido pensar que el desengaño, en lo que hace al georgiano, había inclinado su decisión, tomada *in extremis,* de apoyar al jefe del ejército rojo a conquistar el poder, con más fuerza que su inclinación personal por él. Si hemos de creer a Trotskiy —que constituye la única fuente de información de que disponemos fuera de la fuente oficialista staliniana [7]—, ya a finales

[6] Como se ve, nada resistía ante las ambiciones de los nuevos señores, ni siquiera la más corriente solidaridad familiar.

[7] Fuente que, pese a la destalinización, no ha sido en absoluto destalinizada salvo en algunos casos secundarios. Es justo reconocer, por otra parte, que, mientras Trotskiy, en sus obras históricas sigue una argumentación a menudo cuestionable cuando su manera de presentar los hechos está sujeta a la necesidad de justificar su acción personal o de encontrar explicaciones a su fracaso final, nunca comete la torpeza de utilizar hechos

de 1922, el dictador había dicho a su secretaria hablando de Dzhugashvili: «Este cocinero no nos cocinará más platos picantes», y hemos visto cómo, en vísperas de su tercer ataque, exactamente el 7 de marzo de 1923, había tomado la resolución de romper toda relación de camaradería con él; ruptura que, si hubiese llegado a ser formulada ante el congreso, hubiera significado, pura y simplemente, el desahucio del secretario general. Esta decisión de Vladímir Ilich de entrar en ación para quitar a Stalin el poder excesivo que él mismo le había confiado, encuentra su confirmación histórica en el testamento que, inmediatamente después de su muerte, fué leído por Kámenev durante una reunión del Comité Central. Redactado el 25 de diciembre de 1922 y completado el 4 de enero de 1923, este documento, en efecto, resulta extremadamente claro [8]. Cons-

---

inventados o de falsificar hechos reales. Para el historiador ni stalinista ni trotskista, sus trabajos son mucho más atendibles que los que provienen de la fuente staliniana, particularmente en lo que hace al punto de vista marxista en la crónica de la revolución rusa y a los acontecimientos cotidianos relativos a la lucha por la sucesión. En realidad, Trotskiy es el único historiador de talento engendrado por el marxismo en Rusia, ya que un hombre como Evgueniy Tarlé no ha sido marxista más que por conveniencia.

[8] A continuación, reproduzco su texto íntegro tal como figura en los documentos anexos, distribuídos juntamente con la Relación Secreta de N. S. Jruschov, a los delegados ante el XX Congreso del PC de la URSS, en la noche del 24 al 25 de febrero de 1956.

«Para la estabilidad del Comité Central, de que he hablado antes, propongo precauciones para evitar una escisión en la medida en que pueden tomarse esas precauciones. Pues, desde luego, la guardia blanca de *Russkaia Misl* estaba en lo cierto cuando, en primer lugar, confió en la esperanza de una escisión en nuestro partido y, en segundo lugar, atribuyó esa escisión a serios desacuerdos dentro de nuestro partido.

»Nuestro partido se basa en dos clases y por ello es posible su inestabilidad; si no puede haber acuerdo entre esas clases, la caída es inevitable. En tal eventualidad, sería inútil tomar medidas para la estabilidad de nuestro Comité Central o, en general, discutirla. Pero confío que éste será un futuro remoto y un acontecimiento demasiado improbable para hablar de él.

»Pienso en la estabilidad como garantía contra una escisión en el futuro inmediato y me propongo examinar aquí una serie de consideraciones de índole puramente personal.

»Creo que el factor fundamental en esta cuestión de la estabilidad —desde este punto de vista— lo dan miembros del Comité Central como Trotskiy y Stalin. En la relación entre ellos reside, en mi opinión, buena parte del peligro de esa escisión. Podría evitársela —y a mi parecer se favorecería esa prevención— elevando el número de miembros del Comité Central hasta la cifra de cincuenta o cien. *El camarada Stalin, convertido en Secretario General, ha concentrado un poder enorme en sus manos, y no estoy seguro de que siempre sepa cómo emplear ese poder con suficiente cautela.* Por otro lado, el camarada Trotskiy, como lo demostró en su lucha contra el Comité Central con respecto a la cuestión del Comisariado del Pueblo para Vías de Comunicación, se distingue, no sólo por sus excepcionales facultades —sin duda es el hombre más capaz del actual Comité Central—, sino también por su absoluta fe en sí mismo y su disposición a considerarse demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

tituye una condena rotunda, una excomunión pura y simple de la persona y de la acción de Stalin.

Podemos preguntarnos, por consiguiente, por qué éste, pese a una condena tan categórica que equivalía a una orden de exclusión, pudo, no ya alcanzar la situación de jefe supremo de la Rusia soviética, sino incluso mantenerse un día más en el Poder.

Es que, casi como todos los miembros del *Politburó*, llegó a conocer la existencia del testamento en el momento mismo en que había sido redactado, y pudo disponer de un año entero para tomar sus contramedidas. Aquí se hace necesario examinar uno de los elementos de la argumentación antistaliniana de Trotskiy.

Este relata que, hacia finales de febrero de 1923 —nótese esta fecha—, Stalin informó a sus colegas presentes (Trotskiy, Kámenev y Zinóviev) que Lenin le había pedido veneno porque sus sufrimientos se habían vuelto insoste-

---

»Esas dos características de los dos jefes más capaces del actual Comité Central pueden producir, inocentemente, una escisión; si nuestro partido no toma medidas para impedirla, la escisión puede producirse inesperadamente.

»No he de caracterizar a los demás miembros del Comité Central en cuanto a sus facultades personales. Sólo recordaré que el episodio de octubre, con Zinóviev y Kámenev, no fué, desde luego, accidental; pero eso debe contar tan poco contra ellos como el no bolchevismo de Trotskiy.

»En cuanto a los miembros más jóvenes del Comité Central, quiero decir unas pocas palabras sobre Bujárin y Piátakov. En mi opinión son los elementos más eficaces (entre los más jóvenes), y con respecto a ellos debe tenerse en cuenta lo siguiente: Bujarín es no sólo el teórico más importante y valioso del partido, sino que además debe considerársele legítimamente como el favorito de todo el partido; pero sus concepciones teóricas sólo pueden juzgarse marxistas con las mayores reservas, ya que hay en ellas algo escolástico (nunca estudió y creo que nunca comprendió del todo la dialéctica).

»Piátakov es un hombre que indudablemente se distingue por su voluntad y su habilidad, pero está demasiado inclinado a la administración y al aspecto administrativo de las cosas para encargarse de una seria cuestión política.

»Desde luego, hago estas observaciones limitándome a mi visión de estos momentos, presumiendo que estos dos hombres capaces y leales pueden encontrar ocasión de aumentar sus conocimientos y corregir sus limitaciones. 25 de diciembre de 1922. *Lenin*.»

«*Post Scriptum*: Stalin es demasiado rudo, y este defecto, muy admisible en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace inadmisible en el cargo de Secretario General. *Por consiguiente, propongo a los camaradas que encuentren la manera de deponer a Stalin de su cargo y encuentren a otro hombre que difiera de Stalin y lo supere en un punto: es decir, que sea más tolerante, más leal, más amable y más considerado con sus camaradas, menos caprichoso, etc. Esta circunstancia podrá parecer una trivialidad, pero creo que, desde el punto de vista de evitar una escisión y desde el punto de vista de la relación entre Stalin y Trotskiy, que ya he discutido más arriba, no es una trivialidad, o es una trivialidad que puede adquirir importancia decisiva.* 4 de enero de 1923. *Lenin*». (El subrayado es nuestro.)

nibles. Ante el estupor de sus colegas no supo mas que repetir que Lenin sufría y que, en semejante caso... Trotskiy comenta esta extraña conversación en los términos siguientes: «Desde entonces, cada vez que vuelvo a ver mentalmente esta escena, no puedo menos de repetirme: el comportamiento de Stalin, todos sus gestos, eran sorprendentes y siniestros. ¿Qué es lo que que quería este hombre? ¿Y por qué no borraba de su rostro esa sonrisa insidiosa? No hubo votación puesto que ésta no era una conferencia formal, pero nos separamos con el acuerdo implícito que no podíamos siquiera tomar en consideración la idea de mandar veneno a Lenin.» [9]. «Puede aparecer extraño —agrega Trotskiy— que, apenas un mes después de haber redactado su testamento, Lenin se haya dirigido a Stalin para pedirle veneno, pero no lo es si consideramos que, por ser Stalin el hombre más interesado en verlo desaparecer, tan sólo a él podía formular semejante pedido.» Por otra parte, si el georgiano, en lugar de proporcionar secreta y rápidamente el veneno a Lenin, empezó por poner a sus colegas al corriente del hecho fué, sin duda alguna, para cubrirse contra la acusación de haberlo envenenado, que no hubieran dejado de formular contra él en la eventualidad del descubrimiento de una muerte no natural del dictador. Esto resulta verosímil.

Mas allí donde resulta más difícil seguir a Trotskiy es cuando insinúa que Stalin habría inventado la petición de Lenin para poder envenenarlo sin correr riesgos personales. Para él, en efecto, «en aquellos días, Lenin pensaba no sólo en su muerte, sino en el destino del partido. Su vigor revolucionario era, sin duda alguna, la última de sus fuerzas que capituló ante la muerte» [10]. Trotskiy, por lo demás, no se contenta con esta insinuación. Recuerda que uno de los «liquidados» del último proceso de Moscú, que tuvo lugar en 1938, fué precisamente Herschel Iágoda, que durante dieciséis años había ocupado en el OGPU el cargo de asistente de Dzerzhinskiy y de Menzhinskiy y, a la muerte de éste, el de jefe supremo. Ahora bien, la especialidad de Iágoda era el manejo de los venenos. En dicho proceso Iágoda confesó —por amor o por fuerza— que había envenenado a Gorkiy, a Menzhinskiy y a Kuibishev, porque eran amigos de Stalin, contra quien conspiraba desde el comienzo, es decir, desde 1922, de modo tan astuto que, en 1935, el dictador lo había nombrado Comisario General para la Defensa del Estado con la dignidad de mariscal de la policía que correspondía a la de mariscal del ejército. «Según el testimonio de su secretario y confidente Bulánov, Iágoda poseía un armario especial de venenos, del cual sacaba, según las necesidades, preciosos frascos que confiaba a sus agentes con instrucciones apropiadas. El jefe del OGPU, ex farmacéutico, manifestaba un interés excepcional por los venenos. Tenía a su

[9] L. TROTSKIY: *Op. cit.*
[10] *Idem.*

disposición a numerosos toxicólogos para los cuales había organizado un laboratorio especial equipándolo sin importarle los gastos y sin control. Se comprende que es imposible que Iágoda hubiese podido crear semejante empresa para sus necesidades personales. Ciertamente, no. Como envenador era sencillamente un *instrumentum regni...*» [11].

Trotskiy llega a preguntarse qué clase de secreto, disimulado en el famoso armario de la Lubianka, ligaba a Stalin con Iágoda, lazo que se rompió cuando éste fué arrestado. «Como siempre, Stalin, con este gesto, logró mayores ventajas suplementarias; contra una promesa de perdón, Iágoda asumió en el proceso la culpabilidad personal de ciertos delitos que la voz popular había atribuído a Stalin. La promesa no fué respetada. Iágoda fué ajusticiado para mejor demostrar hasta qué punto Stalin era irreconciliable en las cuestiones de la ley y de la moral» [12].

En este mismo proceso figuraban en calidad de acusados cuatro médicos del Kremlín que reconocieron haber envenenado a numerosos enemigos de Iágoda, porque, como hubo de decir el doctor Levin, «negarse a ello hubiera significado mi propia ruina y la de mi familia», pero, comenta Trotskiy, porque «el doctor Levin, como cualquier otro dentro o fuera del Kremlín, sabía perfectamente por cuenta de quién actuaba Iágoda. El doctor Levin se sometía a Iágoda porque era impotente para oponerse a Stalin» [13].

Y así, partiendo del asesinato de Gorkiy, Trotskiy se remonta al de Lenin: «Imagino el desenvolvimiento de las cosas más o menos así: Lenin pidió el veneno hacia fines de febrero de 1923. A principios de marzo, estaba nuevamente paralizado. La prognosis médica en este caso era levemente desfavorable. Sintiéndose más seguro de sí mismo, Stalin empezó a actuar como si Lenin estuviera ya muerto. Pero el enfermo le decepcionó: su poderoso organismo, sostenido por una inflexible voluntad de vivir, se impuso. Hacia el invierno, Lenin empezó a mejorar poco a poco, a moverse más libremente; escuchaba la lectura y leía él mismo; la facultad de hablar comenzaba a volverle. Los pronósticos de los médicos eran cada vez más optimistas. La mejoría de Lenin no hubiera podido por cierto impedir que la burocracia dominara la revolución. Krúpskaia tenía profundos motivos para observar en 1936: *Si Volódia estuviese vivo, a esta hora estaría preso.*

»Para Stalin no se trataba del curso general de los acontecimientos, sino más bien de su mismo destino: o renunciaba en seguida, en el día mismo, a hacerse amo de la máquina política y, por ende, del partido y del país, o se resignaba a un papel de tercer orden para el resto de su vida. Stalin iba a la

---

[11] *Idem.*

[12] *Idem.*

[13] *Idem.*

caza del poder, de todo el poder. A ello se dedicaba con resolución. Su meta estaba cerca, pero el peligro que emanaba de Lenin andaba más cerca aún. En aquel momento Stalin debió pensar que se hacía imperioso actuar sin tardanza. Por doquiera tenía cómplices, cuyo destino estaba estrechamente ligado al suyo. Allí estaba el farmacéutico Iágoda. Que Stalin haya mandado el veneno a Lenin con la indicación de que los médicos no concebían ya esperanza de curación, o que haya recurrido a medios más directos, yo no lo sé. Pero estoy firmemente convencido de que Stalin no puede haber esperado cuando su destino estaba pendiente de un hilo, y la decisión dependía de un pequeño, pequeñísimo movimiento de su mano» [14].

* * *

La *troika* se había formado tan sólo para cerrar a Trotskiy el acceso al poder, a pesar de que Lenin, a falta de otro remedio, lo hubiese señalado como el miembro del partido «dotado de más talento». Con ello, la asociación había alcanzado una victoria total, cuya consecución había sido facilitada no sólo por la singular incapacidad de León Dadídovich para actuar, sino también por su infatuación, que le llevó a considerar como indigno todo aquello que se pareciera a una búsqueda «electoral» de partidarios. Le parecía que todo se le debía, pues exhultaba la convicción de que, sin su presencia en el mando militar de la insurrección, Lenin no hubiera triunfado en octubre de 1917, ni su mantenimiento en el poder durante la guerra civil si él no le hubiese permitido transformarse en el dictador terrorista de Rusia. Es evidente, en efecto, que, sin Trotskiy al mando de las fuerzas armadas de la revolución, ésta seguramente habría tomado otros derroteros. Pero su error consistió en persuadirse de que todo ello era más que suficiente para sentar de modo indiscutible sus derechos a la sucesión; mientras que sus méritos revolucionarios venían siendo más que suficientes, ante aquellos que, en la insurrección y en la guerra civil, llegaron a representar solamente papeles secundarios, pusiesen en obra todos los medios a su alcance para impedir la llegada al poder de un hombre cuyos hábitos dictatoriales pondrían en tela de juicio las cómodas situaciones ocupadas por ellos en la retaguardia.

La muerte del profeta no podía sino precipitar los acontecimientos. Por una parte, cada uno de los tres caballos del tiro gubernamental debía actuar sin

---

[14] En el estado actual de la información, el autor no puede concluir que Trotskiy está en lo cierto o se equivoca en esta misteriosa cuestión de la muerte de Lenin. Lo único que puede decir es que los acontecimientos ulteriores, la liquidación de los *kulakí*, los grandes procesos, las deportaciones de poblaciones enteras, los campos de concentración, los asesinatos al por mayor y al menudeo, los atropellos contra naciones enteras, contra grupos sociales y contra familias o individuos, todo ello, que era moneda corriente en la Rusia staliniana, justifica todas las hipótesis.

demora por su propia cuenta, pues, en materia de gobierno, un triunvirato nunca pudo constituir una fórmula duradera ni satisfactoria, empezando por el punto de vista de los triunviros, tomados separadamente. Por otra parte, Trotskiy, captando finalmente el alcance de su error, tenía que decidirse a atacar para recuperar el terreno perdido, y tan es así, que en vísperas del XIII Congreso desató una viva campaña de propaganda entre los elementos jóvenes del partido y en las filas del ejército, que veían en él a su jefe natural, éstos porque los había llevado a la victoria, aquéllos porque se habían formado bajo su dirección luchando en los diversos frentes de la guerra civil. Semejantes elementos siempre son partidarios de las acciones resolutivas, y, en efecto, pronto se hizo evidente que lo único que quedaba a Trotskiy era lanzarse, como en octubre de 1917, al asalto del Estado para sustituir con sus tropas a aquéllas que, desde entonces, según él, estaban preparando una operación de tipo termidoriano.

Si bien podía contar con una masa importante de maniobra —importante no por el número de su miembros, sino por su espíritu de decisión—, las condiciones, desde octubre de 1917, habían cambiado fundamentalmente. Ya no se trataba de atacar al inoperante Kérenskiy, general sin talento y sin tropas, sino a Stalin, y Stalin disponía de elementos eficacísimos, la burocracia del partido que controlaba las provincias y, sobre todo, la *Cheká,* que, bien amaestrada por Dzerzhinskiy, había extendido su red de espionaje y de terror sobre todos los órganos vitales de la nación, incluso las más insignificantes células del partido, de los sindicatos y de las unidades más lejanas del ejército rojo. De suerte que, como muy justamente indica Malaparte [15], mientras Trotskiy estaba obligado a luchar a cara descubierta y a revelar el detalle de sus maniobras en el momento mismo en que las emprendiera, su enemigo actuaba secretamente, y, poco a poco, lograba apartarlo de la masa de sus tropas, aislándolo y ahogándolo. Durante este período de intensa preparación revolucionaria en el que Trotskiy se vió reducido a llevar una acción parecida a la de Babeuf contra el Directorio, es decir, sin poder impedir en ningún momento que sus secretos constituyeran la comidilla de los agentes provocadores del gobierno, Stalin tomaba abiertamente una sola medida antitrotskista cuando, con el propósito, ni siquiera disimulado, de aislar aún más a su adversario, aumentaba el número de sus propios partidarios con la inscripción en masa al PC de doscientos mil obreros sin títulos revolucionarios.

Todo, no obstante, procedía muy lentamente. Frente a un enemigo que se ocultaba lejos de su alcance, camuflándose en la cortina, a la vez impalpable e impenetrable, tendida por los hombres de Dzerzhinskiy, León Dadídovich no

[15] C. MALAPARTE: *Technique du coup d'Etat,* cap. II, «Histoire d'un coup d'Etat manquê», París, 1931.

podía hacer nada, y para dar por lo menos un desahogo a su angustia preparaba la base doctrinal de la revolución, buscando justificaciones a sus proyectos de acción directa en las obras de Marx y reivindicando *pro doma sua* la exclusividad de la ortodoxia leninista. Mas esta acción directa, prometida constantemente a su tropas para el día siguiente, nunca llegaba a producirse y nadie podía entrever siquiera cuándo sería factible desencadenarla. De esta suerte, día a día, el número de su partidarios menguaba, hasta reducirse a los pocos miles de judíos diseminados en el ejército y las organizaciones locales, agentes desprovistos de la mínima posibilidad de comunicar entre sí y, por lo demás, cuidadosamente vigilados por la policía.

En enero de 1925, un año después de la muerte de Lenin, el Secretario General estimó que la situación había madurado suficientemente, y desencadenó de modo inesperado su primera ofensiva abierta contra su rival. Los elementos con que lo había rodeado en el Comité Central lo redujeron a presentar su renuncia al cargo de Comisario del Pueblo para la Defensa, que, después de la breve administración Frunze, Stalin entregó a su partidario incondicional hasta la obsecuencia Kliment Voroshílov. La misión de éste iba a consistir en limpiar al ejército de los últimos rastros de trotskismo. Contra esta embestida, no prevista por él, León Dadídovich, después de haberse visto arrinconar en la dirección del *Goelro* —Dirección general de la Electrificación—, no supo ni pudo oponer otros argumentos que simples teorías políticas; circunstancia que aprovechó Stalin para hacerlo acusar de herejía doctrinal y amenazarlo de exclusión del *Politburó* y del Comité Central si persistía en su actitud de «saboteador de la revolución».

Una vez Trotskiy reducido a la impotencia, el georgiano pudo dedicarse libremente a la eliminación de sus cómplices de la víspera, Zinóviev y Kámenev. Este último era el menos peligroso, porque la *Cheká* controlaba estrictamente el *soviet* de Moscú, el cual, por otra parte, lo aceptaba únicamente como jerarquía del *Politburó*. Frente al otro hubo que tomar mayores precauciones, porque el *soviet* de Leningrado [16], flor y nata de la revolución de octubre y de la guerra civil, seguía obedeciéndole, y, sobre todo, porque era menester proceder cautamente con él en razón de su función de presidente de la Internacional. A pesar de ello esta operación no se reveló muy difícil [17].

A partir de este momento, la sórdida realidad de la pugna por la sucesión, es decir, el juego combinado de los odios y de las envidias personales tan exactamente previsto en su trivialidad por el dictador fallecido, encontró en las

---

[16] Después de la muerte del profeta, el *Politburó* y el Comité Central decidieron dar su nombre a la ciudad de Pedro el Grande.

[17] Véase el detalle de esta maniobra en VICTOR SERGE: *Le tournant obscur*, París, 1951, y en *Vie et mort de Trotskiy*, del mismo autor, París, 1951.

apariencias doctrinales un velo tanto más espeso cuanto que, tras él, la táctica staliniana volvió a aplicarse en secreto.

Mientras el Secretario General, reforzado por fuerzas compuestas por todos los elementos «derechistas» del partido y de los sindicatos y por los *nepmen*, comunistas o no, pretendía que era posible, y deseable, realizar el socialismo en un solo país, Zinóviev, a causa de las tendencias de las minorías no rusas de la Internacional, afirmaba que, antes de llegar a este resultado, se hacía preciso desencadenar la revolución en los demás países de Europa. Pero, en verdad, el nudo del problema estaba en otro lugar: para el georgiano, se trataba exclusivamente de neutralizar y de aniquilar a sus dos «colegas» y de alcanzar así la totalidad del poder, mientras que para ellos lo más urgente era desposeer a Stalin de sus funciones de Secretario General. Stalin era el último llegado a las «instancias supremas», cuyos miembros en su conjunto le consideraban, o afectaban considerarle, como un mediocre en el plano doctrinal e, incluso, intelectual. Ellos, Zinóviev y Kámenev, apoyándose en su condición de discípulos más antiguos de Vladímir Ilich, estimaban que este título les bastaba para permitirles ascender al mando supremo en el partido y en el Estado. Pero, esta vez también, Stalin, que nunca tomaba la iniciativa del ataque, contentándose con poner a sus adversarios en la necesidad de hacerlo, se preparó a contraatacar cuidadosamente.

Después de una pausa de varios meses, los acontecimientos se precipitaron de nuevo. Cuando, en ocasión de la décimocuarta conferencia del partido, que tuvo lugar en Moscú del 27 al 29 de abril de 1925, Kámenev y Zinóviev rompieron con Stalin a propósito de la doctrina pantalla de la revolución en un solo país, éste no encontró dificultad alguna para formar un frente único con la fracción derechista encabezada por Bujárin, Tomskiy y Ríkov [18]. De modo que el XIV Congreso del PC ruso, que celebró sus sesiones del 18 al 31 de diciembre de 1925, no podía asistir sino a una victoria suplementaria de la tendencia staliniana. En efecto, cuando los delegados de Leningrado propusieron, por boca de Zinóviev, subordinar el Secretario General a una oficina política cuyos miembros serían designados por el Congreso, consiguieron solamente hacer aclamar a Stalin. Inmediatamente, Zinóviev perdió su situación en Leningrado, donde fué reemplazado por Sergio Mirónovich Kírov, partidario incondicional del georgiano. Kámenev, para empezar, tuvo que abandonar la dirección del Comisariado de Comercio. Uno y otro se acercaron entonces a Trotskiy, con quien formaron un grupo de oposición de izquierdas, el NOP [19], cuya actividad

---

[18] Alexei Ríkov había sucedido a Lenin en la presidencia del *Sovnarkom*.

[19] Sigla de *Nóvaia Oppozítsiia*, Nueva Oposición. Con lo cual los stalinianos a su vez se divertían a expensas de Trotskiy por haber formado una nueva *troika* con sus enemigos de la víspera.

consistió esencialmente en celebrar reuniones clandestinas y en hacer imprimir folletos antistalinianos... bajo la vigilancia y con el consentimiento de la policía secreta. Stalin los dejaba actuar porque había decidido reunir contra ellos documentos suficientes hasta lograr acusarlos de conspiración contra la seguridad del Estado. Y la muerte repentina de Dzerzhinskiy —ocasionada por un golpe apoplégico, en julio de 1926, durante una reunión del Comité Central [20]—, no hizo sino servir sus propósitos, puesto que su sucesor a la cabeza de la *Cheká*, el igualmente morfinómano V. R. Menzhinskiy, no demostró ninguna ambición de pasar a la historia como hombre de Estado, y contentándose con representar el papel de fiel teniente y de instrumento devoto del Secretario General. Pronto esta nueva eminencia gris encontró un poderoso argumento para separar definitivamente a la nueva *troika* de sus tropas: el antisemitismo, que, en Rusia, siempre ha sido un medio poderoso para actuar en el espíritu de la gente común.

«Se ha discutido mucho —escribe Malaparte—, tanto en Rusia como en Europa, acerca de la naturaleza del antisemitismo staliniano. Algunos lo explican como una concesión, dictada por razones de oportunidad política, a los prejuicios de las masas campesinas. Otros lo consideran como un episodio de la lucha de Stalin contra Trotskiy, Zinóviev y Kámenev, judíos los tres. Aquellos que acusan a Stalin de haber violado la ley (el antisemitismo era considerado como crimen contrarrevolucionario y severamente castigado) no tienen en cuenta que el antisemitismo de Stalin debe juzgarse en función de las necesidades de la defensa del Estado, y que hay que considerarlo como un elemento más de la táctica empleada por Stalin contra la tentativa insurreccional de Trotskiy» [21].

Es evidente que las necesidades de esta táctica —es decir, del odio de Stalin contra los tres judíos— no bastan para justificar la existencia de un antisemitismo de Estado, y que, por ende, no se debe buscar sus causas en el fanatismo religioso o en los prejuicios tradicionales de las masas, sino tan sólo en la obligación de combatir a los elementos más dinámicos del grupo trotskista que, en su gran mayoría, pertenecían a la raza hebraica. En el ejército, en los sindicatos, en las fábricas, los partidarios de Trotskiy eran judíos. En Moscú, en Leningrado, los elementos que seguían respondiendo a Kámenev y a Zinóviev eran judíos. Dondequiera se manifestase, la oposición contra Stalin estaba orquestada por elementos judíos, y Menzhinskiy sabía que para separar a los sindicatos, al ejército y a las masas obreras de los dirigentes de la NOP bastaba con despertar los viejos prejuicios antisemíticos, el odio secular de pueblo ruso contra los judíos. De este modo, el juego antitrotskista se hacía muy sencillo.

---

[20] No faltan quienes pretenden que Stalin lo hizo envenenar por Iágoda.

[21] C. MALAPARTE: *Op. cit.* Ver igualmente cap. XIII de la presente obra.

Los agentes de Menzhinskiy tenían orden de ver en cada judío a un enemigo, y si muchos inocentes caían, ello no tenía mayor importancia, puesto que al mismo tiempo que ellos desaparecían todos los «culpables». En pocos meses, los judíos fueron alejados sistemáticamente del ejército, de los sindicatos, de la burocracia, por lo menos en lo referente a los altos puestos; lo que tuvo la ventaja suplementaria de dar satisfacción a los *kulakí*, a las masas campesinas y a los pequeños capitalistas suscitados por la NEP, para quienes las tesis «judías» de la revolución permanente, sustentadas en un programa de superindustrialización intensiva, representaban el mayor peligro.

Una vez alcanzado este resultado, el camino de Stalin quedaba allanado. En julio de 1926, en el curso de una sesión plenaria del Comité de Control, Zinóviev fué expulsado del *Politburó*. Un año más tarde, Zinóviev y Trotskiy dejaban de pertenecer al Comité Central. No les quedaba más remedio que lanzarse a la insurrección, que empezaron a preparar febrilmente, distribuyendo miles de panfletos antiestalinianos estampados en... Berlín, y acentuando su propaganda en las fábricas de Moscú y de Leningrado. «El dictador Stalin —reza uno de esos documentos— evoluciona cada vez más hacia la derecha, y se hace defensor de los capitalistas y de los *kulakí*», que, justamente, era lo que las masas obreras y campesinas deseaban más que nada, puesto que kulakismo y derecha significaban abundancia de alimentos y tranquilidad sindical para las primeras, propiedad de la tierra y fuertes ganancias para las segundas.

Trotskiy, entonces, decidió aprovechar los festejos, que debían celebrarse en Moscú, el 7 de noviembre de 1927, en ocasión del X aniversario de la revolución de octubre, para dar la señal de la insurrección. Mas Menzhinskiy había tomado sus disposiciones, y el millar de «excitados» que respondieron a la llamada de León Dadídovich fueron dispersados fácilmente por los chekistas. La rebelión fué un fracaso tan completo, que la mayor parte de los miembros de las delegaciones provinciales, venidos a Moscú para asistir a los festejos, ni siquiera notaron nada sospechoso; pero sí lo suficientemente caracterizada como para que Stalin pudiese fundamentar una acusación de complot contra la seguridad del Estado.

El 12 de noviembre, Trotskiy y Zinóviev —organizadores de la rebelión frustrada— fueron expulsados del partido por haber intentado «socavar la dictadura del proletariado». El mes siguiente, Kámenev sufría la misma suerte con setenta y cuatro «conspiradores» más, y cuando se abrió e XV Congreso del PC, los moscovitas, al asistir al triunfo de la tendencia staliniana y a la derrota total de los elementos hebreos del partido, se hacían mofa de los comunistas contando que acababan de conseguir su primera gran victoria internacional, puesto que, gracias a ellos, «el Cáucaso había derrotado a Palestina».

Victoria tan completa, por lo demás, que antes del final del congreso, Zinóviev y Kámenev capitulaban pidiendo su readmisión en el partido en cali-

dad de simples gregarios. Buen príncipe, Stalin les concedió esa gracia, que, por lo menos, les permitiría seguir subsistiendo hasta que, llegado el momento, estimara conveniente quitarles incluso esa última posibilidad. Así, el 16 de enero de 1928, dos agentes de Menzhinskiy podían presentarse en el domicilio de Trotskiy y notificarle, sin temer la intervención de partidarios indignados, su destierro y el de sus familiares a la miserable localidad centroasiática de Alma Atá.

La lucha estaba terminada. Stalin quedaba solo en el poder [22].

* * *

Después de haber liquidado a los jefes más representativos de la oposición de izquierdas, a Stalin le quedaba enfrentarse con una dificultad nada apetecible, puesto que la plataforma política utilizada por sus enemigos, basada en el descontento de los elementos activistas del partido por los efectos de la NEP, quedaba enteramente en pie. Es decir, que, en rigor, desde el punto de vista marxista, los teóricos del izquierdismo, con su pretensión de encarnar la corriente doctrinal del colectivismo puro frente a las componendas de la burocracia staliniana con los *nepmen* y los *kulaki,* podían glorificarse, pese a su de-

---

[22] Como he señalado en varias oportunidades, el triunfo de Stalin fué singularmente facilitado por el apoyo decidido que encontró en la policía secreta, apoyo que, por lo demás, él mismo había hecho posible al instalar a criaturas suyas en todos los escalones de la organización, proporcionándoles medios de vida y ventajas sociales que las situaban por encima de los demás sectores de la sociedad soviética, ya que, en la sociedad soviética, la policía secreta es un sector social, lo que debería bastar para proporcionarnos una idea cabal de ese tipo de civilización que algunos «pensadores» occidentales, de los esposos Webb, de profesión fabiana, a los «filósofos» Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty, consideran como ejemplar o, por lo menos, capaz de volverse tal a partir de sus elementos ya dados.

Al examinar los métodos que el georgiano empleó para aplastar a las oposiciones de izquierdas y de derechas, Anton Ciliga escribe: «Mis observaciones, aunque incompletas, me revelaban claramente que ningún espíritu revolucionario reinaba en los círculos de la GPU. Sus miembros estaban enteramente absorbidos por el deseo de hacer una hermosa carrera personal. Todo lo supeditaban al principio sacrosanto de la jerarquía. Poder decir: *hoy hablé con Iágoda,* o bien, *Trilisser me dirigió la palabra,* constituía un acontecimiento en la vida de un funcionario situado dos o tres escalones más abajo en la escala jerárquica.

»Las costumbres estaban plagadas de hábitos burgueses. Se podía ver a funcionarios importantes empolvados y perfumados como cortesanas. La gente de la GPU besaba la mano de sus mujeres. Pero lo que impresionaba más era el espíritu de casta. Se consideraban todos como miembros de una sola familia, como salvadores de la revolución. Aceptaban sus inmensos privilegios con serenidad, como una débil compensación por su actividad. Cierto es que consagraban al servicio lo mejor de su tiempo y de sus fuerzas. Realizaban una tarea inmensa que, para ellos, se confundía con sus privilegios y su carrera.» A. CILIGA: *Dix ans derrière le rideau de fer,* tomo I, París, 1950 (la primera edición es de 1938.)

rrota, de haberse inspirado en un auténtico espíritu revolucionario. Para combatirlos, Stalin utilizó el ala derecha del partido, encabezada por Bujárin, Ríkov y Tomskiy —responsables por estas componendas con el capitalismo— con la acusación de haber proporcionado armas a los panfletarios de la NOP contra él, que le reprochaban, además, haber favorecido un «retroceso» mayor que el previsto por Lenin. De modo que el victorioso Secretario General había de seguir maniobrando.

En los tiempos de la primera *troika* llegó a condenar el «revolucionarismo» trotskista, acusándolo de haber acelerado la industrialización del país, llegando a provocar una superindustrialización abiertamente contraria a los intereses de los campesinos. De esta forma, después de la escisión del triunvirato, el bloque formado por la burocracia staliniana con la tendencia encabezada por Bujárin y con el ala derecha, no consiguió otro resultado que precipitar las últimas consecuencias de la Nueva Política Económica. Ahora, si quería desembarazarse de los derechistas como se había desembarazado de los jefes izquierdistas, cuyas tendencias podían pasar por las que mejor se amoldaban a la doctrina de Marx, Stalin debía operar necesariamente un paso doctrinal a la izquierda. Y esta vez se trataba de una izquierda no peligrosa para él en lo inmediato, puesto que sin Trotskiy estaba reducida a la impotencia; mientras algún otro teórico u hombre de acción no viniera a sustituir al desterrado en Alma Atá.

Con todo ello, mientras los partidarios de Bujárin eran fáciles de vencer porque se trataba de doctrinarios sin masas, los izquierdistas habían de ser conquistados, y Stalin comprendió que no podría incitarlos a adherirse a su política mientras no les demostrara su propio izquierdismo. En vista de lo cual, después de haber sido uno de los más firmes defensores de la NEP para eliminar a los jefes del ala izquierda con el apoyo de las derechas, dará esta experiencia por terminada y emprenderá la absorción del llamado «sector privado» por el «sector socialista» con el primer Plan Quinquenal de industrialización y de colectivización agraria, fundado en su propósito de atraerse a las izquierdas para crear con ellas la nueva clase que el régimen necesitaba sobre todas las cosas para subsistir [23].

El móvil que empujó a Stalin y a sus colaboradores —casi todos provenien-

---

[23] Tan evidente que se ha podido escribir: «... a fin de que la cima de la pirámide quedara bajo la dominación indiscutida de Stalin y de su grupo, se emprendió inmediatamente una lucha para someter o destruir, también en el partido, las tendencias de derechas todavía subsistentes, en primer lugar la de Bujárin, desafiándolas allí donde todavía eran fuertes, entre los campesinos. Así fué ordenada por Stalin la colectivización forzosa de la propiedad agrícola pequeña y media, que se habían constituído penosamente después de 1923, gracias a la nueva política económica prometida por Lenin, y de seis a siete millones de campesinos fueron echados de sus granjas, matados o deportados a Siberia para ser condenados a trabajos forzados.» I. SILONE: *Op. cit.*

tes de la joven izquierda trotskista, pero decididos a hacer carrera— a practicar en la ciudad y en el campo esta política, Trotskiy lo justifica por el hecho de que, «alrededor de 1927, se hizo claro para todos... que las exigencias de la burguesía aliada eran, por su naturaleza misma, ilimitadas. El *kulak* quería la tierra en propiedad absoluta. El *kulak* quería obtener el derecho de disponer libremente de toda su cosecha. El *kulak* no paró hasta crear su propio contraagente en la ciudad, bajo la forma del comerciante y del industrial libre. El *kulak*, al mismo tiempo que el pequeño industrial, trabajaba con las miras puestas en la restauración completa del capitalismo. Así se abrió la lucha irreconciliable para el superávit de los productos del trabajo nacional. ¿Quién debía disponer de este superávit en el próximo porvenir, la nueva burguesía o la burocracia soviética? Tal era la pregunta que estaba a la orden del día. Aquel que dispusiera del superávit de los productos tendría el poder del Estado a su disposición. Esto fué lo que desencadenó la lucha entre la pequeña burguesía... y la burocracia termidoriana... Era la lucha directa por el poder y los ingresos» [24].

Si la conclusión es correcta, la argumentación es falsa. Ni los *kulakí* ni los pequeños industriales disponían de medios suficientes para, no digamos ya emprender la lucha con vistas a la restauración del capitalismo, sino para pensar siquiera en ello. Fuera del hecho de que, como hemos comprobado en un capítulo anterior, el «sector privado» había desaparecido casi completamente en 1927 en lo que respecta a la industria, es conveniente señalar que los campesinos no disponían de ningún medio de expresión para hacer valer sus reivindicaciones. Es innegable que *deseaban* disponer libremente de la totalidad de sus cosechas de modo a comerciarlas sin necesidad de intermediarios —puesto que así razonan, con toda justicia, todos los campesinos del mundo—, pero lo es también que no estaban organizados, ni siquiera en el plan financiero, y que lo único que podían esperar era la prolongación del estado precario en que vivían desde 1921. Ello no constituye ningún propósito tenebroso, y, pese a lo que Trotskiy afirma, no coincide en absoluto con la voluntad de toda una clase para lograr «el control de superávit de los productos». Pero que el propósito de lograr este control existiera en la burocracia es evidente, aun cuando, para lograrlo, tuviese que crearlo previamente por los medios más despiadados, que eran precisamente aquéllos que Trotskiy no había cesado de preconizar antes de su caída del poder. Para mantenerse en la cima de la pirámide, Stalin y su burocracia debían procurarse las condiciones que les permitiesen imponer su poder al conjunto de la sociedad rusa de modo inamovible. Para ello se hacía preciso: crear una industria poderosa, una superindustria, cuyos productos, y el superávit de los productos, permaneciese indiscutiblemente en sus manos.

---

[24] L. TROTSKIY: *Op. cit.*

Para lograrlo tenían que asegurar al proletariado —que en los años venideros iría ensanchándose pletóricamente— los productos de campo y los alimentos necesarios para su subsistencia. Tales productos y alimentos sería imprescindible controlarlos para disponer de ellos en su totalidad —esto es, productos y superávit— de modo a asegurar una distribución que resultara gratuita a la burocracia. Tal es la razón de la colectivización agraria. No es el deseo de los agricultores de restaurar el capitalismo, ni parcial ni completamente, que se encuentra en la fuente de los acontecimientos de los años posteriores a 1927, sino la voluntad de la burocracia staliniana de crear un poderoso capitalismo de Estado que pusiera en sus manos, para la eternidad, todas las palancas del poder por medio del control absoluto de la totalidad de los recursos de la sociedad rusa [25].

* * *

En 1928, Rusia tiene que enfrentarse con un porvenir sombrío. La muerte de Lenin ha dado el golpe final a la unidad del partido. Unidad que, hasta su enfermedad, había podido mantener, no sin dificultades, gracias a su poderosa personalidad y a su ascendiente sobre las tropas del bolchevismo. Trotskiy ha desaparecido del escenario político; Zinóviev y Kámenev, ya no cuentan, porque son despreciados y que, en verdad, nunca lograron obtener eco profundo en el PC; la derecha bujariniana ha sobrevivido tan sólo mientras fué útil a Stalin para proporcionarle las bases dialécticas en su conquista del poder. De todos los dirigentes de octubre, el georgiano es el único que queda en la carrera.

---

[25] Ver la importantísima obra de MILOVAN DJILAS: *The New Class. An Analysis of the Communist System*, Nueva York, 1957, en la que los pormenores de este necesario control están inmejorablemente estudiados, pese a un punto de partida sociológicamente falso e históricamente erróneo.

Señalemos que la oposición trotskista a la política de los planes quinquenales cargó sobre los métodos, no sobre los conceptos y que, en todo esto, ningún miembro de la Cuarta Internacional jamás protestó contra las espeluznantes condiciones de vida hechas al trabajador de la ciudad y del campo por la nueva burguesía dzhugashviliana. ANTON CILIGA, comunista yugoslavo, que vivió en la URSS de 1926 a 1936, escribe al respecto: «El trotskismo como el stalinismo no veía en los acontecimientos más que una lucha entre dos sistemas sociales: el socialismo y el capitalismo privado; entre dos clases: el proletariado y la burguesía, incluyendo en esta última a los *kulaki* y a los vestigios de las antiguas clases dirigentes... La diferencia consistía en que stalinianos y trotskistas identificaban el capitalismo de Estado con el socialismo y la burocracia con el proletariado. Trotskiy, tanto como Stalin, confundía el Estado con el proletariado, la dictadura de la burocracia sobre el proletariado con la dictadura, la victoria del capitalismo de Estado sobre el capitalismo privado con una victoria del proletariado. La diferencia entre Stalin y Trotskiy consistía en eso que Stalin veía socialismo puro, pura dictadura del proletariado en lo que hacía, mientras Trotskiy veía y subrayaba las lagunas y las deformaciones burocráticas del sistema.» *Op. cit.*, tomo I.

Frente a él están los militantes, en su mayor parte izquierdistas, es decir, trotskistas, y en no pocos casos miembros de aquella oposición a la que Lenin había calificado de anarquista en vísperas de la NEP. Unos y otros han sido denotados, porque, primero, para servir a Lenin, luego, por su propia cuenta, Stalin, entre 1919 y 1927, ha sabido controlar las superestructuras del partido, instalando en todos los puestos de mando de las ciudades grandes y pequeñas, en todos los comités locales por pequeños que sean, hombres de su devoción, funcionarios amenazados en su situación personal por los *sovieti,* tal como los concebía el exilado en Alma Atá, por los «anarquistas» que veían en ellos los beneficiarios de un nuevo Termidor, y que no han podido salvarse sino aceptando obedecer ciegamente al Secretario General, en quien, poco a poco, toda la burocracia ha llegado a personificarse.

Ahora es necesario hacer frente a la masa de los militantes sin jefe, pero descontentos, que, el día menos pensado, pueden desencadenar un nuevo asalto. Y es necesario actuar con rapidez porque la situación interior e internacional facilita a la posible oposición armas que se renuevan sin cesar y que son eficaces: en el interior, el resurgimiento de una clase de comerciantes libres y de campesinos independientes que, según los «gubernamentales», puede transformarse en corriente política si Bujárin y sus «jóvenes economistas» logran encabezarla, y ello puede ser tan peligroso para Stalin y su grupo como para los comunistas íntegros; en el exterior, los fracasos del *Komintern* en Europa y en Asia, que devuelven su importancia a la Segunda Internacional. Por donde puede venir una coalición de los socialdemócratas con los burgueses, que diera lugar —siempre según los «gubernamentales», pero, en verdad, conjetural si tenemos en cuenta la falta de visión política de los dirigentes de los países democráticos en aquella época— a una situación parecida a la de 1918.

En este conjunto complejo de intereses contrapuestos que proporcionan un aspecto de fluidez extrema a la vida social rusa, el idealismo revolucionario ha desaparecido por completo. Sólo existe un sentimiento, poderoso empero: el temor de perder, Stalin y los suyos, el mando, los izquierdistas la vida, y los comerciantes y campesinos su independencia económica. Una vez más, el único que ve claro, y comprende cómo hay que actuar, es Stalin. Ya experimentado en todos los juegos políticos, más libre en su acción —tanto porque la conduce en secreto, como porque, desde el destierro de Trotskiy, sus antagonistas eventuales no son más que mediocres pensadores sin cortejo— puede llevar a cabo una de sus acostumbradas maniobras relámpago.

Así como se hubo aliado con los derechistas para eliminar a Trotskiy con el pretexto de la NEP y de la «restauración económica», esta vez se aliará con una izquierda sin jefes para desencadenar una acción tanto más imprevista cuanto que es una acción con carambola, cuya doble fase desorientará a sus adversarios, quitándoles toda posibilidad de reacción en el plano ideológico, y a sus mismos

aliados, empujándolos en un callejón sin otra salida que la que él mismo les imponga. Esta acción por carambola se llama «Socialismo en un solo país».

Esta tesis ha sido ideada dialécticamente. Socialismo significa socialización, es decir, industrialización intensiva, pero no ya en el marco de una economía relativamente libre como durante la fase de la Nueva Política Económica, sino en el del capitalismo de Estado, esto es, en un sistema político y económico controlado por la burocracia del partido comunista. Significa igualmente que, al proclamar la necesidad de llevar esta tesis al plano de las realizaciones concretas, se acalla a la oposición de izquierdas, que encontraba su razón de ser en lo que la NEP contenía de contradictorio para con el marxismo doctrinal. Finalmente, socialización significa colectivización agraria, es decir, que, esta vez también, dicha oposición obtiene la destrucción de la clase de los campesinos independientes, apodados *kulakí* circunstancialmente. Campesinos independientes cuya presencia en el corazón de la sociedad rusa constituía la esencia de la argumentación antistalinista. De este modo se puede ver cómo, al quitar toda base dialéctica a la oposición de izquierdas ex-anarquista y ex-trotskista, Stalin tira por la borda a la derecha.

El segundo término de la tesis —«en un solo país»— nos revela otra maniobra staliniana realizada pensando en esta segunda maniobra mencionada al hablar de acción por carambola: por una parte, si realiza el socialismo industrial y agrario, lo realiza solamente en Rusia, es decir, bajo el control del PC de la URSS, es decir, de Stalin; en segundo lugar, al realizarlo Rusia únicamente, puede dejar de lado todas las preocupaciones contenidas en el programa doctrinal de la Internacional comunista y desembarazarse de una vez por todas de Zinóviev y de los comunistas extranjeros que exigen demasiado de Rusia, por una parte, y, por otra, de los sindicalistas vernáculos que, bajo la guía de Tomskiy, han entrado en relaciones estrechas con el obrerismo occidental, singularmente con las *Trade Unions* británicas. Y este resultado ha sido alcanzado, no digo fácilmente, pero sí rotundamente entre 1928 y 1933. Y sería quizá mejor hablar de una serie de resultados concatenada sistemáticamente.

Tan es así que, a partir del bienio 1934-1935, Stalin podrá proceder, gracias a los resultados así obtenidos a expensas de todo aquello que podía contener gérmenes de amenaza para su poder totalitario, a la extinción física de la antigua oposición. En 1934, para Stalin se tratará solamente de dar el último toque a la liquidación de lo que podríamos llamar la cola de la oposición, esto es, de quienes, alguna vez, fueron enemigos, incluso si se han llamado a sosiego, por uno u otro motivo, desde hace casi diez años. Operación llevada, pues, en dos tiempos: liquidación ideológica durante el período del «socialismo en un solo país»; liquidación física de lo que queda de antiguos contrincantes, durante la fase siguiente. Toque final que es como la útima pincelada del artista, al fin satisfecho de su obra. Pero ello es anticipar...

Lo que por el momento nos interesa es la fase del «socialismo en un solo país», durante la cual Stalin se deshace de todos los enemigos posibles: dando satisfacciones de orden doctrinal a los unos; privando de toda preponderancia en el partido, en el país y en el mundo a los demás.

Obra maestra realizada fríamente, sin el menor asomo de escrúpulo, sobre la carne de un país al que se impone una serie ininterrumpida de sangrías, solamente para asegurar la permanencia de un poder personal que triunfa, menos por el genio de quien lo exhibe que por la mediocridad de quienes han querido salirle al paso.

Para Stalin, en efecto, no importa mucho que este poder, único en la historia, sea alcanzado al precio de millones de vidas, las de los campesinos colectivizados o «deskulakizados», por el juego del maquiavelismo más cruel y por la realización de una de las estafas más monumentales que haya sido dado registrar a un hombre en la vida de la humanidad.

Esta estafa ya no pertenece solamente al desagradable y sórdido capítulo de las rivalidades tácticas o doctrinales en el seno del PC ruso, capítulo cuyo contenido conocemos perfectamente desde el «canibalismo» de los jacobinos. Pertenece sencillamente al más modesto capítulo de las relaciones humanas y, más que sobre cómplices con quienes se dejó de entenderse, con quienes no se quiere ya repartir el botín, actúa sobre la inmensa clase media de los habitantes de la ciudad y de la aldea a quienes, formal y solemnemente, se había permitido comerciar y, en un arrebato de rivalidad con el famoso precepto de Guizot, «enriquecerse». Millones de hombres que habían creído volver a vivir y a los que por el contrario, se condena, del día a la mañana, a morir de hambre y de desesperación, quitándoles, no sólo los bienes terrenales, lo que es una desgracia que siempre puede compensarse, sino, sobre todo, los medios para compensarla al deportarlos; sin permitirles llevar más que aquello que tienen puesto, ni hacerse acompañar por su mujer y sus hijos, a quienes se dispersa también hacia los cuatro puntos cardinales del paraíso socialista [26].

---

[26] Estas deportaciones, tradicionales en el régimen soviético, y que han ido sistematizándose a medida que la dictadura staliniana, prolongándose, se asentaba, encuentran su motivación, diremos metafísica para darles gusto a los intelectuales del tipo Merleau Ponty, en lo que podríamos llamar desacralización de la idea de justicia, que consiste en la voluntad primordial de humillar al enemigo antes de hacerlo desaparecer de la faz de la tierra, hasta quitarle su última oportunidad de afirmar su libertad espiritual proclamando la excelencia de su causa. El caso del cardenal Mindszenty es típico a este respecto, no tanto por la iniquidad misma que se encuentra en la base del siniestro montaje de que fué víctima este Príncipe de la Iglesia, sino por el propósito diabólico —no hay otra palabra— evidenciado en todo este asunto por los colaboradores pseudojurídicos de Matías Rákosi. Todo ello es evidente en la misma Rusia y basta para demostrarlo la inmensa falange de condenados por la llamada justicia soviética, desde los

Aquí mismo, apuntemos que, contrariamente a las cínicas afirmaciones de la propaganda staliniana, estos hombres no eran capitalistas cuya existencia ponía en peligro la soberanía del Estado soviético, o cuyas especulaciones amenazaban la independencia y la seguridad de la patria socialista. Eran hombres modestos que durante años habían trabajado en el campo y en la ciudad para proporcionarse un relativo bienestar económico y cuya actividad no podía ser peligrosa para ese Estado por las siguientes sencillas razones:

1.ª Si los capitales «acumulados» por ellos hubiesen llegado a ser cuantiosos, no les hubiera sido posible entregarse a especulaciones de ninguna especie en el mercado interior, porque en Rusia no existían bolsas de valores, ni en el mercado internacional, puesto que el comercio exterior se encontraba enteramente entre las manos del Estado.

2.ª Las cifras de las balanzas comerciales interiores nos revelan que, aquí también, el Estado detentaba las palancas del comercio y de la industria: en materia comercial, por un balance que, durante el ejercicio 1927-1928, alcanzó la cifra de 15,156.600.000 rublos, el comercio privado no cubrió más que rublos 3,406.600.000 frente a los 11.750 millones de rublos del comercio estatal; en el campo industrial, la pequeña empresa privada empleó solamente el 12 por 100 de los trabajadores.

3.ª En el campo, por más que el millón de *kulakí* señalado por las estadísticas oficiales se hubiese enriquecido —y pronto se verá con qué facilidad se llamó *kulak* a todo aquel de quien el gobierno quería desembarazarse—, estos *kulakí* estaban diseminados por todo el país, del Báltico a Kamchatka, de Crimea al Mar Blanco, sin ninguna posibilidad de acción común, sin ningún medio para comunicar entre sí con vistas al establecimiento de un programa económico político de clase, sin la mínima conciencia de clase. Y esto debían saberlo los dirigentes soviéticos, puesto que, siempre, habían proclamado la falta de dinamismo revolucionario o tan sólo político —incluso desde un mero punto de vista conservador— de las masas rurales rusas [27]

---

burgueses y aristócratas de 1917 hasta los bálticos y demás satelizados de nuestra contemporaneidad, pasando por los kulakí, trotskistas, católicos, protestantes, sionistas y otras víctimas del apetito staliniano. Que las víctimas de esa justicia sean liquidadas de inmediato con un tiro en la nuca —destino envidiable— o utilizadas hasta que mueran de hambre y de agotamiento en los campamentos de deportación del círculo polar, el concepto es el mismo. La única diferencia entre unos y otros radica en que sólo se mata a los más representativos mientras se utiliza a los demás, pero a unos y a otros se los humilla en la tentativa de destruirlos espiritualmente.

[27] Basta referirse a las obras siguientes, escritas y publicadas antes de la revolución de octubre:

De LENIN: *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*, figura en el tomo XIII de las «Obras completas».

De todo ello cabe, pues, sacar algunas conclusiones. No serán más pobres en enseñanzas aquellas que surgen de las «estafas del oficialismo». El examen objetivo de la situación de Rusia en los años posteriores a 1927 nos revela que Stalin mintió constantemente al invocar la existencia de un peligro interior constituído por lo que llama clase de los «conservadores reaccionarios», peligro evidenciado, según la propaganda soviética, por la existencia de un poderoso capitalismo privado organizado para destruir el Estado socialista. Este capitalismo no existía. Consecuencia: tampoco existía el peligro señalado. Por consiguiente, al proclamar la existencia de este peligro capitalista, Stalin quería solamente:

1.° Desarmar a la oposición de «izquierdas» con argumentos falsos sacados de la falacia misma de la plataforma política de dicha oposición.

2.° Asegurar para sí mismo y para la burocracia compuesta por sus clientes políticos el control de todos los recursos de la nación, los particulares como los públicos, implantando el capitalismo de Estado, forma real del llamado «socialismo en un solo país», mediante la «ocupación» del conjunto de la sociedad rusa.

3.° Asegurarse nuevos clientes al crear nuevos intereses en el partido por intermedio de la política de industrialización y de colectivización agraria, que ofrecía posibilidades ilimitadas de autoprogreso y de superación social y económica a los elementos más ambiciosos de la nueva clase en formación.

Aquí solamente, y en ningún otro lugar —y menos que nada en un idealismo revolucionario—, se encuentra la esencia de aquello que se ha llamado «comunismo staliniano».

Unicamente de este modo podemos ver delinearse con claridad las cuatro fases del pensamiento político soviético.

En una primera época, hemos asistido al triunfo, en la minoría de obreros y de soldados agentes de la revolución de octubre, de la idea de «democracia de los *sovieti*», en la que todas las fuerzas vivas de la revolución —sin distinción de doctrina— conquistan el Estado. Esta es la que podríamos llamar fase heroica de la revolución, que cubre los años 1917 a 1921 y está dominada por el romanticismo revolucionario, único vehículo de la victoria sobre el enemigo interior y exterior.

La segunda fase, que empieza con la Nueva Política Económica y, más acá de la muerte de Lenin, se extiende hasta la derrota de la fracción trotskista; es una fase fríamente empírica durante la cual Lenin hace pasar el control sobre el país de las manos de la democracia obrera, encarnada en los Consejos ya compuestos únicamente por bolcheviques, a las de los jefes del partido único. Durante esta fase empírica de la revolución, cuando la operación interior se afirma

---

De TROTSKIY: *1905*, Viena, 1909.

De GORKIY, resulta utilísimo al respecto el ensayito *El campesino ruso en la revolución de octubre*, que es de 1922.

—mientras vive el dictador—, la personalidad de éste es suficiente para convencer a los enemigos de la necesidad de esa dictadura para salvar aquello que, con optimismo exagerado, llama «resultados de la revolución»; a partir de la enfermedad de Lenin, entra en juego la apetencia de mando, generadora de la lucha por la conquista del Estado. A partir de este momento, lo que hemos llamado pensamiento político soviético no es más que la expresión de tácticas y de maniobras, más o menos sórdidas, en las cuales Stalin se revela más hábil que todos sus rivales reunidos.

La tercera fase, que empieza con el exilio de Trotskiy y encuentra su término formal el 5 de marzo de 1953, día de la muerte de Stalin, se caracteriza por la ausencia total de conceptos doctrinales que no sean los de la personificación del dictador con el Estado, el partido y la misma sociedad. Esta tercera fase, aun cuando se disfrace con los oropeles de la «línea general», que pretende ser la única interpretación legítima del marxismo, no tiene nada que ver —menos aún que las anteriores— con el verdadero marxismo. La «línea general», en efecto, no es más que el comodísimo *instrumentum regni*, con el cual el dictador impone la ley de su dominación personal y de sus caprichos, muchos de ellos sangrientos, primero, a Rusia, en la fase de elaboración y de afirmación del concepto de «socialismo en un solo país», luego, fuera de Rusia a consecuencia del expansionismo soviético que viene a ser la forma dzhugashviliana del principio de «revolución permanente».

La cuarta fase, que empieza con la muerte del dictador y se encuentra en pleno desarollo en el momento en que se escriben estas líneas, nos permite asistir, a través de los pormenores de la nueva lucha por la sucesión —menos sangrienta, pero no menos enconada que la primera— a la reafirmación de la Unión Soviética como potencia militar de primera magnitud que hace cara a las naciones del grupo occidental en cualquier lugar del mundo donde, más allá de toda consideración doctrinal y en nombre exclusivamente de un expansionismo libremente proclamado, ve posibilidades para mejorar su dispositivo estratégico con vistas al choque final, en cuyo desenlace se encuentra la dominación de todos los recursos del mundo.

Se impone ahora sacar las conclusiones siguientes del examen somero de estas cuatro fases:

1.ª A los cuarenta años de la revolución de octubre la experiencia soviética no ha desembocado aún en una sociedad gobernada por los productores, como había querido Marx, sino en un sistema perfectamente elaborado, de esclavización del proletariado en beneficio exclusivo de una nueva oligarquía, cerrada y reducida en extremo, que ha organizado la producción de modo a ser la única beneficiaria de lo que Trotskiy llamaba «superávit de los productos»: esclavización del proletariado industrial, encerrado en las redes inextricables de un nuevo *Lumpenproletariat*, y del proletariado rural al que la colectivización ha hecho

retroceder a un estado de servidumbre que no tiene precedentes en la Historia, a no ser en la organización incaica anterior al descubrimiento.

2.ª Para poder mantenerse en la cima de la pirámide, no ya con el apoyo de la población, sino por el empleo sistemático del terror, Stalin y sus sucesores no han vacilado en arrojar por la borda todos los supuestos de la dialéctica marxista relativos a las «superestructuras» ideológicas, es decir, en violar las normas que el profeta de Tréveris había elaborado con vistas a la instauración de su utópica sociedad de trabajadores y de violarlas en nombre de una muy real sociedad de clases, férreamente jerarquizada con vistas a la instauración en escala mundial de una empresa de producción, planificada desde el Kremlín para beneficio exclusivo de la oligarquía mencionada.

La parte final de esta obra estudia en detalle estas operaciones.

CAPÍTULO XI

VITAMINAS Y CALORIAS

La mística del Plan Quinquenal, primer plano y bambalinas — Sistematización del Terror — «¡Alcanzar a América!» — Catástrofes en la fábrica y en la aldea — Pormenores de la «liquidación de los *kulaki* como clase» — La hambruna de Stalin — El sargento Prishibéiev y los vahidos del triunfo — Purgas por doquier — El partido y la sociedad — Preocupaciones de Iaroslavskiy-Gubelman — Ilotización del mundo obrero por la dosificación de los alimentos

La empresa, extraordinaria por los medios fríamente empleados en vista de su realización y por los resultados que proporcionó, que la historia conoce con el nombre de «política de los planes quinquenales», encuentra su primer motor en la acción personal de Lenin, quien supo imponerla y dirigirla, pese a los temores y a las críticas que suscitó desde el primer día de su puesta en marcha.

Como señala un eminente historiador italiano, ésta era, en efecto, una empresa verdaderamente excepcional, puesto que, después del largo período de respiro, consentido al pueblo ruso con la NEP, se trataba, pura y simplemente, de volver a imponerle las restricciones y penurias del comunismo de guerra. Con ello, los dirigentes soviéticos no podían ignorar que, esta vez, caminaban al encuentro de incógnitas temerosas, posiblemente mortales. Pero el mismo observador, mientras está en lo cierto cuando señala que los cálculos efectuados en materia técnica y financiera, con su natural coeficiente de error, disponían en su conjunto de bases positivas, cae en el error al afirmar que, para superar la incógnita que ofrecía el terreno psicológico, «no podían bastar medidas de coacción, y mucho menos el terror» [1].

[1] E. LO GATTO: *Storia della Russia*, Florencia, 1946. Baste señalar que la pena de muerte contra los hechos de huelga fué establecida el 6 de junio de 1927 (párr. 2 del art. 58 del Código Criminal), para encontrar una respuesta, que es al mismo tiempo un desmentido, a la afirmación del indulgente historiador, hecho que, por lo demás, no quita nada de sus méritos eminentes a la obra citada.

Para Stalin no se trataba ya de durar algunos días más, como en los tiempos de su rivalidad con Trotskiy, sino, mucho más sencillamente, de triunfar o sucumbir. Se había hecho evidente que, después de diez años ejerciendo el Poder, el régimen soviético no había conseguido hacerse aceptar por el país y que, comparada con la de 1917, la situación del partido bolchevique había empeorado considerablemente, si tenemos en cuenta que ya no se podía hablar siquiera en el partido de la unanimidad que había hecho posible el triunfo de octubre. Esta unidad había sido rota de modo irremediable por los acontecimientos consecutivos a la enfermedad de Lenin y no podía servir de punto de partida para la consecución de un vasto consenso nacional. Cuando el señor Lo Gatto estima que el terror no hubiera podido bastar para hacer aceptar a las masas la idea de sufrimientos renovados, no puede sino referirse al terror tal como se lo concebía en los tiempos «heroicos» de Moisés Uritskiy, en los tiempos cuasi románticos de la guerra civil, es decir, un terror engendrado día a día por la presión de las circunstancias. Pero ahora, tras diez años de experiencias bien aprovechadas, para los hombres del Kremlín, en verdad, se trataba solamente de proyectar un plan sistemático de terror, exactamente como habían trazado sus planes de reestructuración económica, y de trazarlo de modo tal que las penurias provocadas por estos últimos fuesen aguantadas por los rusos sin que les quedara posibilidad alguna de rebelarse. Fuera y más allá de toda medida de orden policial, la mejor sistematización del terror consistía en generalizar el hambre y en substituir la libertad relativa de los tiempos de la NEP por una reglamentación rigurosa de las condiciones de trabajo y de la vida social, que encerrara a la población en una especie de presidio a cielo abierto. Así, a partir de 1928, mientras la *Chekâ,* que al tiempo que seguía ejerciendo su vigilancia despiadada sobre los ciudadanos extendía sus medidas de represión hasta erigirse en órgano todopoderoso y omnipresente por la multiplicación de sus tribunales secretos y de sus sentencias expeditivas sin apelación, la burocracia estatal establecía planes de racionamiento que, al asegurar a la población trabajadora un mínimo vital, apenas suficiente, calculado según el precepto de Ricardo, quitaban a las masas de descontentos, cada día más numerosas, toda libertad de exponer en público su disconformidad.

De este modo, de 1928 a 1933, los pueblos de la URSS fueron sometidos a una tensión física y psicológica llevada hasta sus virtualidades más extensas, bajo el control de los órganos policiales y burocráticos, y, hecho enteramente nuevo en la historia universal del mundo del trabajo, de una ínfima minoría, de una *élite,* de proletarios miembros del partido, cuya misión, realizada desde la dirección de los sindicatos, consistía en empujar a las masas por todos los medios, incluso los más brutales, hacia el objetivo señalado por el gobierno. Para acelerar el ritmo de la producción, es decir, para transformar en triunfos los fracasos iniciales, que señalaron en el campo y en la industria el curso del primer

Plan Quinquenal, Stalin supo renunciar al desprecio de la Escuela por las superestructuras ideológicas en el intento de suscitar lo que se ha dado en llamar, con bastante exageración, la «mística del Plan Quinquenal» [2]. Todo fué utilizado, la prensa, la literatura, el teatro, el cinematógrafo, la Universidad. Se suscitó entre las «cuadrillas de asalto» de las fábricas y de las granjas una emulación que, más que de la tensión de una agonística deportiva, extraía sus motivos del temor por los reglamentos intensificados por la presencia del comisario de Policía. Se otorgaron distinciones honoríficas, acompañadas de premios en metálico, a los descubridores —obreros o técnicos— de procedimientos más racionales de producción. Así nació el extraño fenómeno sociológico conocido con el nombre de *stajanovismo,* del nombre de quien lo inventó, un minero de la cuenca del Dóniets llamado Alexei Stajánov. Necesario es especificar, con respecto al stajanovismo, que, si bien todo método capaz de determinar un aumento de la producción sin ocasionar gastos suplementarios ni obligar a nuevas inversiones de capital debe tomarse en consideración bajo cualquier régimen de explotación, el capitalista, el colectivista o el corporativo, los medios puestos en obra en la URSS, a partir del momento en que salen del terreno experimental, donde han sido perfeccionados por las «cuadrillas de choque» para entrar en el de la política general de producción, se asemejan demasiado a la imposición forzosa para que se los pueda considerar como tendientes *también* al mejoramiento de las condiciones de trabajo y de existencia del mundo obrero, ya que, en la URSS, cuando un método de producción es reconocido como eficaz en la esfera en que ha sido elaborado por los *udárniki* [3], la dirección del sindicato impone su adopción al conjunto de empresas que dependen de él, sin tener en cuenta el grado de mayor o menor calificación de los obreros, y, al establecer sus estadísticas, en función de los resultados logrados, obtenidos experimentalmente, exige que sus previsiones sean enteramente cubiertas al final del ejercicio considerado. Cuando estas previsiones —que, en la URSS, se llaman «normas»— no han sido cubiertas, el sindicato toma medidas disciplinarias, como multas, suspensiones, radiaciones de las cooperativas e, incluso, deportaciones a los campos de trabajos forzados [4]. Esta es la razón por la que Sergo Ordzhonikidze, Comisario del pueblo para la Industria Pesada, pudo declarar ante el Primer Congreso de los Trabajadores Stajanovistas: «Si un stajanovista tuviese que presentarse allá (en el mundo

[2] Wolf Giusti: *Il trentennio sovietico, 1917-1947,* Roma, 1947.

[3] *Udárnik,* trabajador de choque.

[4] El stajanovismo no es más que la edición comunista, sistemáticamente despiadada, por consiguiente, del sistema Taylor o Bedeau en vigor en los países capitalistas. La inspiración es la misma, sólo varían los métodos de aplicación. De esta suerte, aquello que Sorel dijo del taylorismo de su tiempo, puede aplicarse perfectamente al stajanovismo: «No me extrañaría que la admiración que ciertos consejeros de los grandes industriales han manifestado por el sistema Taylor proviniera del deseo de hacer aceptar

capitalista), sería un personaje altamente impopular ante la masa obrera, por cuanto el aumento intensificado de la productividad del trabajo llevaría al despido de por lo menos una tercera parte, y quizá más, de los trabajadores, con aumento correlativo de la desocupación. Pero la industria soviética se extiende tan rápidamente y tan vasto es el mercado interior ruso para cualquier especie de productos, que los trabajadores despedidos de una fábrica pronto están absorbidos por otra, aunque no siempre en trabajos de su agrado» [5]. Y este último problema debió presentarse a los dirigentes soviéticos con carácter tan apremiante, que para evitar las deserciones, es decir, para quitar a los obreros toda posibilidad de ir a buscar por su propia cuenta un trabajo de su agrado, un decreto

---

por los obreros la idea de que, en la organización de los talleres, todo viene del dueño»: en *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, París, 1918.

Una explicación satisfactoria del stajanovismo en sus causas y sus efectos se encuentra en el ensayo de M. YVON, *Ce qu'est devenue la révolution russe*, publicado en la revista «Révolution Prolétarienne» (París, 1937), cuando escribe, al término de una estancia de varios años en las fábricas de la URSS: «Rusia soviética es el país por excelencia de la racionalización: *todo trabajo se hace a destajo o en cadena*. Actualmente, como consecuencia del stajanovismo, se está generalizando el trabajo a destajo con primas a la superproducción: el famoso *sweating system* (sistema del sudor) que el capitalismo no había logrado imponer a los obreros. Se ha suscitado en las fábricas una atmósfera que incita a trabajar siempre más aprisa; por doquiera banderolas coloradas hieren la vista: *¡Producir en siete horas más que en ocho!*, *¡No hay un minuto que perder!*, etc..., estas fórmulas se repiten aun sobre las máquinas; es una obsesión. En las fábricas menos importantes, funcionarios especiales tienen por única ocupación la de cronometrar el trabajo y fijar los promedios máximos según los cuales se establecen las *normas* y se fija el precio del destajo. Todo minuto improductivo debe recuperarse, todo movimiento improductivo suprimirse. Se quiere superar a Ford... Por doquiera, la cadencia del trabajo alcanza el máximo que es posible obtener, en función del trabajo material, la calidad de las materias primas, la experiencia profesional y el grado de alimentación de los trabajadores. Entre la cadencia rusa de 1913 y la de hoy existe una aceleración por lo menos tan grande como la que se registró en los países de Occidente entre las dos mismas épocas.

»Actualmente, se enfrentan en la fábrica soviética, por una parte, el aparato del Estado que ordena el cumplimiento de los Planes Quinquenales a velocidades cada vez más intensas y a precios cada vez más bajos, y, por otra, los trabajadores que oponen una resistencia sorda a la aceleración de la cadencia de trabajo y tienden toda su energía en vista del aumento de los salarios. La vieja lucha de los de abajo contra los de arriba.»

Al lado del testimonio del francés Yvon, el de otro testigo directo, el ingeniero norteamericano John D. Littlepage, espectador por adentro del drama de la industrialización de Rusia, resulta igualmente muy importante. Littlepage trabajó en Rusia de 1928 a 1937 en calidad de ingeniero adjunto al jefe del *trust* soviético del oro y asistió a todo el desarrollo del drama. Su obra, *A la recherche des mines d'or en Sibérie, 1928-1937* (París, 1948), es impresionante.

[5] Citado por W. H. Chamberlin en *Collectivism, a false utopia*, Nueva York, 1937.

del *Sovnarkom,* con fecha 20 de diciembre de 1928, estableció para todo trabajador la obligatoriedad del Carnet de Trabajo, sin el cual le era imposible hacerse admitir en una empresa de su elección y obtener su ración de alimentos fuera de la cooperativa de empresa indicada en dicho documento.

* * *

El Plan Quinquenal número uno —la primera *piatiletka*— que fué aprobado después de largos meses de estudio y puesto en aplicación a partir del 1.º de marzo de 1928, era dogmático y rígido en extremo. Contrariamente a las propuestas iniciales, que tenían en cuenta la imprevisibilidad de las circunstancias, presuponía la imposibilidad de toda pérdida considerable en las cosechas de los futuros cinco años, una sensible expansión del comercio exterior mediante el aumento de las exportaciones, el pronto aflujo de créditos internacionales a largo plazo, el mejoramiento cualitativo de la produción industrial y la consecución del equilibrio presupuestario [6].

La financiación prevista era de 16.400 millones de rublos [7] para la industria, de 3.100 millones para la campaña de electrificación intensiva, de 10.000 millones para la modernización y la extensión de la red de transportes y de 23.200 millones para la agricultura [8]. Alcanzaba, pues, el total excepcionalmente alto de 52.700 millones de rublos.

Es evidente que, en razón de la escasez de divisas extranjeras, estas sumas tenían que salir de la población. En 1927-1928, los ingresos por impuestos directos e indirectos fueron de 70.200 millones de rublos. Con toda frialdad, el plan prevé que, para el ejercicio 1932-1933, deberán alcanzar la cifra de 128.000 millones. En materia de producción, los inspiradores del plan estiman que, en cinco años, los gastos deberán disminuir en 35 por 100 (24 por 100 en el precio de coste de los productos, 11 por 100 a invertir en nuevas empresas industriales); en cuanto a la producción misma, su valor deberá pasar de 18.300 a 43.200 millones de rublos, lo que representa un aumento del 136 por 100. El optimismo es menor en lo que hace a la producción agrícola, donde se prevé solamente un aumento del 21,6 por 100 de la superficie cultivable y del

---

[6] En este capítulo, sigo, en lo que hace a los particulares técnicos, los trabajos de A. Baykok, S. Alexandridi, Ch. Bettelbeim, G. Ciocca, W. H. Chamberlin, P. Grandin, C. B. Hoover, S. N. Prokopovicz, etc. Cfr. bibliografía anexa: Sección K, y apéndice: «La economía soviética planificada, 1928-1957».

[7] En 1928, el rublo equivalía, *grosso modo,* a francos franceses 13,50.

[8] De estos 23.200 millones de rublos, 5.800 provienen del Estado, el remanente de contribuciones forzosas impuestas a los campesinos «acomodados», o *kulakí,* esto es, en realidad, a todos los campesinos independientes.

5 por 100 de la producción, de modo que el valor de dicha producción pase de 16.700 a 25.800 millones de rublos.

Los autores del proyecto señalan que para que las *normas* se realicen, la población tendrá que resignarse a sacrificios muy duros y, singularmente, a reducir sus demandas de bienes de consumo hasta el mínimo más extremo. Pero, consuelo relativo, le prometen que si el éxito corona el esfuerzo exigido de ella, el valor nominal de los salarios aumentará en un 47 por 100, y su valor real, calculado en función del descenso del precio de las mercaderías, en un 71 por 100.

Los economistas soviéticos quieren, ante todo, desarrollar la industria pesada, la de los bienes de capital, construir altos hornos, fábricas gigantes, dejando sistemáticamente de lado la industria ligera, dedicada esencialmente a la producción de bienes de consumo.

Para la creación y el desarrollo de una industria pesada, el personal técnico —fuera de lo que queda de los dirigentes industriales de la época zarista— es insuficiente, mal preparado e inepto. El gobierno se encuentra, pues, en la obligación de contratar en Alemania y en Estados Unidos a veinte mil especialistas, ingenieros, arquitectos y obreros calificados. Además, debe comprar en el extranjero la maquinaria destinada a equipar las nuevas fábricas, y, para hacer frente a la falta de divisas necesarias para estas adquisiciones, se ve en la necesidad de acelerar el aumento de la producción de cereales con vistas a su exportación. Pero los *kulakí* —leed, todo campesino independiente por limitada que sea su parcela de explotación— son considerados por los nuevos dirigentes, todos más o menos antiguos discípulos de Trotskiy pasados al enemigo, como saboteadores virtuales, de suerte que, ya antes de emprender la colectivización forzosa de las tierras individuales, el gobierno decide reagrupar los latifundios, confiscados durante la guerra civil a la Corona, la Iglesia y los terratenientes, en planteles estatales, denominados *sovjozi* [9], y extender este sistema —inaugurado ya cuando empieza a funcionar el Plan Quinquenal, pero poco productivo en razón de la incapacidad de los gestores— a toda la agricultura mediante la colectivización de las propiedades individuales, cuya concentración regional tomará el nombre de *koljozi* [10]. En el espíritu de los dirigentes, esto permitirá liquidar a los odiados *kulakí* y acallar la oposición de las izquierdas.

La política de planificación obedece al triple designio de desarrollar el volumen del proletariado industrial con vistas a transformar la fisonomía social de Rusia mediante la creación de masas obreras suficientemente numerosas como para ahogar a las masas campesinas; garantizar la seguridad del socialismo en Rusia por la eliminación del «peligro rural»; fortalecer la independencia

[9] *Sovjoz*, factoría soviética, es decir, estatal.

[10] *Koljoz*, factoría colectiva.

económica de la nación para con el extranjero mediante la instauración de una economía enteramente autárquica. El lema de esta política es: «¡Alcanzar a América!»

Aquí entra en juego la «mística patriótica» hasta entonces denunciada por los comunistas como supervivencia de la época «feudal-capitalista». Para persuadir a la población de que acompañe al gobierno en una política repleta para ella solamente de penalidades, los propagandistas oficiales —los *Agitprop*— hablarán constantemente de las amenazas de guerra que los Estados capitalistas lanzan a la patria socialista; y la preparación bélica no tardará en constituir una de las tareas esenciales del plan, como lo muestra el rápido desarrollo de la industria química, de las fábricas de armamentos y de construcciones aeronáuticas, asegurado gracias a la colaboración de técnicos y de oficiales alemanes puestos a disposición de Rusia por las cláusulas secretas del tratado de Rapallo [11].

El ingeniero americano Hugh L. Cooper, creador del famoso Wilson Dam sobre el Niágara, dirige la construcción de la mayor estación hidroeléctrica de Europa, la gigantesca central de Dniepropetrovsk, sobre el Dniéper. En los Urales, otros técnicos estadounidenses construyen las mayores fundiciones del mundo, las fábricas Magnotostroi con su ciudad de Magnitogorsk. Cerca de Nizhniy-Nóvgorod —que se llamará Gorkiy cuando Iágoda envenene al «escritor proletario» por cuenta del dictador— Ford hace edificar inmensas fábricas que construyen sus automóviles con licencia suya. En Tsáritsin —que ahora se llama Stalingrado—, el ingeniero John K. Calder echa las bases de las grandes fábricas que van a equipar con sus tractores la agricultura soviética colectivizada.

En el curso de las páginas que vienen a continuación, examinaremos los re-

---

[11] LOUIS FISCHER relata que, durante una entrevista que sostuvo con Stalin el 9 de septiembre de 1927 en compañía de algunos visitantes norteamericanos, el dictador fué llevado a hacer una declaración que, «desde entonces, fué repetida como un axioma constante de la política soviética». He aquí esta declaración: «A medida que se desarrolle la revolución internacional, dos centros mundiales se formarán: un centro socialista, que atraerá a los países que gravitan hacia el socialismo, y un centro capitalista, que atraerá a los países que gravitan hacia el capitalismo. La lucha de estos dos centros por la conquista de la economía mundial decidirá la suerte del socialismo y del capitalismo en el mundo entero, pues la derrota del capitalismo mundial significará la victoria del socialismo en la economía mundial». Según comenta Fischer, «Stalin veía a Rusia compitiendo con las naciones industriales adelantadas del Occidente. Estos dos mundos existen uno al lado de otro, y están en competencia. Coexistirán hasta que uno de ellos sucumba; éste será el que se haya revelado inferior. Existen dos maneras para ganar una carrera. Una consiste en correr lo más rápidamente posible; la otra, en estropear al competidor. Durante veinticinco años, Stalin utilizó ambos métodos», en *Vie et mort de Staline*, París, 1953 (traducido del inglés).

sultados de la política de industrialización y de colectivización hasta el final de 1935, es decir, hasta la adopción de una nueva política que, merced a la abolición del racionamiento, constituyó un nuevo momento de relativo respiro para la diezmada población rusa.

* * *

Durante el período de la NEP, la clase de los campesinos pobres y medios había disminuído considerablemente, ya sea porque un cierto número de ellos, particularmente entre los de la segunda categoría, habían entrado a formar parte de la de los *kulakí*, ya porque muchos de ellos se habían proletarizado, abandonando el campo hacia las ciudades donde las industrias nacientes o renacientes pedían abundante mano de obra no especializada. Así podemos comprobar cómo el número de los miembros del proletariado industrial aumenta constantemente y pasa de los tres millones escasos, con que contaba en 1917, a once millones en 1928 [12]. Veremos pronto cuáles fueron las verdaderas condiciones de vida de este nuevo mundo ciudadano, reducido, en la mayoría de los casos, a trabajar en condiciones espantosas de precariedad.

Los organizadores de la economía soviética habían previsto para el ejercicio 1928-1929 —primer año de aplicación de la *piatiletka*— un aumento de producción del 19 por 100 en relación con el ejercicio anterior. Esta previsión fué superada en un 4 por 100, y se decidió entonces realizar ese primer plan en cuatro años en vez de cinco [13], a pesar de que los consumidores se quejasen amargamente por el descenso de la calidad de la producción, provocado, tanto por la escasez de técnicos calificados como por la carestía exclusivamente cuantitativa del esfuerzo realizado. En 1929-1930, la producción siguió aumentando, y ello sucedió igualmente el año siguiente. Al mismo tiempo, la calidad de los productos continuaba empeorando con toda perversidad, particularmente en las varias ramas de la industria ligera, sobre todo en la industria textil

Aquello que la propaganda oficial llamaba «victorias de la producción socialista» no estaba acompañado por resultados satisfactorios en materia de costos que, pese a todos los esfuerzos, seguían subiendo sin remedio. Como siempre en la URSS, la causa de este fenómeno debe buscarse en la agricultura: en 1932, la produción agrícola cayó a un nivel inferior a la de 1928, y ello mantuvo el comercio exterior —basado en la exportación de cereales como hemos visto— en un balance constantemente desfavorable.

[12] *Ibídem.*

[13] Esto fué considerado como una hazaña tan extraordinaria en la extraña dinámica tecnológica que ha ido imponiéndose a la sociedad rusa que, desde entonces, a la palabra *piatiletka* (Plan Quinquenal), en los diccionarios soviéticos corresponde el ejemplo: ***Piatiletka** b chetire goda*, «realizar el Plan Quinquenal en cuatro años».

Ya a partir de 1929, con la intención de remediar los defectos de la industria —defectos en la calidad y en los costos—, se decidió introducir una reforma enérgica en la administración de las fábricas a partir de las bases siguientes: por constituir la empresa la unidad administrativa básica, se le otorgó absoluta independencia en los márgenes de los créditos y de los presupuestos previstos; como consecuencia de ello, para dar mayor elasticidad al sistema, se decidió suprimir las administraciones centrales y crear direcciones industriales correspondientes a cada uno de los sindicatos, a los cuales se les concedió completa autonomía en materia de dirección de las ramas de producción de su competencia.

Pese a lo cual, por encima de todo decreto posible, en la industria existía una situación que, por su carácter esencialmente moral, no podía subsanarse por decisión administrativa: solamente una tercera parte de los técnicos rusos estaba formada por gente calificada y, en su conjunto, perteneciente a las categorías prerrevolucionarias, lo que hacía poco valiosa su colaboración porque sobre ella pesaba la sospecha de falta de lealtad por el régimen. Esta sospecha, no pocas veces, se concretó de modo brutal. Entre mayo de 1929 y diciembre de 1931, tuvieron lugar numerosos procesos. seguidos por ejecuciones capitales, a cargo de los técnicos de las varias empresas. El 24 de mayo de 1929, el OGPU —nuevo nombre del GPU, heredero, él mismo, de la *chekä*— dió a conocer la sentencia de muerte emitida contra los eminentes expertos ferroviarios von Meck, Velichko y Palchins; el 22 de diciembre de 1930, se anunció el descubrimiento de un «complot de saboteadores contrarrevolucionarios en una organización encargada de suministrar a la población comestibles esenciales», complot encabezado por el profesor Riazañstsev y el ingeniero Karatizhin. El proceso contra el llamado «Partido industrial», cuyo protagonista fué el celebérrimo profesor Ramzin, tuvo lugar del 25 de noviembre al 7 de diciembre de 1931, siendo resuelto con severas penas de encarcelamiento [14]. En este proceso, el más clamoroso de todos por la publicidad que le dió el gobierrno y la personalidad del acusado principal, muy conocido en el extranjero, numerosos especialistas fueron sentenciados como «saboteadores». Todo ello, como es obvio, acrecentaba las sospechas y la desconfianza de las organizaciones sindicales y del partido en las fábricas, no sólo ya con respecto a los especialistas formados antes de la revolución, sino también ante todos los especialistas en general, incluídos los viejos militantes bolcheviques [15]. Una verdadera ola de hostilidad

---

[14] Condenado a muerte, el profesor Ramzin no fué ejecutado y, por el contrario, volvió de nuevo a sus tareas específicas. En 1932, lo encontramos como principal consejero técnico del segundo PQ.

[15] Justo es reconocer que fuera del ingeniero Leonid Krassin y de algunas decenas más, nunca hubo muchos técnicos en el partido bolchevique antes de la revolución.

—que encontraba su fuente en el odio de clases y la haraganería de las maestranzas— barrió en aquel tiempo todas las ramas de la economía nacional [16].

La verdad es que había que encontrar culpables para cargarles la responsabilidad de fracasos debidos, esencialmente, a la incapacidad de los administradores y dirigentes salidos de las filas del partido, ya totalmente controlado por Stalin. Pero, sobre todo, al entablar procesos espectaculares contra los espe-

---

[16] Esta hostilidad se extendía a todos los intelectuales y, en este sentido, los PC extranjeros no hicieron más que imitar al hermano mayor moscovita. En el comienzo del año 1930, que es el de su afiliación al PC alemán, ARTHUR KOESTLER fué víctima, como intelectual, de esta tendencia ideológica, característica de uno de los ciclos más penosos del «pensamiento» dzhugashviliano. Koestler escribe en su ensayo *Los militantes*: «Un rasgo particular de la vida del partido en aquella época era el *culto del proletario* y el desprecio por los intelectuales. Ello constituía el desgarramiento y la obsesión de todos los intelectuales provenientes de la clase media. Se nos toleraba en el Movimiento, pero en él no nos encontrábamos con pleno derecho, y de esto se nos persuadía día y noche. Se nos toleraba porque Lenin lo había dicho y porque Rusia no podía vivir sin los médicos, ingenieros y sabios de la *intelliguentsiia* prerrevolucionaria ni sin los aborrecibles especialistas extranjeros. Pero no teníamos mayores derechos a la confianza y a la estimación que la categoría de los judíos útiles a los cuales el Tercer Reich permitía sobrevivir, distribuyéndoles brazaletes especiales para evitar que se los enviara por error a las cámaras de gas mientras no llegasen al término de su período de utilidad. Los *Arios* del partido eran los proletarios; y, para quien presentaba su candidatura al partido o se encontraba en el banquillo de los acusados en el momento de las rituales purgas semestrales, el origen social de los padres y de los abuelos constituía un título tan importante como el origen ario para los nazis. Los proletarios ideales eran los obreros de las fábricas rusas, y, entre ellos, la *élite* eran los de la fábrica Putílov de Leningrado y de los campos de petróleo de Bakú. En todos los libros que leíamos o escribíamos, el *proletario* ideal tenía siempre hombros anchos, cara abierta y rasgos francos; tenía una conciencia de clase excelente y dominaba perfectamente sus pulsiones sexuales, era fuerte y silencioso, cordial, pero despiadado cuando se hacía necesario, tenía pies grandes, manos callosas y una voz grave de barítono, con la cual cantaba himnos revolucionarios. Los proletarios no comunistas no eran verdaderos proletarios. Pertenecían, ya sea al *Lumpenproletariat*, ya sea a la aristocracia del trabajo. Ningún movimiento puede existir sin arquetipo heroico: el camarada Iván Ivánovich, de las fábricas Putílov, era nuestro Búffalo Bill.

»Un intelectual jamás podía transformarse en verdadero proletario, pero su deber era parecerse a él lo más posible. Algunos intentaban lograrlo renunciando a la corbata, usando mallas de polo y llevando las uñas negras. Pero semejante impostura de sonb no recibía estímulo oficial. El método correcto consistía en no decir nada, en no escribir y, sobre todo, en no pensar nada que sobrepasara el horizonte del barrendero. Tirábamos por la borda nuestro bagaje intelectual como los pasajeros de un barco en peligro, hasta el mínimo estrictamente indispensable de frases estereotipadas, de clisés dialécticos y de citas marxistas, que constituyen la jerigonza intelectual dzhugashviliana. Nunca dejábamos de acusarnos a nosotros mismos por habernos beneficiado del dudoso privilegio de la educación burguesa y por ser capaces de percibir más de un solo lado de un problema. Nuestro objetivo era la idea fija y la simpleza de espíritu. Y practicar esa autocastra-

cialistas, el dictador quería distraer la atención del público, el extranjero y también el ruso que, entonces, no estaba aún enteramente amaestrado, de la vasta purga a la que se estaba procediendo en el PC y que alcanzaba a aquellos viejos dirigentes que se habían señalado por su antitrotskismo, es decir, por su oposición a la política izquierdista de superindustrialización. Esta vez, después del destierro de Trotskiy, se trataba de reorganizar los sindicatos, esto es, de arrancar de estas organizaciones —que habían figurado en primera fila entre los partidarios de la NEP— todo rastro de anticolectivismo. Causa por la cual, el 2 de junio de 1929, Mijáil Tomskiy, jefe supremo de las organizaciones obreras, dimitía con todo su estado mayor; el 27 de noviembre siguiente, Nikolai Bujárin, inspirador y guía de la escuela de los «jóvenes economistas», era expulsado del *Politburó*; el 20 de diciembre de 1930, Alexei Ríkov, abandonó la presidencia del *Sovnarkon* y la del Consejo de Trabajo y Defensa.

Una vez realizada esta depuración, el Consejo Económico Supremo fué reorganizado y dividido en tres comisariados, el de la Industria Pesada, el de la Industria Ligera y el de la Industria Forestal y Maderera.

El segundo Plan Quinquenal fué más racional en lo que atañe a la actividad de la administración. Ya no se trataba tanto de realizar nuevas construcciones como de dominar la nueva técnica y los nuevos métodos de producción. Para ello se recurrió a la descentralización de las empresas, facilitando su paso del ámbito del poder central al de los organismos locales, creados en los enclaves de las regiones estratégicas de producción, de suerte que los comisariados *ad hoc* se vieron liberados de los problemas administrativos de las empresas y pudieron concentrar su actividad en las cuestiones generales de planificación.

En sus líneas generales, el programa del II PQ consistía en aumentar la producción de la industria pesada de tres a tres veces y media con respecto a la producción de 1932 [17]. Al mismo tiempo fueron adoptadas numerosas medidas tendientes al fortalecimento de la disciplina de trabajo y de la autoridad del personal administrativo y técnico sobre el mundo obrero y, puesto que el proletariado ruso había perdido hasta el recuerdo de su antigua libertad de acción y

---

ción intelectual era pagar muy barato la gracia de parecernos, aunque sólo fuera de lejos, al camarada Iván Ivánovich». *The God that failed*, Londres, 1949.

En todo lo que hace, a este engorroso asunto de la adhesión de no pocos intelectuales no rusos al stalinismo, hay numerosos trabajos que es imprescindible leer, entre ellos todo lo que Koestler ha escrito; así se captará el punto de vista de los intelectuales que fueron comunistas. Vista desde afuera, esa adhesión ha sido estudiada exhaustivamente por RAYMOND ARON en su *Opium des intellectuels*, París, 1955, que es fundamental.

[17] Así, en 1937, la producción de energía eléctrica debía alcanzar 100.000 millones de KWh, en relación con los 17.000 millones de 1932; la producción de petróleo y sucedáneos multiplicarse por tres. Ver Apéndice anexo sobre economía planificada.

de asociación se pensó en darle algunas satisfacciones. En 1934, se volvió a permitir una cierta libertad en el comercio de los productos del campo y, a partir de finales del año, el Comité Central decidió proceder a la abolición gradual del racionamiento.

* * *

En razón de la profunda desconfianza que les inspiraba, por razones de credo, la clase campesina, los organizadores del PQ, cuando se enfrentaron con la necesidad de aumentar a toda costa la producción agrícola, a la hora de realizar sus proyectos, no les indujo a partir de una economía rural basada en trabajadores independientes, sino en una economía planificada, es decir, colectivizada. Todos los productos de consumo debían concurrir al desarrollo de la industria socializada y, por consiguiente, no era concebible que a dicha industria, puesta enteramente bajo el control del Estado, correspondiese una agricultura de libre competencia y libre disposición de los productos. En este caso, como en el de la industrialización, los miembros de la comisión del *Gosplan* [18] tenían ideas perfectamente claras; aunque no pudiesen prever de antemano qué métodos serían capaces de llevar más seguramente a la realización de sus proyectos. Por haberse liberado de todo supuesto que no fuera el de la utilidad, debían recurrir necesariamente a aquellos medios que les parecían más aptos para conseguir rápidamente resultados satisfactorios, desde su punto de vista, claro está, aun cuando se hiciese necesario aplastar bajo el peso de un terror totalitario a sectores muy extensos de la población.

Al principio, se pensó que sería suficiente con señalar las ventajas de las explotaciones de Estado para que la mayoría de los campesinos medios y pequeños se adhiriesen voluntariamente a la organización de los *sovjozi*. Este cálculo se reveló equivocado, porque resulta muy difícil engañar a un campesino ruso que, desde los Tiempos Turbios, ha tenido numerosas oportunidades para comprobar que el Estado rara vez se le ha mostrado amigo. Así, a finales de 1928, solamente el 1 por 100 de los campesinos no acomodados había pedido su adscripción a las explotaciones del Estado. Mientras tanto, estaba produciéndose un fenómeno exactamente inverso: la mayor parte de los campesinos —y los más pobres no eran los últimos en hacerlo— preferían seguir cultivando su parcela o agruparse, independientemente de las organizaciones oficiales, con otras familias de la misma condición social, en pequeñas comunidades, cuyo propósito venía a representar la ayuda mutua contra las interferencias externas de cualquier clase. En cuanto a los campesinos acomodados, ninguno de ellos, como era de prever, respondió al llamamiento de los dirigentes comunistas. Subsidiariamente, éstos pudieron comprobar la aparición de otro fenómeno: ningún

[18] Sigla de *Gosudarstvennii Plan*, Plan de Estado.

campesino pobre, por miserable que fuera su condición, aceptó dejarse llevar a tomar parte en la campaña organizada por el gobierno contra los *kulaki*. Por una parte, los haraganes de aldea que, en los años veinte, apoyaron la acción de los «destacamentos de hierro», habían desaparecido; ya sea porque los pequeños propietarios se habían encargado ellos mismos de reducirlos al silencio en el período ascendente de la NEP, ya porque habían marchado por su propia cuenta a engrosar las filas del proletariado urbano. Por otra parte, los pobres que quedaban en el campo pudieron comprobar que los frutos del pillaje, a expensas de los llamados *kulaki*, no resolvían su pobreza definitivamente y siempre era mejor entenderse con los propietarios —los únicos de quienes podían esperar ayuda y trabajo durante los períodos de carestía—, que con un gobierno que los complicaba en sus requisas, y llevándose el producto de las mismas les abandonaba al resentimiento de los despojados. Al gobierno, pues, no le quedaba otro remedio que el terror.

El problema más candente era el de los *kulaki*, no porque encarnasen un peligro político real para el sistema, sino porque su existencia misma era la negación de todo aquello cuya excelencia se estaba proclamando en Moscú. Con todo ello, las virtudes de las explotaciones estatales quedaban por demostrar. Los *sovjozi*, por consiguiente, fueron desarrollados sistemáticamente. Para darles vida, se les pobló por la fuerza con todos aquellos campesinos que, por su situación en la aldea, podían considerarse como pobres. Para constreñirlos, se les redujo todo abastecimiento, incluso los comestibles, y, una vez llevados a las factorías del Estado, se les hizo trabajar bajo custodia policial.

Con respecto a los *kulaki*, se decidió «liquidarlos como clase». Una experiencia, ya vieja de diez años, nos enseña qué era lo que los bolcheviques entendían con la palabra liquidación.

Primeramente se les exigió el pago inmediato de las cuotas de impuestos y de las tasas previstas por el plan en su conjunto y la liquidación en el plazo de pocos días de todos los préstamos a largo plazo concedidos por los institutos de crédito agrícola, creados durante la fase anterior. Para responder a estas disposiciones, que consideraban injustas y tiránicas, los campesinos redujeron sus siembras en el otoño de 1928 y en la primavera siguiente. En el verano de 1929, ello había puesto en peligro serio toda la política de industrialización. El gobierno decidió, pues, iniciar una segunda época de su campaña de «deskulakización». Decisión que surtió efectos tan trascendentales que ha sido calificada por los historiadores soviéticos de «segunda revolución agraria».

Se trataba, en efecto, de una política sumamente audaz puesto que, cuando la dirección del *Gosplan* se decidió a llevarla a la práctica, existían ciento veintiún millones de campesinos independientes frente a los catorce millones de campesinos ya socializados. Para alcanzar un triunfo rápido se hacía preciso recurrir a los métodos de violencia empleados contra los terratenientes en 1917,

con esta diferencia, empero, que, mientras el terror de los albores revolucionarios había sido esencialmente anárquico, al encontrar su fuente de inspiración en el individualismo de los campesinos, esta vez se hizo sistemático y «científico» al obedecer a consignas venidas de arriba, en las que la mano de los dirigentes del OGPU era perfectamente visible. Tan es así que una circular ministerial del 6 de enero de 1930 instituía un cuerpo de 25.000 militantes comunistas —individuos de avería reclutados en las ciudades por la policía política— destinados a «deskulakizar» cada aldea y dotados, para ello, de poderes casi absolutos, cuya aplicación se resumió, en la inmensa mayoría de los casos, en la ejecución sumaria de los jefes de familia, la deportación de los familiares menores y el envío de los adultos sobrevivientes y en estado de trabajar a los campamentos de explotación forestal de Rusia septentrional y de Siberia. Así encontraba su explicación «dialécticamente objetiva» la creación del Comisariado del Pueblo para la Industria Forestal y Maderera que vino a ser en fin de cuentas, un órgano administrativo encargado de la vigilancia de esta nueva población presidiaria.

Todo había sido previsto, incluso una resistencia armada por parte de los campesinos, porque el recuerdo dejado por los anarquistas Majnó y Antónov no podía borrarse de la mente de los dirigentes soviéticos. Pero, esta vez, contrariamente a lo poco que se había podido hacer en 1920, las precauciones fueron tomadas con un lujo extraordinario de detalles, de suerte que la aplicación de la política de colectivización forzosa se cumplió con crueldad inverosímil. Los medios puestos a disposición de los eliminadores oficiales eran ilimitados. De este modo, se «destruyó» prácticamente a todos los *kulaki,* vale decir, que las eliminaciones físicas por ejecución sumaria y deportación alcanzaron cifras impresionantes. Ninguna evaluación exacta es posible, porque, por razones evidentes, la manía rusa por las estadísticas no recibió en este caso confirmación editorial alguna. Si consideramos, empero, que cálculos, oficiales anteriores a la «deskulakización» dan la cifra de un millón de explotaciones pertenecientes a campesinos libres y si tenemos presente que cada familia comprendía generalmente de siete a diez individuos, no nos equivocaremos mucho al estimar de cuatro a siete millones el total de los desaparecidos [19].

[19] Según varias fuentes, la colectivización integral y la «deskulakización» dieron por una parte, 300.000 *koljozi,* y, por otra, varios millones de familias exiladas. Pero, mientras la primera cifra constituye un dato preciso, no podemos decir lo mismo de la segunda, ya que, en este caso de las liquidaciones, deportaciones y otras particularidades del aparato represivo soviético, el Instituto Estadístico de Moscú siempre se expresa con la mayor discreción. En eso, pues, hay que atenerse a fuentes particulares, comparándolas unas con otras cuando ello es posible. Hay que tener en cuenta también que la muerte prematura es una eventualidad que, desde 1917, los ciudadanos soviéticos consideran como la más fácilmente realizable entre todas aquellas que se ofrecen al hombre

En cuanto a los beneficios proporcionados a la economía soviética por esta política de terror agrario, no faltan estadísticas cuya lectura revela que, pese a los alaridos de triunfo constantemente emitidos por los propagandistas oficiales durante los años 1928-1934, la campaña de colectivización desembocó finalmente en un fracaso. Baste decir que, *en agosto de* 1953, Malenkov tuvo que reconocer que la producción agrícola *pro capite* era inferior a la de 1913.

Resulta evidente, si nos atenemos a las estadísticas oficiales —que, por ser obra de propaganda oficial, son necesariamente optimistas— que, en 1935, el pueblo ruso estaba peor alimentado que durante los últimos años del régimen zarista. La cosecha de cereales del año 1935 fué sensiblemente superior a la de los años 1931 y 1932, pero no logró alcanzar el nivel *pro capite* de 1913, ya que, como escribe Chamberlin, citando al mismo Stalin: «El resultado de la cosecha de 1935 alcanzó alrededor de 91.600.000 toneladas. Sin embargo, la población soviética, en 1935, alcanza la cifra, según las evaluaciones oficiales,

---

durante su paso por este mundo. Señalemos también que, en todo este espeluznante asunto de la «deskulakización», los *kulakí* no representaban más que un débil porcentaje de la masa de campesinos deportados, un quinto a lo máximo. El resto estaba constituído por campesinos de condición media o inferior que habían manifestado, de una u otra manera, su disconformidad ante la política de colectivización agraria. Se puede hablar de cinco a diez millones de deportados, y lo más probable es que la cifra *diez* corresponda más a la realidad que la cifra *cinco*. Además, a esta masa hay que agregar los campesinos deportados cuando la «limpieza» de las zonas fronterizas, cuando, a lo largo de la frontera occidental, una franja de 50 kms. de profundidad fué enteramente vaciada de sus habitantes por razones de «seguridad», así como franjas de profundidad variable a lo largo de las fronteras con Manchuria y China, evidentemente menos pobladas que aquélla. Estas últimas deportaciones fueron llevadas a cabo entre 1930 y 1933 sin tener en cuenta el grado de kulakismo de sus «beneficiarios». Un dato significativo al respecto puede encontrarse en el hecho de que Siberia, que, en 1917, contaba con 8 millones de habitantes, alcanzaba los 56 millones en 1935.

En cuanto a los métodos que fueron empleados, el mismo Stalin contó a Churchill, el 15 de agosto de 1942, los pormenores de esta tragedia, en los términos siguientes: «Diez millones... Fué espantoso. Y eso duró cuatro años. Si queríamos evitar las hambrunas periódicas, era absolutamente indispensable para Rusia labrar su tierra con tractores. Nuestra agricultura debía motorizarse. Cuando entregábamos tractores a los campesinos, al cabo de algunos meses, estaban fuera de uso. Solamente las granjas colectivas con talleres, podían utilizar los tractores... Oh, muchos aceptaron arreglarse con nosotros. A algunos de ellos, se les dió tierras de cultivo en la provincia de Tomks o en la de Irkutsk, o más al norte, pero *la gran masa era muy impopular. Fueron exterminados por sus peones*». Descripción que Churchill comenta como sigue: «Relato... estos recuerdos y la fuerte impresión que produjo en mí pensar en esos millones de hombres y de mujeres exterminados o exilados para siempre. *Sin duda, vendrá una generación que ignorará estas miserias y que, por el contrario, tendrá más comida y bendecirá el nombre de Stalin.* No repetí la palabra de Burke: Si no puedo tener reformas sin injusticia, no quiero reformas», en tomo IV de *The Second World War* (lo subrayado es nuestro). No se sabe qué admirar más, el cinismo de Stalin o la sonriente filosofía churchilliana.

de 171 millones de individuos contra los 138 millones de 1913. De modo que, si bien el año 1935 es el mejor desde el estallido de la revolución, permanece ligeramente inferior *pro capite* a las cosechas de la Rusia prebélica que, según los corifeos del comunismo, habría sido increíblemente retrógrada e, incluso, enteramente bárbara» [20]. Y acabamos de ver con Malenkov que este resultado de la política de colectivización agraria no hizo más que repetirse hasta la muerte de Stalin, como veremos que no hizo sino agravarse desde este acontecimiento.

Mientras tanto, un resultado había sido obtenido: en pocos meses, la mitad de las familias campesinas habían sido colectivizadas. Aquí sólo puede tratarse de campesinos pobres y medios porque conocemos la suerte que las cuadrillas infernales del OGPU habían reservado a los *kulaki*. Por otra parte, de todo lo dicho podemos deducir, sin riesgo de vernos desmentidos, que esta colectivización fué realizada por la fuerza, pues, cuando se les indicó a dichos campesinos que ingresasen voluntariamente en las factorías colectivas, respondieron solamente en la proporción del 1 por 100. Colectivización, tan libremente aceptada, que sus «beneficiarios» prefirieron destruir su ganado antes que entregarlo a la administración socialista [21].

Esta vez, pues, la oposición se extendía a la clase pobre y se hacía tan amenazadora que la producción agrícola, en el comienzo de 1930, peligraba en su casi totalidad. Entonces, el 2 de marzo de 1930, Stalin publicó en *Pravda* un artículo que, con el título «Mareados por el éxito», se hizo pronto famoso, y no sólo en Rusia, porque en él el dictador señalaba la necesidad de un cambio de rumbo inmediato en materia de colectivización agraria [22].

Al condenar en ese artículo los excesos de celo cometidos por los ejecutores del plan de colectivización, Stalin no hacía más que condenarse a sí mismo,

---

[20] W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.*

[21] Lo muestran las cifras siguientes publicadas en *Izvestiia* del 21 de febrero de 1935:

	1916	1935
Ganado equino...	35.100.000	15.900.000
Ganado vacuno...	58.900.000	49.200.000
Ganado ovino...	115.200.000	61.000.000
Ganado porcino...	20.300.000	22.500.000

Las primeras son cifras de guerra, inferiores por consiguiente a las de 1913; las segundas son posteriores a la colectivización, superiores, por consiguiente, a las de 1932-1933.

[22] Este artículo figura íntegramente en la recopilación de escritos del ciudadano Dzhugashvili preparada por el *Gosizdat* bajo el título *Cuestiones del leninismo,* que ha sido traducida al español por las «Ediciones en Lenguas Extranjeras», de Moscú igualmente, y publicada en Buenos Aires, en 1947.

puesto que aquéllos se habían limitado a aplicar sus directrices, tal como les habían sido explicadas en el curso de los dos años anteriores.

Ello es tan evidente que, al empezar, Stalin reconoce que su política agraria ha fracasado. Lo reconoce precisamente allí donde asegura —sin intentar demostrarlo en lo más mínimo— que, en lo que va de colectivizaión, se han obtenido resultados extraordinarios. Evidentemente, estos resultados sobre los que no se insiste —por modestia, quizás— son debidos al espíritu de previsión de Stalin, los excesos, todos los excesos, a la ineptitud de sus agentes de ejecución. Pero, tratándose de los excesos, no manifiesta tanta reserva como cuando se trataba de los triunfos; sino que acumula datos y referencias. Los excesos de los colaboradores se hicieron posibles porque los éxitos de la política del jefe se les «han subido a la cabeza». Una vez elaborada semejante plataforma dialéctica, Stalin prosigue en esta extraña confesión con reversibilidad del castigo sobre los demás:

«Los éxitos de nuestra política koljoziana se explican, entre otras razones, porque esa política se basa en el carácter *voluntario* del movimiento koljoziano y *tiene en cuenta la diversidad de condiciones* existentes en las diversas regiones de la URSS. *Los koljozi no pueden imponerse a la fuerza.* Esto sería estúpido y reacionario...», que es justamente aquello que se había hecho por orden de Stalin. De esto ya sabemos algo, como sabemos que entre las «otras razones» figuran, sin ánimo de ofender a nadie, las ejecuciones nocturnas y las deportaciones en masa a los bosques del norte.

Stalin había creído poder realizar la colectivización con los mismos métodos en todas las regiones de la URSS. Pero resulta que si ello pudo llevarse a cabo —bastante «fácilmente»— en las regiones trigueras del sur que, desde las reformas de Alejandro II y de Stolípin, disponían de un material agrícola perfeccionado y de una organización moderna de los métodos de explotación, no fué posible conseguirlo —aun calculando con simpatía— en regiones atrasadas como el Turkestán. No había pasado por la mente de Stalin y de sus agentes que, en estas regiones, era necesaria una larga etapa preparatoria, no tanto de las mentalidades, como dice nuestro pensador, como de las condiciones de explotación, antes de poder llegar a la colectivización. Esta es la razón por la que Stalin acusa a sus agentes de haber preferido, «con frecuencia, suplantar la labor preparatoria de organización de los *koljozi* por la organización de los mismos sobre el papel. *Koljozi* que no existen aún en la realidad, pero acerca de cuya *existencia* se exhiben montones de jactanciosas resoluciones... Es sabido que, en una serie de distritos del Turkestán, se han hecho ya intentos para *alcanzar y sobrepasar* a las regiones adelantadas de la URSS, amenazando con emplear la fuerza militar y con privar de agua para el riego y de artículos industriales a aquellos campesinos que no quieren todavía entrar en los *koljozi*».

Acusa entonces a los burócratas responsables de estos errores tácticos de ser unos sargentos Prishibéiev —personaje ridículo de ejecutor ciego de consignas que no comprende, en un cuento de Anton Chéjov—, que no pueden tener nada en común con la verdadera política del partido comunista; lo que, en verdad, nos revela, al mismo tiempo que la cultura del ciudadano Dzhugashvili, la existencia de dichas consignas, como lo prueba la que figuraba en las previsiones del *Gosplan* para 1928: «¡*Colectivizar por todos los medios*!». Con cinismo pasmoso, Stalin aprovecha la oportunidad para descargarse de sus propias responsabilidades sobre los hombres de las dos oposiciones, preguntando con toda ingenuidad: «¿No es evidente que los autores de estas deformaciones, que se creen unos *izquierdistas*, lo que hacen, en realidad, es llevar agua a los molinos del oportunismo derechista?».

La verdadera estrategia del PC —prosigue Stalin— «consiste en saber encontrar, en el momento dado, el *eslabón fundamental* del movimiento, del que hay que tirar para hacer marchar toda la cadena hacia un solo objetivo y lograr, de este modo, resolver el problema planteado». Muy sencillo, en verdad.

¿Es «la cooperación para el cultivo común de la tierra» este eslabón fundamental? No, puesto que, en las cooperativas agrícolas, los medios de producción no están aún socializados. Tampoco lo es la comuna agrícola, puesto que ella representa todavía un fenómeno aislado dentro del movimiento koljoziano.

«El eslabón fundamental del movimiento koljoziano, su forma *predominante* en este momento dado, en la que hay que apoyarse actualmente, es el *artel agrícola*».

«En el *artel agrícola* se colectivizan los medios más importantes de producción, principalmente el cultivo de los cereales, el trabajo, el disfrute de la tierra, las máquinas y los aperos de labranza, el ganado de labor y las construcciones necesarias para la explotación. En él, *no se colectivizan* los huertos de legumbres y de frutales, la casa vivienda, una determinada parte del ganado lechero, el ganado menor, las aves domésticas, etc. El *artel* es *el eslabón fundamental del movimiento koljoziano*, porque es la forma más adecuada para la solución del problema de los cereales. Y el problema de los cereales es el *eslabón fundamental en el sistema de toda la agricultura*, porque, sin resolver este problema, sería imposible resolver el problema de la ganadería (tanto de la pequeña como de la gran ganadería), y el problema de los cultivos técnicos y especiales que producen materias primas fundamentales para la industria». ¿Será necesario señalar que la colectivización de los huertos, de la vivienda, de todo el ganado lechero y menor y de las aves domésticas, etc., era, precisamente aquello que se había hecho, desde el comienzo, para aplicar las consignas del *vozhd*, con el propósito, «entre otras razones», de obligar a los campesinos pobres a incorporarse a las factorías colectivas?

Nuestro penitente distribuidor de castigos se pregunta, pues, con indignación: «¿A quién puede servir esta dañosa y estúpida precipitación (la de colectivizarlo todo)? ¿Acaso no es evidente que irritar al campesino koljoziano con la colectivización de su vivienda, de todo el ganado lechero, de todo el ganado menor y las aves domésticas, cuando aún no está resuelto el problema de los cereales y cuando la forma koljoziana de *artel* no ha sido afianzada aún, acaso no es evidente que semejante política sólo puede servir y favorecer a nuestros peores enemigos?»

Es necesario, pues, cambiar de modo fundamental el rumbo y los métodos. Aquí se hace evidente que Stalin —aun cuando no lo exprese— busca un medio para apaciguar al campesino. A éste, empero, no se le puede conquistar ya con hermosas promesas. Precavido por temperamento, ha sido engañado repetidas veces y, singularmente, cuando, al término de la NEP, se ha destruído violentamente un sistema económico pasable cuya perennidad se le había garantizado. El nuevo retroceso que el artículo preanuncia se cumplirá, por consiguiente, sin que el gobierno pueda contar con la colaboración del campesino. Y ello es precisamente lo que Stalin quiere evitar.

Entonces, este hombre cuyos recursos son inagotables —inagotabilidad que está en relación directa con su falta absoluta de supuestos doctrinales— utiliza el único argumento todavía poderoso en el ánimo del campesino, el argumento religioso.

Una vez más, censura a sus agentes por lo que han hecho en este terreno: Tras órdenes precisas suyas, fueron transmitidas al ciudadano Iaroslavskiy-Gubelman, jefe del movimiento de los Sin-Dios, cuya función especial consistía en destruir, por todos los medios, hasta el último vestigio material de la «superestructura religiosa» sin excluir las iglesias y los instrumentos del culto. Así, por vía indirecta, promete a los campesinos que no serán molestados ya en la práctica de sus creencias: «Y no hablemos de esos —con perdón sea dicho— *revolucionarios* que *comienzan* a organizar los *arteles* quitando las campanas a las iglesias. Quitar las campanas de las iglesias: ¿habéis visto nunca mayores revolucionarios?»

La vida de Stalin —hablo de su vida pública— se caracterizó por numerosos virajes determinados por la oportunidad y la contingencia, y este artículo merece señalarse solamente en la medida en que constituye el viraje de su época colectivista, el primero de una larga serie que, a partir de este momento, ha de señalar el proceso de la vida política soviética, interior y exterior. Mas lo que aquí debe retener sobre todo nuestra atención es lo siguiente: «Mareados por el éxito» obedece a un doble propósito, que nace a su vez de una doble circunstancia. Y es que, mientras, por una parte, la liquidación de los *kulaki* como clase había obtenido resultados altamente «satisfactorios» y la política de colec-

tivización se revelaba un fracaso —ésta es la doble circunstancia—, se hacía necesario, por otra parte, descubrir responsables a este fracaso y avisar a la joven izquierda ex-trotskista, cuya alianza había sido obtenida al precio de dicha liquidación, que, de ahora en adelante, y una vez pagado el precio convenido, tendría que resignarse a métodos administrativos menos jacobinos, esto es, más termidorianos o, si se prefiere, más conservadores.

No hubo, pues, ninguna protesta cuando se permitió a los campesinos colectivizados conservar la propiedad de su vivienda y de su huerta con los accesorios agrícolas inherentes a los cultivos familiares y el ganado imprescindible para su subsistencia. Tampoco la hubo cuando se autorizó a varios millones de ellos a retirarse de los *koljozi*, si bien aquellos que aceptaban permanecer en las factorías colectivas disfrutarían de un derecho de prioridad en materia de suministros [23].

Así, a pesar de que, en este primer PQ agrícola, las granjas colectivas hubiesen llegado a superar las cifras previstas en los proyectos iniciales de los hombres del *Gosplan*, los primeros resultados, rectificados a consecuencia de la comprobación del «mareo», fueron desconsoladores sobre todo en lo que atañe a la ganadería y a la producción de cereales; situación, por lo demás, más catastrófica que desfavorable y que, desde el punto de vista humano, se caracterizó por una hambruna terrible que, según las apreciaciones más «optimistas», costó a Rusia, durante el invierno 1932-1933, de ocho a diez millones de muertos [24]. Razón por la cual este período permanece en la memoria de los rusos como el de la «Hambruna de Stalin».

Para remediar esta situación, se decidió, en materia ganadera, ayudar a los granjeros colectivizados a adquirir un número, variable según las regiones, de cabezas de ganado en propiedad particular y abandonar la intensificación de la cría de ganado de propiedad colectiva; en materia de producción de cereales, dividir las grandes factorías en unidades menores, controlar técnicamente el uso de las maquinarias, particularmente de los tractores, que pasaron del control de

[23] Ver en el capítulo XX (nota 14), del presente trabajo, la naturaleza de los designios de los sucesores de Stalin en lo referente a las parcelas y ganado particular de los campesinos colectivizados.

[24] «La espantosa hambruna del invierno 1932-1933 que, por lo demás, alcanzó a toda Rusia, tuvo consecuencias espeluznantes (hubo casos de antropofagia en Ucrania y Asia Central...). La esposa de un ingeniero, que venía de la cárcel de Omsk, decía haber encontrado un grupo de dieciséis ucranianas culpables de canibalismo. Comentaba que su aspecto era pavoroso. Entre ellas, había madres que habían devorado a sus hijos. No logro comprender por qué se las llevaron a Omsk —comentaba para concluir—, generalmente parece que las fusilan allí mismo»; ANTON CILIGA, *Op. cit.*, tomo II: «Sibérie, terre de l'exil et de l'industrialisation».

la administración de las granjas al de unidades de técnicos especializados; crear «brigadas de choque», no ya para imponer el trabajo por el terror —aun cuando sus métodos siguiesen inspirándose en las humanitarias consignas impartidas por el OGPU, sino para intensificar los cultivos con métodos más racionales; modificar, en sentido igualmente más racional —no se dice más humano, ya que esta reorganización tendía a un mayor rendimiento, no a una mayor felicidad— las normas vigentes en materia de recaudación de impuestos. En cuanto a las relaciones entre Estado y administrados —y puesto que el corazón es una víscera cuya presencia nadie hasta la fecha pudo detectar en la gente del Kremlín—, el primero siguió aplicando a los segundos los métodos de explotación científica que consiguiera tan sorprendentes resultados.

Para evitar que los campesinos dedicasen más tiempo a sus parcelas individuales que a las tierras de las factorías a las que pertenecían, se dictó un conjunto de medidas disciplinarias, a fin de lograr una reglamentación estricta de las horas de trabajo en cada una de esas actividades; se decretó la pena de muerte para el robo de bienes pertenecientes a los *koljozi* (reservas almacenadas, ganado, semillas, cosechas aun sin recolectar, etc.), y penas severísimas para castigar las faltas en el rendimiento, consideradas como actos de sabotaje y, por ende, sometidas a la jurisdicción del OGPU y de sus tribunales secretos.

Para terminar con el examen de la situación agraria durante el período de los dos primeros PQ, es necesario señalar que estas medidas drásticas no consiguieron la vuelta de la situación desastrosa de 1932 a la situación *casi* favorable que indican las estadísticas del año 1935. Causa: la colectivización, con sus consecuencias más visibles —eliminación de los *kulaki* y hambruna generalizada del invierno 1932-1933— disminuyó en diez millones el número de bocas que el gobierno soviético, al suprimir la propiedad individual, se había comprometido a alimentar. Y esto es suficente para juzgar al sistema.

* * *

El aumento incesante del número de trabajadores de la industria durante el lapso de tiempo que corre desde la terminación del comunismo de guerra al de la NEP, había sido esencialmente cuantitativo, en ningún caso cualitativo, puesto que los individuos así incorporados a las fábricas no eran obreros calificados, sino peones reclutados entre los campesinos más pobres e incultos.

Hasta 1935, este doble fenómeno siguió caracterizando el estado de la industria soviética por la simple razón de que el gobierno, colocado ante la necesidad de proceder a una industrialización rápida del país, se veía obligado a enrolar las masas obreras allí donde se encontraban, es decir, en las filas mismas de los campesinos pobres. Para remediar en lo posible esta situación preocupante desde el comienzo del primer PQ se tomaron numerosas medidas, a la

vez policiales y políticas puesto que, en la URSS, ambas cosas siempre van juntas. Las primeras, encaminadas a la consecución de la disciplina del trabajo, tuvieron como resultado la esclavitud del mundo obrero. «Una situación en todo semejante —reserva insuficiente y fluctuante de mano de obra campesina— condujo a la clase dirigente de los señores de la Rusia medieval a atar al campesino al suelo por procedimientos cada vez más severos, hasta que la servidumbre se hubiese establecido en todo el país. En la actual Unión soviética, la clase dirigente comunista se ha visto en la obligación de forjar leyes y reglamentos numerosos para impedir que los trabajadores cambien libremente de empleo» [25]. Las otras medidas —políticas—, dictadas simultáneamente, tendían a dar a los trabajadores calificados una conciencia de clase destinada a transformarlos, por

[25] W. H. CHAMBERLIN: *The Russian Enigma*; Nueva York, 1943. Una ley promulgada el 15 de noviembre de 1932 preveía el despido del trabajador ausente sin excusa, aun cuando estuviese ausente un día solamente. El retraso constituye un delito previsto, si se repite, por el código criminal. Un decreto del 28 de diciembre de 1928 establece una escala de penalidades en materia de retrasos y de ausencias que pueden ir de la reducción de las licencias anuales o por enfermedad a penas de diez años de trabajos forzados. Un decreto del 28 de junio de 1940 prohibe a los trabajadores cambiar de empleo sin permiso, bajo pena de seis meses de trabajos forzados y de una reducción del 25 por 100 sobre el salario. Al mismo tiempo la semana de seis días era elevada a siete y la jornada de trabajo de siete a ocho horas. Una ley del 2 de octubre de 1940 determinaba las modalidades de la movilización de un millón de muchachos de 14 a 17 años con vistas a su formación técnica en las escuelas de los ferrocarriles y de la industria. Un decreto del 19 de octubre del mismo año permitía al gobierno deportar a los trabajadores —sin limitación en cuanto a la cantidad— y a sus familiares de un punto a otro del país. Asimismo, en lo que hace a los técnicos y dirigentes industriales, un decreto del 10 de julio de 1940 prevé penas de cinco a ocho años de encarcelamiento por insuficiencia en el esfuerzo de producción. En esta larga serie de medidas represivas, no podían faltar, como es de suponer, disposiciones relativas al castigo colectivo por las que los inocentes caen por o con los culpables. Un decreto del 8 de junio de 1934 establecía que los miembros adultos de la familia de un desertor al que la justicia no logra alcanzar han de considerarse como responsables en su lugar y son merecedores, por consiguiente, de una pena de deportación no inferior a cinco años a los campos de «reeducación por el trabajo», y de la confiscación de todos sus haberes. Tampoco olvidemos que el código soviético incorporó a su articulado la pena de muerte para los huelguistas (decreto del 6 de junio de 1927) y que el pasaporte interno obligatorio fué establecido el 27 de diciembre de 1932. Finalmente, el mismo código fija la edad de 12 años como la de responsabilidad criminal, del mismo modo que el Comité de Salud Pública, de robespierrista memoria, fijaba la de 14 años como mínimo reglamentario para que los franceses pudiesen subir a la guillotina. Con lo cual se infiere que los rusos han conseguido un progreso sensible con respecto a los franceses de 1793 y a los «burgueses» del Estado de derecho. Mientras para éstos el límite de responsabilidad penal está fijado en 18 años, los legisladores soviéticos han estimado que nunca es demasiado temprano para delinquir y reeducarse, puesto que en la URSS los niños culpables, como los adultos, purgan sus delitos en campos de concentración donde se les enseña un oficio.

encima del inmenso *Lumpenproletariat* mantenido en la base de la pirámide, en una especie de aristocracia del trabajo. Las más importantes de estas medidas consistían en sueldos superiores: en 1935, el sueldo de un obrero calificado miembro del PC podía alcanzar ochocientos rublos, mientras que el de un obrero no calificado (y sin partido) difícilmente lograba superar los cien; los sueldos de los técnicos y dirigentes industriales, en la misma época, variaban de dos mil a ocho mil rublos mensuales; en las factorías colectivas, el salario de un especialista encargado del tractor, el del contador de la empresa y el del secretario de la célula superaba en siete a doce veces el de la espigadora o del pastor. Para los trabajadores mejor pagados, se había previsto, además, una serie de ventajas de las que estaban excluídos los de abajo: derecho a pasar gratuitamente los períodos de licencia anual en lugares veraniegos escogidos de Crimea o del Cáucaso; goce de una vivienda más amplia y dotada de mayores comodidades; racionamiento mejor, más abundante y más barato, etc.

Entretanto se había descubierto que, si se quería mejorar el rendimiento y las utilidades, era necesario acabar con la política de persecución de los técnicos y buscar, por el contrario, su colaboración. Mediante este nuevo «retroceso», la formación de trabajadores calificados se hizo posible y se logró formar los cuadros necesarios a las escuelas técnicas, creadas por el gobierno para preparar a los ingenieros y dirigentes industriales exigidos por las nuevas condiciones de la producción.

Hemos aludido ya a la «mística del Plan Quinquenal», tal como se expresó en el fenómeno del stajanovismo. De este fenómeno se llegó a hablar por doquier con una admiración incondicional, reveladora de una ignorancia absoluta de su naturaleza verdadera. Los elogios ditirámbicos que este fenómeno hace nacer bajo la pluma de los encantadores esposos Webb [26], son verdaderamente conmovedores, pero resultan tanto más estrafalarios cuanto que Sidney Webb, viejo dirigente del *British Labour Party* formado en las más puras tradiciones fabianas, ocupó el cargo de ministro de Trabajo en el primer gobierno Macdonald y no podía ignorar que el stajanovismo aplicado al mundo obrero como norma de trabajo no es más que la sistematización policialmente impuesta del principio del mayor rendimiento a menor costo, tal como los sistemas Taylor o Bedeau lo han hecho aceptar —libremente— por los obreros de los países capitalistas que, al ponerlo en práctica, no por ello han pretendido tener derecho al título de «héroes nacionales». En lo que hace a esta famosa mística de la planificación, baste, pues, señalar por el momento que se extendió rápidamente a partir de 1934-1935 por imposición coactiva de los dirigentes sindicales, exigua minoría que, además de buscar tentadoras mejoras sociales, obedecía en sus elementos más jóvenes y dinámicos a los llamamientos de una ideología tecni-

[26] S. y B. WEBB: *Op. cit.*, tomo II.

cista comparable solamente a la que invadió el mundo del trabajo americano a partir del último cuarto del siglo pasado.

La tendencia general de los sociólogos de nuestro tiempo a dar interpretaciones metafísicas de los hechos sociales, a hablar de ellos en términos de trascendencia es, a mi entender, la causa fundamental del confusionismo intelectual, característico del espíritu contemporáneo. Por el contrario, los hechos sociales deben ponerse en términos de inmanencia, vale decir, concretos y precisos. Las numerosas glosas acerca de la condición del obrero ruso, las disquisiciones bizantinas de los exégetas marxistas —o sus compañeros de camino— acerca de la vida de sacrificios a la que se sometería «voluntariamente» el proletario soviético con el propósito de proporcionar algún día a toda la humanidad un estado de perenne bienestar, no son más que farsanterías vergonzosas. Lo son en 1957, momento en que el ciudadano N. S. Jrushchov interrumpe el VI PQ, como lo eran en 1930 cuando los agentes del ciudadano Dzhugashvili se mareaban ante sus triunfos. Lo único cierto es que, ahora como entonces, el obrero ruso vive en un estado que hubiera dado escalofríos a su predecesor del tiempo de la reforma Stolípin, y que solamente puede compararse con el del obrero francés de los años 1820-1830, período durante el cual —exactamente como en Rusia soviética— el nivel de los salarios tendía a estabilizarse en el límite de la desnuda necesidad de subsistencia del trabajador manual. La única diferencia es que, entonces, el trabajo era una mercadería sometida, como todas las mercaderías, a la ley de la demanda y de la oferta, mientras que, en la URSS, si sigue siendo una mercadería, se trata de una mercadería sometida a la única ley de la oferta estatal. Por otra parte, trátese del obrero que subsistía como podía durante el período de empuje del capitalismo liberal o del obrero encadenado a su máquina por la coacción policial que reina en la URSS, el axioma que inspira a los jefes del mercado es el mismo, es el que David Ricardo emitía al dictaminar que «el precio natural del trabajo es aquél que entrega a los obreros en general los medios para subsistir y para perpetuar su especie sin acrecentamiento ni disminución». Pero, mientras en régimen capitalista este axioma dejó de pertenecer a la *forma mentis* de los empresarios desde hace más de tres cuartos de siglo, en Rusia soviética —donde jamás había tenido el mínimo arraigo antes de 1917— sigue constituyendo el concepto básico de la política obrera del gobierno. Cuando tenemos presente que las mejoras evidentes conseguidas a partir de 1880 por el proletariado occidental lo fueron esencialmente gracias al reconocimiento por parte de los gobiernos del principio de libertad de asociación, y no por concesión de los empresarios, autoriza a opinar que los «sacrificios voluntarios» consentidos por los obreros rusos en aras de la humanidad no alcanzarán su término más que con la desaparición del comunismo que, al mismo tiempo que gobierno sobre el que ninguna presión sindical puede ejercerse, es el único habilitado para comprar la mercadería-trabajo. Algunos hechos, que la historia

ulterior no ha venido a desmentir en lo más mínimo, bastan para ilustrarlo. Hechos que, a los cuarenta años de la revolución de octubre, siguen figurando de modo irreemplazable en la base de la sociología soviética del trabajo.

Mediante la política de planificación y a través de las tristes realidades que ésta originó —vida miserable de la inmensa mayoría de los trabajadores, pérdida irremediable de toda libertad física y espiritual, papel de auxiliares del gobierno policial aceptado por los individuos mejor dotados social y profesionalmente—, el poder de los sindicatos sobre la clase obrera resultaba, día a día, más controlado. Durante el XVI Congreso del PC, que tuvo lugar en Moscú en junio-julio de 1930, Stalin había llegado a hacer aceptar —es decir, a imponer— la creación en cada fábrica y unidad de empresa, de «tribunales de camaradas para la producción», organismos parapoliciales cuya misión consistía en denunciar las faltas y proponer los castigos. Siendo evidente que, unido al apetito de recompensa, consiguió mejoras sensibles en la calidad de la producción, mejoras aún más sensibles cuando, a partir de 1935, el gobierno decidió proceder progresivamente a la abolición del racionamiento.

Ahora se hace, pues, necesario estudiar el estado social del ruso medio durante los años en que se aplicaron rigurosamente los proyectos del *Gosplan*.

Hasta 1935, este período se caracterizó por la existencia de un sistema muy estricto de racionamiento destinado a asegurar la subsistencia de los obreros de la industria, según el principio, no proclamado pero visible, del mínimo vital, de modo a permitir el desarrollo intensivo de la política de socialización [27]. Este sistema de racionamiento obedecía a las líneas generales siguientes: regulación del consumo de la totalidad de la población trabajadora sobre una base diferencial establecida en función, no de las necesidades del consumidor, sino de las de la producción; regulación de los precios de consumo y de los salarios de modo a absorber todo el poder adquisitivo del trabajador. Por consiguiente, estamos en plena «ley de bronce».

A partir de estos conceptos, que implicaban el paso del comercio privado en su totalidad a la órbita de la organización estatal —sin que ésta, en ningún momento, haya podido impedir la existencia de un leve margen de operaciones comerciales ocupado por los especuladores del mercado negro, sobre todo en materia de compra y venta de comestibles y de vestuario—, se procedió a una drástica planificación del abastecimiento de los artículos racionados para cubrir

[27] Entendámonos bien: ese «mínimo vital» soviético no tenía —ni tiene— nada que ver, por ejemplo, con el mínimo vital decretado, a partir de mayo de 1936, por el gobierno Blum en la Francia frentepopulista. En Rusia ese mínimo vital servía exclusivamente para no morir de hambre. En Francia comprendía, además de una alimentación y un sueldo abundantes, un litro de vino por comida, no pocos «Pernod 45», sin contar algunos *pousse-café*. No hablemos, pues, del mínimo vital yanqui con automóvil y nevera. Ver apéndice sobre «Economía soviética planificada» en la parte final del presente libro.

las necesidades de la población industrial y de los productos de consumo destinados a la población rural. Asimismo se procedió con rigor extremo a la planificación del abastecimiento para el llamado «tráfico mercantil», con vistas a la venta de los productos y de los artículos manufacturados por la organización del Estado a precios más elevados que los de coste, de modo a absorber los posibles excedentes tolerados por los salarios; a la del abastecimiento para los extranjeros residentes en Rusia, diplomáticos, técnicos contratados, corresponsales de prensa, visitantes temporales, etc.; del abastecimiento para la conversión de los productos nacionales en moneda extranjera o para la financiación del comercio con organismos de los países capitalistas, etc. *La gran mayoría de la población rural estaba excluída del abastecimiento en pan y demás productos racionados.*

Con este sistema de racionamiento diferenciado, las necesidades de extensas categorías de la población nunca estuvieron cubiertas enteramente, si bien los obreros calificados —calificados y reconocidos útiles por el partido como «botón de muestra» que dejaban pronto de trabajar manualmente, por lo menos en lo que hace a sus sectores más dinámicos— obtuvieron siempre facilidades mayores de consumo que las demás clases, y particularmente que los campesinos, los miembros de las profesiones liberales y los supervivientes de la antigua «burguesía». Con todo, existía una escala muy compleja de los precios de los productos de consumo, precios que resultaban tanto más bajos cuanto que el consumidor disfrutaba de un salario más elevado, señal de su mayor integración en el sistema. Estos precios, en suma, tendían a favorecer a este consumidor, no en función de sus necesidades reales, sino en recompensa por su lealtad política. Merced a este sistema —tanto más draconiano cuanto que se aplicó en un período de gran escasez de los productos más necesarios—, el gobierno pudo suministrar un mínimo de artículos de consumo a la población empleada en las tareas de industrialización, volcar todo el poder adquisitivo de la población en esta empresa, controlar todas las distribuciones de productos entre los distintos grupos sociales y asignar cantidades considerables de productos agrícolas e industriales a la importación de las materias primas y maquinaria necesarias a la industrialización. No resulta inútil señalar que, en el momento de mayor carestía —el ejercicio 1932-1933— durante el cual los muertos por hambre se contaron por millones, las exportaciones de cereales se mantuvieron al nivel de los años en que se habían registrado las mejores cosechas. Detalle valioso para calificar a un régimen y para situar en su lugar correspondiente entre los amigos de la humanidad al camarada Anastasio Mikoián, ministro de Comercio Exterior, que por cuenta del gobierno vendía trigo por máquinas y cumplía los «milagros» financieros que hacían entrar en las arcas del Estado —que persistía en llamarse proletario— las divisas fuertes exigidas por la política de socialización.

Los economistas menos prevenidos en uno u otro sentido reconocen que este sistema —que jamás tuvo en cuenta las necesidades de la población— fué planeado por los hombres del *Gosplan* como si el pueblo ruso hubiese estado compuesto, no ya por individuos de carne y hueso, sino por una masa uniforme de tipos abstractos que una minoría de burócratas, igualmente abstractos, debía mantener en estado de funcionar; así como se echa una cantidad determinada de carburante a un motor para obtener de él un rendimiento dado, sin preocuparse por las posibilidades de desgaste ni por la necesidad de repararlo. Esto llama tanto más poderosamente la atención cuanto que, la escasez de numerario que sufría la mayoría de la población, muy a menudo no permitía siquiera cubrir este mínimo vital, porque la abstracción burocrática permanecía indefectiblemente abstracta mientras los consumidores persistían en ser tercamente concretos, es decir, seres vivientes a los que se suministraba lo que quería dicha abstracción, no lo que ellos necesitaban. De esta suerte encontramos justificada nuestra consideración de ver en la eliminación del racionamiento, llevada a cabo a partir del comienzo de 1935, el efecto de la necesidad en que se encontró un buen día el Kremlín de evitar la eliminación de los racionados.

El *Sovnarkom* hizo pública esta disposición el 7 de diciembre de 1934. El racionamiento de pan, sémola y otros productos de los cereales era abolido; así como los precios fijos vigentes para la venta de estos productos.

Con ello, la población parecía lograr la facultad de elegir lo que compraba y, por ende, de adquirir productos más variados y mejor cuidados. Pero la mejora obtuvo solamente valor relativo, si no se olvida que, en ningún momento, el Estado renunció a sus prerrogativas, como tampoco renunció a sus planes de superindustrialización y de colectivización agraria, y que no adoptó esta medida «liberal» sino porque la resistencia física y moral de la población había alcanzado sus límites más extremos. Mientras suprimía el racionamiento, el gobierno seguía actuando para impedir que un margen cualquiera pudiese extenderse entre las ganancias y el poder adquisitivo de la población: los salarios de la mayoría nunca alcanzaron un nivel que permitiese al consumidor disponer del mínimo margen después de haber satisfecho las necesidades más escuetas de su alimentación, su alojamiento y su vestuario [28].

---

[28] El final del racionamiento no significa, en efecto, que las condiciones de existencia de los trabajadores hubiesen mejorado de modo sensible. Bien por el contrario, todas las relaciones publicadas en Occidente alrededor de 1937 —publicaciones en las que las informaciones provenientes de *Pravda* y de *Izvestiia* figuran en lugar preferente— confirman todo lo acertado de esta apreciciación de LEÓN TROTSKIY: «...Vemos en la URSS un material humano atrasado, despiadadamente amaestrado para el servicio de una técnica robada al capitalismo. En las luchas por las normas europeas y americanas, los métodos clásicos de la explotación, como el salario a destajo, son aplicados bajo formas tan bru-

Es que, en ningún momento, a partir del final de la NEP, ni durante la fase del racionamiento ni durante la fase sucesiva que se extiende hasta el estallido de la segunda guerra mundial, el gobierno soviético tomó en consideración la idea de proceder a las más indispensables mejoras a favor de capas de la sociedad que no fueran el partido, la policía, la burocracia, el ejército, los técnicos. Desde los puntos de vista económico y social, el único designio de la

---

tales, tan desnudas que los mismos sindicatos reformistas no podrían tolerarlas en los países burgueses». *La révolution trahie*, París, 1936.

Un observador del mundo ruso del trabajo, el francés EDOUARD LATOUR, que vivió muchos años en Rusia soviética, podía escribir en la misma época que, «en la URSS, una pareja puede vivir difícilmente y solamente a condición que ambos esposos trabajen». *Petit manuel du socialisme triomphant*, París 1938.

En efecto, la condición del obrero y del campesino ruso en el año 1937 —que es aquél en que Stalin proclamó que, en la URSS, «el socialismo ya está realizado» —sólo podía compararse con la del obrero francés de los años 20 de la pasada centuria, obrero para quien, si hemos de creer a un observador de la época, «vivir consistía solamente en no morir» (A. GUÉPIN: *Nantes au XIXe siècle*, París, 1825, citado por E. DOLLÉANS en su *Histoire du mouvement ouvrier*, París, 1948).

Tan es así que, mientras el obrero francés obtenía la semana de 40 horas en 1936, que toda la legislación occidental del trabajo ampara a la mujer trabajadora con protecciones siempre mayores, en la URSS, según el americano ANDREW SMITH, la jornada de trabajo, incluídas las horas obligatorias de adoctrinamiento marxista, alcanzaba entonces de 16 a 17 horas para ambos sexos: *J'ai été ouvrier en URSS*, París, 1938. Según SIR WALTER CITRINE, «las mujeres rusas realizan los trabajos físicos más pesados, como cavar trincheras en las calles para instalar conductos de agua, tarea reservada generalmente a los peones; se las emplea en la demoliciones; en un palabra, se les impone todos aquellos trabajos que, precisamente, les evitamos en Inglaterra»: *A la recherche de la vérité en Russie*, París, 1936. Esta es la razón por la que ANDREW SMITH puede afirmar: «El partido comunista americano combatió con miras a la protección de la mujer en la industria. ¿Qué salvaguardia tienen aquí las mujeres? Se las emplea en los trabajos más duros y penosos, con salarios irrisorios. Su miseria es tal que la mayor parte de ellas se ven obligadas a entregarse a la prostitución para procurarse lo necesario... ¿Cómo sucede que (en América) pedimos a grandes gritos la abolición del trabajo de los niños, mientras que ustedes (los rusos) los emplean en los *sovjozi* y *koljozi* en las tareas más duras, de la mañana a la noche, y que, ya a las cinco de la madrugada, se los ve en bandas numerosas correr por las calles de la ciudad para mendigar o especular?»; *Op. cit.*

La condición del campesino colectivizado era peor aún que la del obrero industrial. Ya Trotskiy aseguraba en su *Révolution trahie* que «la inmensa mayoría de los campesinos vive más pobremente que antes de la colectivización, es decir, en general, a un nivel inferior al de antes de la guerra». Afirmación que VÍCTOR SERGE corrobora en los términos siguientes: «Para restringir el poder adquisitivo del campesino y obligarlo al mismo tiempo a vender sus reservas de grano al Estado (que le paga su trigo a un precio de 5 a 7 veces inferior al que él mismo vende su pan), se ha imaginado el sistema de los recibos de entrega de trigo. El comprador es servido en un almacén solamente si, al pagar, demuestra que entregó al Estado tanto trigo como la suma de sus adquisiciones», *Destin d'une révolution*, París, 1932.

dictadura staliniana fué conservar entre sus manos todos los excedentes comerciables, aquello que Trotskiy llama «el superávit de los productos». Pretendía ser única en manejar los beneficios procedentes de la venta de los productos a la población a precios calculados exactamente para realizar beneficios por su cuenta exclusivamente. De este modo impedía que los «libres ciudadanos de la patria de los trabajadores» llegasen a disponer de cantidades líquidas suficientes para independizarse de las preocupaciones cotidianas que el sistema capitalista de Estado era el único en administrarle. El capitalismo de Estado inventado por Lenin e instaurado con mano de hierro por Stalin y su burocracia [29].

---

[29] Desde hacía bastantes años, ya antes del segundo conflicto mundial —y esto vale tanto para el período que acabamos de estudiar como para los años posteriores a 1945—, el fenómeno que más chocaba a los occidentales que tenían contactos no ocasionales con los obreros rusos era su pasividad. Pasividad tan completa que escandalizaba a los comunistas extranjeros del mismo modo que a los enemigos del sistema, hasta hacerles pensar a unos y a otros que la sumisión del trabajador ruso ante la tiranía y el trato verdaderamente espeluznantes impuestos por las autoridades de la fábrica, del partido y de la policía, era intrínseca al temperamento eslavo. Unos y otros concluían sus observaciones con reflexiones bastante desengañadas acerca del gusto morboso del pueblo ruso por toda forma de despotismo, zarista o staliniano. Es fácil decirlo.

ANTON CILIGA, autor de uno de los libros más curiosos sobre la vida rusa bajo la dictadura dzhugashviliana escribía a este propósito en 1937: «El extranjero ignora generalmente que los obreros rusos sufren desde hace dieciséis años esta presión burocrática. No sabe que el poder tuvo que reprimir numerosas huelgas de masas. No se da cuenta de lo que pudieron significar los cañonazos de Kronstadt, cuyo estruendo sacudió hondamente el conjunto de las masas obreras rusas. El extranjero no puede comprender por qué el obrero ruso está reducido hoy al silencio, por qué esta clase obrera que hizo tres revoluciones se encuentra reducida hoy a la impotencia y, ni siquiera en sus propias fábricas, puede reaccionar contra la arbitrariedad desvergonzada de la burocracia. Los extranjeros no se dan cuenta de que la burocracia tuvo que golpear al obrero sin descanso para reducirlo a un estado actual de mutismo. En lugar de indignarse contra la administración, prefieren menospreciar a la clase obrera rusa». *Op. cit.*, tomo I.

Capítulo XII

NOVEDADES PARA LOS RUSOS...

Primera salida de Hitler — El propósito internacional de Stalin; su nacimiento y su desarrollo hasta 1933 — Mito y realidad del peligro exterior — El sistema de los pactos bilaterales en el marco del «aislacionismo defensivo» — Beneficios de Rapallo — La Sociedad de las Naciones y el desarme — Los ideales de *papasha* — Hacia la seguridad colectiva, o de las complicaciones soviéticas en Europa oriental y en Manchuria — Wáshington y Moscú — La Constitución más democrática del mundo, de lord Bolingbroke a Roosevelt — La nueva clase dirigente rusa — En materia de sueldos, siempre hay algo nuevo, incluso en la URSS — Martirologio y gloria de la Iglesia patriarcal — Iaroslavskiy. el ateo sin tacha — El censo y la religión de los rusos — La Iglesia y el trotskismo

Winston Churchill calificó un día a la política exterior soviética de «incógnita envuelta en un misterio, en el interior de un enigma».

Esta definición, mientras ilustró de modo casi perfecto hasta la segunda guerra mundial los métodos y los propósitos de la diplomacia rusa, pierde su valor a partir del momento en que, ya preparado su juego, Stalin firma su pacto de amistad con Hitler. En ese 23 de agosto de 1939, la política exterior soviética deja de ser una incógnita y, si bien sus métodos permanecen envueltos en el misterio, sus propósitos no constituyen ya ningún enigma. La claridad con que estos propósitos se manifiestan a partir de este momento nos servirá incluso para descubrir de modo más seguro los rasgos más salientes de dicha política entre 1927, año en que Stalin consiguió el poder supremo, y el momento en que Ribbentrop y Mólotov firmaron el pacto mencionado.

Cuando examinamos los diversos aspectos de la vida social, económica y política de la Unión Soviética, pudimos comprobar repetidas veces que Stalin, en ningún momento, fué otra cosa que un hombre de acción y un oportunista ducho en el arte de captar en sus mínimos detalles las configuraciones ideológicas de sus adversarios, de adaptarlas a las circunstancias y de pasar de un sistema a otro sin vacilación ni escrúpulo, sin más preocupación que la de sus

conveniencias personales. Pragmático ante todo, Stalin sustituye las izquierdas por las derechas y éstas por lo que sobra de aquéllas, a la vez que conserva de unas y de otras los elementos doctrinales que, algún día, podrán servirle para capear los escollos concretos de la contingencia política.

Esto, que vale cuando se trata de definir su actuación en el plano de la política interior, resulta valedero igualmente cuando examinamos su actuación en el orden internacional antes de 1933. Que, hasta entonces, fuera del deseo de provocar algún día la revolución mundial, el propósito internacional de Stalin no se haya inspirado en ningún concepto doctrinal dotado de originalidad, ello es tan evidente que, hasta 1933, la política exterior soviética se caracterizó únicamente por la necesidad de tener en cuenta la realidad interior, una realidad interior desastrosa que condicionaba todos sus movimientos exteriores, dotándoles de un aspecto de constante pasividad. Es visible que, al proceder a la socialización y a la colectivización, el Kremlín no obedecía a ninguna amenaza exterior, por lo menos inmediata, sino, exclusivamente, a la necesidad urgente de asentar de modo inapelable su dominación sobre el pueblo ruso a modo de evitar el desahucio. Pero todo cambió con la llegada de Hitler al poder, que, de golpe, y sin que Stalin lo hubiera previsto en lo más mínimo, hizo del peligro exterior una realidad concreta inmediata.

Así podemos descubrir que, mientras hasta 1933 el hecho interior predominó en la mente de Stalin y de sus colaboradores, el factor externo pasó a ocupar el primer lugar en sus preocupaciones a partir de esta fecha. Que la implantación de una economía planificada, sobre la base de una estructura industrial autárquica, haya revelado su carácter acertado a partir del momento en que, por la aparición de una Alemania hostil, Rusia se vió en la obligación de asumir posturas definidas en materia diplomática, ello no cambia nada el hecho de que Stalin había decidido industrializar a Rusia solamente para resolver sus preocupaciones internas. Por otra parte, que esta industrialización a toda costa haya precedido a la aparición del peligro hitleriano, no significa que Stalin haya sido un profundo calculador, un profeta del arte diplomático en suma. Se trata de una mera coincidencia que el georgiano tuvo el talento de saber aprovechar, y nada más. Stalin no fué un profeta, sino un simple oportunista, y esto excluye y rebate aquello.

Es evidente, en efecto, que hasta 1933 Rusia no había corrido ningún peligro real en el orden internacional. De suerte que no nos resultará difícil comprobar una vez más que la preocupación política de Stalin fué determinada por las circunstancias: hasta el triunfo del nacionalsocialismo, por la necesidad de mantenerse en el poder, necesidad condicionada, al mismo tiempo que por el descontento general de la población que hubo que reducir por el terror y el hambre, por las exigencias de los elementos jóvenes izquierdistas que le habían permitido instaurar su poder personal a condición de que procediera a la indus-

trialización del país sin la cual no podía haber dictadura comunista; a partir de 1933, por la necesidad de cubrir sin demora las últimas etapas de este camino, porque Hitler en la Cancillería del Reich venía transformando el hipotético peligro exterior en eventualidad concreta. Así se hace comprensible por qué, mientras el primer PQ se había cumplido en nombre de una «mística» socialista de la que estaba ausente toda referencia a la idea de patria, la salsa ideológica con que se intentó revestir al segundo fué más patriótica que socialista, y más nacionalista que patriótica. Razón por la cual igualmente este segundo plan nos ofrece el espectáculo de una realización más acabada que el primero, ya que, mientras tan sólo una muy reducida minoría era susceptible de inflamarse con la mística socialista, la mística nacionalista, por ser más natural en el hombre, alcanzó capas más extensas de la población, las capas no comunistas que se habían dejado seducir antes de la victoria de Hitler, pero que, al considerar evidentes, a partir de este momento, los peligros corridos por la patria, aceptaron libremente los sacrificios que, hasta entonces, se les había impuesto por el terror.

En realidad, desde el final de la guerra civil, la política exterior soviética no había sufrido mayores variaciones hasta este acontecimiento. En este sentido, se puede calificar el largo período que va de 1921 a 1934 como fase del «aislacionismo defensivo», acompañado, en el comienzo, por leves empujes agresivos, debidos, no a la corriente centrista que debía acabar por triunfar en 1927 con Stalin, sino a la corriente izquierdista que encontraba su expresión en la fórmula permanente, aceptada generalmente hasta esta última fecha por los responsables rusos y foráneos, de la Internacional comunista. A partir de 1927-1928, esto es, a partir del momento mismo en que Stalin y sus oportunistas se afianzaron en el poder, la diplomacia soviética perdió todo espíritu de agresividad, tendió a asegurar la protección de sus fronteras por la conclusión de pactos bilaterales de no agresión con sus vecinos inmediatos y puso el acento en sus relaciones políticas y comerciales con Alemania [1].

Desde el tratado de Rapallo, los gobiernos de Berlín y de Moscú habían sacado muchas ventajas de esta cooperación. En primer lugar, ventajas políticas: a los ojos de los dirigentes soviéticos, la amistad alemana era como una garantía contra la pesadilla de una Europa burguesa coaligada en una cruzada antibol-

[1] Pactos de no agresión fueron concluídos durante esta fase con Turquía (1925), Alemania (1926), Lituania (1926), Persia (1927), Afganistán (1931), Polonia (1932), Finlandia (1932), Estonia (1932), Letonia (1932), Francia (1932). Lo mismo sucederá con China en 1937 cuando la amenaza japonesa empiece a concretarse peligrosamente, tanto para Moscú como para Peiping.

Muy numerosas son las publicaciones relativas a la política exterior soviética. Para no recargar este capítulo ya bastante extenso, véase el índice bibliográfico al final de este libro.

chevique, punto de vista más que ingenuo si recordamos la hostilidad con que las naciones occidentales empezaron a considerarse mutuamente a partir del mismo final del primer conflicto mundial. Más acertadamente era la interpretación alemana, ya que, para el gobierno de Berlín —fuera cual fuere su orientación general— la amistad rusa era una carta que siempre se podía echar sobre el tapete en el curso de eventuales negociaciones con Inglaterra o con Francia. Por otra parte, esta amistad política había permitido a los dirigentes de ambas naciones encontrar las bases de una cooperación militar e industrial igualmente provechosa para Rusia como para Alemania. El tratado de Versalles prohibía a los alemanes utilizar carros armados y aviones militares, pero Rusia no había firmado el *Diktat,* y las comisiones aliadas de control estacionadas en Alemania no tenían jurisdicción sobre aquello que acontecía en la Unión soviética. De este modo numerosos oficiales alemanes pudieron entrenarse en Rusia en el manejo de los carros y de los aviones y enseñar a sus colegas soviéticos los aspectos esenciales de la guerra moderna.

·Puede parecer poco lógico que, en estas condiciones, Rusia y Alemania no llegaran a firmar una alianza militar formal. Ello se explica, sin embargo, si consideramos que en ningún caso Francia hubiera aceptado que Alemania diera un paso cuyo primer efecto hubiera sido su resurgimiento como potencia militar de primer orden.

Al mismo tiempo que fortalecía sus relaciones de amistad con Alemania, Rusia, que necesitaba tiempo y tranquilidad para proceder a su industrialización, se hizo presente con exhibiciones extraordinarias ante la Comisión de Desarme de la Sociedad de las Naciones. Como comienzo, Litvínov —que había substituído a Chícherin en el Comisariado de Asuntos Exteriores— propuso un plan de desarme general e integral al cual se asociaron Turquía y Alemania. Aquí se revela, con toda su claridad, la hipocresía que ha de caracterizar las relaciones entre las grandes potencias hasta el estallido de la segunda guerra mundial. Los rusos proponían ese plan, sin creer en lo más mínimo en su eficacia, para extender la cortina de humo necesaria a su tranquilidad y cuidar al mismo tiempo su propaganda; los alemanes seguían porque deseaban que las restricciones a ellos impuestas en Versalles se extendiesen a todos los demás (si bien, sobre todo, querían representar el papel fructuoso de nación pacífica), o que se les dejase libertad de acción; los franceses discutían, afirmando que Alemania, con su población y su estructura industrial intacta, disponía de un potencial bélico superior al suyo, y pretendía compensar esta superioridad con un aumento de sus fuerzas armadas; Italia no admitía control alguno, e Inglaterra, como siempre, no aceptaba ni rechazaba, satisfecha de ver a los franceses encerrarse a sí mismos, en posiciones indefendibles.

Entonces, durante la cuarta sesión de la Conferencia de Desarme, Litvínov abogó por la abolición radical e inmediata de todas las fuerzas de tierra, mar y

aire. Desconcertada, la Comisión aplazó su decisión hasta la sesión siguiente, que se celebró en Ginebra en marzo de 1928. Esta vez, los rusos presentaron un proyecto de desarme parcial, según el cual las grandes potencias debían renunciar a la mitad de sus fuerzas armadas, y las pequeñas a una tercera o cuarta parte. Este proyecto tampoco fué acogido, pero tampoco rechazado; puesto que, de nuevo, la Conferencia aplazó su decisión hasta la sexta sesión. Esforzándose por mantener su seriedad, Litvínov protestó solemnemente contra el imperialismo de las naciones capitalistas, lo que no le impidió firmar con ellas, el 27 de agosto de 1928, el pacto general de no agresión que pasó velozmente a la historia con el nombre de «Pacto Briand-Kellog».

Que los hermosos proyectos presentados por Litvínov en el escenario ginebrino no fuesen más que artículos de propaganda, ello resulta evidente cuando comprobamos que el sexto congreso del *Komintern*, que se reunió en Moscú en marzo de 1928, es decir, en el momento mismo en que *papasha* se explayaba ante la Conferencia de Desarme, había adoptado una resolución en la que figuraban los tranquilizadores conceptos siguientes: «La destrucción del capitalismo es imposible sin violencia, es decir, sin levantamientos armados y guerras contra la burguesía. En nuestra era de guerras imperialistas y de revolución mundial, son inevitables las guerras civiles revolucionarias de la dictadura del proletariado contra la burguesía, las guerras del proletariado contra los Estados burgueses y el capitalismo mundial, así como las guerras revolucionarias nacionales de los pueblos oprimidos contra el imperialismo».

Al mismo tiempo, Rusia desarrollaba poderosamente sus fuerzas armadas. Un decreto del 18 de septiembre de 1925 había establecido el servicio militar obligatorio por cinco años. El sistema de las reservas territoriales —que preveía un servicio activo de dos años en las fuerzas de tierra y de tres años en la marina, con períodos ulteriores de instrucción repartidos en un trienio— permitió la formación de una masa de primera línea de nueve millones y medio de hombres. Al lado de las fuerzas armadas en servicio permanente y bajo su control, creó diversas asociaciones voluntarias para la defensa nacional, entre las cuales, en pocos años, se hizo muy famoso el *Osoaviajím*, asociación para la defensa aeroquímica que, en 1929, contaba ya con cinco millones de miembros [2].

* * *

Que el gobierno soviético encontrase muy justificado seguir esta política de rearme, lo demuestra la llegada casi simultánea de Hitler al poder y por otra parte la hegemonía en el Japón del partido militarista nipón.

---

[2] *Osoaviajím*, sigla de *Obshchestvo sodeistviia oborone i aviatsionnomu i jimicheskomu stroitelstvu SSSR*, es decir, «Sociedad de concurso a la defensa y desarrollo de la industria aeroquímica de la URSS».

Esta vez, serios peligros o, por lo menos, incógnitas peligrosas, se ofrecían a la diplomacia soviética. Rusia no estaba preparada para la guerra. Al mismo tiempo que no había sabido encontrarse aliados en el continente, el primer balance de la stalinización arrojaba resultados desconsoladores, por cuanto, en él, los fracasos eran más numerosos que los triunfos.

Ya había tenido que afrontar su primera prueba internacional en Manchuria cuando, en febrero de 1932, los japoneses le habían pedido la autorización de utilizar el ferrocarril del Este chino para el transporte de sus efectivos militares a Jarbín. Ahora bien, ese ferrocarril había sido ocupado dos años antes por los rusos en violación de los derechos chinos, con la ayuda de la diplomacia japonesa y, llegado el momento, ésta pretendía cobrar el precio de sus buenos oficios. En un principio, las autoridades militares rusas, que temían ver a los japoneses aprovecharse de esta oportunidad para adueñarse de esta codiciada línea férrea, contestaron negativamente y elevaron sus efectivos extremorientales de setenta a ciento setenta mil hombres. La atmósfera empezó a cargarse entre ambos países que, hasta entonces, habían vivido en buena amistad. Tokío hizo declaraciones tranquilizadoras y la tensión disminuyó hasta el punto que Moscú otorgó finalmente la autorización solicitada.

La proclamación de la independencia de Manchuria por los japoneses volvió a poner la cuestión sobre el tapete. Esta vez, los rusos, en el comienzo, se negaron a reconocer al nuevo Estado, porque no querían enturbiar sus relaciones con los Estados Unidos, cuyo reconocimiento estaban esperando; pero esta prudencia no les impidió escuchar a los agentes consulares del nuevo imperio. Ya en diciembre de 1931, Litvínov había propuesto al Japón la firma de un pacto de no agresión y ese *exequatur* venía a ser una incitación a concluir un acuerdo más concreto. La contestación japonesa, que se hizo esperar más de un año, fué, decididamente, negativa.

La llegada al poder de los militaristas japoneses, seguida, poco después, de la instauración del régimen nacionalsocialista en Alemania, condicionó directamente la segunda fase de la política exterior staliniana; persuadiéndose Stalin de la necesidad de apresurar la solución de sus problemas interiores, de los cuales dependía enteramente su seguridad.

Los nacionalsocialistas nunca habían disimulado su anticomunismo, sustentado —*Mein Kampf* lo proclama— en el propósito de conquistar en el Este, con la espada de sus soldados, tierra para el arado de sus labradores. Razón por la que Stalin pensó aproximarse a las potencias democráticas; pero estas naciones exigirían garantías a cambio.

Y es entonces cuando, gracias al presidente Roosevelt, que en noviembre de 1933 procedió al reconocimiento diplomático de la Unión soviética, empezó a nacer y tomar cuerpo la leyenda del democratismo de Stalin.

* * *

Nada proporciona mayor satisfacción al *homo liberalis* de París, de Londres, de Wáshington o de Buenos Aires, que una buena Constitución. En efecto, quien dice Constitución dice Estado de derecho, y quien dice derecho dice respeto de la persona humana. De suerte que cuanto más extensa es la Constitución, mayor es el regocijo del hombre liberal, porque, para él, la garantía de dicho respeto es directamente proporcional al número de los artículos que lo proclaman.

Lord Bolingbroke puede considerarse muy justamente como el arquetipo de esta especie de optimistas embargados por la pasión constitucionalista y sus obras están repletas de perogrulladas, cuya única categoría en la literatura universal reside que yo sepa, en los eternos aforismos de Monsieur Prudhome. Pero, mientras este héroe del comercio al por menor emitía sus sentencias por cuenta del genial Henri Monnier, el noble lord, al cultivar su propia materia prima, forjaba máximas cuya comicidad involuntaria puede apreciarse incluso ahora, dos siglos después de su edición. «Por Constitución se entiende —encontramos en su *Dissertation on Parties*—, cada vez que se quiere hablar con propiedad y exactitud, aquel conjunto de leyes, instituciones y hábitos, derivados de ciertos principios de razón, determinados, que forman aquel sistema general, según el cual la comunidad ha aceptado ser gobernada.»

Sus huesos se habrán estremecido de gozo al solo anuncio de que, en 1936, Stalin haya ideado para los rusos la «Constitución más democrática del mundo», porque, en aquel año precisamente, la larga crónica de la administración dzhugashviliana había tenido tiempo suficiente para demostrar que, constantemente, se había inspirado en «aquel sistema general según el cual la comunidad ha aceptado ser gobernada» [3].

Stalin se había decidido a darle esta inocente satisfacción con facilidad tanto mayor cuanto que sabía perfectamente que las naciones occidentales, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, cuya alianza se le había hecho necesaria en razón de las amenazas del nacionalismo alemán y del expansionismo japonés, no irían a investigar, tras los relucientes oropeles que exhibiría ante sus ojos, la vida rusa y su sórdida realidad.

En verdad, nada había cambiado desde los días lejanos en que Lenin admitía que en Rusia podía haber tantos partidos políticos como se quisiera, a condición de que el partido comunista estuviera en el poder y los demás en la cárcel. Y para que nadie, por lo menos en Rusia, lo ignorara, Stalin había publicado en *Pravda* del 26 de noviembre de 1936 un artículo en el que proclamaba que, «en la Unión soviética no hay ninguna razón para la existencia de varios partidos y, por ende, para la libertad de los partidos. En la Unión soviética, sólo hay

[3] Los esposos Webb —un Bolingbroke redivivo, entonces, en dos personas— forman la encarnación perfecta del *homo liberalis* cuando proclaman que la Constitución soviética de 1936 es más liberal que la norteamericana.

lugar para el partido comunista». Tan siniestro como su antecesor, Dzhugashvili no se distinguía, que digamos, por su sentido del humor.

Si las potencias occidentales hubiesen exigido de Rusia algo más que una adhesión formal a los principios democráticos hubieran podido descubrir, en el artículo 126 de la Constitución staliniana, esto que, en fin de cuentas, es el mentís más rotundo que un dictador pueda oponer a dichos principios: «... los ciudadanos más activos y más conscientes, pertenecientes a la clase obrera y a las demás esferas de trabajadores, se unen en el Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, que constituye la vanguardia de los trabajadores en su lucha, en vista de la consolidación y del desarrollo del régimen socialista, y representa el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores, tanto sociales como estatales». Hecho evidentemente notable ya que, en 1939, con motivo del XVIII Congreso del PC ruso, dicho partido contará solamente con 2.476.666 miembros para una población total de, más o menos, 180 millones de almas [4].

[4] Cuando emprendió su acción revolucionaria inmediata, es decir, en el período que va de noviembre de 1916 a abril de 1917, el partido bolchevique tenía un efectivo de 10.000 afiliados, todos «revolucionarios profesionales», que, desde hacía años, Lenin preparaba cuidadosamente con vistas a esta acción. A partir de las «Tesis de Abril», esta *élite* fué utilizada para encauzar a las masas amotinadas hacia la conquista del poder, pero fué casi enteramente diezmada durante la guerra civil.

Ahora bien, el partido, que ya tenía 23.000 afiliados cuando el golpe de octubre, había visto aumentar sus efectivos hasta 200.000 miembros en el momento de la disolución de la Asamblea constituyente, fenómeno comprensible si consideramos que la victoria y la toma del poder son acontecimientos que determinan la adhesión de los «simpatizantes» e, incluso, de numerosos indiferentes y apolíticos deseosos de colocarse ventajosamente; ello quiere decir que, en materia de efectivos, el triunfo revolucionario determina un descenso en el *tonus* ideológico del partido vencedor. Desde entonces, este fenómeno nunca dejó de repetirse, tanto durante la dictadura de Lenin como durante la de Stalin, y quizá este aflujo masivo de individuos que buscaban, no satisfacciones ideológicas, sino seguridades para su porvenir, fué lo que obligó a Lenin y Stalin a ahogar las protestas de los viejos militantes en favor de la marea de nuevos afiliados, e instaurar la dictadura del jefe sobre el partido. Sigamos la progresión: en 1919, el PC contaba con 313.000 miembros; con 612.000 en 1920; 800.000 en 1925; 1.304.000 en 1928; esta aceleración característica del cuatrienio 1925-1928 se debe, como sabemos, a la presencia de Stalin a la cabeza del *Orgburó*, transformado por él en órgano ejecutivo de sus voluntades de aspirante a la dictadura.

La gran depuración del año 1929, emprendida contra las derechas y contra los remanentes irreductibles de las izquierdas, no impidió que el partido contara con 1.852.000 afiliados en 1930. Asimismo, pese a la Gran Purga de los años 1934-1938, que tuvo por efecto la eliminación —en todos los sentidos de la palabra— de centenares de millares de comunistas, el PC tenía, en vísperas del XVIII Congreso, 2.476.666 inscritos. Durante la guerra, el reclutamiento se ensanchó más aún: en 1945, el partido contaba con 5.700.000 miembros. La victoria no incitó a mayor velocidad en el reclutamiento, pero los efectivos siguieron creciendo hasta alcanzar, en 1952, en vísperas del XIX Congreso, la cifra de 6.882.145 afiliados (cifra proporcionada por Malenkov en su informe ante

La Constitución Stalin —134 artículos repartidos en 3 capítulos [5]— establece que «la base económica de la URSS está constituída por el sistema socialista de la economía y de la propiedad socialista de los instrumentos y medios de producción, tal como se ha afirmado después de la liquidación del sistema capitalista de la economía, de la abolición de la propiedad privada de los instrumentos y medios de producción, y de la eliminación de la explotación del hombre por el hombre» (art. 4). El artículo siguiente subraya que «la propiedad socialista en la URSS tiene la forma de la propiedad estatal —patrimonio de todo el pueblo— o de la propiedad cooperativa koljoziana —propiedad de los mismos *koljozi*, propiedad de las asociaciones cooperativas». El artículo 6 especifica que «la tierra, el subsuelo, las aguas, los bosques, las oficinas, las fábricas, las minas, las casas, los transportes, ferroviarios, por agua o por aire, los bancos, los medios de comunicación, las grandes factorías agrícolas organizadas por el Estado (*sovjozi*, estaciones de máquinas y tractores, etc.), como también las factorías comunales y la parte fundamental del patrimonio edilicio en las ciudades y centros industriales, son propiedad del Estado, es decir, patrimonio de todo el pueblo». El artículo 9 determina que, «al lado del sistema socialista de la economía, que es la forma

---

el Congreso, pág. 48 de la revista *Bolshevik*, núm. 19, octubre de 1952). Con Jrushchov, el fenómeno ha ido afirmándose porque, como Stalin, para llegar a dominar las asambleas del PC, el nuevo primer secretario necesitaba sangre fresca. Según numerosas informaciones, en vísperas del XX Congreso, el PC superaba los ocho millones de afiliados.

Así se puede comprobar que, del mismo modo que la evolución del capitalismo engendró nuevas clases medias en lugar de aquéllas que había destruído o eliminado, la evolución del socialismo y su transformación en capitalismo de Estado atravesó por características parecidas. En uno y otro caso, estas nuevas clases medias están formadas por empleados y funcionarios; pero las diferencias son numerosas: mientras, bajo el capitalismo, las clases medias se caracterizan por una diversificación de los modos de vida, determinados por la variedad de las empresas y de los métodos de explotación, en Rusia no existen sino funcionarios estatales militarmente encuadrados; donde todos cumplen la misma tarea, comen los mismos alimentos y visten los mismos trajes. Por otra parte, existe una diferencia fundamental entre los comunistas de tipo staliniano (o jrushchoviano) y los «revolucionarios profesionales» de cuño leniniano: mientras éstos podían discutir las decisiones de la Central, aquéllos sólo tienen derecho a la autocrítica. Esta transformación llevó a tan bajo nivel la formación intelectual del partido, que Malenkov se vió obligado a subrayar ante el XIX Congreso la necesidad de limitar las inscripciones. Lo hizo en los siguientes términos: «... no puede considerarse que esté ya resuelta la tarea planteada por el partido de acabar con el atraso en la preparación política de los comunistas respecto al aumento de las filas del partido. En vista de ello, se debe proseguir la línea de restricción de ingreso en el partido, de mejoramiento de la capacitación política y del temple de los comunistas; ya que el partido es fuerte, no sólo por el número de sus miembros, sino, ante todo, por la calidad de éstos». Recomendación, pues, que Jrushchov evitó escuchar.

[5] La reforma constitucional de 1947 agregó 12 artículos, elevando así el conjunto a 146.

dominante en la URSS, la ley admite la pequeña empresa privada de campesinos no asociados y de artesanos, fundada en el trabajo individual con exclusión de la explotación del trabajo ajeno». El artículo 10 proclama que «el derecho de propiedad personal de los ciudadanos sobre las ganancias provenientes de su trabajo y sobre sus ahorros, sobre la casa vivienda y la empresa doméstica de uso cotidiano, sobre los objetos de consumo y de comodidad personal, así como el derecho de herencia de la propiedad personal de los ciudadanos, están garantizados por la ley».

El artículo 12 establece que «el trabajo en la URSS es un deber y un objeto de honor para cada ciudadano apto para el mismo, según el principio: *quien no trabaja no come*. En la URSS, se realiza el principio del socialismo: *dé cada uno según sus capacidades; a cada uno según su trabajo*» [6].

---

[6] Como hasta la fecha —final de 1957— este artículo no ha sido modificado, en la URSS, se está bastante lejos todavía del axioma de Marx: *dé cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades*. Pero los exégetas de la línea general aseguran que este axioma encontrará su aplicación cuando la sociedad comunista se realice, porque la presente es solamente una sociedad socialista. En lo que hace a las diferencias concretas que corren entre una y otra sociedad, algunas cifras nos servirán de orientación. *Pravda* del 27 de junio de 1937 —es decir, de la época en que la constitución acaba de entrar en vigencia— en una estadística de los sueldos percibidos por los escritores soviéticos, daba una idea precisa de la pirámide en cuyo ápice se sientan los privilegiados del sistema. He aquí estas cifras relativas al año 1936:

14 escritores cobraron más de 10.000 rublos mensuales; 11 escritores cobraron de 6 a 10.000 rublos mensuales; 39 escritores cobraron de 2 a 3.000 rublos mensuales; 114 escritores cobraron de 1 a 2.000 rublos mensuales; 137 escritores cobraron de 500 a 1.000 rublos mensuales; 4.000 escritores cobraron menos de 500 rublos mensuales.

Evidentemente, *Pravda* cubría con velo púdico las cuotas alcanzadas por los 14 escritores favorecidos con más de 10.000 rublos mensuales. Recordemos que, en aquella época, Alexei Tolstoi se vanagloriaba por haber percibido más de un millón de rublos en concepto de derechos de autor en un año. Cierto es que había comparado a Stalin con Pedro el Grande. Recordemos también que, en 1936, el salario medio anual de los trabajadores soviéticos alcanzó la cifra de 2.776 rublos (231,33 rublos por mes).

No es fácil descubrir cuántos privilegiados puedan existir exactamente en la Rusia soviética. He aquí lo que Virtor Serge escribía al respecto: «¿Qué parte de la población goza de un bienestar definido por la satisfacción de todas las necesidades (buena alimentación, buen vestir, buen alojamiento)? Ya que es evidente que esta parte de la población es la única interesada en el mantenimiento del régimen... Comparaciones entre datos de diversas fuentes me habían llevado a estimar estos elementos favorecidos en menos de 10 millones de personas, cifras que hay que doblar a fin de tener en cuenta las familias. Trotskiy estima esta cifra en 10-12 millones, es decir, 25 millones de personas con las familias, y concluye: *12 a 15 por 100 de la población, tal es la base auténtica de los dirigentes absolutistas*... El resto de la población, 85 a 88 por 100, prosigue Serge, vive en condiciones primitivas, en la penuria, la necesidad, la miseria, o goza de un bienestar ilícito y clandestino, repleto, pues, de inseguridad»; en *Destin d'une révolution, URSS 1917-1937*, París, 1937. Esta es la razón por la que Trotskiy podía concluir a su

A partir de estas bases, la constitución podía proclamar su adhesión a los principios más liberales, establecer el sufragio universal integral, reconocer la libertad de pensamiento, de asociación, de reunión y de expresión; podía, incluso, levantar la inhabilitación cívica que, desde 1917, pesaba sobre los supervivientes de las antiguas clases pudientes, burgueses, aristócratas, oficiales del viejo ejército imperial y, como remate, otorgar el derecho de voto a los miembros de la familia Románov —humorismo macabro que, seguramente, encuentra su inspiración en las *Almas muertas*—; el artículo 124 hacía un uso curioso de la palabra libertad al especificar que, «para asegurar a los ciudadanos la libertad de conciencia, la Iglesia en la URSS está separada del Estado. *La libertad de practicar los cultos religiosos tanto como la libertad de propaganda antirreligiosa son reconocidos a todos los ciudadanos*». Lo que tenía por objeto impedir que los creyentes pudiesen contestar a las obscenidades del ciudadano Iaroslavskiy-Gubelman, jefe de los *bezbózhniki* [7]. Del mismo modo, la libertad de prensa y el derecho a la inviolabilidad personal, reconocidos formalmente en los artículos 125 y 127, suenan de modo bastante singular si tenemos presente el caso de la poetisa Ana Ajmatova, del filósofo Alexandrov, del biólogo Vavilov, por no hablar sino de las más conocidas entre las víctimas más recientes del sistema, que fueron objeto de excomunión después de 1947 por orden de Andrei Zhdánov, penitenciario mayor en estos menesteres hasta su muerte, y entregados a los tribunales secretos del MVD que, como los de la *Chekā* en 1918, siguen juzgando sumariamente, deportando y ejecutando a todo ciudadano que haya provocado sus sospechas, sin concederle siquiera el derecho de hacerse asistir por un abogado o de poder aportar la prueba de su inocencia [8].

---

vez: «Los privilegios de la burocracia son abusivos. Disimula sus rentas. Aparenta no existir en cuanto agrupación social. Su manumisión sobre una parte enorme de la renta nacional es un hecho de parasitismo social. He aquí lo que hace la situación de los dirigentes soviéticos sumamente contradictoria, equívoca e indigna, pese a la plenitud del poder y a la pantalla de humo de la baja adulación»; en *La révolution trahie*, París, 1936.

Desde entonces, ese fenómeno no ha hecho sino acentuarse. El desarrollo gigantesco de la clase de los técnicos industriales, el papel cada vez más eminente que ocupan en el Estado en razón de la imprescindibilidad de sus servicios no han hecho más que multiplicar, no tanto el número de los privilegiados como el alcance de sus privilegios. Si bien el sueldo medio ha llegado a alcanzar los 600 rublos mensuales, existen centenares de escritores, técnicos industriales, burócratas, que ganan más de 30.000 rublos por mes.

[7] *Bezbózhnik*, ateo; de *bez*, sin, y *Bog*, Dios.

[8] Parece que ello cambió —relativa y momentáneamente— con la política de «destalinización» lanzada por Jrushchov en ocasión del XX Congreso del PC de la URSS. Desde entonces, las sentencias de los tribunales policiales deben ser refrendadas por un organismo jurídico superior, aun cuando el acusado siga sin derecho a la defensa y la

Cierto que hay que examinar con infinitas precauciones todo aquello que Trotskiy ha escrito acerca de los acontecimientos que señalaron la vida de la sociedad rusa después de su derrota por obra de Stalin. Sin embargo, tenemos que reconocer que su espíritu crítico rara vez falla el blanco cuando se enfrenta con las argumentaciones teóricas de su feliz contrincante, y es justo reconocer que, a los veinte años de la promulgación de la «constitución más democrática del mundo», nada ha logrado desmentir aquello que escribiera acerca de ella en 1936: «La nueva Carta *garantiza* a los ciudadanos la libertad de palabra, de prensa, de reunión, de manifestación en la calle. Pero cada una de esas garantías reviste la forma de un sólido bozal o de cadenas y grilletes. Libertad de prensa significa mantenimiento de una censura previa sin aviso, cuyos hilos se anudan en la Secretaría General del Comité Central al que nadie eligió. La libertad de imprimir letanías bizantinas en loa del jefe está *garantizada* naturalmente en su integridad. Por el contrario, cantidad de discursos y de cartas de Lenin, particularmente su *testamento,* quedarán debajo del hoyo porque, en ellos, se juzga con alguna severidad a los jefes de hoy. ¿Qué decir, en estas condiciones, de los demás autores?

»Nada cambió en lo que concierne a las libertades. La prensa soviética, ni siquiera intenta engañarnos al respecto. Proclama, por el contrario, que la reforma constitucional tiene por objeto fundamental la *consolidación* ulterior de la dictadura» [9].

Frente al pesimismo de Trotskiy, un cierto Dzhambul, poeta dzhiguita, no descubría en esta constitución motivos para desesperar. La encontraba tan conforme a sus más íntimas inquietudes que le consagraba el canto siguiente:

«Canto la Gran Ley Soviética,

la ley que surte el gozo,
la ley que fertiliza la estepa,
la ley que hace cantar el corazón,
la ley por la cual la juventud florece,
la ley que hace servir la naturaleza
a la gloria y al honor del pueblo trabajador,
la ley por la cual de los libres dzhiguitas
la ruta está abierta a las hazañas audaces,
la ley por la cual, en nuestro día de fiesta,
la masa de la torta materna leuda gloriosamente...» [10].

---

apelación. Por otra parte, pese a lo que algunos optimistas han llamado «primavera de Jrushchov», la lista de delitos posibles del MVD sigue tan complicada como en el «invierno de Stalin».

[9] L. TROTSKIY: *La révolution trahie.*

[10] De donde se infiere que, aun en materia constitucional, sigue siendo exacto el axioma feuerbachiano según el que *Mánn ist was er isst...*

Lo que en esta constitución debe estudiarse preferentemente aquí —porque es la única realidad que en ella encuentra su auténtica expresión— es el problema religioso, cuya proyección sobre la vida moral y espiritual de los rusos seguía produciendo, en 1936, tan profundo impacto que, para hacerle frente, el gobierno creyó deber consagrarle el artículo menos «democrático» y, por ende, más sincero de esa extraordinaria manifestación institucional. Hemos, pues, de volver a considerar las relaciones de la Iglesia y del Estado soviético a partir del momento en que, en vísperas de la guerra civil, la dirección monárquica de la *Pravoslavie* había sido restaurada sobre las ruinas del Santo Sínodo mediante la elevación del metropolita Tijón a la dignidad patriarcal.

La historia de estas relaciones es complicada solamente en apariencia. En efecto, no resulta difícil seguir su evolución con tal de no olvidar que, esta vez como siempre, Stalin, después de los excesos de la época leniniana y del período de su propio afianzamiento en el poder, había acabado por dejarse llevar por el principio de utilidad.

A pesar de que, en 1919, para atenernos a la relación presentada ante el IX Congreso del PC, en marzo del año siguiente, el programa de la lucha contra la «cocaína espiritual» [11] se hubiese expresado en los siguientes términos: «Hasta hoy, en todo el territorio de la Rusia soviética, hemos liquidado 673 conventos; a los religiosos, les hemos confiscado, entre dinero líquido, cuentas corrientes bancarias y valores, 4.247.667.520 rublos; hemos nacionalizado los institutos religiosos y los terrenos de su propiedad (3 millones de hectáreas)»; a pesar de ello, pues, el Patriarca se había negado a asumir una postura dinámicamente antisoviética. El 25 de octubre de 1919, es decir, cuando Deníkin, en su marcha victoriosa, había alcanzado Oriol a 250 kms. de Moscú, Mons. Tijón declaraba que, por considerarse padre de todos los rusos, se negaba a plegarse al movimiento blanco. Ello no impidió que, una vez pasado el peligro, los alegres muchachos de la *Cheká* prosiguiesen con sus asesinatos en masa de sacerdotes y de fieles hasta después del final de la guerra civil. La situación se volvió más grave aún cuando, a consecuencia de la terrible hambruna del invierno 1921-1922, el Patriarca puso a disposición del gobierno, voluntaria y libremente, todos los objetos de valor pertenecientes a la Iglesia y no destinados a usos litúrgicos. El 26 de febrero de 1922, el *Sovnarkom* «aceptó» la donación, pero quitándole su cláusula limitativa y disponiendo la expropiación de todos los objetos del culto. El Patriarca protestó, pero, en la semana del 17 al 25 de marzo, la gran expropiación se llevó a cabo y, en el curso del mes siguiente, el gobierno adoptó

---

[11] En estos términos, Lenin, en vena de originalidad, parafraseaba la inmortal sentencia de su maestro Carlos Marx, acerca de la religión considerada como «opio del pueblo». Existen también de él definiciones que la simple decencia impide reproducir.

una serie de resoluciones destinadas a organizar de modo más efectivo la lucha contra la Iglesia.

Para realizar esta campaña con todas las probabilidades de éxito, era necesario separar a la Iglesia de su jefe; siendo Tijón encarcelado el 9 de mayo. El 14, un editorial de *Izvestiia*, órgano oficial del gobierno, exigía su sustitución por un grupo eclesiástico disidente, el del arcipreste Vvedenskiy, que se había adherido a los supuestos ideológicos del bolchevismo. Previendo su destino, el Patriarca había nombrado un lugarteniente en la persona del metropolitano Agatángel de Iaroslavl, contratiempo que los disidentes intentaron descartar posesionándose, con el apoyo del gobierno, de los archivos de la Iglesia y fundando una «Iglesia Viviente», así llamada porque pretendía sustituir a la de Tijón, considerada como muerta. En agosto, celebraron un Sínodo durante el cual, en acuerdo con otros grupos cismáticos, fundaron una «Alta Administración Eclesiástica» que, aun violando los cánones de la Iglesia, permitió que los sacerdotes se casaran solamente después de su ordenación y contrajeran incluso segundas nupcias, confiriendo la dignidad episcopal a clérigos casados. Por intermedio de su lugarteniente, el Patriarca excomulgó a los clérigos y legos que habían aceptado entrar en la Iglesia Viviente. Para contestar a esta «tentativa de sabotaje contra la seguridad del Estado», el gobierno multiplicó las persecuciones. Por haber expulsado a Vvedenskiy de la Iglesia, el metropolita Benjamín de Petrogrado fué arrestado, torturado y fusilado. Decenas de obispos, centenares de sacerdotes, miles de fieles sufrieron la misma suerte. Otros, en número mayor, fueron deportados. Entonces, Mons. Tijón, en una carta pastoral con fecha 23 de junio de 1923, condenó vigorosamente todo ataque al gobierno por parte de los ortodoxos. Fué liberado de la cárcel, pero mantenido en el destierro. Sus últimos años —falleció el 8 de abril de 1925— los pasó entristecido por la guerra que, con el apoyo siempre activo del gobierno, le hacía la Iglesia Viviente, cuyo órgano directivo se había transformado en *Soviet Eclesiástico Supremo*.

Escribe A. M. Ammann: «Esta desaparición no abrió un capítulo nuevo en la historia de la Iglesia ortodoxa bajo el régimen soviético. Dicho capítulo había empezado, en efecto, dos años antes, durante el cautiverio de Tijón, es decir, cuando éste había abandonado toda resistencia ante el gobierno, resignándose a aceptar el estado de cosas existente. Sólo entonces se decidió a salir del campo puramente doctrinal, intentando adaptarse a la legislación eclesiástica soviética, si bien, como es obvio, sin llegar a aceptar sus teorías en materia espiritual. Puede decirse, por consiguiente, que la Iglesia se había sometido al Estado. A pesar de su separación de la Iglesia, el Estado reivindicaba muchos, por no decir todos los derechos sobre ella. Además, en el derecho de regular y vigilar la vida de las comunidades eclesiásticas y religiosas, ¿qué otro derecho no está implicado? Esto, precisamente, es lo que el régimen absoluto soviético sitúa en la base de sus relaciones con la Iglesia mientras esta última siga existiendo. Quizá pueda hablar-

se de separación de la Iglesia y el Estado en el sentido de que, a la primera, se sustrae todo influjo sobre el segundo. Pero no se puede decir que el Estado se haya separado de la Iglesia cuando aquél ejerce sobre ésta toda influencia posible hasta su máximo derecho sobre sus propios súbditos, en este caso sobre la existencia o la no existencia de la Iglesia misma. Sabemos que su última meta es una sociedad sin Iglesia, sin Dios incluso. Si el Estado como tal no llegó entonces a ejercer semejante derecho, ello se debió únicamente a motivos de prudencia: el gobierno no quería despertar en el interior el menor fanatismo, ni suscitar innecesariamente conmociones en el exterior. Por lo demás, estaba convencido de que, en el período socialista, la religión seguiría viviendo, posiblemente sin organización, pero siempre poderosa en el corazón de muchos, mientras que en el futuro período comunista caería por sí misma. Llevar las cosas en esta dirección constituiría la tarea del partido»[12].

Por esta razón, la organización de la lucha antirreligiosa pasó de la Quinta Sección del Comisariado de Justicia al partido comunista, que delegó sus poderes a una sección creada especialmente para estos menesteres, la de los *Sin-Dios*.

El respiro relativo, disfrutado en todos los aspectos de la vida rusa por la Nueva Política Económica, redujo casi a pura excepción las persecuciones violentas, pero, pese a las señales de sometimiento que el Patriarca hubo repartido en sus últimos años de vida, el gobierno no quiso conceder a la Iglesia la autorización de convocar un Concilio para la designación de su sucesor. Previendo semejante eventualidad, Tijón había designado una terna de prelados para ejercer el oficio de *locum tenens* del trono patriarcal. Los dos primeros obispos de la terna, Cirilo de Kazañ y Agatángel de Iaroslavl, estaban en la cárcel. La misión recayó, pues, en el tercero, el obispo Pedro Krutitskiy, que, al asumir el título de Guardián del Trono Patriarcal, se negó a toda colaboración con la Iglesia Viviente que, ahora, se hacía llamar Iglesia Nueva en razón de la impopularidad que rodeaba su primera designación.

La situación volvió a agravarse y el obispo Pedro tuvo que tomar en consideración la idea de su próximo encarcelamiento. Según la costumbre, designó a un lugarteniente en la persona del metropolita Sergio de Nizhniy Nóvgorod, de suerte que, cuando efectivamente fué arrestado, éste lo reemplazó automáticamente. Como sus predecesores, Pedro hizo declaración de sumisión al gobierno.

Ya en aquella época, el norte de Rusia era un vasto presidio destinado a los «enemigos de la clase obrera», denominación bastante elástica como sabemos.

---

[12] A. M. Ammann: *Storia della Chiesa russa e dei paesi limitrofi*; Turín, 1948. Para el estudio del hecho religioso ruso durante este período es importante un artículo no firmado, publicado en la revista «Russie et Chrétienté», número de septiembre de 1955, París, con el título: *Le sentiment religieux en URSS, d'après des récents documents soviétiques*.

Numerosos eran los prelados y clérigos que fueron deportados a la isla de Solovki, en el Mar Blanco, donde existía un monasterio que la *Chekå* y el Comisariado de la Industria Forestal habían transformado en cárcel para eclesiásticos. Reunidos en una prueba común, los deportados pudieron comparar su ideas acerca de la situación de la Iglesia. De este contacto salió un documento que se dió a conocer con el nombre de *Mensaje de Solovki.*

«La idea central de este escrito se separa abiertamente de todas las manifestaciones del Patriarca Tijón. Mientras éste había querido conocer solamente a hijos de la Iglesia, fieles o descarriados..., los obispos prisioneros veían en estos últimos aquello que eran y entendían ser, ateos que con la Iglesia nada tenían y nada querían tener en común; más exactamente aún, enemigos declarados. Comparaban la situación de la Iglesia en el Estado soviético con aquella en que se había encontrado bajo el sultán de Turquía o bajo los emperadores romanos durante los primeros siglos del cristianismo. Con ello no cometían agravio alguno contra el gobierno. Por el contrario, únicamente con semejantes reconocimientos, sin falsos compromisos, era posible encontrar las bases de una explicación con el adversario, admitido que una explicación fuese posible. Como los súbditos del sultán o de los emperadores romanos, reconocían al gobierno soviético como legítimo y consideraban sus leyes como obligatorias en la medida en que no contradecían la ley divina. Por lo tanto, esperaban poder llegar a una convivencia pacífica con el Estado. Como aquellos cristianos, aceptaban el hecho cumplido de la separación de la Iglesia con el Estado y la escuela. Entendían limitarse al campo puramente religioso y no ocuparse de política en modo alguno. Lógicamente, a su vez, se abstendrían de apoyar al Estado en su política, por ejemplo, en su lucha contra el monarquismo de los emigrados mediante una condena del Sínodo episcopal de Karlovitsi [13]. La Iglesia, por su parte, esperaba del Estado una cierta libertad para el cumplimiento de su misión» [14].

Mientras tanto, el 13 de diciembre de 1926, el metropolita Sergio había sido arrestado, pero, inmediatamente admitido a negociar, fué libertado en marzo del año siguiente. Estas extrañas negociaciones supusieron un nuevo mo-

[13] Ciudad yugoslava donde la mayor parte de los obispos, que habían ligado su suerte a la de los ejércitos blancos durante la guerra civil, se habían refugiado. El Sínodo de Karlovitsi, presidido por el metropolita Antonio, se consideraba como el único órgano religioso supremo que actuara conforme al espíritu del Concilio de 1919 y sustentaba su pretensión en la falta de libertad en que vivía la Iglesia ortodoxa de Rusia. Para él la existencia de la Iglesia estaba ligada al sistema monárquico. Otros obispos, de tendencia más «liberalizante», se habían instalado en París bajo la autoridad del metropolita Eulogio, con la ayuda de la YMCA y obedecían a la jurisdicción del Patriarca Ecuménico de Constantinopla.

[14] A. M. AMMANN, *ut supra.*

mento de respiro para la Iglesia. El 20 de mayo de 1927, el gobierno aceptaba registrar la existencia de la Iglesia de Sergio, dándole así vida legal, privilegio reservado hasta entonces a los secuaces de Vvedenskiy. Poco después, el 29 de julio, Sergio publicaba una «Declaración Fundamental» que era un acto de reconocimiento del gobierno por la Iglesia en el sentido del Mensaje de Solovki. Sin embargo, iba más lejos que los obispos deportados y ordenaba a las Iglesias ortodoxas rusas del extranjero que asumiesen, en adelante, una actitud enteramente apolítica y, por consiguiente, que renunciasen a toda oposición contra el régimen soviético. En compensación, solicitaba del gobierno la autorización de convocar un Sínodo para la elección de un nuevo Patriarca. Por encima de las protestas formuladas por las centrales de Karlovitsi y de París y por no pocos de los obispos que seguían residiendo en Rusia, el 12 de octubre de 1927, prescribía que en las funciones litúrgicas se recitasen oraciones por la existencia del gobierno.

Aparentemente, se estaba a punto de lograr una especie de *modus vivendi* cuando la política de los planes quinquenales proporcionó nuevos alimentos a la persecución antirreligiosa. En efecto, el estado mayor del *Gosplan*, en su sistematismo doctrinario, lejos de contentarse con planificar la economía nacional, proyectaban abarcar todos los aspectos de la vida rusa, incluído el espiritual, y puso en ejecución, paralelamente a los planes quinquenales, cuyo detalle hemos estudiado anteriormente, un PQ destinado a establecer el imperio del ateísmo en Rusia. El lema de esta campaña de descristianización, puesta bajo el mando supremo de Emeliano Gubelman (a) Iaroslavskiy, era: «Una Iglesia en un *koljoz* es una broma» y, en ese sentido, los *bezbózhniki* procedieron con tanto furor que el mismo Stalin, como hemos visto, se vió obligado a intervenir para desautorizarlos.

Pasemos a estudiar ahora el factor político que, con el impulso del Estado, se había transformado en el agente directo de la lucha emprendida por el comunismo contra la religión y, por consiguiente, de las dificultades cada día mayores que la Iglesia y los fieles encontraban en el ejercicio de su libertad espiritual, por una parte, y, por otra, de sus obligaciones políticas: la Asociación de los Sin Dios, o Liga de los Ateos.

Creada en 1925, tenía como propósito oficial la lucha, por todos los «métodos científicos», contra la religión y las supersticiones, singularmente contra «los mitos más arraigados en la mente de los hombres, la creencia en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma».

Para llevar a cabo con las mayores probabilidades de éxito su lucha contra el cristianismo, Gubelman decidió «admitir» en su organización a todos los rusos de más de dieciséis años de edad. Pero, a despecho del apoyo oficial, y, por ende, de todos los medios de presión policial que el Estado ponía a su disposición para permitirle actuar más eficazmente sobre los individuos, a finales de 1930 la

sociedad contaba apenas con tres millones de miembros, inactivos en su mayoría [15].

Gubelman y los dignos caballeros de su plana mayor —oficializados por el gobierno que hacía depender exclusivamente de ellos el ejercicio del culto, ya que solamente los miembros de la liga podían integrar los consejos de fábrica, únicos organismos habilitados para decidir si existían las condiciones exigidas para dicho ejercicio—, se entregaron, a partir del primer PQ a una larga serie de manifestaciones «científicas» destinadas a destruir la superstición en sus últimos reductos: desfiles ante las iglesias en los días de celebraciones religiosas, con participación de burros y de cerdos ataviados con ornamentos sagrados: bufonadas obscenas en los centros «culturales» de la asociación que, generalmente, funcionaban en iglesias ya desafectas; clases de tiro al blanco contra las cruces y los iconos en las plazas públicas, etc.; todo ello acompañado con un lujo extraordinario de publicaciones en que lo soez disputaba el sitio a lo estúpido: el *Antireliguiozñik*, revista mensual en papel de lujo que editaba 60.000 ejemplares; el *Bezbózhnik*, cotidiano de la liga, que distribuía 300.000 copias que, por lo demás, nadie compraba fuera de los organismos oficiales; sin contar opúsculos y folletos de propaganda con los cuales se inundaban hasta los rincones menos asequibles de Siberia o del Turkestán; y, factor quizá más eficaz, la propaganda en las escuelas elementales donde los maestros pedían a los alumnos que dirigieran una plegaria a Dios para obtener un panecillo de leche y, después de haberles hecho comprobar que Dios no les enviaba nada, les distribuía en nombre de Stalin ese panecillo, manjar de que habían oído hablar por sus padres o sus abuelos sin haber podido tener de él conocimiento directo porque habían nacido después de 1917 [16]. Esta propaganda alcanzó a todos los sectores de la actividad nacional: a un submarino, se impuso el nombre de *Bezbózhnik*, a una escuadrilla de caza, el de *Ateíst*. Pese a lo cual, en 1936, es decir, en vísperas de la Constitución Stalin, la Iglesia ortodoxa seguía disponiendo de 30.000 parroquias repartidas en 163 obispados, frente a las 6.000 parroquias con 140 obis-

---

[15] Hecho digno de señalarse: en aquel mismo año 1930, el partido comunista contaba con 1.852.000 afiliados, de los que solamente 800.000 pertenecían a la liga. Más de un millón de militantes, pues, no querían tener nada que ver con la asociación de los Sin-Dios, muy probablemente porque, *in latebris conscientiae*, seguían creyendo en Dios... o temiendo al diablo.

[16] No resultará inútil recordar aquí que los maestros de escuela lanzados por Tito al asalto del pueblo yugoslavo a partir de 1944, han aplicado exactamente el mismo truco de los panecillos para la descristianización, con una diferencia sin embargo: mientras los pequeños rusos, para obtener su ración no tenían que dirigir oraciones a Stalin, los pequeños servocroatas, para llegar a tanto, tenían que recitar una plegaria ante un retrato del mariscal de Belgrado. Con el tiempo, los métodos se perfeccionan. No por nada, al referirse a los balcánicos, Alejandro III decía: «los excesivos».

pados de la Iglesia Nueva; con esta diferencia: mientras éstas existían sólo por imposición del gobierno y sin participación alguna de feligreses, aquéllas se mantenían porque podían presentar a los agentes del Sr. Gubelman un número de fieles siempre superior al *quorum* exigido por el gobierno para su funcionamiento.

En la misma época, al lado de las payasadas de los *bezbózhniki,* de los equilibrios ejecutados con mala conciencia por los secuaces de Vvedenskiy y del martirio glorioso sufrido por la Iglesia patriarcal, se pudo comprobar una gran fermentación entre las sectas que, desde hacía varios siglos, otorgaban un carácter tan singular a las manifestaciones populares de la religiosidad rusa: tolstoianos pacifistas, *molokani* y *Jlistini* con sus profetas histéricos, sus ermitaños vegetarianos y sus taumaturgos errantes, stundistas y baptistas, pero, sobre todo, Viejos Creyentes, siempre unidos en su fe y que, siempre, volvían a construir sus comunidades clandestinas alrededor de sus apóstoles viajeros, porque una larga tradición subterránea les permitía luchar, más eficazmente que sus hermanos de la *Pravoslavie,* contra los agentes del gobierno y seguir reclutando a sus fieles hasta en el ejército, en el partido y hasta en la misma policía.

Pese a todo, como siempre sucede en tiempos de persecución, ésta fué una época de resurrección espiritual para la Iglesia patriarcal. Los fieles, guiados por un clero verdaderamente admirable, descubrieron motivos más auténticos para vivir su fe, en medio de sufrimientos y de sacrificios comparables solamente con los de los comienzos de la era cristiana. Mientras todo lo habían perdido, venían adquiriendo la fuerza sublime que les permitía permanecer firmes en su fe, renovada por el martirio.

Nuevamente, mientras preparaban la nueva constitución, las autoridades soviéticas cometieron el gran error, cuando decidieron proceder al censo general de la población, de reservar una sección de los formularios *ad hoc* a las convicciones religiosas de los ciudadanos interrogados. Se habían forjado la ilusión —alimentada por el hecho de permanecer los cristianos callados mientras Gubelman hablaba— de que finalmente no quedaban en Rusia sino rastros infinitesimales de espíritu religioso. Pensaban, pues, que el censo iba a permitirles exponer ante el mundo resultados positivos de sus campañas de descristianización. Pero aquellos que se declararon creyentes fueron tan numerosos en las aldeas y las ciudades, en los *koljozi* y los *kombinati,* que el gobierno decidió mantener secretos los resultados de tal escrutinio.

Se ideó otro medio para dar nuevo vigor a la lucha antirreligiosa. Puesto que Gubelman fracasó claramente y Vvedenskiy se había revelado un quintacolumnista inepto, que, después de veinte años de dictadura comunista y en razón de las múltiples manifestaciones de los jefes de la Iglesia, no se podía acusar ya a los ministros y a los fieles de «aventurismo monárquico», se los persiguió por conspiradores trotskistas. Y, de nuevo, en 1936, empezaron los fusilamientos

de obispos y de clérigos, las deportaciones de fieles, las destrucciones de iglesias y de campanas. Un obispo relata que, en el momento de su consagración, contaba con 1.200 sacerdotes; en 1937, sólo le quedaban 5 de éstos [17]. Con el encarcelamiento del metropolita Sergio, en 1936, empezó otro período de lucha. De esta nueva prueba, en razón de acontecimientos inesperados, la Iglesia saldría más fortalecida, según algunos; más avasallada que nunca, según otros.

---

[17] Citado por AMMANN, *op. cit.* G. P. DE VRIES nos da en la segunda parte de su *Oriente cristiano* (Madrid, 1953, traducido del italiano) una buena síntesis de los acontecimientos que constelan el martirio de la Iglesia ortodoxa en el período aquí considerado.

CAPÍTULO XIII

EL TREN DE LA AMISTAD

La cola de la oposición — El panorama internacional y los viejos leninistas — Necesidad de pegar en la cabeza — Vida y muerte de Sergio Kirov — Pequeño mapa de las amistades stalinianas — En busca del bloque nacional, aunque sea por eliminación — Vishinskiy, o del Derecho — La Gran Purga — Traidores por doquiera — Trotskiy, Hitler, el mikado y el mariscal Pilsudski — Tujachevskiy y los buenos oficios del Dr. Benès — Sociología de los grandes procesos — Cuando estamos entre tahures — El antisemitismo de Stalin — Trotskiy, del comienzo al fin — *La société c'est moi!* — Primeros recorridos de la línea general — Shakespeare y la dialéctica de los contrarios — Final sin gloria de los revolucionarios profesionales

Si la acusación de trotskismo lanzada por los dirigentes soviéticos contra los jefes de la Iglesia no era más que un infundio ridículo, imaginado en frío, con una mezcla de odio antirreligioso y de humorismo macabro para revestir con cualquier pretexto nuevas persecuciones determinadas por el fracaso de la política biquinquenal de descristianización, no quiere decir que la oposición inspirada por Trotskiy hubiese desaparecido enteramente del seno del partido con el destierro de León Davídovich o con el «gran viraje» ejecutado por Stalin al aplicar el programa joven-izquierdista de socialización.

Insistamos en que este viraje se había ejecutado en un solo país y por tal razón se hablaba cada vez menos de revolución mundial. Ello es tan evidente que, a partir de 1928, la Internacional comunista, esperanza de lo que quedaba de auténticamente revolucionario en el comunismo ruso y *ultima ratio* de aquellos que, fuera de la Unión Soviética, se entregaron sin reserva a la idea de la subversión universal, no había conocido sino fracasos. En el Reino Unido, la crisis financiera inherente a la mala administración laborista, lejos de provocar la revolución, inclinó las masas electorales hacia el partido conservador. Con el régimen siempre en precario, pero también constantemente victorioso, instaurado por Chang Kai-shë, China escapaba cada vez más a las tentativas de revolución social y entraba con decisión en la órbita económica norteamericana. Si las Indias británicas se agitaban, era en nombre de una mística nacionalista donde no

quedaba sitio para los ideales marxistas. Todas las tentativas llevadas a cabo para provocar una sublevación general en la Indochina, después de los incidentes de Yen Bai, pronto localizados, únicamente sirvieron para consolidar la dominación francesa. En la misma Francia, aunque menos claro que en Inglaterra, el empuje de las derechas se manifestaba con tanta decisión que parecía destinado a desembocar en una transformación radical de las instituciones con sentido antirrepublicano [1]. Estados Unidos, mientras reconocía a la Unión soviética en noviembre de 1933, permanecía aparentemente [2] al abrigo de la propaganda comunista, pese a la presencia en el más importante de sus sindicatos y en el círculo mismo del presidente F. D. Roosevelt del agente soviético Sidney Hillman, disfrazado en aquel entonces de agente oficioso del mundo obrero ante la Casa Blanca. Por doquiera, en suma, el comunismo retrocedía, mientras que el fascismo se afianzaba en Italia y el nacionalsocialismo, que acababa de llegar al poder en Alemania, no disimulaba su designio de realizar su expansión a costa de Rusia.

Este es el momento en que, en Rusia, porque ello conviene a Stalin, renace la oposición, aun cuando se trate, si el dictador no miente, de una oposición sin dirigentes. Los antiguos miembros del estado mayor revolucionario que, antaño, intentaron zancadillear la ascensión de Stalin, o bien están en el destierro, como Trotskiy, o bien han sido separados de todos sus cargos, como Zinóviev, Bujárin, Kámenev, y nada les permite esperar un cambio de fortuna. En efecto, sin nada de la fogosidad de que Trotskiy está dotado, todos aquellos que han permanecido en Rusia son: hombres incapaces de organizar otra cosa que pequeños conciliábulos en los que se dice que Stalin es un hombre sin escrúpulos —y éste es el caso de Bujárin— o simplemente lamentables cobardes, a quienes esta falta de escrúpulos espanta, como Zinóviev y Kámenev.

No pueden hacer nada, pero existen. Y, por el mero hecho de existir, a los ojos de Stalin, constituyen un peligro virtual. Desde 1928, los vigila, manteniéndolos en un aislamiento que poco a poco se hace más denso, pero, durante mucho tiempo, no encuentra pretextos suficientes para actuar cuando, finalmente, su paciencia recibe su recompensa.

En primer lugar, el descontento suscitado por el estado de tensión provocado por la aplicación despiadada de los Planes Quinquenales está dando origen a un espíritu de crítica que, aun cuando no logre concretarse peligrosamente, podría

---

[1] Hasta que el coronel de La Roque provocara el fracaso de esta empresa llevando la organización que dirigía con métodos, a la vez histriónicos y dictatoriales —las llamadas «Cruces de Fuego»— a hacer el juego: 1.º del gobierno del cual era el agente rentado; 2.º de la extrema izquierda que, gracias a la acción estrafalaria de este militar retirado, habló de peligro «fascista», mientras, en Francia, nunca hubo semejante peligro, pese a lo que pretende el «historiador» argentino José Luis Romero cuando confunde a Charles Maurras con Roberto Farinacci.

[2] Pronto veremos el porqué de este «aparentemente».

socavar la situación en el caso de un fracaso técnico generalizado; siempre previsible en razón de esta tensión o de complicaciones internacionales que el dictador de Berlín puede intentar el día menos pensado. El aparato mismo del partido no se encuentra al abrigo de semejante eventualidad y Stalin no ignora que los burócratas le permanecerán fieles sólo mientras ningún otro venga a proponerles seguridades mayores que las que él mismo les procura. Muchos signos revelan agitación subterránea en el cuerpo de funcionarios, aun cuando éstos no dirijan sus miradas hacia los antiguos dirigentes descartados por el dictador. De todos modos, éste se encuentra en la necesidad de imponerse, de preferencia por el terror, porque el terror, aplicado a los dirigentes, será suficiente para paralizar a las masas de descontentos, como son los obreros aplastados por los sindicatos y los campesinos, al fin, encadenados a sus factorías colectivas, y para eliminar en los burócratas todo deseo de traicionarlo. Esta es la razón por la que Stalin ha empleado estos años en reorganizar la policía, transformándola en instrumento real de su dominación personal.

En segundo lugar, mientras un levantamiento interior sigue siendo una eventualidad hipotética, la nueva situación internacional condicionada por la presencia de Hitler, no puede sino incitarlo a actuar muy rápidamente. Le resulta evidente que es necesario desembarazarse de todo antagonista posible que, en caso de conflicto bélico, podría aprovechar el descontento de la retaguardia para encauzarlo contra él, en las mismas condiciones que la *troika* Miliúkov-Rodzianko-Russkiy, en febrero de 1917, cuando obligó a Nicolás II a abdicar, o que Lenin, siete meses más tarde, cuando derribó a Kérenskiy. Asimismo, esta situación exterior, que ya en 1934 presiente amenazas bélicas, constituye un terreno excelente para su propaganda. Puesto que la idea socialista no suscita ya entusiasmo alguno, no queda otro remedio que volver a los viejos motivos del patriotismo y del nacionalismo. Pero semejante viraje no resulta fácil realizarlo mientras los antiguos jefes de la oposición sigan con vida, porque tanto Zinóviev como Bujárin, pueden aprovechar la circunstancia para acusar a Stalin de haber traicionado los ideales de la revolución. La izquierda y la derecha tienen que desaparecer o, por lo menos, sus jefes y sus agentes inmediatos. Pero falta el pretexto.

* * *

El 1.° de diciembre de 1934, Sergio Mirónovich Kírov, amigo dilecto de Stalin, además de jefe del *soviet* de Leningrado y miembro influyente del *Politburó*, fué asesinado a balazos por un joven comunista llamado Leonid Nikoláiev. Este homicidio iba a facilitar a Stalin el pretexto, buscado afanosamente desde hacía bastante más tiempo de lo que comúnmente se cree [3].

---

[3] La liquidación física de la oposición no empieza, en efecto, con los procesos públicos consecutivos al asesinato de Kírov. En el invierno de 1932, había tenido lugar el primer proceso a puerta cerrada, celebrado contra miembros de la Vieja Guardia

En Occidente, incluso después de los excesos de la Liberación, resulta difícil imaginar que el asesinato de un alto funcionario pueda provocar el desencadenamiento de represalias furibundas, cuyo primer efecto es el envío ante un piquete de ejecución de centenares de individuos que, con toda evidencia, no han

---

pertenecientes a la oposición de izquierdas; aquélla, por supuesto, que había permanecido irreductible. Los acusados, que todos fueron ejecutados, eran los compañeros Riútin, Uglánov, Tolmachov y Eismont, ex-miembros del Comité Central, además de varios otros comunistas más jóvenes. Se les reprochaba haberse confabulado con vistas a la eliminación física del Secretario General, de acuerdo con elementos del ejército (Riútin, oficial de carrera, dirigía, en el momento de su encarcelamiento, el órgano de las fuerzas armadas, *Krásnaia Zvezdá*). El gesto de Leonid Nikoláiev tenía, pues, sus precedentes terroristas y no puede considerarse como un acto aislado si se admite, conforme a la tesis oficial, que había sido inspirado por móviles políticos, y no, según el rumor que circuló entonces en Leningrado y Moscú, por motivos pasionales. El joven terrorista había ocupado el cargo de jefe de propaganda del *Komsomol* de Viborg, distrito donde el comisariado general de la asociación tenía por delegado a un cierto Kotolinov, amigo ideológico de Tolmachov y de Eismont. No se puede excluir, por lo demás, que Nikoláiev, opuesto en secreto pero continuadamente al sistema dzhugashviliano, representado por Kírov en Leningrado, haya conjugado su odio político con su decepción conyugal, tanto más cuanto que acababa de ser expulsado del partido por indisciplina. Este asunto siempre permanecerá en el misterio y lo único que podemos hacer es elegir entre las conjeturas aquella a la que ciertos testimonios brindan mayores apariencias de verosimilitud. Esta es la razón por la que no podemos dejar de lado las revelaciones hechas después de la muerte de Stalin por Alejandro Orlov, ex-general del NKVD, que eligió la libertad cuando se vió a punto de desaparecer entre las olas de la Gran Purga. Según él, Nikoláiev, enfurecido por su expulsión, que destruía sus ambiciones políticas, había confiado a un amigo —que lo notificó inmediatamente a la policía— su propósito de asesinar al miembro de la Comisión de Control responsable de su desgracia cuando averiguara su identidad. Ahora bien, en aquel entonces, esto es, en el otoño de 1934, Stalin estaba muy preocupado por la popularidad creciente de Kírov. Este, según Orlov, había requisado en los depósitos del ejército grandes cantidades de alimentos para distribuirlos entre los trabajadores de la región de Leningrado y había insistido ante el *Politburó* para que se suprimiera el racionamiento. Informado por Iágoda acerca de los propósitos de Nikoláiev, Stalin entrevió la posibilidad de realizar un golpe maestro por partida doble, desviando hacia Kírov el odio del joven despechado y haciendo recaer sobre los antiguos dirigentes de la oposición la responsabilidad del acto terrorista. De este modo, asegura Orlov, Nikoláiev fué incitado por Vania Zaporozhets, dirigente del NKVD, que se le hizo presentar como enemigo del régimen por el amigo más arriba mencionado, a asesinar a Kírov con el pretexto de que la eliminación de un miembro importante del *Politburó* tendría más resonancia que la de un obscuro funcionario de la Comisión de Control. Resulta muy sospechosa, por otra parte, la facilidad con que Nikoláiev pudo entrar y circular en el palacio Smolniy, sede del Soviet de Leningrado, y ejecutar su propósito sin que le fuera dado encontrar en su camino al menor piquete de milicianos del NKVD, a pesar de que, hasta entonces, los había habido, y muy numerosos y bien pertrechados, en todos los pasillos y descansos del edificio. También resulta muy curioso que Stalin, apenas informado de lo ocurrido, se trasladara sin tardar en compañía de Iágoda, jefe del NKVD, de Moscú a Leningrado para dirigir personalmente el interrogatorio del

tenido nada que ver, directa o indirectamente, con el crimen [4]. Aquí, podemos recordar —para uso de quienes, con falta absoluta de responsabilidad intelectual, proclaman que aquello que se da en la Unión soviética se daba igualmente en la Rusia zarista— que, entre el asesinato de Alejandro II y el de su nieto, fueron numerosos los personajes importantes suprimidos por los terroristas, sin que ello jamás haya incitado a las autoridades imperiales a ejecutar o a deportar a nadie que no estuviera comprometido directamente en el asunto. Por otra parte, muchos aseguraban en Leningrado que Kírov era un mujeriego que, para disfrutar mejor de la presencia de la esposa de Nikoláiev, la había tomado como secretaria particular; enviando después a aquél lejos de sí, con el pretexto de una misión en Viborg por cuenta del *Komsomol*. Pocos fueron los corresponsales de la prensa extranjera, radicados en la capital soviética, que expresaron dudas acerca de los motivos pasionales o, por lo menos, personales del crimen [5]. De suerte que un sentido profundo de espanto invadió a la población cuando, el 19 de diciembre, una nota de la agencia *Tass* anunció que ciento tres individuos, todos encarcelados antes del asesinato de Kírov como «elementos terroristas de la guardia blanca» (!), habían sido ejecutados a consecuencia de dicho atentado. Sólo podía tratarse de represalias terroristas —y no de castigo—, puesto que, difícilmente, el delito hubiera podido prepararse en las distintas cárceles entre las que esas ciento tres víctimas de la criminalidad estatal estaban repartidas.

---

asesino. Nikoláiev, entonces, habría rechazado la invitación de declarar en un proceso público que Kámenev y Zinóviev fueron quienes le habían incitado a asesinar a Kírov. Esta es la razón por la que, para él, no hubo proceso público, sino ejecución sumaria precedida —aunque ello no sea seguro— por un proceso a puerta cerrada.

La interpretación de los Grandes Procesos y del entero proceso de la Gran Purga debida a ALEJANDRO ORLOV figura en su obra: *The Secret History of Stalin's Crimes*, publicada en Nueva York en 1953, en los meses consecutivos a la muerte del dictador. La fuente —que podríamos llamar «oficialista» de consulta— es el Informe Secreto de N. S. Jrushchov ante el XX Congreso del PC de la URSS, en el texto publicado por el Departamento de Estado en 1956 y traducido a todos los idiomas. Por mi parte, he utilizado la versión debida a L. I. BATOV, publicada en Buenos Aires en 1956.

[4] ¿Será necesario recordar que estas represalias a ciegas son características, desde el mismo octubre de 1917, de la concepción soviética de la justicia? El 3 de septiembre de 1918, quinientas personas —que nada habían tenido que ver con el hecho— fueron ejecutadas en represalias por la eliminación del siniestro chekista Moisés Uritskiy.

[5] De ello puedo dar fe personalmente. Cuando viajé por segunda vez a Moscú, en mayo de 1935, pude comprobar que, desde el comienzo del año anterior, la atmósfera se había sobrecargado hasta tal punto que, incluso la colonia extranjera, vivía en estado de tensión a la espera de acontecimientos dramáticos, tanto más incomprensibles cuanto que nadie dudaba de que Kírov había perdido la vida a consecuencia de sus «desvaríos sentimentales». La desaparición de muchos funcionarios soviéticos que habían estado en relaciones de trabajo con la colonia, contribuía, por supuesto, a sobrecargar la atmósfera.

Evidentemente, Stalin estaba preparando algo extraordinario y esta matanza señalaba a los rusos, comunistas o no, la conveniencia de no moverse.

El comunicado oficial que, dos semanas más tarde, anunció que, al término de un proceso celebrado a puerta cerrada, Nikoláiev y trece de sus «cómplices» habían sido condenados a muerte e inmediatamente ejecutados, abría la era de las grandes liquidaciones, pero pronto se vió que lo hecho hasta entonces no era más que simple entremés.

El procurador general del Estado, Andréi Vishinskiy —que, anotémoslo cuidadosamente, había pertenecido en sus albores al gobierno antibolchevique de Samará y militado en las filas del menchevismo— procedió con astucia exquisitamente diabólica: los tres procesos que tuvieron lugar en Moscú y en Leningrado en 1935 —que no hay que confundir con los tres grandes procesos antitrotskistas de 1936, 1937 y 1938— fueron coronados por sentencias relativamente benignas, cuyo propósito era, evidentemente, incitar a los posibles liquidados a entrar en confianza.

Del 5 al 16 de enero de 1935, tuvo lugar aquel que podríamos llamar el primero de los procesos experimentales de Vishinskiy, el «Proceso de los Diecinueve», entre los cuales figuraban Zinóviev y Kámenev. El viejo tándem y sus diecisiete «cómplices», acusados de haber intentado «restaurar el capitalismo», de «actividad general contrarrevolucionaria» y de «responsabilidad política y moral» en el asesinato de Kírov, fueron condenados por el tribunal de Moscú a penas de cinco a diez años de encarcelamiento. Una semana más tarde, el 23 de enero, empezaba el segundo proceso experimental contra los oficiales del NKVD de Leningrado —que, si hemos de creer a Alejandro Orlov, habían «olvidado» designar los turnos de guardia para el palacio Smolniy el día del asesinato—, acusados de negligencia en su tarea. Después de una semana de audiencias, se terminaba con penas de cárcel muy benignas. Finalmente, en abril, tenía lugar el tercer proceso piloto, que se celebró a puerta cerrada, contra Kámenev cuya condena anterior fué aumentada a cinco años más.

Si recordamos el vaticinio de Lenin acerca del ciudadano Dzhugashvili, según el que «ese cocinero no nos cocinará sino platos picantes», podemos comprobar que el entremés va cargándose bastante de especias. En efecto, si todavía no ha hecho condenar a muerte a ningún «conspirador», es sólo porque espera revelaciones «cocinadas» que le permitan alcanzar al mayor número posible de comensales. A los veinte años de la operación, nadie duda ya de que se obtengan semejantes revelaciones con métodos cuya naturaleza exacta permanece en el secreto si bien su infalibilidad rara vez ha sido desmentida. Demasiados procesos públicos nos enseñan que los discípulos, rusos o no, del ahora fenecido Vishinskiy siempre arrancan a los acusados las confesiones más completas, para que sea lícito permanecer escépticos ante la eficacia del sistema de investigación a cargo de los fiscales comunistas.

Pero estos métodos exigen tiempo, de suerte que el primero de los «Grandes Procesos» empezó solamente el 19 de agosto de 1936 en Moscú. Cuál iba a ser el destino de los prevenidos, el observador imparcial hubiera podido intuirlo a través de lo que, el 4 de mayo del año anterior, Stalin había dicho en ocasión de la ceremonia de entrega de despachos a los alumnos de la Academia militar del Kremlín: «Nosotros hemos elegido nuestro plan de progresión y hemos avanzado siguiendo el camino trazado por Lenin, descartando a aquellos que no querían ver lo que estaba debajo de sus narices..., a aquellos que amenazaban con provocar la rebelión contra el Comité Central. Peor aún, ellos amenazaban a algunos de nosotros con sus balas».

Este primer proceso, llamado de los Dieciséis, o del «Centro trotskista-zinovievista», duró hasta el 24 de agosto y todos los acusados, entre los cuales figuraban nuestros viejos conocidos Zinóviev y Kámenev, fueron condenados a muerte e inmediatamente ejecutados [6].

Cinco días más tarde, se podía leer en un órgano de la emigración:

¡Agradézcase a Stalin!
Dieciséis bribones,
dieciséis verdugos de la patria,
fueron devueltos al estiércol.
... ...

[6] En compañía de Zinóviev y de Kámenev, figuraban entre otros: Evdokímov, I. Bakáiev, I. Smirnov, Ter-Vaganian, Goltsman, Reingold, Dreitser, Mrachkovskiy, todos personajes de primer plano: M. Lurié, Fritz David, Berman-Iúrin, V. Olberg, etc., probables confidentes de policía.

Los insultos *ad hominen* que señalaron los procesos de Moscú y cuya variedad es tan infinita que deja anonadados, fueron acompañados por una variedad no menos extensa de etiquetas genéricas tendentes a definir, de modo entomológico, si me atrevo a decir, las varias escuelas de conspiradores descubiertas por los investigadores del GPU. De éste modo, las «víboras lúbricas», «sanguijuelas capitalistas» y otros «sapos fascistas» de la oposición a Stalin, si bien pueden agruparse bajo la denominación genérica de «desviacionistas», deben repartirse entre las casillas siguientes: «izquierdismo», «derechismo», «trotskio-bujarinismo» (que vendría a ser una especie de síntesis de la derecha y la izquierda antistaliniana), «conformismo pequeño burgués», «anarquismo», «combativismo», «oportunismo», «aventurismo», «quedantismo», etc. Me detengo en tan accidentada enumeración, cuyas complejidades podrían llevarnos hasta el dadaísmo y el fauvismo (condenados también por el Kremlín en razón de su «asocialidad») como, de hecho, después del segundo conflicto mundial, llevaron hasta el «abstractismo» y el «concretismo», anatematizados por Zhdánov a causa de su «anarquismo estetizante», lo que, así lo espero, no indignará a nadie.

Todo ello es mucho más serio de lo que se podría creer a primera vista: en primer lugar, porque bastaba estar incluído en uno de esos renglones para ser eliminado prontamente; luego, porque significa que el sistema encontró este modo, verdaderamente ejemplar, para condenar, en Rusia y fuera de Rusia, a todo aquel que, *por cualquier motivo y en cualquier momento*, discrepe en lo más mínimo de los intérpretes del sistema.

Mas ¿por qué sólo dieciséis?
Dadnos cuarenta, dadnos centenas,
dadnos centenas y millares.
Sobre Moscú, tended, sin vigas ni pilares,
un puente de soviéticas carroñas... [7].

No hubo que esperar más que cinco meses. El segundo proceso, dicho de los Diecisiete, tuvo lugar entre el 23 y 30 de enero de 1937. Fué más sensacional aún que el primero, porque «reveló» un programa mucho más extenso de actividades contrarrevolucionarias. Esta vez, los acusados, entre quienes figuraban viejos bolcheviques famosos como Radek, Sokólnikov, Piátakov, Serebriákov, Murálov, Dróbnis, Bogulavskiy, etc., no se habían contentado con conspirar contra la vida del Jefe Genial, sino que habían vendido la patria rusa al imperialismo foráneo. En efecto, Piátakov «confesó» que, aprovechando una misión en Noruega, efectuó un viaje secreto a Berlín donde se había entrevistado con Trotskiy. Este le reveló que acababa de concluir un acuerdo con el ayudante del Führer, Rudolf Hess, el cual le prometió colaboración militar alemana a cambio de concesiones territoriales en Ucrania y los Urales. Karl Radek —que, en 1933, había conquistado el primer premio del cinismo mundial, al declarar al político francés Edouard Herriot que el porvenir de los campesinos rusos colectivizados iba a ser muy pronto infinitamente más envidiable que el de los granjeros del Middle West, y ello mientras el hambre estaba matando a centenares de miles de ucranianos y de bielorrusos—, «reconoció» que, en su correspondencia secreta con León Davídovich, figuraba una carta, extraviada desgraciadamente, en la que el revolucionario desterrado le comunicaba su intención de ceder Ucrania a Alemania y la Provincia Marítima a los japoneses, así como la parte rusa de la isla Sajalín. Otro acusado, Kniásev, reveló que «el servicio japonés de inteligencia había subrayado la conveniencia de recurrir al arma bacteriológica desde el primer día de las hostilidades, de modo a contaminar los transportes de tropa, las cantinas y los centros sanitarios del ejército rojo con bacterias de efectos virulentos [8]. Trece condenas a muerte inmediatamente ejecutadas. Radek, Sokólnikov y otros dos acusados de menor cuantía fueron condenados a veinte años de encarcelamiento, pero fallecieron misteriosamente al poco tiempo de su condena.

Entre el segundo y el tercer gran proceso tuvo lugar la liquidación del alto estado mayor del Ejército. Esta operación —que, en razón de algunos precedentes, podríamos llamar «liquidación de los generales como clase»— acon-

---

[7] En *Vozrezhdénie*, Renacimiento, de París, 29 de agosto de 1936.

[8] Entre todo aquello que los rusos han perdido con el comunismo, la imaginación figura en lugar preferente. Durante la guerra de Corea, los veremos de nuevo dar libre curso a esa manía bacteriológica.

teció al término de un proceso secreto y alcanzó al mariscal Tujachevskiy, enemigo personal de Stalin desde los tiempos lejanos de la batalla por Varsovia, y a siete jefes de alto rango, los generales Feldman, Iákir, Eideman, Uborevich, Putna, Kork y Primákov. Según el comunicado hecho público el 12 de junio de 1937, los acusados habían confesado haber cedido secretos militares vitales al Estado mayor alemán. Acusación infundada, por supuesto, como demuestran varios documentos [9]. Ahora se sabe perfectamente que las relaciones de Estado entre Rusia y Alemania habían existido solamente hasta la llegada de Hitler al Poder y que, a partir de aquel momento, Berlín y Moscú mantuvieron solamente *contactos políticos muy secretos* por vía extradiplomática, contactos que podríamos llamar «secreto de Hitler y Stalin». Tujachevskiy y sus colegas perdieron la vida, no a causa de sus actos de traición, sino por el juego de ese «Secreto del Rey» [10].

Nadie habrá olvidado que, en abril de 1935, cuando los festejos del jubileo del rey Jorge V de Gran Bretaña, la delegación soviética que asistió a las ceremonias fué presidida por el mariscal Tujachevskiy. Ahora bien, según rumores que circularon más tarde con mucha insistencia, y sobre cuyos fundamentos ha sido imposible hasta ahora aportar luz alguna, el mariscal habría aprovechado la oportunidad para entrar en contacto con el gran duque Cirilo, jefe de la Casa Románov y pretendiente al trono de Rusia. Todo ello parece muy descabellado y resulta bastante menos digno de crédito que los rumores que, empezaron a circular al respecto a partir de 1935, tenían su fuente en Berlín. Frente a Rusia, Hitler alimentaba un doble propósito: debilitarla y, llegado el caso, conseguir su neutralización si no resultaba posible adquirir la de Europa por sus proyectos antisoviéticos. La conspiración Tujachevskiy-Cirilo se nos aparece, pues, como un montaje de los servicios secretos nacionalsocialistas, seleccionada con el designio de decapitar al ejército rojo y de obligar a Stalin a adoptar posturas no beligerantes. Hemos señalado que, entre ambos dictadores, existía un medio de contacto ultrasecreto. Este medio se llamaba Eduardo Benès. A finales de 1936, el agregado militar alemán en Praga, en el curso de una recepción en el Hradschin, «reveló», incidentalmente, al estadista checo el secreto de los encuentros londinenses del jefe del alto Estado mayor soviético. Benès, que gozaba de gran

---

[9] Singularmente una circular secreta con fecha 28 de febrero de 1938, enviada por el barón von Weizsacker, jefe del departamento político de la Wilhelmstrasse, a los jefes de misión alemanes en París, Londres, Bruselas y Praga, circular que reproduzco en el capítulo siguiente.

[10] Mientras la mayor parte de los «traidores» civiles fueron rehabilitados por Jrushchov en aras de su política de «destalinización» a partir de 1956, los militares ejecutados en esa oportunidad siguen permaneciendo en el pudridero de la historia soviética. Su rehabilitación dependía del éxito final de la pugna entre ejército y partido, como veremos en el último capítulo de este trabajo.

favor en el Kremlín —favor que duraría exactamente hasta 1948, fecha de su defenestración— transmitiría la información a Stalin y éste la habría aprovechado para hacer fusilar a Tujachevskiy y a sus amigos, unos 5.000 oficiales de todas las armas. De ahí el proceso de junio de 1937; de ahí también el carácter secreto de dicho proceso, si es que hubo proceso. En cuanto al motivo de la condena invocado en el comunicado del 12 de junio, no será inútil recordar que no provocó ningún desmentido o protesta oficial por parte de Alemania, acusada, sin embargo, y muy oficialmente, por lo demás, de haber violado las normas más elementales de la buena conducta internacional en el momento mismo en que ponía todo su empeño en convencer al mundo de su corrección total [11].

Para terminar con los militares, de los generales que habían pronunciado, o aprobado ulteriormente, la sentencia de muerte contra sus colegas, todos, menos Budionny, Voroshílov y Shapóshnikov, fueron ejecutados en el curso de liquidaciones ulteriores y, entre ellos, los mariscales Blujer, Iegorov y Gamarnik, los generales Sergio Kámenev, Kalepskiy, Alksnis y Muklevich, el almirante Orlov, otro de los viajeros londinenses de 1935, etc.

El año se cierra con el anuncio, en diciembre, de la ejecución a puerta cerrada de los viejos bolcheviques Abel Ienukídze, apodado el «hermano de Stalin», por cuya razón, en lo sucesivo, en Georgia, se referirán al dictador como a Caín Dzhugashvili y Karaján, que había sido secretario de la conferencia de Brest-Litovsk y embajador en China.

Finalmente, el tercero de los grandes procesos, que duró del 10 al 21 de marzo de 1938, y fué llamado de los «veintiuno», o del «Bloque de derechas antisoviético y trotskista», o del «Centro Paralelo» [12]. En el banquillo de los

[11] ANTÓN CILIGA comenta como sigue la liquidación del alto estado mayor soviético: «El asesinato de los generales significa que la dictadura militar estaba madurando en Rusia. Pero ¿estaba ya madura? ¿Había alcanzado ya la forma concreta de una conspiración? Resulta difícil determinarlo. Sería prudente decir que el proceso de los generales, como todos los procesos soviéticos de 1929 a 1937, tuvieron un carácter preventivo. Había que prevenir lo que podía suceder. Los acusados eran culpables de crímenes futuros, potenciales. Evidentemente, las acusaciones se adoban con la salsa del día, según lo que Stalin estima útil atribuir a sus antagonistas. Tal es, me parece, la parte de verdad y de mentira en los célebres procesos de Moscú y en el nuevo terrorismo soviético»: *op. cit.* Esta interpretación, como se ve, no tiene en cuenta la maniobra de los servicios secretos alemanes que acabamos de describir. Es evidente, sin embargo, que Stalin, con o sin Cirilo, con o sin Hitler, contaba con muchos enemigos en el ejército rojo.

[12] Se sabe que Stalin hizo adelantar las ciencias exactas de modo asombroso; por lo menos se sabía hasta que Jrushchov habló de su desequilibrio mental ante el XX Congreso del PC de la URSS en febrero de de 1956. Hasta ahora ningún especialista moscovita en geometría no euclidiana nos ha revelado en qué puede consistir la figura llamada «centro paralelo», que no aparece en ningún tratado de alta matemática.

acusados figuraban el ex-presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, Alexéi Ríkov; el filósofo del marxismo aplicado, Nikolai Bujárin; el ex-jefe del OGPU y mariscal de la Policía, Herschel Iágoda; los diplomáticos K. G. Rakovskiy y N. N. Krestinskiy; los ex-ministros Rosengolts, Chernov y Grinko, los dirigentes asiáticos Jodzháiez e Ikramov; los viejos leninistas Sharangovich y Máximov-Didkovskiy y, entre comparsas de poco vuelo personal, los médicos del Kremlín, Pletnev, Kazakov y Levin, que se reconocían como enevenenadores al servicio de Iágoda y ejecutores del antiguo jefe del GPU Menzhinskiy, del miembro del *Politburó*, Kuibished, y de otras numerosas personalidades soviéticas, singularmente el escritor Maxim Gorkiy y de su hijo.

Tenemos nuestro propio criterio con respecto a los procesos por envenenamiento que, de cuando en cuando, ocurren en Rusia soviética, sobre todo, desde que, en enero de 1953, otra de esas causas espectaculares estuvo a punto de abrirse en Moscú a expensas de algunos médicos «terroristas». Entre éstos figuraba el profesor Vinográdov, uno de los expertos que, justamente en el proceso del «Centro Paralelo», proclamaron la culpabilidad de los colaboradores de Iágoda. Por el momento, tratándose de las locustas modelo 38, nos contentaremos con citar el breve pasaje siguiente de las actas del proceso. El procurador Vishinskiy pregunta al experto profesor Vinográdov:

«¿Es admisible que a un paciente enfermo de esclerosis pulmonar muy pronunciada con bronqueptasis y cavernas, enfisema pulmonar y degeneración del sistema cardiovascular, que sufre periódicamente de expectoraciones sanguíneas, se prescriba un régimen de largas caminatas después de las comidas, sobre todo si este régimen está combinado con un trabajo agobiante? Semejante régimen, aplicado durante un largo período de tiempo, ¿podía agravar el estado del enfermo y, en particular, el estado de su sistema cardiovascular?»

La contestación de Vinográdov y de sus cuatro colegas fué que semejante régimen era inadmisible, exactamente como lo había sido el que Levin y sus «compinches» habían prescrito al tierno Menzhinskiy, a Kuibishev, etc. Los médicos acusados, por supuesto, se proclamaron envenenadores conscientes y al servicio de Iágoda, aun cuando Levin especificara que, de haberse negado a obedecer a su siniestro jefe, hubiera sido liquidado con toda su familia. Por su parte, Iágoda, no hizo más que confirmar las confesiones de sus colaboradores, se reconoció culpable de todos los delitos a él achacados e, interrogado acerca de los motivos de su conducta, los fundamentó en su odio por el régimen soviético y por Stalin, en su ambición y en su voluntad de traicionar a la patria socialista por cuenta del capitalismo [13].

---

[13] En sus memorias Churchill afirma que Stalin estaba dotado de un sentido agudo del humor. Nadie lo hubiera sospechado, en verdad, antes de que el descendiente de Malborough viniera a garantizarlo. Una vez enterados de esa particularidad de la eco-

En este proceso, en efecto, los acusados reconocieron «haber constituído un grupo de conspiradores, llamado bloque de derechas y de los trotskistas, tras recomendación de los servicios de inteligencia de los países extranjeros hostiles a la Unión soviética» (Japón, Alemania y, esta vez, Gran Bretaña y Polonia). Se trataba, por consiguiente, de trotskistas de nuevo cuño, ya que, aunque pertenecieran a la corriente de derechas, se habían aliado con las izquierdas, a las que, hasta 1928, odiaron y combatieron con todas sus fuerzas. Para Stalin, además de deshonrarlos como traidores, se trataba, pues, de ridiculizarlos como mentecatos. Resultado: dieciocho condenas a muerte, entre las cuales las de Iágoda, Bujárin, Krestinskiy y los médicos; tres condenas a penas mayores de encarcelamiento, entre ellas las de Rakovskiy, que fué liquidado más tarde sin necesidad de nuevo proceso.

En esta última hornada, los acusados se comportaron de igual forma que sus predecesores. Habían reconocido todo aquello de que se les acusaba, menos Krestinskiy, quien, el segundo día, había recusado sus confesiones de la víspera, pero, a las veinticuatro horas, había recusado sus recusaciones, agregando que, con Tujachevskiy, había trazado un plan para la conquista del Kremlín y el asesinato de Stalin, de los ministros y de los miembros del *Politburó* y del Comité Central.

* * *

No resta mucho que decir de estos procesos que maravillaron al mundo y que permitieron asistir al pasmoso espectáculo ofrecido por miembros de la Vieja Guardia que se acusaban de todos los crímenes posibles, desde el sabotaje de las instituciones a la organización de asesinatos en masa, desde el espionaje y la traición al envenenamiento de santones como Gorkiy.

Numerosos han sido los escritos que se les han consagrado en Rusia y fuera de Rusia [14], y todo ha sido revelado por plumas muy autorizadas acerca de su

---

nomía dzhugashviliana, resulta fácil atribuirle la inspiración de algunos de los actos del dictador, entre los cuales la condena de Iágoda como liquidador de Gorkiy. En efecto, éste había escrito algunos meses antes de desaparecer, precisamente con respecto al mismo Iágoda: «Quienes tienen el deber histórico de matar a algunos seres humanos a fin de liberar a los demás, deben situarse tan alto como los mártires». Razón por la cual, Stalin aprovechó la muerte de Gorkiy para hacer acceder a Iágoda a tan envidiable condición.

[14] La fuente «oficialista» ofrece los títulos siguientes: 1—*The Case of the Trotskyite-Zinovievite Terrorist Centre* (informe estenográfico de los debates, 19-24 de agosto de 1936). 2—*The Case of the Anti-Soviet Trotskyite Centre* (informe estenográfico de los debates, 23-30 de enero de 1937). 3—*Report of Court Procedigns in the Case of Anti-Soviet Bloc of Rights and trotskyites* (informe estenográfico de los debates, 2-13 de marzo de 1938). Estas tres publicaciones provienen del Comisariado de Justicia de la URSS y he utilizado el texto inglés porque el texto ruso fué retirado de la circulación en 1941.

La posición de Trotskiy se expresa muy claramente en las obras siguientes: *The*

inmanencia y su trascendencia. Se los ha discutido desde el punto de vista metafísico y desde el punto de vista moral. Los psicólogos e, incluso, los psicoanalistas, han aprovechado esta magnífica oportunidad para dar la última pincelada a sus teorías y llevar el complejo de Edipo hasta alturas insospechadas. Se los ha justificado por la necesidad en que se encontraba Stalin de suprimir a todos sus enemigos para asegurar más eficazmente los destinos de la revolución mundial, liquidando a individuos que se habían revelado pequeños burgueses

---

Stalin School of Falsification, Nueva York, 1937; *La révolution trahie*, París, 1936; *Leur morale et la nôtre*, París, 1938; *Stalin*, Milán, 1947.

Debe consultarse igualmente: M. EASTMAN, *The End of Socialism in Russia*, Londres, 1937; W. H. CHAMBERLIN, *The Russian Enigma*, Nueva York, 1938; W. DURANTY, *The Kremlin and the People*, Nueva York, 1941; V. SERGE, *Destin d'une révolution*, París, 1937; del mismo autor, *Vie et mort de Trotsky*, París, 1951; L. FISCHER, *Vie et mort de Staline*, París, 1953; A. ORLOV, *The Secret History of Stalin's Crimes*, Nueva York, 1953; la obra clásica de W. KRIVITSKIY, *In Stalin's Secret Service*, Nueva York, 1939, etc. ...

Para terminar será útil consultar: J. DEWEY y otros, *Not Guilty*: *Report of the Commission of Inquiry into de Charges made against Leon Trotsky in the Moscow Trials*, Nueva York, 1938 (el proceso de Trotsky hecho por neutrales a partir de las acusaciones de Vishinskiy, con el testimonio del acusado y de los testigos de la defensa).

Cabe señalar aquí que los pasajes de la obra de JOSEPH DAVIES, *Mission to Moscow*, consagrados a los grandes procesos, no son más que fechorías intelectuales. Si no lo fueran, revelarían un estado de estupidez poco compatible con las brillantes cualidades financieras que han hecho un triunfo constante de la vida de Mr. Davies. Desde los primeros días de su llegada a Moscú como embajador de los Estados Unidos, ese personaje dictamina que el proceso Radek, al que pudo asistir, le pareció «particularmente fascinante e interesante» (23 de enero de 1937), lo que no es de muy buen gusto que digamos. En las semanas sucesivas, expresa la convicción, cada vez más vigorosa aun cuando nunca se sustente en el documento más modesto, de la culpabilidad de los acusados, y ello con una frialdad que llama la atención por parte de alguien que no deja escapar ninguna oportunidad para proclamarse cristiano y partidario de los principios de libertad tal como los expresa el *habeas corpus*. Para él, no cabe la menor duda de que todos los acusados, de Radek a Bujárin, pasando por Tujachevskiy, son culpables de alta traición a favor de Alemania y el Japón y que han merecido ampliamente su destino. Mientras tanto, nuestro «financiero diplomático» se indigna cada cuatro páginas por las persecuciones hitlerianas contra el catolicismo como si, por el contrario, el cristianismo recibiese en la URSS el trato reservado a la persona más favorecida.

La misión de Mr. Davies en Moscú y sus consecuencias editoriales y cinematográficas han representado un papel extremadamente funesto en la ya larga crónica de las relaciones del Occidente con la asociación de delincuentes que actúa en el Kremlín desde 1917, ya que, muy conscientemente, han tendido a considerar dicha asociación como un areópago de políticos idealistas, movidos por el más puro amor por la Justicia y la Verdad. Para terminar con este multimillonario compañero de camino, señalemos que con el «Informe Secreto», leído por Jrushchov en febrero de 1956 ante los delegados al XX Congreso del PC de la URSS, sus afirmaciones de la época en que empezaban a atarse los lazos de Roosevelt con Stalin, han recibido el desmentido más cruel.

nacionalistas, o, por el contrario, para fortalecer la defensa de la patria rusa por la eliminación de internacionalistas sistemáticos hasta la traición. En las confesiones tan escandalosamente emitidas por los acusados, en el entusiasmo con que asumieron la responsabilidad de crímenes aún más graves que aquellos que se les reprochaban, en su satisfacción o en su indiferencia ante la condena y el castigo, algunos han querido ver, como Trotskiy, la prueba de un mercado con el verdugo que, al hacerlos ejecutar en violación de los compromisos suscritos por él, se habría revelado como un mercader indigno; o, como los esposos Webb, una manifestación del dolorismo eslavo, que lleva al culpable, cuando lo es realmente, a confesar sus pecados y a solicitar un castigo ejemplar deseado con una especie de gozo místico. Tan sólo se olvidó indicar que, más simplemente, podía tratarse de aquello que los periodistas franceses llaman *règlement de comptes entre gens du milieu*, fórmula que, para atenernos a las apariencias lógicas, puede constituir, en efecto, una explicación bastante satisfactoria [15].

Sin embargo, cuando los tahures liquidan a sus rivales, evitan, por lo general, hacerse publicidad. Por el contrario, el Kremlín puso a toda prisa en circulación las minutas detalladas de sus hazañas judiciales, en francés, alemán e inglés. Eso también fué tratado por los sabios, psicólogos, ensayistas y pensadores más arriba señalados. Pero, esta vez también, se olvidó hacer referencia a algo que bien podría proporcionarnos luces suficientes: la admiración de Stalin por Pedro el Grande, cuya figura suscitó en Rusia, a partir de 1930, innumerables publicaciones dirigidas.

En sus *Eloges des Académiciens*, Fontenelle, cuando trata de exponer la apología del zar reformador, que «publicó con todos los documentos originales la desgraciada historia del príncipe Alejo, su hijo; y la confianza con la cual permitió al universo juzgar su conducta, demuestra fehacientemente que nada tenía que reprocharse» [16].

Es evidente, pues, que, cada uno en su lugar —el georgiano en el Kremlín, los demás en el banquillo de los acusados—, ninguno de los actores de ese lóbrego drama tenía nada que reprocharse. Los asuntos de vida y de muerte, de conciencia y de justicia, de bien y de mal, no son más que supervivencias del espíritu obscurantista que los secuaces del comunismo —stalinistas o trotskistas— arrancaron completamente de sí mismos. De suerte que, para ellos

---

[15] Y así revela una vez más su verdad aquello que Rivarol decía de 1789: «En esa Revolución tan glorificada, todo fué mediocre, incluso los asesinos».

[16] Este *Eloge du Czar Pierre Ier*, miembro asociado de la Academia de Ciencias, de París, fué publicado en 1725, año de la muerte de Pedro. Se sabe que éste hizo condenar a su hijo a muerte, después de haberlo hecho torturar en su presencia, porque se oponía a su radical política de reformas y a sus bufonadas antirreligiosas. Alejo falleció en la cárcel de modo misterioso antes del día fijado para la ejecución.

quien vence tiene derecho a matar y a glorificarse ante el mundo por sus victorias, por siniestras que sean. Zinóviev, Radek o Iágoda, de haberse impuesto ellos, hubieran publicado, «con todos los documentos originales, la desgraciada historia del traidor Dzhugashvili», y demostrado que, además de entregar los secretos militares rusos a la república de Liberia, había envenenado a Lenin y saboteado las instituciones de beneficencia del NKVD, con la ayuda de Vishinskiy, Mólotov, Beriia, Voroshílov y el doctor Guétier.

* * *

Queda por examinar el problema bastante complejo que algunos, precisamente en ocasión de estos espectáculos liquidatorios, quisieron llamar del «antisemitismo de Stalin».

Resulta llamativo, en efecto, que, entre los comunistas eliminados a consecuencia de la Gran Purga, los elementos pertenecientes a la raza hebraica alcancen un porcentaje muy elevado. Ateniéndonos a los procesos públicos, antes de pasar a la gran liquidación que se realizó simultáneamente sin recurrir al aparato judicial, encontramos las proporciones siguientes:

Primer proceso: de los trece condenados a muerte, ejecutados el 26 de agosto de 1936, once judíos: Kámenev, Zinóviev, Dreitzer, Reingold, Pikel, Goltsman, Fritz David, Valentín Olberg, Berman-Iurin, Moisés Lurié y Ter-Vaganian.

Segundo proceso: cinco judíos condenados a muerte y ejecutados el 30 de enero de 1937: Dróbnis, Lashievich, Bogulavskiy, Rataichiak, Norkin; tres judíos condenados a penas de encarcelamiento y ejecutados más tarde en la cárcel: Sokólnikov, Arnold y Radek.

Tercer proceso: nueve judíos sobre los dieciocho condenados a muerte, ejecutados el 13 de marzo de 1938: Iágoda, Krestinskiy, Rosengoltz, Chernov, Ikrámov, Sharangovich, Levin, Máximov-Didkovskiy, Rakovskiy (liquidado en la cárcel).

Proceso de los generales: tres judíos entre ocho condenados a muerte, cuya ejecución fué anunciada el 12 de junio de 1937: los generales Feldman, Iakir y Eideman, sin contar al mariscal Gamarnik, ejecutado (o suicidado) más tarde.

No olvidemos que muchos de los acusados usaban seudónimo desde los tiempos prerrevolucionarios, lo que hace prácticamente imposible descubrir su verdadero nombre, de suerte que no es imposible que la proporción de judíos sometidos a juicio haya sido más elevada aún.

Finalmente, si pasamos a considerar las liquidaciones que estuvieron a cargo del NKVD y que, según las apreciaciones menos exageradas alcanzarían a muchas decenas de miles de individuos, la proporción de los judíos con respecto a los demás ciudadanos soviéticos sería de tres a uno. Estas liquidacio-

nes alcanzaron a personajes de primera fila como Bela Kuhn, el antiguo dictador de Hungría, que, después del colapso del ejército Wranguel, fué el encargado de planificar la liquidación de los elementos blancos del sur de Rusia, o Moisés Rozenberg que, en su calidad de embajador en la España roja, había introducido en Madrid y Barcelona los «especialistas» que organizaron las famosas chekas de la zona republicana. Estas liquidaciones extrajudiciales alcanzaron, sobre todo, a masas de militantes de segundo plano y a sus familiares, que, sacados durante la noche de su domicilio, desaparecieron sin dejar rastro [17]. Aquí también, enorme proporción de judíos, imposible de establecer porque, como es obvio, faltan estadísticas al respecto. Sin embargo, podemos sacar algo en limpio con las eliminaciones de militantes extranjeros que habían sido bastante incautos como para ponerse al alcance de los agentes del Número Uno, ya sea buscando refugio en la patria de los trabajadores, porque Italia, Alemania, Polonia, etc., habían caído en manos de los «fascistas», ya porque, desde todos los horizontes, se habían precipitado en la ratonera española que Stalin utilizó para liquidar a quienes no había podido coger en la Unión soviética. Así, entre muchos millares de militantes más o menos oscuros, desaparecieron: en Rusia, los comunistas alemanes *Kupferstein* y su esposa, *Ernst Ottawald, Günther, Heinz Neuman,* Heckert, Remmelé, Schubert, *W. Hirsh, Zisskind,* K. Sauerland, Herber, *R. Hauss, F. Halle;* los comunistas polacos, *Jarski, Sojatsi, Voevudski, Klonovich, Jrostel, Inulski-Buchshorn, A. Werner, Vandurski,* B. Jaczinski, *Lenski, Henrikowski, Bronkowski, Waletski, Lapinski, Unslicht;* el ya mencionado húngaro *Bela Kuhn;* el hijo de Trotskiy, *Sergio Sedov;* fuera de Rusia, *Max Rhein,* Andrés Nin, Camillo Berneri, *Erwin Wolff, León Sedov,* hijo mayor de Trotskiy, *Ignacio Reiss,* el economista *Navashin,* el ex-general del GPU *Walter Krivitskiy* [18].

Todo ello, en efecto, es muy impresionante. Pero no permite opinar que Stalin, pese a las afirmaciones de los trotskistas, fuera antisemita en lo más

---

[17] JAMES BURNHAM relata, sin señalar sus fuentes: «Los cálculos mejor hechos estiman que en estas series de depuraciones fueron fusilados, encarcelados o enviados a campos de concentración y de trabajos forzados, de ocho a diez millones de personas», en *The Struggle for the World,* Nueva York, 1947. ¿Significa ello acaso que tantas personas se habían comprometido con el trotskismo? Ni mucho menos, ya que, durante el reinado de Stalin —y no parece que ello haya cambiado sensiblemente en el comienzo del de Jrushchov— un ciudadano soviético podía ser arrestado por haber omitido hacer alguna cosa, por no haber denunciado a un colega o a un vecino, incluso a un pariente. A todo ruso se le puede arrestar por una cosa que hizo hace diez o quince años cuando esta cosa estaba perfectamente autorizada.

[18] Los nombres en cursiva señalados por mí son los de militantes comunistas pertenecientes seguramente a la raza hebrea.

mínimo, ya que, por el contrario, el comunismo, tanto bajo Stalin como bajo Lenin, siempre fué fundamentalmente filosemita [19].

No olvidemos que la Vieja Guardia leniniana, diezmada en ocasión de la Gran Purga, estaba casi enteramente compuesta por elementos hebraicos, y que en el famoso vagón precintado que transportó a Vladímir Ilich y su estado mayor de Suiza a Rusia, vía Alemania, sobre veintiocho pasajeros, había cuatro rusos, dos georgianos, un letón y veintiún hebreos; que, de los sesenta y cinco revolucionarios que, en las semanas siguientes, volvieron a Rusia en los furgones, bien provistos, de León Trotskiy, y pasaron a formar parte del Comité Ejecutivo Central del Soviet de Petrogrado, cuarenta y cinco eran judíos.

Pese a la amplia proporción de judíos ejecutados de 1935 a 1938, sigo afirmando que no puede hablarse del antisemitismo de Stalin, porque el examen de la situación interior y exterior de la Unión soviética, precisamente en aquellos años, nos revela que la lucha contra el antisemitismo y el racismo constituía una carta sobre la que Stalin hacía sus mayores apuestas con el propósito de formar un frente mundial antifascista, cuya idea Litvínov —hebreo— defendía en Ginebra y en las capitales occidentales.

Entonces, ¿de qué modo interpretar esos *pogromi?*

Actos de auténtico canibalismo revolucionario. En efecto, al mismo tiempo que esas ejecuciones de judíos, podemos comprobar la presencia de otros judíos, y muy numerosos, en posiciones preeminentes del Estado soviético. En 1937-1938, Lázaro Kaganóvich sigue siendo el segundo personaje del régimen, y se le considera como el sucesor eventual de Stalin [20]; Maxin Litvínov ocupa siempre el cargo de Comisario de Asuntos Exteriores, y sus numerosos viajes al extranjero excluyen la idea de una oposición entre él y el georgiano. Ello se da en el momento en que, a causa de la creciente tirantez internacional, las relaciones diplomáticas y la producción industrial —que Kaganóvich supervisa con poderes ditactoriales— constituyen los sectores más delicados de la vida política soviética, porque de ellos depende, de modo directo, la seguridad mis-

---

[19] Sería igualmente erróneo ver en la fase «antisionista» de la política staliniana, que va del final de 1951 a la muerte del dictador y se señala por la ejecución de personalidades comunistas como Rudolf Slanski y el apoyo a los Estados árabes contra la República israelí, una manifestación de antisemitismo. Stalin combatió a Israel y a los sionistas únicamente para empujar a los árabes en el camino del antioccidentalismo. La persistencia del favor de que gozó constantemente con Stalin un personaje como Matías Rákosi, demuestra claramente el «no antisemistismo» del *vozhd.*

[20] Precisamente en aquellos años Stalin contrajo terceras nupcias con la hermana de Lázaro, la ambiciosa Rosa Kaganovna, que, por lo demás, no tardó en perder su situación de «primera dama» de la Unión soviética a causa no de sus orígenes raciales, sino de su entrometimiento y de su carácter que, según parece, dejaba mudo al mismo dictador.

ma del país. Por otra parte, al lado de Vishinskiy, organizador supremo de los grandes procesos, figuran el juez Ulrich, presidente del Colegio Militar Supremo de la URSS, y su substituto, el juez Matulevich, ambos israelitas.

Tan sólo por casualidad, este fenómeno de canibalismo revolucionario alcanza a elementos judaicos, porque no es más que la repetición agigantada de los estallidos de antropofagia familiar propios de toda revolución, y que alcanzan a sus víctimas sin obedecer a ningún otro motivo que no sea el que impulsa a los extremistas a devorarse entre sí.

En verdad, los *pogromi* de aquellos años terribles no fueron determinados por motivos raciales, sino, muy simplemente, por motivos políticos. Para atenernos a los conceptos elementales de Menzhinskiy —que hemos señalado cuando estudiamos los pormenores finales de la lucha con Trotskiy— si no se puede decir que todos los opositores sean hebreos, tampoco puede afirmarse que todos los hebreos sean stalinistas. Mientras Kaganóvich, Litvínov y otros judíos dan pruebas irrefutables de su lealtad, otros correligionarios suyos difícilmente pueden probar que, en alguna oportunidad, no simpatizaron con Trotskiy. Y se sabe que, en materia de ideología política, la norma del Kremlín es: ante la duda, liquidar.

La importancia y la originalidad de las representaciones judiciales moscovitas derivan, en efecto, de dos elementos principales. En primer término, de la calidad de los hebreos liquidados: casi todos son artífices y, por ende, responsables directos de la revolución de octubre y hombres que han ocupado posiciones eminentes en la jerarquía soviética. En segundo término, del carácter familiar de tales representaciones: éstas han sido organizadas por individuos, entre los cuales figuran numerosos judíos que han sabido mantenerse en el poder, contra otros individuos, incluídos numerosos judíos, que han caído en desfavor. Podemos dejar de lado el primer punto, pues hemos tenido ya varias oportunidades de estudiarlo. En cuanto al segundo, nos bastará reproducir el documento siguiente, que figura en una relación del conde von der Schulenburg, embajador de Alemania en Moscú, al jefe de su departamento, relación extendida el 4 de julio de 1938, es decir, al término de los grandes procesos: «Haciendo abstracción de las personas, el GPU es, después como antes (de las liquidaciones), un dominio de los judíos: frente a los quince funcionarios importantes del GPU dotados de nombre hebraico que, en estos últimos tiempos, han sido relevados de sus funciones o han desaparecido, nos encontramos con catorce funcionarios del Comisariado de Asuntos Internos, dotados ellos también de nombre hebraico, que han sido nombrados recientemente o citados por vez primera en la Prensa» [21]

[21] Este documento figura, con el número 271, en el tomo primero de la recopilación de documentos diplomáticos: *Les archives secrètes de la Wilhelmstrasse*, París, 1950,

La presencia de numerosos judíos entre los funcionarios más importantes de la organización policial, basta por sí sola para desechar la leyenda del antisemitismo de Stalin, porque la consecuencia más durable y profunda de la Gran Purga fué una mayor entrega del aparato político y administrativo a la vigilancia policial. Ya en 1938, y puede decirse que definitivamente, por lo menos hasta la muerte de Stalin, los altos puestos del Estado y del partido estaban a menudo repartidos entre miembros del GPU. En Circasia, en los Urales, en Ucrania, en la República alemana del Volga, viejos chekistas, precisamente en 1938, encontrábanse colocados a la cabeza de los comités del partido y de los órganos locales de gobierno. Nikolai Bulgánin, de quien pronto volveremos a hablar, dirigente de larga formación chekista, pasaba en la misma época de la dirección del Banco de Estado a la presidencia del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la RSFSR. Los Comisariados de la Industria maderera, de los Transportes por agua y de los Ferrocarriles recaían, respectivamente, en las manos de los chekistas M. I. Rishov, A. Bielskiy y Nicolás Iezhov; este último desplazado del Comisariado de Asuntos Internos antes de ir a terminar sus días en un manicomio. A Iezhov, sustituto de Herschel Iágoda, le reemplazó Lavrentiy Beriia. En 1938, todos los departamentos ministeriales, cuando su titular no era de origen chekista, se regían por uno o dos viceministros de esta procedencia. El mismo Papanin, «héroe de la Unión soviética», famoso jefe de la expedición al polo norte, empezó su carrera, en los años de la guerra civil, en la *chekà* de Odessa, y prosiguiéndola con toda felicidad en 1938 en los altos puestos del Comisariado de Asuntos Internos y de la... Academia soviética de Ciencias.

* * *

Dos preguntas quedan por contestar antes de dar por terminado este estudio de las grandes liquidaciones que permitieron a Stalin establecer su dictadura sobre bases hechas inconmovibles por el terror; dos preguntas y un problema, cual es el del asesinato de Trotskiy.

Primera pregunta: ¿Por qué haber organizado procesos públicos para Zinóviev y Bujárin, Radek e Iágoda, y no para Tujachevskiy y Bela Kuhn, que fueron suprimidos sin que su caso mereciera las exhibiciones espectaculares «concedidas» a los primeros? Una contestación lógica parece ser la relativa a que únicamente aquellos reos que, «subidos» a un estado de sumisión psicológica total, han llegado a convencerse de lo beneficioso que les resultará no sólo confesarse, sino, sobre todo, arrepentirse *coram populo,* puede presentarse en un pro-

---

publicación ordenada por los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Especifiquemos que la personalidad del conde de Schulenburg es suficiente para quitar a este documento toda sospecha de manía antisemita.

ceso público. De hecho, desde 1935, dicho método constituye una norma fundamental de la práctica comunista en los procesos públicos y, cuando ese estado de sumisión no se ha conseguido, en las ejecuciones sumarias. Ultimo proceso público con confesión y arrepentimiento: el que se celebró en Praga a finales de 1952 contra Rudolf Slanski, Wladimir Clementis y sus «cómplices» sionistas; últimas ejecuciones conocidas: la de Lavrentiy Beriia y de sus seis «cómplices», en Moscú, en diciembre de 1953, y la del general de policía Abakumov, un año más tarde.

Segunda pregunta: ¿Por qué razones Stalin se lanzó tan afanosamente a la caza de los comunistas más auténticos? Fischer nos proporciona la mejor respuesta a este interrogante: «En un libro titulado *La civilización y sus causas de descontento,* Sigmund Freud se preguntaba qué es lo que haría Stalin después de 1929. Es comprensible —escribía Freud— que la estructura de una nueva civilización, en Rusia, encuentre su sostén psicológico en la persecución de la burguesía. Pero no podemos sino preguntarnos qué es lo que harán los soviéticos cuando hayan terminado de exterminar su burguesía.

»Stalin —glosa Fischer— conocía de antemano la respuesta a esta pregunta. Exterminaría a los comunistas con gallardía acrecentada. Pero un adversario quedaba próximo, cuya proximidad le resultaba aún más hostil. Su odio a los socialistas excedía en mucho del que profesaba a los capitalistas y, en relación con el ala derecha y el ala izquierda de los socialistas, él mismo llegó a decir que odiaba más a la segunda. Pero reservaba sus odios más furiosos a sus camaradas de partido. Mató a un mayor número de comunistas que ninguna otra persona en el mundo. Un comunista disidente le irritaba más que un capitalista añejo, y un compatriota georgiano era ejecutado por él con mayor diligencia que un ruso [22]. El dilema freudiano no atormentaba, pues, a Stalin. Después de haber liquidado la antigua burguesía liquidaría a los bolcheviques y, simultáneamente, a la nueva burguesía soviética nacida de su propia política. Las víctimas nunca escasean para un dictador. En caso de necesidad, las engendra para devorarlas» [23].

El caso Trotskiy: Para llevar al grado máximo de perfección su empresa liquidatoria, Stalin tenía que terminar, de una vez por todas, con el personaje cuya presencia misteriosa se había impuesto al mundo a lo largo de ese tene-

---

[22] No olvidemos, en efecto, que entre las víctimas marxistas de Dzhugashvili figuran numerosos georgianos, en cuya compañía, a comienzos de siglo, se había iniciado a los encantos de la conspiración: Budú Mdivani, Okuzhava, Eliava, Nestor y Mijáil Lakoba, Abel Ienukidze, que, por su fidelidad, había sido apodado «el hermano de Stalin», Sergo Ordzhonikidze, del que no se sabe aún exactamente si Stalin lo hizo asesinar o si se le adelantó dándose personalmente la muerte.

[23] L. FISCHER: *Vie et mort de Staline.*

broso asunto. El 20 de agosto de 1940, en Coyoacan, suburbio de la ciudad de México, un agente del NKVD infería al revolucionario desterrado heridas que determinaban su muerte al término de veinte horas de agonía.

En realidad, Trotskiy fué suprimido, como Zinóviev, Kámenev y otros «sapos fascistas», por sentencia del Colegio Militar Supremo de la Unión soviética, ya que él y su hijo León Sedov fueron condenados a muerte al mismo tiempo que los «Dieciséis» lo eran *de corpore presente*. La única diferencia radica en que su ejecución exigió más tiempo y mayores precauciones que la de Zinóviev y de sus compañeros, porque Trotskiy y su hijo se encontraban en el extranjero; el primero en Noruega, de donde salió pronto para México, el segundo en Francia, como redactor del *Boletín de la Oposición*, órgano de la IV Internacional. León Sedov, en circunstancias que nunca fueron dilucidadas, falleció el 16 de febrero de 1937, en una clínica de París donde, algunos días antes, había sido operado de apendicitis. Semejante desenlace, si bien se hace cada día más extraño, no constituiría misterio alguno si circunstancias extrañas no lo hubiesen acompañado: curaciones equivocadas, suministradas por una enfermera de la que se supo luego que frecuentaba asiduamente círculos prostalinianos; negativa del gobierno francés de comunicar a la familia los resultados de la autopsia ordenada por el juez del crimen (recuérdese que, en 1937, Francia estaba gobernada por el Frente Popular, fórmula controlada por el Partido comunista), etc.[24].

En cuanto a la eliminación de Trotskiy, hubo que esperarse hasta finales de 1953 para conocerlo. El misterio que durante trece años rodeó este asesinato y la confusión informativa que le acompañaron, empezó a aclararse a consecuencia de las revelaciones hechas, en octubre de 1952, por el periodista Murray Teigh Bloom, de la revista norteamericana *True*. En su artículo, M. T. Bloom relataba sus conversaciones con el Dr. Alfonso Quiroz, psiquiatra mejicano que, en 1940, dirigía la cárcel en la que el asesino de Trotskiy había sido encerrado después de su crimen. Al mismo tiempo, el Dr. Quiroz era director de la sección de investigaciones especiales del Banco de Méjico y profesor de criminología en la universidad de la capital; detalle que tiene su importancia como vamos a ver.

Según el Dr. Quiroz que, durante diez años, mantuvo un contacto cotidiano con el asesino, llegó a confirmar que quien, en el momento de su arresto se hacía llamar Jacson o Jacques Mornard y adoptó luego los apellidos de Vandendreschd, de Babich y de Torkoff, se llama realmente Ramón Mercader del

[24] El detalle de estas circunstancias figura en la obra ya citada de VÍCTOR SERGE: *Vie et mort de Trotsky*, París, 1951. Muy últil resulta igualmente el ensayo *Sur la planète sans visa (1929-1940)*, publicado por ALFRED ROSMER en apéndice a la reedición más reciente de la obra de León Trotskiy: *Ma vie*, París, 1953.

Río, y no era de nacionalidad belga o búlgara como se pretendió insistentemente, sino española. Dicha prueba pudo verificarla el Dr. Quiroz únicamente en 1951 cuando, en ocasión de un congreso de psiquiatría, al que asistió en Europa, consiguió del gobierno de Madrid la autorización de examinar el fichero central de la policía española, y pudo comprobar que los datos de su «cliente» coincidían exactamente con los del súbdito español Ramón Mercader del Río, hijo de un rico negociante barcelonés, Pablo Mercader, que se había casado en 1911 con Eustaquia María Caridad del Río Hernández. Los esposos Mercader se separaron en razón de las ideas políticas avanzadas de la mujer, la cual llevó consigo a su hijo Ramón, nacido en 1914. No puede resultar extraño que, criado en tal ambiente, el muchacho fuese condenado en 1935 a algunos meses de prisión por agitación comunista de tipo terrorista, tal como los dzhugashvilianos españoles la practicaban en la fase de descomposición del régimen republicano. Una vez cumplida la condena, Ramón Mercader, acompañando a su madre, se instaló en París donde ambos mantuvieron un contacto constante con las agrupaciones comunistas. Allí, Mercader conoció a una joven militante de la IV Internacional, norteamericana de origen ruso, Silvia Agelov, hermana de Ruth Agelov, secretaria de Trotskiy. Las presentaciones fueron hechas por una staliniana norteamericana llamada Ruby Weill. En enero de 1940, Silvia Agelov se instaló en México donde, por intermedio de su hermana, presentó a su compañero a los Trotskiy. Estos, después de algunas vacilaciones, lo recibieron en su casa fortín de Coyoacan.

Parece ser que Ramón Mercader tomó parte en el atentado llevado a cabo contra León Davídovich en la noche del 24 al 25 de mayo de 1940, bajo la dirección del pintor David Alfonso Siqueiros, atentado que fracasó en lo principal, pero a consecuencia del cual un secretario guardaespaldas de Trotskiy perdió la vida. Finalmente, Jacson-Jacques Mornard-Vandendreschd-Babich-Torkoff-Mercader del Río llevó a cabo la misión que le había sido encomendada, en la tarde del 20 de agosto de 1940, golpeando la cabeza de Trotskiy con un piolet y causándole una herida que provocó su fallecimiento en las últimas horas del día siguiente.

El asesino fué condenado a veinte años de reclusión, sin que en ningún momento se haya decidido a hablar acerca de su verdadera identidad ni sobre la de sus mandantes [25].

* * *

[25] Ramón Mercader, si lo hubiese deseado, hubiera podido salir de la cárcel a partir del final del año 1953, por remisión de pena en razón de su buena conducta. Hasta ahora (noviembre de 1957) se ha negado a hacerlo, probablemente para evitar contactos demasiado directos precisamente con sus mandantes. Desde su entrada en la penitenciaría Juárez recibe la suma mensual de 3.000 pesos mejicanos que hacen de él el presidiario mejor rentado del mundo. El origen de esta suma permanece en el misterio.

En el momento en que su asesino le agujereaba el cráneo, Trotskiy acababa de escribir, en su biografía de Stalin, al final de su examen de los procesos de Moscú: «*L'Etat c'est moi*!, que resulta una frase liberal si la comparamos con el régimen totalitario staliniano. Luis XIV sólo se identificaba con el Estado. Los Papas romanos se identifican con Estado e Iglesia, pero solamente durante la época del poder temporal. El Estado totalitario va infinitamente más lejos que el césaropapismo, porque se ha posesionado también de la economía del país. Stalin puede decir, justamente y con más propiedad que el Rey Sol: *la Société c'est moi*!» [26].

Para identificarse mejor con la sociedad soviética, Stalin tuvo que eliminar a todos aquellos elementos que, con su interpretación particular del marxismo, con su persistencia en querer representar las tendencias de partes más o menos extensas de esa sociedad, amenazaban con fragmentarla.

Así, forzosamente, debía nacer el concepto de «línea general» que, edificado sobre el dogma de la infalibilidad del jefe, encuentra su definición más precisa en el axioma: «Fuera de la voluntad de Stalin, no hay salvación», mucho más que en largas disquisiciones acerca de la esencia del maxismo leninstalinista.

Esta vez también el problema asume una variante: por una parte, una exterioridad doctrinal destinada a descubrir en las tesis de los doctrinarios fenecidos una justificación teórica a los «virajes» del jefe viviente; por otra parte, una acción política, independiente de esta exterioridad, desarrollada exclusivamente en función de la necesidad política soviética fuera de todo supuesto doctrinal. Pero como esta necesidad, puesto que la revolución mundial no ha triunfado aún, ofrece rasgos constantemente modificados en razón de la exigencia política de los adversarios de afuera, transformada, a su vez, por el imperativo soviético, y actúa sobre ella obligándola a cambiar continuamente de rumbo, la exterioridad doctrinal más arriba señalada, es decir, la línea general, ha de adaptarse a estas variaciones. Lo que implica un peligro serio: que los militantes, incluso los de la base, desconcertados por fluctuaciones perpetuas que, evidentemente, Marx no había codificado, empiecen a oponerse a la acción de los dirigentes supremos, cuya actitud, pues, puede volver a ser puesta en entredicho el día menos pensado, precisamente en nombre de Marx, si se deja a cada uno de ellos la facultad de interpretarlo. Una de las causas

---

[26] L. TROTSKIY: *Stalin*. Quizá una de las causas inmediatas de la eliminación de Trotskiy radique en esta biografía. Nada de lo que hacía el desterrado era ignorado en Moscú y el anuncio de la próxima publicación de esta obra tuvo que hacer brotar serias preocupaciones en el ánimo del dictador, aunque no fuera más que por brotar el desastroso efecto que semejante biografía iba a producir necesariamente en Estados Unidos, cuya cooperación Rusia empezaba a necesitar más que cualquier otra cosa.

de la Gran Purga radica, precisamente, en la obligación de acabar de una vez para siempre con todo «desviacionismo» de derechas o de izquierdas habido y por haber. Así se explican los procesos contra los trotskistas, los zinovievistas y los bujarinistas, que no fueron sino el coronamiento de vastas liquidaciones, llevadas a cabo a través del país, entre la masa de los jefes subalternos y de los gregarios, pertenecientes, más o menos auténticamente, a esas tendencias; liquidaciones que determinaron la eliminación de numerosos elementos, ni derechistas, ni izquierdistas, ni trotskistas, a quienes la «justicia» staliniana hubiera debido considerar como inocentes, pero que cayeron porque no había que dejar escapar a ningún culpable [27].

---

[27] «... durante los meses que siguieron al asesinato de Kírov —escribe LOUIS FISCHER— decenas de miles de adultos y de niños de Leningrado que, con toda evidencia, no habían podido matar a Kírov o conspirar contra él, fueron exilados a Siberia. Durante mucho tiempo, los moscovitas pudientes viajaron a Leningrado a fin de comprar a precios irrisorios los muebles, la ropa, los trajes, los libros, los utensilios de cocina, las joyas, etcétera, que los leningradenses exilados tenían que vender apresuradamente antes de salir para los desiertos helados de Asia. Su detención había sido decidida al azar. El Kremlín necesitaba un número de víctimas determinado para aterrorizar a la nación. Una persona inscrita por error no tenía medio alguno para evitar el castigo.

»Las detenciones soviéticas están ligadas más estrechamente a la política que al crimen. Durante muchos años, los ingenieros fueron la clase más perseguida de Rusia. Luego, Stalin pronunció un discurso para glorificar sus servicios y las detenciones de ingenieros cesaron. Cuando el Gobierno soviético decide crear una enorme explotación industrial en una región deshabitada o poco poblada de Siberia o de Asia central, arresta al personal necesario y lo deporta.

»Cuando un funcionario importante es purgado, sus empleados, sus amigos y, generalmente, sus familiares, son purgados con él. La norma del Kremlín es: ante la duda, arrestar (ya lo hemos indicado).

»Un ciudadano soviético puede ser arrestado por los pecados ajenos. Puede serlo por haber omitido hacer alguna cosa, por no haber denunciado a un colega o a un vecino, por ejemplo. Puede serlo por algo que hizo diez años atrás, cuando estaba perfectamente autorizado. Puede ser deportado a un campo de concentración por haber emprendido demasiadas o demasiado pocas cosas. En ningún caso puede recurrir a la ley, a un tribunal, a un abogado, a un sindicato, a sus amigos. Está arrestado y no se le autoriza comunicación alguna con sus familiares o sus consejeros. Puede permanecer en la cárcel un año, o más, a la espera de la sentencia, o ser juzgado rápidamente, en secreto, por tres oficiales de la Policía política y enviado a Siberia o al Turkestán. Solamente después de su llegada al lugar donde ha de purgar su condena, sus parientes reciben autorización para comunicarse con él por cartas inofensivas o un paquete de víveres. Además de algunos procesos de demostración organizados con vistas a la propaganda, las diligencias judiciales políticas son secretas. Y muchas cosas son políticas: la pretendida mala administración de una fábrica; el ausentismo o el atraso; el pretendido desfalco de fondos en una granja colectiva; una crítica al gobierno en una conversación privada, o una forma mental que no satisface a las autoridades», *Op. cit.*

Como es lógico, todo ello creó en el pueblo un estado de sumisión ciega ante el

La tendencia de Stalin hacia la línea general, por lo demás, había empezado a revelarse bastante antes de los procesos de Moscú. Podemos encontrar su origen en el momento de mayor tensión de la política de colectivización que coincide con la salida de hombres como Ríkov, Tomskiy y Bujárin. Los procesos no fueron más que un punto de llegada. Una vez realizada la eliminación doctrinal, se puede pasar a la eliminación física de los ex-contrincantes. Demostrando con ello que, ya en los meses que corren entre la aparición de Hitler y el asesinato de Kírov, Stalin disponía en el partido de una mayoría de militantes dispuestos a seguirlo ciegamente, razón por la cual la Purga, aun cuando —como veremos pronto— obedeció a una necesidad exterior, debe considerarse, desde el punto de vista interno, como el cumplimiento de una acción de vasto alcance que, con ella, se da por terminada.

Que, en el momento de los procesos, el espíritu de la mayoría de los elementos del partido estuviese transformado ya en el sentido deseado por Stalin, numerosos hechos lo indican.

Cuenta Chamberlin que, durante un viaje a través de Rusia efectuado en 1934, encontró en Krasnodar a un funcionario del partido comunista que le dijo: «Marx afirmó que el proletariado empezaría a tomar el poder en los países industrialmente adelantados. Norteamérica está mucho más adelantada que nosotros. ¿Qué hace, pues, el proletariado americano? ¿Por qué no actuó según el mandato de Marx?» [28].

El 1935, un «estudioso» publicó en Moscú, como trabajo de tesis aprobada, una obra titulada *Shakespeare, interpretación marxista,* en la cual pretendía establecer que el dramaturgo inglés, «ideólogo humanista de la burguesía de su tiempo», había puesto en acusación a los «caballeros feudales y a los burgueses salidos de la fase primaria de enriquecimiento»; que Yago era «el cínico mercader filisteo en el período primario de enriquecimiento», y Calibán «un verdadero revolucionario»; razón por la cual las obras de Shakespeare son «militantes protestas revolucionarias contra formas, conceptos e instituciones feudales» y encuentran su fuente en las «tendencias e ideas revolucionarias de la burguesía» [29].

---

poder del Estado que, justamente, era el propósito que los comunistas se fijaron *en el momento mismo de su llegada al gobierno.* Ver a este respecto la admirable parte final del libro de Miguel Koriakov: *Moscú no cree en lágrimas.* Barcelona, 1952.

[28] W. H. CHAMBERLIN: *Collectivism, a false Utopia.*

[29] *Idem.* Estas singulares interpretaciones históricas tienen, por lo menos, el mérito de resultar divertidas. ¿Qué decir del pasaje siguiente de la muy oficial *Histoire de l'URSS,* redactada bajo la dirección de la profesora A. M. PANKRÁTOVA, miembro del Comité Central, pasaje con el que se quieren explicar de modo exhaustivo los grandes procesos de Moscú?: «Los organizadores directos del asesinato de Kírov, como se logró comprobar más tarde, fueron Zinóviev, Kámenev y Bujárin, que actuaban por orden

En 1932, A. I. Stetskiy, secretario general adjunto del partido y miembro del Comité Central, había publicado un artículo en el que tomaba posición contra la esclerosis que estaba invadiendo los organismos del Estado a consecuencia del verbalismo dialéctico con que los responsables se expresaban. Después de atacar la manía de estos jerarcas de «pegar etiquetas dialécticas o marxleninistas sobre una u otra esfera del saber», citaba varios ejemplos de esa deformación intelectual: la dirección de la revista *El heraldo soviético de venereología y dermatología* quiere «considerar todos los problemas que discute, desde el punto de vista del materialismo dialéctico»; el compañero Gurkits, en la revista del Instituto de Investigaciones Científicas, busca, con la mayor tranquilidad, una «teoría marxista leninista de la fragua»; otro teórico, que escribe acerca de *La dialéctica materialista en la industria de pesca*, estima que ésta «se encuentra aún en el primer estadio de su *devenir*, su nacimiento... y, sin embargo, el cardumen de peces en cada océano es, en último análisis, no tanto un objeto dinámico como un proceso dinámico —por hablar filosóficamente— en todas sus categorías. En esto podemos encontrar la calidad dialéctica de la industria de la pesca» [30].

Stetskiy, para fundamentar —nunca se sabe— su indignación, citaba a Lenin que había escrito: «Nosotros no consideramos en absoluto la teoría de Marx (el materialismo dialéctico) como algo completo e intangible. Por el contrario, estamos convencidos de que sólo puso las piedras angulares de aquella ciencia sobre la que los socialistas han de hacer progresos en todos los sentidos si no quieren quedarse atrás en la vida. Nosotros creemos que, especialmente para los socialistas rusos, es necesario trabajar de modo independiente sobre la teoría de Marx, ya que dicha teoría no contiene sino indicaciones generales que, en los detalles, deben aplicarse de modo diverso en Inglaterra y en Francia, diversamente en Francia y en Alemania, diversamente en Alemania y en Rusia».

De esta licencia brindada por Lenin a sus «bacterias», Stalin extrajo una serie ininterrumpida de virtualidades que sus admiradores llaman tácticas, sus enemigos oportunistas y los esposos Webb pruebas de su «realismo científi-

---

de Trotskiy. Esos bandoleros fueron eliminados a requerimiento unánime del pueblo soviético y por sentencia del Tribunal proletario que expresó la voluntad del pueblo soviético»; tomo III, Moscú, 1948 (en francés). Nadie negará que, como síntesis histórica, este trozo es admirable.

[30] «La dialéctica materialista es un lenguaje que permite a un idiota pasar por extremadamente inteligente», dice ARTHUR KOESTLER en *The Arrow in the Blue*, Londres, 1952.

El artículo del compañero Stetskiy fué publicado en *Pravda* del 5 de junio de 1932, con el título: «La simplificación y los simplificadores».

co»[31]; realismo científico cuya manifestación más famosa ha sido la conciliación de la tesis trotskista y de la antítesis bujariniana en la síntesis de los procesos de Moscú.

Y la historia enseña que, del compañero Stetskiy —desapareció gracias a dicha síntesis— y del autor de la monografía filosófica sobre «dialéctica materialista en la industria de la pesca», este último era quien tenía razón, porque Stalin quería ser el único en «trabajar de modo independiente sobre la teoría de Marx». En efecto, lejos de utilizar a colaboradores capaces de buscar por sus propios medios los «detalles» aplicables a Rusia, sólo aceptaba a individuos como aquél de quien Angélica Balabanoff nos dice: «Berzin era el tipo del *perfecto bolchevique* de aquella época: hubiera podido servir de modelo para un manual sobre el argumento. Bolchevique convencido, estaba dotado de aquella estrechez mental, de aquella ausencia de opiniones propias y de independencia ideológica y política que son indispensables para obedecer siempre; y, al mismo tiempo, tenía la astucia necesaria para actuar sin escrúpulos en la ejecución de las órdenes recibidas de arriba. Tenía todos los atributos del revolucionario profesional con el que los dirigentes bolcheviques podían contar»[32].

---

[31] WEBB: *Op. cit.*, tomo II.

[32] A. BALABANOFF: *Ricordi di una socialista.* Este Berzin, pese a todas sus virtudes, acabó por ser liquidado durante la Gran Purga por los resultados poco satisfactorios —claro está que desde el punto de vista del Kremlín— de su misión en España durante la guerra civil. Había alcanzado el grado de mayor general del NKVD y se había ilustrado como organizador de los campamentos de Kolima, cuya población penal extrae, en condiciones terribles, el oro «necesario» al Gobierno soviético. Ver a este respecto los recuerdos de ELINOR LIPPER: *Onze ans dans les bagnes soviétiques,* París, 1950 (traducido del alemán), y el de A. KRAKOWIECKI: *Kolyma, le bagne de l'or,* París, 1952.

CAPÍTULO XIV

LISO ES EL TERCIOPELO...

Stalin, las democracias y el fascismo — ¿De qué modo romper el equilibrio europeo? — El golpe de Praga y las ilusiones del Sr. Bonnet — Doble juego sobre todos los frentes — Halifax en Berlín, o de la diplomacia secreta — Aventuras moscovitas del almirante Plumket — Polonia y Rumania ante el peligro de la amistad rusa — El XVIII Congreso del PC de la URSS — Los apuros de Ribbentrop — El pacto Hitler-Stalin y el cuarto reparto de Polonia — Despertar explosivo del expansionismo granrusiano o de la ventana a la puerta de Europa — La guerra rusofinlandesa y el artículo 16 del *Covenant* — Mólotov y las tentaciones del Orden Nuevo — 22 de junio de 1941.

Las necesidades que, para Stalin, habían motivado, a partir del comienzo de 1935, la liquidación hasta la raíz de los focos virtuales de oposición interior, encuentran su origen, exclusivamente, en una preocupación exterior. En efecto, con la llegada de Hitler al poder, Rusia, por vez primera desde el final de la guera civil, se sintió amenazada directamente desde afuera.

En una situación internacional, bien tranquila o susceptible de enfrentarse por el solo juego diplomático, el estado comatoso en que se encontraba la oposición en el momento del asesinato de Kírov no hubiera justificado en ningún caso esta represión rigurosa. El dos por ciento escaso de los miembros del partido comunista que los liquidados podían representar, no era de ninguna manera peligroso mientras una amenaza exterior urgente no viniese a implicar la posibilidad de fermentaciones interiores y, para el dictador, semejante eventualidad podía concretarse solamente en el caso de una guerra difícil como sería necesariamente un choque armado con la Alemania hitleriana. Hasta tanto no tuvo que enfrentarse sino con antagonistas pusilánimes como eran los dirigentes de las naciones democráticas, una guerra resultaba inverosímil o, a lo sumo, constituyó un argumento utilizable, como durante el primer Plan Quinquenal, para actuar en la mente somera de los cincuenta o sesenta mil activistas del PC ruso encargados de transmitir a la base, ciegamente, las consignas

del Comité Central. Pero, el 30 de enero de 1933, un competidor de nuevo cuño se había lanzado a la liza y, con su simple presencia, la había llenado sin vacilar de virtualidades bélicas muy concretas. Esta era una amenaza tan real que Stalin se vió abocado, de la noche a la mañana, al imperativo absoluto de imponer al pueblo ruso una disciplina infinitamente más rigurosa que la de los mismos planes quinquenales; una disciplina que abarcara, no sólo lo económico y lo político, sino también lo familiar y lo espiritual. Convencido de que los hombres se manejan mucho más eficazmente con el terror que con las concesiones, no le resultó difícil en lo más mínimo privar a sus administrados de sus últimos recursos para respirar libremente, mirar a derecha o a izquierda, pensar y discutir.

Ahora bien, frente a las ambiciones germánicas que tomaban cuerpo a medida que Francia e Inglaterra se revelaban, cada vez más abiertamente, deseosas de paz y de tranquilidad después de la desastrosa crisis económica del 30 ¿quién podía frenarlo en su camino? Unicamente sus viejos rivales colegas del PC en la medida en que se habían hecho campeones de las tendencias internacionalista y «democrática» en el seno de la organización. El «extranjerismo» de un Zinóviev y el «liberalismo pequeñoburgués» de un Bujárin contenían fermentos que, de volver a aflorar, hubieran podido bloquear la máquina que Stalin estaba ensamblando trabajosamente desde hacía tantos años. El primero, no tanto porque abogara por la revolución mundial, sueño utópico mientras las armas no se pusiesen a su servicio, como porque quitaba posibilidades para maniobrar con amplitud a la diplomacia soviética, ya que, de verse amenazados ellos también directamente, los gobiernos de las naciones democráticas siempre se hubieran negado a aliarse con Rusia mientras no abandonase sus designios de subversión universal y no diese pruebas fehacientes de que había renunciado a ellos. El segundo porque, con su marxismo que, de dogmático, se había vuelto crítico, abría la puerta a la discusión y porque Stalin no podía permitir que sus proyectos internacionales fueran puestos en tela de juicio en momentos de importancia tan vital. Ante el tablero diplomático, el propósito de Stalin sólo, se presentaba complejo en extremo: para él, sólo podía tratarse, o entenderse con las potencias democráticas contra Alemania, o unirse con ésta para ir contra aquéllas si seguían vacilando en aliarse con él. Doble juego peligroso cuanto se quiera, pero que, de todos modos, a la vez que ayudaría a Alemania a debilitar a las naciones capitalistas, debilitaría también a Alemania al obligarla a hacer concesiones a Rusia por temor a ver reproducirse la causa de la derrota de 1918, la guerra sobre dos frentes.

Esta táctica complicada y azarosa ¿cómo hubiera podido ponerse en acción teniendo que rendir constantemente cuentas a una oposición interior mantenida en estado de alerta por una minoría que, sin ser poderosa ni coherente, le hubiera salido al paso en ocasión del primer contratiempo exterior? En la con-

testación a esta pregunta basamos nuestra razón por la cual tuvo Stalin que proceder a la Gran Purga.

Si bien la limpieza general de los años 1935 a 1938 fué cumplida de modo despiadado en nombre de un marxismo que sus adversarios, en verdad, encarnaban mucho más dogmáticamente que él, Stalin la llevó a cabo, sin invocar supuesto doctrinal alguno, utópico en muchos casos y superados siempre, sino volviendo cada vez con mayor decisión —y cinismo— a las «superestructuras» patrióticas y aun nacionalistas, únicas banderas capaces de mantener a los rusos firmemente agrupados.

Que, durante aquellos años, la preocupación diplomática fuera la que condicionó su actuación, lo muestra claramente el que, a los pocos meses de la conquista del poder por Hitler, dejara de lado, sin vacilar, su viejo tema de la amenaza representada por las naciones democráticas, haciéndose admitir en la Sociedad de las Naciones que Alemania y Japón acababan de abandonar. Al mismo tiempo, considerando insuficiente la política de los pactos bilaterales de no agresión a que la Unión soviética se venía ateniendo desde la época de la paz de Riga en 1920, se lanzó en la de los pactos colectivos, que iba a proporcionar lo mejor de su gloria oratoria a Maxin Litvínov. Así es como, para justificar semejante cambio, declaraba ante el Comité Central: «Pese a la dimisión de Alemania y del Japón de la Sociedad de las Naciones o, quizás, por esa misma razón, la Sociedad puede transformarse en un obstáculo capaz de impedir o, por lo menos, de retrasar la guerra. Si tal es el caso, es decir, si la Sociedad puede constituir un obstáculo para la guerra y se revela capaz de promover la causa de la paz, nosotros, pues, no estamos contra la Sociedad».

De esta suerte, con el designio de poner la primera piedra en el edificio de la seguridad colectiva, en 1935, firmó con Francia y con Inglaterra un pacto de asistencia mutua que la beneficiaba, de rechazo, de la vasta red de alianzas entretejidas sobre Europa central y sudoriental por la primera; pensando que la segunda podía verse, tarde o temprano, arrastrada a tomar parte en un eventual conflicto francogermánico [1].

---

[1] El pacto francosoviético suscitó, en los ambientes políticos franceses, que no habían olvidado el precedente de Brest-Litovsk —frente al entusiasmo ruidoso manifestado por los partidarios incondicionales de dicho instrumento—, recelos que JACQUES BAINVILLE expresaba muy claramente al señalar: «Aquellos que en todos los campos —derechas e izquierdas— son favorables a la renovación de la alianza, decepcionante entre todas las alianzas, recobran el ánimo y la voz. Por el abrazo de Tilsit, que obligó a Napoleón a ir hasta Moscú cuando Alejandro lo hubo rehuído, se le perdona todo a Stalin. Alejandro, por haber rehuído el abrazo, se transformó de *apuesto y noble joven*, en *griego del Bajo Imperio*. ¿Cuánto tiempo será necesario para que, de *excelentes amigos*, Stalin y Litvínov, el puñal entre los dientes, vuelvan a ser los corifeos de la Tercera Internacional?

Pero el pacto con Francia tenía un corolario —algo así como una bomba de tiempo— que, entonces, no fué valorado con exactitud. En ocasión de su firma, Stalin entregó a Pierre Laval una carta cuyo objeto aparante era solamente incitar a los militantes franceses de la Tercera Internacional a colaborar con el gobierno de su país en su política de defensa contra toda posible agresión, es decir, contra Alemania. Mas el propósito real de este mensaje, había que ir a buscarlo bastante más lejos.

Hasta entonces antimilitarista y pacifista, el PC francés, por la virtud de esta carta, se transformó de la noche a la mañana en patriotero, belicista y guardián celoso de las tradiciones nacionales. Ello le sirvió —leed, sirvió a Stalin— para hacer aceptar al partido socialista y al partido radical la fórmula frentepopulista, último descubrimiento del *Komintern* y reedición —Stalin nun-

---

»Mientras tanto, se adopta su fábula. Ya no se admite que Tercera Internacional y Gobierno de la URSS se confundan. Para volver la alianzá aceptable es necesario que el poder moscovita sea un poder normal, decente, correcto, que evite toda ingerencia en los asuntos ajenos, aun cuando Pierre Laval haya sido derribado por orden suya. Uruguay acaba de expulsar al representante soviético, que fomentaba la revolución en el Brasil y toda Sudamérica. A Uruguay es a quien la Sociedad de las Naciones está culpando.

»Liso es el terciopelo sobre el que juegan Litvínov y Stalin. Cuando se pone en duda el valor de su alianza, parece que se obedece al espíritu de facción, que se desconocen los intereses de Francia, que se da la espalda a los principios de la gran política. Sin embargo, sería importante estar seguros acerca de este valor.

»El problema no consiste en medir la capacidad militar de los *sovieti*. Consiste en saber, ante todo, dónde y cómo se aplicaría.

»¿Qué se prevé? ¿En caso de que los alemanes ataquen a Rusia? ¿Cómo harían? ¿Por dónde pasarían? Es mucho más de temer que, para romper el sitio, ataquen a Francia con mayores probabilidades de triunfo que en 1914, ya que se encuentran al abrigo de una incursión rusa en Prusia oriental, sencillamente por falta de frontera común.

»Y si Alemania dirige el grueso de sus fuerzas contra nosotros, ¿sobre qué concurso que venga del Este podemos contar? No es seguro que la URSS —ni tampoco Checoslovaquia— salga de una abstención, cuya sola idea, a título de reciprocidad, se denuncia aquí como un crimen»: en *L'Action Française* del 26 de enero de 1936 (reténgase cuidadosamente esta fecha).

Estas extraordinarias previsiones fueron publicadas en un periódico —órgano del partido monárquico— en el que el gran historiador consagraba un artículo diario a la política internacional. Que no se diga, por lo demás, que la de Bainville fué una voz aislada, porque numerosos fueron en Francia quienes, entonces, lanzaron la voz de alarma frente al peligro implícito en una alianza que, en suma, no hacía más que acercar, volviéndolo inevitable, un choque armado con Alemania, y ello, en el momento mismo en que el inminente triunfo del Frente Popular iba a quitar a Francia toda eficacia económica e industrial, impidiendo la adecuación de sus medios militares a las condiciones de un mapa internacional enteramente transformado por la irrupción del visionario de Berchtesgaden.

ca inventó nada— de los frentes únicos de 1921, con esta diferencia, empero, que, mientras entonces se trataba de «retroceso», esta vez se iba a la ofensiva. El resultado fué la llegada de las izquierdas francesas al poder en mayo de 1936. Pese a toda su astucia, que era infinita, Laval no había previsto semejante desenlace para sus veladas moscovitas.

Esta fórmula no constituyó ningún «obstáculo suficiente para impedir o, por lo menos, retrasar la guerra», puesto que, a la vez que ofreció a Rusia la ventaja de contar finalmente con un aliado que, en un influyente sector de su opinión pública, empezaba a considerar inevitable y, más aún en ciertos casos, deseable, una guerra contra el fascismo, autorizaba a Alemania e Italia a acelerar sus armamentos para romper, llegado el caso, «el cerco plutocrático». Todos los problemas europeos y mundiales que, hasta 1936 podían solucionarse —aun por la transacción con vistas a arreglos pacíficos más o menos satisfactorios, pero, asimismo, duraderos—, se revistieron con caracteres de ineluctabilidad que, a partir de ese mismo año, transformaron el juego diplomático en mera labor de preparación a la guerra.

Al mismo tiempo que Europa se deslizaba hacia las armas, en Ginebra, Litvínov orquestaba campañas clamorosas para incitar a las naciones societarias a unirse y actuar con energía contra los «agresores», y la atmósfera se cargaba de peligros y de incoherencias. Desarmadas a la vez que alarmadas, Francia e Inglaterra no se movieron cuando Hitler volvió a militarizar la orilla izquierda del Rin, denunció el tratado de Locarno y ocupó Austria antes de poder hacerlo con Checoslovaquia. Con ello, incitaban a Italia, resentida ya por la política de sanciones votadas contra ella por el organismo ginebrino, a pasarse incondicionalmente al campo revisionista. Así, mientras Stalin, gracias a la elasticidad de sus pactos con Londres y París, podía cuidar tranquilamente sus intereses sin abandonar nada de su autonomía, Francia e Inglaterra, por temor a quedarse solas, se transformaban poco a poco en solicitantes frente a él.

* * *

Los métodos diplomáticos puestos en práctica en 1938 y 1939, de los que salió la segunda guerra mundial, se nos presenta actualmente como un concierto trágico entre maestros de la hipocresía y del doble juego. Pero, si reflexionamos, debemos admitir que, en verdad, estos métodos son tan antiguos como la misma diplomacia y que la única diferencia con el pasado estriba, en que en el mundo, ideológicamente destrozado de hoy, las relaciones internacionales, en vez de mantenerse en el plano de una hipocresía correcta que limita sus golpes con vistas a la consecución de provechos más duraderos, han asumido un carácter de total deslealtad, encaminado a cosechar a cualquier precio beneficios inmediatos, por precarios o desastrosos que puedan resultar sus efectos ulteriores.

¿Cuál era el estado de Europa cuando, a consecuencia del *Anschluss*, el por-

taaviones checoslovaco botado en Saint-Germain, Trianon y Versalles se encontró inmovilizado de golpe?

Ideológicamente, el continente estaba dividido en tres sectores bien definidos: el democrático anglofrancés, con su apéndice de pequeñas naciones asociadas; el fascista italogermánico, con las simpatías activas de que disponía en el seno de esas mismas pequeñas naciones; el comunista ruso, a quien Francia e Inglaterra despreciaban, Alemania se declaraba dispuesta a liquidar y los demás tenían en razón de su vecindad. En líneas generales, tan sólo los dos primeros sectores fueron considerados bastante poderosos como para inclinar a su lado la balanza; el democrático en recuerdo de su victoria de 1918, y el fascista merced a su joven importancia militar y a los triunfos impresionantes cosechados por él en los años inmediatos. En cuanto al tercero, los expertos militares y políticos lo juzgaban fuera de combate por largos años a consecuencia de las depuraciones recientes que habían diezmado sus cuadros dirigentes y hecho de su potencial bélico un factor desdeñable en la contienda internacional.

Diplomáticamente, la situación parecía muy diferente. Por un lado, Alemania e Italia eran las únicas potencias que, por una actuación que no rehuía el peligro de guerra, por lo menos en ciertos casos determinados, expusieron de forma tajante todas sus reivindicaciones. De tal suerte que sus progresos, ininterrumpidos desde el asunto de Abisinia —cuya rápida solución pese a las sanciones, repercutió como un primer cañonazo en el cielo sereno de la seguridad colectiva—, las había persuadido de que nada tenían que temer de las naciones democráticas en lo referente a la satisfacción de sus derechos. Por otro lado, Francia e Inglaterra estaban muy divididas con respecto, no tanto a sus propósitos —que, en rigor, no existían—, como a los métodos que una y otra preconizaban para prolongar lo más posible el estado de paz.

Cuando se vuelve a examinar el complicado mapa político de los años 1935 a 1939, se olvida demasiado a menudo que, mientras el Reino Unido disfrutaba de una continuidad de gobierno que la fórmula conservadora aseguraba con prudencia quizás excesiva desde hacía varios años, Francia se encontraba en la postura inversa en razón de los acontecimientos electorales de 1936 y de sus consecuencias sociales ulteriores que determinaron una situación política confusa, caracterizada por un desorden financiero insoluble, con el corolario de un abandono pavoroso de la defensa nacional. Por primera vez desde 1918, Francia se presentaba en el terreno diplomático sin el apoyo de los bien pertrechados batallones en que, siempre hasta entonces, sustentó su acción internacional. Ahora bien, esos mismos batallones eran, precisamente, aquello que Inglaterra exigía de Francia para consentir en considerarla como una aliada valiosa. De este modo comprenderemos por qué el gobierno de Londres —que, con la victoria de 1918, había vuelto a su aislacionismo tradicional— demostraba ningún interés y hasta cierta desgana en concluir acuerdos diplomáticos y militares con un país del que

no estaba seguro que representaría correctamente su papel de aliado en caso de conflicto armado [2]. Así, podemos asistir a un fenómeno que se repetirá de modo constante hasta el 15 de marzo de 1939, día en que la ocupación de Praga por los alemanes, en violación flagrante de los acuerdos de Munich, señalará para Londres el final de la era de vacilaciones. Es que, por haber llegado por fin al

[2] El aislacionismo británico, mientras se inspiró hasta 1914 en la convicción de los dirigentes de que ésta era la postura más cómoda para vigilar el curso de los acontecimientos y tomar, en el momento oportuno, las decisiones capaces de garantizar más convenientemente el mantenimiento del equilibrio europeo necesario para la seguridad del Imperio, lo que, pues, hasta 1914, había sido un aislacionismo dinámico, se transformó, a partir de 1918, en pasivo y temeroso.

La exposición que tiene lugar en el curso del presente capítulo acerca del «juego» inglés en vísperas del segundo conflicto mundial hace necesarias algunas aclaraciones. En efecto, este juego parece tan misterioso que nos encontramos tentados, en un primer momento, a ver en él solamente habilidad, una especie de obra maestra diplomática, elaborada en función *exclusiva* de los intereses *exclusivos* de Gran Bretaña y de su Imperio, según los métodos clásicos de aquello que los mismos súbditos de S. M. Británica llaman con orgullo su «egoísmo sagrado». Algo de ello existe, evidentemente, pero solamente como pantalla tras la cual se esconden realidades menos luminosas. El doble juego inglés del bienio 1938-1939 ha sido el resultado, no de un cálculo político genial, sino de una total incomprensión de la situación verdadera del continente. Lo que ha de suceder hasta el 23 de agosto de 1939 lo demuestra con claridad y, en todo caso, hace patente, sin dejar lugar a dudas, la falta absoluta de genialidad de la política exterior británica. No se trata, por lo demás, de una política equivocada por casualidad, puesto que los «errores» ingleses de 1938-1939 son exactamente los mismos que los de 1870, de 1914 y de... 1950 en adelante. Esta repetición nos autoriza a subrayar que, en todo período de tensión que ofrezca la historia de los cien últimos años, la política exterior inglesa, hecha de vacilaciones constantes, siempre ha tenido por resultado volver inevitables guerras que, en 1939 como en 1870 y 1914, podían eludirse de modo relativamente fácil, puesto que no se trataba de guerras necesarias como la que tuvo que emprender a partir de 1812 la coalición europea para liberar al continente del íncubo napoleónico. No se quiere decir con ello, porque sería demasiado ingenuo, que los jefes de la diplomacia inglesa, en 1870, 1914 y 1939, alimentasen el propósito fríamente madurado de provocar hostilidades de las que Inglaterra saldría ventajosa. Sólo se quiere decir que el juego diplomático inglés, incoherente, imprevisor y egoísta, sirvió sobre todo para volver más turbio el mapa internacional y, por ende, irreductibles intereses que aún podían conciliarse. En fin de cuentas, el segundo conflicto mundial sale del primero y éste de la guerra francoprusiana de 1870 que Bismarck emprendió cuando tuvo la seguridad de que Inglaterra no se movería para socorrer a Francia. Asimismo, en 1914, Alemania no vaciló ante la idea de una guerra —que esperaba localizar—, porque Inglaterra evitó hacerle saber cuáles eran las circunstancias que provocarían su intervención. Finalmente, si Hitler atacó a Polonia en 1939, ello se debió en una gran medida al juego diplomático que Londres estaba llevando a cabo en Berlín, juego que le hizo creer que el Foreign Office se desinteresaría de Europa oriental. La política exterior inglesa nunca llegó a ser genial —y ello se repitió en 1956 con el asunto de Suez—, no porque sus cálculos hayan fallado en las tres circunstancias se-

poder en París un gobierno que proclama su voluntad de preocuparse de modo preferencial por los problemas de la defensa nacional, tan peligrosamente descuidada por el Frente Popular, Francia vuelve a transformarse en peón activo del juego internacional. Mas, contrariamente a lo que se cree de modo general, lejos de incitar al Foreign Office a la política del ¡basta ya! ante las reivindicaciones del Eje, la nueva actitud de Francia hace que los ingleses se orienten hacia la idea de un arreglo general para con el Eje, en un movimiento de aproximación que se irá confirmando a medida que la opinión pública francesa, anestesiada por una prensa casi unánimemente belicista y abandonando su pacifismo de los años anteriores, se resigna a proclamar la «guerra inevitable contra el fascismo». Este freno británico, que impide que los compromisos suscritos por el Quai d'Orsay asuman importancia real mientras compromisos idénticos por parte del Foreign Office no vengan a vigorizarlos, ha de actuar hasta el momento en que la firma del pacto Hitler-Stalin, al pretender excluir a los ingleses del continente, amenazándoles, por lo demás, en su seguridad imperial, les haga valorar de nuevo la conveniencia de utilizar a su soldado continental, que ya empieza a manifestar resistencia después de tanto empeño [3]. Ya que todo —atropellos alemanes, maquiavelismo británico e ilusionismo francés— hubiera podido durar mucho tiempo más sin provocar mayores catástrofes si Alemania, para inclinar de su lado el platillo de la balanza, no se hubiese decidido a buscar el apoyo ruso en el que nadie, hasta después del acuerdo de Munich, había pensado seriamente.

ñaladas, sino porque la imprevisión que se advierte en su elaboración no le permite alimentar ideas claras ni trazar programas de acción que vayan más allá del momento presente. Un cálculo que falla no es necesariamente un mal cálculo, porque, en materia diplomática, un cálculo no falla solamente por culpa de quien lo hizo y considerar como malos todos los cálculos que fracasaron llevaría a considerar como geniales todos aquellos que triunfaron. Pero hay cálculos que fracasan porque sus premisas son equivocadas, y tal es el caso de los cálculos ingleses de 1870, 1914, 1939 y 1956, que han fallado porque el inglés no posee grandes designios ni ideas generales.

[3] La sumisión de la diplomacia francesa a las necesidades cotidianas del juego internacional inglés fué revelada de modo muy claro por la política exterior del Gobierno del Frente Popular a lo largo de su actuación. ALFRED FABRE-LUCE escribe al respecto las líneas siguientes que, por ser anteriores al segundo conflicto mundial, asumen mayor importancia: «En 1935, Francia *existe todavía*; es amiga de Inglaterra, pero no se cree obligada a seguirla en sus equivocaciones; y el Foreign Office, por momentos, se inquieta. En mayo de 1936, registra nuestra abdicación con un suspiro de alivio. No se puede ser a la vez maniqueo y maquiavélico; y el socialismo es maniqueo. Los demócratas son buenos, los fascistas son malos; está bien claro. Blum no distinguirá, pues, entre Roma y Berlín: dejará a Inglaterra todo el beneficio del acercamiento con Italia, que está meditando; y también, como su Gobierno está dividido, se contentará en el asunto español con una intervención camuflada que permitirá a Dowing Street arbitrar el conflicto. Por esto Inglaterra le concede un arreglo monetario y lo celebra en sus

La Unión soviética, que fué admitida en la Sociedad de las Naciones en 1934 con bastante repugnancia por parte de los demás Estados miembros y, sobre todo, para compensar la ausencia de Estados Unidos agravada por la salida reciente de Alemania y del Japón, pero a quien ninguna nación societaria acordaba, en verdad, gran importancia pese a los discursos sumamente democráticos del compañero Litvínov, no disponía todavía en 1938 de ninguna personalidad internacional de primer plano, pudiéndose añadir incluso, que su personalidad jurídica era prácticamente inexistente.

Una de las causas menos exploradas del segundo conflicto mundial radica precisamente en que, en razón de la hipocresía de los métodos empleados por los grupos en presencia y a consecuencia del doble juego al que unos y otros se entregaron a partir de la conferencia de Munich, las potencias europeas fueron las que dieron a la Unión soviética la personalidad internacional que le vino faltando desde su fundación y, por consiguiente, brindaron a Stalin una magnífica oportunidad para que pudiera incluir finalmente en su juego, ya cargado con abundancia de bienes ajenos, la única carta robada a sus enemigos que no había tenido todavía la facultad de utilizar: la carta trotskista de la revolución permanente. Así el lapso que corre entre el 30 de septiembre de 1938, día del arreglo de Munich, y el 23 de agosto del año siguiente, día de la firma del pacto de Moscú, será empleado en tentativas para romper el equilibrio, a precio, incluso, de la existencia de las pequeñas naciones en beneficio de uno de los bandos, por la incorporación de un asociado al que, hasta la víspera, todos consideraban como indeseable e inservible.

En semejantes condiciones —es decir, mientras franceses y alemanes perfilaban su enemistad— no quedaba a Stalin sino esperar los ofrecimientos del mejor postor para decidirse, en último análisis, por aquél que, al mismo tiempo que se mostrara dispuesto a pagar el precio más elevado, le pidiera los menores sacrificios y le permitiera permanecer fuera del conflicto el tiempo suficiente para

---

diarios. Esta caución muy burguesa permite al Gobierno del Frente Popular figurar en París, colocar empréstitos, desorganizar mejor a su antojo nuestras finanzas y nuestra producción. Solamente después de algunos meses, cuando empieza a ver los resultados de esta política, Inglaterra se preocupa: su soldado continental está fuera de servicio; siente haber contribuído a emascularlo. En 1938, se espanta. Sus ministros y sus diarios nos aconsejan la unión nacional; en suma: la inclusión de Laval en el gabinete...

»¿Qué hombre de buen sentido querría hoy rechazar esta tutela? Nos preserva de otra que sería peor. En el borde del abismo ruso nos agarramos desesperadamente a la barandilla inglesa. Que se trate de conservar la libertad monetaria, de eliminar a un ministro que arruinó la aviación francesa, de enviar un embajador a Roma, todas esas decisiones que el interés francés impone imperiosamente no son tomadas en consideración sino tras prescripciones discretas de Londres. Francia ya no es capaz de querer su propio bien. Le queda esa suerte de tener un amigo que —a veces— lo quiere por ella»: *Le secret de la République*, París, 1938.

prepararse a tomar patre en él con las mayores probabilidades de terminarlo en situación estratégica susceptible de ser utilizada incluso contra el aliado de la víspera. Aquí es exactamente donde este hombre, al que durante tantos años se había considerado como *quantité négligeable*, empieza a orientarse en el embrollo diplomático europeo con una habilidad tan genial como diabólica.

Los hechos son conocidos, pero no resultará inútil recordarlos brevemente en su desnudez antes de examinar en detalle el juego diplomático de los rusos [4].

15 de marzo de 1939: entrada de los alemanes en Praga, violando el acuerdo de Munich. El mismo día, empieza el doble juego general.

Hasta entonces, el gobierno británico se había negado a empeñar su libertad de decisión. A partir de este momento, empieza a buscar un acuerdo preciso en una doble dirección, la de París y la de Berlín. La primera es fácil de seguir, puesto que Francia, que tiene compromisos específicos con Polonia, próxima víctima de Hitler, está solicitándole desde hace más de tres años la conclusión de una alianza formal. Pero este camino ofrece un peligro que Inglaterra quiere capear, el de una alianza total con Rusia que Francia considera necesaria para poder cumplir con sus obligaciones en Europa oriental. Para Inglaterra, el camino de Berlín tiene por lo menos la ventaja de alejar del oeste a Alemania al dejarle mano libre en el este. De esta suerte, mientras da a Francia *algunas* de las garantías formales que ésta le pide, Londres se dirige secretamente a Berlín sin sospechar que la diplomacia alemana está practicando exactamente el mismo juego del lado de Moscú. Los únicos, pues, que llevan todas las de perder en este asunto son Francia y Polonia; sin contar, por supuesto, las pequeñas naciones que unos y otros se regalan sin hacerles el honor de consultarlas.

Mientras tanto, completamente a oscuras, Georges Bonnet, jefe de la diplomacia francesa, conduce abiertamente sus negociaciones con Moscú, por un lado, y, por otro, con Varsovia y Bucarest. Con el acuerdo, claro está, de su colega inglés, lord Halifax.

El ministro francés escribe en cuanto a sus proyectos: «... me parecía imposible sostener a nuestros pequeños aliados del Este contra Alemania sin la ayuda de Rusia. No dudaba de su poderío. Ya en 1934, al término de un viaje de siete semanas a través de su territorio, había dado cuenta en seis artículos publicados en *Le Petit Parisien*, del desarrollo de su fuerza militar e industrial. Y había concluído: «*Rusia consiente todos los sacrificios por su*

[4] Un catálogo muy claro de estos hechos se encuentra en la ya citada obra de JACQUES CHASTENET, *Vingt ans d'histoire diplomatique, 1919-1939*, Ginebra, 1945. El historiador, si quiere evitar los errores cometidos durante tanto tiempo en lo que hace a las responsabilidades reales del primer conflicto mundial, no puede confiar mucho en los varios libros blancos, negros y amarillos, publicados *ad usum populi* por las potencias que, de cerca o de lejos, estuvieron implicadas en el segundo.

ejército. Para éste nada es bastante hermoso y dispone de un material formidable.» como ministro de Asuntos Extranjeros, reclamaba constantemente la asistencia rusa en las condiciones más difíciles. ¿En qué medida, en efecto, podíamos contar con el apoyo de la URSS?, ya que el pacto firmado con ella el 2 de mayo de 1935, «limitado en su alcance, no podía jugar más que en el caso de una agresión *directa* por parte de Alemania. Además, este acuerdo era nulo en sus efectos, porque Alemania y Rusia no tenían frontera común desde 1917. Rusia no podía atacar a Alemania sin hacer pasar a sus tropas por Polonia y Rumania, que se negaban a ello» [5].

Interpelados al respecto, el príncipe Comnene, ministro rumano de Relaciones Exteriores, y su colega polaco, coronel Beck, habían contestado de modo negativo, respectivamente, el 22 y 25 de mayo 1938.

Entrevistado por el embajador de Francia en Moscú acerca de sus condiciones para la conclusión de una alianza, el gestor del *Narkomindel,* Maxim Litvínov, oponía moratorias y, el 31 de agosto siguiente, declaraba al encargado de negocios francés que había que descartar «la eventualidad de un paso forzoso de las tropas soviéticas, fuera de una decisión de Ginebra, a través de Polonia y de Rumania», y que, «por ser de excluir la buena voluntad polaca», quedaba poco que hacer, salvo quizá una presión societaria sobre Bucarest. Resulta evidente, pues, que hasta el arreglo de Munich cuando menos, Rusia, que ya disponía de planes específicos como veremos pronto, no quiso comprometerse con las naciones del Oeste precisamente para no destruir la posibilidad de un arreglo con Alemania; arreglo que, desde hacía cierto tiempo, venía proyectando. Esta es la razón por la que, durante todo el año 1938, Francia —que por lo demás no había recibido ninguna promesa formal por parte de Inglaterra— no logró empeñar a Rusia en su proyectada cadena de alianzas [6].

---

[5] G. Bonnet: *Les négociations franco-russes de 1938 et de 1939,* en «Revue de Paris», noviembre de 1947. Apreciación confirmada plenamente por el pasaje siguiente de una relación que von Welczeck, embajador de Alemania en París, dirigía, con fecha 8 de abril de 1938, a Ribbentrop, acerca de la actividad de los ambientes diplomáticos franceses, donde, según él, «se es particularmente escéptico en lo que atañe a una ayuda eficaz de Rusia, que permitiría a Checoslovaquia prolongar seriamente su resistencia. Se pretende, bastante generalmente, que no hay que contar con ella, que ni los polacos ni los rumanos permitirán el paso de grupos aéreos o de tropas rusas», en *Archives secrètes de la Wilhelmstrasse,* tomo II, documento 61, París, 1951.

[6] Que Francia intentara ensanchar el instrumento diplomático que la ligaba a Rusia hasta hacer de él una alianza militar total, ello es evidente y nadie ahora lo niega seriamente. El 28 de febrero de 1938, el barón von Weizsacker, jefe del departamento político de la Wilhelmstrasse, dirigía a los representantes alemanes en Londres, París, Bruselas y Praga, la nota siguiente: «Un miembro de la embajada de Francia señaló recientemente a un funcionario de Asuntos Exteriores la necesidad para Francia de acogerse

Bonnet no se daba por vencido. Gregorio Gafenco —quien, entre tanto, había substituído a Comnene en Bucarest— se reunió con su colega francés en abril de 1939 y éste le reiteró: «Hay que atar... a Rusia a la causa de la paz. La participación de la Unión soviética es indispensable y decisiva». Y el hombre político rumano agrega: «El señor Bonnet insistía para poner en evidencia la importancia que atribuía al concurso soviético. Quería obtenerlo a toda costa. Me impresionó la claridad de su decisión» [7].

Todo se hizo más complicado aún después de la ocupación de Praga. Como el pacto francosoviético no comprometía a Rusia sino en la medida en que Alemania atacara directamente a Francia, Moscú no tenía ninguna obligación de ayudarla si entraba en guerra por solidaridad con Varsovia o Bucarest. «Era necesario, pues, llevar a la Unión soviética a garantizar ella también, por un nuevo pacto, a Polonia y a Rumania. Evidentemente esta última negociación no podía emprenderse sino con el consentimiento de los ingleses [8]; en primer lugar, porque se trataba de dos naciones a las que Inglaterra acababa de dar

---

firmemente a la alianza rusa. Declaró que, del lado francés, no alimentaban ilusiones acerca del carácter, en una cierta medida, chocante de esta alianza, como tampoco del valor muy problemático que representaba en la práctica. Sin embargo, por no caber elección, Francia debía atenerse a su pacto con los *Sovieti:* se sabía muy bien que en caso contrario, Alemania tomaría el lugar de Francia como asociada de los *Sovieti.* Se estaba perfectamente informado en París de las circunstancias que habían llevado a la ejecución del mariscal Tujachevskiy, circunstancias que demostraban hasta qué punto las relaciones entre ciertos ambientes alemanes influyentes y las autoridades militares soviéticas permanecían íntimas, y hasta qué punto igualmente Alemania estaba preparada para reanudarlas en el momento oportuno, con Rusia, soviética o no. La tesis francesa, según la que Francia concluyó, y sigue manteniendo, su alianza con el gobierno soviético tan sólo para impedir un nuevo acercamiento ruso-alemán, es bien conocida. Pero, a este propósito, es sorprendente que las ejecuciones de generales sean invocadas para demostrar que Alemania estaría dispuesta a colaborar con Rusia. De hecho, y haciendo abstracción de las conversaciones entre agregados militares, toda relación militar entre Alemania y la Unión soviética desapareció en 1933. En particular, ninguna relación militar tuvo lugar desde esa fecha con los generales soviéticos que han sido ejecutados... Por otra parte, resulta de las informaciones muy confidenciales de nuestro embajador en Moscú..., que Litvínov utiliza con oportunidad el espectro de un acercamiento con Alemania para volver más eficaces las relaciones con Francia... Por estas razones, le ruego, si la oportunidad se le ofrece de hablar de ello con hombres políticos conocidos de usted, de recordar las palabras pronunciadas por el Führer el 20 de febrero (en el Reichstag), con las cuales rechazó una vez más y de la manera más categórica, la idea de relaciones estrechas con la Unión soviética, y de hacer observar que estas declaraciones deben resultar naturales y lógicas para quien conoce la actitud fundamental del Führer frente al bolchevismo...»: *Archives secrètes,* tomo II, documento 28.

[7] G. GAFENCO: ***Dernier jours de l'Europe,*** París, 1946.

[8] Los cuales ingleses ya habían empezado a asumir la dirección diplomática de esta segunda edición de la *Entente Cordiale.*

un principio de garantía [9]; luego porque el Gobierno soviético exigía que Inglaterra formara parte de este acuerdo» [10].

A primeros de abril tuvieron lugar en Moscú las tan deseadas conversaciones francorrusas y éste es el momento que Stalin eligió para dar su primer golpe sensacional. El 3 de mayo, día en que las conversaciones, aunque siempre en un punto muerto a causa de la actitud negativa de los polacos y de los rumanos, parecían susceptibles de desembocar, pese a todo, en un acuerdo gracias a la resignación de los franceses ante las reivindicaciones soviéticas, Litvínov —el occidentalista (!) del *Sovnarkom*— fué reemplazado de la jefatura del Comisariado de Asuntos Exteriores por Viácheslav Mijáilovich Mólotov, considerado por todos, dentro y fuera de la URSS, como mero agente de ejecución de las voluntades stalinianas —como si Litvínov, personaje más neutro aún, jamás hubiese sido otra cosa—, pero que tenía sobre éste la ventaja de no haberse comprometido ni con Londres y París, ni con Ginebra... y de no ser judío, indicación de singular importancia para el pontífice máximo del antisemitismo.

A partir de este momento el juego ruso se hace extremadamente sutil. Astájov, encargado de negocios soviéticos en Berlín, declara —confidencialmente claro está— a su colega francés: «La razón del despido del señor Litvínov parece residir exactamente en su hostilidad decretada por Polonia. Esta hostilidad es tan grande que si se me llega a preguntar qué partido tomaría el señor Litvínov en el caso de tener que elegir entre Alemania y Polonia, me hubiera sido imposible contestar. Con el señor Mólotov, la política exterior soviética no podrá más que ganar en claridad. Francia e Inglaterra no tendrán por qué deplorarlo...» [11]. Razón por la cual los rusos eternizan las negociaciones, negando su garantía a Suiza, Holanda y Luxemburgo, con las que no tienen relaciones diplomáticas, y lanzando la tesis de la «garantía recíproca» contra la agresión indirecta: tesis que, según Londres, sólo puede despertar el temor de las pequeñas naciones e incitarlas a pasarse del lado alemán, puesto que semejante garantía implica la cesión de bases militares al ejército rojo. Que es aquello que Polonia, Rumania, los Países Bálticos y Finlandia temen mayormente, porque saben que dicho ejército aprovecharía estas bases para transformar su «ayuda» en ocupación definitiva.

---

[9] A consecuencia del golpe de Praga, «el gabinete de Londres, al que la actividad económica llevada a cabo desde hace algún tiempo por el Reich en los Balcanes y el cercano Oriente inquieta ya seriamente, decide dar, en caso de necesidad, la garantía de Inglaterra a la integridad territorial de Rumania, Polonia y Grecia», escribe J. CHASTENET, *Op. cit.* Nótese ese «*en caso de necesidad*», que permitía todas las escapatorias, puesto que el garante era quien determinaba la necesidad, no el garantizado.

[10] G. BONNET: *Op. cit.*

[11] Citado por GEORGES BONNET, *Op. cit.* Pronto veremos qué curiosas ideas alimentaba el señor Astájov en materia de *fair play* diplomático.

Así llegamos al 13 de julio, día en que dice el señor Bonnet: «El Gobierno británico pierde la paciencia», expresando su indignación en los términos siguientes: «Estamos llegando al punto en que, de modo manifiesto, no podemos seguir más adelante con el método que consiste en aceptar toda nueva reivindicación presentada por la URSS: 1.° Hemos aceptado su petición encaminada a englobar a los Países Bálticos; 2.° hemos renunciado a que los Países Bajos, Suiza y Luxemburgo sean comprendidos en el acuerdo; 3.° hemos aceptado definir el caso de *agresión indirecta*; 4.° hemos aceptado una cláusula que nos prohibe concluir la paz o el armisticio por separado... Nuestra paciencia llega a su límite. *Nuestro Gobierno tendrá que volver a examinar su posición ante los hechos en su conjunto*» [12].

¿Qué es lo que había sucedido para que Inglaterra asumiese de modo tan repentino esta actitud? O, mejor dicho, ¿qué hecho nuevo le había incitado a volver con claridad inusitada a su repugnancia tradicional ante la idea de una alianza con Rusia y a manifestar a la vez una irritación, cuyo propósito visible era echar agua fría en los proyectos aliancistas de los franceses? El carácter singular de sus relaciones con Italia —que nunca se interrumpieron hasta la entrada de ésta en el conflicto y se retrajeron, incluso, hasta el final de la experiencia mussoliniana— nos ayudarán a comprenderlo.

El 7 de mayo anterior, un político italiano, camuflado tras el pseudónimo de «Historicus», había publicado en el semanario *Meridiano di Roma* [13] un editorial titulado *Tras las bambalinas*, en el que, a la pregunta «¿Qué hace mientras tanto el enemigo mayor, la Unión soviética?», contestaba: «Tira una red tramada desde hace largo tiempo, *una red tramada alrededor del mundo anglosajón.*»

Después de recordar que Inglaterra en todo momento había sufrido más que aceptado aliarse con Rusia, porque ésta siempre aprovechó sus alianzas con ella para tender a la ruptura del equilibrio a expensas del sistema inglés —como, por ejemplo, en el tiempo de la Santa Alianza—, el editorialista señalaba que la entrada de la Unión soviética en la Sociedad de las Naciones cambió de modo fundamental la esencia del organismo ginebrino, ya que «la Sociedad de las Naciones, diseñada por Wilson como dictadura universal de la demo-

[12] *Ibídem.*

[13] Informaciones particulares, cuya atendibilidad me había sido dado comprobar constantemente hasta entonces, me autorizaron a creer que el autor de este editorial, inconsueto en un semanario literario, era el mismo conde Galeazzo Ciano, ministro de Relaciones Exteriores. Hechos ulteriores confirmaron estas informaciones. El contenido del artículo responde de modo muy preciso a la política personal del malogrado político, y el estilo resulta inconfundible. Finalmente, el hecho de que *Meridiano di Roma* pasase por hacer la fronda al régimen fascista es bastante sintomático de la forma mental de Ciano.

cracia, pero utilizada por Inglaterra y por Francia como sistema de seguridad antirruso—toda la política exterior de Moscú hasta 1932, y los pactos de no agresión, que son un invento soviético, encubrían una orientación antisocietaria— no podía transformarse en sistema antigermánico sin la participación activa de la Unión soviética. El israelita Litvínov fué quien intentó imponer en la experiencia etiópica el principio que, según el pensamiento de Moscú, hubiera debido regir al mundo, el principio de interdependencia de la paz. ¿Surge un conflicto armado entre Colombia y Venezuela? El mundo entero entra en guerra»...

Mas si la tesis de la interdependencia de la paz hubiese triunfado ya en 1936, «¿qué valor tendrían hoy los 1.500 millones de libras esterlinas a que ascendían las inversiones inglesas en la república prematura de Chang-Kai-shë y el 75 por 100 de los capitales de las sociedades anglofrancesas de la república staliniana de Madrid?». Con todo ello, Inglaterra no acierta a darse una política internacional en íntima relación con sus intereses, porque, para dársela, tendría que provocar una alianza militar con Moscú, cuyos «heraldos más apasionados son, hoy en día, los protagonistas de la derrota de 1919-1920, Lloyd George y Churchill [14]. Por su parte, Moscú no garantiza a Polonia y a Rumania mientras no se la garantice a ella en Oriente. En apariencia, Stalin no hace más que sentar una necesidad práctica y, esta vez, su asociado Roosevelt es quien pregona la interdependencia de la paz. ¿Qué significa, en efecto, su requerimiento de garantía universal fuera de una adhesión explícita a la doctrina internacional de Moscú?

»¿Dónde, exactamente, radica el interés de Moscú por esta doctrina? Es evidente. Unicamente la suspensión forzosa de todas las fuerzas en movimiento

---

[14] Epoca en que los griegos de Venizelos, encargados por Inglaterra de edificar una barrera antisoviética para cubrir el Mediterráneo oriental y el Próximo Oriente, fueron derrotados por los turcos de Mustafá Kemal. Al mismo tiempo, las republiquitas socialdemocráticas, suscitadas en el Cáucaso durante la guerra civil por lord Curzon, Winston Churchill y el Intelligence Service, eran destruídas una tras otra por el ejército rojo a consecuencia de la derrota de los blancos abandonados por los anglofranceses.

Como se sabe, las variaciones de Churchill —debidas, por supuesto, al realismo de su visión política— son infinitas. Así, coincidencia formal con el artículo de *Historicus*, el 8 de mayo, el estadista británico proclamaba en el curso de su campaña de discursos y de banquetes, desencadenada con vistas a la conclusión de una alianza anglosoviética: «En Europa oriental se encuentra el inmenso poderío de Rusia, país cuya forma de gobierno detesto, pero que, *de todos modos, no intenta asaltar con las armas a sus vecinos.*» Recordemos solamente que, el 11 de diciembre de 1925, caliente aún por sus derrotas del Cáucaso y de Anatolia, el mismo Churchill había declarado con no menor seguridad: «Detrás del comunismo está Moscú, potencia oscura, siniestra, diabólica, aparecida ahora en el mundo, una verdadera pandilla de conspiradores. *Esta pandilla de conspiradores realiza esfuerzos inmensos para contaminar a todos los países civilizados.*»

puede dar a la Unión soviética la paz que necesita para proteger al régimen staliniano contra sus numerosos factores de disolución. Así, al mismo tiempo que las democracias capitalistas se constituirían en guardias armadas de la inmovilidad internacional, la Unión soviética sería la única potencia con instrumento adecuado, el *Komintern*, para promover en los sectores más delicados del mundo las posiciones revolucionarias interiores preparatorias de la revolución mundial. Pero Inglaterra se defiende aún: prefiere adoptar la conscripción obligatoria antes que aceptar, por tercera vez, la mortífera alianza del mundo eslavo y a Winston Churchill en el gabinete».

En verdad, el autor quería decir mucho más de lo que decía. Quería formular una advertencia a la diplomacia británica para que se decidiera, de una vez para todas a arreglarse con Hitler antes de que éste lo hiciera con Stalin, porque, con toda seguridad, estaba enterado de las negociaciones que Berlín conducía en el mayor sigilo con Moscú, paralelamente a las que llevaba con Londres. Insinuaba, pues, que, de entenderse con Rusia, Alemania, persuadida de que Francia e Inglaterra no se moverían, no vacilaría en atacar a Polonia y que, como secuencia natural, Inglaterra se vería eliminada del continente a la espera de que Rusia, tranquila en el Oeste, viniese a provocarla en su ya agitado Imperio colonial. Como sabemos ahora, la política de Ciano tendía a hacer asumir a Italia el papel de intermediaria en un acercamiento anglogermánico, no por cierto por amistad por Alemania, sino para empeñarla en el Este de modo que Roma pudiese desligarse poco a poco del Eje y aproximarse a las naciones del Oeste, a fin de asegurar sus intereses mediterráneos y africanos, poniéndolos fuera del alcance del aliado del momento, del «enemigo mayor» moscovita y del inminente invitado americano.

Que tuviese buenas razones para formular esta advertencia a Gran Bretaña, víctima eventual de estas tres amenazas, resulta ahora evidente. Y podía hacerlo porque sabía que, desde hacía bastante tiempo ya, Londres estaba negociando con Hitler —a espaldas de Francia, por supuesto— con vistas a un arreglo general.

* * *

Para Inglaterra, Munich no había sido, como se cree generalmente porque ello resulta cómodo, un acuerdo improvisado bajo la amenaza. Había sido el resultado de una política elaborada de antemano en vista de un designio esencial, la constitución, para el reglamento de los asuntos europeos, de un directorio de cuatro potencias —Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia— con exclusión de la Unión soviética. El cálculo se revelaría en el futuro equivocado, pero existió [15].

[15] Equivocado, no por falta de previsión esta vez, sino porque se produjo demasiado tarde. Que no se crea, por lo demás, que ésta fuera una idea inglesa. Pertenecía, en prin-

Ya en noviembre de 1937, según un documento proveniente de los archivos diplomáticos alemanes, lord Halifax, en el curso de una conversación con Hitler, después de haber afirmado que Alemania «podía ser considerada con justicia como el bastión del Occidente contra el bolchevismo», llegó a admitir, especificándola, la eventualidad de ciertos cambios que, «tarde o temprano», deberían efectuarse en Europa: «Entre estas cuestiones figuran Dantzig, Austria y Checoslovaquia. Inglaterra tiene interés solamente en una cosa: que estos cambios se realicen por evolución pacífica y que se pueda evitar el empleo de métodos capaces de provocar nuevos trastornos que ni el Führer ni los demás países pueden desear» [16].

El 3 de marzo de 1938, sir Nevile Henderson, embajador de Inglaterra en Berlín, declaraba otra vez a Hitler que el primer ministro Neville Chamberlain «demostraba mucho valor cuando, pese a todo, arrancaba la máscara a

---

cipio, a Mussolini, que, el 19 de marzo de 1933 —es decir, dos meses y medio después del triunfo de Hitler—, había propuesto a Londres, París y Berlín la firma de un «Pacto de los Cuatro» con vistas a la solución permanente de los problemas europeos. En 1939, la idea seguía siendo tan buena como en 1933, pero, mientras tanto, el asunto de las sanciones, la guerra de España, el *Anschluss* y, sobre todo, la infalibilidad de que Hitler se creía dotado, la arrinconaron en la exposición de las oportunidades desperdiciadas por la ceguera de los políticos.

[16] Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS: *Documents et matériaux se rapportant a la veille de la seconde guerre mondiale* (2 series), Moscú, 1948-1949.

Esta comprensión de los deseos alemanes por parte del gobierno británico, se expresa también en función del pacto francosoviético y de la voluntad de los franceses de reforzar sus lazos con Moscú. El 14 de julio de 1938, el conde de Dirksen, embajador en Londres, telegrafiaba a Ribbentrop la relación siguiente: «Como le he referido ya con respecto a otras cuestiones, la actitud del gobierno británico frente al pacto francosoviético, está, hoy más que nunca, dispuesta a la crítica. Sé de buena fuente que, en ocasión de las conversaciones francoinglesas del final de abril último, los ingleses dieron a entender muy claramente a los franceses que sería muy de desear, teniendo en cuenta la situación general europea, que trasladasen, en la medida de sus posibilidades, a un segundo plano los lazos de Francia con la Unión soviética. Esta tendencia se ha acentuado más aún en el curso de la crisis checa, que ha revelado aquí también que Alemania se resentía en modo particular por los lazos existentes entre Checoslovaquia y la Unión soviética. Las declaraciones que me ha hecho el primer ministro Chamberlain, y que he referido en otro lugar, muestran el poco caso que el actual gobierno inglés hace de Rusia soviética. A cada paso se tropieza en la opinión pública inglesa con la idea de que ésta, en razón de las acciones depuradoras de Stalin, se ha tachado a sí misma de la lista de las potencias políticas. El trato despectivo que el embajador soviético Kagan ha tenido que soportar en el seno del Comité de no intervención, es otra señal del deseo que alimentan los ingleses de no volver a cometer el error de marzo de 1935 y de eliminar a Rusia de una conferencia relativa a un arreglo europeo»: *Archives secrètes*, tomo II, documento 151.

frases internacionales (!) como la seguridad colectiva»[17]. El dictador no necesitaba más para lanzarse sobre aquello que, muy concretamente y parafraseando la célebre definición de André Tardieu, hubiera podido llamar «la alegre ruta de mis destinos». Solamente diez días después de la conversación Hitler-Henderson, las tropas alemanas entraban en Viena.

No parece que Inglaterra sacara del *Anschluss* conclusiones demasiado pesimistas. En una relación a su departamento, telegrafiada el 10 de julio de 1938, es decir, en pleno desarrollo de la crisis checa, el conde de Dirksen, embajador de Alemania en Londres, podía asegurar: «El gobierno británico se (nos) ha acercado hasta llegar a comprender cada día mejor los puntos de vista más esenciales de las reivindicaciones fundamentales formuladas por Alemania: apartamiento de la Unión soviética una vez ultimados los destinos de Europa; apartamiento, asimismo, de la Sociedad de las Naciones; reconocimiento de la conveniencia de negociaciones y tratados bilaterales. Alemania encuentra ante este gobierno una comprensión creciente por sus reivindicaciones sobre los alemanes de los Sudetes. Estaría dispuesto a grandes sacrificios para satisfacer las demás reivindicaciones alemanas equitativas, con la única condición de que nos esforcemos por alcanzar estos objetivos con medios pacíficos»[18].

Dos meses después, el 1.º de septiembre de 1938, es decir, cuando la crisis checa estaba alcanzando su ápice más peligroso, en el momento mismo en que Francia empezaba a movilizar sus reservas sin tener seguridad alguna acerca de lo que haría Inglaterra, el consejero Kordt, encargado de negocios en Londres, refería a su jefe de misión, el embajador Dirksen, los detalles de una conversación verdaderamente asombrosa que acababa de celebrar con un alto funcionario del Foreign Office, sir Horace Wilson: «La entrevista se ha desarrollado en

---

[17] *Documents et matériaux.* Con respecto a esta recopilación y a las ya citadas *Archives secrètes,* cabe señalar que su publicación, así como la de otras colecciones cuya lista figura en el índice bibliográfico (Sección E), constituye la primera manifestación visible del aspecto que, desde 1947, habían ido adquiriendo las relaciones entre los vencedores de la segunda guerra mundial, aspecto que, para la crónica, ha asumido el nombre de guerra fría. Con semejantes publicaciones, las potencias ex aliadas —utilizando cada una, con vistas a sus fines propios, los documentos de la Wilhemstrasse— han tendido esencialmente a acusarse de complicidad: 1.º en el rearme de Alemania a partir de 1933; 2.º en la creación de las condiciones que permitieron a Alemania desencadenar las hostilidades en 1939. Pero, al mismo tiempo —involuntariamente, esta vez—, han permitido al mundo entero comprobar su maestría en el arte del doble juego, sin que ello, por supuesto, le quite nada a Alemania a este respecto. Cada una por su cuenta, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Rusia han contribuído de este modo a dejar sentadas las condiciones que, para el visionario de Berchtesgaden y el facineroso de Tiflis, podían constituir, al acumularse, la más apetitosa de las tentaciones. Estados Unidos aparece solamente en 1937, pero desde entonces ha logrado colmar con creces su atraso.

[18] *Idem.*

una atmósfera excepcionalmente amistosa. Wilson estaba conmovido con toda seguridad (en la medida en que un inglés es capaz de manifestar semejantes sentimientos) cuando, para terminar, me estrechó la mano diciéndome: *Si ambos—Gran Bretaña y Alemania—nos ponemos de acuerdo sobre el modo de resolver el problema checo, barreremos, pura y simplemente, la resistencia que Francia y Checoslovaquia también pudieran oponer a esta solución*» [19] Conse-

---

[19] *Idem.* Algunos meses antes, el mismo consejero Kordt había telegrafiado lo que sigue a Ribbentrop: «Lord Halifax me rogó que fuera a verle hoy, algunos minutos después de finalizar sus conferencias con los franceses (Daladier y Bonnet habían ido a Londres con el propósito de incitar a los ingleses a asumir una actitud más definida con respecto a los asuntos europeos, A. F.), para ponerme, de manera muy cordial y amable, al corriente de estas conversaciones.

»Tenía mucho interés en asegurar al señor Ministro de Asuntos Exteriores que había guardado el mejor recuerdo de su estrecha colaboración con él, y que deseaba continuar en lo porvenir esa fructuosa colaboración. Sentía, pues, particularmente, la necesidad de informar al señor de Ribbentrop, inmediatamente después de dichas conversaciones con los franceses, de que, en el curso de las mismas, Inglaterra no había contraído ni obligaciones ni compromisos militares nuevos.

»Por la mañana, la Prensa publicó informes fantásticos sobre pretendidas convenciones militares, y tenía sumo interés en impedir que estas fábulas, debidas a irresponsables, crearan malentendidos. El gobierno del Reich había sido informado, en la primavera de 1936, por el gobierno inglés, de las conversaciones de estado mayor francoinglesas que estaban celebrándose. Desde entonces nada se había producido que saliera, en algún modo, del ámbito de dichas conversaciones.

»Interrogado por mí acerca del resto de las negociaciones con los franceses, lord Halifax me respondió que se había procedido a un examen general y discutido acerca de las cuestiones italiana, española y checoslovaca. En cuanto a esta última, creía haber obtenido resultados que pudieran facilitar una solución pacífica del problema. No estaba aún en situación de proporcionarme detalles, pero informaría sin tardar al señor Ministro del Reich por intermedio de sir Nevile Henderson.

»Luego, lord Halifax, visiblemente conmovido, habló de la necesidad de salvaguardar la paz. Lo mejor sería seguramente que las tres naciones de tronco común, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, hicieran causa común por la defensa de la paz»: *Archives secrètes*, tomo I.

Como puede verse, mucha emoción, pues, en las relaciones entre diplomáticos alemanes e ingleses. Una emoción que, si nos dejáramos invadir por la *Empfindsamkeit* que parece embargar al ministro consejero Kordt cada vez que habla de política internacional con ministros o altos funcionarios británicos, nos convencería de que, en todo este drama de los años 1938 y 1939, los propósitos tenebrosos constituían el basamento único en que se sustentaba —en sus negociaciones— el gobierno de Su Graciosa Majestad, y que, frente a él, el gobierno del Tercer Reich no hacía más que hacerse guiar por puros afanes idealistas. La realidad es que, esta vez como siempre, los ingleses eran incapaces, por falta de ideas generales, de procurarse una visión precisa de la situación internacional, y que lo único que los movía era una serie de deseos contradictorios entre sí, como: 1.º entenderse con Alemania sin hacer pagar este arreglo demasiado caro a los franceses, pero reservándoles, por supuesto, la factura más elevada; 2.º no comprometerse con

cuencia: aceleración de las reivindicaciones alemanas a expensas de Checoslovaquia y arreglo de Munich.

Cuando, después del golpe de Praga, Inglaterra, temerosa de que Francia llegue a una inteligencia completamente con Rusia y la arrastre a ella también en este acuerdo, asume, como hemos visto, la iniciativa de las operaciones diplomáticas en el sector francobritánico; arrogándose dicha iniciativa, no para oponer una barrera más firme que la francesa a la progresión alemana hacia Dantzig, sino para proseguir, sin interferencias ni falsas maniobras por parte de su asociado continental, el desenvolvimiento de su política de arreglo general con el Tercer Reich. Esta vez, empero, ni los ministros de relaciones exteriodes ni los embajadores aparecen en el primer plano. Las negociaciones, mantenidas en el plano oficioso, son confiadas a personalidades menos vistosas y, por ende, menos comprometedoras: sir Horace Wilson, asesorado por un señor Hudson, por Inglaterra; el consejero Wohltat, por Alemania; sin embargo, sir Horace es el hombre de confianza de Chamberlain, y el doctor Wohltat el de Goering.

Aquí disponemos de un documento esencial. Mientras, el 11 de julio de 1939, Mólotov declaraba a los embajadores de Francia y de Inglaterra en Moscú que la firma de un acuerdo político debería ir precedida de una convención militar entre las tres potencias —lo que había motivado el envío a la capital soviética de una misión militar francoinglesa presidida por el general Doumenc y el almirante Plumket—, los ingleses seguían manteniendo sus tomas de contacto con Berlín. El documento al que aludo es la relación del embajador Dirksen acerca de las conversaciones Wohltat-Wilson, transmitida el 21 de julio de 1939, esto es, en el momento mismo en que, en Moscú, empezaban las conversaciones militares entre Plumket, Doumenc y Voroshílov. En el curso de esos semiclandestinos coloquios londinenses, se había previsto, según Dirksen, la adopción de un amplio plan anglogermánico que comprendía: 1.—Una declaración bilateral de no agresión. 2.—Un pacto de no intervención con delimitación de las zonas respectivas de influencia. 3.—Una limitación de los armamentos. 4.—La solución de las cuestiones coloniales pendientes entre ambas potencias. 5.—Un arreglo de las cuestiones económicas pendientes entre ellas con respecto a Europa central y oriental. El embajador especificaba que semejante arreglo, según sir Horace, permitiría a Inglaterra renunciar pura y sim-

Rusia, pero sin abandonar por ello la esperanza de mantener abierta la puerta moscovita hasta la conclusión del arreglo con Alemania; 3.° dejar mano libre a los alemanes contra los rusos, pero salvaguardando los intereses británicos en los Balcanes y en la Europa oriental y danubiana. En todo este embrollo, el acuerdo con Alemania les parecía lo más conveniente, y tal es el secreto de sus dobles juegos, de sus abandonos y de sus entusiasmos.

plemente a sus compromisos con Polonia, y que, en todo esto, el diplomático inglés había insistido en que no hablaba en propio nombre, sino por cuenta del Primer Ministro, el cual confirmaría personalmente lo dicho si así lo deseaban los alemanes. «En semejante caso —concluía Dirksen—, Polonia quedaría casi sola frente a Alemania» [20]. Este «casi» es sintomático, porque, sin duda alguna, se refiere a los franceses. Pero los alemanes no contestaron. Y vamos a ver por qué...

En Moscú, las cosas iban lentamente, pero, según parece, con satisfacción relativa de los negociadores occidentales. Subsistía, por cierto, el obstáculo fundamental, esto es, la negativa por parte de Polonia y de Rumania a conceder el libre tránsito a las fuerzas armadas soviéticas. Pero Georges Bonnet seguía esperanzado. Sin embargo, no podía ignorar —y no lo ignoraba, como, de hecho, él mismo lo confiesa— que, al término de un viaje efectuado a Rusia en el mes de julio de 1936, el general Schweisguthe, miembro del Consejo Superior de Guerra, había extendido para su gobierno una relación en la que afirmaba: «Rusia intenta desplazar hacia el Oeste un temporal que siente alzarse en el Este. No quiere verse implicada en el próximo conflicto europeo, en el que aspira a representar, como los Estados Unidos en 1918, el papel de árbitro de una Europa que se verá agotada por una guerra sin cuartel» [21].

Que nada hubiese cambiado desde entonces, lo revelaba el mismo Voroshílov, Comisario de Guerra y jefe de la delegación soviética, cuando, el 14 de agosto, exigía una contestación inmediata a la pregunta siguiente: «¿Están autorizadas las fuerzas militares soviéticas a penetrar en territorio polaco a través del distrito de Vilna y a través de Galitsia?»

El día siguiente, Bonnet volvía a interrogar al embajador de Polonia en París, señor Lukasievicz, instándolo a insistir personalmente ante su gobierno para que diera sin tardar una respuesta favorable. Pero, allí mismo, el diplomático le contestaba: «El señor Beck no consentirá jamás en dejar ocupar por los rusos los territorios que les hemos vuelto a tomar en 1921. ¿Aceptaría usted como francés que los alemanes controlasen a Alsacia y Lorena?» [22]. De hecho, el gobierno polaco, una vez más, se negó a otorgar a las fuerzas rusas

---

[20] *Documents et matériaux...* Como hemos visto, el 31 de marzo, Inglaterra y Francia prometieron su garantía a Polonia, a consecuencia del golpe de Praga (véase nota 9)

Este documento constituye, sin duda alguna, la pieza más importante de la recopilación soviética y debe considerarse como auténtico, puesto que nunca fué desmentido por los ingleses, ni oficial ni oficiosamente, y que el mismo conde de DIRKSEN lo confirma en su *Moskau-Tokio-London. Erinnerungen und Bertachtungen zu 20 Jahren deutscher Aussenpolitik, 1919-1939,* Stuttgart, 1949.

[21] Citado por G. HANOTAUX en su *Journal* y por el mismo BONNET en la obra citada y en *La fin d'une Europe,* Ginebra, 1950.

[22] G. BONNET: obras citadas.

la entrada en su territorio. En cuanto a los Países Bálticos, tuvieron menos suerte. Ni siquiera se les había consultado cuando Plumket y Doumenc los entregaron sin pestañear al apetito moscovita.

El 20 de agosto: primer puñetazo soviético en la mesa de conferencias, por el anuncio de un nuevo pacto comercial con Alemania. Siempre a la altura de su proverbial inteligencia, los así llamados «círculos generalmente bien informados» de Londres y de París consideran este acontecimiento como perfectamente normal, y pretenden quitarle todo carácter particular. Lo grave es que, al hacerlo así, no intentan disfrazar su desconcierto a través de declaraciones tranquilizadoras. Son enteramente sinceros [23]. Según ellos, el estado a que habían llegado las relaciones económicas germanorrusas, hacía necesaria una reconsideración, tanto más cuanto que el Kremlín, por tradición, está siempre dispuesto a comerciar con todos los países, por encima de las ideologías respectivas, y que, en este caso específico, ideologías tan opuestas como nacionalsocialismo y comunismo, no quitaban nada al hecho de que las economías de Alemania y de Rusia «se complementaban naturalmente». Así, el 27 de junio anterior, el señor Naggiar, embajador de Francia en Moscú, dirigió al Quai d'Orsay un telegrama dando cuenta de que Alemania se disponía a poner a disposición de la Unión soviética un crédito de trescientos millones de marcos, amortizables en petróleo, hierro y manganeso, y que no era de excluir que, «aun después de haber firmado un pacto tripartito (con Francia e Inglaterra), el Kremlín, conforme a su política de negocios con todos los países, firmase con el Reich una convención comercial ventajosa» [24]. Dos días más tarde, como para desechar por anticipado la sospecha de que un pacto comercial germanorruso pudiese implicar posibilidad alguna de desarrollos políticos, Robert Coulondre, nuevo embajador de Francia en Berlín, escribía a su departamento: «Con los soviéticos, los contactos que, casi seguramente, los círculos oficiales alemanes intentaron establecer, no parecen haber surtido efecto positivo... Si los informes provenientes de la embajada rusa en Berlín son exactos, la Wilhelmstrasse se había resignado ya a reducir el programa de las negociaciones económicas germanosoviéticas» [25].

Que los círculos políticos y diplomáticos occidentales se hayan equivocado

---

[23] Puedo asegurarlo personalmente sin correr el riesgo de ser desmentido y sin ánimo de ofender a nadie, por lo demás, Como periodista, me fué dado comprobar esta reacción no sólo en las salas de redacción de los diarios parisinos más importantes, sino en los pasillos del Palais-Bourbon, donde esos «círculos generalmente bien informados» son numerosos sin que la escasez de veracidad que adolecen sus informaciones logren jamás disminuir influencia, y en la misma sala de Prensa del Quai d'Orsay, donde la equivocación asume rasgos más solemnes.

[24] Citado por GEORGES BONNET en *La fin d'une Europe*.

[25] Telegrama con fecha 25 de agosto de 1939, citado por BONNET, *Op. cit.*

tan rotundamente en un momento como aquel, deja literalmente pasmados. Saltaba a la vista, en efecto, que Alemania y la URSS habían elegido ese momento para revisar sus relaciones comerciales justamente porque una y otra deseaban proceder a arreglos más generales. Si no, puesto que sus economías eran «complementarias», se hubieran hecho la guerra para complementarlas más seguramente, como sucede cada vez que dos imperialismos entran en contacto directo. Que, justamente, es lo que sucederá menos de dos años más tarde cuando se encuentren por encima del cadáver de Polonia.

Mientras tanto, el 22 de agosto, Joachim von Ribbentrop, ministros de Asuntos Exteriores del Reich, llegaba a Moscú, y, al día siguiente, en presencia de Stalin, firmaba con Mólotov un pacto de no agresión, que, vistas las circunstancias, anunciaba claramente una nueva repartición de Polonia.

El 25, Mólotov recibía al embajador de Francia, Naggiar, y le hacía la siguiente comunicación verbal: «El gobierno soviético ha comprobado que, pese a los esfuerzos de Francia, Inglaterra y Rusia, la negativa obstinada de Polonia de aceptar la ayuda militar rusa vuelve imposible el pacto tripartito, y se ha visto obligada a resolver el problema en lo que atañe a la firma de un pacto de no agresión con Alemania» [26].

[26] Como era de suponer, la firma del pacto germanorruso fué considerada generalmente como una incitación a la guerra, ya que Hitler, al salir de la posición azarosa en que se había colocado con el golpe de Praga, se libraba así de una amenaza de guerra en dos frentes. Ello fué reprochado a Stalin, con alguna apariencia de justicia, desde el punto de vista de los francoingleses. Pero se puede contestar que: 1.º el pacto hacía la guerra inevitable con Polonia, pero no con Inglaterra y Francia, puesto que éstas siempre habían proclamado que, para defender a Polonia, la aportación militar soviética era indispensable e irreemplazable; 2.º Stalin vió en el pacto con Hitler el medio para no entrar en una guerra en la que un tratado con Inglaterra y con Francia la hubiera precipitado desde el primer día; 3.º la guerra en cuestión estalló solamente porque Inglaterra y Francia, ante una situación enteramente cambiada por un pacto que transformaba a favor de Alemania la relación de las fuerzas en presencia, siguieron fieles a compromisos caducados; 4.º la incógnita es saber qué hubiera hecho Hitler sin su pacto con Stalin. Mi opinión es la siguiente: en el caso improbable —en razón de la repugnancia inglesa— de un pacto entre París, Londres y Moscú, hubiera igualmente atacado a Polonia y proseguido inmediatamente sus operaciones contra Rusia, con muchas más probabilidades de éxito que dos años más tarde según puede establecerse: *a*) porque Francia e Inglaterra, impreparadas como estaban, debían atenerse a la inmovilidad sobre la línea Maginot; *b*) porque Estados Unidos tampoco se encontraba dispuesto para tomar parte directa o indirecta en un conflicto: no lo estaba electoralmente, y le faltaban dos años y medio para que el Japón lo atacara. En el caso —infinitamente más probable— de un arreglo general con Londres, la suerte de Rusia estaba señalada al mismo tiempo que la de Polonia, esta vez con la ayuda diplomática y económica de Inglaterra. Como se ve, el «cinismo» de Stalin tiene poderosas justificaciones. Aquello que con bastante ingenuidad se llamó «cinismo sataliniano», y que en buena política (mala, si se prefiere, pero eficiente) no es más que realismo inteligente, el mismo Stalin lo explicaba del siguiente modo en su discurso

Entonces solamente, ese mismo día, 25 de agosto de 1939, Inglaterra se decidía a firmar con Polonia un pacto formal de asistencia militar.

Si se resignaba, después de negociaciones tan comprometedoras con Alemania, a la idea de entrar en guerra por Polonia y por Dantzig —cuestiones cuya solución había estado dispuesta a abandonar a la voracidad alemana hasta el 23 de agosto— lo hacía porque el pacto de Moscú, a la vez que pretendía excluirla definitivamente de Europa, ponía en peligro de muerte su existencia misma de nación imperial. Pero realizándolo en el momento mismo en que Francia, por falta del auxilio ruso y ante el hecho desastroso de que la tan deseada Unión soviética se pasaba al bando del enemigo virtual, empezaba a considerar la posibilidad, poco brillante, pero juiciosa dadas las circunstancias, de replegarse hacia posturas de no intervención en los asuntos del Este.

* * *

Los acontecimientos políticos y los choques diplomáticos que, a partir del 23 de agosto de 1939, lanzaron unas contra otras a las tres grandes naciones occidentales y que, pese a la tentativa de mediación ejecutada *in extremis* por el conde Ciano en nombre de Mussolini, llevaron al desencadenamiento de las hostilidades en el Oeste, no pertenecen al objeto del presente trabajo en tanto que tales, y sólo deben estudiarse aquí en la medida en que el gobierno soviético tuvo sobre ellos un influjo decisivo [27]. Nos queda, pues, por explorar

radiodifundido del *3 de julio de 1941:* «¿Qué hemos ganado al concluir un pacto de no agresión con Alemania? Hemos asegurado a nuestro país un año y medio de paz y la posibilidad de preparar nuestras fuerzas con vistas a la defensa, para el caso de que la Alemania nazista intentara atacar a nuestra nación, violando el pacto. Clara ventaja, pues, para nosotros, y desventaja para la Alemania nazista.» (El texto figura en *La gran guerra patria de la Unión soviética,* publicada en Buenos Aires en 1946.)

Asimismo, en mayo de 1947, en una entrevista concedida a Harold Stassen y publicada íntegramente en *La Gazette de Lausanne* del 31 del mismo mes, el dictador recalcaba: «Alemania es, naturalmente, la que se negó a colaborar con la URSS y atacó a nuestra nación. ¿Hubiéramos podido acaso colaborar con Alemania? Ciertamente hubiéramos podido a condición de que Alemania no se hubiese negado a ello. Hubiéramos colaborado con ella como con cualquier otro país. Como usted ve, esto depende del deseo y no de la realidad.» No olvidemos, claro está, el interés revolucionario del ciudadano Dzhugashvili en el desencadenamiento de un conflicto «intercapitalista», interés tan evidente para dicho ciudadano en 1939 como lo había sido en 1914 para el licenciado en jurisprudencia Ulianov. En efecto, del conflicto «intercapitalista» de 1914 salió la revolución bolchevique; del de 1939, la satelización de gran parte de Europa y de Asia, y a la espera de nuevas posibilidades como las que, en septiembre de 1952, STALIN vislumbraba en sus *Problemas del socialismo en la URSS.*

[27] ALFRED FABRE-LUCE escribe al respecto: «Resumiendo: durante la crisis de 1938, la URSS promete la intervención armada que la negativa de Polonia y de Rumania y el estado de sus vías de comunicación le impedían proporcionar, y que, por su parte, no

el detalle del juego clandestino germanorruso, cuyo coronamiento en el pacto del 23 de agosto precipitó el paso por el que, el 1.° de septiembre de 1939, sir Nevile Henderson y el señor Robert Coulondre notificaron al gobierno del Reich, en la persona de su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, que, de no dar orden a las tropas germánicas de evacuar inmediatamente los territorios polacos ya ocupados por ellas, el Reino Unido de Gran Bretaña y el gobierno de la República francesa se considerarían en estado de guerra con el Reich alemán a las horas 11 y a las horas 17 del día 3 del mismo mes, respectivamente.

El general Krivitskiy, que durante largos años tuvo bajo sus órdenes los servicios del espionaje soviético en Europa occidental, afirma que el dictador de Moscú, a partir del 30 de junio de 1934 —día en que su colega de Berlín ahogó en sangre a todos los elementos de la oposición que trababan su marcha en el país y en el partido— siempre deseó llegar a un acuerdo con él, y que, con vistas a este objetivo, siempre mantuvo desde entonces en la capital de Alemania a su compatriota georgiano David Kandelaki, como representante confidencial suyo [28].

Hemos señalado ya qué importancia hay que atribuir a la sustitución de Litvínov por Mólotov en el Comisariado de Asuntos Exteriores, hecha pública el 3 de mayo de 1939. Si en Francia y en Inglaterra —países de forma parlamentaria donde un cambio más ó menos espectacular de ministro constituye un accidente corriente— nadie había atribuído entonces demasiada importancia al acontecimiento, no sucedió lo mismo en Alemania, porque dos meses antes —el 10 de marzo exactamente—, Stalin había pronunciado ante el XVIII Congreso del PC de la URSS un discurso bastante transparente en cuanto a sus intenciones inmediatas [29].

La primera parte de esta importante relación —la única que nos interesa aquí— pasa revista a la situación de la Unión soviética en el tablero interna-

intenta siquiera concretar, por lo demás, en los límites de lo posible. De este modo, empuja a la acción a los belicistas de París y de Londres —mal informados acerca de ciertas realidades o decididos a pasarlas por alto—, y acrecienta, por consiguiente, las posibilidades de guerra en el Oeste, sin asumir riesgo personal alguno. El desgaste recíproco de los países capitalistas dará al ejército comunista... el tiempo para alistarse, y le ofrecerá, además, la oportunidad de una intervención revolucionaria»; *Dans la fumée d'un cigare*, París, 1948 (respuesta al primer tomo de las memorias de Churchill).

[28] W. KRIVITSKIY: *In Stalin's Secret Service*, Nueva York, 1939.

[29] Este discurso, muy extenso, figura en las obras completas del profeta —a quien desde la Gran Purga se llamaba *vozhd*, el jefe—, publicadas en 16 tomos en Moscú, entre 1946 y 1952, obras cuya traducción está en curso de difusión en Buenos Aires. Una versión española ya publicada del discurso figura en *Cuestiones del leninismo*, Buenos Aires, 1947.

cional, y es suficientemente clara, en efecto, para que quien quiera entender, entienda.

Después de indicar que Alemania, Italia y el Japón, estados agresores, han dado comienzo, con su acción en Europa, en Africa y en Asia, a una nueva guerra imperialista, Stalin se entrega a las definiciones siguientes: «El rasgo característico de la nueva guerra imperialista consiste en que, por el momento, no ha llegado aún a ser general, una guerra mundial. La guerra la llevan los estados agresores, lesionando, en toda medida, los intereses de los estados no agresores, ante todo de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, mientras que éstos retroceden y otorgan, haciendo a los agresores una cesión tras otra.

»Por lo tanto, ante nuestros ojos, se procede a un reparto descarado del mundo y de las esferas de influencia a costa de los intereses de los estados no agresores, sin ninguna tentativa de resistencia e, incluso, con cierto beneplácito por parte de éstos...»

Semejante pasividad por parte de las naciones víctimas de la agresión «llegaría a explicarse... por el miedo a la revolución que podría desencadenarse si los estados no agresores entrasen en la guerra y ésta adquiriese un carácter mundial... Pero ésta no es ahora la única causa, ni siquiera la principal. La causa principal reside en que la mayoría de los países no agresores, y, ante todo, Inglaterra y Francia, renuncian a la política de seguridad colectiva, a la política de resistencia colectiva a los agresores; que se pasan a las posiciones de no intervención, de *neutralidad.*

»Formalmente, se podría calificar la política de no intervención del siguiente modo: que cada país se defienda de los agresores como pueda y quiera; a nosotros no nos importa; nosotros vamos a comerciar, tanto con los agresores como con sus víctimas.

»Mas, en realidad, la política de no intervención significa favorecer la agresión, el desencadenamiento de la guerra; por lo tanto, convertirla en una guerra mundial. En la política de no intervención se trasluce la inspiración, el deseo de no impedir a los agresores que lleven a cabo una obra funesta, *no impedir, por ejemplo, que el Japón se enrede en una guerra con China, y, mejor aún, contra la Unión soviética; no impedir, por ejemplo, que Alemania se hunda en los asuntos europeos, se enrede en una guerra contra la Unión soviética...»* [30].

Tras algunas consideraciones sobre el caso japonés, Stalin aborda directamente el terreno que nos interesa: «Consideremos... el caso de Alemania. Le cedieron Austria, a pesar de que existiera un compromiso para defender su independencia; le cedieron la región de los Sudetes, abandonaron al azar a Checoslovaquia, violando todos y cada uno de sus compromisos, para comenzar

[30] Soy yo quien subraya este pasaje.

luego a mentir vocingleramente en la Prensa sobre *la debilidad del ejército ruso,* sobre *la descomposición de la aviación rusa,* sobre *desórdenes* en la Unión soviética, empujando a los alemanes más hacia el Este, prometiéndoles fácil botín y prometiéndoles: no tenéis más que iniciar la guerra contra los bolcheviques y, en adelante, todo marchará bien. Es preciso reconocer que esto también se parece mucho a empujar, a estimular al agresor.»

Pero, continúa, en vez de asaltar a la Unión soviética para arrancarle Ucrania —que los países no agresores le señalaban como una presa fácil—, Alemania no lo ha hecho, y es curioso comprobar cómo «ciertos políticos y publicistas de Europa y de los Estados Unidos, perdida su paciencia a la espera de una cruzada *contra la Ucrania soviética,* comienzan ellos mismos a desenmascarar el verdadero fondo de la política de no intervención. Dicen y escriben que los alemanes los han decepcionado duramente, puesto que en vez de marchar más hacia el Este, contra la Unión soviética —¡fijaos!—, han virado hacia el Oeste y reclaman colonias. *Se podría crer que a los alemanes se les entregaron las regiones de Checoslovaquia como precio para iniciar la guerra contra la Unión soviética; pero los alemanes se niegan ahora a amortizar el pagaré, mandándolos a paseo*» [31].

Y el *vozhd* ponía término a esta parte de su exposición dirigiendo un llamamiento a la «*sensatez de los países que no están interesados, por unas u otras razones, en alterar la paz*» [32].

Que Hitler, jefe de un estado agresor, pero, por muchas razones, «interesado en no alterar la paz» —puesto que si permanecía aislado, no estaba muy seguro de que Francia e Inglaterra no se moverían en el caso de que diera mayor presión a sus movimientos antipolacos—, que Hitler, pues, haya oído la antífona y puesto su diplomacia en acción para dar a su inseguridad respuestas tranquilizadoras, la Historia nos lo enseña, y Mólotov nos lo dijo al subrayar, en su brindis, el 23 de agosto de 1939, con motivo de celebrar la firma del pacto con Alemania, que «Stalin fué precisamente quien, por su discurso del mes de marzo —que se había comprendido exactamente en Alemania—, había provocado el cambio radical en las relaciones políticas» [33].

Es que Stalin, en verdad, no podía esperar ningún provecho inmediato de

---

[31] Subrayado por mí. En lo que hace al problema ucraniano, ver en *Archives secrètes,* tomo IV, una larga relación del embajador Dirksen acerca de la «resignación» de los ambientes políticos, de la prensa y de la opinión pública de Inglaterra, ante la idea de la creación de una gran Ucrania por parte de Alemania a expensas de Rusia y de Polonia. Subrayemos además que el discurso de Stalin es del 10 de marzo, y el «golpe de Praga», del 15. Hitler era hombre que sabía aprovechar las oportunidades por dondequiera que se las brindaran.

[32] Subrayado por mí.

[33] Telegrama *Tass* con fecha 23 de agosto de 1939.

una alianza con Francia y con Inglaterra, cuyo estado de impreparación militar le hubiera obligado a hacer frente con sus solas fuerzas a una agresión alemana, y a las que despreciaba por sus continuos vaivenes diplomáticos. Sabía igualmente que de aliarse con las naciones del Oeste, éstas no vacilarían ya en defender a Polonia contra Alemania, y que, en tales condiciones, Rusia, una vez más, sería la que tendría que soportar el primer embate del ejército alemán, que por no tener nada que temer en lo inmediato de sus débiles contrincantes occidentales, lanzaría todo el poderío de su máquina militar hacia el Este. Por el contrario, un acuerdo con Alemania le permitiría tomar parte en un nuevo reparto de Polonia, ocupar los Estados bálticos y, fortificando apresuradamente este glacis, esperar el choque de la catapulta germánica, si éste llegaba a producirse, fuera de su propio territorio. Por lo mismo, resulta bastante risible, además de inútilmente cínico, que, ocho años más tarde, en febrero de 1948, la Oficina soviética de Información llegase a afirmar, en una larga nota oficiosa, que «sería un tremendo error afirmar que la conclusión de un pacto con los hitlerianos entraba en el plan de política exterior de la URSS», en el momento del XVIII Congreso [34].

En efecto, varias semanas antes que Stalin pronunciara su discurso, el embajador de la Unión soviética en la capital alemana, Merekalov, había dicho al barón de Weizsacker, subsecretario de Estado en la Wilhelmstrasse: «La política soviética se desarrolló constantemente según una línea recta. Las divergencias ideológicas no ejercieron mucha influencia en las relaciones rusoitalianas, y no constituyen obstáculo alguno en lo que atañe a Alemania. La Unión soviética no explotó contra Alemania la fricción actual entre ella y las democracias occidentales, y no desea hacerlo. Para Rusia no existe razón alguna para no vivir en pie normal de relaciones con Alemania, e incluso dichas relaciones podrían mejorar cada día más» [35]. Razón por la cual, evidentemente,

---

[34] *Falsificateurs de l'histoire*, Moscú, 1948.

[35] Este documento, proveniente de los archivos de la Wilhelmstrasse, ha sido publicado por el State Department en la larga serie de intercambios amistosos que constelan las relaciones de Estados Unidos con Rusia a partir de la victoria común. Figura en la recopilación titulada *Nazi-Soviet Relations*, 1939-1941, Wáshington, 1948.

No habría sido necesaria mucha sagacidad para que los dirigentes occidentales comprendiesen hasta qué punto, en las condiciones políticas de la época, un acuerdo con Hitler resultaba, para Stalin, mucho más provechoso y natural que una alianza con ellas. Lo indica muy bien FABRE-LUCE: «Es muy posible que Stalin, cuando trató con Hitler en agosto de 1939, se haya sentido feliz de tomarse un desquite sobre las potencias occidentales que no lo habían invitado a la conferencia de Munich. Pero nada autoriza a pensar que jamás hubiese aceptado arriesgar la suerte del comunismo soviético en una tentativa de defensa de los capitalismos occidentales. Siempre los consideró como enemigos virtuales. Incluso en los peores momentos de la invasión alemana, no aceptó su ayuda, sino con reservas, y, con gran estupor por parte de Hopkins y demás

su principal colaborador, el ministro consejero Astájov, hacía a un diplomático francés, en el momento de la salida de Litvínov, las declaraciones que sabemos. Por la misma razón, el embajador de Francia, Robert Coulondre, informaba a su departamento de que, el 9 de mayo, un funcionario nacionalsocialista, muy próximo al Führer, le había dicho, refiriéndose a este cambio de la guardia moscovita: «Ya hubo tres divisiones de Polonia. Y bien, créame, usted podrá asistir a la cuarta» [36].

Las negociaciones germanorrusas empezaron inmediatamente después del discurso de Stalin, por intermedio del ministro de Bulgaria en Berlín, Dragonov, a quien Kandelaki decía aquello que el *vozhd* quería hacer saber a los alemanes. Estos, a su vez utilizaban, no a su embajador en Moscú, sino a algunos diplomáticos de segundo plano. El doble juego seguía en toda la línea, tras cortinas de humo cuidadosamente dispuestas. Así, el 8 de julio, Coulondre telegrafiaba al Quai d'Orsay, en el momento mismo en que las negociaciones anglo-franco-rusas entraban en su fase de pleno desarrollo: «El encargado de negocios de la URSS, a quien he visto ayer, me ha declarado del modo más categórico que no hay ningún trato político en curso entre Berlín y Moscú. Por lo demás—me ha dicho—, la política exterior soviética se desarrolla actualmente por el Kremlín con el mayor secreto, así que me resultaría difícil indicar con exactitud el punto de vista de Moscú en las negociaciones con Londres y París. Pero puedo afirmarle que con Berlín no está en curso conversación política alguna, ni siquiera oficiosa. En el plano comercial, continúan las negociaciones anunciadas por Mólotov en su discurso ante el Soviet supremo. Nosotros manifestamos una cierta reserva, mientras los alemanes se muestran muy insistentes...» [37].

Entre esos coloquios clandestinos —en los que nunca aparece una personalidad de primer plano—, aquél que puede considerarse como determinante del curso general de las negociaciones «en serio» tuvo lugar el 15 de junio de 1939, en Berlín, entre Astájov y Dragonov. Aquel día, el diplomático soviético expresó a su interlocutor búlgaro que «si Alemania declarase que no tiene la intención de atacar a la Unión soviética, o si concluyese con ella un pacto de no agresión, la Unión soviética renunciaría verosímilmente a concluir un tratado con Inglaterra» [38]. Poco a poco —demasiado lentamente a los

---

negociadores americanos, manifestaba más ansias de defenderse de ellos que de acogerlos.» *Op. cit.*

[36] *Livre Jaune Français 1939. Les antécédents du conflict,* París, 1939.

[37] Citado por G. Bonnet en *La fin d'une Europe.*

[38] *Nazi-Soviet Relations.* Este señor Astájov es el mismo que, en el momento de la salida de *papasha,* hacía las declaraciones tranquilizadoras que hemos reproducido. Debía estar dotado de una fuerte dosis de humorismo para conservar su seriedad ante el «papanatismo» de sus interlocutores franceses. Los pormenores del muy sutil doble

ojos de Hitler, que tenía prisa de concluir para poder desencadenar con el beneficio del elemento sorpresa su máquina militar contra Polonia, sin ninguna prisa por parte de Stalin que, puesto que Alemania se había decidido, quería aprovechar el tiempo para sacar el mayor número posible de ventajas—poco a poco se llegó a finalizar oficialmente las negociaciones, confiando su fase evolutiva a diplomáticos de mayor categoría. De suerte que cuando, el 15 de agosto, el conde von der Schulenburg, embajador de Alemania en Moscú, declaró a Mólotov que el Reich estaba «dispuesto a un acuerdo con la Unión soviética acerca del destino de Polonia», su interlocutor no dejó escapar la oportunidad para preguntarle si Alemania estaba pronta «para concluir con la Unión soviética un pacto de no agresión o una convención análoga» [39]. El día 20, Hitler dirigía un mensaje personal a Stalin en el que mostraba su acuerdo y proponía que una personalidad alemana responsable hiciera el viaje de Moscú sin tardar, «porque la tensión entre Alemania y Polonia se ha vuelto ya intolerable» [40]. El día siguiente Stalin contestaba afirmativamente y, el 22, Ribbentrop y su delegación salían para Moscú. El resto es conocido [41].

---

juego del compañero Ministro Consejero figuran, muy vivamente trazados, en la obra de PETER KLEIST, *Zwischen Hitler und Stalin,* que constituye un documento capital para el estudio de este período y de sus consecuencias políticas y militares en el Este. Ante la imposibilidad de conseguir esta obra en su texto original, he tenido que utilizar la versión francesa, que, por lo demás, parece excelente: *Entre Hitler et Staline,* París, 1953.

[39] *Nazi-Soviet Relations...*

[40] *Nazi-Soviet Relations...*

[41] El protocolo secreto agregado al pacto rezaba como sigue: «En ocasión de la firma del pacto de no agresión entre el Reich alemán y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, los dos plenipotenciarios abajo firmantes han examinado, en el curso de una conversación altamente confidencial, la cuestión de la delimitación de las esferas de influencia de cada parte en Europa oriental.

»Esta conversación llegó a las conclusiones siguientes:

»1. En el caso de un cambio político-territorial en los territorios pertenecientes a los Estados del Báltico —Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania—, la frontera norte de Lituania formará la línea de demarcación de las esferas de interés entre Alemania y la URSS. Las dos partes reconocen los intereses de Lituania sobre el territorio de Vilno.

»2. En el caso de un cambio político-territorial en los territorios pertenecientes al Estado polaco, las esferas de interés entre Alemania y la URSS serán delimitadas aproximadamente según la línea que sigue los ríos Narev, Vístula y San. La cuestión de saber si es deseable, en el interés de las dos partes, mantener un Estado polaco independiente, y cómo las fronteras de este Estado deberían fijarse, no podrá resolverse de manera definitiva, sino en el curso de los futuros desarrollos políticos. De todos modos, ambos gobiernos resolverán esta cuestión por vía de acuerdo amistoso.

»3. En lo que atañe a Europa sudoriental, la URSS subraya el interés que tiene por Besarabia. Alemania declara que no tiene ningún interés político en esta región.

»4. Este protocolo será puesto en aplicación por las dos partes de modo absoluta-

Con este pacto que le otorgaba aquello que, en última instancia, Francia e Inglaterra le hubieran permitido ocupar, pero sin poder jamás ayudarla en su empresa de captación, Rusia dispuso de un medio cómodo para realizar su programa de anexiones fuera de todo riesgo inmediato de guerra, puesto que los movimientos militares que ejecutó para ocupar la parte que le correspondió del territorio polaco no pueden considerarse como operaciones bélicas en el verdadero sentido de la palabra.

A partir del 17 de septiembre, cuando los alemanes habían aniquilado ya al ejército polaco, las tropas rusas, sin encontrar más que resistencias esporádicas, ocuparon todas las regiones de Polonia oriental comprendidas entre las fronteras de Ucrania y Rusia Blanca y la línea Curzon. Las pérdidas soviéticas fueron insignificantes —737 muertos y 1.862 heridos—, pero era lo suficiente para que Stalin, en contestación al telegrama que Hitler le dirigió, el 21 de diciembre de 1939, en ocasión de su sexagésimo cumpleaños, exaltara la amistad germanorrusa «cementada en la sangre» [42].

Así se revelaba claramente, a los quince días del comienzo de las hostilidades, la incoherencia de los pretextos con que Gran Bretaña y Francia habían entrado en la guerra; incoherencia vuelta más patente aún por la actividad de las cancillerías interesadas ante la partición de los rusos en el saqueo de Europa oriental. Al invadir a Polonia, Rusia cometía la misma acción por la que los altos jerarcas hitlerianos serán ahorcados, tras sentencia pronunciada por magistrados norteamericanos, ingleses, franceses y *rusos*. Pero ello sería adelantar demasiado.

El 28 de septiembre, como para sentar las bases «jurídicas» del cuarto reparto de Polonia, Mólotov y Ribbentrop volvían a reunirse en Moscú —conforme al protocolo secreto del mes anterior— y firmaban, igualmente con protocolo secreto anexo, un documento por el que el pacto de no agresión germanorruso se transformaba en pacto de amistad, declarándose al Estado polaco definitivamente «borrado» del mapa de las naciones. Una declaración común, difundida el mismo día señalaba la conveniencia de poner fin al estado de guerra existente entre Alemania, por una parte, Gran Bretaña y Francia, por otra, puesto que los pretextos que habían motivado esta guerra habían desaparecido. La parte final de la declaración subrayaba que, en el caso de que Francia e Inglaterra se negasen a restablecer la paz, «quedaría demostrado entonces que... llevan la responsabilidad por la prolongación de la guerra, en cuyo caso el Gobierno del Reich alemán y el Gobierno de la Unión de las

---

mente secreto. Moscú, 23 de agosto de 1939. Firmado: V. M. Mólotov, J. von Ribbentrop.»

[42] Telegrama *Tass*, con fecha 21 de diciembre de 1939.

Repúblicas Socialistas Soviéticas se consultarían acerca de las medidas que se haría necesario adoptar»[43].

Entretanto, las regiones ocupadas por el ejército rojo habían sido incorporadas a las repúblicas de Rusia Blanca y de Ucrania, ya que, según estadísticas soviéticas aceptadas con la mejor voluntad, aparecen un poco forzadas, la inmensa mayoría de sus habitantes era blancorruteña y pequeñorrusa. Digo un poco forzadas porque las cifras facilitadas por la Cruz Roja polaca revelan que 1.500.000 personas, sospechosas desde el punto de vista político —es decir, étnicamente polacas— fueron deportadas a la Unión soviética a partir del 17 de septiembre de 1939[44].

---

[43] París y Londres rechazaron esta propuesta de paz exactamente por los mismos motivos que les impidieron considerar a Rusia como agresora de Polonia, concediéndole el mismo título que a Alemania. Esta guerra era incoherente desde su comienzo, pero había que seguir haciéndola —*a Alemania*—, porque así lo decidieron personajes muy poderosos. «La entrada de las tropas soviéticas en Polonia señala un primer rodeo... El ministro británico de Información asegura que «todo» estaba previsto. Pero Kérillis contesta con petulancia: *La guerra perdió su pretexto.* Y las bolsas de valores, esos San Juan Crisóstomo, bajan porque se empieza a prever una guerra corta. En Nueva York, en Buenos Aires, en ese 17 de septiembre, los especuladores cenan con menor apetito y niegan una joya a su esposa; se producen depresiones nerviosas provocadas por la amenaza de paz. En París, esta segunda forma de la traición rusa deprime de nuevo a la opinión pública. Sin embargo, la Unión soviética sigue proclamándose neutral y no nos atrevemos a romper con ella. Ante la mirada del mundo, aplicamos, pues, dos pesos y dos medidas a los coparticipantes. Nuestro tratado con Polonia consideraba un agresor anónimo: le damos un nombre después de la agresión. Dicho tratado protegía la integridad del territorio polaco; ahora, de este territorio, no garantizamos más que la mitad. Ante el hecho consumado, nuestros designios de guerra empiezan a transformarse», A. FABRE-LUCE, *Journal de la France, 1939-1944,* Bruselas, 1946.

[44] Al terminar las hostilidades en 1945, fuera de los 200.000 hombres útiles, a los que, tras presión ejercida por Churchill y Roosevelt, el general Anders había sido autorizado a hacer salir de Rusia para incorporarlos al ejército polaco en formación en el Medio Oriente, y de los 100.000 con que los rusos formaron el «ejército de liberación» dependiente del Comité títere presidido por Bierut, solamente unos pocos millares de esos deportados habían vuelto a aparecer. Acerca de los demás, cuyo número, pues, supera ampliamente el millón, disponemos únicamente de los muy escasos testimonios, provenientes de los «escapados del infierno». Si nos atenemos a lo que sabemos de los métodos utilizados por los soviéticos para resolver los problemas suscitados por minorías nacionales o grupos sociales difíciles de integrar, lo más probable es que la mayor parte haya fallecido en el curso de ejecuciones en masa y a consecuencia de los malos tratos recibidos en los «campamentos de reeducación por el trabajo» del círculo polar ártico y de Asia central y septentrional. Aquí nos toca hablar del siniestro asunto de Katyn.

Cuando la ocupación de Polonia, la atención de Stalin se había polarizado en el ejército polaco con la convicción de que resultaría imposible obtener la colaboración de sus supervivientes y que —puesto que su propósito era «reintegrar a la madre patria» los territorios ocupados— el único medio para volver menos laboriosa esa reintegración

Inmediatamente después de la firma del pacto de amistad del 28 de septiembre, las repúblicas de Letonia, Estonia y Lituania tuvieron que ceder bases militares, aéreas y navales al Gobierno soviético, que, sin tardar y pese a las estipulaciones suscritas con los Gobiernos locales, se había inmiscuído en los asuntos internos de estos países. En la primavera del año siguiente las tres repúblicas eran incorporadas a la URSS y transformadas en repúblicas soviéticas federadas. Y, como en la Unión soviética todo tiene que sustentarse en bases jurídicas y constitucionales firmes, plebiscitos —«triunfales», por supuesto— precedieron a esta incorporación, en la que el entonces «delfín» de Stalin, Andrei Zhdánov, asesorado por Lavrentiy Beriia, vino a representar el papel «persuasivo» que se puede adivinar.

---

consistía en eliminar el foco de oposición irreductible representado por la oficialidad.

En el otoño de 1941, la zona de Smolensko cayó en manos de los alemanes. Los habitantes de la región les informaron de que numerosas ejecuciones habían sido llevadas a cabo en el comienzo de marzo de 1940 en la zona boscosa de Katyn. Excavaciones que duraron hasta marzo de 1943 permitieron encontrar finalmente siete fosas de 80 metros por 70, de las que se extrajo a 7.000 cadáveres vestidos con uniformes del ejército polaco y, en el 70 por 100 de los casos, portadores de documentos de identidad. Una comisión internacional —compuesta por médicos de la Cruz Roja Internacional, alemanes, belgas, polacos, croatas, búlgaros, finlandeses, daneses, checos, suizos, franceses, españoles, suecos, noruegos, italianos y holandeses—, tras identificar al 70 por 100 de los cuerpos examinados, concluyó que la matanza había tenido lugar en marzo y abril de 1940 y que la causa de la muerte debía atribuirse a disparos en la nuca. Todos los cadáveres tenían las manos atadas a la espalda.

El gobierno polaco de Londres, presidido por el general Sikorski, jamás puso en duda la autenticidad de estas conclusiones y pidió a la Cruz Roja Internacional una investigación que permitiera llevar los hechos ante la opinión pública mundial. Inmediatamente, el gobierno de Moscú rompió las relaciones diplomáticas con él. Londres y Wáshington que, entonces, no querían hacer al «noble aliado ruso» *nulle peine même légère,* se negaron a oír hablar de Katyn y ayudaron incluso a la difusión de la tesis rusa, según la cual estos hechos se debían atribuir a los alemanes. Pero, desde entonces, muchas cosas tuvieron ocasión de cambiar y, a comienzos de 1951, la Cámara de Representantes de Estados Unidos designó una comisión con el encargo de recoger todos los informes que fuera posible reunir aún acerca de este asunto. Dicha comisión empezó por interrogar a cada uno de los miembros de las delegaciones médicas a los que pudo alcanzar, formulándoles las preguntas siguientes: «1.° Su opinión, hoy, ¿es la misma que hace nueve años?; 2.° En aquella oportunidad, usted u otros miembros de la delegación, ¿tuvieron que sufrir presiones directas o indirectas?».

Solamente el delegado búlgaro, profesor Markoff, por razones que se comprenderá al saber que seguía residiendo en Sofía, contestó negativamente a la primera pregunta, afirmativamente a la segunda. Todos los demás ratificaron su dictamen de 1943, incluso los profesores Naville, suizo; Costedoat, francés, y Palmieri, italiano, que en 1944-1945 habían sufrido presiones por parte de los grupos de extrema izquierda de sus países respectivos. La obra de consulta es: *El crimen de Katyn a la luz de los documentos,* México, 1952.

En el mismo otoño de 1939, y una vez afianzadas sus posiciones estratégicas en el Báltico, desde Reval hasta Libau, el Gobierno soviético exteriorizó reivindicaciones de la misma naturaleza a expensas de Finlandia. Cierto es que las relaciones entre ambos países nunca habían sido satisfactorias desde que, en 1917, el antiguo gran ducado llegó a transformarse en Estado independiente; si bien es lícito considerar, como bastante extraño, que una nación de ciento ochenta millones de habitantes haya tenido motivos de queja tan prolongados contra un país cuarenta y cinco veces menos poblado. Como es obvio, la cuestión reside en otro motivo: la frontera finlandesa se encontraba a menos de ochenta millas de Leningrado y, a causa de esta situación, la famosa «ventana sobre Europa», abierta por Pedro el Grande, tenía que permanecer cerrada una buena parte del año. Tal es la razón por la que las exigencias soviéticas del otoño de 1939 comprendían una parte del istmo de Carelia y el arrendamiento del puerto de Hangoe, de modo a hacer posible, por el completo dominio del golfo de Finlandia, el acceso permanente de Rusia al mar abierto.

Los finlandeses, cuya vida en la sociedad mundial mereció estimaciones y que, desde la conquista de su independencia, vinieron concibiendo sus relaciones con los demás países con un estilo poco corriente, entre las dos guerras, de la lealtad internacional, rechazaron categóricamente el ultimátum soviético. En diciembre, las hostilidades empezaban.

Al comienzo, los acontecimientos bélicos fueron desfavorables a los rusos, y el mundo pudo asistir, maravillado, a la epopeya de un pequeño ejército de cien mil hombres que, bajo el mando del mariscal de Mannerheim, se oponía, paso a paso, a la avalancha de medio millón de combatientes, dirigidos por el propio Comisario de Guerra, mariscal Voroshílov

Esta fué la única oportunidad que, después del pacto Hitler-Stalin y la división de Polonia, hubiera permitido a Francia y a Inglaterra tomar la iniciativa en una guerra que ellas mismas habían declarado. En los hechos, Rusia era la aliada de Alemania y, puesto que resultaba azaroso intentar una ofensiva frontal contra la línea Siegfried, atacar al Reich en la persona de su aliado hubiera ofrecido un medio excelente para alcanzarlo en su flanco más débil. Este es uno de los factores básicos de toda buena estrategia. Era evidente, por otra parte, que la resistencia heroica de los finlandeses no podía prolongarse muchos meses más, porque, como subraya tan justamente Fabre-Luce, todo sucedía como si los soldados de Mannerheim estuviesen demostrando cómo «un pequeño ejército puede, a fuer de heroico, ganar tiempo para que un gran ejército acuda a darle la victoria» [45].

Los aliados no deseaban intervenir a favor de Finlandia porque no po-

[45] A. FABRE-LUCE, *Op. cit.*

dían. Y no podían porque no tenían tropas, ni armamentos, ni aviación suficientes para sus propias necesidades. Se permitió solamente que algunos voluntarios se alistasen, y éstos lo hicieron incluso a sus propios riesgos, ya que los gabinetes de Londres y de París no querían romper con Moscú. De esta suerte, en Francia y en Inglaterra, fuera de algunos centenares de voluntarios, únicamente se registró mucho entusiasmo verbal por la pequeña república del Norte; organizándose fiestas muy lujosas a beneficio de sus heridos, y, finalmente, enviaron algunos millares de fusiles (modelo 1874) puestos fuera de servicio desde la primera guerra mundial [46].

A comienzos de 1940 —el 13 de marzo—, los finlandeses, que habían salvado el honor sin merecer el menor apoyo efectivo por parte de sus *supporters* occidentales, amenazados, además, por una intervención alemana destinada a impedir que la prolongación excesiva de las operaciones permitiera —quizás— la apertura de un frente escandinavo por los francoingleses, cuyos elementos más «dinámicos» habían llegado a confundir la inactividad germánica en el frente del oeste con la «impotencia militar» de la que hablaban los periódicos más autorizados de París y de Londres, los finlandeses, pues, tuvieron que ceder ante los rusos. Pero éstos, antes de imponerles sus condiciones, habían tirado por la borda al gobierno del comunista finlandés Kuusinen, constituído el 26 de noviembre anterior en Moscú para el caso de una victoria rápida.

Entonces la prensa de Londres y de París —léase, por ejemplo, los editoriales publicados en aquella oportunidad por *Figaro, Paris-Soir, Yorkshire Post*— tuvo la nobleza de desaprobar a Finlandia, afirmando que si llega a resistir dos semanas más, hubiera permitido al grupo francoinglés convencer a los suecos y a los noruegos para que concedieran a un cuerpo de ejército occidental —ya listo— el libre tránsito a través de su territorio. Al mismo tiempo, el señor Daladier, jefe del gobierno francés, afirmaba ante la Cámara de Diputados que este cuerpo expedicionario no había podido salir porque los gobiernos de Estocolmo y de Oslo se negaron a dejarlo pasar, y que, cuando se emprende una guerra en nombre del Derecho, no se puede violar dicho Derecho bajo ningún pretexto. Mas el señor Daladier se equivocaba —o fingía equivocarse—, porque Suecia y Noruega, al rechazar la solicitud de libre tránsito, habían transgredido el estatuto de la Liga de las Naciones, que, en su artículo 16,

---

[46] Para que su memoria reciba un justo homenaje, consigno aquí los nombres del general Clément-Grandcour, a quien el mariscal Mannerheim confió el mando de este cuerpo voluntario, y del periodista Jean Fontenoy, su jefe de Estado Mayor, ambos franceses.

Por lo demás, ¿por qué haber intervenido en Noruega y no en Finlandia, puesto que las condiciones eran las mismas? En el primer caso se trataba de combatir contra Rusia; en el segundo contra Alemania. La respuesta es obvia...

preveía que todos los países signatarios estaban obligados a conceder el pasaje a través de su territorio a las tropas de la seguridad colectiva. Y es que: 1.°, no existían medios suficientes para crear un cuerpo expedicionario capaz de llevar a cabo una campaña difícil, como habrá de revelarlo algunos meses más tarde la desastrosa expedición de Narwick; 2.°, el mismo artículo 16 establecía que, en caso de agresión, es deber de las potencias «romper inmediatamente todas las relaciones comerciales o financieras» con el «Estado que ha violado el Pacto». Y esto era lo que el partido ruso de Londres y de París no querían [47].

Cuando, el 13 de marzo de 1940, los finlandeses firmaron con sus enemigos el tratado por el que hubieron de ceder el istmo de Carelia, Hangoe y la ciudad de Viipuri, no tuvieron otra compensación que la mínima satisfacción de haber visto a la Sociedad de las Naciones echar de su seno a la Unión soviética, «Estado que ha violado el pacto», y esta otra más evidente: haber puesto fuera de combate a doscientos mil rusos [48].

* * *

La diplomacia germánica había intervenido en Helsinki, mucho más para evitar que el andar del tiempo trajera consigo una extensión de las hostilidades que por simpatía por el compinche del 23 de agosto, cuya voracidad territorial empezaba a crear intranquilidad en los círculos políticos berlineses. Ya que, en verdad, para Alemania, la derrota de Finlandia significaba pérdida de prestigio en el Báltico. Por ello, a partir de este momento, las relaciones entre Berlín y Moscú han de tender, casi de manera constante, a hacerse tirantes, y parece seguro que, ya en los primeros meses de 1940, Hitler había decidido

---

[47] Por partido ruso en Londres y en París, no me refiero a las secciones vernáculas del *Komintern* (la inglesa era prácticamente inexistente y la francesa había sido puesta fuera de la ley por Daladier), sino del partido rusófilo, que se reclutaba en todos los sectores políticos y del que formaban parte, en lo que hace a Inglaterra, laboristas de procedencia oxoniana y «jóvenes turcos» del partido conservador; y, en lo que hace a Francia, numerosos elementos del centro izquierda sin olvidar la *suite* de Paul Reynaud, niño mimado de las derechas republicanas, antes de pasar a ser el de la derrota.

[48] Cifras proporcionadas por Mólotov en su discurso del 29 de marzo de 1940, en el que revelaba, además, que Londres, al mismo tiempo que hablaba de enviar un cuerpo expedicionario a Finlandia, ofrecía su mediación a la URSS.

Las pérdidas finlandesas fueron de 24.923 muertos, desaparecidos y fallecidos a consecuencia de sus heridas, y de 43.557 heridos recuperados, sobre efectivos que nunca superaron los 200.000 hombres. El mariscal de Mannerheim es quien proporciona estas cifras, consideradas como oficiales por el gobierno de Helsinki, en sus *Memorias* (he utilizado la versión francesa, editada en París en 1952). Estos recuerdos constituyen una obra de lectura apasionante que, en estos tiempos de pacifismo lacrimoso, muestra que la carrera de las armas es uno de los pocos medios que quedan a la especie para demostrar que no se envileció aún totalmente.

esperar la primera oportunidad para romper el pacto de agosto y llevar las hostilidades hacia el Este. Pero, antes de aprovechar esa primera oportunidad, se hacía preciso liquidar el frente occidental para evitar el albur de una guerra simultánea en dos frentes.

La campaña de Francia —cuyos triunfos fueron saludados por telegramas de calurosas felicitaciones por parte de Mólotov y de Stalin— señala, precisamente, el punto máximo de la amistad germanosoviética, punto a partir del cual las relaciones entre ambos países han de deslizarse paulatinamente hacia la ruptura.

En junio de 1940, alentada por los resultados hasta entonces positivos de su «colaboración» con Alemania, la Unión soviética había obligado a Rumania a cederle Besarabia y Bucovina, a las que, el 2 de julio, incorporó mancomunadamente con el nombre de República Socialista Federada de Moldavia. Casi todo esto figuraba en el protocolo secreto de Moscú. Sin embargo, Berlín comprendía muy bien que, a partir de este momento, los apetitos moscovitas iban a extenderse más allá del Danubio, con el designio de sustituir la influencia de Alemania y de Italia en los Balcanes y de Inglaterra en Turquía por la rusa. Ahora bien, en los Balcanes, Hitler quería admitir solamente a Italia, del mismo modo que aspiraba a ser el único reemplazante de los ingleses en Ankara. Se puede decir, pues, que, a partir de la caída de Francia, Hitler y Stalin empezaron a considerarse como Napoleón y Alejandro después de Tilsit. Se hacía evidente, en efecto, que las zonas de influencia respectivas, previstas en Moscú el 23 de agosto de 1939, tendían a ampliarse cada una a expensas de la otra. Pero no menos cierto es que si Alemania pagaba un precio elevado por su seguridad en el Este, la ayuda económica rusa le permitía hacer frente con mayor holgura al bloqueo inglés. Seguramente estaba aproximándose el momento en que, por ser complementarias las economías de ambos países, como habían dicho los «círculos generalmente bien informados» de la capital francesa en vísperas del pacto de Moscú, Alemania iba a intentar aprovechar totalmente esta complementariedad.

Obligada a aceptar sin moverse la operación de Besarabia y Bucovina, Alemania, de acuerdo con Italia, regularizaba la cuestión de Transilvania, entregando esta provincia a Hungría; pero, al mismo tiempo, otorgando su garantía a Rumania para el conjunto territorial que le quedaba, maniobra cuyo propósito era levantar una barrera infranqueable ante las aspiraciones balcánicas del Kremlín.

Más precisa aún fué la conclusión del pacto tripartito, firmado el 27 de septiembre de 1940 entre Alemania, Japón e Italia [49]. Más precisa y, sobre todo, más grave, porque, en un eventual reparto del mundo eurasiático, Rusia que-

[49] Que había declarado la guerra a Francia y a Inglaterra el 10 de junio de 1940.

daría reducida a un papel tanto más pasivo cuanto que, en el caso de una derrota de Inglaterra, se quedaría sola ante el cerco constituído por el Reich y el Tenno. En contestación, Moscú firmaba un pacto de amistad con China en un gesto que significaba el propósito de no dejar al Japón las manos libres en el continente asiático.

El 12 de noviembre, Mólotov llegaba a Berlín y, hasta la noche del día siguiente, sostenía conversaciones prolongadas con Ribbentrop y con Hitler. No se sabe con exactitud cuál fué el tema concreto de estas conversaciones, pero existe un documento importante —que figura entre las piezas de los archivos alemanes publicadas por el Departamento de Estado— que constituye la contestación del gobierno soviético a las proposiciones alemanas. Es evidente que, en este documento, los ofrecimientos germánicos del 12 y 13 de noviembre han sido ampliados por los rusos y que, incluso, una vez pasados por tinta soviética, se los puede considerar como contrapropuestas. Según el texto modificado por la diplomacia moscovita, Rusia aceptaba adherirse a los principios del «Orden Nuevo» a cambio del reconocimiento del «espacio al sur de Batum y de Bakú en dirección al Golfo Pérsico como centro de gravedad de las aspiraciones soviéticas», de concesiones para el libre tránsito de su flota de guerra por los Estrechos, de la imposición a Turquía de su adhesión al pacto tripartito, y del abandono por los japoneses de sus concesiones petrolíferas y carboníferas de la isla de Sajálin. Se ignora si hubo respuesta alemana [50].

Los primeros meses de 1941 señalan el tránsito, por amor o por fuerza, de las naciones balcánicas a la órbita del Orden Nuevo. Después de Hungría, Eslovaquia y Rumania, suena la hora de Yugoslavia que, después de haber firmado el pacto tripartito el 25 de marzo, se levanta por obra de los elementos pro occidentales de sus fuerzas armadas, agrupadas alrededor del joven rey Pedro, y que, invadida al mismo tiempo por Grecia, el 6 de abril, tiene que capitular. La víspera, Rusia había firmado con ella un pacto de amistad, lo que no la impide expulsar a sus representantes en Moscú cuando cree conseguir con ello el beneplácito de Hitler. Bulgaria es la última nación balcánica que estas circunstancias determinadas por la rivalidad germanorrusa obligan a alistarse bajo las banderas del Eje.

Esta ocupación apresurada de los Balcanes constituye una medida de protección contra el apetito ruso, pero se trata de una medida a todas luces insuficiente, por cuanto las fuentes principales del abastecimiento alemán, por ser fuentes rusas, permanecen en manos rusas, lo que sigue manteniendo a Hitler a la merced de Stalin. En menos de dos años, las condiciones especificadas en la base del pacto del 23 de agosto habían cambiado radicalmente. Los datos fundamentales de la complicidad germanorrusa, la relación de fuerza entre ambas

[50] *Nazi-Soviet Relations.*

potencias se habían transformado de modo tan absoluto, que los imperialismos, política e ideológicamente inconciliables, que una y otra encarnaban, habían llegado al contacto directo.

Stalin quería estirar más aún el período de tranquilidad que su pacto con Hitler le había proporcionado. Aprovechando la oportunidad que, con su viaje a través de Europa, le brinda Matsuoka, ministro de Relaciones Exteriores del Japón, firma con él, el 13 de abril de 1941, un pacto de no agresión que, de ser respetado por su interlocutor asiático, le ofrece la ventaja inapreciable de quitar todo automatismo, en lo que a Rusia hace, al juego militar del pacto tripartito. Con este pacto, en efecto, Tokío promete su neutralidad a Moscú que, así, asegurado su frente oriental, puede consagrar su atención enteramente a los acontecimientos del Oeste. La tensión aumenta, y es fácil prever que la guerra, que se encuentra en el final del camino abierto el 23 de agosto de 1939, está a punto de estallar [51].

Moscú lo sabe, aun cuando lo niegue. Toma medidas destinadas a apaciguar a su contrincante de mañana —como la expulsión de los diplomáticos de las naciones ocupadas por Alemania—, en el intento de quitarle todo pretexto de agresión; publica comunicados que, como el del 13 de junio, acusan a las potencias ocidentales de lanzar rumores infundados acerca de «pretendidos movimientos de tropas alemanas en el Este», calificándolos de «producto torpe de la propaganda de las fuerzas enemigas de la URRS y de Alemania, fuerzas interesadas en la extensión de la guerra» [52].

Pero Berlín no contesta porque el OKW está dando los últimos toques al plan de campaña, la *Operación Barbarroja,* que, según las instrucciones del Führer, ha de entregar en pocas semanas a Alemania las fuentes rusas de abastecimiento.

Y, el 22 de junio de 1941, al alba, la *Wehrmacht* irrumpe a través de las fronteras soviéticas, dando comienzo a la mayor guerra de la Historia.

Automáticamente, la Unión soviética entraba en el campo democrático que, desde que lo «traicionara» —veintiún meses y veinticinco días antes—, había sufrido no pocas modificaciones.

---

[51] El autor de estas líneas, entonces corresponsal de la Oficina Francesa de Información en Madrid, avisó a su dirección en los últimos días de mayo de la inminencia de operaciones militares alemanas contra la Unión soviética. Le fué notificado, con una nota severísima, que ponía en duda su seriedad profesional, que debía ceñir su actividad a la escueta relación de los hechos debidamente registrados y de «cuidarse contra la tentación de profetismo».

[52] Comunicado *Tass,* con fecha 13 de junio de 1941.

CAPÍTULO XV

TODOS LOS CAMINOS LLEVAN A STALIN

De la Carta Atlántica a Pearl Harbor — El dilema rooseveltiano: guerra y reelección — Los comunistas en los Estados Unidos — La infiltración roja en los sindicatos — De Roosevelt a Stalin por Sidney Hillman — Primera aparición de Alger Hiss — La primera campaña de Rusia y los designios nacionalsocialistas — De Bismarck a Hitler, o evolución política de los alemanes — Ejército y partido — Los alemanes del Báltico, de Alfonso von Berg a Alfredo Rosenberg — Desintegración del frente soviético — La colaboración germanorrusa, grandezas y miserias — Stalin y la Unión Sagrada — Causas reales de la resistencia rusa — Nuevos aspectos de la sociedad soviética

El 15 de agosto de 1941, esto es, menos de dos meses después del comienzo del conflicto germanorruso, las agencias de prensa anunciaban que Roosevelt y Churchill se habían encontrado en alta mar, en las proximidades de Terranova, y allí redactaron una declaración común que, pronto, se hizo famosa con el nombre de Carta Atlántica; aunque nadie, en ningún momento, haya sido capaz, desde entonces, de precisar el significado de su contenido real. Algo que no se supo en aquella oportunidad fué que Roosevelt, incitado por el Premier británico que veía en la acción nipona sobre la Indochina francesa un peligro para Singapur y la India, había entregado al embajador del Tenno a su vuelta de Wáshington una nota que, con mucha justicia, puede considerarse como un ultimátum, cuyo efecto llegó a persuadir a los japoneses de la necesidad de acelerar sus preparativos de guerra [1].

---

[1] He aquí el texto de esta nota, tal como figura en las *Memorias* de CORDELL HULL, Secretario de Estado norteamericano durante casi toda la administración rooseveltiana: «Si el gobierno nipón, al perseverar en la acción que ha emprendido, intentara nuevos actos para posesionarse, mediante el empleo de la fuerza, del dominio político militar del área del Pacífico, el gobierno de los Estados Unidos se vería obligado a adoptar aquellas medidas que parezcan necesarias a su propia seguridad; no se puede excluir la posibilidad de que tales medidas desemboquen en un conflicto entre ambas naciones». CORDELL HULL, *Memoirs*, Londres, 1948.

Semejante «provocación» surtió rápidamente sus efectos. Como denuncia el almi-

El 7 de diciembre de 1941, a consecuencia del ataque contra Pearl Harbor, Estados Unidos entraba en la guerra con todo su potencial económico e industrial. Que era exactamente aquello que Stalin necesitaba para emprender su camino hacia la «democracia» y evitar el del exilio o de la calle Lubianka.

Aquí se nos hace necesario abrir un largo paréntesis —un paréntesis americano—, porque la entrada de Estados Unidos en el conflicto repercutió tan hondamente en el curso de las hostilidades en que los rusos estaban empeñados, su participación en la «cruzada» contra Alemania asumió desde el comienzo particularidades ideológicas tan complejas, que es imprescindible examinar con algún detenimiento los aspectos más salientes de la política interior rooseveltiana si queremos comprender el carácter verdadero de la extraña alianza que aunó durante cuatro años a los rusos y a los norteamericanos.

En el momento de la invasión de Polonia, la opinión pública media, en los Estados Unidos, era casi unánimemente hostil a toda postura política que, tarde o temprano, hubiera podido significar la entrada de la nación en el conflicto. Pero esta unidad no se repetía en los círculos dirigentes, porque, mientras «muchos hombres políticos americanos eminentes estimaban que los Estados Unidos hubieran debido acudir sin tardar en ayuda de los aliados, incluso a riesgo de verse envueltos en el conflicto, otros pensaban en ayudarlos simplemente, pero sin entrar en la guerra; y otros, por fin, eran contrarios a semejante ayuda por pensar que habría de arrastrar inevitablemente al país a la contienda» [2].

Lo que hay que retener aquí es que, si en septiembre de 1939 el ochenta y tres por ciento del pueblo americano se manifestaba contrario, según sondajes efectuados por el Instituto Gallup, a una entrada en el conflicto, ello no había debido cambiar sensiblemente en el momento de la caída de Francia, puesto que, a finales de octubre de 1940, el presidente Roosevelt, en un discurso pronunciado en Boston, afirmaba solemnemente: «Yo os digo, padres y madres, que vuestros hijos jamás serán enviados a luchar en una guerra extranjera. Os lo digo ahora y nunca me cansaré de repetirlo». Y, en efecto, lo repitió en no pocas oportunidades, hasta la agresión de Pearl Harbor, incluso en el momento de la invasión de Rusia por los alemanes.

---

rante R. A. THEOBALD, en *The Final Secret of Pearl Harbor* (Nueva York, 1954), Roosevelt, perfectamente enterado de los propósitos japoneses —gracias a la posesión casual de su clave— dejó que lo realizasen «a fin de sacudir la conciencia americana» que no quería oír hablar de participación en el conflicto.

[2] J. T. FLYNN: *The Roosevelt Myth*, Nueva York, 1947 (he utilizado la versión italiana publicada en Milán en 1949 con el título *Il mito di Roosevelt*). Se trata de una obra importante, muy polémica, pero no por ello menos fundamentada. Con respecto al estado de la opinión pública yanqui antes de Pearl Harbor, ver la obra de ROBERT TAFT: *A Foreign Policy for Americans*, Nueva York, 1951.

No obstante estas declaraciones, el presidente andaba buscando desde septiembre de 1939 la ocasión para incitar al pueblo americano hacia una ayuda militar activa a los aliados, esto es, el de una participación efectiva en la guerra. Nos lo revela el profesor Thomas A. Bailey, partidario incondicional de la política rooseveltiana, cuando escribe: «Es indudable que Roosevelt engañó repetidas veces al pueblo americano durante el período que precedió a los hechos de Pearl Harbor... Un terrible dilema lo angustiaba: si permitía que el pueblo siguiese meciéndose en la somnolencia del aislacionismo, un brusco despertar acompañaría la transformación de América en futura presa para Hitler; si se declaraba abiertamente favorable a la intervención, corría el riesgo de salir derrotado en las elecciones de 1940» [3]. Razón por la cual, después de su reelección, siguió presionando a la opinión pública con su tesis de la inevitabili-

---

[3] J. T. FLYNN, *Op. cit.*, es quien cita al prof. Bailey. Tanto cinismo electoral belicista corta literalmente el soplo. En cuanto a ese «América presa de Hitler», en 1957, no se ve claramente aún cómo un Führer, vencedor en Europa, hubiera hecho para adueñarse de Estados Unidos. Con respecto a este término del dilema rooseveltiano, Robert Taft escribía: «La única justificación de nuestra entrada en la guerra descansaba en la afirmación de que Hitler, en caso de victoria, atacaría a los Estados Unidos. Mi opinión era que semejante ataque estaba destinado al fracaso, con tal de que constituyéramos una fuerza defensiva suficiente y, particularmente, una marina poderosa. El mismo presidente Roosevelt declaraba el 6 de enero de 1941: *Incluso si no hubiese marina británica no sería probable que un enemigo fuese bastante estúpido para atacarnos, desembarcando tropas en los Estados Unidos a través de miles de kilómetros de océano hasta poder adquirir bases estratégicas a partir de las cuales operar.*

»¿Cómo hubiera podido adquirir semejantes bases si nos dábamos una marina suficiente? Semejantes bases no hubieran podido conquistarse más que con la ayuda de una superioridad aplastante sobre el mar y en los aires, análoga a la que hemos adquirido hoy en el Pacífico. Hitler no es quien la hubiera tenido.» *Op. cit.* El mismo Taft reconocía que la situación es muy diferente con el comunismo que con el nazismo. *El 25 de junio de 1941*, subrayaba en el curso de una declaración radiodifundida: «... la victoria del comunismo, en el mundo que rodea a América, sería mucho más peligrosa para Estados Unidos, desde el punto de vista ideológico, que la victoria del fascismo. Nunca existió el mínimo peligro que el pueblo de este país se convirtiese al *budismo* o al nazismo. Estas ideas son perfectamente extrañas a todas las que se nos inculcó desde nuestra pequeña infancia. Pero el comunismo se disfraza, a menudo con éxito, bajo la máscara de la democracia, aunque sea tan ajeno a nuestros principios reales como el mismo nazismo. Constituye un peligro mayor para Estados Unidos porque se sustenta en una filosofía falsa, seductora para muchos. El fascismo, en cuanto a él, es una filosofía falsa que tan sólo podría seducir a una ínfima minoría».

Ello significa que si el comunismo, por razones de índole *estratégica* que estudiaremos más adelante, razones que nunca hubieran podido existir en el caso del nazismo, se ha transformado en peligro mortal para Estados Unidos, éste hubiera podido esperar la aparición de este peligro real hasta que se concretara antes de afrontar un peligro, para él, inexistente. Tal, por lo menos, el punto de vista del finado senador Robert Taft.

dad de la guerra, a pesar de que los electores le hubiesen entregado, por tercera vez, la dignidad presidencial sobre un programa de no participación en el conflicto. Esta presión —que, por supuesto, se ejercía cautamente— llegó a su punto máximo cuando el estallido de las hostilidades germanorrusas hubo proporcionado al presidente los elementos básicos necesarios para la elaboración y la puesta en marcha de un gran designio político, madurado desde su llegada al poder: la transformación de Rusia soviética en auténtica democracia y la utilización de Stalin para la introducción en su país de los ideales demoliberales, tal como puede concebirlos un ciudadano yanqui deseoso de hacer al mundo entero partícipe de su felicidad.

Una confirmación de este propósito y, sobre todo, de que Roosevelt lo alimentaba ya antes del pacto Hitler-Stalin, podemos encontrarlo en los recuerdos de Joseph Davies, quien escribe, con fecha *18 de julio de 1939*, al término de un coloquio con el presidente: «Roosevelt me ha dicho que ha rogado a Umanskiy, embajador de los *sovieti*, que salía para Moscú, que dijera a Stalin que si su Gobierno se aliaba con Hitler, estaba tan seguro como dos y dos hacen cuatro, de que Hitler se volvería contra Rusia en el momento mismo de la conquista de Francia. Me dice que lo manifieste a Stalin y a Mólotov cuando pueda» [4]. Aunque los testimonios de Joe Davies están sujetos a caución en razón de su casi total irresponsabilidad política y que llame extraordinariamente la atención de que un hombre dotado de inteligencia mediana como Roosevelt haya previsto con tanta seguridad el pacto de Moscú y la derrota de un país que, por otra parte, empujaba a empuñar las armas contra Alemania, el hecho de que los herederos de F. D. R. no los hayan desmentido debe servirnos de garantía.

Según sus mismos colaboradores, no parece que el presidente Roosevelt haya apoyado jamás su acción política en una ideología muy segura. Vagamente cristiana, vagamente masónica, vagamente anticapitalista, vagamente dirigista, su concepción del mundo, nebulosa e indefinible, hacía de él un hombre abierto a todas las influencias a condición de que se presentaran, vagamente, a la sombra de los principios democráticos, y le parecieran útiles mucho más necesario esta vez, para extender su popularidad entre las masas electorales; porque el único arte que supo practicar de manera insuperable fué el de hacerse reelegir.

Ahora bien, en el momento de su elección en 1933, Roosevelt tuvo que hacer frente a una situación social muy grave, determinada por la presencia en el cuerpo político americano de doce millones de individuos sin trabajo, lo cual, por encima de todos los conceptos de escuela, llegaría a procurarle

---

[4] J. Davies: *Mission to Moscow*; Nueva York, 1943.

cierto barniz de filosofía práctica. Mas, al no contar con ningún conocimiento personal de las necesidades y condiciones reales del mundo del trabajo, necesitaba buscar sus motivos de acción allí donde existían, es decir, en las organizaciones sindicales.

En aquella época, en los Estados Unidos, existían tres grandes organizaciones obreras: la Unión de los Mineros (UMW), de John Lewis; la Unión Internacional de los Trabajadores del Vestuario Femenino, de David Dubinsky, y el Sindicato de la Confección, de Sidney Hillman. Existían, además, numerosas asociaciones o hermandades sindicales cuyo propósito era meramente local o, para hablar en lenguaje sindicalista, vertical, contrariamente a las tres organizaciones citadas, cuyos dirigentes alimentaban, si me atrevo a decir, designios de «horizontalización» tendentes a incluir a todos los trabajadores del país, sin excluir, en algunos casos, una colaboración activa con los sindicatos extranjeros, es decir, en suma, una proyección del plano sindical al socaire de una preocupación política. Esto era exactamente aquello que Roosevelt necesitaba. De este modo, tras invitación suya, Lewis, Dubinsky y Hillman se agruparon en una asociación única, el Congreso de Organizaciones Industriales, o CIO, con un total de un millón de inscritos frente a los tres millones de trabajadores que se habían negado a entrar en una organización fiscalizada por el Estado; defección pronto compensada, por lo demás, por la adhesión de otros varios millones de obreros que, hasta entonces, no habían querido oír hablar de sindicatos, pero que, ahora que el Gobierno federal metía mano en el asunto, renunciaban a sus viejas repugnancias por efecto del espejismo suscitado por un Estado Providencia dispuesto a brindarles su protección. Los disidentes, o sindicalistas puros, quedaron agrupados en la Federación Americana del Trabajo, o AFL. Aquí es donde los comunistas entran en acción.

En 1934, Moscú cursó orden a los dirigentes comunistas de la *Trade Union Unity League* de disolverse y de adherirse a la AFL con la misión específica de infiltrarse en ella hasta copar sus puestos directivos [5]. Pero cuando, al cabo

[5] En enero de 1935, el PC de Estados Unidos adoptó una resolución en la que se proclamaba que «... la tarea principal del partido en la cuestión de los sindicatos obreros reside en una actividad enérgica e infatigable en el seno de los sindicatos de la Federación Americana del Trabajo, en vista de la movilización en un bloque único de la masa de sus inscritos y de los adherentes a los sindicatos obreros, prosiguiendo la defensa de los intereses cotidianos de los trabajadores, asumiendo la dirección de las huelgas y realizando la táctica de la lucha de clases en el seno de los sindicatos obreros»; citado por MARTIN DIES en *The Horse of Troy in America*, Nueva York, 1940.

Es evidente que estos propósitos revolucionarios ofrecían mayores facilidades de realización en el CIO que en la Federación, ya que, mientras en ésta tenían que enfrentarse con un anticomunista ardiente como William Green, disponían en aquélla de un alia-

de un año, se realizó la unión encabezada por Lewis, Hillman y Dubinsky, los jefes comunistas americanos vieron en el CIO—desprovisto aún de cuadros dirigentes— un cómodo trampolín para la realización de sus objetivos revolucionarios y ordenaron a sus secuaces que abandonaran la AFL y se afiliaran a la nueva organización. De esta suerte, poco a poco, en el CIO, se formó un ala extremista que respondía a Sidney Hillman. Este, a partir del triunfo electoral del partido demócrata, apoyándose en Dubinsky y por encima de John Lewis, se había transformado en el asesor técnico de la Casa Blanca en materia sindical, porque, por radicar la gran mayoría de sus tropas en Nueva York, tenía a los ojos de Roosevelt el mérito de disponer de una masa importante de los electores en un Estado que, sin ellos, hubiera otorgado la mayoría a la fórmula republicana.

Al favorecer al CIO contra la Federación, Roosevelt no ignoraba que varias decenas de millares de militantes o de simpatizantes comunistas se habían adscrito a la nueva organización. Pero estimaba —y en ello no se equivocó— que, al dispensarle su protección, le resultaría más fácil utilizarla. Lo que no podía adivinar era que hombres como Hillman y Dubinsky, al pagar su protección, con una política de huelgas moderadas, iban a tomar poco a poco un serio hándicap sobre él, puesto que, en esa serie de concesiones mutuas, el Gobierno —único capaz de dar algo por ser el único que lo tenía todo—, era quien llevaba las de perder frente a quienes, por no tener nada, nada perderían otorgando concesiones; por lo demás tácticamente administradas, en materia de agitación social.

Ello se vió el 13 de agosto de 1938, cuando John P. Frey, jefe del sindicato metalúrgico de la AFL, depuso ante la comisión parlamentaria de investigación sobre actividades antiamericanas, y fundamentó sus acusaciones con respecto a la infiltración roja en el CIO [6]. El escándalo fué mayúsculo e incitó a Lewis y a Dubinsky a abandonar al CIO, cuya dirección fué asumida por Hillman, más que nunca asesor sindical de la Casa Blanca.

La hoja de servicios de este hombre en cuanto militante comunista, o criptocomunista, es brillante en extremo. Súbdito ruso nacionalizado americano —había nacido en Lituania en 1887 y emigrado a América a los veinte años—, en 1914 era ya presidente de los trabajadores de la confección sin haber hecho nunca nada, ni haber sido siquiera «un trabajador en el sentido técnico de la palabra» [7]. En 1917, se entusiasmó con la revolución bolchevique y viajó a

do devoto en la persona de Sidney Hillman. La cuestión ha sido bien estudiada por E. R. FRANCK en su artículo *John L. Lewis and Roosevelt's Labor Policy*, publicado en la revista «Fourth International», Nueva York, abril de 1943.

[6] M. DIES: *Op. cit.*

[7] J. T. FLYNN: *Op. cit.*

Moscú, donde sostuvo varias conversaciones con Lenin que lo puso en contacto con W. Z. Foster, luego jefe de la sección americana del *Komintern*. Nunca disimuló sus simpatías por la causa comunista y, si consideramos que cuando conoció a Lenin, éste se encontraba en el período de proclamar su certidumbre en el triunfo de la revolución mundial, no nos costará mucho admitir que las soluciones soñadas por él, en lo que hace a su patria de adopción, debían tener poco que ver con los ideales del general Wáshington.

Cuando la ley de «Préstamo y Arriendo» empezó a funcionar, Roosevelt vió claramente —o alguien se lo hizo ver— que su aplicación exigía un control riguroso de la producción industrial y, por ende, de las actividades sindicales. Para hacerlo más efectivo, en 1940, creó la Comisión de Defensa Nacional, cuya dirección confió a un triunvirato compuesto por el industrial Edward Stettinius, encargado del abastecimiento en materias primas, el banquero León Henderson, gestor de la política de estabilización de precios, y el agitador Sidney Hillman, supervisor de los problemas relativos al trabajo. En enero del año siguiente, esta Comisión fué reemplazada por una Oficina de Gestión de la Producción, que fué confiada a William Knudsen, financiero, y a Sidney Hillman, más agitador que nunca, sin que se previera una delimitación en sus atribuciones respectivas. Pronto, el segundo quedó solo a la cabeza de la Oficina y se transformó en el dictador oculto de toda la producción industrial norteamericana. Destino bastante excepcional, en verdad, el de ese pequeño emigrante judío que, en pocos años de acciones no todas loables a los ojos de la Ley y de la Constitución, había llegado a ser el miembro más activo —no digo el más eminente— del *brain trust* rooseveltiano, y que, en razón de su amistad con Earl Browder, jefe del PC de Estados Unidos, se le llegó a atribuir por el presidente una parte preponderante en su segunda y tercera reelección a la magistratura suprema [8].

Es evidente que Roosevelt —que creía en el peligro hitleriano para América— no creyó nunca en el peligro comunista. Muy por el contrario estaba

---

[8] Los pormenores de la actividad política de Sidney Hillman figuran debidamente documentados en las obras citadas de Martin Dies y de John T. Flynn. Todo lo que atañe a la colusión de este hombre con Earl Browder en el momento de la tercera reelección de Roosevelt resulta impresionante. Hasta el último momento intentaron imponer a la convención de Chicago la renovación de la candidatura de Henry Wallace a la vicepresidencia, porque sabían que los días de F.D.R. estaban contados y que una presidencia de Wallace hubiera resultado «cómoda» para el Kremlín. Wallace fué descartado en el último momento por la corriente moderada que impuso, casi por sorpresa, el nombre de Harry S. Truman. De todos modos, si los comunistas no pudieron alcanzar —por interpósita persona— la presidencia de Estados Unidos, ello se debió a un puro azar —en el que los intereses financieros ocupan lugares preeminentes—, porque casi nadie en América creía entonces en la realidad del peligro comunista.

convencido de que sus métodos personales eran los únicos capaces, no digamos ya de descartar dicho peligro puesto que, para él, no existía, sino de transformar a los comunistas existentes en el país en elementos positivos de la vida social americana e, incluso, a su pontífice moscovita en corifeo de los ideales democráticos. Miembro aventajado de aquella clase que se había instalado en América en los albores del siglo XVIII, hombre de mundo dotado de una cultura muy superficial, era enteramente ajeno a todo lo que se refería auténticamente a las condiciones espirituales, sociales y políticas de las clases trabajadoras. En esto, le bastaban las garantías que hombres como Sidney Hillman —y Alger Hiss y Harry White— le ofrecían acerca de las intenciones pacíficas de Stalin para convencerse de que ya no había que considerarlo como al jefe de un movimiento subversivo, dotado de designios universales, sino tan sólo como a un nacionalista y a un patriota ruso [9]. Semejantes despropósitos surtieron efectos bastante desagradables para el Occidente, aun cuando, en el momento en que los japoneses realizaban su agresión contra Pearl Harbor, sirvieron sobre todo para que Stalin resolviera no pocas de las preocupaciones en que estaba ahogándose.

* * *

En efecto, si bien la primera campaña de Rusia emprendida por los alemanes el 22 de junio de 1941 se había interrumpido el 6 de diciembre siguiente, no por ello el régimen staliniano se mostró capaz de salir por sus propios medios de la situación catastrófica en que se debatía desde el comienzo de las hostilidades. La paralización de la ofensiva se debía, mucho más que a una reacción inesperada del ejército rojo, a la aparición repentina de un invierno riguroso, que había obligado a la *Wehrmacht* a suspender en pleno desarrollo sus movimientos ofensivos e incluso abandonar sus puntas de ataque en el sector de Moscú. Fracaso muy grave, ello es cierto, pero no insalvable, a condición de que los rusos permanecieran solos hasta el momento de las operaciones de la próxima primavera. En el caso contrario, la conquista de las partes más ricas del territorio soviético no habría compensado que Rusia no hubiese sido derrotada totalmente en el término de pocos meses fijado por el Führer. Este caso contrario fué el que se produjo con la entrada de Estados Unidos en

---

[9] Ver el capítulo XVI donde se describen en detalle los efectos para el mundo de ese filosovietismo rooseveltiano basado en constantes invocaciones al Ser Supremo. Ello quizá nos ayude a comprender también por qué, *el 18 de noviembre de 1941*, es decir, tres semanas antes de Pearl Harbor, Stalin haya formulado la extraordinaria invocación siguiente en el curso de un banquete ofrecido por él a huéspedes norteamericanos: «¡Que Dios ayude al presidente Roosevelt en su tarea!». Estas eran satisfacciones que había que dar a la vaga religiosidad de F.D.R. que insistía mucho para que se devolviera la libertad religiosa a los rusos.

el bloque militar antifascista, a consecuencia del ataque de Pearl Harbor, el día siguiente de la paralización de las operaciones ofensivas del ejército alemán [10].

Estas, a partir del 22 de junio, se habían desarrollado con ritmo acelerado, sin que la mínima pausa fuera concedida a las tropas triunfadoras.

Bajo el mando general del mariscal von Brauchitsch, tres grupos autónomos de ejército, con un efectivo total de 120 divisiones de infantería y de 70 divisiones motorizadas, habían llevado su ofensiva en dirección de Leningrado, de Moscú y del Cáucaso, a través de Rusia blanca y de Ucrania y, sin tardar, el curso de las operaciones había asumido cadencias dramáticas.

Desde el comienzo, el grupo norte, al mando del general von Loeb, había conquistado los Países bálticos, alcanzado Schlüsselburg y puesto el sitio ante Leningrado. El grupo del centro, al mando del general von Bock, con el ejército blindado del general Guderian, tuvo que empeñarse en dos grandes batallas de aniquilamiento en Bialistok y en Minsk antes de lograr romper las defensas rusas entre Vitebsk y Orcha y conquistar Smolensko. El grupo sur, al mando del mariscal von Rundstedt, después de franquear los difíciles pantanos del Pripet, había llevado a cabo una maniobra envolvente que, tras varios días de batallas furiosas, había constreñido a la capitulación a la mayor parte de los efectivos del grupo de ejércitos Budionniy; después de Berdichev, Zhitomir y Tserkov, Kiev caía el 19 de septiembre, y la cuenca del Dóniets era invadida. Los prisioneros se contaban por centenares de miles. A partir de este momento, todo el interés de las operaciones se concentraba en el sector central.

El 2 de octubre, considerablemente reforzado en elementos blindados, von Bock atacaba de nuevo a lo largo de la directriz seguida ciento veintinueve años antes por el Gran Ejército en dirección de Moscú. Rápidamente, sus fuer-

---

[10] Es evidente que, de haber sido tomado Moscú antes del invierno —que, como el de 1812, empezó con tres semanas de anticipación— la guerra hubiera podido alcanzar su término ya en 1941. Pero, ¿cómo es posible que la resistencia rusa no se haya derrumbado ante la primera embestida —demoledora— de las aguerridas fuerzas armadas alemanas, en el mismo mes de julio de 1941? El crítico militar inglés, capitán B. H. LIDDELL HART sitúa con precisión en la inferioridad técnica de los rusos la causa de su resistencia: «He aquí lo más asombroso de todo: lo que salvó a Rusia no fué su moderno progreso, sino su atraso. Si el régimen soviético le hubiese dado un sistema de carreteras comparable al de los países occidentales, probablemente Rusia hubiera sido arrollada en poco tiempo. Las fuerzas mecanizadas alemanas fueron obstaculizadas por los pésimos caminos. Pero esta conclusión tiene su recíproca. Los alemanes perdieron la oportunidad de triunfar porque habían basado su movilidad en ruedas en lugar de orugas. En esos caminos cubiertos de lodo, los transportes rodados se empantanaron cuando los tanques podían seguir avanzando»: *Les géneraux allemands parlent*, París, 1948 (traducido del inglés). El crítico militar suizo, capitán EDDY BAUER, llega a conclusiones parecidas en su *Guerre des blindés*, París, 1947.

zas conquistaban Briansk, Viazma, Oriol, Kalínin, Mojaísk, Kaluga, llegando así a cien kilómetros de la capital, punto donde se detuvieron para preparar el asalto general contra la Meca del comunismo. Desencadenado el 16 de noviembre, el asalto tuvo que interrumpirse cuatro días más tarde, porque, de golpe, la temperatura había caído a veinte grados bajo cero e inmovilizado todos los medios mecánicos de los atacantes, que tuvieron que retroceder, abandonando un inmenso material inutilizado por el frío. Aquí es donde se registró la primera reacción del ejército ruso, que, bajo el mando del general Zhukov, se empeñó en operaciones de hostigamiento durante la retirada alemana.

Tal era la situación en el frente ruso en el momento de la entrada en guerra de los Estados Unidos. Rusia no se había derrumbado, lo que, para Alemania, constituía un contratiempo tanto más difícil de remediar cuanto que el ejército rojo, pese a sus pérdidas, disponía aún de reservas considerables que el aflujo de material americano iba a vigorizar. Y, hecho muy importante, los rusos vieron su maltrecha moral levantada por la llegada a su lado de la poderosa nación, que, durante tantos años, se le había presentado como invencible en razón de su potencial industrial inagotable. Pero quedaban muy pocos meses para prepararse a resistir a la próxima embestida de la *Wehrmacht*.

Esta se desencadenó el 8 de mayo de 1942 con una táctica enteramente renovada. Contrariamente al sistema ofensivo del año anterior, basado en divisiones de asalto seguidas por masas de infantería, el alto mando alemán había adoptado el de los grupos autónomos enteramente motorizados —los *Mot-Pulk*—, dotados de sus grupos de artillería y de sus centros de reparaciones y de abastecimiento. Y, en vez de seguir directrices independientes, esta vez, la *Wehrmacht* concentró la totalidad de su esfuerzo en el sector meridional. A los objetivos meramente políticos del año anterior, se habían agregado objetivos económicos. Este movimiento extremadamente violento llevó a la captura de Járkov y de Sebastopol. A finales de junio, todo el frente se animaba, de Voronezh al mar Negro.

En el Norte, la batalla por Voronezh, llevada con alternativas varias, se terminaba a finales de julio sin resultados apreciables para los atacantes. Mientras tanto, en el centro, von Bock conquistaba enteramente la cuenca del Dóniets y amenazaba a Stalingrado. En el Sur, las estepas del Kubañ eran alcanzadas después de la conquista de Rostov.

Como se ve, los rusos habían soportado el choque en condiciones morales y materiales infinitamente superiores a las del año anterior. Tampoco esta vez, pese a retrocesos espectaculares en ciertos sectores, su resistencia se había derrumbado. El número de prisioneros se había reducido considerablemente. Esto era el resultado de la intervención norteamericana, cuyos efectos, de puramente morales que resultaron en el momento de la batalla de Moscú, estaban transformándose en vistosamente materiales. Y también se debía a otra causa, en

la que no se ha insistido bastante: la decisión tomada a finales de 1941 por el alto comando japonés de mantener su neutralidad con respecto a Rusia para consagrar la totalidad de su esfuerzo bélico a la conquista del Asia sudoccidental, decisión que, en esta fase del conflicto, había permitido a Stalin llevar al frente occidental las reservas siberianas hasta entonces inmovilizadas en Extremo Oriente a la espera de una agresión nipona [11].

Rusia resistía por todos los medios sin dejarse llevar a una batalla de destrucción en la que sus últimas fuerzas activas hubieran corrido el riesgo de ser aniquiladas antes que estuvieran enteramente alistados los efectivos que estaban preparándose en Siberia, antes que se acumularan cantidades suficientes del material que América y Gran Bretaña, desde el final del invierno, entregaban de modo ininterrumpido. Por el momento, la única misión del ejército rojo, puesto bajo el mando de Stalin, que se había proclamado generalísimo, consistía en cubrir el camino de los Urales de modo que impidiera a los alemanes la conquista de una región donde, desde hacía varios años, había ido concentrándose lo más importante de la industria pesada soviética. De esta suerte, mientras la *Wehrmacht* libraba con todos sus medios una batalla que quería decisiva, los rusos se empeñaban en oponerle una táctica defensiva con el único objetivo de ganar tiempo. Situación terrible que el gobierno soviético no intentó disimular. Por el contrario, la caída de Rostov, que cortaba las líneas férreas que unen Moscú a los grandes centros industriales del centro y del Este, fué anunciada por la prensa soviética con grandes titulares. El propósito de esta publicidad —verdaderamente excepcional en la URSS— era doble: dar un latigazo al patriotismo de los rusos y «despertar» a los aliados anglosajones para que se apresuraran a abrir un segundo frente. Iliá Ehrenburg, escritor que había perdido su talento al transformarse en corifeo del «realismo socialista» querido por Stalin, pero héroe epónimo del periodismo socialista, escribía: «Los alemanes han desguarnecido a sus ejércitos de Europa occidental para reforzar el frente del Este. Quedan solamente dos divisiones en Bélgica y treinta y seis en Francia. ¿Dónde están nuestros aliados?» [12].

En Londres, el embajador soviético, Iván Maiskiy, celebraba conversaciones cotidianas con Churchill y Eden y reclamaba el segundo frente. En Wáshington, Maxim Litvínov, sacado del desván donde se le había arrinconado en 1939 y resucitado en calidad de vicecomisario de Relaciones Exteriores y de embajador en los Estados Unidos, suplicaba, el 22 de julio, al presidente Roosevelt para

[11] Los pormenores de este error gigantesco cometido por los japoneses figuran en el libro del general norteamericano C. A. WILLOUGHBY: *Sorge, el espía que decidió la guerra*, Buenos Aires, 1953 (traducido del inglés).

[12] En *Pravda* del 31 de julio de 1942.

que tomara disposiciones en este sentido antes que Rusia se viera abocada a la capitulación.

Los aliados no podían hacer nada fuera de aumentar hasta el máximo sus envíos de material bélico. Churchill y Harriman, embajador de los Estados Unidos en la URSS, lo notificaron a Stalin, con quien se encontraron en Moscú, donde tuvo lugar, del 12 al 15 de agosto, la primera conferencia interaliada de la guerra; conferencia que, según asegura Churchill en sus *Memorias*, alcanzó en ciertos momentos acentos dramáticos.

El 6 de septiembre, la radio soviética lanzaba una suprema exhortación a los combatientes: «El enemigo se acerca lentamente al Volga y a las riquezas de nuestro Cáucaso. El destino del pueblo ruso depende del éxito de esta batalla. Desde este momento, nadie debe retroceder más. Luchad como lucharon los soldados de Alejandro y de Kutúzov. Resistamos hasta la muerte. Podemos y debemos vencer.»

Y a propósito de esta referencia apremiante y solemne a los soldados de Alejandro I y del príncipe Kutúzov, se hace necesario hablar de un fenómeno que nadie hubiese esperado ver manifestarse en la Rusia comunista de Stalin, puesto que, como Lenin había enseñado en 1914, cuando, en un momento de breve entusiasmo que la *intelliguentsiia* no tardó en desechar, todas las fuerzas de la nación se agruparon alrededor del trono. Fenómeno que sólo puede pertenecer a las sociedades burguesas que lo suscitan con todos los artificios capaces de engañar al proletariado, cuando emprenden una de sus «guerras imperialistas», el fenómeno de la Unión Sagrada. Que fué justamente aquello que hizo nacer tantas ilusiones en la mente ya prevenida del presidente Roosevelt.

* * *

Entre los reproches que se hacen generalmente a los alemanes cuando se estudian los métodos políticos excogitados por sus dirigentes, no se puede incluir, por cierto, el de haberse lanzado ni una sola vez a una empresa bélica sin haber madurado previamente planes muy detallados acerca de los desarrollos generales que la acción militar puede determinar. Desde Bismarck hasta Hitler, en efecto, cada una de las guerras emprendidas por Alemania fué acompañada por la puesta en acción de un sistema político edificado con anticipación suficiente como para que el observador más puntilloso no pueda atribuir su fracaso a un exceso de apresuramiento.

La historia de la Alemania contemporánea nos revela, sin embargo, que solamente una vez los planes políticos agregados a la acción militar se revelaron eficaces, porque, justamente una sola vez, tuvieron en cuenta la personalidad del adversario. Quiero hablar de la política inteligente llevada a cabo por Bismarck después de la batalla de Sadowa, política que consistió no en humillar al enemigo vencido, transformándolo en satélite sin dignidad, sino en

concederle, en el momento mismo del triunfo de las armas prusianas, todas las ventajas y prerrogativas del aliado más fiel. De suerte que todo sucedió como si Francisco José, en lugar de haber sido descartado brutalmente de la Confederación Germánica, hubiese tomado parte, mancomunadamente con Guillermo I, en una empresa coronada por el éxito. Y ello tuvo por resultado la conclusión de una alianza cuya eficacia se reveló hasta el final de la primera guerra mundial.

La política de Bismarck para con Austria se reveló clarividente, porque respondía a la necesidad, una necesidad que un realista como el Canciller de Hierro supo interpretar, conjugando los intereses de Berlín y los de Viena hasta volverlos inseparables. Su realismo, bastante antes del comienzo de la campaña, le había hecho ver que Prusia necesitaba a Austria para realizar sus planes de hegemonía continental a expensas de Francia y, una vez este paso cumplido, para asegurar al joven imperio germánico la tranquilidad exigida por su afianzamiento; sabiendo dar tanta importancia a las preocupaciones de su enemigo de la víspera como a las suyas propias. Bismarck despreciaba a los filósofos que edifican sistemas políticos abstractos y ponen en peligro las estructuras reales de los Estados, y desconfiaba de los poetas, que, sin la menor responsabilidad, hacen brillar ante los ojos del pueblo mitos inconsistentes que lo inflaman en el momento preciso en que el estadista necesita toda su serenidad. En un país de filósofos y de poetas, fué el político menos especulativo y más prosaico que se pueda imaginar. Fué un realista en el sentido verdadero de la palabra, es decir, un político que se permitía probar únicamente apetitos conciliables con su capacidad [13].

No así Guillermo II y sus mediocres colaboradores. Tampoco Hitler y los suyos.

He tenido oportunidad en un trabajo anterior [14] de estudiar al desnudo los aspectos fundamentales de la ligereza guillermina y de su *Weltpolitik*. Aquí cabe solamente examinar los rasgos rusos de la incomprensión hitleriana, lo que nos permitirá descubrir las razones del fracaso espectacular del plan político concebido por los dirigentes del Tercer Reich, plan que encuentra su punto de partida en el ataque del 22 de junio de 1941.

Para resolver el problema ruso, el estado mayor nacionalsocialista había trazado en todos sus pormenores un plan muy completo, que al ser aplicado

[13] Si se exceptúa el asunto de Alsacia y Lorena. La anexión de ambas provincias fué impuesta a Bismarck, más que deseada por él, por la Corona en nombre de mitos poéticos que, a partir de Fitche, habían acabado por embargar el ánimo del rey, de los militares y de todo el pueblo alemán.

[14] *Historia de la Rusia contemporánea. Las ilusiones del Progreso, 1825-1917*, Mendoza, 1954.

en los territorios ocupados por la *Wehrmacht* en una operación relámpago, debía favorecer el levantamiento general de los rusos contra la oligarquía staliniana y provocar, por consiguiente, a la vez que el derrumbamiento del régimen comunista, la instauración de un sistema político basado en la colaboración completa entre autoridades de ocupación y poblaciones locales. Sin embargo, nada descabellado en sí, fracasó en la medida en que había sido concebido por ideólogos fanáticos que nada conocían de la realidad rusa. Los jefes nacionalsocialistas —mezcla de teóricos puros y de soñadores esteticistas, sin olvidar el resto, claro está— habían establecido sus proyectos de colaboración germanorrusa en función del muy gratuito concepto de la superioridad racial del grupo ariogermánico sobre el grupo arioeslavo. Como éste no es el lugar más apropiado para examinar esta cuestión que ha sido explorada repetidas veces en su inmanencia y su trascendencia, me contentaré con señalar, fuera de toda apreciación científica, que en estas condiciones la política de colaboración de los alemanes con los rusos sólo podía ser la de la cuerda con el ahorcado, es decir, un sistema de explotación despiadada del vencido por el vencedor [15].

El ataque del 22 de junio no había alcanzado al adversario completamente desprevenido. El comunicado *Tass* del 13 anterior demuestra que el gobierno soviético, si bien estaba dispuesto a hacer aún muchas concesiones para

[15] Nadie niega ya que, en el comienzo de las hostilidades con Alemania, la inmensa mayoría de los rusos esperaba de los invasores su propia liberación. Hacía muchos años que los rusos, proletarios, campesinos o intelectuales, vivían en función de esta esperanza que los alemanes se empeñaron tan cuidadosamente en defraudar. Anton Ciliga cuenta que, en los tiempos de su deportación en Krasnoiarsk y en Ieniseisk, tuvo oportunidad de trabar conocimiento con numerosos jóvenes rusos —algunos de ellos miembros del partido o del *Komsomol*— que no vacilaban en declararse fascistas o nacionalsocialistas. El escritor yugoslavo asegura que, en aquella época (1934-1935), pudo convencerse de dos cosas: «Primero, de que Rusia estaba atravesando un período de tensión diplomática; segundo, que la población, muy descontenta, ponía todas sus esperanzas en Alemania e, incluso, en el Japón. Poco importa quién, a condición de que nos libere de Stalin y de los comunistas, pensaban la mayor parte de los miembros de la *intelliguentsiia* sin partido y la casi totalidad de la clase rural. En cuanto a los obreros, no contaban con la intervención extranjera. Su tesis era más bien la siguiente: las armas que nos entreguen para hacer la guerra, sabremos utilizarlas para transformar las cosas en nuestro provecho e instaurar un régimen nuevo»: *Op. cit.*, tomo II.

Es cierto que en los primeros meses de la guerra, los soldados rusos se entregaban casi sin pelear, pero no sin haber liquidado por su cuenta al *politruk* de su unidad. Lo es también que la mayor parte de ellos rogaban que se los utilizara inmediatamente en el frente. Los ariogermánicos del NSDAP se las arreglaron para transformar en enemigos a estos magníficos combatientes. Las causas profundas de la derrota alemana han sido espléndidamente estudiadas por el gran historiador MEINECKE en su *Die deutsche Katastrophe*, Wiesbaden, 1946.

evitar la guerra o para retardarla, no por ello ignoraba el peligro que estaba cerniéndose sobre él. Stalin y Mólotov, hombres sumamente precavidos, no iban a pecar por optimismo frente a un hombre como Hitler, que se había ilustrado en su breve y tumultuosa carrera por la manera brutal con que tomaba sus decisiones, sin tener en cuenta sus compromisos anteriores, cuando estimaba llegado el momento de realizar sus designios. Es evidente que la guerra contra la URSS estaba implícita en estos designios no sólo porque el anticomunismo militante figurara en la simbólica del nacionalsocialismo, sino porque, frente a un enemigo como Inglaterra, incapaz ya de vencer a Alemania por sí sola, pero que vería pronto a los Estados Unidos acudir en su ayuda con todo su potencial económico, Hitler no podía aceptar que las fuentes más abundantes de materias primas del continente permaneciesen en las manos de un «colega» que, evidentemente, consideraba la política del Orden Nuevo, no digamos ya con recelo, sino con hostilidad. Necesitaba alcanzar el control absoluto del trigo, del petróleo, del carbón, de la madera y del hierro rusos. Lo necesitaba de modo urgente, no porque las condiciones de la industria y del abastecimiento alemanes suscitaran ya inquietudes para un futuro próximo, sino porque estimaba que, una vez logrado este control, o bien Roosevelt abandonaría su propósito de participación en la guerra, o bien, si no lo abandonaba, resultaría más fácil para Alemania hacer frente a la coalición anglosajona. En el primer caso, Inglaterra se vería obligada a tratar y a volver a su espíritu de conciliación de los años 1938-1939; en el otro, esta misma solución seguiría siendo posible, puesto que Alemania podría consagrar su poderío bélico, renovado por la captación de los recursos rusos, a la organización íntegra del continente contra dicha coalición que, tarde o temprano, se vería igualmente en la necesidad de pensar en una paz blanca.

Los cálculos de Hitler fallaron, un poco porque el invierno estalló —ésta es la palabra exacta— tres semanas antes del tiempo previsto, lo que hizo imposible, al mismo tiempo que la conquista de Moscú, la de los medios de comunicación ferroviarios y fluviales a lo largo de los cuales circulaba toda la medula vital de Rusia, y también dió tiempo a los Estados Unidos de intervenir en el conflicto; pero, sobre todo, fallaron porque los movimientos insurreccionales previstos en los planes del estado mayor nacionalsocialista no se produjeron, y que, por consiguiente, el gobierno soviético, pese a sus extraordinarias derrotas y a su inmensa impopularidad, pudo mantenerse en el poder. El fracaso a las puertas mismas de Moscú ocurrió en el momento en que el régimen comunista llegaba al borde del colapso, cuando los moscovitas se echaban ya a la calle para dar caza a los miembros del partido y cuando los últimos funcionarios del NKVD —nueva denominación del OGPU—, antes de escaparse, estaban quemando sus archivos. La pérdida de prestigio que esto significó para los alemanes, al agregarse a la entrada de los Estados Unidos

en el conflicto y a las noticias que empezaban a circular acerca del modo con que los nacionalsocialistas procedían a su «cruzada de liberación» en las regiones conquistadas, convenció a los rusos de la necesidad de seguir resignándose a Stalin. Entonces fué cuando la prensa y la radio soviéticas ponían el acento en la invencibilidad de los Estados Unidos y, sobre todo, a dejar entrever que, después de la victoria común, el régimen iba a democratizarse sobre el modelo americano. Al creerlo, los rusos se equivocaron, ello es cierto, pero ninguno de ellos podía sospechar que Roosevelt fuera lo bastante... ingenuo como para acudir en socorro de Stalin sin haberle impuesto sus condiciones. Equivocación enteramente lógica, pues, y tanto más lógica que la influencia americana iba a determinar la instauración de un sistema político infinitamente más apetecible desde todos los puntos de vista que el que los alemanes pretendían implantar.

La serie de errores políticos cometidos por los alemanes en Rusia es ininterrumpida, y, como he indicado, se fundamenta en el mito de su superioridad racial. Este mito actuó en dos direcciones, lo que sirvió para hacer más completo el fracaso.

En primer lugar, la voluntad de los alemanes de no colaborar con los elementos blancos de la emigración. Es evidente que, para los hitlerianos, no podía tratarse de buscar la colaboración de los grupos liberales de la emigración antisoviética, ya que las simpatías de estos grupos, ya sea el de Kérenskiy, ya el de Miliúkov, pertenecían enteramente a las potencias anglosajonas. Pero, en la emigración, los grupos monárquicos, o simplemente nacionalistas, eran infinitamente más numerosos que los liberales, y dichos grupos, cuyos epicentros se encontraban en París, Berlín, Praga y Belgrado, disponían de dirigentes políticos y militares, a menudo muy valiosos, agrupados alrededor del gran duque Vladímir Kirílovich —hijo del gran duque Cirilo, el de los supuestos contactos con Tujachevskiy—, que hubieran podido formar los cuadros de una futura fórmula de colaboración germanorrusa, *pero en el plano de la absoluta igualdad*. Aquí radica una de las principales causas de los errores alemanes.

Cierto es que, con su ideología basada en el supuesto extravagante de la superioridad racial del grupo ariogermánico, los hitlerianos no podían siquiera considerar la eventualidad de una colaboración de esta naturaleza con los dirigentes exilados del grupo arioeslavo, calificado por ellos de inferior [16]. Por otra parte, la instauración de un régimen nacionalista que, necesariamente, no tardaría en pretender recuperar su autonomía ante sus aliados recientes, no era lo previsto en los proyectos nacionalsocialistas, sino la de un sistema de explotación edificado por encima de Rusia y de los rusos, de modo a facilitar la

[16] Como tampoco la consideraron el gran duque Vladímir y sus colaboradores, pero por motivos que nada tenían que ver con la etnología ni la metafísica.

consecución —para nadie incuestionable— de los recursos del país conquistado en provecho exclusivo del Tercer Reich. Tal programa significó que los «provectistas» mencionados habían considerado únicamente la idea de una colonización intensiva de la tierra rusa y de sus habitantes, y nada más [17].

Dos fases habían sido previstas para la actuación de esta política de explotación colonial. En primer lugar, para asegurar la soldadura del régimen soviético de explotación con el alemán, los trabajadores de la agricultura y de las industrias de transformación y de la extracción debían ser mantenidos firmemente en sus organizaciones colectivas a cambio de algunas ventajas de orden económico y social, como fuertes aumentos de salario, constitución de pequeñas propiedades privadas, etc. Los técnicos ya estaban movilizados para asegurar esa soldadura, y vano es decir que, entre ellos, no figuraba ningún ruso blanco. El segundo momento preveía la expropiación en vasta escala de la propiedad de la tierra y del subsuelo, aquélla en beneficio de masas de agricultores alemanes o de raza germánica considerados como racialmente «limpios», ésta en beneficio del Estado germánico, que se atribuía de este modo la propiedad de las minas, de las fábricas y de la superestructura industrial.

Es evidente que, en estas condiciones, ningún puesto era aceptable para los nacionalistas de la emigración en el sistema alemán, de suerte que, fuera de grupos poco extensos, ninguno de ellos ofreció su colaboración a los invasores de Rusia. Muy pronto se hizo visible que, a medida que los planes hitlerianos se desarrollaban, la simpatía de no pocos rusos de la emigración iba, no por cierto a los soviéticos —los hubo también, pero en ínfimas proporciones—, pero sí a los anglosajones. Para muchos de ellos una victoria alemana había llegado a significar, más que la derrota del comunismo, la destrucción de Rusia. Este es uno de los efectos menos estudiados de esta incoherente segunda guerra mundial, durante la que fué dado asistir a los acercamientos más inverosímiles. Espectáculo no enteramente nuevo, por lo demás, si recordamos la situación parecida que atravesó Francia en la época revolucionaria, cuando tuvo que hacer frente a una coalición europea, cuyo designio no era la restauración de las instituciones tradicionales, sino su desmembramiento [18].

No podemos olvidar, empero, que numerosos rusos se alistaron en las fuer-

---

[17] *Las conversaciones sobre la guerra y la paz*, obra en la que, por disposición de Martín Bormann, fueron reunidos los dichos de sobremesa del Führer, son de consulta indispensable desde un punto de vista puramente informativo; traducción española, 2 volúmenes, Barcelona, 1953-1954.

[18] Lo que permitía a JOSEPH DE MAISTRE escribir en 1796: «Reflexiónese bien en ello y se verá que, el gobierno revolucionario una vez establecido, Francia y la monarquía no podían salvarse más que por el jacobinismo»: *Considérations sur la France*. Las guerras ideológicas —civiles o extranjeras— implican a menudo semejantes derroteros, en cuyo caso, hablar de traición viene a ser algo más que una ingenuidad.

zas armadas alemanas. Estos rusos, más de un millón, fueron reclutados entre los prisioneros hechos por la *Wehrmacht* durante los primeros meses del conflicto, y puestos bajo el mando del general Andrei Andréievich Vlassov, héroe de la defensa de Moscú, capturado más tarde por los alemanes. En este caso, como en el de los cosacos reclutados por el atamán Shkuró, el atamán Skoropadskiy y el general Krásnov, supervivientes de la guerra civil, hablar de traición a la patria significaba emplear un argumento soviético, no ruso, ya que este movimiento —de los rusos al mando de Vlassov— fué determinado por una conciencia clara de tomar parte en la destrucción del comunismo, destructor a su vez de la auténtica patria rusa. Todos los soldados de Vlassov habían sido educados en Rusia, muchos de ellos reconocían, como su jefe, que debían su carrera al régimen soviético; pero todos eran antisoviéticos, porque sabían que los beneficiarios de ese régimen se mantenían a expensas de la inmensa mayoría de los rusos, ilotizándolos sin remedio. Si se ofrecieron para luchar al lado de los alemanes, no fué para vender su patria al invasor, sino porque querían ser los actores de su liberación para poder hablar claramente el día de la rendición de cuentas del modo de salvar la integridad de dicha patria. Que los alemanes hayan defraudado las esperanzas de los combatientes de Vlassov, impidiéndoles luchar en el frente ruso hasta la fase final del conflicto, ello no cambia nada el asunto: estos combatientes eran quienes tenían razón, y los mismos norteamericanos que los tacharon un tiempo de traidores y, al término de las hostilidades, entregaron a la mayor parte de ellos a los comunistas en condiciones escalofriantes, están muy dispuestos, ahora, a reconocerlo. Estos combatientes se agruparon para reconstruir una Rusia mejor, más libre y más noble. Los alemanes —y aquí no se habla de la *Wehrmacht,* sino de la administración nacionalsocialista—, que sólo querían una Rusia colonial, sabotearon los esfuerzos de Vlassov, impidiéndole tomar parte en operaciones de envergadura sobre el frente ruso para que no pudiese presentarse ante sus compatriotas como el jefe de un ejército de liberación [19].

Cuando digo que Vlassov y los suyos eran quienes habían visto claro, no pretendo condenar a quienes, entre los rusos de la primera emigración, se negaron a tomar parte en la empresa antisoviética, ya que no *debían* hacerlo, porque, perfectamente enterados de los verdaderos designios de los nacionalsocialistas con respecto a su patria, su colaboración con ellos hubiera podido

[19] En la nota 24 del capítulo siguiente veremos cómo, traicionados por primera vez por sus «aliados» alemanes que los habían reclutado con fines exclusivos de propaganda, lo fueron por segunda vez por los occidentales —esto es, por los anglosajones —que entregaron la mayor parte de ellos a los soviéticos sin la excusa de ignorar cuál sería su suerte. Ver al respecto las páginas que Ernst von Salomon consagra a este horripilante asunto en *Der Fragebogen,* Hamburgo, 1951.

ser confundida con el deseo de desquitarse por sus sufrimientos de la revolución y del exilio, lo que no era el caso de los combatientes de Vlassov. Solamente me parecen reprobables aquellos rusos de la primera emigración —remanentes de los *kadetes* de Pablo Miliúkov y de los laboristas de Kérenskiy—, que, cómodamente instalados desde 1917 en el exilio pagado de Londres y de París, se entusiasmaron de modo bastante sospechoso ante las victorias rusas, hicieron colectas para el ejército rojo, y, sobre todo, como siempre antes y después de la revolución, calumniaron en sus publicaciones a aquellos de sus compatriotas que ponían su persona al servicio de sus ideales y que, contrariamente a Miliúkov, se negaban a considerar a Stalin como a un san Dmitriy Donskor redivivo.

Volviendo a los errores cometidos por los alemanes frente a Rusia, y una vez examinados estos errores con respecto a la emigración y a los combatientes de Vlassov, nos será más fácil comprobar que aquellos de que se hicieron responsables en los territorios ocupados brotan enteramente de los primeros. Pero aquí son necesarias algunas aclaraciones.

Los jefes de la *Wehrmacht* no alimentaban propósitos políticos tenebrosos, y, por el contrario, se sentían inclinados a ayudar al pueblo ruso a rescatarse. Esto, precisamente, es lo que creó en el espíritu de Vlassov la confusión que lo llevó a ofrecer su colaboración al Tercer Reich. En efecto, mientras las regiones ocupadas entre junio y noviembre de 1941 permanecieron bajo su administración, los generales del ejército regular permitieron a los rusos acotarse propiedades individuales en los *koljozi* e hicieron posible de este modo un embrión de colaboración basada en la confianza mutua entre ocupantes y ocupados. Pero cuando, a consecuencia del avance de 1942, las regiones conquistadas el año anterior salieron del marco de la administración militar para pasar a las dependencias del partido nacionalsocialista, los nuevos llegados aplicaron, sin la menor demora y con el mayor rigor, una política exactamente inversa que consistió en reintegrar a las organizaciones colectivas a los elementos campesinos que se habían liberado de ellas con el beneplácito de la *Wehrmacht* [20].

[20] En la obra *Zwischen Hitler und Stalin* (ver nota 38 del capítulo anterior), consagrada por el director ministerial PETER KLEIST a los entretelones políticos de la campaña del Este, leemos al respecto: «... la cosa más vergonzosa y paralizadora fué el mantenimiento por las autoridades de ocupación de las expropiaciones efectuadas por los soviéticos. En 1940-1941, todo el suelo en las ciudades como en el campo, todos los medios de producción industrial, incluso todo el comercio, habían sido nacionalizados (en los Países bálticos). Los antiguos propietarios se habían quedado en las empresas más pequeñas, pero no eran más que empleados del Estado. En el momento mismo en que el ejército rojo hubo sido arrojado, esta gente, como era normal, se restableció en sus derechos de propiedad. No tardó en enterarse, con inmensa estupefacción, de que las

Hitler no intentó siquiera constituir un gobierno títere en Rusia. Por el contrario, hizo encarcelar a los embriones de gobierno local que se habían constituído con el acuerdo del ejército, particularmente en Lvov, en Smolensko y en Vilno. Sus designios, como hemos visto, eran muy diferentes y he aquí cómo los concretó.

Reunió todos los territorios conquistados en un sistema único de administración que fué puesto bajo la dirección nominal de Alfred Rosenberg, el «Trotskiy nacionalsocialista», con el nombre de Ministerio de los Territorios Ocupados en el Este; siendo el teórico de la primacía de la raza aria —en su familia germánica, por supuesto— el hombre menos indicado para asumir semejante misión, no tanto porque fuera el autor del *Mito del Siglo XX* —obra que no deja de ser limitada en sus alcances en la medida en que pretende ser una obra «filosófica» basada en los conceptos extraños de la raza y de la sangre—, sino porque resultaba ser un alemán del Báltico.

Los alemanes del Báltico, mientras fueron súbditos del imperio, es decir, prácticamente, desde Pedro el Grande hasta Nicolás II, no dejaron un solo instante de representar partes importantes en la vida social rusa como miembros eminentes de la administración y del ejército, terratenientes, banqueros, industriales, etc. Con ello, junto con la soberbia propia de su raza, no se habían acostumbrado a considerar a los eslavos como factores sociales que hubiera que tener mucho en cuenta. Descendientes, ya sea de los caballeros portagladio, es decir, de una estirpe de señores feudales que habían sabido imponer todas sus prerrogativas contra viento y marea, ya de los burgueses de las ciudades comerciales de Livonia y de Curlandia y, por ende, dueños de sectores enteros de la economía rusa, hasta la revolución, siempre dominaron socialmente a los elementos locales. Una vez admitidos, en razón de su honradez y de su seriedad, en la administración imperial, en el ejército y en el movimiento de

---

expropiaciones efectuadas por los soviéticos seguían en vigor. Hubo casos grotescos: un comisario general alemán hizo ejecutar, en nombre de Lenin y Stalin, una expropiación decidida por los comunistas, pero no llevada a cabo por falta de tiempo». Si ello sucedía en los Países bálticos, ocupados desde hacía menos de un año por los comunistas, podemos figurarnos con qué violencia semejantes medidas de retorno a la colectivización serían aplicadas en Bielorrusia y en Ucrania.

Como, en semejantes empresas, además de los «realistas», siempre hay algunos imbéciles (ambas cosas, por lo demás, no son contradictorias necesariamente), el mismo Kleist relata en los términos siguientes una declaración hecha ante él por el *gauleiter* Lohse, Comisario para los Países bálticos: «Por mi parte, no trabajo para mí. Trabajo para que el hijo que acaba de nacerme ponga un día sobre su cabeza la corona de Gran Duque Hereditario. He aquí por qué trabajo». En suma, este candidato a padre de gran duque era más modesto que el Reichsminister Franck que, si hemos de creer a MALAPARTE, se presentaba como *der deutsche Koenig von Polen*: en *Kaputt*, Nápoles, 1944.

los grandes negocios nacionales, su voluntad de ilustrarse en el *cursus honorum* fué servida por estas cualidades. Pero, no pocas veces, los defectos de esas mismas cualidades habían provocado la ironía, cuando no la impaciencia, de los rusos, que se vengaban de su pesadez omnipresente con la pluma de sus escritores, y respondían a sus pretensiones de superioridad social con sarcasmos a menudo feroces [21]. Para los alemanes del Báltico, los rusos eran gente poco seria y difícil de gobernar, mientras que para éstos, aquéllos, cuando no eran seres absurdos, eran personajes irritantes que, con su instalación en el Estado, habían transformado la administración imperial en una máquina tan aplastante como ellos mismos. Lo cual era injusto y calumnioso, evidentemente, pero traducía un estado de ánimo que, a partir del siglo XVIII, se fué generalizando.

Ahora bien, Alfred Rosenberg, descendiente de una familia de mercaderes de Riga, era el auténtico alemán del Báltico tal como los rusos se lo podían representar y no le resultó difícil exagerar, hasta desvirtuarlos, cuando Hitler le hubo encomendado la administración de los territorios ocupados del Este, aquellos principios que habían formado la esencia de las relaciones de sus antepasados con los rusos. Esto debía surtir efectos tanto más desastrosos cuanto que los famosos planes trazados en Berlín antes del comienzo de las hostilidades habían sido inspirados casi enteramente por él [22].

---

[21] Nadie habrá olvidado al joven Alfonso Karlich von Berg, novio de Viera Rostova, personaje hilarante de *La Guerra y la Paz*, como tampoco al viejo Lembke, el blandengue gobernador de *Los Demonios*.

[22] Peter Kleist, durante un tiempo colaborador de Rosenberg en el ministerio de los Territorios del Este, escribe al respecto: «Rosenberg partía del punto de vista que, en el curso de toda su historia, los eslavos orientales, ucranianos, rusos y blancorrutenos, jamás habían tenido jefes de su sangre. El Estado ruso había sido fundado en el siglo IX en Kiev por vikingos escandinavos llamados *russ*. La nobleza más antigua de Rusia se había constituído con elementos germánicos a los cuales, ulteriormente, habían venido a agregarse, sobre todo en el tiempo de Pedro el Grande, numerosos emigrantes provenientes, en su gran mayoría, de los países germánicos. Hasta 1917 —decía Rosenberg— Rusia había sido gobernada por germanos, si bien éstos habían eslavizado su lengua. La masa de la población zarista no fué más que un instrumento pasivo entre las manos de estos dirigentes.» *Op. cit.*

Estas teorías, dignas de una mente desenfrenada a causa de indigestión de Gobineau, Facher de Lapouge y Stewart Chamberlain, pertenecen a la vieja tesis alemana según la cual todo lo que cuenta en el mundo occidental proviene de fuente germánica, el siglo de Pericles, Alejandro Magno, Julio César, los Capetos, Dante, Leonardo, etc., y son perfectamente descabelladas. Con todo, no deben hacernos olvidar que: 1.º Rosenberg no tuvo ninguna parte personal en las crueldades de la administración alemana en tierra rusa, en razón de su carácter, a la vez, indolente y benévolo, que, entre otras cosas, lo incitó a quedarse en Berlín durante todas las hostilidades; Rosenberg no era cruel en lo más mínimo y, en no pocas oportunidades, protestó con mucho valor ante

El resultado más claro de las medidas administrativas que imponían el retorno de los campesinos a las granjas colectivas fué un poderoso renacer del nacionalismo ruso que, suscitado por las incoherencias y las crueldades del invasor, acabó por beneficiar a Stalin y a su oligarquía. Que, en todo ello, el amor por el comunismo no haya ocupado el mínimo lugar, lo demuestra de modo fehaciente el lema que, a partir de 1942, empezó a correr entre los habitantes de las regiones administradas por los funcionarios del ministerio de los Territorios Ocupados: «¡Mejor ser esclavo de los rusos que de los extranjeros!» [23].

Sin embargo, podemos preguntarnos por qué el levantamiento, descontado en Berlín, no estalló durante los primeros meses del conflicto, cuando el pueblo ruso no había tenido tiempo aún de experimentar las peculiaridades de la administración civil nacionalsocialista.

En primer lugar, es evidente que, para que este levantamiento resultase eficaz, debía verificarse, no en las regiones ocupadas, donde no había quedado el menor rastro de administración soviética, siquiera municipal, sino en la retaguardia del ejército rojo. Esta amenaza no había escapado a Stalin cuando, en las primeras semanas de la guerra, el rápido avance de las tropas alemanas hizo temer la caída de la capital. Esta es la razón por la que decidió instalar el gobierno en Kuibishev, la antigua Samará, con todo el aparato administrativo y los órganos dirigentes del partido, y lo mantuvo allí mientras Moscú permaneció próxima a la zona de operaciones. Ello quiere decir que, en vez de hacer gestos teatrales inútiles, como hubiera sido el de mantener la dirección del Estado en una ciudad amenazada, prefirió dar el paso —que no podía considerarse como una fuga, puesto que él se quedaba en Moscú— que le ofrecía la doble ventaja de permitirle vigilar personalmente el curso de los acontecimientos desde las primeras líneas, y de descargarlo de la obligación de tomar medidas políticas en el clima forzosamente tenso de las ciudades en estado de sitio. Por lo demás, Kuibishev disfrutaba de una situación estratégica sumamente favorable, porque estaba situada, a mitad de camino, entre el curso medio del Volga y los primeros contrafuertes de los Urales, es decir, entre una barrera natural que, en efecto, habría de revelarse

---

el mismo Führer contra los excesos del siniestro Erich Koch, verdugo de Ucrania, y las estupideces del *gauleiter* Lohse, padre del futura gran duque hereditario de Curlandia; 2.° el mismo Rosenberg fué quien, entre todos los observadores occidentales, formuló por vez primera la tesis, ahora admitida hasta por los mandantes de sus jueces en Nuremberg, según la que Rusia, europeizada por sus emperadores y, por ende, integrada por ellos a Europa, ha sido asiatizada, contra su naturaleza misma, por los dirigentes soviéticos.

[23] El estudio más completo consagrado al asunto de los errores alemanes en Rusia se debe a ALEXANDER DALLIN y se titula: *German Rule in Russia, 1941-1945*, Londres, 1957.

infranqueable, y la región en la que se habían ido concentrando muchas de las más importantes industrias de guerra soviéticas; con la ventaja de que buena parte del resto de las industrias y los centros de entrenamiento del ejército se encontraban a sus espaldas. De esta suerte, podemos considerar a esa capital provisional, a la vez que como un puesto de vigilancia situado en la misma retaguardia de las zonas de operación, como una ciudadela avanzada del frente interno.

Ello no basta por cierto para explicar por qué las previsiones alemanas fracasaron de modo tan rotundo en lo que hace al levantamiento general del pueblo ruso, cuya inminencia la propaganda germánica anunciaba casi cotidianamente en sus boletines y transmisiones radiofónicas de los primeros meses del conflicto. El no levantamiento del pueblo ruso se debe a otros factores que, gracias a las medidas de prudencia que acabamos de señalar, Stalin supo aprovechar de modo maestro: la entrada en guerra de los Estados Unidos, cuyos efectos psicológicos hemos señalado ya, y la manera inteligente con que el gobierno supo presentar la lucha en curso como una guerra patriótica, con exclusión de toda referencia a la patria de los trabajadores y al socialismo. El primero de estos factores se dió en el buen momento —milagrosamente, sería la palabra— para mantener tranquilos a los descontentos que empezaban ya a arrojar la máscara; el segundo llegó a utilizarse para suscitar el fenómeno «burgués» de la llamada Unión Sagrada [24]. Aquí, la función reservada al partido fué importante.

El PC ruso había salido beneficiado de la Gran Purga, por cuanto, mediante una depuración despiadada, logró infundírsele el espíritu de rígida disciplina que, hasta entonces, le había faltado casi por completo, inclusive durante la

---

[24] En uno de los primeros discursos que pronunció después del estallido de las hostilidades, Stalin definió esta guerra: *Velikaia Otéchestvennaia Voinná*. La gran guerra por la patria.

Mientras, como vamos a ver pronto, la Iglesia ortodoxa ayudaba poderosamente al régimen con su adhesión a provocar el surgimiento del fenómeno de Unión Sagrada, el Estado soviético se ayudaba a sí mismo estableciendo un organismo dotado de poderes casi omnímodos que abarcaban la vida entera de la nación, del mantenimiento del orden público a la producción del material de guerra. Este organismo, conocido con la sigla GOKO (*Gosudárstvenniy Komitét Oboroni,* Comité Nacional de Defensa), comprendía a los siguientes miembros: I. V. Stalin, presidente; V. M. Mólotov, vicepresidente; K. Voroshílov, L. P. Beriia, A. I. Mikoián y G. M. Malenkov, vocales. Mólotov, se ocupaba de las relaciones con los aliados; Voroshílov, del entrenamiento y distribución de las reservas; Beriia, como es de suponer, del mantenimiento del orden público; Mikoián, de la elaboración de los medios mejores para sacar el mayor número posible de ventajas del «Préstamo y Arriendo» norteamericano; Malenkov, del desarrollo de la industria de guerra particularmente en lo que hace al material de artillería y de aviación. No olvidemos a este personaje que, a partir de 1925, venía desempeñando el cargo de secretario de Stalin en los asuntos de organización.

guerra civil y la fase del primer Plan Quinquenal. De esta suerte los dos millones y medio de miembros con que contaba en 1941, formaban un bloque sin fisuras de dirigentes pequeños y medios que, cuando estallaron las hostilidades, lejos de perderse en discusiones «rusas» acerca del método mejor para interpretar este acontecimiento, según las normas de la doctrina marxista, se dedicaron a controlar sin contemplaciones —es decir, de modo eficiente— todas las actividades de la vida nacional. Es indudable que, en 1941, resultaba imposible encontrar en el partido a uno cualquiera de aquellos revolucionarios que habían dado una fisonomía tan singular a los años anteriores al período de los planes quinquenales. En sus filas, no cabían ya los románticos, ni los oposicionistas, ni los idealistas. En el momento de la guerra, los comunistas serán todo lo que se quiera, menos revolucionarios. Miembros de la nueva clase dirigente, conscientes de haber merecido el lugar de privilegio que ocupan por encima de la sociedad, eran, esencialmente, funcionarios diligentes, animados por una mente utilitaria, enteramente dedicados al servicio del Estado, es decir, del partido, es decir de Stalin; y si se quiere aplicarles absolutamente una etiqueta, la de conservadores sería la más conveniente, esto es, de hombres deseosos de hacer carrera en los moldes creados por ellos y para ellos, y de hacerla solamente por el camino de la obediencia ciega y celosa a las consignas del *vozhd*.

En cuanto al pueblo ruso, amalgamado por las circunstancias en el *melting pot* de la nación armada, no resulta difícil descubrir las razones por las que, en vez de aprovechar las impresionantes derrotas del verano de 1941 para sacudir el yugo de la nueva oligarquía, se resignó, en fin de cuentas, no sólo a no rebelarse, sino también a colaborar con ella.

* * *

Aquéllos que hablan de adhesión incondicional del pueblo ruso al régimen staliniano y encuentran una prueba de esta adhesión —la única que aducen— en su patriotismo militante de los años 1942-1945, olvidan sencillamente que el PC y la policía política eran suficientes por sí solos para asegurar el orden y la tranquilidad, por lo menos mientras el invasor no viniera a infundir valor con su presencia o su proximidad a los descontentos, como había sucedido en Moscú en el momento del avance más profundo de la ofensiva von Bock. Olvidan también que la sumisión del pueblo ruso se la había granjeado el gobierno gracias a un viraje político espectacular ejecutado en nombre de las ideas de patria, de tradición nacional e, incluso, de religión; viraje cuyos pormenores estudiaremos en el próximo capítulo.

A finales de junio de 1941, el joven novelista Vsévolod Ivánov escribía: «Yo soy ruso. Mi patria se extiende del mar Blanco al océano Pacífico. Mis antepasados avanzaron, a través de las estepas y de los bosques de Siberia,

con Iermak que combatió en las filas de Pedro el Grande. Sus caballos cosacos bebieron en las aguas del Rin. Sus banderas flamearon en las calles de Berlín. Ellos defendieron a mi patria levantando con sus cuerpos una barrera en Borodino. Mis antepasados fueron quienes obligaron al invencible Napoleón a huir después de hacerle abandonar a sus ejércitos» [25]. Cuando escribía esta invocación nacionalista, Ivánov, lejos de someterse a un expediente incoado por la guerra, obedecía al llamamiento de la conciencia de su pueblo, de la que ni Lenin ni Stalin jamás habían logrado borrar la idea de patria.

A esta conciencia, oscura cuanto se quiera, pero inquebrantable, Stalin había sido el primero en «obedecer» —él, el menos ruso de los dirigentes soviéticos— cuando, con su política de los años 35, tiró por la borda a los elementos internacionalistas del partido, inició su viraje hacia aquello que, en un lenguaje sin curso oficial en la Unión soviética, podemos llamar nacionalismo. Este viraje encuentra su ilustración en numerosos hechos, cuya presencia en la vida de la sociedad rusa nos ayuda a comprender la actitud de la nación en guerra. El más importante de ellos es que, alrededor de 1936, se abandonó el viejo concepto revolucionario según el cual un origen proletario daba derecho a un mayor número de privilegios en materia de educación y de ventajas sociales. Mientras, hasta entonces, se había obligado a admitir en las universidades y escuelas técnicas a hijos de familias obreras solamente y a excluir de los beneficios de la enseñanza superior a los hijos de las clases enemigas, se abandonó este sistema, injusto para los individuos, cuando se comprobó, no ya su injusticia —que, con el régimen de iniquidad instalado en el Kremlín, no constituye elemento alguno de apreciación—, sino su carácter perjudicial para los intereses del Sistema; cayéndose en la cuenta de que ser heredero de una tradición cultural preparaba mejor para el servicio del Estado que el analfabetismo del padre y de los antepasados. A partir de este momento, las únicas discriminaciones admitidas fueron las del mérito y las del... dinero. Así, las becas de estudio no fueron otorgadas ya a los estudiantes necesitados, sino a los más meritorios —hijos de privilegiados o de proletarios, o de ex-*burzhui*—, teniendo los demás que pagarse sus estudios. En 1938, los estudiantes inscritos en las universidades rusas se repartían

[25] Citado por W. H. CHAMBERLIN en *The Russian Enigma*, Nueva York, 1943. Como puede verse, dicho Vsévolod Ivánov, en este ditirambo, revela conocimientos históricos bastante relativos, ya que Iermak no vivía en el tiempo de Pedro el Grande, sino en el de Iván el Terrible, durante cuyo reinado emprendió la conquista de Siberia por cuenta de los «mercaderes feudales» Stroganov. En cuanto al «invencible Napoleón», los rusos —que, en efecto, lo derrotaron— no fueron quienes le obligaron a abandonar el Gran Ejército, sino las noticias provenientes de París acerca del levantamiento del general Malet y, sobre todo, de los manejos con los aliados de sus colaboradores Fouché y Talleyrand.

como sigue: 47,3 por ciento, hijos de empleados y de intelectuales; 50,2 por ciento, hijos de trabajadores manuales y de campesinos; el resto, de proveniencia indeterminada. Lo que viene a significar que clases sociales que no representaban más que el 6 por ciento de la población total, proporcionaban casi la mitad de la población estudiantil. Otro cambio, cuyo efecto fué favorecer a las capas más pudientes del cuerpo social, se había verificado con la abolición de la gratuidad de la enseñanza superior: en 1939, los estudiantes debían pagar aranceles y derechos de examen según cuotas variables, 30 rublos en las escuelas técnicas de provincias, 500 en los conservatorios de música y escuelas de bellas artes; sumas, estas últimas, asequibles solamente a las familias de funcionarios, de dirigentes industriales, de oficiales, de los miembros más influyentes del partido. Ello no puede extrañar si consideramos que, mientras en las épocas heroicas los protagonistas de las novelas soviéticas —escritas según las normas del «realismo socialista»— eran obligatoriamente obreros de choque en lucha contra el ingeniero saboteador, o florecientes campesinas colectivizadas que empleaban su tiempo libre en ridiculizar al pope, agente de la superstición; poco a poco, a partir de 1936, el modesto y noble trabajador fué desplazado por el técnico, el intelectual, el médico, el apuesto oficial de la guarnición de Moscú.

Todo ello, evidentemente, respondía a una necesidad que había que afrontar si se quería evitar desperfectos fatales en la máquina del Estado: la de establecer categorías sociales diferenciadas, únicas capaces, en razón del lugar que así sería concedido al mérito, es decir, muy a menudo, a la competencia individual bajo todas sus formas, de asegurar un mejor rendimiento económico y una mayor racionalización política. Razón por la cual la «constitución más democrática del mundo», al establecer que «cada uno» sería pagado «según su trabajo», y no «según sus necesidades», daba vida jurídica a un sistema de remuneración seleccionado conforme a los principios de la utilidad; consiguiendo el efecto de proporcionar al Estado la adhesión incondicional de una fuerte minoría de ciudadanos que, aun cuando a menudo no pertenecieran al PC, se encontraron atados al carro dzhugashviliano por el juego de los intereses creados. Con ello, en pocos años, Stalin había podido granjearse la adhesión de un nutrido conjunto de ciudadanos que puede cifrarse en 12 ó 15 millones de individuos, todos encargados de funciones directivas de mayor o menor cuantía [26].

---

[26] Ver capítulo XII, nota 6. Que la propiedad privada haya sido suprimida en Rusia no impide que en ese paraíso de los trabajadores desalienados, el abanico de los salarios tenga una apertura de 1 a 50, mientras que, en la Francia de la Tercera República, era de 1 a 8 (actualmente es mucho más abierto, pero esta vez estamos en plena descomposición política y social). En Rusia, el nivel de vida de los privilegiados, aun-

que no descansa en la propiedad privada, es función que pertenece a una oligarquía, de suerte que los privilegios de los miembros de esta *élite* constituyen el equivalente de una *possessio* determinada por la función. Hasta la muerte de Stalin, este fenómeno no hizo más que confirmarse, y nada señala que, desde 1953, sus herederos no hayan hecho nada para cambiar este estado de cosas. Un malintencionado diría que están demasiado ocupados en liquidarse mutuamente para que la suerte de las clases humildes logre interesarlos. Ver al respecto la obra de G. E. AKHMINOV, *La puissance dans l'ombre ou le fossoyeur du communisme* (París, 1952) en la que se estudia la ascensión de la casta industrial, y la del ex-dirigente yugoslavo MILOVÁN DJILAS, *The new Class. An Analysis of the Communist System*, Nueva York, 1957, estudio exhaustivo de la captación de la sociedad rusa por las capas superiores del PC autoidentificadas con una clase de «propietarios».

* * *

(*N. del E.*—Se hace necesario mencionar aquí la existencia de la División Azul que, si bien vino a ser una participación pequeña, una división más entre tantas como actuaron en el frente del Este, sus «consecuencias» sí fueron grandes, si repasamos las reseñas y comentarios de la época, precisamente si nos paramos a considerar las intenciones de los «grandes» de entonces, que les llevaron a desorbitar la existencia de nuestra División, mezclándola aviesamente con el manoseado «caso español».

Desde el particular punto de vista español, la circunstancia de la División Azul representó sencillamente un noble hecho heroico, una gesta como hay tantas en la Historia de España. Convocados sus voluntarios al calor de la afortunada frase «Rusia es culpable», ante los banderines de enganche, establecidos al efecto, se apretujaron los jóvenes españoles con verdadero espíritu anticomunista: «España, hoy, se limita a libertar la pasión de su juventud para que entre en la batalla preferida».

Y si la convocatoria arrancó de una circunstancia popular: el hecho de combatir al comunismo fuera de la patria, la respuesta a dicho llamamiento encontró un eco verdaderamente nacional: representaciones de todas las clases sociales del país poblaron sus filas, obreros y empresarios, profesores y estudiantes, políticos de altura y militares de alta graduación formaron en esta División Española de Voluntarios; tanto que el primer jefe de la misma desempeñó meses más tarde el cargo de ministro en el Gobierno español, siendo invitado posteriormente a visitar las instalaciones de defensa de los Estados Unidos.

El bautismo de fuego lo recibió la División Azul al relevar a mediados de octubre de 1941 a la 126 alemana, en el sector comprendido en las cercanías de la ciudad de Nowgorod, desde el lago Ilmen hasta el poblado de Lobkowno, a lo largo de la margen izquierda del río Wolchow. Al atravesar dicho río se produjo el primer combate de importancia, sobre el que dijo el correspondiente parte de guerra: «La 250 división (española) se ha batido en su primer encuentro con el enemigo, bajo mis órdenes, de una manera admirable».

Pero donde la División Azul dejó constancia de su importancia bélica fué en el sector de Possad, de cuya actuación ha quedado escrito: «Entre las grandes batallas de la guerra rusa, el parte oficial del ejército alemán "destacaba especialmente la actuación de la División Azul"». Algún tiempo después llegó a conocimiento del Estado Mayor un comentario publicado en la prensa

militar soviética, en el que un oficial del ejército rojo describía la famosa batalla de Possad. Hecho limitado cuanto se quiera, pero lo suficientemente capaz de arrancar tal comentario a un profesional castrense que no escribiría precisamente por amor a la literatura, sino con la pretensión de hacer más meritoria la acción de sus soldados, avalada, en fin de cuentas, por la categoría de los combatientes de enfrente «que no fueron soldados ordinarios».

He aquí, excesivamente resumido, el suceso bélico de la División Azul, que con ser evidentemente valioso, lo es menos que la circunstancia político-histórica que tal suceso representa o, mejor dicho, representó: guerra al comunismo en su propia guarida. Es decir, la realización de una idea española que, al cabo de dieciséis años, ha venido a resultar una verdad universal; dicho sea sin ánimo de molestar a nadie.)

Capítulo XVI

«UNCLE JOE!»...

El último grito de Gubelman — El Patriarca, o de los recuerdos de infancia — Calvario de los generales del pueblo — Jorge VI y su álbum de familia — Teherán, «comer y rascar...» — Porcentajes demográficos y el mito de la voluntad del pueblo — Yalta y la paz perdida — *The greatest democrat in the world!*

La manifestación más extraordinaria del gran viraje realizado por el régimen staliniano poco antes de la guerra, debemos encontrarla en su política religiosa, que tanto influjo ejerció en el alma del pueblo ruso una vez que se encontró hundido en la lucha más cruel de su historia.

En el curso de un capítulo anterior, vimos que el censo de 1956 había impresionado a las autoridades soviéticas por cuanto les había revelado que los rusos seguían confesando su fe cristiana en número demasiado elevado para que se pudiera considerar que los Planes Quinquenales para la implantación «científica» del ateísmo habían obtenido, incluso, un éxito relativo. Entonces, las cifras no fueron reveladas y el resultado de este censo fué mantenido en el secreto más riguroso; pero, también en Rusia soviética, los secretos mejor guardados acaban por emerger tarde o temprano a la superficie universal y, pronto, nadie ignoró en Moscú que la causa del secreto residía en los fracasos del compañero Emeliano Iaroslavskiy-Gubelman en materia de lucha antirreligiosa. Sin embargo, no se trataba más que de hipótesis sobre las cuales resultaba imposible edificar algo seguro. Pero, en 1939, el mismo patriarca de la Iglesia atea comunista, reveló en su boletín que había adquirido la prueba de que las dos terceras partes de la clase campesina y una tercera parte de los habitantes de las ciudades seguían considerándose como cristianos creyentes, y que la mayoría de ellos abogaban por una política de libertad religiosa que les permitiese practicar su religión sin correr peligros; y escribía: «Los trabajadores deben saber que la religión y el comunismo constituyen dos órdenes de ideas diferentes y contradictorios... Lenin demostró

muchas veces la oposición inconciliable del comunismo y de la religión. Durante toda su vida, se esforzó por arrancar al pueblo su religión y por inculcarle una ideología materialista en la cual ninguna religión pudiera ocupar el menor lugar. Lenin escribía que Dios es una abominación comparable a la de las relaciones sexuales con un cadáver... La religión no puede servir al socialismo. Tan sólo puede perjudicarlo» [1].

Esto, en verdad, más que un grito de alarma, es el último aullido de la bestia acorralada. Es que el ciudadano Gubelman ha podido comprobar que su argumentación científica contra la religión no ha obtenido los resultados apetecidos y que, único entre todos los ejecutores de los varios PQ, él no ha podido alcanzar los objetivos señalados por el Jefe Genial; por cuya razón exhala su rabia impotente en insultos y blasfemias. Como buen jefe de una Iglesia dogmática, pide inmediatamente la ayuda del brazo secular y exige sanciones judiciales contra los padres que se niegan a enviar a sus hijos a las escuelas ateas. Y el Procurador General de la URSS, Andrei Vishinskiy, le contesta inmediatamente que, de ahora en adelante, semejantes delitos serán castigados con severidad: «Cuando se verifiquen casos de obstinación absoluta por parte de los padres, los tribunales tendrán la consigna de privarlos del derecho de educar a sus hijos y podrán decretar la transferencia de estos últimos a instituciones del Estado. Además, de ahora en adelante, los padres no podrán obligar a sus hijos a que sigan los cursos de instrucción atea, ni ejercerán presión sobre ellos, para que cumplan con los preceptos de la religión» [2].

Tampoco sirvió de nada. Cuando estalló la guerra con Alemania, los rusos, en su mayoría, aceptaron hacerse matar y sacrificaron sus últimas apariencias de libertad en aras de la patria invadida, a condición de que se dejara de perseguirlos en su calidad de creyentes, del mismo modo que ya se había dejado de considerar a una parte de ellos como ciudadanos de segunda categoría por sus orígenes no proletarios. «Esta vez —indica Ammann— la Iglesia rusa ortodoxa siguió de modo fiel a los jefes del Estado bolchevique. El Metropolita Sergio mantuvo, pues, una línea nacional. Quizá recordara a su patrono, el Metropolita Sergio de Radonezh, cuando dió la bendición a su gran príncipe antes de la victoria sobre los tártaros. De todos modos, se declaró abiertamente, con la palabra y con la pluma, por el gobierno y por la guerra; la Iglesia, incluso, donó al ejército rojo una columna de carros armados que, con clara alusión a la época de los tártaros, tomó el nombre de Dmitriy Donskoi» [3].

---

[1] *Bezbózhnik*, del 21 de julio de 1939.

[2] Emisión de Radio Vaticano, con fecha 2 de agosto de 1939.

[3] A. M. AMMANN: *Op. cit.*, parte II, sección 2. Pronto veremos qué es lo que hay detrás de todo eso.

Había debido correr bastante agua bajo los puentes de Moscú desde los días en que el gobierno soviético confiscaba los bienes de la Iglesia para hacer frente a la primera de sus grandes hambrunas, para que Stalin aceptase tal regalo y, asimismo, se denominó a una de las tres distinciones más elevadas del ejército ruso con el nombre del vencedor de Kulíkovo. Y es que en aquellos días las aguas de los ríos rusos solamente arrastraban amenazas y derrotas, y que, si se quería recibir mayores cantidades de material americano, había que adherirse, al mismo tiempo que a las libertades democráticas proclamadas como esenciales por la Carta Atlántica, a los conceptos de libertad religiosa preferidos por el presidente Roosevelt.

En la doble necesidad de apaciguar a sus aliados y de conseguir la colaboración del pueblo ruso, radica la causa de las medidas que, a partir del comienzo de la guerra, Stalin hubo de resignarse a tomar a favor de la Iglesia; medidas que culminaron, durante la primavera de 1943, en el reconocimiento por parte del gobierno de la existencia jurídica de la autoridad patriarcal como autoridad suprema en materia de administración eclesiástica; en el permiso dado a los jefes de la Iglesia ortodoxa de organizar un Sínodo para la elección de un nuevo Patriarca; en la apertura de una escuela de teología para laicos; en la facultad otorgada al Metropolita Sergio para publicar una hoja eclesiástica oficial; en la concesión a los sacerdotes del derecho a impartir la enseñanza religiosa a los muchachos de menos de dieciocho años, tras solicitud de los padres; y en la supresión del... *Bezbózhnik* y demás organismos dependientes del compañero Emeliano Gubelman.

El 8 de septiembre de 1943, el Metropolita Sergio quedó elegido Patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa. En los días siguientes, fué recibido por Stalin en audiencia particular. Durante este coloquio, verdaderamente extraordinario, el Presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, tal era su nueva función, además de las de Secretario General del partido y de Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas y Mariscal de la Unión soviética, debió recordar, no se sabe bien con qué sentimientos, sus ya lejanos años de alumno del seminario de teología de Tíflis y pensar que, si seguían en vida algunos de los antiguos maestros que lo habían echado por revolucionario y ateo, probarían extrañas sensaciones al verlo departir con el nuevo jefe supremo de la Iglesia rusa [4].

---

[4] Sergio falleció el 15 de mayo de 1944. Antes de proceder a la elección de su sucesor, la Iglesia rusa buscó el reconocimiento de la Iglesia oriental en su conjunto, puesto que, a los teólogos rusos, la presencia de los demás Patriarcas o de sus representantes parecía necesaria para la elección del nuevo Pontífice. Sus enviados obtuvieron efectivamente este reconocimiento como lo demuestra la presencia en Moscú, durante el Sínodo, de los Patriarcas de Alejandría, Antioquía y Georgia y de los delegados de los de Jerusalén, Servia y Rumania. Antes de la elección, el representante del Go-

Si con todas estas medidas, Stalin pudo procurarse finalmente la resignación del pueblo ruso de modo a aprovechar mejor la tan apetecida ayuda de las potencias anglosajonas, ello, asimismo, le sirvió poderosamente para transformar al ejército rojo —que, salvo raras excepciones hasta 1942, había dado pruebas tan débiles de su eficacia— en un instrumento de combate dotado de todas las virtudes de un ejército nacional.

Estas primeras pruebas habían revelado la incapacidad casi total de los jefes provenientes de la guerra civil, llegado el momento de enfrentarse con enemigos bien entrenados y mejor mandados aún, como los soldados de Mannerheim y los de Hitler. El mismo Stalin hubo de reconocerlo ante Roosevelt y Churchill a quienes dijo, durante la conferencia de Teherán, que, «en la guerra de invierno contra Finlandia, el ejército soviético se mostró muy pobremente equipado e hizo muy mal papel. Después de esta guerra, todo el ejército soviético fué reorganizado. Pero, más tarde también, cuando los alemanes atacaron, no se podía decir que el ejército rojo fuera una fuerza combatiente de primer orden. Durante la guerra con Alemania, el ejército rojo mejoró de modo constante desde el punto de vista de las operaciones, de la técnica, etc.... Y, ahora, es un buen ejército, verdaderamente. En suma, la opinión se equivocó con respecto al ejército rojo porque no creyó que este ejército pudiera reorganizarse y mejorarse durante un período de hostilidades». Esto, el primero de los jefes militares europeos que hiciera comprobar a Stalin, a precio de buenas y rudas lecciones, las fallas de su sistema militar, quiero decir, el mariscal Mannerheim, lo confirmó personalmente cuando, después de la guerra, dijo al escritor francés Alfred Fabre-Luce: «En 1939, los rusos ignoraban todavía los principios más elementales del trabajo de estado mayor. En 1943, tenía ante mí un ejército muy diferente» [5].

Esta falta de competencia en materia de trabajo de estado mayor tal como

---

bierno soviético pronunció un discurso muy laudatorio en honor del Metropolita Alejo de Leningrado, que, por consiguiente, fué elegido Patriarca de la Iglesia rusa y reconocido como tal por las Iglesias orientales (enero de 1945). En su primera carta pastoral, Alejo condenó ásperamente al nacionalsocialismo y a su agente..., el catolicismo romano. La alianza era completa. En el capítulo XVIII tendremos la oportunidad de estudiar los desarrollos de esta colaboración y lo que de ella piensan los ortodoxos no esclavizados de Rusia y de la emigración.

[5] A. FABRE-LUCE: *Une rencontre avec Mannerheim,* en revista «Ecrits de Paris», núm. 75, febrero de 1951. El autor sitúa esta conversación en el siguiente escenario: «Hace tres o cuatro años, hacia finales del invierno, me encontraba en un albergue de montaña de Suiza...», lo que nos hace pensar en febrero o marzo de 1947 o 1948.

Detalles sabrosos acerca de la estrategofobia de los «mariscales del pueblo» figuran en la obra del coronel K. D. KALINOV: *Les Maréchaux soviétiques vous parlent...,* París, 1950, obra, por lo demás, bastante conjetural.

la revelaron la guerra de Finlandia y las operaciones de 1941, fué compensada rápidamente, en primer lugar, por la remoción a empleos subalternos de grandes jefes que debían sus estrellas a sus méritos políticos, como los mariscales Budionniy y Voroshílov, y que, desde entonces, no habían querido estudiar los elementos de la más sencilla estrategia, a la que consideraban como una ciencia burguesa superada por la dialéctica proletaria; luego, por el ascenso a los altos cargos de hombres que, si bien en muchos casos habían conquistado sus primeros grados durante la guerra civil o la campaña de «deskulakización», no por ello habían dejado de estudiar las disciplinas básicas de su nueva profesión; finalmente, por el nombramiento para el puesto de jefe del Estado Mayor General, del mariscal Shapóshnikov, antiguo coronel del Estado Mayor imperial. De los antiguos jefes de la guerra civil, no subsistió más que el mariscal Timoshenko y tan sólo porque se había empeñado, pese a su pasado revolucionario, en estudiar como un joven teniente los textos que figuran en los programas de las escuelas de Guerra y en hacerse instruir por aquéllos de sus colegas que, provenientes del antiguo ejército, eran más versados que él en táctica y en estrategia. Comisario de Guerra, reemplazando a Voroshílov, Timoshenko suprimió —mientras duraron las hostilidades— el cuerpo de comisarios políticos porque su presencia perjudicaba la disciplina y debilitaba la autoridad de los oficiales, obligó a los soldados al cumplimiento de la disciplina más estricta y, lo que es infinitamente más importante, sometió a todas las unidades del ejército a un entrenamiento intensivo mediante maniobras incesantes y el desarrollo de las escuelas de fuego en los centros de instrucción establecidos en las regiones no afectadas por la guerra. Al mismo tiempo, se llevó a través del país una propaganda patriótica en la cual las virtudes tradicionales del soldado ruso y de sus grandes conductores, de Dmitriy Donskoi a Kutúzov, eran exaltadas sin que ya se hablara de Steñka Razin ni de Chapaiev, propaganda que encuentra su ilustración en el pasaje siguiente de un editorial de la *Komsomólskaia Pravda,* órgano oficial de la Unión de las Juventudes Comunistas: «Cada familia soviética, cada escuela, cada organización política tiene el deber de inspirar a la juventud soviética, desde la más tierna edad, estas cualidades necesarias al soldado rojo: el espíritu militar, el amor por la guerra, la resistencia, el sentido de la iniciativa y una lealtad sin límites» [6].

Toda esta preparación, política, patriótica, espiritual, estaba terminada prácticamente a finales del verano de 1942, poderosamente respaldada por unos pocos meses de ayuda americana. Grandes unidades, entrenadas en Siberia y

[6] «La Verdad de los Komsomoltsi», 21 de mayo de 1941 (*Komsomólskaia Pravda*). La palabra *Komsomol* es la sigla de *Kommunísticheskii Soiuz Molodiózhi:* Federación de las Juventudes Comunistas.

perfectamente equipadas gracias a la actividad de las fábricas de los Urales y de Asia central y a los envíos en masa de material bélico norteamericano, habían colmado los vacíos producidos en la máquina militar soviética por las embestidas de la *Wehrmacht*. Nuevos jefes, jóvenes y cuidadosamente instruídos, vinieron a relevar a los antiguos comandantes que dos años de guerra habían desgastado. La moral de la nación, terriblemente afectada por las derrotas de 1941 y 1942 y por las privaciones de toda especie a las cuales las autoridades habían sometido a los elementos no militares, comenzó a levantarse. La Unión Sagrada alcanzó su punto más alto. Pero, era necesaria una victoria sensacional.

* * *

Aquí tenemos que volver a ocuparnos de los aliados de Rusia.

El 21 de septiembre de 1941 había tenido lugar en el Palacio de Saint-James una curiosa ceremonia en el curso de la cual varios centenares de altos personajes, pertenecientes al mundo político inglés y al cuerpo diplomático acreditado en Gran Bretaña, pudieron ver a su Graciosa Majestad el Rey Jorge VI estrechar la mano del señor Iván Maiskiy, representante ante su persona de un gobierno que, veintitrés años antes, hizo asesinar a su pariente el Emperador Nicolás II. Nadie, en aquel día, pensó que podía haber algo desagradable en semejante apretón de manos, o, si alguien llegó a pensarlo, es probable que sin tardar fijara su atención en un objeto más interesante, porque, ante los representantes de todas las potencias aliadas, el señor Maiskiy, con la voz clara de quien dispone de una buena conciencia, leía la declaración siguiente que era la adhesión solemne de su gobierno a los principios de la Carta Atlántica: «La política exterior del gobierno de la Unión soviética se inspira en el principio de la autodecisión de los pueblos. En este espíritu, la Unión soviética defiende el derecho de cada nación a la independencia y la integridad territorial, así como el derecho de darse la forma de gobierno que juzgue más oportuna para su propio progreso económico y su desarrollo cultural.» A esta ceremonia trascendental asistían, obvio es decirlo, los representantes de las repúblicas de Polonia, Estonia, Letonia y Lituania, ocupadas entonces por el invasor alemán.

Ahora bien, algunas semanas antes de la adhesión del gobierno soviético a los principios de la Carta Atlántica, el ministro inglés de Relaciones Exteriores, Anthony Eden, había realizado un viaje a Moscú donde Mólotov le había sometido el esquema de un acuerdo anglo-ruso-americano «en el cual se reconocían las reivindicaciones soviéticas sobre los Estados bálticos, Finlandia y Polonia oriental» [7]. Acuerdo que Roosevelt no podía ignorar. Sin

[7] J. T. FLYNN: *Op. cit.*

embargo, *en 1942*, declaraba al embajador de Polonia en Wáshington, y, más tarde, al general Sikorski, jefe del gobierno polaco en el exilio, que vigilaría personalmente la aplicación estricta, al término de las hostilidades, de las estipulaciones de la Carta Atlántica por las potencias firmantes [8]. Lo cual viene a probar que, varios meses antes de la entrada de los Estados Unidos en el conflicto, Roosevelt alimentaba el propósito de conseguir, al precio de concesiones territoriales efectuadas en carne ajena, la amistad de Stalin. Y, para que ésta resultara más fácilmente hacedera, nombró como embajador en Rusia a un hombre enteramente de su devoción, Averell Harriman, beneficiario de importantes concesiones mineras en la Rusia del tiempo de la NEP. Por si esto no bastara, en el momento mismo del estallido de las hostilidades germano-soviéticas, había enviado a Moscú a su amigo y eminencia gris Harry Hopkins, para que preguntara al catecúmeno del Kremlín qué era aquello que necesitaba para llevar la guerra adelante con probabilidades de triunfar. A su vuelta, Hopkins afirmó que era sencillamente ridículo considerar a Stalin como a un comunista. No era más que un nacionalista ruso [9]. Harriman expresó el mismo parecer cuando declaró que Stalin no era en absoluto comunista revolucionario. Comentarios superficiales que valiosamente utilizados por Roosevelt hicieron evaporarse el argumento de Polonia y de los pequeños Estados limítrofes de Rusia y, al mismo tiempo, convencer a Churchill de la necesidad de dispensar a los rusos toda la ayuda necesaria sin cometer el error de exigir de ellos compensaciones de orden diplomático, político, económico o, simplemente, moral. Extraña manera de concebir las relaciones internacionales, inclusive entre potencias asociadas.

Entretanto, el material bélico norteamericano afluía en cantidades impresionantes a Rusia del norte y a Siberia. Las materias primas necesarias para el funcionamiento de las fundiciones de acero de los Urales salían sin cesar de los puertos estadounidenses e ingleses y, rápidamente, las fuerzas armadas soviéticas se recuperaban. Las unidades recibían un entrenamiento racional, las piezas de artillería, los aviones y los carros armados se acumulaban en la retaguardia de las unidades combatientes, cuyo relevo, esperado de un momento a otro, precedería en pocos días al desencadenamiento de la primera ofensiva

---

[8] El detalle de las promesas hechas a los polacos por el presidente Roosevelt figura en la obra del que fué embajador de Polonia en Wáshington durante la guerra, JAN CIENACHOWSKI: *La rançon de la victoire* (París, 1947, traducido del inglés), y en la de STANISLAW MIKOLAJCZYK: *La violación de Polonia, modelo de agresión soviética* (versión española; Barcelona, 1950). En cuanto a las relaciones de Harry Hopkins con su educando georgiano figuran con todos sus pormenores en la obra de ROBERT S. SHERWOOD: *Roosevelt and Hopkins*, Nueva York, 1948.

[9] R. S. SERWOOD: *Op. cit.*

soviética de gran estilo [10]. Mas, tanto como este material bélico, Stalin necesitaba la apertura de un segundo frente europeo al objeto de aflojar la presión ejercida sobre Rusia por la masa de las fuerzas alemanas. Pero los aliados no estaban listos y sólo podían multiplicar sus operaciones de bombardeo contra

[10] La ayuda norteamericana a la URSS en guerra ha sido importante, sobre todo durante el bienio 1941-1942. He aquí las cifras de material entregado por el Gobierno de Wáshington durante todo el período de las hostilidades (salvo para la campaña de Manchuria):

Aéreos todas categorías	14.800
Carros armados	7.056
Coches blindados de reconocimiento	3.200
Automóviles todas categorías	427.000
Cañones antiaéreos	8.200
Motocicletas	35.200
Ametralladoras ligeras	135.000
Tractores	8.070
Locomotoras	1.980
Vagones de carga	11.155
Vapores de carga	90
Cazadores de submarinos	105
Torpederos todas categorías	197
Explosivos (en toneladas)	345.735
Motores Diesel	7.600
Teléfonos	400.000

(estas cifras no comprenden las materias primas no elaboradas, como acero y hierro en lingotes y la maquinaria de transformación, como tampoco los productos alimenticios entregados en grandes cantidades).

De estas cantidades, el Gobierno soviético admite haber recibido sólo el 65 por 100. La diferencia debe ser puesta a cuenta de las pérdidas ocasionadas por la guerra submarina.

Señalemos también que, de 1940 a 1945, la producción bélica soviética alcanzó las cifras siguientes:

Aéreos todas categorías	106.000
Carros armados	128.500
Camiones y automóviles	950.000

Ello significa que si consideramos tan sólo las cifras admitidas por los rusos, la ayuda americana alcanza los porcentajes siguientes en relación con las cifras de la producción soviética:

Aéreos	7,1 %
Carros armados	9,5 %
Camiones y automóviles	22,2 %

(cifras proporcionados por K. D. KALINOV en *Les Maréchaux soviétiques vous parlent*).

Cuando empezó la guerra fría, la propaganda soviética que hasta entonces había admitido que la ayuda norteamericana representó una parte determinante en la recuperación de las fuerzas armadas rusas después de las derrotas del comienzo, empezó a

los centros industriales germánicos con el propósito de reducir su producción bélica y de desorganizar sus vías de comunicación, propósito que sólo fué alcanzado —y únicamente de modo relativo— en la última fase del conflicto.

En estas condiciones, en septiembre de 1942, empezaba la batalla de Stalingrado, que alcanzó su término el 2 de febrero de 1943, con la capitulación del VI Ejército alemán del mariscal Paulus.

La posesión de Stalingrado hubiera dado a las armas alemanas el control de la vía fluvial más importante de Rusia y, por ende, mayores posibilidades para preparar un nuevo avance en dirección de los Urales, proceder a una firme ocupación del Cáucaso y captar de modo definitivo los recursos rusos en petróleo y carbón necesarios a la victoria. Para los rusos, una derrota en Stalingrado hubiera sido definitivamente más perjudicial que la pérdida de Moscú, con el agravante de que, de semejante derrota, su opinión pública quizá no hubiese podido recuperarse. Pero ello pertenece a la esfera de las hipótesis en que los estrategas se complacen, en tiempos de paz.

Las fuerzas de Paulus habían ocupado casi totalmente la ciudad, alcanzando las grandes fábricas «Octubre Rojo», el 28 de septiembre. En el comienzo, los soviéticos sólo habían conservado, en los barrios arruinados de la antigua Tsáritsin, una pequeña cabeza de puente en la orilla derecha del Volga, y los alemanes, al concentrar todas sus fuerzas para reducirla, habían cometido el error de detener su movimiento hacia adelante. Momento de respiro que el mando soviético supo aprovechar para rodear el saliente del Volga en el cual se extiende la ciudad y copar completamente al ejército de Paulus. El dispositivo soviético estaba puesto bajo el mando del joven general Konstantin Rokossovskiy, que —actuando en el plan bélico más vasto organizado por Zhukov— supo impedir que los socorros enviados bajo las órdenes de los mariscales von Mannstein y von Bock pudieran establecer contacto con las fuerzas cercadas. Una vez agotadas las municiones y las reservas de víveres, Paulus, a quien

---

minimizar estas aportaciones de material y, pronto, llegó a proclamar que no representaron ninguna utilidad. El coronel Kalinov resta toda eficacia a esta propaganda al recordar: «Cuando recibimos por la Transiraniana los primeros *Sherman*, setecientos cincuenta de ellos fueron entregados a tiempo para la batalla de Stalingrado...», *Op. cit.*

En cuanto a los Estados Unidos, el 23 de diciembre de 1952, el Departamento de Comercio dió a conocer un informe acerca de la ayuda concedida a las naciones extranjeras en el período comprendido entre el 30 de junio de 1941 al 30 de junio de 1952. El término «Créditos y Concesiones» alcanza la cifra de 82.000 millones de dólares que fueron aprovechados mayormente por Gran Bretaña con 36.000 millones y Rusia, con 11.000. Se trata de una diferencia bastante grande, pero consideremos que los ingleses han recibido dinero norteamericano durante todo el lapso de tiempo señalado, mientras que los rusos tan sólo del comienzo al final del conflicto, es decir, durante cuatro años frente a los once de los ingleses.

Hitler acababa de otorgar el bastón de mariscal, capituló, el 2 de febrero, al término de una batalla en la cual el heroísmo, la ferocidad y los horrores de la guerra moderna habían alcanzado alturas nunca vistas en la historia. Según cifras soviéticas, los prisioneros capturados fueron 93.700; 125.000 según los alemanes. Entre ellos figuraba un mariscal, 21 generales y centenares de oficiales superiores, que fueron conducidos a sus lugares de cautiverio en trenes sanitarios soviéticos, mientras sus soldados, fraccionados en numerosos grupos, eran llevados a pie, en medio de tempestades de nieve, y obligados a caminar durante semanas porque no había trenes para ellos. Según las fuentes más merecedoras de crédito, la mayor parte de estos desgraciados sucumbieron en el camino. En todo este asunto, la *Wehrmacht* perdió un millón de hombres entre muertos, heridos y prisioneros, 3.000 aviones y 5.000 carros de asalto, y sufrió una baja de prestigio extraordinaria.

Entonces, la ofensiva de invierno del ejército soviético se desarrolló a lo largo de todo el frente. Los alemanes tuvieron que abandonar la mayor parte de los territorios ocupados durante el año 1942. Después de haber pasado el Dóniets, las tropas rusas reconquistaron Kursk, Biélgorod, Járkov, Voroshílovgrad y Rostov. Pero, en el verano, la *Wehrmacht* desencadenaba una contraofensiva que le permitía recuperar Járkov, Biélgorod y la mayor parte de la cuenca del Dóniets y conservar Sebastopol, Kerch y Novorosiisp.

* * *

En el momento en que la batalla por Stalingrado empezaba a asumir toda su amplitud, importantes efectivos angloamericanos, puestos bajo el mando del general Dwight Eisenhower, fueron desembarcados en Africa septentrional, entre el 8 y el 11 de noviembre de 1942, y obligaron a los germano-italianos, que estaban operando en retirada en Tripolitania bajo la presión de los ingleses, a replegarse apresuradamente sobre Túnez, donde la *Wehrmacht* había constituído una cabeza de puente.

La batalla por la Regencia, llevada con vacilación por el mando anglo-americano, se prolongó hasta el 13 de mayo de 1943, día en que desapareció la cabeza de puente tunecina. Así, el segundo frente ofrecido a Stalin por Roosevelt, al desaparecer pocos meses después de su apertura, revelaba su completa inutilidad. En efecto, los alemanes, para resistir a la ofensiva de verano del ejército rojo, no tuvieron que retirar ninguna de las divisiones que habían dejado para la guardia de las costas atlánticas.

Los jefes militares norteamericanos no pensaron nunca seriamente que un desembarco en el norte de Africa pudiera tener repercusiones inmediatas sobre el curso general de las operaciones en Europa y, por ende, sobre la suerte de las naciones ocupadas por Alemania. Un poco para responder al llamamiento de Stalin, mucho más para liberar lo más pronto posible a las naciones europeas

a impedir de este modo que una vasta porción del continente cayera entre las manos del comunismo, habían establecido sus planes, en perfecto acuerdo con sus colegas británicos, con vista a un desembarco en las costas de la Mancha. Según ellos, este desembarco debía verificarse, a más tardar, en el verano de 1943. Este plan estratégico —conocido con el nombre de *Operation Bolero*— estaba pronto para ser puesto en acción incluso en 1942, en el caso de nuevo empeoramiento de la situación rusa. Pero Roosevelt, si hemos de fiarnos de revelaciones ulteriores de Henry Stimson, secretario de Guerra, no alimentaba mayores simpatías por el plan *Bolero* y daba sus preferencias a un viejo proyecto de desembarco en el norte de Africa que figuraba en los cartones del estado mayor norteamericano con la designación de *Operation Gymnast* —vuelto a bautizar más tarde *Operation Torch*—. Roosevelt, que no entendía nada de estrategia, y lo reconocía, se había dejado guiar en este asunto por Churchill para quien este plan tenía la ventaja de anular la presión del Eje sobre Egipto y de constituir el primer paso para una invasión simultánea de Italia, por Sicilia, y de los Balcanes, por Grecia, es decir, de evitar que los territorios de Europa Central y sudoriental cayeran entre las manos de Stalin. En el curso de una reunión que tuvo lugar el 21 de junio de 1942 en la Casa Blanca en presencia del descendiente de Malborough, el general George Marshall, jefe del estado mayor norteamericano, afirmó que se podían obtener los mismos resultados al efectuar las operaciones de desembarco en Francia, lo que evitaría extender en demasía las líneas de comunicaciones de los ejércitos de invasión, ya que la directriz Normandía-Elba era mucho más practicable que la de Salónica-Belgrado-Berlín. Roosevelt no encontró objeciones y Churchill tuvo que acceder.

Pero Roosevelt seguía teniendo preferencias por la *Operation Gymnast-Torch*. Encargó, pues, a Hopkins de que convenciera a Churchill de la conveniencia de abandonar la *Operation Bolero*. No hubo muchas dificultades para conseguirlo. Para los ingleses, el plan propuesto por Hopkins tenía la ventaja de poner el canal de Suez y las líneas vitales de comunicación del Imperio británico fuera del alcance del Eje. Y, en la misma época, Londres estaba negociando un préstamo importante en Wáshington. Mas, en pago de su aceptación, exigió que la operación fuera completada inmediatamente por la puesta en marcha de su propio plan sobre la península balcánica. En fin de cuentas, si este plan se reveló impracticable, ello se debió, no tanto al problema de las comunicaciones, como a la oposición del estado mayor yanqui que, aun cuando hubiera sido posible realizarlo todavía, no pudo ni quiso considerarlo porque Roosevelt tenía ya compromisos formales con Stalin con respecto al porvenir de las naciones de Europa central, oriental y sudoriental (y porque, como se sabe ahora, el general Marshall detestaba a los ingleses en general y a Churchill en particular). Comenta J. T. Flynn: «La

invasión de Europa fué, de este modo, postergada un año, hasta 1944. Si ésta se hubiese efectuado en 1943 según el consejo de los jefes militares, los ejércitos angloamericanos hubieran podido disponer de un año entero para abrirse camino, a través de Francia, Alemania y toda Europa oriental, hasta alcanzar las zonas que, por el contrario, se transformaron luego en presa para Stalin. No hubiera habido una Alemania ni una Polonia divididas. Checoslovaquia, Austria, Hungría y, quizá, la mayor parte de los Balcanes no hubieran caído en la tenaza soviética. La única posibilidad para evitar la tremenda situación actual de Europa oriental fué así dejada de lado. Tanto el plan de Churchill para la invasión de los Balcanes como la *Operation Bolero* de Stimson y Marshall hubieran resuelto magníficamente la situación» [11].

Supongamos, empero, que los planes así abandonados —tanto el balcánico como el del desembarco en 1943 en Francia —presentasen realmente incógnitas demasiado peligrosas, si bien no se comprende cómo aquello que reveló su eficacia en 1944 hubiera podido resultar desastroso un año antes. Existen otros elementos que vienen a completar el cuadro de las ligerezas rooseveltianas en materia estratégica.

Desde la entrada de los Estados Unidos en la guerra muchos signos revelaban que la máquina política del Eje empezaba a dar manifestaciones de cansancio. Sin hablar de Italia, que aquí no viene al caso, es evidente que, en Alemania, el pueblo estaba cansado de una guerra que ya no podía ser victoriosa; se sabía que fuertes oposiciones afloraban, aunque con prudencia, en los ambientes militares, religiosos, intelectuales, industriales y diplomáticos, que se estaba constituyendo, en los círculos más responsables de la opinión pública, un frente clandestino antihitleriano (no se dice «antifascista») en el sentido que las izquierdas, marxistas o demoliberales dan generalmente a la palabra, porque estos círculos, con toda evidencia, eran derechistas, que las Iglesias, la católica y la luterana, que nunca habían disimulado su oposición al régimen estaban «trabajando» casi abiertamente al pueblo alemán. Para los aliados, había, pues, una carta magnífica que jugar con estas corrientes, ayudándolas a separar al pueblo alemán de sus dirigentes, al ejército del partido nacionalsocialista. Pero, para ello, había que brindar a los alemanes posibilidades de rendición honorable. El desembarco angloamericano en Africa sep-

---

[11] J. T. FLYNN: *Op. cit.* Todo lo que se refiere a la extravagante historia de las operaciones *Bolero, Gymnast* y *Torch* es ahora muy conocido, y figura, para atenernos a las obras más importantes que tratan de la cuestión, en las *Memorias* de CHURCHILL y en R. S. SHERWOOD: *Roosevelt and Hopkins* (Nueva York, 1948); H. STIMSON y MCGEORGE BUNDY: *On active Service* (Nueva York, 1948); H. W. BALDWIN: *Great Mistakes of the War* (Londres, 1950); C. WILMOT: *The Struggle for Europe* (Londres, 1952).

En lo que atañe a una bibliografía más detallada relativa a los aspectos militares y diplomáticos del segundo conflicto mundial, remito a la lista final de la presente obra.

tentrional, los desarrollos de la batalla por Stalingrado, las derrotas del Eje en Tripolitania, a finales de 1942, habían creado una coyuntura sumamente favorable para una excelente operación político-diplomática, y elementos responsables y honorables de la oposición alemana intentaron ponerse en contacto con los aliados pididiendo condiciones.

Pese a esta coyuntura, cuya utilización realista hubiera permitido ganar al mismo tiempo que la guerra, el 28 de enero de 1943, Roosevelt y Churchill, en Casablanca, lanzaron la famosa tesis de la «capitulación sin condiciones» que implicaba la condena, no sólo de Hitler y de sus colaboradores, sino del pueblo alemán en su conjunto [12].

Sin quitar nada a Winston Churchill, la formulación de esta famosa tesis se debe enteramente a F.D.R. Su hijo Elliot especifica al respecto: «Por el mérito que pueda tener, cabe registrar que la famosa frase fué de mi padre, que Harry (Hopkins) le tomó inmediata y fuerte afición, y que Churchill, mientras mascullaba un bocado, pensó, frunció el entrecejo, pensó otro poco, finalmente sonrió y, por último, declaró: *¡Perfecto! Me puedo imaginar exactamente cómo van a chillar Goebbels y los demás*» [13].

Una vez más, habrá, pues, que salir al paso de la opinión tan extrañamente generalizada de la genialidad churchilliana, ya que, en verdad con este desplante provocado por la frase de Roosevelt sobre la «capitulación sin condiciones», Goebbels logró, sin haberlo buscado y en un momento en que, más que nunca, lo necesitaba, un medio «perfecto» para fortalecer la moral del pueblo alemán y atribuir una «mala conciencia» a los opositores al régimen.

Y así, una vez realizado el desembarco en Italia, cuya capitulación tuvo lugar en septiembre de 1943, los aliados, lejos de encontrar ante sí a una Alemania dividida, tuvieron que resignarse a sostener, durante un año, operaciones no previstas por ellos, antes de poner en práctica la *Operation Overlord,* nuevo nombre de la *Operation Bolero*. Churchill se vió, pues, en la imposibilidad de imponer su propio plan sobre los Balcanes, y la guerra vino a durar bastante tiempo más.

Mientras tanto, a la vez que los occidentales marcaban el paso en Italia frente a las numerosas divisiones que el OKW había tenido que sacar del frente del Este, los rusos emprendían una vasta ofensiva que, de julio a noviembre de 1943, les permitió recuperar Oriol, Bielgorod, Taganrog,

---

[12] Aunque con el evidente deseo de aminorar las responsabilidades aliadas a este respecto, M. MOURIN traza una clara fisonomía del «frente secreto» alemán en su obra: *Les complots contre Hitler (1938-1945)*, París, 1948. Quizá la ausencia de elementos comunistas en este frente explique la repugnancia de F. D. R. para con él. La obra de consulta indispensable sobre el complot del 20 de julio y la resistencia antihitleriana es la de J. W. WHEELER-BENNETT: *The Nemesis of Power*, Londres, 1953.

[13] E. ROOSEVELT: *As He Saw It*, Nueva York, 1946.

Briansk, Novorossiisk, Poltava, Smolensko y el territorio del Kubañ. En cuatro meses la *Wehrmacht* retrocedió 500 kilómetros y perdió más de un millón de hombres entre prisioneros, muertos y heridos.

Roosevelt, que, ya en la época de los primeros encuentros entre Hopkins y el dictador ruso, había declarado que «Harry y Stalin se habían hecho amigotes» [14], entusiasmado por las victorias del ejército rojo, no hacía más que hablar, en público como en privado, de «Uncle Joe», con esa especie de familiaridad unilateral que hace tan particulares las relaciones de un europeo con un norteamericano. Esto quizá nos explique por qué, cuando Cordell Hull salió para Moscú, donde debía empezar, el 19 de octubre de 1943, la conferencia de los ministros de Relaciones Exteriores de las potencias aliadas, no le diera consignas muy precisas salvo de la satisfacer en lo posible los deseos del georgiano.

Estos deseos eran de doble naturaleza, políticos y militares. Los militares fueron satisfechos cuando Eden y Hull hubieron prometido la apertura del segundo frente, en Francia, a más tardar en la primavera de 1944. No resultó tan fácil ponerse de acuerdo sobre reivindicaciones políticas del Kremlín porque, en verdad, Stalin y Mólotov reclamaban el reconocimiento puro y simple de los «derechos» de la Unión soviética sobre los Estados bálticos y una parte importante de aquella Polonia por cuya integridad los ingleses se decidieron a entrar en la guerra y cuya liberación incondicional constituía el fondo de la Carta Atlántica. Por otra parte, en aquella época, los ejércitos rojos ya habían echado a los alemanes más allá del Dniepr y la *Wehrmacht* no ocupaba más que los Estados bálticos y Polonia, donde era evidente que las tropas rusas no tardarían en irrumpir. Habría resultado muy gratuito, pues, que Hull y Eden rechazaran las pretensiones soviéticas. Por otra parte, toda contrariedad hubiera podido incitar a Rusia a retirarse de la Organización de las Naciones Unidas ya antes de que se inaugurara, si tenemos presente el espíritu suspicaz de los dirigentes soviéticos, que desde el comienzo de esta «extraña alianza» había hecho tan penosas las relaciones de los occidentales con ellos, incluso de aquellos que como F.D.R. siempre querían darles la razón [15]. De este modo, los anglosajones cedieron aquello

---

[14] R. S. SHERWOOD: *Op. cit.*

[15] Aunque nada lo haya confirmado aún oficialmente, parece cierto que, durante el segundo conflicto mundial, hubo tentativas de aproximación extradiplomática con vistas a una paz separada, del mismo modo que las había habido durante el primero. Esta vez, las tentativas parecen haber seguido dos direcciones: 1.° desde Alemania hacia los anglosajones; 2.° desde Rusia hacia los alemanes.

En lo que respecta a las primeras, creo poder decir algo por mi cuenta. De 1941 a 1944, cuando ocupaba el cargo de corresponsal de la Agencia Havas en Madrid, tuve la oportunidad de ver constantemente a mi pobre amigo Jean Fontenoy, director

que no podían retener, a condición, empero, de que ello no fuera revelado. Como era necesario asegurar la tercera reelección de Roosevelt, que debía disputarse a finales de 1944, era de temer que la revelación del abandono de aquellos planes le hiciera perder los varios millones de votos representados por los ciudadanos americanos de origen báltico y polaco. No habrá sido uno de los

---

general de la agencia, que, en 1942-43, residió en Portugal, en razón del pésimo estado de salud de su esposa, la aviadora Madeleine Charneaux. Fontenoy pasaba largas temporadas en Madrid, y, en 1943, me confió haber tenido contactos con elementos norteamericanos de Lisboa, en calidad de intermediario encargado de tantear el terreno con vistas a una paz separada ofrecida por los alemanes; éstos proponían continuar la guerra solos contra los rusos y, como prueba de su sinceridad, evacuarían todos los territorios ocupados de Europa occidental. Siempre según Fontenoy, las «negociaciones» habían fracasado porque Hitler se negaba a comprender a Polonia y los Estados bálticos en esta negociación. Aseguraba también que ello había sucedido en 1942 y que no hubo un solo contacto, sino dos, y que la segunda vez los americanos exigieron la entrega de Hitler y de sus «cómplices» como medida previa a toda negociación.

Con respecto a los contactos Rusia-Alemania, no tengo nada que decir personalmente, y remito al lector a la obra ya citada de PETER KLEIST, que les consagra cincuenta páginas apasionantes. Según sus apreciaciones, los rusos fueron quienes lo sondearon durante una estadía que hizo en Estocolmo como encargado de la repatriación de los suecos de los países bálticos. En este asunto, el agente de enlace de los rusos habría sido un cierto Edgar Clauss, hombre de negocios cosmopolita, que recibía sus consignas de Alejandra Kollontai, embajadora de la URSS en Suecia. Los rusos, en el temor, que nunca los dejó hasta el desembarco de Normandía, de ver a sus aliados occidentales abandonarlos (es posible, por lo demás, que fueran informados de los contactos de Lisboa), ofrecían a los alemanes la conclusión de una paz inmediata sobre la base de un retorno a las fronteras de 1941 (después de la partición de Polonia). Una segunda vez, cuando ya la situación de Alemania se había hecho menos favorable, volvieron al asalto, hablando, en esta oportunidad, de las fronteras de 1914. Una y otra vez, Kleist, a su vuelta a Alemania, se puso en contacto con Ribbentrop y con el mismo Hitler. Estos, después de haberlo escuchado e, incluso, de haberle encomendado seguir los contactos con Edgar Clauss, dejaron perder el asunto. De ser ciertas también las afirmaciones de Kleist, este desinterés podría explicarse por la convicción que Hitler alimentaba acerca de un arreglo con los anglosajones sobre la base de la continuación de las hostilidades germanorrusas. Además, los encuentros de Lisboa y los de Estocolmo tuvieron lugar en la misma época, y las vacilaciones de Hitler frente a las propuestas rusas podían, muy bien, provenir de sus esperanzas para con los americanos, así como su orden a Kleist de continuar sus contactos con Clauss, del primer rechazo por parte de Roosevelt, señalado por Fontenoy.

La buena fe de Kleist, evidente en la primera parte de su libro, difícilmente puede ponerse en duda en la segunda. En cuanto a Fontenoy, que se suicidó al final de la guerra para evitar la suerte reservada a muchos franceses por los tribunales de la Liberación, puedo testimoniar personalmente sobre su absoluta honestidad. Su papel en todo este asunto podría ser explicado por su amistad con Otto Abetz y con Pierre Laval.

En cuanto a las tentativas de los alemanes para entrar en contacto con los aliados

rasgos más incoherentes de esta guerra la participación clandestina de Stalin en las operaciones electorales del partido demócrata norteamericano.

El comunicado difundido al final de la conferencia rezaba que:

«1.° Los tres aliados reconocen la necesidad de crear cuanto antes después de la victoria un nuevo organismo encargado de resolver los problemas de la posguerra. Sientan el principio de un vasto sistema de cooperación y de seguridad internacionales en el cual todos los países pacíficos puedan ser incluídos.

»2.° El fascismo y el nazismo deben ser extirpados y reemplazados por un sistema democrático.

»3.° Los criminales de guerra deberán ser juzgados.

»4.° Una comisión consultiva europea será creada con la misión de hacer recomendaciones a los tres gobiernos.»

Estas cuatro condiciones del arreglo suscrito por Mólotov, Eden y Cordell Hull debían ser recordadas porque en ellas se encuentra el origen de las desgracias de nuestra época.

* * *

Desde hacía ya mucho tiempo, posiblemente desde la agresión alemana contra Rusia y, con toda seguridad, desde la de Pearl Harbor, el gran deseo de Roosevelt era encontrarse personalmente con Stalin, porque estaba persuadido de que, de semejante contacto, el hombre del Kremlín saldría convertido definitivamente a los ideales democráticos. Pero Stalin, mientras su situación militar no le permitió poner a sus colegas anglosajones frente a hechos realizados, rehusó cuidadosamente todo contacto personal con el presidente, no ya porque temiera ser seducido por él, sino porque quería evitar que Roosevelt aprovechara sus preocupaciones para inducirlo a compromisos precisos con respecto a Polonia, los Estados bálticos y la península balcánica.

Mas ahora que sus tropas habían tomado la iniciativa con un margen tal de ventajas que los alemanes nunca más alcanzarían a colmarlo, podía ser buen príncipe y dejar que Roosevelt intentara seducirlo.

La reunión de los tres Grandes —el Premier, el Presidente y el Mariscal Supremo— tuvo lugar en Teherán, del 28 de noviembre al 1.° de diciembre de 1943. En el camino, los dos primeros se habían reunido en El Cairo con el mariscal Chang Kai-shë y le habían prometido que, al terminar la guerra con el Japón, China sería restaurada en su integridad absoluta.

---

en los últimos meses de la guerra, encuentran su ilustración en la obra del conde FOLKE BERNADOTTE: *El Final*, Buenos Aires, 1954 (traducido del sueco), y en la de MAXIME MOURIN: *Les tentatives de paix dans le seconde guerre mondiale (1939-1945)*, París, 1949.

En la capital iraniana, Stalin se las arregló para que Roosevelt se alojara en el palacio de la embajada soviética, lejos de las embestidas de Churchill. Sabía que éste, espantado por la progresión de las tropas soviéticas, quería evitar la apertura del segundo frente en Francia y había vuelto a su vieja idea de la operación balcánica si bien, esta vez, para recuperar el tiempo y el terreno perdidos, propusiera un desembarco en la costa dálmata y la utilización del portillo de Liubliana. Contrariamente a los deseos del primer ministro británico, el presidente y el mariscal impusieron la adopción del plan *Overlord* que preveía, como sabemos, un desembarco angloamericano en las costas de Normandía, reforzado por una ofensiva en el sur de Francia.

Más convencido que nunca de que «el amigote de Harry» se había transformado en uno de aquellos demócratas como puede soñarlos el más optimista de los ciudadanos yanquis, Roosevelt no obtuvo, porque no intentó obtener, absolutamente nada. Por el contrario, abandonó al Mariscal Supremo más de lo que pedía: apertura del segundo frente en Francia, renuncia a la operación balcánica que Churchill había intentado hacer aceptar como desarrollo del plan *Overlord,* abandono de Mijailovich a favor de Tito, sacrificio de los Estados bálticos y de Polonia oriental y, lo que resulta más extravagante aún que todo eso, adopción de las bases de una política común soviético-norteamericana contra las posiciones extremorientales de... Inglaterra. Relata Elliot Roosevelt que, al término de un coloquio secreto con el «tío Pepe», su padre le confesó que, visto que «no era posible hablar de ciertas cosas en presencia del viejo Winnie», había propuesto a Stalin formar un frente unido contra la influencia británcia en Extremo Oriente, singularmente en Hong Kong, Shangai y Cantón, y que Stalin había aceptado reconocer la independencia de Manchuria y otorgar su apoyo a Chang contra los ingleses; ya que, habría concluído el presidente, «la cosa más importante que había que esclarecer con Stalin era que Estados Unidos y Gran Bretaña en ningún caso constituían un bloque contra la Unión soviética» [16].

* * *

A la distancia de doce años resulta fácil y penoso— comprobar que si los aliados ganaron efectivamente la guerra contra Alemania el 7 de mayo

---

[16] Estas extrañas conclusiones figuran en la obra ya citada del interesante jovenzuelo que, como sus demás hermanos, se las arregló para dejar bastante mal parada la reputación de su padre.

La Conferencia de Teherán no fué enteramente negativa para la gente de bien: en efecto, durante sus trabajos, la Policía soviética, que había invadido la capital iraniana, arrestó por una mera casualidad al «general» Valentín González (a) el *Campesino,* que se había escapado del campo de concentración donde lo habían llevado sus virtudes públicas y domésticas.

de 1945 cuando el general Jodl y el almirante Friedenburg pusieron su firma en el acta que sancionaba la capitulación sin condiciones de las fuerzas armadas germánicas, los anglo-americanos habían perdido la paz bastante tiempo antes, en Teherán precisamente, cuando abandonaron el plan Churchill de invasión del continente por los Balcanes.

Sin embargo, en diciembre de 1943, no era demasiado tarde para que los occidentales intentasen recuperar el terreno perdido con la *Operation Torch* puesto que, en el comienzo de este terrible invierno, los alemanes seguían luchando bastante lejos de su territorio, en Polonia más allá de la línea del Vístula al este, en Italia meridional en el sur, y que ocupaban siempre sus posiciones balcánicas. Las grandes operaciones con vistas a la destrucción de las últimas fuerzas alemanas, no debían empezar sino al final de la primavera de 1944, y quedaba tiempo más que suficiente para el transporte de los efectivos que hubieran podido cortar a Stalin el camino de la Europa sudoriental y centro-danubiana. Pero, como sabemos, Stalin tenía propósitos bien definidos con respecto a estas regiones, y Roosevelt, convencido de sus buenos sentimientos, había decidido allanarle el terreno que Churchill, persuadido de lo contrario, quería sembrar de obstáculos.

* * *

Las operaciones de desembarco en Francia empezaron el 6 de junio de 1944. Después de alternativas varias, el 25 de julio, se iniciaba la serie de choques de destrucción que se ha dado en llamar «batalla de Francia». Completada por desembarcos en Provenza, ésta encontraba su solución en el mes de septiembre con la evacuación de casi todo el territorio francés por las fuerzas alemanas. A partir de este momento empezaba la batalla de Alemania.

En el Este, los acontecimientos se precipitaban. Stalin nunca había creído seriamente que sus aliados se decidirían un día a desembarcar en el Oeste. Pero, cuando vió que mantenían sus promesas, emprendió con ellos una carrera de velocidad para ocupar, él primero, la mayor parte posible de territorios europeos.

La ofensiva general del ejército soviético, lanzada en el sector norte el 26 de junio de 1944, llevaba a la ocupación de los Estados bálticos, a la aceptación de un armisticio solicitado por Finlandia y a la conquista de las zonas septentrionales de Prusia oriental [17]; en el sector central, a la ocupa-

[17] La llegada de las tropas rusas a las llanuras de Prusia oriental señaló, más claramente quizá que el desembarco de Normandía, que el final estaba a la vista. Pero las reacciones fueron muy distintas, según se tratara de auténticos combatientes o de «luchadores» del *Komintern*. Para éstos, la derrota de Alemania no era el final de la guerra, sino la promesa de los «mañanas que cantan» vaticinados por Gabriel Péri, que

ción de Polonia hasta la línea del Vístula; en el sector meridional, a la capitulación en tres semanas de Rumania, que, por el armisticio del 12 de septiembre, cambiaba de frente y empezaba a combatir a los alemanes; Sofía era ocupada el 18 de septiembre y, en el sector yugoslavo, las tropas rusas daban la mano a los guerrilleros del «mariscal» Tito; mientras los alemanes evacuaban Grecia, donde los ingleses desembarcaban, en el comienzo de oc-

---

cantan y florecen en la sangre de los enemigos del partido. Esta es la razón por la cual el poeta comunista chileno Pablo Neruda pudo escribir un canto de odio, un llamamiento a la degollina, que tituló *Canto al Ejército Rojo a su llegada a las puertas de Prusia,* del que saco las estrofas siguientes:

El Ejército Rojo en las puertas de Prusia. ¡Oíd!, ¡oíd!,
oscuros, humillados, héroes radiantes de corona caída,
¡oíd!, aldeas deshechas y taladas y rotas;
¡oíd!, campos de Ucrania, donde la espiga puede renacer con orgullo;
¡oíd!, martirizados, ahorcados; ¡oíd!, guerrilleros muertos,
tiesos bajo la escarcha con las manos que muerden todavía el fusil;
¡oíd!, muchachas, niños desamparados; ¡oíd!, cenizas sagradas
de Pushkin y Tolstoi, de Pedro y Suvórov;
¡oíd!, en esta altura meridiana el sonido
que en las puertas de Prusia golpea como un trueno.

¡Oíd!, checoslovacos, preparad las tenazas
más duras y las horcas, y las cenizas de Lidice,
para que sean tragadas por el verdugo mañana.
¡Oíd!, impacientes trabajadores de Francia: preparad vuestros ríos inmortales
para que naveguen en ellos los invasores ahogados.
Preparad la venganza, españoles, detrás de la sierra.
y junto a la costa del Sur ardiente;
limpiad la pequeña carabina oxidada, porque
ha llegado el día.

Este es el canto de lo que pasa y de lo que será.
Este es el canto de la lluvia que cayó sobre el campo
como una inmensa lágrima de sangre y de plomo.
Hoy que el Ejército Rojo golpea las puertas de Prusia
he querido cantar para vosotros, para toda la tierra,
este canto de palabras oscuras,
para que seamos dignos de la luz que llega.

Este poema, publicado en la revista moscovita «Literatura Soviética» (Año V, número 2-44, 1946), se reveló profético en lo que: los checoslovacos —que, hasta el día siguiente de la salida de los alemanes, no habían realizado la menor tarea de sabotaje (los ejecutores del jefe de la *Gestapo,* Heydrich, habían venido especialmente de Londres)— asesinaron a un medio millón de alemanes y de sudetes, sin contar a los soldados hospitalizados, las enfermeras y los médicos; los «impacientes trabajadores de Francia» eliminaron a 105.000 de su compatriotas, no colaboracionistas, por cierto, sino tan sólo miembros o simpatizantes de los partidos de derechas; en cuanto a los españoles, por no haber podido operar «detrás de la sierra» y en «la costa del Sur ardiente», ayudaron a los «trabajadores de Francia» en su tarea; finalmente, los italianos, para compensar el que Neruda no los hubiese incluído en su canto, se las arreglaron para descuartizar a 250.000 compatriotas suyos clasificados, más allá de todo fascismo posible, como enemigos del «pueblo trabajador», es decir, de aquella chusma que trabaja poco, pero carnea mucho.

tubre, con el propósito de intentar por su cuenta la operación en la cual Roosevelt no había querido seguirlos y que, ahora, no podía consistir más que en impedir que los rusos se instalasen en las costas del Mediterráneo.

El 9 de octubre, acompañado por Anthony Eden y una comisión de expertos, Churchill tomó el avión de Moscú con el designio de recuperar una parte de lo que había perdido en Teherán, en el intento de hacer admitir a Stalin la idea de una división de los Balcanes en esferas de influencia inglesa y rusa. Cordell Hull, muy indignado por esta intromisión mezquinamente realista en el «mundo ideal», soñado por su *boss*, escribe al respecto: «Se llegó hasta fijar en porcentajes los grados de influencia que Gran Bretaña y la URSS debían tener en los Balcanes. Los telegramas de nuestros embajadores en Moscú y en Ankara mencionaban que Rusia tendría un predominio de 75 o de 80 por 100 en Bulgaria, Hungría y Rumania; mientras que, en Yugoslavia, los británicos y los rusos tendrían cada uno el 50 por 100 de influencia, y que solamente a los primeros les cabría la responsabilidad sobre Grecia» [18].

Para obtener estas concesiones, que llegarían a revelarse tan ilusorias, Churchill había tenido que abandonar a los polacos al apetito de Stalin. Mikolajczyk, jefe del gobierno polaco de Londres, fué convocado en Moscú para oír el veredicto al respecto. Como intentaba protestar, en el curso de una conversación que tuvo lugar el 13 de octubre en el Kremlín, en presencia de Churchill, Eden, Harriman y Mólotov, Stalin, dirigiéndose a sus aliados anglosajones, recordó: «Si la memoria os falla, dejadme que os recuerde los hechos. Nos pusimos todos de acuerdo en Teherán para que Polonia fuera dividida por la Línea Curzon. Recordaréis que el Presidente Roosevelt aceptó esta solución e insistió para que fuera admitida por los demás. Convinimos entonces en que sería mejor no hacer ninguna declaración pública sobre este acuerdo» [19].

A finales de 1944, la *Wehrmacht* lanzaba dos grandes ofensivas: una

---

[18] *Memorias* de CORDELL HULL. Con respecto a esta tentativa, escribe FABRE-LUCE: «En octubre de 1944, en Moscú, Churchill despedaza los Balcanes con Stalin. Los dos hombres de Estado se reparten porcentajes de influencia con una precisión cómica. Cuando, por ejemplo, Churchill dice a Stalin que le concede el 75 por 100 del alma de Hungría, ¿qué significación puede tener por sí misma tamaña expresión? *Stalin es, por definición, el hombre del 100 por 100.* La esencia del acuerdo es un trueque de Rumania —zona de influencia rusa— contra Grecia —zona de influencia inglesa—. Pero ya no es difícil adivinar que, tres años más tarde, Rusia sujetará fuertemente a Rumania, mientras que Inglaterra se habrá visto obligada a marcharse de Grecia. Al mismo tiempo, ¿a qué viene establecer un condominio del 50 por 100 sobre Yugoslavia? Incluso enemistado con Stalin, Tito no volverá a llamar a los ingleses. En ningún país su quinta columna tiene la amplitud ni la penetración de la quinta columna rusa.» *Le siècle prend figure* (he utilizado la versión española publicada en Madrid, en 1950, con el título: *El siglo se configura*).

[19] S. MIKOLAJCZYK: *Op. cit.*

en el Oeste, en la región de las Ardenas belgas, que encontró su epicentro en Bastogne; otra en el centro europeo, a lo largo del Danubio, al norte de Bucarest. Tras algunos éxitos iniciales, ambas fracasaron y, a finales de enero de 1945, el ejército germánico, ya perdidas sus últimas posibilidades de tomar la iniciativa, era incapaz de oponerse a la presión de las fuerzas soviéticas y angloamericanas.

En el mismo momento, el 20 de enero de 1945, Roosevelt prestaba por cuarta vez juramento como presidente de los Estados Unidos. Su reelección había sido triunfal, sobre todo gracias a la suma, por una parte, de los votos polacos y bálticos, cuyos dispensadores habían sido tenidos a oscuras de las concesiones de Teherán, y, por otra, de los elementos comunistas y cripto-comunistas de Nueva York y de los centros industriales controlados por Sidney Hillman.

La victoria sobre Alemania estaba próxima y el Estado Mayor americano podía considerar también como muy cercano el día en que el Japón, desalojado de todas sus posiciones del Pacífico, se vería abocado a la capitulación (igualmente «sin condiciones»). Otra entrevista entre los Tres Grandes se hacía, pues, necesaria.

La Conferencia de Yalta tuvo lugar del 4 al 12 de febrero de 1945, sobre la costa de Crimea, en el lugar de veraneo que, antes de asistir a los descansos de Stalin y de sus colaboradores más encumbrados, había pertenecido a la familia imperial. El temario era el siguiente: 1.° adopción del plan de Dumbarton Oaks con vistas a la organización de las Naciones Unidas; 2.° condiciones a imponer a Alemania, en la inminencia de su capitulación; 3.° situación de Polonia y de las demás naciones «liberadas».

El primer tema no ofrecía dificultades, puesto que Rusia podía esperar sacar de la nueva asociación algunas ventajas suplementarias. En cuanto a las condiciones que serían impuestas a Alemania, se decidió que ésta sería dividida en tres zonas de ocupación a cargo de las fuerzas americanas, inglesas y rusas (esta partición extravagante fué agravada más tarde por una cuarta zona recortada para dar satisfacción a los franceses). En lo que atañe al problema de las reparaciones, la suma global fué fijada en veinte mil millones de dólares, cuya mitad fué atribuída a Rusia. *Se decidió también que la mano de obra sería considerada como fuente de reparaciones,* «lo que equivalía, prácticamente, a autorizar por vía diplomática la constricción de seres humanos al trabajo forzado; y esta decisión, cuya responsabilidad pertenece al presidente de los Estados Unidos, se encuentra en la base de los horribles crímenes contra la humanidad cometidos (por Rusia) después del final de la guerra» [20]; circunstancia que Roosevelt conocía perfectamente, puesto que no

[20] J. T. FLYNN: *Op. Cit.*

se atrevió a revelar la existencia de semejante cláusula a su colaborador el Secretario de Estado Edward Stettinius, ni a su sucesor James Byrnes [21].

Por la altura alcanzada por los acontecimientos, la cuestión polaca no podía ofrecer más que dificultades técnicas. Para Mikolajczyk y sus colaboradores, se trataba solamente de saber con qué salsa serían devorados. Para la formación del gobierno que debería instalarse en Varsovia —el de Londres, o el de los comunistas de Lublin— fué encontrada una solución de compromiso cuando, después de largas discusiones, Churchill aceptó que el gobierno de Lublin, compuesto únicamente por comunistas, acogiera en su seno a representantes de los partidos democráticos a reclutar en Polonia y en Londres. Este gobierno, llamado de «Unidad Nacional», tendría la obligación de proceder a elecciones libres por sufragio universal, lo más rápidamente posible, y sobre la base del mayor secreto.

En realidad, estas elecciones tuvieron lugar sólo veintitrés meses más tarde, bajo el control exclusivo de las fuerzas soviéticas de ocupación, y su efecto más claro fué la liquidación de las corrientes democráticas, la huída de Mikolajczyk y la transformación de Polonia en «república popular» regida desde Moscú. Y, para cometer una injusticia más y dejar cuidadosamente preparado el germen de una nueva guerra, los Tres Grandes decidieron compensar a Polonia por sus pérdidas a oriente de la Línea Curzon, atribuyéndole una parte muy extensa de Prusia oriental y de Silesia, tierras auténticamente alemanas donde, hasta entonces, ningún polaco había pensado vivir. Ya que, como decía Roosevelt a William C. Bullit que, por conocer bien a los rusos, le expresaba, en alguna oportunidad, sus dudas acerca del desinterés de Dzhugashvili: «Tengo el presentimiento de que Stalin no desea otra cosa que seguridad para su país, y creo que si le doy todo lo que realmente puedo darle y, en cambio, no le pido nada, *noblesse oblige,* no tratará de anexionarse nada y trabajará conmigo por un mundo democrático y por la paz» [22].

A pesar de que tomara sus decisiones a consecuencia de presentimientos que debatía solamente con su conciencia, Roosevelt había llegado a Yalta muy impresionado por algunos informes del servicio norteamericano de Inteligencia, que estimaba la resistencia del Japón capaz de prolongarse hasta 1947 y, quizá, 1948. Para remediarlo, los militares norteamericanos, no los marinos

---

[21] J. Byrnes: *Speaking Frankly,* Nueva York, Londres, 1947.

[22] W. C. Bullit: *How We Won the War and Lost the Peace,* en revista «Life»; New York, 30 de agosto de 1948. Para todo este asunto de Yalta y de sus consecuencias, muy importante es la obra del malogrado Chester Wilmot: *The Struggle for Europe* (capítulo XXII), y, por supuesto, los dos tomos de documentos diplomáticos relativos a dicha conferencia publicados por el Departamento de Estado en marzo de 1955.

mucho mejor informados, declaraban que sería necesario desembarcar en las islas metropolitanas niponas, emplear la bomba atómica y solicitar la participación de las fuerzas soviéticas contra el poderoso ejército del Kuan Tung. Ahora bien, está demostrado ahora que nada de ello era necesario, que el Japón, ya dispuesto a capitular varios meses antes de que Hiroshima y Nagasaki fuesen arrasadas por las bombas «A», había solicitado la mediación soviética y que el Kremlín, perfectamente al tanto desde Teherán de los errores de apreciación de los servicios de información norteamericanos, se guardó de transmitir este ofrecimiento. Esta es la razón por la cual Stàlin, cuando, en Yalta, Roosevelt le pidió que tomara parte en la última fase de las operaciones contra el Japón, había aceptado entrar en acción en Extremo Oriente tres meses después de la capitulación de Alemania, al precio de compensaciones de orden territorial, político y estratégico que consistían esencialmente en la atribución a Rusia de las islas Kuriles, de toda la isla Sajálin, del 50 por 100 de las acciones de los ferrocarriles del Este chino y de Manchuria meridional, de Port-Arthur y del «puerto libre» de Dairén. Así, «a consecuencia de un fundamental error de concepto, tanto militar como político, Rusia tenía la sartén por el mango mientras los representantes de Estados Unidos adoptaron la sorprendente actitud de entregarla territorios que no les pertenecían y de comprometerse a garantizar concesiones que menoscababan la soberanía de un Estado amigo (China). Dicho error de concepto, tan evidente ahora, debió ser manifestado entonces; no nos interesaba, ni interesaba a China ni al mundo transformar a Rusia en una potencia del Pacífico; tampoco estaba en nuestro interés rogar o convenir la entrada de dicho país en la guerra del Pacífico» [23].

Pese a lo cual, evidentemente, la propaganda rooseveltiana quiso presentar la Conferencia de Yalta como un triunfo personal del cándido amigo del «tío Pepe». Sin que nadie protestara, el 1.° de marzo, Roosevelt pudo pronunciar ante el Congreso un discurso en el cual afirmó que, «más que nunca, los aliados estaban estrechamente unidos», y que la reunión del palacio de Livadia había señalado «el final del sistema de acciones unilaterales, de alianzas exclusivas, de esferas de influencia, de equilibrio de los poderes y de todos los demás expedientes experimentados a través de los siglos, que, todos, habían fracasado del mismo modo» [24]. No ha sido necesario mucho tiempo

[23] H. S. BALDWIN: *Op. cit.* Ver capítulo XVII.

[24] Uno de los rasgos menos conocido de la Conferencia de Yalta radica en la firma de un acuerdo secreto entre Roosevelt, Churchill y Stalin sobre repatriación de los rusos desplazados a través de Europa por los azares de la guerra. La consecuencia de la aplicación de esta cláusula secreta fué una de las tragedias más ignominiosas que la historia de los últimos siglos pueda señalar.

Dicho acuerdo que, más que de repatriación, debe ser llamado de deportación, costó

para poder apreciar el lado involuntariamente irónico de estas afirmaciones.

Dos meses más tarde, el presidente Roosevelt, de quien diremos solamente que alimentó buenas intenciones, sucumbía, en su quinta de Warm Springs, a los ataques de una enfermedad que, desde 1943, había hecho de él un cadá-

---

la vida: 1, a algunos millares de rusos que prefirieron suicidarse antes de volver a la patria de los trabajadores; 2, a un millón de rusos que llegaron a ser entregados a los soviéticos por las Policías militares norteamericana, británica y francesa.

Caían bajo los efectos de este acuerdo: 1.º, quienes habían pertenecido al ejército Vlasov; 2.º, los miembros de las unidades cosacas reclutadas por el general Krasnov y el atamán Shkuró; 3.º, los trabajadores reclutados por los alemanes en las zonas de Rusia ocupadas por ellos o en los *Oflag* y *Stalag*; 4.º, quienes habían abandonado Rusia en el momento de la retirada alemana para no volver a caer bajo la dominación comunista, campesinos en su mayor parte; 5.º, los prisioneros de guerra y deportados civiles; 6.º, las esposas e hijos de quienes pertenecían a una de las categorías precitadas, y 7.º, las mujeres rusas casadas con extranjeros, y sus hijos.

Estas personas fueros prelevadas en los campos de agrupación organizados por los aliados en las zonas de ocupación de Alemania, Italia, Austria, Bélgica, Holanda e incluso Estados Unidos (campamentos de New Jersey, Fort Dix, etc.). Puesto que, en su conjunto, se negaban a volver a Rusia, fué necesario, en no pocos casos, emplear la violencia para convencerlos. Se usó con generosidad la cachiporra, las bombas lacrimógenas y las armas de fuego para obligarlos a subir a los camiones «puestos a su disposición» por las autoridades militares aliadas. Millares de ellos se dieron la muerte; algunos, antes de hacerlo, mataron a sus familiares.

El acuerdo entró en vigor a fines de 1945 y duró algo más de un año, vale decir, hasta que los occidentales cayeran en la cuenta de que el «heroico y noble aliado» de los años anteriores había desmentido las rosadas ilusiones del fenecido F. D. R. y se negaba, una vez derrotada Alemania, a comportarse como un «socio democrático». Que, gracias a esta comprobación, muchos rusos hayan conservado la vida, no debe atribuirse a una rebelión de la conciencia puritana, sino, sólo y exclusivamente, a la hostilidad que pronto levantó dicha conciencia contra la del proletariado encarnada por Stalin. La voluntad de complacer al mariscal en todos sus deseos había sido, de 1941 a 1946, el único elemento positivo de los consejos aliados; se trataba de una voluntad tan ciega como inapelable que, durante este tiempo llegó a constituir la verdadera conciencia del mundo democrático occidental. Ya en agosto de 1943, durante la conferencia de Quebec, Henry Stimson, Secretario de Guerra, hizo adoptar una resolución en la cual se proclamaba que «*puesto que Rusia se había transformado en un factor decisivo de la guerra, toda asistencia debe serle concedida y ningún esfuerzo escatimado para ganar su amistad. Sin duda alguna, dominará a Europa después de la derrota del Eje. Esta es una razón suplementaria para mantener y desarrollar con ella las relaciones de la amistad más cordial*» (Citado por CHESTER WILMOT en *The Struggle for Europe*, Londres, 1952).

Asimismo, el general George Marshall, entonces jefe del E. M. G. norteamericano, y Averell Harriman, embajador de los Estados Unidos en Moscú, principales responsables del acuerdo de repatriación, lo justificaron por la necesidad de «mantener buenas relaciones con el heroico aliado», hecho que nunca será señalado lo suficiente y que ningún premio Nobel jamás podrá borrar. Por lo demás, Londres y Wáshington

ver viviente, no sin haber tenido tiempo de pronunciar, en el curso de su última charla radiofónica, la extraordinaria frase siguiente: «*Uncle Joe, the greatest democrat in the world!*».

El 15 de julio de 1945, el presidente Harry S. Truman, acompañado por su Secretario de Estado James F. Byrnes, se encontraba en Potsdam con el Mariscal Supremo y con Winston Churchill, pronto reemplazado por Clement Attlee en razón de un leve contratiempo de índole electoral, en una conferencia que «señala la quiebra de la política postbélica norteamericana» [25], porque, además de reconocer en ella las conquistas efectuadas por las fuerzas

---

mantuvieron secreto dicho acuerdo mientras les convino, arreglándoselas para que las revistas y diarios del llamado «mundo libre» no cometieran indiscreciones al respecto.

Tales son los efectos del panjurismo puesto de moda por el sentimentalismo de Rousseau y de Kant, ilustrado y mil veces sancionado por la susceptibilidad siempre despierta de la conciencia universal, primer motor de ese panjurismo. En 1945, la conciencia universal estimaba que los «deportandos» no tenían nada que temer de un régimen que había dado a Rusia la «constitución más democrática del mundo»; si bien no faltaron en el Foreign Office y el State Department, hombres suficientemente enterados de los asuntos rusos para no alimentar dudas acerca de la suerte que esperaba en su patria a los ciudadanos en cuestión (es cierto, también, que aquélla era la época de Alger Hiss, Burgess y MacLean).

Las noticias que se filtraron a través de las fronteras de la Unión soviética después de estas horripilantes deportaciones, probaron que los temores de los «repatriados» eran enteramente justificados. La policía política rusa había organizado en Alemania oriental campamentos provisionales donde se sometía a estas personas a un primer interrogatorio; luego, pasaban por interrogatorios detallados que tenían lugar en campamentos levantados en Rusia y administrados por el MVD. A partir de este momento, las medidas tomadas por la policía se basaban en los informes suministrados por los comunistas que habían sido mezclados con los repatriados. Los prisioneros de guerra eran conducidos ante tribunales militares erigidos en cortes marciales, mientras que los civiles comparecían ante comisiones especiales designadas por el Ministerio de Asuntos Internos. Los que habían «colaborado» con los alemanes —y ¿qué prisionero o deportado no ha sido obligado a colaborar?— eran inmediatamente fusilados, suerte que parece haber sido reservada a casi todos aquéllos que provenían de la masa de prisioneros hechos en 1941; los demás, considerados como «contagiados por Occidente», fueron llevados a los campos de trabajos forzados de Siberia. No volvió a su hogar ni siquiera uno sólo de los dos millones de repatriados.

Cabe señalar aquí que, mientras Suecia, país neutral, cumplió sin muchas vacilaciones las exigencias soviéticas en lo que respecta a los refugiados bálticos que le habían pedido asilo, mientras Suiza ejecutó la misma operación altamente democrática a expensas de los millares de prisioneros rusos que se habían escapado de Alemania al final del conflicto para no caer en manos de Stalin, Italia, país vencido y dotado de una pésima reputación moral y al que la misma Suiza podía permitirse juzgar con altivez, saboteó con todo «cinismo» las exigencias formuladas para la entrega de los rusos y otros ciudadanos soviéticos llevados a la Península por los azares de la guerra.

[25] J. T. Flynn: *Op. cit.*

del expansionismo comunista con la ayuda de las democracias occidentales, los dirigentes anglosajones fueron obligados a suscribir un pacto del cual se ha dicho con plena razón: «Si el acuerdo de Potsdam fuese rigurosamente aplicado por un largo número de años, conduciría a uno de los más espantosos crímenes o a una de las locuras más inconcebibles de la historia humana. Si este acuerdo fuese rigurosamente aplicado sin dar a Alemania la posibilidad de renacer, se crearía en el corazón mismo de Europa un gigantesco campo de exterminio, una reproducción en gran escala de los horrores de Buchenwald y de Belsen. Millones, decenas de millones de alemanes perecerían de privaciones y de hambre. Sería más humano incluso seleccionar a un cuarto o un tercio de toda la población alemana y suprimirlo con piquetes de ejecución o con cámaras de gas» [26].

---

[26] W. H. CHABERLIN: *European Crosslet;* New York, 1947.

Podría resultar interesante desde el punto de vista del rendimiento, trazar un cuadro comparativo de las bajas sufridas por el ejército ruso durante la primera y la segunda guerra mundiales y comprobar, de ese modo, cuál de los dos regímenes, el imperial o el comunista, alcanzó los resultados más satisfactorios en materia de «ciencia homicida». Para el período 1941-1945, las pérdidas del ejército ruso arrojan las siguientes cifras:

Fallecidos o desaparecidos en combate	8.500.000
Fallecidos a consecuencia de heridas	2.500.000
Fallecidos en cautiverio	2.600.000
Heridos hospitalizados	20.000.000
Mutilados no recuperables (parcial o totalmente)	3.500.000
Prisioneros capturados en operaciones	3.750.000

(Cifras proporcionadas, según fuentes del Alto Estado Mayor soviético, por el coronel K. D. KALINOV: *Op. cit.*)

Durante esta segunda guerra mundial, las pérdidas de las demás naciones beligerantes se reparten como sigue:

Alemania, 6.500.000 muertos, de los cuales 3.250.000 pertenecientes a las fuerzas armadas; Francia, Gran Bretaña, Italia, Bélgica, Holanda, 1.300.000 muertos entre civiles y militares; Estados Unidos, 229.000 (comprendido el frente del Pacífico); Polonia, 6.000.000; Yugoslavia, 2.000.000; resto del mundo, 13.600.000. Otros 5.000.000 de personas, dadas como desaparecidas, han muerto probablemente.

Faltan todavía documentos suficientes para fundamentar, no de modo periodístico como se hace generalmente, sino, diría, «científicamente», si la palabra no oliera tanto a mixtificación, *todas* las responsabilidades que concurrieron a desencadenar el segundo conflicto mundial. Con lo que sabemos en 1957, podemos opinar que las responsabilidades de Alemania son infinitamente más pesadas que las de cualquier otro país, pero tenemos que agregar que, en el bando aliado, existía y actuaba un partido tan belicista como el que componía el ala extremista del nacionalsocialismo. De ello, ya nadie puede dudar y la simple lectura de los diarios de la época bastará para recordarnos que dicho partido, en el momento oportuno, llegó a ser más poderoso en París y en Londres que en el de la paz: Churchill, Eden, Duff Cooper y algunos laboristas excita-

Este final desconsolador del conflicto más brutal de la historia contenía implícitos los gérmenes, no sólo de una futura contienda universal, sino ante todo, de una serie concatenada de choques que, desde el primer día de la paz iban a ir generalizándose hasta dar a nuestro tiempo la siniestra fisonomía con que ahora le conocemos.

Acuerdos antinaturales determinados por circunstancias transitorias; alianzas tejidas sin la menor preparación política, en que el uno lo daba todo, incluso la libertad de su conciencia, y el otro seguía llevando fríamente su juego; compromisos aceptados en función de intereses contradictorios que una parte creía poder conciliar definitivamente mientras que la otra tomaba sus disposiciones para que, pasado el peligro, su antagonismo resurgiera con estridencia renovada; tal fué la naturaleza de una conflagración que aunó, en el más inverosímil consorcio, a los socios que, ni creados adrede, hubieran sido hechos para chocar unos contra otros.

---

dos como el entonces joven Aneurin Bevan, Mandel, Paul-Boncour, Paul Reynaud, Jean Zay, se revelaron más eficientes que Neville Chamberlain, lord Halifax, Anatole de Monzie y Georges Bonnet, porque, *in extremis*, lograron evitar que se tomara en consideración la tentativa pacificadora del Conde Ciano.

Por otra parte, tampoco son necesarios muchos documentos para permitirnos delimitar el alcance de la crueldad con que fué llevada esta guerra que, por culpa de todos, dejará el recuerdo de la contienda más vil de la Historia. Los horrores de aquellos años señalan un descenso brusco de la civilización, no previsto por cierto por los soñadores de la Paz Perpetua, y, aquí también, la culpa es de todos. Si los alemanes cometieron, a expensas de las minorías nacionales y raciales, los actos espeluznantes que sabemos y que un contacto demasiado prolongado con los «primitivos del este» —primitivos por colectivización— no basta para hacer perdonar, no menos horribles resultan las alfombras de bombas anglosajonas con sus 200.000 muertos en Dresden, para citar sólo su última manifestación, ni la «atomización» de Hiroshima y Nagasaki y la mano suelta dejada a los francotiradores de Francia y de Italia, los cuales francotiradores, mientras se revelaron absolutamente ineficaces en su acción contra las tropas del Eje, obtuvieron resultados mucho más satisfactorios en sus acciones contra sus propios compatriotas desarmados. Las bombas de fósforo de Hamburgo y las ejecuciones de Francia y de Italia no pueden encontrar ninguna justificación en la necesidad de hacer desaparecer el terrorismo nazista y fascista (nunca hubo terrorismo fascista; hubo, en los últimos tiempos, contraterrorismo, lo que es diferente), puesto que la caída del nacionalsocialismo no trajo aparejado el final del terror en Europa. El terrorismo no es una invención alemana; es un descubrimiento del bolchevismo y sólo podrá desaparecer con él.

Capítulo XVII

UN ADIOS A LAS ARMAS

Un legado de Lenin — Nueva geografía de la URSS — El aparato militar soviético: ventajas y puntos flacos — Aspectos interiores — La organización *Gulag*: de la esclavitud como solución económica — El *Kominform*, nacimiento y desarrollo — Tito, o de los delirios balcánicos — El golpe de Praga y la satelización de las democracias populares — Truman, Marshall, Acheson, Kennan, o del optimismo a la contención — La búsqueda de un Tito amarillo — China y Rusia — Pequeña antología de Mao Tsë-tung — China en el conjunto comunista, antes y después de la muerte de Stalin — Del paralelo 38 a la NATO, pasando por la CED y el «ejército integrado» — Los recuerdos de Rapallo y los temores de los franceses — En torno a una tesis del mariscal Bulgánin — Eisenhower entre Truman y Taft — La política del intervencionismo condicionado — Utopía y neutralismo

No todos olvidan las lecciones del pasado.

El 2 de marzo de 1923, *Pravda* publicaba un artículo de Lenin, cuya conclusión contenía la profecía siguiente: «*El desenlace de la lucha* (entre capitalismo y socialismo) *depende, en resumidas cuentas, del hecho de que Rusia, India, China, etc., constituyen la inmensa mayoría de la población mundial. Y, precisamente, esta mayoría de población es la que se incorpora en los últimos tiempos, con inusitada rapidez, a la lucha por su liberación, de modo que, en este sentido, no puede haber ni sombra de duda con respecto al desenlace definitivo de la lucha mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está, plena y absolutamente, garantizada*» [1].

Este precepto que, por figurar en el último artículo publicado por Vladímir Ilich, puede y debe considerarse como su testamento revolucionario, Stalin, «el mayor demócrata del mundo», supo no echarlo en olvido hasta que su victoria de 1945 le permitiera volver a actualizarlo.

---

[1] Este artículo, cuyo título es *Más vale poco y bueno*, figura en el tomo IV de las «Obras Escogidas» de Lenin, publicadas por el Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú; versión española, Buenos Aires, 1944-1946.

Una vez más, la geografía nos proporcionará útiles enseñanzas.

A consecuencia de sus triunfos militares y diplomáticos, la Unión soviética ocupaba o controlaba, en 1945, los territorios siguientes, además de los que le pertenecían en septiembre de 1939: en Europa, la salida al golfo de Finlandia por la incorporación de la península de Porkkala y de los Estados bálticos; Prusia oriental hasta el este de la bahía de Dantzig con la ciudad de Koenigsberg, rebautizada Kaliningrad; las provincias antiguamente polacas al este de la línea Grodno-Brest-Litovsk-Przemysl, es decir, de la línea Curzon, salvo algunas variantes; Polonia, con los territorios ocupados por ella al este de la línea Oder-Neisse; las zonas de ocupación de Alemania y de Austria; Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania. En Extremo Oriente: Manchuria, Mongolia, el archipiélago de las Kuriles, la isla Sajálin en su totalidad, Corea del norte, la península de Kuan Tung, con Port-Arthur y Dairén; sin olvidar la parte de China entonces controlada por Mao, pese a las condiciones particulares de su participación en la empresa [2]. Es decir, que, al término del segundo conflicto mundial, la Unión soviética, mientras, por

[2] He aquí las cifras precisas de las anexiones, oficiales o disfrazadas, realizadas por la URSS hasta la muerte de Stalin, teniendo en cuenta la posición particular de la China de Mao:

Territorios anexionados	*Kms.*[2]	*Población*
Besarabia-Bukovina	50.440	3.700.000
Territorios ex-polacos	181.740	11.800.000
Territorios ex-finlandeses	45.760	450.000
Estonia-Letonia-Lituania	169.520	6.030.000
Prusia oriental (Koenigsberg)	14.040	1.187.000
Territorios ex-eslovacos	12.740	731.000
Sajálin meridional	35.140	415.000
Archipiélago de las Kuriles	10.140	18.000
Territorio de Tannu-Tuwa	166.400	65.000
Territorios controlados		
Alemania oriental	111.540	18.807.000
Austria	26.676	2.431.000
Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania	912.860	70.540.000
China, Mongolia, Corea del norte	11.491.220	481.059.000
Viet-Minh	96.540	13.000.000
	13.324.756	610.233.000

No figuran en estas cifras las relativas a Yugoslavia, que se «independizó» antes de la muerte de Stalin, y de ellas hay que deducir las relativas a Austria, evacuada en 1955. El estatuto de Siria y de Egipto permanece todavía conjetural.

una parte, puede presionar con todo su poderío industrial y militar sobre Europa occidental, la región mediterránea y las zonas esenciales del Oriente Medio, ejerce, por otra parte, su influjo sobre Indochina, Birmania, Thailandia, la India, el Pakistán, Afganistán, de modo más completo aún si consideramos que, esta vez, a la amenaza militar directa se unen factores de índole ideológica, capaces de agrupar a todos los pueblos asiáticos en una federación controlada o, por lo menos, inspirada por Moscú.

Al término de las operaciones de carácter militar, político y diplomático que, a consecuencia de la segunda guerra mundial, habían permitido que la Unión soviética concretara, contrariamente a las ilusiones rooseveltianas, el precepto enunciado por Lenin en 1923, nos queda por estudiar cómo Rusia, a partir de Potsdam y hasta el lanzamiento de su «luna artificial», en octubre de 1957, pudo no sólo asegurar la incolumidad de su imperio, sino transformarlo en un instrumento de presión diplomática y militar eficaz que ningún lugar del mundo se libró de su presencia, pese a las tremendas sacudidas provocadas por la muerte de Stalin, la nueva lucha por la sucesión, el descontento de la población soviética y el levantamiento, a duras penas contenido, de los países satélites.

Para obtener estos resultados, en un cierto sentido, paradójicos, ¿en qué se ha apoyado Rusia que le ha permitido actuar con tanta seguridad a expensas del mundo libre?

En tres factores principales: su acción diplomática y militar, la rigidez de su bloque político interno y la táctica oportunista de sus quintas columnas.

Según informes provenientes de varias fuentes —no soviéticas, por supuesto—, entre 1945 y 1957, Rusia ha dispuesto constantemente de una masa de maniobra compuesta por 175 a 225 divisiones de primera línea, repartidas entre su territorio metropolitano, Alemania oriental y los países satélites, los cuales, a su vez, le proporcionan una fuerza supletoria de 60 a 70 divisiones, supeditadas en su empleo a las necesidades de la estrategia soviética. Agréguese a ello fuerzas aéreas difíciles de evaluar, pero de las que las mismas autoridades norteamericanas reconocen que superan a las del mundo libre en cantidad y calidad, y fuerzas navales, cuyas categorías y tonelajes se mantienen igualmente en el misterio, aun cuando el almirantazgo británico admita su superioridad en lo que hace al número de sus sumergibles y a la eficacia de sus grandes unidades de superficie [3].

---

[3] Desde entonces, estos efectivos han sufrido pocos cambios cuantitativos, no así la calidad de los armamentos, que han ido constantemente mejorando hasta superar a los occidentales. Lo revela el primer lugar conseguido por la URSS en la utilización «dominada» de los proyectiles teledirigidos intercontinentales, la superioridad de su material aeronáutico de producción en serie y el desarrollo de su material naval.

Este aparato extraordinario, sin embargo, tiene sus puntos flacos, que son el petróleo y el acero. En efecto, en el mapa estratégico de la guerra fría, mientras los rusos, en 1957, extraían de sus pozos 98 millones de toneladas de petróleo y seguían consumiendo los nueve millones de toneladas de los países satélites, los Estados Unidos, en el mismo período, producían 394 millones de toneladas de esta importante materia prima [4].

Además, las principales fuentes petrolíferas de que Rusia dispone se encuentran en la periferia de su territorio: Bakú está situado a quince minutos de vuelo de la frontera iraniana, y la posición de Grozniy y de Maikóp no es sensiblemente mejor; en cuanto a los pozos de Sajálin, se encuentran en el radio de acción de las bases aéreas norteamericanas del Japón. Necesario es reconocer, empero, que esta situación desfavorable puede compensarse mediante una acción rápida de las fuerzas rusas a través del Irán en dirección del golfo Pérsico y de la península arábiga y por una reedición del golpe de Pearl Harbor contra las bases norteamericanas del Pacífico.

Situación parecida en lo que atañe al acero: en 1957, la URSS produjo 51,5 millones de toneladas, frente a los 133 millones de los Estados Unidos [5]. Pero, como en el caso del petróleo, la desventaja que sufre Rusia en este

---

[4] Sin olvidar los 225 millones de toneladas de petróleo producidos por Venezuela, Méjico, Iraq, Arabia saudita, Al Kuwait y Canadá, a los cuales habrá que agregar pronto la vuelta a la producción en escala normal de los petróleos iranianos.

[5] Que, con la aportación de Europa occidental, superan los 180 millones de toneladas. El atraso ruso (y países satélites) en materia de producción de acero con respecto a Estados Unidos (y naciones asociadas) está compensado en una medida no desdeñable por el hecho de que, en Occidente, la huelga es un derecho legal, mientras que la legislación de la Unión soviética condena, *expressis verbis*, esta manifestación del descontento proletario. Así, la huelga de la industria siderúrgica que, en los Estados Unidos, cubrió los meses de junio y julio de 1952, costó a este país: 4.500 millones de dólares en pérdidas de salarios y de producción, una pérdida media de 500 dólares por cada uno de los 600.000 huelguistas, una pérdida global de 400 millones de dólares en salarios sufrida por los obreros de las industrias afines paralizadas por la huelga, finalmente, *una pérdida de producción de 17 millones de toneladas de acero*. Según la declaración del señor Robert Lovett, Secretario de Defensa en la última fase de la administración Truman, esta huelga estuvo a punto de detener el programa de rearme de los Estados Unidos; Rusia ignora semejantes peligros. Hay más, todavía.

Mientras Occidente, al publicar sus índices de producción, se contenta con señalar cifras alcanzadas realmente, los índices soviéticos se refieren siempre a cantidades previstas. Lo cual significa que las naciones occidentales esperan mantener —o superar— en el futuro la producción ya realizada, y que la Unión soviética señala cuotas mínimas de producción que habrá que alcanzar por todos los medios. Pero mientras aquéllas, en razón de la siempre posible agitación social, mantienen a duras penas su ritmo de producción, nada parecido sucede en la URSS, donde las previsiones del *Gosplan* nunca pueden ser alteradas por interferencias sociales: en Rusia, las normas relativas a la producción,

renglón de su producción podría compensarse en parte con la conquista de los centros occidentales, que, con sus 50 millones de toneladas anuales, harían pasar sus disponibilidades anuales a algo más de 100 millones de toneladas, siempre frente a los 133 de los Estados Unidos[6].

Volviendo al aspecto puramente diplomático y político de la situación, es fácil comprobar que el estado de cosas más arriba señalado, característico de la guerra fría, en el que Rusia dispone de evidentes ventajas iniciales de índole militar, se produce según modalidades distintas en el continente asiático.

En efecto, mientras, por un lado, los rusos comprendieron pronto que por ser todo lo que toca a Europa suficiente para provocar una conflagración, tenían que limitarse a mantener el continente en estado de ebullición, su estrategia política ha mostrado en Asia rasgos diferentes, por cuanto allí su rivalidad con Estados Unidos asumió de inmediato características más decididas. Para no hablar del asunto coreano, cuya solución, por el armisticio del 27 de julio de 1953, es de modo visible muy precaria, ni del indochino, cuya reactivación llevaría a hostilidades inmediatas, dos centros asiáticos se han revelado desde el primer momento como los puntos de mayor tensión de esta rivalidad: el reino del Nepal y el Tíbet.

El primero, donde agentes rusos y norteamericanos emplean desde 1947

---

como las establece por anticipado la comisión del Plan, son aplicadas por imposición policial, sin que la disciplina del trabajo sufra el menor relajamiento, y, hecho esencial, un fuerte porcentaje de la producción está asegurado por el trabajo no sujeto a salario, proporcionado por los deportados de la organización *Gulag* que, entre otras «ventajas», tiene la de absorber los excedentes de mano de obra y de suprimir la desocupación; ese «vicio inherente» al capitalismo. Si pensamos que, en los peores momentos de la depresión anterior a la administración Roosevelt, Estados Unidos tuvo 14 millones de desocupados, y que la población *Gulag* oscila entre los 12 y 18 millones de deportados, comprobamos que, evidentemente, este «vicio» capitalista no puede existir en la URSS.

[6] Estas cifras relativas a la producción soviética en petróleo y acero son las que resaltan del discurso pronunciado por N. S. Jrushchov, el 6 de noviembre de 1957, en ocasión del cuadragésimo aniversario de la revolución de octubre.

A estas cifras, relativas al año 1957, agregaremos las siguientes (en millones de toneladas):

	Unión soviética	*Estados Unidos*
Mineral de hierro	84	100
Carbón	462	500
Cemento	29	55
Electricidad (en millones de kw/h.)	210	712

Las cifras relativas a la producción norteamericana figuran en una declaración del Departamento de Comercio, publicada el 7 de noviembre de 1957, en respuesta al mencionado discurso del Primer Secretario del PC de la URSS.

todos los medios de presión a su alcance, constituye, sobre las fronteras septentrionales de la India, una amenaza que el gobierno de Neheru no puede afrontar sino con virajes políticos y movimientos incesantes de péndulo, que lo sitúan a mitad de camino de Wáshington y Moscú, por lo menos en esta inquietante región. Si en una primera época la diplomacia yanqui consiguió en Kátmandu resultados muy sensibles, fué contrarrestado por la reacción comunista llevada a cabo en Lhassa, con el beneplácito del mismo Neheru, el cual, por haber colaborado a hacer más insegura la posición de los anglosajones en esta parte del continente asiático, pensaba encontrar su compensación en una disminución hipotética de la presión china sobre su propio país [7]. Asimismo, la colaboración política y militar lograda después de muchos contratiempos entre los Estados Unidos y el Pakistán, ha incitado al gobierno de Nueva Delhi a sostener en todos los campos la acción diplomática de la Unión soviética y de la China popular. Todo ello ha permitido a Rusia ejercer una presión sin pausa en dirección a los mayores centros de materias primas esenciales de Asia sudoriental, presión que, de estallar un conflicto armado entre los dos bloques, la ayudaría a captar de modo relativamente fácil los recursos económicos de esta parte del mundo.

Podemos deducir, pues, de todo ello que, ya durante el período de la «guerra fría», Rusia había logrado ocupar posiciones políticas capaces de transformarse en auténticas bases estratégicas en caso de guerra abierta [8].

---

[7] La empresa tibetana obedecía a un doble objetivo: quitar a Estados Unidos una base posible de operaciones en el centro de Asia utilizable a partir del Nepal y de la línea Pakistán-Pundjab, y a Gran Bretaña sus últimas esperanzas de recuperar algún día parte de sus posiciones perdidas en aquella parte del mundo. Esto en el aspecto formal. Pero, en el fondo del problema radicaba la voluntad de Peiping —y, por consiguiente, de Moscú— de ejercer sobre Neheru una presión mucho más efectiva que la que la simple acción diplomática permite. Un simple hecho basta para demostrarlo: la única carretera estratégica que los chinos construyeron desde su instalación en el Tíbet es la que une, vía Lhassa, la frontera chino tibetana con el punto en que, en la extremidad oriental del Nepal, la frontera indopakistaní no ofrece obstáculos en el camino de Calcuta y del golfo de Bengala. Dicha carretera es estratégica solamente en la medida en que facilita el acceso de los ejércitos comunistas a la India, al Pakistán oriental, a Thailandia y a los Estados malayos. Como decía Lenin: «El camino de París pasa por Nueva Delhi»...

[8] Mejor, plantear claramente los problemas en sus verdaderos términos: en realidad, Occidente está en guerra con Rusia desde el 23 de agosto de 1939, es decir, desde que, a consecuencia de su pacto con Hitler, Stalin tomó parte en el cuarto reparto de Polonia Ello es tan cierto que, si bien a partir del 22 de junio de 1941, Roosevelt y Churchill se consideraron como aliados de Stalin, éste no los aceptó como tales en ningún momento del conflicto. De este modo, podemos considerar la extraña contingencia que ató al mismo carro, entre 1941 y 1945, a anglosajones y soviéticos, no como una alianza, sino como una tregua, una tregua algo particular por supuesto. Este aspecto del asunto fué visto

A este despliegue diplomático y militar —que casi podríamos considerar como ejemplar— corresponde una situación interior en la cual todas las riquezas nacionales, todas las fuentes de energía y todas las inteligencias están puestas al servicio exclusivo de la empresa. Desde el tiempo de paz, el ciudadano soviético es un combatiente, un soldado bajo las armas que no puede elegir su destino ni su especialidad, es decir, su lugar de residencia y sus medios de vida. «Occidente se preocupa, y con razón —se ha dicho—, por la acción posible, e incluso probable, en caso de choque armado, de una quinta columna comunista, que sería como un verdadero ejército lanzado con paracaídas y aterrizado venturosamente desde el tiempo de paz de este lado de la cortina de hierro. Convenzámonos de que, mientras se trate del territorio ruso —aquél, por lo menos, que tenía ese nombre el 1.º de septiembre de 1939— Stalin no siente las mismas preocupaciones» [9].

Una noticia publicada el 27 de febrero de 1950, nos entrega una de las razones de esta despreocupación de los dirigentes soviéticos. Aquel día, Miss Tony Sender, de la Federación Americana del Trabajo (AFL), se presentó ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas y acusó a la Unión

muy claramente por Alfred Fabre-Luce cuando escribía: «Desde 1941, la hipótesis de una derrota aliada quedó totalmente descartada. Era evidente ya que Hitler no entraría en Londres ni en Wáshington. Era evidente que la superioridad creciente de la aviación americana obligaría a Alemania a pactar con el andar del tiempo. El verdadero problema era éste: ¿era necesario exigir más?, ¿era oportuno, en interés de la futura paz, armar a Rusia desarmando a Alemania? Roosevelt no parece haberse planteado una sola vez semejante pregunta. Nunca tomó en consideración la política de arbitraje preconizada por Herbert Hoover, que hubiera preservado a Europa, a la vez, de los dos peligros que la amenazaban. La fuerza americana, sin embargo, era suficientemente grande para imponerla... La guerra hitleriana era un pretexto que su autor podía modificar. La revolución marxista es una necesidad histórica a la que los propios amos de Rusia no creen poder sustraerse. En todas las partes del mundo hay hombres que esperan esta revolución y trabajan por ella. Por consiguiente, Rusia no dispone solamente de sus propios recursos —ya mucho más poderosos que los de Alemania—, sino de los mismos que se le oponen, en la medida en que puede esperar obtener su control por la acción de los partidos comunistas»; *Le siècle prend figure.*

[9] Esta cita pertenece al experto militar suizo, mayor Eddy Bauer, en un artículo publicado en la revista «Epoca», de Milán, con fecha 27 de enero de 1951.

Cuando se habla de despreocupación del Kremlín en materia interior, es evidente que no puede tratarse más que de despreocupación relativa, pues la suya es una tranquilidad proporcionada por un imponente aparato policial que «copa» a todos aquéllos que, de cerca o de lejos, podrían perturbar esta tranquilidad. En efecto, en 1945 como en 1920 y en 1957 como en 1945, el orden interno se mantiene en Rusia únicamente al precio de una represión despiadada, ya que numerosos son los indicios que nos permiten comprobar que la opinión pública del imperio rojo no es tan resignada como los partidarios del sistema quisieran hacernos creer.

soviética de «haber fundamentado su economía en la esclavitud de la mano de obra, con millones de trabajadores que proporcionan trabajo a bajo precio en las industrias pesadas, minera, de la extracción del uranio y en otras actividades económicas vitales». La acusación estaba acompañada por numerosas copias fotostáticas de «documentos estrictamente secretos», según los cuales la policía política desarrolla, mediante mano de obra esclavizada, planes de trabajo de tal magnitud que constituyen uno de los principales soportes de la planificación económica nacional [10].

Esta utilización sistemática de un amplio porcentaje de la población trabajadora rusa en la producción no remunerada, es decir, la restauración de una esclavitud de tipo faraónico, que los sociólogos de las Naciones Unidas empezaron a denunciar solamente cuando el conflicto entre Wáshington y Moscú entró en su fase aguda, no es, por lo demás, un fenómeno revelado de golpe, en 1950, a la opinión pública internacional. Ya en 1923, el GPU había creado campamentos de trabajos forzados, donde se mezclaban delincuentes comunes con enemigos políticos, activos o eventuales, como monárquicos, burgueses, sacerdotes, socialrevolucionarios, anarquistas, etc., medida no extendida entonces a todos los presos. Pero un decreto del 26 de marzo de 1928, agravado por otro decreto del mes de julio sucesivo, prescribía la obligatoriedad del trabajo para todos los presos físicamente aptos. Un decreto del mes de noviembre de 1929 prohibía a los jueces «pronunciar sentencias de encarcelamiento sin trabajos forzados», y, en julio de 1934, el NKVD (nueva designación del GPU) obtenía el «derecho de ordenar, sin juicio previo, las expulsiones, el exilio y el encarcelamiento en *Campos de reeducación por el trabajo*, por pe-

[10] El servicio del MVD (Ministerio de Asuntos Internos) que tiene entre sus atribuciones la administración de los «Campos de Reeducación por el Trabajo», responde a la sigla *Gulag*, abreviatura de *Glávnoie Upravléniie Láguerei*: Administración Superior de los Campamentos. La mano de obra empleada por dicha administración trabaja especialmente en la construcción y mantenimiento de carreteras, vías férreas y canales (el canal de Lenin Volga-Don, abierto al tráfico en octubre de 1952, es su última realización que la propaganda soviética llama «hazaña heroica del pueblo trabajador», como el canal Stalin Leningrado-Mar Blanco fué su primera manifestación conocida en Occidente cuando llegó a su término, después de diez años de trabajos, en 1937); en las minas de carbón, de hierro y de oro; en la construcción de aeropuertos y de fábricas subterráneas; en las fábricas de ladrillos, canteras, pesquerías, industrias de envases y curtimbres; en la edificación de fortificaciones, en las obras portuarias y edificios de interés militar, etc. Fundamental es, a este respecto, la obra de D. J. DALLIN y B. I. NICOLAEVSKY: *Forced Labor in Soviet Russia*; New York, 1948. Antes de la intervención de Miss Sender, la AFL había publicado una relación sobre el problema con el título: *Slave Labor in Russia* (New York, 1949). Ver igualmente el trabajo de CH. A. ORR titulado *Stalin's Slave Camps. An Indictment of Modern Slavery*; Bruselas, 1951.

ríodos no superiores a cinco años», pero renovables por simple decisión administrativa.

Se sabe que el punto fuerte de las campañas antizaristas, desencadenadas, fuera de Rusia, a partir del final del siglo pasado, radicaba en los exilios a Siberia, decretados por decisión administrativa de la *Ojrana*[11]. Sin embargo, la diferencia entre el sistema soviético y el zarista reside en que, mientras los «mártires» de la autocracia no estaban obligados a trabajar, recibían una indemnización mensual suficiente, que podían acrecentar ocupando un empleo en la administración local o en las empresas privadas, incluso escribiendo y publicando obras revolucionarias, como hizo Lenin durante sus tres años de destierro; podían vivir con sus familiares, recibir a quien quisieran, disfrutar de una cierta libertad de movimientos que aprovechaban para evadirse cuando se les antojaba, como hicieron *todos* los jefes bolcheviques deportados, salvo el ya citado Lenin, enemigo por naturaleza de las empresas arriesgadas[12]; la organización *Gulag* no ha hecho más que restaurar una pura y simple esclavitud, cuya única salida es la muerte por agotamiento, porque sus «reeducandos» deben trabajar de catorce a dieciocho horas, no tienen derecho a sueldo alguno, sino tan sólo a una ración alimenticia, cuya suficiencia depende de su rendimiento, y están acompañados constantemente por un *militsionér* armado debidamente, con facultad de disparar sin previo aviso.

Todo ello, Wáshington lo sabía perfectamente en el momento mismo en que este sistema fué instaurado, lo que no impidió que F. D. Roosevelt, en el primer año de su administración, reconociera *de jure* a la Unión soviética y se dedicase, desde entonces, a considerarla como una democracia entre las mejores.

Es evidente que esta reestructuración de la esclavitud de Estado sobre bases industriales ha tenido efectos «positivos» para la economía soviética. Con esta institución, el Sistema puede glorificarse de haber eliminado, al mismo tiempo que a sus enemigos, una de las «taras inherentes al capitalismo»: la de la desocupación, y de haber realizado el ideal fabiano del «pleno empleo». En efecto, cuando se tiene presente que, en los peores momentos de la depresión

---

[11] Ver, a este respecto, la obra de GEORGE KENNAN —tío abuelo del G. F. Kennan, embajador de los Estados Unidos en Moscú, expulsado por Stalin en octubre de 1952 y, actualmente, catedrático en la Universidad de Princeton—, titulada *Siberia and the Exile System* (2 volúmenes), New York, 1891. Esta obra ocupa un lugar destacado en la leyenda negra tejida, con el apoyo de la *intelliguentsia* liberal, contra el régimen monárquico ruso.

[12] Lenin empezó a escribir su *Evolución del capitalismo en Rusia* en la cárcel de San Petersburgo, donde esperaba su deportación; lo terminó en Siberia y lo hizo publicar en la capital rusa durante su exilio. En Siberia, además de escribir artículos —cobrables— que publicaba en las revistas de su país, ejercía la profesión de abogado-consejero. En cuanto a Stalin, durante su última deportación, negociaba en pieles preciosas.

económica anterior a la última guerra, Estados Unidos llegó a contar con unos doce millones de desocupados sobre una población trabajadora de cuarenta millones de individuos, y que Rusia, por una población trabajadora, menos numerosa si consideramos el número respectivo de habitantes, cuenta con un mínimo de catorce o quince millones de deportados, es justo concluir que el sistema colectivista de la economía no deja lugar a la desocupación [13].

De todo ello podemos deducir que la organización *Gulag* constituye para el Estado soviético: 1.°, una salida para toda desocupación posible; 2.°, un medio de financiación barata de los grandes trabajos del Estado; 3.°, una válvula de escape con la cual el Estado supercapitalista remedia las crisis inherentes al sistema capitalista llevado por él a su punto más absoluto de concentración; 4.°, una posibilidad de ejecutar, sin necesidad de capitales *líquidos*, sus planes económicos por el empleo de una extensa mano de obra no sujeta a salario; 5.°, un medio sencillo para reducir el margen que se extiende entre su subproducción de bienes de consumo y las necesidades de la población, por la deportación —cuando este margen amenaza con extenderse— de los sectores «sobrantes» de población, determinables por decisión administrativa, es decir, por acuerdo entre los dirigentes del *Gosplan* y los del *Gulag*; 6.°, un sistema, basado en la idea del rendimiento total, que ha sido encontrado para reemplazar los planes de despoblación sistemática de los tiempos «heroicos», que no resolvían las necesidades de la industrialización y, sólo temporalmente, ponían al capitalismo de Estado fuera del alcance de las taras inherentes al capitalismo liberal [14].

Al pedir, en nombre de la Federación Americana del Trabajo, que las Naciones Unidas hiciesen efectuar una investigación acerca del trabajo forzado

---

[13] Asimismo, se equivocan los economistas liberales cuando pretenden que la tara esencial de la economía soviética, frente a la superproducción capitalista, es la subproducción. En la economía soviética, el conjunto de los bienes de producción recibe su asignación planificada en el marco de la economía de guerra, y los bienes de consumo permanecen siempre por debajo —un «por debajo» igualmente planificado— de las necesidades de la población. Según los marxistas, ésta no es una tara porque permite evitar una de las consecuencias de la economía liberal basada en la superproducción: la búsqueda de mercados externos. Finalmente, la economía soviética no tiene que sufrir las consecuencias de una superabundancia de capitales porque se basa, por el contrario, en una penuria de dichos capitales que, cuando se hacen absolutamente necesarios, va a buscar allí donde están, es decir, en los países a los que anexiona, uno tras otro, y a quien, un largo régimen «feudal» o capitalista, ha dotado de estos capitales.

[14] Me parecen equivocarse grandemente quienes dicen que este sistema de los campos de trabajo fué *impuesto* por los rusos a los países satélites. Por el contrario, lo adoptaron muy libremente como lo muestra el que, después de su ruptura con Moscú, Yugoslavia, nación tan preferida del liberalismo británico, en vez de renunciar a este sistema, lo haya desarrollado considerablemente.

en la URSS y países satélites Miss Sender declaraba al Consejo que sus informaciones, provenientes de miembros de la organización del *Gosplan*, núcleo vital de la economía soviética, demostraban que el MVD y los millones de trabajadores que este organismo «mantiene en estado de esclavitud, constituyen la mayor empresa de la Unión soviética y la que produce a más bajo costo».

«Los proyectos del MVD a base de trabajos forzados —proseguía Miss Sender— cubren un octavo de la producción total de la industria de la madera, el diez por ciento de la producción de muebles y de utensilios de cocina, el cuarenta por ciento de la producción de cromo, etc. En 1938, las tres cuartas partes de la producción de oro fueron obtenidas mediante mano de obra esclava.»

Sabemos que, ya en vísperas de la invasión alemana, la Policía secreta estaba encargada de la construcción y manutención de todas las carreteras pavimentadas de importancia nacional y del trazado de las líneas férreas en las zonas desérticas. A partir del final de la guerra, recibió el encargo de construir todas las instalaciones de producción de energía atómica, y, en las demás ramas de la economía, la cuota de producción planificada atribuída a este terrible supersindicato, desde entonces, varía de un décimo al sesenta por ciento de la entera producción soviética.

Ya antes de la filípica de Miss Sender, los representantes soviéticos en las Naciones Unidas habían declarado que, en los campamentos de reeducación por el trabajo, no había más que criminales y delincuentes comunes. A la luz de los grandes procesos de Moscú, se ha podido descubrir qué clase de distinción establecen las autoridades soviéticas entre criminales comunes y enemigos políticos, e incluso está permitido preguntarse si los primeros no son tratados con mayor consideración que los segundos. De todos modos, una respuesta terminante a las afirmaciones soviéticas fué la aportada por Miss Sender cuando dió lectura a documentos provenientes del MVD, según los cuales, en los Países bálticos, fueron considerados como «criminales sometidos a deportación» los individuos que, anteriormente a la anexión, pertenecían a las categorías sociales siguientes: Altos funcionarios estatales y municipales; miembros eminentes de los antiguos partidos no comunistas, inclusive los socialdemócratas (por miembro eminente, se entiende también un secretario local); sionistas, comprendidos aquellos que se pretendían marxistas, ya que no podía tratarse más que de «desviacionistas de tipo nacionalista»; eclesiásticos de toda categoría; místicos, es decir, masones, espiritistas y teósofos; industriales; comerciantes al por mayor; propietarios de edificios de inquilinato, de hoteles y de restaurantes; representantes de empresas extranjeras; parientes de prófugos, y no sólo los parientes más directos; etc.

Una investigación llevada a cabo por los servicios interesados de las Naciones Unidas reveló ulteriormente que la población de los campamentos soviéticos oscilaba alrededor de los quince millones de deportados. Población

que puede ser llamada flotante no porque, al término de una prueba más o menos prolongada de reeducación, los «criminales» recuperen la libertad, sino porque el rigor de la disciplina a la cual se los somete, los malos tratos que reciben, la escasa y pésima alimentación con que se remunera su tarea, las espantosas condiciones de clima y de higiene en que trabajan, reducen su término de «readaptación social» a un año para los más vigorosos, y a seis meses para los que están normalmente constituídos en el momento en que empieza su período de deportación [15].

* * *

El bloque monolítico constituído por la organización militar, económica y social de Rusia soviética se refleja de modo evidente en la acción de su diplomacia, oficial y secreta.

Conocemos los aspectos «externos» de esta acción, tal como aparecen a través de las manifestaciones oratorias de sus representantes ante las Naciones Unidas o en las conferencias internacionales. Conocemos el pacifismo vocinglero de la URSS, tal como se expresa a través de la campaña pro paz o de los discursos más solemnes de sus dirigentes, incluso los que, copa en mano, pronuncia en toda oportunidad, *intra et extra muros*, el sucesor de Stalin a la cabeza del PC de la URSS, ciudadano Nikita Serguéievich Jrushchov.

Pero sabemos también que Rusia no vacila en asaltar a sus vecinos indefensos y en fomentar la discordia y la guerra civil en los países situados fuera del alcance de sus tropas. Y sabemos que todo ello que, durante ocho años, se ha cumplido a través del *Kominform*, se cumple ahora por relaciones directas entre el PC de la URSS y sus filiales del mundo libre.

En el estado actual de la información [16], poco es lo que se sabe con preci-

---

[15] A los deportados civiles, habrá que agregar 4 millones de prisioneros de guerra desaparecidos desde 1945.

[16] La ocupación por Moscú de todos los sectores de la vida nacional en los países de Europa centro-oriental, danubiana y balcánica, ha dado lugar, hasta ahora, a pocos estudios de conjunto que sean enteramente satisfactorios, aunque sí a muchos reportajes generalmente insuficientes. Esto resulta más cierto aún en lo que atañe a la actividad del *Kominform*.

Se consultarán con provecho los títulos siguientes: LUCIEN LAURAT: *Du Komintern au Kominform*, París, 1951; Y. GLUCKSTEIN: *Les satellites européens de Staline*, París, 1953; H. FISH ARMSTRONG: *Tito et Goliath*, París, 1951 (obra que, si bien considera esencialmente el caso del dictador yugoslavo, estudia en detalle la situación de las naciones satélites). Una buena síntesis de la cuestión figura en la revista «The Annals of the American Academy of Political and Social Science»: número especial titulado *Moscow's European Satellites*, Philadelphia, septiembre de 1950; F. FEJTÖ: *Histoire des démocraties populaires*, París, 1952.

En lo que concierne más particularmente al caso yugoslavo, las obras más importantes

sión acerca de la actividad real de esta organización, fuera del papel que representó de modo, si me atrevo a decir, «oficialista», esto es, tal como nos lo presentaron noticias controladas, provenientes del otro lado de la cortina de hierro (depuraciones, remociones, nombramientos o desplazamientos en las altas esferas del organismo en los países satélites, etc.), y los editoriales de sus publicaciones oficiales.

Los datos de que disponemos acerca de su organización y de su breve, aunque sobrecargada, historia, autorizan a pensar que esta sección ejecutiva del imperialismo soviético, en la cual algunos compañeros de camino pretendieron ver una versión innocua de la Tercera Internacional, fué creada por orden de Stalin, esencialmente: 1.° para asegurar sin discusión posible la hegemonía de Rusia sobre los países de Europa oriental, danubiana y sudoriental, hegemonía puesta en peligro por el ofrecimiento de los beneficios del Plan Marshall a *todas* las naciones europeas; 2.° para proporcionar a Rusia un medio inapelable de control sobre la línea general de los PC de Francia y de Italia, países donde el individualismo de ciertos miembros importantes de las esferas locales era capaz de provocar escisiones no remediables con la horca como en el bloque proletario y, por ende, de poner en peligro la autoridad de Moscú sobre las quintas columnas, agentes de los eventuales desarrollos de la revolución mundial; 3.° para transformarse, conseguidos estos dos primeros propósitos, en instrumento revolucionario de alcance mundial.

El *Kominform* fué fundado en septiembre de 1947, al término de una conferencia de varios días que tuvo lugar en la estación termal de Sklyarska Poremba, en Polonia occidental (en realidad, se trata del Schreiberschau de los alemanes, a quienes fué arrancado en 1945). A esta reunión, presidida por

---

son las siguientes: ANTON CILIGA: *La Yugoslavie sous la menace extérieure et intérieure*, París, 1951 (obra importante, debida a un antiguo miembro del *Politburó* del PC yugoslavo); VLADIMIR DEDIJER: *Tito parle*, París, 1953 (debido a un colaborador, luego despechado, del mariscal de Belgrado, al que nos quiere presentar como un dechado de todas las virtudes); JULES MOCH: *Yougoslavie, terre d'expérience*, Mónaco, 1953 (libro interesante en cuanto debido a un ingeniero para quien cuenta sobre todo los índices de producción, pero sujeto a caución en cuanto que el autor pertenece a la internacional rosa, tan preferida por el señor Attlee). Las obras más recientes son: E. HALPERIN, *Der siegreiche Ketzer*, Colonia, 1957; B. LAZITCH: *Tito et la révolution yougoslave*, París, 1957.

Hasta la fecha (1957), no hubo obras de conjunto consagradas al mecanismo mismo del *Kominform*. Frente a los numerosos reportajes, más o menos sensacionalistas, publicados en la prensa europea y norteamericana, es digno de mención, por la seriedad de su información, un artículo anónimo publicado en la revista «Ecrits de Paris», en su número de abril de 1952, con el título *La nouvelle organisation du Kominform*.

Las obras debidas a las víctimas de la acción kominformista, es decir, de las agresiones «pacíficas» del comunismo internacional, figuran en la lista bibliográfica que se incluye al final del presente trabajo.

Andrei Zhdánov y Gueorguiy Malenkov, asistieron Ana Pauker y Georghiu Dej en representación del PC rumano; Eduardo Kardelj y Milovan Djilas (Yugoslavia); Hilary Minc y Wladyslaw Gomulka (Polonia); Rudolf Slansky y S. Bastovansky (Checoslovaquia); M. Farkas y J. Révai (Hungría); V. Chervenkov y V. Poptomov (Bulgaria); Jacques Duclos y Emile Fajon (Francia); Luigi Longo y Eugenio Reale (Italia).

El punto de vista ruso, expuesto por Zhdánov, establecía que, por estar dividido el mundo en dos bloques ya irreconciliables, el grupo de las naciones comunistas debía actuar de modo a que su unión se hiciera aún más compacta, más monolítica, para emplear la jerigonza dzhugashviliana, para afrontar más tranquilamente al belicismo de las naciones capitalistas encabezadas por los Estados Unidos. Lo que venía a significar un estar en guardia por el siguiente hecho: en el mes de julio anterior, en París, durante la conferencia de los ministros de Relaciones Exteriores, Estados Unidos ofreció a todas las naciones europeas la ayuda del Plan Marshall, y Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia habían anunciado su intención de aceptarla, hasta que, en los días sucesivos, una intervención violenta de Moscú las obligó a desdecirse.

Según el documento que fué suscrito por los dieciséis asistentes, el último día del conciliábulo de Schreiberschau, el organismo creado en esta oportunidad debía ser algo muy distinto del *Komintern,* puesto que, en el ánimo de sus fundadores no rusos, sólo representaría el papel de oficina de coordinación y de información [17]. Pero, desde el primer día, resultó evidente que Stalin había

---

[17] He aquí este documento, tal como ha sido reproducido varias veces en publicaciones de ambos lados de la cortina:

«Ha sido posible comprobar que la falta de conexión entre los partidos comunistas que han tomado parte en esta reunión constituye, dada la situación actual, un inconveniente grave. La experiencia demostró que semejante falta de conexión entre los partidos comunistas es incorrecta y peligrosa. La necesidad de intercambiar experiencias y de establecer una coordinación voluntaria de las actividades de los varios partidos se ha hecho hoy particularmente imprescindible, en razón de la compleja situación internacional postbélica, situación en la cual la falta de conexión entre los partidos comunistas puede causar daños a las clases trabajadoras.

»Inspirándose en esta comprobación, los asistentes a la conferencia han decidido lo que sigue:

»1.—Creación de una Oficina de Informaciones entre el partido comunista yugoslavo, el partido búlgaro de los trabajadores (comunista), el partido comunista rumano, el partido comunista húngaro, el partido polaco de los trabajadores, el partido comunista (b) de la Unión soviética, el partido comunista checoslovaco y el partido comunista italiano.

»2.—La Oficina de Informaciones tendrá por tarea organizar el intercambio recíproco de experiencias y, si resultare necesario, la coordinación de las actividades de los partidos comunistas, sobre la base de un consentimiento mutuo.

»3.—La Oficina de Informaciones será integrada por los representantes de los Comités

entendido crear algo peor que el *Komintern*. La prohibición de aprovechar la ayuda financiera norteamericana resultó algo así como un entremés.

Pese a la repugnancia de los comunistas yugoslavos, Belgrado había sido elegida como capital de este «algo peor», precisamente porque Stalin quería que Yugoslavia fuera la primera en transformarse en su presa inmediata. En efecto, entre todos los comunistas llegados al poder en Europa, Tito era el que tenía menos deudas con Moscú. El nacionalismo hipersensible de los servios; su convicción de que los problemas determinados por las condiciones particulares del *puzzle* de nacionalidades que dominaban, debían recibir soluciones monolíticas, no como Moscú está acostumbrado a ponerlas en ecuación, sino como las puede concebir una mente obnubilada por el mito del panservismo; el hecho de que, por fin, hubiesen conseguido la victoria por la única fuerza de sus armas; todo ello, agregado al orgullo próximo a la megalomanía propio de esta nación, volvía improbable que se sometiesen sin chistar a los mandatos fulminados por el Júpiter tonante del Kremlín. Pero, la divinidad en cuestión, olvidando que la Sava arrastra tanto légamo como el río Moskva, estimó que la instalación de los órganos directivos del *Kominform* en la capital yugoslava le permitiría, mediante la infiltración de funcionarios rusos de la nueva asociación, en los centros de gobierno y en el PC local, poner la mano sobre las palancas vitales del país para proceder, en la primera oportunidad, a la eliminación del desviacionista en potencia, Josip Broz, y de sus colaboradores.

Tito conocía el secreto de la maniobra aún antes de que Zhdánov, secretario general del nuevo *instrumentum regni* del Mariscal Supremo, estuviese en condiciones de desencadenarla. Su apresuramiento en firmar pactos de amistad y asistencia mutua con los demás países amenazados por el apetito moscovita respondía seguramente a una voluntad de defenderse, transformándose en centro de atracción, al objeto de reunir a esos países en un bloque capaz de oponer una resistencia eficaz a dicho apetito que, fácil era preverlo ya en 1946, no podía tardar en manifestarse abiertamente. Se trataba, pues, de una carrera de velocidad entre Tito y Stalin. Que, en fin de cuentas, aquél no pudiera realizar su designio, y que éste haya impuesto su ley a Praga y Budapest, Varsovia y Bucarest, Sofía y Tirana, es evidente, y sería vano tejer conjeturas

---

Centrales, a razón de dos miembros por Comité; las delegaciones de los Comités Centrales serán elegidas o reemplazadas por obra de los mismos Comités.

»4.—La Oficina de Informaciones editará un órgano quincenal, luego semanal, que será publicado en francés y en ruso y, si fuera necesario, en otros idiomas.

»5.—La Oficina de Informaciones tendrá su sede en Belgrado.»

La sigla *Kominform* es la reducción de las palabras *Kommunísticheskaia Informátsiia*: Información Comunista.

acerca de lo que hubiera podido suceder en el caso contrario; pero no impide que la política de Tito fuera, en germen, una gran política. Fracasó: 1.° porque la gran política pertenece a las grandes naciones, y Yugoslavia es una pequeña nación en que el grupo étnico dominante tiene que luchar contra los demás grupos dividiéndolos, ya que, unidos, serían más fuertes que él; 2.° porque Stalin encontró en las demás capitales a secuaces del tipo Clement Gottwald, Matías Rákosi, Boleslaw Bierut, Gheorgiu Dej, Vulko Chervenkov y Enver Hoxha, que lo ayudaron a derrotar a quienes como Clementis, Rajk, Gomulka, Vasile Luca, Kostov y Koci Xoxe alimentaban el propósito de mantener algo de la independencia de su tierra natal; 3.° porque, y esto es esencial, en estas capitales, el comunismo estaba dirigido por células burocratizadas en Moscú, según los preceptos ya clásicos del dzhugashvilismo.

Mientras tanto, y aún antes de la fundación de la Oficina de Informaciones, Tito había ido ocupando posiciones. Con Polonia había firmado su pacto el 18 de marzo de 1946; con Checoslovaquia, el 9 de mayo del mismo año; con Albania, el 9 de julio. Un poco antes de la conferencia de Sklyarska Poremba, Tito y Dimitrov, en el curso de una entrevista celebrada en Bled, decidieron aplicar gradualmente un plan de federación búlgaro-yugoslava, acordado en noviembre de 1944 y, desde entonces, saboteado por los rusos bajo los más diversos pretextos. El 27 de noviembre de 1947, es decir, dos meses después de la fundación del *Kominform*, Belgrado suscribía con Sofía un pacto de asistencia mutua, y, el 19 de diciembre, hacía lo mismo con Bucarest. Todos estos acuerdos, según sus considerandos, tendían a consolidar «la amistad y la colaboración más estrecha entre los pueblos de las naciones firmantes y los de todas las Naciones Unidas...y a aportar su propia contribución al establecimiento de la paz y de la seguridad». Contribución que debía ser aportada, claro está, proporcionalmente a los beneficios sacados del Plan Marshall, que, precisamente, era aquello que Stalin quería impedir.

El proyecto de federación búlgaro-yugoslava —embrión, evidentemente, de una federación de los eslavos del sur bajo la batuta servia, y Moscú no se equivocó al darle esta interpretación— tuvo consecuencias transcendentales, no sólo para Yugoslavia, sino para toda Europa y el resto del mundo.

En verdad, fué la causa directa de la ruptura que sobrevino en 1948 entre Moscú y Belgrado y de la captación por la primera de la totalidad del poder político y de los recursos económicos de los países a los que Tito había pretendido aunar en provecho propio. El golpe de Praga, placa giratoria de esta redada, es de febrero de 1948 y precedió en cuatro meses a la ruptura con Belgrado sólo porque Moscú se encontraba en la necesidad de eliminar previamente a los «burgueses» Benés y Masaryk, ya muy vacilantes, de modo a presionar directamente sobre los húngaros y a quitarles toda veleidad de secundar a Tito en su rebelión, que muchos indicios señalaban como inevitable.

Nada cambia en estrategia ahora, como en el tiempo de los Habsburgo, quien está en Praga domina a Budapest (la batalla de la Montaña Blanca es de 1619, la anexión de Hungría, de 1687) y tiene abierto el camino de Belgrado; y, aunque Belgrado no capitulase en 1949, toda posibilidad de resistencia se reveló ilusoria, a partir de entonces, en el resto de los Balcanes. Otra consecuencia, y no la menor de este golpe, puesto que gracias a ella Tito pudo aguantar la sacudida, fué que, al fin despertados, los Estados Unidos reaccionaron, poniéndose frente a Rusia, primero por la adopción de la política de contención, luego, por una participación siempre más activa en la defensa del Occidente. En este sentido, tienen toda la razón los norteamericanos cuando afirman que la división del mundo en dos bloques tiene su causa en la política soviética de agresión: a partir de la defenestración de Benès y de Masaryk —en el sentido propio la de éste y figurado la de aquél—, todo cambió y aun los más ciegos entre los expertos del State Department comprendieron que un descuido suplementario llevaría a la desaparición en la caldera colectivista de lo que quedaba de Europa. Es innegable, por lo demás, que esta primera reacción, la de las contrafuerzas que, pronto, estudiaremos, se reveló ineficaz en la medida que excluía la eventualidad del recurso a las armas (la excluyó hasta la agresión de Corea y parece haber vuelto a excluirla después del asunto de Suez a finales de 1956), pero es indudable también que ayudó a Tito a efectuar con más holgura su «desenganchamiento» del sistema moscovita, puesto que le permitió aprovechar el apoyo político de Gran Bretaña que, sin el apoyo financiero de Estados Unidos, le hubiera sido enteramente inútil. Pero ello es anticipar.

Al poco tiempo de la reunión de Sklyarska Poremba, los servicios «periféricos» del *Kominform* —los servicios centrales radicaban donde estuviera Zhdánov, es decir, en Moscú— se habían instalado en Belgrado donde, en diciembre de 1947, el órgano quincenal, previsto por el artículo 4 de los estatutos, iniciaba su publicación en ruso, francés, inglés y servo-croata, con el título, poco excitante, en verdad, desde el punto de vista periodístico, de *¡Para una paz duradera, para una democracia popular!* De lectura demoledora, como toda la literatura de inspiración dzhugashviliana, esta gaceta estuvo dotada, hasta la muerte del Jefe Genial, de un director de alta calidad, se quiere decir, de alta calidad burocrática, la única que se aprecia en el Kremlín: el ciudadano Pavel Fiódorovich Iúdin, miembro eminente de la policía política soviética, coautor de un diccionario filosófico que goza de sólido prestigio en los organismos dependientes del MVD [18], miembro del Comité Central del PC ruso y, en sus momentos

[18] *Kráthii Filosófskii Slovár:* Pequeño Diccionario Filosófico; Moscú, 1952 («Editorial Estatal de Literatura Política»). En este diccionario, los filósofos «burgueses» Descartes, Comte y Bergson deben contentarse, respectivamente, con una página y media, una co-

de ocio, profesor de filosofía materialista en los institutos superiores de enseñanza de la URSS. Tan alto personaje en tan modesto empleo, no residía en Belgrado sino con la misión específica de reunir todo el material utilizable en un futuro proceso público contra los desviacionistas yugoslavos.

El divorcio entre éstos y Moscú no podía más que precipitarse en razón de la presencia de numerosas misiones —militares, comerciales y guepeístas— que, con celo demasiado indiscreto, pretendían regentar todas las actividades de la joven república popular. El embajador Lavréntiev daba órdenes y no admitía discusiones; los generales y oficiales superiores rusos querían ejercer su control en todos los servicios militares clave, y los economistas, formados en la escuela de Eugenio Varga, daban a Tito, de parte de Stalin, el «consejo» de no proceder al desarrollo del sistema industrial existente. Las sociedades comerciales mixtas fundadas entre los dos países se revelaban provechosas solamente para el más grande que, gracias a ellas, iba captando todas las fuentes de la economía yugoslava. Esto no podía durar mucho tiempo más y Tito no tardó en exponer claramente ante Moscú su voluntad de dar a su país una fuerte estructura industrial y un ejército dotado de equipos modernos y preparado con vistas a operaciones que no fueran ya las simples guerrillas de los años cuarenta.

La excomunión de Stalin contra Tito, fulminada por el *Kominform*, se dió a la publicidad el 28 de junio de 1948, por el *Rude Pravo*, órgano comunista de Praga.

Subsidiariamente, podemos señalar que esta ruptura tuvo sus «mártires» en la persona de Zhdánov y en la de Dimitrov, que fallecieron al poco tiempo. Si bien, oficialmente, estos decesos fueron atribuídos a causas naturales, muchos quisieron encontrar su origen, el del primero, en el fracaso de la política de fuerza preconizada por él como mejor método para eliminar al rebelde; el del búlgaro, por su «complicidad» en los proyectos federalistas del dictador de Belgrado. No habrá escapado a nadie, en efecto, que, por una coincidencia que se repite con una constancia verdaderamente ejemplar, cada vez que la

---

lumna y una columna y media. En cuanto a los profetas de la Escuela, Marx y Lenin, se les dedica, respectivamente, dos páginas y media (250-253) y cinco páginas y media (226-232). Stalin que, como sabemos, fué hasta su muerte el filósofo más grande de todos los tiempos, tiene derecho a siete páginas y tres cuartos (493-500).

Se podrá apreciar más claramente, al mismo tiempo que el valor científico del tal Iúdin, sus cualidades humanas, saboreando el dicho que, entre gente segura, circulaba entonces acerca de él en Moscú: «Iúdin es el mejor filósofo entre los agentes del NKVD y el mejor agente del NKVD entre los filósofos.» Iúdin fué nombrado embajador en China a finales de 1953.

¡Para una paz duradera, para una democracia popular! llegó a publicarse en quince idiomas distintos.

política moscovita sufre un contratiempo, el responsable más visible de tal contratiempo no tarda en desaparecer [19].

Con la sensacional excomunión de Tito y con el fracaso de la maniobra que esta medida implicaba—puesto que, evidentemente, su objetivo era provocar el levantamiento de las «masas comunistas» yugoslavas—, las instalaciones del *Kominform* tuvieron que buscarse alojamientos más propicios. Los encontraron en Bucarest donde permanecieron hasta su disolución, anunciada oficialmente el 18 de abril de 1956.

Los sucesores de Stalin ya no lo necesitaban. Fundado exclusivamente para la ocupación territorial, política y económica de los países agrupados bajo la denominación de «repúblicas populares», este instrumento del expansionismo soviético había cumplido su misión a las mil maravillas bastante antes de la muerte del ciudadano Dzhugashvili. A partir del momento en que todos los recursos de las zonas controladas por su intermedio estaban integrados en el conjunto soviético, los hombres del Kremlín debían considerarlo más bien como un estorbo. Fué concebido, no como fin a sí mismo, sino como medio. Este fin había sido logrado con la reducción al común denominador staliniano de Checoslovaquia y Hungría, Polonia y Bulgaria, Rumania y Albania, y con la eliminación—más o menos definitiva—de desviacionistas «nacionalistas» cómo

---

[19] El más visible, no el verdadero, que es quien «hace desaparecer».

Se nos dijo, en enero de 1953, que Zhdánov había sido eliminado por una gavilla de «médicos terroristas», en su mayor parte académicos de la URSS, encabezados por el profesor Vinográdov, principal acusador de Iágoda y del doctor Levin en 1938 en el asunto de Gorkiy. Tal era, por lo menos, la acusación formulada en un comunicado oficial emitido en Moscú a comienzos de 1953; es decir, tres meses antes de la muerte de Stalin. Pero, para atenernos a los términos de otro comunicado publicado el 3 de abril de 1953, es decir, menos de un mes después de la desaparición del terrible viejo, estos mismos médicos no eliminaron a nadie y siguen siendo sabios muy respetables. La parte central del certificado de rehabilitación reza como sigue: «Una verificación ha demostrado que las acusaciones contra las personas nombradas son falsas y que las fuentes documentales carecen de fundamento. Ha establecido que el testimonio de los detenidos, que, según se alegó, confirmaba las acusaciones formuladas contra ellos, fué recibido por empleados de la sección de Investigaciones del anterior Ministerio de Seguridad del Estado (suprimido con la muerte de Stalin), *por métodos de investigación no permitidos y que están estrictamente prohibidos por la ley soviética.*» ¡Grandioso y sin comentarios!

El mismo comunicado anunciaba el encarcelamiento de A. Abakumov, ex-ministro de Seguridad del Estado y principal responsable del montaje policial contra los médicos tan vilmente calumniados, y de numerosos funcionarios del mismo departamento, y prometía su enjuiciamiento por sus métodos ilegales de investigación. Todo ello significa que, en la Unión soviética, trátese de la de Lenin y de Stalin o de la de Malenkov y de Jrushchov, la máquina necesita sangre humana para seguir funcionando. Vienen a demostrarlo una vez más la ejecución, el 22 de diciembre de 1953, de Beriia, rehabilitador de los médicos ex-terroristas del Kremlín, y la del citado Abakumov, un año más tarde.

Clementis y Rajk, Gomulka y Petkov. El modo en que, después de su disolución, Moscú aplastó la rebelión de Budapest a finales de 1956, demuestra con claridad meridiana que los jefes de la central moscovita, al tomar esta medida, solamente quisieron actuar en el plano de la propaganda, en un momento que necesitaban disponer de un lapso de distensión internacional.

El error de las cancillerías del mundo libre—y tanto de los «occidentalistas» como de los neutralistas—consistió como siempre en recibir la noticia de la disolución como un índice positivo de la voluntad de los nuevos amos del imperio comunista de entablar con las naciones no comunistas relaciones basadas en métodos de convivencia que, en adelante, irían normalizándose hacia una «liberalización» del Sistema. Ninguno de los expertos que «interpretan» el hecho soviético por cuenta de dichas cancillerías llegó a comprender que Moscú suprimía el *Kominform,* no porque quisiera liberalizarse, sino porque comprendía que el organismo ya no podía ser vehículo de nuevas conquistas. En efecto, los dirigentes rusos habían adquirido la convicción de que, a partir de los asuntos de Corea y de Indochina, no podrían proceder a ninguna nueva anexión sin correr el albur de un conflicto armado. Se les hizo evidente que la voluntad de Wáshington de liquidar ambos asuntos no se basó en el retorno de los Estados Unidos a sus viejos hábitos aislacionistas, sino por el contrario, a partir de esa liquidación, pudo verse que ya no habría más retroceso frente al expansionismo comunista. Había que volver a los métodos de la diplomacia clásica, tal como las grandes potencias se sirven de ellos en períodos de extrema tensión internacional, y renunciar, aunque fuera solamente en apariencia, a la acción confiada a las quintas columnas en los períodos en que la debilidad de sus defensas interiores impide al contrincante pensar en el recurso de las armas para resistir la agresión. Es evidente que acontecimientos como la inserción en el juego soviético de personajes como el coronel Nasser y los dirigentes sirios, son el resultado, no de una acción clandestina, sino de una competencia diplomática «normal», normal, claro está, en los tiempos en que vivimos. Estos resultados nada tienen que ver con los que habían llevado a la conquista de los países de la cortina. Sólo pueden compararse con los forcejeos que, de cancillería a cancillería, precedieron y, en una amplia medida, determinaron, los estallidos de 1914 y de 1939.

Ello nos lleva, pues, a estudiar con detenimiento la evolución de las relaciones diplomáticas del mundo libre, encabezado por los Estados Unidos, con la Unión soviética a partir del final de la segunda guerra mundial.

Es evidente que, entre el 10 de agosto de 1945, último día de la segunda guerra mundial, y el 25 de junio de 1950, primer día de las hostilidades de Corea, Wáshington tuvo que pagar la hipoteca de Yalta y la pagó, en verdad, con el mayor optimismo, pensando, según las lecciones del fenecido presidente Roosevelt, que, con su buena voluntad, estaba ayudando a Rusia en su penosa

transformación democrática. Al lado de inspiradores utopistas, dispuestos a todos los abandonos, la diplomacia estadounidense contaba con un cierto número de «realistas» para quienes la exclusividad de las armas atómicas era un hecho suficiente para retener a Rusia si, por casualidad, alimentase el deseo de lanzarse a nuevas aventuras. Ilusión tanto más pasmosa cuanto que, en primer lugar, Rusia procedió desde el comienzo, a la realización de sus planes políticos y estratégicos de un modo que, en el mejor de los casos, no puede considerarse como desprovisto de espíritu de aventura, y que, en segundo lugar, sus especialistas provocaron, en septiembre de 1949, una explosión atómica que, según Burnham, indicaba que, «dentro de la Unión soviética, la inferioridad técnica (era) menos absoluta de lo que lo era con anterioridad a este hecho» [20].

Todo este conjunto de acontecimientos, no previstos en los días de Yalta, ni tampoco considerado bajo su ángulo verdadero por los funcionarios del Departamento de Estado, no fué suficiente para despertar a la opinión pública norteamericana de su optimismo y, lo que es infinitamente más grave, para inspirar a sus dirigentes una política de reacción activa. Para llegar a todo esto, hubo que esperar la agresión de Corea, que Stalin efectuó por interpósita persona, con la convicción de que sus ex-aliados no se moverían, exactamente como no se habían movido a favor de Checoslovaquia y de la China nacionalista.

En verdad, cuando el presidente Truman se decidió a contestar «golpe por golpe» a las embestidas del expansionismo soviético, los Estados Unidos no estaban preparados para desarrollar operaciones militares en gran escala. Lo demuestra la primera fase de las operaciones de Corea que los sorprendió enteramente desprevenidos, del mismo modo que la segunda fase—la que va de la destitución de Mac Arthur a la firma del armisticio—demuestra que nunca llegaron a decidirse a conducir las operaciones de modo resolutivo [21]. No estaban preparados militarmente al comienzo de las hostilidades y nunca lo estuvieron diplomáticamente a lo largo del conflicto, porque, a causa del desconcierto en que estos acontecimientos los sumieron, tuvieron que improvisar, del principio al fin, una nueva política; y que esto no se hace de la noche a la mañana, sobre todos cuando se poseen bombas atómicas que no se quiere utilizar [22].

---

[20] J. BURNHAM: *The coming Defeat of Communism*, New York, 1949.

[21] Lo revela sin equívocos el general J. A. VAN FLEET, ex-comandante del VIII Ejército norteamericano, en un estudio sobre las operaciones de Corea, que he utilizado en su versión italiana, titulado *Finalmente la verità sulla Corea*, en revista «Epoca», de Milán; Núms. 138, 139, 140 y 141, mayo-junio de 1953.

[22] «Durante dos años después de la muerte de Roosevelt, la Casa Blanca continuó con este impulso. Se asistió entonces a este espectáculo extraordinario: América, perdiendo el tiempo en defenderse de Inglaterra, de Alemania, de Franco, del imperialismo holandés, de veinte peligros imaginarios, dejaba que Rusia absorbiera a sus vecinos uno tras

Esta incertidumbre, por lo demás, si bien puede ser, en una cierta medida, el efecto de la desilusión, también tiene otros motivos. La desilusión, en verdad, impulsa a asumir actitudes que serán tanto más enérgicas cuanto que la decepción haya sido más profunda. Y lo que menos podemos descubrir en la política adoptada por el Departamento de Estado en los meses consecutivos al golpe de Praga, ante las violaciones repetidas de los compromisos suscritos por Stalin, es energía en la acción y firmeza en los propósitos. Por el contrario, toda la conducta política de los Secretarios de Estado, George Marshall y Dean Acheson y de su consejero, el diplomático de carrera George Frost Kennan, planificador de la «política de contención» [23], revela el empeño de no cerrar la puerta, en ningún momento, a una posibilidad de arreglo con la Unión soviética sobre la base de un reparto del mundo en zonas de influencia. Hasta la guerra de Corea, la política norteamericana, en Europa y en Extremo Oriente, se basó en la esperanza de que una nueva fisura en el bloque comunista convenciera finalmente al Kremlín de la conveniencia de un *gentlemen's agreement* con Wáshington. En sus manifestaciones de mayor violencia contra el expansionismo comunista, impuestas, no tanto por la desilusión como por la impaciencia creciente de una opinión pública, que iba despertándose de los sueños dorados de la cruzada común contra el fascismo, ninguno de estos responsables de la política exterior norteamericana, se atrevió jamás a ir más allá de la esperanza, pasiva en extremo, de poder aprovechar, algún día, otra fisura de tipo titista en el monolito comunista, para revelar a los súbditos del imperio staliniano las excelencias de las instituciones democráticas, de la libre empresa y del *habeas corpus*. La incertidumbre tan prolongada de la política exterior norteamericana proviene, fundamentalmente, de estas esperanzas y de estas ilusiones; tanto más utópicas cuanto que quienes las alimentaban se habían formado en el seno de la quimérica capilla rooseveltiana. Nos queda por examinar, pues, las condiciones en que se desarrolló la incertidumbre diplomática norteamericana, del golpe de Praga al del paralelo 38.

* * *

Hasta la muerte de Stalin, el glacis tendido, a partir de 1945, a lo largo

---

otro; regalándole fábricas alemanas, buques de guerra italianos; dejándole paralizar la ONU con su veto, difundió ella misma las leyendas de la democracia rusa, de la independencia rumana o húngara, de la libertad sindical, del resistencialismo sagrado, aplaudiendo, en fin, el debilitamiento de todas las tradiciones que habrían podido hacer contrapeso a la mística comunista.» A. FABRE-LUCE: *Le siècle prend figure.*

[23] Conviene recordar que este señor G. F. Kennan había empezado su carrera «rusa» con Wilson en el tiempo de la proyectada conferencia de Prinkipo y había sido, en calidad de segundo secretario, uno de los principales colaboradores de Joseph Davies durante la extravagante embajada en Moscú de este banquero progresista transformado en Metternich por F. D. R.

de las fronteras europeas y asiáticas de Rusia, ya sea por la conquista, ya por el golpe de fuerza o la intimidación, había presentado un solo punto débil, Yugoslavia. Como hemos visto, esta brecha fué taponada sin demasiadas dificultades, gracias al *Kominform*. Desde entonces, la preocupación de la diplomacia norteamericana no consistió tanto en provocar acto seguido nuevas rupturas en esa cadena estratégica como en mecerse con esperanzas de ruptura ante un porvenir hipotético. El sistema de control implantado por Stalin en los países satélites de Europa dejaba pocas iniciativas a los Estados Unidos para provocar movimientos capaces de determinar cambios radicales y, hasta la desaparición del dictador cuando menos, la única posibilidad de hacer saltar más eslabones de la cadena perteneció exclusivamente a los elementos locales, puestos por el Kremlín a la cabeza de esos países, sin que la diplomacia yanqui pudiese representar el menor papel en su rebelión. De ellos, sólo se podía augurar que, una vez proclamado el levantamiento contra el sistema soviético, en nombre de un comunismo que, como el de Tito, se definiese más ortodoxo que el del hombre del Kremlín, se encontraran, tarde o temprano, en la penosa necesidad de recurrir a la ayuda de Wáshington para mantenerse, a la vez que contra Rusia, contra sus propios administrados. Así, pues, en este caso específico, la diplomacia americana se apoyó en el sueño enteramente pasivo, de una repetición en Europa o en Asia del golpe de Belgrado. Pero ese cálculo conjetural del Departamento de Estado y del Foreign Office llegó a revelarse ilusorio en el momento mismo en que los expertos angloamericanos lo formulaban, porque, ya en junio de 1948, era evidente que el Kremlín andaba tomando todas sus precauciones para que no se repitiera en las demás capitales de las naciones satélites aquello que permitió a Belgrado liberarse de la ingerencia moscovita. Reconozcamos que este error de cálculo tiene algunos atenuantes, el mayor de los cuales radica en la ignorancia que se padecía, en Wáshington sobre todo, de las condiciones reales del triunfo del comunismo en Europa oriental y sudoriental. Aquí, podemos formularnos algunas preguntas.

¿Cómo es posible que la Unión soviética haya podido instalarse y mantenerse tan firmemente en las repúblicas populares sin que la menor tentativa de rebelión —fuera de la de Belgrado— haya señalado esta sumisión, hasta la muerte de Stalin?

La secular tradición de prudencia de los checos —ilustrada por el hecho de que, desde la batalla de la Montaña Blanca hasta el final de la primera guerra mundial, nunca intentaron seriamente levantarse contra su «opresor» de Viena y que, hasta 1918, el mito del irredentismo checo sólo vivió en algunas imaginaciones muy masónicas, calentadas por los argumentos anticatólicos y antimonárquicos de Thomás Masaryk y Eduardo Benès—, la prudencia checa no constituye una explicación enteramente valedera, puesto que búlgaros, polacos,

húngaros y albaneses obedecen de modo muy evidente a la tradición opuesta y que toda su historia está constelada por rebeliones y levantamientos desesperados.

Contrariamente a las revoluciones históricas, las de Praga, Sofía, Bucarest, Varsovia, Tirana y Budapest no tuvieron que enfrentarse con situaciones imprevistas, con los choques y estallidos incoherentes que, hasta entonces, habían caracterizado el estado revolucionario. Esta vez se trataba de revoluciones «prefabricadas» muy racionalmente en Moscú, de movimientos cuyos desarrollos sucesivos eran planeados de antemano, en todos sus pormenores, sin que ninguna eventualidad fuera dejada de lado. En la mente de sus planificadores, estos movimientos habían sido concebidos, no como rebeliones que estallan desde el interior, sino como operaciones diplomático-militares suscitadas desde afuera, como empresas de conquista cuyas probabilidades de fracaso trataron de reducirse al mínimo por el puente tendido por el Jefe Genial entre el ejército ruso y el PC local. Esto, para el primer momento de la maniobra.

A partir de este momento, que llamaremos «momento de la anestesia», un gobierno formado por comunistas y no comunistas —compañeros de camino, criptocomunistas o, sencillamente, ilusos de los partidos burgueses—, estaba encargado de ejecutar todo aquello que había sido programado en Moscú con vistas a la eliminación, mediante una utilización astuta del aparato judicial existente, de los adversarios, reconocidos o presumidos, del Sistema desde el punto de vista político: propietarios de bienes raíces, grandes industriales, altos funcionarios, oficiales profesionales, eclesiásticos, etc., a los que se perseguía, no por su situación social, sino por su pasado «reaccionario», «colaboracionista», etc.

Una vez realizada esta operación de limpieza, que llamaremos de «instalación del dispositivo», en la cual los miembros no comunistas del llamado Frente Nacional habían tomado parte con su deseo de concurrir a la eliminación de todo lo que se situaba a su derecha, llegaba la tercera fase de la maniobra, que puede definirse «explotación del terreno ocupado». Los comunistas disponían ya de sólidos puntos de apoyo, conseguidos mediante la instalación de sus dirigentes más dinámicos en la dirección de la policía, de los sindicatos y de las fuerzas armadas, «democráticamente» depuradas de sus elementos nacionalistas por un militar «compañero de camino», generalmente un individuo sin talento, pero deseoso de hacer carrera. Mientras la fase de la instalación vino siendo esencialmente política, la de la explotación obedecía a propósitos socialpolíticos, como la captación por el Estado de los medios de producción, la reforma agraria, la colectivización del comercio, etc. Su resultado inmediato era despertar de los *fellow travellers,* que era exactamente aquello que se deseaba en Moscú para desencadenar la cuarta fase, o de la «colonización».

Esta fase empezaba por operaciones electorales que, controladas por los elementos comunistas, instalados en el ministerio del Interior y en el ejército, des-

embocaban en la derrota aplastante de los partidos asociados, pequeños terratenientes, agrarios, socialistas independientes, etc., y señalaban, por ende, la inutilidad de seguir utilizándolos en los ministerios de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Finanzas, más representativos, pero menos eficaces desde el punto de vista de la infiltración, que se habían reservado desde el comienzo. Quienes, más audaces o ingenuos que los demás, intentaban protestar contra resultados electorales a ojos vistas «fraudulentos», que los devolvían a la mediocridad, en la cual se habían agitado de modo irremediable durante muchos años antes de la «liberación», eran acusados de alta traición o de sabotaje, ejecutados o deportados, lo que quitaba a sus correligionarios políticos todo deseo de seguirlos en sus manifestaciones de descontento.

Mientras tanto, el Sistema se aseguraba la adhesión de una parte de la población, transfiriendo a hombres y grupos, así definitivamente comprometidos, poderes y privilegios que los integraban en el nuevo orden y los incitaban a defenderlo por todos los medios; ya que, a partir de este momento, todo cambio político no podía tener para ellos sino consecuencias desastrosas. En cuanto a las masas, encuadradas y vigiladas estrechamente por estos nuevos «colaboracionistas», no les quedaba más que dejarse integrar en un sistema sindical, cuya misión consiste en hacer ejecutar las normas de producción establecidas en función de las necesidades de la economía soviética.

Tal es el esquema de la infiltración y de la implantación del sistema comunista en los países satélites. Brutal cuanto se quiera, pone a dicha implantación al abrigo de todo movimiento interno, en razón de la presencia o de la proximidad del ejército rojo, y del aniquilamiento —repetido de modo recurrente, incluso en el seno de los grupos comunistas locales— de todos los elementos de posible oposición.

Esta es la razón por la cual, una vez reconocidas como ilusorias sus esperanzas de ver reproducirse en algún otro lugar de la cortina aquello que llegó a triunfar en Belgrado, Wáshington dirigió su atención hacia China, a la que círculos influyentes del mundo político norteamericano e inglés consideraban como dotada de autonomía y de visión política propia en el sistema creado por la diplomacia rusa a partir de 1945.

Un fuerte sector político estadounidense, integrado por altos funcionarios del Departamento de Estado y por intelectuales, generalmente universitarios, izquierdizantes pero antisoviéticos (ello no significa que fueran anticomunistas), llegó, en 1948 y 1949, a definir al régimen naciente que Mao Tsë-tung iba instaurando, como «agrario de izquierdas», y a proclamar que Mao no tardaría en transformarse en la encarnación amarilla de Tito [24]. En los primeros meses de

[24] Las cláusulas del acuerdo comercial firmado entre Rusia y China en julio de 1953 no cambian de modo sensible las líneas generales de las relaciones políticas y económicas

1950, este sector había llegado a dominar tan enteramente la diplomacia americana, que fueron necesarios los acontecimientos de Corea y la intervención de las tropas comunistas chinas al norte del paralelo 38 para que la república popular extremoriental apareciera bajo su verdadero aspecto, es decir, como parte integrante del juego comunista; y que se considerara a Mao como lo que era en realidad: el primer violín de la orquesta marxista. Lo que no excluye, por cierto, la posibilidad de que la tan esperada ruptura chino rusa se produzca algún día; sobre todo si es cierto que la desaparición de Stalin ha transformado a Mao en el teólogo mayor de la Iglesia marxista. Pero, contar con la inminencia de esta ruptura fué, antes de esa desaparición, el error más grave cometido por la diplomacia norteamericana, a la zaga entonces de la diplomacia británica, cuyos propósitos servían este error magníficamente.

El problema de las relaciones de la China de Mao con Rusia es extremadamente complejo: 1.° en razón de la falta casi total de documentos que nos permitan orientarnos en el embrollo extremoriental; 2.° en razón del carácter particular de esta relaciones, que son muy distintas de las de los países satélites con Rusia.

Si bien poco numerosos, los documentos de que disponemos nos descubren bastante claramente el pensamiento del jefe comunista chino. En uno de ellos, que es de 1940, es decir, de la época en que Stalin mantenía excelentes relaciones con el *Kuomintang*, al que ayudaba en su lucha contra el Japón con entre-

---

entre los dos países, puesto que, en rigor, no hacen más que confirmar la licencia de explotación de los recursos chinos —incluso de los recursos humanos— concedida a los rusos por Mao y su gobierno. En efecto, las principales de estas cláusulas son las siguientes: Rusia presta a China 4.000 ingenieros y 5.000 millones de rublos, reembolsables, a partir de 1954, en productos agrícolas y de extracción, y se compromete a formar a 10.000 técnicos chinos en sus fábricas y planteles industriales; China revenderá a la URSS casi la mitad de sus importaciones de caucho; las riquezas petrolíferas del noroeste de China serán explotadas en común por ambos países. Lo que significaba que China seguirá siendo un país agrícola dotado de una industria de acompañamiento. Los diez mil técnicos a formar en Rusia están destinados, evidentemente, a sustituir a los técnicos e industriales de procedencia prerrevolucionaria, es decir, inseguros en caso de crisis; su número es demasiado reducido para que se los pueda considerar como el esqueleto de una futura industrialización intensiva de China. En cuanto a los recursos humanos de que hablábamos más arriba, señalemos que un millón de chinos «inseguros» habían sido deportados, a finales de 1953, a los campos de «reeducación» de la URSS, y que cincuenta mil de ellos, todos intelectuales, fueron destinados a las minas de carbón de los Urales y del Donbass. Es digno de notar que los intelectuales chinos, en su casi totalidad, llegaron a simpatizar abiertamente con los comunistas muchos años antes de su victoria. Es que, para un escritor burgués, resulta mucho más fácil ser filocomunista durante el régimen capitalista que «ideológicamente correcto» en el sistema comunista, una vez instalado éste en el poder. Ver al respecto *Brain washing in Red China*, de E. HUNTER, New York, 1951.

gas de aviones y de gasolina, el jefe del PC chino, al enunciar el programa político de la futura «República de la Nueva Democracia», emitía la tesis siguiente que sirvió de base a la argumentación de los intelectuales anglosajones más arriba citados acerca de un comunismo chino «diferente» del de Moscú: «Esta República de la Nueva Democracia —escribía Mao— difiere, por un lado, de las repúblicas capitalistas del viejo modelo occidental bajo las dictaduras capitalistas anticuadas; por otro lado, difiere también de la república socialista más reciente, de modelo soviético, bajo la dictadura del proletariado; este género de república ya nació y llegó a una evidente madurez en la Unión de los *Sovieti*; se establecerá en los diferentes países capitalistas y será indudablemente el modelo de gobierno y de poder político de todos los países progresivos a través de la Unión de las Naciones. Sin embargo, durante un cierto período histórico, la república de modelo soviético no podrá aplicarse convenientemente en los países coloniales o semicoloniales. La política nacional de estas regiones debe, por consiguiente, obedecer a un tercer modelo, el de la Nueva Democracia: se trata de una política nacional válida durante un cierto período histórico y, por consiguiente, su carácter es transitorio...» [25].

Si los brillantes sinólogos de las universidades de Oxford y de Columbia y sus amigos del Departamento de Estado y del Foreign Office pensaban poder aprovechar el carácter de transitoriedad reconocido por Mao a su Nueva Democracia y hacer desviar su ruta de la de Moscú, algo, que figura en el mismo folleto, hubiera debido ponerlos sobre aviso. En efecto, Mao decía: «No podemos mantenernos apartados del Estado socialista o del proletariado internacional si queremos nuestra independencia; es decir, que no podemos apartarnos de la asistencia de la URSS o de las victorias de la lucha anticapitalista del proletariado del Japón, de Gran Bretaña, de los Estados Unidos, de Francia y de Alemania. Sus victorias nos ayudan. Aunque no podamos decir que la victoria en China debe ser precedida por el triunfo de las revoluciones en esos países o, por lo menos, en uno o dos de ellos, es indudable que podemos vencer solamente con su ayuda. Esto es especialmente cierto con respecto a la ayuda de la URSS, condición indispensable para la victoria final de la guerra de resistencia china...» [26].

Estos textos, vuelvo a repetirlo, son del período en que la ayuda soviética estaba reservada a Chang Kai-shë y que éste, al mismo tiempo que la aprovechaba contra los japoneses, no vacilaba en utilizarla, cuando las circunstancias se lo imponían, contra sus compatriotas comunistas. Ello podría bastar para

---

[25] MAO TSË-TUNG: *China's New Democracy*; New York, 1945. Obra presentada por Earl Browder, jefe del partido comunista norteamericano.

[26] *Idem.*

revelar en Mao una firme voluntad de mantenerse en buenos términos con Moscú. Pero hay más.

En un discurso pronunciado el 25 de diciembre de 1947 —en plena guerra civil— el futuro dictador proclamaba que «la mitad de la humanidad que, en Extremo Oriente, sufre bajo la opresión imperialista tiene su destino ineluctablemente ligado al del comunismo» [27]. Ello, claro está, no corta el camino a un titoísmo amarillo, puesto que las desviaciones que han ocurrido en Belgrado y en los PC de los países no satélites, siempre invocaron el pretexto de un comunismo «más auténtico» que el de Moscú. Pero otro documento no deja subsistir la menor duda. En un artículo publicado el 1.° de diciembre de 1949, Mao expresaba la voluntad de la nueva China de «unir su propia suerte a la del frente democrático soviético contra el imperialismo norteamericano» [28]. Además, en un discurso pronunciado anteriormente, el 1.° de julio de 1949, en ocasión del vigésimo octavo aniversario de la revolución de Sun Yat-sen, Mao afirmaba que, «en la época del imperialismo, una verdadera revolución popular no podía ser victoriosa sin una ayuda variada de las fuerzas revolucionarias internacionales», ya que «resulta imposible consolidar esta victoria si no se obtiene esta ayuda». Y recalcaba que la segunda revolución china —la suya— no hubiese tenido probabilidades de triunfar, «sin la presencia de la Unión soviética, su victoria en la segunda guerra mundial antifascista, el aplastamiento del imperialismo japonés, la aparición en Europa de países de democracia nueva; al no haberse producido una revigorización de la lucha de los pueblos oprimidos de Oriente, de las masas populares de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, el Japón y todos los países contra la pandilla reaccionaria dirigente; si todos estos factores no existiesen la presión de las fuerzas reaccionarias internacionales sería, evidentemente, mucho más fuerte que ahora. ¿Hubiéramos podido conseguir la victoria sin dichas circunstancias? Evidentemente, no» [29].

Documentos tanto más reveladores cuanto que los años 1947-1949 son precisamente aquellos durante los cuales la diplomacia de Wáshington puso sus mayores esperanzas en la inminencia de una ruptura de Mao con Stalin.

La excelencia de las relaciones chinosoviéticas fué confirmada varias veces desde el final de la guerra civil, y, particularmente, con los acuerdos consecutivos a las conversaciones sostenidas en Moscú, en enero y febrero de 1950, entre Chu En-lai, ministro chino de Asuntos Exteriores, y su colega ruso Andrei Vishinskiy; acuerdos que dejan a Rusia, mediante un tratado de alianza de treinta

---

[27] Citado en O. VAN DER SPRENKEL, M. *Lindsay*, R. *Guillain*: *New China*, Londres, 1950.

[28] *Idem.*

[29] *Tass*, 2 de julio de 1949.

años, el uso de Port-Arthur y del ferrocarril de Changchung, «hasta la conclusión de la paz entre la Unión soviética y China con el Japón» [30]. Este acuerdo, renovado y ampliado dos años más tarde, hizo comprender finalmente a los norteamericanos que les quedaban pocas esperanzas de ver a Mao transformarse en Tito, porque acabaron por reconocer ellos mismos que, con dichos acuerdos, «el mariscal Stalin consolidó la posición de Rusia en el Lejano Oriente» [31].

En esto, como en lo demás, todo puede cambiar muy rápidamente y nada excluye que, con el andar del tiempo, la muerte de Stalin tenga graves repercusiones en Extremo Oriente, si bien este acontecimiento haya inspirado a Mao un artículo ditirámbico en el cual, con toda la cortesía mandarina del caso, prometía al proletariado chino (!) llevar la revolución a su término, inspirándose en el magisterio del Jefe Genial desaparecido. Puede suceder, a pesar de todo, que quien escuchaba a Stalin no acepte tan fácilmente ser el *brillant second* de un revolucionario menos patentado [32]. Quizá ésta sea la razón por la cual los suce-

---

[30] En un artículo publicado en *Pravda*, el 14 de febrero de 1951, en ocasión del primer aniversario de la alianza, Chu En-lai explicaba con toda claridad el sentido de esta cláusula: «... la pandilla imperialista encabezada por el imperialismo americano piensa de otro modo. No deseando llegar a un acuerdo a causa de la derrota de su política agresiva en Oriente, sus exponentes meditan actualmente negociar una paz separada con Japón, proceden a su remilitarización, en la tentativa de valerse del territorio japonés como base militar y del pueblo japonés como carne de cañón para continuar extendiendo sus actos criminales de agresión en Corea y Formosa y de intervención en el Vietnam y en Asia sudoriental. Contra estos planes del imperialismo americano, que violan todos los acuerdos internacionales y subvierten las bases para la conclusión de un tratado común de paz con el Japón, se alza resueltamente el tratado chinosoviético de amistad, de alianza y de asistencia recíproca».

Si bien, en efecto, el «imperialismo» norteamericano llegó a firmar, el 23 de junio de 1951, un tratado de paz separada con el Japón, subrayemos la buena fe del jefe de la diplomacia china cuando atribuye a dicho imperialismo la agresión de Corea. Otro punto común entre Peiping y Moscú: el respeto por la verdad.

[31] *Associated Press*, 17 de septiembre de 1952. Los acuerdos rusochinos firmados en septiembre de 1956, por los cuales Moscú devuelve a Peiping Port-Arthur y el ferrocarril de Changchung, no cambian nada al asunto, puesto que no anulan, al mismo tiempo, las compañías mixtas por las cuales la economía rusa sigue dominando a la china.

[32] Que Mao escuchara a Stalin no implica que le obedeciera ciegamente como un Rákosi o un Thorez. Lo revelan las pocas líneas siguientes, sacadas de la obra ya citada de Vladimir Dedijer, cuando éste relata una conversación que tuvo lugar en Moscú a comienzos de 1948 entre Stalin y algunos delegados yugoslavos. En el curso de esta conversación, el dictador había declarado: «Cierto es que, a veces, nosotros también nos hemos equivocado. Por ejemplo, cuando, después de la guerra, invitamos a venir a Moscú a los compañeros chinos y discutimos con ellos acerca de la situación de su país. En aquella oportunidad, dijimos, clara y netamente, a los chinos que no nos parecía que una insurrección desencadenada por ellos tuviera posibilidades de triunfar y que, por

sores de Stalin manifestaron, desde el primer día, su voluntad de evitar todo pretexto de rozamiento con los jefes comunistas chinos. En el mismo comunicado que anunciaba, tras la desaparición de Stalin, la continuación de la «política de internacionalismo proletario» seleccionada por el Jefe Genial, el pueblo chino era objeto de una mención particular, con primacía sobre las democracias populares europeas. Asimismo, la delegación china que asistió a las exequias de Stalin, recibió honores más ostentosos que las demás delegaciones, a pesar de que Mao, presidente de la República Popular China, no fuera quien presidía la suya, sino Chu En-lai, segundo personaje del régimen; mientras que los Sres. Bierut y Gottwald, «presidentes» de Polonia y de Checoslovaquia, garantizaban ellos mismos la representación de sus países.

Esta ausencia de Mao significa que, en el ánimo de los comunistas chinos, la desaparición de Stalin permitió a su jefe ocupar el primer lugar entre los marxistas no rusos. Postura bastante lógica si consideramos que Mao corona el único PC que haya conquistado el poder por sus propios medios tras una guerra larga y penosa, en cuya resolución los rusos no representaron más que una parte de asesoramiento técnico y diplomático; mientras que Bierut, Gottwald, Rákosi y otros Gheorgiu Dej se instalaron en el poder sólo gracias al apoyo de las bayonetas rusas. Esta diferencia fundamental explica por qué Moscú no puede considerar a la República Popular China como una vulgar democracia satélite; aunque solamente sea para no caer en el mismo error que Stalin no supo evitar con respecto a Tito, cuya llegada al poder presenta rasgos tan parecidos a la de Mao. Del hecho de que el pacto de amistad de Rusia con China tiene un carácter muy diferente de los tratados que unen a la primera con las naciones satélites europeas, no se debe deducir, por cierto, que Mao Tsë-tung se encuentre en condiciones de transformarse en un segundo y mucho más temible Tito. La comunidad de intereses ruso-chinos frente a los problemas del Extremo Oriente, tal como fué dado comprobarla en el asunto coreano, se reveló difícil de calibrar. Pero es evidente que el lema «¡Asia para los asiáticos!» evidencia una significación profunda, y no sólo para las potencias occidentales. Por lo demás, con o sin titoísmo, constituye una norma constante de la política exterior rusa, siempre en equilibrio entre occidente y oriente, extender a lo largo de sus fronteras posiciones de seguridad. Si la Unión soviética está dispuesta a aceptar el

---

lo tanto, los compañeros chinos debían buscar un *modus vivendi* con Chang Kai-shë, entrar en el gobierno del Generalísimo y disolver su propio ejército. Los representantes chinos fingieron estar de acuerdo con los compañeros soviéticos. Mas cuando volvieron a su país, actuaron como mejor les pareció. Reunieron sus fuerzas, reorganizaron sus ejércitos y, ahora, como se puede ver, están derrotando al ejército de Chang Kai-shë. Por lo tanto, debemos admitir que nos equivocamos aquella vez con respecto a China. Los chinos eran quienes tenían razón»; VLADIMIR DEDIJER; *Op. cit.*

riesgo de una guerra con occidente, es evidente que no puede permitirse descuidar las aspiraciones del Estado poderoso que la flanquea en oriente.

Existe, además, un terreno para cuya explotación Mao y sus tenientes tienen mucho que aprender de sus hermanos mayores moscovitas, el terreno religioso, tal como se les ofrece con el muy serio obstáculo levantado ante sus pasos por el cristianismo.

En efecto, mientras no tienen nada que temer de las creencias tradicionales de su tierra, creencias basadas en la pasividad y la resignación, el cristianismo se les debe aparecer, forzosamente, como una doctrina de rebelión. No de rebelión política, por cierto, sino de rebelión espiritual; porque el cristianismo, mientras predica la obediencia al poder político, enseña, al mismo tiempo, que el hombre —blanco, negro o amarillo— no puede conseguir sus fines últimos si este poder, sean cuales sean su naturaleza y sus propósitos, destruye su libertad espiritual, viola la dignidad de su conciencia y de su persona. Para los comunistas, pues, el cristianismo es, en sí, una amenaza que hay que barrer por todos los medios. En China, esta empresa de destrucción empezó a realizarse desde el comienzo de la guerra civil y existen pruebas fehacientes de que no tardó en surtir efectos positivos [33].

---

[33] He aquí algunos datos que figuran en el número de febrero de 1952 de la revista «Etudes», de París, bajo el título de *Balance de un año de persecución en China*: «El año pasado (1951) fué uno de los más dolorosos conocidos por la Iglesia de China. Cierto es que, ahora, la norma es la de no hacer más mártires, pero la persecución permanece evidente si, por esta palabra, se entiende la destrucción, buscada sistemáticamente, de la Iglesia, de su jerarquía, de sus obras de caridad y de enseñanza. Hoy no cabe la menor duda de que el objeto final del gobierno comunista es llegar, por todos los medios, a una Iglesia independiente de Roma, es decir, cismática. Al respecto el balance de los últimos meses es significativo.

»De enero a diciembre de 1951, 1.240 misioneros extranjeros, entre los cuales 18 obispos, tuvieron que abandonar China; algunos expulsados, otros obligados a marcharse para evitar a sus feligreses sufrimientos mayores. Además, 22 obispos y, por lo menos, 300 sacerdotes, hermanos y religiosas han sido encarcelados por *sabotaje a la nueva China* y *oposición al gobierno*. Estas expresiones significan, simplemente, que se niegan a separarse de Roma y rechazan la idea de una Iglesia cismática. Expulsión y encarcelamiento son los medios radicales empleados para impedir el apostolado, pero la situación creada a los misioneros aún *libres* atestigua la misma voluntad de destrucción. Los misioneros extranjeros están confinados en su residencia, lo más frecuentemente con interdicción de todo contacto. Los sacerdotes chinos que se niegan a adherirse a la Iglesia cismática, de hecho, no tienen más libertad: necesitan un permiso especial para viajar o cambiar de residencia; y las reuniones del culto no están facilitadas por el hecho de que los nueve décimos de los edificios católicos fueron destruídos o confiscados. Las obras de caridad fueron igualmente desorganizadas: de 216 hospitales, solamente unos diez permanecen en actividad; pero numerosos dispensarios funcionan aún bajo la dirección de sacerdotes y de religiosas chinas. Los orfelinatos católicos también fueron

Del lado chino, por consiguiente, no ha sido posible registrar, incluso después de la muerte de Stalin, señal alguna de desviación radical para con la amistad moscovita. Nuestra conclusión, con respecto a las ilusorias esperanzas de los más cotizados pensadores del partido demócrata norteamericano y del *British Labour Party*, será que, si bien, desde 1950, la propaganda china se empeñó en presentar a Rusia solamente como a una aliada, ello no implica ninguna discrepancia real, porque los términos con que se refiere a esta aliada siguen tan ditirámbicos como en los años en que Mao forjaba sus primeras armas ideológicas, y que una y otra nación se necesitan mutuamente de modo imprescindible [34].

---

objeto de una campaña de odio; de los 254 que existían en 1947, sólo algunos se encuentran aún bajo la dirección de las religiosas, los demás pasaron bajo control comunista. La enseñanza fué la más perjudicada, puesto que casi todos los establecimientos escolásticos católicos desaparecieron después de la llegada de los comunistas: 3 universidades (Shangai, Peiping, Tientsin) con 5.000 estudiantes de ambos sexos; 4 escuelas industriales superiores; 200 escuelas secundarias con 60.000 alumnos; 1.500 escuelas elementales con 200.000 niños, sin contar varios miles de escuelas de oración. Pero resulta curioso señalar que, de los 26 seminarios mayores, existentes en 1948, unos 15, con más o menos 200 seminaristas, siguen funcionando normalmente...» Estos datos conciernen a los sacerdotes, misioneros y religiosos extranjeros. El clero indígena ha sido más castigado aún, siendo mucho más numeroso que el extranjero. En 1948 la Iglesia china tenía: un cardenal chino, S. E. Tien, arzobispo de Peiping, 30 obispos chinos, 3.046 sacerdotes chinos, 414 religiosos chinos, 2.036 religiosas chinas y 3.250.000 fieles. Tales eran los magníficos resultados de tres siglos de labor apostólica, realizada al precio de martirios incesantes y de sacrificios silenciosos. Se ha dicho muy justamente que las persecuciones anticristianas desencadenadas por Mao Tsë-tung y su régimen progresista son la reproducción exacta en el siglo XX, de las de los emperadores romanos del siglo III, ya que, como entonces, los cristianos son perseguidos, no como adoradores de Cristo, sino como «enemigos del Estado». Pues bien, ¿cuántos obispos había en las Galias cuando, en el alba del s. IV, Constantino proclamó el cristianismo religión imperial?

[34] Para una buena comprensión de los problemas extremorientales, se consultará, además de la obra de P. RENOUVIN varias veces citada, los títulos siguientes: P. H. CLYDE, *The Far East, a History of the Impact of the West on Eastern Asia*, Nueva York, 1948; D. J. DALLIN, *Soviet Russia and the Far East*, New Haven, 1948. El «Istituto per gli Studi di Politica Internazionale», de Milán, realizó una excelente síntesis de la cuestión, con un número de su revista, *Relazioni Internazionali*, consagrado a *Tutti i problemi dello Estremo Oriente*, 24-31 de diciembre de 1949, con una extensa nota bibliográfica. Muy útiles son los títulos siguientes: W. BARTON: *Democracy and Communism in Asia*, en revista «Quarterly Review», Londres, enero de 1954; M. D. KENNEDY, *A History of Communism in East Asia*, Nueva York, 1957.

En lo referente a los problemas chinos, además del ya citado *New China*, son imprescindibles los títulos siguientes: *United States Relations with China*, Publicación del Departamento de Estado, Wáshington, 1949; GENERAL L. M. CHASSIN, *La conquête de la Chine par Mao Tsë-tung, 1945-1949*, París, 1952; del mismo autor, *L'ascension de Mao*

Con las crisis que, desde la muerte de Stalin, han acompañado en el Kremlín la nueva lucha por la sucesión —crisis recurrentes e ilustradas por los casos Beriia, Malenkov, Mólotov, Zhukov, etc.— la posición de privilegio del PC chino no podía sino afirmarse. Pero, por el momento, nada autoriza a pensar que esta posición de privilegio signifique posibilidad alguna de ruptura entre Peiping y Moscú. Esto significa que, ahora más que nunca, Mao puede dar consejos al Kremlín incluso acerca de asuntos que no interesan directamente a China, como sucedió en el caso polaco en octubre y noviembre de 1956. Significa sobre todo que Mao puede llevar a cabo su propia experiencia, dejando florecer a «las cien flores» y cortándolas cuando se le antoje, como sucedió entre febrero y julio de 1957. Experiencia muy particular, por cuanto la base práctica del comunismo chino está constituída por el llamado «Frente Unido», que va de una izquierda formada por los comunistas a una derecha compuesta por aquellos industriales que han reconocido al PC el carácter de *leader* nacional. El Frente Unido adoptó en 1946 un «Programa Común» que, en vez de proceder a una inmediata colectivización, llevó a cabo una reforma agraria basada en la pequeña propiedad y mantuvo casi completamente la industria y el comercio privados. Ello en el aspecto externo.

En cuanto a su «filosofía», el comunismo chino se basa en dos ideas esenciales. La primera propugna que todo aquello que sirve al partido es bueno para el pueblo. La segunda idea afirma que «cada uno tiene que actuar libremente»; lejos de contradecir a la primera, ésta la refuerza porque el partido perfeccionó un sistema sutil de coacción directa a expensas de los coolies.

Así, de 1949 a 1954, a partir de la base teórica del Neo-Tridemismo, fueron llevadas a cabo cuatro reformas, cuyo propósito respondía a la participación de todos los chinos en el movimiento de la revolución: la reforma del pensamiento, la reforma agraria, la reforma de la empresa y la reforma de la familia.

Tsë-tung, París, 1953; J. J. BRIEUX, *La Chine, du nationalisme au communisme*, París, 1952; R. DE JAEGHER, *Tempête sur la Chine*, París, 1953; L. DRANSARD, *Vu en Chine*, París, 1952; R. S. ELEGANT, *China's Red Masters*, Nueva York, 1951; P. FROMENTIN, *Mao Tsë-tung*, París, 1949; R. GUILLAIN, *600 millions de Chinois sous le drapeau rouge*, París, 1956; R. MAGNENOZ, *L'expérience communiste en Chine*, París, 1954; J. MONSTERLEET, *L'empire de Mao Tsë-tung*, Tournai, 1955; TH. SHABAD, *China's Changing Map*, Nueva York, 1956; P. S. H. TANG, *Communist China Today: Domestic and Foreign Policies*, 2 vols., Nueva York, 1957; H. WEI, *China and Soviet Russia*, Nueva York, 1956; YUAN-LI WU, *An Economic Survey of Communist China*, Nueva York, 1956.

No se olvidarán, por supuesto, las obras de MAO: *China's New Democracy*, Nueva York, 1945, y *En torno al problema de la justa solución de las contradicciones que existen dentro del pueblo*, Buenos Aires, 1957, ni la obra de CHANG KAI-SHË, *Le destin de la Chine*, París, 1953.

La primera, que se sustenta en el «lavado de cerebro», proclama al maoísmo y su doctrina. Se imparten cursos cotidianos sobre el marxismo y se practica la «autocrítica», es decir, el examen de conciencia público y privado que comprende la acusación contra sí mismo y la denuncia contra vecinos y parientes. Uno de los resultados más positivos de esta reforma ha sido la creación de una Iglesia Reformista, con la cual parte del clero chino ha roto sus relaciones con Roma.

La reforma agraria ha transformado a 350 millones de campesinos en pequeños propietarios. Debería haber hecho de ellos cuando menos partidarios incondicionales del régimen comunista; pero como el propósito declarado de Mao es realizar algún día una organización socialista total mediante la colectivización, es de suponer que la actual neutralidad de la clase agraria no ha de durar eternamente.

En el marco de la reforma de la empresa, mientras el Estado nacionalizó los grandes conjuntos industriales japoneses, norteamericanos y franceses, el pequeño capitalismo no fué liquidado. Pero, tras esta apariencia, se oculta la realidad del poder del Estado para el cual los «libres capitalistas», sospechosos de espíritu reaccionario, dependen de los sindicatos, cuya principal función consiste en aumentar la producción cueste lo que cueste. El mínimo de la jornada de trabajo es de doce horas (sin contar las dos horas reservadas al adoctrinamiento político) pagadas sobre la base de ocho horas. Las cuatro horas no abonadas sirven para «realizar el socialismo».

Finalmente, la reforma de la familia, que se basa en el principio de la «emancipación del hogar», cuyo propósito es llevar a las mujeres al trabajo (de este modo, en 1952, ocho millones de mujeres fueron empleadas en trabajos hidráulicos en el Szechwan) mediante una aplicación elástica en extremo de la «ley de matrimonio». Así, el gobierno exhorta a los casados, que viven separados por razones de trabajo, a divorciarse. Incluso se obliga a separarse a una pareja muy unida en la cual el marido, que acaba de seguir un curso de educación política «piensa mejor» que su mujer. Asimismo, como el individuo pertenece al Estado, los niños, maleables por naturaleza, son incitados a vigilar —y denunciar— a sus padres.

De este modo reciben su ilustración práctica los tres principios básicos del Tridemismo, emancipación nacional, democracia política y bienestar del pueblo; de los que la historia más reciente nos enseña, como veremos pronto, qué es lo que hay que pensar, por lo menos cuando se habla de ellos tras la cortina de bambú.

* * *

En Europa, mientras tanto, frente a las esperanzas de los dirigentes occidentales, esperanzas alimentadas de indicios y que los hechos defraudaron cons-

tantemente, el observador sereno seguirá anotando que, a pesar de la agitación creada por la muerte de Stalin y de la extrema tensión de la política rusa en las naciones satélites (rebeliones en Berlín oriental, Lemberg y Praga en junio de 1953; levantamiento en Hungría en octubre de 1956, evolución de la situación polaca a consecuencia del retorno de Gomulka, etc.), nada autoriza a pensar que Moscú alimenta la intención de retirarse algún día de las posiciones estratégicas conquistadas a partir de 1944. Muchos hechos aparentemente consumados pueden haber reducido su impacto después de la política de «destalinización». Ello no implica en lo más mínimo que los dirigentes moscovitas quieran renunciar a ninguno de los beneficios que les proporciona, desde el punto de vista estratégico, su presencia en los países de la cortina. Esta herencia, por el contrario, les parece tan necesaria que el abandono de una sola de sus posiciones llevaría al derrumbamiento de su dispositivo militar, el cual, nunca hay que olvidarlo, es ofensivo y se basa en la ocupación de los países satélites por cuanto constituyen puntos de partida que le permitirán proyectarse cómodamente desde el primer día, de un conflicto eventual, en tres direcciones: a partir del sector Prusia Oriental, hacia Alemania occidental, Francia, Pirineos; a partir del sector checo-húngaro, hacia Austria y el valle del Po; a partir del sector rumano-búlgaro, hacia Turquía y Grecia. Con este mapa a la vista se descubre, sin necesidad de forzar el contexto, que nunca pudo haber arreglo posible entre Rusia y el mundo libre con respecto a Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria y Albania. Y con más razón cuanto que los recursos mineros de estos países se han vuelto indispensables para la economía soviética, aun cuando su apropiación provoque en las poblaciones locales situaciones próximas a la hambruna latente [35].

---

[35] Lo muestra demasiado bien la realidad de las condiciones de vida en esos países, tal como se daban a finales de 1956, momento de las rebeliones húngara y polaca, a partir del cual la URSS tuvo que prestar dinero y alimentos para evitar nuevos levantamientos que pusiesen en tela de juicio su captación de los recursos mineros de los satélites. Según estadísticas, publicadas en Budapest, estas condiciones eran, en julio de 1956: por un sueldo de 700 forintes mensuales, corespondientes a algo menos de 60 dólares, sueldo record según dichas estadísticas, un trabajador húngaro tenía que pagar: 1 kgr. de pan, 3 forintes; 1 kgr. de carne, 30 ftes.; 1 kgr. de tocino, 50 ftes.; 1 kgr. de patatas, 2,20 ftes.; 1 abrigo para hombre, 1.300 ftes.; 1 abrigo para mujer, 1.200 ftes. Se trata de precios mínimos; el pan blanco, por ejemplo, cuesta 5 ftes. el kgr.; la carne de ternera, 55 ftes. Pero se trata de exquisiteces propias del infierno capitalista, incompatibles, por ende, con el apetito del verdadero trabajador progresivo.

Para terminar con tanto progresismo, señalemos que las naciones satélites adoptaron, desde el comienzo, la legislación obrera soviética en su conjunto y que la misma Yugoslavia, después de su ruptura con Moscú, agravó incluso esa legislación agregando al ya clásico carnet de trabajo un fascículo sigilado llamado *karakteristika*, en el cual

Como se ve, los Estados Unidos tenían que recorrer un largo camino antes de convencerse de que Stalin no era *the greatest democrat in the world* y que, para resistir a su expansionismo, basado en muy efectivos planes de guerra, había que encontrar otra cosa que la política de contención. Y había que encontrarla sin tardar, porque el Plan Marshall se revelaba insuficiente para Europa occidental como se había revelado ineficaz para salvar al resto del continente de la garra staliniana.

El 16 de diciembre de 1950, a pesar de la oposición de círculos no ínfimos del mundo político americano, empujado irresistiblemente por vastos sectores de la opinión pública, el presidente Truman proclamaba el «Estado de Emergencia Nacional». Tres días más tarde, el general Eisenhower asumía el mando del dispositivo militar del Pacto Atlántico, es decir, de las fuerzas norteamericanas y aliadas que, a través del mundo occidental, intentaban reconstituirse para hacer frente a los futuros pasos del expansionismo soviético.

Este resurgir casi vergonzante del concepto de *Weltpolitik* determinó que llegaran a enfrentarse tres tendencias de la vida política estadounidense: 1.ª, la que podríamos llamar «oficialista»: encarnada, hasta el 4 de noviembre de 1952, por el binomio Truman-Eisenhower, a partir de esta fecha encuentra su expresión —profundamente modificada en cuanto a sus métodos de aplicación— en el nuevo binomio Eisenhower-Dulles y acusa decidida intervención en todos los puntos del globo cada vez que la URSS quiere realizar nuevas progresiones; 2.ª, la de abierta oposición a este concepto y estos métodos, que es la del «aislacionismo absoluto»: encabezada por el ex-presidente Herbert Hoover, pretende encerrar las fuerzas armadas de los Estados Unidos en la defensa del «Gibraltar americano»; 3.ª, la intervención según los principios de la «estrategia periférica»: inspirada por el ahora fenecido senador Robert A. Taft, y adoptada por los militares y marinos llegados a la cabeza de las fuerzas armadas norteamericanas gracias a la victoria del partido republicano, debiendo ser definida más que como «aislacionismo moderado», según las propias palabras de su inspirador, como «intervencionismo condicionado». Señalemos, desde ahora, que, mientras la segunda de estas tendencias ha venido reduciéndose poco a poco a representar una parte cada vez más limitada en la vida pública norteamericana, la tercera, en los meses consecutivos a la muerte de Stalin y a la llegada al poder del presidente Eisenhower, ha logrado transformar sensiblemente a la primera en la medida en que la actuación de los países europeos, en los cuales ésta se apoyaba, ha inclinado al nuevo jefe de Estado a adoptar algunos de los puntos de vista de

---

figura una «caracterización» política del individuo, ignorada por el mismo interesado. Excelente mejora para cuando «nuestra pequeña violeta blanca» —así se llama a Tito en un himno oficial— se decida a volver al seno del comunismo moscovita.

sus colaboradores militares. Nos queda, pues, seguir a Eisenhower en el camino recorrido desde el «trumanismo» abierto al «taftismo» modificado.

Su punto de partida radica en las palabras que, en su calidad de jefe —designado— de las «fuerzas integradas», dirigía a las naciones de Europa occidental, y en la relación hecha por él, tres semanas más tarde, en Wáshington, ante las Comisiones de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes y del Senado norteamericano.

En su mensaje del 7 de enero de 1951, Eisenhower indicaba que, «en el gran patrimonio histórico de Europa, en la genialidad y en la productividad de su pueblo, hay que volver a encontrar la voluntad, la fuerza moral y muchos de los medios necesarios para constituir una barrera defensiva, tras la cual sus hijos puedan prosperar y vivir en paz... Estamos empeñados en una gran alianza y yo, con toda humildad, estoy orgulloso de prestar mi obra a uno de los sectores de realización de las aspiraciones de nuestros diversos pueblos» [36].

En su relación ante los parlamentarios, el 2 de febrero siguiente, condenaba con gran energía la política aislacionista, tal como acababa de expresarla Hoover al proclamar la necesidad de trabajar tan sólo con vistas a la defensa del hemisferio occidental. «Si el resto del mundo se pierde —decía Eisenhower—, nosotros también estamos perdidos.» A quienes pretendían que Occidente nunca podría vencer a Rusia en una guerra terrestre, contestaba que Europa occidental constituía el mayor potencial industrial del mundo y que, «si este conjunto fuera transferido de una a otra parte, el equilibrio de las fuerzas se vería totalmente cambiado y nuestra seguridad estaría en grave peligro», porque «estaríamos segregados de las fuentes de abastecimiento de ciertas materias primas que son absolutamente indispensables a nuestra existencia..., como el manganeso, el cobre y el uranio. ¿Podemos esperar sobrevivir si no tenemos acceso a esas materias primas?... No existe otra alternativa: *debemos defender a Europa porque, si no lo hacemos, estamos perdidos*» [37].

Siempre resulta difícil establecer un balance correcto de las fuerzas en presencia en un período de extrema tensión (por no decir de preparación a la guerra), en que cada uno de los competidores acumula la mayor masa posible de recursos, al objeto de encontrarse en postura ventajosa el día que estallen las hostilidades. Los cómputos más exactos se encuentran superados en el momento mismo en que se los traza, porque la situación política, diplomática y estratégica,

[36] Utilizo la versión italiana de la alocución de Eisenhower, tal como la reproduce la revista «Relazioni Internazionali», Milán, enero de 1952, núm. 2.

[37] *Idem.* Núm. 6. Veremos pronto cómo, más allá de todos los sueños, el problema de la defensa de Europa no puede ser norteamericano más que en su dirección general. Sobre el mapa estratégico mundial, Europa constituye sólo un «momento», ni siquiera decisivo, tanto para Rusia como para los Estados Unidos.

los factores de orden económico, siguen desarrollándose constantemente en cada sector y hacen casi inútil la tarea del observador, a quien, por lo demás, faltan, como es obvio, los datos más importantes, propiedad exclusiva de los estados mayores.

Sin embargo, las cifras conocidas en el momento del retiro de Eisenhower, es decir, al término de casi tres años de esfuerzos cumplidos por los Estados Unidos para dar a las fuerzas del Pacto Atlántico la mayor eficiencia en el menor tiempo posible, arrojaban un balance desconsolador para Occidente. Y de ello parecía haberse percatado muy claramente el presidente Eisenhower cuando, en una relación presentada al Congreso de los Estados Unidos, el 8 de marzo de 1954, señalaba que, si bien, a finales de 1953, las divisiones del Pacto Atlántico se habían triplicado con respecto a 1951, ello, en cifras precisas, significaba que Occidente solamente había llegado a reunir un conjunto de 42 divisiones activas frente a las 175 del ejército soviético [38].

Estas cifras, por una parte, hacen evidente un desequilibrio tanto más preocupante en materia de efectivos cuanto que el margen que separa las divisiones atlánticas de las soviéticas no puede colmarse en pocos años si consideramos el estado de Europa desde el punto de vista político, social y moral, más agravado aún por las condiciones en que Francia, en septiembre de 1954, descartó la CED. Además, las mismas fórmulas de «Ejército integrado» y de «Ejército ruso» que designaban, en el espíritu de los organizadores de esta Comunidad Europea de Defensa, los instrumentos militares de los bloques antagónicos, señalaban al último como un ejército nacional, puesto al servicio de una política ya elaborada, y al primero como hipotético instrumento de algo que, al mismo tiempo que no existía más que en la cabeza de algunos «precursores», pretendía situarse por encima de las naciones, esto es, de los intereses, sentimientos y tradiciones que, hasta ahora, fueron los únicos resortes capaces de impulsar a los hombres a comportarse como tales en el campo de batalla. Finalmente, mientras el ejército ruso se presenta, en materia de mando, de organización y de doctrina, como un bloque sin fisuras, en el cual las fuerzas de las naciones satélites son elementos asociados y no «integrados», es decir, fuerzas supletivas, cuya defección puede no tener consecuencias fatales; mientras, pues, el monolitismo del ejército ruso es un hecho adquirido, la composición del proyectado ejército integrado viene a ser heteróclita, y su heterogeneidad, prácticamente

---

[38] No creo inútil señalar aquí que todo aquello que viene a continuación se refiere al estado físico de las fuerzas en presencia y, particularmente, que lo que se dice con respecto al poderío militar del bloque comunista no tiene en cuenta factores de orden moral y espiritual cuyo mecanismo se estudia en detalle en el curso del último capítulo del presente libro. Como veremos, aquí es donde radican para Occidente las mejores posibilidades de descartar el peligro comunista.

imposible de subsanar. En efecto, a los elementos divisionarios, aparentemente homogéneos, que habían de formar su masa de maniobra [39] se sobreponían elementos generales sin homogeneidad [40], porque su norma, precisamente, era la «integración». En cuanto a la dirección suprema, nos encontrábamos con contradicciones más inverosímiles aún mientras, a duras penas, se proveía al comando militar, se vivía bajo el íncubo de un renacimiento del «antagonismo franco-alemán» desde el tiempo de paz; mientras todo señalaba que la federación europea, patria de este ejército, era un ideal que no alcanzaba a concretarse, se creaba un doble organismo de dirección política, cuyos elementos constitutivos se anulaban mutuamente, un Comisariado de nueve miembros [41], teóricamente independientes de sus gobiernos de origen, cuyo papel debía corresponder al de un ministerio de Defensa «integrado», y un Consejo en el cual cada uno de los gobiernos participantes estaba representado por uno de sus miembros, es decir, por un ministro, que hubiera seguido dependiendo de su gobierno de origen, y cuya tarea consistía en adoptar todas las decisiones importantes relativas al funcionamiento del ejército integrado.

Esta falta de unidad en el mando y la organización provenía, claro está, de una falta esencial de doctrina. Es evidente que el ejército en cuestión no podía sustentarse en ninguna doctrina capaz de animar su moral, puesto que, al intentar integrarlo, se pretendía superar las tradiciones nacionales de sus elementos participantes para poner a estos elementos al servicio de un «espíritu europeo» que, como en el Génesis, se contentaba con flotar sobre las aguas. En suma, al pretender borrar el antagonismo franco-alemán pensando que el ejército integrado impediría el resurgimiento del imperialismo germánico, se olvidaba únicamente que no se puede construir ninguna máquina militar eficiente partiendo de una idea negativa; que, por lo menos hasta ahora, los ejércitos encarnaban los espíritus nacionales de los cuales salían, y que los espíritus, nacionales o integrados, no eran los que salían de los ejércitos. Con el ejército integrado se quería hacer brotar el espíritu, aún increado, de un instrumento militar en busca del espíritu que había de animarlo.

En rigor, el ejército integrado fué concebido, en el marco de la Comunidad Europea de Defensa (CED), como una componenda destinada a permitir a los franceses eludir un esfuerzo militar, cuyo peso se pensaba cargar a Alemania, sin que, por lo demás, pudiera volver a crear un ejército alemán. En la mente de sus creadores, ese ejército, «al mismo tiempo que haría cesar el antagonismo

---

[39] 14 divisiones francesas, 12 alemanas, 11 italianas, 6 del *Benelux*.

[40] Todos los servicios, los elementos orgánicos de Cuerpos de Ejército y de Ejército, los estados mayores, los cuerpos de transmisiones, la artillería, los cuerpos blindados, la marina y la aviación. Aquí, la integración se hace por proporciones.

[41] 2 franceses, 2 alemanes, 2 italianos, 3 del *Benelux*.

franco-alemán, permitiría utilizar los servicios de Alemania contra el peligro ruso, sin exponer al riesgo de resucitar el peligro alemán, pues un ejército de coalición lo impediría» [42].

¿Qué podía valer un ejército creado para dar por bueno por los franceses el concurso alemán y que, al mismo tiempo, excluía la idea de un ejército alemán? Lo mismo que vale toda mixtificación hasta que la cruda realidad la devuelve a la nada, de donde salió.

Los sentimientos —y resentimientos— que los utopistas más arriba señalados consideraban superados por la evolución histórica, entraban en juego, precisamente, con la cuestión del rearme alemán. Al someter a Alemania a un régimen de ducha escocesa que consistía en rearmarla sin permitirle darse un ejército, se había olvidado solamente consultar a los alemanes, sin pensar que éstos podían rebelarse ante la idea de verse transformar en mercenarios a disposición de quienes, después de haberlos humillado en su honor y su dignidad durante varios años, se decidían a devolverles el honor, pero no la dignidad, porque necesitaban sus servicios.

Quiero especificar aquí que mis objeciones contra el sistema de la integración no deben tomarse como una oposición al rearme de las naciones europeas, ni siquiera de la nación alemana, ni tampoco como una adhesión a la actitud de los parlamentarios franceses al respecto. Expreso estas objeciones porque considero que, de haberse realizado el ejército desnacionalizado, concebido por la mente divagante del Sr. René Pléven, la defensa de Occidente se habría vuelto infinitamente más difícil. En efecto, a Europa le hacen falta, en este aspecto, no experimentos nuevos, desconocidos y, por consiguiente, sobrecargados de incógnitas peligrosas que, a consecuencia del menor fracaso, pueden revelarse mortales, sino instrumentos de defensa ya utilizados con buen éxito en varias oportunidades; en una palabra, ejércitos nacionales fuertemente armados y unidos en una sólida alianza, o coalición, bajo la dirección general de los Estados Unidos; pero, al mismo tiempo, vigorosamente ligados al conjunto nacional que expresan. Con ello quiero decir igualmente que el peligro de un nuevo Rapallo, de que los franceses de la tercera fuerza hablan tanto desde que el Sr. Wilhelm Pieck, presidente de la República Popular Alemana, y el Dr. Brüning, último canciller de la República de Weimar, recordaron sus encantos a sus compatriotas [43], no está implícito en un ejército nacional alemán, porque el peli-

---

[42] BERTRAND-SERRET: A *propos de «l'armée européenne intégrée»*; en revista «Ecrits de Paris», septiembre de 1952.

[43] Pieck, el 17 de abril de 1952, en el diario berlinés «Neues Deutschland», con el título: *Significación nacional del Tratado de Rapallo*; Brüning, en un discurso pronunciado el 15 de junio de 1954 ante el «Rhein-Ruhr Klub» de Düsseldorf, en el cual abogaba por un retorno a la tradición Rapallo-Locarno.

gro de una Alemania dispuesta, una vez armada, a pasarse al enemigo no es más que un cuento de brujas para comicios electorales. Los alemanes saben muy bien que un ejército nacional alemán es mucho más necesario a Occidente que a Rusia, si es que Occidente quiere defenderse, y más necesario que cualquier otro, si es que algunas naciones de Occidente no hacen nada para recuperarse. Para evitar que Europa occidental caiga en manos del comunismo, no hay solución fuera del rearme alemán. Y, puesto que Francia, que inventó la fórmula del ejército integrado, se negó, luego, a ratificarla, este rearme que no pudo cumplirse en el marco de la fracasada Comunidad Europea de Defensa, tenía que realizarse, necesariamente, en el marco nacional alemán, como, de hecho, se realizó a finales de 1954 con la adopción de los acuerdos de París que, en efecto, se basan en este rearme [44].

Ante los titubeos de las naciones occidentales aparece, con toda su luz, la superioridad del sistema ruso sobre el sistema atlántico en materia política y militar.

Por ser el ruso un sistema de coalición en el cual los elementos periféricos provenientes de los países satélites no se imbrican de modo vital en el núcleo central, la defección de uno o de todos estos elementos, si bien implicaría

[44] Esta no es una opinión que aventuro por mi propia cuenta. Críticos militares eminentes la aventuraron antes que yo y, entre ellos, el experto militar inglés mayor general F. J. C. Fuller. En abril de 1953, este militar concedía a la revista «U. S. News and World Report» una entrevista en la cual, entre otras cuestiones, abordaba la del rearme alemán. A la pregunta: *¿Se puede tener confianza en los alemanes una vez armados?*, contestaba en los siguientes términos: «¿Cuál es el riesgo mayor: que una Alemania rearmada ataque a Occidente o que Occidente se exponga a ser conquistado por Rusia por falta de la ayuda alemana? La idea de que al cabo pudiera Alemania enfrentarse sola a la mayor parte del mundo es una tontería. No hay nación que cuente con recursos suficientes para sostener una guerra mundial, ni siquiera los Estados Unidos o Rusia; solamente un grupo de naciones puede hacerlo. Y, en el caso de Rusia, es preciso contar siempre con sus satélites.» Esta entrevista fué concedida en abril de 1953, es decir, en el momento mismo en que los franceses empezaban a sabotear abiertamente la política norteamericana; un mes antes del triunfo electoral del Canciller Adenauer y cinco meses antes de la firma de la alianza militar entre Estados Unidos y España.

Por lo demás, Alemania no constituye ya un elemento determinante por sí solo en un juego político mundial, como tampoco lo constituye Europa ni ninguna otra nación europea. Alemania y Europa son solamente partes importantes cuanto se quiera, pero no suficientes por sí solas, de este juego. La propuesta lanzada por Rusia, el 31 de marzo de 1954, de entrar a formar parte del Pacto Atlántico a condición de que las naciones europeas renuncien a la CED encubre, entre otros propósitos, el de anular toda posibilidad de defensa en Europa y de permitir a Rusia dedicarse enteramente a la preparación de su futuro choque con unos Estados Unidos, aislados del contexto occidental.

evidentes dificultades de orden técnico, no podría resultar mortal desde el punto de vista orgánico porque no afectaría directamente ningún centro directivo. Por el contrario, la defección, en tiempo de paz como en tiempo de guerra, de un solo elemento constitutivo de un sistema integrado afectaría directamente todos los órganos vitales de dicho sistema, paralizándolos de modo irreparable porque el elemento «desertor», por ser a la vez cabeza y miembro, hubiera dejado, en los efectivos, en la organización, en el mando y en la dirección, un vacío imposible de cubrir. Con esta circunstancia agravante que, mientras una defección de Polonia o de Hungría, por ejemplo, no pondría en peligro la existencia del ejército nacional ruso, una defección alemana, o francesa, no sólo amenazaría la existencia misma de todo el ejército integrado, sino que obligaría a las demás naciones participantes a buscar una solución, en condiciones de total inseguridad, volviendo a la vieja fórmula de los ejércitos nacionales. Necesidad que acabó por imponerse cuando, después de la anulación de la CED por los franceses, Occidente aceptó volver al sistema de las alianzas clásicas.

Los métodos que el Kremlín empleó en vista de la disociación del Ejército integrado en construcción, fueron tenebrosos sólo en apariencia. Cuando lleguemos al examen de los trabajos del XIX Congreso del partido comunista ruso, celebrado en Moscú del 5 al 14 de octubre de 1952, nos será fácil delinear sus directrices políticas. Por el momento, la tesis defendida por el mariscal Bulgánin en 1945 ante la Academia Soviética de Estado Mayor, nos proporcionará luces suficientes con respecto a las líneas generales del designio comunista. En esta tesis, titulada «*Los problemas de la guerra y de la paz en la época del ultraimperialismo*», el mariscal afirmaba: «La preparación de la guerra debe comprender, además de medidas estrictamente militares relativas a la movilización de los efectivos, a su transporte, a su abastecimiento en municiones, a su dotación moderna de aviones, carros, cañones autotransportados y carburante necesario, la organización de un sistema de propaganda política cuyo objetivo es amalgamar firmemente la unidad de los combatientes e insuflarles la voluntad de luchar hasta la muerte, suceda lo que suceda a sus regiones natales.

»Además de este propósito *constructivo*, la propaganda debe apuntar hacia una meta *destructiva* con respecto a los ejércitos enemigos: actuar sobre su moral por todos los medios para destrozar su unidad interior y, sobre todo, destruir en caso de coalición la unidad de acción de los estados mayores. Los ejércitos que pierden su unidad interior y la solidaridad de acción son ejércitos anulados» [45].

Si tal es el propósito soviético ante una coalición, podemos figurarnos con

---

[45] Citado por K. D. KALINOV: *Op. cit.*

cuántas mayores probabilidades de triunfar hubiera actuado ante una integración [46].

La segunda guerra mundial terminó en 1945 y, casi inmediatamente, se empezó a hablar de comunidad continental, de federación europea, de Estados Unidos de Europa; se creó, incluso, un parlamento supranacional o Consejo de Europa, con asiento en Estrasburgo; al mismo tiempo, o casi, el entonces gerente del Quai d'Orsay, Roberto Schumann, después de firmar con su colega del Palazzo Chigi un acuerdo aduanero que nunca fué puesto en práctica, lanzó la idea del *pool* siderúrgico europeo, primer paso hacia dicha federación o co-

---

[46] Si hemos de creer al general M. Ridgway, las flaquezas occidentales, en el momento de la muerte de Stalin, seguían sin ser subsanadas. En efecto, el *16 de junio de 1953,* el sucesor de Eisenhower a la cabeza de la NATO extendía en su relación anual sobre el funcionamiento del Pacto Atlántico que «frente al potencial soviético, el progreso realizado es insuficiente para que podamos esperar resistir felizmente si somos atacados... Nuestro poderío aéreo constituye siempre el punto flaco de nuestra defensa... Un ataque soviético de gran envergadura, en un futuro próximo, encontraría a las fuerzas aliadas de Europa en un estado de debilidad crítica para cumplir con su misión actual. El agresor eventual conserva la iniciativa...»

Las respuestas siguientes dadas por el mayor general Fuller, en el curso de la entrevista citada en la nota anterior, resultarán bastante ilustrativas a este respecto:

«Pregunta: *General Fuller, ¿qué impresión tiene usted del estado actual del ejército europeo?* R.: Tal como está, es trágicamente irrisorio. Existe apenas sobre el papel. Fuera de la cadena de los Pirineos entre Francia y España, Rusia no encontraría obstáculo verdadero en su invasión de la Europa occidental si se decidiera a atacar hoy mismo».

«Pregunta: *Si lo hicera, ¿podrían las fuerzas aliadas llevar a cabo una efectiva operación de retirada?* R.: No. Difícil sería calcular lo que salvarían en hombres y en equipos. Pero, psicológicamente, la retirada sería desastrosa. No debemos suponer erradamente que la próxima guerra será semejante a la última, esto es, una guerra de retirada, luego la liberación, y, al fin, la rendición incondicional.»

«Pregunta: *¿Significa eso que las perspectivas militares en Europa son desesperadas?* R.: De ninguna manera. El objeto del rearme es obligar al enemigo a negociar en condiciones favorables para el que se arma. Y tenemos al alcance de la mano los medios de constituir el poder necesario para negociar. Tanto los alemanes como los españoles podrían convertirse en fuerzas valiosas...»

«Pregunta: *¿Quién está ganando la guerra fría?* R.: Rusia. Sin intervención bélica directa, desde la segunda guerra mundial ha subvertido grandes extensiones de territorios nuevos...»

Nótese que estas respuestas fueron formuladas antes —más de un mes— de que fueran conocidos los términos de la relación Ridgway. Este, nombrado jefe de Estado Mayor de las fuerzas de tierra norteamericanas, publicó, en el número del 3 de diciembre de 1953, de la revista «Oggi», de Milán, un muy notable artículo titulado: *Come giudico la difesa dell'Europa,* en que se expone con mucha precisión el problema en sus verdaderos términos. Términos que, por lo demás, no han hecho más que agravarse a finales de 1957, es decir, después del lanzamiento de las «lunas artificiales» del señor Jrushchov.

munidad; luego, se firmó con la Alemania de Bonn —*la bonne Allemagne*— un cuasi-tratado-de-paz, que pretendía hacer del enemigo de ayer el campeón inmejorable de mañana; finalmente —mayo de 1952—, se proclamó que todo iba perfectamente y que Europa estaba fuera del alcance soviético.

A partir de este momento, precisamente, se vió con toda evidencia que la federación europea y su ejército integrado debían pasar al almacén de los accesorios; que la hermosa máquina, cuyos primeros chirridos habían sido ahogados por los entusiasmos de la inmediata postguerra, estaba fuera de uso antes de haber sido puesta en servicio, y que la amenaza soviética se presentaba más apremiante que nunca.

¿Qué había pasado?

A esta pregunta, los hechos relatados en el próximo capítulo pueden proporcionar algunos juicios para la contestación.

CAPÍTULO XVIII

VARIACIONES SOBRE LA LINEA GENERAL (PETITE SUITE)

Ultimos avatares del pensamiento staliniano — El artículo de la revista «Bolshevik», o de la inevitabilidad de las guerras intercapitalistas — ¿Hacia nuevos Frentes Populares? — Móviles, ilusiones y misión de los compañeros de camino — Dos sectas particulares: La cristiano-progresista y la neutralista — El anzuelo comercial — Causas verdaderas del asunto Kennan — El XIX Congreso del PC ruso — Presentación de Malenkov a su pueblo. Pequeña crónica de una vida anónima — El quinto PQ — El nuevo curso soviético y la hora salvaje de Dzhugashvili — Muerte del Jefe Genial — Su testamento: de las personas y de las obras

Que, en los meses que precedieron la muerte de Stalin, el Kremlín siguiera pensando que le quedaban suficientes posibilidades para realizar, sin recurrir inmediatamente a la fuerza, sus designios de conquista universal, ello no ofrece la menor duda. Lo demuestran algunos hechos anteriores a este acontecimiento, y no lo desmiente aquello que sucedió durante la fase de asentamiento del gobierno Malenkov.

En primer lugar, el largo artículo publicado por Stalin en el número de septiembre de 1952 de la revista «Bolshevik», órgano del Comité Central del Partido Comunista ruso [1].

En este artículo, titulado *Problemas Económicos del Socialismo en la URSS*, el primer ministro de la Unión soviética, aprovechando ciertas transformaciones sufridas en los últimos años por el sistema capitalista, señalaba la improbabilidad de una guerra entre naciones burguesas y Rusia, porque, según él, las condiciones políticas y económicas que atravesaban las naciones actualmente anticomunistas habrían de determinar, por el contrario, un conflicto armado en el seno del mismo sector capitalista, en razón de la necesidad en que se encontrarán, un día u otro, Gran Bretaña, Francia, Alemania occidental, Italia y el Ja-

[1] La revista fué puesta en venta en Moscú el 2 de octubre de 1952 con una tirada de 800.000 ejemplares.

pón de empuñar las armas contra los Estados Unidos para sacudir el yugo de un imperialismo que les impide gozar de todas sus posibilidades económicas. Es incorrecto pensar, dictaminaba Stalin, que pueda perdurar mucho tiempo la actual situación en la cual vemos a Europa occidental y al Japón obligados por los Estados Unidos a cumplir ciegamente sus instrucciones en el orden político como en el económico [2].

En palabras pobres, esto viene a significar que Stalin ofrecía una nueva alianza a los grupos políticos conocidos en Occidente y en el Japón bajo la denominación de «tercera fuerza» para ayudarlos a barrer del poder, mediante un frente establecido con los comunistas locales, a los elementos partidarios del sistema atlántico que, en el momento en que el artículo en cuestión fué publicado, gobernaban a las naciones más arriba indicadas.

La utilización del burgués progresista por el revolucionario no es un hecho nuevo cuyo origen deba buscarse en la táctica tan grosera como —hasta ahora— eficiente del leninismo-stalinismo. Marx, Engels y el mismo Bakúnin no vacilaron en seguirla siempre que pudo significar un progreso para sus organizaciones. Desde entonces, semejante táctica siempre encontró la adhesión de los partidos y grupos izquierdistas cuando una apariencia de peligro parecía amenazar, partiendo de la derecha, aquello que llamaban instituciones democráticas. En nombre del principio «no hay enemigos a la izquierda», tales grupos no vacilaron nunca en precipitarse hacia los varios maridajes electorales que la subversión les ofrecía; si bien, de semejantes connubios, las instituciones democráticas fueron, precisamente, las que salieron peor paradas. El ejemplo ofrecido por Francia es sintomático: la agrupación de las diversas «fuerzas republicanas» suscitadas por el caso Dreyfus a finales de la última centuria, el *Cartel des Gauches* de 1924, el Frente Popular de 1936, los «mañanas que cantan» de 1944, no hicieron más que menguar, lenta y seguramente, la fuerza moderadora, representada por las derechas conservadoras llegando a determinar el progreso correlativo de la idea revolucionaria; encarnada, a partir de 1917, por el comunismo de cuño ruso. Después de la segunda guerra mundial, este fenómeno se ha acelerado en razón de la desaparición casi completa de las clases medias, no sólo en los países satélites, sino también en los de la Europa occidental, donde la eliminación, la proscripción y la reducción al silencio de centenares de miles de miembros de la *élite* intelectual y social fueron agravados por medidas fiscales devastadoras, debidas, por un lado, a la incapacidad de las nuevas capas dirigentes, por otro, a la política de nacionalización y a los gastos de armamento determinados por la agitación diplomática planificada en Moscú. No existe ningún indicio de que el espíritu que hizo

[2] Este artículo fué traducido a todos los idiomas.

posible la alianza del revolucionario y del «republicano» progresista, juntándolos, durante la última guerra, en los Frentes Nacionales, haya desaparecido. En efecto, el progresista siempre estará dispuesto por su naturaleza misma a aliarse con el revolucionario cada vez que éste se proclame favorable a una política de distensión social, que es el pretexto buscado por aquél para representar la parte para la cual ha sido creado. Alianza cuyo resultado es, cada vez que ocurre un paso suplementario en el proceso de decadencia de la libertad.

La metodología de la infiltración en los partidos progresistas mediante la política de los frentes unidos, o comunes, o populares, o nacionales, siempre se reveló muy eficaz. Tan extraordinariamente eficaz, que los comunistas la prefieren a la conversión incondicional del burgués, sobre todo cuando éste detenta una cierta importancia en su sector político o social. La colaboración con semejantes simpatizantes —a los que sus adversarios llaman justamente «criptocomunistas» y los comunistas «compañeros de camino» [3]— tiene la ventaja de mantener en el seno de los partidos demoliberales focos permanentes de disolución y de anarquía que reducen constantemente su libertad de maniobra frente a la acción subversiva; mientras que cuando un progresista —socialista, radical o cristiano— se adhiere abiertamente al PC, pierde todo interés para los comunistas, por cuanto, al efectuar este traslado, sale del marco de la sociedad burguesa; la cual, por el contrario, se tonifica con estos abandonos. El caso de un Marceau Pivert, de un Aneurin Bevan, de un Pierre Cot, es ejemplar: desde los años 1930, los comunistas nunca dejaron de exhibir en sus *meetings* a socialistas del tipo de los dos primeros, a radicales del tipo del tercero (ahora abiertamente marxista y, por ende, enteramente apartado, contrariamente a sus dos colegas) que venían a condenar en términos violentos a los dirigentes de su agrupación, y a los cuales algunos católicos y protestantes —el pobre Maurice Laudrain antes de la guerra, el abate Boulier y el Deán de Canterbury a partir de 1945— no tardaron en agregarse.

Desde el período de la segunda guerra mundial, los católicos etiquetados «cristianos progresistas» fueron quienes alcanzaron el campeonato de la vehemencia y de la histeria en estas manifestaciones, al dar a sus confesiones «antivaticanistas» tonos patéticos que dejaban en pañales a los socialistas y radicales que les habían abierto el camino. Gracias a estos «religionarios» de ese nuevo jansenismo, la vieja táctica de los frentes unidos fué reemplazada, a partir de la ocupación alemana, por la de los frentes «nacionales» o «patrióticos», fundados en la ausencia de toda doctrina común, a no ser que se tomara en cuenta la voluntad de obstacularizar a los ocupantes y de preparar la eliminación física de la derecha, acusada para tal fin, de «colaboracionismo». Como siem-

[3] «Compañeros de camino» o «idiotas útiles», cuando hablan entre iniciados.

pre, el caso francés es más ilustrativo que cualquier otro: los comunistas que se encargaron de la liquidación de los derechistas, cuya nómina les había sido entregada por sus colegas burgueses del Frente Nacional, instalaron en la presidencia de dicho Frente, no a un comunista como André Marty, especialista de la acción directa, ni a un jacobino como Albert Bayet, defensor profesional del laicismo, sino a Georges Bidault, jefe de los católicos democráticos y, hasta entonces, candidato a diputado eternamente defraudado por los electores. Asimismo, después de la Liberación, los comunistas, que ocuparon ministerios esenciales en el gabinete del señor De Gaulle, abandonaron la cartera de Justicia al conde François de Menthon, durante bastantes años presidente de la Asociación Católica de la Juventud Francesa. Así la impopularidad de los miles de asesinatos de derechistas y de su legalización por decreto de este muy extraño, si bien muy evangélico, ministro, recaería sobre todos los católicos. Señalemos, de paso, que el aval patriótico dado a los comunistas por los católicos del Frente Nacional constituye una doble mixtificación: mixtificación comunista por cuanto éstos son tan sólo patriotas rusos que colaboraron con los alemanes mientras éstos siguieron fieles a su pacto con Stalin; mixtificación democristiana, ya que el partido del señor Francisque Gay, desde hacía más de treinta años, asumía invariablemente toda postura capaz de perjudicar, de una u otra manera, los intereses reales del país. Cuando el hombre de la calle comprobó esta mixtificación por partida doble, el daño estaba hecho; para muchos franceses anticomunistas, catolicismo y democracia cristiana habían llegado a expresar una misma realidad.

Confusión injusta, evidentemente, ya que, en verdad, los católicos progresistas son en la Iglesia elementos de disolución que actúan por cuenta propia, sin aval de la jerarquía y siempre al límite de una condena que evitan a fuerza de astucias, de retrocesos y de afirmaciones de firme propósito, que, por lo demás, se apresuran a violar una vez pasado el peligro. Exactamente como los jansenistas después de la Bula *Unigenitus*.

Así; a finales de 1952, nos fué dado asistir a un espectáculo parlamentario curioso, en el cual los diputados democristianos franceses unieron sus votos con los de los comunistas y de los socialistas para descartar del poder a Antoine Pinay, cuya política, realizada con la «colaboración» de ministros del partido del señor Bidault, llevaba a la restauración de las finanzas nacionales; primer paso hacia la eliminación del peligro comunista, por lo menos electoralmente hablando, pues el malestar económico es el mejor agente reclutador del PC. Del mismo modo, después de la victoria del «reaccionario» Eisenhower en 1953, se pudo ver al señor Bidault lanzar, desde el Quai d'Orsay, de nuevo ocupado por él, consignas para un nuevo europeísmo, que tenían muy poco que ver con el que los norteamericanos preconizaban; consignas que la prensa neutralista —*Le Monde, L'Aube, La Croix,* etc.— aplicó con el mismo entusiasmo antiat-

lántico que *L'Humanité*, órgano del PC francés. No olvidemos, en efecto que el señor Bidault fué quien firmó en diciembre de 1944, en Moscú, en nombre del señor De Gaulle y en su presencia, el pacto de amistad franco-soviético que las maniobras recurrentes de los neutralistas y de los progresistas intentan revalorizar; actuando como instrumento de esta revalorización —cuyo primer efecto sería la ruptura del frente occidental, tan enfermo de raquitismo, por lo demás, en razón de la falta de resolución de sus participantes— el entonces embajador de Francia en Moscú, el socialista Louis Joxe, miembro fundador del «Frente Común» salido de la «Conferencia Amsterdam-Pleyel», y, por ende, uno de los padres espirituales del Frente Popular de 1936. Este partidario incondicional de una ruptura con los Estados Unidos que, según él, deberían ser sustituídos por la Unión soviética en el sistema diplomático francés, es una especie de Aneurin Bevan reducido, que quiso repetir, a algunos años de distancia, la maniobra que había dado tan fructuosos resultados en 1936[4].

El caso de un Emmanuel Mounier, hasta su muerte director de la revista *Esprit*, órgano del movimiento «personalista», es bien distinto. En efecto, todo lo que se puede achacar a los ambiciosos frenéticos de la democracia cristiana podríamos reprochárselo igualmente si su actitud de aceptación, ante el subversivismo comunista, no hubiese ido acompañada de escrúpulos tales como su «compañerismo de camino» llegó a ser, a menudo, para los marxistas, tan incómodo como la oposición más declarada. Sé muy bien que el historiador debe considerar solamente los resultados, y que, para él, Mounier habrá sido quien llegó a quitar a los enemigos de la subversión no pocos de sus medios de acción. Sin embargo, a los ojos del moralista, Mounier no puede confundirse con aquellos cristianos que, en el Frente Nacional, vieron esencialmente un medio para apartar a los derechistas de las avenidas del poder y para ocupar así, en el Estado y en la sociedad, posiciones eminentes que su incurable mediocridad hasta entonces les había prohibido alcanzar. Existe una gran diferencia entre un Emmanuel Mounier y un Francisque Gay e, incluso, un Georges Bidault, y esta diferencia es fundamentalmente moral. Así, cuando, en 1934, Mounier escribía: «El movimiento comunista, a pesar de todo, fué el primero en romper, aunque lo haya hecho incompleta y diabólicamente, con el mundo del dinero», y que «nosotros también juramos fidelidad a la miseria, seguros de que jamás nos encontrará frente a ella en el campo de los defensores del dine-

[4] Ello es tan cierto que, en el curso de la conferencia de los Ministros de Relaciones Exteriores que se celebró en Berlín en enero y febrero de 1954, Mólotov lanzó invitaciones directas a su colega francés para que tomara la jefatura de un movimiento en vista de la constitución de una Europa antiamericana. No le importa quién la realice; la invitación está lanzada. Algunos resultados de la Conferencia de Ginebra de julio de 1954, sobre Indochina, son sintomáticos al respecto.

ro» [5]. Cuando escribía eso podía equivocarse al creer que, a pesar de todo, el comunismo tenía por objeto esencial la lucha por la eliminación de la miseria; no por ello buscaba prebendas en un Estado «ocupado» por democristianos, radicales y socialistas. Tan sólo su buena fe le impedía ver que el comunismo es, precisamente, el peor camino que se pueda elegir para acabar con las injusticias sociales causadas por el «mundo del dinero». Razón por la cual, al comprenderlo un buen día, pudo escribir: «Las revoluciones de tipo soviético son revoluciones oligárquicas en las cuales el partido, decididamente constituído en potencia exclusiva, considera, no sólo inaceptables, sino hostiles a priori, a todos los elementos que no siguen sin criticarla su línea general. A partir de este momento, toman inevitablemente el camino del terror y del totalitarismo» [6]. Y no se puede decir que sus últimas palabras revelen que le quedaran muchas ilusiones: «Si las revoluciones socialistas llegasen a ceder sin resistencia a los complejos del miedo, de la brutalidad y de la delación organizada, un envilecimiento duradero de los hombres permanecería, como un fracaso, sobre sus instituciones renovadas... Venga lo que viniere, los hombres de Europa no tienen interés alguno en ver suceder, a una edad media de explotación, una edad media de automatismo; a un siglo de mixtificación, un siglo de envilecimiento» [7].

Todos estos escrúpulos, por lo demás, no impidieron que Mounier, hasta el final, se negara a combatir al stalinismo con armas que no fuesen las de la argumentación moral. Postura ética más que política, y ascética más que ética, pero singularmente ineficaz para impedir la instauración del régimen de terror tan vigorosamente condenado [8]. Solamente en esto, Mounier, víctima de su amor por una justicia abstracta, estimable y, al mismo tiempo, paralizadora, hacía el juego a los comunistas, si bien se tratara, esta vez, de un juego negativo. Su odio, bastante simplista, contra los «defensores del dinero» —porque en esta fórmula hacía entrar a todos aquellos que se situaban a su derecha— lo encerraba, sin que lo viera, en la frágil empresa de la «guerra por la verdad». No veía que, jamás, la guerra por la verdad podrá impedir a los terroristas y «revolucionarios oligárquicos» poner en acción sus planes de terror y de explotación social, si quienes la llevan no se aseguran el apoyo de argumentos más positivos. Para poder realizar sus planes, los revolucionarios necesitan, o bien complacientes «compañeros de camino» que, gracias a la táctica de los

---

[5] EMMANUEL MOUNIER: *Carnets de route*, tomo II; París, 1951.

[6] *Ibídem.*

[7] *Ibídem.*

[8] No quiero decir con esto que el argumento moral no sea fundamental. Quiero decir que no es suficiente. Desgraciadamente, moral y política se sitúan en planos distintos, y confundirlos lleva a menudo a graves equivocaciones.

frentes populares, les proporcionan la personalidad política y moral que les faltaba en la época del puro internacionalismo y de la mera reivindicación social, o bien inocentes «luchadores por la verdad», tan impotentes políticamente como moralmente vigorosos, que los ayudan a paralizar la injusta «sociedad del dinero», hasta que el Kremlín estime llegado el momento de liquidar, al mismo tiempo que dicha sociedad, a los complacientes e inocentes en cuestión.

En fin de cuentas, los dirigentes soviéticos, para llegar por este medio a la meta que se fijaron el 25 de octubre de 1917, no tienen que desarrollar grandes esfuerzos de imaginación. Les basta aplicar al mundo todavía libre la táctica que dió tan buenos resultados en la misma Rusia a partir de 1861. Allí, el camino recorrido, desde la alianza tácita entre los elementos «progresistas» de la *intelliguentsiia* y los dinamiteros de la «Voluntad del Pueblo» hasta el triunfo de la revolución de octubre, pasando por la alianza formal suscrita entre *Kadetes,* socialistas revolucionarios y social demócratas, que caracterizó los primeros desarrollos de la revolución de febrero, resulta bastante ejemplar para que sea necesario buscar otra cosa. De este modo, el artículo de Stalin en *Bolshevik* recibe aclaraciones suficientes.

La maniobra así esbozada en vista de la conclusión de un nuevo frente con los partidos izquierdistas no comunistas era tan grosera como cualquier otra, ello es cierto, pero, asimismo, resultaba muy eficiente, puesto que pretendía utilizar a los elementos, nada débiles, en verdad, que, en Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania occidental y el Japón, actuaban, desde 1948, sin descanso y con fuerzas siempre acrecentadas en razón de los errores, a veces monumentales, cometidos por la diplomacia de Wáshington, con el fin de desenganchar la política de estas naciones del sistema norteamericano.

La forma mental de estos círculos —a los que se llama neutralistas, pero que, a los efectos prácticos, son tan criptocomunistas como cualquier otro y que encuentran su expresión más genuina en el diario parisino *Le Monde* y en el semanario londinense *New Statesman and Nation*— es la misma que la de los «compañeros de camino» utilizados por los comunistas en los varios frentes anteriores a la segunda guerra mundial. Pero su ideología es muy distinta, puesto que se proclama neutralista, mientras que, entonces, pregonaba la guerra inmediata contra las varias formas de fascismo.

El neutralismo, en Europa, se manifiesta según dos tendencias bastante diferenciadas en sus métodos, si bien persiguen el mismo objetivo: el desenganchamiento del continente del sistema diplomático, militar y económico norteamericano.

La primera tendencia —la francesa— es dogmática en extremo, muy pocas veces se atiene a la realidad política en su formulación, y responde a la enfermedad psicológica que —a causa de dos guerras terriblemente costosas, y al haber perdido Francia su situación de gran potencia, y de la incoherencia de

sus instituciones paralizadoras— impide a los franceses adoptar una línea política práctica dotada de decisión y de propósitos de largo alcance. Sus vehículos de expresión son *Le Monde,* ya citado, tribuna de una burguesía, intelectual más que económica, enteramente desarticulada, y *L'Observateur,* órgano de los jóvenes socialistas independientes agrupados por Claude Bourdet; su objetivo ideal es la consecución de una utópica postura de equidistancia entre los dos bloques, postura que, ¿cuándo no?, Francia debería encabezar. La segunda tendencia —la inglesa— es, por el contrario, esencialmente práctica; dispone, entre otros, de órganos de combate como *Tribune* y *New Statesman and Nation*; encuentra sus referencias en los hechos y en los sentimientos más que en las teorías, y tiene exponentes, ya sean inconmovibles como Aneurin Bevan, ya oportunistas y, por ende, más eficaces, como Clement Attlee; su propósito es, en rigor, la voluntad, sentida por todos los ingleses, con mayor o menor intensidad, de volver a ocupar un lugar preeminente en la política mundial; algunos de sus exponentes intentan realizarlo sin romper con Norteamérica, y éste es, en una cierta medida, el caso de Churchill; otros, como Clement Attlee, sin retroceder ante la idea de esta posibilidad; otros, finalmente, como Aneurin Bevan y el ala izquierda del partido laborista, pregonando abiertamente esta ruptura. Como se ve, a pesar de diferencias formales, la postura de Bevan es la más próxima a la de los franceses, y no sólo de los de *L'Observateur* que, contrariamente a los de *Le Monde,* representan sectores muy reducidos de la opinión pública; así, como la de *Le Monde,* debe ser estudiada, por brevemente que sea, porque ambas expresan muy claramente la forma mental del neutralismo europeo, frente a Norteamérica y frente a Rusia. Forma mental que el asunto de Suez, en noviembre de 1956, y la «luna artificial» de los rusos, en octubre de 1957, han vuelto a reactivar.

Las ideas de Bevan figuran en un manifiesto publicado el 10 de julio de 1951 [9]. La tesis general es que el rearme, británico y atlántico, es, por un lado, imposible de realizar sin romper la estructura social de las democracias occidentales en beneficio exclusivo del comunismo, y, por otro lado, excesivo e inútil por cuanto se habría exagerado en extremo el peligro de la amenaza soviética, de la fuerza real del ejército ruso y, asimismo, del aislacionismo americano. El manifiesto concuerda en su antiamericanismo con las derechas inglesas, conservadoras e imperialistas, y, polémicamente, lo utiliza del mismo modo que los aislacionistas integrales de Herbert Hoover utilizan la carta de la aversión tradicional de los norteamericanos contra Inglaterra. De ahí el reproche, constantemente formulado por Bevan al gobierno de Londres, laborista o conservador, de no haber hecho lo suficiente para reivindicar su inde-

[9] *One Way Only; a Tribune Pamphlet,* Londres, 1951. Manifiesto anónimo publicado por el periódico «Tribune», órgano de ala bevanista del *British Labour Party.*

pendencia frente a los Estados Unidos, hasta llegar a imponerles la aceptación de su propio control sobre las fuerzas armadas estadounidenses de Europa, y amenazarlos con una supresión de sus bases aéreas en el Reino Unido si Wáshington siguiese propugnando el rearme de Alemania bajo cualquier forma y la admisión de la España franquista en el sistema atlántico. Esta es, exactamente, la postura que, con mayor dogmatismo en la formulación, adoptó el neutralismo francés en el momento de la victoria sobre Alemania, en que Francia representó un papel tan... secundario.

En efecto, *el 17 de abril de 1945*, Hubert Beuve-Méry escribía en las columnas de *Le Monde*: «La hora eslava ha sonado en el reloj de la Historia. Lo deplorarán o se preocuparán por ello solamente aquellos que, conscientemente o no, hacen el juego a Alemania... La gran Rusia es la que salvó a los eslavos de la servidumbre y de la destrucción y es normal que, hoy, éstos le manifiesten su agradecimiento y se unan bajo su égida» [10]. Con ellos, dos semanas antes de la capitulación de Alemania y tres meses antes de la conferencia de Potsdam, Beuve-Méry, del mismo modo que había sostenido, en la época dorada de la Sociedad de las Naciones, el juego de Benès —incluso contra los intereses de su propio país— encaminaba todo un sector de la opinión pública francesa a aceptar como natural la instalación de Rusia en el centro y el sur de Europa; olvidando señalar que si Rusia tomó parte en la empresa de liberación de los pueblos eslavos, lo hizo únicamente lanzada a empellones, en esa empresa, por la agresión hitleriana de 1941. Es evidente que, una vez inaugurada de modo tan prometedor su colaboración con el imperialismo ruso, Beuve-Méry no podía tardar en combatir con todas las armas a su disposición el «imperialismo» norteamericano. No nos extrañemos, pues, que el 4 de abril de 1951, al término de un camino sembrado de contradicciones, en cuanto a la interpretación de los hechos, pero perfectamente lógico en cuanto al propósito esencial, haya podido escribir: «Si Caribdis es para los europeos su sujeción a la tiranía moscovita, para ellos, Escila sería una guerra que, para protegerlos mejor, no retrocedería ante su aniquilamiento. ¿Quién querrá reprocharles el querer evitar tanto a uno como a otro? ¿Quién se maravillará de que, aleccionados por terribles experiencias y más directamente expuestos, los europeos no tengan acerca de la guerra y de la paz opiniones idénticas a las de los habitantes del Colorado? Conformes con respecto al designio, pueden no estarlo con respecto al camino que recorrer» [11]. Este paralelo entre dos situaciones evidentemente muy diversas, puesto que, mientras no lo quieran

[10] Muchos de los artículos de H. BEUVE-MÉRY —no todos, porque se trata de un personaje prudente— fueron reunidos por él en un volumen titulado: *Refléxions politiques, 1932-1951*, París, 1951.

[11] BEUVE-MÉRY: *Op. cit.*

los rusos, el rearme de Europa bajo la dirección norteamericana no implica la fatalidad de una guerra, dado que su impreparación entraña su sometimiento a la tiranía moscovita, nos da la pauta de la buena fe intelectual que inspira la acción de los neutralistas y de sus portavoces franceses e ingleses; no infundiendo sino serias sospechas con respecto al idealismo de sus propósitos. Tan es así que —como la de Aneurin Bevan— la campaña llevada a cabo por Beuve-Méry para ayudar a los europeos a evitar el Caribdis moscovita, lejos de hablar de los peligros representados por éste, se dedicó constantemente a señalar los del Escila estadounidense. Maniobra tan evidentemente filosoviética en su antiamericanismo de principio, que un periódico francés pudo resumir en los siguientes términos la acción desarrollada en este sentido por *Le Monde*, *L'Observateur* y otras gacetas neutralistas: «¿Se votan nuevos impuestos para cubrir el presupuesto militar? *La culpa es de los americanos,* que nos obligan a rearmarnos. ¿Nuestro ejército está en peligro en Tonkín? *La culpa es de los americanos,* que no nos entregan con rapidez suficiente los aeroplanos que necesitamos. ¿No tenemos otros aeroplanos que los que nos proporcionan los Estados Unidos? *La culpa es de los americanos,* que combaten nuestra aviación. Y semejantes campañas obtienen resultados, sobre todo en razón de la perversidad de las masas, que siempre necesitan odiar a alguien...» [12].

Esta es la razón por la cual, en 1948, Etienne Gilson —filósofo tomista que, después de haberse ilustrado escribiendo un copioso tomo sobre las ideas demorrepublicanas de Santo Tomás de Aquino y lanzando, desde las columnas de *Le Monde*, una serie de alegatos calumniosos contra Charles Maurras, mientras éste comparecía ante un tribunal de la Liberación— abandonaba su cátedra en el Colegio de Francia y su asiento en el Consejo de la República, refugiándose en el cómodo exilio de la universidad de Toronto, no sin proclamar, con toda su autoridad, que así lo hacía porque «lo que se está dispuesto a comprarnos con dólares una vez más es nuestra sangre y una tercera invasión del Occidente europeo». Con semejantes alegatos Gilson se revelaba cual pésimo exégeta de la escolástica, incluso de la escolástica más decadente, pues olvidaba nada menos que si en 1948, como en los años sucesivos, hubo amenaza de invasión contra el Occidente europeo, ésta provino únicamente de la Unión soviética y no de los Estados Unidos, que, por el contrario, la hicieron imposible, al adoptar, a partir del golpe de Praga, la política que detuvo en seco a los rusos en su camino hacia el Atlántico, el Mediterráneo y los Pirineos [13].

---

[12] *France Indépendante,* del 11 de noviembre de 1950.

[13] Remito al último capítulo de la presente obra donde se examinan las condiciones de la reacción norteamericana contra el filosovietismo de los europeos, tal como se ha mani-

Es evidente, pues, que, como ya era de prever en 1950, el anzuelo lanzado por Stalin en su artículo de «Bolshevik» en dirección de los elementos neutralistas occidentales y extremorientales para levantarlos contra el «imperialismo» yanqui, no podía encontrar su carnaza sino en el tema del pacifismo soviético. Y, en efecto, éste es el tema único que, desde 1948 hasta la conferencia de Ginebra, en junio-julio de 1955, la propaganda soviética ha venido explotando para la constitución de nuevos frentes en las naciones capitalistas con vistas a disociarlas de los Estados Unidos, y ello con tanta mayor facilidad cuanto que Stalin, por fin, se había decidido a desaparecer. A partir de esta desaparición, la propaganda en cuestión renunció, incluso, a la lucha por la «realización del socialismo», los sindicatos controlados por Moscú rechazaron propuestas de aumentos de salarios formuladas por los gobiernos italiano y francés so pretexto —en su caso no puede ser más que un pretexto— de combatir la inflación que estos aumentos determinarían, dando así a los burgueses progresistas pruebas suficientes como para convencerlos, una vez más, de una posibilidad de convivencia entre Unión soviética y naciones capitalistas. Los comunistas no tardaron en cosechar los primeros frutos de esta propaganda; baste recordar la franca hostilidad manifestada, en noviembre de 1952, es decir, un mes después de la publicación del artículo de Stalin, por el partido radical francés, a través del canal de sus presidentes honorarios Edouard Herriot y Edouard Daladier contra el ejército europeo, esto es, en las infelices condiciones en que nació y se desarrolló la idea de un bloque occidental anticomunista, contra el mismo pacto atlántico, cuyo eje, en el espíritu del Pentágono y del Departamento de Estado, aleccionados por los franceses, debía ser constituído, en fin de cuentas, por dicho ejército; la misma actitud asumida, en abril de 1953, por el partido socialista francés; la agitación mantenida, en el mismo sentido, en el seno del *British Labour Party* por la corriente bevanista; las propuestas constantemente formuladas, a partir de marzo de 1953, por Winston Churchill para un encuentro con Malenkov, y el constante desarrollo de la política británica de acercamiento económico con la Unión soviética; el resultado de las elecciones italianas de junio de 1953, en las cuales el centro parlamentario encabezado por el «atlántico» Alcide De Gasperi sufrió un fracaso rotundo; la impaciencia, cada vez más manifiesta, de los círculos económicos europeos ante los métodos de producción y de distribución preconizados por los dirigentes de la política estadounidense, métodos tendentes a absorber la desocupación por una disminución de los costes de producción y, por ende, de los beneficios de las empresas; impaciencia, en fin, que se traduce por una hostilidad tan abierta que es susceptible de empujar a quienes la sienten hacia cualquier alianza capaz de

festado, a partir de la elección de Eisenhower, al pasar de la esfera de las especulaciones intelectuales a la de las realizaciones prácticas.

«liberarlos» de las presiones «indiscretas» de sus actuales protectores; finalmente, el rechazo del pacto de la CED por el parlamento francés con el propósito de impedir el rearme alemán bajo cualquier forma...

Una vez más, nos encontramos, pues, ante extrañas aproximaciones que horrorizarían a Emmanuel Mounier si viviese aún: los «defensores del dinero» tan despiadadamente denunciados por él, aliados con el mundo de la miseria proletaria para mayor gloria de los «revolucionarios oligárquicos» del Kremlín.

Es obvio, por lo demás, que si este nuevo frente se realizase algún día sobre el plano electoral, no tardaría en transformarse de neutralista en belicista, bajo la presión de sus asociados comunistas; en levantar a las llamadas naciones capitalistas de Occidente y de Extremo Oriente contra los Estados Unidos, ya calificados de «fascistas»; en realizar, por consiguiente, la profecía emitida por el Jefe Genial en su artículo de «Bolshevik», según la cual la neutralidad de la Unión soviética está asegurada porque, fatalmente, dichas naciones han de empuñar las armas contra el «imperialismo» yanqui. Aquí tampoco Stalin tuvo que desarrollar esfuerzo alguno de imaginación (sabemos que el suyo fué esencialmente el arte de acomodar los restos): el legado por él dejado a sus sucesores con el artículo en cuestión les señala que les bastará repetir aquello que, en 1939, dió tan buenos resultados cuando, con el pacto con Hitler, Rusia lanzó a las potencias occidentales contra Alemania, su enemigo eventual, su único enemigo eventual. Es suficiente reemplazar a Alemania por los Estados Unidos para encontrar la solución del único problema grave que Rusia no puede resolver por sí sola.

El mismo artículo contiene otras indicaciones preciosas que son suficientes para explicarnos por qué los círculos más arriba señalados se mostraron tan maravillosamente dispuestos a sacudir «el yugo del imperialismo norteamericano».

Como el actual sistema político y económico de las naciones de Europa occidental y del Japón está basado en inyecciones de capital y de material norteamericano, esos países, de desengancharse bruscamente de los Estados Unidos, correrían el riesgo de derrumbarse pronto sobre sí mismos. Este riesgo les indicó Stalin la forma de capearlo inmediatamente. En efecto, según él, el bloqueo tendido por Occidente alrededor de la Unión soviética y de las naciones a ella asociadas, dió por resultado que el grupo comunista desarrollara su sistema industrial con gran rapidez hasta el punto de que, pronto, aseguraba Stalin, «*empezará a vender los excedentes de sus productos*». Así como el camino brindado a Hitler para evitar la guerra con Occidente era el de la alianza con Rusia, el medio ofrecido a Europa occidental y al Japón para evitar el derrumbamiento económico es el de un aporte de material soviético, lo que, claro está, implica el corolario de una absorción por Rusia de los excedentes de la producción europea.

Las previsiones relativas al quinto Plan Quinquenal, hechas públicas al mismo tiempo que el artículo de Stalin, al poner el acento sobre la fabricación en masa de bienes de capital, vale decir, de material pesado, a expensas de la de los bienes de consumo que Europa no necesita y que, por el contrario, puede exportar, eran muy sintomáticas a este respecto: según Stalin, los excedentes comerciables de la producción industrial rusa habían de permitir a las naciones sojuzgadas por el imperialismo norteamericano sacudir dicho yugo sin correr mayores peligros inmediatos [14]. En cuanto a los peligros menos cercanos, extendían sobre ellos el púdico velo de un silencio que los neutralistas occidentales evitaron cuidadosamente romper por su cuenta.

Es evidente que Stalin sembraba en terrenos bien abonados. Sabía con la conveniente precisión en qué dirección podía avanzar sin correr a toparse con fracasos clamorosos, que no adelantó su propuesta sino cuando una serie de hechos le hubo proporcionado la base necesaria a su argumentación. Estos hechos —que no son pocos— constituían lo que, en lenguaje marxista, se llama «contradicciones del sistema capitalista», cuya explotación dialéctica, para seguir usando la misma jerigonza, servía para «realizar el socialismo».

El primero de estos hechos es el acuerdo sino-soviético de 1952 que entendía abrir posibilidades con respecto al Japón; el segundo es la actuación bevanista que, tanto o más que en el seno del *Labour Party*, podía abrir posibilidades en Inglaterra; el tercero es la repugnancia manifestada por sectores cada

---

[14] Es evidente que, tanto con la administración republicana como con la del partido demócrata, las naciones europeas que desean comerciar con Rusia no corren riesgo alguno de verse abandonadas por los Estados Unidos. Tanto es así que en mayo de 1953, los rusos adquirieron grandes cantidades de lana australiana. En los meses siguientes, Gran Bretaña adquirió en Rusia soviética más de 100.000 toneladas de hierro colado y grandes cantidades de cromo y manganeso. Al mismo tiempo, Rusia colocaba 400.000 toneladas de petróleo ruso y rumano en Francia, 650.000 en Finlandia, 150.000 de petróleo y subproductos en Suecia, ofrecía 500.000 toneladas de productos petrolíferos a la Argentina y entregaba 125.000 toneladas de estos productos a Italia. En cuanto a los productos de consumo comprados por ella en Occidente, Rusia los pagaba ya sea en oro (Gran Bretaña), ya en productos (Italia). Y, hecho particularmente curioso, a comienzos de 1954, se anunciaba que un hombre de negocios norteamericano, el señor White Andreas, estaba comprando los excedentes de mantequilla de su país para enviarlos a la Unión soviética.

Esta política de intercambios comerciales entre la Unión soviética y los países del Occidente, fuertemente impulsada por el Reino Unido, que busca materias primas para procurarse productos manufacturados comerciables, con la intención de sacar la zona de la esterlina del marasmo en que se encuentra desde hace varios años, estaría destinada, en el espíritu de sus inspiradores occidentales y rusos, a abarcar numerosas ramas de la producción: los rusos estarían dispuestos a comprar mantecas, aceites vegetales, frutas cítricas, cueros, barcos pesqueros, textiles y maquinaria para la industria textil, a cambio de manganeso, cromo, productos del petróleo y del acero, etc.

vez más extensos de la opinión pública francesa ante la idea de un rearme alemán, que, tanto como en Francia, podía abrir posibilidades en Alemania; en cuanto al último, que es la excomunión fulminada por el Kremlin contra el señor G. F. Kennan, en su calidad de embajador de los Estados Unidos en Moscú, era capaz de abrir posibilidades tanto en Europa como en el Japón.

El nuevo acuerdo sino-soviético, estaba destinado, así como a consolidar el sistema de alianza entre los dos países comunistas, a invitar a los japoneses a tomar parte de nuevo en la explotación de los recursos extremorientales por el envío a Asia de sus excedentes de mano de obra agrícola, de técnicos y de obreros especializados, que el sistema norteamericano no lograba absorber, razón por la cual la crisis latente de la economía japonesa, que ha ido agudizándose desde el final de la guerra, podía encontrar una solución del lado comunista. En efecto, las únicas posibilidades que los Estados Unidos brindaban al Japón para resolver esta crisis, si bien actuaban igualmente en dirección del continente asiático, no eran aprovechables por los japoneses fuera del papel peligroso de aliados de Norteamérica en una guerra contra el comunismo, mientras que el ofrecimiento ruso-chino les presentaba la posibilidad (!) de un arreglo pacífico.

La afirmación del dinamismo bevanista es la del neutralismo que se extiende en las clases medias e inferiores de Gran Bretaña, y su simbolismo, que actúa a expensas de la política y de la estrategia norteamericanas, no puede sino llevar a un arreglo pacífico con la Unión soviética. Constituye, por consiguiente, la auténtica plataforma ideológica que la «tercera fuerza», isleña y continental, necesita para sacudir el yugo del «imperialismo» yanqui. Razón por la cual, toda agitación provocada por Aneurin Bevan en un sentido antiamericano suscita ecos profundos en el continente, como lo muestra, cada vez que ocurre, la acción, coordinada con la de su colega galés, de los señores Mendès-France y Pietro Nenni. Así, la repugnancia de la opinión pública francesa ante la idea del rearme alemán recibió nuevas fuerzas siempre que el neutralismo británico realizó algún progreso, hasta que Churchill comprendiera que esa política llevaba a la pérdida de su país. Desde el artículo de Stalin, estos progresos no han sido indiferentes, puesto que, para escapar a las amenazas de escisión implícitas en el neutralismo bevanista, los dirigentes oficiales del partido laborista se han visto obligados a adoptar posturas cada vez más opuestas a la alianza atlántica, y que Churchill, para evitar, a su vez, que los deseos de paz de los ingleses, mantenidos despiertos por los llamamientos demagógicos de Bevan, determinasen un vuelco electoral hacia el laborismo, se encontró a menudo en la necesidad de asumir posturas contrarias al espíritu del pacto atlántico y a la política del aliado estadounidense.

Además, la oposición francesa al rearme de Alemania, de haberse prolongado más allá de la repulsa a la CED, hubiera tenido, tarde o temprano, graves repercusiones del lado germánico. En efecto, los alemanes, defraudados en su

deseo de recuperarse en el marco de la alianza occidental, al ver que esta alianza no servía sino para mantenerlos en permanente estado de sujeción, hubiéranse visto casi obligados a inclinar sus esperanzas de recuperación hacia un neutralismo decididamente aceptado que, en fin de cuentas, vendría a servir simplemente los designios de la política soviética, sobre todo si se hubiesen repetido las señales de distensión lanzadas por el Kremlín a partir de la muerte de Stalin.

En cuanto a la aplicación al embajador G. F. Kennan de la etiqueta de *persona non grata* un día después de la difusión por «Bolshevik» del artículo de Stalin, no constituyó un hecho de pura brutalidad diplomática como se aseguró en Wáshington, sino una prueba —ofrecida a los neutralistas— de la verosimilitud de la propuesta soviética de ayudarlos a desengancharse sin peligro del sistema norteamericano; del mismo modo que la alusión relativa a la comerciabilidad de los excedentes de producción de la industria rusa, les señalaba la posibilidad de renunciar, con la misma relativa facilidad, al apoyo económico del capitalismo estadounidense.

Stalin no se equivocaba en su argumentación general: para actuar, el plantígrado moscovita no tiene necesidad de salir de su selva oscura. Le basta con esperar que los «idiotas útiles» de Occidente y de Oriente, aprovechando las vacilaciones de Wáshington, se afirmen en el terreno electoral, para transformar lo que queda de mundo libre en presa fácil para su apetito. Ya que, si Lenin, en vísperas de la revolución de octubre, había enseñado que «el partido del proletariado debe coger al liberal en el momento en que se dispone a avanzar una pulgada y obligarlo a avanzar una vara» y que «si resiste, avanzaremos sin él y por encima de él», Stalin, eterno parafraseador, recalcaba: «Según las tácticas revolucionarias, las reformas emprendidas por un Estado burgués constituyen un excelente medio para desintegrar este régimen y reforzar la revolución» [15].

Ello no significa que un nuevo frente, si llegara a constituirse entre comunistas y progresistas, no dé razón en los comienzos a los paladines del neutralismo. Desde los tiempos lejanos de Tiflis, el maquiavelismo dzhugashviliano se caracterizó por una larga paciencia y nada nos autoriza a creer que los sucesores del Jefe Genial tengan mayor prisa que él. La ofensiva de paz lanzada por Malenkov a los pocos días de la muerte de Stalin, el «espíritu de Ginebra» lanzado en nuestro ciclo dos años más tarde por el ciudadano Jrushchov, las propuestas de paz recurrentemente formuladas por este mismo ciudadano, incluso en el momento del lanzamiento de su «luna artificial», demuestran que los nuevos jefes del gobierno soviético se sitúan sin reticencia en la estra-

[15] STALIN: *Cuestiones del leninismo,* edición rusa de 1945.

tegia más arriba señalada y que la corriente frentista abierta por el artículo de «Bolshevik» encontró en estos hechos sus manifestaciones tangibles. Es evidente que, de realizarse el acuerdo y de producirse el viraje de Europa occidental hacia el neutralismo pregonado por Moscú, *Tribune* y *Le Monde*, el gobierno soviético se vería obligado a tranquilizar a los neutralistas durante un cierto tiempo, es decir, a anestesiarlos con un plazo, más o menos prolongado, de paz social e internacional. Pero entre esta anestesia, que prepara los «mañanas que cantan» caros a Gabriel Péri y Pablo Neruda, y el abandono por el Kremlín de sus propósitos de subversión universal, se extiende un espacio que solamente la... inocencia de los compañeros de camino y la deshonestidad intelectual de los neutralistas están dispuestas a franquear.

No existe la menor duda de que, en semejante frente como en los anteriores, Moscú no vería más que un medio cómodo —tan cómodo como infalible— para proporcionarse el período de respiro necesario a la adaptación de la máquina revolucionaria para la conquista definitiva del mundo. El nuevo equipo dirigente soviético, por el hecho mismo de ser nuevo, necesita un período de funcionamiento experimental para el reajuste de todos los engranajes de esta máquina. Mas, una vez realizada esta operación, no vacilaría en violar sus compromisos para obligar a efectuar a su gran designio un paso suplementario que, esta vez, sólo podría ser el paso final. El comunismo no conoce contratos bilaterales. Conoce solamente respiros tácticos. Para él, un arreglo con el mundo burgués no es sino una pausa táctica en la puesta en marcha de su dispositivo estratégico. Para subsistir, el comunismo tiene que seguir absorbiendo. Un descanso demasiado prolongado o el abandono de su designio revolucionario significaría para él morir por leucemia. Los glóbulos rojos que le son necesarios para seguir viviendo no se encuentran en su propio cuerpo, sino en los otros cuerpos; sus elementos de vida no están en el interior de sus fronteras, sino más allá, siempre más allá de ellas. Sus períodos de aparente tranquilidad no son más que fases de digestión o de readaptación. Parafraseando a Feuerbach, se puede afirmar con todo rigor que el comunismo es lo que come.

Así, la única diferencia que corre entre la estrategia de la revolución permanente, preconizada por Trotskiy, y la del socialismo en un solo país, impuesta por su feliz contrincante, radica únicamente en que, mientras el primero pretendía favorecer *hic et nunc* al estallido de la famosa «espontaneidad de las masas» descubierta por Rosa Luxemburg, Stalin entendía desencadenar la revolución gradualmente sin que dicha espontaneidad, que, por su naturaleza, implica demasiadas incógnitas, representara el menor papel en este desencadenamiento. Su revolución mundial, y, evidentemente, la de sus sucesores —burócratas en estado químicamente puro—, no es concebible sino puesta en movimiento por decretos emanados desde la plaza fuerte moscovita. Se trata, en suma, de una revolución planificada que, como la instauración del socialismo

en un solo país, tiene sus períodos de producción intensiva: Planes Quinquenales y seguridad colectiva; sus períodos de descanso: mayor producción de los bienes de consumo y liberalización del comercio exterior, e, incluso, sus retrocesos: Nueva Política Económica.

En esta planificación, el recurso de los frentes comunes —o como se los quiera llamar—, es decir, de alianzas a término con la burguesía progresista, actuará lógicamente, como pausa entre dos sacudidas revolucionarias.

Tal es, precisamente, el sentido de las consignas lanzadas por Stalin en su artículo de «Bolshevik», y de las medidas tomadas por Malenkov, en el orden interno y externo, a los pocos días de su acceso al poder.

* * *

Al mismo tiempo que estaban destinadas a impresionar a las naciones capitalistas y a disociarlas de los Estados Unidos, las veinticinco páginas de prosa staliniana, difundida por la revista «Bolshevik», tendían, evidentemente, a sentar las bases prácticas del Congreso que, el 5 de octubre debía reunir en Moscú a las «instancias» superiores e intermedias del aparato, es decir, a los funcionarios más representatios del PC ruso.

La larga crónica de los congresos de este partido nos revela que, fuera de la unanimidad cada vez más ejemplar de los delegados que, en tales convenios, se manifiesta, están destinados, esencialmente, a encauzar del modo más vigoroso la masa de los militantes hacia un nuevo viraje político, ya elaborado de antemano en el secreto de arriba y cuyas modalidades de aplicación, en la jeringonza dzhugashviliana, forman la «tarea organizadora» de las «instancias» más arriba señaladas.

Desde los tiempos remotos del X Congreso, que tuvo lugar en Moscú del 8 al 16 de marzo de 1921, en plena insurrección de Kronstadt, y durante el cual se decidió pasar del comunismo de guerra a la NEP, tales reuniones, en efecto, siempre precedieron a cambios de rumbo sensacionales. Ateniéndonos a los cuatro congresos convocados durante el período de dictadura staliniana con anterioridad al segundo conflicto mundial, es fácil comprobar que registraron virajes fundamentales o sancionaron, en vista de su aceleración, acontecimientos *in fieri,* no integrados todavía en la línea general: el décimoquinto —que tuvo lugar en 1927— «oficializó» el triunfo de Stalin sobre la oposición de las izquierdas y, por ende, el del precepto del socialismo en un solo país sobre el de la revolución permanente, y preparó la política de industrialización con abandono de la NEP; el décimosexto —1930— sirvió para eliminar a la débil oposición de derechas y anunciar la colectivización agraria por la liquidación de los *kulaki* como clase; el décimoséptimo —1934— permitió a Stalin sentar las bases «administrativas» de la política de depuración, como vino a concretarla, después del asesinato de Kírov, la Gran Purga en el partido, la

administración y las fuerzas armadas, y, al mismo tiempo, señaló el viraje hacia el grupo occidental y la adopción de la política de seguridad colectiva; el décimoctavo —1939— anunció el final de la política de depuración, motivada por la llegada de Hitler al poder, y anunció el viraje, cuyos primeros desarrollos pasaron inadvertidos a las potencias occidentales, que permitió a Stalin aliarse con Alemania sin temor a la crítica interna.

Puesto que el XIX Congreso fué el primero que se celebró desde 1939, y que los siete años que separan el final de la guerra de la fecha de su convocatoria representan un lapso excepcionalmente largo, nunca visto hasta entonces, entre dos reuniones de esta naturaleza, es evidente que, una vez más, el estado mayor del Kremlín había tomado ya sus decisiones, tanto en el orden interno como en el internacional. Estas decisiones, visibles a través de las columnas de «Bolshevik», fueron reveladas con toda claridad por los trabajos de la asamblea de Moscú.

Gueorguiy Maximiliánovich Malenkov, miembro del *Politburó*, del *Orgburó* y del Secretariado General del partido, además de secretario general del *Kominform* desde la muerte de Zhdánov, había sido designado para presentar el informe tradicional acerca de las actividades del Comité Central, informe que, desde el retiro forzoso de Lenin y la «ovación» sufrida por Zinóviev en el doceavo congreso, Stalin se había reservado constantemente. Lo cual fué interpretado como una prueba de que Malenkov podía considerarse como el miembro de las instancias supremas seleccionado para suceder a Stalin en la cima de la pirámide [16].

---

[16] Gueorguiy Maximiliánovich Malenkov nació el 8 de enero de 1902 en la ciudad de Orenburg (Urales) de una familia cuyas características sociales permanecen envueltas en el misterio: algunos aseguran que su padre era un cosaco, otros un *inogorodniy*, otros, al fin, que pertenecía a la clase media; esta hipótesis parece la más próxima a la realidad si tenemos en cuenta que el nombre de Maximiliano no existe entre los cosacos y es inverosímil en un campesino pobre. Además, este misterio podría ser revelador de orígenes no proletarios; Malenkov, en el curso de una reunión del Comité Central después de la guerra, hizo blanco de sus sarcasmos a «aquellos comunistas que se permiten pecar impunemente de incompetencia tan sólo porque pueden glorificarse de una ascendencia proletaria y de un pasado revolucionario».

De todas maneras, cuando estalló la revolución, Malenkov cursaba sus estudios secundarios en el gimnasio de su ciudad natal. Los abandonó para enrolarse en el ejército rojo, llegando a ocupar, en 1919, el cargo de comisario político de un escuadrón de caballería. Al final de la guerra civil, había alcanzado el rango de comisario político del ejército del Turkestán. Fué admitido en el partido en 1920, y reanudó sus estudios que completó hasta obtener el título de ingeniero. En 1925, «ascendió» al empleo de secretario particular de Stalin. Con él, aprendió el arte de progresar gradualmente, sin dar en el ojo de los ambiciosos más apresurados, y de eliminar, uno tras otro, a sus rivales eventuales, empezando por los más pequeños. De este modo, alcanzó en 1939, en

Durante la sesión de apertura, el «delfín» preconizado consagró su informe a un ataque violento contra el «belicismo» de los norteamericanos, a quienes acusó de empeñarse en tender una red de alianzas «con vistas a la guerra de agresión, como el bloque del Atlántico Norte dirigido contra los Estados aman-

---

recompensa por su fidelidad y obediencia, su nombramiento en el Comité Central y, dos años más tarde, cuando estalló la guerra con Alemania, su adscripción al *Politburó* en calidad de miembro del GOKO (Comité para la Defensa del Estado), organismo creado para permitir al régimen afrontar la situación catastrófica provocada por los comienzos de las hostilidades en todos los campos de la vida nacional. En el marco de este organismo, Malenkov fué encargado de dirigir la producción del material de artillería y del material aéreo, misión que parece haber cumplido a las mil maravillas. Después de Stalingrado, cuando Rusia empezó a recuperar el terreno perdido, fué designado alto comisario en los territorios liberados, lo que, durante un cierto tiempo, lo convirtió en el dictador de la mitad del pueblo ruso.

Luego, lo encontramos en la dirección del *Orgburó* y se empieza a hablar de él como de uno de los miembros más representativos de las instancias supremas. Las publicaciones oficiales, singularmente la *Enciclopedia Soviética,* ese *Gotha* del mundo comunista, subrayan que, en el verano de 1942, llegó a Stalingrado para organizar la defensa de la ciudad, próxima a ser atacada, y que sus directrices fueron las que permitieron el aplastamiento del ejército Paulus (destino extrañamente paralelo al de Stalin, que había frustrado los planes de los blancos para con la misma Tsáritsin durante la guerra civil). Dichas publicaciones lo pintan como «uno de los compañeros de armas más próximos al gran Stalin en la organización de la lucha y de la victoria del ejército soviético y de todo el pueblo en la gran guerra patriótica» (exactamente como pintan a Stalin como al compañero de armas más próximo al gran Lenin durante el período revolucionario y, probablemente, con el mismo amor a la verdad histórica). En 1946, entró en el *Politburó* como miembro efectivo y sabemos que representó un papel importante en la fundación del *Kominform.*

Se trata, pues, de un burócrata puro, que ha hecho una carrera brillante sin tener biografía. Además, se trata de un técnico, de un tecnócrata incluso, formado en la atmósfera, primitiva y mística a la vez, de los Planes Quinquenales, que pertenece a la tercera generación comunista, la que ha recibido toda su formación después de 1917 y cuya mentalidad es enteramente ajena, si no opuesta, a la de los miembros de la Vieja Guardia leniniana; esa tercera generación que Koestler define como «nacida sin cordón umbilical» con el pasado. Nada teórico, antiteórico quizá, Malenkov no vaciló, en el curso de una reunión del Comité Central que tuvo lugar en 1946, en calificar de «gusanos de biblioteca» a quienes no pueden escribir una línea o pronunciar una frase sin referirse, sin la menor necesidad, a textos sacados de Marx y Engels, filípica que se consideró como dirigida, sobre todo, contra su «amigo» Zhdánov.

En sus aspectos formales, la situación de Malenkov era, pues, infinitamente más airosa que la de Stalin en 1924, ya que ninguno de sus posibles contrincantes podía compararse ni de cerca ni de lejos con el fenecido León Davídovich Trotskiy, y que el más brillante de ellos ni siquiera alcanzaba la rodilla del difunto Zinóviev. Formado lentamente por Stalin como su futuro sucesor, Malenkov, el día de la muerte de su protector, reunió en sus manos la Presidencia del Consejo de Ministros, la del ***Praesidium***

tes de la paz, la Unión soviética, la República Popular China y los países de las democracias populares». Afirmó también que los Estados Unidos «se niegan a proscribir la bomba atómica y las armas de gérmenes así como a reducir los armamentos comunes, cosa que la Unión soviética desea hacer; se niegan a concretar un pacto de paz con Alemania, cosa que el Kremlín desea conseguir; organizan bloques agresivos contra los pueblos amantes de la paz, mientras que los tratados concertados por la Unión soviética están destinados exclusivamente a la lucha contra el renacimiento de la agresión japonesa y alemana; atacaron a Corea y pugnan para esclavizarla, mientras la Unión soviética no realizó hasta ahora, en parte alguna, operaciones militares desde el final de la segunda guerra mundial; animan intensamente a los otros países para que vayan a la guerra...» [17]. Como se ve, la vieja táctica con la cual los dirigentes soviéticos siempre acusan a sus contrincantes de aquello que ellos

del Comité Central y la del Secretariado General del partido (cargo que abandonó, el 20 de marzo de 1953, en condiciones no dilucidadas todavía, a Nikita S. Jrushchov, que, contrariamente a lo que se dijo, no es su cuñado).

Para terminar con esta breve semblanza, indiquemos que Malenkov, como Jrushchov, es la personalidad soviética menos conocida en Occidente y en la misma Rusia.

En efecto, en los tiempos del absolutismo, Luis XIV vivía a la vista de sus súbditos y, asimismo, Nicolás I; más cerca de nosotros, Mussolini y Hitler tenían modos de vida nada misteriosos, y cualquier individuo, de su país o del extranjero, podía pedirles audiencia y hablar con ellos. Del mismo modo, si hubo misterios en la vida de Stalin, hubo también otros rasgos quizá más aparentes que reales, que, de todos modos, daban del Mariscal una imagen, muy *Uncle Joe* por cierto, en la cual, empero, todo no era mera ilusión. Así después de la guerra, esta imagen había llegado a proporcionar una seguridad relativa, una seguridad de naturaleza parecida a la que ayudó a los franceses a vivir sin demasiadas preocupaciones inmediatas en los últimos años de la dictadura bismarckiana. El hecho de que Stalin fuera un hijo atento y un padre cariñoso, que le gustaran con algún exceso los vinos del Cáucaso y que llenara sus horas libres remendando los zapatos de sus familiares y de sus amigos, tranquilizaba, del mismo modo que tranquiliza saber que Truman es un pésimo pianista y Eisenhower un pintor peor aún.

¿Cómo es posible, no digamos ya vivir tranquilos, sino solamente comprender, frente a hombres de quienes sabemos únicamente que no prestan a la risa la más leve atención, y de quienes en razón del misterio total que los rodea, incluso en lo que atañe a sus orígenes, podemos temerlo todo aun debe llorar el día menos pensado? Aquí no puede tener cabida alguna el precepto de Spinoza: «Ni reír, ni llorar, comprender.»

Que yo sepa, los únicos trabajos monográficos consagrados a Malenkov son los de André Pierre —colaborador del «neutralista» Beuve-Méry—, titulado *Malenkov ou le nouveau visage de la Russie*, París, 1953; y de Martin Ebon, titulado *Malenkov*, Londres, 1953.

[17] G. M. Malenkov: *Otchiotnii Doklad XIX siezdu partii o rabötie Tsentralnogo Komiteta VKP (b)*: Informe ante el XIX Congreso del partido acerca de la actividad del Comité Central del PC (b) de toda la Unión, publicado en revista «Bolshevik», número 19, Moscú, octubre de 1952.

mismos están haciendo, no conoce la menor pausa desde el 25 de octubre de 1917.

Las sesiones siguientes no hicieron más que confirmar esta violencia de tono contra los Estados Unidos. Así, el mariscal Alejandro Vassilievskiy, ministro de Guerra, señaló, en la sesión del 10 de octubre, que el nuevo Plan Quinquenal, aprobado en el curso de la sesión de la víspera, «robustecerá en mayor grado todavía la base económica para la defensa activa de la nación», y que «no existe duda alguna acerca del hecho de que nuestros trabajadores científicos, al desarrollar la nueva maquinaria industrial de la Unión soviética, crean a partir de esta base, modelos de armas y equipos bélicos todavía más perfeccionados».

Las previsiones del quinto Plan Quinquenal —destinado a cubrir el período 1951-1955—, aprobadas tras relación de Máximo Saburov, presidente del *Gosplan*, anunciaban, en efecto, un aumento considerable de los bienes de producción a expensas, una vez más, de los bienes de consumo: por un aumento del 70 por 100 con respecto a las cifras de 1950, en lo que atañe a la expansión de las industrias pesadas, y un aumento del 85 por 100 en la extracción del petróleo crudo; se hablaba solamente de un incremento mediocre de la industria ligera y de la producción de bienes de consumo, si exceptuamos la de los cereales, cuyo aumento se cifraba en un 45 por 100. Ello implicaba, al mismo tiempo que nuevas restricciones para la masa de la población —puesto que los excedentes de cereales, por encima del mínimo vital, estaban destinados a la exportación, como revelan los acuerdos anglo-soviéticos de 1952—, la extensión de las plantas de la industria pesada y de la extracción (se preveían, en efecto, nuevas instalaciones de industrias pesadas en Asia central y Siberia) y un nuevo crecimiento de la población proletaria con su corolario obligado del mundo concentracionario [18]. Del mismo modo, ello correspondía a una movilización pura y simple, desde el tiempo de paz, de todos los recursos nacionales y de las masas trabajadoras, ya que, como hubo de proclamar el mariscal Bulgánin, Viceprimer Ministro de la Unión, en la sesión del 11 de octubre: «No mantenemos secreto el hecho de que nuestra economía puede ponerse en pie de guerra en cortísimo tiempo» si Rusia llegase a enfrentarse con «planes e intenciones que no difieren en modo alguno de los planes e intenciones de dominación mundial que Hitler y sus cómplices alimentaron».

Las sesiones de los días 13 y 14 fueron consagradas a la reforma del aparato sobre la base de la fusión del *Politburó* y del *Orgburó* en un *Praesidium*

---

[18] Tales eran, por lo menos, los propósitos alimentados hasta la muerte de Stalin. Ver, a este respecto, la relación de M. Z. SABUROV en el número 19 de la revista «Bolshevik»: *Informe acerca de las directivas del XIX Congreso del partido para el quinto Plan Quinquenal de desarrollo de la URSS en los años 1951-1955.*

del Comité Central. Esto indicaba de modo bastante claro que la concentración del poder real en las manos de pocos individuos debía hacerse, en adelante, más abiertamente, es decir, con mayor eficacia en razón de la voluntad de someter el aparato del PC ruso a la tensión de una movilización permanente, fenómeno de por sí bastante inquietante si consideramos que dicho partido es el organismo que traza la línea política que los varios PC no rusos tienen que seguir bajo el control del *Kominform*.

Del temario del programa del Congreso que *Pravda* publicó el 20 de agosto, los ambientes políticos extranjeros —aquellos a los que se califica de «generalmente bien informados»— retuvieron, sobre todo, el artículo 34, según el cual «el Partido Comunista (b) de toda la Unión» habría de llamarse en adelante «Partido Comunista de la Unión soviética». Lo cual permitió al diario *Le Monde*, de París, afirmar, en su número del 22 de agosto, que los dirigentes rusos, con la supresión de la letra «(b)», se preparaban a «despolitizar» al PC y a recorrer en sentido inverso el camino seguido a partir de 1917: el camino del totalitarismo. Por el contrario, la supresión de esa letra significaba una superación, hacia la izquierda, de la fórmula izquierdista que el *bolshevikov* en cuestión representaba. Tan es así, que la fórmula adoptada por el Congreso como definición del partido —para sustituir la anterior, que lo señalaba como «la formación de vanguardia de la clase obrera de la Unión soviética»— reza como sigue: «La unión voluntaria militante de los comunistas de idéntica convicción..., pertenecientes a la clase obrera, campesina e intelectual»; que viene a decir: Mientras la idea proletaria tenía aún que triunfar de sus enemigos, resultaba lógico señalar la existencia de un partido de clase enemigo de las demás clases, pero ahora que este triunfo había sido alcanzado —por la eliminación de los antagonistas— no quedaban más proletarios y no proletarios, quedaban solamente tipos internos del proletariado. Por consiguiente, lejos de «despoliticizarse», el partido proclamaba su monolitismo político. Del mismo modo, la transformación del *Politburó* en *Praesidium*, en el ánimo de Stalin, significaba que el partido había llegado a un grado tal de compenetración con el Estado, que éste, al mismo tiempo que Estado, era partido, y el partido, Estado, como lo subraya el que, a partir de la muerte de Stalin, *todos* los miembros del *Praesidium* —cuyo número fué reducido todavía por Malenkov— pasaran a ocupar cargos ministeriales importantes.

En el curso de una sesión ulterior, Stalin, ya elegido presidente de la comisión encargada de la revisión de la plataforma ideológica del sistema, plataforma bastante envejecida, en efecto, desde su adopción, en 1919, fué investido de la misma función en la jefatura del *Praesidium* [19].

---

[19] He aquí la nómina de quienes fueron llamados a integrar esta comisión de reforma, o «Comité de los Once»: I V. Stalin, G. M. Malenkov, L. P. Beriia, V. M. Mólo-

Finalmente, el 14 de octubre, a modo de despedida a los invitados extranjeros, Stalin, silencioso hasta entonces, pronunció un discurso en el cual recalcó sus tesis de «Bolshevik» con el propósito de transformarlas de construcciones teóricas en consignas políticas prácticas.

Para el dictador, se trataba, una vez más, de reducir a su más simple expresión norteamericana el bloque de las naciones capitalistas que, hasta la víspera, había condenado *in toto*, sin querer considerar sus matrices particulares, y de condenar solamente, en las naciones «satelizadas» por Wáshington, a los elementos responsables de esta satelización, acusándolos de haber traicionado los viejos ideales de libertad que, durante un tiempo encarnados por ellos, les habían permitido la conquista del poder. «Antes —dictaminaba Stalin— la burguesía podía alardear de liberalismo, defender las libertades democrático-burguesas, granjeándose así popularidad. Ahora, no queda siquiera rastro de liberalismo. Dejó de existir la llamada *libertad individual*. Los derechos del individuo, ahora, son reconocidos exclusivamente a quienes detentan capital, y todos los demás ciudadanos no son más que materia prima humana, apta únicamente para ser explotada. El principio de la igualdad de derechos de los hombres y de las naciones fué conculcado y sustituído por el de la plenitud de derechos de la minoría explotadora y de la ausencia de derechos para la mayoría explotada de los ciudadanos. La bandera de las libertades democrático-burguesas fué arrojada por la borda. Yo creo que esta bandera tendréis que recogerla vosotros, los representantes de los partidos comunistas y democráticos, y llevarla adelante si queréis reunir en torno vuestro a la mayoría del pueblo. Nadie, fuera de vosotros, puede recogerla.

Antaño la burguesía se consideraba la cabeza de la nación, cuyos derechos e independencia defendía, colocándolos por encima de todo. Ahora, la burguesía vende los derechos y la independencia de la nación a cambio de dólares. La bandera de la independencia y de la soberanía nacionales fué arrojada por la borda. No cabe duda de que esta bandera tendréis que recogerla vosotros, los representantes de los partidos comunistas y democráticos, y llevarla adelante si queréis convertiros en la fuerza dirigente de la nación. Nadie, fuera de vosotros, puede recogerla.»

---

tov, L. M. Kaganóvich, O. V. Kuusinen (comunista finlandés y presidente de la República Popular de Carelia, además de candidato eterno al papel de «gottwald» en su tierra natal), P. N. Pospelov (director del Instituto Marx-Engels-Lenin y personaje importante en el *Kominform Asia-Australasia)*, M. Z. Saburov (presidente del *Gosplan* hasta la muerte de Stalin y, luego, miembro del *Praesidium*), D. I. Chesnokov (alto funcionario del MVD y miembro del Comité Central), P. F. Iúdin (alto funcionario del MVD, miembro del Comité Central, dirigente del *Kominform-Bucarest* y profesor, en sus ratos de ocio, de filosofía materialista; nombrado embajador en China en diciembre de 1953).

Dejemos de lado la concepción pasmosamente simplista de la historia que esta alocución revela; en fin de cuentas, Lenin fué quien descubrió que solamente fórmulas históricas someras eran capaces de suscitar la adhesión de los demócratas progresistas a quienes les proporcionaran justificantes, baratos, pero suficientes. En este caso, como en mil otros, Stalin no hacía más que poner en juego una dialéctica extremadamente esquemática, es decir, convincente para quienes, por naturaleza, están dispuestos a cerrar los ojos sobre la realidad para colaborar con los comunistas cada vez que éstos lo necesitan. Al dirigirse en semejantes términos a los miembros de los partidos «democráticos», invitaba de modo bastante claro a los Aneurin Bevan, Mendès-France, Erich Ollenhauer y otros Pietro Nenni a formar con los Duclos, Pieck y Togliatti de su agrado uno de aquellos frentes tan necesarios para que la Unión soviética pueda realizar, sin correr riesgos mayores, progresos suplementarios en su plan de conquista universal [20].

En verdad, el XIX Congreso alentaba propósitos ambivalentes. Al mismo tiempo que pretendía exponer un programa de paz, según la tesis general, de una posible convivencia entre mundo socialista y mundo capitalista, amenazaba a este último con un levantamiento de sus elementos progresistas. Bien, por haberse transformado la tesis del socialismo en un solo país en la del «socialismo en la mitad del mundo» —y sabemos por qué métodos la mitad del mundo se transformó a partir de 1944 en un solo país—, es evidente que, al mismo tiempo, Stalin entendía provocar en la otra mitad del mundo tensiones, rupturas e incluso conflictos armados.

En el mundo desquiciado en que vivimos todo se hace, así, cuestión de vocabulario. Esta es la razón por la cual, antes de desaparecer, el inventor de la organización *Gulag* pudo transformarse en corifeo de la libertad y, de heraldo del internacionalismo revolucionario, en guardián celoso de las independencias nacionales. Cuando señalaba la fatalidad del levantamiento de los países capitalistas menores contra el «imperialismo» norteamericano no hacía sino indicar que, para él, tanto como esta guerra intercapitalista, un triunfo del comunismo era inevitable en Occidente y en Extremo Oriente, puesto que, en su econo-

[20] Jules Moch, pensador con patente del partido socialista francés y amigo del «equidistante» mariscal Tito, votó en agosto contra el pacto de la CED a pesar de las consignas de su agrupación, arrastrando a 18 de sus correligionarios. Intentó repetir la maniobra con respecto a los Pactos de París, en el mes de diciembre siguiente, pero no se atrevió más que a hablar de las destrucciones que, en caso de guerra, *las bombas atómicas norteamericanas* causarían en Francia. Discriminación que parece indicar que, en su mente, las armas termonucleares soviéticas no son capaces de obtener los mismos resultados, no porque sean inferiores a las yanquis, sino porque eligen racionalmente sus objetivos y... sus víctimas incluso en la misma Francia. Tal es la dialéctica del neutralismo.

mía de revolucionario oportunista que, quizá, fuera lo único que había recogido del magisterio leniniano, revolución y guerra eran términos complementarios; y que ayudar a desencadenar ésta para realizar aquélla constituía la tarea confiada a los frentes, cuya planificación forma, evidentemente, el legado supremo de Iósif Vissariónovich Dzhugashvili [21].

---

[21] Es justo reconocer que, comparada con la acción de Lenin en los congresos de Zimmerwald y Kienthal, la que Stalin emprendió en ocasión del XIX Congreso señalaba un progreso extraordinario. Mientras Lenin quería aprovechar la «guerra imperialista» para desencadenar una guerra civil rusa y, a partir de Rusia, la revolución universal, Stalin, en 1952 como en 1939, no necesitaba más que una guerra entre países capitalistas. Mientras el programa de Lenin no podía realizarse sino mediante una derrota rusa, primer paso de la construcción, el de Stalin debía realizarse enteramente fuera de casa, ya que la guerra —inevitable— entre países capitalistas determinará fatalmente el estallido de la revolución en estos países y, por ende, el triunfo con pocos gastos del Kremlín.

Sobre el mapa internacional, la situación, como Stalin la veía en 1952, comparada con la de 1939, presentaba igualmente ventajas evidentes: mientras, en 1939, Stalin había tenido necesidad primero de Chamberlain, de Daladier y de Hitler para que la guerra se desencadenara entre países capitalistas, y luego, cuando Hitler lo atacó, de F. D. Roosevelt para poder defenderse, algunos meses antes de morir le parecía que solamente con la colaboración de Bevan, Nenni y otros Beuve-Méry, podría asistir a una conflagración intercapitalista. Mientras en 1939-1945 tuvo que empuñar las armas para anexionarse la mitad de Europa, esta vez podía esperar lograr la dominación mundial sin lanzarse a operaciones militares peligrosas. Como se ve, la decadencia de las instituciones políticas europeas, en su mente, iba aparejada con la de la inteligencia de los dirigentes occidentales. Con ello, no quiero decir que el nivel mental de los dirigentes de 1939 fuera muy elevado; quiero decir sólo que, a los ojos del que fué Jefe Genial, el nivel intelectual de los dirigentes modelo 1952 parecía haber alcanzado un punto tan bajo que ni siquiera estimaba necesario tomar con los Benes del porvenir las precauciones oratorias que le facilitaron el golpe de 1939. Ello tampoco significa que, para él, el nivel intelectual de sus secuaces fuera más elevado que el de los caballeros más arriba señalados. El esquema trazado, a este respecto, por ARTHUR KOESTLER nos ayudará a comprenderlo:

«Para los comunistas, el mundo se polarizó sucesivamente de la manera siguiente:

1930 Rusia soviética y la clase internacional contra el mundo capitalista, mundo fascista porque *el fascismo es inevitablemente la última fase del capitalismo.*

1940 Los pueblos pacíficos ruso y alemán contra los agresores imperialistas plutodemocráticos, Inglaterra y Francia.

1941 Los agresores alemanes, bestiales y fascistas, contra las naciones democráticas unidas, Rusia, Inglaterra, Francia y América.

1950 Los belicistas imperialistas criminales, Inglaterra, Francia y América, contra las pacíficas democracias populares del Este.

»Cada una de esas polarizaciones arbitrarias era presentada a los fieles como un gran dualismo eterno, el bien y el mal, la sombra y la luz, y justificada con toda la ingeniosidad persuasiva del sistema cerrado. Después de cada viraje, gracias a la amnesia espontá-

En efecto, del mismo modo que el artículo de Lenin *Más vale poco y bueno* puede ser considerado como el testamento revolucionario del fundador del Estado soviético, el folleto de Stalin sobre los *Problemas económicos del Socialismo en la URSS* y sus declaraciones prácticas de la sesión de clausura del XIX Congreso deben aparecernos como sus últimas instrucciones a los dirigentes cuidadosamente colocados por él en las instancias supremas del sistema.

Destino excepcional el de este hombre, que, antes de desaparecer, pudo tomar con toda tranquilidad aquellas disposiciones que le parecieron susceptibles de asegurar la continuación de su obra: instalación de la jerarquía destinada a aplicar los programas trazados por él de antemano en previsión de su muerte; indicación de las soluciones que los nuevos dirigentes tendrían que aportar a los problemas políticos, diplomáticos y económicos que Rusia podía verse llamada a afrontar en un porvenir próximo o lejano; directivas minuciosamente aquilatadas de modo que todo frenazo en el movimiento de expansión constituya no un retroceso, sino una pausa, un momento de respiro en el desarrollo de la empresa revolucionaria, sin que una nueva lucha por la sucesión reste a esta empresa nada de su eficacia.

El «testamento» de Stalin —tal como figura en su artículo de «Bolshevik» y en su alocución al XIX Congreso del PC ruso— revela un profundo conocimiento de los hombres y una ciencia acabada de la historia de las revoluciones. Enfermo y viejo, el georgiano no podía ignorar que sus días estaban contados y que, en el momento mismo de su desaparición, sus herederos empezarían a devorarse entre sí, porque, como siempre sucedió en semejantes casos, el odio que los animaba a unos contra otros y que su sola presencia había contenido, los incitaría a lograr, cada uno por su cuenta, la totalidad del poder. Sabía que se barrerían unos a otros del mismo modo que, casi treinta años antes, se había visto él llevado a barrer de su camino a Trotskiy, y a Zinóviev, y a Bujárin. Como había sucedido con la obra de Lenin, la suya podía verse puesta en tela de juicio en esta nueva lucha por la sucesión. Podía, incluso, ser destruída, en razón de circunstancias exteriores que no se habían dado entonces. Lo más importante para él no era, pues, tanto la personalidad de quienes, finalmente, recogerían el poder, como la continuidad de su obra, y, puesto que, en una situación internacional muy difícil, como la de 1952, la ambición desenfrenada de sus tenientes podía llegar a poner esta obra en peligro de muerte, era necesario dejarlos en posesión de cartas de repliegue que, al mismo tiempo que mantendrían al Sistema fuera del alcance del «imperialismo», permitiesen al triunfador de mañana reanudar, a partir de bases intactas, la prosecución de la

---

nea que es uno de los rasgos del pensamiento esquizofrénico, millones de individuos olvidaban inmediatamente la alineación precedente y tomaban la verdad actual por una verdad eterna.» *Arrow in the Blue*, Londres, 1952.

empresa revolucionaria. Esta es la razón por la cual su testamento debía tender, fundamentalmente, a la preparación de condiciones exteriores capaces de alejar el peligro de guerra mientras durare la zurribanda entre sus herederos-rivales. De esta preocupación salen las tesis de «Bolshevik» y del Congreso, que fueron suficientes para sembrar el desconcierto en el campo occidental; igualmente sirvieron para desintegrar el bloque antisoviético que la brutalidad de la política staliniana de los años posteriores a la victoria común había ayudado a formar, hasta que el final de la pelea entre herederos permitiera a la máquina volver a funcionar sin trabas hacia los «mañanas que cantan»... [22].

Este cálculo ya había recibido suficientes confirmaciones cuando, al anochecer del 5 de marzo de 1953, la radio soviética anunció que, tras cuatro días de inconsciente agonía, Iósif Vissariónovich Stalin había fallecido en su septuagésimo cuarto año de vida [23].

---

[22] Con la eliminación del mariscal Zhukov en octubre de 1957, terminó la lucha por la sucesión, por lo menos en lo que hace a los factores reunidos en el momento de la muerte de Stalin. Que la victoria de Jrushchov sobre todos los contrincantes puestos ántumamente en su camino por el *vozhd*, signifique una captación definitiva por él de la sociedad rusa, ello ya es otro cantar. Pronto veremos cuáles son los obstáculos que pueden surgir en su camino. La sociedad soviética es capaz de engendrar aún a varios Beriia, Malenkov o Mólotov. De todos modos, aparentemente, en octubre de 1957, la máquina volvió a funcionar en la dirección tradicional.

[23] El texto del anuncio oficial de la muerte de Stalin, transmitido por Radio-Moscú, reza como sigue:

«El Comité Central del Partido Comunista de la Unión soviética, el Consejo de Ministros de la URSS y el *Praesidium* del Soviet Supremo de la Unión soviética anuncian con profundo pesar al partido y a todos los trabajadores soviéticos que, el 5 de marzo a las 21,50, hora de Moscú, el presidente del Consejo de Ministros de la Unión soviética y Secretario General del Partido Comunista de la Unión soviética murió después de grave enfermedad.

»Ha cesado de latir el corazón del camarada e inspirado continuador de la voluntad de Lenin, del sabio dirigente y maestro del partido comunista y del pueblo soviético, Iósif Vissariónovich Stalin.

»El nombre de Stalin está inseparablemente unido a nuestro partido, al pueblo soviético, a los trabajadores de la Unión soviética. Junto con Lenin, el camarada Stalin creó el poderoso partido de los comunistas, lo desarrolló y forjó.

»Continuador de la causa inmortal de Lenin, el camarada Stalin condujo al pueblo soviético a la victoria de importancia histórica mundial del socialismo en nuestra patria. El camarada Stalin llevó a nuestra patria a la victoria sobre el fascismo en la segunda guerra mundial y forzó un cambio radical en toda la escena internacional.

»El camarada Stalin dió al partido y a todo el pueblo un grandioso y lucido programa para fortalecer al comunismo en la Unión soviética.

»La muerte del camarada Stalin, el hombre que dedicó toda una existencia de desinteresado servicio a la causa comunista, es una pérdida tremenda para el partido, para los trabajadores de la Unión soviética y para el mundo entero. La noticia de la muerte

del camarada Stalin causará un profundo dolor en el corazón de los obreros, de los agricultores, de los intelectuales, de todos los trabajadores de nuestra patria, en el corazón de nuestros gloriosos soldados y marinos y en el de millones de trabajadores de todos los países del mundo.

»En estos dolorosos días, todas las gentes de nuestra nación se han congregado aún más estrechamente, como una gran familia fraterna, bajo la guía del partido comunista creado por Lenin y Stalin. El pueblo soviético tiene una fe inquebrantable y se une, con profundo amor, con su partido comunista porque sabe que la ley suprema que gobierna todas las actividades del partido es el servicio de los intereses del pueblo.

»Los obreros y los agricultores, los intelectuales y todos los trabajadores de nuestro país siguen infatigablemente la política trazada por nuestro partido, política que está en conformidad con los intereses vitales de los trabajadores y persigue continuamente la consolidación del poderío de nuestra patria socialista. La eficacia de esta política ha sido probada por decenios de lucha y ha conducido a los trabajadores de la nación soviética a las históricas victorias del socialismo.

»El nombre inmortal de Stalin vivirá eternamente en el corazón del pueblo soviético y de toda la humanidad progresista.

»¡Vivan las grandes y conquistadoras enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin! ¡Viva nuestra poderosa patria socialista! ¡Viva nuestro heroico pueblo soviético! ¡Viva el gran partido comunista de la Unión soviética!»

CAPÍTULO XIX

PERFIL DE UN IDOLO

El Islam del siglo XX — De la Ortodoxia al mito Stalin — La religión de los rusos en la última fase de la dictadura staliniana — Causas reales de la reconciliación del Estado comunista con la Iglesia patriarcal — S. S. Alexei y el *Kominform* — La lucha contra Roma — Las Iglesias y las sectas en el imperio rojo — Divinidad del ciudadano Dzhugashvili — Stalin y los músicos — Stalin y los poetas — Stalin y los lingüistas — Stalin y los genetistas — Algunas discrepancias: de la Bolsa de Nueva York a los sindicatos de Berlín-Pankov.

Llegados a tal altura, quizá resulte provechoso estudiar con algún detenimiento una de las facetas más desconcertantes de la biografía del dictador fenecido, la que se refleja en la exaltación ilimitada de que fué objeto a partir de 1934 y que alcanzó su cenit delirante después de la victoria sobre Alemania. Así se nos harán también más asequibles las razones de la «destalinización», emprendida por Jrushchov cuando se vió en la necesidad de despejar el terreno con vistas a reunir los elementos psicológicos que, en el momento oportuno, le permitieron concentrar en su persona la totalidad del poder.

Numerosos son los sociólogos que, desde la ya lejana época en que Arthur Ransome, corresponsal del *Manchester Guardian* en Moscú en los primeros tiempos del régimen bolchevique, habló —el primero— del comunismo como de una nueva religión, señalándolo como el Islam del siglo XX, intentaron aportar algunas luces acerca de esta derivación del marxismo provocada por los dirigentes soviéticos en violación de los preceptos más firmemente materialistas de la Escuela. Cierto es que en los tiempos del doctor Gustave Le Bon, especialista en psicología positivista de las masas, hubiera sido imposible encontrar a un sociólogo que descubriera el menor atisbo de inquietud religiosa en el fenómeno de adhesión de las clases trabajadoras al socialismo encarnado en la Segunda Internacional. Parece esto tan evidente que el autor de la *Psychologie des foules,* al intentar transportar a Occidente sus observaciones acerca del

fanatismo religioso de los hindúes, no le encontraba semejanza a no ser el de los terroristas de 1793, de los soldados de Napoleón y de los nihilistas rusos del siglo XIX, tan combatidos, por lo demás, por los marxistas clásicos. «Este sentimiento —escribía— posee características muy sencillas: adoración de un ser supuesto superior, temor del poder mágico que se le atribuye, sumisión ciega a sus mandatos, imposibilidad de discutir los dogmas que formula, deseo de difundirlos, tendencia a considerar como enemigos a todos aquellos que no los aceptan... No se es religioso solamente cuando se adora a una divinidad, sino también cuando se ponen todos los recursos del espíritu, todas las sumisiones de la voluntad, todos los ardores del fanatismo, al servicio de una causa o de un ser al que se transforma en meta y principio de los propios pensamientos y de las propias acciones...»

Ahora bien: todo eso, mientras no es aplicable al socialismo de la Segunda Internacional, figura innegablemente en el comunismo predicado desde Moscú, aunque no exactamente como aseguraban los sociólogos a los que acabo de aludir.

En efecto, quienes afirman que el culto consagrado a Lenin, momificado en su mausoleo de la Plaza Roja y a Stalin —por lo menos mientras vivió— responde al hecho de que el pueblo ruso, por haber venerado al zar durante tantos siglos, llegó a forjarse una segunda naturaleza imposible de despojar de la noche a la mañana, no nos dan más que una explicación simplista, porque, al mismo tiempo que no nos proporciona luz alguna acerca del comportamiento de los comunistas no rusos, olvidan que, de modo muy evidente, la inmensa mayoría del pueblo ruso es hostil al comunismo. Asimismo, quienes aducen que el materialismo marxista abrió en el alma del pueblo ruso un vacío espiritual que los dirigentes soviéticos se han visto obligados a colmar para poder mantenerse en el poder, nos ofrecen una respuesta poco satisfactoria, por cuanto, si hemos de creer en las estadísticas del mismo movimiento *bezbózhnik*, no considera más que una parte de la realidad, pues, según esas estadísticas, en vísperas de la guerra, la mayoría de los rusos seguía considerándose cristiana y practicaba, cada vez que se presentaba la ocasión, su religión tradicional, fenómeno que no ha hecho sino afirmarse a partir del momento en que los rusos arrancaron a sus gobernantes durante la segunda guerra mundial la facultad de frecuentar libremente los establecimientos del culto. De otro modo difícilmente se podría comprender por qué, cuando se trató de hacer desaparecer las comunidades católicas de rito oriental de las regiones ocupadas a partir de 1944, el gobierno soviético, lejos de recurrir a los tópicos del ateísmo doctrinal, invocó solamente la necesidad patriótica de una adhesión de todos los cristianos rusos a la Ortodoxia, encarnada en el Patriarcado recientemente restaurado en Moscú con el propósito de asegurar la unidad de acción contra la única fuerza espiritual capaz de oponerse a la marcha de la «civilización comu-

nista», el catolicismo romano. Para combatir a Roma, único obstáculo a la instauración de la religión comunista, el Kremlín ha tenido que consentir ante la Ortodoxia sacrificios doctrinales que, a la vez que le devolvían una libertad relativa, han hecho de ella su colaboradora sumisa.

La historia de esa sumisión del poder espiritual al Estado comunista, a cuyo lado el oficialísimo Santo Sínodo del tiempo de los zares es un modesto cuento de hadas, es larga y penosa, pero hay que contar con ella, porque nos proporciona la pauta exacta de la nueva civilización tan cara a los esposos Webb.

Mucho camino ha sido recorrido desde el año 1942, en que el metropolita Serguei proclamó a Stalin «elegido del Señor». El año siguiente, el gobierno creó un Consejo para los Asuntos Eclesiásticos, cuya dirección fué confiada al laico G. G. Karpov, ex-militante ateo. Luego volvieron a abrirse muchas iglesias, fueron fundados seminarios y Academias eclesiásticas, el Patriarcado consiguió, al mismo tiempo que el palacio de la ex-embajada de Alemania como residencia, el derecho de publicar una revista mensual que se edita en los locales y sobre los tipos del fenecido *Bezbózhnik* [1], y eclesiásticos fueron admitidos en algunas comisiones de gobierno, etc.

Esta política «blanda» tenía una causa y un propósito bien definidos. La primera residía en la Unión Sagrada que, gracias a la Iglesia, permitió a Rusia ganar la guerra y que, en razón de la hostilidad de la inmensa mayoría del pueblo ruso por el comunismo, ella sola puede ayudar a mantener. El segundo radicaba en el hecho de que, con la ocupación de los países satélites, la Iglesia ortodoxa rusa debió representar una parte extremadamente importante en la política exterior soviética. Esta es la razón por la cual el ex-seminarista de Tiflis, que violó sin vacilar sus promesas de ablandar el régimen comunista hechas al pueblo ruso durante la guerra para obtener, por esta vía también, su colaboración contra el invasor, las mantuvo «escrupulosamente» en el sector religioso.

El Kremlín pudo asegurarse la colaboración de las jerarquías eclesiásticas sin suprimir un solo renglón de su programa de descristianización, con la única promesa de poner a disposición del Patriarcado el brazo secular con vistas a la unificación, bajo su autoridad espiritual, de todas las iglesias cristianas de Rusia y de las repúblicas populares. Promesa que, como vamos a ver, fué rigurosamente respetada, primero, a expensas de los católicos de rito oriental, luego, de los católicos de rito latino.

Al mismo tiempo, empero, si bien la organización del fenecido Iaroslavskiy había desaparecido —sin que se hubiese hecho demasiado ruido acerca de esa

---

[1] *Zhurnal Moskovskoi Patriarjii:* Revista del Patriarcado de Moscú. Ningún número de esta publicación se ha impreso sin ataques violentos contra el Vaticano como centro político imperialista.

desaparición—, no por ello la Iglesia obtuvo la abrogación del párrafo constitucional acerca de la libertad de propaganda antirreligiosa; se le permitió abrir seis seminarios mayores y dos Academias eclesiásticas, pero no pudo entregarse a la libre propagación de la fe; volvió a elegir a un Patriarca, pero no a recuperar las prerrogativas que le aseguraba antes de la revolución el tan odiado Santo Sínodo, al que, por lo menos, los emperadores habían puesto siempre bajo la dirección de un laico piadoso, mientras ahora es el militante ateo Karpov quien preside el Consejo para Asuntos Eclesiásticos con derecho de censura sobre los mandamientos patriarcales. Precio muy elevado que no puede compensarse con el final de la persecución, la reapertura del reclutamiento sacerdotal y la esperanza de ver un día a todos los cristianos de la Europa ocupada reconocer como única autoridad espiritual la del Patriarca de Moscú, agente del imperialismo moscovita.

Cierto es que la asociación de los Sin-Dios no ha sido resucitada, que ningún personaje de la burocracia comunista recogió —hasta ahora— la herencia del lamentable Iaroslavskiy. Pero que, en el ánimo de los jefes del comunismo, esta obra había de ser continuada, bien lo muestran las líneas siguientes, publicadas en la *Komsomólskaia Pravda* del 25 de abril de 1951: «La religión, por expresar una ideología anticientífica y reaccionaria, obstaculiza la edificación del comunismo. La religión siempre sirvió los intereses de las clases explotadoras, favoreciendo la ignorancia y la pasividad de los trabajadores; en efecto, considera como pecaminosas las tentativas para penetrar en los secretos de la Naturaleza y para influir activamente sobre ella. Además, con sus promesas de felicidad ultraterrenal, induce al hombre a resignarse ante las dificultades de la vida. La sociedad progresista soviética se basa, por el contrario, en una concepción materialista y científica del mundo; la supervivencia de elementos religiosos en la vida de la URSS debe relacionarse con el subsistir en algunos de una mentalidad retrógrada, fruto de una educación errónea. Pero *el cierre de las iglesias y la prohibición de las ceremonias religiosas no son medios útiles para luchar contra todo eso*. Por lo demás, estarían en contraste con la constitución soviética, que garantiza a cada ciudadano la libertad de conciencia y de culto. Es necesario actuar a través de la educación de las masas, haciendo cada día obra de persuasión y de clarificación» [2].

Esta cita nos ayudará a describir la razón exacta por la que el gobierno soviético otorgó a la Iglesia las apariencias de libertad que tanto impresionaron al presidente Roosevelt; dicha razón radica en el propósito de alcanzar por vía indirecta la descristianización que veinticinco años de propaganda ateísta y de

[2] El subrayado es mío. He elegido esta cita entre mil otras, porque figura en un editorial del órgano oficial de las Juventudes Comunistas, particularmente «infectadas» por esos resabios religiosos.

persecuciones no habían llegado a conseguir. La sumisión, por no decir el servilismo, de la jerarquía eclesiástica ante el poder civil es capaz de proporcionar resultados positivos más profundos que las campañas de anticlericalismo frenético de los años anteriores al segundo conflicto mundial; por lo menos, la sumisión que refleja la Carta pastoral hecha pública por S. S. Alexei el día de su exaltación, carta en la que proclamaba que la nota característica de la Iglesia de Oriente es su «pasividad», que la mantiene alejada de los asuntos del Estado. Esta característica, que, claro está, contiene en germen todas las virtudes y todos los grados de la ascesis mística, puede también favorecer el desarrollo del vicio de obsecuencia, y ello significa que, mientras para una ínfima minoría de elegidos, es un medio eficiente, para una dedicación religiosa total puede desembocar, en lo que hace a la masa del clero y de los fieles, en una mecanización de la fe, primer paso hacia la indiferencia [3].

Y así encuentra su ilustración imprevista, aunque no inmerecida, la leyenda del Gran Inquisidor con la que Dostoievskiy pretendía estigmatizar a la Iglesia de Roma; el patriarca, y no el Papa, es quien transforma a la Iglesia en Estado y hace de ella el instrumento del Mal en este mundo.

El primer efecto práctico de este arreglo fué la invitación, lanzada en 1947 por Alexei a los patriarcas orientales, exarcas y jefes de las Iglesias autónomas para que asistieran a un sínodo panortodoxo que debía celebrarse en Moscú en el mes de septiembre de este mismo año. La invitación había sido precedida por un largo trabajo preparatorio llevado a cabo, a partir de 1945, por el metropolita Nicolás de Krutitsiy, asistente al Trono patriarcal, que parece ser el alto prelado ruso más dotado de los favores del gobierno. No se escatimaron esfuerzos algunos, publicaciones, viajes al extranjero, contactos personales con los jerarcas vacilantes, para explayarse acerca de la necesidad de reunir bajo una misma autoridad —la del patriarca de Moscú, por supuesto— a todos los ortodoxos del mundo, y despojar, por consiguiente, al Patriarca Ecuménico de Constantinopla de su primacía tradicional en provecho de Alexei. Pero, gracias a la habilidad del prelado amenazado y pese a las defecciones de los dos metropolitas, Eulogio y Serafim, exarcas rivales en Europa occidental, este propósito no pudo realizarse y el sínodo que se reunió en Moscú, tras algunas postergaciones, en julio de 1948, no fué panortodoxo; teniendo que contentarse con el pretexto menos ambicioso proporcionado por el quinto centenario de la autocefalía de la Iglesia rusa. Los jerarcas congregados [4] en presencia del inevitable

[3] Esto ha sido visto y analizado con mucha claridad por el hieromonje VASILIY, cuya obra *Ma rencontre avec la Russie*, Buenos Aires, 1953 (en francés), pone el acento en este peligro implícito en la llamada reconciliación.

[4] Faltaban, entre otros, los patriarcas de Constantinopla y de Jerusalén y los jefes de las comunidades ortodoxas de Estados Unidos y de Finlandia.

deán de Canterbury y de los jefes de las Iglesias luteranas de Finlandia y de los Países Bajos, aprobaron una serie de mociones que condenaban el «belicismo» del Vaticano, echando así las bases para la integración de los uniatas orientales a la Ortodoxia. En efecto —como se escribió con acierto— «mucho más importantes que los estallidos anticatólicos, fueron las decisiones no publicadas que, según se supo más tarde, llegaron a ser adoptadas por los dirigentes ortodoxos... con la intención de aplastar a la Iglesia católica en los países comunistas satélites». El sistema preconizado consistía en obligar a los católicos a *convertirse* a la Iglesia ortodoxa [5].

En poco tiempo, la campaña de desromanización, desencadenada por el gobierno soviético con la cooperación incondicional de la Iglesia oficial, obtuvo los resultados apetecidos. Las diócesis católicas fueron suprimidas, los obispos encarcelados, deportados o asesinados; los clérigos y fieles que se negaban a pasar a la Ortodoxia encerrados en campos de concentración, muertos o reducidos a la clandestinidad; las escuelas, conventos, iglesias e instituciones religiosas en general pasaron a los delegados del patriarca que, en 1950, pudo publicar un comunicado triunfal para anunciar al mundo la «conversión» en masa de los católicos de rito oriental a la «verdadera fe de Cristo» [6]. Esta liquidación fué llevada a cabo con el mayor sigilo y, desde entonces, nadie sabe nada acerca de la suerte sufrida por los prelados, sacerdotes, religiosos y feligreses asimilados por Moscú. En cuanto a la masa de fieles —casi cinco millones de individuos de todas las edades—, conoció muy probablemente el destino de los millones de *kulaki,* enemigos de la colectivización agraria, «liquidados como clase» en los lejanos años treinta.

Con los católicos de rito latino de los países satélites y de las regiones bálticas, se procedió de otra manera. Allí, la persecución asumió rasgos particulares en la medida en que, pretendiendo negarse a toda presión sobre las masas, las autoridades políticas fingieron atacar a las cabezas más representativas de la jerarquía eclesiástica con el designio evidente de no asustar a los católicos de Occidente. Algunos procesos públicos clamorosos, cuidadosamente aislados del

[5] C. M. CIANFARRA: *The Vatican and the Kremlin,* Nueva York, 1951. La revista «Russie et Chrétienté» ha consagrado a esta asamblea una gran parte de su entrega de enero-junio de 1949, reproduciendo lo esencial de las resoluciones adoptadas en esa oportunidad. En la misma revista, entrega de enero-junio de 1950, ver el importante estudio de C. J. DUMONT: *Attitude de l'Eglise Patriarcale de Moscou a l'endroit de l'Eglise Romaine.* Ver igualmente P. G. DE VRIES: *Oriente Cristiano,* Madrid, 1953 (segunda parte).

[6] Como era de esperar, unos cuantos sacerdotes uniatas, encabezados por el protopresbítero G. Kostelnik, habían formado un «Comité de Iniciativa» que se encargó de la integración de la Iglesia grecocatólica en la Ortodoxia. Por lo demás, Kostelnik no pudo asistir al triunfo de su «causa», ya que fué asesinado en Lvov el 20 de septiembre de 1948.

contexto, y durante los cuales se llegó a tachar a los obispos incriminados de haber actuado contra el comunismo en violación de los deseos de sus administrados, tendieron a hacerlo creer. Pero los tinglados pseudojurídicos, exhibidos contra el cardenal Mindszenty, el arzobispo Stepinac y los obispos rumanos, así como las medidas de deportación impuestas a Monseñor Beran, arzobispo de Praga, y al cardenal Wyszynski, primado de Polonia, han sido, refiriéndonos a la persecución emprendida contra los católicos latinos, exactamente lo que fueron los grandes procesos de Moscú a la liquidación en masa de los antagonistas del régimen después del asesinato de Kírov: un mero decorado, tras el cual, en el silencio y la angustia, se desarrollaba una más vasta operación, la del martirio impuesto a los católicos en beneficio de un Estado despiadadamente totalitario, a cuyo servicio se encontraba el Patriarca Alexei, así transformado en un agente más de la «civilización comunista» en expansión. El Gran Inquisidor, al trasladarse de Sevilla a Moscú, había asumido las funciones de jefe de la sección religiosa del *Kominform* [7].

Pero ¿conocieron los ortodoxos rusos, a partir del momento en que se les devolvió la «libertad» de culto, una suerte mejor que la de sus hermanos católicos de Rutenia y de Rumania, de Bohemia y de Hungría? O, puesto que cesaron las persecuciones contra la *Pravoslavie*, ¿les inspiran sus nuevos fueros una confianza ilimitada en la acción del patriarca y de los obispos? ¿Consideran acaso que la jerarquía oficial, con su obsecuencia ante los mandatos del Kremlín, sirve los intereses verdaderos de la fe?

Muchos indicios permiten contestar negativamente a estas tres preguntas. Informes recibidos, no sólo en el Vaticano, sino en los patriarcados e Iglesias «rebeldes» de Constantinopla, Jerusalén y los Estados Unidos, señalan que millones de fieles y numerosos clérigos y obispos siempre se han negado a consi-

[7] La furibunda hostilidad de S. S. Alexei contra Roma no parece haber pertenecido siempre a la economía espiritual de este prelado. En efecto, Albert Gratieux relata que, visitando *en septiembre de 1908*, el seminario de Tula, fué recibido con mucho afecto por el rector de aquel establecimiento que, a pesar de que su huésped fuera sacerdote católico, le expuso muy abiertamente los fallos del sistema de enseñanza que le tocaba dirigir: «Me reveló todas las dificultades de su situación; cuatrocientos alumnos... repartidos en cuatro clases; como colaboradores, profesores laicos y monjes sin piedad. No había podido introducir la misa dos veces por semana. Dormitorios mal vigilados, así como el trabajo. Los profesores salían durante los oficios para fumar; ciertos alumnos afectaban la irreligión, comiendo, por ejemplo, antes de comulgar.» El rector que se desahogaba de este modo con un clérigo católico, era el archimandrita Alexei que, con el andar del tiempo, debía transformarse en el patriarca de la Iglesia rusa «reconciliada» con el comunismo. S. S. Alexei pertenece a la familia Simanskiy, que proporcionó muchos grandes servidores al Imperio (su padre ocupaba el cargo de primer chambelán en la Corte en el tiempo de Alejandro III y de Nicolás II) y la mayor parte de sus componentes viven en la emigración.

derar a Stalin y a sus sucesores como «ungidos del Señor», rehusan acatar las decisiones patriarcales y, como sus hermanos uniatas de Galitsia, Rusia Blanca y Rutenia, han vuelto a fundar la «Iglesia de las Catacumbas», con sus sacerdotes errantes y sus reuniones clandestinas a las que afluyen ortodoxos, católicos y protestantes, sectarios y pravoslavos, uniatas y latinos, perseguidos por el MVD que busca pobladores para sus campamentos de Vorkuta y de Karaganda. Ya que, a los cuarenta años de la revolución, sigue siendo verdadero aquello que Iaroslavskiy escribía en vísperas de la guerra: «Es imposible edificar el socialismo en una sociedad en que la mitad de la gente cree en Dios y la otra mitad teme al diablo» [8].

Todo ello significa, pues, que la llamada religión comunista, si bien existe como propósito universalista en la mente de los dirigentes políticos, no alcanzó en cuatro decenios de predicación ateísta a realizarse en Rusia ni fuera de Rusia. En efecto, mientras, allá, no logró desarraigar la fe cristiana pese a tantas persecuciones, en los países satélites no puede luchar contra el catolicismo sino en nombre de la Ortodoxia y, cuando de catolicismo latino se trata, sólo en aras de la defensa nacional y de la política pro paz, «amenazadas» ambas por el espionaje y el belicismo vaticanescos, como cada cual sabe. Argumentos que pueden surtir algún efecto desde el punto de vista político a condición, empero, de apoyarse en el terror policial; pero que no tienen el menor alcance posible desde el punto de vista espiritual. En otras palabras, quiero decir que, en su tentativa de colmar el vacío espiritual referido al comienzo, los comunistas fallaron el blanco, y que, si existe una religión comunista —y todo, en verdad, indica que tiene propósitos de existencia— sólo puede tratarse de una religión de cuadros, una religión compuesta únicamente por teólogos y sacerdotes y desprovista enteramente de fieles.

Ello, por otra parte, no significa que haya fracasado de modo definitivo y que, en el futuro, los apóstoles del Islam comunista no cosechen los triunfos de masas que hasta ahora no pudieron conseguir. Significa que, en las circunstancias presentes, estos apóstoles se ven obligados, necesariamente, a utilizar otros métodos que los de la escueta predicación doctrinal cuando intentan infiltrarse en el cuerpo de la cristiandad: restauración del patriarcado, anexión de los uniatas a la Ortodoxia, decapitación de la jerarquía romana, todo esto forma parte de dicha infiltración que, en razón de las condiciones en que se efectúa, ha hecho del patriarca de Moscú —vuelvo a repetirlo— el jefe de la sección religiosa del *Kominform*, o del organismo clandestino que le haya sucedido; sección que, al lado del culto litúrgico y para poder celebrarlo con relativa libertad, se encuentra en la obligación de cantar las loas del «elegido del

[8] *Bezbózhnik*, 1939, n.º 14.

Señor» —Stalin ayer, Jrushchov o cualquier otro mañana— y de condenar para la eternidad a los pecadores y criminales de guerra con asiento en el Vaticano. Y en la cristiandad del mundo libre, esta infiltración intenta realizarse mediante la política de la «mano tendida» por la cual se invita a católicos y protestantes a tomar parte en las campañas pro paz, evitando, empero, toda referencia a los tópicos de la Escuela en materia espiritual.

Si nuevos progresos del dispositivo estratégico ruso permitiesen al comunismo asentarse en Occidente, no cabe la menor duda de que entonces —pero solamente entonces—, se podría hablar de él como de un Islam redivivo y de una religión que se bastaría a sí misma sin necesidad de patriarcas ortodoxos ni de manos tendidas. Una serie de decretos que autorizasen a la policía a suprimir los diversos cultos cristianos, sería suficiente para hacer desaparecer el cristianismo desde el simple punto de vista material [9]. Entonces sería cuando los levitas, actualmente sin empleo en el seno del comunismo, se transformarían, de predicadores de una religión sin fieles, en ministros en la verdadera acepción del término, es decir, dotados de autoridad sobre decenas de millones de feligreses, en un primer tiempo reducidos al silencio por el terror, embrutecidos, luego, por la aceptación pasiva de los dogmas de la Escuela.

Sólo en función de esta eventualidad, el culto rendido a Stalin mientras vivía asumió una fisonomía amenazadora para la civilización occidental, y aquí es donde podemos descubrir el porqué de los panegíricos tejidos con tanta exaltación terminológica en honor del Mariscal Supremo [10] por cruzados que actuaban según una dialéctica somera que consistía en amenazar con una pura y simple eliminación física a quienes se negaban a obtemperar, es decir, a adorar, o fingir adorar, a los ídolos momificados o vivientes de la Plaza Roja o del Kremlín.

Deduciremos de todo esto que el gobierno soviético, al lanzar a sus misioneros al asalto del mundo con la única consigna de cantar, en cada instante y según los registros más variados, la infalibilidad y la gloria del demiurgo de la línea general, utilizaba la palanca religiosa como el más eficaz *instrumentum regni* que se les pudiese ofrecer. El comunismo tuvo numerosas oportunidades para comprobar que la máxima marxista según la que «la religión es el opio del pueblo» es un despropósito y que, por el contrario, el sentimiento religioso es un poderoso excitante de energías. Esta es la razón por la cual, en su in-

[9] Graham Greene imagina al Papa de mañana constreñido a la clandestinidad por el comunismo triunfante, disimulando en la cesta de la compra el Anillo del Pescador.

[10] Es de presumir que, a pesar de todo lo que se pueda asegurar en Rusia y en los corrillos neutralistas del mundo libre, no ha de pasar mucho tiempo antes de que su sucesor, sea quien fuere, reciba las mismas alabanzas. Se trata de una necesidad intrínseca al Sistema.

tento de transformarse a sí mismo en religión, tuvo que inventarse, además de una jerarquía eclesiástica ciegamente disciplinada, un ser demiúrgico —Lenin, Stalin, Jrushchov (?)—, infalible, omnipresente y omnipotente, cuyo loor está a la orden del día en todas las deliberaciones del PC, esto es, del núcleo central de la futura Iglesia.

* * *

Así, quizá nos expliquemos por qué el músico Sergio Prokófiev declaraba al día siguiente de su condena por Zhdánov, penitenciario mayor de la secta: «Stalin —digo al Universo—, tan sólo Stalin, y no necesito agregar nada. Todo está implícito en este nombre maravilloso. Todo: el partido, el campo, la ciudad, el amor, la inmortalidad. Todo» [11].

Mientras vivía, Prokófiev podía ser considerado como el maestro de capilla del nuevo Islam, y la alta posición que ocupaba bastaría para entregarnos los motivos reales de su entusiasmo. Mas, *Pravda* que, además de órgano oficial del partido comunista, parece ser el boletín parroquial de la nueva Iglesia, nos entrega la prueba de que pequeños clérigos de provincias, secretarios de *sovieti* aldeanos y «responsables» de círculos culturales de *koljozi* y de fábricas, concurrían con su piedrecita a la edificación del santuario staliniano. Un ciudadano de Samarcanda declaraba en las columnas de este boletín: «La montaña es alta por encima de la llanura y el cielo es alto por encima de la montaña. Pero Tú, oh, Stalin, eres más alto que los altos espacios siderales, y tan sólo tus pensamientos son más altos que Tú.» Afirmación, si se quiere, un poco forzada, a la cual falta solamente un no sé qué para que alcance en el empíreo los desvelos místicos del Jefe Genial. Esta laguna, por lo demás, aparece colmada gracias a la composición siguiente, debida a un poeta turcomano:

Oh Gran Stalin, oh Jefe de los pueblos,
Tú que creaste al hombre,
Tú que fecundaste la tierra,
Tú que iluminas los siglos,
Tú que haces florecer la primavera,
Tú que haces vibrar las cuerdas musicales,
Tú solo...

[11] Prokófiev no debía tardar en revelarnos hasta qué punto Stalin lo era todo para él. Se sabe que la noticia de la enfermedad del dictador fué anunciada por la radio soviética en la madrugada del 4 de marzo de 1953. El mismo día, al anochecer, el compositor fallecía repentinamente. No pretendo establecer, claro está, una relación de causa a efecto entre tal anuncio y esta defunción. Sin embargo, de haberse ofrecido semejante coincidencia en los tiempos del barroco, algún poeta áulico —un Metastasio, por ejemplo— la hubiera consagrado una oda en la cual hubiéramos podido ver al compositor llegando apresuradamente al Olimpo para anunciar a los dioses la inminente visita del Todo Universal tan generosamente sinfonizado por él en este mundo. Recuérdense los delirios líricos a que dió lugar la muerte de la emperatriz María Teresa.

Vuelos líricos, dignos, por fin, del ser que celebran; expresión, no obstante, de una cosmogonía que, por el momento, no parece capaz de determinar conversiones muy numerosas entre la gente cristiana de ambos lados de la cortina. Y ¿quién sabe lo que habrá querido decir, con su enigmática frasecita, el obrero que describía como sigue la primera aparición del *vozhd* ante sus ojos: «Cuando por primera vez vi a Stalin, padre amado de todos los pueblos, me desmayé»? [12].

Como era de esperar, esta enfermedad patológicamente laudatoria desbordó las fronteras soviéticas y alcanzó las más impensadas riberas. Un joven poeta haitiano, becado por el gobierno francés —todos los jóvenes haitianos que saben leer y escribir son poetas y becados en el extranjero, oportunidad que aprovechan para afiliarse al partido comunista— así se explayaba sobre el mismo argumento en el momento mismo en que, al fallecer, el ciudadano Dzhugashvili tomaba asiento entre los dioses:

> Canto con los labios de nuestras heridas
> con mi sangre humillada acorralada asesinada
> con mi gran carcajada agrietada

[12] Contrariamente a lo que se podría creer, estos heroicos furores no pertenecen a la sola adulación individual. En Rusia soviética, todo debe asumir formas colectivas. El 21 de diciembre de 1949, la prensa moscovita publicaba un mensaje dirigido a Stalin en ocasión de su septuagésimo cumpleaños por el Comité Central del PC y el Consejo de Ministros de la URSS. He aquí su parte central: «Tu genio organizador nos llevó a la victoria sobre la Alemania fascista y el Japón imperialista. ¡Oh Gran Capitán y Organizador de la Victoria! Tú, compañero Stalin, creaste una ciencia militar avanzada. En las batallas dirigidas por ti, hubo ejemplos excepcionales de arte militar estratégico y táctico. Cuadros militares de primer orden, instruídos y amaestrados por ti, cumplieron con honor los planes stalinianos para la derrota del enemigo. Todas las personas honestas de la tierra y todas las generaciones futuras glorificarán, al mismo tiempo que la Unión soviética, tu nombre, oh compañero Stalin, como el de quien salvó al mundo de la barbarie fascista... ¡Gran portaestandarte de la Ciencia! Tus obras clásicas, que desarrollan la teoría marxista-leninista aplicándola a la nueva época, la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, la época del socialismo en nuestro país, constituyen el tesoro máximo de la humanidad, la enciclopedia del marxismo revolucionario. Es una gran felicidad vivir y trabajar en nuestro país de los *sovieti*, pertenecer al partido de Lenin y Stalin, a la heroica generación del pueblo soviético que lucha en la época staliniana por el triunfo del comunismo bajo la guía de Stalin.

»Acepta, maestro y jefe nuestro, nuestro mejor amigo y compañero de armas, los calurosos augurios de muchos años de buena salud y de profunda labor para el bien del partido bolchevique y del pueblo soviético, para la felicidad de los trabajadores del mundo entero. ¡Larga vida a nuestro Stalin!»: *Pravda* del 21 de diciembre de 1949.

Para quienes pudieran no tenerlo presente, señalo que, entre los firmantes de ese genial monumento de elocuencia, figura con pelos y señales el compañero Nikita Serguéievich Jrushchov, ariete de la destalinización, después de la muerte de Stalin, por supuesto.

por las cuchilladas de los asesinos de los pueblos
Digo tu boca irreductible a la mentira
como el oro a la herrumbre
Digo tu valentía sin mancha
Canto los millones de palomas que llenan
tus manos
Gloria a ti, camarada de todos los pueblos
Gloria a José Stalin
nuestro capital
más precioso [13]

Unicamente algunos espíritus mohinos considerarán un poco pedestre este final del «capital más precioso». Pues bien, todos nos pondremos de acuerdo ante el poema siguiente, debido al francés Paul Eluard que, en oportunidades, digamos, menos dzhugashvilianas, supo ser un auténtico gran poeta:

Gracias a él vivimos sin conocer otoño
El horizonte de Stalin es simpre renaciente
Vivimos sin dudar y aun al fondo de la sombra
Producimos la vida y regulamos el futuro
No hay para nosotros día sin día siguiente
Aurora sin mediodía frescura sin calor
En el corazón de los hombres Stalin es un hombre
En su forma mortal con sus cabellos grises
Que arde con fuegos sanguíneos en la viña de los hombres
Stalin recompensa a los mejores de los hombres
Y devuelve a sus trabajos la virtud del placer
Pues trabajar para vivir es actuar sobre la vida
Pues la vida y los hombres eligieron a Stalin
Para figurar sobre la tierra su esperanza sin límites [14].

Ello no podía bastar. La exaltación del Jefe Genial alcanzó alturas insospechadas cuando los servicios de prensa y difusión lanzaron la consigna de trazar los rasgos de su genio militar en ocasión de la victoria sobre las armas alemanas. ¿No escribía acaso el autor de una de las últimas de sus biografías oficiales que sus concepciones estratégicas estuvieron en el origen del triunfo de los aliados y que «las teorías stalinianas acerca de la guerra sustituyeron a las del alemán Clausewitz? Afirmación confirmada por la que encontramos en la *Enciclopedia en un solo tomo* [15], donde se nos informa que «Iósif Vissariónovich Stalin, como jefe militar, no puede ser comparado con ningún otro conductor de ejércitos en

---

[13] El poeta, para quienes quieran festejarlo personalmente, se llama René Deprestre y su composición funeraria figura en la revista *France-Illustration*, núm. 387, París, 14 de marzo de 1953, entrega especial publicada en ocasión de la muerte de Stalin.

[14] *Idem*.

[15] Edición de 1948.

la historia del mundo». Aquí tampoco podían faltar los poetas. Esta vez el bien galardonado Alexei Surkov es quien coge el laúd para festejar la derrota germánica:

> Desde el Kubañ al Dóniets con sus ricas alturas
> va el viento de la estepa, indómito de gloria.
> Los corazones llena de música y ventura
> esta ansiada palabra, la palabra VICTORIA...
> La amargura y el odio bien hemos conocido.
> En el sufrir crecieron las vidas por la historia.
> En nuestros corazones, fielmente se ha fundido
> con la palabra STALIN, la palabra VICTORIA... [16].

Tampoco podemos olvidar la campaña de adulación frenética con que el cine soviético exaltó, sobre todo a partir del final de la guerra, la personalidad omnivalente del Jefe Genial. Sin detenernos en describir sus hazañas de inspirador infalible de la agricultura, de la mecánica y de la estrategia, tal como las ilustran películas como *Michurin, El juramento* y *La batalla de Stalingrado,* nos contentaremos con indicar que en todo esto la propaganda soviética no quería entregarnos por cierto una imagen verdadera de Stalin, sino la representación de un semidiós del mismo nombre que aprovecha la envoltura carnal del que, en una época remota, había sido el ciudadano Dzhugashvili, para manifestar su milagrosa presencia a los pobres mortales que no hacen más que pasar por este miserable mundo. Coincidiremos, pues, con un crítico francés que, después de haber visto algunas de esas cintas, concluía que semejante momificación cinematográfica significaba que «las relaciones de Stalin con la política soviética ya no tenían nada de contingente, de relativo y, para decirlo todo, de lo que ordinariamente se llama *humano*: la asíntota del Hombre y de la Historia está, desde ahora, superada. Stalin es la Historia encarnada» [17]

Es muy posible, en fin de cuentas, que Stalin despreciara profundamente estos ejercicios laudatorios y a quienes los ejecutaban, como despreciaba a todos los hombres, incluso, cuando como decía Paul Eluard, recompensaba a los «mejores» de ellos con suculentos premios a su nombre. Sabía muy bien que no fecundó primavera alguna, puesto que, personalmente, había sido la causa anualmente recurrente de los fracasos de la agricultura soviética. Aun si no le quedaba nada de las enseñanzas recibidas en el seminario georgiano de su juventud,

---

[16] A. SURKOV: *Victoria,* poema traducido al español por Kelin y Arconada, en revista «Literatura Soviética», núm. 4, Moscú, 1946.

[17] A. BAZIN: *Le cinéma soviétique et le mythe de Staline,* en revista «Esprit», París, agosto de 1950. Las condiciones, casi diríamos técnicas, de esa divinización de Stalin son estudiadas, de modo excelente desde el punto de vista sociológico, por Raymon A. Bauer, en un artículo titulado *La pseudo-deidad de un líder en la Unión soviética,* en revista «Problemas del Comunismo», Wáshington, enero-febrero de 1954.

no podía ignorar que él —el mayor destructor de vidas que la historia recuerde— no fué quien creó al hombre. Pero, al hacerse venerar como un dios, no hacía sino aprovechar con toda frialdad uno de los factores de su plan de conquista universal, el factor psicológico aplicado al sentimiento religioso, el más difícil de desarraigar del alma del hombre. Esta es la razón por la que el culto rendido a su persona no podía encerrarse en la esfera de las creaciones «poéticas» y «artísticas», tenía que universalizarse. Los poemas de Dzhambul y de Eluard, los delirios filmados de Iudkievich y de Chiurelli, los gritos de amor de Prokófiev y del proletariado sujeto a vahidos, las mixtificaciones estratégicas de los enciclopedistas y hagiógrafos soviéticos, no podían constituir más que algunos de los rasgos de semejante culto. El genio de Stalin *debía* alcanzar todos los grados del saber. De suerte que, si un intelectual marxista radicado en París —un tal Francis Cohen— podía escribir, hace algunos años, que Stalin era, objetivamente, el sabio más grande de todos los tiempos puesto que concentraba en sí toda la ciencia del mundo comunista, comprenderemos por qué, ante el XIX Congreso del PC de la URSS, Malenkov, candidato a la sucesión, daba en los términos siguientes, a la omnisciencia dzhugashviliana, la caución dogmática que la humanidad esperaba ansiosamente: «El camarada Stalin hace avanzar incansablemente la teoría marxista. En su trabajo clásico *El marxismo y las cuestiones de la lingüística,* eleva a un nivel nuevo, superior, las tesis fundamentales de la teoría marxista sobre el carácter regular del desarrollo social... La doctrina del materialismo dialéctico y del materialismo histórico como base teórica del comunismo obtiene un nuevo desarrollo. El camarada Stalin ha puesto de relieve el papel del idioma como instrumento del desarrollo de las culturas y de los idiomas nacionales. En esta obra, que ha enriquecido con nuevas tesis la ciencia marxista leninista, *el camarada Stalin abre perspectivas nuevas para el progreso de todas las ramas del saber...* La enorme importancia de los trabajos teóricos del camarada Stalin estriba en el hecho de que previenen, contra la tendencia, a deslizarse por la superficie, penetran en el corazón de los fenómenos, en la esencia misma de los procesos de desarrollo de la sociedad y enseñan a discernir en su embrión los fenómenos que han de determinar el curso de los acontecimientos» [18].

* * *

El «delfín» preconizado hacía referencia a un artículo publicado por *Pravda,* el 20 de junio de 1950 —último día de una primavera que los moscovitas recuerdan como particularmente canicular—, artículo en que el *vozhd* condenaba sin apelación la escuela lingüística fundada por Nicolás Iakólevich Marr a partir de la llamada «teoría jafética», según la cual, contrariamente a las teorías mono-

---

[18] G. M. MALENKOV, *op. cit.*

genéticas, se afirmaba que el proceso de formación de los idiomas obedece esencialmente a motores económicos revolucionarios y es, por ende, el reflejo de la lucha de clases. En otros términos —es decir, en jerigonza dialéctica materialista—, para N. I. Marr y sus discípulos, el lenguaje es una «superestructura por sobre la base». A esta tesis Stalin contestaba en *Pravda* que «confundir lenguaje y superestructura es cometer un grave error».

En realidad, la escuela jafética no fué condenada por Stalin en nombre de la ciencia lingüística ofendida —ya que los estudios superiores realizados por él no superan los elementos más someros de la teología ortodoxa—, sino en el del imperialismo granrusiano amenazado por el hecho de que esta escuela tendía a *valorizar* todos los idiomas y a situarlos en el mismo nivel cultural que el ruso. Pretensión inaceptable puesto que todas las nacionalidades incluídas en el sistema soviético —sin excluir las satélites— deben actuar enteramente en función de dicho imperialismo.

Cuando los comunistas niegan la existencia de semejante imperialismo e invocan, para sustentar su negación, las tesis de Stalin en materia de nacionalidades —tesis sobre las que volveremos en el último capítulo del presente libro— y señalan que más de sesenta pueblos de la Unión soviética recibieron, en los últimos treinta años, alfabetos para sus lenguas nacionales, disfrazan sin pudor la realidad. Eluden indicar, en efecto, que dichos alfabetos son alfabetos cirílicos lo que, en no pocos casos, impone una distorsión al idioma así «alfabetizado», y silencian el hecho de que el conocimiento del ruso es necesario para obtener una función, por mínima que sea, no sólo en el Estado federado, sino en la más centroasiática de las regiones autónomas. Ello significa que la alfabetización de las lenguas nacionales sirve únicamente para disfrazar la rusificación intensiva de las nacionalidades, operación que se cumple con métodos que hubieran horrorizado al más primitivo de los funcionarios rusificadores de los tiempos zaristas. Así nos explicaremos por qué el académico profesor Lomtiev podía escribir en 1949: «La lengua rusa es el instrumento de la civilización más adelantada, de la civilización socialista, de la ciencia más progresista. Es la lengua de la paz y del progreso... La lengua rusa es grande, rica y poderosa... De sus tesoros inagotables, las lenguas de las nacionalidades de la URSS sacan un elixir vivificante. Es estudiada con amor por todos los pueblos de la gran Unión soviética que ven en ella el instrumento poderoso de su progreso cultural y de la transformación socialista» [19].

Esta es la razón por la que el académico se indignaba porque, en los territorios europeos anexionados a consecuencia de la guerra, «los nacionalistas burgueses intentaban utilizar como modelos otras lenguas extranjeras, persistiendo

---

[19] *Voprosi Filosofii* (Cuestiones de Filosofía), publicación de la Academia de Ciencias de la URSS, núm. 2, 1949, Moscú.

en su tentativa de restar importancia a la lengua rusa. Los nacionalistas bielorusos y ucranianos infectaban sus lenguas maternas con elementos sacados del lenguaje de la aristocracia polaca; los nacionalistas moldavos intentaban introducir en su lengua términos de salón de la aristocracia rumana; y los nacionalistas letones, aplicando las consignas de la aristocracia alemana, querían germanizar su lengua» [20].

Asimismo, no menos enojado, un profesor Serdiuchenko, él también miembro de número de la Academia de Ciencias de la URSS, protestaba con violencia porque, «en diferentes repúblicas de Asia Central y del Cáucaso, sucede frecuentemente que se sustituyan los términos social-políticos soviéticos e internacionales por términos creados artificialmente, o bien por términos de origen árabe, panislámico o panturco» [21]. Y esto significa que todo lo que no es ruso debe ser condenado, como demuestra el augurio formulado por el profesor Iakovliev, de la Academia de Ciencias, para que la lengua rusa, que «no es solamente la lengua de la Unión soviética, sino también el *lenguaje internacional en las democracias populares*», proporcione, de ahora en adelante, a los pueblos agrupados por Stalin, «*una terminología soviética común*» [22].

El artículo de Stalin, lejos de obedecer a propósitos científicos de depuración de las bases del conocimiento lingüístico —tarea que, por lo demás, hubiera sido incapaz de realizar—, obedecía exclusivamente, pues, a motivos puros y simples de rusificación intensiva.

Mas la lingüística no es sino una rama del saber, mientras Malenkov aseguraba que Stalin había abierto «perspectivas nuevas para el progreso de todas las ramas del saber». Puesto que verificarlo nos llevaría demasiado lejos, nos contentaremos con examinar brevemente las teorías impuestas por el Jefe Genial en materia de genética, porque su intervención en este campo, si bien se realizó por interpósita persona, provocó ecos más resonantes en el mundo que sus dictámenes filológicos.

* * *

La genética clásica, fundada en el descubrimiento, hecho en 1865 por el monje Gregorio Mendel, de la transmisión de las características de las células

---

20 *Ibídem.*

21 *Pravda,* 11 de noviembre de 1949.

22 Citado por L. LAURAT en *Staline, la linguistique et l'impérialisme russe,* París, 1951, que es el único estudio consagrado —que yo sepa— al artículo de Stalin, a las condiciones en que se desarrolló la campaña de depuración llevada a cabo contra los «marristas» y a los propósitos reales de la campaña. En todo este asunto de la ciencia dirigida, se consultará «con provecho» la obra de A. ZHDÁNOV: *Política e Ideología,* Roma, 1950 (trad. del ruso).

reproductoras por unidades definidas —los *genes*— había llegado a determinar que los genes de los organismos vivientes tienen la facultad de reproducirse sin sufrir la influencia del ambiente. En los organismos de vida sexual, los genetistas clásicos, apoyándose en una cantidad inmensa de observaciones y de experiencias, habían establecido que la célula fecundada en el acto de la generación, recibe su patrimonio de genes, en partes iguales de cada procreador. Esta célula, al multiplicarse luego para formar las células de todo el cuerpo, repite en cada una de ellas el conjunto de genes recibidos en la fecundación. Los genes determinan los rasgos, el color del pelo, la tendencia a ciertas enfermedades, etcétera. Por otra parte, las transformaciones sufridas por obra del ambiente no son transmisibles, puesto que los hijos reciben solamente las características hereditarias contenidas en los genes. Las transformaciones sufridas por los genes por la acción del ambiente determinan generalmente la desaparición del elemento —célula o individuo— afectado por estas transformaciones.

Contra las tesis de la genética clásica, se levantó la Academia de Ciencias Agrícolas de Moscú, cuando dictaminó *ex cathedra* al final de sesiones tumultuosas, celebradas en julio y agosto de 1948, que, como había afirmado el naturalista Lamarck, cada individuo sufre por obra del ambiente pequeñas transformaciones que transmite a sus descendientes. Esta doctrina había sido elaborada por el agrónomo Trofim D. Lisenko que, además de la autoridad teorética de Lamarck, invocaba las realizaciones prácticas del agricultor Michurin, fallecido unos quince años antes. Como vamos a ver, se apoyaba también en algo más consistente.

Lisenko negaba que la herencia tenga su mecanismo en los cromosomas y en los genes, y puesto que, según él, el ambiente impone al individuo caracteres transmisibles, afirmaba que con tratamientos especiales (injertos, cruzamientos, etc.), es posible obtener resultados prácticos en el campo agrícola, resultados, ya sea negados por los genetistas clásicos, ya sea interpretados por ellos desde el ángulo de la genética mendeliana. Para hacer prevalecer su tesis, que chocaba con la oposición decidida de todos los genetistas soviéticos de algún valor, Lisenko recurrió a un procedimiento científico de índole particular, escudándose tras el argumento de autoridad. Al término de su exposición ante la Academia de Ciencias Agrícolas, declaró lisa y llanamente a sus contradictores que el Comité Central del partido comunista había examinado su comunicación y la había aprobado. Después de lo cual, en todas las sociedades científicopías de la Unión soviética, la genética mendeliana fué excomulgada y la creencia en los genes, y, por consiguiente, en la intransmisibilidad de las modificaciones sufridas por ellos y por los cromosomas (órganos de las células en que los genes están situados en un orden lineal definido) considerada como una herejía cuya curación pasó a pertenecer a la organización *Gulag*. De este modo, el académico N. I. Vavilov, sabio de fama mundial, miembro asociado de la

Royal Society de Inglaterra, fué enviado a morir a un campamento del extremo noroeste siberiano, por no hablar de numerosos otros biólogos y genetistas clásicos cuya suerte permanece desconocida, aun en plena política de destalinización, y de los institutos de genética que fueron cerrados en razón de la heterodoxia de sus investigadores, casi todos herederos de la gloriosa falange de sabios de la época zarista [23].

---

[23] En este triste asunto de la genética mendeliana en Rusia, la obra de consulta necesaria es la de JULIÁN HUXLEY: *Soviet Genetics and World Science*, Londres, 1949.

Los partidarios del «michurismo-lisenkismo» —los ha habido en número no pequeño, incluso fuera de Rusia y, por mi parte, he podido observar a algunos ejemplares de esta fauna en la provincia argentina de Mendoza donde resido, particularmente al Dr. Benito Marianetti, alto dirigente comunista que fundó en su finca de Chacras de Coria un «Centro Experimental Michurin-Lisenko», cuyos resultados científicos, por lo demás, permanecen en el misterio—, los partidarios de ese sistema, pues, nunca sustentaron sus afirmaciones en justificaciones científicas cuya solidez destruyera las objeciones. De su comportamiento mismo podemos deducir que, hasta la muerte de Stalin, sustentaron su dialéctica en afirmaciones gratuitas basadas en la esperanza de justificaciones futuras. Lo muestra el hecho de que, con la desaparición del Sabio Supremo, la estrella de Lisenko empezó a oscurecerse de modo muy preocupante para él y para sus secuaces (los secuaces de afuera tienen que contentarse con haber hecho el ridículo como el ya citado Dr. Benito Marianetti que cerró con el mayor sigilo su «Centro Experimental» mendocino). En efecto —y aquí cito al Sr. Miro Bratuz, colaborador científico de la revista «Epoca», de Milán, núm. del 3 de enero de 1954— «uno de los últimos números de *Botanicheskiy Zhurnal*, la revista de botánica más acreditada de Rusia, ha publicado dos artículos firmados por dos nombres autorizados, los de Tupin e Ivanov. Estos autores atacan las teorías y los métodos de trabajo de Lisenko. Le reprochan abiertamente el haberse apoderado de la genética soviética, el haber, para sus fines particulares, descartado todas las críticas desfavorables y, por fin, el haber cerrado a los jóvenes el acceso al estudio de las ciencias. Dado que los artículos aparecieron en la nueva situación política consecutiva a la muerte de Stalin, hasta un cierto límite se podría creer que se trata de un gesto significativo del régimen, por decirlo así, malenkoviano. No obstante, uno de los artículos invoca la memoria de Stalin, quien —dice el autor— siempre reconoció la importancia de la crítica para el progreso de la ciencia. Difícilmente, empero, se habría podido formular públicamente una crítica de semejante relieve y de tanta importancia sin la aprobación previa de las autoridades políticas. En la Unión soviética, no se ataca gratuitamente a un dignatario como Lisenko, condecorado con la Orden de Lenin, un agrotécnico de muy alta autoridad, una personalidad oficial cuyas doctrinas fueron aprobadas por el Comité Central del partido comunista. Seguramente, la campaña a la que estamos aludiendo constituye un ataque concertado, coordinado con la intención precisa de desautorizar oficialmente al *oficialista* Lisenko. Lo demuestra, por lo demás, una breve nota aparecida poco después de los artículos señalados en el Boletín de la Academia Soviética de Ciencias: en él se lee que *el Instituto de Genética no logró aún dar una prueba experimental de las teorías sostenidas por él*. No se pronuncia el nombre de Lisenko, pero todos saben que él es el director de este instituto».

Las previsiones del Sr. Bratuz no tardaron en transformarse en realidad. Lisenko des-

Al término de este examen de las condiciones en que Stalin fué llevado a asumir sobre el pueblo ruso la parte de Jefe Genial, infalible, omnipotente, omnipresente y cruel como Baal, ya no se exigirá de mí disquisiciones suplementarias acerca de su personalidad.

En fin de cuentas, los elogios póstumos no le faltaron, tanto por parte de los dirigentes de las naciones «capitalistas», como por la de los enfermos de *gottwaldshchina* de los países satélites y de los partidos comunistas del Occidente, aun cuando sea lícito presumir que, entre unos y otros, hubo una leve diferencia, que es la hipocresía con que los primeros expresaron sentimientos que quizás los segundos sintieran sinceramente.

Encontraremos la más auténtica de las alabanzas burguesas, no tanto en el hecho de que, tras injunción de los compañeros Maurice Thorez y Palmiro Togliatti, los parlamentos de París y de Roma hayan suspendido sus deliberaciones, el día 6 de marzo de 1953, para honrar la memoria de quien no merecía tamaño honor, como el fenómeno que el anuncio de la muerte del dictador provocó en la Bolsa de Nueva York, esto es, en el alza general de los valores allí cotizados

---

apareció del Comité Central y de la Academia de Ciencias en 1954. Las tesis de algunos de sus discípulos que habían sido aprobadas antes de la muerte de Stalin con plenos votos y habían proporcionado a sus autores puestos importantes en los institutos de investigación científica y en las universidades soviéticas, fueron declaradas insuficientes y, una vez vueltas a examinar, anuladas con todos los efectos que ello implica: pérdida de la colocación, envío a regiones apartadas de la URSS. En cuanto a la suerte sufrida por el mismo Lisenko, sigue siendo misteriosa.

En la entrega de octubre de 1953 de la revista *Diógenes* (órgano de la UNESCO), el Sr. Stefan Kolar exponía como sigue los móviles verdaderos de la campaña antimendeliana desencadenada por Lisenko en nombre de Stalin: «La biología es un punto débil del marxismo; no es de asombrarse, pues los comienzos de éste se remontan a una época en que la biología, en el sentido moderno de la palabra, apenas existía. La única contribución que el marxismo aportó a la biología humana fué la idea de que el mono se ha convertido en ser humano por el trabajo. Esta concepción es evidentemente errónea y los marxistas ya no hablan mucho de ella; sin embargo, sienten que existe sobre este punto una laguna en su edificio, que carecen de una teoría biológica moderna sobre el lugar del hombre en el universo y en la sociedad en tanto que resultado de las leyes de la naturaleza. Se busca al gran pensador-biólogo que pueda llenar este vacío». Para los marxistas, *el problema era probar la idea de que el medio forma la naturaleza hereditaria de los organismos y del hombre*. Y así apareció Lisenko, con sus experimentaciones sobre tomates de frutos amarillos y tomates de frutos rojos, cuyos resultados, no fundamentados con suficiente constancia, después de haber provocado deportaciones y muertes, acabaron por transformarse «en una anécdota sin futuro cuyo sabor no carece de amargura».

Ver también, en la obra de L. LAZARÉVITCH: *La médecine en URSS*, París, 1953, las manipulaciones impuestas a las teorías de Pávlov sobre reflejos condicionados por los dirigentes del Estado policial soviético.

que, por lo demás, volvieron a su curso normal cuando, al cabo de veinticuatro horas, se supo que el partido comunista mantenía firmemente su dominación sobre Rusia. Con ello, fuera de Rusia, todo asumía sus verdaderas proporciones, incluso las palabras *émues* pronunciadas por el entonces presidente de la Asamblea Nacional francesa, Sr. Edouard Herriot, coronel (honorario) de cosacos desde 1924: «existe un recuerdo del que no podremos liberarnos, el del papel representado por el mariscal Stalin en el final de la guerra y la preparación de la victoria. Se lo comprueba en las ruinas de Stalingrado o al estudiar esa batalla de Moscú durante la cual el genio militar de Stalin se reveló de modo tan evidente» [24].

En cuanto a los sentimientos que, del lado malo de la Cortina de Hierro, se nutren hacia la memoria del padre amado de todos los pueblos (progresistas), bastará señalar que, en el Berlín de administración comunista, la policía popular tuvo que confiscar, el día 7 de marzo de 1953, toda la edición del diario *Tribüne,* órgano de la Unión de Trabajadores de Alemania oriental, porque, en dicha edición, figuraba en primera plana el siguiente «error» de imprenta: «Con José Stalin, desaparece el gran científico del marxismo-leninismo y el gran luchador por la preservación y consolidación de la guerra en el mundo».

Quien es o ha sido periodista sabe perfectamente que un error de semejante naturaleza es prácticamente imposible en un gran diario en razón de la excelencia profesional de los compositores, correctores y secretarios de redacción, y concluirá conmigo que la «equivocación» cometida por *Tribüne* —en las circunstancias y el lugar en que se produjo y sobre todo bajo un régimen de estricta vigilancia policial— se debió a un propósito fríamente deliberado. Por cuya razón, el acto de los redactores y operarios del órgano sindical berlinés constituyó de modo evidente, el homenaje más valiente a la vez que más auténtico entre todos aquellos que fueron rendidos al Mariscal Supremo en el Imperio rojo en ocasión de su fallecimiento. Y nos entregaba asimismo una prueba entre mil otras del inmenso amor con que, desde el primer día, sus herederos podían contar por parte de sus súbditos, amor que, desde entonces, no ha dejado de manifestarse año tras año en las calles de Berlín-Pankow y de Varsovia, de Poznan y de Budapest, en los pasillos de las universidades de Leningrado y de Moscú, y en los campamentos de deportación de Vorkuta y de Karaganda a la espera de oportunidades mejores que permitan a los beneficiarios de la «nueva civilización comunista» hacer conocer a sus venerados dirigentes la suerte que ellos mismos reservaron, por cuenta propia o por la de Stalin, a tantos millones de hombres y de mujeres por ellos liberados cuarenta años ha.

Cuáles han sido, en los cuatro años consecutivos a la muerte del *vozhd,* las relaciones entre los nuevos dirigentes rusos y sus administrados, hasta qué pun-

---

[24] *Le Monde,* de París, 8 marzo de 1953.

to la presencia del dictador desaparecido ha seguido imponiendo su peso a la sociedad soviética en transformación, forma la parte final de este trabajo, que constituye la crónica de la destrucción del viejo ídolo, paso previo para la exaltación de la nueva divinidad necesaria al mantenimiento del Sistema [25].

---

[25] Más cruel que Baal, que sólo exigía el sacrificio en sus altares de algunas decenas de doncellas y de mancebos, Stalin no delegaba en ningún sacerdote la tarea de seleccionar a las víctimas que su sed de sangre exigía sin atenerse a ninguna recurrencia religiosa fija. Iba a buscarlas con especial empeño entre sus mismos correligionarios, dedicándose a humillar a quienes habían trepado más alto en la función revolucionaria. Se pudo decir de él con toda justicia que nadie en el mundo provocó la muerte de tantos comunistas.

No resultará inútil, pues, recordar en ocasión de su fallecimiento que las llamadas «instancias supremas» del aparato conocieron durante su reinado índices de mortandad en los que la extinción por causas naturales no ocupa por cierto un lugar excepcional. Lo muestra bastante claramente el mapa necrológico siguiente:

Muerte natural: Lenin, si nos negamos a tomar en consideración las insinuaciones de Trotskiy acerca del papel representado por Stalin en los instantes finales del creador del bolchevismo; L. Krassin y M. Kalinin. La muerte «natural» de Dzerzhinskiy es dudosa.

Muerte por asesinato: Sverdlov, linchado por obreros enfurecidos por las privaciones, circunstancia muy útil para que Stalin ocupara la secretaría general del PC; Kuibishev, Menzhinskiy (?), Ordzhonikidze (a quien algunos dan por suicidado), Shcherbakov, Zhdánov (envenenados según la voz popular por orden de Stalin; según Stalin, por los «enemigos del régimen»); S. M. Kírov, F. Raskolnikov (asesinado en París por un agente del OGPU), Trotskiy (asesinado en Méjico por un agente de la misma organización).

Muerte por ejecución: Kámenev, Zinóviev, Bujárin, Ríkov, Piátakov, Ienukidze, Kniázev, Krestinskiy, Serebriákov, Karaján, Iágoda; mariscales Tujachevskiy, Gamarnik, Iegorov, Blujer; generales Kalepskiy, Iakir, Feldman Alsknis, Muklevich, Kámenev, Eideman, Uborevich; almirante Orlov, etc. (todos estos militares eran miembros del Consejo Superior de Defensa, cuyos únicos supervivientes son los mariscales Voroshílov, actual presidente del *Praesidium* del Soviet Supremo y Budionniy, el mayor derrotado de las hostilidades germanorrusas y mascarón para desfiles militares en razón de sus condiciones excepcionales de jinete y de sus mostachos que le han ganado el apodo entre las fuerzas armadas de «el mayor bigote del ejército»).

Liquidados en la cárcel: Radek, Rakovskiy, Iezhov, Krílenko, Antónov-Ovséienko, Bela Kuhn, Sokólnikov, Riázanov, Eismont, Vosnezhenskiy.

Muerte por suicidio: Ioffé, Tomskiy, Shripnik y, quizás, Ordzhonikidze.

Lista bastante impresionante como puede verse y que, sin embargo, no comprende más que una mínima parte de los desaparecidos sin dejar rastros. Queda por ver de qué modo los herederos de Stalin —que manifestaron su apresuramiento en seguir las huellas del maestro haciendo liquidar a Beriia y a Abakumov— se las arreglarán para mantener abierta la admisión en el *Praesidium* y en el Comité Central, según métodos que el dictador definía como «reemplazo de los elementos antiguos por sangre joven». Por el momento, dichos sucesores se han contentado con el método que podríamos llamar de la muerte civil en lo que hace a figuras de primer plano como Mólotov, Kaganóvich, Malenkov,

Shepilov y el mariscal Zhukov. Finalmente, se sabe que en la URSS, la liquidación física implica la «muerte histórica». Así, durante el reinado de Stalin, Trotskiy y los trotskistas desaparecieron de los manuales de historia. Así, igualmente, a finales de 1953, los poseedores de la *Gran Enciclopedia Soviética* recibieron una circular por la que se les invitaba a «arrancar del quinto volumen las páginas 21, 22, 23 y 24 y el retrato fuera de texto insertado entre ellas», páginas y retrato correspondientes a la voz Beriia. Las páginas que sustituyeron a las arrancadas, entregadas inmediatamente después, responden a la voz Bering (mar de) con un mapa en color.

CAPÍTULO XX

LAS TURBIAS AGUAS MOSCOVITAS

Malenkov y el gobierno colegiado — Primeros aspectos de la lucha por la sucesión — El caso Beriia — El ejército y la política — Final (?) de la omnipotencia policial — Bienes de consumo y bienes de capital, o de los blandos y de los duros — Los viejos stalinianos y las relaciones con Occidente. Causas internas de la política de distensión — De los cambios ministeriales, en general y en particular — El connubio ejército y partido y la caída de Malenkov. Causas remotas y efectos inmediatos — La crisis agrícola y la paralización de la máquina estatal — Dialéctica de los contrarios y circulación ministerial.

Además del nombramiento de Malenkov para el cargo de primer ministro, la muerte de Stalin había determinado el acceso al poder supremo de Lavrentiy Beriia, Viácheslav Mólotov, Nikolai Bulgánin y Lazar Kaganóvich en calidad de *Primeros Viceprimeros Ministros,* título nuevo que significaba que, en adelante, el Estado soviético habría de ser regido por un gobierno de forma colegiada.

Semejantes fórmulas, híbridas de por sí, adolecen de estar dotadas de caducidad a breve plazo.

En lo que hace a la fórmula puesta en marcha en la Unión soviética el 6 de marzo de 1953, no hubo que esperar mucho tiempo. El 9 de julio siguiente, es decir, cuatro meses después de la desaparición del *vozhd,* la pentarquía designada para sucederle se transformaba en tetrarquía por la eliminación de Lavrentiy Beriia, rebajado del papel de *secundus inter pares* al de «enemigo del partido y del pueblo soviético». En la madrugada del 10 de julio, la agencia *Tass* publicaba el comunicado siguiente: «Los diarios de Moscú anuncian en sus ediciones del viernes 9 por la mañana que, hace algunos días, el *plenum* del Comité Central del Partido comunista de la Unión soviética, después de haber escuchado y discutido un informe del camarada Malenkov sobre las actividades de

Beriia, tomó la decisión de separarlo del gobierno y del partido comunista debido a su actividad contraria a la política del gobierno y del Partido comunista de la Unión soviética, que se desarrollaba en interés de los Estados capitalistas». Otro comunicado *Tass* hecho público el mismo día especificaba que el Comité Central había decidido enjuiciar a Beriia y, a tales efectos, elevado todos los elementos de su causa al Tribunal Supremo de la Unión soviética. Finalmente, el mismo día también, *Pravda* sentenciaba en su editorial: «La liquidación de la aventura criminal de Beriia demuestra una vez más que todos los planes rapaces de las fuerzas imperialistas extranjeras se han estrellado, como siempre se estrellarán en el futuro, contra la potencia inquebrantable y la gran unidad del partido, del gobierno y del pueblo soviético». Unidad de gobierno, diremos nosotros, ampliamente demostrada por la «aventura criminal» de quien, hasta la víspera, había sido su segunda cabeza a la vez que hijo predilecto del pueblo trabajador. Con Malenkov, la lógica dialéctica seguía revelándose tan singular como con Stalin.

El proceso contra Beriia y sus seis «cómplices» tuvo lugar en la segunda quincena de diciembre a puertas cerradas, bajo la presidencia del mariscal Iván Koniev. El 22 de diciembre, un piquete de ejecución del ejército regular ejecutaba la sentencia de muerte [1].

---

[1] El acta de acusación a cargo del Fiscal General del Estado (se trata del general Román Rudenko, ya célebre por su actuación en Nüremberg juntamente con sus colegas occidentales F. de Menthon, H. Shawcross y R. H. Jackson, y que será eliminado de sus cargos en 1955 como enemigo del partido y del pueblo) establecía los delitos siguientes: «1.º Después de la muerte de I. V. Stalin, cuando las fuerzas imperialistas reaccionarias aumentaron sus actividades subversivas contra el Estado soviético, Beriia procedió a intensificar sus acciones con el objeto de lograr sus criminales fines, empleando principalmente los organismos de la policía para tomar el poder; 2.º En sus cien días como ministro del Interior, colocó a los conspiradores en los cargos más elevados de su ministerio y persiguió e hizo sus víctimas a honestos trabajadores de la policía que se negaban a aplicar sus criminales instrucciones; 3.º *Trató de subvertir el sistema de granjas colectivas y creó dificultades en el país en materia de alimentos*; 4.º *Trató de resucitar los remanentes de los elementos burgueses nacionalistas* y de sembrar la discordia en los pueblos de la Unión soviética; 5.º Basó sus criminales cálculos en el apoyo que su conspiración sacaba de las fuerzas reaccionarias imperialistas del exterior. *Mantenía vínculos con los servicios extranjeros de inteligencia desde 1919* cuando en Bakú traicionó a la revolución sirviendo al gobierno contrarrevolucionario del Azerbaidján, puesto bajo control del servicio británico de información; 6.º En 1920, cometió otra traición al establecer contacto con la policía secreta de la Georgia menchevique, que era una rama del servicio británico de inteligencia; 7.º La investigación demostró que Beriia y sus cómplices se empeñaron en debilitar la capacidad de defensa de la Unión soviética».

El fiscal Rudenko señalaba en su informe que el caso de Beriia y de sus cómplices caía bajo los efectos de la ley del 1.º de diciembre de 1934, que figura con el número 459 en el *Corpus de leyes y decretos de la Unión soviética*. Esta ley, bajo forma de enmienda

Me contentaré con los comentarios siguientes: 1.° Un individuo que, desde 1919, se entrega al espionaje a favor de una potencia extranjera, a expensas de un Estado en que ocupa los cargos más elevados y que, para ello, realiza el milagro de sacar de sus tumbas a los remanentes de los elementos «burgueses nacionalistas» a los que, en 1936, la «Constitución Stalin» había proclamado extinguidos enteramente, es, con toda evidencia, un ser genial, único en la historia, y el gobierno que lo deja actuar con tanta impunidad durante tanto tiem-

---

a leyes anteriores, está destinada a castigar —específicamente— «los crímenes de las organizaciones terroristas y los actos de sabotaje contra los trabajadores». Establece que: «1.° La investigación deberá concluir en diez días; 2.° La acusación, si procede, será leída al acusado un día antes del juicio; 3.° El juicio se realizará sin la presencia del acusado; 4.° No habrá apelación; 5.° La pena consistirá en el castigo máximo y se cumplirá inmediatamente después de pronunciada la sentencia». Como la pena de muerte había sido *suprimida* en 1936 (!) una enmienda con fecha 12 de enero de 1950 volvió a introducirla «como castigo máximo para los traidores a la Patria, los espías y los saboteadores». Resultará instructivo recordar que esta enmienda había sido aprobada por el *Politburó* tras relación de Lavrentiy Beriia. Y quedan aún en el mundo algunos positivistas que niegan la efectividad de la justicia inmanente. *Et nunc erudimini qui judicatis terram...*

Para la crónica, recordaremos los nombres y calidades de los seis «compinches» del ex-jefe del MVD: Bogdán Kubulov, viceministro del Interior de la república de Georgia; Pavel I. Meshik, jefe de departamento del MVD y ministro del Interior de la república de Ucrania; Lev E. Volodzimirskiy, mayor general de la policía a cargo de «una sección de asuntos vitalmente importantes del MVD»; Vladímir G. Dekanozov, ministro del Interior de la república de Georgia, que había sido embajador en Berlín en los tiempos de los amores germanorrusos consecutivos al pacto Hitler-Stalin y, luego viceministro de Relaciones Exteriores de la URSS; Sergio A. Goglidze, viejo chekista georgiano, apodado «el Zar de la Siberia soviética», porque controlaba con poderes dictatoriales un área territorial de esta región —la de la producción industrial por trabajo esclavo— casi tan vasta como los Estados Unidos y era responsable, bajo las órdenes directas de Beriia, de las nuevas plantas de armamentos que Moscú mantiene en aquellas regiones y, por ende, de varios millones de trabajadores esclavos allí deportados por la organización *Gulag*; Vsevolod Merkulov, mayor general del MVD, ex-jefe del contraespionaje y, hasta su detención, ministro de Control de Estado de la URSS.

De suerte que, con Malenkov como con Stalin y Lenin, en la Unión soviética, el tren de la amistad seguía circulando sin la menor pausa en sus caprichosos y siniestros recorridos. Y nada autoriza a pensar que sus circuitos se hayan interrumpido con el compañero Jrushchov, vencedor aparente, en el momento del cuadragésimo aniversario de la revolución de octubre, de la nueva lucha por la sucesión. Si el primer secretario aún no se decidió a hacer ejecutar a personajes de primer plano y se contenta con reducir a sus contrincantes al silencio, obligándolos a refugiarse en empleos de segundo orden, ello es porque los tiempos no maduraron lo suficiente como para permitirle, como a sus predecesores, edificar su poder personal sobre pirámides de cadáveres. Pero, con los comunistas, todo es cuestión de paciencia, como demuestra la espera de diez años que Stalin supo imponerse después de su victoria sobre Trotskiy.

po es la sistematización de la ineptitud y de la ineficacia; 2.° La presencia del mariscal del ejército Iván Koniev a la cabeza del Tribunal Supremo revela que, mientras la dictadura de Stalin, Rusia estaba sometida a dos poderes supremos —la policía y el partido— unidos por su temor a las fuerzas armadas, a los pocos meses de la desaparición del *vozhd*, la situación se había transformado radicalmente puesto que, esta vez, partido y ejército se habían unido contra la policía; 3.° La participación del ejército en las operaciones de limpieza de julio-diciembre de 1953 y las referencias a la situación en el campo y en materia de abastecimiento, revelaban que la ejecución de Beriia no podía considerarse como un punto de llegada, sino como un punto de partida, ya que la pugna por el poder, lejos de encontrar su término en dicha ejecución, asumía con ella un vigor renovado, ya sea en el sentido de una liberación —relativa— del hombre ruso, ya en el de su mayor esclavización; 4.° Dejando de lado, por el momento, la alegría que esa séptuple ejecución habrá llevado a millones de hogares rusos y satélites devastados durante tantos años por el nuevo «sapo fascista», es necesario señalar la rapidez con que Malenkov pudo eliminar al más peligroso de sus antagonistas: mientras Stalin había tenido que esperar varios años para poder liquidar físicamente a sus antiguos contrincantes, tres meses fueron suficientes a su sucesor para lanzarse por el mismo camino, justamente porque tenía que pagar con esta prenda la ayuda de las fuerzas armadas, enemigas tradicionales de la policía política; 5.° El desconcierto en que se debatieron durante varios meses los hombres del Kremlín debió ser terrible si, como revela el tercero de los cargos levantados contra Beriia, se encontraron en la necesidad de achacarle el estado de desorganización y el descontento continuado que reinaba en el campo *desde el final de la segunda guerra mundial*; ello significa, en efecto, que la situación interna determinada por la producción y la distribución de alimentos había llegado, inmediatamente después de la muerte de Stalin, al borde del estallido revolucionario; al cargar a Beriia, con la anuencia del ejército protector natural de la clase rural, la responsabilidad de esta situación, Malenkov intentaba desviar el furor de las masas subalimentadas hacia el MVD que, en todo esto, no había sido sino el agente de ejecución de las decisiones del Comité Central; 6.° Lo único que cabía preguntarse, a partir de la ejecución de Beriia y de su «pandilla», era cuánto tiempo habría de durar aún el trabajo de eliminación de los demás contrincantes, unos por otros, esto es, cómo y cuándo la nueva tetrarquía se transformaría en triarquía, ésta en diarquía y ésta, finalmente, en monarquía, y quién lograría cantar el «al fin solo» que Stalin no pudo entonar sino al término de diez años de trabajo de zapa; 7.° La sola conclusión evidente a que se puede llegar en este siniestro asunto es la de que, con Stalin o con sus sucesores —Malenkov, Jrushchov o el compañero X...— el sistema nunca se desmiente en su ferocidad, y que nunca debemos olvidar, ni en el caso de una política de convivencia internacional,

pregonada desde Moscú, que con los dirigentes soviéticos el mundo se encuentra ante individuos cuyos compromisos en el orden exterior valen lo que sus obligaciones en la esfera de las sencillas relaciones humanas.

* * *

Después de Stalin, Beriia era el personaje más odiado por el pueblo ruso, el más odiado seguramente de la secuela de siniestros policías que, de Moisés Uritzkiy al general Serov, la historia del comunismo aplicado nos proporciona. Más terrorista que Dzerzhinskiy, porque terrorista en frío, casi diría científicamente, mientras que el otro era un loco raciocinante carcomido por la morfina; más despiadado que Iezhov, porque estaba dotado de inteligencia autónoma, mientras que su predecesor inmediato a la cabeza del MVD no había sido más que un loco sanguinario; más cruel que Iágoda, porque era perfectamente capaz de actuar por su propia cuenta mientras que el victimario de Gorkiy no hacía más que aplicar las consignas del amo, Beriia cayó porque su eliminación respondía a una doble necesidad: en primer lugar, una necesidad interior, la de apaciguar al pueblo ruso al que la desaparición de Stalin podía desatar de modo peligroso para el sistema y potencialmente mortal para sus beneficiarios que, para salvarse, se vieron constreñidos a dar a las masas pruebas palpables de que sus promesas de menor presión por parte del aparato estatal, es decir, policial, serían mantenidas, y la liquidación de Beriia, guardián desde 1938 de la disciplina interna, era la mejor de estas pruebas. En segundo lugar, una necesidad de política general, porque los sucesores de Stalin, para impedir el derrumbamiento del sistema —amenazadoramente sacudido por la desaparición de su eje central—, por estar en la obligación de proseguir la empresa revolucionaria tenían que seguir considerándose en estado de guerra con el mundo exterior, por lo que necesitaban contar con un pueblo al que importantes concesiones mantuviesen pasivo, y la ejecución de Beriia, el hombre más odiado por los rusos, no podía sino ser considerada por el pueblo como la más importante de las concesiones.

Esta eliminación pertenece, en verdad, a un conjunto de medidas tomadas a partir de la muerte de Stalin: amnistía parcial para los sentenciados a menos de cinco años de deportación [2]; abaratamiento sensible del precio de los bienes de consumo, cuya producción fué acelerada y aumentada a expensas de la de los bienes de capital; rehabilitación de los «médicos terroristas» del Kremlín; abandono —momentáneo— de la campaña antisionista; declaraciones repetidas acerca de la voluntad de convivencia con el mundo capitalista; menor rigidez en la disciplina del trabajo en Rusia y en las democracias populares [3].

---

[2] Es decir, los delincuentes comunes, puesto que los políticos rara vez reciben castigos inferiores a diez años de deportación.

[3] En las naciones satélites, entre junio y julio de 1953, estalló un vasto movimiento

Creer que, en el ánimo de los nuevos dirigentes soviéticos, ello correspondiese a un deseo real de distensión interna y externa —como, de hecho, se creyó en las cancillerías occidentales— constituyó un error garrafal, por cuanto la economía moral de esos dirigentes es una economía revolucionaria que los lleva necesariamente a efectuar cada día un paso suplementario en el camino de la subversión universal, sobre todo si recordamos que las condiciones impuestas por el presidente Eisenhower, en los días de su llegada al poder, como preámbulo a toda negociación tendente a un arreglo general, podían considerarse en el Kremlin como un ultimátum que colocaba a Rusia en la posición de plaza fuerte sitiada [4].

---

de protesta que llegó a cubrir todos los países de la cortina, particularmente Alemania oriental, Polonia y Checoslovaquia, donde los gobiernos títeres tuvieron que relajar la mayor parte de las medidas de colectivización y de industrialización decretadas durante el reinado de Stalin. Para ello fueron suficientes manifestaciones, a menudo muy violentas, llevadas a cabo por los obreros, los estudiantes y los campesinos, enfurecidos por la política de captación económica de los rusos en que iban implícitas una miseria casi absoluta y una pérdida total de la libertad. En Checoslovaquia, ante una simple huelga de brazos caídos, el gobierno abrogó la mayor parte de las medidas de racionamiento; en Rumania, se abandonaron los trabajos públicos empezados, como canales, líneas férreas estratégicas, embalses, que se realizaban con mano de obra esclava; en Hungría, el gobierno «duro» de Matías Rákosi tuvo que ceder el lugar a la fórmula «blanda» de Imre Nagy que se apresuró a producir grandes cantidades de alimentos y de bienes de consumo; pero, en Alemania oriental, donde los manifestantes se echaron a la calle, no sólo por desesperación, sino, sobre todo, por voluntad de manifestar abiertamente su patriotismo, el ejército soviético de ocupación, ante la pasividad de la policía popular, tuvo que intervenir con carros armados y, como ello no bastaba, se vió en la obligación de proceder a varias ejecuciones capitales, aun en las filas de la *Schutzpolizei* por su poco entusiasmo para luchar contra sus conciudadanos.

[4] Estas condiciones, hechas públicas el 16 de abril de 1953, eran las siguientes: 1.ª, conclusión del armisticio en Corea; 2.ª, final de la ofensiva vietminhesa en Indochina; 3.ª, conclusión del tratado de paz con Austria; 4.ª, liberación de los prisioneros de guerra retenidos por Rusia; 5.ª, creación de una más vasta comunidad europea por la inclusión de una Alemania reunificada; 6.ª, plena independencia de las naciones europeas cautivas mediante elecciones generales libres; 7.ª, reducción de los armamentos.

A finales de 1957, solamente las tres primeras de estas condiciones recibieron una solución, nada satisfactoria, por lo demás, desde el punto de vista occidental. En cuanto a las cuatro restantes, siguen haciendo pesar sobre el mundo sus peligrosas incógnitas. Alemania oriental sigue dividida y ocupada, las naciones satélites sin posibilidad visible de recuperar su independencia y más esclavizadas aún que en la época staliniana, como lo muestra la represión todavía en curso del levantamiento magiar de octubre y noviembre de 1956; y es necesario mucho optimismo para considerar como seguro el arreglo Gomulka-Jrushchov. En cuanto a los prisioneros de guerra alemanes, japoneses, italianos, rumanos, húngaros, eslovacos, etc., indiquemos que, de un total de 7 millones, solamente unos 3.525.000 habían sido repatriados a finales de 1956. Casi todos los demás pueden considerarse como fallecidos.

Que, para los hombres que tomaron posesión del poder en las horas consecutivas a la muerte de Stalin, las relaciones del bloque comunista con el mundo occidental debieran seguir siendo relaciones de fuerza, lo indica con claridad suficiente la distribución de las partes en el primer acto del nuevo drama soviético, sin que el segundo acto, inaugurado por la eliminación de Beriia, cambiara nada el asunto.

Los tres personajes, cuya función de primeros viceprimeros ministros parecía haber surgido de la necesidad de impedir que Malenkov se transformara en amo de Rusia, son muy representativos al respecto: Viácheslav Mijáilovich Mólotov, Nikolai Alexándrovich Bulgánin y Lazar Moísevich Kaganóvich, según los «expertos en asuntos rusos» del Departamento de Estado, del Foreign Office y del Quai d'Orsay, eran personajes cuya hostilidad contra Occidente podía darse por descontada.

El primero, que el 6 de marzo de 1953 había vuelto a asumir la dirección de la diplomacia soviética, pasaba por encarnar las tendencias más crudamente antioccidentales. Lo confirmaba el papel desempeñado por él en la conclusión del pacto germanorruso del 23 de agosto de 1939, la organización del bloqueo de Berlín en junio de 1948, su acción constante de sabotaje de los trabajos de las Naciones Unidas y, después de la muerte de Stalin, su actitud vetatoria de todas las propuestas occidentales, tal como la evidenció en la conferencia de cancilleres que tuvo lugar en Berlín en enero y febrero de 1954, en la de los Cuatro Grandes que se celebró en Ginebra en julio de 1955 y en todos los debates sobre desarme constantemente entorpecidos por él o por sus delegados hasta su retirada del ministerio en junio de 1956. El mariscal Bulgánin, a quien se devolvía el ministerio de Defensa, no era militar de carrera; burócrata de formación chekista prolongada, ya una vez había detentado dicha cartera, perdiéndola en 1949 porque su política de violencia apresurada ante los occidentales en Alemania había llevado al fracaso del bloqueo de Berlín. El «mariscal del Politburó», como se lo llama en los círculos militares soviéticos, pasaba por partidario de una política de mano de hierro en Europa. En cuanto a Lázaro Kaganóvich, su elección para el cargo de primer viceprimer ministro, iba acompañado con su instalación a la cabeza del importantísimo «Comité para las Cuestiones de Trabajo», lo que parecía indicar que este excuñado y consuegro de Stalin volvía a afirmarse en sus funciones de *revisor* supremo de la economía soviética; en efecto, teniendo en cuenta que en la URSS las cuestiones de trabajo son ante todo cuestiones de rendimiento y que, en el pasado, Kaganóvich se había ilustrado cual planificador despiadado de la industria pesada en su fase de nacimiento, este nombramiento podía suministrar la prueba de que la política de mayor producción de los bienes de consumo, consentida por el nuevo gobierno para lograr la pasividad de las masas en el período de grave tensión interior consecutiva a la desaparición de Stalin,

no había de durar más tiempo que el estrictamente necesario para la readaptación y el reajuste de la máquina gubernamental [5].

Interpretaciones como aquellas a que se entregan los «expertos» más arriba citados acerca de la actitud más o menos cordial, o más o menos hostil, de los dirigentes soviéticos con respecto a Occidente, es ridícula en grado máximo. Desde el comienzo del régimen soviético, esto es, hablando con precisión, desde el 25 de octubre de 1917, dichos personajes han podido luchar por el poder con los métodos más brutales, sentir unos por otros odios irrefrenables, enviarse mutuamente al destierro y al cadalso sin el menor escrúpulo moral, siempre —incluso en los momentos en que se devoraban públicamente— estuvieron de acuerdo para considerar la destrucción del Occidente burgués como un imperativo insoslayable. Y el mismo Litvínov, tan popular en su tiempo en los círculos societarios, tan caro al Sr. Herriot y al presidente Roosevelt, nunca disimuló su postura al respecto, como tampoco la disimula ahora el que pasa por inspirador del clan «occidentalista» del Kremlín, el especialista en comercio exterior Anastasio Mikoián. Sin excepción alguna, los dirigentes comunistas, sea cual sea su modo particular de concebir la táctica de la operación, viven en función de la necesaria destrucción del mundo libre. Este es un axioma incotrovertible ilustrado por cuarenta años de experiencias concatenadas y que hay que tener presente constantemente. Sobre todo cuando la situación interior de la URSS obliga a sus amos a asumir posturas de aparente conciliación en el plano internacional. Y en los meses posteriores a la muerte de Stalin, la situación interior de la URSS estaba volviéndose dramática.

Intento evitar toda apreciación sensacionalista de los hechos, pero me parece evidente que la palabra drama es la que conviene para calificar los acontecimientos rusos consecutivos al 5 de marzo de 1953. La eliminación de Beriia no fué más que una de las escenas más subidas de colores de este drama que, en el momento del cuadragésimo aniversario de la revolución bolchevique, está todavía en pleno desarrollo, pese a la afirmación del ciudadano N. S. Jrushchov sobre su primer equipo de rivales.

---

[5] Previsión confirmada por el anuncio de la intensificación renovada de la producción de los bienes de capital, hecho por *Pravda* el 22 de enero de 1955, anuncio que precedió solamente en dos semanas a la caída de Malenkov.

Recordemos que en esta primera reorganización fluctuante de la cabeza del Estado soviético, Nikolai Shvernik abandonaba la presidencia del *Praesidium* del Soviet Supremo —cargo que corresponde, *grosso modo,* al de un presidente de república sin otros poderes que los de representación— al mariscal Kliment Voroshílov, esto es, al más antiguo compañero de Stalin, el más antiguo y el más sumiso, puesto que a su «testimonio» se debió que algunos historiadores *(sic)* como Iaroslavskiy, Beriia y la igual pero menos cruelmente fenecida Anna M. Pankrátova hayan podido forjar la leyenda de Stalin, «héroe de la defensa de Tsaritsin» durante la guerra civil, pretexto elegido para que esta vieja ciudad imperial pasase a llamarse Stalingrado.

Mas, antes de examinar los desarrollos sucesivos de este drama comprendidos entre la ejecución de Beriia y ese aniversario, ya se nos hace posible comprobar que lo sucedido a partir de la muerte de Stalin significa que:

1.° En el ánimo del dictador, o en el de los miembros de las instancias supremas si es que no hubo testamento formal de Dzhugashvili con respecto a la sucesión, Malenkov no era quien debía heredar el poder pura y simplemente, sino un organismo de control presidido por Malenkov, porque su larga colaboración con el difunto hacía de él el mejor conocedor de sus métodos políticos, lo que, evidentemente, es muy diferente, si bien, como veremos, este correctivo haya ido desapareciendo a medida que la pugna por la sucesión se circunscribía alrededor de personajes cada vez menos numerosos.

2.° Lo único que al comienzo se podía esperar de dirigentes en plena autofagia era una aparente blandura en la aplicación de las concepciones políticas generales del Jefe Genial desaparecido —blandura que, por lo demás, pertenece como «momento», cuyos tiempos han sido científicamente explorados de antemano, a dichas concepciones—, tanto en el orden interno —relajamiento relativo en la aplicación de las consignas iniciales del V PQ, alimentos más baratos, mayor cantidad de bienes de consumo, amnistías moderadas, etc.— como en el internacional —ofensiva de paz, intentos para formar nuevos frentes con los socialistas y los burgueses progresistas sobre la base del abandono de la agitación social más cruda por los PC locales con vistas a separar a Europa de Estados Unidos, armisticio en Corea, nuevas relaciones comerciales con el mundo libre, etc.—, y todo ello en razón de la necesidad en que se encontraron los nuevos dirigentes rusos de proceder durante un tiempo bastante prolongado al reajuste de la máquina revolucionaria, operación sumamente delicada por la desaparición del eje central, sobrevenida en un momento de gran tensión como fué subsiguiente al XIX Congreso.

3.° Por haber tenido numerosas oportunidades de comprobar que el proceso de descomposición de las democracias occidentales hacia la izquierda, ya bien encaminado por la destrucción sin matices de la barrera alemana [6], había

[6] De vez en cuando hay que llamar a las cosas por su nombre; Alemania era —y sigue siendo— la única barrera posible ante la fuerza de expansión del comunismo. Que esta Alemania, durante un tiempo demasiado prolongado, haya sido la de Hitler no cambia en nada un hecho que la geografía y la geopolítica bastan para explicar. Si la política rusa de Hitler fué equivocada, la de Roosevelt no resultó más acertada, si bien por razones distintas; como tampoco lo fué la de Truman, la de Churchill y la de una corriente influyente de la diplomacia francesa. Como tampoco parece serlo, por el momento, la de los señores Eisenhower y Foster Dulles. Por lo demás, Hitler tuvo sobre los personajes citados la superioridad de haber intentado oponer al expansionismo comunista el obstáculo de sus armas, mientras que los otros, en nombre de la cruzada ideológica contra el fascismo, sólo lograron abrirle irremediablemente las puertas de Europa

sido detenido en seco por la política staliniana de intervención brutal en Europa y en Asia, los nuevos amos de Rusia, puestos ante la necesidad de desunir aquello que el dictador había unido, tuvieron que actuar de modo muy particular para convencer a Occidente de que su política internacional se inspiraba en propósitos opuestos a los de su predecesor. Incluso si esa nueva línea adoptó el viso de la hostilidad con respecto a la obra y a la persona del dictador —tal como apareció en la relación leída por Jrushchov en 25 de febrero de 1956 ante los asistentes rusos al XX Congreso del PC, relación que sirvió de base para la llamada política de «destalinización»— nada permite excluir que Stalin haya sido justamente quien, antes de desaparecer, sugiriese la adopción de este viraje en caso de necesidad. ¿No fué acaso Stalin quien dijo en una oportunidad que «la revolución no tiene tiempo de enterrar ni de llorar a sus muertos»?

4.° Contrariamente a lo que han pretendido, y siguen pretendiendo, los neutralistas de París, de Londres y de Nueva Delhi y de El Cairo, ninguno de los acontecimientos que se han producido en la URSS entre la muerte de Stalin y la afirmación de Jrushchov, demuestra que los propósitos generales del comunismo ruso hayan cambiado en lo más mínimo. En la URSS, no hay clan de los *da* y clan de los *niet*. Hoy solamente un clan —el de los *da*— que, por encima de toda disensión entre personas, siempre está de acuerdo cuando se trata de revolución mundial. Stalin puede haber desaparecido en un momento, en efecto, muy oportuno. Sus sucesores, cualesquiera que sean sus biografías particulares, no tienen otro remedio para sobrevivir fuera del de aplicar, según las modalidades sugeridas por las circunstancias, las cláusulas de su herencia; que es también, y sobre todo, la herencia de Lenin.

5.° Así, casi sin esforzarse, los sucesores de Stalin lograron dividir a los occidentales según las normas trazadas por su predecesor; y no constituye siquiera una contradicción que esta hazaña de la diplomacia soviética haya coincidido con una crisis interior aguda, agravada por las complicaciones de la

---

y de Asia. La acción diplomática llevada a cabo durante las hostilidades y en el período inmediatamente posterior, por los gobiernos de Londres y de Wáshington, creó una serie de hipotecas a partir de las cuales Moscú sólo podía cosechar frutos muy positivos sin otra fatiga que la de esperar con paciencia la maduración de los gérmenes sembrados por sus «aliados» de los años 1941-1945. Tan es así que, durante la sesión del 10 de febrero de 1954 de la conferencia de Berlín, Mólotov, considerando que Rusia había cubierto etapas suficientes en su política de disgregación del bando occidental, pudo proponer a los Estados *europeos* la conclusión de un pacto de seguridad mutua que excluyera a los Estados Unidos del continente, esto es, una especie de frente popular diplomático que hubiera puesto a dichos países, muy desarmados, a merced de la muy armada Unión soviética. Maniobra que está repitiéndose a consecuencia del lanzamiento de la «luna artificial» del ciudadano N. S. Jrushchov, y que se repetirá cada vez que los rusos alimenten dudas acerca de la solidez de su frente interno.

lucha por la sucesión. Nada más ingenuo que las apreciaciones que aparecen de cuando en cuando en la prensa occidental con respecto a los cambios registrados en el estado mayor moscovita. Todos sus componentes, sea cual fuere la actitud que finjan adoptar y por irreconciliables que aparezcan sus rivalidades, siempre concurrirán, cada uno con sus medios y en el sector a él asignado, a la obra de disgregación de Occidente. En el terreno internacional, Malenkov equivale a Stalin como éste equivalía a Lenin, y Jrushchov a Mólotov, del mismo modo que, en el orden interno, Serov es igual a Beriia como éste lo era a Iágoda, y Dzerzhinskiy a Moisés Uritskiy. La revolución se realiza por muchos caminos. Siempre es la revolución [7].

Cuando se destituye, o se sustituye, a un primer ministro, generalmente ello es porque la dirección marcada a su gobierno no ha podido o sabido atemperarse a las necesidades políticas vitales del país o a los intereses generales, o momentáneos, del grupo que lo había situado en el poder. Así sucede por doquiera, en Oriente como en Occidente. Así sucedió siempre, fuera cual fuera la forma del régimen imperante.

La diferencia entre formas normales de gobierno y formas totalitarias radica en el modo en que esas sustituciones, remociones o destituciones, se realizan. En régimen demoliberal, no significan que la carrera ministerial así interrumpida lo esté definitivamente. Francia e Inglaterra nos proporcionan ejemplos numerosos de caídas ruidosas seguidas por retornos insospechados. Winston

[7] Del mismo modo que los círculos «generalmente bien informados» de París, de Londres y de Wáshington se volvían locamente optimistas cada vez que *mon ami Litvinov* (según la célebre expresión del finado Edouard Herriot) volvía a ocupar la dirección de la diplomacia soviética, los mismo círculos, a los que se unieron los órganos de la prensa neutralista de los que hemos hablado en las páginas anteriores, se pusieron a vaticinar mañanas rosados cuando la lista de los colaboradores ministeriales de Malenkov fué dada a conocer. El 6 de marzo de 1953 —puesto que *papasha* había desaparecido, aparentemente por defunción natural— la fuente de todos los optimismos occidentales surgió del nombramiento de Anastasio Mikoián para el cargo de viceprimer ministro encargado de la cartera de Comercio Interior y Exterior, y todo era debido esencialmente a que, en dichos círculos y órganos, Mikoián pasaba por partidario incondicional (!) de relaciones económicas amplias y prolongadas con el mundo libre, particularmente con Inglaterra y Estados Unidos. Los agudos redactores de *Le Monde*, y demás órganos de la *intelliguentsiia* neutralprogresista, olvidaban solamente que un ministro de Comercio Exterior no puede tener relaciones comerciales más que en el extranjero. Olvidaban también que Rusia comercia con el exterior cuando el hambre de sus ciudadanos se vuelve insostenible. Finalmente, olvidaban que las aperturas de relaciones comerciales de los países totalitarios preceden generalmente a ofensivas de tipo político y, si es necesario, militar. Valga para recordarlo la actividad desarrollada por el alemán Dr. Clodius en los Balcanes entre 1935 y 1941. En 1944, el mismo Dr. Clodius pasó —*volens, nolens*— al servicio de la URSS en calidad de consejero del comercio exterior.

Churchill, Anthony Eden, Joseph Caillaux, Léon Blum, etc., sus derrotas y sus resurrecciones, están presentes en todas las memorias.

En la Rusia de antaño, esas interrupciones se daban, salvo contadas excepciones, de la misma manera. Si bien un primer ministro saliente no podía abrigar muchas esperanzas de volver algún día al poder, puesto que, en régimen monárquico, las experiencias ministeriales son generalmente largas y, por ende, exhaustivas, el monarca nunca renunciaba a los servicios de su colaborador de la víspera. Destituído por Alejandro I, Mijail Speranskiy no tardaba en transformarse en gobernador general de Siberia y, luego, en presidente de la Comisión imperial de reforma del código. Así, cuando Nicolás II tuvo que separarse de Sergio Vitte —porque su política de acercamiento a los grupos «progresistas» había tenido una influencia innegable en la prolongación de la revolución de 1905—, no por ello lo obligó a retirarse de los asuntos públicos. Le otorgó un escaño en el Senado y lo mantuvo en la presidencia del Banco Imperial. Asimismo cuando, en 1914, después del asunto Liman von Sanders, se encontró en la necesidad de reemplazar a Vladímir Kokovtsov —cuya política prudente había chocado con las tendencias más «dinámicas» de la diplomacia francesa—, le concedió el título de conde y lo nombró miembro del importantísimo Consejo de la Corona.

Todo cambió con el triunfo bolchevique que aportó a aquello que podríamos llamar metodología del poder en Rusia las transformaciones de estructura, cuyas últimas manifestaciones son —*en attendant mieux,* como dicen los franceses— la liquidación de Beriia, la remoción de Malenkov de su cargo de primer ministro, su eliminación, dos años más tarde, en compañía de Mólotov, Kaganóvich y Shépilov, de las instancias supremas tanto del partido como del Estado, y la exoneración del mariscal Zhukov de todos sus cargos y honores.

Durante el reinado de Stalin, conveniente es recordarlo para que el fenómeno no nos alcance desprevenidos cuando se repita, cada vez que un dirigente caía no tardaba en morir, salvo si había muerto antes de caer. Esta era una norma que, por la constancia de su repetición, asumía todas las características de una ley física. El caso de Malenkov y de sus compañeros de infortunio se inserta perfectamente en el fenómeno de bizantinismo genuinamente soviético que puede definirse como «ley de liquidación por tiempos sucesivos». Recordemos que después de la muerte de Lenin, Trotskiy fué removido del Comisariado de Guerra y nombrado presidente del *Goelro* (dirección de la electrificación) y que Stalin esperó un año más antes de echarlo del Politburó y del Comité Central, y dos años todavía antes de exilarlo a Alma Atá, en Asia central. Se admitirá que no deja de ser bastante sintomático que Malenkov, removido de su cargo de primer ministro en febrero de 1955, haya seguido perteneciendo al Praesidium del gobierno y al del partido hasta junio de 1957, momento en que, exonerado de todos sus cargos políticos y ministeriales, aun

del ministerio de Centrales Eléctricas (versión actual del antiguo *Goelro*), fué enviado a Asia central en calidad de director de la central hidroeléctrica de Ust-Kamenogorsk; que Mólotov haya sufrido la misma suerte y haya sido enviado a los sesenta y siete años a Ulan-Bator, capital de Mongolia Exterior, en calidad de embajador de la URSS; y que Lázaro Kaganóvich, a los sesenta y tres, haya tenido que asumir la dirección de una fábrica de cemento en Asbestod, lugar apartado de los Urales. Con lo cual nos resulta posible entrever cuál puede ser algún día la suerte reservada por el ciudadano Jrushchov a Gueorguiy Maximiliánovich Malenkov, a Viácheslav Mijáilovich Mólotov, a Lazar Moisevich Kaganóvich y a unos cuantos más.

Estas reflexiones sobre metodología del poder en la URSS no son tan gratuitas como podría parecer a primera vista, ya que sirven para captar el mecanismo del movimiento en sus causas y sus efectos inmediatos y para prever algunas de sus posibles consecuencias lejanas.

Sin volver a insistir sobre la fragilidad, más que ampliamente ilustrada y estudiada, de las fórmulas colegiadas de gobierno, probadas en la época contemporánea, recordemos, sin embargo, que la Rusia comunista fué sometida tres veces ya a semejante experimento y que, tres veces, fracasó: la primera cuando, a consecuencia de prolongarse la enfermedad de Lenin, los ciudadanos Zinóviev, Kámenev y Stalin formaron, el 16 de diciembre de 1922, aquella asociación de gobierno a la que Trotskiy apodó despectivamente *troika* para marcar el poco respeto que le merecían los tres individuos que se habían enganchado en la misma carreta, no tanto para asegurar la continuidad administrativa durante la ausencia de Vladímir Ilich, como para impedir que el creador del ejército rojo le sucediera en el poder; *troika* que de hecho se desenganchó en el momento mismo en que Trotskiy fué constreñido a abandonar el Comisariado de Guerra. La segunda vez cuando, para enfrentar la llamada «oposición de izquierdas» que, bajo la dirección de Trotskiy, Kámenev y Zinóviev, estaba poniendo en tela de juicio la posición adquirida por Stalin, éste se alió con la corriente de derechas de los «jóvenes economistas» y formó con Bujárin y Ríkov una segunda *troika* que duró de abril de 1925 a enero de 1928, momento en que Trotskiy fué desterrado a Asia central; después de lo cual, el georgiano no tuvo ya dificultad alguna para instaurar sobre las ruinas de las derechas y de las izquierdas —cuyos remanentes desaparecieron en la Gran Purga de 1935-1938— un poder personal ilimitado que duró hasta su muerte. La tercera vez, finalmente, cuando, la muerte de Stalin, los primeros jerarcas soviéticos prefirieron gobernar mancomunadamente bajo la presidencia del más débil de ellos para evitar que el entonces más fuerte, el jefe de la policía política Lavrentiy Beriia, se transformara en el heredero único de Dzhugashvili. Fórmula que, al comienzo, encerraba como en una bolsa a Malenkov, Beriia, Mólotov, Kaganóvich y Bulgánin y que, a finales de 1957, a consecuencia de la «renuncia» del

primero como incapaz, de la ejecución del segundo como «traidor», de la eliminación del tercero, del cuarto y de lo que quedaba del primero como «ovejas negras», y de la extinción progresiva del quinto por «senectud», ha visto surgir al hasta hace pocos años «innocuo» Nikita Serguéievich Jrushchov, el cual, utilizando a los unos contra los otros y a los militares contra todos, ha sabido transformar ese disonante quinteto en provecho exclusivo de su persona con miras a futuro Jefe Genial del pueblo trabajador.

Todo aquello que llevó al enjuiciamiento y a la ejecución de Beriia es conocido ampliamente. Baste recordar que este discípulo predilecto de Stalin cayó porque, como jefe del MVD y del MGB y de supervisor de todos los servicios de inteligencia del aparato estatal, político y administrativo, como amo absoluto del sistema de represión y como «conciencia» de sus mismos colegas, como regulador supremo de la cuarta parte de la economía colectivizada y guardián celoso de la doctrina, intentó aprovechar este inmenso poderío para acelerar los tiempos de la eliminación de sus rivales y cantar el «¡al fin solo!» que Stalin había entonado al disolver la segunda *troika.*

A partir del momento en que Beriia fué fusilado, era fácil prever que las rivalidades entre jefes de la casta tecnocrática (Malenkov, Saburov...), de la burocracia del partido (Jrushchov, Suslov...), de la vieja guardia staliniana (Mólotov, Kaganóvich...) y de las fuerzas armadas (Zhukov, Koniev...), rivalidades que se repetían en el seno de cada grupo, lejos de atenuarse, se iban a precipitar. Así, después de haberse unido para eliminar a su competidor más temible, los grupos restantes tenían que actuar necesariamente con vistas a expulsarse mutuamente, empezando por el más débil, de modo a reducir el campo de su acción al juego de los factores fundamentales. Como portavoz de la categoría de los técnicos industriales, indispensable pero desprovista de medios coactivos propios, Malenkov era el menos resistente del cuarteto y, para eliminarlo, el ejército tenía que representar, como en el caso de Beriia, el elemento de enlace entre burocracia del partido y vieja guardia staliniana. Pero que unos y otros entendiesen llevar el juego en exclusivo provecho propio, los acontecimientos iban a demostrarlo; todo ello era fácil preverlo [8].

A los precedentes históricos que acabo de recordar, bastaba agregar un conocimiento concreto, no sólo de las condiciones políticas, económicas y sociales

[8] Por mi parte, había previsto la necesidad «comunista» de estos acontecimientos. A este respecto, señalo los artículos que publiqué: el 14 de octubre de 1954, en el semanario *De Frente,* de Buenos Aires, con el título *¿Qué pasa en Rusia? La nueva dirección política;* el 29 de diciembre de 1954, en el diario *Clarín,* de Buenos Aires, igualmente, con el título *¿Amenazas para Zhukov?,* y de nuevo en el semanario señalado, el 31 de enero de 1955, con el título *Lucha entre duros y blandos.* El lector perdonará estas referencias que sirven para situar en su momento exacto previsiones que fuí el único, que yo sepa, en formular en la prensa occidental.

determinadas por el *new look* malenkoviano, sino también de las características intelectuales y mentales de los elementos en presencia que, por su estructura y su formación, sólo pueden ser elementos en pugna. Finalmente, era suficiente analizar con atención las noticias que se filtraban fuera de Rusia acerca de la pelea en curso, noticias que acabaron por juntarse en un fajo tal que, a finales de 1954, la inminencia de un estallido se había hecho evidente. En efecto, si bien estas noticias se referían principalmente al desarrollo de una polémica relativa al estado de la economía, algunas de ellas revelaban claramente que la economía no era más que un pretexto tras el cual empezaba a perfilarse una realidad *política* más concreta.

La primera de estas noticias políticas —el asunto «Abakumov-Ignátiev»— nos obliga a remontarnos a los meses anteriores a la desaparición del *vozhd*, es decir, al 13 de enero de 1953, día del estallido del asunto de los «médicos terroristas del Kremlín».

Ese día, la lectura de los comunicados relativos a la incriminación de los «envenenadores» revelaba que el ministerio de Seguridad del Estado (MGB) estaba ocupado, no ya por el mayor general Abakumov como en vísperas del XIX Congreso del PC, sino por Semión Denísevich Ignátiev, miembro del *Praesidium* del Comité Central.

Cuando Stalin falleció, la estrella de Ignátiev empezó a palidecer. Lo reveló, en primer lugar, su eliminación del *Praesidium* de 25 miembros, sustituído por el georgiano al antiguo y más reducido *Politburó* en el momento del Congreso El 6 de marzo, en efecto, esos 25 miembros fueron reducidos a 10, entre los cuales Ignátiev no figuraba. En esta misma fecha, Beriia volvía a asumir la dirección del Ministerio de Asuntos Internos (MVD) en el que se fundía el MGB. Ignátiev perdía, pues, su cartera ministerial, aun cuando conservaba su asiento en el Comité Central en calidad de miembro adscrito a la secretaría del partido.

Algunas semanas más tarde, durante la fase de ascensión de Beriia, los médicos envenenadores fueron rehabilitados y Riúmin, ex-adjunto de Ignátiev en el MGB, fué arrestado (sería fusilado el 23 de junio siguiente) e Ignátiev «destituído» de la secretaría del Comité Central.

El 26 de junio de 1953, le tocaba a Beriia ser arrestado; ya se conocen las consecuencias.

Hasta este momento, esa serie de depuraciones no llama particularmente la atención en razón de los singulares hábitos políticos soviéticos. Pero los hechos que siguen resultan bastante curiosos.

El primero se perfila cuando S. D. Ignátiev, removido y exonerado a consecuencia de la rehabilitación de los médicos, en vez de ser fusilado o deportado como sucede generalmente en la URSS, acabó por ser recuperado y reintegrado

en el aparato del partido. Después de haberse «regenerado» como secretario del PC de la república de Bashkiria, acabó volviendo al Comité Central [9].

El segundo coincide con la ejecución de Abakumov, anunciada el 24 de diciembre de 1954 como para festejar, con sentido macabro de la oportunidad, el primer aniversario de la de Beriia y de sus seis «compinches». De no haberse revelado útil por algún motivo la publicidad hecha alrededor de la muerte de Abakumov, esta ejecución se hubiera llevado a cabo secretamente, como sucede en los casos de menor cuantía, y nadie, fuera de Rusia, se hubiera fijado en una desaparición ocurrida tanto tiempo después de la caída en desgracia del «interesado». Como había sido arrestado por orden de Stalin y mantenido en la cárcel por Beriia, Abakumov no puede considerarse como cómplice de este último. Como, por otra parte, no había sido rehabilitado en ocasión de la caída de Beriia, tampoco se le puede considerar como su enemigo. Lo más probable es que Stalin había ordenado su arresto con el propósito de utilizarlo como eje de un proceso colosal contra algunos altos jerarcas, entre quienes podían figurar tanto Jrushchov como Beriia, y tanto Mikoián como Zhukov, proceso con el que el viejo facineroso proyectaba sin duda alguna repartir ecuánimemente las responsabilidades en un momento como el que, en vísperas de su muerte, empezaba a caracterizarse por un comienzo de paralización de la máquina económica soviética. La muerte de Stalin fué, pues, tan oportuna que no pocos observadores occidentales pudieron hablar de su eliminación. De todos modos, Abakumov era un testigo peligroso y en esto radica el secreto de su muerte.

---

[9] Resumen de una situación en que lo racional no parece ocupar un lugar de preferencia:

1. «El ex-ministro de Seguridad del Estado, camarada S. D. Ignátiev, dió prueba de ceguera política y de inadmisible espíritu de credulidad y de facilidad al dejarse engañar por aventureros y criminales como el ex-viceministro Riúmin, autor del vergonzoso montaje contra los nueve ilustres médicos soviéticos»: *Pravda* del 5 de abril de 1953.

2. «El Comité Central del Partido comunista de la URSS decidió exonerar al camarada Semión Denísevich Ignátiev de su cargo de miembro de la Secretaría del Partido»: *Izvestiia* del 7 de abril de 1953.

3. «Las primeras indicaciones relativas a la actividad criminal del traidor Beriia fueron facilitadas, a su debido tiempo, por los órganos del ministerio de Seguridad del Estado»: *Pravda* del 23 de diciembre de 1953.

4. «El compañero Semión Denísevich Ignátiev ha sido nombrado primer secretario del Partido comunista de la república de Bashkiria. El compañero Ignátiev había llevado a cabo en esta república una brillante acción política y una vasta tarea de reorganización»: *Izvestiia* del 17 de febrero de 1954.

La fortuna del feliz compañero S. D. Ignátiev merece tanto más señalarse cuanto que constituye un caso verdaderamente único en la larga crónica de las hazañas liquidatorias llevadas a cabo en la Unión soviética desde 1917.

Pero, al mismo tiempo que una medida de precaución, la eliminación de Abakumov constituyó una advertencia lanzada a la cara del partido, una advertencia y una invitación. Tan es así que la lucha entre «blandos» y «duros» del aparato, latente desde hacía un año, empezó a agudizarse y a salir del ámbito secreto del Kremlín a partir, justamente, de dicha ejecución. Esta lucha, que asumió la forma de una polémica cada día más áspera entre Malenkov y Jrushchov acerca de la preferencia que había que otorgar a los bienes de consumo o a los bienes de capital, no podía resolverse antes de que el ejército decidiese salir de la neutralidad aparente a la que se había recluído después del asunto Beriia.

Tras estas apariencias de neutralidad, los jefes de las fuerzas armadas, desde hacía varios meses, preparaban sus planes con toda frialdad y, si resulta aventurado afirmar que estos planes tendían ya entonces a la conquista del poder, es evidente, en todo caso, que habían sido concebidos para asegurar la presencia de los militares en todos los movimientos políticos habidos o por haber.

Durante el año 1954, numerosas desapariciones —que, esta vez, llamaremos «discretas» para diferenciarlas de las de Beriia y de Abakumov— se verificaron en Moscú. Me contentaré con señalar las más significativas.

En primer lugar, la de Alejandro N. Poskrebishchev, ex-jefe de la secretaría personal de Stalin. Como tal había manejado los mayores secretos de Estado y tenido acceso a los ficheros privados del *vozhd* en que figuraban, con todos sus fallos, los miembros más encumbrados de las «instancias supremas». Se trataba, pues, de un personaje tan peligroso como Beriia. Entre otras actividades, había colaborado activamente en la liquidación de Voznessenskiy, presidente del *Gosplan,* que, después de la guerra, pedía que la economía soviética dedicara una parte importante de sus recursos a la producción de bienes de consumo y siguiera el camino de una colaboración ininterrumpida con la economía americana. Voznessenskiy fué lanzado del *Politburó* y del partido el 5 de marzo de 1949; él también víctima del «Plan Marshall», y deportado a los Urales, donde fué ejecutado el año siguiente. Asimismo, a comienzos de 1953, Poskrebishchev ayudó poderosamente al montaje contra los «médicos envenenadores», entregando a su amo los elementos relativos a la «locustización» de Zhdánov y otros héroes de la Unión soviética, pero a comienzos de 1954, desapareció sin dejar rastro.

Ya en agosto del año anterior, esto es, en pleno asunto Beriia, los generales P. A. Arténiev y N. K. Spiridónov habían sufrido la misma suerte. El primero mandaba la guarnición especial de Moscú, el segundo la plaza del Kremlín, y eran miembros uno y otro de las Fuerzas de Seguridad Interior. En el mes de noviembre siguiente, V. M. Arutinov, jefe de la importante sección del partido en Leningrado, fué eliminado de mala manera, porque Jrushchov necesitaba adquirir el control sobre este segundo centro comunista de la Unión

soviética. Inmediatamente después de esta eliminación, una fuerte andanada alcanzó a los principales colaboradores provinciales del finado dictador. Así cayeron C. A. Arutinov, secretario del PC de Armenia; Mir Baguirov, primer ministro de la república de Azerbaidján; V. G. Dekanozov y B. Kobulov, ministro y viceministro del Interior de la república de Georgia; P. I. Meshik, ministro del Interior de la república de Ucrania, que fueron ejecutados al mismo tiempo que Beriia, etc.

Tan llamativas como estas eliminaciones resultaron ciertas resurrecciones, cuyos beneficiarios, esta vez, fueron altos jefes militares vejados y perseguidos por Stalin y por Beriia.

En septiembre de 1954 volvió a aparecer en público el mariscal Alejandro Novikov, técnico eminente de la aviación y héroe de la segunda guerra mundial, al que el *vozhd* había hecho degradar y deportar por sus «orígenes aristocráticos». Extraído de su lugar asiático de deportación, Novikov fué reintegrado en todas sus dignidades e instalado en el estado mayor de las fuerzas aéreas. Al mismo tiempo que él volvieron a ocupar altos empleos en el Estado mayor numerosos generales desplazados o deportados después de la victoria. Todo esto venía a ser el fruto de una colaboración entre partido y ejército, efectuándose dicha colaboración por encima de Malenkov, representante de la burocracia industrial, casta importante pero desprovista de poder, precisamente porque el contacto resultaba mucho más provechoso entre ejército y partido que entre ejército y tecnocracia, por cuanto el ejército podía obtener del partido aquello que los dirigentes del sistema industrial estaban en la imposibilidad de proporcionarle: modificaciones sustanciales en materia de organización rural, tendentes a transformar toda la producción agrícola en beneficio de las clases campesinas, con las cuales las fuerzas armadas, tradicionalmente, nutren la inmensa mayoría de sus efectivos y de sus cuadros subalternos. No olvidemos, por lo demás, que el *new look malenkoviano,* al dar la preferencia a la producción de los bienes de consumo, es decir, al fomentar el desarrollo de la industria ligera a expensas de la industria pesada, dejaba de lado los intereses de los campesinos, a quienes, como en los tiempos stalinianos, el gobierno seguía explotando para dar a la población de las ciudades —proletariado industrial en sus capas superiores, burocracia de las fábricas y de las administraciones funcionarios del partido, etc.— mayores cantidades de utensilios, de alimentos y de ropas, con el propósito de agrupar en provecho propio a fuertes núcleos de partidarios que la clase tecnocrática necesitaba para dar cuerpo a sus aspiraciones políticas. La popularidad que Malenkov estaba granjeándose en el país o para hablar con mayor exactitud, en la población de las ciudades, constituía un peligro concreto para los demás candidatos a la sucesión y los mismos funcionarios del partido —cuyo temple moral no se caracterizaba por cierto por el idealismo revolucionario— empezaban a manifestar una inquietante pa-

sividad política que revistas como *Kommunist* y diarios como *Pravda* subrayaban día tras día con preocupación creciente.

Por otra parte, dar preferencia a la producción de bienes de consumo, significaba relegar al segundo puesto la de bienes de capital. Ahora bien, los bienes de capital son, para el partido, una necesidad vital, puesto que su producción aumentada sin cesar es la base del marxismo tal como se le concibe en Moscú desde Lenin y Stalin, y constituyen para el ejército una necesidad tan vital como para el partido, puesto que, sin industria pesada en constante progresión, no puede haber armamentos, es decir, en suma, fuerzas armadas. Para los generales, Jrushchov —pese a ser tan enemigo de los campesinos «individualistas y candidatos a burgueses», como podía serlo Malenkov— era un aliado más apetecible y, sobre todo, más fácil de conquistar que éste, pues contrariamente al primer ministro, que había basado sus planes en la satisfacción de los deseos de una casta reducida y de sus clientes eventuales en las ciudades fabriles, el primer secretario podía mejorar la situación de los campesinos al precio de un retorno a la producción preferencial de los bienes instrumentales, tan necesarios a las fuerzas armadas como al aparato político, retorno condicionado por el relajamiento de la presión koljoziana. Pero faltaba el pretexto, un pretexto que sirviera a los militares y a los políticos. A los primeros, para que pudiesen convencer a los campesinos que sus condiciones de existencia iban a cambiar; a los segundos, para que lograsen sustentarse ideológicamente ante la base.

En noviembre de 1954, M. Z. Saburov, presidente del *Gosplan*, se vió obligado a declarar [10] que la producción de cereales permanecía estacionaria. La cosecha de 1954 no había conseguido aumento alguno con respecto a la del año anterior, pese a la extensión considerable de la superficie sembrada, lo cual venía a significar que la producción fué francamente inferior. Sin embargo, en el precedente mes de julio, las autoridades soviéticas cantaron victoria porque, según ellas, la habilitación de las tierras vírgenes y yermas permitió superar todas las previsiones. La sorpresa causada por la confesión de Saburov fué mayúscula, sobre todo si se tiene presente que, en el pasado, los responsables de la economía nacional sostuvieron siempre que, frente al aumento rápido de la población urbana, todo estancamiento de la producción agrícola sólo podía traducirse por un inmediato empeoramiento de las condiciones de vida de los habitantes de las ciudades.

Saburov atribuía la mala cosecha a «condiciones meteorológicas desfavorables». Estas, en efecto, parecen haber representado un cierto papel, pero no bastan para explicarlo todo. Desde hace más de un cuarto de siglo, la crisis de la agricultura soviética es un fenómeno endémico y difícilmente se admitirá que las

---

[10] *Pravda* del 8 de noviembre de 1954. Discurso pronunciado la antevíspera en ocasión del XXXVII aniversario de la revolución bolchevique.

condiciones meteorológicas puedan permanecer desfavorables durante tanto tiempo. La verdadera causa de este estancamiento es meteorológica tan sólo metafóricamente, pues si los dirigentes comunistas producen más a menudo la lluvia que el buen tiempo en las campiñas rusas, se trata evidentemente de una lluvia ideológica que no tiene nada que ver con las precipitaciones pluviales, cuya causa se encuentra en la naturaleza física.

La causa suficiente de la miseria incurable de la agricultura rusa está en el mismo régimen comunista en sus dos aspectos fundamentales: 1.°, la economía nacional concebida como economía de preguerra permanente; 2.°, la organización estatal o paraestatal de la agricultura. El primero de estos aspectos hace de la agricultura la parienta pobre de la industria al atribuirle fondos presupuestarios reducidos; el segundo la encadena, impidiéndole utilizar aun de modo racional esos fondos reducidos. Suponiendo inclusive que se le destine una fracción sensiblemente más abultada de las sumas dedicadas a las inversiones planificadas, la organización burocrática no permite que este aumento produzca efectos útiles proporcionales a su importancia. El caso se dió en 1954, si hemos de creer al compañero Saburov. Y ello explica por qué el «Plan Jrushchov», hecho público en septiembre de 1953, estaba en quiebra total un año más tarde.

Así, en *Pravda* el 21 de octubre de 1954, se podía leer que «...hasta ahora, las organizaciones encargadas de la comercialización y del almacenamiento han reunido pequeñísimas cantidades de legumbres frescas con vistas a una conservación prolongada, y ello no les permite vender estos productos en cantidades suficientes para el invierno y la primavera... El almacenamiento de las patatas para el invierno se reveló igualmente insuficiente en Leningrado, Saratov, Kuibishev...».

Señalemos que desde hace treinta años esas mismas recriminaciones vuelven a aparecer, temporada tras temporada, en la prensa soviética, pese a lo cual la situación empeora, temporada tras temporada, en razón del aumento vegetativo de la población. ¿De qué sirve, pues, la famosa planificación tan ejemplar a los ojos de los señores Charles Bettelheim, Pierre Mendès-France y otros Georges Friedman?

En el mismo diario había aparecido ya una serie de precisiones sobre la penuria de patatas que amenazaba a la población soviética en su conjunto [11]. La situación se revelaba más grave aún en lo referente a la remolacha [12] y a los productos de la ganadería [13]. Estos pocos ejemplos, tomados al azar entre mil otros, bastan para mostrar que la situación de la agricultura rusa, en

[11] *Pravda,* 11 de octubre.
[12] *Pravda,* 26 de octubre.
[13] *Pravda,* 11 de octubre.

el momento en que la temporada de otoño se aproximaba a su fin, era francamente calamitosa y que la carestía, una vez más, se cernía sobre el país.

En verdad, Jrushchov, como mantenedor de los supuestos ideológicos del partido, era el verdadero responsable de esta situación. El era quien había trazado los planes geniales que habían llevado a tan flacos resultados, pues en marzo-abril de 1953, Malenkov, al mismo tiempo que le «pasaba» la secretaría general del PC, le había confiado la tarea de reorganizar el campo para poder consagrarse enteramente a sus afanes de conquistar a los habitantes de las ciudades. La responsabilidad del primer secretario era obvia [14]. El ejército lo sabía,

---

[14] A partir del XX Congreso, esta responsabilidad, como vamos a ver pronto, asumió, si cabe, matices más stalinianos aún, por cuanto, después de la pausa concedida a los campesinos para conquistar su pasividad, Jrushchov volvió con todo desparpajo a los métodos en vigor en los tiempos del *vozhd*. Pero las variaciones ejecutadas por el primer secretario en el frente rural merecen algunas aclaraciones.

En el momento de la muerte de Stalin, la situación en el campo era desastrosa, y los *koljozniki* se apresuraron a aprovechar la oportunidad para sacar el mayor número de ventajas de una situación política que estaba volviéndose extremadamente flúida. Esta es la razón por la que, el 13 de septiembre de 1953, el Comité Central tomó una serie de medidas que pueden considerarse como de capitulación. Con ella, los trabajadores rurales podían adquirir propiedades privadas bajo forma de ganado, de accesorios agrícolas, de elementos menores de motorización, de *pequeñas granjas*, hecho que se juzgó entonces como un primer paso hacia la forma colectiva de la explotación de la tierra. Error evidente de interpretación, como están revelando los desarrollos ulteriores al XX Congreso. De todos modos, en 1953, el error era excusable por cuanto la medida se apoyaba en el considerando siguiente: «La prosperidad individual del hombre del campo significa la prosperidad general de la economía nacional.» Esta era justamente la tesis por cuya heterodoxia, en su tiempo, el profesor Ramzin y el «filósofo» Bujárin fueron sometidos a juicio. El lema adoptado en esta campaña de mejoramiento de la suerte del campesino era: «Una vaca en cada establo, una gallina en cada olla», lema que parece la repetición servil del programa formulado en 1595 por el rey de Francia, Enrique IV.

Aquello que llama poderosamente la atención no es tanto la violación de una de las tesis fundamentales del leninstalinismo, como la personalidad de quien asumió la responsabilidad de dicha violación. No se puede olvidar, en efecto, que, *en diciembre de 1950*, N. S. Jrushchov —el responsable de quien acabo de hablar— había sido nombrado dirigente máximo de la agricultura soviética con la consigna muy precisa de proceder por todos los medios a la proletarización definitiva del campo. He aquí las normas de esta proletarización decretada por Stalin *tras recomendación de Jrushchov*.

Como la producción *per capita*, después de casi veinticinco años de colectivización agraria, se mantenía perversamente por debajo de los promedios anteriores a la revolución, particularmente en lo que hace a los cereales y a la ganadería, Stalin tuvo que comprobar que su política agrícola había fracasado irremediablemente. Pero, puesto que los dirigentes comunistas son, ante todo, doctrinarios para quienes la destrucción de la clase campesina como ente social autónomo es la condición *sine qua non* de la industrialización, cuyo desarrollo constante es la cláusula necesaria de su mantenimiento en el vértice de la pirámide, no podía tratarse para ellos de volver a los métodos de explotación de los tiempos

pero sabía también que Jrushchov —y no Malenkov— era quien podía remediar esta situación o, mejor dicho, las consecuencias políticas de esta situación. Sobre todo, sabía que Malenkov estaba adquiriendo popularidad en el mundo obrero, en el mismo aparato político y, caso único en lo que iba de historia del régi-

---

prerrevolucionarios. Stalin y Jrushchov sólo podían considerar una solución: la de hacer más dura la presión del aparato sobre la clase rural. Así, en vez de renunciar al sistema de las granjas colectivas o, por lo menos, de agilizarlo, se decidió ensancharlo y agravarlo mediante la agrupación en conjuntos más vastos de todas las granjas colectivas existentes en una región determinada. A partir de 1950, se emprendió, pues, contra *todos* los campesinos rusos la campaña de defraudación, llevada a cabo en los años treinta contra los solos *kulakí*. Los campesinos «deskoljozizados», si me atrevo a decir, debían agruparse en amplios conjuntos que recibieron el nombre de *Stalina agrogorodi*, esto es, «ciudades agrícolas de Stalin», en los que la reunión de 500, 1.000 y hasta 2.000 familias debía facilitar la solución de los problemas de la preparación profesional, de los turnos de trabajo, del empleo de los tractores, de la subsistencia y, sobre todo, de la vigilancia y del rendimiento. Los campesinos así separados de sus parcelas domiciliarias, alejados por la fuerza del lugar habitual de su trabajo, lo perdían todo como los *kulakí* veinte años antes y debían proceder ellos mismos a la construcción del *agrogorod* al que eran asignados, antes de que transcurrieran tres años. La edificación de las casas particulares debía efectuarse fuera de los turnos de trabajo, lo que elevaba la jornada laborable a un mínimo de trece a quince horas sin aumento de sueldo.

Este plan espeluznante, trazado personalmente por N. S. Jrushchov, mereció la aprobación entusiasta del «padre de los pueblos». Sistemáticamente concebido, no en función del bienestar del campesino sino de los imperativos ideológicos de la secta, pasaba enteramente por alto el hecho de que su aplicación encontraría la oposición, aunque fuera pasiva, de sus «beneficiarios» y determinaría nuevos descensos en la producción de alimentos y la muerte de numerosos individuos, ya sea por hambre, ya por ejecución o deportación. Con lo que sabemos acerca de los métodos stalinianos, no podía tratarse de un descuido, sino de una planificación despiadada.

Que el mismo Jrushchov, autor del plan que el repentino agravarse de la situación económica de la URSS obligó a *postergar* en 1951, haya sido quien, después de la muerte de Stalin, se encargara de ofrecer seguridades a los campesinos libertados por el verdadero acontecimiento providencial que fué la desaparición del viejo facineroso, hubiera debido bastar para inspirar serias dudas acerca de la sinceridad de las disposiciones tomadas por el Comité Central en septiembre de 1953. Señalemos, además, que, como había hecho su maestro en los tiempos dorados de la colectivización, Jrushchov no vaciló en acusar a los subalternos y agentes de ejecución de la burocracia estatal de haber violentado los derechos de los campesinos con la política de «agrogorodización». En todo este asunto, la sinceridad del primer secretario fué inversamente proporcional al sentido de su propia estabilidad. Ya en 1953 era fácil prever que sus medidas de distensión rural desaparecerían una vez que se sintiese firmemente asentado en el poder.

En efecto, todo cambió a partir del XX Congreso, en febrero de 1956, pese a la tan cacareada destalinización. En realidad, el cambio parece haber empezado algún tiempo antes si tenemos presente que, en su relación, la comisión agrícola del congreso informó que el número de los *koljozi* se había reducido de 254.000 a 87.371, y que el rendimiento había mejorado sensiblemente desde que se había obligado a los campesinos a ocuparse

men, en el país en general. En la contienda por la sucesión, ésta era una realidad que nadie había previsto. Había, pues, que salirle apresuradamente al paso.

El problema consistía en transferir a Malenkov y a los suyos las equivocaciones de Jrushchov, esto es, en proclamar que las deficiencias registradas se

---

de sus parcelas solamente en sus horas de asueto. En lo que hacía al futuro, el delegado de la provincia de Cherkassy, un tal F. I. Dubkovetskiy, señalaba ante el Congreso la necesidad de «volver a considerar la cuestión de la participación de los granjeros colectivos en la economía comunitaria, de modo que el granjero no trabaje durante un mínimo de horas laborables, sino durante el año entero... Las parcelas más pequeñas pueden reducirse a un común denominador, con un máximo de un décimo de hectárea para cada hombre físicamente capaz». No por nada, en 1948, Jrushchov había hablado del «gusanillo de la propiedad privada que subsiste aún en la mente del *koljoznik*», gusanillo que siempre actúa «contra el equilibrio entre los intereses del Estado, el *koljoz* y el campesino colectivizado».

Eso no es todo. El 10 de marzo de 1956, *Pravda* publicaba un decreto del Comité Central refrendado por el consejo de ministros, según el cual «es esencial que las parcelas privadas de las granjas colectivas sean de importancia secundaria hasta que el sector colectivo se haya desarrollado lo suficiente para satisfacer plenamente las necesidades públicas y personales del *koljoznik*. La parte principal de los ingresos del *koljoznik* debe provenir de su participación en la producción del *koljoz*, mientras que su parcela debe revestir esencialmente una importancia subordinada a las necesidades colectivas, debiendo constituir solamente un recreo típico de su modo de vida». Otro decreto, publicado por *Pravda* el 29 de junio del mismo año, atacaba la propiedad privada de la vaca única tan enfáticamente reconocida como derecho inalienable en septiembre de 1953.

Aquí nos toca volver al error señalado en el comienzo de la presente nota: la muerte de Stalin había producido en la sensibilidad de los observadores occidentales un impacto tan fuerte que les quitó toda facultad para proceder al examen objetivo de los hechos que se sucedían en la URSS a medida que se desarrollaba la lucha por la sucesión. Quien escribe estas líneas ha sido uno de los pocos que expresaron la conveniencia de no entusiasmarse demasiado acerca de las disposiciones de ablandamiento consentidas entonces por las autoridades soviéticas. Cierto es que su voz no podía ser escuchada, como tampoco podía serlo la de un Bertrand D. Wolfe, por ejemplo, cuando personalidades como el señor Foster Dulles y el mismo presidente Eisenhower, de acuerdo por una vez con Aneurin Bevan y P. Mendès-France, se declaraban persuadidos de que Rusia estaba «liberalizándose» y que nada ni nadie podría detener este proceso irresistible de «democratización». Han sido necesarias la tragedia húngara y la eliminación del mariscal Zhukov —en quien la Casa Blanca, no se sabe exactamente por qué, veía como a un ángel de la paz— para dar la razón a los escépticos e ilustrar las equivocaciones de «especialistas del hecho soviético» que, como Isaac Deutscher o André Pierre, se decían seguros de que, gracias a los *nuevos* dirigentes rusos, la suerte del ciudadano de la URSS no iba a tardar en volverse tan envidiable como la del ciudadano norteamericano.

Semejante error se vuelve a cometer cada vez que el Kremlín procede a un movimiento táctico que, aparentemente, modifica o contradice un movimiento anterior y así, al dejarse engañar por las apariencias, se olvida que, con el comunismo, la táctica es variable, porque sus dirigentes, sean quienes fueren, tienen que amoldarse a una realidad

debían a los excesos demagógicos de una administración que, para distribuir zapatos, trajes y camisas, había dejado arruinar la agricultura, mientras que, como sabemos, la agricultura no había dejado de decaer a partir del momento en que los planificadores stalinianos la habían colectivizado. Malenkov no fué más que el heredero pasivo de una situación desastrosa que intentó subsanar con compras de trigo y de alimentos en el exterior. Sin embargo, como el ejército tenía que eliminar primero a Malenkov, que venía poniéndose ciertamente peligroso, la culpa de esta situación le fué achacada con toda tranquilidad. El mismo Jrushchov, por supuesto, se encargó de la operación.

La facilidad con que el favorito de Stalin se dejó convencer de confesar públicamente, el 8 de febrero de 1955, errores que no había cometido, señala con toda nitidez la debilidad de su posición de jefe del clan de los técnicos industriales.

La filosofía que se sitúa en la base del sistema marxista responde al nombre de filosofía de la contradicción y se desentraña por el método dialéctico que Marx recibió de Hegel y transmitió, transportándolo de la Idea a la acción revolucionaria, a sus herederos de Occidente y de Oriente con la consigna de echar a perder definitivamente un mundo que, antes de su aparición, no era muy hermoso, por cierto, pero podía alimentar aún la esperanza de resultar más habitable algún día. Ahora bien, para apreciar el hecho soviético, el observador no marxista utiliza generalmente el método que la lógica formal pone a su alcance, método a menudo inoperante porque quien lo emplea olvida que los hombres que se encuentran en el centro de este hecho —los dirigentes comunistas— se atienen rigurosamente para actuar a los imperativos de la dialéctica de los contrarios. De ahí el desconcierto que cunde en los círculos occidentales cada vez que algo importante sucede en la sociedad rusa, sobre todo en sus altas esferas.

De esta suerte, cuando, en la última semana de enero de 1955, la agencia *Tass* anunció que Anastasio Mikoián abandonaba el ministerio de Comercio,

---

que no son los únicos en determinar, puesto que el resto del mundo concurre a elaborarla, pero a la que se amoldan sin dejarse distraer de su objetivo supremo. Se olvida, en efecto, que ante todas las variaciones tácticas determinadas por la realidad exterior, la estrategia permanece inmutable. Finalmente, para volver a la «liberalización» de la sociedad soviética, anunciada por el Sr. Foster Dulles, se olvida que, de producirse realmente, obligaría a la clase dirigente soviética a negarse a sí misma. Ver al respecto: MILOVÁN DJILAS: *The New Class. An Analysis of the Communist System,* Nueva York, 1957, donde el mecanismo de la captación de todos los órganos de la sociedad por una oligarquía que se ha formado para asegurar su permanencia en el poder con sus enormes privilegios, es estudiado en todos sus detalles, de la necesidad de una industria altamente desarrollada a la de una agricultura totalitariamente sometida en beneficio exclusivo de la casta que se ha adueñado de la sociedad y ha instaurado en provecho propio nuevas formas de propiedad de las fuentes de riqueza.

después de haberlo dirigido casi ininterrumpidamente durante veinticinco años, los observadores de Wáshington, de París y de Londres no atribuyeron mayor importancia a la noticia. Se sabía que los dirigentes soviéticos estaban polemizando acerca de los métodos económicos en curso de aplicación. Se sabía que la agricultura estaba causando preocupaciones. Se sabía también que Jrushchov pasaba por muy ambicioso. Pero no eran pocos quienes afirmaban que, una vez liquidado Beriia, todo había vuelto a su cauce normal y que la administración funcionaba regularmente. El ejército permanecía en sus cuarteles, ajeno a toda preocupación política e interesado tan sólo en mejorarse técnicamente. En cuanto al gobierno, dictaminaba Aneurin Bevan una semana escasa antes del golpe, estaba fundado en la amistad entrañable de sus miembros, singularmente en la que, desde hacía muchos años, unía a Jrushchov y a Malenkov, y todo indicaba que había alcanzado una estabilidad que nada podría poner en peligro durante muchos años.

El retiro de Mikoián, que, por lo demás, conservaba sus funciones de viceprimer ministro, era, pues, una medida de administración corriente con la cual Malenkov y Jrushchov acababan de confirmar su acuerdo. La misma convocatoria del Soviet Supremo para el 6 de febrero de 1955 no podía responder más que a preocupaciones de orden internacional, determinadas por la inminencia del rearme alemán, etc., etc.

Ahora bien, si estos observadores querían decir que la rivalidad Malenkov-Jrushchov se había resuelto en un compromiso entre técnicos «blandos» y políticos «duros» con la remoción de Mikoián, se equivocaban grandemente por cuanto, en buena dialéctica de los contrarios, no hay compromisos, sino superaciones. En este caso, el choque de la tesis Malenkov con la antítesis Jrushchov sólo podía resolverse por la eliminación del jefe de los «blandos» o la del jefe de los «duros». Así considerado, el compromiso conseguido con el retiro de Mikoián sólo debía tomarse como una pausa táctica, un momento de respiro en vista de operaciones futuras. Y puesto que el choque de los contrarios, base, para los marxistas, de toda dialéctica histórica, se mostró a la luz del día y vino a manifestarse por la eliminación de personajes importantes, una inminente reanudación de la lucha era de esperar [15].

* * *

Que algo se estuviese madurando, muchos lo sospechaban. Pero pocos fueron aquellos que no se sintieron desconcertados al precipitarse los acontecimientos que llevaron, el día 8 de febrero, a la pasmosa autocrítica con que Malenkov se

[15] *Senno del poi,* como dicen los italianos. Señalo que, por mi parte, anuncié como posible el 1.° de febrero, la inminencia de un choque definitivo entre Malenkov y

reconoció incapaz de seguir ejerciendo sus altas funciones, y a su reemplazo en el cargo de primer ministro por el mariscal Bulgánin, acontecimientos que tenían su punto de arranque formal en la crisis de producción en que se debatía la economía soviética, y su causa real en la lucha por el mando supremo que desde la muerte de Stalin y la ejecución de Beriia, levantaba uno contra otro al ejército y al partido; primeros actores de una contienda en la que los burócratas y los técnicos también tomaban parte con los medios limitados de que disponían.

¿Quién fué el beneficiario real de esta operación relámpago?

Las apariencias estaban a favor del primer secretario del PC, porque todo había sucedido como si las fuerzas armadas hubiesen repetido, contra los «blandos» de la administración y a favor de los «duros» del partido, la maniobra que les permitió en junio de 1953 ayudar a aquéllos a deshacerse de la policía. Pero el hecho de que, esta vez también, Jrushchov hubiese solicitado la colaboración del ejército significaba que éste estaba haciéndose irreemplazable, y lo demostraba el nombramiento de Zhukov para el cargo de ministro de Defensa. La instalación en la jefatura del gobierno de un hombre como Bulgánin, por partes iguales político y profesional (había sido primer ministro de la RSFSR), administrador de alto nivel (después de la eliminación de Piátakov llegó a ocupar la dirección del Banco del Estado), miltar o, si se quiere ser más exacto, paramilitar (comisario político del ejército Zhukov durante la defensa de Moscú, se había graduado, después de la guerra, en la Academia de Estado mayor), miembro de las instancias supremas (pertenecía al *Politburó* ya antes de la guerra), esta instalación hacía de él, más que el beneficiario de la operación, una especie de compromiso entre ejército y partido, que no se consideraban suficientemente fuertes, cada uno por su cuenta, para cosechar ya todos los frutos de su victoria. Formalmente, el mariscal Zhukov era quien, en esa jornada singular, recogió los mayores triunfos. Además de su ascenso al cargo esencial de ministro de Defensa —que reúne las tres armas en un sólo departamento—, había logrado el control de las fuerzas de seguridad, supeditadas al ejército después de la supresión de Beriia.

En apariencia, la única síntesis formal conseguida con la operación del 8 de febrero fué la relativa a la organización económica, puesto que la destitución de Malenkov devolvía la preferencia a la fabricación de los bienes instrumentales. Pero, tras esta fachada, son numerosos los elementos que nos permiten opinar que algo parecido había sucedido en el plano político. Lo esencial de

---

Jrushchov y la probabilidad de una participación determinante del ejército en esta operación. Aquel día, remití a la redacción del diario «Clarín», de Buenos Aires, un artículo que, con el título *La salida de Mikoián y la vuelta al stalinismo*, fundamentaba los pormenores de la operación del 8 de febrero.

estos elementos se encuentra concentrado en los trabajos del XX Congreso del PC de la URSS —que estudiaremos a su debido tiempo— celebrado en Moscú en la segunda quincena de febrero de 1956 y durante el cual Jrushchov condenó de modo tan espectacular y, en verdad, inesperado, la memoria de Stalin en su acción y su pensamiento. Estos elementos, que empezaron a acumularse a partir de febrero de 1955, encontraron su primer punto de conjunción a partir de ese congreso; pero solamente ahora —es decir, después de la eliminación de Zhukov— asumen su sentido total: el de una pugna cada vez más enconada entre ejército y partido, en la que, hasta el final, el ejército se mantuvo a la cabeza, desde la restauración del orden interno, por la humanización —relativa, claro está, porque se trata de una humanización realizada en el marco soviético— de las relaciones entre ciudadanos y gobierno, hasta la condena de Stalin y del stalinismo, pasando por la eliminación de los corifeos de la vieja guardia, Mas éste es un fenómeno cuyo mecanismo examinaremos igualmente a su debido tiempo.

Mientras tanto, el baile de los dirigentes y de los altos funcionarios se había reanudado una semana escasa después del nombramiento de Malenkov para el cargo de ministro de Centrales eléctricas.

* * *

Sin insistir más de la cuenta en la revocación de seis miembros del Colegio Supremo de la URSS —entre los cuales el siniestro I. O. Matulévich, presidente de dicho organismo en la época de la Gran Purga y, por consiguiente, actor de primerísima fila en la liquidación de Tujachevskiy y de sus colegas del comando supremo del ejército—, revocación que tuvo lugar el 11 de febrero, me detendré en la reaparición a bombo y platillo de Anastasio Mikoián a los quince días de haber sido separado de su cargo de ministro de Comercio. Reaparición que efectuó, no ya como ministro de Comercio, sino como viceprimer ministro y representante soviético en la Feria Internacional de Leipzig, donde ese ex-exponente del clan «blando» advirtió «duramente» a los occidentales de los peligros implícitos —para ellos— en el inminente rearme alemán.

Esta reaparición como pregonero de la política de fuerza de sus enemigos de la víspera, de un hombre que, dos semanas antes, se había visto obligado a llamarse a sosiego porque era el colaborador principal del blando Malenkov, suscitó interpretaciones equivocadas acerca del mar de fondo moscovita. De hecho, no faltaron quienes, a la luz de este retorno, interpretaron los acontecimientos del 8 de febrero como si se hubiese tratado de una simple rotación ministerial, del tipo de las que se dan en Occidente, y no faltaron, especialmente en París, donde semejantes rotaciones se dan con frecuencia ejemplar. Y aquí es donde reside el equívoco. Con perdón de los brillantes pensadores de *Le Monde*, *L'Express* y *L'Observateur*...

Mikoián volvió, no porque hubiese mar de fondo en Moscú, ni porque no lo hubiera. Volvió porque ese armenio tramoyista pertenece a la categoría de los héroes del eterno retorno, esto es, de aquellos que siempre se las arreglan para estar con el vencedor.

Cuando, en 1924, es decir, en plena NEP, se empezó a hablar de él en Moscú como de un técnico financiero «talentudo», que militaba con los llamados «jóvenes economistas», los cuales, bajo la dirección de Bujárin, estaban ayudando tan eficazmente a Stalin a eliminar la corriente «izquierdista» de Trotskiy, entregándole los supuestos prácticos de la teoría del «socialismo en un solo país» que el candidato a dictador utilizaba para combatir la tesis de la revolución permanente. En 1926 pasaba a formar parte del *Politburó* tras recomendación de Sergo Ordzhonikidze, con quien había luchado en el Cáucaso durante la guerra civil, y recibía inmediatamente la cartera de Comercio Interior y Exterior, tras recomendación de Bujárin. Stalin no tardaría en reconocerlo como «genio de los negocios».

Ahora bien, una vez anulado Trotskiy, el dictador no tuvo otra idea inmediata que desembarazarse de Bujárin. Para ello, se transformó de la noche a la mañana en jefe de la tendencia izquierdista decapitada, lanzándola al asalto de los «jóvenes economistas», a quienes acusó de querer restaurar el capitalismo. Mikoián, que hasta entonces había sustentado con gran acopio de argumentos la tesis de su maestro, según la cual, para subsistir como plaza fuerte del único país socialista, Rusia tenía que prolongar durante muchos años aún la Nueva Política Económica, adoptada por Lenin a regañadientes en 1921, y evitar todo obrerismo apresurado; Mikoián, pues, pasó a servir con la misma eficacia la política de colectivización y de industrialización adoptada por Stalin. El fué quien organizó los «procesos industriales» de los años treinta que Stalin necesitaba para eliminar lo que podía subsistir de iniciativa privada en la economía soviética. El fué quien proporcionó a los dirigentes del *Gosplan* los capitales líquidos y las divisas fuertes indispensables para la puesta en marcha de la gigantesca empresa de los Planes Quinquenales. El fué quien se las arregló para transformar en dólares, en francos y en libras esterlinas los cereales arrancados a una clase rural diezmada por la colectivización. No se inmutó siquiera cuando Bujárin fué fusilado, y cuando Ordzhonikidze, perseguido por Stalin, desapareció de modo tan misterioso que nadie pudo creer que su muerte había sido natural, se contentó con pronunciar un discurso a la gloria de la... GPU. Las teorías de Voznessenskiy sobre colaboración económica de los Estados Unidos, tan parecidas a las que él mismo había sostenido después de su largo viaje a la Unión en 1936, que podían pasar por su copia servil, no tuvieron enemigo más enconado que él cuando el *vozhd*, a partir de 1945, empezó a considerar a todo americano como a su enemigo personal. Siempre fiel a sí mismo, el 8 de febrero de 1955, se resignó, una vez más, a unirse al bando vencedor. Con todo,

justo es reconocer que este equilibrista genial es también un financiero de primera fuerza, y que su permanencia ininterrumpida en el poder obedece a la ley tradicional en la URSS según la cual, mientras se puede fusilar a un filósofo, a un policía o a un diplomático, un técnico de talento es intocable porque su especialización lo coloca más allá del bien y del mal.

El retorno de Mikoián coincidió con una larga serie de promociones y de remociones que fué llevada a cabo en las semanas consecutivas a la sucesión de Malenkov [16].

Es fácil comprobar que este movimiento ministerial en cadena, lejos de limitarse a los organismos técnicos más directamente relacionados con la economía, alcanzó todas las reparticiones cuyo control tenía que ser considerado como esencial por los nuevos dirigentes.

El 28 de febrero, M. G. Pervujin y M. Z. Saburov eran promovidos al rango de primeros viceprimeros ministros. Estas promociones aparecen como bastante contradictorias para con las directrices fundamentales del 8 de febrero si tenemos presente que sus beneficiarios habían sido colaboradores directos de Malenkov. Pero no resultan tan contradictorias si consideramos que se trata de dos

---

[16] Estas promociones y remociones revelan claramente la tendencia entonces imperante a la despolitización del sistema. Que con el triunfo del partido sobre el ejército a finales de 1957, esta tendencia haya de ser abandonada en provecho de la tendencia contraria, no cambia nada a una orientación que se impuso durante dos años, como lo revelan los pormenores siguientes: tras la reorganización operada por Bulgánin (marzo de 1955), el *Praesidium* ministerial comprendía, además del primer ministro, 5 primeros viceprimeros ministros: V. M. Mólotov, L. M. Kaganóvich —remanentes con Bulgánin del quinteto malenkoviano—, A. I. Mikoián, M. Z. Saburov, M. G. Pervujin, y 8 viceprimeros ministros: V. M. Malichev, A. N. Kossiguin, P. P. Lobanov, I. F. Tevossian, G. M. Malenkov, A. P. Zaveniáguin, V. A. Kucherenko, M. V. Jrunichev. De estas catorce personalidades, tan sólo dos (Mólotov y Kaganóvich) pertenecían a la vieja guardia, es decir, al clan de los stalinianos duros. Y pronto veremos cómo Mólotov y Kaganóvich serán reducidos poco a poco a la impotencia y a la capitulación.

De los otros doce, ninguno pertenece a la vieja guardia. Ni siquiera Bulgánin y Mikoián. Todos, por el contrario —incluídos Bulgánin y Mikoián—, se habían dado a conocer, más por su actividad de técnicos industriales, de administradores y de organizadores comerciales y financieros, que por una actuación puramente política en el PC de la URSS. Bulgánin había sido chekista durante un período prolongado, después de la revolución de octubre, ello es cierto, pero no olvidemos que Lenin, en su calidad de fundador de la Iglesia comunista, consideraba a los policías, incluso a su amigo el terrorista Dzerzhinskiy, esencialmente como técnicos puros y se negaba a reconocerles la calidad de hombres políticos, lo que, si hemos de creer a Trotskiy, siempre había disgustado considerablemente al creador y organizador de la *Chekà*, hasta producirle verdaderos ataques de histeria que, como es de suponer en semejante personaje de avería, se resolvían infaliblemente en nuevas purgas, a expensas de los «enemigos del proletariado».

técnicos de primer plano miembros de la casta de los gerentes industriales y de los administradores, cuya actividad siempre se desarrolló en el terreno de la economía, su actuación política fué la correspondiente a su situación de jefes de grandes organismos de la producción que los hacía indispensables, y que el estado industrial soviético no puede privarse de los servicios de técnicos importantes. Al primero, que es un especialista en cuestiones electrotécnicas, no debía costarle mucho servir a un amo o a otro. En cuanto a Saburov, era esencialmente un planificador industrial al que Malenkov había vuelto a colocar a la cabeza del *Gosplan,* de donde Beriia lo había depuesto, en su breve momento de esplendor, para así controlar directamente un organismo vital en virtud de su incidencia en los sectores económicos locales, a los que quería descentralizar, concediendo mayor autonomía a las repúblicas alógenas, elemento básico —como reveló el inciso 4 de su acta de acusación— de sus planes de conquista del poder [17].

Aquello que sucedió al filósofo G. F. Alexandrov —que tuvo que ceder «por ineptitud» el ministerio de Cultura al diplomático Nikolai Mijáilov— ilustra más claramente aún esta tendencia a la despolitización. En primer lugar, porque el ministerio de Cultura es en la URSS un órgano extremadamente importante —lo es en el mundo entero, pero lo es, sobre todo, en Moscú, donde agrupa, además de todas las reparticiones nacionales relacionadas con la instrucción pública, las direcciones de prensa y propaganda, el control de la formación cultural de los *agitprop,* la supervisión de la Academia de Ciencias y de los institutos de investigación no relacionados con la defensa nacional, los órganos de orientación de las Bellas Artes, de la cinematografía y de la sociedad de escritores, etc.— ; en segundo lugar, porque la personalidad de Alexandrov como filósofo es muy conocida, aun cuando, justo es subrayarlo, no haya aportado ningún elemento de progreso a la madre de las ciencias y del conocimiento, tal, por lo menos, como se la concibe en este retrógrado mundo burgués occidental.

En 1946 había obtenido un «Premio Stalin» por su *Historia de la Filosofía de Europa Occidental.* Adoptada en una primera época como manual universitario, esta obra fué puesta en el índice por la Academia de Ciencias y retirada

---

[17] Tan genial acomodador de restos como el mismo Stalin, Jrushchov hizo adoptar por el Soviet Supremo, el 7 de mayo de 1957, un plan de reestructuración total del sistema industrial de la URSS, basado precisamente en la descentralización de la red económica por la creación de 92 regiones dirigidas por Consejos económicos locales teóricamente autónomos. Con esta reforma, que se hizo coincidir con la remoción de los planificadores máximos, Saburov y Pervujin, gran parte de los ministerios económicos existentes en Moscú fueron suprimidos —salvo los que se ocupan de las industrias de defensa—, 800.000 empleados despojados de sus empleos y grandes cantidades de técnicos industriales enviados a trabajar a provincias; con lo cual la casta de los *managers* recibió un golpe definitivo.

de la circulación por «desviacionismo idealista», tras una filípica virulenta pronunciada por Zhdánov, penitenciario mayor de la secta staliniana. Como es fácil pensar, Alexandrov en *su* filosofía se mostraba más materialista que el que más; pero, al reconocer en su manual que el idealismo alemán venía a representar un papel primordial en el nacimiento del marxismo, tal pensamiento chocaba con las tesis de la secta, según las cuales, Marx no podía deber nada a nadie; tesis inventada por Stalin para sentar «científicamente» su idea de separación del mundo en dos bloques antagónicos: el capitalista y el socialista. Al primero, pues, todos los errores del idealismo; al segundo, todos los méritos de la verdad autoconcebida en función materialista. En realidad, Alexandrov, él también, fué víctima del Plan Marshall.

Después de un eclipse bastante prolongado, volvió a reaparecer en el momento de la caída de Beriia, asumiendo la dirección del ministerio de Cultura. Por breve que fuera su paso por el gabinete, surtió algunos resultados positivos, entre los cuales la eliminación de Trofim Lisenko, de sus secuaces y de sus teorías, figura en primer plano.

El asunto de los comisarios políticos del ejército constituirá el último aspecto de esta parte de nuestro examen.

El 6 de marzo de 1955, esto es, menos de un mes después del movimiento, el mariscal Iván Stepánovich Koniev, comandante del importante sector militar de los Cárpatos, se dirigía a las jerarquías bajo sus órdenes y a numerosos representantes de las autoridades políticas, anunciando la supresión inminente del cuerpo de comisarios políticos del ejército. El día siguiente, *Krásnaia Zvezdá*, órgano del ministerio de Defensa, especificaba, comentando esta declaración, que, «de ahora en adelante, la formación política de la tropa quedará asegurada mediante el concurso de oficiales profesionales». Como es lógico, tanto el comentarista como el mariscal, envolvían esta píldora amarga en mucho jarabe ideológico y, a fin de facilitar su ingestión —o de divertirse un poco más— invocaban el magisterio leninstaliniano [18].

El cuerpo de comisarios políticos del ejército —útil será recordarlo— fué creado en los albores mismos de la revolución, y el régimen bolchevique, en la época en que Trotskiy empezaba a organizar el ejército rojo, lo había concebido como medio permanente e inapelable de presión sobre las fuerzas armadas. Los comisarios eran el ojo del partido en las unidades grandes y pequeñas, sobre

[18] Con lo dicho, parecerá bastante extraño que, a finales de octubre de 1957, el mismo mariscal Koniev haya sido uno de los actores principales de la defenestración de Zhukov, a quien acusó en *Krásnaia Zvezdá* de haber «saboteado» la formación política de las fuerzas armadas. Lo es bastante menos si recordamos que Koniev —que, antes de 1941, hizo casi toda su carrera en las fuerzas de seguridad— había colaborado íntimamente con Stalin en la liquidación de Tujachevskiy y de sus amigos.

todo en el cuerpo de los oficiales profesionales, y sus prerrogativas eran tan amplias que, en caso de conflicto con éstos, ellos eran quienes imponían su decisión, aun cuando ésta chocase, no sólo con la simple disciplina, sino también, en período de actividad bélica, por ejemplo, con la seguridad de la tropa. Ello tuvo consecuencias incalculables en el momento del primer conflicto con Finlandia, y esta es la razón por la que el mariscal Timoshenko llegó a obtener entonces la facultad de limitar, en la fase más agobiante del conflicto con Alemania, la actividad de los comisarios a las cuestiones de formación política de los reclutas antes de su salida para el frente. Pero, ya antes del final de la contienda —cuando la derrota de Alemania no podía dejar lugar a dudas—, los derechos de los comisarios volvieron a ser restaurados en toda su extensión con el pretexto de la depuración necesaria de las unidades contaminadas por sus contactos con los capitalistas, amigos o enemigos, de Europa. Se puede decir, pues, que desde la creación del ejército rojo hasta la muerte de Stalin, la historia militar de la URSS fué igualmente, en una medida casi siempre trascendente, la del conflicto del PC con el estado mayor de las fuerzas armadas. La suerte sufrida, antes de la guerra, por los mariscales Tujachevskiy, Iegorov y Blujer y, después de 1945, por Zhukov y Novikov, basta para ilustrarlo.

Esta supresión significaba que, después de treinta y ocho años de supeditación al partido, los generales habían logrado imponer el concepto del «comando unitario, fundado en el principio de la jerarquía táctica», como proclamaba con pedantería el ya mentado comentarista de *Krásnaia Zvezdá*. Stalin nunca hubiera aceptado semejante capitulación, como tampoco su enemigo íntimo León Davídovich Trotskiy.

* * *

Tales fueron las condiciones en que empezó a desarrollarse el duelo final entre ejército y partido, que debía protraerse durante más de dos años. Antes de abordar la última parte de este examen, no me parece inútil formular algunas observaciones relativas al partido comunista, en la situación de extrema fluidez en que se encontraba, en el momento de la salida de Malenkov, a consecuencia de la desaparición, por obra de los militares, de la armazón policial creada para sostenerlo y ayudarlo a imponerse, aun en las circunstancias más adversas como había sucedido en el momento de los extraordinarios desastres de 1941.

Bajo muchos aspectos de la vida social rusa, esta fluidez resultaba visible incluso para los ojos menos prevenidos: en las granjas colectivas, los campesinos dedicaban más tiempo al cultivo de sus parcelas individuales que al de los terrenos comunitarios y, en no pocos casos, no vacilaban en aumentar dichas parcelas a costa de dichos terrenos; en las fábricas, los obreros ya no temían ser deportados por atrasos reiterados o por incumplimiento de las normas fijadas; en las calles, se empezaba a hablar en alta voz y si nadie se atrevía aún a cri-

ticar abiertamente el régimen, eran bastantes quienes manifestaban abiertamente su admiración por el ejército y su repulsa por las siniestras hazañas de la época staliniana. Un fenómeno de desinterés, sin atenuantes, por el partido se manifestaba en todos los círculos de la sociedad, en los sindicatos, en las universidades, en el ejército, en las asociaciones de escritores y de artistas, en los mismos centros culturales del PC.

Mas el partido seguía existiendo, las agitaciones verbales del ciudadano Jrushchov lo demostraban. Pero, a los ojos de todos, estaba transformándose en un ente abstracto, reducido a funcionar en el vacío ideológico más desolador. Sus actos más audaces consistían entonces en codificar las condiciones «científicas» de la lucha antirreligiosa en un clima que descartaba cuidadosamente la violencia, el insulto y el escarnio, en el que se suplicaba a los militantes de contentarse con demostrar a los creyentes —a quienes no se calificaba ya de supersticiosos—, con argumentos sacados de la filosofía materialista y de las ciencias de la naturaleza, cuán grande era su equivocación. A esto parecía haberse reducido el poder de un partido que, no hacía tantos años, había impuesto su ateísmo con métodos algo más draconianos, como el fusilamiento de los obispos, la deportación de los clérigos y de los fieles y la transformación de los templos en museos antirreligiosos —cuando Iaroslavskiy se sentía delicado—, o en lupanares, cuando se dejaba llevar por su naturaleza [19].

En cuanto a la acción de la «base», se había reducido en aquellos meses a la

---

[19] Si se considera aventurado atribuir esta «longanimidad» a la impotencia, se pueden consultar las fuentes siguientes que, por ser fuentes soviéticas, no provocarán el recelo de nuestros intelectualoides progresistas: 1.°, un editorial publicado por *Pravda* en 24 de julio de 1954, con el título, «Desarrollar más ampliamente la propaganda por el ateísmo científico»; 2.°, un artículo, firmado S. Judiakov, en el número 13 (septiembre de 1954) de la revista *Kommunist*, órgano del Comité Central, con el título, «Cuestiones importantes relativas a la propagación del ateísmo científico»; 3.°, una disposición del Comité Central del PC de la URSS, dada a conocer el 10 de noviembre de 1954 con firma de Nikita S. Jrushchov, con el título «Acerca de los errores cometidos en la orientación de la propaganda en el pueblo a favor del ateísmo científico». Nótese que en ninguno de estos títulos se habla de propaganda «antirreligiosa».

He aquí, además, el título de algunas obras publicadas recientemente por *Gosizdat*, siempre dentro del espíritu señalado: P. PAVIOLKIN, *Las supersticiones religiosas y los daños que provocan*, Moscú, 1951; A. TSARITSIN, *El materialismo dialéctico como base del ateísmo proletario*, Moscú, 1952; V. PROKOFIEV, *Dos morales. Moral religiosa y moral comunista*, Moscú, 1953; S. JUDIAKOV, *Cómo desechar las supersticiones religiosas*, Moscú, 1955, etc.

Las declaraciones hechas por N. S. Jrushchov en noviembre de 1957 acerca de la necesidad de desarrollar con mayor energía la propaganda por el ateísmo científico y de seguir considerando a toda Iglesia como incompatible con el comunismo, pueden ser la base de partida para nuevas persecuciones solamente si el petulante primer secretario logra llenar *enteramente* el vacío dejado por Stalin, lo que es dudoso...

que podía llevarse a cabo en reuniones de células que, por tener lugar por la noche al término de una jornada de diez horas de trabajo en la fábrica o el *koljoz*, se dirigían a individuos adormilados que sólo se despertaban para votar, con el entusiasmo que puede embargar a quien quiere irse a la cama, mociones incendiarias contra el belicismo de los americanos u órdenes del día indignadas contra la guerra bacteriológica.

Frente a esta falta de dinamismo, frente a un pensamiento ideológico que no lograba condicionar ninguna acción concreta, el ejército, plasmado por jefes que irradiaban ambición por todos los poros, despachaba a los comisarios, encerraba a los policías, determinaba el curso de la economía y aseguraba por su cuenta la educación política de la tropa, en el intento de subsistir a una ideología apolillada el muy concreto culto de la patria rusa. En este terreno iba a producirse el encuentro final.

Capítulo XXI

UN ENIGMA QUE DEJA DE SERLO

Primeros efectos fuera de Rusia de la lucha por la sucesión — Reestructuración de los países satélites — El bloque de Varsovia — Las relaciones de Rusia con China y el asunto Kao-Kang — La conferencia afroasiática de Bandoeng — Neheru y Chu En-lai — ¿Qué pasó con el *Kominform*? — Repercusiones de la zurribanda moscovita en los PC occidentales — La distensión internacional como necesidad interior — Del armisticio de Indochina a la conferencia de los Cuatro Grandes — ¿Existe una nueva política exterior soviética? — La estrategia, la táctica y el «espíritu de Ginebra» — La paz con Austria y el viaje de Adenauer a Moscú — La nueva política económica — Los asuntos del Cercano Oriente — Retorno de los neutralistas — ¿Hay ruptura entre la política exterior actual de los rusos y la de Stalin? — Las políticas exteriores soviéticas — Retorno a la táctica de los frentes populares

Todo lo que viene a continuación, y que cubre el paréntesis comprendido entre febrero de 1955 y octubre de 1957, esto es, entre la reducción de Malenkov y del clan de los técnicos por la conjunción ejército-partido, por una parte, y la exoneración del mariscal Zhukov de todos sus cargos políticos y militares, por otra, concurre a formar la crónica de la lucha enconada en que dirigentes comunistas y altos jefes militares se empeñaron, por encima de los acercamientos a que podían llevarles intereses circunstanciales, para resolver en provecho propio la pugna por la sucesión abierta por la muerte de Stalin. Como, para interpretar los altibajos de esa pugna, faltan muchos elementos de apreciación, en razón del estricto secreto con que el Kremlín lleva a cabo sus operaciones internas, me parece conveniente consagrar el presente capítulo a un examen, lo más objetivo posible, de los únicos hechos debidamente registrados, con el fin de sacar de su relación las pocas consecuencias que, en las condiciones actuales, sea lícito deducir. Para ello, lo más prudente será estudiar estos hechos desde afuera, es decir, desde las zonas periféricas del imperio soviético que nos entregan elementos de apreciación más fácilmente explorables.

Los efectos que la operación del 8 de febrero surtieron fuera de Rusia; y aun cuando hayan hecho impacto de diversos grados en la «sensibilidad» de los círculos dirigentes y de los ambientes diplomáticos de las capitales occidentales, nos permiten avanzar con comodidad relativa a condición de clasificar las cuestiones. Así, estudiaremos sucesivamente las relaciones de Rusia con los países satélites, con China popular y con el grupo occidental, sin olvidar a los partidos comunistas que actúan en el seno de este grupo, siempre a la luz de cada uno de los movimientos registrados en Moscú a partir del 8 de febrero.

* * *

Desde el primer día, las relaciones de Rusia con los países de la cortina asumieron un nuevo giro, ello es cierto, pero no en el sentido que entonces se creyó generalmente. Determinado, tanto por los acuerdos Raab-Mólotov —que estudiaremos más adelante—, como por los desenvolvimientos de la zurribanda interna, este giro es enteramente de orden estratégico y logístico y revela en la intención de quienes lo ejecutaron que los países mencionados debían transformarse, de Estados «asociados» en escuetos lugares de estacionamiento para las grandes unidades del ejército ruso, empeñado en vigorizar su dispositivo frente al grupo militar occidental.

Los momentos de esta vigorización son el apartamiento de Imre Nagy en Hungría, la reducción de los poderes de la vieja guardia staliniana en Checoslovaquia y el retroceso de la todopoderosa policía política polaca al común denominador moscovita. Estos tres momentos encuentran su punto de conjunción en el ascenso del mariscal Koniev al comando supremo de las fuerzas militares —rusas y satélites— estacionadas desde el Báltico occidental a la frontera de Bulgaria con Grecia y Turquía.

Para muchos, resultó sorprendente que la primera eliminación de Imre Nagy de la jefatura del gobierno magiar —la segunda que, como sabemos, es de noviembre de 1957, no puede relacionarse en absoluto con aquélla— no se resolviera en el retorno de su viejo rival Matías Rákosi, sino en la promoción de un célebre desconocido, Andreas Hagedus, técnico de la agricultura, de cuarenta años de edad, es decir, enteramente ajeno a las preocupaciones de la vieja guardia comunista húngara, la misma que se formó en 1919 a la sombra de Bela Kuhn. Nagy y Rákosi, por el contrario, surgieron de esta sombra, y si bien eran rivales desde los tiempos lejanos de la primera república comunista magiar, las corrientes que a ambos inspiraban parecían tener su abrevadero en las más puras aguas moscovitas. Ello significa que su rivalidad no encuentra su fuente en interpretaciones distintas de las teorías de la escuela ni tampoco —como se ha dicho demasiado a la ligera— en tesis económicas opuestas, sino, mucho más sencillamente, en los métodos diversos que cada uno de ellos preconizaba para obedecer a las exigencias generales de la estrategia rusa. Nagy propugnaba, es cier-

to, un relajamiento de la presión estatal y partidaria sobre los ciudadanos, como había hecho Malenkov hasta su caída, y exactamente por los mismos motivos: fundar su rivalidad con Rákosi en el agradecimiento de la población. Pero como ello no podía conseguirse sino al precio de una menor presencia de Rusia, tuvo que abandonar el lugar a personajes menos respetuosos de la realidad nacional porque, en ese período de reestructuración general, el estado mayor moscovita no podía admitir recriminaciones de ninguna especie en los países de la cortina. Un vulgar funcionario como Hagedus en la jefatura del gobierno, controlado por un «moscovita» sin tacha como Rákosi en la secretaría general del PC local, era exactamente aquello que Moscú necesitaba. De hecho, todas las medidas tomadas a partir de este momento tendieron a una mayor afirmación de la presencia soviética, aun cuando, como en la misma Rusia, las acompañaran remociones y rehabilitaciones destinadas a hacer tragar la píldora a los húngaros: destitución del odiadísimo Miguel Farkas de su cargo de ministro de Defensa, relajamiento de las normas de colectivización agraria, liberalización de la disciplina de trabajo en las fábricas, retorno de ciertos «desviacionistas» condenados con Rajk, etc., pasos que, como veremos, resultaron contraproducentes para con los objetivos buscados por Moscú, puesto que lo hecho en los años anteriores había sido suficiente para transformar a los magiares en enemigos decididos de toda forma de comunismo, moscovita o casero. Pero, por el momento, esto es, durante todo el año 1955 y los primeros meses de 1956, es evidente que ello dió resultados *aparentemente* satisfactorios, desde el punto de vista ruso, claro está.

La operación resultó más cómoda aún en Checoslovaquia. Con Hungría, este país satélite aparecía como el único que no estuviera totalmente ocupado, mientras hacía bastante tiempo que Rumania, Polonia y Bulgaria habían sido incorporadas prácticamente a la Unión soviética. Pese a apariencias constitucionales exquisitamente democráticas, el estatuto real de estos países era el de simples provincias rusas, porque todos sus servicios clave estaban en manos soviéticas desde antes de la fundación del *Kominform*. Por lo demás, Rumania, Polonia y Bulgaria no parecían capaces de proporcionar mayores preocupaciones en el orden estratégico en razón de su situación geográfica bastante apartada de Occidente como para permitir, llegado el caso, su anulación en pocas horas. Hungría y Checoslovaquia, por el contrario, ocupaban en el tablero estratégico casillas cuya pérdida hubiera sido irreparable, y era necesario, pues, controlarlas severamente mediante la ocupación total de sus órganos vitales, necesidad previa a cumplirse ante toda operación militar eventual contra el mundo libre. En un momento en que la tensión internacional asumía de nuevo características peligrosas, Hungría y Checoslovaquia constituían avanzadas que era preciso fortificar antes de que los occidentales estuviesen en condiciones de preparar su caída. Desde la eliminación de la «pandilla Rajk» en Hungría y de la «pandilla

Slansky-Clementis» en Checoslovaquia hasta la muerte de Stalin, la ocupación relativa de ambos países se había revelado suficente, por cuanto la presencia del amo bastaba para asegurar la unidad de acción necesaria a toda estrategia global. Pero, a partir del momento en que el Kremlín se hubo transformado en el epicentro del terremoto ocurrido en Moscú, cuyas sacudidas se manifestaban todavía inciertas en la lucha por la sucesión, todo podía volver a ponerse en evidencia mientras el control no se hiciese tan efectivo en Buda y en Praga como en Bucarest, Varsovia y Sofía. Para ello, no eran necesarios planes originales. Bastaba con repetir aquello que había resultado tan eficaz en Varsovia en el momento de la instalación del mariscal Rokossovskiy y de sus servicios militares y *políticos*. La reducción de Siroky en Praga se realizó por consiguiente con mayor facilidad aún que la de Imre Nagy en Buda.

Más ocupados que nadie, los polacos recibieron igualmente su dosis de «consuelos», aun cuando se tratara de consuelos distribuídos con ánimo de facilitar la presencia rusa: reducción de la presión anticatólica, mayor facilidad concedida a los campesinos para substraerse a los «beneficios de la colectivización», normas menos rígidas en las minas y en las fábricas y, sobre todo, de los jefes más odiados de la policía política que se habían hecho culpables de torturas aplicadas con sadismo horripilante. En enero de 1955, el gobierno del títere Bierut hacía proceder a la detención de Iusef Rozanski, jefe del departamento de fiscales del ministerio de Seguridad Pública, de Román Romkowski, ex-viceministro de la misma jurisdicción, de Thadeusz Fejgin, director del departamento de investigación; anunciándose la próxima apertura de un proceso contra ellos y sus colaboradores inmediatos.

Así, en Polonia como en Hungría y en Checoslovaquia, estaba afirmándose un movimiento que, al mismo tiempo que tendía por razones de oportunidad política a repudiar los aspectos más siniestros de la época staliniana, intentaba reforzar, racionalizándola, la seguridad del dispositivo estratégico establecido —con métodos diferentes pero con idénticos propósitos— por el dictador fenecido. Que tal fuera el objetivo real de los rusos, lo demostró la firma, el 14 de mayo de 1955, del instrumento militar rusosatélite conocido como «Pacto de Varsovia».

La astucia inspiró el anuncio de la firma de este pacto como respuesta a la ratificación de los acuerdos de París que, el 9 del mismo mes, establecieron las normas del rearme de Alemania occidental. En realidad, este mando unificado existía desde el momento en que empezaron a existir países satélites y, aparentemente, su «creación» no significaba nada desde el punto de vista militar y diplomático. La cosa cambia, empero, si la consideramos desde el ángulo de las realidades soviéticas, tal como hemos estudiado su desenvolvimiento en función de la necesidad para Moscú de adaptarse «monolíticamente» a condiciones internas transformadas por la desaparición de Stalin, condiciones que obligaban al Kremlín a mantener su seguridad a cualquier precio desde la periferia

de su imperio, para quitar a los occidentales toda posibilidad de interferencia en los asuntos rusos a través de los países satélites.

Anteriores al pacto de Varsovia, los acuerdos Raab-Mólotov, por los que los ministros de Relaciones Exteriores de la República federal austriaca y de la Unión soviética sentaban las condiciones de un futuro tratado de paz entre Austria y sus ex-enemigos, habían suscitado, no digamos ya esperanzas, pero sí conatos de esperanzas, en los países satélites que, contrariamente a esa nación tan favorecida, podían invocar el antecedente de haber sido los auxiliares de Rusia en la fase final de la Gran Guerra Patriótica contra Alemania. Los polacos y los húngaros, los checos, los rumanos y los búlgaros creían justificado preguntarse por qué no se les concedía el mismo trato que a una nación que, hasta el último momento, había luchado con tanto valor en el bando germánico. De esta pregunta, en el supuesto caso de que no se le opusiese una negativa total, podían nacer roces y descontento y, por ende, motivos de inseguridad para el dispositivo ruso. El pacto de Varsovia y la atribución del mando unificado de sus fuerzas armadas al mariscal Koniev constituían, pues, la más total de las respuestas posibles. Respuesta que, por otra parte, puede considerarse como la más lógica de las adaptaciones del sistema staliniano de ocupación a las nuevas circunstancias interiores del imperio comunista. Y, en efecto, todo ello constituía una stalinización tan completa de dicho sistema que la personalidad misma de Koniev basta para volver aventurada cualquier otra interpretación.

En un principio, se habló de Rokossovskiy que, por haber adoptado la nacionalidad polaca, era con toda evidencia un candidato satisfactorio. Pero Rokossovskiy, intachable como servidor de los intereses rusos, no alimentaba la menor simpatía por el stalinismo ni por sus métodos, por cuanto, entre 1937 y 1941, como amigo de Tujachevskiy, había sido deportado a Siberia después de haber perdido todos sus dientes a consecuencia de los golpes que le propinaron los sicarios de Iezhov. Por el contrario, Iván Koniev, antes de la guerra, había actuado en las filas de las fuerzas de seguridad, tomando parte en la represión de los levantamientos campesinos provocados en los años 30 por la «liquidación de los *kulakí* como clase» y ayudando luego a Stalin a depurar al ejército en el momento de la «conspiración» de Tujachevskiy. Se trataba, pues, del hombre más idóneo para un mando tan delicado que —el Kremlín lo sabía— no excluía serias posibilidades de rebelión por parte de los «fieles aliados» de las repúblicas populares. Aplastador nato, Koniev era el jefe militar ideal para esa singular alianza concebida, más contra sus miembros menores que contra los enemigos externos de Rusia. De hecho, esto pudo confirmarse cuando, a partir del 4 de noviembre de 1956, Koniev lanzó sus blindados al asalto de Budapest.

El sentido profundo del pacto de Varsovia no podía ser más que uno, un paso suplementario hacia la incorporación definitiva de las naciones satélites en el imperio ruso. Para que esta incorporación se hiciera efectiva faltaba solamente

—como seguirá faltando mientras le convenga a Moscú por motivos de oportunismo político— una simple sanción jurídica. Sanción que brotará de las anheladas peticiones que, cuando se lo «sugiera» el estado mayor de Koniev, brazo armado del expansionismo granrusiano, los parlamentos de Praga y de Budapest, de Sofía y de Tirana, de Bucarest y de Varsovia —sí, incluso de Varsovia— dirigirán al Soviet Supremo de la URSS para solicitar su transformación en Repúblicas Socialistas Soviéticas. Exactamente como sucedió en 1945, cuando el «parlamento» de Ungvar solicitó «la vuelta de los rusos subcarpáticos al seno de la madre patria rusa»...

* * *

Las relaciones de Rusia con China no siguieron caminos tan aterciopelados. Si bien resulta aventurado, como muchos lo hicieron en Londres y en Wáshington, hablar de hostilidad entre ambos países y aun de discrepancias fundamentales en materia doctrinal entre ambos regímenes. Parece cierto que a partir de la intervención de los chinos en el asunto coreano Mao había contestado con alguna frialdad a los ofrecimientos rusos de explotación mancomunada de los recursos de su país. En Corea, Rusia no llegó a correr ningún riesgo directo, y solamente China pudo haberse encontrado al borde de hostilidades con los Estados Unidos. Salvada esta eventualidad, más por la oposición del gobierno laborista británico a los planes del general McArthur que por la firmeza de su aliado moscovita, el gobierno de Peiping había empezado a llevar a cabo en Asia y toda el área extremoriental una política propia que, aun cuando pusiera enfáticamente el acento en la necesaria colaboración con Moscú, entendía desenvolverse con entera libertad y seguir sus caminos particulares hacia la edificación del socialismo. A partir de 1952, esta política vino manifestándose por la voluntad claramente expresada de proceder, sin interferencia ajena, a la explotación de los recursos nacionales mediante la creación de una red industrial autárquica; y, en el orden diplomático, por una actividad febril en las capitales asiáticas visitadas por la libertad a consecuencia de la segunda guerra mundial y abandonadas simultáneamente por la prosperidad.

Inmediatamente después de la desaparición del georgiano, se había hecho evidente que Mao Tsë-tung no aceptaría ya incondicionalmente los consejos de Moscú y que, por considerarse como el más viejo de los jefes comunistas vivientes y el más «calificado» de los teóricos del marxismo, haría su política personal, sacando de los rusos aquello que necesitaba, pero sin suscribir compromisos demasiado onerosos con el «hermano mayor» del Kremlín. Esta voluntad de independencia se hizo patente por primera vez a los ojos del mundo libre en el curso de la conferencia que, en junio y julio de 1954, se celebró en Ginebra sobre las condiciones para la terminación de las hostilidades en Indochina. Como se sabe, esta reunión de cancilleres se desenvolvió en dos tiempos: el tiempo

Dulles-Bidault, puesto bajo el signo de una inminente intervención armada de los Estados Unidos al lado de los franceses; y el tiempo Eden-Mendès-France que, tras una doble intervención parlamentaria y diplomática en la que habían tomado parte comunistas, elementos socialistas, los sectores neutralistas del Palais Bourbon, el Foreign Office, los representantes del grupo monopolístico *Unilever* y el banco Lazar, desembocó en la capitulación más completa. Ahora bien, en Ginebra, la voz cantante del bando «progresista» no fué ya la de *zheleznïy zad* —hemos dicho, Mólotov [1]— sino la de Chu En-lai. Hecho muy importante pues, hasta entonces, Wáshington se había opuesto invariablemente a la participación de China popular en cualquier conferencia a la que asistieran delegados estadounidenses. Esta irrupción del primer colaborador de Mao en el tablero internacional transformó completamente la situación. Por una parte, Foster Dulles, engañado por los franceses a quienes quiso ayudar, no podía seguir sosteniendo la idea de una intervención de su país en los arrozales del Tonkín, a partir del momento en que los principales interesados echaban el guante de modo tan poco conforme a la *gloire française,* pese a las baladronadas de Mendès-France; antes de consentir en la admisión de Chu, decidió, pues, retirarse. Por su parte, Mólotov, que había viajado a Ginebra con el designio de actuar una vez más como el eje de la reunión, tuvo que consentir un desplazamiento sin contemplaciones debido a su colega de Peiping, teniendo que contentarse con asistir pasivamente a sus ejercicios dialécticos. Este segundo elemento del juego ilustra bastante claramente, a mi entender, el estado a que habían llegado las relaciones rusochinas un año después de la muerte del *vozhd.*

La posición insegura en que Malenkov se encontró desde el primer día de su instalación en la jefatura del gobierno repercutió casi desde el comienzo en sus relaciones con su aliado asiático, quien, aprovechando estas nuevas circunstancias, supo imponer el acento en sus pretensiones a una autonomía teórica sustentada en una efectiva independencia política. De hecho, entre marzo de 1953 y fines de 1954, los rusos tuvieron que soltar las más apetitosas de las prendas que habían cosechado en China entre 1949 y 1953: administración del ferrocarril del Este chino, usufructo de Port-Arthur y de Dairén, sociedades mixtas para la explotación de los recursos mineros de China, etc. Semejante retroceso adquirió pronto proporciones tan inquietantes que, en octubre de 1954, Jrushchov, con el pretexto de una jira de inspección a las factorías agrícolas de Siberia y Asia central, alargó su recorrido hasta Peiping donde sostuvo conversaciones prolongadas con Mao, Chu y otros jefes comunistas. El resultado no debió

[1] Imposible de traducir literalmente en razón de su «fuerza», este apodo dado por Lenin al ciudadano V. M. Mólotov nacido Skriábin un día en que éste lo había irritado particularmente con su quisquillosidad de burócrata congénito, asume su sentido —relativamente culto— con el eufemismo «trasero de hierro».

ser muy satisfactorio, pues a su vuelta a Moscú desencadenó, sin tardar siquiera un día, su ofensiva contra la «blandura» malenkoviana. En Peiping, había podido comprobar que los chinos eran quienes, ahora, trataban de imponer sus condiciones por considerar que los rusos —cuya situación interior y diplomática conocían al dedillo— necesitaban mucho más de ellos que ellos de los rusos. La habilidad de Mao había consistido en apoyar su argumentación —según se deduce claramente de los hechos— en el stalinismo más puro, esto es, en la necesidad para su país, si quería triunfar del «cerco imperialista» y seguir siendo un aliado eficaz para Rusia, de proceder sin demora a su industrialización intensiva. Muchos cambios, pues, desde los tiempos stalinianos en que los chinos, para no suscitar la ira del viejo tirano, se contentaban con proceder a una industrialización rigurosamente limitada al lento desarrollo de la red existente antes de la revolución. Una vez muerto Stalin, el inventor del tridemismo pretendía recorrer por su cuenta en Asia el camino que el georgiano había seguido en Rusia a partir del primer Plan Quinquenal.

Por ser comunista puro, tal es por lo menos su pretensión y su esperanza, Jrushchov no podía más que suscribir. Pero empezó a preocuparse cuando Mao exigió que Rusia le entregara cantidades impresionantes de máquinas herramienta, kilómetros cúbicos de productos férricos en lingotes, y verdaderas huestes de técnicos industriales, elementos necesarios para que pudiera proceder a la industrialización acelerada que, en su mente, debía llevarse a cabo fuera de todo control ruso. Sabía perfectamente que los rusos no disponían de ningún excedente de maquinaria ni de técnicos porque su misma industria necesitaba una reestructuración general, empresa que, por su volumen incomensurable, había hecho retroceder a Malenkov —y a Jrushchov más tarde—, incitándolo a producir bienes de consumo, no por bondad de corazón, como es de suponer, sino porque la inestabilidad de su situación no le autorizaba a actuar con la energía de Stalin.

Al aliarse con los militares para eliminar a Malenkov —encarnación y jefe de la casta de los gerentes industriales— Jrushchov se salvaba y, al volver a poner el centro sobre la sagrada preeminencia de los bienes instrumentales, él y los militares salvaban al comunismo aun cuando ello implicara nuevos y prolongados sacrificios para el pueblo ruso. Pero ni él ni los militares podían remediar frente a los chinos una pérdida de prestigio que la productividad renovada de los japoneses volvía más inquietante aún. La responsabilidad de este estado de cosas no pertenecía a Malenkov, claro está sino al sistema forjado por Stalin y, en la medida en que se presentaba como su sucesor ideológico, a Jrushchov. Hemos visto ya las razones por las que el ejército optó por apoyar al partido contra los técnicos. La maniobra ejecutada en materia agrícola se repetía en el campo de la industria. Como Trotskiy, Malenkov cayó en virtud de la cuestión china y, como Trotskiy, se transformó en electricista antes de ir, como él, a con-

tar las estrellas a las estepas de Asia central, pese a no haber tenido más culpa en el «autonomismo» de Mao que Trotskiy en la defección de Chang.

Que Jrushchov y los militares rusos no pudiesen hacer nada ya para recuperar el terreno perdido en China, lo revelan las condiciones en que Mao y Chu procedieron, en la semana del 3 al 10 de abril de 1955, a la reestructuración de su aparato político. Lo revelan también algunos aspectos de la conferencia afroasiática de Bandoeng, que tuvo lugar entre los días 13 y 24 del mismo mes.

Es necesario recordar ante todo que los chinos habían pedido a Jrushchov una ayuda activa y efectiva, con todas las consecuencias fácilmente previsibles, en el asunto de Formosa. Jrushchov se la había prometido —ver el tono de la prensa y de la radio soviéticas en diciembre de 1954 y el siguiente mes de enero— porque no hacerlo hubiera sido para Rusia una nueva y, esta vez, irreparable pérdida de prestigio. Los militares se habían decidido a la operación del 8 de febrero, entre otras razones, porque sabían que no estaban en condiciones de lanzarse a una aventura que podía transformarse en guerra general. Con la remoción de Malenkov, evitaban daños mayores y, al mismo tiempo, se granjeaban el agradecimiento de Jrushchov al que ayudaban a descargarse de sus compromisos con Peiping sobre otro «responsable». Entonces, ante este abandono, Mao se decidió a proceder a la depuración de sus cuadros, que le sirvió de pretexto para hacer pasar a segundo plano sus recientes afirmaciones de desprecio por la presencia de la armada estadounidense en las aguas de Formosa.

Acerca de esta depuración, se han dado muy pocas interpretaciones acertadas. Los hechos son que, entre el 3 y el 10 de abril de 1955, el Comité Central del PC chino eliminó de su seno para enviarlos al de Confucio a tres personajes que, en medidas distintas aunque siempre determinantes, habían representado una función de primer plano en el nacimiento y la afirmación del comunismo asiático. Por orden de importancia en la jerarquía local, estos tres personajes eran Kao Kang, apodado el «emperador de Manchuria», el general Jao Shu-shih, jefe político de las provincias del Este chino, y el Dr. Liu Shao-ch'i, teórico del marxismo y fundador, inspirador y dirigente supremo de la sección «Asia-Australasia» del *Kominform,* es decir, responsable directo de la agitación comunista en Corea, la India, Indochina, Birmania, Malasia, Thailandia, Japón e Indonesia. Esta triple eliminación, como es de suponer, fué acompañada por la de militantes de menor cuantía que, además de esos tres «grandes conspiradores capitalistas», se habían distinguido por su pasado stalinista. Coincidencia cuanto se quiera, pero coincidencia sintomática.

El triunfador de esa semana china de la amistad, además de Mao Tsë-tung —demiurgo inalcanzable que se sitúa por encima del bien y del mal, incluso del bien y del mal como pueden concebirlo mentes dialéctico materialistas—, fué Chu En-lai, corifeo de la tendencia autonomista. Kao Kang, Jao Shu-shih y Liu Shao-ch'i eran meros agentes soviéticos formados en los arcanos de la es-

cuela, por los ya míticos Borodin y Galén. Nunca sufrieron reprimenda alguna por parte del Júpiter Tonante de la Plaza Roja, contrariamente a Mao que había sido alcanzado por algún que otro rayo moscovita y, en cierta oportunidad, después de 1927, excluído durante algún tiempo del partido. Kao Kang era el rival más peligroso de Chu a la sucesión del padre del tridemismo y ambos se odiaban cordialmente porque, cuando se trata de heredar el poder, es muy natural que los epígonos se tiren a matar, lo mismo en China popular que en la Unión soviética, donde lo que cuenta, por encima de todo, no es la pura doctrina, sino la cima de la pirámide; las teorías vienen a continuación. De suerte que, con toda la cortesía mandarina del caso —Chu es de familia aristocrática—, Kao Kang fué invitado a suicidarse, final del que resulta difícil que sus dos compinches se hayan podido zafar.

Con respecto al propósito de la conferencia afroasiática que inició sus trabajos en la localidad indonesia de Bandoeng el 13 de abril de 1954, bastará decir que fracasó completamente. El propósito era la constitución de una tercera fuerza neutralista que agrupara a todos los pueblos de color contra el imperialismo de los blancos. La idea surgió en la mente, siempre genialmente inspirada, del Sr. Neheru, cuyo inconmensurable odio a todo lo que es occidental encuentra atenuantes únicamente en su temor al comunismo de los chinos. El propósito fracasó porque existen pueblos de color —un color bastante atenuado, justo es decirlo— que se sienten mucho más próximos, por una u otra razón, a los blancos de Europa y de América, que al Dr. Kojo Otsio, representante de la Costa de Oro, y del mismo pandit. Estos pueblos —Irán, Pakistán, Iraq, Filipinas, Ceylán— formaron bloque contra Neheru y, al hacerlo, tuvieron el mérito de poner término a un equívoco que duraba ya demasiado tiempo. Reducido a la amistad del coronel Nasser y del Imam del Yemén, el primer ministro hindú se vió arrancar la batuta del movimiento antiblanco por Chu En-lai que, en verdad, es un jefe de orquesta mucho más consistente, aunque solamente porque sabe lo que quiere. Lejos de buscar la amistad personal del ya citado Kojo Otsio y de perder el tiempo pronunciando grandes discursos humanitarios, Chu se alió con los indonesios a quienes persuadió de que concedieran a China la exclusividad de las materias primas —estaño, petróleo, carbón, bauxita, manganeso, etc.—, que abundan en las islas y son necesarias a su país para alimentar su industria en ciernes y que Rusia no podía entregarle [2].

A este punto habían llegado las relaciones de Rusia con China en las semanas posteriores a la caída de Malenkov. Pero éstos no eran más que comienzos. Comienzos de una relación que iba a adquirir, día tras día, características sin-

[2] Sobre esta conferencia consúltese: general CARLOS P. RÓMULO: *El mensaje de Bandung*, Barcelona, 1957 (traducido del inglés). El autor fué delegado de Filipinas en la reunión afroasiática y su punto de vista es sereno y juiciosamente equidistante.

gulares; sembrando el desconcierto en las cancillerías occidentales hasta el punto de hacer creer inminente una ruptura que todos deseaban porque hubiera constituído para el mundo libre un triunfo sin precedentes. Sin embargo, aquí, quiero apuntar una vez más que nada permitía pensar en semejante eventualidad porque, para seguir en su empresa, Rusia y China, por encima de todas las divergencias doctrinales o prácticas, necesitaban —como siguen necesitando— una de otra. Cierto es que si, más allá de la alianza de Peiping con Jakarta, el bloque afroasiático llegase a concretarse algún día en una empresa auténticamente eficaz contra los blancos, la cosa podría cambiar por cuanto los rusos, por comunistas que sean, quizás empezaran a pensar en un peligro del que serían el primer objetivo. Si bien es cierto aquello que Lenin afirmaba sobre el camino de Moscú a París que pasa por Nueva Delhi, lo es mucho más que el de Peiping a París pasa por Moscú. Numerosos precedentes pueden recordárselo desde ahora, precedentes entre los cuales las invasiones tártaras ocupan un lugar preeminente. Pero la cosa no llegó aún a semejantes alturas y resultaría atrevido pensar que ello pueda suceder antes de que pasen muchos años. Por mi parte, estoy aún dispuesto a afirmar que las posibilidades de un conflicto de esa naturaleza dependen *prima facie* del grado de resistencia que Occidente sea capaz de oponer al empuje comunista. Quiero decir con ello que si las defensas occidentales siguiesen desmoronándose, rusos y chinos, después de haber acabado con ellas en Europa, en Asia y en Africa, no tardarían en entrar en abierta competición para el reparto del botín. Pero si Occidente y sus asociados del resto del mundo logran vigorizar sus estructuras políticas, sociales y militares y consiguen detener toda progresión ulterior del comunismo, la cooperación entre Peiping y Moscú seguirá afirmándose, porque su unión les es necesaria a ambos para poder resistir a una coalición militar siempre posible. Mientras tanto, Jrushchov y Mao pueden entregarse a todas las polémicas que quieran acerca de la doctrina, negar el uno aquello que el otro afirma acerca de las «contradicciones que existen dentro del pueblo», soñar, el primero, con una humanidad uniformada y admitir, el otro, «que florezcan cien flores» y que «rivalicen cien escuelas» [3], todo eso es ejercicio *pour la galerie*. El propósito permanece idéntico, trabajar mancomunadamente en la desintegración del mundo capitalista. Mientras éste logre mantenerse en sus posiciones, rusos y chinos seguirán fieles a

[3] Estas expresiones pertenecen al discurso pronunciado por Mao en Peiping el 27 de febrero de 1957, y publicado con el título: *En torno al problema de la justa solución de las contradicciones que existen dentro del pueblo.* El hecho de que, en Buenos Aires, este discurso haya sido difundido en su versión española por los servicios de información de la embajada soviética demuestra que estamos muy lejos de la ruptura, aun cuando las tesis de Mao choquen visiblemente con las que el ciudadano Jrushchov expone constantemente copa en mano.

su alianza. No creo que, por el momento, se pueda dar otra interpretación a este problema vital. Pretender lo contrario sería lanzarse, con toda irresponsabilidad, en la conjetura más gratuita y prepararse a cometer equivocaciones que podrían resultarnos mortales. Los hechos que examinaremos en la parte final de este capítulo aportan a esta tesis un suplemento de confirmación.

* * *

Menos complicado es el problema de las relaciones de la Rusia del 8 de febrero con el grupo occidental.

No insistiré mayormente en un hecho tan manido que lo conoce incluso Aneurin Bevan, ese agudo observador de la realidad moscovita. Este hecho es que, desde 1917, Moscú apoya su acción diplomática abierta en una serie de organismos clandestinos de espionaje, agitación social y sabotaje en los países que quiere, ya absorber, ya «incitar» al compromiso. Los más visibles de estos organismos —pero no los únicos, ni necesariamente los más eficientes— han sido el *Komintern* y el *Kominform,* acerca de los cuales se ha escrito mucho. Del primero se ha dicho todo, o casi todo. Para el estudio del segundo, bastará referirse al capítulo del presente libro relativo a tal asunto. Antes de examinar las condiciones de su disolución, recordemos que constituyó, entre 1947 y 1953, es decir, desde su fundación hasta la muerte de Stalin el todopoderoso *instrumentum regni* del cual el dictador se sirvió para implantar indefectiblemente su ley en los países de la cortina y llevar a cabo en los otros acciones de agitación social, destinadas a hendir las estructuras occidentales de defensa. Ahora bien: la historia general del régimen soviético revela que, cada vez que organismos de este tipo parecen llamarse a sosiego —fenómeno que es posible registrar cuando los hombres del Kremlín necesitan tranquilidad, bien porque está produciéndose en el interior de sus fronteras algo parecido a aquello que provocan en casa ajena, bien porque la singular amistad que los une empeña toda su actividad— Rusia vuelve a los métodos de la diplomacia clásica, demostrando querer congraciarse con el resto del mundo, y, simultáneamente, los efectivos de los PC del mundo libre empiezan a registrar bajas impresionantes.

No pocos indicios permiten pensar que la inacción del *Kominform,* visible ya antes de la muerte de Stalin, y más visible aún después del 8 de febrero de 1955, hasta el anuncio de su supresión en abril de 1956, se parecía mucho más al *rigor mortis* que a una de esas pausas tácticas a las que el Kremlín nos tiene acostumbrados. Entendámonos bien: con ello quiero decir solamente que, en el momento de la operación anti Malenkov, los nuevos gobernantes de Rusia estaban afrontando una situación interior de tal gravedad que se vieron obligados a adoptar medidas diplomáticas usuales —en apariencia, por lo menos— capaces de incitar a las demás cancillerías a no considerar con descon-

fianza sistemática todo aquello que provenía de Moscú. Justo es considerar también que organizaciones como la del *Kominform* mueren inexorablemente cuando la ideología que sirvió de pretexto a su nacimiento se ha vaciado de todo contenido, perdiendo su poder de excitación, aun cuando puedan seguir subsistiendo allí donde dicha doctrina ha conservado su capacidad de atracción sobre la masa de los militantes y de los simpatizantes. Esto es justamente lo que sucedió en Extremo Oriente, donde el *Kominform* —reducido al silencio en Occidente— siguió actuando a través de Asia y Australasia, aun después de su supresión formal en 1956. Ya que, después de esta fecha, los agentes maoístas en Birmania, Thailandia, la India, Vietnam, etc., continuaron desarrollando la misma actividad, con los mismos métodos y los mismos hombres, que en los años anteriores.

No mucho tiempo después del 8 de febrero, la comprobación reiterada de la inactividad del *Kominform* en Occidente contribuyó a crear, especialmente en París y en Londres, la atmósfera de ablandamiento que Mendès-France, Aneurin Bevan y sus amigos del clan neutralista francobritánico necesitaban para actuar, atmósfera a la que Wáshington tuvo que amoldarse porque había hecho causa común en un asunto al que hemos aludido, el arreglo Raab-Mólotov que, en el panorama general de la guerra fría, ofrecía características singulares.

Este arreglo venía a constituir, a la vez que el gesto positivo que Wáshington exigía para aceptar la apertura de nuevas negociaciones entre Este y Oeste, un paso hábil y poco costoso por parte de la diplomacia soviética. Poco costoso por cuanto, al ejecutarlo, los rusos no abandonaban ninguna de sus posiciones clave de Europa central y danubiana y solamente anulaban un centro de observación puesto a la disposición de los occidentales dentro de su propio dispositivo. Hábil en la medida en que hacía inevitable la adhesión de las demás potencias ocupantes a los términos de un tratado, cuya conclusión esas mismas potencias recomendaban desde hacía cuatro años. Sumamente hábil aun si consideramos que ese mismo tratado, en razón de las cláusulas de neutralización insertadas en su texto, no ofrecía peligro alguno desde el punto de vista estratégico para los rusos, que seguirían dominando a Austria desde Hungría y Checoslovaquia y siempre podrían volver a ocuparla en menos de veinticuatro horas, mientras que dicha neutralización cortaba irremediablemente las defensas occidentales al crear un vacío geográfico entre Alemania e Italia, en la prolongación misma del vacío helvético.

Era necesaria, por consiguiente, una fuerte dosis de optimismo para ver en la condescendencia rusa ante Austria el deseo de llegar a relaciones decididamente pacíficas con el grupo occidental. Como lo ilustraron los acontecimientos ulteriores, esta condescendencia sólo podía ser el reflejo de una de esas pausas tácticas de que la historia del comunismo ofrece numerosos y variados ejemplos. El desajuste provocado por la desaparición de Stalin estaba revelándose más

grave de lo previsto, y el reajuste de la máquina, de la que el dictador había sido el eje central, exigía infinitamente más tiempo de lo que se hubiera podido sospechar en marzo de 1953. En estas condiciones, la maniobra de Viena, ejecutada en una coyuntura interior peligrosa, constituyó un triunfo innegable de la diplomacia soviética, que tuvo el acierto de prepararla y de llevar a cabo sus etapas sucesivas con métodos que excluían rigurosamente cualquier clase de recurso propio de la agitación clandestina, tal como hubiera podido desempeñarla el *Kominform*. Pero, vuelvo a repetirlo, renunciar a este tipo de agitación y colocar al *Kominform*, ya antes de su defunción oficial, en el desván de los objetos pasados de moda, al mismo tiempo que desconcertaba a la diplomacia occidental, implicaba algunos riesgos para el Kremlín.

Por de pronto, los PC de Francia y de Italia recibieron con esta situación de hecho un impacto certero, cuyos efectos destructores han venido ampliándose desde entonces. Para calibrar las consecuencias de este impacto, ante las que nada pudieron las reacciones de Moscú, machaconamente reiteradas entre febrero de 1955 y noviembre de 1957, baste señalar que los efectivos del comunismo francés —que habían alcanzado el límite de 907.785 inscritos en 1945— bajaron a 506.250 en mayo de 1954, lo que representa una pérdida de 43 por 100; que los del comunismo italiano, dotado de mucha sensibilidad, perdieron 200.000 adheridos entre noviembre de 1954 y marzo de 1955; que entre esta última fecha y diciembre de 1957, 300.000 afiliados más se dieron de baja en el partido de Togliatti [4]; que el diario *L'Humanité*, órgano del PC francés, que, en 1946, tiraba 600.000 ejemplares bajó a 200.000 en noviembre de 1954 y

[4] Un comunicado de la FIOM (Federación Italiana de los Obreros Metalúrgicos) perteneciente a la CGIL, publicado a finales de junio de 1955, revelaba que en 84 empresas, las elecciones gremiales celebradas en el curso de los meses anteriores habían hecho descender a los comunistas del 66,48 por 100 de los puestos ocupados por ellos anteriormente en los consejos de fábrica al 48,14 por 100. Hasta 1954, la FIOM había sido la punta de lanza de la CGIL, su sección más radical. Desde entonces, esta lanza siguió despuntándose hasta que, a finales de 1957, se hizo posible comprobar que el movimiento de liberación de los obreros italianos más conscientes y calificados, de los mitos comunistas, pasó a pertenecer al orden de los movimientos periclitados, de los hechos sociales. En un discurso pronunciado en Macerata el 2 de mayo de 1957, el ministro del Interior, Sr. Tambroni, afirmaba que el ritmo de esa tal repulsa obrera para con el marxismo socialcomunista asumía una cadencia tal que se podía considerar semejante fenómeno como el resultado de una actitud, por parte de los obreros, de meditación sobre los hechos y de reevaluación de los valores sociales. Por su parte, los socialcomunistas no se atreven a negar la realidad de semejante fenómeno. Se contentan con afirmar que los obreros que se desafilian se han dejado corromper por la presión patronal que multiplica las dádivas y los beneficios. Explicación verdaderamente lastimosa si consideramos que generalmente el obrero se hace comunista con el propósito de mejorar sus condiciones de existencia y que, si obtiene estas mejoras de modo permanente sin

a 125.000 en el mismo mes del año siguiente; que, en Italia, *L'Unità,* aun cuando se niegue a revelar sus tiradas desde 1954, suprimió desde entonces casi todas sus ediciones de provincias y las de los órganos de acompañamiento —suplementos— del PC italiano, lo que constituye un dato sintomático; que, en materia de efectivos, la CGT francesa y la CGIL italiana, controladas por los comunistas, sufrieron descalabros de mayores proporciones aún.

* * *

Con lo dicho anteriormente resulta innegable que, en vísperas de la operación del 8 de febrero, la situación de Rusia se había hecho insostenible hasta lindar con la catástrofe, tanto en el orden interno como en el internacional. Hasta ahora, hemos estudiado las primeras medidas que los sucesores de Stalin, al tiempo que se devoraban entre sí, adoptaron para hacer frente a este estado de cosas. Hemos podido ver que la dirección seguida por ellos dentro y fuera de sus fronteras surtió casi de inmediato resultados positivos, puesto que, al mismo tiempo que incitó al grupo occidental bajo la presión de sus elementos neutralistas a estancarse en un compás de espera, permitió a los grupos antagonistas en la pugna por la sucesión, racionalizar —si así puede decirse— las directrices de su acción conducente a la reestructuración del poder en función dictatorial. Pero era evidente que los resultados conseguidos en esta doble dirección por la coalición ejército-partido permanecerían precarios mientras dicha reestructuración no se realizara de modo definitivo. De prolongarse demasiado el estado de fluidez que impedía que una de las corrientes en lucha triunfara finalmente sobre la otra, la relativa tranquilidad interior podía desembocar en brotes o estallidos de descontento, eventualidad capaz de provocar actividades peligrosas por parte de los occidentales en el tablero internacional. Esta es la razón por la que, lejos de amoldarse a la espera de mejores oportunidades, la zurribanda del Kremlín sólo pensó en acelerar sus tiempos de modo a llegar en el plazo más breve posible a una solución que nadie tuviera ya la facultad de poner en tela de juicio. Razón por la que, igualmente, mientras durara la pelea, los antagonistas del *Praesidium* debían seguir actuando conforme a la directriz de llegar a un estado de convivencia permanente con las naciones del grupo occidental. Maniobra en todo caso poco costosa igualmente puesto que, fuera cual fuere su re-

necesidad de recurrir a la siempre problemática acción revolucionaria, descubre por sí solo la inutilidad de un partido que sólo sabe hacerle promesas para un porvenir conjetural y, mientras tanto, asegura a sus dirigentes y burócratas profesionales condiciones satrápicas de existencia. Tales son los efectos producidos en el ánimo del obrero occidental *más consciente* y mejor formado políticamente, por los castillos del ciudadano Mikoián, el auto último modelo del camarada Togliatti, la lujosa residencia del *fils du peuple* Maurice Thorez en la Costa Azul y... los 250 rublos mensuales de las barrenderas moscovitas. Sin olvidar, por supuesto, los cañoneos del mariscal Koniev contra los proletarios «fascistas» de Budapest.

sultado, los rusos entendían mantenerse en cada una de las posiciones ocupadas por ellos, y cuya posesión acababan de reafirmar con el pacto de Varsovia y el tratado de paz con Austria.

El camino que Rusia recorrió a partir de la remoción de Malenkov de su cargo de primer ministro hasta el día de noviembre de 1957 en que Jrushchov pudo presidir, al fin solo, las ceremonias conmemorativas de la revolución bolchevique en su cuadragésimo aniversario, está cortado por desvíos numerosos que dificultan su explotación. Mas si, no obstante estas dificultades, tenemos presente que cualquier camino soviético tiende necesariamente a la revolución mundial, objetivo invariable desde los tiempos remotos de la dictadura leniniana, y que, para alcanzarlo, los dirigentes comunistas nunca vacilan en detenerse, en volver incluso hacia atrás, cada vez que se les opone un obstáculo cuya conquista directa resultaría demasiado costosa, seguir su itinerario no resulta imposible. Los cambios de dirección más imprevistos, las desautorizaciones más espectaculares siempre tienen su explicación a condición de no olvidar que, con todas sus derivaciones —no siempre sucesivas, por lo demás, pese a sus contradicciones aparentes—, la política soviética forma un todo unitario, cuyas partes no podrían separarse durante demasiado tiempo unas de otras sin provocar la paralización del conjunto. Mientras tengamos en cuenta esta particularidad, el juego llevado a cabo por los sucesores de Stalin hasta el triunfo —precario, a mi entender— del ciudadano Jrushchov, puede desentrañarse con seguridad relativa. Con sus alternativas de alianzas provisionales y de rupturas inesperadas sobre el telón de fondo de la lucha por la sucesión, en el orden interno; de medidas de distensión y gestos de hostilidad, de acercamientos apenas imaginables y de movimientos que, actuando por sorpresa, conducen al borde del tercer conflicto mundial para transformarse pronto en recurso con que abrir nuevas negociaciones sobre el cañamazo de la guerra fría, en el plano internacional; este juego ha sido determinado en cada uno de sus tiempos por la necesidad en que se encontraron los dirigentes rusos, a consecuencia de la muerte de Stalin, de sembrar el desconcierto en el campo occidental; al que las piraterías del viejo *vozhd* volvieron a unir, al objeto de disponer del tiempo suficiente para proceder al reajuste de la máquina revolucionaria. Y esta máquina —de la que partido, ejército, administración, policía, industria, diplomacia, categorías sociales y profesionales, etc., forman parte como engranajes al tiempo indispensables e inseparables— no puede funcionar satisfactoriamente en la perspectiva en que fué concebida, mientras un eje central cuidadosamente templado no logre reunificar todos sus movimientos. Lo cual significa que, en esta tarea de reajuste, los dirigentes soviéticos hubieran de buscar apresuradamente en el terreno exterior una pausa que les permitiera afrontar, en el menor tiempo posible, los desarrollos de su complejísimo pleito interior, esto es, llevar a cabo, paralelamente a su pugna por el sillón dictatorial, una tarea febril de recuperación por su atraso

en materia de armamentos con respecto a Estados Unidos. Una vez concluído este proceso de reestructuración general, la naturaleza misma del poder, que condiciona su existencia política, los ha obligado a volver a sus andanzas revolucionarias, viraje que han ejecutado, a partir de la rebelión húngara, sin preocuparse en lo más mínimo por el efecto «moral» causado por semejante desmentido, inferido por ellos mismos a sus afirmaciones pacíficas de los meses anteriores.

El estudio de los acontecimientos que se produjeron entre la conferencia de los Cuatro Grandes, celebrada del 18 al 24 de julio bajo el signo del «espíritu de Ginebra», y el lanzamiento de la primera «luna artificial» y la remoción del mariscal Zhukov con que, en octubre de 1957, el Kremlín pudo considerar como resueltos sus problemas internos y externos más graves, debe ser tomado como aleccionador pero solamente referida esta lección al contexto general de la política exterior soviética considerada en su conjunto. Esta, a su vez, resultaría incomprensible si se realizase su examen independientemente del análisis del proceso interior que, por su parte, está condicionado, en una gran medida, por los planes de subversión universal siempre a la orden del día.

La «inseparabilidad» de los componentes de la política general soviética impone la adopción del orden cronológico, por cuanto los movimientos internos y externos que se suceden imbricándose, durante este lapso, no pueden clasificarse por grupos distintos de interés. Para remediar las oscuridades que semejante enfoque deja subsistir en el plano de las relaciones internacionales, se intentará en la parte final del presente capítulo proceder al estudio de la política exterior rusa del período poststaliniano en función de lo que podríamos llamar «designio general de la diplomacia soviética».

Todo sucede en dos tiempos sucesivos, determinados, como hemos visto, por la labor de restauración del aparato interno: el tiempo de la distensión internacional y de la destalinización de las estructuras sociales, y el del retorno a la hostilidad a expensas del mundo libre y a los métodos del stalinismo frente a la sociedad nacional. Vuelvo a repetir que estos tiempos se interpenetran sin que resulte posible, en numerosos casos, proceder a su estudio separadamente. Así, la adopción del sexto Plan Quinquenal coincide con la llamada «relación Jrushchov», punto máximo de la trayectoria antistaliniana si bien los supuestos básicos de dicho Plan ponen el acento en la muy staliniana concepción de la preeminencia de los bienes instrumentales y de la competencia con América en un terreno que, en las condiciones en que el mundo vive desde 1948, sólo puede ser el terreno militar. Al mismo tiempo, esta rivalidad armamentista se acompaña con referencias constantes al «espíritu de Ginebra» con el que, mientras se ignore cuál de ellos ha de quedarse con la totalidad de la herencia del *vozhd*, los epígonos pretenden ensanchar los sectores, muy amplios ya, del neutralismo europeo y asiático.

En razón de la extrema fluidez de su frente interno, los pentarcas tenían que adoptar en el momento mismo de la muerte de Stalin medidas de distensión internacional que incitaran al mundo libre a mantenerse expectante, ya que, para los rusos más impacientes de sacudir el yugo comunista, todo dependía de la actitud que llegaran a asumir las potencias occidentales frente a la nueva Rusia. De suerte que si el Kremlín lograba convencer a los occidentales de la sinceridad de su deseo de convivencia, alcanzaba dos objetivos al mismo tiempo: que los miembros de la OTAN relajaran su esfuerzo militar, lo que tendría como consecuencia insuflar nuevas fuerzas a las huestes de los Sres. Bevan, Mendès-France, Neheru, Soekarno y otros neutralistas dispuestos a aprovechar todas las sonrisas moscovitas para sacudir el yugo del «imperialismo de los americanos»; en segundo lugar, que los súbditos del imperio comunista, al comprobar la pasividad de quienes proclamaron su voluntad de liberarlos en la primera oportunidad —como hizo el partido republicano, que acababa de llevar al general Eisenhower al poder— se resignaran ante un destino que, en efecto, es imposible cambiar sin intervención exterior.

Las grandes etapas del período de distensión con que el Kremlín consiguió desorganizar el sistema político y militar de defensa de los occidentales, son la firma del armisticio en Corea, el 27 de julio de 1953; la aceptación por los soviéticos, el 21 de diciembre siguiente, del banco atómico mundial propuesto por el presidente Eisenhower; la firma, el 21 de junio de 1954, del armisticio de Indochina; la conclusión, el 15 de mayo de 1955, del tratado de paz con Austria; la visita de Jrushchov a Ginebra once días más tarde; la conferencia de los Cuatro Grandes, en julio de 1955. Después de lo cual, a partir precisamente del momento en que, con el XX Congreso del PC de la URSS, la política de destalinización parece transformarse en una realidad concreta de la sociedad rusa, el Kremlín multiplica sus actos de agresión diplomática en dirección al Mediterráneo oriental y al Golfo Pérsico, para extender ante su «bajo vientre» caucasiano la franja de seguridad que necesita, tanto para llevar su dispositivo estratégico hasta el punto más débil del mundo libre, como para proteger sus principales centros de producción de petróleo. A partir de este momento, que es justamente aquél en que la lucha por la sucesión llega a su fase final, la máquina ha vuelto a funcionar de modo bastante satisfactorio como para permitir al Kremlín tirar la careta, y mostrarse activo en todos los lugares del mundo donde proporcionar graves preocupaciones a sus antagonistas de Wáshington, Londres y París y a sus buenos amigos de Nueva Delhi.

Asimismo, los grandes momentos de la destalinización, iniciada por la eliminación de Beriia y caracterizada con el nombramiento de Zhukov para el cargo de ministro de Defensa y, luego, de miembro del *Praesidium*, el viaje de Jrushchov a la capital yugoslava, el XX Congreso del PC, la supresión del *Kominform*, la descentralización administrativa e industrial y la defenestración de

la vieja guardia staliniana, se han correspondido paralelamente con otros movimientos exactamente inversos en su concepción, el sexto Plan Quinquenal, el aplastamiento de la rebelión magiar y la reducción del ejército al papel de auxiliar pasivo del aparato político. Todos estos momentos, aparentemente contradictorios, han llegado a insertarse en un movimiento general de restauración revolucionaria, cuya eficacia pudo certificarse cuando el lanzamiento de las lunas artificiales vino a demostrar al Kremlín y al mundo el grado de perfección alcanzado por la técnica rusa, que puede obligar al sistema occidental a batirse en retirada. Solamente entonces —el 22 de noviembre de 1957, para hablar con precisión— los dirigentes de todos los países comunistas —incluído Mao Tsë-tung, última esperanza de las izquierdas rosadas— proclamaban su adhesión a la dirección suprema rusa que, después de sus vacilaciones de los primeros tiempos poststalinianos, el padre del tridemismo consideraba finalmente como «cabeza del mundo comunista», puesto que, siempre según él, «si los países de trabajadores comunistas deben tener una cabeza, esa cabeza sólo puede ser el partido comunista de la Unión soviética» [5]. Adhesión que significa que, en ese día, los pleitos internos del mundo comunista podían darse por solucionados, hecho que los representantes en Moscú de los PC de Albania, Bulgaria, Hungría, Vietminh, Alemania oriental, China popular, Corea del norte, Mongolia, Polonia, Rumania y Checoslovaquia subrayaban en su comunicado, afirmando su voluntad de «*robustecer sus vínculos militares para la lucha contra el imperialismo*» [6]. Así terminaba el ciclo de inseguridad en que la muerte del *vozhd* había encerrado a los jerarcas del comunismo ruso hasta el punto de hacerles temer su desahucio por obra de sus mismos súbditos y de sus propios «aliados»; ciclo desaprovechado por los occidentales de modo tan pasmoso que la crónica de esos años, de recelo y de irresolución, será considerada por el historiador futuro como la de las oportunidades perdidas. Con la agravante de que quienes las perdieron sabían exactamente qué es lo que hubieran debido y podido hacer para no desperdiciarlas.

Después de este paréntesis, abierto para suplir mediante breves reflexiones las soluciones de continuidad aportadas en el contexto de la política general soviética por la simultaneidad de acontecimientos en contradicción aparente o en permanente contraste, se hace posible proceder al examen de los movimientos de destalinización y de distensión.

Se cometería un error gravísimo si se llegara a pensar que los términos mencionados implican el abandono de los propósitos generales de la dictadura comunista, nunca desmentidos —siquiera parcialmente— desde que Lenin los formuló en el momento mismo de su instalación en el poder. A partir de la muerte

[5] *Pravda* del 23 de noviembre de 1957.

[6] *Idem.*

de Stalin, los métodos han podido variar, el terror desaparecer como elemento *visible* del sistema de gobierno, la vida de la población volverse menos insoportable en algunos casos —por lo demás estrictamente limitados—, las relaciones con el mundo libre llegar en ciertos momentos a apariencias de cordialidad, los objetivos siguen idénticos a sí mismos: en el orden interior, mantenimiento de la dictadura del aparato sobre el conjunto de la sociedad, a la que, pese a todas las pausas, se trata de encerrar, hoy como ayer, en los marcos del colectivismo; en el plano internacional aprovechamiento de cualquier circunstancia favorecedora del expansionismo ruso. Hechos numerosos revelan que, con los sucesores de Stalin, la política soviética ha seguido las mismas líneas generales que anteriormente a 1953, y que las variaciones registradas se pueden quedar insertas en la línea de mínima contradicción; nada ante una dinámica globalmente considerada en sus supuestos básicos desde el comienzo mismo de la experiencia comunista. Pero, hasta la afirmación de Jrushchov sobre sus últimos antagonistas, semejante error de criterio se ha venido cometiendo de modo reiterado, llegando a promover la desintegración de las defensas occidentales, cuyos responsables políticos, en los cuatro años largos que corren entre la desaparición de Stalin y la proclamación de la nueva unidad del comunismo internacional, formulada en ocasión de los festejos por el cuadragésimo aniversario de la revolución de octubre, han desperdiciado oportunidades casi milagrosas a la espera del nuevo curso soviético, es decir, de aquello que, en Wáshington, como en París y en Londres, se persistía en llamar «nueva política exterior del Kremlín».

Ante todo ¿ha existido en algún momento a partir de la muerte de Stalin algo que se pueda llamar política exterior soviética?

La pregunta ha estado tan de moda que parece haber sido forjada adrede para perturbar las defensas occidentales, proporcionando argumentos a las varias corrientes confabuladas en la empresa neutralista.

En los años anteriores a la muerte del viejo déspota, otro rumor venía circulando con igual insistencia: Stalin era el elemento ponderador del *Politburó* y, una vez desaparecido, los «jóvenes turcos» de la asociación —que lo incitaban a actuar sin lograr apartarlo de su voluntad de paz— se lanzarían a todas las aventuras, arrastrando al mundo a un tercer conflicto universal. De este modo, los progresistas de los hemisferios, incitándonos a augurar larga vida al dictador, pretendían que fueran consideradas como actos de apaciguamiento sus iniciativas más brutales.

Una vez desaparecido Stalin, los mismos círculos empezaron a proclamar que el último obstáculo para un arreglo pacífico entre Oeste y Este había desaparecido. Sus sucesores eran hombres con quienes se hacía posible dialogar de modo constructivo, intercambiar pactos comerciales y políticos y tratar con toda lealtad. La contradicción se hacía patente entre una y otra afirmación, pues los sucesores de Stalin eran justamente quienes lo habían rodeado en el último ciclo de

su dictadura. Mas ello no importaba, porque el efecto buscado seguía siendo el mismo, hundir más aún a los espíritus en aquella incertidumbre que incita a abstenerse de toda postura definitiva ante un interrogante que exigía, sin embargo, una respuesta categórica.

Categórica si bien difícil de formular, ya que toda respuesta al respecto no podía ser sino compleja en razón de la complejidad misma del interrogante. El método más racional para desentrañar la madeja de la «nueva» política soviética consistirá, una vez más, en tener presentes ciertas condiciones a las que se puede conferir el valor de axiomas fundamentales.

La primera de estas condiciones es que, ahora como en los tiempos de Stalin y de Lenin, no se sabe ni se puede saber nada acerca del pensamiento personal de los miembros del estado mayor moscovita; la segunda es que las intenciones inmediatas de los dirigentes comunistas no se revelan más que por sus actos; la tercera es que hay que relacionar estrechamente toda decisión de dicho estado mayor con el conjunto de la política soviética —interior e internacional— *desde 1917*; y la última es que todo debe medirse desde el ángulo de la distinción entre estrategia y táctica, teniendo en cuenta que cualquier cambio impreso a ésta nunca significa modificación de aquélla, cuyo objetivo final permanece inmutable.

A partir de estas cuatro condiciones, podemos preguntarnos cómo los sucesores de Stalin han seguido una nueva política internacional y cuándo esta línea original se ha hecho visible. Aquí es donde aparece la palabra «distensión» que, como vamos a comprobar, ha sido la fuente mayor de equívocos para el Occidente y la causa de innumerables equivocaciones. Cierto es que la guerra terminó en Corea y en Indochina y que Moscú no se limitó a renovar sus propuestas con vistas a una nueva reunión de los Cuatro Grandes. Después de las conferencias de cancilleres que tuvieron lugar en Berlín y en Ginebra en enero y junio-julio de 1954 respectivamente, un coloquio al más alto nivel juntó en la misma ciudad helvética a Eisenhower, Eden y Edgar Faure con Bulgánin, Jrushchov y Zhukov en julio del año siguiente. Cierto es igualmente que, durante varios meses, los periódicos soviéticos aminoraron el volumen de sus improperios contra los dirigentes occidentales y que, a los ojos del Kremlín, el «fascista» Eisenhower llegó en una oportunidad a transformarse en «amigo sincero de la paz». También es innegable que fueron concedidas mayores libertades a los diplomáticos de las naciones capitalistas acreditadas en Moscú, que los intercambios culturales, deportivos y comerciales aumentaron entre ambos mundos. De cuando en cuando los labios del primer secretario se entreabrieron en una sonrisa cordial y cada una de sus muecas amenazadoras terminó siempre en bromas y en chistes.

En la misma Rusia, la distensión decretada por Malenkov siguió a la orden del día con Bulgánin y llegó a transformarse en «destalinización» con Jrushchov.

Al despotismo de un solo hombre había sucedido la dirección colegiada y, aun cuando ésta se haya achicado hasta reducirse a la única persona del primer secretario, este personaje evita presentarse aún como jefe genial, omnisciente y todopoderoso. Los médicos, acusados por Stalin de haber complotado contra la vida de los jefes civiles y militares del pueblo trabajador, fueron reconocidos inocentes y rehabilitados, por lo menos aquellos que sobrevivían. Beriia fué ajusticiado —expresión cuya propiedad nadie se atrevería a negar— y, si bien su proceso a puerta cerrada no ha respondido al espíritu ni a la letra de la justicia tal como se la concibe en Occidente, el solo hecho de que se haya celebrado ha venido a constituir —según los portavoces más autorizados del neutralismo— una etapa importante en la evolución del sistema soviético hacia la libertad. Pero, al mismo tiempo, esos portavoces olvidaban recordar que, en el momento de la rehabilitación de los médicos, Beriia había sido considerado por ellos como el corifeo más preclaro de la idea de libertad.

Los contratiempos sufridos posteriormente por Malenkov disiparon algunas de esas ilusiones. Se admitió que la dirección colectiva había sido condicionada, no ya por la conversión de los miembros de las instancias supremas a los ideales delineados en sus líneas fundamentales por Locke y Montesquieu, sino por la realidad más escueta de las fuerzas en pugna en los círculos dirigentes rusos. Comprobación poco «trabajada», sin embargo, a los ojos de los neutralistas, para quienes constituye un indicio positivo que Malenkov no haya dado —aún— con sus huesos en una mazmorra de la calle Lubianka, como tampoco Mólotov, Kaganóvich y Shepilov, sus compañeros de infortunio en la dramática sesión del Comité Central del PC de la URSS, en junio de 1957.

En materia internacional, la distensión —pese a todos los desmentidos, pese a Egipto y a Siria, pese a los *spútniki* núms. 1 y 2— sigue teniendo sus sufridos campeones. En diciembre de 1954, el Kremlín había amenazado a Francia con sanciones —no demasiado especificadas, por lo demás— en el caso de dejarse arrastrar por Estados Unidos a ratificar los acuerdos de Londres por los que Bonn debía entrar con plenos derechos en el sistema occidental. Pero, una vez realizada la ratificación, las amenazas se concretaron a la simple denuncia del ya ampliamente caducado pacto francosoviético de 1945; y el severísimo guardián de las buenas costumbres diplomáticas, que durante tanto tiempo respondió al nombre de Viáchelav Mijáilovich Mólotov, se apresuraba a almorzar amistosamente en París con los Sres. Edgar Faure y Antoine Pinay, a quienes, hasta la víspera, *Izvestiia* y *Pravda* vinieron calificando de «lacayos de Wall Street». Asimismo, mientras en la conferencia de cancilleres, celebrada en febrero de 1954, el mismo Mólotov se había negado a separar el problema del tratado de paz austríaco del tratado con Alemania, en mayo del año siguiente aceptaba considerar al primero de esos problemas como suficiente por sí mismo, alentando a Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos a imitarlo —olvidándose de que,

desde 1948, estas tres potencias preconizaban dicha escisión— y, de pleno acuerdo con ellas, devolvía a Austria su soberanía. Finalmente, la conferencia iniciada en Ginebra el 18 de julio de 1955 con la presencia del presidente Eisenhower, de Sir Anthony Eden, del Sr. Edgar Faure, de los mariscales Bulgánin y Zhukov y del ciudadano Jrushchov, concluía sus trabajos seis días más tarde con un comunicado en que los convenidos reconocían, con mucha cordialidad, que no habían podido resolver ninguno de los problemas pendientes, recomendando a sus respectivos cancilleres que se reunieran en el siguiente mes de octubre en la misma ciudad con vistas a encontrar las condiciones concretas del final de la guerra fría. En Ginebra no se llegó a conseguir nada porque Rusia se mantuvo en todas las posiciones conquistadas por Stalin, pero las sonrisas cordiales de sus delegados crearon en los espíritus optimistas, que abundan en Occidente, la sensación de que, por los banquetes, el buen humor y la broma, los rusos parecían prontos a adherirse a los ideales democráticos. Y ello perduró, aun cuando después de tres semanas de «trabajo» la conferencia de cancilleres, prevista por los Cuatro Grandes, desembocara, el 16 de noviembre de 1955, en un desacuerdo total entre Este y Oeste; a pesar de que tal divorcio hiciera esfumarse, a los cuatro meses de su «invención», uno de los hallazgos más siniestros de la propaganda soviética, el llamado «espíritu de Ginebra».

No olvidemos el viaje efectuado mientras tanto, a Moscú por el canciller Adenauer. Este realista —el único con que cuenta Occidente— no alimentaba ilusión alguna acerca de la posibilidad de obtener de los rusos la reunificación de su patria. Sabía que el dispositivo estratégico soviético no puede abandonar sin riesgos mortales la plaza fuerte de Alemania oriental, que cubre sus avanzadas y mantiene lejos de las tentaciones occidentales al pueblo polaco, tan comunista como se sabe. Pero sabía también que en Rusia sobrevivían más de cien mil prisioneros alemanes y que su deber era intentar lo humanamente posible para rescatarlos de la empresa de «reeducación» a la que, desde hacía más de diez años, estaban sometiéndolos los guardianes del MVD. En septiembre de 1955, consintió, pues, en abrir relaciones diplomáticas, económicas y culturales con la URSS a condicón de que ésta le devolviera a esos prisioneros, «criminales de guerra» incluídos y, si bien volvió a Bonn con la convicción de que nunca el Kremlín aceptaría la reunificación, había disipado un equívoco, el de la buena voluntad rusa con respecto a este problema fundamental para la paz del mundo; obligando a los dirigentes soviéticos a reconocer que, por indiferentes que pretendieran mostrarse ante el comunismo doctrinario, por hostiles que se manifestasen para con el stalinismo, aceptaban enteramente la herencia de Dzhugashvili en materia estratégica y, no contentos con aceptarla, la volvían más eficaz al limpiarla de toda cháchara ideológica para insertarla, así mejorada, en un dispositivo militar enteramente desprovisto de retórica. Como en Ginebra dos meses antes, en Moscú muchos banquetes, interminables brindis y profusión de son-

risas afectuosas. La distensión proseguía su curso aun cuando los rusos aceptasen distenderse únicamente fuera de las horas de trabajo.

Antes de buscar el porqué de esa conclusión negativa, quedan por examinar otros aspectos de la política de distensión practicada por los rusos a partir del 8 de febrero, política que, según plumas autorizadas como las de Claude Bourdet, Pierre Mendès-France, Aneurin Bevan, Pietro Nenni y algunos otros progresistas de menor cuantía, se basaba en un hecho positivo.

Este hecho positivo lo acredita la inauguración, en marzo de 1953, por los sucesores de Stalin de una nueva política económica: abandonando los grandes trabajos de transformación de la naturaleza, demasiado costosos en dinero y en hombres, en provecho de la producción de los bienes de consumo, aflojando su presión económica sobre los países satélites con la supresión de las compañías mixtas, levantando las restricciones impuestas al comercio exterior con la compra de mantequilla holandesa, de carne francesa, de trigo argentino, etc.

Conforme a la manía simplificadora del siglo se establecían estrechas relaciones entre todos estos órdenes de cosas al considerar que la nueva política económica rusa determinaba su política general. Para algunos, la necesidad de acrecentar el bienestar del pueblo soviético entrañaba un relajamiento sensible del esfuerzo militar y, por consiguiente, una política exterior más «flexible». Para otros —entre quienes, en un momento dado, figuró en lugar destacado la revista de los jesuítas franceses *Etudes*— Rusia estaba a punto de ganar la «batalla del bienestar» y de hacer posible, sin necesidad de recurrir a las armas, el derrumbamiento del mundo capitalista. Renunciando a conquistar el mundo por la violencia y el engaño, los dirigentes soviéticos dedicaban todos sus esfuerzos a reducirlo por el ejemplo. Les bastaba con otorgar a los hechos la superioridad del sistema socialista en materia de bienestar económico y de seguridad social.

Esta idea tuvo curso en Occidente ya en el tiempo de Stalin, quienes entonces la propagaban extraían su argumentación de las empresas colosales de transformación de la naturaleza. Pero, en el tiempo de Malenkov y de Bulgánin, el pretexto cambiaba de objeto. ¡Cuántos bienes de consumo iba a producir la Unión soviética si se decidía a consagrarles los capitales inmensos reservados hasta la víspera a la modificación de los ríos y a la fertilización de las estepas del Asia central!

Las críticas inferidas por Jrushchov —con perfidia staliniana— a la teoría «oportunista y derechista» que tendía a otorgar la prioridad a la fabricación de los bienes de consumo, produjeron el efecto de una ducha fría. El mismo Claude Bourdet, conciencia de la *Nouvelle Gauche* mendesiana, se desconcertó tan hondamente que, en marzo de 1955, llegó a atribuir en su hoja *L'Observateur* propósitos belicistas a Jrushchov y a Bulgánin; acusando a Wáshington de no haber querido ayudar al pacifista Malenkov a mantenerse en el poder, y aceptando la

mano desesperadamente tendida hacia la Casa Blanca por el primer ministro ahora desahuciado.

Las ilusiones no tardaron en renacer. Sin llegar hasta reconocer que la reconversión atribuída, un poco a la ligera, al *new look* malenkoviano fué casi totalmente superficial y más verbal que concreta, se creyó haber encontrado en esa querella sobre industria ligera e industria pesada una explicación económica del conflicto Jrushchov-Malenkov que, vuelto, así, a ser reconsiderado en un terreno familiar para las mentes izquierdistas, perdía el aspecto amenazador que produjo el castañeteo dental del Sr. Bourdet.

Bastaba un mínimo de buen sentido para comprobar que ello era sacar apresuradamente de hechos mal conocidos conclusiones demasiado amplias. Incluso si estos hechos hubiesen asumido el sentido y el alcance que se les prestaba, hubiera sido necesario explicar en qué consistía su carácter de novedad. En el sentido que aquí se atribuye a la palabra, la novedad no constituye una calidad en sí, sino una calidad relativa, por cuanto la política económica impuesta por Jrushchov después del 8 de febrero no podía llamarse nueva en absoluto si se la comparaba con la de Stalin.

Admitamos que la política inaugurada en 1953 haya sido una innovación con respecto a la que Stalin había seguido a partir de 1947, que era una política de absoluto rigor y de aislamiento frente a Occidente. También Stalin había practicado más de una vez una política de distensión y de seducción. Dejemos de lado la política de distensión determinada por las condiciones especiales de los años de guerra, cuando Stalin se vió constreñido a ejecutar la maniobra de la amistad para engañar a las democracias occidentales, y la de los años 1939-1941 cuando, con todo entusiasmo, «sellaba en la sangre la amistad germanorrusa». ¿Cómo no quedar impresionados por el parecido de la «política nueva», seguida por Bulgánin y Jrushchov en 1955, y los primeros meses de 1956 con la que Stalin llevó a cabo, a partir de 1934, con Francia y, luego, por doquier en el mundo?

Stalin no murió en 1934. Lejos de transformar su régimen cuando adoptó esta nueva política, la aprovechó, por el contrario, para aumentar la influencia de su despotismo sobre los rusos. En el momento mismo en que este despotismo se concretaba en las matanzas de la Gran Purga, el dictador operaba un viraje completo en materia internacional. Desde 1928, todos los PC efectuaron una política de violencia y de sectarismo que alejó de ellos a todas las demás formaciones izquierdistas. De golpe, a partir de 1934, recibieron la consigna de reconciliarse con los socialistas, de crear «frentes populares» y de actuar en su seno con espíritu democrático, de tal manera que, llegado el caso, estas asociaciones pudiesen transformarse en «frentes nacionales». Antipatriotas hasta la víspera, empezaron a declamar los más frenéticos estribillos nacionalistas. Anticlericales, tendieron la mano a la Iglesia. Las instituciones democráticas, hasta entonces

denunciadas por ellos como criminales en esencia, no tuvieron defensores más firmes. La URSS empezó a recibir turistas y comerciantes extranjeros a quienes paseaban de fiesta en fiesta; el gobierno soviético multiplicó los pactos de no agresión y se hizo admitir en la SDN y, perfeccionando la farsa hasta lo inverosímil, Stalin concedió al imperio knuto-soviético la «constitución más democrática del mundo».

Será, pues, razonable suponer que este parecido no es fortuito y que Malenkov, Bulgánin, Jrushchov, etc., han permanecido fieles constantemente a los grandes designios de la estrategia staliniana. Ahora bien ¿quién se atrevería a sostener que el Stalin de los años 1934-1939 no actuaba impulsado por los mismos designios que el Stalin de los años 1947-1953? La ruptura *táctica* que se produjo en la política exterior soviética, a partir de 1953, no presupone modificación alguna de los objetivos *estratégicos* permanentes en la de 1934, 1939 ó 1947.

Por lo demás, la comparación de la política exterior soviética posterior a 1953 con la de los años anteriores no denuncia tanta rectificación como se dijo entonces.

La fase precedente había empezado en 1947. Si quisiéramos fijar el «tiempo» de la causa o del pretexto de esa «nueva» actitud de la diplomacia staliniana, podríamos elegir aquel día de junio de 1947 en que Mólotov rechazó el ofrecimiento de ayuda americana a Europa, formulado mediante el Plan Marshall. Tres meses más tarde, el *Kominform* estaba fundado, los PC europeos eran controlados más firmemente que nunca, dotados de fórmulas precisas acerca de la división del mundo en dos bandos inconciliables, empujados abiertamente hacia la conquista del poder por la violencia y lanzados en una propaganda furibunda contra el imperialismo americano. Al mismo tiempo, el telón de hierro caía sin remisión, Checoslovaquia era anexionada al imperio comunista, Yugoslavia «excomulgada» y, por doquier, desde el Báltico al Mar Negro, se empezaba a ahorcar a los «desviacionistas» tras de haber liquidado a los «compañeros de camino». Una tentativa contra Berlín fracasaba, mientras Mao Tsë-tung completaba la conquista de China y, pronto, los norcoreanos emprendían la tarea de integración de sus compatriotas sureños con el consentimiento y la colaboración de Peiping y de Moscú.

Ahora bien, durante esos cinco años —de los que nadie ahora se atrevería a negar que se caracterizaron por la voluntad más determinada de romper todos los puentes con el Occidente— la propaganda soviética no dejó siquiera un solo instante de hablar de paz y de coexistencia pacífica, jamás el Kremlín abandonó su idea de reunirse con sus contrincantes burgueses en nuevas conferencias de los Grandes. De este modo Stalin se las arreglaba para procurar iniciativas a su política de guerra fría que, normalmente, hubieran debido actuar contra ella. Con sus sucesores, la única diferencia ha consistido en poner el acento sobre la

palabra distensión. Con lo cual se quiere decir que la única novedad, a partir de 1953, ha radicado en este desplazamiento de acento y que, si hubo innovación, ésta se dió en los límites de un marco muy estrecho. Los discípulos utilizaban el mismo teclado y las mismas partituras que el maestro y, al ejecutar la que éste había utilizado el 5 de marzo de 1953, se contentaron con ir a buscar en las carpetas del finado la que fué arrinconada en 1947.

Podemos aún dudar de que los sucesores fueran quienes operaron esta sustitución o, para hablar ya sin metáforas, será lícito preguntarnos si la «nueva» política exterior soviética esperó la muerte de Stalin para ponerse en marcha. Varios indicios autorizan a pensar, en efecto, que el viraje había empezado a operarse algunos meses antes de la desaparición del *vozhd*.

El desarollo de los intercambios comerciales entre Este y Oeste pasa por constituir uno de los signos de la distensión. Pero la campaña —orquestada internacionalmente— a favor de este desarollo había empezado en 1951 y, ya en abril del año siguiente, una conferencia económica con representantes de los países capitalistas se reunió en Moscú para «propagar» dicha idea. Además ¿no había sido Stalin quien propuso, en marzo de 1952, el rearme de una Alemania unificada y neutral? En diciembre del mismo año, tuvo lugar en Viena el congreso del Movimiento pro Paz «ampliamente abierto» a todos aquellos que deseaban hacer prevalecer un espíritu de «negociación pacífica» sobre las «soluciones de fuerza», congreso claramente destinado a anular la resistencia de las corrientes intelectuales, que los excesos de la guerra fría habían detenido en su camino hacia el sol del porvenir.

El escrito que constituye algo así como el testamento político de Stalin —publicado en septiembre de 1952, esto es, algunas semanas antes del XIX Congreso del PC de la URSS— ilumina en varios de sus puntos esa nueva política soviética, de la que constituye la justificación doctrinal anticipada. Esto, que es evidente en el plano interno, porque dicho escrito contiene acerca del comercio, la circulación de los productos y la organización koljoziana, consideraciones que se reflejaron en las decisiones tomadas por el *Praesidium* después del 5 de marzo de 1953, resulta mayormente explícito aún en el orden internacional. En su oráculo, Stalin precisaba que el Movimiento pro Paz no ofrecía como designio la destrucción del capitalismo y la transformación de una eventual guerra imperialista en guerra revolucionaria, sino solamente el mantenimiento de la paz, lo que era abrir la puerta a la colaboración de los comunistas con las corrientes democráticas anti imperialistas, que pueden ser tan progresistas como se quiera, pero cuyos intereses se conjugan perfectamente con el juego capitalista. Afirmaba también que la guerra seguía siendo inevitable, pero no entre socialismo y capitalismo, sino entre los mismos países capitalistas, principio que, de modo innegable, constituye en 1957, como lo constituía en 1952 y 1953, el fundamen-

to visible de la política exterior del Kremlín. Como, por lo demás, lo constituía ya en 1939.

Se hace necesario, pues, volver sobre este texto capital. En él Stalin atacaba a «ciertos compañeros» para quienes, «en razón de las nuevas condiciones internacionales, determinadas por el segundo conflicto mundial, las guerras entre países capitalistas ya no eran inevitables». Según esos compañeros, proseguía Stalin, «los Estados Unidos de América habían puesto suficientemente a los demás países bajo sus órdenes para impedirles hacerse la guerra y debilitarse mutuamente» [7], de suerte que el único conflicto posible era el que oponía al campo de la paz (socialista) el del imperialismo (capitalista).

Concepción errónea, dictaminaba Stalin, por cuanto «la inevitabilidad de la guerra entre países capitalistas permanecía entera». El ejemplo de la segunda guerra mundial bastaba para demostrar que «las contradicciones entre países capitalistas» seguían prevaleciendo sobre «las contradicciones entre capitalismo y socialismo», que «la lucha de los países capitalistas por la posesión de los mercados y los deseos de hundir a sus competidores» eran aún «más fuertes que las contradicciones entre el campo del capitalismo y el del socialismo». Y concluía vaticinando que «la Inglaterra capitalista y, a su zaga, la Francia capitalista, se verían obligadas finalmente a romper la opresión de los Estados Unidos y a entrar en conflicto con ellos», y que nada autorizaba a pensar que «Alemania y Japón no volverían a levantarse y a no intentar sustraerse a la servidumbre norteamericana» [8].

Este texto condenaba una política y esbozaba otra. La política condenada era la que el mismo Stalin había seguido a partir de 1947 al situar en el primer plano de las relaciones internacionales en antagonismo de los dos campos irreductiblemente separados uno de otro; política que había encontrado su expresión en la acción del *Kominform*, en la absorción de los países satélites y en las guerras de Corea y de Indochina. La política esbozada tendía a no considerar ya al campo capitalista como bloque unitario y, con ella, Stalin intentaba demostrar que era posible disociar este campo, insistiendo en ciertas líneas de ruptura: Estados Unidos, por una parte, Gran Bretaña y Francia, por otra, Alemania y Japón, finalmente.

A la luz de los acontecimientos que, de la mitad de 1956 a finales de 1957, han ido acumulándose en el Oriente Medio —nacionalización del canal de Suez, «agresión» anglo-franco-israelí contra Egipto, proclamación de la doctrina Eisenhower con la respuesta del golpe de Estado silencioso de Damasco, presión

[7] I. V. STALIN: *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, Moscú, 1952.

[8] *Idem*. Nótese que en su edición del *1.º de enero de 1958*, el diario *Pravda* escribía: «Las potencias occidentales mantienen una constante disputa entre *sí*. Gran Bretaña y Estados Unidos se unen para tratar de desplazar a Francia de Africa del Norte, mientras siguen luchando entre sí por el dominio de sus posesiones en Africa y en Asia».

soviética sobre Turquía para obligarla a relajar sus lazos con el grupo occidental, entregas de armas americanas y británicas al gobierno de Túnez, que las «cede», a su vez, a los rebeldes argelinos, rivalidades petroleras angloamericanas en la península arábiga, etc.—, ha hecho evidente que los sucesores de Stalin no han desperdiciado la lección del maestro y que el resultado se vislumbra, desde ahora, bastante conforme a las previsiones que acabo de mencionar: el bando «capitalista», aun cuando sus miembros no estén a punto de recurrir a las armas para resolver sus rivalidades internas, ha caído en el desconcierto y, frente a la unidad de propósitos del bloque socialista, restaurado a cañonazos, sus medios militares han perdido la poca ventaja que les proporcionó la medida staliniana obligándolos a unificarse [9]. Es lícito, pues, admitir que el viraje diplomático atribuído a los epígonos fué previsto e, incluso, preparado por Stalin personalmente.

En su tiempo, este aspecto de la cuestión había sido desplazado a un segundo plano por el complot de los médicos, considerado por el mundo entero como el comienzo de una nueva era de persecuciones. Como para dejar de sí mismo una imagen digna de su vida entera, el viejo *vozhd* no se resignaba a desaparecer sin ofrecer al mundo el espectáculo de un nuevo ataque de frenesí sangriento. Así había sucedido en 1934-1935 cuando, al iniciar su política de acerca-

---

[9] Esta eventualidad de una desunión occidental —por momentánea que resulte, como estoy convencido porque los contrastes que la provocan no son irreductibles— había sido prevista, seguramente, por el gobierno de Wáshington cuando, el 26 de septiembre de 1953, firmó con España el acuerdo bilateral, según cuyos términos el gobierno de Madrid cedía un cierto número de bases aéreas y navales de la Península y de la zona española de Marruecos (bases mantenidas, por lo demás, bajo mando español) a cambio de una ayuda financiera y técnica destinada a la modernización de las fuerzas armadas, de la industria y de la red de comunicaciones.

Sobre todo a finales de 1957, esta alianza revela toda su importancia, por cuanto, en las condiciones atravesadas por Europa occidental, España es, para Estados Unidos, el aliado más seguro con que pueda contar, aunque sólo sea porque se trata de un país donde no hay comunistas ni criptocomunistas, ni progresistas, ni neutralistas, ni existencialistas, ni cristianos rojos, ni intelectuales de izquierdas capaces de hacerse escuchar, como sucede en Francia y en Italia; ya que, esencialmente, se trata de un país con fuerzas militares numerosas, disciplinadas, sobrias, entusiastas y bien entrenadas, con una buena oficialidad tanto en servicio activo como en la reserva. No cabe duda, pues, que, en caso de conflicto, España aportaría una excelente contribución a la defensa occidental. Por otra parte, en el momento mismo en que la alianza atlántica ha de proceder a su reestructuración total, en razón del avance logrado por los rusos en materia de proyectiles intercontinentales, la alianza con Madrid permite a Wáshington reducir las consecuencias de una catástrofe eventual sobre el Elba o el Rin, adoptando un sistema estratégico basado en la Península Ibérica, Grecia, Turquía y la prolongación atlántica formada por las naciones del pacto de Bagdad. Es evidente que en momentos de crisis como el actual, *la alianza con Franco aumenta la libertad de acción de la política y de la estrategia americana.*

miento con las potencias occidentales, hundió a los rusos en un baño de sangre que se prolongó hasta 1939 y ello no llegó a impedir que esas potencias se dejasen embaucar por las apariencias de una colaboración ginebrina, cuyas consecuencias estamos descontando aún.

La nueva política internacional del Kremlín se inscribía, por consiguiente, de cuerpo entero en la tradición staliniana. Lejos de marcar una ruptura con la política anterior al 5 de marzo de 1953, emergía enteramente de ella y, para desmentirlo, no resulta de ninguna utilidad el hecho de que los epígonos hayan inaugurado su ejercicio del poder con la rehabilitación de los «médicos terroristas». Al hacerlo, sólo querían tranquilizar a la casta privilegiada sobre cuya cabeza la «conspiración» de los galenos judíos había acumulado las amenazas de una nueva purga. Pensaban también esencialmente en esta casta cuando anunciaban un aumento de la producción de los bienes de consumo, si tenemos presente la naturaleza y el precio de los productos que «iban» a poner en mayor cantidad a disposición de los clientes de las tiendas estatales, inasequibles para la masa de los ciudadanos: neveras eléctricas, aparatos de televisión, automóviles, alfombras, muebles de calidad, etc. Nada sustancial llegaron a cambiar en la orientación general de la economía, pese a la buena voluntad evidente de Malenkov a este respecto; de suerte que la famosa «conversión» industrial no fué más que una apariencia: en nada se redujo la industria pesada, como lo revelan las cifras finales de producción del V PQ y las previsiones del VI: en nada se limitaron tampoco los gastos no productivos, como lo demuestra un simple examen de los presupuestos de los años 1954, 1955, 1956 y 1957.

La orientación *nueva* de la política exterior soviética respondió, pues, en 1943, a un análisis *nuevo* de la situación mundial.

Las grandes líneas de esta orientación son fáciles de trazar: en primer lugar, disociar el campo occidental y, en el menos favorable de los casos, impedir su robustecimiento.

En Berlín, la conferencia de cancilleres de enero-febrero de 1954 había desembocado en un choque, imprevisto por los rusos, con los occidentales sólidamente unidos por una vez. Pero, en junio-julio del mismo año, en Ginebra, Mólotov y Chu pudieron aprovechar las divergencias angloamericanas y aislar a Francia de modo tan completo que puede afirmarse, sin correr el riesgo de desmentido alguno, que Mólotov fué el artífice real de la caída del gobierno Laniel-Bidault y que Mendès-France debió su ascenso a la Presidencia del Gobierno, más al beneplácito del Kremlín que a su inagotable espíritu de intriga. Asimismo, las maniobras ulteriores de la diplomacia soviética se debieron enteramente a la necesidad vital de romper la unidad occidental, restaurada en el marco de la Organización Europea de Defensa, mediante la admisión de Alemania en la NATO. Esta decisión inspiró a Rusia su política de «distensión basada en la cordialidad», tal como pudo comprobarse en el curso de la conferencia de los

Cuatro Grandes que se celebró en Ginebra del 18 al 24 de julio de 1955. Conferencia cordial cuanto se quiera, pero desastrosa para Occidente por cuanto sirvió para engendrar aquello que los rusos bautizaron «espíritu de Ginebra», que, para ellos, debía facilitar la disgregación de las defensas del mundo libre. Estaban tan seguros, en efecto, de que les bastaba sonreír para convencer a sus interlocutores de la conveniencia de abandonar a Bonn a un destino oscuro de nación sin alianza, que se negaron constantemente a la mínima concesión acerca del eterno problema de la unidad germánica. Una vez obligada a salir de la NATO y puesta en la imposibilidad de proceder por su cuenta a su rearme, la República federal no hubiera tardado en transformarse en presa fácil para ellos, como había sucedido con Polonia y Checoslovaquia. La operación que, en el caso polaco, consiguió tan magníficos beneficios a partir del centro de absorción constituído por el gobierno títere de Lublin y, en el checo, a partir de la quinta columna gottwaldiana, podía repetirse a partir de la máquina perfectamente montada de Berlín-Pankow. Decepcionados por la firmeza con que la diplomacia occidental siguió pregonando la reunificación del territorio germánico sobre las bases establecidas en 1951, los dirigentes soviéticos se encontraron en la necesidad de enfocar de distinta manera su plan de «negociación» con el canciller Adenauer, a quien, antes del coloquio de Ginebra, habían invitado a viajar a Moscú con el designio, ni siquiera disimulado, de imponerle su propia interpretación del problema. Pero, lejos de transformarse en *Diktat,* este viaje, efectuado en septiembre de 1955, señaló una realidad enteramente nueva: la de una Alemania que trataba con sus vencedores de la víspera en plano de perfecta igualdad, que no admitía atropellos de ninguna especie y que, aun cuando supiese adaptarse a ciertas necesidades, disponía de bastante fuerza moral para imponer sus condiciones. Se decidió reanudar relaciones diplomáticas, económicas y culturales, que era aquello que los rusos deseaban, pero los alemanes se negaron a negociar directa o indirectamente con Berlín-Pankow, a quien negaron toda personalidad política, diplomática y jurídica. El problema de la unidad germánica permanecía entero, ello es cierto, pero la armazón moral que Bonn consiguió levantar poco a poco constituía un hecho reconocido por los mismos dirigentes soviéticos que, hasta entonces, habían calificado al viejo canciller y a sus colaboradores de «lacayos del imperialismo yanqui». A finales de 1955, la maniobra del Kremlín había fracasado en toda la línea.

Pero el comunismo dispone de otros recursos. Cuando no puede romper la unidad de los países libres, actúa para debilitarlos separadamente.

En Francia, en Gran Bretaña, en Italia, no se ha registrado desorden social, a partir de 1953, en que no se haya encontrado finalmente la mano de los agentes soviéticos, nacionales o foráneos [10]. Lo mismo sucede en los territorios de ultramar de la Unión Francesa y del Commonwealth. Y lo que hace

insoluble el problema colonial es que, en todos los movimientos nacionalistas y xenófobos que tienden a eliminar la presencia occidental, tanto en Madagascar como en el Kenya, en Chipre como en el Maghreb, en Siria como en Jordania y en el corazón de la misma India como en la cada vez más agitada e ingobernable Indonesia, los agentes de la URSS están presentes y aprovechan todas las oportunidades para abrir en el flanco del Occidente una llaga que no volverá a cerrarse ya [11].

Aunque distinto en apariencia, lo que sucede en los territorios metropolitanos sigue una línea idéntica. Como desde hace bastante tiempo no resulta fácil suscitar conflictos sociales capaces de llevar a huelgas generales revolucionarias, los comunistas vernáculos se empeñan en enturbiar los espíritus presentándose como campeones de la paz, del desarme y de la negociación, exactamente como en 1934.

Desde el comienzo de 1954, este trabajo de zapa se efectúa en dirección de la izquierda socialista y de la burguesía progresista, por intermedio, en no pocos casos, de los intelectuales *engagés*. Solamente dos partidos socialistas occidentales —el belga y el neerlandés— oponen un frente inexpugnable a la maniobra de aproximación de los comunistas. Pero en el seno del *British Labour Party*, la importancia de un Aneurin Bevan no deja de afirmarse año tras año, y es lógico prever que su llegada a la jefatura del gobierno llevaría a un relajamiento

[10] La huelga de los fogoneros y maquinistas de los ferrocarriles ingleses, desencadenada en mayo de 1955 contra el parecer de la dirección de las *Trade Unions*, tiene un origen comunista perfectamente explorado en un país donde el PC no logra juntar los 100.000 electores necesarios para enviar un diputado a la Cámara de los Comunes. Lo mismo sea dicho en lo que hace a la violentísima huelga declarada a finales de octubre de 1957 en los astilleros navales de Saint-Nazaire, plaza fuerte del comunismo francés.

[11] Razón por la cual, en ocasión de la conferencia afroasiática de Bandoeng, la jefatura del movimiento antiblanco pasó sin tropiezos de manos del humanitario señor Neheru a las del despiadado y eficiente Dr. Chu En-lai. Razón por la cual igualmente, en la segunda conferencia afroasiática, que se celebró en El Cairo a finales de diciembre de 1957 y enero de 1958, el delegado de la URSS —no representada en la primera, pero introducida en la segunda por el mismo Dr. Chu— podía proclamar sin hacer reír a nadie: «El pueblo soviético aprueba enteramente y presta su apoyo desinteresado a la consolidación de las fuerzas de los Estados afroasiáticos y considera que estos países desempeñan un papel importante al ampliar la zona de la paz en el combate contra el sistema podrido y la piratería de los imperialistas que viven ahora sus últimos días. La opresión de los pueblos, la ingerencia en sus asuntos internos son hechos completamente extraños a la verdadera naturaleza del Estado soviético, fundado en los principios de legalidad y de amistad entre los pueblos». El delegado soviético, un cierto Rachid Rachidovich Charaf, personaje proveniente con toda evidencia del centro de Asia, declaró entre los aplausos de toda la asistencia que la URSS apoya la lucha que «por su liberación libran los pueblos de China, India, Indonesia, Egipto, Corea, Vietnam, Birmania, Siria, Líbano, Sudán, Argelia, Túnez, Yemén, Marruecos y Omán». Con esta declaración puede considerarse como cerrado el ciclo de la distensión.

definitivo de los lazos entre Inglaterra y Wáshington. En Francia es siempre fácil encontrar un candidato en la SFIO para representar el papel que Pietro Nenni desempeña tan brillantemente en Italia; y, en Alemania, por lo menos hasta las elecciones de octubre de 1957, la oposición sistemática a la política del canciller Adenauer había llevado a los dirigentes de la socialdemocracia a prometer concesiones peligrosas a la Unión soviética. El socialismo occidental que, hasta la muerte de Stalin, vino formando un frente sólido contra el comunismo, empezó a debilitarse peligrosamente a partir de este momento. Su realidad interior es mucho menos hermosa que la que trazan, en sus congresos, dirigentes que viven constantemente bajo el íncubo de una reacción de la base siempre dispuesta a barrerlos en la primera oportunidad «internacionalista». Y esta oportunidad —que es la del miedo, porque tal es el elemento mental básico de todo cerebro socialista— la ofrece mejor que ninguna otra circunstancia a los candidatos a los puestos directivos de los PC de Francia, de Inglaterra y de Italia, el espectáculo de una Rusia dotada de medios militares superiores a los de Estados Unidos; que es lo que ha pretendido darse en octubre de 1957 con el lanzamiento de las lunas artificiales del señor Jrushchov. Razón por la que, a partir de este momento preciso, el primer secretario del PC de la URSS ha vuelto a hablar con insistencia de la oportunidad para sus agentes en los países occidentales de volver a formar con los socialistas y progresistas vernáculos nuevas asociaciones frentepopulistas. Si se asistiese a semejantes resurrecciones, la hora de la prueba de fuerza no tardaría en sonar. Exactamente como sucedió a partir de 1936, cuando el triunfo electoral del Frente Popular en Francia sirvió a Rusia para crear las condiciones que Stalin supo aprovechar con tanta habilidad hasta hacer inevitable el choque «intercapitalista» de 1939 [12]. Con todo lo dicho, no se logra descubrir diferencia alguna entre la política exterior practicada por los sucesores del *vozhd* —trátese de Malenkov o de Jrushchov— y la staliniana en cualquiera de sus tiempos sucesivos e, incluso, contradictorios.

Como en los tiempos de Stalin, la política exterior soviética de los años 1953-1956 se ha reducido, en una amplia medida, a los problemas de la política interior de las demás naciones. Evidentemente, los armamentos, con la baza de su fuerza considerable, han reconquistado para ella, a finales de 1957, el primer

---

[12] Eventualidad que no podía descartarse a partir del momento en que, después de haber «copado» los órganos de control del partido radical, el Sr. Mendès-France, apoyándose en una extraña serie de intelectuales y de financieros, fundaba su Nueva Izquierda con el designio de orientar al electorado hacia un nuevo frente popular; Nueva Izquierda que, pese a su derrota de 1956, puede volver a surgir con eficacia renovada a consecuencia de elecciones puestas bajo el signo de la superioridad rusa en materia de armamentos, en los próximos años o en los próximos meses. Sin hablar de las maniobras que están esbozándose, a finales de 1957, en el seno de una cierta Democracia Cristiana italiana, para la que el izquierdismo es un imperativo moral categórico.

lugar; lo que no puede más que inspirar serias dudas acerca de nuestras posibilidades de paz. Pero, con todo, hasta el último momento, el imperialismo soviético extrajo su originalidad y su fuerza de la habilidad con que los dirigentes comunistas supieron explotar en los países del Occidente europeo la diversidad de las aspiraciones, las debilidades inherentes a los regímenes de opinión, los intereses contradictorios de las naciones hasta llevarlas al borde de la disociación, como Stalin vaticinaba en sus últimos meses de vida.

Inútil mecerse en ilusiones, forjarse esperanzas y tejer conjeturas más o menos optimistas acerca de aquello que podrá suceder mañana en la Unión soviética, donde la victoria de Jrushchov defraudó demasiados apetitos para que, al conjugarse, algunos de ellos no intenten ponerla en entredicho. La precariedad de esta victoria es innegable, pero lo era también la de Stalin en 1927, y convendrá tener presente constantemente que, en cualquier eventualidad, en la URSS, el mando supremo sólo pertenecerá a quien sepa persuadir a las «instancias supremas» —lo único que allá se parece a una especie de opinión pública— de su mayor eficacia como agente del expansionismo comunista puesto *por Stalin* en condiciones de efectuar, una vez alcanzada la superioridad militar sobre Estados Unidos, el saldo que entregue a Moscú la dominación definitiva del mundo. Ahora bien, a partir de octubre de 1957, las apariencias han empezado a hablar a favor de los rusos y, sin tardar, en Francia, en Inglaterra, en Italia, el lanzamiento de los *spútniki* en el cielo del cuadragésimo aniversario de la revolución de octubre, señaló la hora de los «compañeros de camino» agrupados por los Mendès-France, los Aneurin Bevan, los Nenni en la irreemplazable conspiración neutralista.

Queda por ver por qué razones los hombres del Kremlín todavía parecen poner sus esperanzas de dominación en el derrumbamiento interno de las naciones europeas y, por el momento, evitan todo gesto capaz de llevar a un tercer conflicto universal; por qué, ahora como en 1939, prefieren contar mejor con la eficacia de sus agentes de Europa, de Asia y de América que con la de sus armas.

Como siempre sucedió desde la instauración del régimen bolchevique, cuarenta años ha, la respuesta a este interrogante se encuentra no en el orden diplomático y militar, sino en el orden interno. Todo está supeditado a una tarea de reestructuración general que no parece haber logrado resultados tan satisfactorios como en el plano de la técnica bélica, pese a la concentración en una sola mano de la suma del poder político.

Capítulo XXII

EL ULTIMO DICTADOR

Fase final de la lucha por la sucesión — El XX Congreso del PC de la URSS: Mikoián y el revisionismo histórico. El «Informe secreto» de Jrushchov y la perturbación mental del ciudadano Dzhugashvili — Rehabilitaciones dosificadas — Cinco mil muertos en busca de sepultura — Los proyectos de Zhukov y los temores de los mariscales jóvenes — Supresión del *Kominform*, causas y efectos — Los acontecimientos de Budapest y de Varsovia, de la salida de Rokossovskiy a la entrada de Janós Kádar — El asunto de Suez, la doctrina Eisenhower y la instalación de los rusos en el Mediterráneo — Partido, ejército y vieja guardia staliniana — Crisis en los pueblos alógenos, el mundo obrero y los círculos intelectuales — Las noches blancas del Kremlín — El juego de la envidia y del miedo en el estado mayor del ejército — La ingenuidad del mariscal Zhukov, o de la nocividad de los viajes a partir de una cierta edad — Pormenores de la «Operación Zhukov» — ¿Puede considerarse como definitivo el triunfo de Jrushchov? — Jrushchov como «Jefe Genial del pueblo trabajador», acotaciones provisionales — La «luna artificial» y los problemas de la guerra y de la paz

Todo empieza con el XX Congreso del PC de la URSS o, para hablar con mayor precisión, con el informe secreto presentado por Nikita Jrushchov ante los delegados rusos de ese congreso en la noche del 24 al 25 de febrero de 1956 acerca de lo que se ha dado en llamar «crímenes de la era de Stalin».

Es evidente que los fermentos que empezaron a aflorar en el momento de la muerte de Stalin, con su secuela de descontento y sus peligros de rebelión latente, habían madurado de modo amenazador a través de los años 1954 y 1955, y que la rivalidad entre partido y ejército no podía sino favorecer su propagación. Es evidente también que, de no limitarse sus efectos, esos fermentos podían llevar a un estallido general, cuyas condiciones, vuelvo a repetirlo, se encuentran permanentemente reunidas en la URSS desde 1917 y que, hasta ahora, el Kremlín no pudo afrontar sino imponiendo al pueblo ruso la

presión constante del terror policial. Ahora bien, en marzo de 1953 y, sobre todo, en los meses sucesivos, se había hecho visible que el terror ya no podía bastar, por cuanto la pugna por la sucesión obligaba a los distintos grupos antagonistas a buscar la pasividad de las masas, mediante concesiones que las convencieran de la sinceridad de los distintos candidatos al sitial supremo, cuando proclamaban su voluntad de mejorar la suerte del pueblo ruso. Pero, al mismo tiempo, los beneficiarios eventuales de esa pasividad debían calibrar sus concesiones de modo a evitar que las masas cayesen en la tentación de mejorar su suerte por cuenta propia. En cierta ocasión, la presión ejercida desde abajo llegó a ser tan irrefrenable que, a finales de 1955, una vez circunscrita la pugna sucesoria a la rivalidad directa entre ejército y partido, uno y otro candidato encontráronse en la obligación de difundir los mismos temas; los únicos que el pueblo podía aprehender: había que tirar por la borda los remanentes del stalinismo, pues éste era el único argumento que los rusos se revelaban dispuestos a considerar como positivo por parte de sus dirigentes. Tal es la razón por la que, en el XX Congreso, ejército y partido *parecieron* estar tan de acuerdo. Uno y otro, antes de llegar al choque final, debían mantenerse unidos, tanto para convencer al pueblo como para proceder sin peligro a la eliminación de dichos remanentes.

Como era de esperar, Anastasio Mikoián —el malabarista Mikoián— fué quien dió la primera señal. El congreso se había abierto, sin pena ni gloria, el 14 de febrero de 1956 ante 1.436 delegados, de los que el 37 por 100 eran individuos llegados a los puestos importantes después de la muerte de Stalin. El discurso de apertura, pronunciado por Jrushchov, no había llamado particularmente la atención, aun cuando el primer secretario, como es tradicional en semejantes oportunidades, hubiese proclamado el final inminente del capitalismo y el triunfo. igualmente inminente, del socialismo en el mundo entero. El 17, Mikoián entraba en acción.

En su discurso, criticó abiertamente la última obra teórica de Stalin —*Problemas económicos del socialismo en la URSS*—, afirmando que «cuando se analiza la situación económica del capitalismo contemporáneo no queda suficientemente claro que las tesis expuestas por Stalin en esa obra, en lo referente a Estados Unidos, Inglaterra y demás países capitalistas, se vean apoyadas por los hechos» [1]. Pero allí donde el financiero armenio asombró a sus auditores fué cuando, refiriéndose a la *Historia del Partido comunista de la URSS*, publicada en tiempos de Stalin, condenó pura y simplemente los conceptos que habían acompañado su elaboración. Así, según él, «diversos acontecimientos complejos y contradictorios de la guerra de 1918-1920 son explicados por ciertos historiadores sin tener en cuenta las modificaciones registradas en la relación de

[1] *Pravda*, 18 de febrero de 1956.

culto de la personalidad y trazar, a través de un nuevo mar de sangre, una nueva línea general, cuyos fundamentos teóricos le serán procurados, cuando le parezca conveniente, por intelectuales a sueldo que estudien día y noche los textos de una Escuela que permite todas las variaciones.

Es lógico opinar que la «Operación Zhukov» fué elaborada por el primer secretario en el momento mismo en que, con su irrupción en la sala de reunión del *Praesidium*, el glorioso soldado lo salvaba del desahucio. En semejantes situaciones —en que el juego de los apetitos personales se conjuga con una sed de poderío tanto más devoradora cuanto que ningún escrúpulo de orden moral concurre a limitarla— la rapidez es el factor fundamental del triunfo. Es muy posible que Zhukov alimentara igualmente vastas ambiciones, pero es evidente que las suyas no eran exclusivamente personales, puesto que eran también las de la casta a la que pertenecía; para llegar a imponerse debió tener en cuenta forzosamente los deseos de otras capas de la sociedad nacional. Su ascensión no podía coronarse sino mediante un arreglo general que asegurara el bienestar y la tranquilidad de la clase campesina y del proletariado industrial, y conciliara, a un tiempo, los intereses de la casta de los dirigentes técnicos. Para establecer este compromiso en vasta escala, necesitaba actuar con prudencia, mientras que Jrushchov, sin ataduras morales con nadie, necesitaba solamente complicidades. En un sistema como el comunista, así como ha ido elaborándose desde hace cuarenta años, triunfa quien tiene cómplices. Y justo es reconocer que, frente a la obsoluta falta de escrúpulos de Jrushchov, el mariscal hizo gala de una ingenuidad que causa estupor.

Engañado por las manifestaciones de deferencia que el primer secretario multiplicaba ante él desde la «Operación Mólotov», se dejó invitar por el astuto personaje a pasar algunos días en Crimea a comienzos de octubre. De allí se embarcó en el crucero *Kuibishev* que lo llevó a Yugoslavia, donde Tito lo había invitado a cazar. Al término de dos semanas de vacaciones, en compañía de un hombre con quien tenía particular empeño en arreglar numerosos problemas pendientes —y los términos de semejante arreglo habían sido aprobados, si no sugeridos, por Jrushchov— perdió seis días más inspeccionando los trabajos de la base naval de Valona, «concedida» a Rusia por los albaneses. Finalmente, el sábado 26 de octubre, emprendía el retorno a Moscú. Recibido en el aeródromo por el mariscal Malinovskiy, el almirante Kuznestsov y otros jefes militares, pero por ningún dirigente político, se dirigió inmediatamente al Kremlín donde le esperaba el *Praesidium* en pleno.

Apenas llegado, Jrushchov le ofreció la presidencia del Soviet Supremo, reemplazando al blandengue mariscal Voroshílov. Solamente entonces comprendió todo aquello que había ido tramándose durante su ausencia, y se negó a aceptar un cargo que significaba su liquidación como jefe de las fuerzas armadas y el final sin gloria de sus ambiciones políticas.

Si hemos de creer el comunicado del Comité Central publicado por *Pravda,* esta renuncia —que el diario, por lo demás, no menciona— fué aprovechada por los más viejos conmilitones del mariscal —Timoshenko, Rokossovskiy, etcétera—, para poner el acento en «las serias deficiencias del trabajo de Zhukov a la cabeza de las fuerzas armadas» y para condenar su «comportamiento equivocado en desacuerdo con el partido» [22]. El comunicado subrayaba igualmente que «el camarada Zhukov violó los principios del partido de Lenin, pregonando una política de abolición de la jefatura y del control del partido sobre el ejército y la marina, demostrándose políticamente inseguro y propenso al *aventurismo.* El culto de la personalidad de Zhukov fué fomentado en el ejército con su participación personal. Con la ayuda de sicofantes y de aduladores, su persona y su papel en la Gran Guerra Patriótica fueron superglorificados» [23]. Con este comunicado empezaba el *ballet* de los chacales.

En los días sucesivos, el mariscal Koniev —liberado de sus temores acerca de la rehabilitación de Tujachevskiy a quien había contribuído a hacer fusilar— descubría que Zhukov compartía la responsabilidad de Stalin en los reveses del comienzo del conflicto con Alemania y «no merecía crédito alguno por la victoria de Stalingrado», que había «trabado más bien que facilitado la conquista de Berlín» y que, por consiguiente, «sería absurdo seguir hablando de la parte excepcional representada por Zhukov en la Gran Guerra Patriótica». Los efectos del miedo suelen ser más envilecedores que el miedo mismo, sobre todo cuando se conjugan, en quien los sufre, con la envidia al único jefe militar que, en la última contienda, salió vencedor de todas sus batallas.

En realidad, estos ataques contra la persona y el obrar del mariscal habían empezado durante su ausencia, oportunidad que los comisarios políticos —gente que nunca actúa por iniciativa propia— aprovecharon para quejarse ante el Comité Central por la situación de abandono en que se encontraba la educación política, por culpa del ministro de Defensa. Se trataba, pues, de una maniobra astutamente combinada entre jefes del partido, comisarios políticos —cuerpo al que Bulgánin y Jrushchov habían pertenecido— y militares profesionales que tenían algo que temer de su colega ausente o, más simplemente, lo envidiaban por sus triunfos en la guerra y su ascensión política. Para el feliz desenlace de esta maniobra combinada, la presencia de Zhukov era un obstáculo insuperable. Su ascendiente sobre la oficialidad de la guarnición de Moscú era tal que nada podía emprenderse contra él mientras estuviera en contacto directo con los regimientos de la capital. Esta es la razón por la que se le encargó la honrosa —y, en verdad, muy esencial— misión de proceder pesonalmente a la reconciliación definitiva con el dictador yugoslavo. Sus tres semanas de ausencia

---

[22] *Pravda,* del 2 de noviembre de 1957.

[23] *Idem.*

fueron aprovechadas para desplazar a algunos generales y a todos los coroneles con mando en la capital, que fueron reemplazados por amigos de Koniev y de Vassilievskiy. Sin embargo, si se tiene presente que el viaje de inspección a Valona fué decidido, mientras estaba cazando con Tito, un día antes de la fecha prevista inicialmente para su retorno a Moscú, no resulta aventurado opinar que el montaje de la máquina había ofrecido serias dificultades. Por otra parte, el tiempo transcurrido entre la sesión del *Praesidium* y la publicación del comunicado del Comité Central, revela que Zhukov no se dejó «ablandar» tan fácilmente como se podría pensar a través de la lectura de los diarios soviéticos.

Su sucesor en el ministerio de Defensa, el mariscal Rodión Malinovskiy, es un militar de segundo rango, esto es, un buen ejecutante de maniobras decididas por otros, incluso tengan poco o nada que ver con la tarea militar. Su presencia en el aeródromo en la tarde del 26 de octubre demuestra que Zhukov se encontraba virtualmente en estado de «vigilancia» desde el momento mismo de su llegada. Malinovskiy es amigo personal de Jrushchov —en la medida en que semejante expresión tiene curso en la URSS—, a quien tuvo como comisario político en el ejército que mandaba en el momento de la liberación de Ucrania, durante la fase final de la guerra. En 1945, ejerció el mando del ejército de Extremo Oriente que «derrotó» a los japoneses en la famosa «guerra de seis días». En 1950, actuó en Corea del norte en calidad de jefe de la misión militar soviética que tanto trabajo proporcionó al general McArthur. Volvió a Moscú cinco años más tarde. Para Jrushchov, pues, no puede ser sino un sirviente fiel.

Todo ello, en verdad, implica consecuencias dramáticas para Rusia y para nosotros, ya que, como no escapará a nadie, nuestra suerte está unida indisolublemente a la de los rusos. Mientras algo —un milagro— no venga a anular la serie de triunfos tan rápidamente cosechados por el ciudadano Nikita Serguéievich Jrushchov, éste no ha de dejar pasar mucho tiempo antes de restaurar en provecho propio el «culto de la personalidad», condenado por él en términos tan perentorios ante el XX Congreso del PC de la URSS y tan duramente achacado a Zhukov por los moralistas del Comité Central. Stalin, por supuesto, seguirá tan destalinizado como nunca, exactamente como durante su reinado sucedió a la obra y al pensamiento de Lenin. Para transformarse en el amo absoluto de Rusia, Jrushchov —como Stalin— ha de negar toda referencia al pasado, demostrar que jamás tuvo maestro alguno, que él, y no Stalin ni Lenin, fué quien creó el comunismo. Su situación misma de dictador le obliga a imponerse como el único intérprete de la doctrina y, muy pronto, tendrá que proceder a grandes purgas que le permitan imprimir su sello exclusivo a la sociedad soviética. Para evitar que ésta se derrumbe bajo el peso de sus excesos, tendrá que trazar una nueva línea general. Sin línea general, no hay dictador. Sin dictador, no puede haber conquista del mundo. Sin conquista del mundo, no hay comunismo. Que los tiempos de la pugna por la sucesión hayan sido acelerados más

de lo previsible, ello es innegable, y el fenómeno encuentra su causa suficiente en el lanzamiento de las «lunas artificiales» de octubre y de noviembre de 1957, que ha creado las condiciones óptimas para que el comunismo emprenda la gran aventura final antes de que el mundo libre encuentre los medios para recuperar el terreno perdido. Y ello explica por qué, en fin de cuentas, en Moscú, Jrushchov fué preferido a Zhukov.

La casta militar tiene demasiados compromisos con la sociedad y con los hombres y su despreocupación en materia doctrinal le prohibe identificarse íntimamente con la cabeza de la empresa, mientras que Jrushchov no se reconoce obligaciones con nadie fuera de la idea de revolución universal. Y los tiempos están demasiado próximos para que los hombres que encarnan esa idea acepten que algún lastre, por ligero que sea, los frene en su salto final.

Las señales de desconcierto que se han multiplicado por doquier en el mundo libre a partir de la tragedia húngara, las manifestaciones de estupor que en Wáshington, en Londres, en París, y también, por vez primera, en las ciudadelas del neutralismo, han acompañado el vuelo ionosférico de los *spútniki* del Sr. Jrushchov, la desintegración del sistema occidental de defensa, tan penosamente ensamblado a partir de bases irreales por políticos utópicos que soñaban con la osa mayor, todo ello contribuye a difundir entre nosotros un sentimiento de espanto —que es lo que mejor puede servir los designios del Kremlín—, como si, solamente ahora, a los cuarenta años de la revolución de octubre, descubriéramos que, frente al comunismo, no nos queda otro remedio que capitular o empuñar las armas. Sin embargo, éste nunca disimuló su propósito de hacer retroceder a los hombres hasta el más feroz de los salvajismos, hasta la más desesperada esclavitud en la que el dictador es el único dios, la línea general el único dogma, el silencio la única ley y la muerte la única libertad.

* * *

Pero creo que nos queda algo por decir. Por más genialmente amaestradas que resulten las perritas que lanza al espacio, el Sr. Jrushchov comete errores que han de resultarle mortales si nosotros sabemos aprovecharlos. Bien puede captar la herencia de Stalin, reducir la policía secreta, aplastar a los stalinistas, humillar al ejército. Cada una de estas victorias le proporciona nuevos enemigos; ancla al pueblo ruso en su odio al comunismo. A la masa que espera desde hace cuarenta años, acaban de juntarse aquellos cuya pasividad la impedían moverse, oficiales del ejército, dirigentes industriales, intelectuales, estudiantes.

Stalin cometió errores más graves, y logró sobrevivir. Pero Stalin había edificado su poder con el apoyo de la policía política que le permitió imponerse con el terror. Jrushchov sólo se apoya en el partido comunista que ya no espanta a nadie y sus cómplices del gran estado mayor son unos oportunistas que

juegan únicamente sobre seguro. Hay algo más: la Rusia de hoy no es la Rusia staliniana de la preguerra. Cuenta con más de seis millones de ciudadanos con educación técnica avanzada. Los proletarios analfabetos y «mugrientos» de hace una generación son ahora los técnicos y los científicos que han creado las armas balísticas y nucleares con las que el primer secretario quiere asustarnos. Son hombres a quienes hay que permitir pensar en sus horas de trabajo. ¿Quién podría impedirles hacerlo en su casa o en el círculo de sus amistades? Para Jrushchov, la tarea de gobernar a Rusia se ha vuelto insostenible en el momento mismo de su triunfo. Más que en la violencia, su poder se sustenta en el engaño. Para durar, tiene que ser más hábil que su maestro, es decir, en su caso específico, más remisivo, y ello significa que, mientras, por una parte, tendrá que proceder sin demasiadas rémoras a la liquidación física de sus antagonistas pasados, presentes y futuros, por otra, se verá en la necesidad de hacer cada vez más concesiones, de resignarse a compromisos siempre más peligrosos. Aquí es donde a nosotros nos queda algo por decir y algo por hacer. *Este algo es nuestra intervención directa en los asuntos rusos por todos los medios, aun los más subversivos, y poder llevar a Jrushchov a preferir la guerra al desahucio.*

* * *

¿Qué otro remedio nos queda?

A nadie sonríe la idea de tener que ir a la guerra y, menos que a nadie, a quien haya tenido que hacerla ya alguna vez en su vida. Todos somos unánimes en horrorizarnos ante sus amenazas, porque sabemos que, alcanzado su término, siempre nos habrá tocado perder algo esencial que ningún triunfo podría devolvernos ya. Pero este horror ante aquello que se acerca sin que nada parezca capaz de evitárnoslo, no busca sus motivos, en lo que nos concierne, en la fuente que proporciona los suyos a los héroes del neutralismo, porque, contrariamente a ellos, ningún resentimento nos anima contra ninguna nación. No odiamos a Rusia, bien por el contrario, y nuestro apoyo a la dura tarea que ahora le toca a Occidente no va exento de críticas, y de críticas muy graves. Nos irrita el puritanismo moralizador de los yanquis, nos irrita su pretensión de reformar el mundo sobre el modelo elaborado doscientos años ha por los «Padres de la Patria». Pero no nos indignamos en lo más mínimo por el *american way of life*, porque consideramos que los principios sociales en que se sustenta son los únicos que permitirían arrinconar el peligro de subversión, visible en el cuerpo de las naciones occidentales, en el desván de los malos recuerdos. En cuanto a la acusación de materialismo que los Sres. François Mauriac y Krishna Menón formulan constantemente contra los Estados Unidos para justificar una «tercera posición», equidistante de dicho materialismo y del de los comunistas, nos parece, fundamentalmente, una jugada deshonesta, por cuanto se basa en la

más equívoca de las peticiones de principio. Al peligro representado para los «valores espirituales» por el materialismo de los yanquis, pueden contestar los cuarenta millones de católicos que, en una sociedad protestante, es decir, políticamente hostil, tienen derecho a utilizar todos los medios legales a su alcance para la difusión de su fe. Mientras tanto, al peligro representado, para esos mismos valores, por el materialismo soviético, sólo podrían responder —si se los dejase hablar— los millones de uniatas, de ortodoxos, de judíos y de musulmanes que agotan su vida en las minas de Vorkuta y de Karaganda. Me parece que la diferencia es sensible.

Ya no puede haber lugar para ninguna tercera posición, porque nos encontramos en uno de esos momentos históricos que se dan solamente al comienzo, o al final de una era. De nosotros depende la alternativa.

Por esta razón nadie podrá sustraerse a la prueba. En verdad, el campo de batalla es preferible al de concentración, la muerte en el frente a la muerte en deportación. Quien escribe estas líneas conoció la guerra y el cautiverio y, entre esos dos destinos, no vacilaría en elegir el primero. Sabe demasiado que el cautiverio soviético —planificado para el no combatiente como para el soldado caído— es un pagaré a término con la más horrible de las muertes.

No estoy muy seguro de que, pese a todas las evidencias, nuestros contemporáneos comprendan claramente en qué encrucijada nos encontramos.

Que los hombres elijan y que Dios nos ayude. En fin de cuentas, Él también está interesado en el asunto, por cuya razón confío en que Se dignará, en el momento justo, iluminarnos a todos u operar el milagro que nos evite la prueba si ve que nuestra desunión significa el triunfo de quienes son tan enemigos Suyos como nuestros...

APENDICES

I APENDICE CRONOLOGICO.

II APENDICE ECONOMICO.

III APENDICE BIBLIOGRAFICO.

IV APENDICE DE TERMINOS.

V APENDICE BIOGRAFICO.

VI APENDICE GEOGRAFICO-CARTOGRAFICO.

VII APENDICE ONOMASTICO.

VIII APENDICE FOTOGRAFICO.

I

GUIA CRONOLOGICA DE LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS OCURRIDOS DESDE 1917 A 1957 EN FUNCION DE LA RUSIA SOVIETICA

1917 *15 de marzo:* Tras la abdicación del Zar, Nicolás II, se forma un gobierno provisional.

18 de mayo: Las manifestaciones contra el gobierno provisional, ocurridas en Petrogrado, dan ocasión a la formación de un gobierno de coalición.

25 de octubre-7 de noviembre: Sin sospechar lo que la espera, Rusia, bajo la guía de Lenin, se lanza en el camino del "sol del porvenir". Son detenidos algunos componentes del gobierno provisional.

2 de diciembre: Empiezan las negociaciones de paz con los representantes de los Imperios Centrales.

1918 *19 de enero:* Disolución de la Asamblea Constituyente.

3 de marzo: Paz de Brest-Litovsk. Empieza la guerra civil.

8 de marzo: VII Congreso del partido socialdemócrata obrero ruso; a partir de este momento se denominará Partido Comunista.

10 de julio: Es promulgada la Constitución de la RSFSR.

16-17 de julio: En Iekaterinburg, asesinato de la familia imperial. En otros lugares de Rusia, y al mismo tiempo, los *sovieti* locales liquidan a todo gran duque que encuentran a su alcance.

1919 *10 de marzo:* Fundación en Moscú de la Tercera Internacional, o Internacional Comunista, o *Komintern.*

23 de marzo: VIII Congreso del PC ruso.

1920 *4 de abril:* IX Congreso del PC.

6 de agosto: II Congreso del *Komintern.*

9 de noviembre: Final de la guerra civil, al evacuar Crimea las tropas de Wranguel.

1921 *12 de enero:* Acuerdo del Comité Central por el que se adopta el sistema de plataformas que habrá de regir la elección de delegados para el X Congreso.

8-16 de marzo: X Congreso del PC ruso. Rebelión en Kronstadt. "Retroceso" y Nueva Política Económica. En Occidente, en los círculos políticos y financieros, se empieza a creer en las posibilidades de duración del régimen bolchevique. Acuerdo comercial anglosoviético.

12 de julio: III Congreso del *Komintern.*

1922 *27 de marzo:* XI Congreso del PC ruso. Stalin "elegido" Secretario General único.

16 de abril: En Rapallo, Italia, firma del tratado de amistad, cooperación política, económica y financiera y colaboración secreta industrial y militar entre la Alemania de Weimar y la Unión soviética, a espaldas de las estipulaciones de las demás potencias europeas convenidas en Génova.

26 de mayo: Lenin sufre su primer ataque hemipléjico.

16 de diciembre: Segundo ataque de Lenin. Zinóviev, Kámenev y Stalin forman la primera *troika.*

1923 *9 de marzo:* Lenin sufre su tercer ataque. Trotskiy decide presentar abiertamente su candidatura a la sucesión.

8 de diciembre: Zinóviev pide el enjuiciamiento de Trotskiy por "alta traición".

1924 *21 de enero:* Muerte de Lenin. La lucha por la sucesión se desencadena en condiciones desfavorables para Trotskiy.

1925 *Abril:* Trotskiy abandona el Comisariado de Guerra y asume la dirección del *Goelro* (dirección de las empresas de electrificación). Stalin, que ya no los necesita, rompe con Zinóviev y Kámenev y se alía con la "derecha" bujariniana. El patriarca Tijón muere en su destierro de Siberia.

17 de diciembre: Firma del tratado de amistad turco-soviético.

18 de diciembre: Empieza el XIV Congreso del PC ruso. Formación de la segunda *troika* como órgano dirigente de la oposición de izquierdas, con Trotskiy, Zinóviev y Kámenev.

1926 *Febrero:* Zinóviev sustituído por S. M. Kírov, "amigo dilecto" de Stalin, a la cabeza del *soviet* de Leningrado.

Julio: Expulsado del *Politburó,* Zinóviev tiene que abandonar igualmente la presidencia de la Tercera Internacional.

1927 *6 de junio:* Pena de muerte para los huelguistas (art. 58 del Código Criminal).

7 de noviembre: Décimo aniversario de la revolución de octubre. Fracasa el *putsh* organizado por la oposición trotskista.

12 de noviembre: Trotskiy y Zinóviev expulsados del PC.

1928 *16 de enero:* Trotskiy desterrado a Alma Atá, Kazakstán. Stalin inicia seguidamente las hostilidades contra la "derecha" bujariniana, utilizando a los elementos izquierdistas a quienes la derrota de Trotskiy ha dejado disponibles.

16 de marzo: Empieza el primer Plan Quinquenal.

28 de diciembre: El "ausentismo" en el trabajo, considerado como delito de sabotaje contrarrevolucionario, se penalizará con condenas hasta diez años de trabajos forzados. Institución del "Carnet de trabajo" con carácter obligatorio.

1929 *18 de enero:* Expulsado de la Unión soviética, Trotskiy se instala —provisionalmente— en Turquía.

27 de diciembre: La persecución contra las llamadas derechas se agudiza. Bujárin expulsado del *Politburó* y de la presidencia de la Tercera Internacional. Stalin anuncia el "Gran Viraje", subrayando la necesidad de "liquidar a los *kulakí* como clase".

1930 *6 de enero:* Creación de los *koljozi* y rebelión en las granjas. Deportaciones en masa.

1931 *7 de diciembre:* Final del proceso contra el "Partido Industrial": los técnicos e intelectuales considerados como enemigos de la clase obrera. Institución de la pena de muerte para los actos de indisciplina en las fábricas.

1932 *16 de marzo:* Empieza el primer PQ antirreligioso bajo la dirección de Emelián Iaroslavskiy-Gubelman.

7 de agosto: Pena de muerte para los ocultadores de trigo (Ley sobre el "Carácter sagrado de la propiedad colectiva").

27 de diciembre: Institución del pasaporte interno con carácter obligatorio. La supresión de dicho documento había sido uno de los principales objetivos de la revolución.

1933 *30 de enero:* Hitler en el poder. El mapa internacional empieza a volverse "flúido". Liquidación de los dirigentes comunistas de Ucrania y Georgia.

26 de enero-10 de febrero: El XVII Congreso del PC ruso proclama a Stalin "Genio de la Revolución" y "Padre de los pueblos progresistas".

16 de marzo: Empieza el segundo PQ.

1934 *8 de junio:* Un Decreto del Comité Central Ejecutivo establece que los familiares de los desertores serán condenados a penas de cinco a diez años de trabajos forzados con confiscación de bienes; lo que da una idea de la atmósfera que se respira en los cuarteles de la Unión soviética.

18 de septiembre: La Unión soviética admitida en la Sociedad de las Naciones, gracias a los buenos oficios del coronel (honorario) de cosacos Edouard Herriot.

1 de diciembre: En Leningrado, el joven comunista L. Nikoláiev asesina a S. M. Kírov, presidente del *soviet* local, miembro del *Politburó* y "amigo dilecto" de Stalin.

18 de diciembre: Ejecución de doscientos "terroristas de los guardias blancos" en represalias por el asesinato de Kírov.

29 de diciembre: La agencia Tass anuncia la ejecución de L. Nikoláiev y de sus "trece cómplices" en el asesinato de Kírov.

1935 *15-16 de enero:* Proceso de los "diecinueve" (entre los cuales Zinóviev y Kámenev). Penas de encarcelamiento "por responsabilidad moral y política en el asesinato de Kírov".

Marzo o abril: Segundo proceso (secreto) contra Kámenev, cuya condena es elevada de cinco a diez años de encarcelamiento.

8 de abril: Un decreto del Comité Central Ejecutivo establece que, a partir de la fecha, la edad de doce años es edad penal, incluso para los delitos señalados con la pena de muerte.

29 de diciembre: Según *Pravda,* únicamente los jefes de empresa están habilitados para fijar los salarios de los obreros y de los campesinos colectivizados, por encima de toda intervención de los sindicatos.

1936 *Año de los Frentes Populares en España y en Francia. En Rusia, año de la "Constitución más democrática del mundo", elaborada sobre la base del PC en el poder y de los demás partidos en la cárcel.*

18 de junio: Muerte de Maxim Gorkiy, a quien pronto Iágoda se acusará de haber hecho envenenar.

17 de julio: En España, a consecuencia de seis meses de fechorías frentepopulistas, coronadas por el asesinato del dirigente monárquico Calvo Sotelo, estalla la guerra civil.

19-24 de agosto: Proceso dicho de los "trece" (Zinóviev, Kámenev y otros), todos condenados a muerte e inmediatamente ejecutados.

1937 *23-30 de enero:* Proceso dicho de los "diecisiete", o del "Centro de los trotskistas de izquierdas". Trece condenados a muerte, inmediatamente ejecutados.

12 de junio: Un comunicado Tass anuncia la ejecución, tras proceso a puerta cerrada, del mariscal Tujachevskiy y de siete altos jefes del ejército rojo. Motivo: alta traición a favor de Alemania, Japón y el fascismo.

1938 *16 de marzo:* Empieza el tercer PQ.

10-21 de marzo: Proceso dicho de los "veintiuno", o de los "trotskistas de derechas", o de los "envenenadores", o del "Centro Paralelo". Bujárin, Ríkov, Iágoda, figuran entre los dieciocho condenados a muerte, inmediatamente ejecutados. La gloria del ex-menchevique Andrei Vishinskiy, fiscal general del Estado, asume perfiles imborrables en el mundo entero.

1939 *10-21 de marzo:* XVIII Congreso del PC de la URSS, cuyas proyecciones en el plano internacional ocupan lugar preeminente entre las causas inmediatas del segundo conflicto mundial.

4 de mayo: V. M. Mólotov, (a) *zheleznïy zad,* ya presidente del *Sovnarkom,* reemplaza a Maxim Litvínov, (a) *papasha,* en el Comisariado de Asuntos Exteriores.

23 de agosto: En Moscú, Ribbentrop y Mólotov firman, en presencia de Stalin, un pacto de no agresión con protocolos secretos acerca del cuarto reparto de Polonia.

3 de septiembre: Empieza el segundo conflicto mundial.

1 de diciembre: Empieza la primera guerra rusofinlandesa.

29 de diciembre: En todo el territorio de la URSS institución de la libreta de trabajo, sin la que nadie puede encontrar empleo. Un cierto número de faltas anotadas en la libreta implican el despido y la supresión de la tarjeta de abastecimiento. Faltas de mayor gravedad (atraso repetido, ausentismo, insubordinación, etc.) son sancionadas con penas de deportación no inferiores a cinco años a campamentos de reeducación por el trabajo.

1940 *12 de marzo:* En Moscú, firma de la paz rusofinlandesa.

9 de agosto: Letonia, Lituania, Estonia, Moldavia y Bucovina del Norte incorporadas a la Unión soviética en calidad de "Repúblicas Federadas".

20 de agosto: León Davídovich Trotskiy asesinado en Méjico por un agente del GPU, identificado más tarde como Ramón Mercader del Río, militante comunista desde su adolescencia.

1941 *13 de abril:* En Moscú, firma del pacto de "neutralidad y amistad" rusojaponés.

6 de mayo: Stalin asume la presidencia del *Sovnarkom.*

13 de junio: Comunicado Tass acerca de la excelencia de las relaciones germanosoviéticas.

22 de junio: La Wehrmacht invade el territorio ruso.

3 de julio: Ante las derrotas aplastantes sufridas por el ejército rojo, Stalin ordena la adopción de la técnica de la "tierra quemada", conocida también como de la "guerra escita".

20 de julio: Stalin, comisario de guerra.

8 de septiembre: Decreto de deportación a Siberia de los alemanes del Volga, radicados en Rusia desde la mitad del siglo XVIII, como "traidores eventuales".

22 de octubre: Stalin, generalísimo.

1942 *14 de febrero:* Movilización de todos los hombres de dieciséis a cincuenta y cinco años y de todas las mujeres de dieciséis a cuarenta y cinco años.

26 de mayo: En Londres, firma de la alianza anglosoviética.

9 de octubre: Reducción a su más simple expresión (hasta 1944) del cuerpo de los comisarios políticos del ejército.

8 de noviembre: Desembarco angloamericano en Africa septentrional.

1943 *3 de febrero:* En Stalingrado, capitulación de los restos del VI ejército alemán tras una batalla de aniquilamiento empezada en septiembre del año anterior.

7 de febrero: En recompensa por lo anterior, Stalin "recibe" el título de Mariscal de la URSS.

16 de mayo: Disolución del *Komintern.* El mundo democrático empieza a desvariar.

13 de julio: En Moscú, creación del Comité de Alemania Libre, con los generales Paulus, el derrotado de Stalingrado, y von Seydlitz.

5 de septiembre: "Reconciliación" del Estado soviético con la Iglesia ortodoxa. El metropolita—pronto patriarca—Sergio, recibido por Stalin en el Kremlin.

9 de septiembre: Elección del metropolita Sergio para la dignidad patriarcal, tras recomendación del ex-militante ateo Karpov, representante de Stalin ante la asamblea episcopal convocada a ese efecto.

19 de noviembre: Supresión de la "Internacional" como himno oficial soviético.

28 de noviembre: En Teherán, conferencia Roosevelt-Churchill-Stalin.

1944 *6 de junio:* Desembarco angloamericano en Normandía.

26 de junio: Ofensiva general soviética.

20 de julio: Atentado contra Hitler.

Enero-octubre: Liquidación de las Repúblicas de los kalmukos, de los chechenes y de Crimea.

1945 *4 de febrero:* Conferencia de Yalta.

7-8 de mayo: Capitulación de la Wehrmacht.

29 de junio: Checoslovaquia "cede" Rutenia a la Unión soviética.

15 de julio: Conferencia de Potsdam.

8 de agosto: Rusia inicia las hostilidades contra el Japón.

15 de agosto: Capitulación del Japón, sin ninguna relación con el hecho anterior, pero sí con las bombas atómicas del 5 de agosto (Hiroshima) y del 9 (Nagasaki).

4 de septiembre: En Londres, empieza la primera conferencia de los cancilleres de los Cuatro Grandes. Motivo: los tratados de paz. Resultado: nulo.

1946 *En China,* pese al parecer contrario de Stalin, las fuerzas comunistas de Mao Tsë-tung desencadenan la guerra civil.

En Europa, el dispositivo staliniano se extiende, a expensas de los elementos democráticos, a las naciones de la Europa oriental, danubiana y balcánica.

25 de abril-16 de mayo y, luego, *15 de junio-12 de julio:* En París, segunda conferencia de los cancilleres de los Cuatro Grandes. Objeto: los tratados de paz. Resultado: nulo.

1 de mayo: En Londres se condena a pena de encarcelamiento mayor al profesor A. Nunn May, primero de los grandes espías atómicos del siglo XX

4 de noviembre-13 de diciembre: En Nueva York, tercera conferencia de los cancilleres de los Cuatro Grandes. Objeto: los tratados de paz. Resultado: compromisos en lo que hace a Italia, Finlandia, Rumania, Bulgaria y Hungría. Resultado nulo con respecto a Alemania y a Austria.

1947 Mientras en China las fuerzas de Mao cosechan victoria tras victoria, Stalin aprovecha en Europa los resabios del rooseveltismo para eliminar a los burgueses progresistas de los Gobiernos de Europa oriental, danubiana y balcánica.

10 de mayo-20 de junio: En Moscú, cuarta conferencia de cancilleres. Objeto: tratados de paz con Alemania y con Austria. Resultado: nulo.

26 de mayo: Por enésima vez el Soviet Supremo suprime la pena de muerte.

12 de julio: En el curso de una conferencia de ministros de Relaciones Exteriores, celebrada en París, el Secretario de Estado norteamericano ofrece ayudar a Europa en su recuperación económica con los recursos de lo que será llamado "Plan Marshall" por el nombre de su promotor. Praga, Varsovia y Belgrado aceptan; pero, llamados a la orden por Moscú, rechazan luego el ofrecimiento.

5 de octubre: Moscú anuncia la fundación del *Kominform,* edición "concentrada" del difunto *Komintern* y *longa manus* del Mariscal Supremo.

25 de noviembre-15 de diciembre: En París, quinta conferencia de los cancilleres. Objeto: tratados de paz con Alemania y con Austria. Resultado: nulo.

1948 *28 de febrero:* Defenestración de Praga: Gottwald, Slansky y Clementis ejecutan la operación a expensas de Benès y de Masaryk, en sentido figurado en lo que hace al primero y propio con respecto al segundo.

19 de junio: Empieza el bloqueo de Berlín por obra de los rusos. Se atribuye esta tentativa de fuerza a Mólotov, ministro de Relaciones Exteriores, y al mariscal Bulgánin, ministro de Defensa, como si Stalin no tuviese nada que ver en el asunto.

28 de junio: Tito, excomulgado por el *Kominform,* pasa a formar parte, según los "expertos" del Foreign Office—entre quienes Burgess y McLean siguen ocupando posiciones de privilegio—, de los amigos del Occidente.

1949 Las tropas de Mao conquistan Peiping y Tientsín, en el curso del mes de enero.

4 de abril: En Wáshington, firma del Pacto Atlántico.

12 de mayo: Final del bloqueo de Berlín. Mólotov y Bulgánin pierden sus carteras, pero conservan la vicepresidencia del consejo de ministros. Stalin, más inocente que nunca, multiplica las declaraciones pacíficas.

23 de mayo-20 de junio: En París, sexta conferencia de los cancilleres. Objeto: tratados de paz con Alemania y con Austria. Resultado: nulo.

Septiembre: Primera prueba atómica de la Unión soviética. Ejecución de L. Rajk.

14 de noviembre: Las tropas de Mao entran en Chung King, dando término a la guerra civil. Chang Kai-shë se instala en Formosa. Rokossovskiy, naturalizado polaco.

1950 *12 de enero:* Por enésima vez el Gobierno soviético restablece la pena de muerte por los crímenes de traición y de sabotaje, que, según las normas jurídicas en vigor en la URSS, pueden abarcar desde el robo de una caja de cerillas hasta el espionaje militar.

14 de febrero: En Moscú, firma de una alianza de treinta años entre la Unión soviética y China popular. Un protocolo adicional establece la cesión a Rusia del ferrocarril de Changchún, de la base naval de Port-Arthur y del puerto comercial de Dairén hasta la conclusión de la paz con el Japón por las potencias signatarias.

1 de marzo: En Londres se condena a pena de encarcelamiento mayor al doctor Klaus Fuchs, considerado como el segundo de los grandes espías atómicos de nuestro tiempo.

Marzo: En el imperio soviético, elecciones generales para la renovación del Soviet Supremo. Los candidatos oficiales triunfan sin dificultad sobre una oposición muy extensa, pero obligada a la clandestinidad por la "Constitución más democrática del mundo". Stalin, elegido en varios colegios, singularmente en el de Kaliningrado (ex Koenigsberg), donde substituye a Kant en las plazas y en las aulas, y en el primero de Moscú, donde obtiene el 110 por 100 de los votos, fenómeno que la Junta electoral de la capital soviética explica por el entusiasmo de algunos electores que concurrieron a votar varias veces para manifestar su "cariño por el *vozhd*".

25 de junio: Las tropas norcoreanas franquean el paralelo 38 para integrar a sus compatriotas sureños en la patria de los trabajadores.

1950 *2 de octubre:* El doctor Bruno Pontecorvo, considerado como el tercero de los grandes espías atómicos del siglo, desaparece de Inglaterra con su familia. Se presume (presunción confirmada en 1955) que Rusia aprovecha desde entonces los conocimientos de este discípulo del profesor Fermi en materia de física nuclear.

16 de octubre: El presidente Truman proclama el "estado de emergencia nacional".

24 de octubre: Para evitar el rearme de Alemania en el marco nacional, Francia propone la creación de un ejército europeo "integrado" en el marco de las instituciones políticas—por crear—de una Europa a la que habría que federar.

19 de diciembre: El general D. Eisenhower asume el mando de las fuerzas del Pacto Atlántico y del futuro ejército "integrado". Proceso y ejecución de Kostov en Sofía.

1951 *27 de enero:* El mariscal Gustav von Mannerheim, héroe de tres guerras antisoviéticas, fallece en su exilio helvético.

23 de junio: En San Francisco USA, firma del tratado de paz con el Japón. Rusia y la India se niegan a firmar.

1 de julio: En Kaesong (Corea) empiezan negociaciones en vista de la conclusión eventual de un armisticio, entre delegados chinos y norcoreanos, por una parte, y delegados de las Naciones Unidas, por otra. Las operaciones bélicas continúan con alternativas diversas.

26 de diciembre: George F. Kennan, "cerebro privilegiado" del State Department y planificador de la política de contención, es designado embajador de los Estados Unidos en la URSS e inmediatamente calificado por la prensa soviética de "carácter equívoco" y de "espía desde hace mucho".

1952 *5 de julio: Exit* Anna Pauker, la "Pasionaria" balcánica.

Septiembre: Desde Moscú se anuncia que un quinto PQ está en curso de aplicación desde marzo de 1951.

2 de octubre: La revista "Bolshevik", órgano del Comité Central, publica un artículo de Stalin sobre *Problemas económicos del socialismo en la URSS*: no habrá guerra entre países capitalistas y Rusia, sino guerra intercapitalista motivada por la voluntad de Europa occidental y del Japón de sacudir el yugo del "imperialismo" norteamericano; llamamiento a la constitución de nuevos frentes populares.

3 de octubre: Bomba "A" británica.

3 de octubre: George F. Kennan, embajador de Estados Unidos en Moscú, declarado persona *non grata* por el gobierno soviético, en razón de declaraciones hechas por él en Berlín acerca del régimen carcelario impuesto a los diplomáticos del mundo libre acreditados en la capital soviética.

5-14 de octubre: XIX Congreso del PC de la URSS. Malenkov, "delfín" preconizado. Fusión del *Politburó* y del *Orgburó* en un *Praesidium* ensanchado. Llamamientos a los partidos democráticos del mundo libre para la constitución de "frentes comunes" con el partido comunista contra el "belicismo norteamericano".

1952 *4 de noviembre:* Dwight Eisenhower, candidato por el partido republicano, triunfa en las elecciones presidenciales, sobre un programa de intervención activa contra el comunismo por doquiera resulte posible crearle dificultades y precipitar la liberación de los pueblos cautivos.

12 de noviembre: La prensa norteamericana anuncia que los Estados Unidos tienen la bomba "H". En Praga, ejecución de Slanskiy, Clementis y otros por "desviacionismo".

1953 *5 de marzo:* Stalin deja de existir a las 21,50, hora de Moscú, a consecuencia de un ataque hemipléjico sobrevenido tres días antes (versión oficial). Colmo de la obsecuencia dialéctica, el músico Sergio Prokófiev fallece el mismo día, en la misma ciudad, víctima de la misma dolencia.

6 de marzo: G. M. Malenkov asume las funciones de primer ministro y de primer secretario del PC de la URSS; Beriia, V. M. Mólotov, N. A. Bulgánin y L. M. Kaganóvich reciben el título de primeros viceprimeros ministros al mismo tiempo que importantes funciones de gobierno. El mariscal Voroshilov sustituye en la presidencia del *Praesidium* del Soviet Supremo a N. M. Shvernik, devuelto a la dirección de los sindicatos.

13 de junio: Julius y Ethel Rosenberg son ejecutados en Sing Sing como "los mayores espías atómicos del siglo".

17 de junio: Rebeliones obreras en Alemania oriental.

9 de julio: En Moscú se anuncia la detención de L. P. Beriia y su futuro enjuiciamiento como agente del capitalismo internacional.

27 de julio: Armisticio en Corea.

8 de agosto: Malenkov anuncia que Rusia tiene la bomba "H".

Septiembre: N. S. Jrushchov, primer secretario del PC de la URSS.

22 de diciembre: En Moscú, un comunicado oficial anuncia la ejecución de Beriia y de sus "compinches", tras sentencia del Colegio Militar Supremo de la URSS reunido a puerta cerrada. Según los términos de la sentencia, Beriia estaba a sueldo de los servicios británicos de espionaje desde 1919.

1954 *25 de enero-18 de febrero:* En Berlín, séptima conferencia de cancilleres. Objeto: tratados de paz con Alemania y con Austria. Resultado: nulo.

25 de marzo: El Gobierno soviético anuncia que da por terminado el régimen de ocupación en Alemania oriental, donde las tropas rusas permanecerán "provisionalmente". El nuevo Estado "independiente", conocido con el nombre de República Popular Alemana, pasa a constituir el séptimo florón de la corona satélite forjada por Stalin para sus sucesores.

31 de marzo: V. M. Mólotov entrega a los embajadores de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña una nota por la que la Unión soviética solicita su admisión en la organización del Pacto Atlántico (OTAN) a condición de que los occidentales renuncien a la Comunidad Europea de Defensa y al rearme de Alemania. Propuesta rechazada de inmediato, con gran disgusto de Mendès-France y de Aneurin Bevan.

1954 *Junio-julio:* En Ginebra, conferencia de cancilleres sobre Indochina con presencia de Chu En-lai. Al término de los coloquios, el primer ministro francés reconoce con brío la derrota de su país, y cede a Ho Chi-minh las regiones más ricas de aquel territorio.

Septiembre: Francia rechaza la CED. Inglaterra y Estados Unidos invitan a Alemania a tomar parte en la defensa militar de Europa en el marco del Pacto Atlántico. Francia se ve obligada a suscribir esta decisión.

22 de diciembre: Para celebrar, según las tradiciones que le son propias, el primer aniversario de la ejecución de Beriia, el Gobierno hace fusilar al general del MVD Abakumov, él también "traidor al servicio del capitalismo" desde su infancia.

1955 *8 de febrero:* Malenkov confiesa sus errores, reconoce su incapacidad y se arrepiente por sus pecados. Abandona la jefatura del Gobierno en manos del mariscal Bulgánin y toma la dirección del ministerio de Centrales Eléctricas. Zhukov, ministro de Defensa. La pugna por la sucesión se circunscribe al ejército y al partido.

13-24 de abril: Conferencia afroasiática en Bandoeng. Chu En-lai arranca de las manos de Neheru la dirección "moral" de la lucha de los pueblos de color contra el imperialismo de los blancos.

9 de mayo: Alemania occidental entra a formar parte de la OTAN.

14 de mayo: Pacto de Varsovia, bajo la dirección militar del mariscal gepeuísta Iván Koniev.

15 de mayo: Tratado de paz con Austria.

6 de mayo: En Belgrado, Jruschchov canta la palinodia ante Tito, achacando a Beriia la responsabilidad de lo sucedido entre Rusia y Yugoslavia.

18-24 de julio: En Ginebra, conferencia de los Cuatro Grandes. Nace el "espíritu de Ginebra", que fallecerá en tierna edad.

Octubre: Acuerdo rusoegipcio sobre armas soviéticas a cambio de algodón del Nilo. Oriente Medio vuelve a incendiarse.

27 de octubre-16 de noviembre: En Ginebra, octava conferencia de los cancilleres. Objeto: reunificación de Alemania. Resultado: nulo.

1956 *15 de enero:* Empieza el sexto PQ destinado a alcanzar a Estados Unidos en todos los sectores de la producción.

14-24 de febrero: XX Congreso del PC de la URSS. Jrushchov lee su "informe secreto" sobre los crímenes de Stalin. Llamamiento a la formación de nuevos frentes populares. Rusia y China proclamados *leaders* del comunismo mundial.

18 de abril: Moscú anuncia oficialmente la disolución del *Kominform.*

1 de junio: Mólotov abandona la cartera de Relaciones Exteriores "por razones de edad".

2 de junio: Lisenko, acusado del fracaso de la cosecha en Siberia. Si juntamos esta noticia y la de su expulsión de la Academia de Ciencias, su suerte se vuelve oscura.

12 de junio: L. M. Kaganóvich abandona la presidencia del Comité para cuestiones del trabajo, "por razones de salud".

1956 *28 de junio:* Rebelión en Poznan. Primeras manifestaciones públicas de descontento en Hungría, donde el "círculo Petöfi" empieza a actuar en sentido antisoviético.

11 de julio: El Soviet Supremo adopta medidas de descentralización a favor de las repúblicas federadas soviéticas.

23 de julio: Empieza el forcejeo diplomático en torno al dique de Assuán

26 de julio: Nasser nacionaliza el Canal de Suez.

Septiembre: Este mes, en que, finalmente, se hace pública la hostilidad que, desde julio de 1954 opone a Foster Dulles y a Anthony Eden, puede considerarse como determinante en el proceso de desintegración del sistema occidental de defensa.

15 de octubre: Imre Nagy, reincorporado en el PC magiar. Miguel Farkas, torturador y brazo derecho de Matías Rákosi, encarcelado.

16 de octubre: Wladislaw Gomulka, reincorporado al Comité Central del PC polaco.

19 de octubre: Viaje relámpago de Jrushchov a Polonia, donde se le recibe con señales visibles de hostilidad.

21 de octubre: El mariscal Rokossovskiy, eliminado del *Politburó* polaco. Gomulka, elegido primer secretario.

22 de octubre: Manifestaciones en Budapest. Nagy, primer ministro.

25 de octubre: Primera intervención armada de los rusos en Budapest. Victoriosa resistencia de los húngaros.

28 de octubre: Rokossovskiy exonerado de su cargo de ministro de Defensa en el Gobierno de Varsovia.

29 de octubre: Israel ataca en el Negev.

31 de octubre: Francia y Gran Bretaña atacan a Egipto. Amenazas rusas y furores norteamericanos. Anthony Eden empieza a flaquear.

1 de noviembre: Nagy denuncia el pacto de Varsovia.

3 de noviembre: Nagy forma un Gobierno de coalición decididamente anticomunista.

4 de noviembre: Rusia ataca en toda Hungría con medios aplastantes y forma un Gobierno títere con Janós Kádar, que fué víctima de Stalin y ha de transformarse, de ahora en adelante, en uno de los más siniestros verdugos de la historia.

5 de noviembre: En las Naciones Unidas, un importante grupo de Estados miembros, entre los cuales figuran Estados Unidos y la Unión soviética, condena vigorosamente a Francia, Gran Bretaña e Israel por su agresión contra Egipto.

8 de noviembre: Cese de la lucha en Egipto.

28 de noviembre: Siria empieza a recibir armas rusas, equipos rusos y técnicos rusos, incluso en materia de organización policial.

8 de diciembre: Disturbios en la Universidad de Moscú, que se extienden en los días siguientes a las de Leningrado, Járkov, Dorpat, etc.

12 de diciembre: Las Naciones Unidas condenan a Rusia por la agresión de Hungría; en Budapest se empieza a ahorcar a patriotas.

17 de diciembre: Acuerdo rusopolaco sobre permanencia de las tropas soviéticas.

1957 *5 de enero:* Nace dificultosamente la "doctrina Eisenhower", destinada a una rápida defunción. En Budapest, Kádar anuncia el retorno integral al "método staliniano".

2 de febrero: Muere en Alemania oriental el ex mariscal Friedrich Paulus.

11 de febrero: Retorno a sus solares primigenios de lo que queda de kalmukos, chechenes, kabardines, balkaches, deportados por orden de Stalin durante la segunda guerra mundial, o a consecuencia de ella.

12 de febrero: Exit Shepilov, sucesor de Mólotov, dejando el lugar a A. Gromiko.

26 de marzo: El coronel (honorario) de cosacos Edouard Herriot fallece en Lión (Francia), donde deja huérfano al grupo filosoviético no comunista.

23 de junio: Derrota de los viejos stalinianos Mólotov y Kaganóvich, a quienes se habían unido contra Jrushchov, Malenkov y Shepilov. Eliminados del *Praesidium* y del CC, se les encargan funciones de cuarto orden lejos de Moscú, a la espera de un retorno que el triunfo del primer secretario hace inevitable cuando se encuentre en la necesidad, para durar, de liquidar la cola de la oposición. Empieza la fase resolutiva de la lucha entre ejército y partido.

4 de octubre: Los rusos lanzan al espacio su *spútnik* número 1. Empieza una fase revolucionaria de las relaciones internacionales.

26 de octubre: A su vuelta de Yugoslavia y Albania, el mariscal Zhukov es exonerado de sus cargos de ministro de Defensa y de miembro del *Praesidium* y del CC por aventurismo y personalismo. Traicionado por sus mismos conmilitones, a quienes salvó en varias oportunidades del desahucio, se transforma en militar mediocre y está a punto de ser calificado de enemigo del pueblo y de agente del capitalismo desde su infancia. Jrushchov queda solo en el juego, por lo menos aparentemente.

3 de noviembre: Los rusos lanzan su segundo *spútnik.*

6 de noviembre: Fiestas conmemorativas en Moscú del cuadragésimo aniversario de la revolución bolchevique. Rodeado por los jefes de todos los PC del mundo socialista y del mundo libre, Nikita Serguéievich Jrushchov hace reconocer para el PC de la URSS, es decir, para su persona, el papel de guía supremo del movimiento proletario internacional.

II

LA ECONOMIA SOVIETICA PLANIFICADA [1]

Abreviaturas: m, miles; M, millones; mM, miles de millones; T, toneladas; Q, quintales; m^2, metros cuadrados; H, hectáreas; R, rublos; D, dólares; C, cabezas; U, unidades.

Teóricamente, la economía soviética se encuadra en tres períodos sucesivos y diametralmente opuestos unos a otros: el del Comunismo de Guerra (1917-1921), el de la Nueva Política Económica (1922-1927) y el de los Planes Quinquenales (1928 en adelante). En realidad, el único que ha obedecido a propósitos sistemáticos es el de los PQ, que desde 1928 condicionan en todos sus pormenores la vida social rusa, y, a partir del final de la segunda guerra mundial, directa o indirectamente, los modos de existencia del resto del mundo. En el curso del presente libro hemos estudiado, a medida que se desarrollaban, con todas sus incongruencias, las fases del Comunismo de Guerra y de la NEP. El período de los Planes Quinquenales será, pues, el único que estudiaremos a continuación, sin considerar por ello su comienzo como una ruptura absoluta con el pasado. Por otra parte, como esta experiencia, desde su iniciación, ha sufrido varios cambios de orientación, la dividiremos en tres fases distintas:

A) Fase anterior a la segunda guerra mundial (1928-1940).
B) Fase de la guerra y de la reconstrucción (1941-1950).
C) Vuelta a la planificación acelerada (1951 en adelante).

La circulación de los grupos sociales en un país dedicado esencialmente, como la Unión soviética, a tareas de producción, constituye un factor básico a partir del cual se hace posible apreciar con mayor precisión las transformaciones sufridas por los demás sectores de la actividad nacional. Para el período que va de 1913 a 1937—durante el que se registran fenómenos de desintegración total y de reestructuración sobre bases demográficas, económicas y sociales enteramente nuevas—disponemos de los índices siguientes, que figuran en la obra de S. Sulkevich: *Territorio y población de la URSS*, Moscú, 1940.

---

[1] Para establecer los índices del presente apéndice he utilizado, más específicamente, las obras de D. S. Miller, S. Alexandridi, G. Ciocca, A. Baykov, S. S. Balzak, G. R. Barker, Ch. Bettelheim, H. Schwartz, S. N. Prokopovicz, E. Thiel, etcétera. Asimismo, me han sido de gran utilidad (hasta 1950) los índices del *Atlas International Larousse* y los que publica regularmente la revista *Relazioni Internazionali*, de Milán. Para las obras señaladas en la presente nota, Cfr. bibliografía anexa, Sección K.

CUADRO I.—CIRCULACION SOCIAL DE 1913 A 1937

(en porcentajes)

CATEGORIAS	1913	1928	1934	1937
Obreros y empleados	16,7	17,3	28,1	34,7
Granjeros colectivizados, artesanos miembros de cooperativas	—	2,9	45,9	55,5
Campesinos individuales (con exclusión de los kulakí)	65,1	72,9	22,5	5,6
Terratenientes, burgueses, mercaderes y kulakí	15,9	4,5	0,1	0,0
Otros (militares, estudiantes, jubilados, etc.)	2,3	2,4	3,4	4,2
Total	100,0	100,0	100,0	100,0

Como todas las que provienen de estadísticas oficiales, estas cifras son relativas, pero no dejan de ser sintomáticas en la medida en que revelan: 1) Un aumento extraordinario de la categoría de los obreros, empleados y campesinos colectivizados; 2) La desaparición casi total de la categoría de los campesinos libres y de la desaparición, total esta vez, de las clases medias rurales y ciudadanas, y sabemos qué es lo que significa exactamente, en régimen soviético, la palabra "desaparición".

CUADRO II.—POLITICA DE COLECTIVIZACION AGRARIA

(en hectáreas)

	1913	1928	1939
Area total sembrada	104.998,6	112.998,4	133.987,3
Cultivo de granos	94.358,4	92.172,3	99.653,2
Cultivos técnicos	4.550,5	8.615,4	11.073,9
Papas y hortalizas	3.815,5	7.683,4	9.213
Forrajes	2.050	3.871,5	13.952
Pastos perennes	—	1.034,3	5.197,6

Como se ve, el crecimiento del área sembrada no corresponde al de la población campesina colectivizada, fenómeno que encuentra explicaciones suficientes en la liquidación de los *kulakí* y de los campesinos medios y pequeños, en las deportaciones en masa de regiones consideradas como políticamente "inseguras", y en los métodos irracionales de la administración que, como es de suponer, no desaparecieron con el famoso artículo de Stalin, *Mareados por el éxito.*

CUADRO III.—DESARROLLO DE LA PRODUCCION AGRICOLA COLECTIVIZADA

	1928	1932	1938
Número de granjas	1.400	4.337	3.992
Promedio de trabajadores ocupados en ellas	316,8	1.891	1.319,7
Area sembrada (MH)	1,7	14,4	12,4
Tractores empleados (m)	6,7	64	85
Ganado vacuno (MC)	0,2	3,2	3,7
Ganado porcino (MC)	0,1	1,8	2,8
Ganado ovino (MC)	0,8	5,7	7
Producción total (MQ)			
Cereales	11,3	?	87,6
Algodón	0,1	?	1,4
Lana (mQ)	21	?	186

Las cifras siguientes, relativas a la producción industrial, se refieren al período consecutivo al segundo PQ, ya que solamente a partir de este momento la planificación industrial encuentra su correspondencia en los hechos reales en razón de los tanteos incoherentes y de las medidas extravagantes de aplicación que caracterizaron los dos primeros planes:

CUADRO IV.—DESARROLLO DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL

PRODUCTOS	1937	1938	1939	1940	1941
Carbón (MT)	127,9	132,9	145,9	164,6	191
Petróleo (MT)	30,5	32,2	30,3	34,2	38
Hierro en lingotes (MT) ...	14,5	14,6	14,5	14,9	18
Acero (MT)	17,7	18	17,6	18,4	22,4
Laminados (MT)...	13	13,3	12,7	13,4	15,8
Aluminio (MT)	37,7	56,8	?	59,9	99,4
Valor (nMR).					
Bienes de capital	55,2	62,6	73,7	83,9	103,6
Bienes de consumo	40,3	44,2	50,2	53,6	58,4

Las cifras relativas al año 1940 son las únicas que las estadísticas soviéticas nos proporcionan como efectivas antes de la segunda guerra mundial. Las de 1941 corresponden a previsiones no realizadas en razón de las condiciones creadas por el conflicto con Alemania. De todos modos, resultará útil comparar los índices de producción de los años 1913 y 1940 que preceden a la entrada de Rusia en el primero y en el segundo conflicto mundial:

CUADRO V.—PRODUCCION INDUSTRIAL DE 1913 Y 1940

(en MT)

PRODUCTOS	1913	1940
Carbón	29,1	164,6
Petróleo	9,2	34,2
Hierro en lingotes	4,2	14,9
Acero	4,2	18,4
Acero laminado	3,5	13,4

CUADRO VI.—MOVIMIENTO COMERCIAL DE 1913 A 1938

(en mT)

AÑOS	EXPORTACION	IMPORTACION	TOTAL
1913	24.112,8	15.342,8	39.455,6
1924-1925	6.169	1.863,7	8.032,7
1925-1926	7.855,8	1.547,3	9.403,1
1926-1927	9.573	1.846,5	11.419,5
1927-1928	8.873,7	2.014,3	10.888
1929	14.145	1.936,7	16.081,7
1930	21.486,4	2.855,9	24.342,3
1931	21.778,9	3.565,4	25.343,3
1932	17.967,9	2.322,1	20.290
1933	17.916,3	1.236,1	19.152,4
1934	17.340,2	1.025,2	18.365,4
1935	17.190,4	1.259,1	18.449,5
1936	14.204	1.155,3	15.359,3
1937	12.969,4	1.258,8	14.255,2
1938	9.682,3	1.127,2	10.809,5

La larga serie de muy complejos problemas relativos al mundo del trabajo se hará más sensible si la dividimos en dos grupos: el del crecimiento de la población trabajadora y el de salarios y precios:

CUADRO VII.—CRECIMIENTO DE LA POBLACION TRABAJADORA Y SALARIO MEDIO ANUAL

AÑOS	NUMERO DE OBREROS Y EMPLEADOS M	SALARIO MEDIO ANUAL R
1928	11,6	703
1929	12,2	800
1930	14,5	936
1931	19,4	1.127
1932	22,9	1.427
1933	23,3	1.566
1934	23,7	1.858
1935	24,8	2.269
1936	25,8	2.776
1937	27	3.038
1938	27,8	3.467
1940	30,4	?
1941	?	?
1942	32	4.100 [2]

En el momento en que empieza a desarrollarse el tercer PQ—que coincide con los grandes procesos—se puede resumir como sigue el estado real de los salarios obreros: un peón no calificado cobra alrededor de 100 rublos mensuales; un obrero calificado, alrededor de 200; un empleado medio, alrededor de 400. Estas cifras, bastante elocuentes de por sí, disimulan realidades desagradables. En efecto, como escribe A. CILIGA, "si en el momento de los Congresos resulta posible, al amalgamar esas cifras, encontrar un llamado salario medio, nadie en la URSS se equivoca acerca de ello, porque cada uno sabe muy bien en qué categoría se encuentra y cuál es el salario exacto de su categoría. Hay que mencionar también una circunstancia que aquí importa bastante: los titulares de los empleos directivos reciben, generalmente, un departamento gratuito con las comodidades modernas (agua, gas, electricidad, calefacción central), y pueden obtener en las cooperativas de las empresas o del Estado mejores condiciones de abastecimiento y de vestuario que la masa de los obreros. Por algo se hizo campaña contra el *igualitarismo pequeño-burgués*" [3].

Algunas cifras serán suficientes para comprobar qué realidad anida detrás de ese famoso salario medio.

Si tomamos la cifra 100 como índice medio de los salarios percibidos en Rusia *en 1913*, comprobamos que, *solamente en 1927*, el 41,7 % de los salarios alcanzó el nivel de preguerra y que el resto permaneció bastante por bajo de este nivel. Por lo demás, semejantes índices no tienen significación sino en función del movimiento de los precios. Así, vemos cómo en 1923

[2] En 1950 estas cifras alcanzarán, respectivamente, 39,5 y 5.040.

[3] A. CILIGA: *Dix ans derrière le rideau de fer*, t. II, París, 1950.

los precios de los productos agrícolas están en relación de 54 a 100 con los de 1913, mientras que los de los productos industriales arrojan la relación de 171 a 100. Con ello, mientras los agricultores difícilmente podían adquirir productos manufacturados, los habitantes de las ciudades que, teóricamente, hubieran podido adquirir los productos del campo, tampoco podían hacerlo en razón del precio elevado de los transportes, del costo de la transformación de los productos agrícolas y de las insuperables complejidades del sistema comercial. Ya entonces era fácil descubrir que al Gobierno soviético le interesaba menos satisfacer las necesidades personales de la población que la conquista de la supremacía industrial en el campo militar con respecto a las demás naciones industrializadas del continente. Para convencerse de ello basta con considerar el rango ocupado por las varias ramas industriales en la jerarquía de los salarios y las modificaciones aportadas a esta jerarquía de un PQ a otro. P. Briere establece el cuadro siguiente para ilustrar esta realidad:

Cuadro VIII.—JERARQUIA DE LOS SALARIOS

	PLAN 1933-1938		PLAN 1939-1944	
	RANGO	SALARIO MEDIO	RANGO	SALARIO MEDIO
Industria petrolera	4	129,98	1	307,38
Hulleras	6	122,08	2	302,16
Electricidad	1	146,38	3	292,25
Mecánica	2	141,39	4	282,22
Siderurgia	3	132,24	5	272,14
Industria química	5	122,62	6	263,72
Minas de hierro	7	113,96	7	261,93
Industria algodonera	10	85,89	8	199,63
Industria de la lana	9	90,16	9	194,83
Industria alimentación	8	96,18	10	188,21
Industria del lino	11	70,60	11	172,18

Así, podremos comprender mejor el misterio de los salarios medios y penetrar la realidad que disimulan:

Cuadro IX.—INDICE DEL SALARIO REAL

	1928	1933	1934	1935	
				ENERO	OCTUBRE
Salario medio mensual	58,5	131	150	165	165
Indice del salario	100	224	258	285	285
Kilogramo de pan (en kopeks)	10	60	60	100	80
Indice del precio	100	600	600	1.000	800
Indice del salario real	100	37,3	43	28,5	35,6

CUADRO X.—NIVELES DE VIDA DEL OBRERO RUSO Y FRANCES EN 1937

(cambio oficial: 1 rublo = 4,25 francos)

(cambio real: 1 rublo = 7,50 francos)

ARTICULOS	PRECIOS		HORAS EMPLEADAS	
	RUSIA (*en rublos*)	FRANCIA (*en francos*)	POR EL OBRERO RUSO	POR EL OBRERO FRANCES
Abrigos para hombre	222,0 a 350,0	167,0 a 350,0	136 a 211½	33½ a 71
Impermeables para hombre.	125,0	95,0	75½	19
Trajes para hombre	150,0 a 412,0	179,0 a 300,0	90½ a 249	36 a 60
Pantalones	85,0 a 90,0	90,0	45 a 54	18
Gorras	10,0 a 17,0	9,0 a 24,0	6 a 10	2 a 5
Sombreros	35,0 a 50,0	28,0 a 70,0	21 a 30	6 a 14
Zapatos para hombre	40,0 a 99,0	54,0 a 75,0	24 a 60	10 a 14
Botines para hombre	72,0	50,0 a 70,0	44	11 a 15
Camisas de trabajo, algodón	11,0	12,0 a 22,0	7	2 a 5
Camisas blancas, algodón ...	12,0 a 16,0	17,0 a 36,0	7 a 10	3 a 7
Abrigos para mujer	180,0 a 550,0	118,0 a 357,0	108 a 322	24 a 72
Trajes sastre	200,0	178,0 a 360,0	121	36 a 48
Blusas rayón	42,0 a 48,0	29,0 a 42,0	25 a 29	6 a 9
Impermeables para mujer..	125,0	89,0	76	18
Tricotas de lana	100,0 a 160,0	34,0 a 42,0	60 a 97	7 a 9
Camisones de lana	40,0	46,0	24	9
Zapatos para mujer	110,0 a 167,0	54,0 a 102,0	67 a 101	11 a 21
Carteras de cuerina	43,0 a 60,0	23,0 a 54,0	26 a 36	4 a 11
Alimentación.				
Mantequilla, kilo	18,0 a 23,0	16,0 a 20,0	11 a 14	3 a 4
Tocino, kilo	15,0 a 18,0	40,0	9 a 11	8
Carne de vaca, kilo	6,0 a 10,0	8,0 a 28,0	4 a 6	2 a 5
Pescado, kilo	3,0 a 6,0	7,0 a 16,0	2 a 4	1 a 3
Salchichas, kilo	10,0 a 22,0	16,0	6 a 14	4
Huevos, docena	5,0 a 6,0	5,0 a 8,0	3 a 4	1 a 2
Leche, litro	1,5	1,5	1	0¼
Té, kilo	70,0	48,0 a 64,0	43 a 61	9 a 13
Pan blanco, kilo	1,9	2,2	1¼	0½
Pan negro, kilo	0,9	2,3	0½	0½
Cebollas, kilo	1,5	1,2	1	0¼
Azúcar, kilo	4,2	4,0	2½	1
Harina, kilo	4,9	2,7	3	0½
Arroz, kilo	6,5	2,8	4	0½
Fideos, kilo	3,6	5,6	2¼	1
Patatas, kilo	0,4	0,9 a 1,2	0¼	0¼

Señalemos que, en 1909, para un sueldo mensual medio de rublos 63,25, el obrero ruso del centro metalúrgico de Rushchenkovo, distrito de Iuzovka (el actual Stalino), se enfrentaba con los precios siguientes (en rublos):

Pan de centeno	0,04
Pan blanco, kilogramo	0,05
Carne de vaca	0,12

100 huevos	0,20
Azúcar, kilogramo	0,25
Mantequilla, kilogramo	0,62
Pollo (U)	0,12
Botines de cuero, hombre y mujer	2,50
Botas de trabajo, cuero	1,00
Botas de caza, impermeables, medida	9,00
Pantalones de trabajo	0,70
Rubashka (camisa rusa)	0,70
Género de algodón, *archina* (0,71)	0,12
Traje a medida, género inglés	30,00

(Para los salarios en la industria antes del primer conflicto mundial, ver más adelante cuadro XX.)

B) FASE DE LA GUERRA Y DE LA RECONSTRUCCION (1941-1950)

Las condiciones de vida impuestas a Rusia entre 1917 y 1940, primero por la revolución y la guerra civil, luego por el sistematismo de dirigentes en busca de nuevas estructuras que les permitieran asentar definitivamente su propia dominación sobre el conjunto de la sociedad nacional, han situado a la inmensa mayoría de la población del país a un nivel apenas conocido en Europa por capas sociales minoritarias en los peores momentos de la afirmación del sistema industrial. Con ello quiero decir que la vida del ciudadano soviético medio, entre la revolución y la segunda guerra mundial no tiene correspondencia histórica a no ser la de los centros fabriles nacientes de Francia y de Inglaterra de los años 20 del siglo pasado. En cuanto a su correspondencia contemporánea, sólo podemos encontrarla en ciertas regiones del Asia meridional donde la expresión "clases bajas", felizmente olvidada en el Occidente, sigue asumiendo su viejo sentido de espanto y de miseria. En efecto, fuera del breve—y muy relativo—respiro concedido al pueblo ruso por la NEP, esas condiciones de vida, si comparamos el poder adquisitivo del rublo de 1913 con el de 1937, y tenemos presente que bajo el sistema imperial la economía tendía esencialmente a la producción de bienes de consumo, permanecieron constantemente muy por debajo del nivel alcanzado en vísperas del primer conflicto mundial. Como hemos de ver pronto, la segunda conflagración general, en sus efectos inmediatos—no todos borrados, ni mucho menos, en 1957—,no hizo más que agravar esta situación. Desde ahora, indiquemos que las rosadas previsiones del quinto PQ en materia de producción acelerada de bienes de consumo fueron abandonadas casi por completo, y que el sexto, al volver a insistir en la preeminencia de los bienes de capital, particularmente en lo que hace a las industrias de armamento, estuvo imponiendo al pueblo ruso nuevos sacrificios y privaciones de duración indeterminada. Pero esto es anticipar...

En el período que estamos examinando, es evidente que, por lo menos hasta 1948, no se puede considerar como condicionado por una concepción política sistemática—como había sucedido con el tercer PQ—el hecho eco-

nómico ruso en general. Las destrucciones provocadas por la guerra y la ocupación en las fábricas y en las minas, en los centros urbanos y en el campo, la utilización por el invasor, y su consiguiente inhabilitación, de una porción muy elevada de las fuentes nacionales de riqueza, el abandono de cualquier plan de largo alcance bajo la presión de las fluctuaciones bélicas, crearon condiciones especiales—no particulares, por cierto, a sólo Rusia—que hicieron inútiles todas las previsiones y, sobre todo, vuelven gratuitas todas las apreciaciones de índole general. El único instrumento de medida que podamos utilizar para el examen del período de las hostilidades y de los años inmediatamente posteriores dedicados a la reconstrucción, es el de los cuadros comparativos entre precios de racionamiento y precios libres, niveles de vida y poder adquisitivo en Rusia y en el extranjero, etc.

* * *

Un hecho significativo es que, mientras en 1939 el proletariado industrial comprendía 6 % de obreros y empleados de menos de dieciocho años de edad y 9 % de más de cincuenta, en 1942—esto es, después de un año de hostilidades—dichos porcentajes alcanzaban, respectivamente, el 15 y el 12 % del total de la población trabajadora industrial. Asimismo, la duración de la semana de trabajo que, en 1939, era—teóricamente—de cinco días de ocho horas, en 1940 llegaba a seis días de ocho horas; en 1942, a seis días de diez horas; en 1945, a seis días de once horas. Estos fenómenos resultan normales en todo país en guerra, y, en proporciones mayores o menores, ha sido dado registrarlos en Francia, en Alemania y en Inglaterra. Por doquiera también, los precios han sufrido modificaciones importantes, aun cuando en las naciones occidentales el fenómeno de la inflación no ha salido del control de los gobiernos, por lo menos hasta el final de las hostilidades. Llama, pues, tanto más la atención que en un país de economía estrictamente controlada en su conjunto como la Unión soviética, los precios hayan sufrido alzas tan impresionantes que no se les encuentra comparación en ningún otro país en guerra. Por doquiera hubo precios oficiales y precios de mercado negro que hacían del problema de la alimentación cotidiana una lucha a menudo agobiante, pero en ningún lugar ha sido dado registrar diferencias tan amplias como en la Unión soviética.

CUADRO XI.—PRECIOS LIBRES Y PRECIOS RACIONADOS DE 1942 a 1945

(en rublos)

CATEGORIAS	CARNE — *Kg.*	AZUCAR — *Kg.*	MANTEQUILLA — *Kg.*	HUEVOS — *U.*
Precios racionados	12	5	28	0,65
Precios libres 1942	500	1.000	?	15
Precios libres 1943	?	1.000	1.100	20
Precios libres 1944	500	720	775	17
Precios libres 1945	500	650	650	10

Estas diferencias son tanto más notables cuanto que, en Rusia soviética, por precios libres se entiende, no los precios del mercado negro, sino los que practican, bajo control de las autoridades, los *Almacenes comerciales del Estado* y los mercados donde los koljozianos venden los productos de su parcela particular. La escasez de alimentos comerciables a precios oficiales y la abundancia de esos mismos alimentos en el mercado libre llegó a crear situaciones tan escandalosas que, a partir de julio de 1945, el Gobierno, una vez liberado de sus preocupaciones militares, emprendió una política de baja general de los precios, que se expresa como sigue:

CUADRO XII.—INDICE DE LOS PRECIOS HASTA JULIO DE 1946

(en rublos)

CATEGORIAS	CARNE	AZUCAR	MANTEQUILLA	HUEVOS
Precios racionados	12	5	28	0,65
Precios libres:				
Mayo de 1945	500	650	650	10
Julio de 1945	350	450	520	10
Febrero de 1946	310	220	400	10
Julio de 1946	50/120	280	400	9/11

El régimen soviético se basa, no en el bienestar de toda la población, sino en su rendimiento, y cuando en Rusia se habla de bienestar y de prosperidad siempre es necesario recordar que dicha prosperidad sólo puede ser la del Estado comunista, y que dicho bienestar sólo puede ser el de la casta de altos funcionarios que lo dirige. Este no es un tópico de propaganda "capitalista". Es la comprobación de un hecho sociológico evidente que se basa en datos reales que, en los índices económicos, encuentran su expresión irrefutable. Uno de estos datos—el más escandaloso quizá—lo proporciona la política de precios, calculada de modo a impedir que la inmensa mayoría de la población pueda acumular capitales e, incluso, como decimos entre burgueses, "hacer economías", mientras las capas privilegiadas reciben una serie de privilegios que les permiten situarse por encima de la sociedad. Por esta razón, en septiembre de 1946, otro decreto promulgó: *a)* El aumento de los precios de racionamiento; vale decir, la agravación de dicho racionamiento, cuya abolición había sido prometida un año antes; *b)* La baja de los precios libres, medida que sólo podía beneficiar a las categorías superiores de la población. Esta doble medida se expresa como sigue:

CUADRO XIII.—LOS PRECIOS A FINALES DE 1946

(en rublos)

CATEGORIAS	CARNE	AZUCAR	MANTEQUILLA	HUEVOS
Precios racionados	32	15	66	0,85
Precios libres	110	75	230	4,50
Mercado koljoziano	75	?	?	4

Como, pese a estas medidas, el proceso inflacionista seguía afirmándose, un decreto del 14 de diciembre de 1947 ordenó el canje de los billetes en circulación y la reevaluación de las cuentas bancarias, de los fondos depositados en cajas de ahorro y de los títulos de los empréstitos del Estado. *Se trata de una verdadera empresa de captación de los haberes privados, de una medida revolucionaria que nos autoriza a considerar el cuarto PQ, inaugurado en 1946, como un plan de economía de guerra o, puesto que la guerra había terminado, de subversión social;* en efecto, los billetes pertenecientes a los particulares fueron canjeados en razón de un rublo nuevo contra 10 rublos antiguos; asimismo, los haberes fiduciarios fueron amputados en una proporción del 90 %, los empréstitos anteriores al de 1940 en un porcentaje del 33 %, etc. Esta última medida no alcanzó a los *koljozi,* cooperativas, organismos de Estado en general, sino en la medida de cuatro rublos nuevos contra cinco rublos antiguos. Esta fué, pues, *una bancarrota planificada,* que para la clase dirigente y su seguridad, tuvo la ventaja de anular las amenazas de inflación, como muestra el cuadro siguiente:

CUADRO XIV.—CIRCULACION MONETARIA

(en mMR)

1938	40
1947	420
1948	42

Esta operación de saqueo fué calificada justamente por el economista P. BRIERE ya citado, de "punción monetaria más brutal que la historia del mundo haya registrado jamás". Las autoridades la consideraron como legítimamente encuadrada en los planes de reconstrucción. Para que éstos se revelaran enteramente eficaces era necesario tener en cuenta un hecho nuevo: la satelización de los países de Europa oriental, danubiana y balcánica que, pese al fracaso ante Tito, empezó a hacerse plenamente efectiva a partir de ese mismo 1948, mediante la integración de todos los recursos—agrícolas, industriales, financieros—de los países afectados por el expansionismo soviético.

Así, el 1.° de marzo de 1950, un decreto comportando la revalorización del

rublo y la adopción del patrón oro, al coronar acuerdos económicos y financieros firmados anteriormente con las naciones satélites, revelaba el propósito del Gobierno soviético de crear pura y simplemente un *bloque del rublo* destinado a "flanquear" los del dólar y de la esterlina. Una señal de este propósito puede encontrarse en el acuerdo "multilateral" (hasta entonces, Rusia había practicado en el campo de las relaciones económicas el sistema de las relaciones bilaterales) firmado entre Unión soviética, Finlandia, Polonia y Checoslovaquia. Según este acuerdo, establecido en el marco del *Komekon,* especie de *Kominform* económico-financiero, Finlandia proporcionaba maderas de construcción a la Unión soviética por un valor de 100 millones de rublos; la Unión soviética proporcionaba bienes de consumo a Polonia por un valor de 80 millones, y a Checoslovaquia por 20 millones de rublos; a su vez, Polonia y Checoslovaquia se encargaban de liquidar la cuenta finlandesa, la primera con 80 millones de rublos de carbón; la segunda con 20 millones de rublos de azúcar y maquinaria industrial. Cabe señalar que, conforme a los términos de este acuerdo multilateral, las liquidaciones tenían que hacerse efectivas en rublos, contrariamente a los acuerdos bilaterales anteriores, que se cumplían en función del dólar. El decreto del 1.° de marzo de 1950 establecía como sigue la situación monetaria en Europa oriental y danubiana a partir de esta misma fecha:

CUADRO XV.—SITUACION MONETARIA EN EUROPA ORIENTAL

PAISES	MONEDA	CONTENIDO AUREO	UNIDAD MONETARIA POR RUBLO	UNIDAD MONETARIA POR DOLAR
Unión soviética	rublo	0,222168	—	4
Polonia	zloty	0,222168	1	4
Rumania	leu	0,079346	2,8	11,2
Bulgaria	lev	0,130687	1,7	6,8
Checoslovaquia	corona	0,0177734	12,5	50
Hungría	forint	0,0757002	2,9348	11,7393

Volviendo al decreto del 14 de diciembre de 1947 que reducía al décimo de su valor el precio del circulante, señalemos que comportaba medidas de baja en los almacenes estatales, lo que significa que, tres años después del final de las hostilidades, y pese a las adquisiciones (requisiciones) de toda especie efectuadas por Rusia en los países liberados (ocupados) por ella, el problema de los precios de los productos de consumo seguía constituyendo un problema grave en la patria del socialismo. Lo comprobaremos con mayor seguridad al establecer comparaciones:

1) Con un país sin racionamiento como Francia.

2) Con un país sometido aún a medidas de racionamiento como Inglaterra.

CUADRO XVI.—PRECIO DE LOS PRODUCTOS ALIMENTICIOS EN RUSIA Y EN FRANCIA EN 1948

PRODUCTOS	RUSIA — R.	FRANCIA — Fr.
Pan negro, kilo	1,7	—
Pan blanco, kilo	3,4	50
Fideos, kilo	6,4	85
Patatas, kilo	1	17,1
Leche, litro	3,15	38
Huevos, U	1,5	18
Mantequilla, kilo	32,7	690
Azúcar, kilo	11,5	110
Carne de cerdo, kilo	28,9	484
Carne de vaca, kilo	18,7	473

Hay que señalar que en 1948, si bien un rublo correspondía aproximadamente a francos 7,50, el salario medio del trabajador ruso era de 420 rublos mensuales, y el del trabajador industrial francés oscilaba entre 20 y 25.000 francos. Para establecer con mayor seguridad las debidas comparaciones, es necesario descartar a Francia, país de precios libres, y buscar un país sometido a medidas de racionamiento. Este país es el Reino Unido, entonces administrado por el partido laborista que, pese a sus medidas de socialización, esto es, a su llamada "revolución silenciosa", había fracasado en su tentativa de solucionar el problema de la alimentación.

El economista Edward Crankshaw publicaba en el *Observer* del 19 de abril de 1951 un artículo en el que señalaba que la Unión soviética, país ya sin racionamiento oficial, seguía encontrando, sin embargo, su racionamiento en el precio de sus bienes de consumo. Establecía el cuadro comparativo siguiente en función de los salarios medios en vigor en ambos países y del tiempo necesario para la adquisición de un mismo producto:

CUADRO XVII.—PODER ADQUISITIVO COMPARADO EN TIEMPO DE TRABAJO EN LA URSS Y EN GRAN BRETAÑA

PRODUCTOS	URSS	REINO UNIDO
Mantequilla, 1 lb. inglesa	6 h. 36 m.	0 h. 48 m.
Carne para cocido, 1 lb. ingl.	1 h. 48 m.	0 h. 40 m.
Azúcar, 1 lb. inglesa	2 h. 24 m.	0 h. 10 m.
Patatas, 1 lb. inglesa	0 h. 12 m.	0 h. 03 m.
Té, 1 lb. inglesa	26 h. 40 m.	1 h. 20 m.
Huevos, docena	4 h. 20 m.	1 h. 20 m.

Aquí es necesario tener en cuenta un hecho importante: las previsiones hechas públicas en 1946, en lo que hace a los resultados finales del cuarto PQ, preveían para 1950 una población trabajadora de 32.500.000 unidades con un sueldo medio anual de 7.763 rublos; las cifras reales de 1950 arro-

jaron una población de 39.200.000 trabajadores, es decir, un excedente del 17 % sobre las cifras previstas. Una consecuencia de ello es que el sueldo medio anual cayó de 7.763 rublos a 5.040, o sea, a 420 rublos mensuales en vez de los 647 previstos. Ello nos permite establecer el cuadro suplementario siguiente:

CUADRO XVIII.—PODER ADQUISITIVO COMPARADO EN CANTIDAD DE PRODUCTOS EN LA URSS Y EN FRANCIA EN 1951

PRODUCTOS	U. R. S. S.		FRANCIA		RELACIONES ENTRE LOS PODERES ADQUISITIVOS
	PRECIOS UNITARIOS R.	CANTIDADES CORRES-PONDIENTES	PRECIOS UNITARIOS Fr.	CANTIDADES CORRES-PONDIENTES	
Pan blanco ...	3,4	190 kilos	50	700 kilos	3,6
Harina blanca.	3,4	190 kilos	70	500 kilos	2,6
Fideos	6,4	101 kilos	175	200 kilos	2
Patatas..	1	647 kilos	18	1.944 kilos	3
Leche	3,15	205 litros	38	921 litros	4,5
Huevos...	16	40 doc.	216	162 doc.	4
Mantequilla ...	33	20 kilos	690	52 kilos	2,6
Azúcar	11,5	56 kilos	110	318 kilos	5,6
Vaca	18,7	35 kilos	473	74 kilos	2,1
Cerdo	28,9	22 kilos	484	72 kilos	3,2
Ternera.	21,2	31 kilos	525	67 kilos	2,1
Arroz	13,6	48 kilos	130	269 kilos	5,6
Arenques	10,8	60 kilos	102	343 kilos	5,7

Notemos que lady M. N. KELLY[4], que vivió en Rusia en 1950 y 1951 en su calidad de esposa del embajador de Gran Bretaña, nos da precios algo distintos: según ella, en 1951, en Moscú, la carne, fresca o *chilled*, costaba de 20 a 30 rublos el kilo; la mantequilla, 38 rublos; los huevos, 1,20 rublos unidad; el pescado, muy difícil de conseguir, 60 rublos el kilo, etc. El rublo "valía" entonces 90 francos franceses.

El cuadro que viene a continuación presenta los índices de los precios soviéticos de 1950 en función con los de 1927 (respectivamente, último año del cuarto PQ y último de funcionamiento de la NEP), precios establecidos en función del índice 100. Dividido en tres categorías—bienes de capital, transportes y bienes de consumo—este cuadro denuncia una diferencia enorme, no sólo entre los precios de 1950 y de 1927, sino entre los de los bienes de capital y de los bienes de consumo, lo que revela que cinco años después de su victoria sobre Alemania, tanto como durante los dos primeros PQ, el Gobierno soviético seguía sacrificando todo deliberadamente al incremento de la industria pesada y postergando sistemáticamente la producción de los bienes de consumo; despoblando la agricultura para llenar las necesidades de la industria—que es una industria de guerra en expansión—e imponiendo todo el peso de su intervencionismo a los bienes de

[4] *Miroir de la Russie*, París, 1953.

consumo; fenómeno que es una característica del capitalismo de Estado que no podría, sin negarse a sí mismo, inferirse automutilaciones fiscales sobre los bienes de producción, que, por definición, constituyen la propiedad del Estado.

CUADRO XIX.—INDICE DE LOS PRECIOS SOVIETICOS EN 1950

(en función de los precios de 1927 : 100)

PRODUCTOS	INDICE 1-III-1950
Bienes de producción:	
Carbón bituminoso (Donbass)	1.038
Mazut	738
Petróleo (extracción)	1.272,7
Gasolina	339,1
Acero de construcción	593,6
Acero (para rieles)	863,8
Acero (para tejados)	1.323
Cobre (en hojas)	529,4
Acido sulfúrico	509
Madera para obra	630,8
Madera en troncos	806,3
Ladrillos colorados	1.025
Cemento Portland	656,2
Cuerdas	1.379,3
Correas de transmisión (cuero)	951,4
Barniz (aceite de lino)	1.669
Toldos	1.108,4
Bienes de consumo:	
Pan de centeno	2.500
Harina de centeno	2.945,5
Harina de trigo (primera calidad)	3.150
Grano de mijo	2.771,5
Trigo negro	4.965,5
Azúcar	1.841
Carne de vaca	2.323,9
Carne de cerdo	2.420,4
Leche	1.173,9
Mantequilla salada	2.187,7
Aceite de girasol	5.172,4
Huevos	2.011,8
Aranques salados	3.433
Sal	1.221,8
Avena	1.770
Tela de algodón	1.130,3
Zapatos de cuero (para hombre)	2.525,7
Zapatos de cuero (para mujer)	2.554
Zapatos de goma	1.140,8
Petróleo (uso doméstico)	1.730,8
Jabón (lejía)	1.914,1
Transportes:	
Cuota media	500 (ó más)

En 1950, último año del cuarto PQ—que, ante el XIX Congreso, M. Z. Saburov, entonces presidente de la Comisión del Plan de Estado, describió como el de la reconstrucción, especificando que se podía considerar a ésta como terminada—el salario medio mensual era de 420 rublos. Ello no significa, por lo demás, que los salarios más bajos hayan alcanzado este nivel que constituye un mínimo estrictamente vital; en Rusia, la "jerarquía" de los salarios es más acentuada que en Occidente: a sueldos de 20.000 rublos mensuales corresponden, en Moscú, sueldos de 250 rublos; esta diferencia ocurre entre escritores galardonados con "Premios Stalin" (hasta 1953), investigadores científicos, mariscales, etc., que con los miembros de las "instancias supremas" (no sometidos a limitaciones y controles) forman la primera capa privilegiada, y barrenderos o peones no calificados que, en 1950, en la capital de la Unión soviética, ganaban 220 rublos mensuales.

Algunas comparaciones entre las condiciones de vida del obrero ruso de 1909—año en que la reforma Stolipin empezó a surtir plenamente sus efectos—y del de 1950—año en que se da por terminada la tarea de reconstrucción—ilustran de modo elocuente la calidad de las mejoras obtenidas por las clases trabajadoras rusas al pasar del régimen de explotación "feudal-capitalista" al "socialista-proletario":

CUADRO XX.—SALARIOS OBREROS MENSUALES EN 1909

CATEGORIAS	SUELDOS
Aprendiz	12
Mecánico	40
Electricista	40
Extractor	60
Montador	90
Jefe de depósito	137,5
Salario medio	63,25 R.

(Minas y fundiciones de Rushchenkovo, distrito de Iuzovka, actual Stalino.)

CUADRO XXI.—PRECIO DE LOS PRODUCTOS ALIMENTICIOS EN 1909 Y 1950

PRODUCTOS	1909	1950
Pan negro, kilo	0,04	1,70
Pan blanco, kilo	0,05	3,40
Carne de vaca, kilo	0,12	18,70
Azúcar, kilo	0,25	11,50
Mantequilla, kilo	0,62	32,70
Huevos, los 100	0,20	150,00
Pollo, U	0,12	17,00

De este modo, si consideramos: *a*) el sueldo percibido en 1909 por un jefe de depósito en las minas de Rushchenkovo; *b*) el sueldo percibido en 1950 por un jefe de depósito en las minas de Stalino, la diferencia real se hace más notable aún en la relación entre sueldos e impuestos:

CUADRO XXII.—RELACION ENTRE TRIBUTACION Y SUELDO EN 1909 Y EN 1950

TRIBUTACION	1909	1950	RELACION
Sueldo anual	1.650	7.200	1 × 4,36
Impuesto sobre los réditos	3	540	
Impuesto cultural	0	270	
Empréstito estatal	0	720	
Seguros sociales	0	72	
Cotización sindical	0	72	
Caja mutual	0	120	
Total de los descuentos	3	1.794	1 × 598

La última fase del cuarto PQ condicionó de modo fundamental, como es obvio, la formación de los factores económicos y sociales básicos del quinto (1951-1955). El año 1950 señala el final de la tarea de reconstrucción y el comienzo de la vuelta a la normalidad—una normalidad soviética, por supuesto—con sus planificaciones sistemáticas en las que el esfuerzo de la nación estuvo dirigido tanto por los ángeles custodios de la organización *Gulag*, como por los economistas del *Gosplan*: contrariamente a las naciones en que rige la economía de mercado, la Unión soviética no conoce la plaga de la desocupación; esto lo subrayó Malenkov ante el XIX Congreso del PC de la URSS, al mismo tiempo que señalaba que en los Estados Unidos había entonces tres millones de obreros sin trabajo. Ello es innegable, pero, presentado de este modo, es simplemente una contraverdad, ya que, frente a los tres millones de víctimas de la "siniestra explotación capitalista", los campamentos *Gulag* abrigan una población permanente de 10 a 15 millones de trabajadores esclavos no asalariados, y que estos campamentos pueden considerarse como un exutorio, descubierto y utilizado por los economistas soviéticos, al fenómeno de la desocupación, que, sin dicho exutorio, alcanzaría al sistema capitalista de Estado como alcanza al sistema capitalista liberal.

La relación final acerca de los resultados del cuarto PQ (1946-1950), hecha pública el 17 de abril de 1951, arrojaba las cifras siguientes en materia de producción, cifras que revelan una vez más la preferencia concedida por los planificadores soviéticos a la industria pesada a expensas de la industria ligera y del mejoramiento del nivel de vida de la población trabajadora:

PRODUCTOS	PRODUCCION DE 1940	OBJETIVOS DEL PLAN	PRODUCCION DE 1950
Hierro, MT	15	19	19,5
Acero, MT	18,3	25,4	27,1
Carbón, MT	166	250	260
Petróleo, MT	31	35,4	37,8
Laminados, MT	12,8	17,8	20,4
Cemento, MT	5,2	10,5	9,5
Energía eléctrica, mM KWh	43,2	82	90
Pesca, MT	1,5	2,2	1,9
Cereales, MT	119	127	134
Calzado, M pares	230	250	190

Si comparamos la producción de bienes de capital obtenidos en Gran Bretaña y en Estados Unidos, en este mismo año 1950, con la de la URSS, nos encontramos con los índices siguientes:

CUADRO XXIV.—PRODUCCION COMPARADA DE GRAN BRETAÑA, ESTADOS UNIDOS Y LA UNION SOVIETICA EN 1950

PRODUCTOS	GRAN BRETAÑA	ESTADOS UNIDOS	UNION SOVIETICA
Hierro, MT	9,6	58,2	19,5
Acero, MT	16,3	86,3	27,1
Carbón, MT	216,3	491,3	260
Petróleo, MT	—	263,9	37,8
Energía eléctrica, mM KWh	55	328,9	90

El lema "alcanzar a América", que había servido para la propaganda del primer PQ, no obtuvo, pues, correspondencia en la realidad al término del cuarto. El margen considerable que seguía extendiéndose entre la producción de ambos países no puede atribuirse siquiera de lejos a los desastres de la guerra, como pretenden los planificadores soviéticos. Fuera de la irracionalidad de las concepciones y de los métodos—que pueden resumirse en los términos "colectivismo" y "coacción"—existen razones de índole física y causas que podríamos llamar matemáticas, que bastan para explicar por qué la economía soviética, aun en condiciones normales, no puede alcanzar a la norteamericana. El examen del quinto PQ y de los primeros resultados del cuarto nos hará comprender claramente estas razones y estas causas.

C) VUELTA A LA PLANIFICACION ACELERADA (1951 EN ADELANTE)

Con el quinto PQ empieza aquello que algunos han llamado la "hora salvaje de Stalin". Decidido a llevar hasta el límite más extremo su pleito con América, atacándola—por supuesto que por interpósitas personas—en todo lugar del mundo donde pudiera obligarla a distraer energías y recursos, con vistas a acelerar los tiempos: 1) de la desintegración de las defensas occidentales; 2) de la captación del resto del continente europeo y de las vastas zonas de Asia abiertas a la penetración del comunismo por el retiro de las potencias blancas; el *vozhd* estableció sus planes económicos y políticos exclusivamente en función bélica. Ello es decir que este nuevo PQ ponía el acento, más aún que los anteriores, en la producción de los bienes de capital, al mismo tiempo que, en los presupuestos elaborados a partir de 1948, la voz "gastos de defensa" se hinchaba cada vez más desmesuradamente hasta "paralizar" el margen útil de la renta nacional.

Se sabe que los planes quinquenales, aun cuando impongan normas generales finales que deben ser superadas al término del quinquenio considerado, se desglosan año por año de modo a no dejar a los ejecutantes la mínima facultad de interpretación ni, por ejemplo, la posibilidad de prorrogar, en el marco del plan de un año para otro, las normas establecidas de antemano por el Gobierno central. Las normas para el quinto PQ se repartían, pues, como sigue:

CUADRO XXV.—NORMAS GENERALES PARA EL QUINTO PQ

PRODUCTOS	1951	1952	1953	1954	1955
Carbón, MT	285	305	320	347,1	391
Petróleo, MT	42,3	47,4	52,5	59,3	70,8
Hierro, MT	26,9	25,2	29	30	33,3
Acero, MT	31,3	35	38	41,4	45,3
Laminados, MT	24	26,4	29,4	32,1	35,3
Cemento, MT	12,2	13,9	15,9	19	22,5
Tractores, mU	91,8	98,7	111,3	135,4	163,4
Madera comercial, Mm³	184,5	184,6	179,9	205,8	214
Energía eléctrica, mM KWh ...	102,6	115,8	132	150,6	170,1
Viviendas (públicas), Mm²	18,7	18,4	21,4	23	23,9
Viviendas (privadas), Mm² ...	7,3	7,4	7,6	8,1	8,4
Cereales, MT	122	140,1	125,2	131,2	160,9
Remolacha azucarera, MT ...	27	25,1	26	22,3	34,5
Algodón, MT	38	39	40,2	44,8	61
Ganado vacuno, MC	57,1	58,8	63	64,9	67,1
Ganado porcino, MC	24,4	27,1	47,6	51,1	52,2
Ganado ovino, MC	99	107,6	109,9	136,8	142,6
Telas de algodón, M metros ...	4.768	5.044	5.285	5.590	6.105
Telas de lana, M metros	175,6	190,5	208,7	243,2	257
Calzado cuero, M pares	240	233	239,4	257,8	294,5
Azúcar, mT	2.515	3.067	3.434	2.611	4.376
Carne, mT	?	3.400	?	2.459	2.522
Pescado, mT	2.142	2.107	2.195	2.505	2.740
Manteca, mT	354	371	382	389	559

Las cifras relativas a 1955 figuraban, evidentemente como las anteriores, bajo el rublo previsión. Ahora bien, una publicación oficial de la "Comisión estadística central del Consejo de Ministros de la URSS", con el título *Economía Nacional de la URSS. Cuadros Estadísticos,* cuya versión española ha sido publicada en Buenos Aires en octubre de 1957, evita dar las cifras finales reales de ese quinto PQ, y, como si las ignorara, proporciona las normas y no los resultados efectivos. Es posible salir al paso de esta distorsión de los hechos gracias a los mismos diarios soviéticos que, en su debido tiempo, es decir, en el comienzo de 1956, publicaron algunos de esos resultados reales. Como muestra el cuadro que viene a continuación, las "previsiones" del quinto PQ sufrieron modificaciones sensibles, en gran parte a consecuencia de los acontecimientos singulares que empezaron a sacudir la armazón de la sociedad soviética a partir de la muerte de Stalin, y que, particularmente en el campo, se acompañan con verdaderas manifestaciones de descontento. Y se sabe que cuando el koljoziano quiere manifestar su descontento, se las arregla haciendo bajar las normas de producción al dedicar mayor empeño al cultivo de su parcela particular que a los terrenos de propiedad colectiva:

CUADRO XXVI.—PRODUCCION REAL DE BIENES DE CAPITAL QUINTO PQ

PRODUCTOS	PREVISION	RESULTADOS
Carbón, MT	391	372
Petróleo, MT	70,8	70
Hierro, MT	33,3	34
Acero, MT	45,3	44,2
Laminados, MT	35,3	34,1
Cemento, MT	22,5	17,8
Energía eléctrica, mM KWh	170,1	162

CUADRO XXVII.—PRODUCCION GENERAL DE BIENES DE CONSUMO QUINTO PQ

PRODUCTOS	PREVISION	RESULTADOS
Cereales, MT	160,9	135
Azúcar, mT	4.376	3.419
Manteca, mT	559	459
Carne, mT	2.522	2.496
Algodón, mT	61	41,4
Telas de algodón, M metros	6.105	5.904
Telas de lana, M metros	257	251
Calzado de cuero, M pares	294,5	274,5
Ganado vacuno, MC	67,1	57,9
Ganado porcino, MC	52,2	34
Ganado ovino, MC	142,6	103,3

Como se ve, las diferencias entre "normas" y "resultados" fueron poco sensibles, aunque reales, en lo que hace a la producción de los bienes de capital, pero han sido considerables para los bienes de consumo. Ello significa que la "elevación" constante de los medios de vida del pueblo soviético, del que tanto hablan la propaganda soviética y los planificadores *more sovietico,* radicados en Occidente, sigue siendo un sueño en lo que concierne a la gran masa de la población. Contrariamente a la "nueva clase" de privilegiados, supremos, grandes y pequeños, la masa trabajadora, al término del quinto PQ, seguía sin tener calzado suficiente, trajes suficientes, comida suficiente. De suerte que cuando, *en 1953,* los sucesores de Stalin proclamaban que los habitantes de la URSS estaban a punto de superar a los de Europa occidental en cuanto a comodidades de existencia, ello no era sino propaganda dirigida especialmente a los militantes de los varios PC de Francia, Italia y República Argentina, siempre dispuestos a creer ciegamente en los dictámenes provenientes de Moscú. El cuadro que viene a continuación sobre índices comparativos entre la producción de Europa occidental en 1950 y la de la Unión soviética en 1955, debe considerarse en función del hecho de que, en 1955, la URSS contaba con 219 millones de habitantes (cálculo hecho a partir del aumento vegetativo de tres millones anuales generalmente admitido) contra los 235 millones de habitantes que, cinco años antes, formaban la población de Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania occidental, España y países del Benelux. En razón de los débiles índices demográficos presentados por las naciones mencionadas, la diferencia entre ambos grupos en 1955 seguía siendo considerable. Consideremos también que la productividad económica de Occidente, que alcanzó su tope real en 1950-1951, no por ello dejó de aumentar de modo mucho más sensible que lo previsto por los economistas occidentales. Estos sólo preveían un aumento anual oscilante entre 0,5 y 2 % frente al 17 % anual anunciado por los economistas soviéticos, en lo que hace a su quinto PQ. Ahora bien, mientras, a la luz de los resultados finales, el promedio del aumento de la productividad soviética arroja aumentos anuales del 6 % (incluídos los promedios de bienes de capital), el de la productividad occidental osciló entre el 6 y 8 %.

Todo ello hace que, en 1955, lejos de empeorar, la situación de la economía europea occidental conoció índices imprevistos de prosperidad, mientras que la economía soviética, pese a su expansividad, señaló cierta tendencia al estancamiento, en lo que hace a los bienes de capital, y bajó de modo muy sensible en materia de bienes de consumo y de producción agrícola.

Stalin no se había equivocado al afirmar en sus *Problemas económicos del socialismo en la URSS* que las naciones occidentales estaban recuperándose económicamente, pero no había previsto que su desaparición iba a coincidir con una merma muy sensible de la productividad rusa.

CUADRO XXVIII.—PRODUCTIVIDAD COMPARADA DE EUROPA OCCIDENTAL (1950) Y LA URSS 1955)

PRODUCTOS	EUR. OCC. (1950)	URSS (1955)
Bienes de producción:		
Carbón, MT	475,6	372
Petróleo, MT	1,8	70
Hierro fundido, MT	34,6	34
Acero, MT	50,9	44,2
Laminados, MT	34,2	34,1
Cemento, MT	37,3	17,8
Energía eléctrica, mM KWh	168	162
Bienes de consumo:		
Cereales, MT	23	135
Carne, mT	5.059	2.496
Azúcar, MT	2.813	3.419
Mantecas, mT	713	459
Algodón, MT	1,2	41,4
Telas de algodón, M metros	4.256	5.904
Telas de lana, M metros	111	251

Si, pese al avance inesperado realizado por la productividad industrial y agrícola de Europa occidental, podemos considerar como relativamente equilibradas las cifras arrojadas por ambos grupos, sin tener en cuenta, por lo demás, el lapso de cinco años que corre entre unos y otros y el margen demográfico que se extiende entre ambos grupos y hace del soviético el más desfavorecido; las cifras ofrecidas por los índices soviéticos (1955) y estadounidenses (1950) muestran diferencias tan amplias que ninguna norma policial sería capaz de anularlas.

CUADRO XXIX.—PRODUCTIVICIDAD COMPARADA DE ESTADOS UNIDOS (1950) Y LA URSS (1955)

PRODUCTOS	EE. UU. (1950)	URSS (1955)
Bienes de producción:		
Carbón, MT	491	372
Petróleo, MT	263,9	70
Hierro fundido, MT	43,3	34
Acero, MT	86,3	44,2
Cemento, MT	38,3	17,8
Energía eléctrica, mM KWh	329	162
Bienes de consumo:		
Cereales, MT	146,5	135
Carne, mT	7 095	2.496
Azúcar, MT	1.675	3.419
Mantecas, mT	638	459
Algodón, MT	3,4	41,4
Telas de algodón, M metros	8.844	5.904
Telas de lana, M metros	120	251
Población, M	146,5	219

Por consiguiente, incluso si las normas del quinto PQ hubiesen sido realizadas en 1955, el potencial económico de la URSS a duras penas hubiera alcanzado la mitad del potencial económico norteamericano de 1950 en materia de bienes de capital y no hubiera logrado ponerlo en peligro, siquiera relativo, en materia de bienes de consumo. El desarrollo económico real alcanzado por Rusia en 1955 sólo podría compararse con el de Estados Unidos en 1917.

Con todo ello, y teniendo en cuenta éxitos y fracasos, la historia del quinto PQ es la de todos los planes quinquenales anteriores a la muerte de Stalin. La del sexto, que se encuentra en pleno retroceso en el momento en que se escriben estas líneas, es mucho más contrastada.

CUADRO XXX.—NORMAS GENERALES PARA EL SEXTO PQ (1956-1960)

PRODUCTOS	1955	1960
Hierro, MT	34	53
Acero, MT	44,2	68,3
Laminados, MT	34,1	52,7
Carbón, MT	372	598
Petróleo, MT	70	135
Electricidad, mM KWh	162	320
Fertilizantes, MT	9,6	19,6
Equipos metalúrgicos, mT	171,8	280
Turbinas gas y vapor, M KWh	4,1	10,5
Máquinas cortadoras, m	104,7	200
Forjadoras y prensadoras, m	13,5	25,8
Autovehículos, m	445,2	650
Tractores, m	163,4	322
Locomotoras eléctricas, U	194	550
Locomotoras Diesel, U	136	1.630
Madera cortada, M m^3	197	264
Madera aserrada, M m^3	58	80
Cemento, MT	22,5	55
Telas algodón, M metros	5.904	7.270
Telas lana, M metros	251	363
Calzado cuero, M pares	274,5	455
Ropa tejida, M piezas	429,6	580
Neveras, m	151,2	635
Máquinas de lavar, m	86,6	528
Máquinas de coser, m	1.608,5	3.780
Papel, mT	1.864,4	2.722
Azúcar, mT	3.419	6.530
Carne, mT	2.496	3.950
Pescado, mT	2.675,1	4.200
Cereales, MT	135	180
Ganado vacuno, MC	57,9	67

Esta vez, bajo la batuta de Nikita Serguéievich Jrushchov, el lema fué: "¡Sobrepasar a América en 1970!" Con lo que hemos visto de las diferencias que en la URSS siempre corren entre lemas y propósitos reales, nadie tomó muy en serio fuera de Rusia esas baladronadas del primer secretario, pero podemos intuir cuáles habrán sido las reflexiones formuladas —*in petto*, claro está—por la población trabajadora rusa acerca de sus futuras relaciones con el Estado, a los cuarenta años de su "desalienación" de la "siniestra empresa capitalista": quince años más de esclavitud asegurada. Para los moradores del paraíso socialista, esos quince años sólo podían significar sacrificios más crueles, abandono sin remisión de las últimas esperanzas de bienestar y de tranquilidad, agravación de las posibilidades de guerra con el "imperialismo al acecho", puesto que se trataba esencialmente de competir con América en materia de producción de bienes de capital.

En efecto, el sexto PQ señalaba la necesidad de aumentar la producción en 70 % en cinco años (100 % en ciertos casos) y no por cierto en materia de bienes de consumo. Una vez más, los bienes instrumentales ocupaban el lugar preferente en esa última elucubración de los genios de la planificación colectivista. Las neveras, máquinas de lavar y de coser, aparatos de radio y de televisión, autovehículos, enceradoras y otros utensilios domésticos, cuya fabricación había previsto el compañero Saburov, sólo podían ser adquiridos por las categorías superiores de la población, cuyo sueldo medio alcanzaba penosamente los 7.005 rublos anuales.

Sin embargo, se hizo visible desde el comienzo que los hermosos proyectos del señor Jrushchov no eran tan fáciles de llevar a la práctica como se había creído en el Kremlín. Sin tardar, las normas, pese a su carácter imperativo, chocaron con una realidad que no se dejaba plasmar por ninguna presión sindical y policial. Fenómeno que no hubiera sido posible concebir en los tiempos del ciudadano Dzhugashvili, pronto se hizo evidente que el sexto PQ no funcionaba y que los promedios anuales se mantenían perversamente por debajo de las previsiones. La economía de los países satélites, hasta ahora de aportación positiva para la soviética, se transformaba en peso muerto; había que dar carne a Hungría, carbón a Polonia, trigo a Rumania y la situación financiera de Checoslovaquia empezaba a volverse peligrosamente deficitaria; a los búlgaros había que alimentarlos y vestirlos; en cuanto a los albaneses, habían caído en tal estado de penuria que había incluso de construirles casas, carreteras y hospitales, si se quería conservar la base naval de Valona. Todas las regiones satélites, en los pocos meses que separan el XX Congreso del estallido húngaro, se habían vuelto inseguras y, a partir de octubre de 1956, Moscú tuvo que reforzar sus fuerzas de ocupación con la agravante nunca vista de tener que asumir él mismo el pago de los gastos provocados por estas medidas de seguridad.

Esta es la razón por la que durante el tiempo que corre entre el comienzo del plan y el último cuatrimestre del año 1957 el plan sufrió continuas modificaciones. La falta de alimentos esenciales, como patatas, pan, materias grasas, hortalizas, pescado y carne, confesada reiteradamente por la prensa soviética, repercutió visiblemente en la producción industrial, por cuanto provocó en los centros urbanos, particularmente en Leningrado, huelgas y manifestaciones de protesta, que se desarrollaron en escala tan amplia que el Gobierno se encontró en la imposibilidad de recurrir a su arma clásica de la deportación. A finales de 1957, el plan había llegado a un estado total de descalabro en lo que hace al lema referido a la superación de Estados Unidos y, aún cuando las cifras relativas a la producción de las materias primas básicas hayan sido anunciadas a bombo y platillo por el señor Jrushchov, una simple comparación con las cifras norteamericanas correspondientes es suficiente para permitirnos comprobar de qué naturaleza puede ser la satisfacción del primer secretario:

CUADRO XXXI.—PRODUCCIONES COMPARADAS DE ESTADOS UNIDOS Y LA URSS EN 1957

PRODUCTOS	URSS	EE. UU.
Hierro, MT	84	100
Acero, MT	51	133
Carbón, MT	462	500
Petróleo, MT	98	394
Cemento, MT	29	55
Electricidad, mM KWh	210	712

Indices tan poco halagadores, en verdad, que, hecho nunca visto, a finales del mes de septiembre de 1957, el Gobierno soviético abandonaba el sexto PQ un año y medio después de su iniciación, anunciando que lo sustituiría, *a partir de 1959*, por un nuevo plan, septenal esta vez. ¿Qué causas habían incitado al Kremlín a tomar semejante decisión?

Para empezar, puede observarse que el ritmo anual del incremento de la producción industrial ha ido decreciendo constantemente del primero al quinto Plan Quinquenal. Los datos publicados en el compendio oficial *Economía Nacional de la URSS* ya citado, revelan que ese ritmo anual bajó de 25 % (primer PQ) a 17 % (quinto PQ). Vuelvo a repetir que, por lo demás, este ritmo de 17 % es el de las previsiones, no de los resultados reales que se revelaron inferiores a las normas. Este es un hecho comprensible: si se sale de 10, es decir, de un nivel muy bajo de producción, como era la soviética en 1928, es relativamente fácil llegar a 15, con un aumento de 50 %. Pero si se arranca de 100, hay que recorrer un camino bastante más penoso para llegar a 150, con un mismo aumento de 50 %. Así, mientras en los primeros Planes Quinquenales inmensos recursos naturales y una vastísima mano de obra potencial permitían realizar un desarrollo considerable de la producción, mantener ese ritmo a partir del quinto PQ se hizo tanto más difícil cuanto que el proceso de capitalización de la economía, consecuencia de la primacía otorgada a los bienes de capital sobre los de consumo, hizo nacer un estado de descontento latente entre los consumidores que encontraban motivos suplementarios de insatisfacción en el hecho de que, *en la política de planificación considerada en su conjunto, la producción de bienes agrícolas permaneció constantemente por debajo del promedio* per capita *anterior a la revolución.*

Con respecto al sexto PQ en su período de aplicación, los mismos datos oficiales permiten comprobar que la producción de bienes de capital aumentó solamente en 11 % y la de bienes de consumo en 9 %, en lo que hace al año 1956, en 8 y 6 %, respectivamente, en lo que hace a 1957. En cuanto a los productos agrícolas, baste señalar que, en el mismo año 1957, la producción de trigo—que "debía" ser de 140 millones de toneladas—no alcanzó los 100 millones.

La decisión de abandonar el PQ número seis y de esperar dos años antes de iniciar el Plan septenal número uno debe relacionarse en una amplia medida con el decreto de descentralización que, algunas semanas antes de la expulsión de Mólotov, Kaganóvich y Malenkov, dictó Jrushchov con la idea de constituir 92 regiones político industriales, dirigidas por Consejos económicos teóricamente autónomos, decreto que tuvo por efecto inmediato la interrupción de las entregas de materias primas provenientes de regiones mineras a centros de elaboración situados en otras regiones, como sucedió

con las empresas metalúrgicas de Alma Atá, que tuvieron que interrumpir la producción por no haber recibido de los Urales su cuota habitual de carbón.

Esto significa que, en el momento preciso en que los investigadores soviéticos lograban situar a su país a la cabeza de la técnica mundial con el lanzamiento de los *spútniki* 1 y 2, la industria planificada estaba entrando en un atolladero que la obligaba a revisar radicalmente el sistema completo de producción, empezando por el abandono del sexto PQ.

Como hemos dicho repetidas veces, todo el sistema económico planificado responde a una política general basada en el imperativo militar. El examen comparativo entre gastos generales y gastos militares ilustra claramente este estado de cosas.

CUADRO XXXII.—GASTOS PRESUPUESTARIOS 1946-1956

(en mMR)

AÑOS	GASTOS GENERALES	DEFENSA	INCIDENCIA EN PORCENTAJE
1946	307,5	73,6	23,9
1947	361,5	66,3	18,3
1948	370,9	66,3	17,9
1949	412,3	79,2	19,2
1950	412,7	82,9	20,1
1951	441,3	93,4	21,2
1952	460,2	108,6	23,6
1953	514,7	109	21,2
1954	562,8	100,3	17,8
1955	562,9	112,1	19,9
1956	614,5	96,7	16,3

Se sabe que en los presupuestos soviéticos muchos gastos presentados como pertenecientes a voces civiles deben considerarse como contribuciones al desarrollo del potencial bélico, particularmente aquellos que se refieren a la voz "Economía Nacional" (a la que pertenecen la construcción de edificios militares, de carreteras y de vías férreas estratégicas y la extracción de materias primas esenciales como el uranio, etc.) y la voz "Gastos Sociales y Culturales" (donde hay que incluir los egresos determinados por la preparación paramilitar, la investigación nuclear, etc.). Este es un hecho que debe tenerse en cuenta cuando se establecen comparaciones entre gastos rusos y gastos occidentales. Para ello, elijamos presupuestos particularmente "cargados" en Rusia y Estados Unidos:

CUADRO XXXIII.—GASTOS RUSOS Y AMERICANOS EN 1951 Y 1952

PAISES Y CAPITULOS	1951	1952	INCIDENCIA EN PORCENTAJE
Unión soviética, mMR.			
Gastos generales	441,3	460,2	
Gastos militares	93,4	108,6	21,2 % y 23,6 %
Estados Unidos, mMD.			
Gastos generales	70,9	85,4	
Gastos militares	39,8	51,2	56,1 % y 60 %

Si pasamos a considerar la relación entre gastos de defensa y renta nacional real, nos encontramos con porcentajes muy distintos que, esta vez, nos entregan la verdadera fisonomía de la realidad soviética y de la realidad "capitalista":

CUADRO XXXIV.—RENTA NACIONAL Y GASTOS DE DEFENSA

PAISES	1951	1952
Unión soviética, mMR.		
Renta nacional real	458,7	508,7
Gastos militares	93,4	108,6
Incidencia en porcentaje	20,3	21,3
Estados Unidos, mMD.		
Renta nacional real	305	323
Gastos militares	39,8	51,2
Incidencia en porcentaje	13	15,5

Es necesario subrayar que, mientras el nivel de vida de la población rusa permanecía en el estado de mediocridad que le es tradicional desde 1917, el del pueblo norteamericano no dejaba de aumentar constantemente. Para comprobarlo baste comparar los márgenes que corren en ambos países entre renta nacional real y presupuesto general, margen exiguo en el caso ruso, cada año más extenso en el caso norteamericano, pese al abultamiento constante de los gastos de defensa.

* * *

Este bosquejo resultaría incompleto si no intentásemos sacar de él algunas conclusiones:

1) En lo que atañe a las cifras estudiadas, siempre chocamos con el tema propaganda, sea ésta de fuente burguesa o de fuente comunista. Para orientarnos con relativa seguridad, es necesario dejar de lado ese tema que sirve únicamente para reducir la elocuencia de los hechos económicos, sobre los cuales la historia de los últimos decenios nos enseña que son aleccionadores solamente fuera de todo prejuicio ideológico.

Los observadores occidentales deducen del estado de mediocridad incurable en que viven las masas rusas que la economía socialista fracasó de modo irremediable. Su error consiste en confundir tenor de vida y poderío económico. Es cierto que, en condiciones económicas normales, un pueblo cuyo poderío industrial aumenta logra vivir mejor. Pero, en el caso del pueblo ruso, donde los desarrollos económicos están determinados por un régimen supertotalitario que consagra todos sus esfuerzos a la preparación militar, es imposible hablar de condiciones normales. Desde hace cuarenta años, ese régimen obliga al pueblo ruso a vivir en condiciones miserables, no porque sus planes económicos fracasen uno tras otro, sino porque entiende invertir la riqueza producida en nuevas producciones de bienes de capital, a costa de privaciones sin cesar, renovadas en materia de producción de bienes de consumo.

En cuanto a la propaganda comunista (o "compañera de camino"), nos presenta a la URSS como el paraíso de los trabajadores, argumentando que, puesto que la economía soviética alcanzó altos niveles de producción, el pueblo ruso llegó a disfrutar automáticamente de altos niveles de vida.

El primer razonamiento parte de un error de interpretación; el segundo, de una falsedad evidente. Comprobarlo nos permite deducir que, mientras la economía soviética aumentaba su poderío, las condiciones de vida del pueblo ruso se mantenían irremediablemente por debajo del mínimo aceptado, no digamos ya por el operario norteamericano o inglés, sino por el francés, el italiano o el alemán occidental.

2) En lo que hace a las cifras mismas de producción, haremos las comprobaciones siguientes: entre 1928 y 1940, la producción industrial de la URSS aumentó anualmente en 11,75 % y la mano de obra en 8,15 %. En el mismo período, la producción agrícola aumentaba en 1,4 % anual y la población campesina disminuía en 0,9 %. Por consiguiente, la productividad industrial aumentaba en 3,6 % y la agrícola en 2,3 %. Es evidente que estos índices ascendentes no se han mantenido durante el quinto PQ sino en la medida en que población proletaria y población campesina se mantenían estacionarias, lo que denuncia, en materia de productividad, una baja sensible. Con todo ello, incluso durante el quinto y el sexto PQ, la producción soviética conoció mayores indicios de crecimiento que la norteamericana, pero ello no asume en absoluto los rasgos catastróficos que se complacen en subrayar los economistas moscovitas, por cuanto: *a*) la industria estadounidense está en condiciones de proporcionar constantemente una mayor ocupación; *b*) la agricultura estadounidense, llegada a su punto máximo de productividad, vierte sus excedentes de brazos en la industria, que los absorbe sin dificultad. Por consiguiente, el ritmo de aumento tiene que ser más considerable en la URSS que en Estados Unidos, porque: *a*) en el terreno industrial, Estados Unidos emprendió su expansión tres cuartos de siglo antes que la URSS y detenta márgenes de ventaja imposibles de colmar; *b*) en el terreno agrícola, Rusia dispone todavía de inmensas extensiones sin cultivar, mientras que Estados Unidos no necesita cultivar otras tierras y, por el contrario, tiene que reducir sus zonas de cultivo si no quiere ahogarse bajo el peso de sus excedentes. Todo ello quiere decir que, pese a

sus pretensiones en contrario, Rusia llegó al punto máximo de su extensión industrial, puesto que no la puede aumentar sin poner en peligro su tambaleante economía agrícola. Para ella, distraer brazos del campo significaría de ahora en adelante, condenar a los habitantes de las ciudades a recibir menores cantidades de alimentos, del mismo modo que llevar a habitantes de las ciudades a las tierras vírgenes—berretín del señor Jrushchov—significaría reducir el ritmo de su producción agrícola. Esta es una de las causas fundamentales del fracaso del sexto PQ.

3) El nivel de vida del pueblo ruso es más bajo aún que lo que se puede deducir del examen escueto de los índices de desarrollo industrial. Si confrontamos los tiempos de trabajo necesarios en Moscú y en Nueva York para adquirir un mismo grupo de productos, y si calculamos los costos en base a los precios oficiales (en la URSS, los precios de "mercado libre" son más elevados), tenemos que concluir que este grupo de productos exige en la URSS 38 horas de trabajo (contra 26 en 1928) y 7 horas en los Estados Unidos (contra 12 en 1928). El nivel de vida de los trabajadores rusos ha disminuído, por consiguiente, mientras el de los trabajadores norteamericanos aumentaba sin cesar. Un kilo de pan exige en Rusia 26 minutos de trabajo contra 13 en los Estados Unidos; un kilo de azúcar, 3 horas 5 minutos contra 7 minutos 20 segundos (es decir, 25 veces más); un traje de lana, 47 días contra 3 (es decir, 15 veces más)...

Si se tiene en cuenta, además, que la Unión soviética posee una población mayor en 35 % que la de Estados Unidos, encontraremos un indicio suplementario del bajo nivel de vida del pueblo ruso; en 1952, Estados Unidos produjo 9.700 millones de toneladas de carne contra 3.400 en Rusia; 547.000 toneladas de mantequilla contra 371.000; 508 millones de pares de zapatos contra 233, etc.

4) La "conclusión de las conclusiones" será, pues, que el pueblo ruso, durante estos cuarenta años, ha pagado con sangre, sudor y lágrimas su "desalienación" por obra del comunismo.

III

INDICE BIBLIOGRAFICO

Pese a ser abundantes, los títulos que figuran en el presente índice bibliográfico no pretenden constituir una bibliografía completa del período estudiado en esta *Historia de la Rusia soviética*. Varios volúmenes de respetables proporciones serían necesarios para semejante empresa, y me ha parecido que, en esta materia, mi esfuerzo debía limitarse a lo esencial, esto es, a aquellas obras que puedan ayudar al lector a profundizar por su cuenta, si así lo desea, los problemas estudiados en este libro. Esta no es una tentativa de historiografía del hecho soviético, sino, mucho más sencillamente, una guía bibliográfica destinada al estudioso o al lector culto. Desde hace un cuarto de siglo vivo en relación ininterrumpida con este hecho, y con el hecho ruso en general, y se me puede creer cuando afirmo que si no he leído o consultado todo aquello que a Rusia se refiere, ello se debe únicamente a la imposibilidad en que me he encontrado de aprender todos los idiomas en que se la ha estudiado. Por razones físicas fáciles de comprender, he tenido que contentarme con un buen conocimiento de la mayor parte de los idiomas europeos, y reconozco que mi ignorancia del chino, del japonés y del árabe han reducido considerablemente mis posibilidades a este respecto. Con todo, la bibliografía consultada por mí resultaría aún demasiado abundante para figurar en este índice en su totalidad. Me limito, pues, a citar a continuación las obras que considero indispensables porque, o bien son fundamentales para la aprehensión de tal o cual fenómeno de la vida soviética, o bien son las únicas consagradas a ciertos aspectos poco explorados de la cuestión rusa. Se notará igualmente que, en materia de publicaciones periódicas, la lista propuesta por mí es relativamente corta. Aquí también he preferido citar solamente diarios, revistas y colecciones fundamentales, sin tener en cuenta publicaciones que, aunque más "sensacionalistas", no aportan nada indispensable. Finalmente, no pocas de las obras citadas se refieren tanto al período prerrevolucionario como al soviético, y hacen salir esta bibliografía de los límites temporales del libro. Es que en historia nada empieza en un momento determinado como por generación espontánea, y todo, por el contrario, obedece a movimientos preexistentes, cuyo origen, muy a menudo, debe buscarse con bastante anterioridad en el tiempo.

Ahora, algunas aclaraciones de tipo técnico:

1. En el conjunto de las obras citadas, los títulos en lengua rusa son los menos numerosos. En la vastísima y muy desigual historiografía rusa, me ha parecido más conveniente seleccionar los trabajos que, o bien no han sido traducidos a un idioma asequible al lector occidental, o lo han sido de modo fragmentario o defectuoso. De existir una versión satisfactoria, le he dado preferencia, siempre y cuando me ha sido posible verificar personalmente su corrección. Repito que ésta no es una tentativa de historiografía, sino un ensayo de orientación bibliográfica destinado ante todo al lector occidental, que, además del español, domina o "maneja" el inglés, el francés, el alemán, el italiano, más asequibles que el ruso.

2. Se notará también que los títulos procedentes de la historiografía marxista —rusa o no—no ocupan un lugar destacado, salvo en lo que hace a la literatura militar. Ya que, en primer lugar, no existen historiadores marxistas dignos de mención, pues quienes se titulan de tales en París, Londres o Buenos Aires, no son más que vulgares escoliastas, torpes acomodadores de textos o lamentables deformadores de hechos. Si consideramos que la Rusia de los años 1820-1917 tuvo historiadores de calidad extraordinaria como Sergio Soloviov, Kliuchevskiy, Tá-

tishchev, Platónov, Oldenburg, etc., esta ausencia total después de una presencia tan significativa debería bastar para calificar, en sus justos términos, a un sistema que se sustenta justamente en el materialismo dialéctico, al que sus corifeos presentan como la única clave posible en materia de interpretación histórica. En segundo lugar, que, frente a este panorama desolador, los historiadores militares soviéticos sean los únicos dotados de talento, se debe a las condiciones muy particulares en que actúa el ejército ruso, por encima de una sociedad castrada por el terror, es decir, como categoría privilegiada a la que sus fueros protegen incluso cuando sus miembros más destacados escriben tratados de historia y de doctrina militar.

3. En cuanto a la ausencia de memorias o de recuerdos debidos a autores soviéticos, un hecho tan concreto como el anterior la explica claramente: los dirigentes comunistas, por lo general, no han extendido la crónica de sus actividades, porque, en la mayoría de los casos, hubieran sido incapaces de sentarse ante un tintero sin probar los escalofríos de la desesperación. Los pocos que hubieran podido hacerlo sin tener que integrarse previamente en los elementos más someros de la disciplina conocida como "composición y estilo", han sido eliminados antes de alcanzar la edad en que un hombre político considera conveniente dedicarse a las serenas ocupaciones del ocio, incluyendo en éstas la que Adolphe Thiers llamaba *"mes chères études"*. Al único bolchevique que sabía escribir con elegancia y tenía mucho que decir, Stalin se las arregló para hacerle caer la pluma de la mano el día 20 de agosto de 1940 en los suburbios de Ciudad de Méjico.

4. En cuanto a las obras escritas en otros idiomas que el ruso, no siempre me ha sido posible utilizarlas en su texto original. En los años consecutivos a la segunda guerra mundial, los progresos de la técnica no han ido aparejados con los de la libertad de comercio y de cambios y, hasta no hace mucho, las divisas negociables se han mantenido, por una casualidad singular, tan escasas como en la época del trueque primigenio, cayendo al azar sobre bolsillos que, rara vez, eran los del estudioso con deseos de seguir estudiando. Ello explica por qué tal historia de la economía rusa publicada en Inglaterra llegó a mis manos en su versión francesa, tal biografía alemana de Lenin, en su traducción italiana, etc...

5. Para mayor comodidad, he dividido este índice bibliográfico en las doce secciones siguientes:

A) *Historia, historiografía, problemas generales.*
B) *Geografía, demografía, población, nacionalidades.*
C) *Biografías y estudios en función de una personalidad.*
D) *Memorias y recuerdos.*
E) *Historia diplomática,* con dos subsecciones: 1) Documentos relativos a los orígenes explorados del segundo conflicto mundial; 2) Estudios relativos a la historia diplomática de 1917 a 1957.
F) *Historia militar.*
G) *La revolución y el régimen soviético,* con dos subsecciones: 1) Las ideas; 2) Los hechos.
H) *Cultura, civilización, instituciones.*
I) *Letras y artes.*
J) *Religión, iglesias, vida espiritual.*
K) *Historia económica y social.*
L) *Revistas, colecciones, publicaciones periódicas y diarios,* con dos subsecciones: 1) En lengua rusa; 2) En otros idiomas.

A) HISTORIA, HISTORIOGRAFIA, PROBLEMAS GENERALES

Academia de Ciencias de la URSS: *25 let istoricheskoi nauki in SSSR* (25 años de ciencia histórica en la URSS); Moscú, 1942.
ALLEN, W. E. D.: *Ukraine. A History;* Cambridge, Harvard Univ. Press, 1940.
BARBAGALLO, C.: *La Russia comunista (1917-1939);* Nápoles, 1945.
BLACK, C. E.: *Rewriting Russian History: Soviet Interpretation of Russia's Past;* Nueva York, 1957.
BRIAN-CHANINOV: *Histoire de Russie;* París, 1938.

BRUHAT, J.: *Histoire de l'URSS;* París, 1949 (breve manual).
DALLIN, A.: *Historiografía soviética reciente;* en revista "Problemas del Comunismo", núm. 6, Wáshington, 1954.
DURANTY, W.: *The Story of Soviet Russia;* Filadelfia, 1954.
ERDMANN-HANISCH: *Historia de Rusia* (2 tomos); Madrid, 1944 (traducido del alemán, pésimamente por lo demás, este trabajo se inspira en los estrafalarios supuestos de la superioridad racial ariogermánica).
GANCIKOV, L.: *La scienza storica in Russia nei secoli XIX e XX;* en tomo III de la colección "Questioni di storia contemporanea", Milán, 1953.
GAPANOVICH, J. J.: *Historiographie russe (hors de Russie);* París, 1946 (traducido del ruso).
GIUSTI, W.: *Storia della Russia;* Milán-Messina, 1945.
ISWOLSKY, H.: *The Soul of Russia;* Nueva York, 1943.
JARAY, G. L.: *Tableau de la Russie jusq'à la mort de Staline;* París, 1954.
KOVALEVSKIY, M.: *Russkaia istoriia* (Historia rusa); 2 vols., Moscú-Petrogrado, 1923 (marxismo al estado bruto, estilo "comunismo de guerra").
KOVALEVSKIY, P. N.: *Manuel d'histoire russe;* París, 1948 (guía utilísima para lectores no rusos).
** *Istoricheskii put Rossii* (El camino histórico de Rusia); París, 1949.
KRAKOWSKY, E.: *Histoire de Russie. L'Eurasie et l'Occident;* París, 1954 (guía útil para recorrer—con pies de plomo—los caminos inseguros del asiatismo de los rusos, gente a la que el autor considera, con alguna frivolidad, como cerrada a todo europeísmo).
LO GATTO, E.: *Storia della Russia;* Florencia, 1946 (excelente instrumento de trabajo, sustentado en una vastísima bibliografía en varios idiomas).
LOSSKIY, N. O.: *Histoire de la philosophie russe des origines à 1950;* París, 1951 (traducido del ruso, importante).
MATL, J.: *¿Concepción occidental o eurasiática de la historia eslava?;* en "Revista de Estudios Políticos", Madrid, enero-febrero de 1954.
MILIUKOV, P., SEIGNOBOS, C., EISENMANN, L.: *Histoire de Russie* (3 vols.); París, 1932 (los autores principales—y sus colaboradores—han cometido con esta obra una acción tanto más grave cuanto que han querido encubrirla cuidadosamente bajo el velo de la mera preocupación científica. La actividad de Miliúkov en la preparación de la calamitosa revolución de febrero, su incapacidad ulterior como *primus movens* del Gobierno presidido por el lamentable príncipe Lvov, son títulos suficientes para invalidar definitivamente sus pretensiones a juzgar, incluso desde el punto de vista histórico, a la dinastía romanoviana).
MIRSKY, D. S.: *Russia: a Social History;* Londres, 1932.
MITCHELL, M.: *Histoire maritime de la Russie;* París, 1952 (traducido del inglés, fundamental: Rusia no ha podido transformarse en la gran rival de los Estados Unidos sino agregando a su condición de potencia continental la de gran potencia oceánica, superando así las servidumbres implícitas en la primera de estas condiciones, en cuyo único peso había confiado en el pasado para asegurar su expansión).
MOELLER, R.: *Von Rurik bis Stalin. Wesen und Werden Russlands;* Leipzig, 1939.
MORLEY, Ch.: *Guide to Research in Russian History;* Syracuse Univ. Press, 1951.
MOUSSET, A.: *Histoire de Russie;* París, 1945.
** *Le monde slave;* París, 1946 (como la anterior, esta obra pertenece al clima singular que, de 1941 a 1948, causó tantos estragos en la mente de los políticos y de los intelectuales del Occidente, empezando por la del presidente Roosevelt. La tesis general es que, a consecuencia de la victoria sobre el germanismo, el expansionismo ruso no ofrece ya ningún peligro por limitar sus objetivos al mundo eslavo con exclusión de todo supuesto ideológico. Los resultados están a la vista).
PANKRATOVA, A. M., y otros: *Histoire de l'URSS* (3 tomos); Moscú, 1948 (manual destinado a las escuelas medias soviéticas y, en el caso de esta traducción francesa debida al *Gosizdat,* a las que se sitúan entre Escalda y Pirineos, cuando las circunstancias—electorales o militares—lo permitan. La autora principal, miembro de mérito, hasta su muerte reciente, del Comité Central del PC de la URSS y de la Academia soviética de Ciencias, exalta todo aquello que los comunistas de la primera hora se empeñaban en envilecer, es decir, los soberanos piadosos que agruparon la tierra rusa bajo su cetro y civilizaron a sus mora-

dores, de San Vladimiro a Pedro el Grande, siempre y cuando, por supuesto, pudiesen servir de precedente para Stalin. Gracias a esta obra, verdaderamente singular desde todos los puntos de vista, descubrimos que Rusia ya se llamaba Unión soviética en los tiempos cuasi míticos de Rúrik, el que, con los varangianos de su *druzhina*, fué, por consiguiente, el primer corifeo de la dialéctica materialista en la región de Nóvgorod).

PARES, Sir B.: *A History of Russia;* Nueva York, 1948 (reedición de una de las más inteligentes interpretaciones del hecho ruso debidas a un occidental).

** *Russia, its Past and Present;* Nueva York, 1949.

PINOTEAU, R.: *La Russie d'hier et d'aujourd'hui. Nicolas I, Nicolas II, Staline, Malenkov;* París, 1953 (indudablemente útil, pese a demasiadas aproximaciones forzadas entre un pasado y un presente imposibles de comparar con tanta ligereza como la del autor; víctima del insoportable Custine, éste lleva a cabo, sin embargo, una justa reivindicación de la obra política y social del malogrado Nicolás II).

PIPES, R.: *The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1954.

POKROVSKIY, M. N.: *Russkaia istoriia po drevneishij vremion* (Historia de Rusia desde los tiempos más antiguos), 2 vols.; Moscú, 1918-1920.

** *A Brief History of Russia* (2 vols.); Nueva York, 1923 (traducido del ruso a partir de la obra anterior; obra escalofriante desde el punto de vista científico, característica del materialismo dialéctico más crudo).

** *Historia de la cultura rusa;* Buenos Aires, 1942 (aparentemente traducida del ruso, esta obra no es sino la lamentable recopilación de los tópicos más manidos por la escuela marxista en materia de interpretación histórica).

PRAWDIN, A.: *Rusia;* Barcelona, 1956 (traducido del inglés).

RAUCH, G. von: *A History of Soviet Russia;* Nueva York, 1957 (traducido del alemán; panorama completo de la historia de Rusia desde los orígenes de la conspiración antizarista hasta el XX Congreso del PC de la URSS).

REYNOLD, G. de: *Le monde russe;* París, 1950 (debida a uno de los historiadores más eminentes de nuestro tiempo, esta obra adolece, a mi entender, del error de querer encerrar a la Rusia de todos los tiempos en los marcos de un "asiatismo" que queda por demostrar, aun después de los excesos verdaderamente asiáticos del comunismo).

RISTELHUEBER, R.: *Histoire des peuples balkaniques;* París, 1950.

SCHELTING, A. von: *Russland und Europa;* Berna, 1948.

SCHUBART, W.: *Europa und die Seele des Ostens;* Riga, 1939 (esta obra, traducida a todos los idiomas, constituye una de las mejores aproximaciones al hecho eslavo).

SETHE, P.: *Kleine Geschichte Russlands;* Francfort del Main, 1953 (breve y brillante manual).

STAHLIN, K.: *Geschichte Russlands von der Anfängen bis zur Gegenwart* (4 tomos); Berlín-Koenigsberg, 1923-1939 (indispensable).

SUMNER, B. H.: *Survey of Russian History;* Londres, 1943.

TOMPKINS, S. R.: *Russian through the Ages. From the Scythians to the Soviets;* Nueva York, 1940.

TREVOR ROPER, H.: *El marxismo y el estudio de la historia;* en revista "Problemas del Comunismo", núm. 5, 1956, Wáshington.

VERNADSKIY, G. V.: *A History of Russia;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1929 (el autor es el mayor exponente de la escuela histórica eurasiática).

VERNON, L.: *Storia dei Balcani;* Florencia, sin fecha (probablemente 1941).

VIETROFF-TOPOROFF, V.: *Russica et Sovietica;* Saint-Cloud, 1931 (bibliografía de las obras publicadas en Francia sobre Rusia y la URSS entre 1917 y 1930).

WEIDLÉ, W.: *La Russie absente et présente;* París, 1950 (fundamental).

WELTER, G.: *Histoire de Russie;* París, 1946 (interpretación muy "compañera de camino").

WILLIAMS, A. R.: *The Soviets;* Nueva York, 1937.

ZENKOVSKIY, B.: *Histoire de la philosophie russe* (2 vols.); París, 1953-1955 (traducido del ruso; esta obra indispensable estudia detenidamente todos los precedentes ideológicos e históricos de la filosofía marxista "rusificada" en el momento mismo de su introducción en los círculos intelectuales rusos).

B) GEOGRAFIA, DEMOGRAFIA, POBLACION, NACIONALIDADES

BARGHOORN, F.: *Soviet Russian Nationalism;* Oxford Univ. Press, 1956.
CAMENA D'ALMEIDA: *Etats de la Baltique. Russie;* París, 1932 (tomo V de la "Géographie Universelle", de Vidal de La Blache y Gallois).
CORLISS LAMONT: *The Peoples of the Soviet Union;* Nueva York, 1945 (además de militar vistosamente en el PC norteamericano, el autor es uno de los más poderosos banqueros de Nueva York).
CRESSEY, G. B.: *Tierras y pueblos de Asia;* Buenos Aires, 1946 (traducido del inglés, importante).
CUMIN, G.: *Asia in generale. Asia russa. Possessi cinesi dell'Asia centrale;* Milán, 1931.
DOBB, M.: *USSR, her Life and People;* Londres, 1943.
FICHELLE, G.: *Géographie physique et économique de l'URSS;* París, 1946.
GRANDE, S.: *Russia europea. Stati baltici;* Milán, 1936.
GREGORY, J. S.: *Land of the Soviets;* Londres, 1946.
** SHAWE, D. W.: *La URSS. Geografía económica y regional;* Barcelona, 1952 (traducido del inglés, importante).
JORRE, G.: *The Soviet Union, the Land and his People;* Londres, 1950.
KOLARZ, W.: *La Russie et ses colonies;* París, 1954 (traducido del inglés).
** *Les colonies russes d'Extrême-Orient;* París, 1955 (traducido del inglés; en estas dos obras, el autor estudia, en función de las aspiraciones nacionales de los pueblos incluídos en las fronteras del imperio soviético, el destino impuesto por Moscú a las nacionalidades no eslavas tanto en Europa como en Asia).
LESGAFT, E. P.: *Geografía de la Unión soviética* (2 tomos); Barcelona, 1930 (traducido del ruso, importante).
LORIMER, P.: *The Population of the Soviet Union. History and Prospects;* Ginebra, 1946 (publicación de la Sociedad de las Naciones).
MEJIDE PARDO, A.: *La URSS. Geografía, economía, industria;* Madrid, 1952 (buen trabajo a partir de fuentes occidentales).
MIKHAILOV, L.: *Land of the Soviets;* Nueva York, 1949 (traducido del ruso).
MIROV, N. T.: *Geography of Russia;* Nueva York, 1951.
PULLE, G.: *I. popoli dell'URSS;* Milán, 1944 (buena introducción a la etnología de la URSS).
SHABAD, Th.: *Geography of the USSR. A Regional Survey;* Nueva York, 1951.
SLONIM, M.: *Les onze républiques soviétiques;* París, 1937 (todavía muy útil aun cuando esas repúblicas hayan visto aumentar su número considerablemente a consecuencia del segundo conflicto mundial).
STRONG, A. L.: *Peoples of the USSR;* Nueva York, 1948.

C) BIOGRAFIAS Y ESTUDIOS EN FUNCION DE UNA PERSONALIDAD

BASSECHES, N.: *Staline;* París, 1951 (traducido del alemán).
BIEW, A. M.: *Kapitza, père de la bombe atomique russe;* París, 1955 (conjetural, aunque interesante en estos tiempos de luna artificial).
CANTIMORI, D.: *Lenin;* en tomo III de "Questioni di Storia Contemporanea", Milán, 1943.
CHASLES, P.: *La vie de Lénine;* París, 1929.
DEDIJER, W.: *Tito parle;* París, 1953 (aunque esta obra, escrita en tiempos "mejores" para el autor, no convence a nadie acerca de las virtudes públicas y privadas del mariscal de Belgrado; su lectura es interesante para el conocimiento de la cocina interna del *Kominform* y de los Gobiernos de los países satélites).
DELBARS, Y.: *Le vrai Staline;* París, 1951 (tentativa de humanización, efectuada con el propósito—muy "compañero de camino"—de anestesiar al lector no comunista, ofreciéndole un Stalin astutamente maquillado).
DEUTSCHER, I.: *Stalin. A Political Biography;* Nueva York, 1949 (el autor, que se afirma antistalinista, justifica con argumentos de utilidad aquello que condena en nombre de la moral).

** *The Prophet Armed, Trotsky, 1879-1921;* Londres, 1954 (primer tomo de una obra consagrada a quien, de haber triunfado en su pleito sucesorio con Stalin, hubiera actuado tan drásticamente como éste sobre el cuerpo de la nación rusa y de sus pobladores, con el fin de insertarlos en aquello que los marxistas y sus imitadores burgueses llaman "desarrollos fatales de la Historia").

EBON, M.: *Malenkov. A Biographical Study of Stalin's Successor;* Londres, 1953 (los acontecimientos que llevaron al sucesor de Stalin de la jefatura del Gobierno a la dirección de una central eléctrica en Asia central, lo hacen aparecer más bien como el sucesor de Trotskiy, encuadrándolo en aquello que podríamos llamar "ley de eliminación por tiempos sucesivos").

FISCHER, L.: *Gandhi and Stalin;* Nueva York, 1947 (paralelo demoledor en lo que hace, por supuesto, al segundo término de la alternativa).

** *The Life and Death of Stalin;* Nueva York, 1953 (exhaustivo desde todos los puntos de vista, incluso desde el de la exacta investigación histórica).

GIGNOUX, C. J.: *Lénine;* París, 1952 (un soplo de buen sentido después de tanta mitología).

HALPERIN, E.: *Der siegreiche Ketzer;* Colonia, 1957 (la experiencia titoísta al desnudo).

HILL, Ch.: *Lenin and the Russian Revolution;* Londres, 1954 (marxista).

JACOBY, J.: *Le Tsar Nicolas II et la révolution;* París, 1931 (la defensa más eficaz de la noble figura del mártir de Iekaterinburg).

LABIN, S.: *Stalin el Terrible;* Buenos Aires, 1947 (traducido del francés; utilísimo pese al título demasiado periodístico).

LAZITCH, B.: *Tito et la révolution yougoslave;* París, 1957.

MALAPARTE, C.: *Le bonhomme Lénine;* París, 1932 (interpretación tan valedera ahora como hace un cuarto de siglo).

NOSKOF, general A. A.: *Nicolás II inconnu;* París, 1920.

OLDENBURG, S.: *Tsarstvovanie Imperatora Nikolaia II* (El reinado del emperador Nicolás II), 2 tomos; Belgrado, 1939; Munich, 1949 (indispensable para una justa apreciación de las responsabilidades en el desenvolvimiento de las actividades revolucionarias en los círculos dirigentes).

PIERRE, A.: *Malenkov ou le nouveau visage de la Russie;* París, 1953 (donde se intentaba demostrar que este nuevo rostro iba a ser el de la democracia y de la convivencia pacífica).

RAGUZA, I.: *La vie de Staline;* París, 1938.

SERGE, V.: *Staline;* Paris, 1940.

** *Vie et mort de Trotsky;* París, 1951.

SHUB, D.: *Lénine;* París, 1952 (traducido del inglés).

SOUVARINE, B.: *Staline. Aperçu historique du bolchevisme;* París, 1939 (esencial en el momento de su publicación, esta obra sigue siéndolo después de la muerte del *vozhd* y de su excomunión por obra de aquellos mismos que lo acompañaron en sus fechorías).

TANSKY, M.: *Joukov;* París, 1956 (conjetural y, con todo, sintomático trabajo, por cuanto fué publicado en el momento en que el mariscal llegaba a los linderos inmediatos del poder).

TROTSKIY, L. D.: *Vie de Lénine;* París, 1936.

** *Stalin;* Milán, 1947 (traducido del inglés; sin terminar por causa de asesinato, pero no por ello menos feroz; existe una versión española).

VICHNIAC, L.: *Lénine;* París, 1932.

WALTER, G.: *Lénine;* París, 1950 (Lenin visto por un "compañero de camino" que no disimula siquiera su propósito apologético).

WOLFE, B. D.: *La jeunesse de Lénine;* París, 1951.

** *Lénine et Trotsky;* París, 1951.

** *Lénine, Trotsky et Staline;* París, 1951 (esta trilogía es la traducción francesa de la obra fundamental aparecida en Estados Unidos bajo el título global: *Three who made a Revolution;* fundamental).

D) MEMORIAS Y RECUERDOS

ALDOVRANDI-MARESCOTTI, L.: *Guerra diplomática. Ricordi e frammenti di diario;* Milán, 1938 (importante en razón de los cargos que el autor ocupó en la diplomacia italiana durante y después de la primera guerra mundial).

ASHBY, E.: *Scientist in Russia;* Londres, 1947 (ejemplo del modo poco edificante con que los investigadores soviéticos, por prescripción oficial, conciben la tarea científica).

BALABANOFF, A.: *Ricordi di una socialista;* Roma, 1946 (la autora puede permitirse hablar en nombre del internacionalismo más genuino, puesto que, israelita nacida en Rusia, actúa desde hace más de medio siglo en el socialismo italiano, revistiendo al mismo tiempo la nacionalidad norteamericana; estos recuerdos muy vivientes constituyen un documento irreemplazable, sobre todo en lo que hace a los primeros tiempos del régimen bolchevique; retratos feroces de Zinóviev y de Trotskiy).

BARMIN, A.: *Uno che sopravvisse;* Bari, 1948 (traducido del ruso; importante por cuanto el autor, general del ejército rojo y ministro soviético en Atenas, fué el primer alto funcionario comunista que se negó a volver a Moscú para ser fusilado en la época de la Gran Purga, abriendo así, al elegir la libertad, el camino a la larga serie de tránsfugas que, desde entonces, cruzan ininterrumpidamente la cortina sin espíritu de retorno).

BARTON, P.: *Prague à l'heure de Moscou;* París, 1954 (o de la santa inocencia de quienes, con Benès, habían creído en Stalin).

BAUMGARTEN, N.: *Ricordi della rivoluzione russa;* en revista "Nuova Antologia", Roma, agosto-septiembre-noviembre de 1929 (importante).

BEDELL SMITH, general W.: *Mis tres años en Moscú. Rusia contra América;* Buenos Aires, 1953 (traducido del inglés, pésimamente por lo demás).

BONNET, G.: *De Wâshington au Quai d'Orsay;* Ginebra, 1946.

** *La fin d'une Europe;* Ginebra, 1950.

** *Les négociations franco-russes de 1938 et de 1939;* en "Revue de Paris", noviembre de 1947 (la política de arreglo pacífico llevada a cabo por el autor durante su paso por la cabeza de la diplomacia francesa fué ásperamente combatida; sin embargo, basada en el hecho de que Francia, mal armada y presa de conflictos interiores incurables, no disponía de alianzas fuertes capaces de asegurarle las espaldas en el caso de un conflicto con Alemania, dicha política encuentra su justificación en el giro que asumió para Francia el segundo conflicto mundial y sus consecuencias interiores e imperiales).

BOR-KOMOROWSKI, general T.: *Histoire d'une armée secrète;* París, 1952 (traducido del inglés; testimonio importante sobre la resistencia polaca, el levantamiento de Varsovia y la traición de que Polonia fué víctima por parte de Rusia y de sus aliados en ésta como en otras oportunidades).

BORNET, F.: *Je reviens de Russie;* París, 1947 (un retorno efectuado al término de una residencia de casi cuarenta años que cubrió, por consiguiente, la última fase del régimen zarista y el conjunto del período soviético hasta después del segundo conflicto mundial; el espíritu pedestre del autor, que lo protege contra toda tentación intelectual y lo ata estrechamente, por el contrario, a la comprobación escueta de los hechos cotidianos, las comparaciones que hace constantemente entre uno y otro régimen y las condiciones de vida del pueblo ruso antes y después de la revolución, todo ello nos proporciona un cuadro impresionante que, con toda objetividad, permite concluir que el "precio de la revolución" de febrero y de octubre ha sido la peor inversión que pueblo alguno efectuara jamás a sus propias expensas).

BRUSILOV, general A.: *Mémoires;* París, 1929 (traducido del ruso; recuerdos de un soldado cuyo indiscutible talento militar no anduvo aparejado con el mínimo exigible de virtudes cívicas).

BRUCE-LOCKHART, Sir R.: *Memoirs of a British Agent;* Londres, 1924 (existe una versión española de estos recuerdos singulares, y en sumo, indispensables sobre la "cocina" interna de las llamadas instancias supremas del bolchevismo en los primeros tiempos del régimen soviético).

BUBER-NEUMANN, M.: *Als Gefangene bei Stalin und Hitler;* Munich, 1949.

** *Von Potsdam nach Moskau;* Stuttgart, 1957 (muy valiosos recuerdos de una comunista alemana desencantada y, con todo, extraordinariamente objetiva en el relato de su desengaño, que pasa varios años en campos de concentración).

BUCHANAN, Sir G.: *My Mission to Russia and other Diplomatic Memories* (2 vols.); Londres, 1923 (penoso forcejeo sobre los acontecimientos para justificar una acción diplomática que se encuentra en la fuente de la caída del régimen zarista).

BUCHANAN, Miss M.: *Petrograd, the City of the Trouble, 1914-1918;* Londres, 1918 (impresiones sobre la revolución, de la hija del anterior).

** (Mrs. Knowling): *The Dissolution of an Empire;* Londres, 1932.

BUNIN, I.: *Mémoires;* París, 1950 (traducido del ruso; hermosas páginas que revelan, bajo la pluma de un gran escritor que fué también un noble ciudadano, toda la insensatez del pensamiento político y de las ilusiones de los miembros de la *intelliguentsiia* en los tiempos que preceden y acompañan la revolución rusa).

BYRNES, J. F.: *Speaking frankly;* Nueva York, 1947 (o de las ilusiones de Roosevelt y de Truman).

CASTRO DELGADO, E.: *Mi fe se perdió en Moscú;* Méjico, 1951 (la "cocina" interior del *Komintern,* vista por un comunista español pronto decepcionado).

CEDERHOLM, B.: *Au pays de la NEP et de la Tchéka. Dans les prisons de l'URSS;* París, 1928.

CIANO, conde G.: *Diario;* Milán, 1946 (obra de interés indiscutible, necesaria para la comprensión de todo aquello que sucedió en Europa a partir de 1936).

CIENACHOWSKI, J.: *La rançon de la victoire;* París, 1947 (traducido del inglés; sobre el drama de Polonia, abandonada por sus aliados).

CILIGA, A.: *Dix ans derrière le rideau de fer,* 2 vols.: I, *Au pays du mensonge déconcertant,* París, 1938; II, *Sibérie, terre de l'exil et de l'industrialisation,* París, 1950 (indispensable para el estudio del sistema concentracionario soviético a partir del comienzo de los años 30).

CITRINE, Sir W.: *A la recherche de la vérité en Russie;* París, 1936 (traducido del inglés; balance desconsolador establecido por un dirigente tradeunionista al término de un contacto prolongado con la realidad obrera soviética).

CZERNIN, conde O.: *Im Welatkriege;* Berlín, 1919 (debida al último canciller de la Doble Monarquía, esta obra es irreemplazable por cuanto expone con cruda honestidad el punto de vista de la Ballplatz acerca de las operaciones llevadas a cabo por los Imperios Centrales contra Rusia después de la revolución de octubre y de las condiciones que el general Hoffmann y el mismo autor impusieron a los bolcheviques en Brest-Litovsk).

CHAMBERS, W.: *El testigo (el caso Hiss);* Buenos Aires, 1954 (traducido del inglés; indispensable para el estudio de la penetración comunista en las naciones mejor protegidas socialmente, como Estados Unidos, pero entregadas a la empresa del espionaje soviético por algunos de sus más altos funcionarios).

CHAMBRUN, conde Ch. de: *Lettres à Marie;* París, 1941 (acerca de los acontecimientos rusos entre el 22 de julio de 1914 y el 7 de septiembre de 1917; guía muy útil a través de la descomposición de los altos círculos sociales liberalizantes en vísperas de la revolución de octubre).

CHARDONNET, L.: *Un capitaliste en URSS;* París, 1955 (paradójicas y muy inteligentes notas de viaje, debidas a un industrial francés, frente al capitalismo de Estado soviético).

CHAVICHVILI, Kh.: *Patrie, prisons, exil;* París, 1946 (recuerdos desencantados de un socialdemócrata georgiano que nunca logró ponerse de acuerdo con el ciudadano Dzhugashvili).

CHURCHILL, W. S.: *The World Crisis* (6 tomos); Londres, 1923-1931 (con todos los errores políticos que cometió entre 1914 y 1950, Churchill tiene el mérito eminente de haber sido el primer estadista occidental que haya propugnado, desde 1917, la tesis de una intervención en masa de las tropas de la Entente contra el bolchevismo).

** *The Second World War* (6 tomos); Londres, 1948-1954 (el historiador objetivo no suscribirá esta serie de talentosos ejercicios dialécticos ejecutados por un hombre que tuvo que aceptar como aliado a quien, durante toda su vida, había considerado como enemigo personal).

DAVIES, J.: *Mission to Moscow;* Nueva York, 1941 (lo que molesta no es tanto el mal que hizo este caballero tan filocomunista como plutocrático, como la impudencia con que se glorifica por haberlo hecho).

DENIKIN, general A. I.: *Ocherki russkoi smuti* (Estudios sobre los disturbios rusos), 5 vols., París 1921-1922, Berlín 1924-1925-1926 (muy importante).

** *Staraia Armiia* (El antiguo ejército), 2 vols.; París, 1929-1931 (hermoso libro, debido a un gran soldado que fué también perfecto caballero).

DIRKSEN, H. von: *Moskau-Tokio-London. Erinnerungen und Betrachtungen zu 20 Jahren deutscher Aussenpolitik, 1919-1939;* Stuttgart, 1949 (el autor fué uno de los grandes diplomáticos del entre dos guerras alemán, que formaba parte de esa clase de servidores del Estado tan mal comprendidos por los aliados que en dicha incomprensión radica una de las causas fundamentales de aquello que ahora los franceses llaman *le malheur européen).*

EMANUELLI, E.: *Il pianeta Russia;* Milán, 1953 (acotaciones de viaje cuya aguda objetividad vuelve más nítidas las observaciones del autor acerca de una realidad que el tiempo no logra mejorar).

FISCHER, J.: *Les Russes tels qu'ils sont. Ce qu'on voit aujourd'hui en URSS;* París, 1947 (traducido del inglés; notas basadas en la ilusión alimentada por el autor—funcionario de la UNRRA—de una inminente democratización del régimen soviético, en el momento crítico en que en la misma Ucrania, donde el señor J. Fischer actuaba, este régimen hacía fusilar y deportar a miles de ciudadanos).

FIGNER, V.: *Nacht über Russland. Lebenserinnerungen;* Berlín, 1929 (estos recuerdos de la "madre de la revolución rusa" son muy importantes para el estudio de la empresa de subversión entre 1880 y 1917).

FRANCIS, D. R.: *Russia from the American Embassy. April 1916-November 1918;* Nueva York, 1922 (aunque norteamericano y diplomático de carrera, el autor supo sacar conclusiones exactas del espectáculo al que asistía).

GAFENÇO, G.: *Préliminaires de la guerre à l'Est, 1939-1941;* París, 1944.

** *Les derniers jours de l'Europe;* París, 1946 (el testimonio del que fué ministro de Relaciones Exteriores de Rumania en los años inmediatamente anteriores al segundo conflicto mundial constituye un documento precioso, por cuanto debido a un político inteligente, honesto y dotado de gran agudeza de observación).

GEORGE, R. P.: *Le maquis de Dieu;* Mónaco, 1953 (traducido del inglés, con un prefacio de Mgr. Fulton Sheen; sobre la "Iglesia de las Catacumbas" en el imperio comunista).

GIDE, A.: *Retour de l'URSS;* París, 1936.

** *Retouches à mon retour de l'URSS;* París, 1937 (ambos libritos, publicados en pleno Frente Popular, hicieron tanto daño a la prédica comunista en los círculos intelectuales, que fué necesaria toda la propaganda desarrollada durante la segunda guerra mundial a favor del "noble aliado soviético" para que los J. P. Sartre, los M. Merleau-Ponty, los C. Roy, etc., se decidieran a insertarse en el redil moscovita).

GILMORE, E.: *Yo y mi esposa rusa;* Buenos Aires, 1957 (traducido del inglés; alegres y muy agudos recuerdos del que fué, entre 1942 y 1953, corresponsal de la agencia A. P. en Moscú; utilísimo para orientarse en los complicados meandros de las instancias supremas).

GILLIARD, P.: *Le tragique destin de Nicolas II et de sa famile. Treize années à la Cour de Russie;* París, 1921 (recuerdos del preceptor helvético del cesarevich; valioso en la relación escueta de los hechos, más que mediocre en su interpretación, en razón del bajo nivel espiritual del autor, para quien el agradecimiento no es, por cierto, una virtud fundamental).

GORDEY, M.: *Visa pour Moscou;* París, 1951 (excelente reportaje, tan hábil en su presentación como peligroso en su propósito neutralista).

GRONDJIS, L. H.: *La guerre en Russie et en Sibérie;* París, 1922 (el drama de Kolchak).

GUDERIAN, general H.: *Erinnerungen eines Soldaten;* Heidelberg, 1951 (indispensable para el estudio de la guerra en el Este).

GURKO, general V. I.: *Russland 1914-1917. Erinnerungen an Krieg und Revolution;* Berlín, 1921 (observaciones desencantadas debidas a la pluma de un gran soldado).

HALLE, F.: *Woman in Soviet Russia;* Nueva York, 1933.

HERLING, G.: *A World Apart;* Nueva York, 1952 (recuerdos de un polaco deportado a los campos soviéticos de "reeducación por el trabajo").
HERVAL, R.: *Huit mois de révolution russe;* París, 1918.
HOFFMANN, general M.: *Der Krieg der versäumten Gelegenheiten;* Munich, 1923 (obra fundamental, debida al más inteligente quizás de los generales alemanes de la primera guerra mundial; necesaria para la comprensión de los muy misteriosos acontecimientos comprendidos entre las "Tesis de Abril", formuladas por Lenin en pago por el "vagón precintado", y la paz de Brest-Litovsk, con que el pasajero principal de dicho vagón cumplió a las mil maravillas los compromisos contraídos por él para con el alto estado mayor germánico antes de su salida de Suiza).
HITLER, A.: *Conversaciones sobre la guerra y la paz* (2 tomos); Barcelona, 1953-1954 (traducido del alemán; se non è vero, è ben trovato).
HULL, C.: *Memoirs;* Nueva York, 1948 (recuerdos del principal colaborador diplomático de F. D. R., por lo menos en el plano oficial).
IGNATIEV, general conde A. A.: *Piatdesiat let v stroiu* (Cincuenta años en filas): I-II, "La guerra rusojaponesa", Moscú, 1941; III, "La primera guerra mundial", Moscú, 1942; IV, "La revolución rusa", Moscú, 1944 (el general Ignátiev, que fué agregado militar de la Rusia imperial en París hasta el estallido de la revolución, optó por volver a Rusia en el momento de la Gran Purga; inmediatamente promovido al grado de general de división, fué nombrado inspector de las academias militares y tratado con una consideración que su "conversión" al stalinismo, después de veinte años de vacilaciones, no basta para explicar; un misterio más sin resolver).
JAEGHER, R. de; CORBALLY KUHN, I.: *Tempête sur la Chine;* París, 1953 (traducido del inglés; indispensable para el estudio de la tragedia de la Iglesia católica en la China popular, sobre todo ahora que algunos empiezan a considerar a Mao como inspirador paternal de un sistema que, más que de gobierno, sería de pura filantropía).
JUCKER, E.: *En pleine vie russe;* Neuchâtel, 1946 (traducido del alemán; el autor, ciudadano suizo que vivió durante largos años en Rusia, registra como a pesar suyo las diferencias que corren entre los tiempos imperiales y los "populares").
KARABSHEVSKIY, N.: *Chto glaza moi vidieli* (Lo que mis ojos han visto); Berlín, 1921 (recuerdos de un célebre abogado petersburgués que se ofreció, así como el conde de Malesherbes había hecho con Luis XVI, para defender a Nicolás II en el proceso que Kérenskiy proyectaba "organizarle" con el designio, ni siquiera disimulado, de hacerlo ahorcar).
KELLY, Lady: *Miroir de la Russie;* París, 1953 (impresiones debidas a la esposa del embajador de Inglaterra en Moscú, después de la segunda guerra mundial, sobre la vida rusa en la última fase de la "administración" staliniana).
KERENSKIY, A.: *La révolution russe, 1917;* París, 1931 (pobre defensa de una lamentable empresa).
KLEIST, P.: *Entre Hitler et Staline;* París, 1953 (traducido del alemán; de muy útil consulta, sobre todo en lo referente a los métodos de la ocupación "política" alemana en Rusia y a los contactos, con vistas a la conclusión de una paz separada, que tuvieron lugar en Suecia entre alemanes y rusos en la fase final del segundo conflicto mundial).
KLYMOV, G.: *The Terror Machine;* Londres, 1954 (El MVD, puesto al desnudo por uno de sus agentes en Europa occidental después del segundo conflicto mundial).
KNOWLING: Cfr. misma sección: Miss Muriel Buchanan.
KOESTLER, A.; SILONE, I; FISCHER, L., y otros: *The God that failed;* Londres, 1949 (existe una buena versión española de esta aportación fundamental al conocimiento por dentro del mito comunista, tal como florece en el ánimo del intelectual no ruso).
KOESTLER, A.: *Arrow in the Blue;* Londres, 1952 (primer tomo de las memorias de Koestler).
** *The Invisible Writing;* Londres, 1954 (segundo tomo de las memorias de K.; idéntica observación que para la obra anterior).
** *The Trial of the Dinosaur;* Londres, 1955 (creo innecesario señalar que la lectura de toda la obra de K. es indispensable para quien quiere considerar el fenómeno comunista en su dimensión total, tanto en sus proyecciones propiamente políticas como en su alcance intelectual y moral).

KORIAKOV, M.: *Je me mets hors la loi;* París, 1947.
** *Moscú no cree en lágrimas;* Barcelona, 1952 (traducido del francés; los últimos capítulos son admirables en su descripción del estado de ánimo de la *élite* de la juventud intelectual rusa frente al comunismo y a la civilización que éste pretende encarnar).

KRAKOWIECKI, A.: *Kolyma le bagne de l'or;* París, 1952 (testimonio de primera mano, debido a un ex-deportado polaco acerca de la llaga más horripilante de nuestro tiempo).

KRIVITSKIY, W.: *In Stalin's Secret Service;* Nueva York, 1939 (importante no tanto por la indignación que el autor expresa ante un sistema del que fué durante muchos años uno de los servidores más eficaces, como por la información que nos proporciona acerca del propósito staliniano de llegar a un entendimiento con Hitler, ya en la época en que fingía oponérsele en el campo de batalla español).

KRUPSKAIA, N.: *Souvenirs de ma vie avec Lénine;* París, 1933 (traducido del ruso; Anatole de Monzie llamaba a las mujeres de este tipo "las viudas abusivas").

LAMARA, J.; REY, L.: *La Pologne d'une occupation à l'autre, 1939-1949;* París, 1953.

LAZAREFF, H. y P.: *L'URSS à l'heure Malenkov;* París, 1954 (rara vez una obra destinada a difundir en escala mundial un punto de vista político de imperativa necesidad inmediata—el "neutralismo" basado en el sincero deseo de convivencia de los sucesores de Stalin—habrá sufrido desmentidos tan rápidos y demoledores).

LEAHY, almirante W. D.: *I was there;* Nueva York, 1950 (recuerdos del ayudante militar de F. D. R. durante el segundo conflicto mundial).

LEGAY, K.: *Un mineur français en URSS;* París, 1937 (importante en lo que hace a las relaciones de trabajo, a la vida social y al stajanovismo).

LEGRAS, J.: *Mémoires de Russie;* París, 1921 (sobre la primera guerra mundial, la revolución y los desarrollos iniciales de la guerra civil).

LIPPER, E.: *Onze ans dans les bagnes soviétiques;* París, 1950 (traducido del alemán; recuerdos de una militante del PC alemán asilada en la URSS después del triunfo de Hitler, y a la que Stalin curó de sus ilusiones ideológicas enviándola a Siberia después de haber fusilado a su marido).

LITTLEPAGE, J. D.: *A la recherche des mines d'or en Sibérie, 1928-1937;* París, 1948 (traducido del inglés; estos recuerdos, debidos a un ingeniero yanqui al servicio del trust soviético del oro, demuestran, a la vez que una gran competencia técnica, una ingenuidad política insuperable, por cuanto el autor, en fin de cuentas, no hizo más que echar las bases de muchos de los campamentos de trabajos forzados, explotados luego por la siniestra organización *Gulag;* y no se da siquiera cuenta de ello).

LUDENDORFF, general E.: *Kriegs Erinnerungen;* Berlín, 1919 (donde se adquieren ciertas informaciones con respecto al siniestro arreglo del vagón precintado, a los compromisos de Lenin con el alto comando alemán y a la falta total de escrúpulos del autor y de sus colaboradores civiles y militares frente a la revolución rusa, falta de escrúpulos que recibió su respuesta veintisiete años más tarde con la entrada de las tropas soviéticas en Berlín).

MAC DUFFIE, M.: *The Red Carpet;* Nueva York, 1953 (interesante).

MAJNO, N.: *Russkaia revoliutsiia na Ukraine* (La revolución rusa en Ucrania); París, 1929.
** *Pod udarami kontrarevoliutsii* (Bajo los embates de la contrarrevolución); París, 1936.
** *Ukrainskaia revoliutsiia* (La revolución en Ucrania); París, 1937 (esta trilogía constituye las memorias del anarquista Majnó, que luchó con tanto valor y tanta crueldad contra rojos y blancos en las llanuras ucranianas durante la guerra civil).

MANSTEIN, mariscal E.: *Verlorene Siege;* Bonn, 1955 (importante estudio histórico acerca de las batallas más importantes de la segunda guerra mundial, por uno de los mejores estrategas alemanes durante ese período).

MARÍA, Gran Duquesa: *Une princesse en exil;* París, 1933 (el exilio no es necesariamente escuela de desesperación y de resentimiento cuando quien ha sido poderoso ha considerado su grandeza como un don, no como un privilegio).

MIKOLAJCZYK, S.: *La violación de Polonia, modelo de agresión soviética;* Barcelona, 1950 (o del peligro de jugar con el fuego, aun cuando ese fuego haya sido preparado por los amigos).

NICOLÁS II: *Journal intime;* París, 1934 (existe una versión española, más trunca aún que la francesa, de este diario, que el Gobierno soviético había publicado, mutilándolo e interpolándolo para ensuciar la figura del mártir de Iekaterinburg, pero que, aun tal como ha quedado, es necesario señalar en este lugar).

ORLOV, general A.: *The Secret History of Stalin's Crimes;* Nueva York, 1953 (existe una versión española de estos recuerdos de un ex-alto jerarca del NKVD, que se descubrió un amor entrañable por la libertad y los ideales democráticos el día en que, en plena Gran Purga, fué invitado por sus superiores a viajar a Rusia desde España, donde estaba cumpliendo tareas de "asesoramiento" ante el Gobierno Negrín).

PALÉOLOGUE, M : *La Russie des Tsars pendant la grande guerre,* 3 vols.; París, 1922 (el error de Paléologue consiste en haber publicado demasiado pronto su diario de embajador de Francia ante el Gobierno de Nicolás II; muchos eran en 1922 quienes seguían creyendo en un colapso inminente del sistema bolchevique, y el autor, para justificar su gestión diplomática de los años 1914-1917, tuvo que afirmar que el emperador, contra quien había intrigado al favorecer el juego de los grandes duques "constitucionalistas", amigos de una Francia interesada en manejar libremente sus capitales invertidos en Rusia, había dado la espalda a la realidad rusa ...tanto como Lenin; el brillante diplomático olvidaba solamente que Nicolás II había considerado que dicha realidad, en tiempo de guerra, consistía para Rusia en mantenerse fiel a sus alianzas y que los sacrificios que ello implicaba no podían cotizarse en la Bolsa de París).

PALEY, princesa N.: *Souvenirs de Russie;* París, 1933 (interesante).

PARES, Sir B.: *My Russian Memoirs;* Londres, 1931 (importante).

QUARONI, conde P.: *Ricordi di un ambasciatore;* Milán, 1954 (interesante en lo que concierne al conocimiento de la primera "alta sociedad" soviética).

RACMANOVA, A.: *Aube de vie, aube de mort. Journal d'une étudiante russe pendant la révolution;* París, 1931 (como esta obra, con su escueta enumeración de los hechos, constituye una requisitoria demoledora contra los regímenes de febrero y de octubre, los exponentes sesudos del "compañerismo de camino" en materia histórica la califican de *romancée).*

RANSOME, A.: *Six Weeks in Russia in 1919;* Londres, 1919 (importante por cuanto todas las intuiciones del autor frente al fenómeno bolchevique en su fase naciente han sido confirmadas ampliamente por los cuarenta años ulteriores, empezando por su célebre "Islam del siglo XX", que se ha hecho tautológico).

RIPKA, H.: *Le coup de Prague;* París, 1949 (misma observación que para la obra de Mikolajczyk con algunas agravantes).

ROEDER, B.: *Der Katorgan;* Colonia, 1956 (sobre el trabajo forzado en la URSS).

SCHMIDT, P.: *Statist auf diplomatischer Buehne 1923-1945;* Bonn, 1949 (existe una versión española de este libro indispensable, debido a uno de los más altos funcionarios de la Wilhelmstrasse durante la época hitleriana).

SCHOLMER, J.: *Vorkuta, ciudad de esclavos;* Buenos Aires, 1957 (traducido del inglés; recuerdos de un ex-comunista alemán).

SERGE, V.: *Mémoires d'un révolutionnaire;* París, 1951 (escritor revolucionario de talento muy desigual. Serge actuó durante toda su vida en las filas de un marxismo doctrinario que encontró su expresión sostenida en León Trotskiy, desde el punto de vista teórico, y su negación constante en el ciudadano Dzhugashvili, desde el punto de vista práctico.

SIMONI, L.: *Berlino, Ambasciata d'Italia, 1939-1943;* Milán, 1948 (importante por cuanto debido a un diplomático inteligente que supo aprovechar el puesto de observación de Berlín para extender observaciones utilísimas para el historiador).

SMITH, A.: *J'ai été ouvrier en URSS;* París, 1938 (traducido del inglés; notas de un obrero yanqui que se fué a trabajar a la URSS por entusiasmo y no tardó en transformarse en enemigo decidido del sistema staliniano cuando pudo comprobar con qué clase de normas funcionaba la "mística" del Plan Quinquenal).

STAFFORD GALE, G.: *No Flies in China;* Nueva York, 1955 (en China popular no hay más moscas desde que Mao las condenó a desaparecer, pero que, al mismo tiempo, hayan desaparecido algunos millones de chinos es un hecho desprovisto

de importancia si consideramos que los supervivientes no tienen que supeditarse ya al empleo del DDT, siniestro invento del capitalismo).
STEINBECK, J.: *A Russian Journal;* Nueva York, 1948 (hermosas fotografías).
STETTINIUS, E. R.: *Roosevelt and the Russians. The Yalta Conference;* Nueva York, 1949 (esta oración *pro domo sua,* debida a un "diplomático" completamente ajeno a los Negocios Extranjeros, que dirigió durante cierto tiempo, no convencerá a nadie después de la publicación de los documentos de Yalta por obra del mismo State Department).
TCHERNAVIN, Vl.: *I Speak for the Silent Prosioners of the Soviets;* Boston, 1935 (uno de los primeros testimonios acerca del sistema soviético de explotación en masa del trabajo esclavo).
TROTSKIY, L. D.: *Ma vie;* París, 1953 (traducido del ruso, con introducción y apéndices de A. Rosmer; la primera edición en lengua rusa es de 1930).
VASILIEV, general A. T.: *Ojrana;* Madrid, 1930 (traducido del alemán; recuerdos del último jefe de la Policía Secreta imperial).
WATERS, general W. H.: *"Secret and Confidential". The Experiences of the Military Attaché;* Londres, 1926 (interesantes recuerdos del agregado militar inglés en San Petersburgo; hasta la víspera de la revolución).
WEISZACKER, E. von: *Erinnerungen;* Munich, 1950 (importante para el estudio de las relaciones germanorrusas en los años anteriores al segundo conflicto mundial).
WITTLIN, T.: *A Reluctant Traveller in Russia;* Nueva York, 1952 (interesante por su agudeza).
WRANGUEL, general barón P.: *Mémoires;* París, 1930 (traducido del ruso; indispensable).
YUSUPOV, príncipe F.: *La fin de Raspoutine;* París, 1927 (las exhibiciones del Lorenzaccio petrogradense, cuyo acto, no tan "idealista" como se cree, sirvió para crear el clima que hizo posible la revolución de febrero, causa necesaria y suficiente de la de octubre).
** *Avant l'exil, 1887-1919;* París, 1952 (ampliación del precedente).

E) HISTORIA DIPLOMATICA

1.—*Documentos relativos a los orígenes explorados del segundo conflicto mundial y a sus consecuencias registradas en 1957*

Como es lógico, las recopilaciones publicadas durante las hostilidades por los Gobiernos beligerantes estaban destinadas *prima facie* a su utilización propagandística contra un enemigo que había que abatir por todos los medios. Así se hace la guerra en el siglo XX. Tales recopilaciones deben manejarse, pues, teniendo cuidadosamente en cuenta esas fallas materiales y morales.

Lo mismo sucede casi siempre con los documentos publicados después de las hostilidades. Es de presumir que, en el estado actual de las relaciones internacionales, así como existen entre ex-aliados que ya son enemigos y ex-enemigos que ya son conmilitones inseparables (!), habrá que esperar mucho tiempo aún antes de poder entrar en todos los secretos de las cancillerías.

Los documentos que se mencionan a continuación se reparten en dos capítulos distintos: al primero pertenecen las varias recopilaciones publicadas por las potencias beligerantes durante el conflicto; al segundo, aquellas que, publicadas después del final de las hostilidades, se refieren lo mismo a los orígenes del conflicto que a la guerra fría y a sus derivaciones diplomáticas y estratégicas.

a) *Documentos publicados durante el conflicto:*

British White Book (negociaciones diplomáticas del 22 de agosto al 1.° de septiembre de 1939; Londres, 1939.
Livre Blanc Allemand n.° 1 (crisis germanopolaca); Berlín, 1939.
British Blue Book (relaciones anglogermanopolacas); Londres, 1939.
British White Book (misión Henderson); Londres, 1939.
Livre Blanc Finlandais (agresión soviética); Helsinki, 1939.
Livre Blanc Allemand n.° 2 (antecedentes del conflicto); Berlín, 1939.
Livre Jaune Français (antecedentes del conflicto); París, 1940.

Livre Blanc et Bleu Finlandais (conflicto con Rusia); Helsinki, 1940.
Livre Blanc Allemand n.º 3 (documentos polacos); Berlín, 1940.
Livre Blanc Allemand n.º 4 (responsabilidades anglofrancesas); Berlín, 1940.
Livre Blanc Allemand n.º 5 (política anglofrancesa); Berlín, 1940.
Livre Blanc Allemand n.º 6, 3 tomos (política anglofrancesa); Berlín, 1940.
Livre Blanc Allemand n.º 7 (violación de la neutralidad de Yugoslavia y de Grecia); Berlín, 1941.
Livre Blanc et Bleu Finlandais n.º 2 (violación de la paz rusofinlandesa por los soviéticos); Helsinki, 1941.
Peace and War 1931-1941; Wáshington, 1943 (publicación del Departamento de Estado).

b) *Documentos publicados después del final de las hostilidades:*

Nazi Conspiracy and Aggression (8 vols. y 1 supl.); Wáshington, 1946 (publicación del Departamento de Estado).
Report of the State Department (sobre política exterior norteamericana); Wáshington, 1947.
L'Europa verso la catastrofe. La storia d'Europa dal 1936 al 1942 in 184 colloqui con Mussolini, Hitler, Ribbentrop, Serrano Súñer, etc.; Milán, 1948 (de los archivos del conde Ciano).
Nazi-Soviet Relations 1939-1941. Documents from the Archives of the German Foreign Office; Wáshington, 1948 (publicación del Departamento de Estado).
Rapport russe (sobre las responsabilidades angloamericanas en el rearme de Alemania), 3 series; Moscú, 1948.
Livre Blanc Américain (sobre la crisis de Berlín); París, 1948.
Réponse russe (al anterior); Moscú, 1948.
Calendar of Soviet Documents on Foreign Policy, 1917-1941; Londres, 1948 (publicación del "Royal Institute of Foreign Affairs").
Documents et matériaux se rapportant à la veille de la guerre mondiale (2 series); Moscú, 1948 (publicación del Ministerio soviético de Relaciones Exteriores).
Falsificateurs de l'histoire; Moscú, 1948 (publicación de la Oficina Soviética de Información).
The Soviet-Yugoslav Dispute; Londres, 1948 (publicación del "Royal Institute of Foreign Affairs").
Soviet Documents on Foreign Policy (3 vols.); Oxford Univ. Press, 1948-1953.
Documents on British Foreign Policy 1919-1939 (3 vols.); Londres, 1949.
Livre Blanc Américain sur le Pacte Atlantique; París, 1949.
United States Relations with China; Wáshington, 1949 (publicación del Departamento de Estado, bajo forma de libro blanco sobre relaciones chinonorteamericanas desde 1844, con especial referencia al período 1944-1949).
A Decade of American Foreign Policy. Basic Documents 1941-1949; Wáshington, 1949 (publicación del Departamento de Estado).
Major Problems of U S Foreign Policy 1950-1951; Wáshington, 1951 (publicación del Departamento de Estado, proseguida en los años sucesivos).
Forced Labor in the Soviet Union; Wáshington, 1952 (publicación del Departamento de Estado).
The Conferences of Malta and Yalta 1945 (2 vols.); Wáshington, 1955 (publicación del Departamento de Estado.
Soviet International Treaties and Violations; Wáshington, 1955 (publicación del Senado).

Desde 1950 están en curso de publicación los documentos siguientes, recopilados por orden de los Gobiernos de Wáshington, Londres y París (en inglés y en francés): *Les Archives secrètes de la Wilhelmstrasse* (8 volúmenes aparecidos en 1956).

2) *Estudios relativos a la historia diplomática de 1917 a 1957:*

ALDOVRANDI-MARESCOTTI. Cfr. Sección D.
ANCEL, J.: *Manuel historique de la Question d'Orient, 1792-1923;* París, 1926.
ANCHIERI, E.: *Costantinopoli e gli Stretti nella politica russa ed europea;* Milán, 1948.
ARMSTRONG, H. F.: *Neutrality: Varying Tunes;* en revista "Foreign Affairs", Nueva York, octubre de 1956.

BAILEY, Th. A.: *America faces Russia. Russian-American Relations from Early times to our Day;* Ithaca, N. Y., 1950.
BAINVILLE, J.: *Les conséquences politiques de la paix;* París, 1923.
** *La Russie et la barrière de l'Est;* París, 1925 (recopilación de artículos relativos a la cuestión oriental desde la revolución de octubre, debidos al observador más sagaz que el mundo occidental haya conocido en materia de política internacional entre los dos primeros conflictos mundiales).
BALDWIN, H. W.: *Great Mistakes of the War;* Londres, 1950.
BAUMONT, M.: *La faillite de la paix;* París 1946 (de la paz de Versalles y tratados concomitantes).
BELOFF, M.: *The Foreign Policy of Soviet Russia 1929-1941* (2 vols.); Londres, 1947-1949.
** *No Peace, no War;* en revista "Foreign Affairs", Nueva York, enero de 1949.
** *Soviet Policy in the Far East 1944-1951;* Londres, 1953.
BISHOP, D. G.: *Soviet Foreign Relations. Documents and Readings;* Syracuse Univ. Press, 1952.
BONNET: Cf. Sección D.
BORSHAK, E.: *Le III Reich et l'Ukraine (1941-1945);* París, 1951.
BROWDER, R.: *Origins of the Soviet-American Diplomacy;* Princeton Univ. Press, año 1953.
BULLIT, W. C.: *Tne Great Globe Itself;* Londres, 1947.
CAMPBELL, J. C.: *Negociations with the Soviets. Some Lessons of the War Period;* en revista "Foreign Affairs", Nueva York, enero de 1956.
CIANO: Cfr. Sección D.
CHURCHILL: Cfr. Sección D.
DALLIN, D. J.: *Soviet Russia's Foreign Policy 1939-1942;* Yale Univ. Press, New Haven, 1942.
** *Russia and Postwar Europe;* Yale Univ. Press, New Haven, 1944.
** *Soviet Russia and the Far East;* Yale Univ. Press, New Haven, 1949.
DEANE, general J. R.: *The Strange Alliance;* Londres, 1947.
DENNET, R., y JOHNSON, J.: *Negociations with the Russians;* Boston, 1951.
DENNIS, A. L. F.: *The Foreign Policies of Soviet Russia;* Londres, 1942.
DIRKSEN: Cfr. Sección D.
DUROSELLE, J. B.: *Histoire diplomatique de 1919 à nos jours;* París, 1953 (importante).
** *Les relations germano-soviétiques de 1933 à 1939;* París, 1954.
ESCH, P. A. M. van der: *Prelude to War. The International Repercussions of the Spanish Civil War (1936-1939);* La Haya, 1951.
FEIS, H.: *Churchill-Roosevelt-Stalin: the War they Waged and the Peace they Sought;* Princeton Univ. Press, 1957.
FISCHER, L.: *Soviets in World Affairs;* Princeton Univ. Press, 1951 (reedición).
FREYMOND, J.: *De Roosevelt à Eisenhower. La politique étrangère américaine (1945-1952);* París, 1956.
GAFENCO: Cfr. Sección D.
GATHORNE-HARDY, G. N.: *A Short History of International Affairs 1920-1939;* Londres, 1942.
HARDY MCNEILL, W.: *America, Britain and Russia, Their Co-operation and Conflict 1941-1946;* Londres, 1953.
HILGER, G., y MEYER, A. G.: *The Incompatible Allies. A Memoir of German-Soviet Relations;* Nueva York, 1953.
HITLER: Cfr. Sección D.
HOETZSCH, O.: *Le caractère et la situation internationale de l'Union des Soviets;* París, 1956.
HOFER, W.: *War Premeditated;* Londres, 1955 (todo, por supuesto, fué culpa de los alemanes; por un historiador helvético).
INGRAM, K.: *History of the Cold War;* Nueva York, 1955 (astutamente "compañero de camino").
KENNAN, G. F.: *American Diplomacy 1900-1950;* Chicago, 1951.
** *Realities of American Foreign Policy;* Princeton Univ. Press, 1954.
** *Russia Leaves the War;* Princeton Univ. Press, 1956 (período 1917-1920).
KLEIST: Cfr. Sección D.
KULISHER, E. M.: *Europe on the move;* Nueva York, 1949.
LANE MOORE, H.: *Soviet Far Eastern Policy 1931-1945;* Princeton Univ. Press, 1945.

MARRIOTT, Sir J. A. R.: *Anglo-Russian Relations 1689-1943;* Londres, 1944.
MEISSNER, B.: *Das Ostpakt System;* Francfort del Main, 1955 (documentos comentados relativos al sistema de pactos y tratados establecido por Rusia en Europa y Asia después del segundo conflicto mundial).
MILIUKOV, P. N.: *La politique extérieure des Soviets;* París, 1936.
NORDEN, A.: *Zwischen Berlin und Moskau: zur Geschichte der deutsch-sowjetischen Beziehungen;* Berlín, 1954 (publicado en Berlín oriental, este trabajo constituye el examen de las relaciones germanorrusas entre 1917 y 1921, esto es, hasta la víspera del tratado de Rapallo, que se trata de revalorizar a los ojos de los alemanes).
PALEOLOGUE: Cfr. Sección D.
PALMIERI, A.: *La politica asiatica dei bolsceviki;* Boloña, 1934.
POOLE, D. C.: *Light on Nazi Foreign Policy;* en revista "Foreign Affairs", Nueva York, 1946.
PUAUX, G.: *Les illusions de M. Benès;* en "Revue de Paris", junio de 1950.
ROSINGER, L. K.: *The State of Asia. A Contemporary Survey;* Nueva York, 1951.
ROSSI, A.: *Deux ans d'alliance germano-soviétique;* París, 1949 (importante).
SEABURY, P.: *Ribbentrop and the German Foreign Office;* en revista "Political Science Quarterly", Nueva York, diciembre de 1951.
SERRA, A.: *La diplomazia in Estremo Oriente. Mezzo secolo di problematica, 1900-1950;* en tomo I de "Questioni di Storia Contemporanea", Milán, 1952.
SHERWOOD, R. E.: *Roosevelt and Hopkins. An Intimate History;* Nueva York, 1948 (existe una versión española de esta obra en que figuran, debidamente documentados, todos los aciertos y no pocos de los desaciertos—de la política exterior rooseveltiana).
SIDOBRE, A.: *Les problèmes ukrainiens et la paix européenne;* París, 1939.
SIMONI: Cfr. Sección D.
STETTINIUS: Cfr. Sección D.
SUMNER WELLES, J.: *Two Roosevelt Decisions;* en revista "Foreign Affairs", Nueva York, enero de 1951.
TAFT, R. A.: *A Foreign Policy for Americans;* Nueva York, 1951.
TARACOUZIO, T. A.: *War and Peace in Soviet Diplomacy;* Nueva York, 1940.
TOSCANO, M.: *Storia diplomatica della guerra mondiale;* Boloña, 1939 (tomo VIII de la colección "Storia dell'Arte Militare Moderna").
** *Fonti documentarie e memorialistiche per la storia diplomatica della seconda guerra mondiale;* en colección "Questioni di Storia Contemporanea", Milán, 1952.
TOYNBEE, A., y TOYNBEE, V. M.: *The Realignment of Europe;* Nueva York, 1955 (examen de los asuntos internacionales en los años de la segunda guerra mundial con especial relación a los principales acontecimientos que llevaron al colapso alemán y a la expansión del control soviético sobre la Europa del Este, etc.).
TRUMAN, H. S.: *The Challenge of the Cold War;* en "The Department of State Bulletin", 26 de enero de 1953, Wáshington.
L'URSS et le désarmement (2 fascículos); París, 1928 (las primeras actuaciones del compañero Litvínov).
VERNADSKIY, G. V.: *Political and Diplomatical History of Russia;* Boston, 1926.
WARBURG, J. P.: *The United States in Changing World. A Historical Analysis of American Foreign Policy;* Nueva York, 1954.
WARTH, R. D.: *The Allies and the Russian Revolution. From the Fall of the Monarchy to the Peace of Brest-Litovsk;* Durham Univ. Press, 1954.
WHEELER-BENNETT, J. W.: *Brest-Litovsk, the Forgotten Peace;* Londres, 1938.
YAREMTCHOUK, R.: *La Ligne Curzon et la II Guerre Mondiale;* Lovaina, 1957.

F) HISTORIA MILITAR

Academia de Ciencias de la URSS: *Ocherki istorii velikoi otechestvennoi voini 1941-1945* (Estudios sobre la historia de la gran guerra patriótica 1941-1945); Moscú, 1955.
ALLEN, D., y MURATOFF, P.: *The Russian Campaigns of 1941-1943 and 1944-1945* (2 vols.); Nueva York, 1944 y 1946.
ANDERS, general W.: *Hitler's Defeat in Russia;* Chicago, 1953.

BALDWIN, H. W.: *Great Mistakes of the War;* Londres, 1950 (muy importante).
BASSECHES, N.: *Staline et la guerre. Les buts de la politique soviétique;* París, 1941.
** *L'esercito russo;* Milán, 1945 (traducido del alemán).
BAUER, mayor E.: *La guerre des blindés;* París, 1947.
BAZ, coronel I. S.: *Istochniki voennogo mogushchestva Sovetskogo Soiuza* (Fuentes del poderío militar de la Unión Soviética); Moscú, 1947.
BECHOFER, C. E.: *In Denikin's Russia and the Caucasus, 1919-1920;* Londres, 1921.
BERTRAND-SERRET: *A propos de "l'Armée européenne intégrée"*; en revista "Ecrits de Paris", septiembre de 1952.
BOR-KOMOROWSKI: Cfr. Sección D.
BRUSILOV: Cfr. Sección D.
BRZEZINSKI, Z : *Political Controls in the Soviet Army;* Nueva York, 1946.
BUBNOV, A. S.; KAMENEV, S. S., y EIDEMAN, R. P.: *Grazhdanskaia voina, 1918-1921* (La guerra civil, 1918-1921), 3 vols.; Moscú, 1928-1929-1930.
BUNYAN, J.: *Intervention, Civil War and Communism in Russia;* Baltimore, 1936.
CZERNIN: Cfr. Sección D.
CHASSIN, general L. M.: *Histoire militaire de la seconde guerre mondiale;* París, 1951.
** *La conquête de la Chine par Mao Tsë-toung;* París, 1952.
CHURCHILL: Cfr. Sección D.
DALLIN, A.: *German Rule in Russia 1941-1945;* Londres, 1957.
DALLIN, D. J.: *Soviet Espionage;* Yale Univ. Press, New Haven, 1955.
DANILOV, general I.: *La Russie dans la guerre mondiale;* París, 1927.
DENIKIN: Cfr. Sección D.
Departamento de Defensa de Estados Unidos: *The Entry of the Soviet Union into the War against Japan. Military Plans 1941-1945;* Wáshington, 1955.
ELY, coronel L. B.: *The Red Army Today;* Harrisburg, 1949 (excelente).
FORMICHENKO, general: *The Red Army;* Londres, 1945 (traducido del ruso).
FREIDIN, S., y RICHARDSON, W.: *The Fatal Decisions;* Nueva York, 1956 (análisis desde la perspectiva del alto comando germánico de las seis batallas críticas de la segunda guerra mundial: batalla de Inglaterra, Moscú, El Alamin, Stalingrado, Francia y Ardenas).
FREUND, M.: *Geschichte des zweiten Weltkrieges in Dokumenten* (2 vols.); Friburgo, 1953-1955.
FULLER, mayor general J. F. C.: *The Second World War, 1939-1945. A Strategical and Tactical History;* Londres, 1949 (fundamental).
** *Russia is not Invincible;* Londres, 1951.
GARTHOFF, R. L.: *How Russia Makes War. Soviet Military Doctrine;* Londres, 1954 (existe una versión española de esta obra fundamental).
GIGLI, G.: *Lineamenti politico-strategici della seconda guerra mondiale;* en tomo III de "Questioni di Storia Contemporanea", Milán, 1953.
GOSSET, R.: *La deuxième guerre mondiale. Les secrets de la paix manquée;* París, 1948.
GRONDJIS: Cfr. Sección D.
GUDERIAN: Cfr. Sección D.
GUILLAUME, general A.: *La guerre germano-soviétique, 1941-1945;* París, 1949.
GURKO: Cfr. Sección D.
HEILBRUNN, O.: *The Soviet Secret Services;* Nueva York, 1956 (durante la segunda guerra mundial).
HITLER: Cfr. Sección D.
HOFFMANN: Cfr. Sección D.
IAROSLAVSKIY, Em.: *Velikaia otechestvennaia voina sovetskogo naroda protiv guitlerovskoi Guermanii* (La gran guerra patriótica del pueblo soviético contra la Alemania hitleriana); Moscú, 1942 (después de lo cual, el ateo sin tacha abandonó este mundo sin esperar los resultados).
IGNATIEV: Cfr. Sección D.
IVANOVICH, S.: *Krasnaia Armiia* (El Ejército rojo); París, 1931.
KALINOV, coronel K. D.: *Les maréchaux soviétiques vous parlent;* París, 1949 (de utilizar con sumas precauciones en razón de la personalidad "inexplorada" del autor).
KERR, W.: *The Russian Army;* Nueva York, 1944.
KISSEL, H.: *Gefechte in Russland, 1941-1945;* Francfort del Main, 1956.

KJELLBERG, S. E.: *Russland im Krieg, 1920-1945;* Zurich, 1945.
KNOX, general A.: *With the Russian Army 1914-1917* (2 vols.); Londres, 1921.
LEDERREY, coronel: *La défaite allemande à l'Est;* París, 1951.
LIDDEL HART, cap. B. H.: *Les généraux allemands parlent;* París, 1948 (traducido del inglés).
** *La defensa de Occidente. Algunos enigmas de la paz;* Buenos Aires, 1951 (traducido del inglés; la versión francesa está muy adulterada).
LIU, F. F.: *A Military History of Modern China, 1924-1949;* Princeton Univ. Press. 1956.
LUDENDORFF: Cfr. Sección D.
MAKSAKOV, V., y TURUNOV, A.: *Kronika grazhdanskoi voini v Sibiri 1917-1918* (Crónica de la guerra civil en Siberia en 1917-1918); Moscú-Leningrado, 1926.
MANNERHEIM, mariscal barón G. von: *Les mémoires du Maréchal Mannerheim;* París, 1952 (traducido del sueco; existe una versión española de estos recuerdos debidos a uno de los más nobles soldados de nuestro tiempo).
MANNING, C.: *Siberian Fiasco;* Nueva York, 1952 (sobre la poco honorable "aventura" del general W. S. Graves en 1919).
MANSTEIN: Cfr. Sección D.
MINTS, J. J., y GORODETSKIY, E. N.: *Dokumenti po istorii grazhdanskoi voini* (Documentos para la historia de la guerra civil); Moscú, 1940.
MONKEVITS, general N.: *La décomposition de l'armée russe, 1917-1918;* París, 1927 (traducido del ruso; importante).
MOULIS, E., y BERGONIER, E.: *La guerre entre les Alliés et la Russie, 1918-1920;* París, 1937.
MOVSHIN, N.: *Komplektovanie krasnoi armii* (El reclutamiento del ejército rojo); Moscú, 1926.
NEUBERT, E.: *Das Kriegspotential der Sowjetunion und ihre strategischen Möglichkeiten;* en revista "Der Weg", Buenos Aires, VII-1952 (con un mapa de los recursos económicos y de las instalaciones militares por regiones específicas).
PONOMARENKO, general: *V tilu vraga* (En la retaguardia del enemigo); Moscú, 1943.
PUTNA, general V.: *K Visle i obratno* (Hasta el Vístula y retorno); Moscú, 1927 (sobre la guerra rusopolaca de 1920).
REISOLI, teniente coronel C.: *La grande guerra sul fronte orientale dal Baltico al Mar Nero;* Boloña, 1939 (volumen XI de la colección "Storia dell'Arte Militare Moderna").
SENGER, E. F. von: *Sowjetische Kriegslehre;* en revista "Aussenpolitik", Stuttgart, marzo de 1954.
SHILOVSKIY, teniente general E. A.: *L'art militaire de l'Armée Rouge;* Moscú, 1944.
SIKORSKI, general W.: *La campagne polono-russe de 1920;* París, 1928.
STALIN, I. V.: *La Gran Guerra Patriótica de la Unión soviética;* Buenos Aires, 1946.
VALORI, A.: *La guerra dei tre imperi, Austria, Germania, Russia;* Boloña, 1925 (importante).
VINOGRADSKIY, general conde: *La guerre sur le front oriental;* París, 1924 (traducido del ruso; importante).
VOROSHILOV, mariscal K.: *L'invincible armée russe;* París, 1939 (traducido del ruso por cuenta de los servicios soviéticos de propaganda; con los principios expuestos en este folleto, el autor, a finales del mismo año 1939, llevó a ese invencible ejército al encuentro de una derrota resonante al lanzarlo, conforme a los principios de la dialéctica leninstalinista, contra las "miserables hordas imperialistas finlandesas").
WATERS: Cfr. Sección D.
WELTER, G.: *La guerre civile en Russie;* París, 1936.
WHELER-BENNETT, J. W.: *The Nemesis of Power;* Londres, 1953.
WHITE, D. F.: *The Growth of the Red Army;* Princeton Univ. Press, 1944.
WHITE, J. A.: *Siberian Intervention;* Princeton Univ. Press, 1950.
WILMOT, Ch.: *The Struggle for Europe;* Londres, 1952 (muy importante).
WOLLENBERG, E.: *The Red Army;* Londres, 1938.
WRANGUEL: Cfr. Sección D.
XYDIAS, J.: *L'intervention française en Russie, 1918-1919;* París, 1927 (el autor, súbdito ruso de origen griego y miembro del partido *kadete,* encuentra inmejorable todo aquello que, en suma, volvió imposible la victoria del ejército blanco, porque hubiera sido la de la monarquía).

G) LA REVOLUCION Y EL REGIMEN SOVIETICO

1. *Las ideas.*

ARON, R.: *L'opium des intellectuels;* París, 1955 (esencial para la comprensión del fenómeno irracional de la adhesión de tantos intelectuales a la prédica de una doctrina política pedestre).

BANNING, W.: *Der Kommunismus als politische-soziale Weltreligion;* Berlín, 1953.

BERDIAIEV, N.: *Una nueva Edad Media. Reflexiones acerca de los destinos de Rusia y de Europa;* Barcelona, 1951 (primera edición francesa, 1927).

** *Le problème du communisme;* París, 1933 (traducido del ruso).

** *Sources et sens du communisme russe;* París, 1939 (traducido del ruso).

** *El cristianismo y la lucha de clases. Dignidad del cristianismo e indignidad de los cristianos;* Buenos Aires, 1939.

** *La transformation du marxisme en Russie;* en revista "Esprit", agosto de 1948.

** *Reino del espíritu y reino del César;* Madrid, 1953 (traducido del francés).

BOCHENSKI, I. M.: *Der sowjetrussische dialektische Materialismus;* Berna, 1950 (fundamental).

BRINTON, C.: *The Anatomy of Revolution;* Nueva York, 1957 (la primera edición es de 1928).

BROGAN, D. W.: *The Price of Revolution;* Londres, 1951 (esencial).

BUJARIN, N.: *ABC del comunismo;* Milán, 1921 (traducido a todos los idiomas, no se logra comprender por qué, ya que se trata verdaderamente de una muy pobre filosofía).

** *De la dictature de l'impérialisme à la dictature du prolétariat;* Ginebra, 1919 (si se recuerda que Stalin envidiaba a Bujárin como pensador y que ésta fué una de las "razones" por las que lo hizo ejecutar, no se sabe ya qué pensar de los dictadores).

CAREW HUNT, R. N.: *Théorie et pratique du communisme;* París, 1952 (traducido del inglés; existe una versión española de esta obra sumamente útil).

COLE, G. D. H.: *Socialist Thought. Marxism and Anarchism;* Nueva York, 1954.

COLLINET, M.: *La tragédie du marxisme;* París, 1948 (importante).

CHAMBRE, H.: *Le marxisme en Union soviétique. Idéologie et institutions;* París, 1955.

DJILAS, M.: *The New Class. An Analysis of the Communist System;* Nueva York, 1957 (fundamental, no tanto porque proviene de uno de los más altos beneficiarios de la nueva casta comunista, como porque constituye el estudio más demoledor, sociológicamente hablando, de los factores de interés personal y de grupo que se encuentran en la base del sistema comunista, más allá de todo supuesto ideológico y de todo "ideal" revolucionario).

FRIEDMANN, G.: *De la Sainte Russie à l'URSS;* París, 1938 (el autor, por supuesto, admira a la segunda).

GIUSTI, W.: *Il pensiero di Trotsky;* Florencia, 1949 (importante).

GORKIY, M.: *Tolstoi. Lenin. Il contadino russo nella rivoluzione d'Ottobre;* Florencia, 1943.

GUGG, F. R.: *Die Sowjetbourgeoisie hat eine gutes Gewissen. Theorie und Praxis der proletarischen Diktatur;* Viena, 1949.

GURIAN, W.: *Der Bolshewismus Einführung in Geschichte und Lehre;* Friburgo, 1931.

** *Bolshewismus als Weltgefahr;* Lucerna, 1955.

HERVE, P.: *La révolution et les fétiches;* París, 1956.

IOVCHUK, M. T.: *Leninizm i peredovaia russkaia kultura XIX veka* (El leninismo y la cultura progresista rusa del siglo XIX; Moscú, 1946.

KAUTSKY, K.: *Terrorismus und Kommunismus. Ein Beitrag zur Naturgeschichte der Revolution;* Berlín, 1919 (este panfleto causó serios disgustos a Lenin, a quien, a partir de 1917, muy pocos, aún fuera de Rusia, se atrevían a contradecir).

KONSTANTINOV, F. V., y otros: *El materialismo dialéctico;* México, 1957 (traducido del texto oficial ruso; el último grito de la moda filosófica en sistema jrushchoviano, si es que Nikita Jrushchov entiende de estas cosas).

LASKI, H.: *Communism;* Londres, 1927 (de un hombre que, hasta su muerte, fué el pensador oficial e infalible del *British Labour Party,* pero cuyas ideas en materia de crítica social son a las soluciones reales lo que un comprimido de aspirina a un antibiótico).

LEFEVRE, H.: *Le matérialisme dialectique;* París, 1946 (idéntica observación que para Bujárin).

LENIN, V. I.: Sería necesario seguir el pensamiento de Lenin a través de sus obras completas; pero: 1.°, la pesadez de la expresión y la aridez del concepto hacen de ello una hazaña heroica que resultaría cruel imponer a quien no pertenezca al PC o no tenga motivos poderosos para emprenderla, como sería, por ejemplo, escribir una Historia de la Rusia soviética; 2.°, el Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú, que se ocupa de la edición de dichas obras completas, realiza esfuerzos sobrehumanos para no cumplir con su tarea.

La primera edición en lengua rusa (24 tomos publicados) fué reconocida como tan defectuosa que el mismo Instituto la retiró de la circulación. Aquéllos eran, por lo demás, tiempos en que el pensamiento del Profeta de Simbirsk empezaba a no coincidir con el del Profeta de Tiflis. Una segunda edición, que es la que utilizo, comprende 30 volúmenes. Lanzada a partir de 1925, sufrió pronto la misma suerte que la primera, porque las fluctuaciones de la línea general staliniana se revelaban demasiado contradictorias para con la leniniana. Bastará señalar que Bujárin y Skvortsov-Stepanov—arrastrados luego por los remolinos de la Gran Purga—eran quienes dirigían esta publicación (en compañía de Mólotov, personaje que no brilla por cierto por sus dotes filosóficas) para comprender el porqué de tan infausto destino. La tercera edición, que empezó a publicarse en 1941, llegó al tomo XXX (40 previstos, con la correspondencia). Ofrece diferencias tan notables con respecto a las anteriores que no se sabe ya qué pensar acerca de los métodos de trabajo y de la conciencia profesional de los sabios dialéctico-materialistas titulares del Instituto Marx-Engels-Lenin. Una cuarta edición de la que no he visto aún ejemplar alguno está en curso de publicación, y, a partir de ella, se está procediendo en la República Argentina a la versión de las obras completas del maestro.

Las ediciones en lenguas extranjeras no han hecho más que sufrir las consecuencias de este estado de cosas. La primera edición francesa alcanzó los 25 tomos, pero desapareció de modo tan repentino de las librerías parisinas especializadas en patología marxista, que hemos de pensar se debe necesariamente a maniobras del comp. Maurice Thorez, staliniano a prueba de balas. La segunda edición francesa ha seguido a saltos—lo que es conforme a las teorías de la escuela—la progresión de la tercera edición rusa. Lo mismo sucede con la edición alemana más reciente.

Todo ello servirá de consuelo, pues, para el lector de habla española, reducido a buscar lo esencial de un pensamiento que, como se ve, no se deja captar muy fácilmente, en recopilaciones del tipo de la siguiente:

** *Obras escogidas* (4 tomos); Buenos Aires, 1946 (sobre el texto proporcionado por las "Ediciones en Lenguas Extranjeras", de Moscú).

LIN YUTANG: *Democracy. A Digest of the Bible of Chinese Communism;* Nueva York, 1947 (presentación por un partidario de Chank-Kai-shek de la *Nueva Democracia* de Mao Tsë-tung).

LUKACS, G.: *Existentialisme ou marxisme?;* París, 1948.

LUPPOL, L.: *Lenin und die Philosophie. Zur Frage des Verhältnisses der Philosophie zur Revolution;* Berlín, 1929.

LUXEMBOURG, R.: *La révolution russe;* París, 1946 (la primera edición alemana es de 1918).

MAO TSË-TUNG: *China's New Democracy;* Nueva York, 1945 (edición cuidada por Earl Browder).

** *En torno al problema de la justa solución de las contradicciones que existen dentro del pueblo;* Buenos Aires, 1957 (versión española publicada por la embajada de la URSS en Buenos Aires sobre el texto del discurso pronunciado en Peiping el 27 de febrero de 1957).

MASCOLO, D.: *Le communisme;* París, 1953.

MAULNIER, Th.: *La pensée marxiste;* París, 1948 (antología comentada de Marx, Engels y Lenin).

** *La face de méduse du communisme;* París, 1951 (fundamental).

** *El problema moral del comunismo;* en revista "Sur", Buenos Aires, mayo-junio de 1953.

MILOSZ, C.: *La pensée captive. Essai sur les logocraties populaires;* París, 1953 (traducido del polaco; ensayo debido a un escritor que, en el comienzo, creyó poder colaborar con el régimen de democracia popular, pero que, pronto desengañado, eligió la libertad con el propósito de describir libremente sus experiencias de intelectual *engagé*).

MONNEROT, J.: *Sociologie du communisme;* París, 1949 (fundamental).

** *La guerre en question;* París, 1951 (cada vez más actual, pese a la muerte de Stalin, sobre todo desde la luna artificial).

MOORE, B.: *Soviet Politics - The Dilemma of Power;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1950 (muy importante).

PASTORE, A.: *La filosofía di Lenin;* Turín, 1946.

SABINE, G. H.: *A History of Political Theory;* Londres, 1937 (los capítulos XXII, "Marx y el materialismo dialéctico", y XXIII, "Lenin y el comunismo", son excelentes).

SHEEN, Mons. J. F.: *Communism and the Conscience of the West;* Nueva York, 1949.

STALIN, I. V.: *Sochineniia* (Obras completas), 16 vols.; Moscú, 1946-1952 (aquello que se ha dicho más arrriba con respecto al pensamiento de Lenin puede repetirse, agravado considerablemente, en lo que hace al del ciudadano Dzhugashvili: nadie, que no se vea forzado a hacerlo por circunstancias insoslayables, leerá las obras completas del georgiano, tanto más cuanto que, fuera de lo circunstancial, no ofrecen interés alguno desde el punto de vista de la discusión ideológica, a la que Stalin estaba enteramente cerrado, razón por la que prefería confiar la solución al jurisconsulto Andrei Vishinskiy. Más aún, contrariamente a Lenin que de filosofía entendía poco, pero que, por lo menos, sentía interés por ella, Stalin no alimentaba la menor preocupación al respecto, y sólo la utilizaba o hacía referencia a ella cuando podía resultarle de alguna utilidad en el desarrollo de sus planes políticos, los menos abiertos a la filosofía que se pueda soñar, incluso, por supuesto, a la filosofía moral que los buenos sacerdotes ortodoxos habían intentado enseñarle en el seminario de su adolescencia. De todos modos, para aquellos que, pese a todo, deseen explorar por su cuenta este desierto intelectual y no conozcan el idioma ruso, está en curso de publicación en la República Argentina, sobre el texto elaborado por las "Ediciones en Lenguas Extranjeras" de Moscú, una recopilación general de los escritos de Stalin. Siguiendo el modelo soviético señalado en el comienzo de esta nota, dicha recopilación ha alcanzado el tomo VI (finales de 1924, momento en que la lucha por la sucesión ya asume visos dramáticos entre el georgiano y Trotskiy). De no completarse esa publicación—y ello es posible en razón de los acontecimientos singulares actualmente en pleno desarrollo tras las murallas del Kremlín en función del llamado "culto de la personalidad"—habrá que contentarse, pues, con la lectura de los escritos sueltos del Profeta de Tiflis, escritos de los que señalo a continuación los más representativos, *sit venia verbo,* en los idiomas en que han sido vertidos:

** *Pour une vie belle et joyeuse;* París, 1935 (discurso pronunciado en el momento mismo en que el dictador estaba encerrando a Rusia en las cadenas de la Gran Purga, es decir, cuando la vida empezaba, en efecto, a parecer algo alegre a algunos millones de ciudadanos de la Unión soviética).

** *L'homme, le capital le plus précieux;* París, 1936 (discurso pronunciado en el momento preciso en que Stalin estaba tirando ese precioso capital por la ventana).

** *El marxismo y la cuestión nacional y colonial;* Buenos Aires, 1946 (sobre el texto de las "Ediciones en Lenguas Extranjeras").

** *Cuestiones del leninismo;* Buenos Aires, 1947 (ídem).

** *A propos du marxisme en linguistique*; París, 1951 (existe una versión española de éste, que es el más estrafalario de los escritos dzhugashvilianos).

** *Ekonomicheskie problemi sotsializma v SSSR* (Problemas económicos del socialismo en la URSS); en revista "Bolshevik", núm. 18, Moscú, octubre de 1952 (existe una traducción española de este canto del cisne georgiano).

Thèses, manifestes et résolutions adoptées par le 1er, 2ème, 3ème et 4ème Congrès de L'Internationale Communiste, 1919-1925; París, 1934 (éstos son los únicos textos del *Komintern* cuya lectura ofrezca interés desde el punto de vista teórico, ya que, a partir de la muerte de Lenin, la organización se transforma en mero instrumento pasivo al servicio de la táctica cotidiana del Kremlín).

THOMAS, I.: *The Socialist Tragedy;* Londres, 1949.
TROTSKIY, L. D.: *1905;* Milán, 1948 (la primera edición en lengua alemana es de 1909; la primera edición rusa, de 1922).
** *Terrorisme et communisme;* París, 1920.
** *Entre l'impérialisme et la révolution;* París, 1922.
** *Cours nouveau;* París, 1924.
** *Storia della rivoluzione russa* (3 tomos); Milán, 1936-1938 (obra terminada en 1930 durante el exilio de Prinkipo).
** *La révolution défigurée;* París, 1929.
** *The Permanent Revolution;* Nueva York, 1931.
** *L'Internationale communiste après Lénine;* París, 1932.
** *La révolution trahie;* París, 1936.
** *Leur morale et la nôtre;* París, 1939.
** Cfr. Secciones C y D.
VALARCHE, J.: *Les rapports du stalinisme et du marxisme;* en "Revue d'Histoire Economique et Sociale", París, 31 de marzo de 1953.
VALIANI, L.: *Storia del socialismo nel secolo XX;* Roma, 1948 (cap. IV: "La rivoluzione bolscevico leninista").
VELEZ, J. F.: *Cinco ensayos sobre el comunismo. Del socialismo utópico a la realidad soviética;* Medellín, 1953.
VORLANDER, K.: *Von Machiavelli bis Lenin;* Leipzig, 1926 (la obra es infinitamente mejor que el título).
WALSH, E. A.: *Total Empire. The Roots and Progress of World Communism;* Milwaukee, 1951.
WETTER, G. A.: *Il materialismo dialettico sovietico;* Turín, 1948 (existe una versión española de esta obra tan importante que ha de hacer texto definitivamente).
ZENKOVSKIY: Cfr. Sección A.
ZHDANOV, A. A.: *Vistuplenie na discussu po knigue G. F. Alekśandrova "Istoriia Zapadnoevropeiskoi Filosofii"* (Intervención en la discusión sobre el libro de G. F. Alexandrov "Historia de la Filosofía de Europa occidental"); Moscú, 1951.

2. *Los hechos.*

AKHMINOV, G. E.: *La puissance dans l'ombre ou le fossoyer du communisme;* París, 1952 (pese al título que parece el de una novela de Mrs. Radcliffe, se trata de una obra importante, por cuanto describe en todos sus pormenores la irresistible ascensión de la casta tecnocrática a consecuencia de la organización de la sociedad rusa sobre bases industriales).
ALEXINSKIY, G.: *La Russie révolutionnaire. Des émeutes de la Russie agraire à l'organisation stalinienne;* París, 1947.
ALMOND, G. A.: *The Appeals of Communism;* Princeton Univ. Press, 1955.
ALTMANN, BOSC, CHAMBRE, FEJTO y otros: *Moscou au tournant. Du rapport Khrouchtchev à l'insurrection hongroise;* París, 1957.
American Federation of Labor: *Slave Labor in Russia;* Nueva York, 1949.
ANET, Cl.: *La révolution russe* (4 vols.); París, 1917-1919 (notas de un testigo directo de la revolución que no se dejó seducir por el humanismo leniniano).
ARMSTRONG, H. F.: *The Challenge of World Communism;* Milwaukee, 1946.
** *Tito and Goliath;* Nueva York, 1951.
ARSHINOV, P.: *Istoriia majnovskogo dbizheniia* (Historia del movimiento majnovista); Berlín, 1923.
ATHOLL, J.: *Cómo se entera Stalin;* Barcelona, 1952 (traducido del inglés; sobre espionaje atómico).
BAINVILLE, J.: *Comment est née la révolution russe;* París, 1917.
BALABANOFF: Cfr. Sección D.
BALABANOV, M.: *Ocherki po istorii rabochego klassa v Rossii* (Estudios sobre la historia de la clase obrera en Rusia), 3 vols.; Moscú-Kiev, 1923-1926.
BARRINGTON MOORE, Jr.: *Terror and Progress USSR. Some Sources of Change and Stability in the Soviet Dictatorship;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1954.
BASILY, N. de: *La Russie sous les Soviets;* París, 1936.
Bibliografiia russkoi revoliutsii i grazhdanskoi voini 1917-1921 (Bibliografía de la revolución rusa y de la guerra civil, 1917-1921); Praga, 1938 (catálogo publicado hasta 1945).

BIKOV, P. M.: *Les derniers jours des Romanov;* París, 1931 (traducido del ruso; punto de vista "oficialista" sobre la matanza de Iekaterinburg, por el ex-presidente del *soviet* del Ural).

BOLDIREV, V. G.: *Direktoriia, Kolchak, Interventi* (El Directorio, Kolchak y los intervencionistas); Novonikolaievsk, 1925.

BONCHIO, R.: *Documenti sulla rivoluzione cinese;* Roma, 1950.

BOORMAN, H. L.: *Moscow-Peking Axis: Strengths and Strains;* Nueva York, 1957.

BORKENAU, F.: *Communist International;* Londres, 1928.

** *World Communism;* Nueva York, 1939.

BORSHAK, E.: *L'Ukraine sous le régime soviétique, 1918-1952;* París, 1952.

BOUSCAREN, E. T.: *Imperial Communism;* Nueva York, 1939.

BOUTARD, J.: *La police populaire d'Allemagne orientale;* en revista "Ecrits de Paris", junio de 1951.

BRANDT, C.; SCHWARTZ, B., y FAIRBANK, J. K.: *A Documentary History of Chinese Communism;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1952.

BRANT, S.: *The East German Rising;* Nueva York, 1957 (traducido del alemán; sobre la rebelión antisoviética de junio de 1953).

BRIEUX, J. J.: *La Chine du nationalisme au communisme;* París, 1950 (obra de un católico progresista impresionado por el "liberalismo" de Mao).

BRUCE-LOCKHART: Cfr. Sección D.

BRZEZINSKI, Z. K.: *The Permanent Purge. Politics in Soviet Totalitarianism;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1956.

BUDENZ, L.: *The Techniques of Communism;* Chicago, 1954.

BUNYAN, J., y FISCHER, H. H.: *The Bolshevik Revolution 1917-1918. Documents and Materials;* Stanford Univ. Press, 1934.

BURCHAM, B.: *Red challenge to America;* Nueva York, 1955.

BURMEISTER, A.: *Dissolution and Aftermath of Comintern. Experiences and Observations, 1937-1947;* Nueva York, 1955.

BURNHAM, J.: *The Struggle for the World;* Nueva York, 1947.

** *The Coming Defeat of Communism;* Nueva York, 1949 (con el lanzamiento de la luna artificial del señor Jrushchov esa derrota parece algo menos cercana de lo que pensaba el autor).

** *Containment or Liberation;* Nueva York, 1953.

** *The Web of Subversion;* Nueva York, 1954.

Cahiers du Communisme: *XX Congres du Parti Communiste de l'Union soviétique, 14-25 février 1956;* París, 1956.

Cámara de Representantes de Estados Unidos: *The Great Pretense: a Symposium on Anti-Stalinism and the 20th Congress of the Soviet Communist Party;* Wáshington, 1956.

CAROE, Sir O.: *Soviet Empire. The Turks of Central Asia and Stalinism;* Londres, 1953.

CARR, E. H.: *The Bolshevik Revolution, 1917-1923* (3 vols.); Londres-Nueva York, 1950-1954 (el abstractismo doctrinario del autor es tan constante que, pese a una información muy amplia, no logra descubrir la realidad soviética tras los supuestos ideales pregonados por Lenin para disimular su desagradable mercadería).

CILIGA: Cfr. Sección D.

CILIGA, A.: *La Yougoslavie sous la menace intérieure et extérieure;* París, 1951 (importante).

CIOLKOSZ, A.: *The Curtain Falls. The Story of the Socialists of Eastern Europe;* Londres, 1951.

CLARION, N.: *Le glacis soviétique;* París, 1948.

COOKRIDGE, E. H.: *The Net that Covers the World;* Nueva York, 1955 (sobre espionaje soviético).

CZARNOWSKI, F. B.: *Can Russia Survive? An Examination of the Facts and Figures of Soviet Reality;* Nueva York, 1953.

CHAMBERLIN, W. H.: *The Russian Revolution, 1917-1921;* Nueva York, 1934.

** *Soviet Russia, 1922-1928;* Nueva York, 1930.

** *Russia's Iron Age, 1929-1934;* Nueva York, 1935.

** *The Russian Enigma;* Nueva York, 1943.

** *Collectivism a False Utopia;* Nueva York, 1937 (todas las obras de Chamberlin son de lectura indispensable, tanto desde el punto de vista de la información como del de la interpretación).
CHAMBRUN: Cfr. Sección D.
CHASSIN, general L. M.: *L'ascension de Mao Tsé-toung;* París, 1953.
DALLIN, D. J.: *The Real Soviet Russia;* Yale Univ. Press, New Haven, 1944.
** *Soviet Russia and the Far East;* Yale Univ. Press, New Haven, 1948.
** *The New Soviet Empire;* Yale Univ. Press, New Haven, 1951.
** *After Stalin;* en "Yale Review", New Haven, VL-1956.
** Cfr. Sección F.
** y NICOLAEVSKY, B. I.: *Forced Labor in Soviet Russia;* Yale Univ. Press, New Haven, 1947.
DAVIES: Cfr. Sección D.
DENIKIN: Cfr. Sección D.
DEUTSCHER, I.: *Russia after Stalin;* Nueva York, 1953 (donde se establece dialécticamente que la inquebrantable amistad que une a los miembros del *Praesidium* del PC de la URSS es garantía para Rusia de un largo porvenir de estabilidad y de calma; pese a lo cual el autor sigue gozando en Londres y Wáshington de la fama de especialista infalible en asuntos soviéticos).
** Cfr. Sección C.
DEWAR, H.: *The Modern Inquisition;* Londres, 1953 (sobre las purgas soviéticas).
** *La "revisión" de los juicios de Moscú;* en revista "Problemas del Comunismo", Wáshington, enero-febrero de 1957.
DILLON, E. J.: *The Eclipse of Russia;* Londres, 1918 (obra que no ha envejecido en lo más mínimo).
DRANSARD, L.: *Vu en Chine;* París, 1952 (importante).
DURANTY, W.: *The Kremlin and the People;* Nueva York, 1941.
EASTMAN, M.: *Marx, Lenin and the Science of Revolution;* Londres, 1926.
** *The Last Stand of Dialectical Materialism;* Nueva York, 1934.
** *The End of Socialism in Russia;* Londres, 1937.
** *Stalin's Russia and the Crisis of Socialism;* Londres, 1940.
ECKHARDT, H. von: *Geistige Ursprüge der russischen Revolution: I Der Terrorits; II Der Demagog;* en revista "Neue Rundschau", Berlín, marzo y mayo de 1918.
ELEGANT, R. S.: *China's Red Masters;* Nueva York, 1951 (de suma utilidad para manejarse en el Gotha maoista).
ESSAD BEY: *Devant la révolution. La vie et le règne de Nicolas II;* París, 1933.
** *Histoire du GPU, la police secrète de l'URSS;* París, 1934.
FABRE-LUCE, A.: *Russie 1927;* París, 1927.
FAINSOD, M.: *How Russia is Ruled;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1953.
FARBMAN, M.: *After Lenin;* Londres, 1924.
FEJTÖ, F.: *L'Affaire Rajk;* en revista "Esprit", París, noviembre de 1949.
** *Histoire des démocraties populaires;* París, 1952.
** *La tragédie hongroise;* París, 1956 (habría mucho que decir de los métodos científicos de este historiador, así como de su teoría de los valores, pero se trata de uno de los escasos especialistas en asuntos satélites radicados en Occidente).
FISCHER, G.: *Le cas Vlassov;* París, 1953.
FISCHER, R.: *Stalin and German Communism;* Harvard Univ. Press, New Haven, 1948.
FITZGERALD, C. P.: *Revolution in China;* Nueva York, 1955.
FREYMOND, J.: *Lénine et l'impérialisme;* París, 1956.
FROMENTIN, P.: *Mao Tsé-toung;* París, 1949.
GARTHOFF, R. L.: *La tragedia de Hungría;* en revista "Problemas del Comunismo", Wáshington, enero-febrero de 1957.
GATTI, A.: *Chine;* París, 1956 (donde, entre otras cosas admirables, se nos informa de que la reforma agraria "aconsejada" por Mao se cumplió en medio del entusiasmo delirante de los campesinos despojados).
GAYDA, V.: *Il crollo russo;* Turín, 1920 (aguda interpretación debida a uno de los observadores políticos más clarividentes del entre dos guerras).
GIDE: Cfr. Sección D.
GIGNOUX: Cfr. Sección D.
GIUSTI, W.: *Il trentennio sovietico, 1917-1947;* Roma, 1947.

GINS, G. K.: *Sibir, Soiuzniki i Kolchak* (Siberia, los Aliados y Kolchak); Peiping, 1921 (no pocas veces la voz de los vencidos debería escucharse con preferencia a la de los vencedores y, más aún, a la de sus aliados que supieron retirarse a tiempo del juego).
GLUCKTEIN, Y.: *Les satellites européens de Staline;* París, 1953 (sigue siendo muy útil en lo que hace a los de Jrushchov).
GORDEY: Cfr. Sección D.
GOULEVITCH, A. de: *Tsaritme et révolution. Du passé à l'avenir de la Russie;* París, 1931.
GRENARD, F.: *La révolution russe;* París, 1934.
GRULIOW, L.: *Current Soviet Policy* (2 vols.); Nueva York, 1956-1957 (documentos de fuente soviética, con especial referencia a la época poststaliniana hasta el XX Congreso).
GUERRY, L.: *L'antisémitisme stalinien;* París, 1954.
GUILBEAUX, H.: *La fin des Soviets;* París, 1937 (importante por provenir del primer delegado del PC francés en el *Komintern* en la época de su fundación).
GUILLAIN, R.: *600 millions de Chinois sous le drapeau rouge;* París, 1956.
HALPERIN: Cfr. Sección C.
HEALY, D.; CIOLKOSK, A.; BAN, A., y MAJER, V.: *La cortina cade;* Florencia, 1953 (sobre la tragedia de los partidos socialdemócratas de Europa oriental y central después de la segunda guerra mundial).
HERLING, A. K.: *The Soviet Slave Empire;* Nueva York, 1951.
HODGKINSON, H.: *Doubletalk. The Language of Communism;* Londres, 1955 (la forma jocosa con que a menudo el autor elabora este léxico de la fraseología comunista no le quita seriedad ni eficacia).
IAKOVLEV, B.: *Kontsentratsionnie Lagueri v SSSR* (Campamentos de concentración en la URSS); Munich, 1955 (escalofriante).
IZARD, G.: *Viol d'un mausolée. Le sens et l'avenir de la déstalinisation;* París, 1957.
JACOBY: Cfr. Sección C.
JAEGHER: Cfr. Sección D.
JRUSHCHOV, N. S.: *Informe Secreto;* Buenos Aires, 1956 (los crímenes de Stalin según el documento difundido por el Departamento de Estado a partir de la copia remitida a los CC de los partidos comunistas no rusos).
JUST, A. W.: *Die Innenpolitik des Sowjetunion und ihre aussenpolitischen Konsequenzen;* en revista "Aussenpolitik", Stuttgart, enero de 1954.
KALME, A.: *Total Terror. An Exposé of Genocide in the Baltics;* Nueva York, 1951.
KARDELJ, E.: *De la démocratie populaire en Yougoslavie;* París, 1949.
KATZENBACH, E. L., y HANRAHAN, G. Z.: *The Revolutionary Strategy of Mao Tsë-tung;* en revista "Political Science Quarterly", Nueva York, septiembre de 1953.
KENNEDY, M. D.: *A History of Communism in East Asia;* Nueva York, 1957.
KERENSKIY: Cfr. Sección D.
KINGHALL, S.: *The Communist Conspiracy;* Londres, 1953.
KINTER, W. R.: *The Front is everywhere. Militant Communism in Action;* Norman, Oklahoma, 1951.
KLOTZ, H.: *La Russie des Soviets. Faits et documents;* París, 1923.
KLYMOV: Cfr. Sección D.
KOESTLER, SILONE, FISCHER y otros: Cfr. Sección D.
KOTOMKIN, A.: *O Chejoslovatskij Leguineraj v Sibiri 1918-1920 g.* (Sobre los legionarios checoslovacos en Siberia en 1918-1920); Praga, 1930.
KOVACS, I.: *D'une occupation à l'autre;* París, 1940 (traducido del checo).
KULSKI, W. W.: *The Soviet Regime: Communism in Practice;* Syracuse Univ. Press, 1954.
LABIN: Cfr. Sección C.
LAQUEUR, W. Z.: *Communism and Nationalism in Middle East;* Nueva York, 1956.
LASKY, M. J.: *The Hungarian Revolution. A White Book;* Nueva York, 1957 (con la colaboración de H. R. Seton-Watson y Fr. Bondy: primera parte, "Contexto histórico", 1945-1955; segunda parte, "Preludio", verano-otoño de 1956; tercera parte, "Revolución y contrarrevolución", 23 de octubre-4 de noviembre de 1956; cuarta parte, "Otoño", 5 a 23 de noviembre de 1956; quinta parte, "Epílogo", invierno 1956-1957).
LAURAT, L.: *Un système qui sombre;* Bruselas, 1932 (un sistema que, a fuerza de hundirse, está arrastrando al resto del mundo).

** *Staline, la linguistique et l'impérialisme russe;* París, 1951.
** *Du Komintern au Kominform;* París, 1951 (importante).
LAZITCH: Cf. Sección C.
LEFRE, J. de: *Chrétiens dans la Chine de Mao;* París, 1954.
LEIMBACH, W.: *Die Sowjetunion;* Stuttgart, 1950.
LEONHARD, W.: *L'Union soviétique. Apparences et réalités;* París, 1953 (traducido del alemán).
LESCURE, J.: *Le bolchévisme de Staline;* París, 1934.
LUWIENSKI, E.: *Aspectos de la dominación soviética en la Europa oriental;* en revista "Política Internacional"; Madrid, mayo de 1953.
MACMAHON BALL, W.: *Nationalism and Communism in East Asia;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1956.
MAGIDOFF, R.: *The Kremlin vs. the People;* Nueva York, 1953.
MAGNENOZ, R.: *L'expérience communiste en Chine;* París, 1954.
MAGRINI, L.: *La caduta e l'assassinio del Zar Nicola II;* Milán, 1928.
MALAPARTE, C.: *Technique du coup d'Etat;* París, 1931.
MALAPARTE: Cfr. Sección C.
MARINO, S.: *Le rideau de fer tombe;* París, 1950.
MARKERT, W.: *Von der Oktoberrevolution zur "Revolution von Oben": zur politischen Struktur des Stalinismus;* en revista "Vierteljahrshefte fur Zeitgeschichte"; Munich, enero de 1954.
MARTOV, J.: *Le bolchévisme mondial;* París, 1934.
MARQUES-RIVIERE, J.: *Les Soviets et l'Asie;* en revista "Russie et Chrétienté"; París, septiembre de 1934.
** *L'URSS dans le monde. L'Expansion soviétique de 1918 a 1935;* París, 1935.
MAURACH, R.: *Sowjetische Demokratie;* Munich, 1950.
MAZON, A.: *Lexique de la guerre et de la révolution en Russie, 1914-1918;* París, 1920.
MEISSNER, B.: *Die Entwicklung der Kommunistischen Partei der Sowjetunion seit XIX Parteikongress;* en revista "Europa Archiv"; Francfort del Main, 20 de noviembre de 1954.
** *Kommunistische Partei der Sowjetunion vor und nach dem Tode Stalins;* Francfort del Main, 1956.
** *Das Ende Stalin-Mythos;* Francfort del Main, 1956.
MEISSNER, B., y RESHETAR, J. S.: *The Communist Party of the Soviet Unión;* Nueva York, 1956 (entre 1952 y 1956, o sea, entre XIX y XX Congreso).
MELGUNOV, S.: *La terreur rouge en Russie, 1918-1924;* París, 1927.
MELVILLE, C. F.: *The Russian Face of Germany. An Account of the Secret Military Relations between Germany and Soviet Russian Governments;* Londres, 1928 (sobre los efectos clandestinos del tratado de Rapallo).
MENDE, T.: *La révolte de l'Asie;* París, 1951.
MEYER, A. G.: *Marxism: the Unity of Theory and Practice;* Harvard Univ. Press; Cambridge, 1954.
MIKES, G.: *La révolution hongroise;* París, 1957.
MIKOLAJCZYK: Cfr. Sección D.
MILIUKOV, P. N.: *Istoriia russkoi revoliutsii* (Historia de la revolución rusa), 2 vols.; Sofía, 1921 (vano sería negar que se trata de un alegato hábil a favor de la *intelliguentsiia* que hizo la revolución de febrero, y de la plutocracia—rusa y foránea—que la financió; pero se trata también de una empresa de difamación, no tanto de los beneficiarios finales de dicha revolución—los hombres de octubre que desplazaron sin miramientos a los de febrero, empezando por el autor—, como de la tradición histórica rusa y de sus representantes naturales, a quienes los ilustres profesores y financieros del partido *kadete* apuñalaron por la espalda en plena guerra, con el propósito de aprovechar la situación de fluidez así creada para instalarse en un poder para cuyo ejercicio no tenían título habilitado alguno, fuera de la "necesidad" en que se encontraban de asegurar los intereses de sus mandantes de Londres y de París).
Ministerio de Justicia de la URSS: *The Menshevik Trial;* Nueva York, 1932 (texto inglés elaborado por los servicios soviéticos de propaganda).
** *The Case of N. P. Vitviasky, and others, Charged with Wrecking Activities at Power Station in the Soviet Unión;* Moscú, 1933 *(ídem).*
** *The Case of the Trotskyite-Zinovievite Centre* (informe estenográfico de los debates, 19-24 de agosto de 1936); Moscú, 1936.

** *The Case of the Anti-Soviet Trotskyite Centre* (informe estenogáfico de los debates, 23-30 de enero de 1937); Moscú, 1937.

** *Report of Court Procedings in the case of Anti-Soviet Bloc of Rights and Trotskyites* (informe estenográfico de los debates, 2-13 de marzo de 1938); Moscú, 1938.

MOCH, J.: *Yougoslavie, terre d'expérience;* Mónaco, 1953 (el autor es uno de los ideólogos de la llamada "Internacional Rosada", aquella que, entre otras cosas, da por descontada la "bondad" democrática del mariscal de Belgrado).

MONSTERLEET, J.: *L'Empire de Mao Tsë-tung;* Tournai, 1955.

MONZIE, A. de: *Petit manuel de la Russie nouvelle;* París, 1931 (reedición; el autor fué uno de los campeones más decididos del reconocimiento de la URSS por el Gobierno francés en 1924, reconocimiento llevado a cabo con el propósito no disimulado de aprovechar los beneficios "brindados" al capital extranjero por la NEP en su fase teórica; beneficios que en la práctica se revelaron enteramente ilusorios, por lo menos para los inversionistas franceses).

MOOREHEAD, A.: *The Traitors;* Londres, 1952 (el papel de Fuchs, Nunn May y Pontecorvo en el espionaje atómico soviético).

NORTH, R. C.: *The Chinese Communist Elite;* en "Annals of the American Academy of Political and Social Sciences"; Philadelphia, septiembre de 1951.

** *Moscow and Chinese Communists;* Stanford Univ. Press, 1953.

OLDENBURG: Cfr. Sección C.

ORLOV: Cfr. Sección D.

ORR, Ch. A.: *Stalin's Slave Camps. An Indictment of Modern Slavery;* Bruselas, 1951.

OURALOV, A.: *Staline au pouvoir;* París, 1951 (traducido del ruso; importante).

** *L'URSS contre l'Islam. La suppression de deux peuples musulmans;* París, 1953 (sobre la destrucción física de los chechenes y de los ingushi por obra de Stalin a finales del segundo conflicto mundial).

PALÉOLOGUE: Cfr. Sección D.

PARES, Sir B.: *The Fall of the Russian Monarchy;* Londres, 1939 (fundamental).

PAYNE, R.: *Mao Tsë-tung, Ruler of the Red China;* Nueva York, 1950.

PETROVSKIY, D.: *La Russie sous les Juifs;* París, 1931 (traducido del ruso).

PIERRE: Cfr. Sección C.

PIPES: Cfr. Sección A.

PLEYBER, J.: *La grande épreuve de l'Eglise en Chine;* en revista "Ecrits de Paris", septiembre de 1951.

PRIDONOFF, E. L.: *Tito's Yugoslavia;* Wáshington, 1955 (estudio crítico del régimen titoísta y de sus relaciones con Estados Unidos bajo sus distintos aspectos).

RAFES, M. G.: *Dva goda revoliutsii na Ukraine* (Dos años de revolución en Ucrania); Moscú, 1920.

RANSOME: Cfr. Sección D.

RANSOME, A.: *The Crisis in Russia;* Londres, 1921 (importante).

RESHETAR, J. S.: *The Ukranian Revolution;* Princeton Univ. Press, 1952.

RIPKA: Cfr. Sección D.

ROLLIN, H.: *La révolution russe* (2 vols.); París, 1931 (fundamental).

ROSENBERG, A: *Gli origini della repubblica tedesca;* Milán, 1945 (la primera edición alemana es de 1928).

** *Storia della repubblica tedesca;* Milán, 1945 (la primera edición alemana es de 1935).

** *Storia del bolscevismo da Marx ai nostri giorni;* Roma, 1946 (la primera edición alemana es de 1932; estas tres obras de R. son esenciales para la comprensión del drama del socialismo alemán, finalmente anulado no tanto por la acción del nacionalsocialismo como por el sabotaje comunista planificado personalmente por Stalin desde Moscú).

ROSINGER, L.: *China's Crisis;* Nueva York, 1945.

ROSSI, A.: *Une page d'histoire. Les communistes français pendant la drôle de guerre;* París, 1951 (necesario para comprender en todos sus pormenores la actividad de los varios PC no rusos—incluído el de Tito—mientras el pacto Hitler-Stalin se mantuvo en vigencia).

** *Autopsie du stalinisme;* París, 1957 (hasta el XX Congreso del PC de la URSS inclusive; muy importante).

SADOUL, J.: *Notes sur la révolution bolchevique;* París, 1919 (el capitán Sadoul fué algo así como un Bruce-Lockhart francés, con la diferencia de que, contrariamente a su "colega" inglés, se pasó al comunismo).
SALISBURY, H.: *Stalin's Russia and after;* Londres, 1957.
SCHAPIRO, L.: *The Origin of the Communist Autocracy. Political Opposition in the Soviet State. First Phase, 1917-1922;* Harvard Univ. Press; Cambridge, 1922.
SCHMIDT, J.: *Von roten Oktober zur Diktatur des Apparats;* Munich, 1952.
SCHUELLER, G. K.: *El Politburó;* Barcelona, 1953 (traducido del inglés; irreemplazable compendio de la vida, muerte y milagros de los miembros de las "instancias supremas" desde la fundación del organismo del epígrafe).
SCHWARTZ, B.: *Chinese Communism and the Rise of Mao;* Harvard Univ. Press; Cambridge, 1951.
SCHUMAN, F. L.: *Russia since 1917. Four Decades of Soviet Politics;* Nueva York, 1952.
SEAMAN, D.: *The Great Spy Scandal. Inside Story of Burgess and McLean;* Londres, 1955.
SEICARU, P.: *Dotla: rien que des cendres;* París, 1949 (la tragedia de la sovietización de Rumania).
SERGE, V.: *Destin d'une révolution. URSS 1917-1937;* París, 1937.
** *Le tournant obscur;* París, 1951 (en qué condiciones Stalin "capturó" la sociedad soviética).
SERGE: Cfr. Secciones C y D.
SETON-WATSON, H.: *From Lenin to Malenkov. The History of World Communism;* Nueva York, 1953.
** *La clase gobernante soviética;* en revista "Problemas del Comunismo"; Wáshington, junio de 1956.
SHABAD, Th.: *China's Changing Map;* Nueva York, 1956.
SHEPHERD, G.: *Russia's Danubian Empire;* Nueva York, 1954.
SHUB: Cfr. Sección C.
SINGER, K.: *Les espions du siècle;* París, 1955 (traducido del inglés).
SLIEPKOV, A.: *Kronshtadskiy Miatezh* (La rebelión de Kronstadt); Moscú, 1928.
SLONIM, M.: *Da Pietro il Grande a Lenin. Storia del movimiento rivoluzionario russo;* Milán, 1922 (traducido del ruso).
SMIRNOV, S.: *Autour de l'assassinat des grands ducs;* París, 1927 (traducido del ruso).
SOKOLOFF, N.: *Enquête judiciaire sur l'assassinat de la famille impériale russe;* París, 1924 (resultado de la investigación llevada a cabo por el magistrado instructor nombrado por las fuerzas blancas después de la liberación de Iekaterinburg para dilucidar circunstancias y responsabilidades; extraordinariamente conmovedor, pese a la frialdad jurídica del texto).
SOONG, Ch. L.: *The Struggle for new China;* Peiping, 1953 (los tópicos maoístas expuestos por un miembro del clan Sun).
SOUVARINE, B.: *Le stalinisme sans Staline;* en "Revue de Paris", junio de 1956.
SOUVARINE: Cfr. Sección C.
SPECTOR, I.: *Soviet Strenght and Strategy in Asia;* Seattle, 1950.
SPERBER, M.; TONRA, V., y BORVICZ, M.: *Les Juifs en Europe orientale;* en revista "Evidences"; París, junio de 1952.
SPIRIDOVICH, general A.: *Histoire du terrorisme russe, 1886-1917;* París, 1930 (importante).
STEINBERG, J., y otros: *Verdict of three Decades;* Nueva York, 1950 (obra colectiva de gran interés informativo).
STERNBERG, F.: *The End of Revolution. Soviet Russia from Revolution to Reaction;* Nueva York, 1953.
STIPP, J. L.: *Soviet Russia Today;* Nueva York, 1957.
SUKHANOV, N. N.: *The Revolution 1917;* Londres, 1955 (adaptado del ruso).
TANG, P. S. H.: *Communist China Today. Domestic and Foreign Policies* (2 vols.); Nueva York, 1957 (el segundo volumen es de documentos y anexos cronológicos).
TROTSKIY: Cf. Secciones C y D.
VAN DER SPRENKEL, O. B.; LINDSAY, M., y GUILLAIN, R.: *New China. Three Views;* Londres, 1950 (importante, sobre todo en lo que hace a la colaboración de Robert Guillain).
VIATTE, A., y otros: *L'Asie et ses libérateurs;* en revista "La Vie Intellectuelle"; País, 1950 (veneno distilado gota a gota contra todo aquello que sea—o haya sido—acción de los occidentales en el continente asiático).

WALSH, E.: *The Fall of the Russian Empire;* Londres, 1929.
WARRINER, D.: *Revolution in Eastern Europe;* Londres, 1950.
WEBB, S y B. (lord y lady Passfield): *Soviet Communism: a New Civilisation?* (2 vols.); Londres, 1936 (posteriormente hubo varias reediciones de esta obra monumental—por el tamaño—, que es como la Biblia *ne varietur* de todo "compañerismo de camino" habido y por haber).
WEISER, D.: *Moscú versus Sión;* en revista "Criterio"; Buenos Aires. 26-II-1953 (punto de vista de la "Agencia Judía para Palestina", de Nueva York).
WELTER, G.: *La guerre civile en Russie;* París, 1938.
WHITE: Cfr. Sección F.
WINT, G.: *Spotlinght in Asia;* Londres, 1956.
WOLFE, B. D.: *A New Look at the Soviet "New Look";* en revista "Foreign Affairs"; Nueva York, enero de 1955.
** *Khrushchev and Stalin's Ghost. The Text, Background, Motives and Meaning of Khruschev's Secret Address;* Nueva York, 1957.
WOLFE: Cfr. Sección C.
WOLIN, S., y SLUSSER, R. M.: *The Soviet Secret Police;* Nueva York, 1957.
YUAN LI-WU: *An Economic Survey of Communist China;* Nueva York, 1956 (importante; sobre política fiscal, problemas agrarios, planificación industrial y deportaciones de población).
ZENZIKOV, V.: *Gosudarstvenniy perevorot Admirala Kolchaka v Omske 18 Noiabra 1918 g.* (El golpe de Estado del Almirante Kolchak en Omsk el 18 de noviembre de 1918); París, 1919.
ZINNER, P. E.: *National Communism and Popular Revolt in Eastern Europe;* Columbia Univ. Press; Nueva York, 1957 (recopilación de discursos y resoluciones de organismos oficiales comunistas acerca de los acontecimientos ocurridos en Polonia y Hungría entre febrero y noviembre de 1956).

H) CULTURA, CIVILIZACION, INSTITUCIONES

ALEKSANDROV, N.: *Sovetskoe Trudovoe Pravo* (Derecho soviético del Trabajo); Moscú, 1949.
ANAGNINE, E.: *Il nazionalismo russo nel presente e nel passato;* en revista "Civitas"; Roma, octubre de 1953.
ARSHCHANOV, A.: *Teoriia Gosudarstve y Prava* (Teoría del Estado y del Derecho); Moscú, 1949.
BAUER, R. A.: *The New Man in Soviet Psychology;* Harvard Univ. Press; Cambridge, 1952.
BERLIN, P. A.: *Russkaia burzhuaziia v staroe i novoe vremia* (La burguesía rusa en los viejos y en los nuevos tiempos); Moscú, 1922 (o del método mejor para liquidar a una clase).
BILSHAI, V.: *Reshenie zhenskogo voprosa v SSSR* (La solución del problema de la mujer en la URSS); Moscú, 1956 (acerca de los métodos empleados para "liberar" a la mujer trabajadora).
BOBINSKA, H.: *Les pionniers;* París, 1926 (sobre los modos de vida—horripilantes— y la organización—embrutecedora—de la juventud comunista en los primeros tiempos del régimen soviético).
CAMPODONICO, A.: *La Russia dei Soviets. Saggio di legislazione comunista;* Florencia, 1920.
CARSON, G. B.: *Electoral Practices in the USSR;* Nueva York, 1955.
COUNTS, G. S., y LODGE, N.: *The Country of the Blind;* Nueva York, 1950 (estudio sociológico del sistema soviético de control de las inteligencias).
CHAMBRE: Cfr. Sección G.
CHAPLET, E.: *La famille en Russie soviétique;* París, 1929.
DANZAS, J.: *La femme russe hier et aujourd'hui;* en revista "Russie et Chrétienté", París, septiembre-diciembre de 1936.
** *Jeunesse soviétique;* en revista "Russie et Chrétienté"; París, abril-junio de 1937.
DAVID, R., y HAZARD, J.: *Le Droit Soviétique* (2 tomos); París, 1954 (I, "Los datos fundamentales"; II, "El Derecho y la evolución de la sociedad en la URSS").

DENISOV, A. I.: *Sovetskoe Gosudarstvennoe Pravo* (Derecho Público soviético); Moscú, 1947.
DEUTSCHER, I.: *Soviet Trade-Union;* Londres, 1950.
DOLIVO, G. de: *Le mariage en droit soviétique;* París, 1937.
ENDE, D.: *Le mariage et la famille en URSS;* Bruselas, 1945.
FLORIDI, U. A.: *Una nuova svolta nell'offensiva culturale sovietica;* en revista "La Civiltà Cattolica"; Roma, 21-V-1955.
FLORINSKIY, M. T.: *Towards an Understanding of the USSR;* Nueva York, 1919.
FULOP-MILLER, R.: *Geist und Gesicht des Bolschewismus. Darstellung und Kritik des kulturellen Lebens in Sowjet-Russland;* Zurich, 1926.
GSOVSKIY, V.: *Sovietic Civil Law* (2 tomos); Univ. of Michigan, 1948-1949.
GUINS, G.: *Soviet Law and Soviet Society;* La Haya, 1954.
HAZARD, J. N.: *Law and Social Change in the USSR;* Londres, 1952.
HERZER, A.: *Bolschewismus und Menschenbildung;* Hamburgo, 1949.
HONTI, F.: *L'éducation en URSS;* en "Larousse Mensuel"; París, noviembre de 1954 (excelente).
HUXLEY, J.: *Soviet Genetics and World Science;* Londres, 1949 (contestación demoledora al michuro-lisenkismo como concepción científica y como concepción política, que parece haber sido tomada en consideración por las mismas autoridades soviéticas... después de la muerte de Stalin).
INKELES, A.: *Public Opinion in Soviet Russia;* Nueva York, 1950.
ISWOLSKY, H.: *Femmes soviétiques;* París, 1937.
KALNINS, B.: *Der sowjetische Propagandastaat. Das System und die Mittel der Massenbeeinflussung in der Sowjetunion;* Stokolmo, 1956.
KELSEN, H.: *Teoría comunista del Derecho y del Estado;* Buenos Aires, 1957 (traducido del inglés; examen llevado a cabo sobre fuentes no rusas).
KLANFER, J.: *L'Union soviétique et la pensée dirigée;* en "Revue Socialiste", París, abril de 1953.
KOHN, H.: *The Nationalism in the Soviet Union;* Nueva York, 1935.
KOLLONTAI, A.: *La famille et l'Etat communiste;* París, 1920 (por una mujer que, en materia de vida familiar, alimentaba ideas bastante singulares).
LASKI, H.: *Law and Justice in Soviet Russia;* Londres, 1935.
LINARES QUINTANA, S.: *Derecho constitucional soviético. Estudio y texto de las Constituciones de la URSS;* Buenos Aires, 1946.
LOSSKIY: Cfr. Sección A.
MATL: Cfr. Sección K.
MAUBACH, R.: *Handbuch der Sowjetverfassung;* Munich, 1955 (comentario de los 145 artículos de la constitución "más democrática del mundo").
MEAD, M.: *Soviet Attitudes toward Authority;* Nueva York, 1951.
MEHNERT, K.: *Youth in Soviet Russia;* Nueva York, 1933.
MIKOLENKO, I. F., y NIKITIN, A. N.: *Koljoznoe Pravo* (Derecho koljoziano); Moscú, 1946 (por singular que parezca, existe semejante derecho; pero se trata del del Estado sobre los koljozianos).
MORA, S., y ZWIERNIAK, P.: *La justice soviétique;* Roma, 1945.
NAPOLITANO, T.: *La politica criminale sovietica;* Padua, 1936.
** *La famiglia sovietica;* Roma, 1946.
** *Il codice civile della Russia sovietica;* Roma; 1946.
** *Il sistema elettorale sovietico;* Florencia, 1946.
** *La scuola nel mondo: URSS;* Turín, 1949.
NIEMEYER, G.: *An Inquiry into Soviet Mentality;* Nueva York, 1957.
OSUSKY, S.: *La Jurisprudence dans les démocraties populaires;* en "Revue des Travaux de l'Académie des Sciences Morales et Politiques"; París, 1956, 2.° semestre.
PIPES, R. E.: *La teoría nacional bolchevique antes de 1917;* en revista "Problemas del Comunismo"; Wáshington, marzo-abril de 1954 (Cfr. misma Sección: S. L. SCHWARZ).
RESHETAR, J. S.: *Problems of Analyzing and Predicting Soviet Behavior;* Princeton Univ. Press, 1954.
REYNOLD: Cfr. Sección A.
ROSTIW, W.: *The Dynamics of Soviet Society;* Nueva York, 1952.
RUNES, D. R.: *El impacto soviético en la sociedad;* Barcelona, 1956 (traducido del inglés).
SCHELTING: Cfr. Sección A.

SCHLESINGER, M. L.: *El Estado de los Soviets;* Barcelona, 1928 (traducido del alemán).
SCHLESINGER, R.: *Soviet Legal Theory. Its Social Background and Development;* Londres, 1945.
SCHUBART: Cfr. Sección A.
SCHWARZ, S. L.: *La libre determinación bajo el sistema comunista;* en revista "Problemas del Comunismo", Wáshington, marzo-abril de 1954 (Cfr. misma sección: PIPES).
SIMMONS, E. J.: *Continuity and Change in Russian and Soviet Thought;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1955.
SLONIM: Cfr. Sección B.
TOWSTER, J.: *Political Power in USSR;* Nueva York, 1948.
VISHINSKIY, A. I.: *Sovetskoe Gosudarstvennoe Pravo* (La Ley en el Estado soviético); Moscú, 1938 (el autor, al término de su humanitaria tarea como Fiscal General del Estado en los procesos de la Gran Purga, durante los cuales la ley sirvió de pantalla para la farsa jurídica más sangrienta, sacó con esta obra la filosofía de su noble profesión, cuyo desempeño le proporcionó gloria imperecedera en el mundo civil).
VOLPICELLI, L.: *Storia della scuola sovietica;* Brescia, 1950.
WEBB: Cfr. Sección G.
WEIDLE: Cfr. Sección A.
WILCZOWSKI, C.: *Orientations actuelles de la pédagogie soviétique;* en revista "Russie et Chrétienté", París, enero-junio de 1950.
ZENKOVSKIY: Cfr. Sección A.

I) VIDA LITERARIA E INTELECTUAL

Resultaría infantil separar la vida intelectual y literaria de los rusos en dos sectores independientes uno de otro, separados por el fenómeno revolucionario, como, contrariamente, a lo que hacen los mismos comunistas, pretenden hacer ciertos intelectuales del mundo libre cuando afirman—como hace, por ejemplo, el historiador argentino D. Raúl Scalabrini Ortiz en un importante semanario de Buenos Aires [1]— que, en 1917, Lenin y los suyos "nada utilizable recibieron del pasado". Ello significa que la presente sección resultaría artificial y artificiosa si intentara limitarse únicamente al período soviético. Es evidente, en efecto, que las obras de los grandes escritores del siglo XIX condicionan enteramente la creación literaria de la época posrevolucionaria, incluso cuando los mentores de la vida intelectual soviética pretenden lo contrario. De la mayor parte de ellos existen buenas traducciones al castellano, y disponemos también de buenas antologías en francés y en italiano que serán útiles para los lectores a quienes sus ocupaciones impiden consagrar mucho tiempo a la exploración literaria. A continuación, cito algunas de esas antologías.

Ignoro si los poetas stalinianos Dzhambul, Biedniy, Surkov, etc., se han decidido a reunir sus elucubraciones en ediciones definitivas. Sería lamentable que sus ejercicios rimados sobre el filo de la línea general quedasen arrinconados en el polvo de las hemerotecas, aunque solamente fuera por el regocijo—saludable en tiempos tan pobres en motivos de diversión como son los nuestros—que son capaces de proporcionar a generaciones sucesivas de lectores, no comunistas por supuesto. Al agregar a semejantes versificadores algunos prosistas como Simonov e Ivánov, algún que otro historiador como los difuntos Beriia y Pankrátova, sin olvidar a filósofos como Iúdin y Zhdánov, podemos conseguir un panorama bastante completo—y aterrador—de la vida intelectual rusa durante el período de la "ilustración" dialéctico-materialista abierto a la admiración del mundo civil el 25 de octubre de 1917. No resultará inútil recordar al respecto que la falange de escritores "proletarios" de gran talento que se adhirieron a la empresa en sus comienzos, o bien tuvieron que suicidarse, como Maiakovsky y Iesenin; o bien fueron ayudados a desaparecer por el mismo ciudadano Dzhugashvili, como Bebel; o bien se vieron reducidos al silencio, como Pasternak, o a la castración intelectual, como Erenburg, Sholojov y algunos más.

[1] En la revista «Qué», del 15 de octubre de 1957, a propósito, por supuesto, de la luna artificial que, según ese mismo historiador, colocó a Rusia «a la cabeza de la civilización contemporánea».

Academia de Ciencias de la URSS: *Russkaia Kultura i Frantsiia* (La cultura rusa y Francia), 3 tomos dobles; Moscú, 1937-1938-1939 (sumamente importante, sobre todo en lo que hace al influjo ejercido por el pensamiento francés de los siglos XVIII y XIX en el desarrollo de las ideas que llevaron al estallido revolucionario de 1917).
ALIMOV, A: *Panorama della letteratura russa contemporanea;* Milán, 1946.
ALPATOV, M.: *Russiam Impact on Art;* Nueva York, 1950.
ANAGNINE, E.: *La letteratura russa dalla fine del socolo XIX al 1930; Roma,* 1954.
BARING, M.: *An Outline of Russian Literature;* Londres, 1914 (obra de gran calidad, que el tiempo no logró envejecer).
BRIAN-CHANINOV, N.: *La tragédie des Lettres russes;* París, 1938 (traducido del ruso).
DUCOMMUN, M.: *Domaine russe. Textes de la littérature soviétique;* Ginebra, 1944.
EASTMAN, M.: *Artists in Uniform. A Study on Literature and Bureaucratism;* Londres, 1944.
EVREINOFF, N. N.: *Histoire du theâtre russe;* París, 1946.
FALCIONELLI, A.: *Literatura e historia. Cinco poetas ante la patria: Pushkin, Tiutchev, Blok, Gumiliov, Iesenin;* en revista "Estudios Franceses", Mendoza, 1951.
GINZBURG, L.: *Scrittori russi;* Turín, 1948.
HOFFMANN, M.: *Histoire de la littérature russe depuis les origines jusqu'à nos jours;* París, 1945.
IVANOV-RAZUMNIK, R. V.: *Russkaia literatura XX veka, 1890-1915* (Literatura rusa del siglo XX, 1890-1915); Petrogrado, 1920.
LANDOLFI, T.: *Narratori russi. Raccolta di romanzi e racconti dalle origini ai nostri giorni;* Milán, 1948 (excelente antología).
LEGRAS, J.: *Littérature russe;* París, 1929.
LO GATTO, E.: *Storia della letteratura russa;* Florencia, 1946 (indispensable; muy amplia bibliografía).
** *Storia del teatro russo* (2 vols.); Florencia, 1952.
** y otros: *Narratori russi;* Roma, 1945 (antología de los prosistas contemporáneos; excelente).
MIRSKIY, D. S.: *Contemporary Russian Literature, 1881-1925;* Londres, 1926.
POGGIOLI, R.: *Il fiore del verso russo;* Turín, 1949 (vasta selección poética admirablemente vertida al italiano y precedida por una introducción crítica que constituye el estudio más exhaustivo consagrado hasta ahora en Occidente a la poesía rusa).
POZNER, V.: *Panorama de la littérature russe contemporaine;* París, 1929.
RAIS, E., y ROBERT, J.: *Anthologie de la poésie russe, du XVIII siècle à nos jours;* París, 1947.
Russkiie pisateli o literaturnom trude (Los escritores rusos acerca del trabajo literario); 4 tomos; Leningrado, 1954-1956 (De Lomonosov a Makarenko).
SCHOSTAKOVSKY, P.: *Historia de la literatura rusa;* Buenos Aires, 1945 (traducido del inglés; muy útil instrumento de trabajo).
STRUVE, G.: *Soviet Russian Literature;* Londres, 1935.
TIMOFEIEV, L.: *Russkaia sovetskaia literatura* (Literatura rusa soviética); Moscú, 1955.
TOMASHEVSKIY, B.: *La nouvelle école d'histoire littéraire en Russie;* en "Revue d'Etudes Slaves", VIII-3-4, París, 1928 (los primeros embates del stalinismo en el mundo intelectual soviético y la aparición del terrorismo en literatura con el nombre de "realismo socialista").
WEIDLE, W.: *Littérature soviétique et littérature russe;* en revista "Russie et Chrétienté", París, junio de 1935.
WILCZOWSKI, C.: *Ecrivains soviétiques;* París, 1949.

J) RELIGION, IGLESIAS, VIDA ESPIRITUAL

AMMANN, A. M.: *Storia della Chiesa russa e dei paesi limitrofi;* Turín, 1948 (fundamental; el instrumento de trabajo más adecuado sobre el estado actual de la cuestión).
**, DE VRIES, SCHWEIGL y otros: *Il Cristianesimo nell'Unione sovietica;* Roma, 1948.
ANDERSON, P. B.: *L'Eglise et la nation en URSS;* París, 1946 (traducido del inglés).

ARSENIEV, S.: *L'Eglise d'Orient;* París, 1926.
BARSOTTI, D.: *Cristianesimo russo;* Florencia, 1948 (buen compendio en materia doctrinal).
BRIAN-CHANINOV, N.: *L'Eglise russe;* París, 1932.
CASEY, R. P.: *Religion in Russia;* Nueva York, 1946.
CIANFARRA, C. M.: *The Vatican and the Kremlin;* Nueva York, 1951.
CLERCQ, Ch. de: *Conciles des Orientaux catholiques,* tomo II (1850-1949); París, 1952.
DANZAS, J.: *L'itinéraire religieux de la conscience russe;* en revista "Russie et Chrétienté", París, XII-1934, II-IV-VI-1935 (indispensable).
** *Le nationalisme religieux russe;* en revista "Russie et Chrétienté", París, II-1938-1939.
DUFAY, F.: *L'Etoile contre la Croix;* Tournai-París, 1954.
DUMONT, P. P.; MERCENIER, F., y LIALINE, C.: *Qu'est-ce que l'Orthodoxie? Vues catholiques;* Bruselas, 1944 (simpático y exhaustivo compendio debido a los Padres Benedictinos de Chevetogne).
DUMONT, C. J.: *Attitude de l'Eglise Patriarcale de Moscou à l'endroit de l'Eglise romaine;* en revista "Russie et Chrétienté", París, enero-junio de 1950.
GALTER, A.: *Le communisme et l'Eglise catholique. Le "Livre Rouge" de la persécution;* París, 1956.
GÓMEZ, H.: *La Iglesia rusa. Su historia y su dogmática;* Madrid, 1948.
** *Las sectas rusas;* Madrid, 1949.
GORDILLO, R. P.: *Russie (pensée religieuse);* en "Dictionnaire de Théologie Catholique", fasc. CXXV, París, 1938 (a partir del establecimiento del Santo Sínodo por Pedro I).
GUTIÉRREZ MAESSO, J.: *La política religiosa de la URSS;* en revista "Arbor", Madrid, mayo-junio de 1947.
HECKER, J. P.: *Religion and Communism;* Nueva York, 1943 (punto de vista marxista en sus últimos desarrollos stalinianos).
KARTACHEV, A. V.: *La révolution et le Concile de 1917-1918;* en revista "Russie et Chrétienté", París, enero-junio de 1950.
LE GUILLOU, M. T.: *La situation religieuse en URSS;* en revista "Istina", Boulogne-sur-Seine, julio-septiembre de 1953 (con documentos anexos).
LOSSKIY, Vl.: *Essai sur la théologie mystique de l'Eglise d'Orient;* París, 1944 (importante).
MAC CULLOUGH, F.: *The Bolshevik Persecution of Christianity;* Nueva York, 1944 (punto de vista protestante).
MAKLAKOFF, G.: *L'Eglise Orthodoxe et le pouvoir civil en URSS de 1917 à nos jours;* en revista "Russie et Chrétienté", París, I-1940.
MARTEL, R.: *Le mouvement religieux en Russie (1917-1932);* París, 1933.
MEDLIN, W. K.: *Moscow and East Rome;* París, 1956.
PAVIOLKIN, P.: *Religuioznie sueveriia i il vred* (Las supersticiones religiosas y los daños que provocan); Moscú, 1951 (el último estado de la cuestión en materia de propaganda antirreligiosa en plano "científico").
SCHMEMANN, A.: *Tserkov, emigratsiia, natsionalnost* (Iglesia, emigración, nacionalidad); en revista *Tserkovnii Vestnik,* París, enero de 1948 (admirable llamamiento a la unidad a partir de las condiciones creadas por la prolongación de la emigración; el autor, teólogo ruso, perteneciente a la jurisdicción del Patriarcado Ecuménico, afirma que la pérdida de su nacionalidad de origen por los emigrados suprime uno de los obstáculos mayores a la unidad, puesto que ya no es racional sostener que Ortodoxia y Rusia son dos conceptos que se confunden).
SERAPHIM, Metropolitano: *L'Eglise Orthodoxe. Les dogmes. La liturgie, la vie spirituelle;* París, 1952 (traducido del alemán; importante exposición del punto de vista pravoslavo).
SCHAEDER, H.; MULLER, L.; SCHNEIDER, R., y BENZ, E.: *Die Ostkirche und die russische Christienheit;* Tubingen, 1949.
SHEINMANN, A.: *Vatikan mezhdu dvumia mirovimi voinami* (El Vaticano entre las dos guerras mundiales); Moscú, 1948 (los papas Benedicto XV, Pío XI y Pío XII como lacayos del imperialismo capitalista y fascista y como incitadores a la guerra; otra manifestación altamente científica de los dialéctico-materialistas del Kremlín).

** *Ideologuiia Vatikana na sluzhbe imperializma* (La ideología del Vaticano al servicio del imperialismo); Moscú, 1950 (idéntica argumentación que en la obra anterior, pero esta vez con especial referencia a S. S. Pío XII como servidor del imperialismo norteamericano).
SPINKA, M.: *The Church in Soviet Russia;* Nueva York, 1956.
STEPHANESCO, G.: *Les Uniates;* en revista "Ecrits de Paris", marzo de 1954.
TIMASHEV, N. S.: *Religion in Soviet Russia, 1917-1942;* Londres, 1943.
TYSKIEWICZ, S.: *La littérature antireligieuse en URSS;* París, 1954 (guía muy útil).
VILNIUS, C.: *La Croix à l'ombre du rideau de fer;* París, 1951.
VRIES, P. G. de: *Oriente Cristiano. Ayer y hoy* (2 tomos); Madrid, 1953 (traducido del italiano; guía excelente para orientarse en el sinnúmero de Patriarcados, exarcados, eparjías, etc., del cristianismo oriental, católico o separado).
VVEDENSKIY, arcipreste A. I.: *Tserkov i Gosudarstvo* (Iglesia y Estado); Moscú, 1923 (el movimiento de la llamada "Iglesia Viviente", encabezado por Vvedenskiy inmediatamente después de la guerra civil, con vistas a la destrucción de las estructuras disciplinarias de la Iglesia ortodoxa rusa, encontraba su inspiración ideológica en el compañero Lunacharskiy, comisario del pueblo para la Instrucción Pública, y sirvió de vehículo para persecuciones más despiadadas por obra del compañero conde Félix Dzerhinskiy, fundador y jefe supremo del GPU).
WUYTS, A.: *Le Patriarcat Russe au Concile de Moscou de 1917-1918;* en "Orientalia Christiana Analecta", Roma, 1941.

K) HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL

ACKERMANN, K.: *Das Land der stummen Millionen;* Tubingen, 1951.
Actas de la Conferencia Económica de Moscú; Buenos Aires, 1952.
AKHMINOV, G. E.: *La puissance dans l'ombre ou le fossoyeur du communisme;* París, 1952 (traducido del ruso; cfr. sección G-2).
ALEXANDRIDI, S.: *L'industrialisation de l'URSS par le plan quinquennal;* París, 1934.
ARAKELIAN, A.: *Industrial Management in the USSR;* Wáshington, 1950.
ARNOLD, A. Z.: *Banks, Credit and Money in Soviet Russia;* Nueva York, 1937.
AZMOUDEH, M.: *Le pétrole en URSS;* París, 1934.
BAGNARDI, V.: *Banche e credito nella Russia sovietica;* Roma, 1945.
BALZAK, S. S., y otros: *Economic Geography of the USSR;* Nueva York, 1949.
BARKER, G. R.: *Some Problems of Incentives and Labour Productivity in Soviet Industry;* Londres, 1950.
BAYKOV, A.: *Historia de la economía soviética;* México, 1949 (traducido del inglés; muy importante; abarca el período 1917-1939).
BELOV, F.: *The History of a Soviet Collective Farm;* Nueva York, 1955.
BERGSON, N. A.: *The Structure of Soviet Wages;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1944.
** *The Russian Economy since Stalin;* en revista "Foreign Affairs", Nueva York, enero de 1956.
BETTELHEIM, C.: *La planification soviétique;* París, 1945 (reedición).
** *L'économie soviétique;* París, 1950 (tomo XII del "Traité d'Economie Politique" de Gaëtan Pirou; las obras de Bettelheim podrían llevar el subtítulo: "o de los encantos de la planificación").
BIENSTOCK, G.; SCHWARZ, S. M., y YUGOW, A.: *Management in Russian Industry and Agriculture;* Nueva York, 1944.
BOUTARD, J. R.: *La colonisation économique dans l'Allemagne de l'Est;* en revista "Ecrits de Paris", julio de 1952.
BRIERE, P.: *Salaires et niveaux de vie en URSS;* París, 1951.
BRUTZKUS, B.: *Economic Planning in Soviet Russia;* Londres, 1935.
CALVEZ, J. Y.: *Revenu national en URSS;* París, 1956.
CANALETTI-GAUDENTI, A.: *URSS. Agricoltura e communismo;* Boloña, 1953.
CIOCCA, G.: *Giudizio sul bolscevismo. Come è finito il piano quinquennale;* Milán, 1937 (fundamental; existe una versión española).
CLARK, C.: *A Critique of Russian Statistics;* Londres, 1939 (infinitas comprobaciones autorizan a pensar que aquello que el autor reprochaba en vísperas de la guerra a los elaboradores soviéticos de estadísticas oficiales, sigue siendo valedero en esta posguerra).

CRESSEY, G. B.: *The Basis of Soviet Strenght;* Nueva York, 1945.
CRIHAN, A.: *Le capital étranger en Russie;* París, 1934.
CHAMBERLIN, W. H.: *The Soviet Planned Economic Order;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1931.
** Cfr. Sección G-2.
CHARDONNET, J.: *Les grands types de complexes industriels;* París, 1953.
DALLIN y NICOLAEVSKY: Cfr. Sección G-2.
DEWAR, M.: *Labor Policy in the USSR, 1917-1928;* Nueva York, 1956.
DOBB, M.: *Soviet Economic Development since 1917;* Londres, 1948.
ERNST, L.: *Inside a Soviet Industry;* en revista "Fortune", Nueva York, octubre de 1949.
FALZETTI, C.: *L'URSS;* en revista "Scienza e Vita", Turín, mayo de 1956 (La URSS como "hecho económico" considerado en el conjunto de la política de planificación hasta la puesta en marcha del VI PQ).
FARBMAN, M.: *Piatiletka, le plan russe;* París, 1931 (traducido del inglés).
FICHELLE: Cfr. Sección B.
FLORIDI, U. A.: *I kolkholz giganti nella nuova riforma agraria sovietica;* en revista "La Civiltà Cattolica", Roma, 21-IV-1951 (sobre los *Agrogorodi* de staliniana y siniestra memoria).
** *La permanente crisi agricola sovietica alla luce dei recenti avvenimenti;* en revista "La Civiltà Cattolica", Roma, 5-III-1955.
FRIEDMAN, G.: *Le problème du machinisme en URSS et dans les pays capitalistes;* París, 1951.
GARDNER CLARK, M.: *Some Economic Problems of the Soviet Iron and Steel Industry;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1950.
GEORGE, P.: *L'économie de l'URSS;* París, 1951.
GRANDIN, P., y DEERTER, W.: *Du Mir au Kolkhoze;* París, 1947.
GRANICK, D.: *Management of the Industrial Firms in the USSR;* Nueva York, 1954.
HASSMAN, H.: *Oil in the Soviet Union;* Princeton Univ. Press, 1953.
HOGDMAN, D. R.: *Soviet Economic Growth;* Evanston, Ill., 1953.
** *Soviet Industrial Production, 1928-1951;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1954.
HOOVER, C. B.: *La vie économique de la Russie soviétique;* París, 1932 (traducido del inglés, importante).
HUBBARD, L. E.: *Commerce et répartition en URSS;* París, 1938 (traducido del inglés).
** *Soviet Labour and Industry;* Londres, 1943.
JAGOV, A.: *Le Plan Quinquennal;* Bruselas, 1932.
JASNY, N.: *The Socialized Agriculture of the USSR;* Stanford Univ. Press, 1949.
** *The Soviet Price System;* en "American Economic Review", núm. XL, Nueva York, 1950.
JRUSHCHOV, N. S.: *Per una rapida ascesa della agricoltura sovietica;* Roma, 1953 (traducido del ruso; pese a que este proyecto del primer secretario se quiera ante todo racional, dicha agricultura, a los cuatro años, sigue sin ascender ni rápida ni lentamente).
KAGANOVICH, L. M.: *Les questions d'organisation;* París, 1934 (por quien, antes de verse desterrar por Jrushchov a los Urales, había recibido de Stalin delegación total para organizar el naciente sistema industrial soviético y resolvió, en efecto, con mano despiadadamente staliniana, esas cuestiones de organización).
KASER, M. C.: *Soviet Planning and the Price Mechanism;* en "Economic Journal", Nueva York, 1950.
KRANE, G.: *Malenkovs Agrarpolitik;* en revista "Internasjional Politik", Bergen, enero de 1954.
KRIMMER, A.: *Sociétés de capitaux en Russie impériale et en Russie soviétique;* París, 1934
KRYPTON, C.: *The Northern Sea Route and the Economy of the Soviet North;* Nueva York, 1956.
KULOMZIN, A. de: *La grande poussée russe à travers l'Asie;* en revista "Russie et Chrétienté", París, enero-marzo de 1937.
LABIN: Cfr. Sección C.
LABRY, R.: *Autour du moujik. L'industrie et la révolution;* París, 1923.
LATOUR, E.: *Petit manuel du socialisme triomphant;* París, 1938.
LEIMBACH, W.: *Die Sowjetunion. Natur, Volk und Wirtschaft;* Stuttgart, 1950.

LEPRINCE-RINGUET, F.: *L'avenir de l'Asie russe;* París, 1951.
LEWIN, B. M., y TROITZKI, P. A.: *Normung, Planung, Abrechnung, Analyse der Abteilungsgemeinkosten des Maschinenbaubetriebes.*
LITTLEPAGES Cfr. Sección D.
MASLOFF, S.: *La Russie kolkhozienne;* París, 1937 (traducido del ruso).
MATL, J.: *Economía, sociedad y cultura del sovietismo;* en "Revista de Estudios Políticos", núm. 66, Madrid, 1952.
MAVOR, J.: *An Economic History of Russia* (2 vols.); Londres, 1928.
MEJIDE PARDO: Cfr. Sección B.
MEQUET, J.: *Les leçons du plan quinquennal;* París, 1934.
MIGLIESI, G.: *La collectivisation des campagnes soviétiques;* París, 1934.
MILLER, M. S.: *The Economic Development of Russia, 1905-1914;* Londres, 1926 (una de las astucias de la propaganda soviética consiste en afirmar, tras quienes le trazaron el camino desde las nubes de la *intelliguentsiia* liberal, que el sistema económico de la Rusia imperial era retrógrado y reaccionario, cuando no incurablemente medieval; libros como el presente tienen el inmenso mérito de demostrar incuestionablemente que dicho sistema estaba en pleno florecimiento, tanto en la fábrica como en el campo, y que para situar a Rusia en el nivel alcanzado por las potencias económicamente más desarrolladas del Occidente, no era necesaria ninguna revolución, ni la de febrero, ni la de octubre; por el contrario, de haber conservado sus estructuras políticas tradicionales, hubiera alcanzado su grado actual de desarrollo industrial en los años inmediatamente anteriores al segundo conflicto mundial: el precio de toda revolución siempre es una inversión catastrófica).
Ministère de l'Economie Nationale (París): *Les Chemins de fer en URSS;* París, 1945 (con gráficos, tablas y mapas; incompleto, sin embargo).
National Industrial Conferencia Board: *Industrial Russia - The New Competitor;* Nueva York, 1954.
NORMANO, J. F.: *The Spirit of Russian Economics;* Londres 1949.
ONU y BIT: *Rapport du Comité Spécial du travail forcé;* Ginebra, 1953.
Oxford Regional Economic Atlas: *The USSR and Eastern Europe;* Nueva York, 1956 (atlas económico de la Unión soviética, países satélites, Alemania oriental y Mongolia Exterior, con mapas, índices estadísticos y texto).
PASQUIER, A.: *Le Stakhanovisme;* París, 1938.
PETROV, V.: *Soviet Gold;* Nueva York, 1949 (datos impresionantes sobre el trabajo forzado en los campos auríferos de Siberia).
PIERA LABRA, J. A.: *La economía de la URSS después de la segunda guerra mundial;* en revista "Política Internacional", Madrid, junio de 1951 (excelente síntesis de la cuestión en vísperas del V PQ).
PINOTEAU: Cfr. Sección A.
PROKOPOVICZ, S. N.: *Histoire économique de l'URSS;* París, 1952 (traducido del inglés; importante).
RASHIN, A. G.: *Formirovanie promishlennogo proletariata v Rossii* (Formación del proletariado industrial en Rusia); Moscú, 1940.
RAUPACH, H.: *Die Agrarwirtschaft der Sowjetunion seit der zweiten Weltkrieg;* Göttingen, 1953.
ROMEUF, J. F.: *Le niveau de vie en URSS;* París, 1954.
ROTHSTEIN, A.: *Profilo dell'economia sovietica;* Turín, 1951 (traducido del inglés; del "compañerismo de camino" al estado puro).
RUINI, C.: *L'economia nell'URSS;* Roma, 1946.
SABUROV, M. Z.: *Doklad o direktivaj XIX siezda partii po piatomu piatiletnemu planu arzvitiia SSSR na 1951-1955 g.* (Informe sobre las directivas del XIX Congreso del partido acerca del quinto Plan Quinquenal de desarrollo de la URSS en los años 1951-1955); en revista "Bolshevik", núm. 19, Moscú, octubre de 1952 (como el plan fracasó, sobre todo en materia agrícola y alimenticia, el autor fué excomulgado, lo que hace de este texto una pieza bibliográfica).
SCOTT, J.: *Behind the Urals;* Boston, 1942.
SCHWARTZ, H.: *Russia's Postwar Economy;* Nueva York, 1947.
** *On the Use of Soviet Statistics;* en "Journal of the American Statistical Association", Nueva York, septiembre de 1947.
** *Russia's Soviet Economy;* Nueva York, 1947.

SCHWARZ, S. M.: *Labor in the Soviet Union;* Nueva York, 1952.
SHIMKIN, D. B.: *Minerals. A Key to Soviet Power;* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1953 (sumamente importante).
Sociedad de las Naciones: *Etat sanitaire de la Russie. Rapport de la commision spéciale envoyée en Russie;* Ginebra, 1922 (mapa espeluznante del hambre, la epidemia y la muerte después de cuatro años de régimen soviético).
SOROKIN, G.: *Sotsialisticheskoe planirovanie narodnogo joziaistva SSSR* (Planificación socialista de la economía nacional en la URSS); Moscú, 1946.
STALIN, GRINKO, KUIBISHEV, MOLOTOV, ORDZHONIKIDZE: *Du premier au deuxième plan quinquennal;* París, 1934 (traducido del ruso).
STALIN, I. V.: *Ekonomicheskie problemi sotsializma v SSSR* (Problemas económicos del socialismo en la URSS); Moscú, 1952.
STEBER, C.: *La Sibérie et l'extrême nord soviétique;* París, 1936.
STEC, G.: *The Local Budget System of the USSR;* Nueva York, 1955.
TESTI, O.: *L'industria russa nell'economia pianificata;* Roma, 1946.
THIEL, E.: *An Economic Geography of the Soviet Far East;* Nueva York, 1957.
TIMASHEV, N. S.: *Les moyens de transport en Russie;* en revista "Russie et Chrétienté", París, octubre-diciembre de 1938.
VARGA, E.: *Deux systèmes, économie socialiste et économie capitaliste;* París, 1938 (traducido del ruso; el punto de vista del teórico núm. 1 en los tiempos stalinianos de la economía planificada y de la estrategia anticapitalista).
VOSNEZENSKIY, N.: *L'économie de guerre de l'URSS, 1941-1945;* París, 1948 (traducido del ruso; debido a una de las últimas grandes víctimas de Stalin).
WARTANOFF, B.: *Le pétrole russe;* Ginebra, 1945.
WSZELAKI, J.: *The Rise of the Industrial Middle Europe;* en revista "Foreign Affairs", Nueva York, octubre de 1952.
YUGOW, A.: *Russia's Economic Front for War and Peace;* Nueva York, 1942 (publicado en los tiempos en que para los yanquis Stalin era *Uncle Joe* y no había vuelto a ser el "mayor criminal de la historia").
ZAUBERMANN, A.: *Economic Imperialism;* Londres, 1955 (sobre captación de los recursos económicos de los países satélites por la URSS).

L) REVISTAS, COLECCIONES Y PUBLICACIONES PERIODICAS

La lista que viene a continuación no pretende ser completa siquiera de lejos. En ruso y en otros idiomas existen centenares de publicaciones, cotidianas o periódicas, que se dedican exclusivamente al examen del hecho soviético desde todos los puntos de vista. Me contento con citar aquí aquellas que ofrecen un interés real permanente—incluso algunas desaparecidas— y permiten trazar un mapa relativamente preciso de la realidad rusa posterior a 1917.

1. *En lengua rusa.*

Antireliguioznik (El antirreligioso), órgano de la asociación de los Sin-Dios, periódico, dejó de aparecer; Moscú.
Bezbozhnik (El Sin-Dios), ídem; Moscú.
Bloknot Aguitatora (Breviario del agitador), periódico; Moscú.
Bolshevik (El Bolchevique), Organo del Comité Central del PC de la URSS; tomó el nombre de *Kommunist* después del XIX Congreso del PC de la URSS; mensual; Moscú
Izvestiia (Las Noticias), órgano oficial del gobierno, cotidiano; Moscú.
Kommunist, Cfr. *Bolshevik.*
Komsomolskaia Pravda (La Verdad de las Juventudes Comunistas), cotidiano; Moscú.
Krasnaia Zvezda (La Estrella Roja), órgano del ejército, cotidiano; Moscú.
Krokodil (El Cocodrilo), órgano del humorismo oficial, semanario; Moscú.
Literaturnaia Gazeta (La Gaceta Literaria), órgano de la Asociación de los Escritores Soviéticos, trisemanal; Moscú.
Pionerskaia Pravda (La Verdad del Pionero), cotidiano; Moscú.
Psev (La Siembra), exponente de la emigración posterior al segundo conflicto mundial, mensual; Munich.
Pravda (La Verdad), órgano oficial del PC ruso, cotidiano; Moscú.

Slaviane (Cosas Eslavas), para agitar la Cortina, mensual; Moscú.
Sovetskaia Kultura (Cultura Soviética), mensual; Moscú.
Trud (El Trabajo), órgano de los sindicatos soviéticos, cotidiano; Moscú.
Tserkovnii Vestnik zapadno-evropeiskago pravoslavnago russkago ekzarjata (El Mensajero de la Iglesia rusa en Europa occidental), pertenece a la jurisdicción del Patriarcado de Constantinopla, mensual; París.
Voprosi Filosofii (Cuestiones de Filosofía), publicación de la Academia soviética de Ciencias; Moscú.
Voprosi Istorii (Cuestiones de Historia), publicación de la Academia soviética de Ciencias; Moscú.
Vozrozhdenie (Restauración), órgano de la emigración monárquica, periódico; París.
Zhurnal Moskovskoi Patriarjii (Revista del Patriarcado de Moscú), mensual; Moscú.

2. *En otros idiomas.*

American Slavic and East European Review; Nueva York.
Asian Review; Londres.
Aussenpolitik; Stuttgart.
BEIPI (Bulletin de l'Association d'Etudes et d'Informations Politiques Internationales).
Bulletin (Institute for the Study of the USSR); Munich.
Bulletins on Soviet Economic Development; Universidad de Birmingham, G. B.
Cahiers de l'Economie Soviétique; París.
Cahiers du Bolchevisme (publicación del PC francés, transformada en *Cahiers du Communisme* después del XIX Congreso del PC ruso); París.
Contemporary Russia; Londres.
Current Digest of Soviet Press; Nueva York.
Eastern Quarterly; Londres.
Est et Ouest; París.
Estudios sobre el Comunismo; Santiago de Chile.
Etudes Soviétiques; París.
Europa Archiv; Francfort del Main.
Far Eastern Quarterly; Londres.
Irenikôn (publicación del priorato benedictino de Amay-sur-Meuse, Bélgica).
Istina (publicación de los PP Dominicos de Boulogne-sur-Seine, Francia), continuación de *Russie et Chrétienté.*
Le Monde Slave; París.
Les Nouvelles Soviétiques (órgano del *Voks,* Instituto para las Relaciones Culturales entre la URSS y el extranjero); Moscú.
Literatura Soviética (publicación mensual en español, inglés, francés, alemán, etc.); Moscú.
Newsletter from behind the Iron Courtain; Stokolmo.
La Pensée (órgano de los intelectuales del PC francés, transformado luego en *La Nouvelle Critique*); París.
Problems of Communism (existe una versión española); Wáshington.
Revue Anticommuniste; Ginebra.
Russian Journal; Nueva York-Londres.
Russie et Chrétienté; Cfr. *Istina.*
Soviet Studies; Glasgow.
The Slavonic Review; Londres.

IV

VOCABULARIO DE TERMINOS, EXPRESIONES Y SIGLAS MAS USUALES EN LA RUSIA SOVIETICA

Agrogorod. *Agrarniy Gorod:* Ciudad Agraria, esto es, superkoljoz; sueño dorado del ciudadano N. S. Jrushchov para eliminar al "gusanillo de la propiedad privada" que anida en el corazón de todo campesino: "Los *agrogorodi*—leemos en *Bloknot Aguitatora* de diciembre de 1950—son un nuevo y admirable fenómeno de construcción rural, como la Historia no ha conocido hasta ahora. La creación de estas ciudades (agrícolas) es un paso importante hacia la eliminación del contraste entre ciudad y campo." Para quienes siguieran alimentando dudas acerca de la verdadera naturaleza de ese "fenómeno", quizá resulte útil la definición siguiente formulada por Stalin en octubre de 1952 en sus *Problemas económicos del socialismo en la URSS*: "... centros de grandes industrias y también núcleos de industrialización de los productos agrícolas, lo que traería aparejado un poderoso desarrollo de todas las ramas de la industria alimenticia", es decir, la proletarización sin remedios de la clase campesina, que es lo que se busca—sin conseguirlo—en la URSS desde el 25 de octubre de 1917.

Aguitprop. *Otdel Aguitatsii i Propagandi:* Sección de Agitación y Propaganda y, por extensión, miembro de dicha sección al que se llama también *aguitator*. Con el tiempo, ese personaje ha llegado a constituir la versión burocratizada según moldes stalinianos de aquellos "agitadores profesionales" de los tiempos heroicos a quienes Lenin había apodado "bacterias de la revolución". Organo de expresión del *Aguitprop* es la publicación trimensual *Bloknot Aguitatora,* que solamente en Moscú distribuye 170.000 ejemplares.

Apparat. *Aparato:* Conjunto de la organización del Partido que cubre con su red el Estado, la administración y la sociedad hasta sus rincones más apartados.

Cosmopolitismo. Contrario del internacionalismo, por extraño que ello parezca. En efecto, el cosmopolitismo se confunde con el capitalismo y el imperialismo, puesto que es una "actitud reaccionaria, antipatriótica, burguesa, que hipócritamente considera el mundo entero como la patria, negando el valor de las culturas nacionales y el derecho de las naciones a una existencia independiente..., ideología del imperialismo norteamericano, que aspira a la dominación mundial" (*Diccionario de la Lengua Rusa,* Moscú, 1952), mientras que internacionalista es quien hace coincidir los valores de su patria con los de la URSS (ver *Komintern*).

Cheká. *Chrezvichainaia Komissiia:* Comisión Extraordinaria. Designación primitiva de aquella asociación de beneficencia que, a través de oportunos cambios de etiqueta, no ha hecho más que superarse a sí misma, perfeccionando sus métodos (ver GPU, OGPU, NKVD, NKGB, MVD, MGB).

Dosaaf. *Dobrovolnoe Obshchestvo dlia Sodeistvia Armiy, Aviatsiy i Flota:* Asociación Voluntaria para la Cooperación con el Ejército, la Aviación y la Marina. Organización de preparación militar y de entrenamiento paramilitar que agrupa a 30 millones de varones y de mujeres de catorce a cuarenta y cinco años y sustituye al antiguo *Osoaviajim* (Asociación para la Defensa de la Aviación y de la Guerra Química).

Fashizm. *Fascismo:* Después de haber servido para designar hasta 1945 a los regímenes encabezados por Mussolini, Hitler, el Mikado y Eamon De Valera, la expresión se ha vuelto más elástica; desde entonces califica indiferentemente al "enano de la Casa Blanca" (Truman), al "belicista de la General Motors" (Eisenhower), a Tito (de cuando en cuando), al "sapo facineroso de Wall Street" (Foster Dulles), a los "perros colonialistas agentes del imperialismo norteamericano" (Churchill, Guy Mollet, Attlee y Adenauer), y a todo parroquiano que rehusa insertarse en el Movimiento Pro Paz. Jamás se le aplica a

Mendes-France, Aneurin Bevan, Neheru y Nasser. Es sinónimo de barbarie. Así, el freudismo es una de esas "filosofías idealistas que, necesariamente, conducen al fascismo y a la barbarie", si hemos de creer a la Academia Checa de Ciencias (*Lidove Noviny* del 21 de noviembre de 1951).

Gosbank. *Gosudarstvenniy Bank:* Banco de Estado. Al descubrir un buen día que, aún en régimen socialista, el dinero sigue siendo un elemento indispensable de toda transacción financiera y económica, el *Politburó* se encontró en la necesidad de fundar dicho Banco de Estado, que, desde entonces, funciona según las normas más estrictas de presupuesto y de balance anual que han hecho la gloria de las instituciones similares en que se sustenta el podrido mundo capitalista. Stalin, que había inaugurado su carrera de "revolucionario profesional" asaltando el Banco de Tiflis, fué el muy burgués fundador del *Gosbank;* su titular más ilustre ha sido el compañero Nikolai Bulgánin, primero chekista y luego mariscal y primer ministro de la URSS.

Gosplan. *Gosudarstvenniy Plan:* Plan de Estado e, indiferentemente, *Gosudarstvennoe Planirovanie,* Planificación Estatal. Organismo cuyos dictámenes en materia económica constituyen la base irreemplazable del capitalismo de Estado en vigor en la URSS tras el velo de la llamada "dictadura del proletariado", aún cuando dichos dictámenes resultan inaplicables, como sucedió con el VI PQ, interrumpido después de dieciocho meses de funcionamiento catastrófico.

Gpu. *Gosudarstvennoe Politicheskoe Upravlenie:* Administración Política del Estado; nombre asumido por la *Chekà* en su primera transformación (ver esta voz).

Gl. *Gueneralnaia Liniia:* Línea General. Interpretación dogmática de las teorías de la Escuela (Marx, Engels, Lenin). Constituye la prerrogativa exclusiva de la dirección moscovita del comunismo internacional y, aun cuando varíe a menudo en función de los intereses o de los caprichos de los jefes de la empresa, es obligatoria para todos los afiliados por encima de sus opiniones personales, si es que las tienen: quienes las tienen y rehusan abandonarlas son, o bien ejecutados (Bujárin, Kámenev, Trotskiy, Slansky, Clementis, etc.), o bien encarcelados (Gomulka, Imre Nagy, etc.), o bien expulsados (Marty), según se encuentren de uno u otro lado de la Cortina de Hierro. Stalin ha sido el dueño más versátil de la "línea general", especialidad que el ciudadano N. S. Jrushchov parece haber heredado.

Gulag. *Glavnoe Upravlenie Laguerei:* Administración Superior de los Campamentos. Se trata, por supuesto, de campamentos que, por ser de "reeducación por el trabajo" o de "trabajo reeducativo"—*ispravitelniy trud*—aparecen en la legislación soviética como entidades esencialmente humanitarias. Lo comprobaremos fácilmente a condición de tener presente que: 1.° El MVD (ver *Chekà*) es el organismo encargado de su reclutamiento; 2.° Sus huéspedes realizan el 14 por 100 de las obras públicas previstas por el *Gosplan,* producen el 20 por 100 de la madera de construcción y extraen el 40 por 100 de los metales no ferrosos utilizados en la industria soviética y el 94 por 100 del oro que sirve a la URSS para comerciar con el capitalismo podrido (pero productor de bienes que Rusia no detenta). La población de los campamentos *Gu,* según los cálculos más ranozables, oscila entre 8 y 15 millones de almas, variación determinada, no por el mayor o menor número de delincuentes, sino por las necesidades económicas del momento, en las que ocupan su lugar las amenazas de desocupación. Esta población está compuesta en su inmensa mayoría por "delincuentes políticos", lo que proporciona una idea bastante exacta de la popularidad de que goza el Sistema. Compárese con los 33.000 detenidos que hubo en la Rusia zarista en el momento de máxima tensión, esto es, cuando la revolución de 1905-1906, y téngase en cuenta que solamente 5.000 de ellos eran delincuentes políticos.

Istoriia. *Historia:* Siempre se escribe con mayúscula porque, en la URSS, la Historia ocupa el lugar de Dios (que se escribe con minúscula). "La Verdad Histórica está con nosotros." Por vías de consecuencia, quien no está con nosotros está en el infierno; esto es, "es la basura de la Historia" y está "en el canasto de desperdicios de la Historia", como afirma a menudo la prensa soviética hablando de Nicolás II, de Adolfo Hitler, de Truman, de Chang Kai-shë, del presidente Eisenhower y del canciller Adenauer, sin olvidar algún que otro Guy Mollet. Así considerada, la Historia sólo puede expresarse por metáforas, ya que, como el Yahvé de los hebreos, semejante divinidad no puede nombrarse

sin infinitas precauciones: así se habla de "Ley férrea del desarrollo histórico", de "Rueda inexorable de la Historia", de "Camino de la Historia, que sólo tiene un sentido", de "Alumbramiento doloroso del nuevo orden histórico", etc., etc.

Kim. *Kommunisticheskiy Soiuz Molodiozhi:* Juventud Internacional Comunista, o Internacional de la Juventud Comunista. Organización "disuelta" al mismo tiempo que el *Komintern* y ventajosamente reemplazada después de la segunda guerra mundial por los "Festivales de la Juventud", cuyo propósito es convencer a la incauta adolescencia de los países burgueses del inmarcesible pacifismo de los rusos... y reclutar de este modo a algún que otro agente que actúe—no tan incautamente ya—en el podrido mundo capitalista con vistas a acelerar los tiempos del "Alumbramiento doloroso del nuevo orden histórico".

Koljoz. *Kollektivnoe Joziaistvo:* Economía Colectiva y, por extensión, granja colectiva, entidad que pertenece—nominalmente—a la comunidad rural que en ella trabaja, por supuesto que voluntariamente. Los *koljozi,* fundados por los *sovjozi,* para dar un término definitivo a la propiedad campesina, no parecen haber logrado su objetivo, que era desterrar de Rusia al "gusanillo de la propiedad privada", puesto que, después de la segunda guerra mundial, los ciudadanos Dzhugashvili y Jrushchov pretendieron fundirlos en *agrogorodi* concebidos como medio para proletarizar finalmente al campesino (ver *sovjoz,* MTS, *agrogorod*).

Kominform. *Kommunisticheskaia Informatsiia:* Información Comunista. Organismo fundado en 1947 y disuelto —formalmente—en 1956; medio de control, más policial que político, de la central moscovita sobre los PC de la Cortina y del mundo libre (operación anti Benès, excomunión de Tito, ejecución de Rajk, Slansky y otros "desviacionistas", expulsión de Marty, etc.).

Komintern. *Kommunisticheskiy Internatsional:* Internacional Comunista o Tercera Internacional: "Es internacionalista aquel que está dispuesto a defender a la URSS sin reservas, sin titubeos, sin condiciones, porque la URSS es la base del movimiento revolucionario mundial, y porque es imposible defender y hacer progresar este movimiento sin defender a la URSS", afirma Stalin en el tomo X de sus *Obras completas* (Moscú, 1949), lo que resulta bastante sutil (ver Cosmopolitismo y Patriotismo).

Komsomol. *Kommunisticheskiy Soiuz Molodiozhi:* Unión de las Juventudes Comunistas. Al miembro de esta asociación—varón y mujer de catorce a veintiséis años—se le llama *komsomolets.* Su tarea es "educar a la nueva generación en el espíritu del comunismo" (*Bolshevik,* julio de 1952), es decir, "avergonzar y, si es menester, denunciar a los trabajadores desganados, ausentistas o chapuceros", como puntualiza H. Hodgkinson en *Doubletalk. The Language of Communism,* Londres, 1955. El número de los *komsomoltsi* gira alrededor de los 20 millones, y su órgano de expresión ideológica es la *Komsomolskaia Pravda,* la Verdad del Komsomol.

Kulak. *Puño:* Expresión que, desde siempre, sirve en Rusia para designar al campesino acomodado, lo que proporciona una idea precisa acerca del concepto en que la gente tiene su generosidad. A partir de la revolución, la palabra *kulak* sirvió para estigmatizar a todo habitante del campo de quien los comunistas querían desembarazarse por uno u otro motivo, sin que ello, por lo demás, tuviera ya nada que ver con su mayor o menor tacañería: "Liquidación de los *kulaki* como clase". Justo es subrayar que, para Stalin y los ejecutores de sus voluntades, *kulak* era todo campesino libre, ya sea rico porque era rico, ya sea pobre pero sospechoso de querer volverse rico (ver MTS).

Mgb. *Ministerstvo Gosudarstvennoi Bezopasnosti:* Ministerio de Seguridad del Estado. Designación asumida en 1946 por el NKGB (ver esta voz) cuando los comisariados del pueblo se transformaron en ministerios, como en el odiado mundo capitalista (en 1951, el MGB se fundió en el MVD). Brazo armado de la Policía política, esto es, de Stalin, que en ella asentaba su poder, tenía jurisdicción sobre los 500.000 hombres de las fuerzas de seguridad y de vigilancia de las fronteras, pasadas en 1953 a las dependencias del ministerio de Defensa a consecuencia del asunto Beriia, a la espera de que un nuevo Jefe Genial les devuelva su autonomía para volver incuestionable su genialidad. Su titular más ilustre fué el mayor general Abakumov, ejecutado en diciembre de 1954 como "sapo fascista" y "espía capitalista". En su seno se criaron hombres como los generales Kruglov y Serov, conocidos por su filantropía.

Minindel. *Ministerstvo Inostrannij Del:* Ministerio de Asuntos Exteriores. Designación asumida en 1946 por el *Narkomindel* (ver esta voz).

Mir. *Paz, Mundo y Comunidad rural,* indistintamente. Que, en ruso, la palabra *mir* asuma significaciones tan distintas inclina a formular algunas reflexiones: un pueblo que se maneja con homónimos tan poco matizados puede verse tentado de hacerlos coincidir estrechamente, lanzándose, por ejemplo, al asalto del mundo para insertarlo en su propia comunidad e imponiéndole su propia concepción de la paz. No nos extrañaremos, pues, si el expansionismo soviético se expresa en el "Movimiento Pro Paz" que, teniendo en cuenta esas homonimias, muy bien podría significar "Movimiento para la Conquista del Mundo". Así asume todo su sentido el aforismo staliniano dado como ejemplo por el *Diccionario de la Lengua Rusa* (Moscú, 1952): *"Mi stoim za mir i otstaivaem delo mira"* (estamos por la paz y defendemos la causa de la paz), sobre todo si tenemos en cuenta que la expresión *mirovaia voiná,* guerra mundial, podría significar igualmente "guerra pacífica", guerra emprendida, claro está, para la instauración de la paz (soviética) en el mundo. De este modo resulta clara la amenaza, formulada en Radio Praga el 17 de enero de 1951, por el escritor checo Frantisek Kubka: "Acabaremos a golpes de paz con los que buscan la guerra" (citado por H. Hodgkinson, *Op. cit.*).

Mts. *Mashinno - Traktornaia Stantsiia:* Estación de Máquinas y Tractores: "Nuestro Partido encontró en los MTS una forma de relaciones económicas que hace posible combinar con precisión los intereses de las granjas colectivas con los del Estado", afirmaba Radio Moscú el 2 de abril de 1954. Ello significa que dichas estaciones constituyen un poderoso medio de presión para doblegar el "espíritu reaccionario y pequeñoburgués de los campesinos". Según lo que el mismo Stalin dijo a Churchill—que lo relata en el tomo IV de su *Second World War*—, la mecanización del campo a base de MTS tuvo por complemento, "muy difícil y muy duro, pero necesario", la "exterminación de 10 millones de campesinos" (ver *kulak*). Señalemos que el MTS—siempre manejado por "activistas" del partido—es la base de la proyectada eliminación definitiva del "gusanillo de la propiedad privada" por el camino del *agrogorod* (ver esta voz).

Mvd. *Ministerstvo Vnutrennij Del:* Ministerio de Asuntos Internos. Denominación asumida en 1946 por el NKVD (ver *Cheká,* GPU, OGPU, NKVD, NKVB). Desde 1917, los titulares más ilustres de esta institución, que cambia de pelo, pero no de maña, han sido los nobles polacos Dzerzhinskiy y Menzhinskiy, Iágoda, Iezhoz, Beriia y el no menos bondadoso Kruglov.

Mvt. *Ministerstvo Vneshnei Torgovli:* Ministerio de Comercio Exterior. Especialidad del ciudadano Anastasio Mikoián, que la heredó del ingeniero Leonid Krassin y, desde hace treinta años, la utiliza para hacer brotar divisas fuertes de los terrenos más áridos, esto es, transformando en dólares, maquinaria y alimentos los bienes que el pueblo ruso produce para mayor comodidad de la oligarquía del Kremlín. Por cuya razón, mientras se fusila sin miramientos a un filósofo como Bujárin y a un policía como Beriia, se rodea de privilegios y de comodidades a un hombre como Mikoián, ya que la Academia Soviética de Ciencias no encontró aún el medio para fabricar genios de la finanzas.

Narkomindel. *Narodniy Komissariat Inostrannij Del:* Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores, transformado en 1946 en *Minindel.* Sus titulares más ilustres han sido León Trotskiy, Chicherin, Litvínov, Mólotov y Vishinskiy; sus hazañas más espectaculares, el tratado de Rapallo, la política de seguridad colectiva, el pacto Hitler-Stalin, la conquista del corazón del presidente Roosevelt, la atomización de las Naciones Unidas, la estrategia de la guerra fría, el "espíritu de Ginebra", etc., a la espera de catástrofes mayores.

Nep. *Novaia Ekonomicheskaia Politika:* Nueva Política Económica. Experiencia de relativo relajamiento social con la que, entre 1921 y 1927, los dirigentes soviéticos pudieron proceder a la creación de las bases no ya del socialismo, sino del capitalismo de Estado, tal como empezó a organizarse a expensas de la sociedad rusa, con la política de los Planes Quinquenales y de la colectivización agraria.

Nkgb. *Narodniy Komissariat Gosudarstvennoi Bezopasnosti:* Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado (ver MGB).

Nkvd. *Narodniy Komissariat Vnutrennij Del:* Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos (ver *Cheká,* GPU, OGPU, MDV).

Ogpú. *Obiedinionnoe Gosudarstvennoe Politicheskoe Upravlenie.* Denominación asumida por el GPU (ex *Cheká*) antes de transformarse en NKVD.

Patriotizm. *Patriotismo:* Aun cuando los términos sean casi idénticos en es-

pañol y en ruso, esta palabra puede figurar en este lugar porque asume en Moscú un sentido muy distinto del que se le da en el mundo libre. En efecto, cuando para nosotros, pequeñoburgueses trasnochados, patriotismo es aquel sentimiento, a veces pasional, que nos ata indefectiblemente a la tierra en que hemos nacido y donde descansan nuestros muertos —*terra patrum*—; cuando para nosotros, por razones que la razón ignora, "la patria siempre tiene razón", incluso cuando no la tiene; para los teóricos del marxismo, "en nuestro tiempo, solamente los partidos comunistas y los de trabajadores, adheridos a los postulados del marxismo-leninismo, sustentan y difunden ideas patrióticas", ya que "es imposible amar a la patria, servir sus intereses y defender su soberanía sin luchar por la humanidad de los trabajadores de todos los países y por la amistad de la Unión soviética y de las Democracias Populares". Y ésta es la razón por la que, desde 1917, "distinguir—aunque sólo sea por un segundo—entre patriotismo e internacionalismo es correr el peligro de caer en el nacionalismo burgués o en el cosmopolitismo burgués"; y esto lo dijo un general, cierto es que checoslovaco, lo que explica algunas cosas, que responde al nombre de Alexej Cepicka, ministro de Defensa del Sr. Gottwald, citado por el *Glasgow Herald* del 15 de marzo de 1951 (ver Cosmopolitismo y *Komintern).*

Piatiletka. *Quinquenio* y, por extensión, Plan Quinquenal. Como en la Unión soviética todo obedece a las normas de la lógica más estricta, el ejemplo que dan los diccionarios rusos para ilustrar esta palabra es el siguiente: *Piatiletka v chetire goda,* esto es, realizar el plan quinquenal en cuatro años.

Politburó. *Politicheskoe Biuró:* Oficina Política (del Comité Central del PC de la URSS). Organismo creado en marzo de 1919, tras propuesta del humanitario conde Félix Dzerzhinskiy, por razones de "mejor control", y transformado en *Praesidium* del mismo Comité Central en octubre de 1952 por el XIX Congreso del partido. Según Stalin, es "el organismo más alto, no dentro del Estado, pero sí dentro del Partido, y el Partido es la fuerza más alta dentro del Estado", lo que constituye una disquisición bizantina—talmúdica, si se prefiere—para afirmar sin afirmarlo, pero afirmándolo de todos modos, que dicho *Politburó* o *Praesidium* es el órgano administrativo supremo en que se concentra la suma del poder y de la infalibilidad, entre todos los órganos creados en la URSS para mayor comodidad del dictador. En treinta y cinco años de vida (1919-1954), el *Politburó* comprendió solamente cuarenta miembros, de los que siete habían fallecido de muerte natural y diecinueve de muerte violenta (los demás, eliminados por las buenas).

Politruk. *Politicheskiy Rukovoditel:* Instructor Político. Designación de los comisarios políticos de las fuerzas armadas soviéticas, cuyo título oficial fué luego *Zamestitel Politicheskim Delam,* suplente para asuntos políticos. Este personaje, más bien siniestro, creado en 1917 durante la "dictadura" del inefable Kérenskiy, ha sido el agente del partido dentro de las unidades militares para ahogar toda tentativa de bonapartismo por parte de los soldados profesionales o, más simplemente, para establecer listas de oficiales no convencidos del todo de la genialidad de la conducción staliniana. Se recluta generalmente en las filas de la Policía política. Comisarios políticos ilustres han sido el mariscal Bulgánin, luego primer ministro de la URSS; el finado Andrei Zhdánov, teorizador supremo del "realismo socialista" y fundador del *Kominform,* y el compañero N. S. Jrushchov, ahora primer secretario del PC de la URSS y candidato al cargo de Jefe Genial del pueblo trabajador. Víctimas igualmente ilustres: los mariscales Tujachevskiy, Blujer, Iegorov, Gamarnik (y 5.000 oficiales más) y, último en el tiempo, el mariscal Zhukov (ver *Pompol).*

Pompol. *Pomoshchnik po Politicheskim Delam:* Asesor para Asuntos Políticos. Designación del *Politruk* a partir del comienzo de las hostilidades germanorrusas. El cambio de nombre no hace nada al asunto, puesto que, en el seno de las fuerzas armadas rusas (y satélites), el *pompol* es tan odiado como el *politruk* y el *zampolit* (ver esta voz).

Praesidium. Ver *Politburó.*

Profintern. *Profsoiuzniy Internatsional:* Internacional Sindical. Organo obrero de la Tercera Internacional, con ramificaciones en el mundo entero y propósitos más subversivos que profesionales, cuando sus cuadros superiores no se dedican pura y simplemente al espionaje, al atentado y al sabotaje.

Proletkult. *Proletarskaia Kultura:* Cultura Proletaria. Si bien el término designa ahora la forma intelectual del "desviacionismo de izquierda", por cuanto considera que el estilo no tiene importancia y que el "realismo socialista"

es una forma demasiado rebuscada del arte, es obvio que en la URSS—Estado basado en la "dictadura del proletariado"—la verdadera cultura sólo puede ser proletaria. Cierto es que no resulta del todo cómodo descubrir qué es lo que en Moscú se entiende por "cultura socialista" y aun por cultura a secas y cuáles pueden ser en realidad las condiciones exigidas para ser considerado como hombre culto. En semejante caso es aconsejable buscar una definición del término a partir de su contrario, en este caso, de lo inculto o *nekulturniy:* "El epíteto *nekulturniy*—aclara Edward Crankshaw en el *Observer* del 30 de marzo de 1952—cubre un sinnúmero de faltas, que van de las más espectaculares, como beber agua de colonia, hasta llevar un paquete por la calle siendo oficial del Ejército".

Ravnopravie. *Igualdad:* Esta palabra no merecería mencionarse aquí si, como sucede con muchas otras, no asumiera en la URSS derroteros algo, digamos singulares. La Constitución Stalin, en vigor desde 1936, y señalada por su mismo inspirador como "la más democrática del mundo" especifica en su artículo 123: "La igualdad en derechos de los ciudadanos de la URSS, sin distinción de nacionalidad y de raza, en todos los campos de la vida económica, pública, cultural, social y política, es una ley inmutable". Pero Lenin había dicho: "Nosotros queremos abolir las clases, y en eso propugnamos la igualdad. Pero la afirmación de que queremos hacer a los hombres iguales entre sí es una frase vacía y una estúpida mentira de los intelectuales" (tomo XXIV de las *Obras completas).* Asimismo, en 1934, Stalin había afirmado: "El marxismo no entiende por igualdad la nivelación de las vidas y necesidades individuales, sino la abolición de las clases" (Relación ante el XVII Congreso del PC). ¿Constituye, pues, el artículo 123 un mentís inferido por el ciudadano Dzhugashvili a sus propias afirmaciones de dos años antes y a las de su maestro? En ningún caso, puesto que, en 1952, el mismo ciudadano volvía a proclamar: "El marxismo parte del supuesto de que los gustos y las necesidades de los hombres no son, ni podrán ser, idénticas en calidad o cantidad, ni durante el período socialista, ni durante el período comunista". Ya que, como anda repitiendo Iván Ivánovich desde 1917: "En Rusia, quien dice A, dice B", y, como decía el príncipe Dondukov a Alejandro de Battenberg, que vacilaba en otorgar una constitución a los búlgaros: "¿Por qué no? Si las constituciones están hechas para ser violadas..."

Rabkrin. *Rabochaia i Krestianskaia Inspektsiia:* Inspección de Obreros y Campesinos. Organismo de supercontrol sobre el mundo del trabajo, creado en 1919 como medio de presión y de depuración permanente a expensas del personal técnico y administrativo de la industria y de la agricultura no perteneciente a las organizaciones del partido. Puesto bajo la autoridad de Stalin, el *Rabkrin*—o RKI—sirvió para extender la dictadura del aparato—es decir, de Lenin y, luego, del mismo Stalin— hasta los rincones más apolíticos de la sociedad, y resultó eficacísimo para "montar" los grandes procesos contra el llamado "partido industrial" en el comienzo de los años 30.

Razvedupr. *Razvedechnoe Upravlenie:* Servicio de Informaciones. Designación del servicio de Inteligencia de las fuerzas armadas.

Realismo. No se trata, por supuesto, del realismo que dió su merecida gloria a la novelística francesa de la pasada centuria, aun cuando, según parece, el ciudadano Dzhugashvili haya sido un gran admirador de Balzac. En la Unión soviética, el realismo para ser verdadero debe ser socialista y se llama, pues, *sotsialisticheskiy realizm.* El realismo socialista es algo incómodo de definir, porque, dentro de su cuadro general, sus matices varían al ritmo de las fluctuaciones de la "línea general", lo que, en los momentos de menor presión, permite a los matices—no siempre realistas ni socialistas—salir de dicho cuadro general, como sucede con las ollas igualmente a presión. Momentos como éstos los ha habido, muy pocas veces por lo demás, en varias oportunidades en que el Poder político tenía que tirar lastre por la borda para no hundirse en el pantano de sus propias contradicciones. El más reciente ha sido el de la lucha por la sucesión consecutiva a la muerte de Stalin. Pero, a partir del momento en que el ciudadano Jrushchov se ha sentido más seguro, vale decir, cuando se ha sentado en el sillón dejado vacante por el georgiano, el "realismo socialista" ha vuelto a irrumpir en el mundo intelectual soviético con la delicadeza de un carro armado de 50 toneladas en una tienda de porcelanas. El "realismo socialista" ejecuta este tipo de irrupción cada vez que el Estado se encuentra en la necesidad de imponerse drásticamente a la sociedad a la que los escritores tienen que

contribuir a "ablandar". Ello sucedió a partir de 1928, cuando Stalin emprendió su política de superindustrialización y de colectivización, con lo cual, a Iesenin y a Maiakovskiy no les quedó más remedio que suicidarse; a partir de 1935, cuando el mismo ciudadano se lanzó en la política de la Gran Purga, cuyo resultado fué, en el plano intelectual, la eliminación de escritores como Pilniak, Babel, etcétera; a partir de 1957, cuando Jrushchov consideró llegada la oportunidad para transformarse a su vez en Jefe Genial, obligando al silencio al poeta Borís Pasternak al impedir la publicación de su novela *El Doctor Zivago,* o reduciendo a las humillaciones de la autocrítica al escritor Vladímir Dudintsev al desencadenar ataques feroces contra su novela *No sólo de pan...* Justo es reconocer que si tiene sus víctimas, el "realismo socialista" también tiene una abundante falange de *supporters:* baste citar los nombres de personajes como Alexei Tolstoi e Iliá Erenburg, aun cuando el más consciente de los "realistas socialistas" parece haber sido el músico Sergio Prokofiev, que se las arregló para morir el mismo día que Stalin y de la misma enfermedad. El realismo socialista, que consiste en acomodar las letras y las artes a las necesidades de la llamada "realidad soviética", es, en rigor, la adaptación de toda actividad intelectual a los supuestos, cambiantes pero categóricos, de la política interior y exterior del Kremlín, puesto que "refleja histórica y concretamente la realidad en su desenvolvimiento revolucionario", como puntualiza *Pravda* en su edición del 25 de mayo de 1954.

Religión. Según los comunistas, superestructura del hecho económico, es decir, medio empleado por las clases opresoras para volver más completa la "alienación" del pueblo trabajador. Según Marx, "la religión es el opio del pueblo"; según Lenin, es una "cocaína espiritual"; según Stalin, es "irreconciliable con el socialismo". Ello es decir que todos los medios son buenos para destruir esa superestructura creada por relaciones económicas pecaminosas, que son las de la organización tribal, feudal y capitalista. Entre estos medios no ocupa lugar indiferente la ejecución en masa de sacerdotes y de fieles, como ello se dió en Rusia entre los años 1917 y 1921, cuando Lenin encontró ese método ejemplar para volver efectiva su tesis de la separación de la Iglesia y del Estado, método que ha sido empleado luego en varias oportunidades, aun cuando parece haber desaparecido a partir del año 1941, cuando el ex-seminarista Stalin descubrió que solamente la Iglesia Ortodoxa podía ayudarlo a confeccionar el mito de la "Unión Sagrada" que necesitaba para agrupar a todos los rusos contra los alemanes. Desde entonces, el furor *antirreligioso* del Kremlín parece dedicar el conjunto de sus recursos a la lucha contra el catolicismo romano, al que se ha aplicado en los países de la Cortina los métodos aplicados en Rusia durante la guerra civil, como lo muestran la destrucción de la Iglesia Uniata de Ucrania occidental, la eliminación de las comunidades latinas de Rumania, Bulgaria, Galitsia y Lituania y procesos como los de los cardenales Mindzsenty y Stepinac. Sin embargo, para los comunistas, la religión sigue siendo una cocaína espiritual, porque "científicamente" es inconciliable con el materialismo dialéctico, base ideológica del socialismo, y se recomienda a los militantes recurrir a medios no ya violentos, sino "científicamente" convincentes, para persuadir a los fieles de su error, esto es, como dice la *Enciclopedia Soviética,* en el artículo "Propaganda antirreligiosa", mediante "una amplia campaña de instrucción científica de las masas populares, organizando conferencias sobre ciencias naturales y combatiendo constantemente las supersticiones y prejuicios religiosos". Ya que, como había declarado en junio de 1947 el entonces presidente del Soviet Supremo, Kalinin: "Consideramos que la religión es una falacia", pero "no perseguimos a nadie por cuestiones religiosas". Lo que indica muy claramente que, para el Kremlín: 1, emprender nuevas persecuciones contra la Ortodoxia es peligroso, puesto que el pueblo ruso sigue siendo religioso, pese a cuarenta años de propaganda "científica"; 2, para seguir hacer creyendo a los rusos que el Occidente imperialista—asesorado por el belicismo vaticano, claro está—se prepara para atacar a la patria rusa, la colaboración con el Patriarca es mucho más eficaz que la destrucción de las iglesias. Señalemos que en los países occidentales de Europa y de América el comunismo no combate al catolicismo, le "tiende la mano" para que colabore con él en la "lucha patriótica para la defensa de la paz y de la independencia nacional" contra el imperialismo americano. En los países de la Cortina, como dice el Patriarca Alexei, aparentemente jefe de la sección religiosa del *Kominform* o de su

actual sucedáneo: "El Papa y sus confederados son enemigos de todos los cristianos..., niegan a Cristo y trafican con sus principios divinos"; en el resto del mundo o, más exactamente, por doquiera donde los católicos tienen importancia en la vida política, son "hermanos aunados con nosotros en la tarea de salvaguardar la paz".

Salchichón. *Táctica del Salchichón:* expresión forjada por Matías Rákosi para señalar al partido comunista magiar el método que había que seguir para eliminar uno tras otro a sus "compañeros de camino" de los partidos burgueses que en el comienzo habían abierto a dicho PC, prácticamente inexistente en Hungría, las avenidas del Poder. Por lo demás, se trata de un método constantemente empleado—con éxito—desde 1917, incluso en Rusia, donde, después de haber colaborado con elementos "progresistas" del grupo menchevique y del partido socialista revolucionario, Lenin se las arregló para descartarlos del Poder, eliminándolos tajada tras tajada, como se hace con un salchichón para comerlo. Este procedimiento, a partir de Yalta, fué empleado en Rumania, Polonia, Hungría y Checoslovaquia. Las víctimas más ilustres de la "táctica del salchichón", ejemplar por el éxito que la ha acompañado, fueron el rey Miguel y sus "compinches" liberales, el Sr. Mikolajczyk, el "presidente" Zoltán Tildy, los Dres. Benès y Masaryk, etc. Con recordar que quien corta el salchichón generalmente se lo come, descubriremos fácilmente la suerte sufrida por la mayor parte de los "gobiernos de coalición" formados en el momento de la liberación —con beneplácito rooseveltiano y churchilliano—en los países que, luego, se transformaron en repúblicas populares. Fenómeno que está produciéndose igualmente en la llamada China Popular, con algún atraso con respecto a Rusia, pero no por ello con menor eficacia.

Samokritika. *Autocrítica:* En la religión comunista—si es que la hay, como pretenden algunos sociólogos—, la "autocrítica" ha alcanzado las proporciones de un verdadero dogma, que viene a ser el *Ersatz* materialista de nuestra confesión. Pero, mientras para los católicos la confesión es el camino del perdón y de la gracia, la autocrítica de los comunistas es a menudo la antesala del infierno, vale decir, o bien del destierro a un campamento de "reeducación por el trabajo", o bien de la pura y simple ejecución en los sótanos de la calle Lubianka mediante el procedimiento somero del tiro en la nuca. En este sentido, los Grandes Procesos de los años 1935-1938 fueron manifestaciones espectaculares de *samokritika*. "Autocríticos" más recientes aún sin ejecutar: Malenkov, Kaganóvich, Shepilov, Zhukov (Mólotov, según lo que se asegura, se ha negado hasta ahora a reconocer públicamente sus pecados contra el partido y el pueblo). Necesario es señalar que solamente los militantes tienen derecho a las aguas lustrales de la autocrítica. Los demás—es decir, los fascistas, imperialistas, colonialistas, sionistas, católicos y cualquier otro hijo de vecino no comunista—tienen que contentarse con la crítica más escueta, esto es, un juicio o una ejecución sin manifestaciones de arrepentimiento, aun cuando se los "ablande" previamente para inducirlos a reconocer debidamente su actuación de enemigos del pueblo y de agentes del imperialismo belicista, como sucedió con el cardenal Mindszenty.

Smersh! *Smert Shpionam!* ¡Muerte a los espías! Organización de contraespionaje del Ejército soviético durante la última guerra; como este servicio estaba a cargo de oficiales del NKGB, se puede adivinar con qué arte del matiz se procedió entonces a la caza de los sospechosos.

Sotsializm. *Socialismo:* Pese a su similitud, estas palabras asumen sentidos muy distintos a ambos lados de la Cortina. Para los dueños de la "línea general" moscovita, el socialismo no es un fin ideológico, económico y político en sí, como puede serlo para los Sres. Attlee o Guy Mollet, que esperan realizarlo algún día, o para los suecos y los noruegos, que, según se dice, lo han instaurado ya *ne varietur*. Para ellos, el socialismo no es más que un período de transición hacia el comunismo; en él se ha dado término a la explotación del hombre por el hombre, pero no se han reunido aún las condiciones que permitan proceder a la organización comunista. Con lo que sabemos acerca de los cuarenta primeros años de su desenvolvimiento, el socialismo aplicado en Rusia es, pues, la explotación del hombre por el Estado que se prepara a disolverse en una sociedad (comunista) sin clases, fortificándose y haciéndose cada día, si me atrevo a decir, más estatal. Mientras para el comunismo, como lo veía Marx y como lo "promete" el ciudadano Jrushchov, el tópico básico de la organización social es "a cada uno, según sus necesi-

dades", el tópico del socialismo aplicado en Moscú, tal como lo establece la "constitución más democrática del mundo", es "a cada uno según su trabajo"; un trabajo, claro está, que va del super pagado "escritor emérito de la URSS" a la prestación gratuita del involuntario huésped del "campamento de reeducación".

Sovjoz. *Sovetskoe Joziaistvo:* Economía Soviética y, por extensión, granja soviética, es decir, puesta bajo administración estatal, como si los *koljozi* fueran administrados por los campesinos (ver *koljoz, agrogorod,* MTS).

Sovnarkom. *Soviet Narodnij Komissarov:* Consejo de los Comisarios del Pueblo. Sigla caída en desuso en 1946, cuando dicho Consejo se transformó vulgarmente en Consejo de Ministros.

Sputnik. *Satélite:* El lanzamiento, en octubre y noviembre de 1957, de las lunas artificiales con las que, un poco apresuradamente, el ciudadano N. S. Jrushchov creyó llegado el momento del inevitable colapso del sistema capitalista, dió lugar a no pocos desvaríos e hizo olvidar los otros sentidos de la palabra. Aun cuando se la emplee también en sentido astronómico, la voz *sputnik* significa, en su primera acepción, compañero de ruta o de viaje (los ingleses dicen *fellow traveller),* y, entre octubre de 1917 y el mismo mes del año 1957, sirvió esencialmente para designar a quienes, a la derecha del partido comunista, encontraban en sus propios ideales "progresistas"—o en su odio por la derecha, con el cual dichos ideales siempre se confunden—pretextos suficientes para acompañar a los bolcheviques en el radioso camino del sol del porvenir. Mientras les convenga a los comunistas, los "compañeros de camino" siguen siendo amables *spútniki,* cuyo amor a la propiedad privada consideran con sonriente indulgencia. Pero, a partir del momento en que esos mismos comunistas estiman que pueden volar con sus propias alas, los *spútniki* se transforman automáticamente en agentes de la reacción, y se acaban las sonrisas. Se los elimina, pues, empezando por los menos izquierdistas, vale decir, con los más propietarios, que son los más comprometidos con el sistema capitalista. Luego se sigue con quienes se creen marxistas y lo son efectivamente en una cierta medida, pero no según el gusto moscovita, que, a partir de un momento determinado, es el único que cuenta. Se les aplica, por consiguiente, la "táctica del salchichón", no inventada, por cierto, por Matías Rákosi, puesto que pertenece en propio a Lenin y a Trotskiy, pero sí aplicada por primera vez por él en un país perteneciente al ámbito cultural de Occidente. A partir del momento en que se los encierra o se los constriñe a refugiarse en Londres, París o Nueva York, aquellos que hasta la víspera habían sido los "nobles y esforzados aliados de la causa de la Paz" pasan a pertenecer a la categoría de socialtraidores, agentes del imperialismo, espías desde siempre, sapos fascistas, etc. Recordemos, por lo demás, que en el momento mismo en que sus amores con él estaban en el cenit, el comunista, al hablar del compañero de ruta con otro comunista lo llama cínicamente *godniy idiot,* idiota útil (la expresión es de León Trotskiy, que la aplicaba a sus colegas social revolucionarios del *Sovnarkom).* Pese a la constancia con que se los elimina al término de su período de utilidad, los voluntarios siguen abundando para el empleo de *spútnik* o, si se prefiere, de *godniy idiot* o de *godniy durak* (variante admitida, aunque menos aconsejable, porque nada *kulturnaia),* y siguen abundando en todos los países del mundo libre (Mendès-France, Pietro Nenni, Aneurin Bevan y, según el señor Spruille Braden, el mismísimo Pandit Neheru). En cuanto a los otros *spútniki* —aquellos que no andan por las ramas, sino por la ionosfera—, baste decir que ha habido "pensadores" políticos — de esos que piensan de este lado de la Cortina—para descubrir que, con ese lanzamiento, "los dirigentes rusos han elevado a su país al primer rango de la civilización contemporánea" (revista *Qué,* de Buenos Aires, en su número del 15 de octubre de 1957), lo que, entre otras cosas, hace de ellos inmejorables candidatos al papel de *godniy durak,* a la espera de que a ellos también les llegue el turno de pasar por la máquina que corta el salchichón en tajadas.

Trabajo. *Trud,* y también *Rabota:* lo que es inquietante no es que existan dos palabras para expresar el concepto, puesto que nosotros también las tenemos, sino que una y otra sirvan para disfrazar una mercadería nada agradable. En efecto, el ya citado *Diccionario de la Lengua Rusa,* debido a los afanes lingüístico-culturológicos del *Gosizdat,* agrega a esas palabras los ejemplos ilustrativos siguientes: *Obshchestvenno-Neobjodimiy Trud:* Trabajo socialmente útil (ver *Gulag*); *Obshchestvennie Raboti:* Trabajos públicos (ver misma voz); *Obshchepolezniy Trud:* Trabajo de utili-

dad general (misma voz); *Trudovaia Povinnost:* Trabajo obligatorio; *Katorzhnie Raboti:* Trabajos forzados. De lo cual será lícito deducir que los ejemplos: *umstvenniy trud,* trabajo intelectual, y *literaturniy trud,* trabajo literario, deben asumir en Rusia soviética un sentido bastante particular si nos referimos a la voz "Realismo Socialista". De este modo se vuelve extraordinariamente luminoso el artículo 118 de la "constitución más democrática del mundo": "Los ciudadanos de la URSS tienen derecho al trabajo, es decir, el derecho de recibir un empleo garantizado, con remuneración de su trabajo, según su cantidad y su calidad."

Trotskismo. Término injurioso que, en régimen staliniano y post-staliniano, se aplica a todo "desviacionista" cuya actividad pone en peligro la seguridad del equipo dirigente. En otras palabras, en el término "trotskismo" se incluyen todos aquellos crímenes contra el pueblo trabajador que, de haber triunfado él, Trotskiy hubiera aplicado a Stalin, a sus secuaces y a todos los enemigos, por poco stalinianos que hubiesen sido, de su receta personal de la dictadura del proletariado.

Tsik. *Tsentralniy Ispolitelniy Komitet:* Comité Central Ejecutivo. Organo superior del PC de la URSS, que—nominalmente—asegura las tareas "reservadas" por la Constitución al Soviet Supremo mientras éste se encuentra en receso, lo que sucede durante once meses todos los años. Siempre nominalmente, el TsIK—"elegido" por el Congreso del Partido—emana de su seno a los miembros del *Politburó.* En realidad, el Comité Central es el órgano de transmisión hacia la "base" de las voluntades de dicho *Politburó* o *Praesidium.* Sus miembros, cuyo número varía según la muy curiosa e impenetrable matemática trascendental de la "línea general", son, efectivamente, personajes importantes en el aparato político del Estado soviético y gozan de amplísimos privilegios de toda índole. Pero el hecho de pertenecer al TsIK, aun cuando sitúa al feliz beneficiario muy por encima de la sociedad soviética, no le garantiza por ello una perenne incolumidad. En efecto, hasta la muerte de Stalin, es decir, de 1917 a 1953 (con especial referencia al período de la Gran Purga), siete de cada diez miembros del CC fallecieron de muerte violenta, y existen indicios poderosos de que unos cuantos más han sufrido la misma suerte a partir del fausto 5 de marzo de 1953.

Vigilancia. *Bditelnost,* palabra generalmente acompañada por el epíteto *revoliutsionnaia: Revoliutsionnaia Bditelnost,* vigilancia revolucionaria. La vigilancia revolucionaria está a la orden del día en la URSS desde el 25 de octubre de 1917 y debe relacionarse tanto con los enemigos internos (trotskistas, guardias blancos, desviacionistas de toda laya, saboteadores del esfuerzo socialista, etcétera, todos reunidos bajo la etiqueta genérica de "enemigos del pueblo"), como con los enemigos foráneos (fascistas, imperialistas, capitalistas, conspiradores burgueses, reaccionarios, clericales, etc., que encuentran su merecida definición bajo el rótulo de "enemigos de la Paz"). En la URSS y países satélites, la acusación de haber faltado a la "vigilancia revolucionaria" implica los más serios castigos, de la pérdida del empleo y, por consiguiente, de la tarjeta de alimentación, a las penas previstas por el crimen de sabotaje (en cuyo caso se cae bajo la jurisdicción de los ángeles custodios del *Gulag)* y por el de espionaje (en cuyo caso los interesados en resolver el problema son los alegres conmilitones de la organización *Smersh!).*

Vkp (b). *Vsesoiuznaia Kommunisticheskaia Partiia (bolsevikov):* Partido Comunista (de los bolcheviques) de Toda la Unión. El grupo (b) desapareció con el XIX Congreso en octubre de 1952, como para señalar al mundo: 1, que no había más enemigos del sistema y que, tras la liquidación de las clases y de los grupos enemigos, todos los rusos eran comunistas; 2, que, por haber realizado con éxito la fase socialista de su organización, la sociedad soviética se preparaba a entrar en la fase comunista de su desarrollo, es decir, en su gloriosa etapa histórica final. Bueno es recordar que, según Marx, Engels y el mismo Lenin (hasta el momento justo de su llegada al Poder, por supuesto), la manifestación clave de esta etapa histórica final debe ser la extinción del Estado mediante la constitución de la sociedad sin clases, con lo cual desaparecen las últimas contradicciones, ya no se habla de "tesis-antítesis-síntesis" y se anula el ritmo histórico mismo. Como entre el XIX Congreso y el momento actual el mundo ha asistido a la irrupción de algunas contradicciones más que han obligado a la sociedad soviética a seguir atada al ritmo histórico, es probable que, en el secreto del Kremlín, los oligarcas se

hayan visto obligados, muy a pesar suyo, a devolver su antigua vigencia al aludido grupo (b). De suerte que el Estado soviético continúa, el VKP—aunque ya no sea (b) oficialmente—sigue siendo tan "monolítico" como antes y constituye, como en los mejores tiempos, "la fuerza principal dentro del Estado" que no quiere fenecer. Porque a Stalin se le "destaliniza", pero se le acata.

Vozhd. *Jefe:* Título más temeroso que afectivo—ya que el personaje no realizaba muchos esfuerzos para suscitar el cariño de sus administrados—con el que, sin pestañear ya, los rusos designaron a Stalin a partir de la Gran Purga. Generalmente acompañado por el epíteto de genial: *Guenialniy Vozhd,* Jefe Genial, dejado vacante por la muerte del ciudadano Dzhugashvili, pero visiblemente codiciado por el ciudadano Nikita Serguéievich Jrushchov. En efecto, el 31 de enero de 1958, el mariscal Ieremenko escribía en la revista *Kommunist,* órgano del Comité Central, que el mérito principal de la victoria de Stalingrado no perteneció ni a los mariscales Zhukov y Rokossovskiy ni al mismo Stalin, como se había creído hasta la víspera, sino exclusivamente al ya nombrado N. S. Jrushchov: "Toda la labor noble hecha allí se cumplió bajo la dirección y la participación directa de Nikita S. Jrushchov, miembro del Consejo Militar para el Frente de Stalingrado y el Frente del Sureste." Con lo cual, los felices habitantes del paraíso soviético pueden esperar algunas complicaciones suplementarias. El culto del *vozhd,* o de la personalidad, tan drásticamente condenado por Jrushchov ante el XX Congreso, era solamente el culto del *vozhd*-Dzhugashvili, y semejante condena era necesaria para la instauración del culto del *vozhd*-Jrushchov: un clavo saca otro clavo, incluso en mitología.

Zampolit. *Zamestitel Politicheskim Delam:* Asesor para Asuntos Políticos (ver *Politruk* y *Pompol).*

Zhdanovshchina. Imposible de traducir con precisión absoluta, esta expresión se refiere a la política de feroz represión intelectual llevada a cabo por Andrei Zhdánov a expensas de todo aquello que en la URSS y países de la Cortina (sin olvidar los PC del mundo libre) manifestaba alguna veleidad de independencia, por leve que fuese, con respecto a la "línea general" como quería interpretarla, ese penitenciario mayor de la secta staliniana. Definidor del "Realismo Socialista" (condena de Anna Ajmatova y del "filósofo" Alexandrov) y de la "división del mundo en dos bloques irreconciliables" (fundación del *Kominform),* Zhdánov, fallecido en 1948—según se dice, víctima de las intrigas de Malenkov—, sigue siendo un personaje bastante siniestro, puesto que, para transformarse en Jefe Genial, N. S. Jrushchov está adoptando visiblemente sus métodos. La palabra *zhdanovschina* tiene, en la extraña jerigonza soviética, sentido de férrea ortodoxia doctrinal, de aislamiento cultural y de hostilidad siempre despierta contra el mundo exterior. Entre las hazañas más conocidas de Zhdánov figura la integración de los Países bálticos a la Unión soviética en 1940 y la primera deportación de sus clases dirigentes a los campamentos de trabajo de Siberia septentrional.

V

BIOGRAFICO

A) BREVE SEMBLANZA DE JRUSHCHOV[1]

Con todas las reservas del caso, a semejanza de sus biógrafos oficiales, hemos de arrancar de *Recuerdos de un agrónomo*[2], libro escrito en ucraniano que cuenta la infancia y la juventud de Jrushchov, natural de Kalinovka (Ucrania). Enumera como gracias y habilidades del joven Nikita su poco interés por la lectura, siendo invencible en su afición al *spotikache*[3], a la danza y a tocar la flauta. Aprendió el oficio de forjador en la fragua de su padre. La primera biografía oficial, aparecida en 1939, se debe a Nikola Lapko, quien le otorga cualidades de "hábil hombre de Estado y gran defensor de los intereses de la Gran Ucrania". Sus principios revolucionarios se inician tras la lectura de *Ziemlia v Volia*[4], coincidiendo con su marcha a Jarkov, donde ingresa como ayudante de tornero en la "Helférich-Sadé", fábrica de máquinas agrícolas, ganando un salario de 100 rublos al mes. En la capital, sus primos le ponen al día sobre literatura revolucionaria, pues su tío, Nikifore Jrushchov, pertenecía al partido nihilista, que perpetró el asesinato del príncipe Kropotkine. Su bautismo revolucionario lo recibió Nikita con ocasión de un mitin en memoria de Bogrov, ajusticiado en Kíev por haber asesinado al ministro Stolipin.

Otro de sus biógrafos oficiales, en un libro aparecido en 1940, agrega que, su héroe, fichado por dicha intervención oratoria, tuvo que huir a Karzan, a trabajar de tornero en "La Providencia Rusa"; luego, a Nikopal-Mariuploskiy, siendo testigo de varios progroms antisemitas. Se libró de hacer el servicio militar, en 1915, en virtud de la disposición que amparaba de ir al frente a los obreros especializados, convirtiéndose en proletario emboscado. De esta época es la semblanza que de él hace Andrievskiy: "... casquete de lana gris, abrigo corto cruzado, pantalón azul claro estilo elefante, el último grito de la moda de los urkas[5] de Odesa". Otro biógrafo de 1938 señala que en la Biblioteca de Lugansk se familiariza con los clásicos y asimila fácilmente la escritura rusa en el momento de la reforma del alfabeto.

En 1917 adquiere la etiqueta de "internacionalista" por haber hablado en un mitin contra la guerra. Toma contacto con el grupo de los socialistas revolucionarios de izquierdas, llamados los "internacionalistas rusos", frente a los "vagabundos ginebrinos"[6]. En los contactos con estos grupos basan algunos biógrafos su designación como miembro del Comité de distribución de Kalinovka, su pueblo natal. Al volver a Lugansk conoce a Voroshílov, pasando a pertenecer al Soviet de la capital. Se le nombra jefe adjunto de la sección militar con la misión de reclutar fuerzas que los guardias rojos tengan que oponer a los soldados del Atamán Kalédin. Es herido en los combates del Cáucaso septentrional, y mientras está convaleciente los alemanes ocupan Ucrania. A raíz de la batalla de Jarkov, planteada por Voroshílov, a cuyas órdenes se encontraba Jrushchov mandando el

---

[1] (N. del E.) Aunque la línea general de su actuación hacia el poder queda bien explicada en el último capítulo de este libro, hemos resumido aquí las noticias más interesantes de su vida, a fin de estructurar someramente el «preparatorio» de su línea política. Esta semblanza y el resto de este apéndice biográfico ha sido puesto al día por el editor.

[2] Vladimir Andrievskiy, oriundo también de Kalinovka.

[3] Bebida ucraniana.

[4] «Tierra y libertad».

[5] Hortera.

[6] Los partidarios de Lenin.

primer regimiento proletario del Donbass, y de la famosa retirada hacia Biélgord, el joven Nikita se afilia al partido bolchevique, abril de 1918. Deshecho el regimiento tras el tratado de Brest-Litovsk, es designado jefe de los *ziémotdiél*, sección agrícola de Kursk, donde aplicó su experiencia adquirida en el Comité de distribución. Y aquí sitúan sus biógrafos el arranque de su carrera política; iniciándose los contactos con Lenin, con motivo de haber llevado al Comisariado de Guerra los informes agrícolas de la región a su cargo. En 1919 es nombrado jefe de la Comisión extraordinaria para la frontera, y ha de hacer frente a las insurrecciones anarquistas, a las tropas de Deníkin y al pillaje. En Lozovaia salva el pellejo huyendo a la desesperada. Es nombrado comisario político de algún destacamento de hierro, que más tarde, tras la derrota de los blancos, se aglutinarán en el ejército rojo regular de Trotskiy; éste le condecora en Jarkov (1920). Más tarde cambia el ejército por la *Rabfak*[7], para seguir su formación agrícola.

Conoce a Sourkova, también aspirante a agrónomo, y se casa con ella; dos varones y una niña nacen de este matrimonio. Recibe un premio de cien rublos por un estudio sobre las cosechas alternativas. Están en el ambiente las disputas políticas para la sucesión de Lenin. Kaganóvich, como Secretario general del PC ucraniano, llega a Kíev para rematar los focos trotskistas de la región, haciéndosele difícil su labor por su ascendencia judía; pero allí está Jrushchov, "polemista, joven y enérgico, de origen proletario", quien queda investido propagandista del Comité Central en su región. Por diferencias con Shripnik, sucesor de Kaganóvich, ingresa en la Academia Industrial, haciéndose cargo de la célula[8] del PC. Hacia 1929, y tras una carta a Kaganóvich, marcha a Moscú a ampliar estudios, ingresando en la Academia "José Stalin", con idéntica misión política que en Kíev; ascendiendo a secretario del distrito de Krasnaia-Priéssnia, el barrio más "podrido" de la capital. Conoce a Mólotov, a Leo Makailovitch, redactor jefe de *Pravda;* a Kuibishev, Mikoián, Ordhzonikidze, Kalinin, Kirov... "y Voroshílov se alegra mucho de ver en Moscú a un camarada de la guerra civil de Ucrania".

En este puesto de secretario de distrito, cuyo nombramiento fué firmado por el propio Stalin en 1932—siempre según sus biógrafos—, debutó con una depuración masiva de las células del mismo; dicha depuración venía a ser el remate de otra más general que se había realizado por orden de Kuibishev, por lo cual quedó excluído del partido un 25 por 100 de comunistas de la capital. Eran las vísperas de los grandes procesos; el trabajo se hace intensivo en la Lubianka; se suicida la mujer de Stalin, Nadiejda Aliloneva; por orden del nuevo secretario del distrito son detenidos más de 500 "traidores" en Krasnaia-Priéssnia. Al año siguiente se le traslada al distrito de Baumann; se le ve por el Museo politécnico, por el Instituto Marx-Engels-Lenin y otros centros de cultura. Días antes del asesinato de Kírov se le nombró segundo secretario del Comité del PC de la villa de Moscú, circunstancias ambas que le encarrilarán hacia la alta política.

Algunos miembros del Politburó, donde se planteó el asunto de la detención y juicio de Bujárin, Tomskiy y Ríkov, se opusieron a propuesta de Stalin de acabar inmediatamente con los "enemigos". Kozior, Tchubar, Pastichev y Petrovskiy, Ordhzonikizde y Mikoián votaron contra la propuesta del Secretario general; Kalinin y Voroshílov se abstuvieron, votando a favor solamente Kaganóvich y Mólotov. Stalin respetó la voluntad de la mayoría, pero se acordó que, para el futuro, sería conveniente aumentar el número de miembros del Politburó. En la relación, los siguientes nombres: Malenkov, Jrushchov, Zhdánov y Andrew; con lo que ya está Nikita orientado hacia las primeras instancias. Simultáneamente a esta designación de "probable", pasa en 1935 a segundo secretario de la región de Moscú, adjunto del primer secretario Kaganóvich. Este fué nombrado supervisor de las obras del "Metro" de Moscú; Bulgánin, director general de su construcción, pues

[7] Especie de Instituto para obreros.

[8] Esta Academia (la antigua Escuela Superior de Comercio de Kíev, con sus dos facultades: tecnológica y económica) contaba con unos 3.000 estudiantes, estando afiliados al PC unos 700.

era alcalde de la capital, y Jrushchov, comisario político de las obras. Aquí nació la intimidad que, veinte años más tarde, originaría el bloque político "B" y "K". Por entonces le es asignada a Nikita su correspondiente *datcha*[9], denominada *Léléka*[10], situada en la carretera de Riazán, a veinticinco kilómetros de Moscú. El año 1937, el de la Gran Purga, Jrushchov es designado miembro suplente del Politburó, debutando en dicho nuevo cargo como enviado especial para la depuración en el Cáucaso septentrional: le acompañó a Rostov el coronel de la NKVD, Iván Serov. Por su actuación fué calificado como el depurador número uno, imponiéndosele, además, "la orden de Lenin".

A finales de 1937, el separatismo ucraniano hubo de ser reconsiderado por el Politburó. Kaganóvich embarcó a Nikita: "... el camarada Jrushchov es ucraniano; enviándole a él, no podrán decir que los centralistas y los judíos matamos a los provincianos de Ucrania; no debemos dar semejante arma de censura a nuestros enemigos..."[11] Así quedó Jrushchov designado secretario general del CC del PC ucraniano. También le acompañó Serov. Nikita, sigue Alexandrov, ejecutó brillantemente la operación, procurando el clima de un verdadero golpe de Estado. Esta escena se volverá a repetir en 1953, cuando se decida la detención de Beriia; y será el mismo Serov, ya general, quien, con Moskalenko, comandante de la región de Moscú, realice el golpe.

Durante la guerra patriótica 1941-1945 fué nombrado presidente del Comité de Defensa de la región de Kíev; su misión consistió en ayudar al mariscal Budionniy a contener a la Wehrmacht para dar tiempo de destruir la presa del Dnieprogress sobre el Dnieper. En los preparativos de la batalla de Stalingrado hizo su gran amistad con Koniev, que tanto le serviría catorce años después. Estuvo presente en la animosidad entre Rokossovskiy y Zhukov, defendiendo a este último ante el mismo Politburó contra las denuncias del primero y apoyándolo en su idea de la desaparición provisional del comisariado político. Al reconquistar los alemanes Jarkov, Jrushchov es enviado a la región de Voronov y, juntamente con Koniev, prepara el ejército de las estepas. A raíz de la guerra es nombrado jefe de gobierno de Ucrania, superando el de secretario general del partido en dicha región, y en tal tiempo y categoría desarrolla su programa agrario: destrucción de las ciudades atrasadas, electrificación de la agricultura, centralización de los *koljozi*. Con la instauración de esta política agraria en Ucrania llega Jrushchov hasta 1949, en que viene a sustituir a Andreev y a Benediktov por el fracaso de las brigadas en los *koljozi*, aplicando su plan en la región de Moscú, donde concentra en 1.200 los 7.000 que existían; arrasa más de 500 poblados y traslada a sus habitantes a la "Ciudad moderna del socialismo triunfante".

Todo esto, "unido al carácter simpático del ucraniano", hace que sea tenido en cuenta ante la reorganización del CC del PC que se avecina. Stalin designa su equipo para el nuevo Comité Central: primer secretario, Malenkov; segundo, Nikita Jrushchov, y a su cargo la dirección de la política agrícola; tercero, Miguel Suslov, responsable de la prensa, propaganda y las relaciones con los partidos políticos extranjeros (esto último bajo el control de Molotov); cuarto secretario, Pospelov, que lo había sido de la región de Moscú; quinto, Ponomarenko; sexto, Andriéanov; séptimo, Ignatov, y octavo, Ignatiev. Finalmente, un viaje con Stalin por la región agrícola de Moscú.

Jrushchov, al exponer su ambicioso proyecto para el desarrollo de la agricultura soviética, llegó a decir: "... se trata, ni más ni menos, de roturar treinta millones de hectáreas en la región de Kazakhstán para los cultivos suplementarios de cereales, y aumentar hasta veinte millones de hectáreas en un período de tres a cinco años los cultivos de maíz con el que alimentar la futura "cabaña soviética".

---

[9] Chalet.
[10] Cigüeña.
[11] V. Alexandrov: «L'Ukrainnien Khrouchtchev».

La muletilla propagandística cumplió su objetivo; pero el embrollo se produjo cuando un agrónomo de oficio, experto en tal cultivo, le replicó que esta gramínea exige un clima propio, y que las isotermas propias de las latitudes siberianas delimitan inexorablemente el área de sus siembras. Nikita no se amilanó, llegando a responder: "Produciremos maíz, sin matizar por ahora su destino. No es preciso que llegue a sazonarse, y las bestias comerán los granos y los tallos"[12].

"De acuerdo—dijo el agrónomo—. Pero es necesario encerrar en silos los tallos; y no existe en toda la URSS tal cantidad de silos. Se construirán; bien..., pero con los tallos verdes el maíz no se puede cosechar en el norte, a no ser mediante un aumento de la temperatura, y sólo se conseguirían de tres a cinco millones de hectáreas... ¿y el resto hasta los veinte?" Pero Jrushchov insistía: "En América se alimenta el ganado con tallos de maíz recién extraído. Nosotros podríamos, igualmente, sembrar maíz incluso en la misma Tundra ártica; y, si necesario fuera, calentaríamos la tierra con rayos infrarrojos." Lo cual equivalía a adoptar para dicha región una práctica huertana de pura artesanía. El verborreico aspirante a secretario general no cuidaba los detalles, aspiraba a su popularidad únicamente, e imbuído hasta la médula por el virus de la propaganda soviética, mantenía aún vivo el antiguo postulado de Lenin: *El buen propagandista será aquel que sepa hacer vibrar más violentamente a las gentes, sin importar el medio que utilice; ha de hacerlas creer que en la URSS no existe nada imposible y que la técnica del estado socialista logrará vencer todas las dificultades; incluso a las leyes de la naturaleza.* Y de esta manera, repetida en cuantas ocasiones se le presentaron, consiguió Jrushchov, aprovechando la confusión política forzada por el caso Beriia, emerger sobre la centena de miembros del Comité Central y llegar, en agosto de 1953, a primer secretario del PC de la URSS.

Otro recurso utilizado por Jrushchov fué la publicación de una orden por la que "de ahora en adelante los miembros del partido no podrían ser detenidos (ni aún en el caso de un delito común) sin una autorización previa del C del P al que pertenecieran". Tal situación, que existía desde los tiempos de Lenin, fué suprimida por Stalin a raíz del asesinato de Kirov, en 1934. Pero Jrushchov necesitaba también el calor del hombre de la calle; para éste anunció la publicación del Código Penal que, entre otras medidas, establecía: "la restitución de garantías en los procedimientos judiciales; presencia de un abogado en los juicios; disminución de penas por delitos "contrarrevolucionarios" (culpas que habían elevado hasta el escalofriante porcentaje del 75 por 100 de los internados en campos de trabajo); establecía un indicativo de urgencia "para revisiones de causas políticas menores".

Pero esto no era todo, ni siquiera suficiente. Quedaba el "rabo por desollar"; se hacía inminente la cuestión de romper con el pasado. Había llegado el momento de la destalinización. La ocasión fué el XX Congreso del PC. (Ver págs. 589 y ss.)

B) GOBIERNO[1] PARTIDO PRAESIDIUM

De acuerdo con la teoría política al uso, la URSS se rige mediante un sistema doble: Gobierno-*Praesidium,* por un lado, y partido, por otro; éste sirve de engranaje, aquél decide. Según Lenin "deberá existir la más perfecta correlación entre nuestro cerebro (gobierno) y nuestro cuerpo (partido)." El gobierno, siempre teóricamente, recibe la autoridad política del mismo soviet local, representado en aldeas, pueblos, ciudades, etc., por campesinos, labradores, trabajadores de todo tipo, hasta el Soviet Supremo, o reunión de diputados, elegidos por "votación

[12] Alexandrov, V.: Op. cit., XIII.

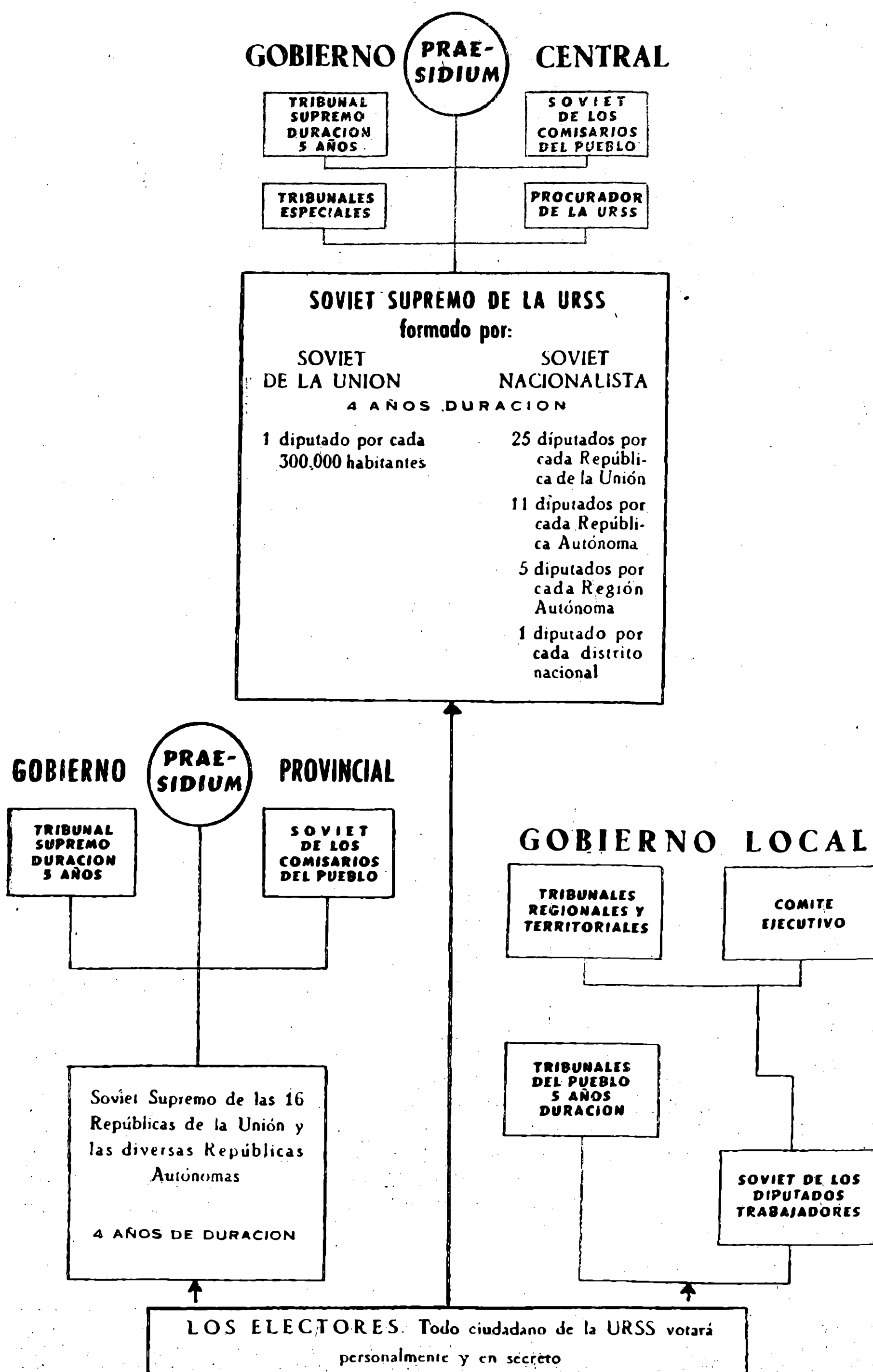
[1] Al modo occidental, en la URSS existe, al lado del «Praesidium», un gobierno, consejo de ministros o gabinete, en el que pueden figurar algunos miembros de aquél como ministros.

secreta y libre". La edad para emitir voto es la de dieciocho años, sin especificación de oficio, clase, vida, sexo, nacionalidad o raza. Según el último censo, más de 1.500.000 fueron votados para los puestos de los soviet locales, habiendo pasado de 120.000.000 el número de votantes. Aunque la propaganda no cesa de repetir la palabra "libertad" cuando habla de elecciones, el derecho a votar ha de ejercerse únicamente sobre candidatos designados previamente por el PC. El cuerpo legislativo de más categoría es el Soviet Supremo (1.347 diputados), compuesto, a su vez, por el soviet de la URSS, propiamente dicho, con sus 708 diputados, y el soviet de las nacionalidades; los diputados de estas dos cámaras son elegidos de modo directo, a razón de uno por cada 300.000 habitantes; se reúnen dos veces al año, reciben una gratificación de mil rublos mensuales y, además, gastos de viajes y dietas [2]. La proporción de diputados es como sigue: cada república, veinticinco; república autónoma, once; región autónoma, cinco; y región provincial, uno. Veintitrés años es la edad mínima para ser candidato. El Soviet Supremo cuenta con su propio *Praesidium*, compuesto por dieciséis miembros y los presidentes de las repúblicas. El poder ejecutivo emana del consejo de ministros, o gobierno, presidido actualmente por Voroshílov, en calidad de Jefe de Estado, ya que el primer ministro actúa con la máxima categoría dentro y fuera de Rusia. La denominación de "ministro" es moderna (del tiempo de la reforma Stalin en 1946); anteriormente se titulaban comisarios. El número de ministros en la época citada excedía de los cincuenta; actualmente no llega a los veinte, conservando un matiz técnico, preconizado por Jrushchov. Los componentes del actual gabinete son:

Alexei Kirichenko.
Frol Koslov y Anastas Mikoián (viceministros primeros, adjuntos del primer ministro).
Dimitri Ustinov (encargado de las industrias de defensa).
Alexei Kosigán (ministro de la industria ligera).
Josiv Kuznin (presidente de la Comisión de Planificación).
Alexander Zazyadko (encargado, adscrito al anterior).
Andrey Gromyko (ministro de Asuntos Exteriores).
Iván Serov (presidente del Comité de Seguridad del Estado).
Rodión Malinovskiy (ministro de Defensa y Fuerzas Armadas).
Arseny Zverev [3] (ministro de Finanzas).
Nikolai Dudorov (encargado de Asuntos Interiores).
Ivan Kavanov (encargado de Comercio Exterior).
Nikolai Mihdailov (ministro de Cultura).
Maria Kovrigina (ministro de Sanidad).
Vladimir Kotskevich (ministro de Agricultura).

Este conjunto de gobernantes, compuesto con gran abundancia de técnicos, viene a ser una prolongación del *Praesidium*, pero siempre controlado por éste, quien otorga los nombramientos simplemente a efectos representativos. Así podemos ver que Gromyko, por ejemplo, cuya personalidad es más conocida fuera que dentro de Rusia, ha sido designado ministro de A. E. sin pertenecer al *Praesidium;* lo mismo sucede con Malinovskiy, ministro de Defensa, o con Serov, presidente del Comité de Seguridad del Estado, cuyos nombramientos parecen obedecer a necesidades de relleno, y su función a la de comparsas. Aquí es conveniente tener en cuenta que la influencia de cada miembro gubernamental está en razón directa de la importancia o categoría concedida a la plataforma (sector o instancia) que tal miembro capitanea o controla dentro del partido.

[2] El número de mujeres diputados entre los dos «sovieti» asciende a 350.
[3] Zverev fué también ministro con Malenkov, y en febrero de 1955 presentó el proyecto de presupuesto general para el año correspondiente. Los presupuestos generales (hasta el total) de la URSS, deben ser sometidos al Soviet Supremo para su aprobación, actuando de ponente en este caso el presidente del Consejo, auxiliado por un técnico, miembro efectivo del CC.



Organigrama del aparato de gobierno (teórico) soviético.

El PC de la URSS [4], o, simplemente, partido, sigue el mismo procedimiento del sufragio universal para elegir a sus jefes; desde la célula al Comité Central, a través de fábricas, barrios, poblaciones, regiones y congresos. El Congreso general del PC, que debe celebrarse cada dos años, llega a convocar hasta 1.355 delegados, representantes de todos los PC de la URSS, los cuales son elegidos mediante el voto de 5.000 electores cada uno. De estos congresos debe salir, teóricamente, el Comité Central, quien a través de su *Praesidium*, constituye en verdad la máxima autoridad soviética. El CC salido del XIX Congreso, celebrado en 1952, reunió 125 miembros principales y 111 suplentes; aunque fueron bajas 15 efectivos y 5 suplentes (de los cuales siete fusilados: Beriia y sus cómplices). Siempre, no obstante, el número de miembros efectivos debe ser de 125, ya que las bajas son reemplazadas automáticamente por los suplentes; son los que deciden, votan y aprueban; los suplentes son miembros sin voz ni voto. El CC actual, nacido del XX Congreso, aumentó sus miembros efectivos hasta 133, y 122 suplentes. Las reuniones son secretas y la publicación de sus acuerdos ha de someterse a la aprobación general. Sin poseer, oficialmente, la categoría ejecutiva del gobierno o del *Praesidium*, sus miembros son los que, en verdad, rigen la gobernación de la URSS. Desde él se vigilan los principios ideológicos; se preocupan de que no aparezca "herejía" política alguna en los discursos o en la propaganda (razón por la que casi nunca coinciden las versiones rusas con las occidentales); todavía *Pravda* se sigue llamando el órgano del Comité Central; controlan las directrices técnicas aplicadas a la industria o a la agricultura; justifican "virajes" colosales, aunque haya de escribirse de nuevo la Historia...

El actual *Praesidium* del Comité Central del PC de la URSS está compuesto por los siguientes miembros; efectivos y *suplentes*:

Aristov, Averkiy [5]	55 (1957)	Kovrigina, Maria	45 (1957)
Belyayev, Nikolai	53 (1957)	Kusinen, Otto	67 (1957)
Brezhnev, Leónid	52 (1957)	Kuzmin, Josif	48 (1957)
Bulgánin, Nikolai (?)	63 (1946)	Mazurov, Kiril	57 (1957)
Furtseva, Katerina	48 (1957)	Mikoián, Anástas	63 (1935)
Ignatov, Nikolai	59 (1957)	Mukhitdinov, Nurítdin	43 (1956)
Jrushchov, Nikita	64 (1938)	*Mzhavanadze*, Mikhail	50 (1957)
Kalnbérzin, Iván	48 (1957)	Pervukhin, Mikhail	54 (1957)
Kirichenko, Alexei	56 (1952)	*Pospelov*, Piotr	60 (1957)
Kirilenko, Andrei	51 (1957)	Shvernik, Mikhail	69 (1939)
Korotchenko, Demyan	62 (1957)	Suslov, Mikhail	55 (1947)
Koslov, Frol	49 (1957)	Voroshílov, Kliment	77 (1926)
Kosygin, Alexei	53 (1957)		

La directriz unificada, o única, Gobierno-*Praesidium*, termina, según hemos visto, con la muerte de Stalin; la segunda etapa se caracteriza por el sometimiento del *Praesidium* (político) al gobierno (técnico). Es el interregno por la sucesión; momento en que Jrushchov ha de ceder frente a las presiones del bloque Malenkov-Mólotov. Pero al cabo de cuatro años, con la "operación Jrushchov-Zhukov", se terminó el monopolio del gobierno sobre el partido, comenzando la tercera etapa. Al ser reelegido en junio de 1957 un nuevo *Praesidium*, quedaron superadas todas las marcas del mando atribuído al PC, ya que la oficina política del CC (secretariado), definida como

[4] Las últimas estadísticas daban el número de 7.200.000 afiliados, de los cuales más de 6.000.000 han adquirido la condición de distinguidos, quedando el resto como aspirantes. Las estadísticas señalan que los comunistas vienen a representar algo menos del 4 % de la totalidad de los habitantes de la URSS; para las juventudes se cita la cifra de los 30.000.000 de afiliados, con lo que la totalidad de comunistas de número en Rusia llega difícilmente a representar el 25 % de la población (otras estadísticas del PC, en la página 290).

[5] La primera cifra corresponde a la edad de cada uno de los citados, miembros del «Praesidium», en 1957; la de entre paréntesis, al año de su designación. Hacemos notar que Pervúkin fué designado miembro efectivo a finales de 1957, coincidiendo con la «baja» de Bulgánin, ocurrida en la misma fecha, por motivos de salud.

organismo técnico y ejecutivo del mismo, en virtud de la mayoría de miembros con que contaba en el nuevo *Praesidium*, supeditaba los acuerdos de éste, a pesar de ser el más alto órgano legislativo, a las actuaciones de los secretarios. Por un lado Aristov, Brezhnev, Belgaev, Furstseva, Ignatov, Kirichenko, Kusinin, Mukhitdinov, Shvernik, Suslov y Jrushchov mantenían su política del partido como altos funcionarios y secretarios que eran del mismo; por otro, aparentando un frente económico-burgués, Bulgánin, Koslov, Mikoián y Voroshílov. La doctrina volvió a encontrar su cauce, adquiriendo nuevamente la antigua fuerza teórica, pues los supervivientes de los primeros tiempos Shvernik, Voroshílov, Mikoián y el mismo Jrushchov, otorgaban, con su presencia en el nuevo *Praesidium*, cierta confianza de que no se pretendía romper con el pasado, a pesar de los "nuevos tiempos" y las "nuevas tareas"; confianza equivalente a popularidad entre el pueblo, "demostrada" en las elecciones de 1958. Tal popularidad parece derivarse de la vieja costumbre que obligaba a todos los miembros del *Praesidium* a presentarse como candidatos a diputados honorarios del Soviet Supremo en unión y apoyo a los nuevos candidatos presentados por los distritos. El grado de popularidad a que puede llegar un miembro del *Praesidium* queda evidenciado por el número de distritos que lo han propuesto. En las dos últimas elecciones los coeficientes se manifestaron así:

1954		1958	
		Jrushchov	84
Malenkov	50	Voroshílov	31
Jrushchov	43	Mikoián	23
Mólotov	40	Kirichenko	18
Voroshílov	22	Suslov	15
Kaganovich	15	Shvernik	14
Bulgánin	11	Brezhnev	13
Mikoián	11	Aristov	13
Saburov	9	Ignatov	10
Shepilov	8	Furtseva	10
Pervukhin	7	Mukhitdinov	7
		Belyayev	7
		Bulgánin	4
		Kusinen	4
		Koslov	3

Tales cifras no deben entenderse como triunfos ante la masa de electores, sino como confianza o, más bien importancia que merecen al *Praesidium* para que éste los incluya en uno, diez, veinte, treinta o cuarenta distritos a la vez. Las fluctuaciones de Bulgánin son muy significativas; en cambio, la designación de Koslov para viceministro primero, con idéntica categoría que Mikoián, no está muy clara. Lo que no cabe duda, si tal orden de precedencia sirve para algo, es la fortaleza de la posición de Jrushchov, seguido a bastante distancia por los veteranos, y, además, apoyado por los nuevos, hechos a su imagen, semejanza y paisanaje, pues la mayoría de ucranianos en el *Praesidium* es circunstancia que no conviene desestimar.

A continuación exponemos los datos (personales y políticos), que nos ha sido posible reunir, relativos a: 1.°, actuales miembros del *Praesidium;* 2.°, otros comunistas de talla internacional, rusos o extranjeros, pero inseparables del hecho soviético.

ARISTOV, AVERKIY BORISOVICH. Nació en 1903. Empleado de correos, pasó bastantes años trabajando en varias estafetas de Siberia. Ingresó en el partido hacia 1925, distinguiéndose por su disposición para la organización administrativa. Fué secretario del PC en Cheliabinsk, Krasnoyarsk, en los Urales, en Sverdlovsk y en la región del Pacífico, Khabarvsk. Esta labor ininterrumpida como secretario le procuró una especialidad y un conocimiento de las personas que luego le aprovecharían ante la burocracia de las primeras instancias. Al ampliar Stalin el número de miembros del

Praesidium, octubre de 1952, Aristov fué designado miembro efectivo, y, si sufrió destalinización en 1953, se le repuso totalmente a mediados de 1957. Anteriormente en 1955, presidía la Comisión de Asuntos Exteriores del Soviet Supremo de la RSFSR. Miembro influyente en el *Praesidium* de la hora Jrushchov, consiguió para Siberia cierto aflojamiento del centralismo, ejercido por Moscú, en beneficio de la tesis federalista.

BELYAYEV, NIKOLAI ILICH. Oriundo de Siberia, ha sido jefe del PC en Altai, ciudad al norte de Kazakhstán. Figura regional, no se le conoce en Moscú hasta 1940. Especialista en agricultura, actúa cerca de Jrushchov como primer diputado de la Oficina del PC en lo relacionado a organización en la RSFSR. Viaja a Bulgaria (1955) presidiendo una delegación soviética, y el 1957 es nombrado jefe del partido en Kazakhstán. Gran "discurseador", su slogan isleño es muy popular en Rusia: "se ha de conseguir, dice Belyayev, que las naciones de Rusia, China y todos los pueblos que viven bajo la esperanza socialista, lleguen a vivir como verdaderos hermanos presididos por el ideal soviético, hasta lograr una *monolítica isla* en el mundo para defenderse de los países capitalistas",

BENEDIKTOV, I. Ministro de Agricultura, de la URSS, y anteriormente de la RSFSR. Descendiente de ucranianos, Jrushchov lo sacó de la India, donde estaba de embajador, para que le auxiliase a reestructurar la agricultura soviética, en 1957. Siempre que tiene ocasión declara: "sólo soy un servidor del socialismo".

BOBROVNIKOV, N. Actual alcalde de Moscú, sucedió a Mikhail Jasnov, cuando éste fué designado presidente del Consejo de ministros de la RSFSR. Es de notar que la alcaldía de Moscú ha venido siendo buena plataforma para ascensos políticos (recuérdese el caso Bulgánin). Bobrovnikov es un hombre dinámico, vivaz, lo que contrasta con su enorme corpulencia.

BREZHNEV, LEONID. Sus antepasados, aunque rusos, procedían de Moldavia, donde se inicia su carrera política como secretario del PC. Tras un urgente aprendizaje político en Ucrania, fué designado secretario político y jefe del partido de la república de Kazakhstán, cargos que ha desempeñado hasta hace poco; también formó parte de la sección política del Ministerio de Defensa. Designado miembro del *Praesidium* en 1956, lo fué efectivo al año siguiente, cuando Jrushchov llamó a su lado a los personajes con evidente representación en las repúblicas federativas. Se le considera como político provinciano, pero tenaz y practicón, habiendo llegado a Moscú por la labor de aclimatación para la producción agrícola realizada en la región de Kazakhstán y en el sur de Siberia. Condecorado con la orden de Lenin.

FURTSEVA, KATERINA. Nació en 1910 en la región de Kalínin, de familia de trabajadores textiles. Una de las pocas mujeres políticas soviéticas, y la única que hasta ahora ha ingresado, como miembro efectivo, en el *Praesidium.* Aficionada a la aviación, asiste a la Escuela Oficial, llegando a instructora. Ingresa en el Instituto de Técnica y Química y se licencia a los 31 años. Está casada con Nikolai Pavlevich Tirjuvin, con el que tiene dos hijos, hombre importante en el partido, y actual embajador en Yugoslavia. Políticamente, se afilia al *Konsomol* en 1924, y pasa al partido en 1930, hasta que en 1952 es elegida candidato del CC; dos años después, primer secretario del PC de la ciudad de Moscú. Ha visitado París y Londres; y ha acompañado a Jrushchov a Sofía, Pekín y Praga. Presidió la reunión especial del 31 de octubre de 1957, convocada especialmente para "tratar" del asunto Zhukov.

GROMYKO, ANDREY. Nació en 1909, en Gromkiy, localidad de Rusia Blanca. Alumno del Instituto de Economía de Moscú, fué después profesor del mismo. Sustituyó a Litvínov como embajador de Wáshington en 1943, asistiendo a las conferencias de Dunbarton Oaks y San Francisco. Jefe de la delegación soviética al inaugurarse la ONU, en 1945. Su nombre suena más en el mundo que en la propia Rusia. En 1956 fué designado miembro del Comité Central; sustituyó a Shepilov como ministro de Asuntos Exteriores.

IGNATOV, NIKOLAI. Llega a la vida política importante al ser nombrado secretario

del PC de Voronezh, Krasnodar, Gorkiy y, finalmente, Leningrado. En los tiempos de la guerra fría fué designado por Stalin candidato a miembro del *Praesidium*. Particularmente apto para los asuntos de organización, Jrushchov le hizo efectivo el nombramiento, designándole colaborador íntimo para cuestiones de programación socialista; más que pensador, viene a ser definidor, el "adjetivador" del partido.

KALNBERZIN, IVAN. Personaje poco conocido, fué nombrado miembro suplente del *Praesidium* a mediados de 1957. La última actuación política de importancia que se le reconoce es que actuó en Riga, durante varios años, como secretario general del PC. Es descendiente de letones.

KIRICHENKO, ALEXEI ILLARIONOVICH. Nació en un pueblo cerca de Poltava (Ucrania) en 1908. Su padre perteneció al ejército zarista. Apenas salido de la escuela empezó a trabajar como aprendiz mecánico; luego ferroviario, llegando a oficial tras su paso por la escuela de tractores y la fábrica de motores Kherson; posee el título de ingeniero agrónomo, que, juntamente con la de transportes, constituyen sus dos especialidades. Residió en Odesa, ocupando la secretaría del PC ucraniano a partir de 1947. Diputado de la URSS desde 1930, fué nombrado miembro del *Praesidium* en 1952. Visitó Bucarest, presidiendo la delegación rusa al segundo congreso del partido obrero rumano, y París con ocasión del último congreso del PC francés, acompañado de Suslov.

KIRILENKO, ANDREI. Ucraniano de nacimiento, es técnico industrial, habiendo llegado a profesor. Como político, fué secretario del PC en Sverdlovsk y en Dnepropetrovsk; en junio de 1957 es designado miembro suplente del *Praesidium*. En su haber cuenta la organización y funcionamiento de las células comunistas en los centros industriales citados, de acuerdo con la nueva fórmula Jrushchov.

KOROTCHENKO, DEMYAN SERGEYEVICH. También es ucraniano. Se le calculan unos sesenta años, y está considerado como uno de los viejos bolcheviques con influencia todavía. Fué obrero manual. Stalin le designó miembro efectivo del *Praesidium*, perdiendo dicha categoría a la muerte del Jefe. Secretario general del PC ucraniano desde 1938 a 1947, llegó, a partir de esa fecha, a presidente del Consejo de ministros de esta república. Miembro suplente del *Praesidium* desde 1957.

KOSLOV, FROL ROMANOVICH. Muy joven empezó a trabajar como aprendiz en una fábrica textil; estudió en el Instituto Politécnico de Leningrado; luego aprendió el oficio de metalúrgico. Fué dirigente del *Konsomol* de su región, y protegido de Zinóviev y Zhdánov, sobre todo. No oculta su animosidad contra todo lo judío. Secretario del PC de Leningrado desde 1953, y designado miembro suplente del *Praesidium*, colaboró en el Comité Central al lado de Malenkov, siendo nombrado ministro de agricultura. Visitó Rumania. En 1957 miembro efectivo del *Praesidium* y, en abril de 1958, ministro primero, adjunto del primer ministro, en la misma categoría que Mikoián. Anteriormente había sido jefe del gobierno de la RSFSR.

KOSYGIN, ALEXEI NIKOLAYEVICH. Nació en 1905 en Moscú, de familia proletaria. Se sabe que trabajó de capataz en una fábrica textil. Nombrado alcalde de Leningrado en 1938, a los cuarenta años fué miembro del Consejo de ministros de la URSS; siendo el miembro más joven del *Praesidium*, entre efectivos y suplentes. Individuo importante de la "aristocracia de los técnicos", mantuvo en su mano las jefaturas de industria ligera, industria textil y finanzas. Aunque protegido de Zhdánov, no le afectaron las purgas del "caso Leningrado", en los años 1948-49, llegando, incluso, a presidir la RSFSR. Presidente también del Comité ejecutivo del *Gosplan*, desde donde volvió al *Praesidium*, tras haber sido expulsado a la muerte de Stalin. Visitó Inglaterra en 1955 en calidad de técnico industrial. Fué nombrado ministro en abril de 1958.

KOVRIGINA, MARIA. La actual ministro de sanidad, o de la salud, como se titula su departamento, es doctor en Medicina. Miembro efectivo del *Praesidium*, desde abril de 1957. Visitó EEUU por motivos puramente profesionales, a raíz de ser nombrada ministro, en abril de 1958.

KUSINEN, OTTO. Otro de los antiguos bolcheviques. Nació hacia 1881 en Leningrado. Partidario con Trotskiy de la revolución comunista mundial, es un teórico del viejo movimiento internacionalista. Nombrado secretario del *Komintern* en 1921, se ha mantenido hasta 1939. Fué gobernador de Helsinki durante la guerra ruso-finesa, llegando a Presidente del gobierno de Karelia. Reconocido como hombre de la acción directa.

KUZMIN, JOSIF JOSIFOVICH. Nació en 1910, haciendo las primeras letras en la escuela de Leningrado; trabajó en una fábrica de máquinas, luego en otra de armamentos en Moscú, ascendiendo a secretario del partido en dicha zona industrial. Protegido por sus superiores, tuvo ocasión de estudiar hasta hacerse ingeniero, especializándose en la construcción de maquinaria agrícola, en la órbita del *Gosplan*. Delegado en el XX Congreso, se le asigna a la Comisión central de cuentas, y, elegido, secretario del Comité especial del Soviet Supremo, tuvo a su cargo la revisión que legisla la reorganización industrial de la URSS. Jrushchov le nombró en 1957 Presidente del *Gosplan* y colaborador directo de Kozigin; desde esta época pertenece al *Praesidium;* ministro en abril de 1958. Es el ejemplo típico del técnico soviético.

LATSIS, VILIS. Nació en 1904, en Riga, hijo de pescadores. Aunque inclinado a la literatura, hubo de trabajar de maderero, pescador, marino, etc. *El hijo del pescador* fué su primera novela. Después de 1940 se dedica a la política y es nombrado ministro letón de Asuntos Internos, y posteriormente Presidente cuando los Estados bálticos fueron ocupados por Rusia. Su obra más difundida es *La tempestad;* también escribió obras teatrales. Aunque letón de nacimiento, es el presidente del Soviet nacionalista. Simultanea la política con la literatura a causa de su gran capacidad de trabajo.

LIN PIAO. En la actualidad cuenta unos cincuenta años y controla absolutamente el ejército de China desde su ministerio de Asuntos militares. A pesar de ser un general de origen policíaco, está reputado como un buen estratega; su ideal es mantener la autoridad del PC sobre los militares. Presentado por Mao al PC, Lin causó sensación por su terca frialdad. Maestro de escuela, estudió en la Academia militar de Whampoa, en la época de Chang-Kai shë, sobresaliendo como ayudante del mariscal Chu The, actual jefe del ejército de China, en el levantamiento comunista en 1927; acreditándose en 1937 al repeler a las tropas japonesas. Manda en 1950 el cuerpo chino voluntario en Corea. Posteriormente ha sido nombrado quinto vicepresidente del PC, con gran disgusto del secretario general actual, Teng Shiao-Ping. Es el jefe del ejército de invasión sobre Formosa.

LOVANOV, PAVEL PAULOVICH. Nació en 1902, pero no figura en el partido hasta 1927. Ingeniero agrónomo, fué designado Presidente de la Academia de Ciencias agrícolas, en sustitución de Lisenko, y comisario para el mismo fin en 1938; también es diputado del Soviet Supremo por el distrito de Siberia. Recientemente, además de Presidente del Soviet, desempeña un cargo en la Presidencia del Consejo para la aplicación de la energía atómica a la agricultura. Visitó Irlanda como delegado de la comisión soviética agrícola.

MAZUROV, KIRIL. Sin ninguna nota de relieve, sólo se sabe de él que es secretario del PC granrusiano (Bielorrusia), y que en 1957 fué nombrado miembro suplente del *Praesidium*, circunstancia de notar, ya que es el primer bielorruso que asciende a las primeras instancias.

MIKOIÁN, ANASTAS. Nació en Sanain, localidad de la región de Tiflis, de ricos mercaderes. Con una buena formación juvenil, ingresó en el Seminario Teológico Armenio de la capital, donde se graduó, en 1915, pero sin llegar a ordenarse. En los primeros tiempos de la revolución fué nombrado secretario del PC de Bakú, con actuaciones importantes en la guerra civil. Hecho prisionero por los ingleses, fué sentenciado a muerte, salvándose en el último momento por intercesión de antiguos compañeros. Comerciante por tradición y vocación, no hay que olvidar que es armenio y poseedor de una gran sagacidad, ha variado bruscamente en algunas ocasiones

el concepto y las directrices del mercado soviético. Superviviente de los viejos bolcheviques, fué candidato en 1926 al *Praesidium,* y miembro efectivo en 1935. A partir de entonces es diputado, ministro de abastecimientos, agricultura y, finalmente, de comercio. Actualmente es, con Koslov, primer adjunto del primer ministro. En 1957 presidió una misión comercial a Alemania, siendo recibido por Adenauer.

MUKHITDINOV, NURITDIN AKRAMOVICH. Nació en 1917, en una localidad de la comarca de Uzbek; hijo de *kulaki.* Se afilia al partido en 1942, consiguiendo cinco años después el puesto de secretario del PC de Samarkanda. Ingeniero agrónomo, se ha especializado en el cultivo algodonero. Nombrado Presidente del gobierno de Uzbek, realiza su política del algodón a los treinta y cuatro años. Presidió la comisión rusa que asistió, en 1956, en Pekín al VIII Congreso del PC chino. Es diputado del Soviet de las nacionalidades por el distrito Namangan, y del Soviet Supremo por el de Uzbek, y, además, vocal de la comisión de hacienda y presupuestos de la URSS. En el *Praesidium* ocupa el puesto que tenía Zhukov. "Con el *Korán* en una mano y el *Kapital* en la otra, este comunista musulmán, dice Jrushchov, redimirá a los 400 millones de mahometanos que viven miserablemente entre Dakar y el mar Amarillo."

MZHAVANAZDE, VASILI. Natural de Georgia, de donde es secretario general del PC. Miembro suplente del *Praesidium* desde 1957. Versado en cuestiones de política interior, su especialidad es la "vigilancia".

PERVUKHIN, MIKHAIL. Nació cerca de Cheliabinsk, comarca de los Urales, el año 1904, hijo de un herrero. Vendedor de periódicos, ingresó muy joven en el partido. Aficionado a la electricidad, destaca en esta especialidad y en química. A los 35 años es miembro del CC. Ingeniero y constructor de maquinaria, fué ministro de energía eléctrica e industria química, y alentó el desarrollo de las experiencias atómicas. Es diputado del Soviet Supremo, candidato al *Praesidium,* y jefe de las delegaciones a Alemania, Finlandia y Polonia. Ultimamente ha sido designado miembro efectivo en sustitución de Bulgánin.

PONOMAREV, B. Es el agente del PC mirando hacia el exterior. Su especialidad consiste en vigilar las relaciones y actuaciones de los PC del extranjero entre sí y con la URSS. Su control está dirigido particularmente hacia los países del este de Europa; casi siempre acompaña a Jrushchov en sus viajes al extranjero.

POSPELOV, PIOTR NIKOLAYEVICH. Nació hacia 1898, en Konáko (Kalinin). Asistió a la escuela de Tver, afiliándose muy pronto al partido bolchevique, que le nombró secretario de la sección textil. Amplió estudios en el Instituto rojo de Moscú, llegando a académico y profesor de Historia. Fué nueve años editorialista de *Pravda,* director del Instituto Marx-Engels-Lenin, y editorialista de *Bolshevik* durante más de veinte años, puestos que ocupó sin la menor interferencia, a pesar de las "purgas". Profesor en la cátedra de Historia del Partido, en la Academia de ciencias sociales, ha publicado numerosas obras históricas; es Premio Stalin por su *Historia de la Guerra Civil,* y del comité de redacción de la *Gran Enciclopedia soviética.* Es mantenedor perpetuo del "fuego socialista" en los aniversarios de Lenin; en cuya última ocasión desarrolló el tema de la "abominable América". Ha realizado también estudios sobre política europea, especialmente dedicados a Alemania y Polonia; visitando, en misiones culturales, Varsovia, Berlín, Sofía y Praga. Aunque puede considerársele como el teórico por excelencia del PC ruso, sólo es miembro suplente del *Praesidium.*

RYZHOV, NIKITA. Hijo de padres molineros, comenzó a trabajar, para procurarse una formación, a los diecisiete años en una fábrica de tejidos; después en una de tractores. Designado ministro de la Industria ligera, actualmente ocupa el cargo de embajador en Ankara. Alta en el PC desde 1939.

SEROV, IVAN A. Hijo de labrador, nació el año 1905 en la localidad de Afinskiy. Se afilió al *Konsomol* y al partido a los veinte años. Posteriormente ingresó en el ejército, graduándose en la Academia de Frunze. Fué general a los cincuenta años.

Como policía llegó hasta comisario del NKVD, y diputado del MVD. En mayo de 1953 era nombrado jefe de la sección del MVD, siendo Moskalenko capitán general de Moscú, quien leyó la orden de Bulgánin por la que "a partir de este momento las fuerzas de la policía (MVD) quedan sometidas al mando de la región militar y no al ministro del Interior (Beriia)".

SHEPILOV, DIMITRI. Nació en 1905, en una localidad próxima al mar Caspio. Quizá tenga sangre asiática; es muy moreno, grandón, con aire de poeta modernista. Formado en espíritu de equipo, su afición fué la propaganda, y su especialidad. Asimiló en breve tiempo la doctina comunista y, a través del comité de redacción de *Pravda,* llegó a ser redactor-jefe (director). Actuó como fiscal en Siberia y fué director, durante cierto tiempo, del *Agitprop.* También forma parte del comité de redacción de la *Gran Enciclopedia soviética.* Publicó libros sobre economía agrícola, y sobre economía política, uno de los cuales es texto oficial. Miembro de la Academia agrícola, de ciencias, y diputado del Soviet Supremo, y fué uno de los seis secretarios del PC. Ministro de Asuntos Exteriores durante breve tiempo, actualmente regenta una cátedra en la Universidad de Moscú, después de una temporada de destierro en la de Vladivostok.

SUSLOV, MIKHAIL ANDREYEVICH. Nació en Moscú el año 1902. De joven se afilió al *Konsomol,* logrando destacar pronto; hacia 1921 solicitó el ingreso en el partido. Asistió a la Escuela Superior de Trabajadores, en la capital, y más tarde al Instituto de Economía Internacional, graduándose. Hombre de formas untuosas, usa lentes al igual que Mólotov, y "predica" con voz engolada y ademanes de beato. Organizador de magnas campañas de propaganda, se le designó en 1947 jefe del *Agitprog.* Fué también editorialista de *Pravda* y alternó en la prensa con Shepilov. Suslov fué miembro del *Praesidium,* siendo, al mismo tiempo, tercer secretario del partido desde 1947. Se considera notable la labor de propaganda y captación desarrollada por él en los países del este de Europa. A pesar de su impopularidad, por su identificación con Stalin, sigue firme en sus puestos.

VOLIN, ANATOLI. Hijo de pescadores, nació hacia 1900; ayudándose en sus estudios con el trabajo. Hizo brillantemente la carrera de Derecho, hasta haber conseguido un notorio prestigio como abogado. Actualmente es el regulador de la Justicia en la URSS, con la categoría de Presidente del Tribunal Supremo.

YELYUTIN, V. Nació en 1908, fué metalúrgico en su juventud, cursando estudios en el Instituto Tecnológico como adulto. Persona totalmente desconocida, se le describe como hombre abierto, sincero y preocupado de su formación. Fué nombrado ministro de Educación en abril de 1957. Su carnet de comunista data de 1937.

C) EL EJERCITO SOVIETICO

Al perder sus omnipotentes prerrogativas las huestes de Beriia, el ejército ha vuelto a ocupar su originario papel, y el jefe de éste, sea cual fuere, ha recobrado su personalidad, aunque sometida al PC[1]. Zhukov destituyó a Kruglov, último ministro del interior; y de sesenta y cinco divisiones que componían los efectivos de la policía los dejó reducidos a quince, subordinados en mando y administración al ministerio de Defensa; además, sustituyó por oficiales militares superiores a

[1] En el momento actual los oficiales generales están afiliados al partido; el año 1940 se publicó una orden haciéndolo obligatorio, incluso a los procedentes del ejército zarista. Y el sometimiento del ejército al partido llega a su colmo en esta declaración de «Pravda»: «Los comisarios del ejército son los portadores del espíritu de nuestro partido, de su disciplina, de su carácter viril»; insistiendo más adelante: «El comisario del regimiento es el jefe político y moral del mismo; debiendo ser el primero en defender sus intereses materiales y espirituales. Y si el comandante es el jefe, el comisario es el padre y el alma.»

los generales de las tropas de seguridad. Y, finalmente, "las cuestiones relativas a la designación de servicios especiales de vigilancia, declaración del estado de guerra, prevenciones militares en casos de huelga u otras alteraciones de orden público, serán cuestiones a resolver por el gobernador militar correspondiente, quien deberá seguir las instrucciones del gobierno a este respecto". Con lo cual el ejército quedaba en su lugar y, al mismo tiempo, preparado para soportar pacíficamente la reforma (1956) que licenciaba a casi 2.000.000 de soldados, para ser ocupados en el nuevo plan agrícola e industrial.

Por estos licenciamientos masivos, los efectivos del ejército soviético se redujeron en un treinta por ciento, disminuyendo el número total de sus divisiones hasta 270 de las 370 que existían en 1955. Estas divisiones se distribuyen: ejército de ocupación en el oeste (países satélites), 150; Asia Menor, 50, y el resto, dividido entre las zonas militarizadas de Asia Central y la región del Pacífico. El potencial de una de estas divisiones, a pesar de haber sido reducidos sus efectivos a los 11.000 soldados, ha aumentado en un 25 por 100 merced a haberlas equipado totalmente con armas automáticas. Este mismo criterio ha sido aplicado a la infantería, procediendo a su total motorización; para independizar los movimientos de las unidades inferiores se ha llegado a la "atomización" de las compañías, creando las secciones motociclistas, denominadas "zig-zag", cuyos soldados van equipados con fusil ametrallador ligero, modelo 1955. Tan cacareada disminución de efectivos no ha afectado nada a los contingentes blindados, cuyo número de divisiones es el mismo de 1950, unas cien, con más de 35.000 tanques. La artillería se encuentra, igualmente, modernizada; sus unidades divisionarias se denominan ahora autotransportadas, formando cuerpos autónomos. Estas fuerzas no tienen nada que ver, a efectos de cuantía, con las fuerzas armadas señaladas al principio. Además, también en la artillería se está procediendo a la "atomización", mediante la creación de regimientos volantes artilleros equipados con obuses de gran calibre [3]. Un poco por romanticismo y otro tanto por evidente realismo, los soviéticos conservan su caballería: más de 30 divisiones que se reparten entre el Cáucaso, los Urales y la zona oriental de Siberia.

La aviación rusa actual ocupa un lugar preferente entre las fuerzas del ejército soviético. Aún no han olvidado el efecto tan alentador que les produjo la ayuda aérea americana (pág. 446), tanto en los mandos militares como en los combatientes o en el pueblo mismo. Por ello, actualmente, la aviación de gran bombardeo "se halla en condiciones de competir con la de USA", según el mayor-general Nathan Twinning; ahora bien, este ansia por superar a los norteamericanos en tal tipo de aviación, les cuesta a los soviéticos ceder en otros aspectos, tales como la fabricación de bombarderos ligeros y de cazas rápidos. Bastante adelantada se encuentra la fabricación de aviones supersónicos, de los llamados interceptores, cuya característica principal consiste en sobrevolar grandes alturas equipados con proyectiles dirigidos para combates nocturnos y simplicísimo mecanismo de tiro. Existe un decidido propósito para rebajar el coste de fabricación de la bomba "H", desde el primer experimento, que tuvo lugar en 1955.

La marina soviética sigue siendo un sueño para este país continental en demasía; sin costas en condiciones de ser guardadas, sin puertos, sin salida a mares abiertos, su marina de guerra es pobre; sin portaviones, la fuerza naval de combate se reduce a unos veinte cruceros ligeros, aunque bien equipados; fuerza de superficie auxiliar escasa. Ahora bien, los submarinos rusos pasan de 500 unidades, cifra de consideración; los últimos modelos (el "Schnorkel") consiguen grandes cruceros en inmersión, y se habla de un nuevo tipo "capaz de recorrer dos veces la tierra sin necesidad de salir a la superficie". Algunos de estos sumergibles van equipados con artillería atómica.

Pero con ser muchos estos elementos destructores con que cuenta el ejército

[3] Las fábricas de estas armas radican en Siberia y en los Urales, siendo la del lago Iseth la fábrica matriz, supervisada por Malychev, vicepresidente del Gobierno.

soviético, su interés se centra, desde hace un par de años, en la consecución del "arma definitiva", el "arma absoluta", como dicen ellos. El vocablo tomó cuerpo concreto tras esta definición: "una especie de proyectil balístico intercontinental que, recorriendo en vuelo una órbita situada a más de 500 kilómetros de altitud, fuese a caer sobre el objetivo con tan gran velocidad que hiciese inútiles los efectos de los aparatos interceptores". Y, puestos manos a la obra, los soviéticos consiguieron primeramente proyectiles teledirigidos a gran distancia; después, aviones "robots", parecidos al "Snark" yanqui; el "Voltchoke", que vuela más de tres mil kilómetros, pero a poca altura... Pero tanto a unos como a otros se les presiente víctimas del radar. De aquí que la búsqueda del "arma definitiva" la orienten los soviéticos hacia las enseñanzas derivadas de la V-2. Un comité, presidido por el judío Tokáiev[3], fué creado para lograr afanosamente la fabricación del proyectil intercontinental soviético. El primero fué lanzado en 1952, bautizado con el nombre de "Pobieda stalina", y habiendo utilizado el primero de los tres cohetes impulsores; luego el "Pobieda" II, y, por fin, en febrero de 1957, fué lanzado el proyectil intercontinental tipo, utilizando los tres cohetes y provisto de nuez o cono nuclear. Con tal motivo el mariscal Zhukov llegó a decir: "Ya no queda ningún lugar en el mundo donde el enemigo se pueda ocultar a nuestras represalias." Y unos meses más tarde los lanzamientos de los *Sputniki* permitieron a Moscú anunciar que la URSS había logrado el "arma definitiva", con lo cual el complejo del ejército rojo había cubierto su objetivo técnico, quedando el político para el partido, quien, por boca de Jrushchov, exigía medidas draconianas para reducir aquellos servicios nacionales considerados improductivos, llegando a plantear la conveniencia de "acelerar el ritmo de la producción para sobrepasar a los estadounidenses, por un lado, y, por otro, avalar el pacifismo de la URSS, reduciendo sus efectivos militares"; con lo que las contradicciones soviéticas adquieren nuevo perfil.

Desde febrero de 1918, en que Trotskiy, abandonando Brest-Litovsk, comenzó el reclutamiento de marineros, campesinos y soldados, para lograr el ejército como instrumento de la revolución mundial, hasta el momento presente, los soviéticos han conseguido, con sus alternativas, un impresionante aparato de guerra; capaz de superar a América por su potencial, pero asistido por un complejo industrial menos poderoso que el americano. A continuación ofrecemos los rasgos biográficos de aquellos mariscales soviéticos que, al ponerse a las órdenes de Jrushchov, han sometido tan poderoso ejército al PC.

JEREMENKO, ANDREI. Nació en la ciudad ucraniana de Markovka, en 1892, hijo de padres campesinos pobres. Hace el servicio militar en el ejército zarista; es herido y llega a sargento. Ingresa en el PC a raíz del pacto de Brest-Litovsk, siendo nombrado jefe de uno de los destacamentos de guerrilleros a las órdenes de Budionniy, que luchaban contra los blancos. Estudios en Fruncé y en la Academia política del partido. La guerra ruso-alemana le sorprende de comandante militar de Stalingrado. Se habla de su valor estoico y de su aspecto mongol. Su familia murió víctima de un bombardeo de la Luftwaffe. Cuenta, como la mejor anécdota de su vida, la visita de Stalin al frente al objeto de levantar la moral de los soldados. Asciende a mayor general tras la reconquista de Stalingrado; jefe militar de este sector y mariscal[4] en 1945. Dos veces héroe de la URSS. Partidario de Stalin, frente a los técnicos militares, intercedió cerca del jefe en favor de Voroshílov, cuando éste se hallaba en desgracia.

KONIEV, IVAN STEFANOVICH. Hijo de maestro, nace en Ladeino, en 1897. Soldado

[3] Tokáiev, a quien Serov hacía espía anglo-americano, tuvo que huir a Londres; aquí le nombraron miembro correspondiente de la «Royal Academy of Sciences»; sus declaraciones causaron (al principio) pánico en Moscú y risa en Wáshington; luego...

[4] En URSS existe el grado de «mariscal» y los referidos a especialidades: de artillería, de carros, de aviación, etc.; inferior al primero, pero por encima del mayor general (g. de ejército).

de caballería en el ejército zarista, se une al ejército rojo en 1919. Actuación en la guerra civil, es diputado del Soviet Supremo en 1927. Fidelísimo a Stalin, formó frente a Tujachevskiy en dicho proceso, siendo ascendido a general en 1941. En la guerra ruso-alemana se distinguió en las operaciones del Dnieper, y la conquista de Praga. Fué nombrado comandante jefe de las fuerzas terrestres de la URSS, en 1946. Koniev, apoyado por Mólotov, se convirtió en un elemento irreductible de las nuevas tácticas. Enemigo declarado de la reducción de efectivos, aunque lo solicitaba Jrushchov, anteponía su rigor militar a la teoría del progreso industrial. Comunista a ultranza, y militar rigorista, es puntualísimo, inflexible, y sus tropas temen siempre sus inspecciones. "Un oficial del ejército rojo sin carnet del partido, es un soldado sin fusil", viene a ser su frase favorita. Condecorado con la orden de Lenin y proclamado "Héroe" de la Unión soviética en 1945.

MOSKALENKO, KYRIL. El nombramiento de Moskalenko a coronel-general coincidió precisamente con el anuncio oficial de la muerte de Stalin, y en ese mismo momento reunió en sus manos las funciones de comandante del Kremlín, gobernador militar de Moscú y comandante de la región; los dos primeros cargos los venían desempeñando el mayor-coronel Silinov y el general Arthiemieff, respectivamente. Hijo de un comerciante ucraniano, de Berditchev (Ucrania), Moskalenko estaba de capitán en la guarnición de esta localidad hacia 1939. En su hoja de servicios figuraba una seria censura del PC en un periódico local, condenando su actuación, contraria a la conducta comunista. En 1940, Jrushchov le designó adjunto del comandante militar en Kíev. Participó en las batallas de Uman, Jitomir y Kíev. Fué herido, y condecorado por Budionniy. Al final de la guerra es ya mayor-general, y nombrado jefe de la sección de EM de la región de Kíev. Amigo de Jrushchov, cuando éste va a Moscú, Bulgánin le propone para el mando militar de la capital, aunque inicialmente Zhukov se opone a tal designación. Tomó parte destacada en la desaparición de Vasili Stalin y en el asunto Beriia; fué ascendido a general a finales de 1953. En la reunión del 31 de octubre de 1957, convocada por el PC para resolver el asunto Zhukov, fué el primero que habló para acusar al ex-ministro de Defensa de "general bonapartista".

ROKOSSOVSKIY, KONSTANTIN. Nació en Varsovia, hijo de notario polaco y ucraniana, en 1896, estudiando en el Liceo de dicha localidad. Hizo el servicio militar en la Caballería del Zar. En 1917, tras un período de vacilación, este oficial polaco elige partido por el ejército rojo, resultando un oficial ejemplar en el ejército Budionniy, aunque no se interesaba por la política ni por las doctrinas de Marx-Engels-Lenin. Forma parte del grupo que va a Alemania con motivo del acuerdo secreto Voroshílov-von Hammerstein. Coronel en 1938 y general en 1941. Es detenido con ocasión de la "Gran Purga". Se libró de la última pena por la inesperada muerte de Iéjov y por una directa intervención de Voroshílov, cerca de Stalin, aunque hubo de perder la dentadura al negarse a las confesiones espontáneas. Interviene en la segunda guerra mundial, operando en la comarca del Don, hasta la victoria de Stalingrado; después, sobre la orilla derecha del Dnieper, hasta Jitomir, y, finalmente, Varsovia y la entrada en Alemania. Recibe el bastón de mariscal en 1945. Misión especial en Varsovia y este juicio de Gomulka: "La suerte del camarada Rokossovskiy es un verdadero drama; perseguido en Rusia por ser polaco; censurado en Polonia como general soviético." De acuerdo con Koniev, su labor fué definitiva en la campaña de censura y demérito lanzada contra Zhukov. Escribió sus *Memorias de la guerra patriótica,* libro extenso en el que abundan los juicios y comentarios sobre las personas de la misma, y gran acopio de datos sobre técnica militar. Posee la orden de Lenin y el título de "Héroe" de la Unión Soviética.

SOKOLOVSKIY, VASILI DANILOVICH. Nació en 1897, en un pueblo de Ucrania. Aspirante en el ejército de Kerenskiy. Hace sus primeras armas en los destacamentos nacionales polacos que mandaba Dovbor-Musnitzkiy, indiferentes ante la lucha Lenin-Kerenskiy. Herido por las bandas de marinos y anarquistas en Jarkov,

en 1918, se alista en el ejército de Trotskiy. Ayudante del famoso coronel Vazetis, aniquilan a los socialistas revolucionarios de izquierdas que intentaban derribar a Lenin por haber firmado la paz de Brest-Litovsk. Vazetis, por diferencias con Lenin, es nombrado profesor de la Academia militar de Moscú; Sokolovskiy, con él, como agregado. En 1926, siendo Voroshílov comisario de guerra, le encomienda un recorrido de inspección por las zonas militares de la URSS. En esta época se afilia al PC. Prepara un manual de combate para la infantería. Viaja a Alemania con motivo del acuerdo secreto soviético-alemán, y se distingue por su interés en la creación del cuerpo de blindados, pasando a pertenecer a la división mixta de caballería-blindados, que manda Timoshenko; conoce también a Zhukov. Con éste hace la guerra en Mongolia contra los japoneses. En 1937 es ya general de brigada. Después de la batalla de Moscú es destinado al Estado Mayor. Sucede a Zhukov en el mando de las tropas soviéticas de ocupación en Alemania, y cuando éste es repuesto, tras un breve destino a los Urales, como ministro de Defensa, al lado de Bulgánin, en 1949, Sokolovskiy es llamado a Moscú y ascendido a mariscal simultáneamente; en 1949, viceministro de Defensa, y jefe del EM en 1954.

MALINOVSKIY, RODIÓN. Nació en 1896 cerca de la frontera ucrano-rumana, de campesinos pobres. Nada se sabe hasta que su nombre figura en un cuerpo expedicionario de tropas francesas, sin que pueda asegurarse que este Malinovskiy (entonces sargento) sea el actual ministro de Defensa. Otra vez vuelve a aparecer este nombre con motivo de una revisión, realizada por Bulgánin, sobre los expedientes de los militares con solicitud de ingreso en el PC. Allí estaba anotado: "Comandante Malinovskiy, disciplina y valor; buena actuación contra los blancos y polacos...", sin más precisión de nombres y fechas. Su ingreso en el partido en 1925, añadiéndose que le recomendaron Voroshílov, Tujachevskiy, Budionniy y Zhukov. Instructor de los destacamentos de Siberia, como coronel profesor, no vuelve a mencionarse su nombre hasta 1942, al mando de un cuerpo de ejército que en la llanura de los calmucos contuvo a las fuerzas alemanas. Cierta prensa polaca de 1939 insistía en que el nombre de Malinovskiy figuraba entre el grupo de oficiales de EM partidarios de la ejecución de Tujachevskiy. Lo que se conoce con seguridad es su exagerada veneración por Stalin y su adaptación fidelísima a la línea general. Mariscal en 1943, en Stalingrado, es "Héroe" de la Unión soviética. En 1950 es encargado de una misión militar en Corea; jefe de las fuerzas terrestres de la URSS en 1956, al sustituir a Koniev; nombrado jefe de las tropas del P. Varsovia, y ministro de Defensa en octubre de 1957, en sustitución del mariscal Zhukov. Presente en la reunión convocada (31 de octubre del 57) para tratar del caso Zhukov, y presidida por Katerina Furtseva, uniendo sus censuras a las de los demás.

VI

GEOGRAFICO-CARTOGRAFICO

A) SIGLAS GEOGRAFICAS CORRESPONDIENTES A LAS REPUBLICAS SOVIETICAS FEDERADAS

URSS: *Soiuz Sovetskij Sotsialistichekij Respublik*: Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Designa todo el territorio de la Unión soviética y comprende las siguientes repúblicas, "federadas" según el curioso concepto de que quien quisiera conseguir la independencia—o incluso una autonomía real—para su patria chica, sería eliminado inmediatamente por "desviacionismo nacionalista" (primeras víctimas: los mensheviques de Georgia; últimas víctimas: Beriia y sus seis cómplices).

ASSR: *Armianskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Armenia.

Azerb-SSR: *Azerbaidzhanskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Azerbaidján.

BSSR: *Belorusskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Rusia Blanca.

ESSR: *Estonskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Estonia.

GSSR: *Grusinskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Georgia.

KF-SSR: *Karelo-Finskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Carelia finesa.

Kaz-SSR: *Kazajskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Kazakistáh.

Kirg-SSR: *Kirguizkaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Kirguisia.

Lat-SSR: *Latviiskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Letonia.

Li-SSR: *Litovskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Lituania.

MSSR: *Moldavskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Moldavia.

RSFSR: *Rossiiskaia Sovetskaia Federativnaia Sotsialisticheskaia Respublika:* República Socialista Federativa Soviética de Rusia.

Tag-SSR: *Tadzhiskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Tadjikistán.

Turk-SSR: *Turkmenskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Turkmenistán.

USSR: *Ukrainskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Ucrania.

Uzb-SSR: *Uzbekskaia Sovetskaia Sotsialisticheskaia Respublika:* Uzbekistán.

Para calibrar de un modo aproximado el movimiento de población ocurrido en

Rusia, durante el período soviético, ofrecemos una relación de ciudades, cuyo número de habitantes excede de los 500.000 (expresados en millares):

	1926	1939	1957		1926	1939	1957
Moscú	2.029	4.137	4.839	Stálino [6]	174	462	625
Leningrado	1.690	3.191	3.176	Cheliabinsk	59	273	612
Kíev	513	846	991	Odesa	420	604	607
Bakú	453	809	901	Dniepropetrovsk [7]	236	500	576
Jarkov	417	833	877	Kazán	179	401	565
Gorkiy [1]	222	644	876	Riga		300	565
Tashkent	323	585	778	Rostov del Don	308	510	552
Kúibishev [2]	175	390	760	Mólotov [8]	119	255	538
Novosibirsk [3]	120	405	731	Stalingrado [9]	151	445	528
Sverdlovsk [4]	140	425	707	Saratov	219	375	518
Tbilisi [5]	294	519	635	Omsk	161	280	505

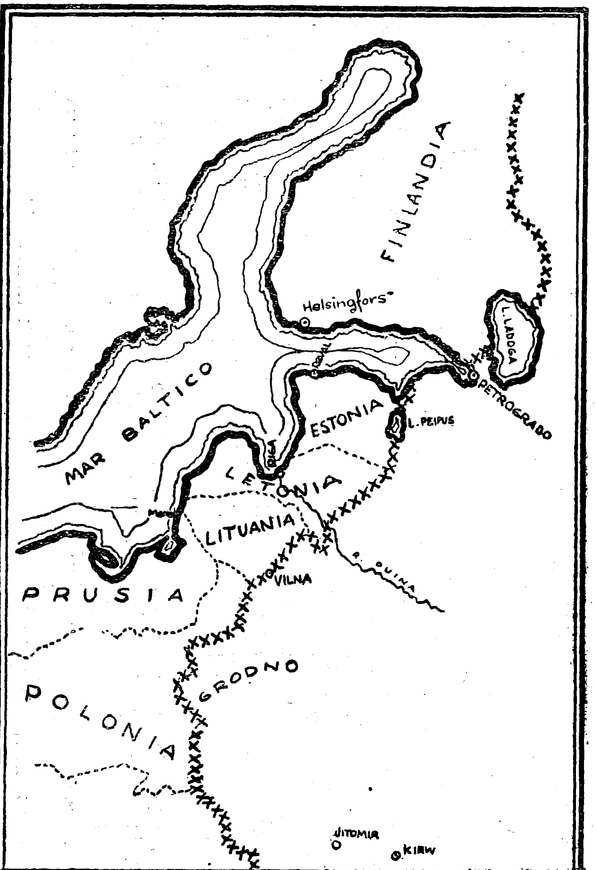
Los cuarenta años de experimento soviético han transformado, en algunos casos, la denominación geográfica; en otros persiste el primitivo nombre de la localidad.

ACTUAL	ANTIGUA	ACTUAL	ANTIGUA
Akmechet	Sinferopol.	Leninogorsk	Ridder.
Alma Atá	Vernoy.	Leninsk Kuznetskiy	Koltchuguino.
Ashkhabad	Poltoratsk.	Leninsk Turkmeniskiy	Novi-Tchardjui.
Batumí	Batum.	Lvov	Leopoli.
Bezhitsa	Ordzonikidzegrad.	Marxtadt	Iekaterinonstadt.
Chkalov	Orenburg.	Murmantsk	Romanov.
Dairen	Dalny.	Ordzhonikidze	Vladicaucas.
Dneprodzerzhinsk.	Kamenkoye.	Serov	Nadezhdinsk.
Dzaudzhikau	Ordzhonikidze.	Shakhtiy	Shakhtaya.
Dzerzhinsk	Rastyapino.	Stalinabad	Duchembe.
Frunce	Pichpek.	Stalinsk	Kusnetsk.
Ivanovo	Ivanovo-Voznesensk.	Stavropol	Voroshilovsk.
Kadievka	Sergo.	Ulan-Ude	Verkhne-Udinsk.
Kalinin	Tver.	Ulyanovsk	Simbirsk.
Kemerovo	Shcheglovsk.	Urda	Shanskaya-Stavka.
Kírov	Vyatka.	Voroshilograd	Lugansk.
Kirovabad	Yelizavetpol.	Yenakievo	Ordzhonikidze.
Kirovograd	Ielizavetgrad.	Yerevan	Erivan.
Krasnodar	Iekaterinodar.	Zaporozhye	Aleksandrovsk.
Krasnokshaisk	Tsarevok.		
Leninabad	Khodjent.		
Leninakaz	Aleksandropol.		

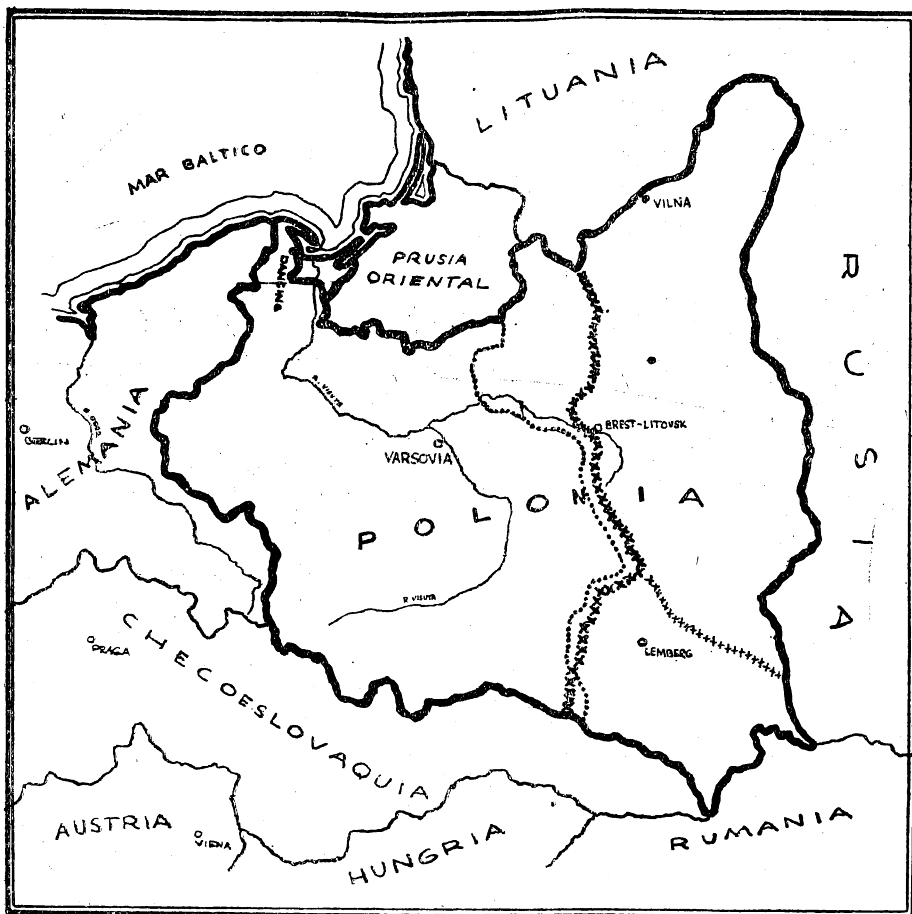
* * *

A continuación se insertan los mapas y gráficos correspondientes a este VI Apéndice, y que, iniciándose con el registro de fronteras relativo al año 1914, terminan con la confrontación del mundo comunista y el mundo occidental; la invasión geográfica y real de Europa por la URSS adquiere en estos gráficos su total magnitud; lo mismo que la preponderancia en Asia. Se incluyen también diseños del satélite artificial con detalle sobre el equilibrio entre *sputnikii* y *vanguards.*

[1] Antigua Nijni-Novgorod.—[2] Idem Samará.—[3] Idem Novo-Nikolaievsk.—[4] Idem Iekaterinburg. [5] Idem Tiflis.—[6] Idem Yuzovka.—[7] Idem Iekaterinoslav.—[8] Idem Perm.—[9] Idem Tsaritsin.

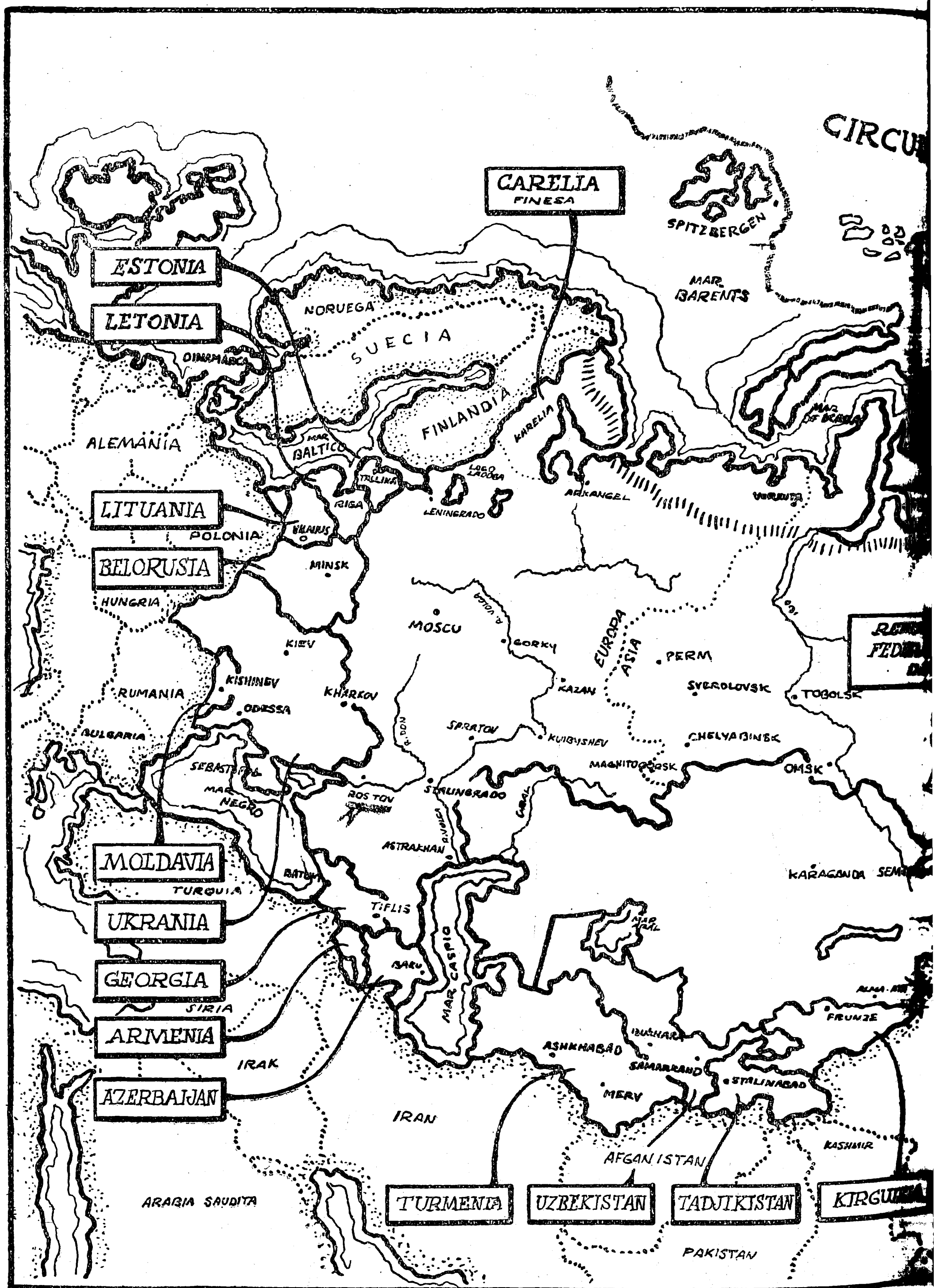


FRONTERAS RUSAS EN 1914-18.—Aquello que Rusia perdía por la firma de la "paz obscena" (págs. 43 y siguientes), lo recuperaría con creces treinta y siete años más tarde tras las operaciones de carácter militar, político y diplomático que actualizaron la profecía de Lenin escrita en 1923 (págs. 427 y siguientes).



EL REPARTO DE POLONIA

La segunda conclusión del pacto germano-ruso, puntualizaba sobre este asunto: "En caso de un cambio político-territorial en los territorios pertenecientes al Estado polaco, las esferas de interés entre Alemania y la URSS serán delimitadas aproximadamente según la línea que sigue los ríos Nasev, Vístula y San. La cuestión de saber si es deseable, en el interés de las dos partes, mantener un Estado polaco independiente, y cómo deberán fijarse las fronteras de este Estado, no podrá resolverse de manera definitiva, sino en el curso de futuros desarrollos políticos. De todos modos, ambos Gobiernos resolverán esta cuestión por vía de acuerdo amistoso." Y el 28 de septiembre siguiente Mólotov y Ribbentrop se reunían en Moscú para sentar las bases "jurídicas" del cuarto reparto de Polonia, declarándose al Estado polaco definitivamente "borrado" del mapa de las naciones. (Páginas 360-361.)


CARELIA
FINESA
SPITZBERGEN
MAR BARENTS
ESTONIA
LETONIA
NORUEGA
SUECIA
DINAMARCA
FINLANDIA
KARELIA
ALEMANIA
MAR BALTICO
LAGO LADOGA
RIGA
LENINGRADO
ARKANGEL
LITUANIA
POLONIA
BELORUSIA
MINSK
HUNGRIA
MOSCU
R. VOLGA
GORKY
EUROPA
ASIA
PERM
KIEV
KAZAN
SVERDLOVSK
TOBOLSK
RUMANIA
KISHINEV
KHARKOV
ODESSA
BULGARIA
SARATOV
KUIBYSHEV
CHELYABINSK
R. DON
MAGNITOGORSK
OMSK
SEBASTOPOL
MAR NEGRO
ROSTOV
STALINGRADO
URAL
ASTRAKHAN
MOLDAVIA
BATUM
TURQUIA
KARAGANDA
UKRANIA
TIFLIS
MAR ARAL
GEORGIA
BAKU
MAR CASPIO
SIRIA
ARMENIA
ASHKHABAD
BUKHARA
FRUNZE
SAMARKAND
STALINABAD
IRAK
AZERBAIJAN
MERV
IRAN
KASHMIR
AFGANISTAN
ARABIA SAUDITA
TURMENIA
UZBEKISTAN
TADJIKISTAN
PAKISTAN

MAR de BERING

POLAR ARTICO

KAMCHATKA

PETROPOVLOVSK

VERKHOYANSK

OKHOTSK

MAR OKHOTSK

RILSK

YAKUTSK

R. LENA

KOMSOMOLSK

SOCIALISTA
SOVIETICA
SIA

LAGO BAIKAL

CHITA

KRASNOYARSK

OMSK

IRKUTSK

STALINSK

MANCHURIA

JAPON

MAR del JAPON

COREA DEL NORTE

COREA DEL SUR

MONGOLIA

KAZAKISTAN

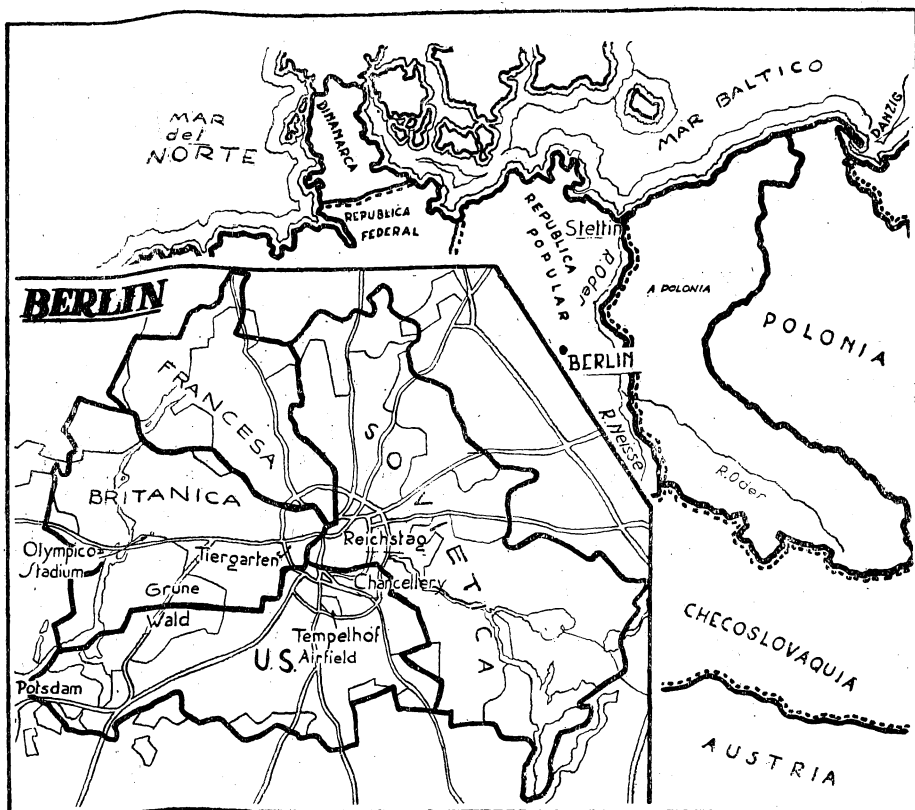
SINKIANG

CHINA

TIBET

4000 K.

EN 1957

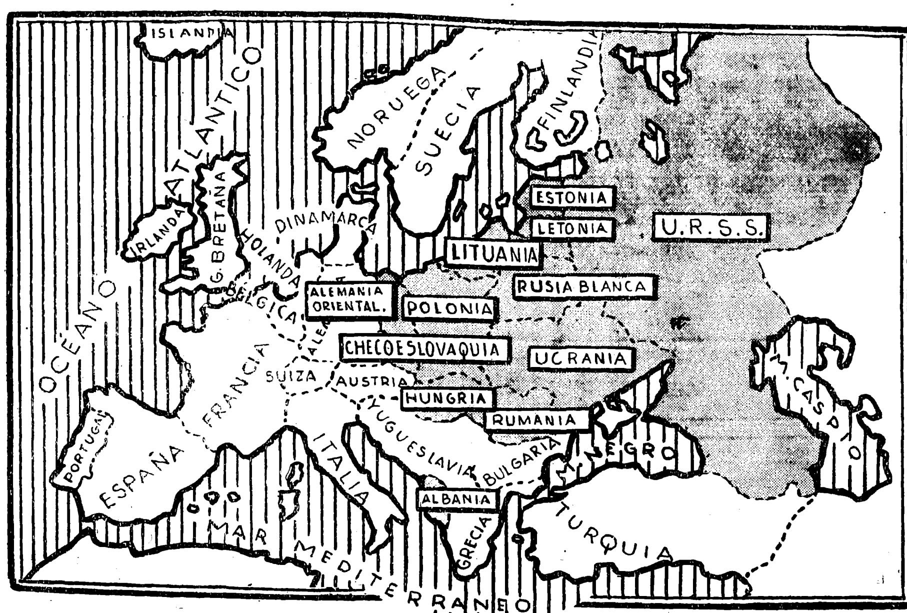


RUSIA EN ALEMANIA

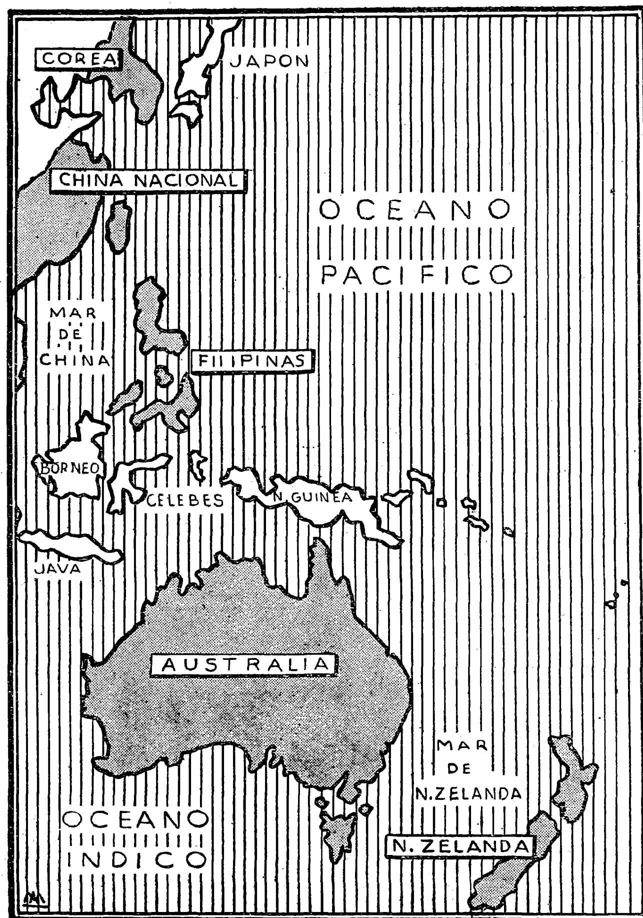
La zona ocupada por la URSS en Alemania abarca los territorios del nordeste y este (el Mecklenburgo, Sajonia-Anhalt, Brandeburgo, Sajonia y Turingia). La capital, Berlín, queda también dividida en cuatro zonas, de la siguiente forma: zona británica (sector occidental); estadounidense (sector meridional); francesa (sector septentrional); ocupando la zona soviética el sector oriental. En mayo de 1949 las tres zonas de ocupación (británica, estadounidense y francesa) se unieron en una República Federal Alemana, con su capital provisional en Bonn, comprendiendo los once estados alemanes ocupados por esas tres potencias; a su vez, los rusos, crearon la República Popular Alemana, formada por los cinco estados alemanes restantes, ocupados por Rusia. Total, más de 111.000 kilómetros cuadrados y casi 20 millones de habitantes para los sovieti.

A consecuencia de sus triunfos militares y diplomáticos, la Unión soviética ocupaba o controlaba, en 1945, los territorios siguientes, además de los que le pertenecían en septiembre de 1939: en Europa, la salida al golfo de Finlandia por la incorporación de la península de Porkkala y de los Estados bálticos; Prusia oriental hasta el este de la bahía de Dantzig, con la ciudad de Koenigsberg, rebautizada Kaliningrad; las provincias antiguamente polacas al este de la línea Grodno-Brest-Litovsk-Przemyls, es decir, de la línea Curzon, salvo algunas variantes; Polonia, con los territorios ocupados por ella al este de la línea Oder-Neisse; las zonas de ocupación de Alemania y de Austria; Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania. En Extremo Oriente: Manchuria, Mongolia, el archipiélago de las Kuriles, la isla Sajálin en su totalidad, Corea del norte, la península de Kuan Tung, con Port-Arthur y Dairén; sin olvidar la parte de China entonces controlada por Mao, pese a las condiciones particulares de su participación en la empresa.

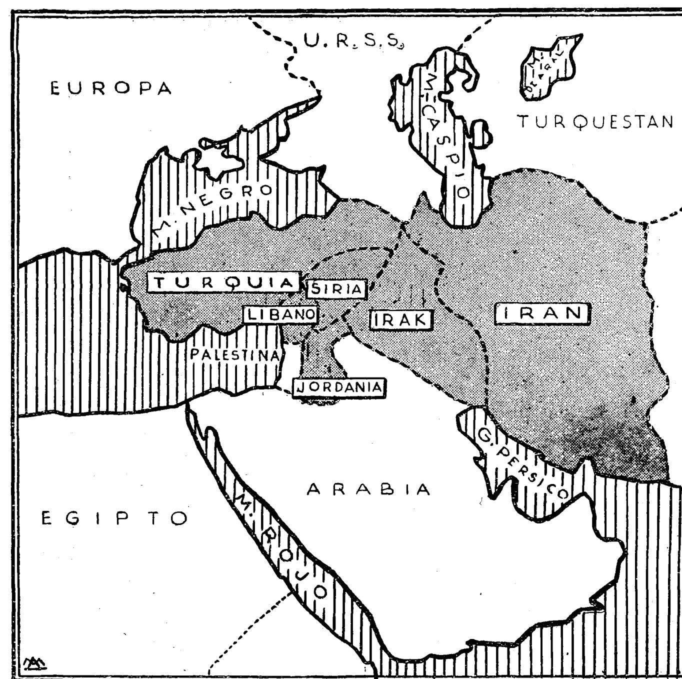
ORGANIZACION DEL TRATADO DEL ATLANTICO NORTE. NATO.



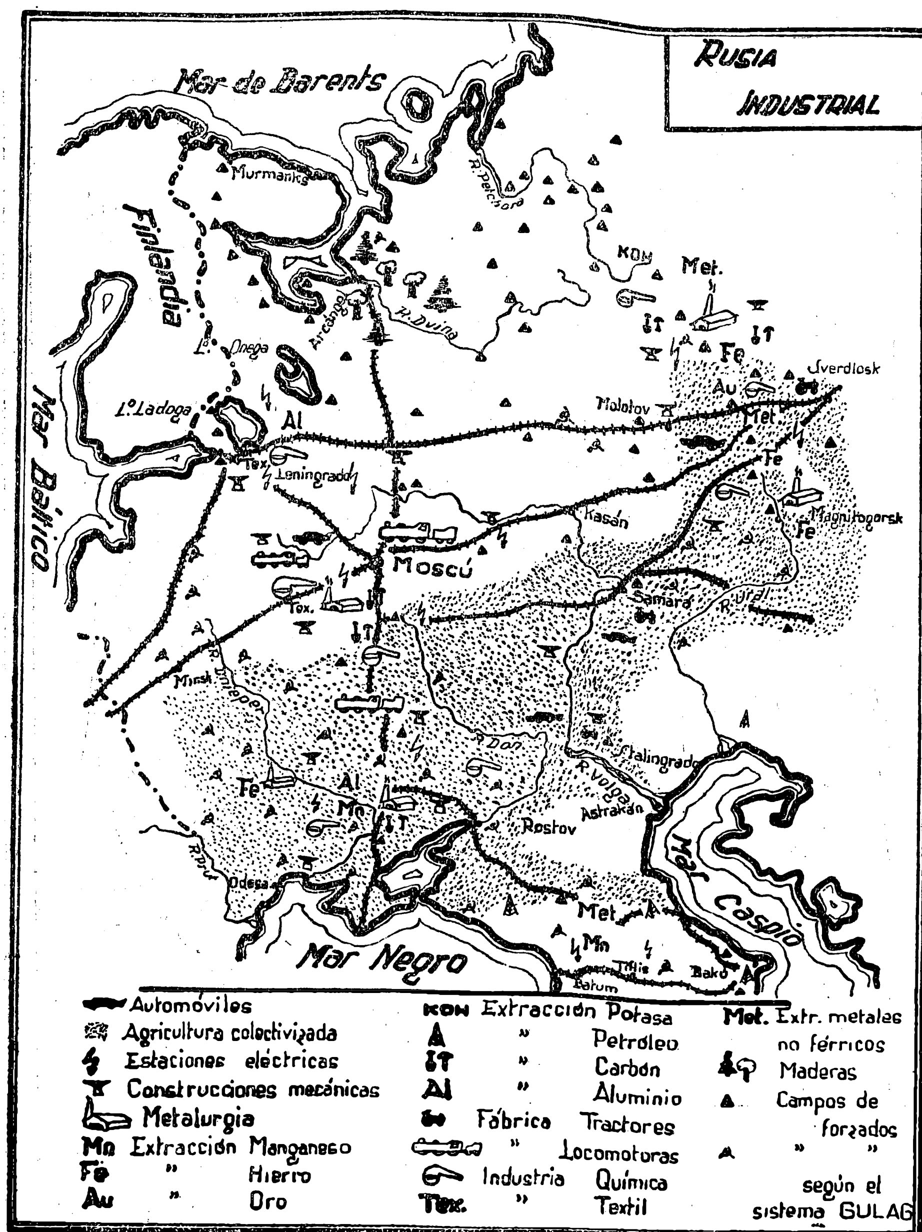
PAISES SATELITES.—Como respuesta al "cordón sanitario" de 1919, los rusos crearon con sus países satélites, su plataforma de contacto, hostigamiento y contención, según los casos, del mundo occidental; "glacis" que, no obstante, a partir de 1945, a lo largo de la frontera europea, venía, y viene, presentando su tendón de Aquiles: Yugoslavia.



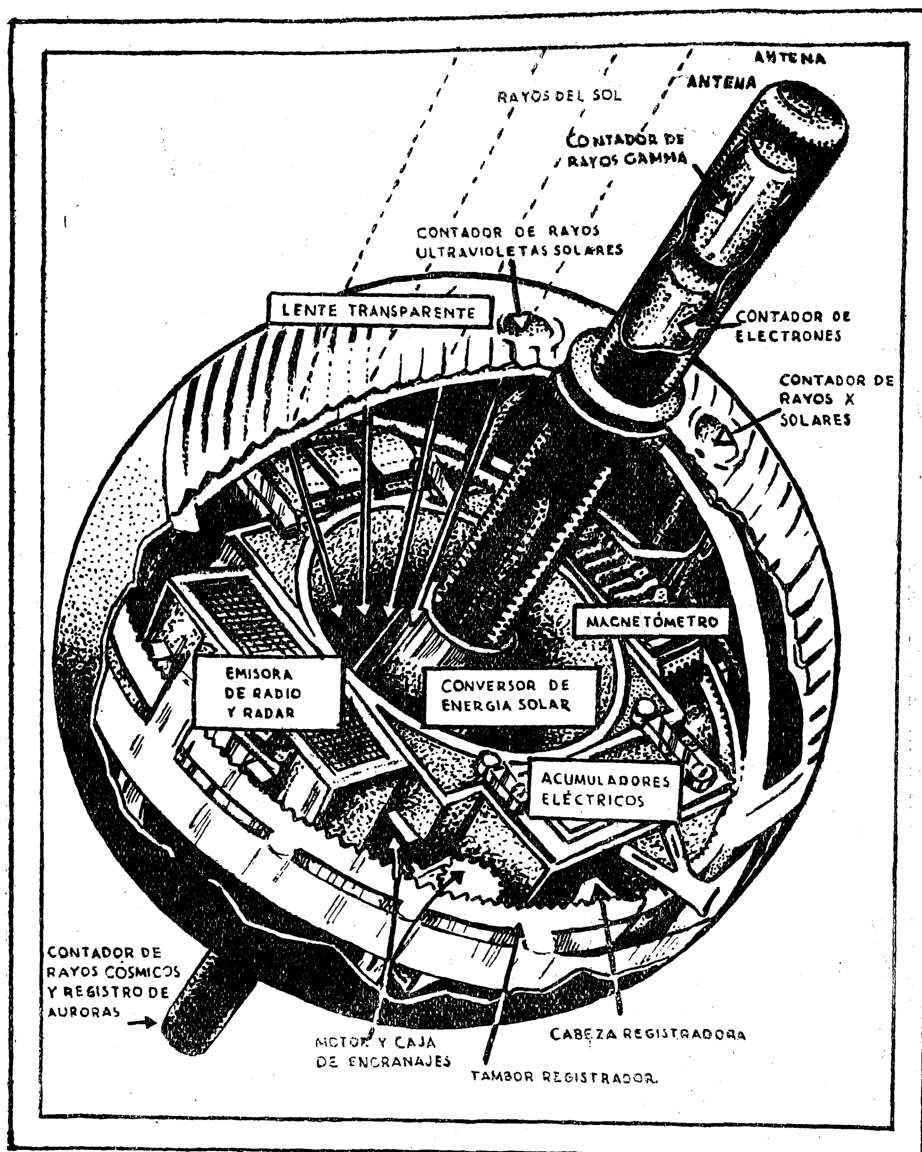
ORGANIZACION DEL TRATADO DEL SUDESTE ASIATICO. SEATO.—Pacto suscrito por Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Thailandia, Pakistán y Filipinas. Sede en Bangkok.



ORGANIZACION DEL TRATADO DE ORIENTE MEDIO: PACTO DE BAGDAD.—Firmado entre Turquía y el Iraq, adhiriéndose el Reino Unido y EEUU.

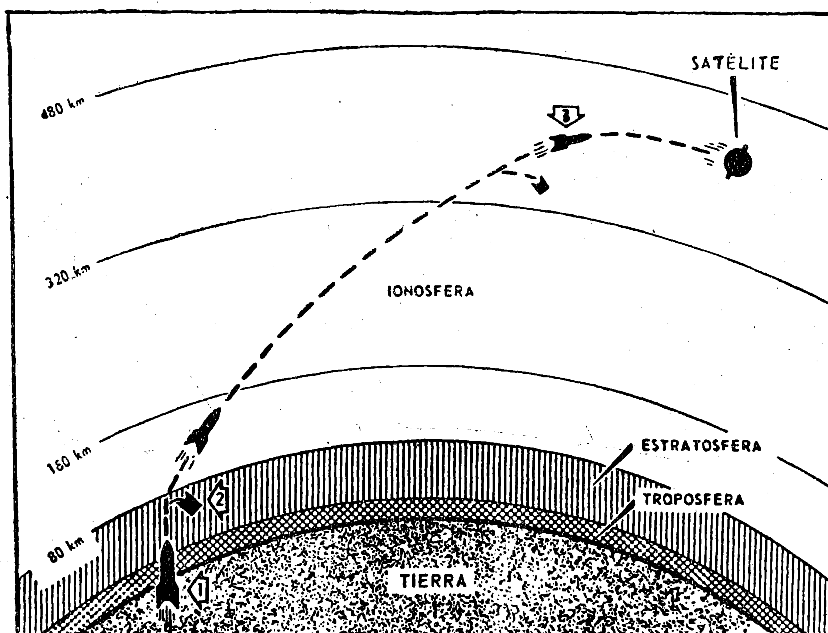


RUSIA INDUSTRIAL.—Según Miss Tony Sender (pág. 434), "Rusia ha fundamentado su economía en la esclavitud de la mano de obra, con millones de trabajadores que proporcionan trabajo a bajo precio en las industrias pesada y minera." Otro argumento más sobre los campos de trabajo, y éste de un francés, es el siguiente: "Además, la transformación extraordinaria de Siberia en país industrial ha obligado a ingentes trasplantes de poblaciones agrícolas o nómadas hacia centros industriales. Tales trasplantes han sido llevados a cabo de la manera más brutal, en gran parte a pesar de la oposición de los habitantes, lo que justifica un motivo de censura muy concreto sobre el éxito industrial. Aquí el hombre no cuenta como individuo, sino únicamente como elemento del Estado, que dispone



INSTRUMENTOS Y DETALLES DE UN SATELITE ARTIFICIAL

de él a su exigencia, ayudándose de la fuerza armada o, incluso, de la política. Con estas gentes, trasplantadas, convertidas a la fuerza en obreros forzados, se consigue un rendimiento mediocre a excepción de una minoría. Por ello, los precios de coste son elevados, y aunque el nivel de vida de la población se mantiene allí tanto más bajo cuanto que los bienes de producción no cubren los de consumo. Las condiciones de habitabilidad, incluso en aquellos poblados que pasan por *campeones,* son deplorables, y no parece que las construcciones nuevas puedan mejorar sensiblemente esta situación." (LEPRINCE-RINGUET: *L'avenir de l'Asie russe.*)



LANZAMIENTO DE UN SATELITE ARTIFICIAL POR MEDIO DE UN COHETE TRIPLE

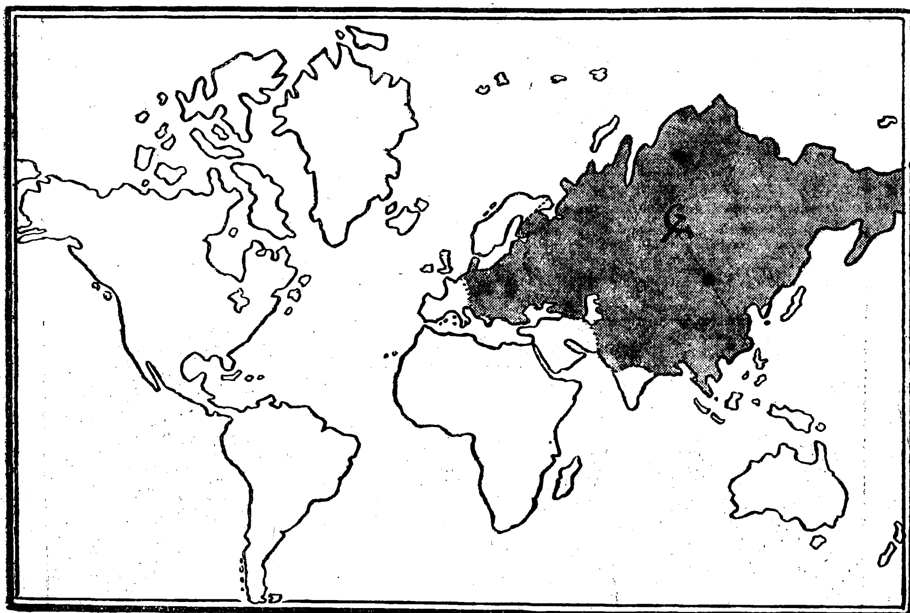
a) El primer cohete elevará todo el aparato hasta una altura de 60 kilómetros, aproximadamente.

b) El segundo lo elevará hasta una altura superior a los 300 kilómetros.

c) En tal situación, el tercer cohete deberá producir el suficiente impulso lateral para situar el satélite en su órbita, imprimiéndole una velocidad que deberá exceder a los 28.000 kilómetros por hora.

CARACTERISTICAS COMPARATIVAS DE LOS SATELITES ARTIFICIALES

	SPUTNIK I	SPUTNIK II	EXPLORADOR	VANGUARD
Fecha de lanzamiento	4-X-57	3-XI-57	31-I-58	17-III-58
Forma	Esférica	Cónica	Cilíndrica	Esférica
Dimensiones	68 cm. diám.	5,8 m. largo 1,2 m. diám.	2 m. largo 15 cm. diám.	16 cm. diám.
Peso	83 Kg.	508 Kg.	14 Kg.	1,5 Kg.
Orbita: altitud máx.	900 Km.	1.700 Km.	2.600 Km.	7.000 Km.
» altitud mín.	230 Km.	240 Km.	350 Km.	650 Km.
» inclinación	65 grados	65 grados	34 grados	33 grados
Tiempo 1.ª revol.	96 minutos	104 minutos	114 minutos	135 minutos
Equipo experimental	Baterías y transmisores	Un perro y varios instru.	Varios instrumentos	Baterías y transmisores
Duración en órbita	2 meses	Unos 5 meses	Varios años	De 5 a 10 años



MUNDO COMUNISTA Y MUNDO OCCIDENTAL

Estados	*Extensión Km².*	*Habitantes*
URSS (sin China)	22.000.000	210.000.000
USA	7.700.000	150.000.000
Europa (sin URSS)	5.100.000	390.000.000

Disposición y cifras de los efectivos comunistas y occidentales distribuídos en el mundo.

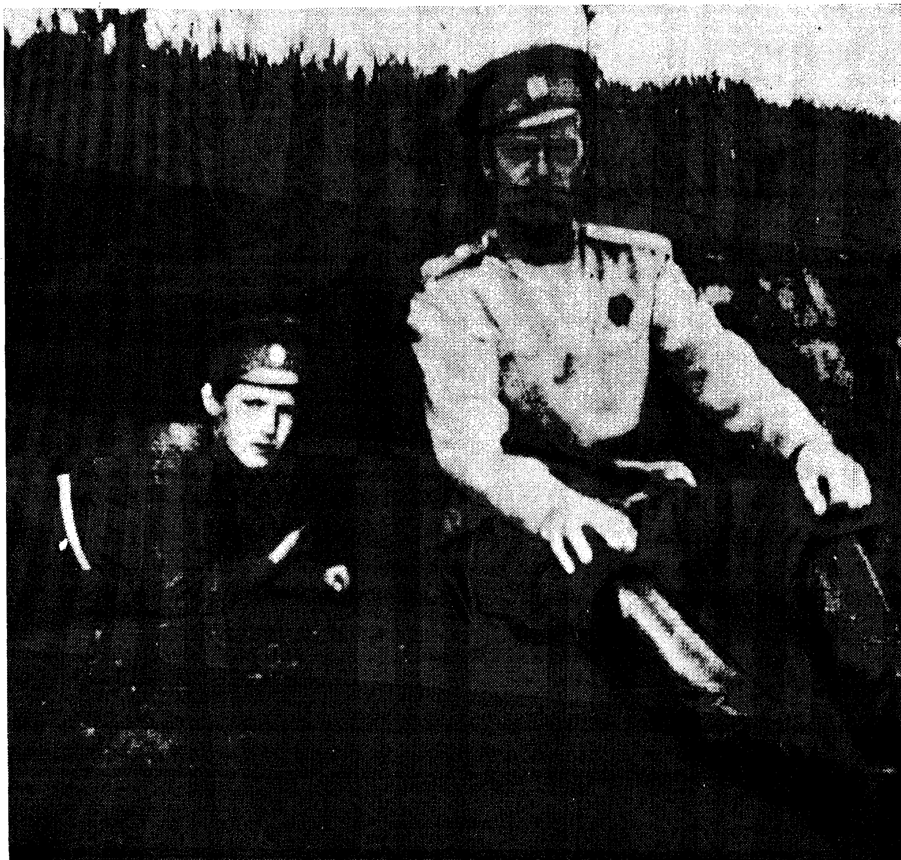
"Hoy en día se perfilan sobre el mundo dos grandes pueblos que, aun partiendo de puntos diferentes, parecen encaminados hacia el mismo objetivo: son los rusos y los angloamericanos. Ambos han nacido casi repentinamente de la oscuridad, sin prehistoria; y mientras el destino de los pueblos ya formado se conformaba hacia el bien y la verdad, estos dos pueblos se han colocado de golpe en primera fila entre las naciones, y el mundo ha conocido casi al mismo tiempo su nacimiento y su grandeza. El americano lucha contra los obstáculos que le opone la Naturaleza; el ruso, contra sus mismos hombres. Uno combate el desierto y la barbarie; el otro, la civilización revestida de todas sus armas: así como las conquistas del americano se logran con el arado del tractor—si bien éste ha tenido antes que allanar—, las del ruso están hechas con la espada del soldado.

Para conseguir su fin, el primero descansa sobre el interés personal, y deja obrar, sin dirigirlas, la fuerza y la razón de los individuos. El segundo concentra, en cierto modo, en un hombre todo el poder de la sociedad. Para uno la libertad es su primordial medio; para el otro, la esclavitud.

El punto de partida de ambos es diferente. Sus caminos son diversos; sin embargo, cada uno de ellos parece llamado, por un designio secreto de la Providencia, a tener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo"[1].

[1] Esto lo escribía en 1835 uno de los representantes más eminentes de la Ciencia Política francesa del siglo pasado, Alejo Carlos de Tocqueville, en su libro «De la democracia en América» (pág. 413). El texto cuenta con ciento cincuenta y dos años en estos momentos en que los dos gigantes—aunque por caminos diferentes—han llegado hasta encontrarse frente a frente.

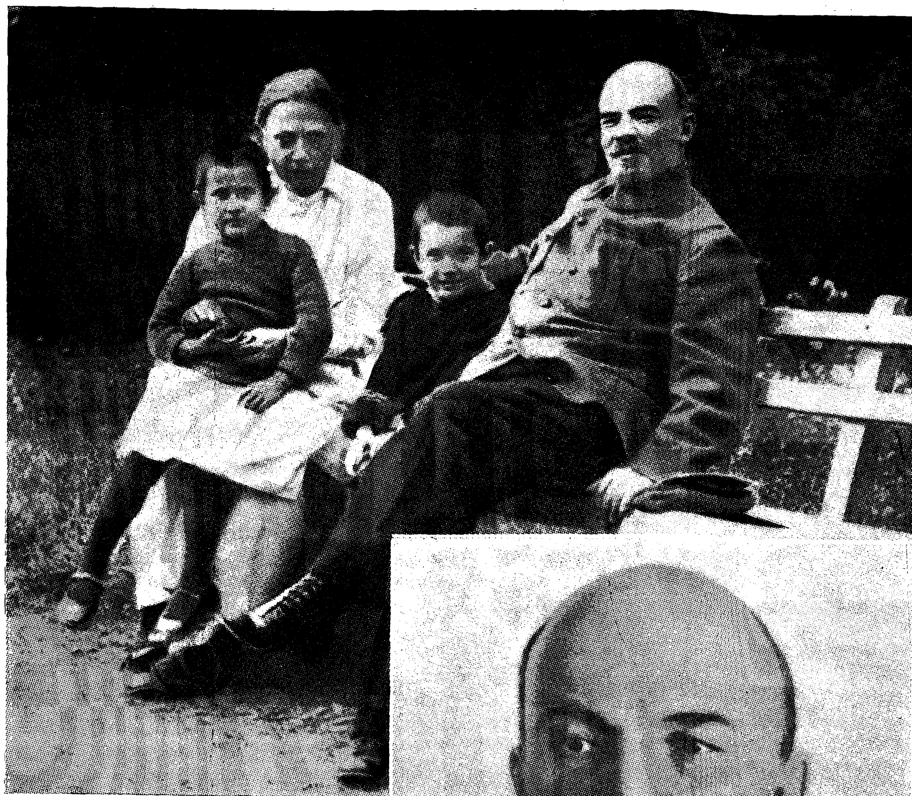
APENDICE FOTOGRAFICO [1]



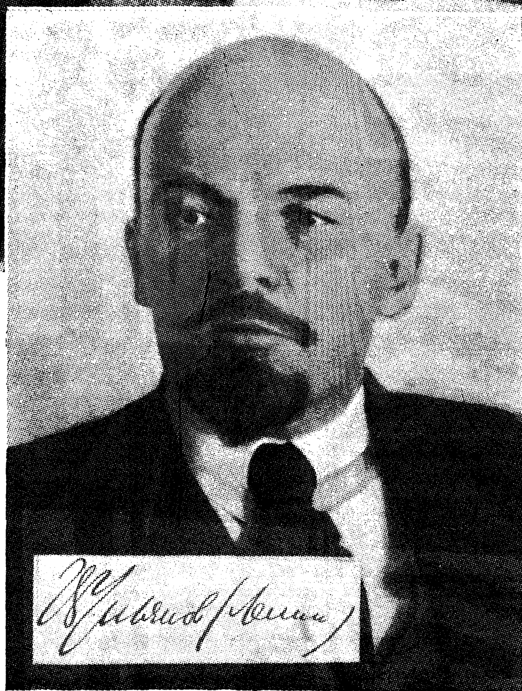
EL ZAR NICOLAS II Y SU HIJO.—Trotskiy culpa a Stalin de la muerte de la familia imperial, y dice: "la matanza fué obra de Stalin; Lenin, como buen licenciado en jurisprudencia, proyectaba la elaboración de un proceso sensacional, en el que se reservaba el cargo de acusador principal". (Pág. 270.)

---

[1] Aunque algunas de estas ilustraciones sean ya conocidas, el carácter concreto de esta «Historia» hace inexorable su reproducción; sin embargo, el acopio de fotografías relativas a personajes actuales, las copias de documentos y otras reproducciones—algunas verdaderamente originales—hacen de este centenar de ilustraciones una síntesis, verdaderamente inédita, sobre el hecho soviético.



LENIN CON NADEZHDA KRUSPSHAIA Y DOS AMIGUITOS.—El calificativo de "el buen hombre Lenin" es original de Curzio Malaparte, en cuyo libro, de este título, sintetizó la teoría leniniana sobre la libertad con estas palabras: "Nunca Lenin peleó por la libertad, sino por el poder; durante sus años de exilio, desde la primera *Iskra* hasta su vuelta a Rusia, la palabra *libertad* articula en su boca un sonido falso". (Pág. 11.)



RETRATO OFICIAL DE LENIN.—Esta fotografía fué distribuída por primera vez en octubre de 1924, diez meses después de su muerte, durante la época en que la lucha por esta primera sucesión llegó a su mayor apogeo.

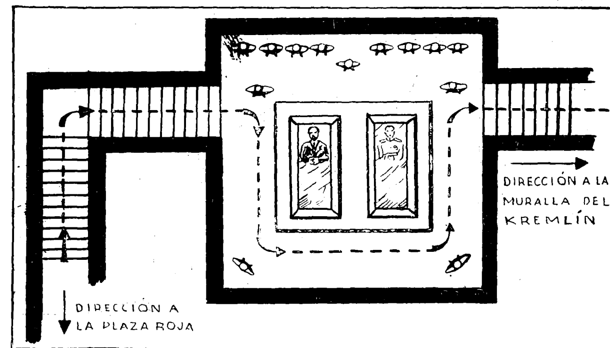
CONDE FELIX DZERZHINSKIY, de origen polaco, fundador de la *Cheká*.

BARON DE WRANGUEL.— Jefe del movimiento blanco del sur de Rusia, cuyo gobierno fué reconocido por Francia en 1920.

ANTIMILITARISTAS DE UNIFORME. — Trotskiy en Brest-Litovsk, donde, por no ceder a las exigencias de los Imperios centrales, abandonó las negociaciones para dedicarse a la formación del ejército rojo, a base de "decretar la preparación militar obligatoria de todos los obreros y campesinos pobres". (Pág. 66.)

LA PLAZA ROJA.—Cola para visitar el *Kremlín,* convertido en museo después de Stalin; a la izquierda, cola ante el mausoleo; en las tribunas inmediatas situadas a los lados de éste, durante los grandes desfiles, se sitúan los representantes del partido en las del lado derecho y el cuerpo diplomático en las del izquierdo; el último desfile (noviembre 1958) estuvo presidido por Jrushchov, a quien acompañaba Gomulka únicamente.

"MOSKOVITCH". — El automóvil "popular" en Rusia, con patente "Opel".



ITINERARIO del mausoleo por dentro.

"EL HOMBRE, ¡NUESTRO CAPITAL MAS PRECIOSO!" (1936).—La deportación de campesinos la refiere el mismo Stalin a Churchill en los siguientes términos: "Diez millones... Fué espantoso. Y eso duró cuatro años. Si queríamos evitar las hambrunas periódicas, era absolutamente indispensable... Oh, muchos aceptaron arreglarse con nosotros; pero la gran masa era muy impopular. Fueron exterminados por sus peones." Descripción que Churchill comenta como sigue: "Relato... estos recuerdos y la fuerte impresión que produjo en mí pensar en esos millones de hombres y de mujeres exterminados o exilados para siempre. Sin duda, vendrá una generación que ignorará estas miserias y que, por el contrario, tendrá más comida y bendecirá el nombre de Stalin. No repetí las palabras de Burke: Si no puedo tener reformas sin injusticia, no quiero reformas", en tomo IV de *The Second World Ward.* (Pág. 267.)

LA URSS
Y LO
ESPAÑOL

EL PROCESO ANTITROTSKISTA.—Así, en un libro de 500 páginas, fueron reunidos los cargos y las declaraciones de los inculpados. De dicho libro, ¡editado en castellano en Moscú!, llegaron ejemplares a Madrid y Barcelona a mediados de 1937; pocos días después serían detenidos en esta última ciudad Andrés Nin, Gorkin, Andrade..., la Directiva del POUM. Los comunistas españoles tomaron tan al pie de la letra el libro, que Nin sería fusilado en noviembre siguiente en Alcalá.

КРАТКИЙ
ИСПАНСКО-РУССКИЙ
И
РУССКО-ИСПАНСКИЙ
СЛОВАРЬ

ГОСУДАРСТВЕННОЕ ИЗДАТЕЛЬСТВО
ИНОСТРАННЫХ И НАЦИОНАЛЬНЫХ СЛОВАРЕЙ
МОСКВА — 1957

BREVE ESPAÑOL - RUSO, RUSO - ESPAÑOL DICCIONARIO. — Otra muestra del "interés" soviético hacia lo español, y muy reciente. Es un diccionario de bolsillo con más de 2.000 palabras, paradigmas de conjugaciones y nombres de ciudades... ¡y editado en Moscú en 1957 y en castellano!

"KHRUSHCHEV ELOGIA A FRANCO".—Como tercer ejemplo gráfico del "interés" soviético por las cosas de España, exponemos este deseo del "premier" del Kremlín, debido a la fantasía de Constantine Brown, redactor diplomático de *The Evening Star*. La noticia, con más visos de sensacionalismo periodístico que de información o noticia importante, viene a demostrar, en fin de cuentas, que España y sus asuntos sigue siendo "tema interesante (o interesado)" para el mundo. (Véase, además, página 268, nota.)

THE EVENING STAR Washington, D. C. A-13

CONSTANTINE BROWN

Khrushchev Wooing Franco

Red Premier Reported Angling for Bid To Visit Spanish Generalissimo

The Kremlin is working overtime to isolate America from her associates, especially those on whose soil we have important interests.

Recent information from highly reliable sources is that Premier Khrushchev is wooing—from a distance—Generalissimo Francisco Franco. He has intimated through diplomatic channels in Paris and London that he would like very much to visit Madrid and make the acquaintance of that "valiant head of government who has been able to pilot so successfully the destinies of his people over the last two decades of immeasurable difficulties."

According to the same sources Khrushchev would [illegible] bases to densely populated areas such as Madrid itself.

It takes all the tact and prestige of the generalissimo to counter the Soviet propaganda that has become so suddenly concerned over Spain's well-being. Spain is these days a dictatorship in name only. It is moving fast toward a democracy in which the government may soon be directed by the voice of the people. Khrushchev knows this. Hence, his desire to visit Spain.

The Soviet propagandists play up skillfully the specter of America's recession and eventual inability to continue support of her friends. They use scary speeches and statements by American political [illegible] to keep the [illegible] of the [illegible] [illegible] interests in North Africa.

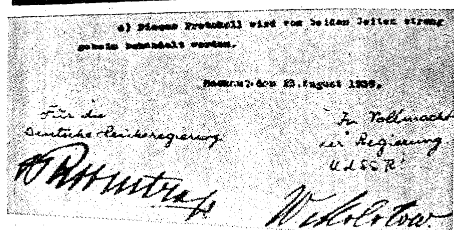
The Russians are openly committed to Arab nationalism. But they can make deals with France or Spain whenever they like without appearing to change their policies. All they need to do in the event, for instance, that they want to reach an agreement with a French government willing to give up membership in the NATO is to cut off the supplies of arms and military technicians they have been rushing to North Africa for the last few years.

The Spanish government has handled the North African situation intelligently. It made an agreement with the [illegible]

EL MARISCAL TUJACHEVSKIY (1936).—¿Por qué no se organizó proceso público para condenar a muerte a este militar, siendo miembro del PC, del Comité Central desde 1921, vicecomisario de Defensa y director de la Academia militar en esa fecha? (Pág. 321.)

¡AL FIN SOLO! (1938).—A fin de identificarse mejor con la sociedad soviética, Stalin hubo de pensar en la liquidación de aquellos elementos que con su particular interpretación del marxismo hacían peligrar su integridad personal y socialista. (Pág. 325.)

TROTSKIY EN MEJICO (1940).—*L'Etat c'est moi* era el título del capítulo, de su libro "Stalin", que no llegó a escribir. (Pág. 325.)


e) Dieses Protokoll wird von beiden Teilen streng geheim behandelt werden.

Moskau, den 23. August 1939.

Für die Deutsche Reichsregierung

In Vollmacht der Regierung der UdSSR

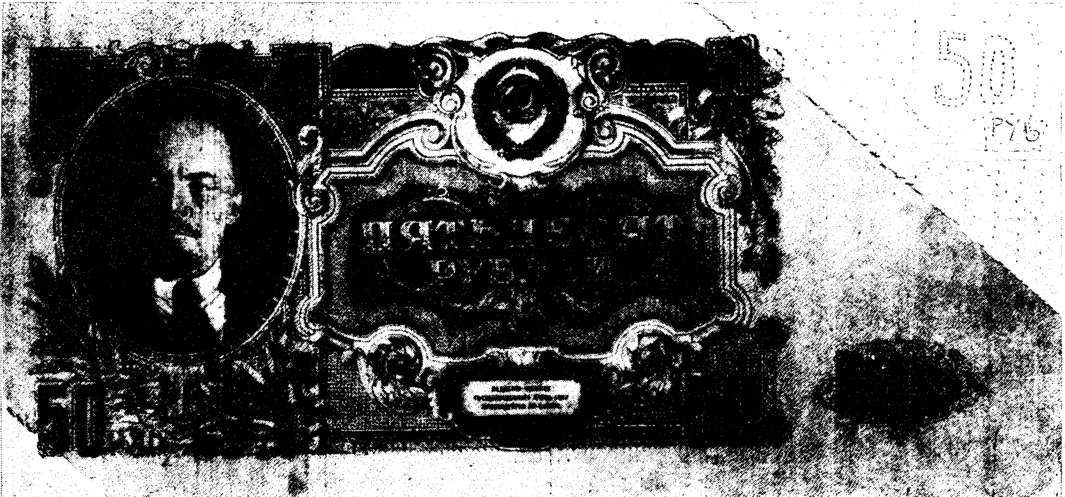
LOS TRES DE YALTA (1944).—Uno de los aspectos menos conocido de esta Conferencia fué el acuerdo secreto sobre la repatriación de los rusos desplazados. La consecuencia de su aplicación resultó una de las tragedias más ignominiosas que la historia de los últimos siglos pueda señalar. (Página 421.)

PACTO HITLER-STALIN.—Ribbentrop saluda a Stalin en Moscú (22 de agosto de 1939). En la parte inferior, la última hoja del protocolo, con las firmas y rúbricas de los dos ministros de Asuntos Exteriores. (Pág. 352.)

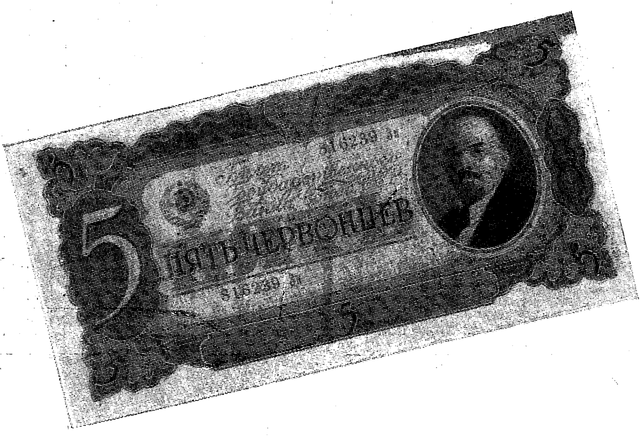
ENTRANDO EN LA GUERRA FRIA.—A partir de 1947, la URSS vino concretando el postulado enunciado por Lenin en el año 1923, y pudo no solamente garantizar la seguridad de su imperio, sino transformarlo en instrumento de presión diplomática y militar tan evidente que ningún lugar del mundo se libró de su presencia, ni aun después de la muerte de Stalin. (Pág. 429.)

PROBLEMAS ECONOMICOS DEL SOCIALISMO (1952).—Así como el escrito *Más vale poco y bueno* puede ser considerado como el testamento de Lenin, el folleto *Problemas económicos del socialismo en la URSS* debe tomarse como las últimas instrucciones de Stalin a los dirigentes soviéticos, elegidos por él para los futuros mandos supremos del sistema. (Pág. 496.)

EL "JEFE GENIAL" (retrato oficial).—El título de Jefe, con categoría de alto mandatario, lo poseen los miembros del *Politburó;* de aquí que Stalin, por ser *más* importante, recibió el de "Jefe Genial"; como después fué "generalísimo y mariscal" para sobresalir sobre los generales y mariscales que él mismo había creado. ("Alabanzas", pág. 509.)



EL RUBLO.—El Banco del Estado fué creado el 12 de octubre de 1921, concediendo una subvención de tres billones de rublos para restaurar el sistema de crédito; dicho capital subió en noviembre del año siguiente a 130 trillones, 750 billones de rublos papel, en razón de la rápida desvalorización de la moneda; y así hasta la "punción" monetaria más brutal que la historia del mundo haya registrado jamás. (Págs. 175 y 176.)



EL DELFIN PRECONIZADO.—Formado por el mismo Stalin hasta hacerle su seguro sucesor, Malenkov, al día siguiente de la muerte de su tutor, asumió la Presidencia del Consejo de Ministros, la del *Praesidium* y la Secretaría general del PC. (Pág. 483.)

SABUROV. — Presidente del *Gosplan,* genuino representante de la casta industrial. (Pág. 549.)

SHEPILOV.—Fugaz ministro de Asuntos Exteriores, hoy profesor de la Academia de Ciencias. (Pág. 604.)

ZHUKOV. — Coincidiendo con su sesenta aniversario (2-XII-57), apareció un decreto, firmado por Jrushchov, en el que se leía que el mariscal Zhukov, "héroe de la Unión Soviética" por cuarta vez... (Págs. 547 y siguientes.)

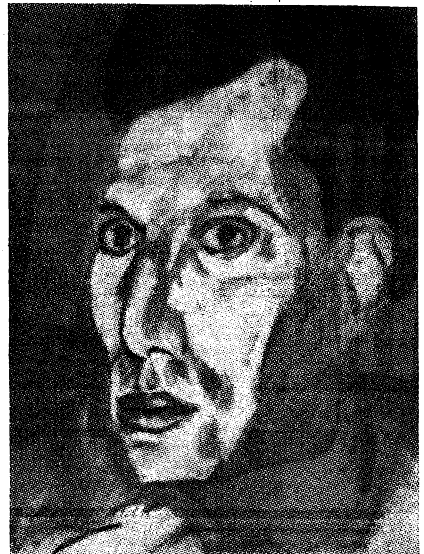
DOCTOR ZIVAGO.—Según André Rousseaux, crítico de *Le Figaro*, el último libro de Pasternak "... no es, lo he dicho de entrada, la gran novela que yo podía esperar, tras lo que se había anunciado..." Y gracias al señor Rousseau nos liberamos de considerar a *Doctor Zivago* como la novela del siglo, según pretendían hacernos "comprender" los compañeros de camino; fué premio *Bancerella,* otorgado por los editores, libreros y críticos italianos al libro de mayor venta en Italia durante 1957.

...res parallèles de la révolution russe et de Boris Pasternak. Quant à l'aventure humaine où une vie d'artiste s'est trouvée ainsi engagée, les six cents pages du *Docteur Jivago* ont été écrites en grande partie pour en faire l'évocation et la confidence.

Ce n'est pas, je le dis tout de suite, le grand roman que je pouvais attendre d'après ce qu'on avait annoncé. J'avais été encore plus déçu, d'ailleurs, par le *Récit* que j'avais lu d'abord. Le thème en est la rencontre d'un homme et d'une femme qui entrevoient l'espérance d'un amour irréalisable. [illegible] verrons tout à l'heure qu'il y ... motif conducteur dans l'œuvre romanesque de Pasternak. ... il semble que les person...

André Rousseaux

PASTERNAK.—Considerado el poeta ruso, de tipo imaginista, más importante de los actuales; no está afiliado al PC. En prensa esta HISTORIA en los días de haberle sido concedido el Nóbel a Pasternak, y sin entrar en la polémica que tal concesión ha suscitado, sino deslindando sinceramente las cuestiones políticas de las literarias, las consideraciones expuestas en la página 602 y siguientes mantienen enteramente su vigencia relativa al criterio literario de los comunistas.



PROKOFIEV.—Moderno compositor ruso, destacó por sus composiciones sinfónicas *La alarma* y *Las noches de Egipto*. "Seguidor de Stalin hasta la muerte", murió el mismo día que el dictador. (Pág. 508.)

PACTO RUSO-CHINO (febrero 1950), reafirmado posteriormente con el tratado comercial (julio de 1953). La posición de privilegio del PC chino ha venido acentuándose desde 1954. Actualmente Mao puede dar consejos a Rusia, como en los casos polaco y húngaro (1956) y puede llevar a cabo solo la resolución de su propia experiencia dejando florecer "las cien flores" para cortarlas cuando se le antoje. (Pág. 459.)

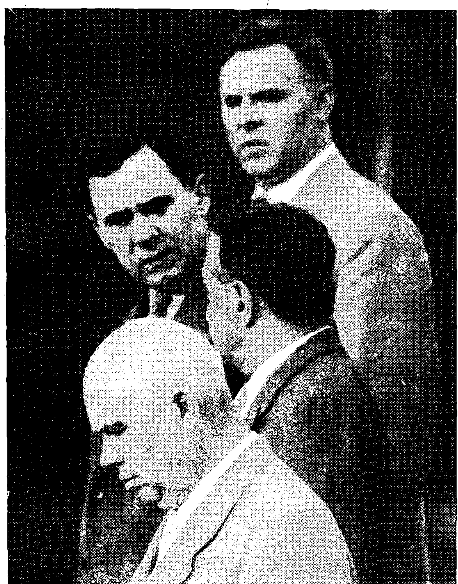
CHU EN-LAI, "premier" chino y ministro de Asuntos Exteriores; LIN PIAO, ministro de Asuntos Militares y jefe del ejército de invasión sobre Formosa, y LIU SHAO-CHI, teórico del marxismo y dirigente de la sección "Asia Australasia" del *Kominform*. (Pág. 563.)

JRUSHCHOV, BERIIA, MALENKOV, BULGANIN, VOROSHILOV y KAGANOVICH rinden guardia al jefe muerto y velan sus armas para la sucesión. Cuatro meses después los cinco sucesores se reducían a cuatro... y nada autoriza a pensar que los "circuitos eliminatorios" se hayan interrumpido en la URSS. (Pág. 523.)

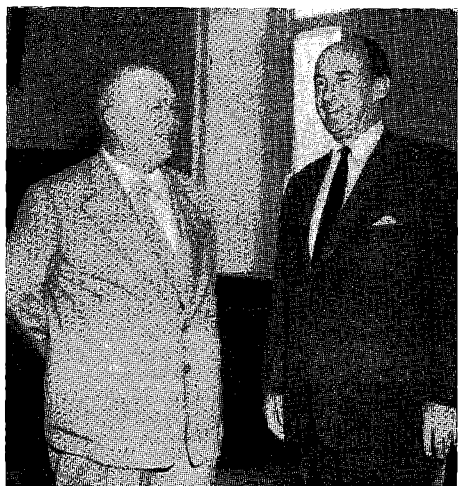
ENTREVISTA DE PEIPING (octubre de 1954).—Mao, que también leyó a Lenin, sabe que si el camino de Moscú a París pasa por Nueva Delhi, el de Peiping a París atraviesa Moscú. (Pág. 565.)

JRUSHCHOV. — Con respecto a este personaje, se ha cometido en Occidente el mismo error que se cometió hace treinta años con respecto a Stalin. (Pág. 606.)

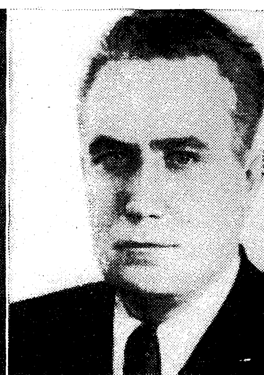
CON EDEN.—Saliendo de Dowing Street, 10, con motivo de la visita que "B" y "K" hicieron a Londres en abril de 1956. ¿Habrá llegado a considerar la corte inglesa que compañeros de estos dos rusos, visitantes de Londres, fueron los que mataron a un pariente del abuelo de la actual reina del Imperio británico?



EN ALEMANIA.—En el viaje de inspección por los países satélites, mayo de 1958, acompañado de Mikoián (de espaldas), Gromyko, y W. J. Semichastny, secretario del *Konsomol* (en último término de la foto), después de haber ofrendado una corona de flores en el monumento ruso a la segunda guerra mundial.



CON STEVENSON. — Durante el viaje realizado por el líder del partido demócrata de EEUU, Adlai Stevenson, a través del extenso territorio de la URSS, en el verano pasado, fué recibido por Jrushchov.



PERSONAJES DE LA HORA JRUSHCHOV

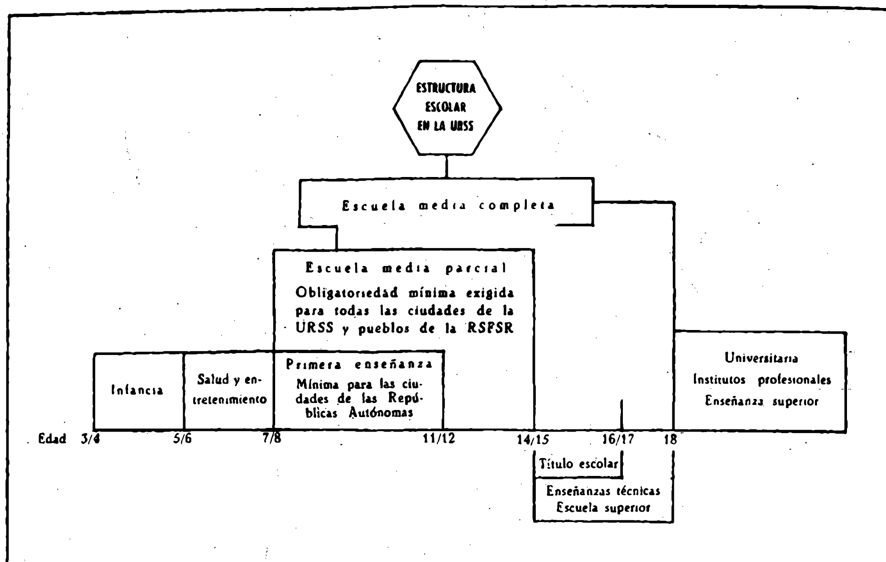
(De izquierda a derecha y de arriba abajo): Kirichenko, Mikoián y los dirigentes comunistas de Alemania oriental, Koslov, Malinovskiy, Serov, Sokolovskiy, Koniev, Bobrovnikov, Pavlov, Yelyutin, Pervukin, Brezhnev y Katerina Furtseva. (Págs. 713 y ss.)

EL "METRO" DE MOSCU.—Estación del aeropuerto, con andén central, luces, esculturas, escalera rulante, etc., etc. Empezadas las obras en 1936, veinte años después contaba con 75 kilómetros, tres líneas y cuarenta estaciones.

PLAZA DE LA REVOLUCION.—Al fondo, el ensanche de la Plaza Roja y la catedral de San Basilio.

GANADERIA.—"La exportación del mouton soviético sobrepasa en más de dos veces y media a la de EEUU."

AGRICULTURA.—Grano por trabajo: una familia, perteneciente a una colectividad, en el momento de serle abonado—en especie—el fruto de su trabajo anual.



LA ENSEÑANZA ELEMENTAL.—En la URSS es obligatoria la enseñanza primaria, que se continúa hasta los diecisiete años, y corre a cargo del Estado, según la planificación del organigrama adjunto.

PAREJA DE ESCOLARES. — Esta foto, prototipo de la propaganda estudiantil de los soviéticos, unida al famoso *slogan* "En la URSS ha sido desterrado el analfabetismo", resulta una evidente muestra turística. Desde lo atildaditos que resultan los uniformes hasta la estudiada *posse* de los chiquillos, todo hace pensar en que ambos son productos convenientemente preparados para la exportación.

LA NUEVA UNIVERSIDAD. Fachada posterior de la Universidad de Moscú, y perspectiva urbana, nada moderna, que queda al descubierto.

DEPORTES.—El equipo femenino de baloncesto, selección de la URSS (de blanco), rechaza un ataque del "cinco" búlgaro.

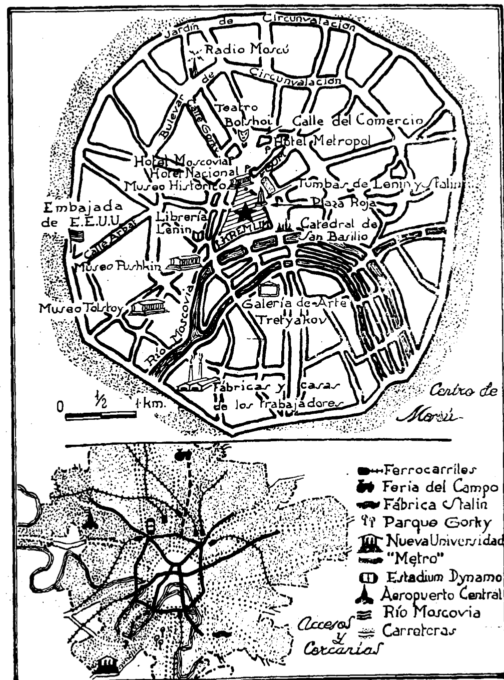
TELEFONO PUBLICO.—Recelo, "suspense", desconfianza ante unas cabinas telefónicas.

MERCADO CALLEJERO. — En las afueras de Moscú, la oferta y la demanda en su variante popular.

TEATRO POLITICO.—Una escena de *Quimeras del Kremlín,* de Nikolai Pagodin, basada en el programa de Lenin para la electrificación; Boris Smirnov (derecha), en el papel de "Vladímir Ilich".

"MOSCU HOTEL", DE NOCHE.—Es el mejor de la capital, inaugurado en 1947, y el único de planta soviética; los demás, Metropol, Grand Hotel, Savoy, Nacional, pertenecen a la época zarista. Entre todos se reparten las dependencias diplomáticas extranjeras que no han conseguido alojamiento.

CIUDAD DE CONTRASTES. — Barracones de madera, a poca distancia del centro de la capital, sirven de hogares a los trabajadores moscovitas.



MOSCU PARA EL TURISTA. Plano de la capital y detalles de la municipalidad moscovita.

EL PUEBLO RUSO.—"... el hombre ruso, durante estos cuarenta años, ha pagado con sangre, sudor y lágrimas su "desalienación" por obra del comunismo."

INDICE DE NOMBRES CITADOS

ABAKUMOV, A., 322; encarcelamiento, 455; 519; asunto... Ignatiev, 535; proceso, 536; ejecución, 537.
ACUERDO COMERCIAL RUSO-CHINO, 451, 452.
ADENAUER (CANCILLER), 467, 577, 585.
ALEJANDRO I (ZAR), XIV, XVI, XX, 3.
ALEJO DE LENINGRADO (METROPOLITA): Patriarca de la Iglesia rusa, 402; Carta pastoral, 503; notas bibliográficas, 505.
ALEXÉIEV (GENERAL), 61, 68, 76, 77, 78, 79.
AMMANN, A. M., 54, 56, 296, 302, 400.
ANDERS (GENERAL): Katyn, 362, 363.
ANTÓNOV (anarquista), 33, 146, 266.
ANTÓNOV-OVSÉIENKO, 519.
ARÁLOV (del Consejo Militar Revolucionario), 68.
ARTÉNIEV, P. A., 537.
ARUTINOV, C. A., 538.
ARUTINOV, V. M., 537.
ASAMBLEA CONSTITUYENTE: miembros y comparaciones, 30.
ASTÁJOV (encargado de negocios rusos en Berlín), 343, 359.
ATTLEE, CLEMENT, 478.
AYUDA AMERICANA (1941-1942), 446 y siguientes.

BABEUF, GRACCHUS, XXXIII, 6, 9, 18.
BAGUIROV, MIR, 538.
BAINVILLE, JACQUES, 103, 156; ante el pacto franco-soviético, 333.
BALABANOFF, ANGÉLICA, 217, 222, 227, 329.
BANDUNG (CONFERENCIA), 564; asistentes, 586.
BAYET, ALBERT, 474.
BENES, EDUARDO, 61, 311, 449, 479.
BERAN (ARZOBISPO DE PRAGA), 505.
BERDIÁIEV (NICOLÁS), 4, 9, 53, 133.
BERIIA, L. P., 317, 321, 322, 363; en el Comité Nal. de Defensa, 393; 492, 519; enemigo del Partido y del Pueblo soviético, 521; juicio, 522 y 523; razones de su ejecución, 525; 533 y siguientes.
BERZIN (misión en España), 329.
BEUVE-MERY, HUBERT, 479, 480, 495.
BEVAN, ANEURIN, 473, 475; europeísmo, 478; 480, 484, 494, 495; previsiones sin fundamento, 545; 567.
BIDAULT, GEORGES: católicos franceses y comunistas, y europeísmo, 474; firma del pacto franco-soviético, 475.
BISMARCK, XIX, 19, 382, 383.
BLUJER, 519.
BLUM, LÉON, 532.
BONNET, GEORGES, 340, 341, 342, 343, 344, 351, 359.
BORODIN, MIKAIL MARCOVICH, 198, 200.
BOULIER (ABATE), 473.
BOURDET, CLAUDE, 478.
BREST-LITOVSK: Negociaciones, 36 y siguientes.
BRIAND-KELLOG (PACTO), 287.
BROWDER, EARL, 377.
BRÜNING (DOCTOR), 466.
BUDIONNIY, SIMEÓN M., 61, 105, 109, 403; "el mayor bigote del Ejército", 519.
BUCHANAN, SIR GEORGE (embajador de Inglaterra), XXIII, XXIV, XXVI.
BUJÁRIN, N. I.: en Brest-Litovsk, 39 y siguientes; la "derecha", 139; censurado por Lenin, 162; oposición a la troika, 180; 184, 185, 222, 227, 229, 230; Lenin le considera, 233; jefe de la facción derechista, 239; 243; expulsado del Politburó, 263; proceso y muerte, 313; 327.
BULGÁNIN, N., 321; "los problemas de la guerra y de la paz en la época del ultraimperialismo", 468; 491, 521; otra vez ministro de Defensa, 527; 533; reemplaza a Malenkov, 546.

CARTA ATLÁNTICA, LA, 404.
CATALINA II (EMPERATRIZ), XII, XIV, XX.
CED, 464; ejércitos integrados en la..., 465; y el peligro del rearme alemán, 467; 468, 482, 484, 494.
CIANO, GALEAZZO, 344, 346, 354, 425.
CILIGA, ANTON, 242, 272, 281, 312, 384.
CLEMENCEAU, GEORGES, 60, 62, 87, 89, 90, 91; las relaciones de la *Entente* con Rusia blanca y roja, 92 y 93; el "cordón sanitario", 97; 113, 187.
CLODIUS, DOCTOR CARL AUGUST, 531.
COMERCIO SOVIÉTICO: y mercados en la época de la NEP, 170 y siguientes; reforma monetaria, 175 y siguiente.
COMITÉ DE LOS ONCE: composición y miembros, 492, 493.
Comunardo, El (periódico), 40.
CONCILIO DE MOSCÚ (1918), 54.
CONGRESOS: Iasy, 88, 89; Ufá, 97; Kienthal, 495.
CONGRESOS DEL PC: VIII, creación del *Politburó, Orgburó* y *Rabkrin*, 141. IX, contra la "cocaína espiritual", 295. X, se anuncia la NEP, 134; la

maniobra de Stalin, 144; la insurrección de Kronstadt, 148 y siguientes; y la NEP, 166. XI, Stalin, secretario general, 143; acumulación de medios de control en la Secretaría General del partido, 210. XIII, punto muerto de la NEP, 172 y 173; sin la participación de Lenin, 229; la doble maniobra staliniana, 230; Trotskiy ataca, 237. XIV, victoria suplementaria de la tendencia staliniana, 239. XV, Trotskiy es desterrado, 200; expulsión de Zinóviev y Kámenev, 241. XVI, los "tribunales de camaradas para la producción", 277. XVIII, los efectivos del Partido, 290; revista a la situación internacional, 355 y 358. XIX, afiliados y necesidad de limitar las afiliaciones, 290; directrices políticas, 468; Malenkov informa, 488; propósitos políticos ambivalentes, 494 y 495; Stalin, el sabio más grande de todos los tiempos, 512; nuevos propósitos, 529; y los médicos envenenadores, 535; 581. XX, texto íntegro del testamento de Lenin, 232; afiliados, 291; cambio de la política judicial, 293; informe secreto de Jrushchov, 307; y los grandes procesos, 312; y la misión Davies en Moscú, 315; la responsabilidad del secretario general, 541 y 542; la política de destalinización, 572; 589; ejército y partido, de acuerdo, 590; la perturbación mental de Stalin, 592; agitaciones sociales, 597; conflicto entre Zhukov y Jrushchov, 606; 609.

CONSTITUCIÓN SOVIÉTICA: de Lenin (promulgación, definiciones y objetivos), 73 y 74; nueva (fecha, denominación del territorio nacional, las 17 repúblicas federadas, los órganos legislativos), 204 y 205; y la pena de muerte, 253; la C. Stalin (reforma de 1947 en el articulado), 290 y siguientes; y la religión, prensa y Código penal, 293; canto poético a la..., 294.

COT, PIERRE, 473.

CURZÓN DE KEDIESTON, JORGE NATANIEL, LORD, 95, 107, 345.

CZERNIN, CONDE OTTOKAR (delegado austro-húngaro en Brest-Litovsk), 37 y siguientes; 42.

CHAMBERLAIN, NEVILLE, 347.

CHAMBERLAIN, W. H., 35, 36, 44, 64, 93, 100, 112, 138, 256, 268, 274, 327, 395.

CHAN KAI-SHE: a la jefatura del *Kuomintang*, 197; primer golpe anticomunista, 199; continúa relaciones con Stalin, 200; 303, 345; pacto con Rusia, 368; con Roosevelt y Churchill en El Cairo (vísperas de Teherán), 414; juego a dos paños, 453; derrota ante Mao, 456.

Cheká: constitución y denominación, 49; y la Constitución Lenin, 56; apoyo a Trotskiy en la formación del ejército rojo, 60; y la Guardia Roja, 65; y los familiares de los oficiales movilizados, 68; Dzerzhinskiy, en poder de los amotinados, 69; muerte de Uritskiy, 74; y la degollina de los doscientos *burzhúi* de Piatigorsk, 82; 125, 131; al servicio de Stalin, 237; 238; aparece Menzhinskiy, 240; y la NEP, 254; véase además GPU, OGPU, NKVD y MVD.

CHESNOKOV, D. I., 493.

CHICHERIN, JORGE VASILIEVICH, 90, 108, 122.

CHU EN-LAI: conversaciones en Moscú, 454 y 455; actuación en Ginebra, 561; conferencia Bandung, 564.

CHURCHILL, WINSTON, 87; los aliados y los sovieti, 90; contra el comunismo, 92; 95, 283; sentido del humor staliniano, 313; 345, 346; el caso Anders y Katyn, 362; Carta atlántica, 371; 409, 411, 478, 481, 484, 529, 531.

DALADIER, EDUARD, 365, 366, 481, 495.

DAVIES, JOSEPH, 315, 374, 448.

DE GASPERI, ALCIDE, 481.

DE GAULLE (GENERAL), 474, 475.

DEÁN DE CANTERBURY, 473, 504.

DEDIJER, VLADIMIR, 439, 455, 456.

DEKANOZOV, V. G., 538.

DENÍKIN (GENERAL), XIX, 68, 77 y siguientes; la conquista de Stavrópol, 82; 83, 87, 89, 92, 95, 96, 99, 111, 112.

DIMITROV, JORGE MIJAILOVICH: su muerte, 444.

DIRKSEN (CONDE DE), 351, 357.

DJILAS, MILOVAN, 245, 397, 440.

DOSTOIEVSKIY, F., XXIX, XXX.

DUCLOS, JACQUES, 494.

DZERZHINSKIY, FÉLIX (fundador de la *Cheká),* 49; 69, 106, 146; actuación en Kronstadt, 151; con Stalin, frente a Lenin y Trotskiy, 226; 228, 234, 237; muerte, 240; 519, 525, 531.

EDEN, ANTHONY, 404, 412, 532.

EIDEMAN (GENERAL), 519.

EISENHOWER, DWIGHT, 408, 462, 463, 464, 469; europeísmo, 474; 490, 526, 529; doctrina, 595; 605.

EISMONT, 519.

EJÉRCITO ROJO: componentes iniciales, 60 y siguientes; 64; nacimiento oficial, 66; reclutamiento, comisariado, efectivos, 67; 79, 98; victoria ante los polacos, 106; ante la guerra con Finlandia, 401; formación del Ejército soviético, 403 y 404; *Canto,* por Neruda, 417; bajas sufridas en la guerra, 424; supresión del comisariado político, 551.

ELUARD, PAUL, poema a Stalin, 510, 511.

ENGELS, F., 7, 10, 13, 14, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 24, 25, 26, 140, 152; *Catecismo,* 183.

ESCITAS (GUERRA DE LOS), XLIX.

FABRE-LUCE, ALFRED, 338, 354, 358, 362, 364, 402, 418, 433, 448.

FARBMAN, MICHAEL, 170, 173.

FEUERBACH, LUIS ANDRÉS, 486.

FISCHER, LOUIS, 223; entrevista con Stalin, 259; 322, 326.

FLYNN, J. T.: "cinismo electoral belicista de Roosevelt", 372, 373; 376, 377, 404, 409, 410, 419.

FONTENOY, JEAN, 365, 412 y siguientes.
FOSTER DULLES, JOHN, 529, 594, 605.
FULLER, F. J. C., 467, 469.

GALENCO, GREGORIO, 342.
GAMARNIK, IAN (MARISCAL), 519.
GAY, FRANCISQUE, 474, 475.
GILSON, ETIENNE, 480.
GINEBRA (REUNIÓN), 577; efectos para Occidente, 585.
GLÁSSER (SECRETARIA DE LENIN), 228.
GOELRO: definición y Trotskiy, 238; versión actual, 533.
GOKO: queda constituído, y componentes, 393; y Malenkov, 489.
GOLOSHCHIOKIN, 70, 72.
GÓMEZ, HILARIO, 54.
GOMULKA, WLADISLAW, 440, 461, 593, 594, 595, 603.
GORKIY, MÁXIMO, XXIX, 45, 234, 259, 314.
GOSPLAN: entre la agricultura y la industria, 264; campesinos independientes y socializados, 265; "colectivizar por todos los medios", 270; y el primer PQ, 272; el ruso medio y el..., 277; de espaldas al pueblo ruso, 279; abarcar todos los aspectos de la vida rusa, 299; previsiones inalterables, 430; de acuerdo con el *Gulag*, 436; y Miss Sender, 437; y Saburov, 550.
GPU (véase además *Checá*, OGPU, NKVD y MVD), 49; rapto del general Miller, 91; también OGPU, 261; dominio de los judíos, 320; campamentos de trabajos forzados, 434.
GRAVES, WILLIAMS (GENERAL), 94.
GREENE, GRAHAM: su "visión" futura del papado, 507.
GUERRA CIVIL: comienzo y causas, 58; generales rojos y blancos, 61; primeros encuentros, 63 y siguientes; situación en el verano de 1918, 68; encuentros definitivos, 76 y 78; los blancos y los cosacos, 80; la conquista del Kubañ, 81; la degollina de Piatigorsk, 82; establecimiento de los protectorados ingleses, 87.
GUÉTIER (DOCTOR), 266, 317.
GULAG: población..., 431; definición, 434; trato a los "reeducados", 435; fines del... para el Estado soviético, 436, 494, 515, 523.

HALIFAX, EDUARDO WOOD, LORD, 340, 347, 349.
HALLE, FANNINA, 167.
HARDING-COOLIDGE (WARREN G. HARDING Y CALVIN COOLIDGE), 188.
HARRIMAN, AVERELL, 155, 405; el acuerdo de repatriación de los rusos desplazados, 422 y siguientes.
HAZARD, PAUL, 2.
HERRIOT, EDOUARD, 190, 310, 481, 518, 528, 531.
HERZEN, ALEJANDRO, 5, 6, 8.
HILLMAN, SIDNEY, 304, 375, 376, 377, 419.
HITLER, A., XV, XLIX, 34, 189; y el PKD, 191; 192, 193; impacto en la política soviética, 285 y siguientes; 331, 337, 342, 347, 357; telegrama a Stalin, 361; 367, 368; por qué fallaron sus cálculos, 385; 390; tentativas de paz, 413; 495, 529.
HOFFMANN, MAX (presidente de la delegación alemana en Brest-Litovsk), 37 y siguientes; 43.
HOOVER, HERBERT, 462, 478.
HOPKINS, HARRY, 405, 409, 411.
HULL, CORDELL, 371, 412, 418.
HUXLEY, JULIÁN: la teoría genética mendeliana en la URSS, 516.

IÁGODA, HERSCHEL: proceso, confesión y ejecución, 234; 531.
IAKIR (GENERAL), 519.
IAKÓLEVICH MARR, NICOLÁS (fundador de la escuela lingüística), 512 y 513; el ruso, lenguaje internacional en las democracias populares, 514.
IAKOVLIEV, 514.
IAROSLAVSKIY-GUBELMAN, E.: triunviro a la Secretaría del partido, 142; jefe de "los Sin-Dios", 271; 299, 301, 399, 502, 506, 528.
IEGOROV, 519.
IENUKIDZE, 519.
IEZHOV, NICOLÁS, 321, 519.
IGLESIA ORTODOXA: su situación en la guerra civil, 52 y siguientes; lucha y concesiones ante Roma, 500.
IGNATIEV, SEMIÓN DENÍSEVICH (ministro de Seguridad del Estado), 535; condena y rehabilitación, 536.
IMPERIAL (FAMILIA): confinamiento, 70; la matanza, versión de *Izvestiia*, muerte de otros miembros de la familia, 71; una versión de Trotskiy, y sentimiento en sus parientes los Windsor, 72.
IMPUESTO EN ESPECIE: 160 y siguientes; 175; abolición, 176; nuevas orientaciones, 179 y siguientes.
INDUSTRIALIZACIÓN, 259 y siguientes; producción en 1957, 550.
INTELECTUALES: persecución, 178; sueldos, 292.
IÚDENICH (GENERAL), 61, 96.
IÚDIN, P. F., 443, 444, 493.
IUROVSKIY, JACOBO (ejecutor de la familia imperial en Iekaterinburg), 71.
IVÁN EL TERRIBLE, XIII, XLI.
IVÁNOV VSÉVOLOD, 394, 395.

JOFFÉ, ADOLFO (presidente delegación soviética Brest-Litovsk), 36 y siguientes; 120, 197, 519.
JORGE VI, 404.
JOXE, LOUIS, 475.
JRUSHCHOV, NIKITA S., 431, 438, 485; sucede a Malenkov, 490; destalinización, 499; 528, 530; hacia la jefatura, 534; 536, 537; política de la industria pesada, 539; fracaso y nuevo "plan Jrushchov", 541; contra Malenkov, 545; partido contra Ejército, 546 y 547; nuevo plan de industrialización, 550; consideraciones al partido y propaganda del ateísmo científico, 553; viaje a China, 561 y siguientes; ¡al fin, solo!, 570; conferencias de Berlín y Ginebra, 575; semejanza con Sta-

lin, 579; el XX Congreso y el informe secreto, 589; con Tito, 593; los sucesos de Budapest y Varsovia, 596; autodefensa, 597, 603; hombre de recursos, 606; alianza con los mariscales jóvenes, 609; los *sputniki*, 610; datos biográficos, 707.
KAGANÓVICH, LÁZAR MOISEVICH, 319, 493, 519, 521; supervisor de la economía soviética, 527; 533; contra Jrushchov, 596, 603; último cargo, 604.
KALÉDIN (ATAMÁN), 61; suicidio, 76; 78.
KALEPSKIY, 519.
KALININ, MIKHAIL, 519.
KALINOV, K. D. (GENERAL), 402; la ayuda americana a Rusia, 406; la meta "destructiva", 468.
KÁMENEV-ROSENFELD, L. B., 13, 16, en Brest-Litovsk, 36; 200, 208, 216, 227, 229, 230; lectura del testamento de Lenin, 232; será eliminado, 238; cesa en el Comisariado de Comercio, 239; judío, 240; excluído del Comité Central, 241; proceso y muerte, 309; 519, 533.
KÁMENEV, SERGIO (GENERAL), 61, 99.
KAPLÁN, FANNY: atentado contra Lenin, 74.
KAPPEL (CORONEL), 63.
KARAJÁN, LEV MIKAILOVICH, 36, 37, 200, 519.
KARPOV, G. G., 501, 502.
KATYN, 362 y 363.
KENIGIESSER (TENIENTE), 74.
KENNAN, G. F., 435, 448, 484, 485.
KERENSKIY (CONDE), XXVI, 2, 13, 16, 29, 30, 61; deportación de la familia imperial, 70; 76, 126, 127, 128.
KÍROV, SERGIO MIRÓNOVICH, 239; asesinato, 305 y siguientes; consecuencias, 326; 519.
KLEIST, PETER, 389 y siguientes; 413.
KLINCHEVSKIY, XIV.
KNIÁZEV, IVÁN ALEXANDROVICH, 519.
KNOX (GENERAL), 94.
KOBULOV, B., 538.
KOESTLER, ARTHUR: víctima como intelectual, 262; 263, 328, 489; esquema del mundo para los comunistas, 495.
KOLAR, STEFAN, 517.
KOLCHACK (ALMIRANTE), XIX, 61, 64, 85, 88, 89, 92, 93, 94, 97; fusilamiento, 102; 111.
Koljozi: definición, 258; política koljoziana, 269 y 270; ¿rectificación?, 271.
KOLLONTAI, ALEJANDRA, 145, 413.
Kominform, 32; actuación tras la S. G. M., 201, 438; fundación, 439; instalación órganos directivos y línea de actuación, 441 y siguientes; excomunión de Tito, 444 y 445; supresión, 446; 449; y Malenkov, 489; 492; y la religión, 505 y 506; 557; inactividad, 566 y siguientes, 572; y el plan Marshall, 580; otras causas de la disolución, 593.
Komintern, 32; creación, 114; versión de Silone, 115 y siguientes; III Congreso, 154 y siguientes; 190; y el PKD, 191; 194, 195, 196, 198; y las relaciones ruso-chinas con otra versión de Silone, 199 y siguientes; fracasos en Europa y Asia, 246; VI Congreso, 287; 334, 346, 366; sección americana del..., 377; 440, 441, 566.
Konsomol, 307, 384; definición, 403.
KONIEV, IVAN STEFANOVICH, 522; supresión de los comisarios políticos del Ejército, 551; comandante supremo de las fuerzas rusas en los países satélites, 556; y el asalto a Budapest, 559, 606 y 609.
KORNÍLOV (GENERAL): criticado por Lenin, 48; 52, 61, 68, 76; en el Kubañ y muerte, 77.
KOSTELNIK, G. (PROTOPRESBÍTERO), 504.
KRASNOV (GENERAL), 61; atamán del territorio del Don, 78; 79.
KRASSIN, LEONID (INGENIERO), 121, 174, 519.
KRESTINKIY, NIKOLAI NIKOLAIEVICH, 519.
KRÍLENKO, NIKOLAI VASILIEVICH, 519.
KRIVITSKIY, W. (GENERAL), 315, 318, 355.
KRONSTADT: marineros, 80; rebelión, 146; comienza la lucha, 148 y siguientes; manifiesto a la guarnición, 150; el escarmiento, 151.
KRÚPSKAIA, NADIEZHDA: contra Stalin, 235; 591.
KRUTITSIY, NICOLÁS DE, 503.
KUHN, BELA, 92, 110, 318, 321, 519, 556.
KUIBISHEV, VALERIAN VLADIMIROVICH: envenenamiento, 234; proceso y muerte, 313; 519.
Kulaki, 48, 128; y la producción de trigo, 129; sobre el impuesto en especie, 162 y siguientes; 171, 179; estadística al terminar la NEP, 180; resistencia al Estado, 244; impuestos, 257; *deskulakización*, 258 y siguientes.
Kuomitang, 197; confianza de Stalin en el..., 199; ayuda rusa al... en su lucha con el Japón, 452.
KUUSINEN, O. V., 493.

LAMARCK: contra la teoría genética clásica, 515.
LAUDRAIN, MAURICE, 473.
LAURAT, L., 514.
LAVAL, PIERRE, 334, 335, 339.
LAZARÉVITCH, L., 517.
LE BON, GUSTAVE, 499.
LENIN, V. I.: condición social de sus antepasados, XIII; XXVI, XXVIII, XXX, XXXIV, 2, 3, 4; frente a Plejánov, 9; 12, 16, 17; de las "Tesis de abril" a Trotskiy, 18; 19; el Estado producto del carácter irreconciliable..., 20; 21, 23, 24 y siguientes; 31; lector de Clausewitz, 32; y las negociaciones de Brest-Litovsk, 36 y siguientes; ante el campesino, 45; "un paso adelante, dos pasos atrás", 47; y el hambre de 1918, 47; hacia la extinción del Estado, 50; y el ateísmo militante, 54; los blancos y los verdes, 59; y el ejército rojo, 66; ante la muerte del Zar, 70 y 72; atentado, 74; contra Polonia, 106; al habla con Occidente, 114; hacia la revolución en Europa, 119; viraje hacia los países capitalistas, 121; contra los capitalistas y los *ku-*

laki, 122; el decreto del 26 de octubre, 127; y los destacamentos de hierro, 128; 131; comercio y finanzas durante el período del "Comunismo de guerra", 133; marcha atrás, 134; poder y acción, 140; y el VIII Congreso del PC, 141; últimos días del "Comunismo de guerra", 143; frente a Trotskiy, 146; la nueva Política Económica, 152 y siguientes; nuevo cambio de ruta, 159; el *impuesto en especie*, 160; depuración terrorista, 165; "genio del oportunismo", 168; política de *dumping*, 169; comercio durante la NEP, 170, 173, 175 y 176; y el XIII Congreso, 172; restauración monetaria y creación del Banco de Estado, 175; las medidas liberales y sus resultados políticos, 180; la lógica del "viraje", 186; la Segunda Internacional, 190 y siguientes; consecuencias de su enfermedad, 205; busca su defensa en la ampliación del aparato burocrático, 206; sus fuentes inspiradoras, 214; los medios y el fin, 217; primer ataque de arterioesclerosis, 225; cuarto ataque y muerte, 227; su testamento, 232; la leyenda del envenenamiento, 233 y siguientes; y la política de los planes quinquenales, 253; y el liberal, 485; y las fórmulas históricas, 494; 495; *Más vale poco y bueno*, 496; 519, 523, 530, 531, 533; la tesis federalista, 598.

LIGA DEL NORTE Y DEL MEDIODÍA, XVI, XVII.

"LIQUIDACIONES" POLÍTICAS (estadísticas referidas a personajes importantes), 519.

LISENKO, TROFIM D.: nueva teoría genética, 515 y siguientes.

LITVÍNOV, MÁXIM (Wallach Meyer Finkelstein), 90, 112, 286, 319, 333, 335, 339, 341, 342, 343, 345, 355, 381, 528.

LOMTIEV (ACADÉMICO): el elogio de la lengua rusa, 513.

LOVETT, ROBERT (secretario de Defensa), 430.

LUDENDORFF, ERICH, XXVI, 39.

LUXEMBURGO, ROSA, 121, 192, 486.

LVOV (PRÍNCIPE, PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN DE LOS *Zemsta*), XXIII, XXIV, XXV, XXVI, 3, 111, 126, 133.

LLOYD GEORGE, DAVID, 60; los aliados y los soviets, 87, 90; comportamiento con los blancos, 91; 92, 113, 121, 187, 345.

MAISKIY, IVÁN (EMBAJADOR), 381, 404.

MAISTRE, JOSEPH DE, XIV, XXI, XXXI.

MAJNÓ (anarquista), 33, 145, 146, 266.

MAKÁROV, SERGIO O., XIX.

MAKLAKOV, XXIII.

MALAPARTE, CURZIO, 10, 240, 390.

MALENKOV, GUEORGUIY MAXIMILIANOVICH, 267; del Comité Nal. de Defensa, 393; 481, 485, 487; biografía, 488; cede a Jrushchov la secretaría del partido, 489; 492; loor a Stalin, 512; 514, 515, 521; lógica dialéctica como en tiempos de Stalin, 522; 523; procedimiento rápido en la ejecución de Beriia, 524; 527; se presiente su caída, 528; razones de su nombramiento, 529; 531; otras razones de su cese, 532; 533, 534, 537; política de los bienes de consumo, 538; 539; otra causa de su postergación, 542; "cabeza de turco", 544; cese, 546; en el asunto chino, 561; contra Jrushchov, 596, 603; último cargo, 604.

MALINOVSKIY, RODIÓN, 606, 609.

MANNERHEIM, CARLOS G. E. (MARISCAL): guerra ruso-finlandesa, 366 y siguientes; 402.

MAO TSE-TUNG, 197; concepto de... en EEUU, 451; las relaciones con la URSS, 452; y la República de la Nueva Democracia, 453; con Rusia y contra el imperialismo norteamericano, 454; Mao no es Tito, 455; China no es un vulgar satélite de Moscú, 456; *Balance de un año de persecución religiosa*, 457; claves para el estudio de los problemas chinos y extremorientales, 458; las reformas del Neo-Tridemismo, 459, 460.

MARIANETTI, BENITO, 516.

MARJLEWSKI, JULIÁN, 100, 106.

MARSHALL, GEORGE (GENERAL), 409; el acuerdo de repatriación, 422; Plan..., 462.

MARTY, ANDRÉ, 474.

MARX, KARL, XXXIII, 7, 10, 11, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 24, 25, 26, 124, 140, 152, 162, 184, 216.

MASARYK, TOMÁS, 61, 449.

MAURRAS, CHARLES, 90, 304, 480.

MENDEL, GREGORIO, 514.

MENDES-FRANCE, PIERRE, 484, 494, 567, 587.

MENTHON, FRANÇOIS DE, 474.

MENZHINSKIY, V. R., 234; sucesor de Dzerzhinskiy, 240; y la campaña antisemita, 241; y el destierro de Trotskiy, 242; 313, 519.

MERCADER DEL RÍO, RAMÓN, 323 y siguientes.

MEREKALOV (EMBAJADOR), 358.

MESHIK, P. I., 538.

MICHURIN, IVÁN V., 515.

MIJÁILOV, IVÁN, 65.

MIJAILOVSKIY, NICOLÁS, XXIX.

MIKOIÁN, ANASTAS, 169; ministro de Comercio Exterior, 278; del Comité Nacional de Defensa, 393; 528, 531, 536; cese y táctica, 545; nueva reaparición, 547; "genio de las finanzas", 548; y el XX Congreso, 590; 593.

MILIÚKOV, PABLO, XXIII, 3, 19, 59, 72, 89.

MILLER (GENERAL), 88, 91, 92.

MINDSZENTY (CARDENAL), 248, 505.

MIRO BRATUZ, 516.

MOCH, JULES, 494.

MÓLOTOV, VIÁCHESLAV MIJÁILOVICH, triunviro a la secretaría del partido, 142; 343, 353, 355, 359, 361, 367; conversaciones con Hitler y Ribbentrop, 368; 374; vicepresidente Comité Nacional de Defensa, 393; 404, 412; acuerdo anglo-ruso-americano, 475;

492, 519, 521; en el equipo Malenkov, 527; 530; último cargo, 533; 534; los acuerdos Raab-Mólotov, 559; contra Jrushchov, 596; 603; último cargo, 604.
MONNEROT, JULES, 9, 10, 12.
MOUNIER, EMMANUEL, 475, 476, 482.
MUKLEVICH (GENERAL), 519.
MURIAVOV - APÓSTOL (CORONEL), XVI, XVII.
MVD (véase además *Checá*, NKVD, OGPU y GPU): Ministerio de Asuntos Interiores, 49; 293, 294, 423; atribuciones, 434; y Miss Sender, 437; 443; y el asunto Beriia, 524, 534, 535; y los prisioneros alemanes, 577.

NAGI, IMRE, 526, 556, 558, 593, 594.
NAGGIAR (EMBAJADOR), 352, 353.
NAPOLEÓN: razones de su fracaso en Rusia, XV y XVI; XLIX.
NASSER, GAMAL ABD-EL, 446, 564, 595.
NATO: declaraciones de su jefe, 469; y la diplomacia soviética, 585.
NEHERU, JAWAHARLAL P., 432, 564, 586.
NENNI, PIETRO, 484, 494, 495.
NEP: definición, 34; primera fase, 35; 45, 49, 138; efectos dentro y fuera de Rusia, 154; "sobre el impuesto en especie", 160; 166; efecto en la gente, 167; "aprended a comerciar", 168; fase del "despilfarro", 169; punto muerto, 172; y la situación de la agricultura, 173; 175; y la industria, 176, 178; y la agricultura, 179; y los kulakí, 180; 181, 182; y la nueva "categoría capitalista", 229; y las tesis "judías", 241; y la eliminación de Trotskiy, 246; 247, 253, 254; y los campesinos pobres y medios, 260; 265; y táctica de Stalin, 271; 280.
NERUDA, PABLO: *Oda al Ejército Rojo...*, 417; 486.
NICOLÁS II (ZAR), 46; reservas de oro del gobierno imperial, 64; confinamiento, destierro y asesinato: antecedentes y consecuencias, 70 y siguientes; su muerte en el pueblo, 73.
NIKOLÁIEV, LEONID: asesinato de Kírov, 305 y siguientes.
NKVD (véase además *Checá*, GPU, OGPU y MVD), definición, 49; y el general Orlov, 306 y siguientes; y los grandes procesos, 317; y el avance alemán en 1942, 385; y los campos de reeducación por el trabajo, 434.
NOP: creación, 239; actuación y consecuencias, 243.
NOVIKOV, ALEJANDRO (MARISCAL), 538.

OGPU (véase además *Checá*, GPU, NKVD y MVD), y la organización *kombinat*, 176; y el proceso contra el partido industrial, 261; y la "deskulakización", 266 y 268; 273.
Ojrana, 221; y la leyenda negra zarista, 435.
OLLENHAUER, ERICH, 494.
ORDHZONIKIDZE, SERGO: y el "stajanovismo", 255 y 256; 519.
Orgburó: nueva función, 141, 142; 151, 212, 229; y la estadística del partido, 290; *Politburó* y *Orgburó* integrados en un *Praesidium*, 491, 492.
ORLOV, ALEJANDRO (EX-GENERAL DEL NKVD), 306 y siguientes.
Osoaviajim: creación y definición, 287.

PAÍSES SATÉLITES: nivel de vida, 461; huelgas y movimientos de protesta, 525; relaciones con Rusia tras el asentamiento de Jrushchov, 556 y siguientes; reaproximación con Moscú, 593; nuevo análisis de los acontecimientos de octubre, 594; la pasividad occidental, 595; repercusión en Moscú, 596.
PALÉOLOGUE, MAURICE (EMBAJADOR), XXIII, XXIV, 88.
PAPANIN, IVÁN DIMITRIEVICH (jefe de la expedición al Polo Norte): "héroe de la Unión soviética", 321.
Partido comunista: la inicial fracción bolchevique, XXVI; cifras de Trotskiy, 138; estadísticas y situación desde el golpe de octubre hasta el XIX Congreso, 290; la preparación política, 291; variación en el título, 492; lucha con el Ejército, 547; supresión de los comisarios políticos, 551, 552; nueva táctica con Jrushchov, 553; fuera de Rusia: estadísticas en 1957, 568.
PASTERNAK, BORÍS, 602.
PAULUS, FEDERICO VON (GENERAL), 407.
PEDRO EL GRANDE, XII, XIII, XIV, XX, XXX, XLI, 53.
PÉRI, GABRIEL, 486.
PÉSTEL, PABLO, XVI, XVII.
PETLIURA, SIMÓN, 86, 99, 104, 105.
PETROVSKIY, G.: proclama de la política sistemática del terror, 74.
PIÁTAKOV, IURI GEORGUIY LEONIDOVICH: y comentario de Lenin, 233; y el proceso de "los diecisiete", 310; 519.
PIECK, WILHELM, 466, 494.
PILSUDSKI (MARISCAL): los intereses rusos y polacos, 100 y siguientes; levantar la "barrera", 104; el asunto polaco y Marx, 106; y la contraofensiva contra los soviéticos, 108.
PINAY, ANTOINE, 474.
PIVERT, MARCEAU, 473.
PLEJÁNOV, JORGE VALENTINOVICH: el marxismo como es, 7 y siguientes; y la teoría política de Stalin, 221.
PLÉVEN, RENÉ, 466.
Politburó (véase también *Praesidium*), XVII; creación, 141; transformación en órgano directivo del partido, del Gobierno y de la Internacional, 142; y la ausencia de Lenin, 180; 204, 207, 208; fusión del... y el *Orgburó* en un *Praesidium* del CC, 491 y 492; y los médicos envenenadores, 535; la reorganización de marzo-55, 549; y la muerte de Stalin, 574; 581; y Mólotov y Kaganóvich, 596.
POSKREBISCHEV, A. N., 537.
POSPELOV, P. N., 493.
POTSDAM (REUNIÓN), 423.

PQ (plan quinquenal): y la reconstrucción, 34; la mística del..., 253 y siguientes; el *sovjozi* y el *koljozi*, 258; traducción, 260; y el *Gosplan*, 264; y consecuencias de la colectivización, 273; y la Iglesia, 299; y la implantación "científica" del ateísmo, 399 y 400. I, 243, 257; aprobación y puesta en práctica, 257; resultados, 272; remedios, 273; y la política ateísta, 300; disciplina, 394. II, y el "proceso industrial", 261; programa, 263. V, previsiones y los excedentes comerciales, 483; período de tiempo, 491; y la muerte de Stalin, 529; "conversión" industrial, 584. VI, y Jrushchov, 276; adopción, 571; 573, 584.
✓ *Praesidium* (véase además *Politburó*), XLVII, 204; absorbe las funciones del *Politburó* y del *Orgburó*, 491 y 492; y los médicos envenenadores, 535; la reorganización de marzo-55, 549; y la muerte de Stalin, 574; 581; y Mólotov y Kaganóvich, 596; y el "Informe secreto" de Jrushchov, 603; y Zhukov, 604 y 607.
PROCESOS: de los ingenieros del Dóniets, de los industriales, 178; contra el partido industrial, 261; contra la Vieja Guardia, 305; el proceso Nikoláiev (asesino de Kírov), 307; el de "los diecinueve", 308; el de "los dieciséis", 309; el de "los diecisiete", 310; el de los militares, 311; el proceso trotskista, 312; los "procesos" desde el punto de vista judío, 317 y siguientes.
PROKÓFIEV, SERGIO, 508.

Rabkrin: definición y creación, 141; director, Stalin, 142; 212.
RADEK, KARL BERNGARDOVICH, 120, 310, 315, 519.
RÁKOSI, MATÍAS, 248, 526, 556, 557, 594.
RAKOVSKIY, CH., 519.
RANSOME, ARTHUR, 499.
RASKOLNIKOV, F. F., 519.
RATHENAU, WALTHER, XXVI, 39.
RIÁZANOV, D. B., 519.
RIBBENTROP, JOAQUÍM VON, 349; ultimátum, 355; 361; conversaciones con Mólotov, 368; tentativas de paz, 413.
RIDGWAY, M. (GENERAL), 469.
RÍKOV, ALEXEI, 180; sucede a Lenin en la presidencia del *Sovnarkom,* 239; 243; cesa, 263; proceso y muerte, 313; 327, 519.
RIÚMIN, 535, 536.
ROKOSSOVSKIY, KONSTANTIN (GENERAL), 407; en Polonia, 559; cesa en el *Politburó* polaco, 594; acusación contra Zhukov, 608.
ROOSEVELT, F. D.: reconocimiento diplomático de la URSS, 288; el caso Anders y Katyn, 362; la Carta del Atlántico, 371; y el pacto Hitler-Stalin, 374; maniobra con los sindicatos, 375; y la ley de "Préstamo y Arriendo", 377; conferencia de Teherán, 402, 415; adhesión de la URSS a la C. Atlántica, 404; su amistad con Stalin, 405; la ayuda americana, 406; *Operación Bolero,* 409; "capitulación sin condiciones", 411; la tercera reelección, 413; hacia el contacto personal con Stalin, 414; planes a espaldas de Churchill, 415; la conferencia de Yalta y la cuarta reelección, 419; y el asunto nipón, 420 y siguientes; fallecimiento, 422; 435, 528, 529.
ROSENBERG, ALFRED (ministro de los territorios ocupados), 390, 391.
ROSENBERG, ARTHUR, 119, 155, 191, 193, 195, 201.
ROUSSEAU, JUAN JACOBO, XXVIII, XXIX, XXX, XXXIX, 26.
ROZENBERG, MOISÉS (embajador ruso en la España roja), 318.
RSFSR (República Socialista Federativa Soviética de Rusia), cambio de nombre, 73; y la promulgación de la nueva Constitución, 204, 205.
RUBLO: reforma monetaria, 175 y siguientes: equivalencia, 257.
RUDENKO, ROMÁN (GENERAL; Fiscal General del Estado): acta de acusación contra Beriia, 522.
RUSOS DESPLAZADOS (asunto de los): acuerdo en Yalta, 419; trágico destino y censura democrática sobre el asunto, 421 y siguientes; y prisioneros alemanes, 423, 424.

SABUROV, MÁXIMO Z. (presidente del Gosplan): previsiones del V PQ, 491; 493; las castas, 534; fracaso de la política agraria, 539; nuevo nombramiento, 549.
SANTO SÍNODO, 52, 53, 193, 501, 502.
SÁVINKOV, BORÍS, 51, 52; *organización Sávinkov,* 69, 70, 74.
SCHUMAN, ROBERT: y el *pool* siderúrgico europeo, 469.
SEDOV, LEÓN: muerte, 323.
SENDER, TONY: "la economía soviética, fundada en la esclavitud", 433, 434; los campamentos de reeducación, 437.
SERDIUCHENKO, 514.
SEREBRIÁKOV, LEONID PETROVICH, 142, 519.
SERGE, VÍCTOR, 238, 280, 292.
SERGIO (METROPOLITA), 297, 298; "Declaración fundamental", 299; encarcelamiento, 302; 400; elegido Patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa y recibido por Stalin, 401; Stalin, "elegido del Señor", 501.
SEROV, IVÁN (GENERAL), 525.
SHCHERBAKOV, 519.
SHEPILOV, DIMITRI, 520, 596; destitución, 604.
SHRIPNIK, 519.
SILONE, IGNAZIO, 115; divergencias del comunismo ruso, 116 y siguientes; relato sobre la desaparición de la izquierda comunista, 198 y siguientes; la colectivización forzosa de la propiedad agrícola, 243.
SOKÓLNIKOV, GRIGORI IAKOVLEVICH, 39, 43, 310, 519.
SOKÓLOV, N., 71.
SOLTZ, ARÓN: censuras a los comunistas, 139.

SOREL, GEORGE, 213, 216, 217, 219.
Sovnarkom: definición, 73; y el problema agrario, 125; y el control obrero, 131; y Lenin, 143; y el *kombinat,* 176; 203; y la Constitución de 1923, 204; y el Carnet de Trabajo, 257; el racionamiento del pan queda abolido, 279; y la política religiosa, 295.
SPIRIDÓNOV, N. K., 537.
STAJÁNOV, ALEXEI: stajanovismo, 255 y siguientes; 275.
STALIN, I. D.: XXII; busca su fundamento en Pedro el Grande e Iván el Terrible, XXX; y la Tercera Roma, XXXVII; y la "Ciudad Elegida", XXXVIII; la acción oportunista, 42; proyectos ante la muerte del Zar, 72; siguiendo la línea de Lenin, 140; el VIII Congreso y sus creaciones: *Politburó, Orgburó* y *Rabkrin,* 141; primeros pasos hacia el poder supremo, 182; aplicando las tesis de Trotskiy, 183; el más apto como sucesor de Lenin, 186; proyecto de resolución contra Trotskiy, 199; preferido por neutral, 206; el triunvirato, 208; el triunfo y el genio, 209; secretario general único, 211; "bacteria de la revolución", 221; hombre práctico, 222; infiltración de partidarios en el partido, 226; ante la primera enfermedad de Lenin, 226; apoyo al más débil frente al más fuerte, y la cuestión georgiana, 228; el XIII Congreso: no participa Lenin; Stalin, secretario general, 229; la teoría del envenenamiento del jefe, 233; comentario de Lenin sobre..., 233; anatema de Krúpskaia, 235; ofensiva contra Trotskiy, 238; frente único con la fracción derechista, 239; el antisemitismo staliniano y la campaña antisemita, 240, 241; contra la derecha; la colectivización forzosa, 243; política de los planes quinquenales, 253; el primer PQ, 257; segundo PQ, 263; la deskulakización, 266; "mareados por el éxito", 269; los "tribunales de camaradas para la producción", 277; y la pasividad eslava, 281; aparece Hitler, 283; la política exterior fuerza la interior, 284; hacia los demócratas, 288 y 289; el "gran viraje", 303; el pacto con Francia, 334; amistad con Hitler, 357; y los triunfos alemanes en el Oeste, 367; pacto con el Japón, 372; y Pearl Harbor, 372; para ganarse a Roosevelt, 374; "Que Dios ayude al Presidente Roosevelt en su tarea", 378; lo que salvó a Rusia de la derrota, 379; la "Unión Sagrada" y la gran guerra por la patria, 393; a favor de la iglesia, 401; y el Ejército soviético, 402; ayuda americana, 406; planes con Roosevelt a espaldas de Churchill, 415; propósitos ante el Japón, 421; *Problemas económicos del socialismo,* 471; reorganización del Praesidium, 492; testamento político, 496; anuncio oficial de su muerte, 497; "elegido del Señor", 501; loores, poemas, exaltaciones, 508 y siguientes; lenguaje y superestructura, 513; la tesis federalista, 598.
STEPINAC (ARZOBISPO), 505.
STETSKIY, A. I. (secretario adjunto): y las interpretaciones históricas y literarias del marxismo, 328, 329.
STIMSON, HENRY, 409, 410, 422.
SURKOV, ALEXEI: poema a Stalin, 511.
SUSLOV, MIKÁIL: 534.
SVERDLOV, IA: 70; y la muerte de la familia imperial, 72; "hombre de Lenin", 141; apedreado, 142; 211, 212.

TEHERÁN (CONFERENCIA), XXXIII, 402; comunicado, 414, 415; y el "Campesino", 415; consecuencias, 416; se intenta recuperar lo perdido, 418.
TERCERA ROMA, XXXVIII.
TERRITORIOS ANEXIONADOS: superficie y habitantes, 428.
THAELMAN, ENRST: y el asunto Trotskiy, 199, 200.
TIJÓN, MONSEÑOR (ARZOBISPO DE VILNA), 54, 56; contra el movimiento blanco, 295; encarcelamiento, liberación y destierro, 296; sucesores, 297; 298.
TIMOSHENKO, SIMEÓN K.: acusación contra Zhukov, 608.
TITO (MARISCAL): y el *Kominform,* 441 y siguientes; "desenganchamiento" del sistema, 443; excomunión, 444; encuentro con Jrushchov, 593; 595, 603, 607.
TKACHIOV, PIOTR NIKÍTICH, 6, 7, 9, 18, 184, 213, 219.
TOGLIATTI, PALMIRO, 198, 199, 494.
TOLSTOI, LEÓN, XXVIII, XXX, XXXI.
TOMSKIY, MIJÁIL (jefe de los sindicatos), 228, 229, 230, 239, 243, 247; dimisión, 263; 327, 519.
TROTSKIY, L.: 2, 3, 18, 19; en Brest-Litovsk, 36 y siguientes; el comienzo de la guerra civil, 60; y el asunto de los checos, 62; el ejército rojo organizado, 65; y el Consejo superior de guerra, 66; y la muerte del Zar, 72; 79, 98, 105; prosecución de la guerra, 119; los ejércitos de trabajadores, 132; 138; fiel a Lenin, 140; y el VIII Congreso del PC, 141; excesiva cautela, 145; ante la rebelión de Krondstadt, 146; ante Lenin, 149; manifiesto de... a la guarnición de Krondstadt, 150; la revolución fuera de Rusia, 157; advertencia de Lenin, 162; oposición a la "troika", 180; resolución desfavorable, 199; más occidental que ruso, 217; el intelectual, 222; imprevisión ante la muerte de Lenin, 227; ante la ofensiva de los demás, 229; acorralado, 237; judío, 240; renuncia al cargo de Comisario del pueblo para la Defensa, y acepta la dirección del *Goelro,* 238; formación del NOP, 239; desterrado, 246; asesinato, 323, 325; 486, 496, 519, 532.
TRUBETSKOI, PRÍNCIPE, XXI.
TRUMAN, HARRY S.: designado vicepresidente, 377; 423, 447, 462, 490, 529.

Ts. I. K.: función, 73; como órgano ejecutivo, 204.
TUJACHEVSKIY, M. (MARISCAL), 61, 105, 106, 109, 311, 321, 342, 519.

UBOREVICH, 519.
UNIÓN SAGRADA, LA: 393, 501.
URITSKIY, MOISÉS (jefe de la Cheká de Petrogrado): atentado, muerte y represalias, 74; 254, 525, 531.

VASSILIEVSKIY, ALEJANDRO (ministro de guerra), 491, 606, 609.
VAVILOV, N. I., 515.
VÍCTIMAS DE LA 2.ª GUERRA MUNDIAL: estadística general, 424, 425.
VIEJA GUARDIA (PROCESO), 305.
VISHINSKIY, ANDRÉI, 308, 320, 400, 454.
VITTE, SERGIO, XIX.
VLASSOV (GENERAL): y su ejército, 388 y siguientes; 422.
VOROSHÍLOV, KLIMENT, 61; Stalin le nombra Comisario del Pueblo para la Defensa, 238; 364; del Comité Nacional de Defensa, 393; 403, 519; Presidente del *Praesidium*, 528.
VOSNEZHENSKIY, 519, 537.

WEBB, SIDNEY y BEATRICE, XXXII, 115, 118, 167; "el censo de las clases despojadas", 173; 174; la persecución de los intelectuales, 178; particularidades administrativas soviéticas, 205; 275, 289, 316.
WILSON, WOODROW, XXIII, 60; los aliados y los soviets, 90; 91; comportamiento con los blancos, 92; 113, 187, 344.
WRANGUEL, PIOTR (GENERAL), 35, 61, 82, 98, 101, 110, 111, 112, 138.
WYSZYNSKI (CARDENAL), 505.

YALTA (CONFERENCIA): fecha y temario, 419; el asunto polaco, 420; el acuerdo secreto sobre la repatriación de los rusos desplazados, 421 y siguientes; 446, 447.

ZÁSULICH, VIÉRA (PROCESO), XVIII, 7.
ZEMSTVA, ASOCIACIÓN DE LOS, XXIII, 63.
ZHDÁNOV, ANDREI, 363; y el *Kominform*, 440 y siguientes; eliminado, 445; 508, 514, 519, 537.
ZHUKOV, GEORGUIY KONSTANTINOVICH (MARISCAL): reacción del ejército ruso, 380; en Stalingrado, 407; eliminado, 497; 520, 532; rivalidad en las castas, 534; 536; ministro de Defensa, 546; ejército contra partido, 547; "operación Jrushchov", y miembro efectivo del *Praesidium*, 604 y siguientes; las censuras, 608; reacción, 609.
ZIMMERWALD (CONFERENCIA DE), 116, 217.
ZINÓVIEV, APFELBAUM, G. E., 13, 16, 39; y el VIII Congreso, 141; 147, 155; cesa en la presidencia de la Internacional, 198; 199, 208, 216, 227, 229, 230; enemigo de Stalin, 238; cesa en Leningrado, sustituído por Kírov, 239; judío, y excluído del CC, 240, 241; proceso y muerte, 309; 488, 496, 519, 533.

INDICE ANALITICO

DEDICATORIA ... VII
BREVE NOTA SOBRE GRAFÍA RUSA ... IX
INTRODUCCIÓN ... XI

CAPÍTULO I

EL ESTADO Y LA REVOLUCION

Un punto de vista de Nicolás Berdiáiev acerca del hecho revolucionario ruso.—Transformaciones y fases del socialismo ruso, de Petrachevskiy a Stalin.—Las oscilaciones del péndulo revolucionario ruso entre Oriente y Occidente.—Lenin y las tesis de Tkachiov sobre las minorías revolucionarias.—La Comuna de París como precedente dialéctico de la revolución de Octubre: Marx, Proudhon, Bismarck y Blanqui.—De *la guerra civil en Francia* al *Estado y la Revolución*.—De la desintegración a la deificación del Estado ... 1

CAPÍTULO II

EL BUEN HOMBRE LENIN

Papeletas electorales y fusiles cargados: el asunto de la Asamblea Constituyente.—El hecho interior al servicio de los grandes designios internacionales: las cinco fases del primer cuadrienio.—La paz: tesis contrapuestas en torno a Brest-Litovsk.—Realismo de Lenin.—El hambre: los obreros y los ricos, los campesinos pobres y los *kulakí*.—Fundación de la *Cheká*, primera piedra del Estado policial.—Los burgueses y su moral.—El nuevo Patriarcado.—La Constitución Lenin ... 29

CAPÍTULO III

POR EL TERROR HACIA LA VICTORIA

Incoherencia de la guerra en general y de la guerra civil en particular.—Varias formas del antibolchevismo.—Aventuras de los Checos en Rusia.—Trotskiy, el Ejército Rojo y los oficiales profesionales.—La oposición interior. Terrorismo y Terror de Estado.—Asesinato de la familia imperial.—Sistematización del terror rojo.—Kornílov y Deníkin ... 58

CAPÍTULO IV

DEFENDEDNOS DE NUESTROS AMIGOS...

Propósitos y alcance de la intervención aliada.—Del congreso de Iassy a la ofensiva Iúdenich.—Petróleo y moral política.—La ascensión y caída de Kolchak.—De Deníkin a Pilsudski.—Wranguel.—Grandezas y miserias del movimiento blanco ... 85

CAPÍTULO V

PERVERSIDAD Y UTILIDAD DEL CAPITALISTA

Rusia soviética, la *Entente* y la fundación de la Internacional comunista. Del principio revolucionario a la táctica de la revolución.—Primeras fricciones con los PC nacionales.—El sueño defraudado de la revolución mundial inmediata.—Las nuevas vías del expansionismo ruso: diplomacia oficial y diplomacia clandestina.—De la paz de Riga al tratado de Rapallo.—Condiciones económicas de Rusia durante la fase del Comunismo de Guerra.—El burgués, el obrero, el campesino y la nueva burocracia ... 113

CAPÍTULO VI

"UN PASO ADELANTE, DOS PASOS ATRAS"

Los propósitos y la realidad.—Desarrollo de la oposición interior.—¿Democracia en el partido?—Lenin y el problema de la dictadura.—Primeros destellos de la estrella staliniana.—La burocracia contra los *sovieti.*—Segunda salida de los anarquistas: misterios del léxico comunista.—Trotskiy en contradicción consigo mismo.—La rebelión de Kronstadt como expresión de una realidad que no se deja plasmar.—Causas del "retroceso" y de la Nueva Política Económica.—Variaciones del *Komintern*... 137

CAPÍTULO VII

EL CULTIVO DEL KULAK

La exégesis marxista o la conciencia revolucionaria al servicio de las necesidades tácticas.—Restauración del capitalismo.—La burguesía como instrumento del socialismo.—Negocios y arreglos morales.—La *smichka* y las tijeras.—Utilidad y peligro de las ideas generales.—"Quien dice *A*, dice *B*". Los sindicatos entre el entusiasmo y el interés.—El evangelio del santo proletario y la persecución de los intelectuales.—Enfermedad del Profeta.—La *troika* y el retorno de la oposición... 159

CAPÍTULO VIII

EL TIEMPO DE LAS RETIRADAS HEROICAS

Europa y la NEP.—Causas internas de la nueva acción diplomática de la URSS.—¿Testamento de Pedro el Grande o imperativos ideológicos?—Coincidencia práctica de los conceptos de revolución permanente y de socialismo en un solo país.—Errores de apreciación del Occidente frente al hecho soviético.—La lógica de los rusos o el arte del doble juego.—La táctica de los frentes unidos y las dos mitologías de la Internacional comunista.—De Londres a Shanghai.—Un testimonio de Ignazio Silone 181

CAPÍTULO IX

"EN RUSIA, QUIEN DICE *A*, DICE *B*"

Apariencias y realidades rusas durante la NEP.—Lenin como forjador de la dictadura staliniana.—Su equivocación acerca del carácter del ciudadano Dzhugashvili.—Una tesis de León Trotskiy acerca de la enfermedad de Lenin.—Lenin, Trotskiy y Stalin ante el poder.—Tres hombres, tres conceptos: Lenin, o el populista antirromántico. Trotskiy, o el romántico despiadado. Stalin, o el oportunista triunfante.—Mecanismo de la moral marxista... 203

CAPÍTULO X

LA REVOLUCION EN LA ENCRUCIJADA

Muerte del Profeta.—La *troika.*—El misterio de las relaciones de Lenin con Stalin, a propósito de una insinuación de Trotskiy.—La segunda *troika,* o el corcel entre los burros.—Derrota y destierro de Trotskiy.—1928, año crucial.—La táctica del Gran Viraje.—Stalin, o el arte de acomodar los restos. Elementos químicos del socialismo en un solo país.—Final de la oposición de derechas y "liquidación de los *kulaki* como clase".—El *Lumpenproletariat* en la base de la pirámide... 225

CAPÍTULO XI

VITAMINAS Y CALORIAS

La mística del Plan Quinquenal, primer plano y bambalinas.—Sistematización del Terror.—"¡Alcanzar a América!"—Catástrofes en la fábrica y en la aldea.—Pormenores de "la liquidación de los *kulaki* como clase".—La

hambruna de Stalin.—El sargento Prishibéiev y los vahidos del triunfo.—Purgas por doquier.—El partido y la sociedad.—Preocupaciones de Iaroslavskiy-Gubelman.—Ilotización del mundo obrero por la dosificación de los alimentos... 253

CAPÍTULO XII

NOVEDADES PARA LOS RUSOS

Primera salida de Hitler.—El propósito internacional de Stalin, su nacimiento y su desarrollo hasta 1933.—Mito y realidad del peligro exterior. El sistema de los pactos bilaterales en el marco del "aislacionismo defensivo".—Beneficios de Rapallo.—La Sociedad de las Naciones y el desarme.—Los ideales de *papasha*.—Hacia la seguridad colectiva, o de las complicaciones soviéticas en Europa oriental y en Manchuria.—Wáshington y Moscú.—La Constitución más democrática del mundo, de lord Bolingbroke a Roosevelt.—La nueva clase dirigente rusa.—En materia de sueldos, siempre hay algo nuevo, incluso en la URSS.—Martirologio y gloria de la Iglesia patriarcal.—Iaroslavskiy, el ateo sin tacha.—El censo y la religión de los rusos.—La Iglesia y el trotskismo... 283

CAPÍTULO XIII

EL TREN DE LA AMISTAD

La cola de la oposición.—El panorama internacional y los viejos leninistas.—Necesidad de pegar en la cabeza.—Vida y muerte de Sergio Kírov.—Pequeño mapa de las amistades stalinianas.—En busca del bloque racional, aunque sea por eliminación.—Vishinskiy, o del Derecho.—La Gran Purga.—Traidores por doquiera.—Trotskiy, Hitler, el mikado y el mariscal Pilsudski. Tujachevskiy y los buenos oficios del Dr. Benès.—Sociología de los grandes procesos.—*Cuando estamos entre tahures*.—*El antisemitismo* de Stalin.—Trotskiy, del comienzo al fin.—*La société c'est moi!*—Primeros recorridos de la línea general.—Shakespeare y la dialéctica de los contrarios.—Final sin gloria de los revolucionarios profesionales... 303

CAPÍTULO XIV

LISO ES EL TERCIOPELO...

Stalin, las democracias y el fascismo.—¿De qué modo romper el equilibrio europeo?—El golpe de Praga y las ilusiones del Sr. Bonnet.—Doble juego sobre todos los frentes.—Halifax en Berlín, o de la diplomacia secreta.—Aventuras moscovitas del almirante Plumket.—Polonia y Rumania ante el peligro de la amistad rusa.—El XVIII Congreso del PC de la URSS.—Los apuros de Ribbentrop.—El pacto Hitler-Stalin y el cuarto reparto de Polonia.—Despertar explosivo del expansionismo granrusiano o de la ventana a la puerta de Europa.—La guerra rusofinlandesa y el artículo 16 del *Covenant*. — Mólotov y las tentaciones del Orden Nuevo. — 22 de junio de 1941... 331

CAPÍTULO XV

TODOS LOS CAMINOS LLEVAN A STALIN

De la Carta Atlántica a Pearl Harbor.—El dilema rooseveltiano: guerra y reelección.—Los comunistas en los Estados Unidos.—La infiltración roja en los sindicatos.—De Roosevelt a Stalin por Sidney Hillman.—Primera aparición de Alger Hiss.—La primera campaña de Rusia y los designios nacionalsocialistas.—De Bismarck a Hitler, o evolución política de los alemanes. Ejército y partido.—Los alemanes del Báltico, de Alfonso von Berg a Alfredo Rosenberg.—Desintegración del frente soviético.—La colaboración germanorrusa, grandezas y miserias.—Stalin y la Unión Sagrada.—Causas reales de la resistencia rusa.—Nuevos aspectos de la sociedad soviética. 371

CAPÍTULO XVI

"UNCLE JOE!"...

El último grito de Gubelman.—El Patriarca, o de los recuerdos de infancia.—Calvario de los generales del pueblo.—Jorge VI y su álbum de familia.—Teherán, "comer y rascar..."—Porcentajes demográficos y el mito de la voluntad del pueblo.—Yalta y la paz perdida.—*The greatest democrat in the world!* ... 399

CAPÍTULO XVII

UN ADIOS A LAS ARMAS

Un legado de Lenin.—Nueva geografía de la URSS.—El aparato militar soviético: ventajas y puntos flacos.—Aspectos interiores.—La organización *Gulag:* de la esclavitud como solución económica.—El *Kominform,* nacimiento y desarrollo.—Tito, o de los delirios balcánicos.—El golpe de Praga y la satelización de las democracias populares.—Truman, Marshall, Acheson, Kennan, o del optimismo a la contención.—La búsqueda de un Tito amarillo.—China y Rusia.—Pequeña antología de Mao Tsë-tung.—China en el conjunto comunista, antes y después de la muerte de Stalin.—Del paralelo 38 a la NATO, pasando por la CED y el "ejército integrado".—Los recuerdos de Rapallo y los temores de los franceses.—En torno a una tesis del mariscal Bulgánin.—Eisenhower, entre Truman y Taft.—La política del intervencionismo condicionado.—Utopía y neutralismo... 427

CAPÍTULO XVIII

VARIACIONES SOBRE LA LINEA GENERAL ("PETITE SUITE")

Ultimos avatares del pensamiento staliniano.—El artículo de la revista "Bolshevik", o de la inevitabilidad de las guerras intercapitalistas.—¿Hacia nuevos Frentes Populares?—Móviles, ilusiones y misión de los compañeros de camino.—Dos sectas particulares: la cristiano-progresista y la neutralista.—El anzuelo comercial.—Causas verdaderas del asunto Kennan.—El XIX Congreso del PC ruso.—Presentación de Malenkov a su pueblo. Pequeña crónica de una vida anónima.—El quinto PQ.—El nuevo curso soviético y la hora salvaje de Dzhugashvili.—Muerte del Jefe Genial.—Su testamento: de las personas y de las obras... 471

CAPÍTULO XIX

PERFIL DE UN IDOLO

El Islam del siglo XX.—De la Ortodoxia al mito Stalin.—La religión de los rusos en la última fase de la dictadura staliniana.—Causas reales de la reconciliación del Estado comunista con la Iglesia patriarcal.—S. S. Alexei y el *Kominform.*—La lucha contra Roma.—Las Iglesias y las sectas en el imperio rojo.—Divinidad del ciudadano Dzhugashvili.—Stalin y los músicos. Stalin y los poetas.—Stalin y los lingüistas.—Stalin y los genetistas.—Algunas discrepancias: de la Bolsa de Nueva York a los sindicatos de Berlín-Pankow... 499

CAPÍTULO XX

LAS TURBIAS AGUAS MOSCOVITAS

Malenkov y el gobierno colegiado.—Primeros aspectos de la lucha por la sucesión.—El caso Beriia.—El ejército y la política.—Final (?) de la omnipotencia policial.—Bienes de consumo y bienes de capital, o de los blandos y de los duros.—Los viejos stalinianos y las relaciones con Occidente. Causas internas de la política de distensión.—De los cambios ministeriales, en general y en particular.—El connubio ejército y partido y la caída de Malenkov.

Causas remotas y efectos inmediatos.—La crisis agrícola y la paralización de la máquina estatal.—Dialéctica de los contrarios y circulación ministerial... 521

CAPÍTULO XXI

UN ENIGMA QUE DEJA DE SERLO

Primeros efectos fuera de Rusia de la lucha por la sucesión.—Reestructuración de los países satélites.—El bloque de Varsovia.—Las relaciones de Rusia con China y el asunto Kao-Kang.—La conferencia afroasiática de Bandoeng.—Neheru y Chu En-lai.—¿Qué pasó con el *Kominform?*—Repercusiones de la zurribanda moscovita en los PC occidentales.—La distensión internacional como necesidad interior.—Del armisticio de Indochina a la Conferencia de los Cuatro Grandes.—¿Existe una nueva política exterior soviética?—La estrategia, la táctica y el "espíritu de Ginebra".—La paz con Austria y el viaje de Adenauer a Moscú.—La nueva política económica.—Los asuntos del Cercano Oriente.—Retorno de los neutralistas.—¿Hay ruptura entre la política exterior actual de los rusos y la de Stalin?—Las políticas exteriores soviéticas.—Retorno a la táctica de los frentes populares... 555

CAPÍTULO XXII

EL ULTIMO DICTADOR

Fase final de la lucha por la sucesión.—El XX Congreso del PC de la URSS: Mikoián y el revisionismo histórico.—El "Informe Secreto" de Jrushchov y la perturbación mental del ciudadano Dzhugashvili.—Rehabilitaciones dosificadas.—Cinco mil muertos en busca de sepultura.—Los proyectos de Zhukov y los temores de los mariscales jóvenes.—Supresión del *Kominform,* causas y efectos.—Los acontecimientos de Budapest y de Varsovia, de la salida de Rokossovskiy a la entrada de Janós Kádar.—El asunto de Suez, la doctrina Eisenhower y la instalación de los rusos en el Mediterráneo.—Partido, ejército y vieja guardia staliniana.—Crisis en los pueblos alógenos, el mundo obrero y los círculos intelectuales.—Las noches blancas del Kremlín.—El juego de la envidia y del miedo en el estado mayor del ejército.—La ingenuidad del mariscal Zhukov, o de la nocividad de los viajes a partir de una cierta edad.—Pormenores de la "Operación Zhukov".—¿Puede considerarse como definitivo el triunfo de Jrushchov?—Jrushchov como "Jefe Genial del pueblo trabajador", acotaciones provisionales.—La "luna artificial" y los problemas de la guerra y de la paz 589

APENDICES

1. Guía cronológica de los hechos ocurridos desde 1917 a 1957 en función de la Unión soviética... 615
2. La economía soviética planificada... 627
3. Indice bibliográfico... 656
4. Términos, expresiones y siglas más usuales en la URSS... 694
5. Apéndice biográfico 705
6. Apéndice cartográfico (mapas y diagramas)... 722
7. Apéndice gráfico (fotografías) 735
8. Indice de nombres citados 759

INDICE ANALÍTICO 769